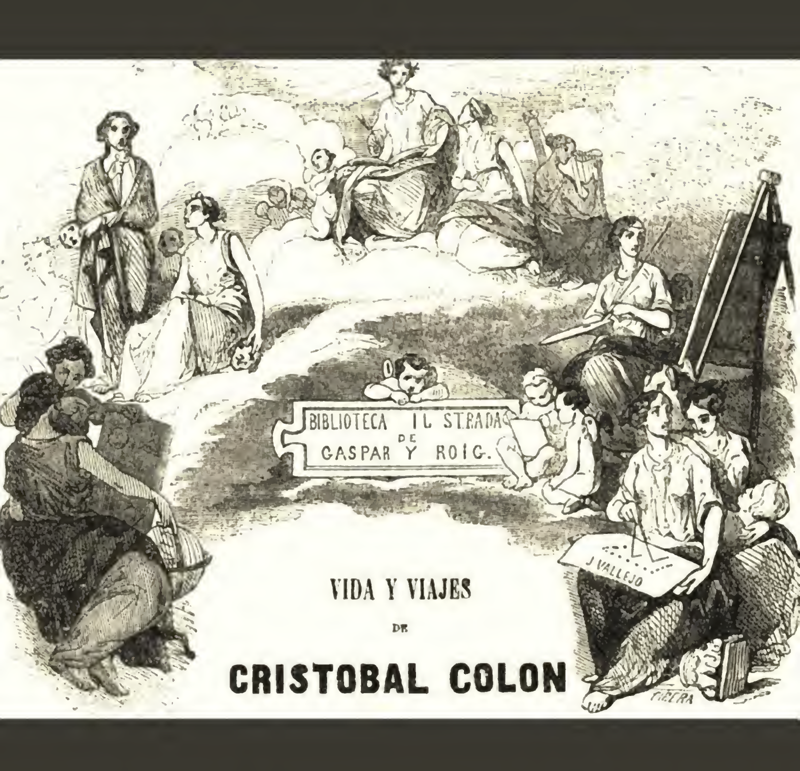
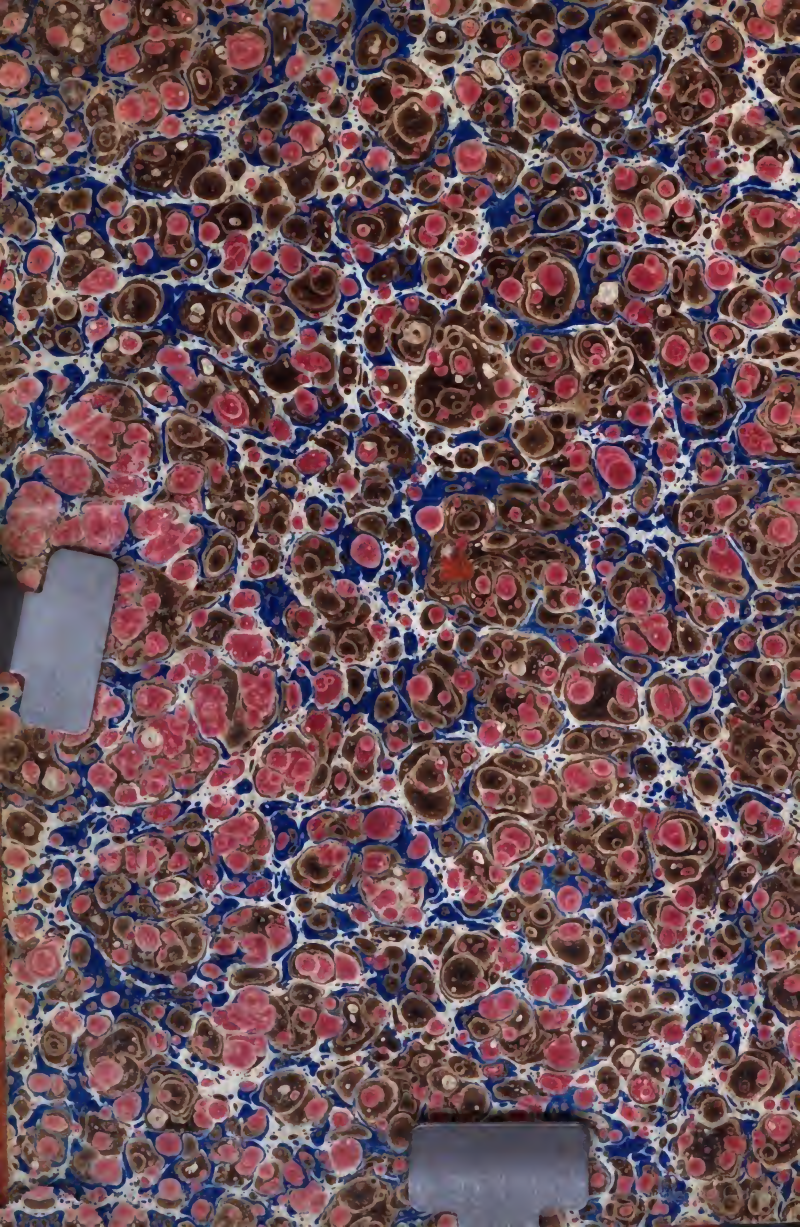
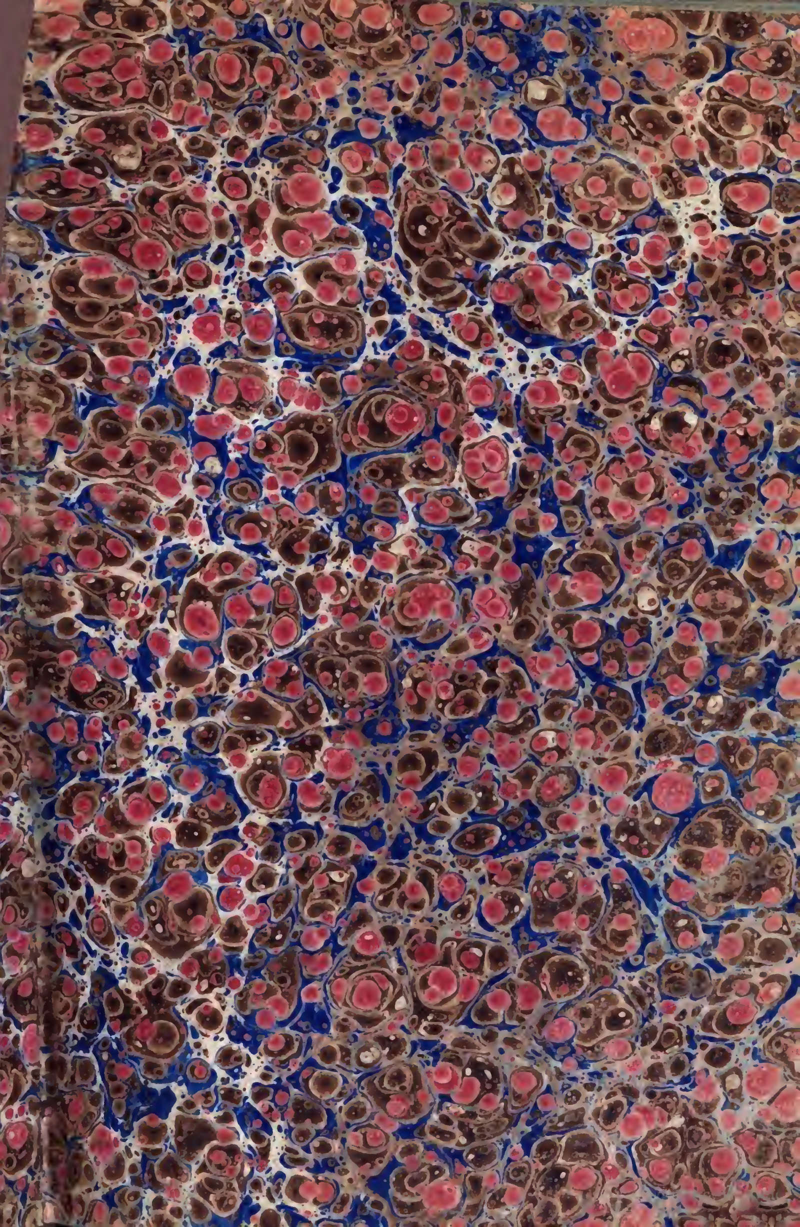
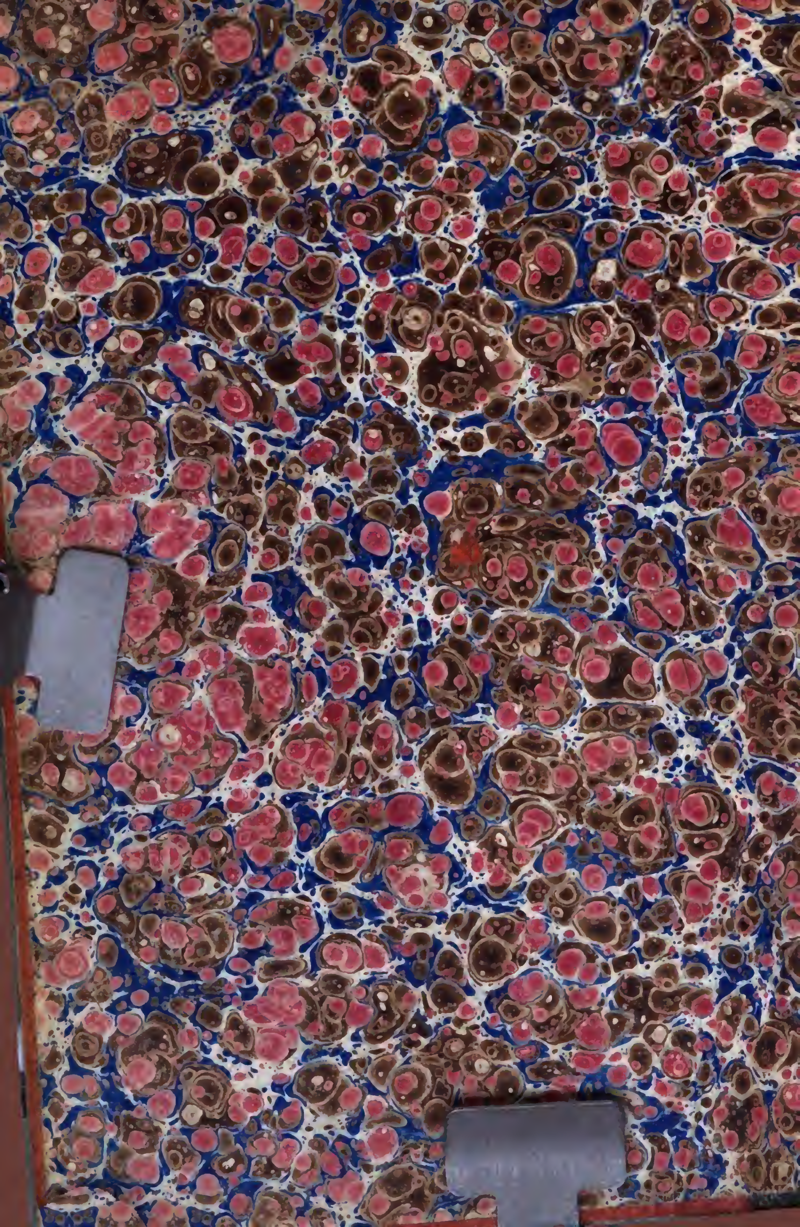


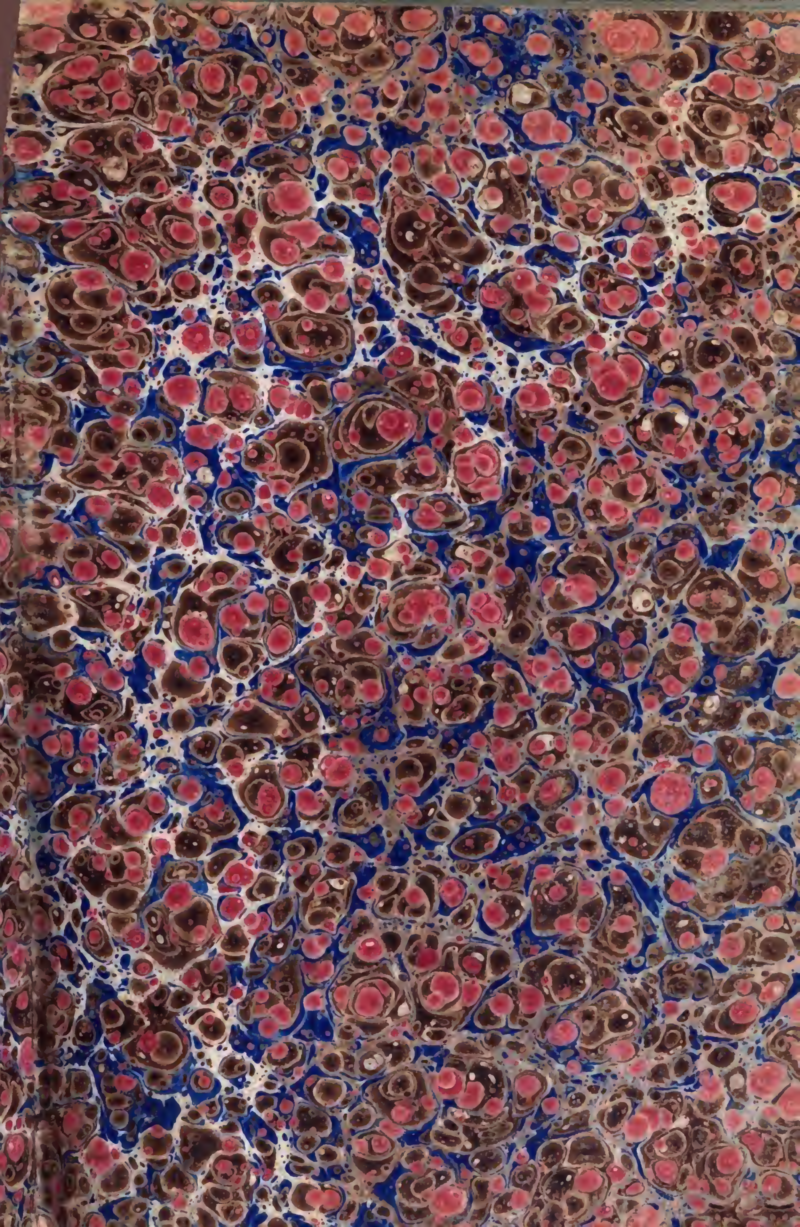
Vida y viajes de Cristóbal Colón

Washington Irving









BIBLIOTECA DE GASPAR Y ROIG.

VIDA Y VIAJES

DE

CRISTOBAL COLON

POR WASHINGTON IRVING.

Adornada con sesenta grabados.



MADRID.
GASPAR Y ROIG, EDITORES.
Calle del Principe núm. 4.
1852.

Soy de Martin Velasco



VIDA Y VIAJES

DE

CRISTOBAL COLON

POR

WASHINGTON IRVING.

Adornada con 60 láminas.

PROLOGO DEL AUTOR.

Encontrandome en Burdeos el invierno de 1826 á 1827, llegó á mis manos una carta de Mr. Alejandro Everett, ministro plenipotenciario de los Estados-Unidos en Madrid, en la cual me decia que se estaba imprimiendo cierta obra redactada por don Martin Fernandez de Navarrete, secretario de la Academia Real de la Historia etc., etc.; participábame al mismo tiempo que esa obra contenia un crecido número de documentos relativos á los viajes de Colon, y entre ellos muchos de la mayor importancia, recientemente descubiertos. Mr. Everett me manifestaba ademas, que la version de aquella obra al inglés por un americano seria muy conveniente. Fuí de su mismo parecer, y habiendo resuelto hacia ya tiempo ver á Madrid, me dirigí poco despues á aquella capital, con el intento de emprender en ella la traduccion de la obra.

Poco tiempo despues de mi llegada apareció la publicacion del Sr. de Navarrete. Hallé en esta muchos y muy curiosos documentos hasta entonces desconocidos, que ilustraban los descubrimentos del Nuevo Mundo, y honraban sobre manera á su entendido editor por la aplicacion y actividad que revelaban. El conjunto, empero, de la obra mas bien presentaba un tesoro de preciosos materiales para la historia, que la historia misma. Y á pesar de que semejantes acopios son inapreciables para el erudito literato, la vista de papeles inconexos y documentos oficiales, no place comunmente á la mayoria de los lectores, que estiman con preferencia narraciones claras y coordinadas. Esta circunstancia me hizo vacilar en la intentada empresa; pero era el asunto tan útil y en mi entender, tan patriótico, que no pude resolverme á abandonarlo.

Despues de considerar con mas detenimiento la materia, conocí que aunque habia muchos libros en varias lenguas, referentes á Colon, ninguno contenia mas que algunas nociones breves é incompletas sobre su vida y viajes; al mismo tiempo que abundaban ideas sobre el particular en manuscritos, cartas, diarios y monumentos públicos. Pensé que una historia concienzudamente compuesta de estos diversos materiales, llenaria un vacío en la literatura, proporcionándome una ocupacion mas satisfactoria, y á mi patria una obra mas útil que la traduccion que antes habia proyectado llevar a cabo.

Me movió por otra parte á emprender este trabajo la suma facilidad que para ello tuve en Madrid. Yo vivia en casa del cónsul americano el caballero O. Rich, uno de los mas laboriosos bibliógrafos de Europa, que por muchos años se habia consagrado á la investigacion de documentos relativos á la antigua historia de América. En su numerosa y escogida biblioteca encontré una de las mas completas colecciones que hoy existen de la historia colonial de España, y una multitud de documentos, que inútilmente hubiera buscado en otra parte. Puso su dueño á mi disposicion la

biblioteca, con una franqueza y bondad que pocas veces suele hallarse en los poseedores de obras tan raras y tan estimadas. Allí encontré los principales materiales de que me he servido para dar cima á mi tarea.

Servíme tambien de los tesoros de la biblioteca real de Madrid, y de los que contiene la del monasterio de S. Isidro: dos ricas colecciones, francas continuamente al público, y dirigidas con el mayor órden. Don Martin Fernandez de Navarrete, me favoreció con su apoyo participándome noticias de grande interés descubiertas por él mismo en sus largos estudios, y faltaria á un deber si no expresase aquí mi admiracion por el ardiente celo de aquel complaciente caballero, que uno de los últimos veteranos de la literatura española, y ya casi solo, prosigue aun con vigor incansable sus tareas, en un país donde carecen hoy los afanes literarios de estímulo y recompensa.

Debo tambien manifestar mi reconocimiento por la liberalidad del duque de Veraguas, descendiente y representante de Colon, que tuvo la amabilidad de franquearme los archivos de su familia, demostrando el mas vivo interés en hacerme conocer los tesoros que contenian. Tampoco puedo pasar en silencio las muchas deferencias que he recibido de mi excelente amigo D. Antonio de Ujina, tesorero del Sermo. Sr. Infante D. Francisco, caballero de erudicion y talentos, y muy conocedor de la historia de España y sus dependencias. A sus infatigables investigaciones debe el mundo muchos de los conocimientos exactos que posee sobre distintos puntos de la primitiva historia colonial. Tiene el Sr. de Ujina la mayor parte de los papeles de su difunto amigo, el historiador Muñoz, los cuales, así como otros varios documentos puso á mi disposicion, con una finura á la que viviré eternamente obligado.

Con estos y otros auxilios que mi posicion particular me facilitaba casualmente, me he dedicado con todas mis fuerzas á la composicion de esta historia, el poco tiempo que me era posible permanecer en un país extranjero. He examinado cuidadosamente todas las obras concernientes á mi asunto, que pude encontrar impresas ó manuscritas, cotejándolas en cuanto era factible, con documentos originales, como el único medio de aclarar las dudas históricas; he procurado investigar la verdad, y sacarla de entre las contradicciones que necesariamente deben ocurrir, cuando varias personas han referido los mismos hechos, exponiéndolos bajo diferentes aspectos, y bajo la influencia de distintos intereses y sentimientos diversos.

En la ejecucion de esta obra he evitado entrar en simples reflexiones generales, excepto cuando surgian espontáneamente del asunto, prefiriendo dar una narracion detallada y completa, sin callar ninguna particularidad característica de las personas, cosas ó tiempos; y presentando los hechos de manera que pueda el lector comprenderlos fácilmente, y deducir de ellos sus propias máximas y conclusiones.

Como muchos puntos de la historia exigen explicaciones tomadas de los hechos y conocimientos coetáneos, juzgué mas conveniente dar explicaciones sueltas de los puntos que la necesitan al fin de la obra, que interrumpir á cada paso con ellas la narracion. Así podia entrar con mas desahogo en aquellos pormenores curiosos ó interesantes, sacados de libros poco comunes.

Últimamente doy á luz esta obra con extrema desconfianza. No puedo invocar otra cosa en mi abono, que un ardiente deseo de decir la verdad, la mas completa despreocupacion respecto á los pueblos que menciono en mi historia, mucho interés en el asunto de ella y un celo que quizá pueda en parte compensar por su constancia la falta que en mí conozco de otras dotes.

WASHINGTON IRVING.

Madrid: 1827.

LIBRO PRIMERO.

VAGAS é infructuosas especulaciones serian las que tuviesen por objeto investigar si hubo ó no comunicacion entre las costas opuestas del Atlántico, en aquellos lejanos tiempos anteriores á la tradicion y á la historia, en que, segun la opinion de muchos, florecieron las artes con mas lozanía de la que conoció en tiempo alguno la que nosotros llamamos antigüedad; ó si la leyenda egipcia que refiere Platon relativa á la isla de Atalante, lejos de ser fabulosa, contiene en sí la oscura memoria de ciertos paises sumergidos por una de las terribles convulsiones del globo, que han dejado huellas del Océano en las cumbres de las mas elevadas montañas. La historia auténtica nada dice de la tierra firme, ni de las islas del hemisferio occidental, hasta últimos del siglo XV, en que fueron descubiertas. Es muy posible que un bajel extraviado haya perdido de vista los antiguos continentes, y cruzado arrastrado por las tempestades el inmenso desierto de las aguas, con mucha anterioridad al invento de la brújula; pero ni volvió, ni pudo revelar jamás los secretos del Océano. Y á pesar de que en diversas épocas han flotado hasta las playas del antiguo mundo, documentos que anunciaban á sus admirados habitantes la existencia de otras regiones, situadas mucho mas allá del aparente horizonte, nadie se aventuraba á lanzarse á los mares en busca de aquellas tierras rodeadas de misterios y peligros. Ni los viajeros de Escandinavia lograron alcanzar mas que fugaces vislumbres del Nuevo-Mundo, pronto oscurecidas, é inútiles para guiar á él con seguro conocimiento, aun admitiendo la correccion de sus leyendas, y siendo su dudosa Vinland la costa del Labrador, ó la playa de Newfoundland. Lo que hay de positivo es, que cuando al empezar la décima quinta centuria buscaban en todas direcciones los mas esclarecidos ingenios, las dispersas luces de la geografía, reinaba entre los sabios la mas crasa ignorancia respecto á las regiones occidentales del Atlántico; se miraban sus vastas aguas con temerosa y reverente admiracion, como si rodease al mundo una espesa muralla, al través de la cual no pudieran penetrar las conjeturas. La mejor prueba de esta verdad, es la descripcion del Océano hecha por Xerif al Edrizi, llamado el de Nuvia, distinguido escritor árabe, cuyos compatriotas, ademas de poseer cuanto se sabia entonces de geografía, son considerados como los mas atrevidos navegantes de la edad media.

«Ninguno ha podido averiguar cosa cierta del »Océano, por su difícil y peligrosa navegacion, os»curidad, profundas aguas y frecuentes tempestades, »por el temor de sus enormes pescados y soberbios »vientos; pero se hallan en él muchas islas, algunas »habitadas, y despobladas otras: no habrá marino »que se atreva á navegarle ni á entrar en su profun»didad, y si algo han navegado en él, ha sido siem»pre siguiendo sus costas, sin apartarse de ellas: las »olas de este mar, aunque se oprimen y agitan entre »sí son elevadas como montes, se mantienen siempre »igualmente y no se quiebran; porque si se rompie»ran seria imposible el surcarle.»

El objeto de la presente obra es narrar los hechos y aventuras del marino que tuvo el genio de adivinar, y la intrepidez de vencer los misterios de esta profundidad peligrosa; del que por su osado ingenio, su constancia inviariable y su arrojo heróico, puso en comunicacion los extremos de la tierra. Los sucesos de su azarosa vida serán eternamente los eslabones que unan la historia del mundo antiguo á la del Nuevo-Mundo.

CAPITULO PRIMERO.

NACIMIENTO; FAMILIA Y EDUCACION DE COLON.

No hay ninguna noticia cierta sobre la infancia de Cristóbal Colon, ni sobre su familia, ni sobre el tiempo

lugar de su nacimiento; porque de tal manera enmarañaron los hechos sus comentadores, que es casi imposible descubrir la verdad. Si hemos de creer el testimonio de uno de sus contemporáneos é íntimos amigos, debe de haber nacido por los años de 1435 ó 1436. Numerosas ciudades se disputan el honor de haber sido su cuna; pero parece fuera de duda que fue natural de Génova. Acerca de su familia tambien se ha disputado largamente. Mas de una casa noble le ha reclamado como suyo desde que se hizo su nombre tan ilustre, que antes pudiera dar honor que recibirle. Es muy posible que hayan brotado todos estos ramos de un tronco comun, y que los disturbios civiles de Italia hayan desgajado muchos de ellos, y extinguido otros. No se sabe, empero, que ni él ni sus contemporáneos conociesen la nobleza de su linaje, ni esto le importa á su fama; que mas honra por cierto su memoria ser objeto de contienda entre muchas casas nobles, que poder señalar como suya la mas preclara de ellas. Su hijo Fernando, que escribió su historia é hizo un viaje con el objeto de investigar este asunto, concluyó por abandonar estas pretensiones, conceptuando mas glorioso, que date del Almirante la nobleza de su familia, que no poder asegurar que alguno de sus predecesores ingresó en una órden de caballería y mantuvo galgos y halcones; porque *creo, prosigue, que menos dignidad recibiria yo de ninguna nobleza de abolengo, que de ser hijo de tal padre.*

Los parientes mas cercanos de Colon eran pobres pero honrados; su padre habia residido mucho tiempo en Génova, y ejercido el oficio de cardador de lana. Era Cristóbal el mayor de sus hermanos Bartolomé y Diego, y de una hermana, de la cual lo único que se sabe, es que contrajo matrimonio con un hombre oscuro, llamado Diego Bavarello

Su verdadero apellido es Colombo, latinizado por él en sus primeras cartas COLUMBUS, y adoptado por otros en los escritos que de él trataban, conforme con los usos de aquella edad, que habian hecho universal la lengua latina, y en la cual se escribian todos los nombres de importancia histórica. El Almirante es no obstante mas conocido en la historia española por el nombre de Cristóbal Colon, con el cual se presentó en España. Segun refiere su hijo, hizo esta alteracion, para que no se confundiesen sus descendientes con los de los ramos colaterales de la misma familia; para lo cual acudió al que se suponia origen romano de su nombre *Colonus*, y le abrevió en Colon acomodándole á la lengua española. Entre estos apellidos se ha adoptado el de Colon en la obra presente, por ser el mas conocido en España.

No fue muy esmerada su educacion, aunque sí quizá tan extensa, cuanto lo permitian las circunstancias de sus desgraciados padres. Siendo aun muy niño sabia ya leer y escribir; y tenia tan buena letra, dice Las Casas, poseedor de muchos de sus manuscritos, que podia haber buscado su subsistencia con ella. En seguida aprendió la aritmética, el dibujo y la pintura: artes, como dice el mismo autor, en las cuales hizo bastantes adelantos para poder pasar tambien con ellas la vida. Fué enviado por algun tiempo á Pavia, la grande escuela lombarda de las ciencias. Allí estudió gramática y se perfeccionó en la lengua latina; pero el objeto de su educacion era instruirle en las ciencias útiles para la vida marítima. Estudió la geometría, la geografía, la astronomía, ó como entonces se llamaba la astrología, y la navegacion. Desde muy niño habia manifestado un ardiente amor por la ciencia geográfica, y un deseo irresistible de navegar, siguiendo con entusiasmo todos los estudios que le eran congeniales. En los últimos años de su vida, cuando meditaba acerca de ella recordando los asombrosos sucesos que por su mediacion habian pasado, traia á la memoria aquella precoz determinacion de su ánimo, que él consideraba como un secreto impulso de la Divinidad que le guiaba hácia determinados estudios, y le inspiraba los deseos que habian de hacerle digno de llevar los altos decretos para que el cielo le habia escogido.

Al trazar la historia primitiva de un personaje como Colon, cuyas acciones produgeron tan maravilloso efecto en los negocios humanos, es curioso investigar lo que se debió á la influencia accidental de las cosas, y lo qué á su propio genio. El talento mas original es siempre dirigido por la accion de los tiempos en que vive, y esa irresistible inclinacion que Colon creia sobrenatural, suele ser el resultado de la operacion de circunstancias externas. Toma á veces el pensamiento una repentina é invariable direccion, ora al reconocer de nuevo alguna abandonada region de la sabiduría, y al volver á reconocer sus ya ignorados senderos; ora al penetrar con admiracion y delicia en un nuevo terreno de descubrimientos que no haya hollado jamás la planta humana. Entonces es cuando el alma ardiente y apasionada recibe el impulso del dia, se eleva sobre sus mas esclarecidos contemporáneos, dirige la misma muchedumbre que le imprimió su movimiento, y acomete empresas que jamás hubieran osado intentar los que se hallasen sin la fogosidad de su corazon. Colon nos confirma está verdad. Aquella pasion por la geografía que tan á los principios inflamó su pecho, y que fue el gérmen de sus acciones posteriores, debe ser considerada como inherente á la edad en que vivia. Los descubrimientos geográficos eran la esplendorosa antorcha que debia inundar de luz al siglo décimo-quinto, época la mas brillante en invencion que contienen los anales del mundo. En la oscura é impenetrable noche de la falsa erudicion y de las preocupaciones monacales, perdieron las naciones europeas la geografía y las demás ciencias. Felizmente no se perdieron del todo, porque vivieron refugiadas en el seno de Africa. Y mientras el pedante dómine gastaba infructuosamente el tiempo y sus talentos en balde en los claustros, confundiendo la verdadera doctrina con sus necios ensueños, los sabios árabes de Senaar calculaban los grados de latitud de la tierra y su circunferencia, en las vastas llanuras de Mesopotámia.

El verdadero saber, tan dichosamente conservado, estaba entonces abriéndose camino para volver á Europa. Las ciencias se restauraron al mismo tiempo que las letras. Plinio, Pomponio Mela, y Estrabon se cuentan entre los autores que sacó de la oscuridad el reciente amor de la literatura antigua. Estos volvieron á la inteligencia pública una parte de los conocimientos geográficos, que hacia mucho tiempo estaban borrados de ella. Atrajo la curiosidad á aquella nueva vereda, por tantos años olvidada, y tan súbitamente abierta. Manuel Chrysoleras, docto caballero griego, habia ya á principio del siglo traducido al latin la obra de Ptolomeo, popularizándola de esta manera entre la juventud escolar de Italia. De otra traduccion posterior por Jaime Angel de Escarpiaria, habia en las bibliotecas de Italia correctas y bellas copias. Tambien empezaron á buscarse con empeño los escritos de Averroes, Alfragano y otros sabios árabes, que habian conservado vivo el fuego sagrado de las ciencias, durante el largo período de la oscuridad, europea.

Los conocimientos que renacian de tal modo se resentian naturalmente de su imperfeccion, pero eran para las ciencias la aurora de un nuevo dia, rico de luz y de esplendores. Se sorprendia el hombre de su propia ignorancia, del mundo que le rodeaba; cada paso parecia un descubrimiento; porque eran para él, en cierto modo, tierras incógnitas cuantas no circuia el horizonte de su pais.

Hé ahí el estado de ilustracion, y hé ahí los sentimientos que se tenian respecto á esta ciencia interesante á principios del siglo décimo-quinto. Los descu-

brimientos posteriores en las costas atlánticas del Africa, despertaron por la geografía un interés aun mas vivo, que los pueblos marítimos y comerciantes como el genovés debieron sentir muy particularmente. A estas circunstancias puede atribuirse el amor que profesó Colon en su infancia á los estudios cosmográficos, que tanta influencia tuvieron en sus aventuras ulteriores.

Es digno de notarse, al considerar su descuidada educacion, lo mucho que debió á la fuerza de su carácter y á la riqueza de su entendimiento. El corto período que pasó en Pavía, bastó apenas para proporcionarle los rudimentos de las ciencias necesarias; el conocimiento familiar de ellas que desplegó en los años posteriores, no fue mas que el resultado de una activa enseñanza propia, y de algunas horas casualmente dedicadas al estudio, en medio de los cuidados y vicisitudes de una vida tan agitada como la suya. Fue uno de aquellos hombres de alto ingenio, que parece que se crean á sí mismos; uno de aquellos que habiendo pasado por mil privaciones y habiendo hallado erizada de obstáculos su existencia desde la edad mas tierna, adquieren intrepidez para atacar, y facilidad para vencer todos los inconvenientes. Tales hombres aprenden á efectuar grandes proyectos con escasos medios, supliendo la falta de estos los abundantes recursos que abundan en su cabeza privilegiada. Esta es una de las particularidades que caracterizan la historia de Colon, desde la cuna hasta el sepulcro. En todas sus empresas, la ruindad y visible insuficiencia de los medios contrastan singularmente con brillantez del éxito.

CAPITULO II.

JUVENTUD DE COLON.

Cuando Colon regresó á Génova, retirándose de la ciudad de Pavía, era todavía muy jóven. Giustiniani, escritor contemporáneo, asegura en sus anales de aquella república, de acuerdo con otros historiadores, que permaneció algun tiempo en Génova, siguiendo, como su padre, el oficio de cardador de lana. Su hijo Fernando niega abiertamente tal aserto, pero sin darnos noticia alguna que supla su lugar. La opinion generalmente admitida es que abrazó desde luego la vida náutica, para la que le habian educado, y á la que le llamaban su vocacion y su carácter fogoso y emprendedor. El mismo dice que empezó á navegar á los catorce años.

En una ciudad marítima tiene la navegacion irresistibles atractivos para un jóven de fantasía, que espera encontrar cuanto hay bello y envidiable mas allá de las aguas. Por otra parte, Génova, amurallada y estrechada por fragosas montañas, daba corto vado á empresas terrestres, mientras que un comercio rico é ilustrado que cruzaba todos los mares, y una marina intrépida, cuyo pabellon respetaban todas las naciones, llamaban sus hijos á las ondas como á su mas propicio elemento. Toglieta habla en su historia de Génova, de la inclinacion de la juventud á errar en busca de fortuna, con el propósito de volver á fijarse en su país nativo; pero añade, que de veinte aventureros apenas regresaban dos; porque ó morian, ó se casaban en otros países, ó se quedaban en ellos, por temor á los peligros del mar y á los violentos disturbios que agitaban continuamente la república.

La vida náutica del Mediterráneo se componia en aquellos tiempos de peligrosos viajes y audaces combates y sorpresas. Hasta una expedicion mercantil parecia flota de guerra; y solia suceder con frecuencia que los mercaderes tenian que abrirse paso con las armas para arribar á un puerto. La piratería estaba casi legitimada. Las incesantes luchas entre los Estados italianos; los cruceros de los corsarios catalanes; las flotillas armadas por varios nobles, especie de soberanos de sus señoríos, que mantenian tropas y bajeles á su sueldo; los buques y escuadras de aventureros particulares, empleados frecuentemente por Estados enemigos, y surcando á veces los mares por su cuenta en busca de ilegal presa; y últimamente, la guerra no interrumpida contra las potencias musulmanas, llenaban los estrechos mares en que la mayor navegacion se hacia, de escenas sangrientas, terribles combates y tristísimos reveses.

En esa escuela fue educado Colon, y seria del mayor interés observar las angustiosas vicisitudes por que ha pasado en ese período de su vida. Rodeado, cual debia estarlo, de los trabajos y humillaciones que rodean al infeliz aventurero en la vida náutica, parece que conservó siempre elevados pensamientos, y que alimentaba su imaginacion con proyectos de gloriosas empresas. Las rigorosas y varias lecciones de su juventud, le suministraron aquellos conocimientos prácticos, aquella fecundidad de recursos, aquella indomable resolucion, y aquel poderoso imperio sobre sus propias pasiones, que tanto le distinguieron despues. De esta manera consigue el talento hacer producir frutos de oro al árbol de la triste experiencia y de los desconsoladores desengaños.

Pero todo este instructivo período de su historia son tinieblas. Su hijo Fernando, que mejor que nadie hubiera podido disiparlas, no habla de él tampoco á no ser para aumentar nuestra perplejidad con algunas escasas é incoherentes vislumbres: quizá una debilidad, tributo pagado á la época de preocupaciones en que vivia, le impidió revelarnos las amarguras ó acaso la miseria por que su padre pasó, y de las cuales supo emanciparse tan gloriosamente. Todavía existen algunas anécdotas vagas é incoherentes, pero interesantes por la idea que dan de sus padecimientos, y de las aventuras que debieron sucederle. Su primer viaje se cree que fuese en cierta expedicion naval, cuyo objeto era el recobro de una corona. Juan de Anjou, duque de Calábria, armó un ejército y escuadra en Génova en el año de 1459, para bajar sobre Nápoles, con la esperanza de ganar y volver aquel reino á su padre el rey Reinier, ó Renato, por otro nombre René, conde de Provenza. La república de Génova apoyó tan abiertamente al duque de Anjou, que le suministró abundantemente buques y dinero para su empresa. Tambien iban muchos aventureros particulares que armaron navíos ó galeras, y se pusieron bajo el pabellon de Anjou. Entre estos se dice que iba un valeroso marino llamado Colombo. Vivian por aquellos tiempos dos capitanes de mar de este nombre, un tio y un sobrino de bastante celebridad, que Fernando Colon llama sus parientes. Los historiadores los nombran en distintas ocasiones como gefes marinos de Francia; porque estaba Génova entonces bajo la proteccion, ó mas bien bajo la soberanía de aquel gobierno, y sus bajeles y capitanes identificados con los franceses, por tomar parte en sus expediciones. De aquí resulta que los nombres de estos dos navegantes oscurecen en muchos puntos la biografía de Colon, habiendo causado mucha perplejidad á alguno de sus historiadores.

Navegó con estos comandantes muchas veces y por largo tiempo; y se dice que estuvo con el tio en la expedicion de Nápoles. No hay autoridad para afirmar este hecho entre los autores contemporáneos, ninguno de los cuales entra en particularidades acerca de esta parte de su biografía; pero escritores posteriores dignos del mayor crédito lo han asegurado posteriormente, y, por otra parte, las circunstancias externas concurren á dar peso á su asercion. Está demostrado que el rey de Nápoles le confió cierto mando en la arriesgada accion de apresar una galera en el puerto de Túnez. El mismo hace por acaso mérito de esta circunstancia en una de sus cartas á los reyes, escrita muchos años despues. «Me sucedió, dice, que el rey

»Reinier (que ya le llevó Dios) me envió á Tunez para »tomar la galeota Fernandina; y habiendo llegado »cerca de la isla de S. Pedro en Cerdeña, me dije»ron que habia dos navíos y una carraca con la re»ferida galeaza; por la cual se turbó mi gente, y »determinó no pasar adelante, sino de volverse atrás, »á Marsella por otro navío y mas gente: yo, que con »ningun arte podia forzar su voluntad, convine en lo »que querian; y mudando la punta de la brújula, »hice desplegar las velas, siendo por la tarde; y el »dia siguiente al salir el sol nos hallamos dentro del »cabo de Cartagena, estando todos en concepto firme »de que ibamos á Marsella.»

Estos son los únicos recuerdos que se conservan relativos á tan osada hazaña, por la que ya se echa de ver aquel espíritu determinado y tenaz, que le aseguró el buen éxito de sus empresas futuras. El medio de que se valió para aquietar el descontento equipaje, engañándole acerca de la direccion del buque, es análogo á la extratajema de alterar el diario, que puso en práctica en su primer viaje de descubrimientos.

La lucha de Juan de Anjou, duque de Calabria, para apoderarse de la corona de Nápoles, duró sobre cuatro años, y no tuvo al fin resultado. La parte naval de la expedicion en que Colon se hallaba, se distinguió por su intrepidez; y cuando el duque tuvo precision de refugiarse en la isla de Ischia, unas cuantas galeras recorrieron y sujetaron la bahía de Nápoles.

Despues de estos sucesos hay un gran vacío en la historia de Colon: trascurren muchos años sin que sepamos apenas nada de él. Se supone, empero, que los pasaria en el Mediterráno y por el Levante, navegando á veces en expediciones comerciales, otras en las beligeras que las disensiones de los estados italianos ocasionaban, y otras, en fin, empeñado en piadosas y predatorias guerras contra los infieles. Incidentalmente y con referencia á él mismo se hace mencion de su estancía en la isla de Scio, donde aprendió el modo de hacer la almástiga.

Ciertos autores posteriores creen haber hallado pruebas de que ejerció un mando importante en la marina de su patria. Chaufepie, en su continuacion de Baile, cita el rumor de que Colon era en 1474 capitan de varios buques genoveses, al servicio de Luis XI de Francia, y que atacó y tomó dos galeras españolas, por via de represalias de la irrupcion de los españoles en el Rosellon: asunto sobre que el rey Fernando dirigió una carta de protestaciones y vivas quejas al monarca francés. Bossi, en su memoria de Columbus menciona tambien otra carta encontrada en los archivos de Milan, y escrita en 1476 por dos ilustres caballeros milaneses que volvian de Jerusalém, en que refieren, que en el año anterior, cuando la flota veneciana estaba sobre Chipre para guardar la isla, una escuadra genovesa mandada por un tal Columbo, pasó por junto á ellos, gritando: *Viva S. Giorgio*: grito de guerra de los genoveses, y que se les dejó pasar sin molestarlos, por hallarse en paz las dos repúblicas. El Colombo de que se habla en estas ocurrencias, era muy probablemente el antiguo almirante genovés de aquel nombre, quien, segun Zurita y otros historiadores, mandaba por aquel tiempo una escuadra, en la cual llevó al rey de Portugal á la costa francesa del Mediterráneo. Pero estando demostrado que Colon sirvió bajo sus banderas, es indudable que muy bien puede haberse hallado entonces con él.

La última noticia dudosa de Colon, durante este oscuro período, nos la da su hijo Fernando señalándole una distinguida parte en cierta accion naval de Colombo el menor, sobrino del que se acaba de nombrar, y que era, segun Fernando afirma, corsario terrible y tan aterrador para los infieles, que las moriscas le nombraban cuando querian amedrantar á los niños.

Este audaz marino, habiendo sabido que venian cuatro galeras de Venecia con un rico cargamento de vuelta de Flandes, las interpretó con su escuadra en la costa portuguesa, entre Lisboa y el cabo de S. Vicente. Una desesperada batalla siguió á este encuentro. Se abordaron y encadenaron los buques los unos á los otros, y pelearon las tripulaciones mano á mano y del uno al otro barco. La accion duró todo el dia, costando mucha sangre á los de una y otra parte. El bajel que Colon mandaba, se batia con una enorme galera Veneciana, arrojándole granadas de mano y otros proyectiles incendiarios, hasta que consiguió incendiarla. Y como estaban aferrados los dos navíos con cadenas y garfios de hierro, no pudieron separarse ni evitar el progreso de una conflagracion comun, que no tardó en devorarlos. Las tripulaciones se echaron al agua; y asiendo Colon de un remo que casualmente flotaba al lado suyo, y haciendo uso de su práctica y facilidad en nadar, logró ganar la orilla de la cual le separaban dos leguas. Le plugo al Altísimo, añade su hijo Fernando, infundirle aliento, reservándole para mas altas empresas. Despues de recobrarse algun tanto de su debilidad, pasó á Lisboa, donde encontró muchos paisanos suyos, que le persuadieron á que fijase allí su residencia.

Tal es la relacion que da Fernando de la primer llegada de su padre á Portugal, y la que han adoptado los historiadores modernos. Aunque no es imposible que Colon se hallase en la dicha batalla, debe tenerse en cuenta que esta ocurrió muchos años despues de esta época de su vida. Algunos historiadores la ponen en el verano de 1485, esto es, cerca de un año despues que Colon salió ya de Portugal. El solo modo de salir de esta duda sin poner en tela de juicio la veracidad del historiador, es suponer que Fernando haya confundido alguna otra accion en que estuviese su padre, con la de las galeras venecianas que encontró recordada, sin fecha, por Sabellico.

Desechando, pues, como apócrifa esta romancesca y heróica llegada de Colon á las playas de Portugal, hallaremos en las grandes empresas náuticas en que aquel reino estaba empeñado, ámplios alicientes para una persona de su profesion y carácter. Para esto empero, es menester fijar la atencion en varios hechos producidos por los descubrimienros marítimos de Portugal, que hicieron á Lisboa, centro de atraccion para los sábios en geografía y ciencias náuticas de todo el mundo.

CAPITULO III.

PROGRESOS DE LOS DESCUBRIMIENTOS BAJO LA PROTECCION DEL PRÍNCIPE ENRIQUE DE PORTUGAL.

Puede decirse que la era de los descubrimientos modernos, empezó poco antes de los tiempos de Colon, y las costas atlánticas del Africa fueron entonces el teatro de las empresas náuticas. Atribuyen algunos su orígen á un incidente ocurrido, segun dicen, en el siglo décimo cuarto. Dícese que yendo á Francia ocultamente con una señora, de quien estaba enamorado cierto inglés llamado Macham, perdió la tierra de vista arrebatado por la tempestad; y que despues de errar sin guia por alta mar, llegó á una isla desierta y desconocida, cubierta de bellas florestas, á que llamaron despues Madeira. Otros han tratado esta exposicion como fabulosa, diciendo que las islas Canarias son las primeras que han descubierto los modernos navegantes. Este famoso grupo, las islas afortunadas de los antiguos, en donde colocaron el jardin de las Hespérides, y desde donde empezaba Ptolomeo á contar la longitud, hacia mucho tiempo que se habia perdido para el mundo.

Es preciso confesar que hay algunas tradiciones vagas, por las que se presume que habrán recibido las Canarias casuales visitas, á distantes intérvalos de la edad media, ora de la barca extraviada de un árabe, ora de la de un aventurero genovés ó normando; pero

todos estos recuerdos están llenos de incertidumbre, y nada útil se puede sacar de ellos. Hasta el siglo décimo cuarto no volvieron á descubrirse, ni á entrar en el dominio de los hombres. Desde entonces solian ir á ellas algunos osados navegantes de varios paises. El infundir aliento á los marinos para que se adelantasen en el Atlántico, fue la consecuencia mas fecunda que emanó de su descubrimiento.

Mas de la prevision de un talento superior fue de donde los descubrimientos recibieron un colosal impulso, que no seguramente de la casualidad. Fue este el príncipe Enrique de Portugal, hijo de Juan I, llamado el Vengador, y de Felipa de Lancaster, hermana de Enrique IV de Inglaterra. El carácter de este hombre ilustre, cuyas empresas dieron tanto estímulo al genio de Colon, merece particular noticia.

De muy jóven acompañó el príncipe Enrique á su padre al África en una expedicion contra los moros, que dió por resultado plantar las victoriosas banderas de Portugal sobre las almenas de Ceuta. Enrique se distinguió repetidas veces en esta campaña. Pero su vocacion no le llamaba á los azares de la guerra, sino á los encantos de las artes: asi es que en medio de las luchas se consagraba á estudios por cierto muy dignos de un príncipe.

Mientras estuvo en Ceuta, recibió de los moros muchas noticias relativas á lo interior del Africa y á la costa de Guinea, regiones desconocidas á los europeos. Concibió la idea de que se podian hacer descubrimientos importantes, navegando á lo largo de la costa occidental del Africa. Al volver á Portugal se habia convertido esta idea en su principal y contínuo pensamiento. Separándose del bullicio de la córte se sumergía en el retiro de una casa de campo de los Algarbes, cerca de Sagres, en las inmediaciones del cabo de S. Vicente, y en plena presencia del Océano. Allí se rodeó de algunos sabios y dió principio á los estudios marítimos. Era excelente matemático, y adquirió con facilidad maestría en la parte astronómica que aprendió de los arabes españoles.

Al estudiar las obras de los antiguos, habia hallado en ellas las que él creia pruebas abundantes, de que el Africa era circunnavegable, y posible, por lo tanto, llegar á la India costeándola. Le habia causado impresion la narracion del viaje de Eudoxo de Cyzico, que se dió á la vela en el mar Rojo, salió al Océano, y continuó hasta Gibraltar. Corroboraba este suceso la expedicion de Hannon el cartaginés, que habiendo salido la Gibraltar con una flota de sesenta buques, siguió de costa africana, y se decia haber llegado á las de Arabia. No hay duda que diferentes escritores de la antigüedad habian desacreditado estos viajes; y que despues de admitir los geógrafos por mucho tiempo la posibilidad de circunnavegar el Africa, la negó Hiparco, y no se creia desde entonces. Era Hiparco de sentir de que estaba cada mar inscripta y como encerrada en una inmensa taza de tierra, y de que fuese el Africa un continente que se dilataba hácia el polo antártico y rodeaba la mar india para juntarse al Asia mas allá del Ganges. Esta opinion habia recibido ascenso y perpetuidad de Ptolomeo, cuyas obras eran reputadas como dogmáticas en punto á geografía, por los tiempos de Enrique. Pero todavía se inclinaba el príncipe á la creencia de los antiguos, que hacia circunnavegable el Africa, opinion que varios doctos modernos sancionaban. El fijar esta importante cuestion, el practicar en efecto la circunnavegacion del Africa, eran objetos dignos de un príncipe, cuyo ánimo se inflamaba al considerar las inmensas ventajas que conquistaria para Portugal llevando á cabo tan gigantesca empresa.

Los italianos ó lombardos, como solian llamarse entonces, hacia mucho tiempo que habian monopolizado el opulento comercio del Asia. Tenian establecimientos mercantiles en Constantinopla y en el mar Negro, para recibir los ricos productos de las islas de las especias, situadas cerca del Ecuador, y las sedas, gomas, perfumes, piedras preciosas y otros artículos de comodidad y lujo, egipcios y asiáticos, que distribuian despues por toda la Europa. Las repúblicas veneciana y genovesa se habian elevado á su opulencia por medio de este tráfico. Tenian factorías hasta en los paises mas remotos, sin exceptuar las heladas regiones de la Noruega y de la Moscovia. Emulaban sus mercaderes la magnificencia de los príncipes. La Europa entera rendia homenaje á su comercio, aun cuando este se hacia con paises lejanos del Oriente, y por los caminos de mas coste y rodeo. Pasaba por varias manos intermediarias, y estaba sujeto á las determinaciones y cargas de la navegacion interna, y á las tediosas é inciertas jornadas de las caravanas. Durante mucho tiempo se condujeron las mercancias de la India por el golfo de Persia, el Eufrates, el Indo y el Oxo, el mar Caspio y el Mediterráneo, para enviarlas desde allí á los varios mercados de Europa. Y aun despues que el soldan de Egipto conquistó los árabes y volvió el comercio á su canal primitivo, todavia era exclusivamente lento y costoso: porque se traian sus preciosos géneros por el mar Rojo, y de allí á lomo de camello hasta las orillas del Nilo, de donde se trasportaban á Egipto para entregarlos á los mercaderes italianos. Y mientras absorvian así el tráfico del Oriente, unos monopolistas aventureros subian los precios de todos los artículos, en razon del coste de su conduccion.

El príncipe Enrique concibió la grande idea de circunnavegar el Africa para abrir un camino fácil y directo hasta los manantiales de este comercio, y atraerlo repentinamente á un canal sencillo y nuevo, que derramase abundosas corrientes de oro en su patria. Pero los pensamientos de Enrique eran demasiado elevados para su siglo. Tenia que luchar con la ignorancia y preocupaciones del género humano, y que sufrir las dilaciones á que están sujetos los ánimos vivos y penetrantes para asegurarse la tardía cooperacion de la vacilante estupidez. La navegacion del Atlántico estaba aun en su infancia; y aunque algunos se aventurasen á cruzar los mares, los marinos temian adelantarse demasiado en aquel proceloso desierto que ellos creian sin límites. Recelosos de extraviarse en aquella inmensa llanura, jamás osaban desviarse de las costas. Cualquier levantado cabo, cualquier extendido promontorio, era para ellos un muro que atajaba sus progresos. Rodeaban tímidamente las playas de Berbería, creyendo haber acabado inmortales hazañas, si se alargaban algunos grados mas allá del estrecho de Gibraltar. El cabo de Non, término de las antiguas empresas, fue por mucho tiempo el límite de su audacia; vacilaban al doblar aquella peñascosa punta azotada por las olas y los vientos que amenazaban lanzarlos sin guia por medio de las ignotas y desamparadas regiones del Océano.

Ademas de estos vagos temores abrigaban otros que eran aceptados hasta por los primeros filósofos de la época. Admitíase entonces como una verdad incontravertible, la antigua teoría de las zonas, y pensaban en consecuencia que ceñia la tierra hácia el Ecuador una banda, por la que llevaba el sol su fúlgida vertical carrera, separando los dos hemisferios con regiones de insorpotables calores. El crédulo marinero suponia que fuese el cabo Boyador el último lindero posible de las navegaciones humanas; y decia la supersticion de aquellos tiempos, que quien quiera que le doblase, no volveria jamás. Y las rápidas corrientes de sus cercanías, y las furiosas resacas que hieren sus áridas costas, acrecentaban el desmayo de los que llegaban á contemplarlas. Temian que se hallase mas allá la zona tórrida, region abrasada donde hasta las aguas hervian bajo los rayos de un sol abrasador.

Para disipar estos errores, y elevar la navegacion á la altura de sus pensamientos acudió el príncipe Enrique al socorro de las ciencias. Estableció un colegio

naval, y erigió un observatorio en Sagres, á donde atrajo los mas distinguidos profesores de las facultades náuticas, poniendo de presidente á Jaime de Mallorca, hombre docto en la navegacion, y hábil en el dibujo de cartas y en la construccion de instrumentos.

No tardaron en hacerse conocer los magníficos resultados de este instituto. Se reunieron los dispersos conocimientos geográficos y marítimos, formando de todos un sistema bien ordenado. Se mejoró sobre manera la composicion de los mapas. La aguja de marear se generalizó entre los portugueses, y adquirió el marinero nueva audacia al ver que le era dado navegar en el mas nebuloso dia, y en medio de la noche mas oscura. Animada la marina portuguesa por estas ventajas, y animada con la poderosa proteccion del príncipe Enrique, no tardaron en darle nombre la grandiosidad de sus empresas, y la extension de sus descubrimientos. Se dobló el cabo Boyador y se penetraron las regiones de los trópicos, arrancándoles sus imaginarios terrores. Se exploraron las costas africanas desde cabo Blanco hasta cabo Verde, y este, y las islas Azores que distan trescientas leguas del continente, salieron rescatadas del poderoso olvido del Océano.

Para asegurar la pacífica prosecucion y goce de estos descubrimientos, obtuvo Enrique la proteccion entonces indispensable de una bula pontificia, por la que se concedió al rey de Lusitania la soberanía de todas las tierras que descubriese en el Atlántico inclusa la India, y una indulgencia plenaria para todos los que falleciesen en las navegaciones necesarias, conminando al mismo tiempo con los anatemas de la Iglesia á los que pusiesen obstáculos á tan santa empresa.

Enrique murió el 13 de noviembre de 1473, sin lograr el grande objeto de su ambicion. Muchos años se pasaron antes que Vasco de Gama, siguiendo con una flota portugesa el rumbo que él habia indicado, realizase sus predicciones doblando el cabo de Buena Esperanza, navegando á lo largo de las costas indianas del Sur, y abriendo ancho camino al comercio de las opulentas regiones del Oriente. Pero no murió Enrique sin haber recogido algunos de los preciosos frutos que su espíritu bueno y grandioso habia sembrado. Sino consiguió su objeto, tuvo al menos la fortuna de ver á su nacion en el camino de la gloria. Los descubrimientos de los portugueses eran la admiracion y sorpresa del siglo xv; y el Portugal, una de las menores naciones, se situó rápidamente entre las principales. No efectuaron este cambio las armas, sino las artes; no las extratagemas diplomáticas, sino la sabiduría de un colegio. Fue la grande obra de un príncipe, á quien han pintado justamente como «lleno de actos sublimes y empresas generosas;» y que tuvo por divisa este magnánimo mote: «talento para hacer bien:» el solo digno de la ambicion de los príncipes.

Enrique encomendó á su patria al morir, que prosiguiese los descubrimientos del camino de la India. El comprometió los intereses mercantiles en favor de tan noble causa. Frecuentemente se entregaba Lisboa al tumulto animador de dar al mar nuevas escuadras, ó de escuchar las noticias de las que volvian despues de haber explorado desconocidos rumbos, y visitado extrañas naciones. Todo se lo prometian, y resonaban por todas partes ardientes esperanzas. Las hordas miserables de la costa africana les parecian poderosos pueblos; y las noticias de los opulentísimos paises que mas lejos se encontraban, infundian nueva curiosidad y audacia á los viajeros. La ciencia geográfica estaba en su cuna: la imaginacion marchaba á la par de los descubrimientos; y aquella rodeaba de prodigios todo lo desconocido en proporcion de los progresos que se iban haciendo diariamente. La fama de los descubrimientos portugueses y de sus continuas expediciones, atrajo la atencion del mundo. Los extranjeros de todos los paises, los letrados, los aventureros y los curiosos acudian á Lisboa para enterarse de las particularidades, y gozar de las ventajas de tan pingües empresas. Entre estos se hallaba Cristóbal Colon, arrojado, segun unos, á las playas, por una espantosa borrasca, ó atraido, segun otros, por noble curiosidad y en pos de una fortuna honrosa.

CAPITULO IV.

RESIDENCIA DE COLON EN LISBOA.—IDEAS RESPECTO Á LAS ISLAS DEL OCÉANO.

Llegó Colon á Lisboa por los años de 1470. Estaba entonces en el pleno vigor de su vida, y poseia una presencia alhagüeña. Su hijo Fernando, Las Casas y otros contemporáneos han dado minuciosas descripciones de su persona. Segun estas era alto, bien formado, muscular y de un continente magestuoso y noble. Tenia el rostro largo, y ni lleno ni enjuto; era blanco, pecoso y algo colorado; la nariz aguileña; altos los huesos de las mejillas; los ojos grises claros y fácilmente animados; el conjunto del semblante lleno de autoridad. Los cabellos rubios en su juventud; pero los cuidados y desazones, segun Las Casas, se los habian vuelto canos prematuramente, tanto que á los treinta años ya estaban del todo blancos. Vestia y comia con suma sencillez; era elocuente sin afectacion, afable con todos, y tan cariñoso y suave en la vida doméstica, que le idolatraban los que vivian á sus órdenes. La magnanimidad de su ánimo subyugó su genio irritable; y le hizo adquirir un comportamiento urbano y una plácida gravedad, que no le permitian el uso de la menor intemperancia en sus palabras. Se distinguió toda su vida por su devocion religiosa, tan distante del fanatismo como de la hipocresia.

Acostumbraba en Lisboa asistir á los oficios divinos en la capilla del convento de todos los Santos, donde residian á la sazon ciertas Sras. principales. Hizo conocimiento con una de ellas, llamada D.ª Felipa Moñis de Palestrello, hija de Bartolomé, caballero italiano, altamente distinguido entre los navegantes del tiempo del príncipe Enrique, y que habia colonizado la isla de Puerto-Santo, y sido gobernador de ella. Aquella relacion, convertida en un amor vehemente, dió por resultado un matrimonio que manifiesta el desinterés de Colon, porque aquella jóven no llevó dote alguno.

Por esta union se fijó Colon en Lisboa. Como el padre de su mujer habia muerto, fueron los recien esposados á vivir con la madre; quien conociendo la pasion de Colon por todo lo concerniente á estudios marítimos, le comunicó cuanto sabia de los viajes y expediciones de su esposo, entregándole los papeles, cartas, diarios y apuntes que de él le habian quedado. Eran estos otros tantos tesoros para Colon. Por ellos conoció las navegaciones de los portugueses, sus planes y sus ideas; y habiéndose naturalizado en Portugal á causa de su casamiento y residencia, iba á veces á las expediciones de la costa de Guinea. Los dias que pasaba en tierra los empleaba en dibujar cartas geográficas que vendia en seguida para sustentar á su pobre familia. Su situacion era muy apurada, no obstante se asegura que, merced á una grande economía, reservaba una parte de sus ganancias para socorrer á su anciano padre que se hallaba en Génova, y para costear la educacion de sus hermanos menores.

La construccion de una carta ó mapa correcta exigia en aquellos tiempos suficiente instruccion y experiencia para distinguir al que las poseia. La ciencia geográfica estaba todavía en su infancia. Ptolomeo gozaba aun de indisputable autoridad. Manifiestan los mapas de la décima quinta centuria una extraña mezcla de verdad y de error, en que se confunden las fábulas populares y las conjeturas mas extravagantes, con los hechos consignados por la antigüedad, y con otros que los descubrimientos recientes habian revelado. En una época, pues, en que empezaba á desar-

rollarse la pasion por la ciencia marítima, los mapas de un cosmógrafo tan distinguido como Colon, debian tener gran aceptacion entre los sabios. En consecuencia, le hallamos ya al principio de su residencia en Lisboa, correspondiéndose con Pablo Toscanelli, florentino, y uno de los hombres mas doctos de aquella era, á cuyas comunicaciones se debe en gran parte la resolucion que tomó Colon de llevar adelante su carrera posterior.

Al paso que sus trabajos geográficos le elevaban hasta ponerle en comunicacion con los doctos, tambien debieron alimentar en su mente pensamientos análogos á las empresas náuticas. El estudio continuo de mapas y cartas, y el exámen de los progresos y direccion de los descubrimientos, debieron hacerle conocer la extension de aquella ignorada parte del mundo, y meditar sobre los medios de explorarla. Sus negocios domésticos, y las relaciones, que por su casamiento habia formado, eran tambien adecuadas para enriquecer esta vena de especulaciones. Habitó algun tiempo en la isla de Puerto-Santo, recientemente descubierta, donde su mujer habia heredado cierta propiedad, y donde le dió un hijo que se llamó Diego. Esta residencia le llevó, por decirlo así, á la frontera de los descubrimientos. Una hermana de su mujer estaba casada con Pedro Correa, navegante de nota, que tambien habia sido gobernador de Puerto-Santo. El trato íntimo y frecuente de los dos cuñados, debió ser causa de que se comunicasen mútuamente sus observaciones sobre los descubrimientos, que cerca de ellos se estaban haciendo por las costas africanas, sobre la tan buscada carrera de la India, y sobre la posibilidad de que existiesen algunas tierras desconocidas al Occidente.

Tambien debian recibir en su isla frecuentes visitas de los viajeros de Guinea. Viviendo, pues, entre la agitacion y bullicio de los descubrimientos, y con personas que por ellos habian alcanzado honor y fortuna; y viajando siempre por los mismos senderos de sus recientes triunfos, el alma ardiente de Colon se inflamó con mas entusiasmo que nunca. Fue el suyo período de estímulo general para cuantos estaban relacionados con la vida marítima, ó residian en la vecindad del Océano. Los últimos descubrimientos habian despertado en todos, el deseo de adelantarse en los desiertos del Océano donde su imaginacion exaltada soñaba encontrar ricas y encantadoras islas. Volvieron á circular las opiniones y las fábulas de los antiguos. Se citaba á menudo el cuento de Antilla, grande isla del Océano, descubierta por los cartagineses, y encontró nuevos y firmes creyentes la imaginaria Atalante de Platon. Algunos creian que no eran las Canarias ni las Azores mas que despojos que habian sobrevivido á su sumersion, y que podian existir en partes mas remotas del Atlántico fragmentos mayores y mas apetecibles de ella.

Uno de los síntomas que manifiestan la excitacion del espíritu público en aquella época, es la multitud de cuentos respecto á islas desconocidas que habian llegado á hacerse populares. Unos eran puramente fábulas inventadas para entretener el espíritu novelesco de la época; otros tenian su orígen en las acaloradas imaginaciones de los viajeros, que se engañaban creyendo islas las nubes de verano apiladas en el horizonte, y que tanta semejanza tienen con el aspecto de distantes tierras.

Un tal Antonio Leone, vecino de Madeira, le dijo á Colon que navegando hácia el Occidente como unas cien leguas mar adentro, habia visto tres islas desde lejos. Pero los hechos de esta especie que con mas seguridad se contaban, y con mas celo se defendian, eran los que una extraña ilusion óptica habia hecho concebir á la gente de Canarias. Pensaban que de cuando en cuando se aparecia hácia el Occidente una isla con encumbradas montañas y profundos valles. No la divisaban sino en los dias claros de que gozan los climas de los trópicos; velanla entonces á través de una atmósfera pura y transparente con toda la precision con que pueden distinguirse los objetos sitiados á larga distancia. Verdad es que solo se descubria la isla á ciertos intérvalos, sin que otras veces pudiese percibirse el menor vestigio de ella, por diáfano que el aire estuviese; pero cuando se alcanzaba á ver, era siempre en el mismo sitio y bajo la misma forma. Tan persuadidos estaban los canarios de su realidad, que solicitaron del rey de Portugal permiso para descubrirla y tomar posesion de ella, llegando á ser objeto de muchas expediciones. Sin embargo ninguna planta humana llegó á sentarse en la isla, aunque continuaba engañando la vista como antes.

No habia especie de nocion fantástica, dislocada ni grandiosa, que no se formase con respecto á esta tierra imaginaria. Quién suponia que era la Antilla de Aristóteles: quién que era la isla de las siete ciudades, así llamada en una antigua leyenda de otros tantos obispos, que con grande multitud de fieles huyeron de España cuando la conquista de los moros, y fueron guiados por el cielo á una isla desconocida del Océano en donde fundaron siete espléndidas ciudades; por último hasta hubo quien la consideró como la isla tambien milagrosa, en que segun la leyenda desembarcó en la sexta centuria un santo sacerdote escocés, llamado san Brandan. Esta última opinion fue admitida por todos y la quimérica isla fue bautizada con el nombre de S. Brandan ó S. Borondon, y se continuó poniendo mucho tiempo en los mapas, al Occidente de Canarias. Lo mismo sucedió con la fabulosa isla de Antilla; y estos erróneos mapas y soñadas islas han dado en diversas épocas orígen á la creencia, de que el Nuevo-Mundo habia sido conocido antes del período en que generalmente se coloca su descubrimiento.

Colon, empero, considera todas estas apariencias de tierra como meras ilusiones, suponiendo que deben haberlas causado algunas rocas del mar, que vistas desde ciertas distancias y bajo ciertas influencias atmosféricas, tomarian la forma de islas, ó que quizás habrán sido islas flotantes, como aquellas de que hablan Plinio, Seneca y otros, compuestas de retorcidas raices, ó de piedras porosas y ligeras, cubiertas de árboles, y que fácilmente puede el viento hacer flotar en varias direcciones.

Las islas de san Brandan, de Antilla y de las siete ciudades han quedado reducidas, ya hace mucho tiempo, á cuentos fabulosos ó ilusiones atmosféricas. Pero no por eso carecen de interés los cuentos sobre ellas basados, porque revelan el estado de la opinion pública con respecto al Atlántico, cuando no se conocian aun sus regiones occidentales. Todas las anotó Colon cuidadosamente, y pudieran haber tenido alguna influencia en sus raciocinios; pero aunque de genio visionario, buscaba su ánimo profundo fuentes mas ricas para la meditacion. Estimulado por el impulso de los sucesos diarios, volvió, dice su hijo Fernando, á estudiar de nuevo los autores de geografía que ya le eran conocidos, y á analizar por principios las razones astronómicas que pudiesen corroborar aquella grande teoría que se iba formando en su mente. Se familiarizó con cuanto se habia escrito por los antiguos y descubierto por los modernos, relativo á la geografía. Sus viajes le sirvieron para rectificar sus propias opiniones, y para estimar en su justo valor los principios entonces conocidos de aquella ciencia. Y habiendo su ánimo tomado decididamente este giro, es interesante examinar la masa de hechos reconocidos, de plausibles hipótesis, de narraciones fantásticas y rumores populares, de donde formó el grandioso proyecto de descubrimientos, á fuerza de trabajar para ello con toda la energía y constancia de un vigoroso ingenio.

CAPITULO V.

RAZONES EN QUE FUNDABA COLON SU CREENCIA DE QUE HUBIESE TIERRAS DESCONOCIDAS EN EL OCCIDENTE.

Hemos procurado explicar en el capitulo último, por qué medios el espíritu y los acontecimientos de la época en que Colon vivia, le llevaron á la concepcion de su gigantesco proyecto. Su hijo Fernando trata de darnos la data precisa, en que fundó su padre el plan de descubrimientos. «Lo que hace, segun dice, para »mostrar de cuán débiles argumentos se fabricó y »nació tan gran proyecto, y para satisfacer á los que »deseen saber distintamente las circunstancias y mo»tivos que le llevaron á emprender tal obra.»

Es muy notable y muy singular la manera de formarse esta exposicion de las notas y documentos hallados entre papeles de su padre, para que deje de mencionársela. Explica en ella los fundamentos de la teoria de Colon, bajo tres títulos diversos: primero, la naturaleza de las cosas; segundo, la autoridad de doctos escritores; tercero, las relaciones de les navegantes.

Bajo el primer título establece como principio fundamental que era la tierra una esfera ó globo, que se podia andar alrededor de Oriente á Occidente, y que cuando estaban los hombres en puntos diametralmente opuestos, tambien sus piés y cabezas tenian direccion opuesta. La circunferencia de Oriente á Occidente en el Ecuador, la dividia Colon, siguiendo á Ptolomeo, en veinte y cuatro horas de quince grados cada una, que hacen trescientos y sesenta grados. De estos imaginaba, al comparar el globo de Ptolomeo con los primeros mapas de Marino de Tiro, que conocian los antiguos las quince horas que se extienden desde el estrecho de Gibraltar, ó mas bien desde las islas Canarias, á la ciudad de Thinae en Asia, lugar considerado como término oriental del mundo conocido. Los portugueses habian hecho retroceder la frontera occidental con el descubrimiento de las Azores y del cabo de islas Verdes, que le aumentaba una hora ó quince grados. Solamente faltaban, pues, por conocer la tercera parte de la circunferencia de la tierra, ó en otros términos, ocho horas, segun los cálculos de Colon. Este espacio podian llenarlo en gran parte las regiones orientales del Asia, si se extendiesen tanto que casi rodearan el globo, aproximándose á las costas occidentales de Europa y de Africa. La extension del Océano entre los continentes no seria tanta como pudiera suponerse á primera vista, si se admite la opinion de Alfrangano el árabe, que disminuyendo el tamaño de los grados, daba á la tierra menor circunferencia que otros cosmógrafos; teoria adoptada por Colon, á veces. Aceptados estos precedentes, es indudable que siguiendo un rumbo directo de Oriente á Occidente, debia arribarse al Asia imprescindiblemente descubriendo las tierras que hubiese en el camino.

Bajo el segundo título se nombran los autores, cuyos escritos ayudaron á convencerle de que el Océano interpuesto era de moderada extension y fácil de atravesar. Entre estos cita las opiniones de Aristóteles, Séneca y Plinio, asegurando que era posible ir de Cádiz á las Indias en pocos dias; y la de Estrabon, que sostiene que el Océano rodea la tierra y baña en el Oriente las costas de la India, y en el Occidente las de España y Mauritania, siendo fácil navegar de una de estas regiones á la otra en el mismo paralelo.

Se citan las narraciones de Marco Polo y de Juan Mandeville, para demostrar que el Asia, ó la India, como la llama siempre Colon, se extiende hácia el Oriente tanto que comprende la mayor parte del espacio desconocido. Estos viajeros habian visitado en las centurias décima tercia y décima cuarta, remotas partes del Asia, mucho mas lejanas que los límites de Ptolomeo; y sus relaciones de la extension oriental de aquel continente tuvieron gran parte en convencer á Colon de que un corto viaje hácia el Occidente le lleveria á sus costas ó á las dilitadas y ricas islas vecinas. Las noticias relativas á Marco Polo las recibió probablemente del ya nombrado Pablo Toscanelli, célebre doctor florentino, con quien en 1474 estaba en correspondencia y de quien recibió copia de una carta anteriormente dirigida por Toscanelli á Fernando Martinez, docto canónigo de Lisboa. Se sustentaba en ella que solo habia cuatro mil millas de distancia desde Lisboa á la provincia de Mangui, cerca de Cathay, reconocida despues como la costa del norte de la China, y que por consiguiente nada era mas fácil que llegar á la India por el rumbo occidental. Daba una descripcion magnífica de estos paises, tomada de la obra de Marco Polo. Añadia, que se encontraban por el camino las islas de Antila y Cipango, distantes entre sí solo doscientas veinte y cinco leguas, abundantes en riquezas, y con buenos puertos, á donde podian arribar las naves, y obtener auxilios y refrescos para el viaje.

Bajo el título tercero se enumeran varias indicaciones de tierras occidentales que habia el mar traido á las costas del mundo antiguo. Es de observar cómo Colon recogia con avidez todas las noticias y todos los datos que podian arrojar alguna luz sobre su deslumbradora teoría. Parece que daba atento oido hasta á las escasas noticias derivadas de los marineros veteranos, que habian servido en los recientes viajes á las costas africanas; y tambien á las de los habitantes de las islas acabadas de descubrir, que vivian en cierto modo en los puntos fronterizos de los conocimientos geográficos. Todas estas se encuentran cuidadosamente anotadas en sus apuntes, quizá para que se grabasen mas profundamente entre los hechos y opiniones que ya enriquecian su entendimiento.

Tal es, por ejemplo, el hecho que le refirió Martin Vicente, piloto al servicio del rey de Portugal: díjole este que navegando á cuatrocientas cincuenta leguas al Oeste del cabo de San Vicente, sacó del agua un pedazo de madera entallada, cuyos adornos se habian trabajado al parecer sin instrumentos de hierro. Como los vientos le traian de Occidente, podia venir de alguna tierra desconocida de aquella region.

Dícese ademas que habia sido hallado otro madero por el cuñado de Colon, Pedro Correa, en la isla de Puerto Santo, y que le habia oido hablar al rey de Portugal de ciertos juncos de grande tamaño que habian venido flotando del Occidente. Colon creia reconocer, por su descripcion, las inmensas cañas, que segun Ptolomeo, crecen en la India.

Se encuentran del mismo modo anotados los informes que le dieron los habitantes de las Azores, relativos á ciertos troncos de desmesurados pinos, desconocidos en todas las islas, é igualmente arrojados á sus playas por los vientos occidentales; pero sobre todo, de dos cadáveres arrojados por el mar en la isla de las Flores, cuyas facciones se asemejaban muy poco á las de las razas humanas conocidas.

Hay ademas de estas, la relacion de un marinero del puerto de Santa María, que aseguraba que viajando para Irlanda habia visto tierra al Occidente, y oido decir á la tripulacion, que seria algun extremo promontorio de la Tartária. Otras innumerables fábulas están igualmente anotadas, á las que Colon no daba la menor importancia.

Tal es el extracto de las razones, de donde, segun Fernando, partia su padre, procediendo despues de argumento en argumento hasta concluir que habia tierras desconocidas en la parte occidental del Océano, que podia llegarse á ellas, que eran fértiles, y por último, que estaban habitadas.

Es evidente que Colon no tuvo conocimiento de muchos de los hechos que acaban de enumerarse hasta despues de estar seguro de sus propias opiniones; pero es interesante saber todo lo que directa ó indirectamente pudo conducirle á tan elevada empresa;

pues todo lo que ilustra el proceso de pensamientos que condujeron á tan grandioso resultado, es altamente interesante; y el órden de deducciones que aquí se presenta, aunque quizá no tenga el encadenamiento mas lógico, por estar sacado de los papeles mismos de Colon, ocupará siempre un lugar distinguido entre los documentos mas importantes de la historia de la razon humana.

Fijando un poco la atencion en esta exposicion, desde luego se conoce que el grande argumento que indujo á Colon á emprender sus descubrimientos, fue el comprendido bajo el primer título á saber : que la parte mas oriental del Asia conocida por los antiguos, no podia estar separada de las islas Azores, mas que por la tercera parte de la circunferencia del globo; que el espacio interpuesto debia de estar en parte ocupado por el residuo desconocido del Asia; y que como la circunferencia del mundo era menor de lo que generalmente se suponia, podria llegarse á las costas asiáticas por medio de un moderado viaje al Occidente.

Forzoso es confesarlo : el logro de esta empresa fue debido en gran parte á dos felices errores : la extension imaginaria del Asia hácia el Oriente, y la supuesta pequeñez de la tierra : errores ambos de los mas doctos y profundos filósofos; pero sin los cuales apenas hubiera osado Colon aventurarse en su posterior carrera. En cuanto á la idea de encontrar tierra navegando directamente al Occidente, nos es tan familiar ahora que disminuye en cierto modo el mérito de la concepcion primera y la valentia del primer ensayo : pero entonces era desconocida la circunferencia del globo; nadie podia negar que fuese inmensa la extension, é imposible la travesia del Océano, ni se habian descubierto aun las leyes de la gravedad específica, ni de la gravitacion central, que supuesta la redondez del mundo, hacen evidente el poder rodearle. La posibilidad, pues, de encontrar tierras navegando al Occidente, era uno de aquellos misterios de la naturaleza que se consideran increibles, mientras son objetos de mera especulacion, y verdades las mas sencillas despues de haberse penetrado.

Cuando hubo establecido Colon su teoría, se le fijó en el ánimo con singular firmeza, influyendo mucho en su carácter y conducta. Jamás hablaba de ella sino con la seguridad y la resolucion de un hombre que tiene fe en lo que dice. No habia adversidad ni desengaño alguno que pudiera distraerle de la vigorosa prosecucion de su objeto. Se mezclaba con sus meditaciones un profundo sentimiento religioso, que las matizaba á veces de supersticion; pero de una supersticion grandiosa y sublime, mirándose como instrumento del cielo, escogido entre los hombres y las generaciones para cumplir sus altos designios, y suponia haber visto sus contemplados descubrimientos predichos en las Sagradas Escrituras, y anunciados tambien en las místicas revelaciones de los profetas. Se juntarán los extremos de la tierra, y todas las naciones y las lenguas se unirán bajo las banderas del Redentor. Esta habia de ser la consumacion triunfante de su empresa; poner las mas remotas y desconocidas regiones del universo en comunion con la cristiana Europa; llevar la luz de la verdadera fe á las tenebrosas repúblicas paganas, y reunir sus innumerables naciones bajo el santo dominio de la Iglesia.

El entusismo con que emitia sus pensamientos daban elevacion á su alma y le rodeaban de cierta grandeza que le hacia parecer superior á los demás. Conferenciaba con los soberanos, casi como si fuesen sus iguales. Sus proyectos eran régios, altos y sin límites; los descubrimientos que proponia, eran de imperios; las condiciones, de proporcionada magnificencia; y no quiso nunca, ni aun despues de largas dilaciones, repetidos desengaños y amargos padecimientos, bajo la opresion de la penuria y la indigencia, rebajar en lo mas mínimo las que se creian entonces extravagantes peticiones, por la mera posibilidad de un descubrimiento.

Los que no podian entender cómo un ingenio ardiente y dilatado llegaria á tan firme conviccion por medio de razones presuntivas, buscaron varios modos de explicarlo. Despues que un glorioso resultado estableció la exactitud de las opiniones de Colon, los mismos que antes le calificaban de loco se propusieron demostrar que el descubrimiento de aquellas tierras lo debia á prévios informes. Entre otros esfuerzos, se hizo el de circular una ociosa historia de cierto viejo piloto que habia muerto en su casa, dejándole relacion circunstanciada de unos paises desconocidos hácia el Occidente, á los que le habian echado vientos contrarios. Este cuento no tenia mas fundamento, segun Fernando Colon, que cualquiera de las consejas populares acerca de la fantástica isla de San Brandan, que un capitan portugués imaginó haber visto mas allá de Madeira á su vuelta de Guinea. Circuló, empero, por algun tiempo como un rumor despreciable, alterado y dispuesto segun las miras de los que deseaban oscurecer la gloria de Colon. Al fin logró imprimirse, y varios historiadores lo repitieron, cambiándolo de forma en cada narracion, y con mil contradicciones absurdas.

Díjose además, que Colon fuera precedido en sus descubrimientos por Martin Behem, cosmógrafo contemporáneo que habia desembarcado accidentalmente en la costa del Sur de América, en el discurso de una expedicion africana, y que si hizo Colon su viaje, fue sirviéndose de un mapa ó globo de la proyeccion de Behem, en que estaban designados los paises recien descubiertos. Este rumor debió su orígen á una desatinada interpretacion de cierto manuscrito latino, sin documentos que lo justificase; hubo no obstante, quien le dió entero crédito, y aun hace pocos años se le hizo revivir con mas celo que discrecion; pero en el dia descansa ya victoriosamente refutado. La tierra que visitó Behem era la costa del Africa, mas allá del Ecuador; la proyeccion de su globo no se concluyó hasta el año de 1492, mientras Colon estaba ausente en su primer viaje; y una prueba incontestable de que el autor desconocia su existencia, es el no contener traza alguna del nuevo mundo.

Hay, por desgracia, en las letras cierto espíritu entretenido é impertinente, que con hábito de docto exámen sigue, expiándolas, las huellas de la historia, mina sus monumentos, y daña y mutila sus mas hermosos trofeos. Pero los grandes nombres deben vindicarse á toda costa de tan perniciosa erudicion, cuyo conato no es otro que paralizar la saludable doctrina que encierra en sí la historia, al darnos ejemplos de lo que puede acabar el ingenio humano, entregado á laudables empresas. Por esta razon nos hemos propuesto en los capitulos anteriores exponer con la mayor claridad las causas que hicieron concebir á Colon el colosal pensamiento á que debe su inmortalidad; entre las cuales mencionamos como la primera á su ingenio, sin olvidar por eso ni el estado de los conocimientos geográficos de su siglo, ni las vislumbres dispersas de la ciencia, cuya luz recibian en vano las inteligencias vulgares.

CAPITULO VI.

CORRESPONDENCIA DE COLON CON PABLO TOSCANELLI.—SUCESOS DE PORTUGAL RELATIVOS Á DESCUBRIMIENTOS.

AUNQUE ya en 1474 habia concebida Colon el designio de buscar un camino occidental para la India, todavía no se habia desarrollado suficientemente en su cabeza este proyecto. Así aparece de su correspondencia del verano de aquel año con el docto florentino Pablo Toscanelli. En una carta de este, respondiendo á otra de Colon, aplaude el proyecto que su

corresponsal habia formado de hacer un viaje al Occidente. Y para demostrar la facilidad de llegar á la India en aquella direccion, le envia un mapa, proyectado en parte segun Ptolomeo, y en parte con arreglo á las descripciones del veneciano Marco Polo. La costa oriental del Asia se suponia en frente de las occidentales del Africa y de Europa, con un moderado espácio de mar entre ellas, en que se colocaban, á convenientes distancias, Cipango, Antilla y otras islas. La carta y mapa de Toscanelli, uno de los mas hábiles cosmógrafos de su tiempo, infundieron, nuevo aliento á Colon. Parece que se procuraria Toscanelli la obra de Marco Polo, que se habia traducido á varias lenguas, y existia manuscrita en las mas de las bibliotecas. Este autor da prodigiosas descripciones de las riquezas de Cathay y Mangui ó Mangu, reconocidas despues como las costas Norte y Sur de la China, á las cuales, segun el mapa de Toscanelli, llegaria sin duda el viajero que navegase en el rumbo directo del Occidente. Describe con la mayor mesura el poderio y la magnificencia del soberano de aquellos dominios, el gran Khan de Tartaria, y la grande extension de sus capitales de Cambalu y Quinsai, y las maravillas de las islas de Cipango y Zipangui, que se supone designan el Japon. Esta isla la situa enfrente de Cathay, quinientas leguas dentro del Océano, y dice que era rica en oro, piedras preciosas y otros artículos de comercio, y que tenia un rey, cuyos alcázares estaban cubiertos con tejas de oro, así como los palacios de otros paises las tienen de plomo. Muchos creian quiméricas las relaciones de este navegante; pero aunque llenas de seductoras exageraciones, se ha probado despues, que son sustancialmente correctas, se hace aquí especial mérito de ellas, por lo que influyeron en la imaginacion de Colon.

La obra de Marco Polo es la verdadera llave de muchas partes de su historia. Colon habla de las tierras que se promete descubrir, en las instancias dirigidas a diferentes córtes, como pudiera hablarse de aquellas regiones encantadas descritas por los viajeros venecianos. Los territorios del gran Khan eran el objeto de todos sus viajes; y en sus cruceros por las Antillas se lisonjeaba sin cesar con la esperanza de hallarse cerca de las islas opulentas de Cipango y de las costas de Mangui y de Cathay.

Mientras se maduraba en su razon el designio de emprender los descubrimientos del Occidente, hizo Colon un viaje al Norte de Europa, del cual solo se conserva el siguiente pasaje, extractado por Fernando de una de sus cartas. —«En el año de 1477, por febre» ro navegué mas allá del Tile cien leguas, cuya parte » austral dista de la equinoccial setenta y tres grados y » no sesenta y tres, como quieren algunos; y no está » sita dentro de la línea que incluye el Occidente de Pto» lomeo, sino es mucho mas occidental; y los ingleses, » principalmente los de Bristol van con sus mercade» rías á esta isla, que es tan grande como Inglaterra, » cuando yo fuí allá, no estaba helado el mar, aunque » las mareas eran tan gruesas que subian veinte y seis » brazas y bajaban otro tanto».

La isla que aquí se cita como Thule ó Tile, créese que fuese Iceland, que dista al Occidente de la última Thule de los antiguos, segun se nota en el mapa de Ptolomeo. Esto es lo único que se sabe de ese viaje, en el cual no obstante se vislumbran los vehementes deseos que Colon tenia de ensanchar los límites del mundo conocido.

Mucho tiempo trascurrió sin ningun esfuerzo decidido de parte de Colon para llevar á cabo este designio. El mal estado de su fortuna le impedia armar los buques, y hacer los preparativos necesarios para tal expedicion. Y como esperaba ademas encontrar vastos paises de infieles, sin sujecion á poder legal alguno, consideraba que no podia dar principio á su empresa, sino bajo la proteccion y con la poderosa ayuda de algun estado soberano capaz, de arrogarse el dominio de los territorios descubiertos, y de recompensarle sus servicios con dignidades y distinciones proporcionadas á ellos.

En la última parte del reinado de Alonso de Portugal habia poco celo por los descubrimientos para esperar que se aceptasen proposiciones relativas á ellos. El rey estaba harto entretenido con las guerras contra España y éranle estas demasiado costosas para que entrase en semejantes empresas. Tampoco el espíritu público estaba preparado para peligrosas aventuras. No obstante los muchos viajes que se habian hecho á la costa de Africa é islas adyacentes y la generalidad con que ya se usaba la aguja náutica, mil impedimentos encadenaban aun la navegacion, y rara vez se decidia el marinero á perder la tierra de vista.

Los descubrimientos progresaban lentamente en las costas africanas; pero los navegantes recelaban lanzarse mar adentro por el hemisferio del Sur, cuyas estrellas desconocian completamente. Les parecia a aquellos hombres tan extravagante el proyecto de un viaje al Occidente por medio de las inmensas llanuras del Océano, en busca de una tierra fantástica, como parecia en la presente edad el de lanzarse en un globo por los aires en busca de alguna distante estrella.

Pero estaban cerca los tiempos que habian de extender el poder de la navegacion. La época era propicia para el rápido adelanto de los conocimientos. La reciente invencion de la imprenta facilitaba el veloz y extenso comercio de las ideas humanas: sacó las ciencias de las bibliotecas y de los conventos, y las trajo familiarmente al bufete del estudiante. Los volúmenes que existian antes en costosos manuscritos, cuidadosamente atesorados á donde no pudiese llegar la mano del indigente escolar, ni del oscuro artista, se veian ya sin admiracion por todas las mesas. Estaba decretado que no hubiese de allí adelante retroceso en la sabiduría ni pausas en su carrera. Cada uno de sus pasos progresivos se promulgaba inmediata, simultánea y profusamente; se recordaba en mil formas diversas y se fijaba para siempre. La edad de las tinieblas habia pasado para siempre: podrian algunas naciones cerrar los ojos á la luz, y vivir porfiada y voluntariamente en el oscurantismo; pero no les seria dado oscurecerla ni apagarla; y á pesar de todos los esfuerzos, resplandeceria cada vez mas hermosa en otras partes del mundo, que haria felices el poder difusivo de la imprenta.

Entonces tomó el cetro de Portugal un monarca de diferente ambicion que Alonso. Juan II tenia por los descubrimientos la misma pasion que su tio el príncipe Enrique, y con su reinado revivió la actividad por ellos. Su primer cuidado fue edificar un fuerte en san Jorge de la Mina, en la costa de Guinea, para proteger el comercio de oro en polvo, marfil y esclavos que se hacia por los alrededores.

Los descubrimientos africanos habian sido muy gloriosos para Portugal, pero tambien muy caros. Se esperaba empero que el descubrimiento del camino de la India remuneraria todas sus fatigas y sacrificios, abriéndole á la nacion un manantial incalculable de riquezas. El proyecto del principe Enrique, lentamente seguido por medio siglo, habia despertado una viva curiosidad acerca de las partes remotas del Asia, y vivificado todas las narraciones verdaderas y falsas de los viajeros.

Ademas de las maravillosas descripciones de Marco Polo, existian otras del rabi Benjamin ben Jonah de Tudela, célebre judío español, que salió de Zaragoza en 1173 para visitar los dispersos restos de las tribus hebreas, donde quiera que estuviesen sobre la faz de la tierra. Vagando así con incansable celo por la mayor parte del mundo conocido, penetró en la China, y pasó por ella á las islas del Sur del Asia. Tambien habian escrito sus viajes Carpini y Ascellin, dos

frailes enviados el uno en 1246, y el otro en 1247 por el papa Inocencio IV de embajadores apostólicos con el objeto de convertir al gran Khan de Tartaria; y se conservaba el diario de Guillermo Rubruquis (ó Ruyss brook), célebre franciscano encargado de una comision semejante en 1253 por Luis IX de Francia, cuando se hallaba en su desgraciada expedicion de la Palestina. Todas estas misiones habian tenido un éxito desgraciado, pero las relaciones de ellos, conservadas hasta el siglo décimo quinto, sirvieron para inflamar la curiosidad pública respecto á las lejanas partes del Asia.

En estos escritos encontramos por la vez primera el nombre del célebre Preste Juan de las Indias, supuesto reo cristiano que, se creia reinaba en un distante país del Oriente objeto de mucha curiosidad é indagacion, cuyo reino cambiaba de territorio en el cuento de cada viajero, y se desvanecia y evitaba los escrutinios tan constantemente como la insustancial isla de S. Brandan, volvió á dar nuevamente crédito á estas patrañas. Se creia haber descubierto trazas de su imperio en el interior del Africa, al oriente de Benin, donde habla un poderoso príncipe que usaba cruces entre las insignias reales. Juan II participaba ámpliamente del estímulo popular que estas narraciones producian. Al principio de su reinado llegó á enviar misionarios en busca del Preste Juan, la visita de cuyos dominios era entonces objeto de ambicion romántica para muchos entusiastas. La magnífica idea que Juan II habia formado de las remotas partes del Oriente, le hacia desear en extremo que se realizase el magnífico proyecto del príncipe Enrique, y que tremolase la bandera portuguesa por los mares indianos. Fatigado de la pesadez que observaba en los descubrimientos por la costa del Africa, y de los inconvenientes que cada cabo y promontorio presentaba á las empresas náuticas, llamó tambien en su ayuda á las ciencias para trazar el modo de dar á la navegacion mayor campo y seguridad. Sus dos médicos, Rodrigo y José el último judío, los mas hábiles astrónomos y cosmógrafos del reino, juntos con el célebre Martin Behem, entraron en docta consulta sobre el asunto. El resultado de sus conferencias y trabajos fue la aplicacion del astrolabio á la navegacion, que enseñaba al marinero la distancia del Ecuador. De este instrumento mejorado y modificado, se ha formado el moderno cuadrante, cuyas ventajas esenciales poseia el astrolabio desde su introduccion.

Los efectos producidos en la navegacion por este invento son incalculables. La arrancó de una vez de antigua servidumbre de la tierra, dejándola en libertad para que discurriese á su placer por las ondas. La ciencia habia preparado así guias para hacer descubrimientos por el solitario Océano. En vez de costear las playas como los antiguos navegantes, en vez de volver á tierra cuando los vientos le habian separado de ella, presurosa y tímidamente y sin mas lumbrera que la de las inciertas estrellas, podia aventurarse ya el osado marinero moderno por ignotos mares, cierto de que la brújula y el astrolabio le abriran seguro camino para su vuelta, en caso de no encontrar lejanos puertos.

CAPITULO VII.

PROPOSICIONES DE COLON Á LA CÓRTE DE PORTUGAL.

La oportunidad con que fue descubierta la aplicacion del astrolabio á la navegacion, parece providencial; solamente con ella pudo Colon vencer los grandes obstáculos que se oponian á la ejecucion de su proyecto. Inmediatamente despues de verificarse este adelanto, propuso, pues, su viaje de descubrimientos á la corona de Portugal.

Esta es la primera proposicion de que tenemos claro é indisputable recuerdo, aunque no falta quien crea que anteriormente habia hecho una á Génova su patria. Las empresas náuticas hallaban una proteccion especial en la corte de Portugal. Muchos de los que habian hecho descubrimientos á su servicio, quedaron de gobernadores de las mismas islas y países que habian descubierto, aunque algunos eran extranjeros. Animado por esta munificencia, y por el vehemente deseo que tenia el rey Juan II de hallar el paso de la India, solicitó y obtuvo Colon audiencia de aquel monarca. Propuso, si el rey le suministraba bajeles y hombres, emprender el descubrimiento de un rumbo mas corto y directo para la India que el que se estaba buscando. Su plan era dirigirse via recta al Occidente á través del mar Atlántico. Entonces estableció sus hipótesis con respecto á la extension del Asia, describiendo tambien las riquezas de la isla de Cipango, primera costa á que esperaba llegar. De esta audiencia tenemos dos relaciones hechas con espíritu algo opuesto: una por su hijo Fernando, y otra por el historiador portugués Joam de Barros. Es digno de notarse de cuan distinta manera consideraban un mismo hecho un hijo entusiasta, y un frío y quiza preocupado escritor.



Cristóbal Colon.

El rey, segun Fernando, oyó á su padre con mucha atencion pero habia consumido tantos caudales infructuosamente en explorar el camino de la costa africana, que recelaba tomar parte en semejantes planes. Su padre, empero, sustentaba la anterior proposicion por medio de tan persuasivas razones, que indujo al rey á dar su consentimiento. La única dificultad que ya quedaba eran las condiciones; porque siendo Colon hombre de nobles sentimientos, pedia altos y honrosos titulos y recompensas; con el fin, dice Fernando, de dejar un nombre y familia dignos de sus altos hechos.

Barros por su parte atribuye la aparente condescendencia del rey solo á las importunidades de Colon: S. M. le consideraba, dice el historiador como un hombre vanaglorioso, inclinado á lucir sus talentos, y dado á nociones fantásticas, como las respectivas á la isla de Cipango. Pero el hecho es, que esta idea de la vanidad de Colon la inventaron los escritores portugueses posteriores; y en cuanto á la

isla de Cipango, estaba muy lejos de considerarse quimérica por el rey, que como lo acredita la mision que salió á buscar al Preste Juan, era un dócil creyente de los cuentos orientales de los viajeros. La prueba de que el monarca dió crédito á las razones de Colon, es que consultó la proposicion con una junta de personas inteligentes.

Se componia la asamblea de los dos hábiles cosmógrafos Rodrigo y José, y del confesor del rey, Diego Ortiz de Cazadilla, obispo de Ceuta, prelado de grande reputacion literaria, castellano de nacimiento, y generalmente llamado Cazadilla, del nombre de su pueblo. Esta corporacion calificó el proyecto de insensato.

Pero la decision parece que no satisfizo al rey. Segun su historiador Vasconcelez, convocó el consejo compuesto de los prelados y personas mas doctas del reino y les preguntó si creian que debia adoptarse aquel nuevo camino de descubrimientos, ó seguir el que ya estaba abierto.

La proposicion de Colon fue condenada por el consejo; y en efecto parecia que se despertaba en los consejeros cierto espíritu hostil hácia los descubrimientos.



Colon en el convento de la Rábida, pidiendo pan y agua para su hijo.

No estará por demás que digamos algo sobre la discusion del consejo. Vasconcelez trae un discurso del obispo de Ceuta, en que no solo se opone este prelado á la propuesta empresa, como falta de razon, sino que se esfuerza en impedir la prosecucion de los descubrimientos africanos. «Su tendencia no es otra »decia, que distraer la atencion, agotar los recursos »y dividir la fuerza nacional, ya harto debilitada por »las recientes guerras y pestes. Mientras su poder »estuviese así roto y disperso en remotas, inútiles y »ociosas expediciones, se hallaban peligrosamente »expuestos á los ataques de su activo enemigo el rey »de Castilla. La grandeza de los monarcas, añadia, »no nace tanto de la extension de sus dominios, co»mo de la sabiduria y tino con los que gobiernan. Y »continuaba: seria un delirio en la nacion portugue»sa emprender grandes proyectos, sin conmensu»rarlos con sus medios. Ya se ocupa el rey de sufi»cientes empresas de cierto provecho, y no tiene »para qué empeñarse en otras fantásticas y visiona»rias. Si desea empleo para el activo valor de la na»cion, la guerra que sustenta contra los moros de »Berbería, es suficiente; sus triunfos en ella de sóli»da ventaja, y propios para debilitar aquellos hostiles »vecinos, que tan peligrosos se han mostrado en la »hora de su poder.»

Este frio y cauteloso discurso del obispo de Ceuta, dirigido contra empresas que tanta gloria daban á los portugueses, lastimó el orgullo nacional de don Pedro de Meneses, conde de Villa-Real, y arrancó de él una elevada y patriótica respuesta. En el entender de cierto historiador esta réplica era favorable á la proposicion de Colon; pero esta opinion carece de fundamento. Pudo haberla tratado con respeto; mas

su elocuencia se empleó á favor de las empresas en que los portugueses estaban ya empeñados.

«El Portugal, dijo, no está en su infancia, ni son »sus príncipes tan pobres que carezcan de medios para »emprender descubrimientos. Aun suponiendo que »los que Colon propone descansasen en meras conje»turas, ¿por qué se habian de abandonar los que em»pezó el príncipe Enrique sobre tan sólidos fundamen»tos, y prosiguió con tan felices auspicios? Las coronas, »dijo, se enriquecen por el comercio, se fortifican con »las alianzas y adquieren imperios por las conquistas. »Las miras de una nacion no pueden ser siempre uni»formes; sino que se extienden con su prosperidad y »su opulencia. El Portugal está en paz con todos los »príncipes de Europa. Nada tiene que temer de entrar »en grandes empresas; y seria la mayor gloria para »el valor portugués penetrar los secretos y horrores »del Océano, tan formidable para las otras naciones »del mundo. Así ocupado, se libraria del ócio que los »largos intérvalos de paz engendran; aquel manantial »de vicios, aquella lima silenciosa que poco á poco »desgasta la fuerza y el valor de las naciones. Era ver»gonzoso, añadia, amenazar el nombre portugués con »peligros imaginarios, cuando tan intrépido se habia »manifestado en acometer los mas tremendos y cier»tos. Las grandes almas estaban formadas para las »grandes empresas; y se admiraba mucho de que un »prelado tan religioso como el obispo de Ceuta se opu»siese á un proyecto, cuyo último resultado seria au»mentar la fe católica y llevarla del uno al otro polo, »reflejando gloria en la nacion portuguesa, y dando »imperio y fama indeleble á sus príncipes. Y concluia »declarando, que aunque soldado, se atrevia á pro»nosticar, con voz y espíritu celestiales, al príncipe »que acabara aquella empresa, mas felice y duradero »renombre que obtuvo jamás el mas afortunado sobe»rano.» Tal fue el ardiente discurso del conde de Villa-Real en pro de los descubrimientos africanos. Mas afortunado habria sido para Portugal que usara su elocuencia en favor de Colon; porque se asegura que fue recibida con aclamaciones que disipó todos los raciocinios del frio espíritu de Cazadilla, y que inspiró al rey y al consejo nuevo ardor para emprender la circunnavegacion de los extremos del Africa, cuyo éxito fue tan brillante.

CAPITULO VIII.

SALIDA DE COLON DE PORTUGAL, Y SUS INSTANCIAS Á OTRAS CÓRTES.

Es comunmente reputado Juan II de Portugal por príncipe grande, sabio é incapaz de sufrir la dominacion de ningun consejero. Pero en la memorable negociacion de que hablamos, no hizo alarde de su magnanimidad acostumbrada y hubo de escuchar capciosos y astutos consejos, siempre opuestos á la verdadera política, y productivos en este caso de disgustos y mortificaciones. Algunos de entre sus consejeros, viendo que estaba el monarca poco satisfecho de la determinacion anterior, y que todavía le quedaba cierta inclinacion oculta por aquella empresa, le sugirieron una estratajema, para asegurar todas sus ventajas sin comprometer la dignidad de la corona, entrando en formales tratados acerca de un plan que podia ser quimérico. Le propusieron pues que se entretuviese á Colon con razonamientos equívocos en tanto se enviaba reservadamente un buque en la direccion que él habia señalado, para cerciorarse del fundamento que pudiese tener su teoría.

Esta pérfida insinuacion se atribuye á Cazadilla, obispo de Ceuta, y cuadra bien con la estrecha política que hubiera querido persuadir al rey Juan á que abandonase la espléndida senda de sus descubrimientos africanos. El rey, apartándose desgraciadamente de su acostumbrada generosidad, cometió la debilidad de favorecer aquella inicua estratajema. Se pidió á Colon un plan circunstanciado del propuesto viaje, con las cartas y otros documentos, segun los cuales intentaba tomar su derrotero, para que pudiese examinarlos el consejo. Colon satisfizo inmediatamente este pedido. Entonces salió una carabela con el pretesto ostensible de llevar víveres al cabo de islas Verdes, pero con instrucciones reservadas para seguir el rumbo indicado por Colon. Desde aquellas islas navegó la carabela al accidente por algunos dias. El tiempo se puso tormentoso; y los pilotos, careciendo de celo que los estimulase, y no viendo delante de si mas que un inmenso desierto de salvajes y trémulas hondas, no tuvieron valor para continuar. Tomaron la vuelta del cabo de las islas Verdes, y de allí pasaron á Lisboa, ridiculizando el proyecto de Colon, como irracional y extravagante, para escusar así su falta de ánimo.

Colon se indignó justamente con tan infame atentado. El rey Juan, se dice, hubiera querido renovar la negociacion; pero él se negó resueltamente á ello. Su mujer hacia algun tiempo que habia muerto; el nudo doméstico que le unia al Portugal, estaba roto; y así determinó abandonar un país donde le habian tratado con tan mala fe, y buscar patrocinio en otra parte.

Hácia fines de 1484 salió secretamente de Lisboa, llevando consigo á su hijo Diego. La razon que da para haber dejado el reino con tal misterio, es que temia que se lo impidiese el rey; pero su pobreza parece que le ocasionó otros motivos. Mientras estaba lleno de aquellas especulaciones que tan grandes beneficios habian de producir al género humano, sus negocios particulares quedaron abandonados. Podria suponerse, que hasta estaba en peligro de que le prendieran por deudas. Una carta, descubierta últimamente, escrita á Colon algunos años despues por el rey de Portugal, pidiéndole que volviese á aquel reino, le asegura que no se procederá á su arresto cualquiera que sea la causa que contra él haya pendiente.

Otro intérvalo ocurre de cerca de un año, en el cual se ignoran casi todos los movimientos de Colon. Un historiador moderno de España, opina que salió sin detenerse para Génova, donde cree que estaba positivamente el año de 1485, cuando repitió en persona una proposicion de la empresa que ya por escrito habia sometido al gobierno, de quien fue recibida con desprecio.

La república de Génova no estaba verdaderamente en circunstancias favorables para emprender tales proyectos. Hallábase entonces en decadencia y esquilmada por las guerras que estaba sosteniendo en el exterior. Caffa, su gran depósito en la Crimea, acababa de caer en manos de los turcos, y su pabellon estaba á punto de ser arrojado del Archipiélago. Los infortunios habian quebrantado su ánimo; porque entre las naciones, como entre los individuos, es la energía hija de la prosperidad, y enferma en las horas adversas, cuando mas se necesitarian sus esfuerzos. Así, Génova, desanimada, segun se infiere, por sus reveses, cerró los oidos á una proposicion que la hubiera elevado á décupla esplendidez, y por la que habria podido perpetuar el dorado caduceo del comercio en las manos de la Italia.

Créese que Colon llevó sus proposiciones de Génova á Venecia, aunque esta opinion no está apoyada en ningun documento auténtico. Un escritor italiano de mucho mérito dice, que en Venecia se conserva cierta tradicion antigua que lo asegura. Y añade, que un magistrado distinguido de aquella ciudad le habia dicho haber visto en tiempos anteriores, en los archivos públicos, anotaciones de este ofrecimiento de Colon, y de haberse negado en consecuencia de la crítica situacion de los negocios públicos. Pero las largas é inveteradas guerras de Venecia contra su país hacen improbable este paso. Muchos autores convienen en

que por esto tiempo visitó á su anciano padre, tomó medidas para mejorar su suerte; y habiendo cumplido con los deberes de la piedad filial, salió otra vez á buscar fortuna en las córtes extranjeras.

Debe advertirse que no pasan de presunciones todas las circuntancias, con las cuales se ha intentado llenar el intérvalo que hay desde la salida de Colon de Portugal á las primeras noticias que de él tenemos en España. Tal es la dificultad de penetrar la parte oscura de su historia, hasta que el esplendor de los descubrimientos la inundó de luz eterna. No puede hacerse mas, que ir de un hecho aislado á otro. Que en este tiempo luchó sin cesar con la pobreza, resulta del mal estado en que le encontramos en España: ni es la circunstancia menos extraordinaria de su agitada vida, que tenia en cierto modo que ir pidiendo limosna de córte en córte, para ofrecer á sus príncipes un mundo.

LIBRO II.

CAPITULO PRIMERO.

PRIMERA LLEGADA DE COLON Á ESPAÑA.

Es curioso observar la primer llegada de Colon á aquel país destinado á ser teatro de su gloria, y que él habia de hacer tan poderoso con sus descubrimientos; porque en ella notamos uno de los mas notables é instructivos contrastes de su historia.

La primer huella que se encuentra suya en España, está en la declaracion hecha algunos años despues de su muerte, con motivo del pleito entre su hijo don Diego y la corona, por García Fernandez, médico del pequeño puerto de Palos de Moguer en Andalucía. Media legua, poco mas ó menos, cerca de Moguer habia y se conserva aun, un antiguo convento de frailes franciscos, de la advocacion de Santa María de la Rábida. Segun el testimonio del físico, llegó un dia á las puertas del convento un extranjero á pié, con un niño, para quien pidió al portero pan y agua. En tanto recibia este humilde refresco, el guardian del convento, fray Juan Perez de Marchena, pasó casualmente por allí, notó con admiracion la presencia de aquel hombre, entabló conversacion con él, y no tardó en enterarse de las particularidades de su vida. Este extranjero era Colon con su hijo Diego. No aparece de dónde venia; pero que estaba en circunstancias indigentes, se echa de ver por su modo de viajar. Iba entonces á la vecina ciudad de Huelva en busca de un cuñado suyo.

Era el guardian un hombre de vastos conocimientos. Quizá por estar tan cerca de Palos, cuyos vecinos se contaban entre los mas audaces navegantes de España, habia adquirido algunos conocimientos en geografía y náutica. Le interesó mucho la conversacion de Colon, y le sorprendió la grandeza de sus miras. Fue singular ocurrencia para la vida monótona del claustro, que un hombre de tan insólito carácter, y entregado á tan extraordinaria empresa, llamase á la portería del convento para pedir pan y agua. Le detuvo el guardian como su huésped, y poco confiado en su propio saber, mandó llamar á un médico de Palos, llamado García Hernandez, que es á quien debemos estos curiosos datos. Fernandez se admiró tambien de la apariencia y conversacion del extranjero. Sucedieron á esta entrevista muchas discusiones en el convento; y el proyecto de Colon se trataba en aquellos silenciosos claustros con la deferencia que habia buscado en vano entre el bullicio y pretensiones de los sabios de córte y de los filósofos. Tambien se reunieron entre los marineros veteranos de Palos algunas sugestiones que parecian corroborar su teoría. Un tal Pedro Velasco, anciano y experimentado piloto, afirmaba que treinta años antes, en el discurso de un viaje, fue arrojado por los temporales tan lejos hácia el Nor Oeste, que el cabo Clear de Irlanda quedaba ya al Este suyo. Aun cuando un fuerte viento soplaba á la sazon del Occidente, estaba la mar en calma: notable fenómeno que él atribuia á la existencia de tierras en aquella direccion. Pero siendo ya á últimos de agosto, temió la venida del invierno, y no quiso continuar este descubrimiento.

Fray Juan Perez poseia aquel celo de corazon en sus amistades que convierte los buenos deseos en buenas obras. Persuadido de la alta conveniencia que resultaba de que Colon llevase á cabo su gigantesca empresa, le ofreció una buena recomendacion para la córte, aconsejándole ir de todos modos á ella, y hacer sus proposiciones á los soberanos. Era fray Juan Perez íntimo amigo de fray Fernando de Talavera, prior del monasterio del Prado, confesor de la reina, muy admitido en la confianza real, y de mucho peso en los negocios públicos. Para él le dió á Colon una carta, recomendando altamente el aventurero y su empresa al patrocinio de Talavera, é impetrando su amigable intercesion para con los reyes. Como la influencia de la Iglesia era ante todas en la córte de Castilla, y Talavera por su empleo de confesor, tenia la mas directa y franca comunicacion con la reina, se esperaba todo de sus esfuerzos. En el entretanto, fray Juan Perez se hizo cargo del niño de Colon, para mantenerle y educarle en el convento. El celo de este digno religioso, así encendido, no se resfrió jamás; y cuando muchos años despues rodeaban á Colon en los dias de su gloria brillantes turbas de cortesanos, prelados y filósofos, reclamando el honor de haber favorecido sus empresas, volvia él la vista á su vida pasada, y señalaba á este modesto sacerdote como su mejor y mas útil amigo. Permaneció Colon en el convento hasta la primavera de 1486, cuando llegó la córte á Córdoba, donde los soberanos pensaban reunir sus tropas, y hacer los preparativos para una campaña contra el reino morisco de Granada. Llena el alma de risueñas esperanzas y alentado con la seguridad de conseguir pronto audiencia por medio de fray Fernando de Talavera, se despidió Colon del digno guardian de la Rábida, y dejándole su hijo, salió alborozado para la córte de Castilla.

CAPITULO II.

CARACTERES DE FERNANDO Y DE ISABEL.

(1486.)

La primera época en que Colon buscó su fortuna en España, coincide con uno de los periodos mas brillantes de esta monarquía. La union de los reinos de Aragon y Castilla, por el casamiento de sus príncipes Fernando é Isabel, habia consolidado el poder cristiano en la Península, y puesto fin á los feudos internos, que tanto tiempo habian despedazado la nacion, y asegurado el dominio de los mulsumanes. La entera fuerza de España iba á emprender la caballerosa y noble conquista mahometana. Los moros que algun dia se derramaron como una inundacion por toda la Península, estaban ya reducidos á los lindes montañosos del reino de Granada. Las armas de Fernando marchaban por una senda no interrumpida de triunfos, estrechando cada vez mas los límites de aquel fiero pueblo. Bajo Estos soberanos principiaron los pequeños y divididos Estados españoles á obrar como una sola nacion, y á alcanzar la eminencia en las artes, lo mismo que en las armas. Fernando é Isabel se dijo que no vivian juntos como consortes, cuyos estados eran comunes, sino como dos monarcas estrictamente aliados. Tenian separados derechos á la soberanía, en virtud de sus respectivos reinos; juntaban diferentes consejos y ejercian separados con frecuencia en lejanas partes del imperio cada uno su autoridad real. Pero se hallaban tan felizmente unidos por miras é intereses comunes,

y por una grande y mútua deferencia, que esta doble administracion jamás impidió la unidad de los designios ni de las acciones. Los actos todos de la soberanía se ejecutaban en ambos nombres: todos los documentos públicos estaban suscritos con ambas firmas: sus bustos, ambos estampados en la moneda; y el sello real presentaba las armas unidas de Castilla y Aragon.

Fernando era de mediana estatura, bien proporcionado, y recio, y activo en los ejercicios atléticos, su porte libre, desembarazado y magestuoso. Su frente despejada y serena parecia aun mas espaciosa por la escasez de los cabellos. Las cejas eran anchas y partidas, y de un castaño claro, como el pelo. Los ojos brillantes y animados, el cutis algo rojo, y quemado con las fatigas de la guerra; la boca moderada, de buena forma y agradable expresion; los dientes blancos, aunque pequeños é irregulares; la voz aguda; la conversacion fácil y rápida. Su entendimiento claro y comprensivo; su juicio grave y seguro. Era sencillo en los alimentos y ropas; de genio igual, devoto en la religion, y tan infatigable en los negocios, que se decia de él que descansaba trabajando. Era sin igual en la ciencia de los gabinetes, y se reputaba grande observador y conocedor de los hombres. Tal es el retrato que de él hacen los historiadores españoles de su tiempo. Añaden, empero, que era tan avisado como religioso; ambicioso, antes sagaz que magnánimo; que guerreaba mas como príncipe que como soldado, y menos por gloria que por interés; y que era su política fria, calculadora é interesada. Llamábanle el sabio y el prudente en España, en Italia el pio; en Francia y en Inglaterra el pérfido y el ambicioso.

Al dar su pintura quizá no parecerá impertinente bosquejar la suerte de un monarca cuya política influyó tanto en la historia de Colon, y en el destino del Nuevo-Mundo. Un éxito feliz coronó todas sus empresas. Aunque hijo menor, ascendió al trono por herencia, obtuvo el de Castilla por enlace; los de Granada y Nápoles por conquista; y se apoderó de Navarra; como perteneciente á quien tomara posesion de ella, cuando el papa Julio II excomulgó á sus soberanos Juan y Catalina, y dió el cetro al primero que le empuñase. Envió sus fuerzas al Africa, y subyugó ó redujo á vasallaje á Túnez, Trípoli, Argel, y las mas de las po-



Fernando el Católico.



Isabel la Católica.

tencias berberiscas. Un nuevo mundo le dió Colon por sus descubrimientos, y sin el mas mínimo coste; pues que los dispendios de la empresa los hizo exclusivamente su consorte Isabel. Abrigaba, desde los primeros dias de su reinado, tres pensamientos que consiguió ver realizados, obteniendo de Inocencio VII el tratamiento de magestad católica. Eran estos tres pensamientos: la conquista de los moros, la expulsion de los judios, y el establecimiento de la inquisicion en sus dominios.

Los escritores contemporáneos han descrito á Isabel con entusiasmo, y el tiempo ha sancionado sus elogios, dándonos en ella uno de los mas bellos y puros caracteres de la historia. Era bien formada, de mediana estatura, con mucha dignidad y gracia, gravedad y dulzura en sus modales. Blanca de cutis, y de cabellos rubios tirando á rojos; los ojos azules, claros y de benigna expresion. Lucia una singular modestia en su semblante, embelleciéndose con ella su extraordinaria fortaleza de ánimo, y firmeza en los proyectos. Aunque fuertemente ligada á su marido, y solícita de su fama, mantenia siempre aparte sus derechos como una princesa aliada. Le escedia ademas en hermosura, en dignidad personal, en agudeza de ingenio, y en grandeza de alma. Combinando las activas cualidades y resolucion del hombre con los blandos sentimientos de su sexo, se mezclaba en los consejos militares de su esposo, entraba personalmente en sus empresas, y á veces desplegaba aun mayor vigor que el rey, y mayor intrepidez en las medidas árduas; y hallándose inspirada del amor de la verdadera gloria, solia infundir tambien mas noble y generosa tendencia en su calculadora política. Pero en la historia civil de su reinado es donde especialmente brilla el ilustre carácter de Isabel. El mas vehemente anhelo de su corazon era remediar los males de su país; por eso se complacia en reformar las leyes con arreglo á los preceptos de la justicia, y de la conveniencia pública. Amaba á su pueblo, y dedicándose diligentemente á su bienestar, mitigaba en lo dable las ásperas medidas de su marido, dirigidas al mismo fin, pero guiadas por un mal entendido celo. Así, aunque estremada en su piedad, y sometida al dictámen de sus confesores hasta en los negocios del todo temporales, todavía rehusaba dar asenso á cuantas resoluciones tuviesen por objeto extender la religion por medios violentos. Se opuso enérgicamente á la expulsion de los judios, y al establecimiento de la inquisicion: si desafortunadamente para España y para la causa de la civilizacion, triunfaron los confesores, no culpemos á la reina sino á la época en que vivió. Era siempre abogada de clemencia para los moros, aun-

que era el alma de la guerra contra Granada. Consideraba la guerra esencial para proteger la fe cristiana y librar á sus súbditos de tan feroces y formidables enemigos. Todos sus pensamientos y actos públicos eran régios y augustos; sus costumbres privadas, sencillas, frugales y sin ostentacion. En los intérvalos de los negocios de Estado juntaba alrededor suyo los hombres mas eminentes en ciencias y literatura, y se dirigia por sus consejos en la promocion de las artes y las letras. Por su patrocinio subió Salamanca á la altura que llegó á obtener entre las instituciones doctas de aquel siglo. Facilitaba la distribucion de honores y premios á los que propagaban los conocimientos; protegia tan abiertamente á la imprenta que los libros se admitian sin pagar derecho alguno; y aun se dice, que en aquel temprano período del arte se imprimian mas de ellos en España, que en épocas posteriores.

Es admirable la intima dependencia que la felicidad de las naciones tiene á veces de las virtudes de ciertos individuos, y cómo les es dado á los grandes espíritus, combinando, excitando y dirigiendo la innata energía de los pueblos, investirlos de su propia grandeza. Tales seres son la personificacion de la gloria que velan por la conservacion de las naciones. Tal fue el príncipe Enrique para Portugal, y tal para España la ilustre Isabel.

CAPITULO III.

PROPOSICIONES DE COLON Á LA CÓRTE DE CASTILLA.

Llegó Colon á Córdoba á principios de 1486. No tan solo le salieron fallidas sus esperanzas de inmediato patrocinio, sino que ni aun siquiera pudo conseguir una audiencia. Fray Fernando de Talavera, en vez de entrar en sus intereses por la recomendacion de fray Juan Perez de Marchena, miraba su plan como extravagante é imposible. El débil influjo con que contaba para obtener buen éxito en la córte y el humilde traje en que su pobreza le obligaba á presentarse, formaban un extraño contraste á los ojos de los cortesanos, con la magnificencia de sus especulaciones. «Porque era extranjero, dice Oviedo, y vestido de »pobres ropas, sin mas crédito que la carta de un »franciscano, no le creian ni daban oidos á sus pala»bras; lo que le atormentaba mucho la imaginacion.» El tiempo que consumió Colon, así despreciado en la córte española, ha ocasionado mucha animadversion. Pero es justo tambien recordar el estado de los soberanos en aquella coyuntura, ciertamente la menos propicia para sus pretensiones. La guerra de Granada estaba en plena actividad, y el rey y la reina personalmente ocupados en sus campañas. Cuando llegó Colon, era la córte un campo militar. Los rivales reyes moros de Granada, Muley Boabdil el tio, llamado el Zagal, y Mahomet Boabdil el sobrino, dicho tambien el rey Chiquito, acababa de formar una coalicion que pedia prontas y vigorosas medidas de parte de los príncipes de Castilla. A principios de la primavera marchó el rey á sitiar la ciudad mora de Loja; y aunque permaneció en Córdoba la reina, estaba continuamente empleada en reunir tropas y víveres que mandar al ejército, y atendiendo al mismo tiempo á las multiplicadas exigencias del gobierno civil. En 12 de junio salió ella tambien para los reales, entonces en el sitio de Moclin, y ambos soberanos permanecieron algun tiempo en la vega de Granada, continuando vigorosamente la guerra. Apenas habia vuelto á Córdoba á celebrar sus victorias con regocijos públicos, cuando tuvieron que partir á Galicia para apaciguar la rebelion del conde de Lemos. De allí fueron á pasar el invierno á Salamanca. Esta sucinta reseña de la vida agitada de Fernando é Isabel en el primer año de la llegada de Colon es suficiente para dar una idea de su reinado, al menos mientras duraron las guerras de los moros. La córte no cesaba de marchar de un lugar para otro, segun las exigencias del momento. Los soberanos estaban, ó bien viajando ó acampados; y cuando tenian algun intérvalo de reposo en medio de los trabajos de la guerra, le aplicaban á hacer las modificaciones y reformas que querian introducir en sus dominios.

Entregados á tan exigentes negocios de doméstica é inmediata importancia, y tan graves para el tesoro, no es de admirar que tuviesen los monarcas poco tiempo para atender á planes de descubrimientos que requerian mucha consideracion, pedian grandes gastos, y estaban generalmente considerados como ensueños de un entusiasta. Es todavía muy cuestionable si llegó la instancia de Colon á sus oidos en mucho tiempo. El que debia ser su apoyo, Fernando de Talavera, le era contrario, estaba lleno tambien de negocios militares, y ausente con frecuencia en las campañas, como uno de los consejeros eclesiásticos que rodeaban á la reina en aquella llamada guerra santa.

El verano y otoño de 1486, período de la campaña y ocupaciones indicadas, permaneció Colon en Córdoba. Se mantenia, parece, dibujando mapas, y cartas con la confianza de que el tiempo y la industria le proporcionarian creyentes y amigos de influencia. Tenia ademas que habérselas con la estupidez de unos y con el orgullo de otros, obstáculos que halla siempre al paso el talento en la córte. Pero su temperamento, naturalmente enérgico y sanguíneo, y su mucho entusiasmo, le sacaban victorioso de todas las pruebas. Tambien poseia una dignidad de modales y un calor, verdad y sinceridad en sus palabras, que gradualmente le ganaron algunos amigos. Uno de los mas útiles fue Alonso de Quintanilla, contador mayor de Castilla, que se dice que le recibió en su casa, y llegó á ser un ardiente defensor de su teoría. Entró tambien en relaciones con dos personajes que abrazaron ardientemente su causa: era el uno Antonio Geraldini, nuncio pontificio, y el otro su hermano Alejandro Geraldini, preceptor de los hijos menores de Fernando é Isabel. Con la ayuda de estos logró ver al célebre Pedro Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Toledo, y gran cardenal de España.

Era este un personaje de importancia que los reyes le tenian siempre á su lado: él era su consejero en la paz, y él los acompañaba en la guerra. Pedro Mártir le llamaba donosamente *el tercer rey de España*. Era varon de claro entendimiento, elocuente, juicioso, y de mucha viveza y capacidad para los negocios; grandioso, pero afable y dulce en su trato. Aunque escolástico elegante, carecia el cardenal como otros hombres doctos de sus tiempos, de extensos conocimientos cosmográficos, y era tenaz ademas, respecto á los escrúpulos religiosos. Cuando oyó por la primera vez hacer mérito de la teoría de Colon, creyó que envolvia opiniones heterodoxas é incompatibles con la forma de la tierra, segun está descrita en las Sagradas Escrituras. Pero otras explicaciones mas extensas tuvieron peso para con un hombre de tan veloz comprension y de tan sano juicio. Percibió, pues, que no podia ser irreligioso el intentar la dilatacion de los límites de los humanos conocimientos, y el querer cerciorarse de las obras de la creacion: una vez apaciguados sus escrúpulos, dió á Colon atento y cortés recibimiento.

Conociendo este la importancia de su oyente, se esforzó en convencerle. Escuchaba el esclarecido cardenal con atencion profunda; y vió la grandeza del designio, y sintió la fuerza de los argumentos. Tambien le agradó el aspecto noble y ferviente de Colon, y se hizo de una vez su útil y firme amigo. La representacion del gran cardenal le procuró una audiencia de los soberanos. Apareció delante de ellos con modestia, pero sin abatimiento; porque se creia, segun

declaró despues en sus cartas, un instrumento puesto en las manos del Todopoderoso para cumplir sus altos designios.

Fernando conocia demasiado á los hombres, para no apreciar el carácter de Colon. Percibió desde luego que por atrevidos que fuesen sus proyectos, y por magníficas que fuesen sus teorías, estribaba el plan en fundamentos científicos y prácticos. La posibilidad de hacer descubrimientos mas importantes aun que los que habian engrandecido al Portugal alhagó su ambicion. Se mantuvo, sin embargo, como lo tenia de costumbre, frio y cauteloso, y resolvió oir la opinion de los hombres mas sabios del reino, antes de adoptar una resolucion definitiva. Refirió consiguientemente el negocio á Fernando de Talavera, mandándole juntar en asamblea los astrónomos y cosmógrafos mas entendidos de España, para que tuviesen una conferencia con Colon, examinasen las bases de su teoría, consultasen despues entre ellos y expusiesen su opinion.

CAPITULO IV.

COLON ANTE EL CONSEJO DE SALAMANCA.

En la ciudad de Salamanca fue donde se celebró la interesante conferencia sobre la proposicion de Colon. Hospedóse Colon en el convento de dominicos de san Estéban, donde fue dignamente tratado, y en el mismo edificio tuvo lugar el famoso exámen.

La religion y la ciencia estaban en aquella época, sobre todo en España, íntimamente unidas. Existian los tesoros del saber casi exclusivamente en los cláustros de los monasterios. El dominio del clero se extendia al Estado, lo mismo que á la Iglesia, y los empleos de honor y de influjo de la córte se confiaban casi todos, á los eclesiásticos y á la nobleza hereditaria. Frecuentemente se veian cubiertos con los arreos militares, á los que se hallaban investidos con las primeras dignidades de la Iglesia. Aquella edad se distinguia por el renacimiento de las letras, y mas aun por la preponderancia del celo religioso; y España sobrepujaba á todas las naciones de la cristiandad en el fervor de su fe. La inquisicion acababa de establecerse en el reino, y eran temibles sus fallos para cuantos manifestaban opiniones de cualquier modo heterodoxas.

Con estas ligeras pinceladas dejamos descrita la época en que un consejo de sabios eclesiásticos se juntó en el colegio y convento de san Estéban para examinar las nuevas teorías de Colon. Formaban la asamblea profesores de astronomía, geografía, matemáticas y otros ramos de ciencias, varios dignatarios de la Iglesia, y muchos doctos religiosos. Delante de esta erudita sociedad se presentó Colon á establecer y defender sus conclusiones. Las gentes vulgares é ignorantes le habian escarnecido, y mofádose de sus proyectos; pero él estaba penetrado de que como lograse hacerse oir de una corporacion científica, esta le haria justicia, dando crédito á sus proyectos calificados, por el vulgo necio, de insensatos.

La pluralidad de los vocales estaba probablemente preocupada contra él, como suelen los altos empleados y funcionarios contra los pretendientes pobres. Hay tambien cierta tendencia á considerar al hombre á quien se examina, como una especie de delincuente ó impostor, cuyas faltas ó errores van á descubrirse para hacerlos públicos. Colon apareció, ademas, bajo los peores auspicios delante de aquel cuerpo escolástico: él era un marino extranjero y desconocido, que no pertenecia á ninguna corporacion literaria y que carecia de los medios necesarios para ostentar ese lujo y boato que dan á veces autoridad á la estupidez.

Muchos vocales le tenian por un aventurero, ó cuando mas por un visionario; y otros se sentian predispuestos contra toda innovacion de las doctrinas establecidas. ¡Que admirable espectáculo debió presentar el antiguo salon del convento en tan memorable conferencia! ¡Un simple marinero levantando la voz en medio de aquel imponente concurso de profesores, religiosos y dignatarios eclesiásticos, sustentando con natural elocuencia su teoria, y defendiendo, por decirlo así, la causa del nuevo mundo! Dícese que al empezar su discurso, todos dejaron de prestarle atencion menos los frailes de san Estéban, por poseer aquel convento mas conocimientos científicos que el resto de la universidad. Los mas rudos ó mas fanáticos se habian atrincherado en este argumento, que, ¿despues que tantos y tan profundos filósofos y cosmógrafos habian estudiado la forma del mundo, y tan hábiles marinos navegado sus mares por millares de años, habia venido á ocurrírsele á un oscuro aventurero suponer que le estaba á él reservado el hacer aun vastos descubrimientos? Muchas de las objeciones y reparos puestos por aquella docta corporacion, han llegado hasta nosotros, y excitado mas de una sonrisa á expensas de la universidad de Salamanca. Pero no debemos juzgar á los miembros de aquel instituto sin tener muy presente la época en que vivieron. Vagando los hombres en un laberinto de controversias sutiles, habian retrogradado en su carrera y retrocedido de la línea limítrofe del antiguo saber. Así al iniciarse la discusion se vió Colon atacado, no por principios geográficos, sino por abstracciones, citas y argumentos de varios escritores sagrados. Se mezclaban los sistemas de las diferentes escuelas con las discusiones filosóficas; y se concedian las demostraciones geométricas tan solo cuando no se oponian las interpretaciones de los textos que se citaban. Así, la posibilidad de los antípodas en el hemisferio del Sur, opinion tan generalmente admitida por los filósofos mas sabios de la antigüedad, que la nombró Plinio en la gran disputa entre doctos é ignorantes, fue la mayor dificultad que presentaron muchos letrados de Salamanca. No faltó quien contradijo las bases de la teoría de Colon, con citas de Lactancio y de san Agustin, consideradas casi como autoridad evangélica.

El pasaje citado de Lactancio para refutar á Colon es un conjunto de amargas invectivas, poco dignas de tan grave teólogo. «¿Habrá alguno tan necio, pregunta, que crea que hay antípodas con los piés »opuestos á los nuestros; gente que anda con los talones hácia arriba y la cabeza colgando? ¿Qué hay »una parte del mundo en que todas las cosas están al »revés, donde los árboles crecen con las ramas hácia »abajo, y á donde llueve, graniza y nieva hácia arri»ba? La idea de la redondez de la tierra, añade, fue »la causa de inventar esta fábula de los antípodas con »los talones por el viento; porque los filósofos que »una vez han errado, mantienen sus absurdos, de»fendiéndolos unos con otros.» Mas graves dificultades se produjeron con la autoridad de san Agustin, acerca de si la doctrina de los antípodas es compatible con las bases históricas de nuestra fe; pues que asegurar que habia habitantes en el lado opuesto del globo, seria mantener la existencia de naciones no descendidas de Adan, siendo imposible haber pasado el intespuesto Océano. Esto equivaldria por lo tanto á desmentir á la Biblia que asienta explícitamente, que toda la familia humana desciende de un mismo padre.

Tales argumentos, que ciertamente tenian mas de piadosos que de científicos, tuvo Colon que combatir al principio de la conferencia. A la mas sencilla de sus proposiciones, la forma esférica de la tierra, le opusieron interpretaciones de textos de la Escritura. Argüian que se dice en los Salmos, que están los cielos extendidos como un cuero; esto es, segun los comentadores, como la cortina ó cubierta de una tienda de campaña, que entre las antiguas naciones pastorales se formaba de pieles de animales; y añadian, que S. Pablo, en su epístola á los hebreos, compara los cielos á un tabernáculo ó tienda extendida sobre la tierra, de donde inferian que

deberia ser esta plana. Colon, que era sinceramente cristiano, temió ser acusado no ya de error, sino de heterodoxia. Otros mas versados en las ciencias, admitian la forma globular en la tierra, y la posibilidad de un hemisferio opuesto habitable; pero renovaban la quimera de los antiguos, manteniendo que seria imposible llegar á él, en consecuencia del calor insoportable de la zona tórrida. Aun concediendo que esta pudiese pasarse, sostenian que atendiendo á la inmensa circunferencia de la tierra serian necesarios lo menos tres años para el viaje; y los que lo emprendiesen pereceriau de sed y de hambre, por la imposibilidad de llevar víveres para tan larga jornada. Se le dijo, con la autoridad de Epicuro, que admitiendo que la tierra fuese esférica, solo el hemisferio del Norte era habitable, y que solo él estaba cubierto por los cielos; que la otra mitad era un caos, un golfo ó un mero desierto de aguas. Ni fue una de las objeciones menos absurdas que le pusieron, la de que, aun suponiendo que el bajel llegase por aquel camino á las extremidades de la India, nunca podria volver; porque la convexidad del globo le pondria delante una altura tal que haria imposible el regreso, aun cuando el viento no fuese contrario.

Hé aquí algunos ejemplos de los errores y preocupaciones, del compuesto de ignorancia y de ciencia, y de la pedantesca presuncion con que se vió precisado á luchar Colon durante el exámen de su teoria. ¿Cómo podemos admirarnos de las dificultades y dilaciones que sufria en las córtes, cuando hasta los sabios de las universidades estaban tan atrasados? No supongamos empero, que porque las objeciones que aquí se citan, son las solas que quedan, serian las únicas que le pusieron: estas se han perpetuado por su sobresaliente estupidez. Es probable que pocos pondrian tales reparos, y saldrian estos de personas entregadas á estudios teológicos, retiradas en sus cláustros donde no tendrian ocasion de rectificar por la experiencia del siglo, las opiniones erróneas de los libros. Es de presumir que se hayan hecho otras objeciones mas razonables y mas dignas de la ilustracion española de aquel siglo, representada por los sabios de Salamanca. Y debe tambien añadirse en justicia, que las réplicas de Colon tuvieron grande peso para con muchos de sus examinadores. En respuesta á las objeciones fundadas en la Escritura dijo: que los inspirados autores á que se referian, no hablaban técnicamente como cosmógrafos, sino figuradamente, y en lenguaje dirigido á todas las comprensiones. Los comentarios de los Padres los trató con la deferencia que se debe á piadosas homilias; pero no como proposiciones filosóficas que era preciso ó admitir ó negar. A los reparos sacados de los filósofos antiguos respondió osada y hábilmente en términos iguales, como quien está profundamente instruido en todos los puntos de la cosmografia. Demostró que los mas distinguidos de aquellos sabios creian que habia habitantes en uno y otro hemisferio, aun cuando supusiesen que la zona tórrida hacia imposible la comunicacion entre ambos: dificultad que él zanjaba concluyentemente, porque habiendo estado en San Jorge de la Mina en Guinea, casi bajo la linea equinoccial, habia visto que aquella region no era solo atravesable, sino abundante en gentes, frutos y pastos. Cuando Colon se presentó ante el docto colegio, no tenia otra apariencia que la de un sencillo y simple navegante, algo intimidado quizá por la grandeza de su obra, y la augusta investidura de su auditorio. Pero poseia cierto fondo de sentimientos religiosos, que le dieron confianza en la ejecucion de su grande obra, siendo uno de aquellos temperamentos ardientes que se inflaman por la accion de su propio fuego. Las Casas, y otros contemporáneos, han hablado de su imponente presencia, de su elevado continente, de su aire de autoridad, de su animada vista y de las persuasivas entonaciones de su voz. ¡Cuánta magestad y fuerza debieron adquirir sus palabras, cuando arrojando los mapas y olvidándose por un instante de su ciencia geográfica, inflamado su ánimo sublime, al oir las objeciones doctrinarias de sus oponentes, les salió al encuentro con textos de la Escritura, y con aquellas predicciones misteriosas de los profetas, que en su entusiasmo consideraba como anuncios de los grandiosos descubrientos que proponia!

Entre muchos á quienes convencieron los raciocinios, é inflamó la elocuencia de Colon, se menciona Diego de Deza, digno y docto religioso del órden de Santo Domingo, entonces catédratico de teología del convento de San Estéban, y despues arzobispo de Sevilla. Este erudito sacerdote poseia un entendimiento libre de preocupaciones y sutilezas escolásticas, y apreciaba la sabiduría, aunque no se encubriese bajo el birrete doctoral. No fue por consiguiente espectador pasivo de esta conferencia; sino que tomando un generoso interés en la causa de Colon, y favoreciéndola con todo su influjo, sosegó el ánimo alborotado de sus fanáticos compañeros, y pudo conseguirle una tranquila, ya que no una imparcial audiencia. Con sus unidos esfuerzos se dice que atrajeron á su opinion á los hombres mas profundos de las escuelas. Difícil fue conciliar el plan de Colon con la cosmografía de Ptolomeo, tan importanto para todos los escolares. ¡Cuán sorprendido hubiera quedado el mas inteligente de aquellos sabios, si alguien le hubiese dicho que ya existia Copérnico, el hombre cuyo sistema solar destruiria la grande obra de Ptolomeo, que fijaba la tierra en el centro del universo!

En esta erudita corporacion, que miraba con desprecio las proposiciones de un extranjero pobre y desconocido, preponderaba siempre una masa de preocupacion y orgullo. «Fue preciso, dice Las-Casas, »antes de que Colon pudiese hacer entender sus so-»luciones y raciocinios, desarraigar de los oyentes »aquellos principios erróneos; en que fundaban sus »objeciones; operacion siempre mas difícil que la de »la simple enseñanza.» Se verificaron varias conferencias, pero sin resultado alguno. Los ignorantes, ó lo quo es aun peor, los preocupados se mantenian obstinadamente en su oposicion, con la porfiada perseverancia de la estupidez: los mas liberales é inteligentes tomaban poco interés en discusiones de suyo cansadas y extrañas á sus ocupaciones ordinarias; y hasta aquellos que aprobaron el plan, lo consideraban solo como una vision deliciosa, llena de probabilidades y promision, pero que nunca se realizaria. Fray Fernando de Talavera, á quien el asunto estaba especialmente cometido, le tenia en poquísima estima, y se hallaba demasiado ocupado con el movimiento y bullicio de los negocios públicos, para empeñarse en su conclusion; y así se dilataba cada dia mas el exámen.

CAPITULO V.

NUEVAS INSTANCIAS Á LA CÓRTE DE CASTILLA.—COLON SIGUE LA CÓRTE EN SUS CAMPAÑAS.

(1487.)

Las consultas del consejo de Salamanca se interrumpieron al principio de la primavera de 1487, por la salida de la córte para Córdoba, donde la llamaban los negocios de la guerra, y la memorable campaña de Málaga. Fray Fernando de Talavera, ya obispo de Avila, acompañó á la reina como su confesor. Por mucho tiempo siguió Colon indeciso, las marchas y los movimientos de la córte. A veces cobraba ánimo con la halagüeña esperanza de que su proyecto iba á ser benévolamente acogido, habiéndose nombrado juntas que conferenciasen acerca de él; pero los disturbios militares que arrebataban la córte de un lugar á otro, con la precipitacion y bullicio de un campo guerrero, impedian todas las cuestiones

de secundaria importancia. Se ha supuesto generalmente que los muchos años que perdió Colon en estas fatigosas pretensiones, los pasó en la monótona ociosidad de las antesalas; pero al contrraio, estuvo todos ellos rodeado de escenas de peligro y aventura; y en la continuacion de su solicitud se vió en las mas importantes situaciones de aquella áspera y bizarra guerra de las montañas. Cuando habia un intérvalo de descanso, se empezaba á tratar de su negocio; pero la precipitacion y tempestad volvian, y le acallaban de nuevo. En el discurso de todo este tiempo experimentó las mofas é indignidades de que se quejaba despues; le ridiculizaban los lijeros de cabeza y los ignorantes como á un mero soñador y le infamaban los poco generosos como á un indigente aventurero. Era tan general la opinion de que estaba loco, que, al pasar los muchados á su lado, se tocaban la cabeza para mofarse de su estravio mental. Durante la prolongada pretension de que hablamos, costeaba en parte sus gastos dibujando mapas y planos. El digno fray Diego de Deza, le asistia á veces con su bolsa y con sus buenos oficios para con los soberanos. Fue parte de este tiempo huésped de Alonso de Quintanilla, y vivió largo período á expensas del duque de Medinaceli, grande de España de inmensas posesiones, y aficionado á las empresas marítimas.

Debe añadirse, en honor de la memoria de los soberanos, que mientras Colon estaba en esta incertidumbre, formaba parte de la comitiva real, se destinaban algunas sumas para sus gastos, y se le daba alojamiento cuando se le mandaba seguir la córte, ó asistia á las consultas que de tiempo en tiempo se tenian. En el libro de cuentas de Francisco Ponzalez de Sevilla, uno de los tesoreros reales, hallado últimamente en los archivos de Simancas, existen anotadas algunas de las expresadas sumas. De estas mismas minutas podemos servirnos nosotros para observar los pasos de Colon en la córte.

Una de las partidas es de dinero suministrado para su viaje á la córte, entonces acampada enfrente de Málaga, en el memorable sitio de 1487, cuando fue aquella cuidad tan obstinada y fieramente defendida por los moros. En el dicurso de este sitio estuvieron sus negociaciones en peligro de cerrarse violentamente. Un moro fanático intentó asesinar á Fernando y á Isabel. Habiendo equivocado la tienda real, atacó á don Alvaro de Portugal, y á doña Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, en lugar del rey y de la reina. Despues de herir peligrosamente á don Alvaro; dió un golpe en vago á la marquesa, y murió hecho pedazos por los circunstantes. Era la marquesa señora de extraordinario mérito y fuerza de carácter, y favorita especial de la reina y á quien recomendó con empeño la solicitud de Colon, interesándose vivamente por ella.

La campaña acabó con la toma de Málaga. Mientras duró su sitio, la proposicion de Colon debió estar olvidada, aunque fray Fernando de Talavera, el obispo de Avila, estaba presente, como se infiere de su entrada en la rendida ciudad en solemne y religioso triunfo. Málaga se rindió en 18 de agosto de 1487, y la córte tuvo apenas tiempo para volver á Córdoba, cuando la arrojó de ella la peste.

Los soberanos pasaron el invierno en Zaragoza, ocupados en varios negocios públicos de importancia; penetraron en los territorios moriscos por el lado de Murcia la próxima primavera, y despues de una corta campaña se retiraron á Valladolid á pasar el invierno siguiente. Por una órden de pago de tres mil maravedises, fecha en junio de 1488, se cree que Colon acompañaba á la córte en sus viajes; pero no se sabe positivamente que lo hiciese. Mas ¿qué pacifica audiencia podia esperarse de una córte siempre de marcha, y siempre entregada á los cuidados y bullicio de armas?

Pero es sumamente probable, que á pesar de estas irremediables dilaciones, se le animaba en sus esperanzas. Aquella primavera recibió una carta de Juan II, rey de Portugal, fecha 20 de marzo de 1488, proponiéndole volver á su córte, y ofreciéndole su proteccion contra cualquier proceso civil ó criminal que pudiese estar pendiente contra él. Esta carta aparece, por su tenor, respuesta á otra en que Colon habia empezado negociaciones para su vuelta. Este no juzgó conveniente acceder á las ofertas del monarca.

En febrero de 1489 salieron los reyes de Valladolid para Medina del Campo, donde recibieron una embajada de Enrique VII de Inglaterra, con quien formaron alianza. No se sabe si por aquel tiempo tuvo Colon alguna contestacion á sus instancias á la córte inglesa. Lo que sí se sabe de positivo, porque así consta en una carta escrita por él á Fernando é Isabel es, que mientras duraron sus negociaciones, tuvo algunas cartas favorables de Enrique VII.

Los soberanos españoles volvieron á Córdoba en mayo; y se cree que se renovaron entonces los asuntos de Colon, y que se dieron pasos para abrir otra vez la por tanto tiempo pospuesta investigacion. Diego Ortiz de Zúñiga dice en sus anales de Sevilla, que escribieron los monarcas á aquella ciudad, mandando que se suministrasen alojamientos á Cristóbal Colon, que venia á la córte para una conferencia de momento. Obedeció Sevilla la órden; pero no tuvo lugar la conferencia, por haberla interrumpido la campaña, en que, añade el mismo autor, «se encontró al dicho »Colon peleando, y dando pruebas del distinguido va- »lor que acompañaba á su sabiduría, y á sus elevados »deseos.» Una real órden existe tambien, quizá la carta á que se alude arriba, fecha de Córdoba, á 12 de mayo del mismo año, y dirigida á los magistrados de todas las villas y ciudades, mandando proveer alojamientos gratis para Cristóbal Colon y su comitiva, empleados en negocios relativos al real servicio.

La campaña en que el historiador sevillano da á Colon tan honrosa parte, fue una de las mas gloriosas de aquella guerra. A ella asistió la reina Isabel en persona con un brillante séquito en el cual iba aquel continuo dilatador de los proyectos de Colon, fray Fernando de Talavera. Mucha parte del buen éxito de esta campaña se atribuye á la presencia y consejo de Isabel. La ciudad de Baza, que habia resistido bizarramente por mas de seis meses, se entregó poco despues de su llegada; y el 22 de diciembre vió Colon á Muley Boabdil, el mayor de los dos reyes rivales de Granada, entregar en persona las posesiones que le quedaban, y sus derechos á la corona á los soberanos españoles.

En el discurso de este sitio ocurrió un incidente que impresionó profundamente á Colon. Dos reverendos sacerdotes, empleados en el santo sepulcro de Jerusalém, llegaron al campo español. Traian un mensaje del gran soldan de Egipto, amenazando dar muerte á todos los de sus dominios, y destruir el santo sepulcro, sino desistian los reyes de la guerra de Granada. No desistieron por eso los soberanos de su intento; pero concedió Isabel una suma anual perpétua de mil ducados de oro para el sustento de los monges que cuidaban el sepulcro, y envió un velo bordado con sus propias manos para extenderlo sobre sus aras.

Probablemente á la conversacion de estos sacerdotes, y á la piadosa indignacion que las amenazas del soldan le causaron, se debe la generosa resolucion que tomó Colon de consagrar los tesoros que hallase en las tierras que iba á descubrir á la redencion del santo sepulcro de las manos de los infieles.

La agitacion y bullicio de esta campaña impidieron la conferencia dispuesta para Sevilla; y no tuvieron mejor suerte los negocios de Colon, durante los regocijos que la siguieron. Fernando é Isabel entraron en Sevilla en febrero de 1490, con solemne pompa y triun-

fo. Se habian hecho preparativos para el casamiento de su hija mayor la princesa Isabel, con el principe don Alonso, heredero presunto de la corona de Portugal. Las nupcias se celebraron en abril con esplendor extraordinario. Aquel invierno fue para la córte una fiesta continua, embellecida alternativamente con torneos y procesiones. ¿Qué posibilidad le quedaba á Colon de que le oyesen en estas alternativas incesantes de festividades y de guerras?

Hasta el invierno de 1491 no pudo pues obtener la tan dilatada respuesta á sus instancias. Los soberanos estaban preparándose para salir á su última campaña de la vega de Granada, resueltos á no levantar mas el campo de delante de aquella ciudad, hasta ver los pendones castellanos flotar sobre sus almenas.

Colon vió que si se llegaba la córte á poner en movimiento, finalizaban todas sus esperanzas. Instó por consiguiente, para que se le diese una respuesta decisiva. Quizá se verificaria entonces la conferencia que el historiador de Sevilla cita como propuesta; y se reuniria de nuevo el consejo de sabios á quien se habia sometido.

Lo cierto es, que por entonces fray Fernando de Talavera dió á los reyes el dictámen de aquella docta corporacion. Informó á sus magestades de que en la opinion general de la junta era el proyecto propuesto vano é imposible, y que no convenia á tan grandes príncipes tomar parte en semejantes empresas, y de tan poco fundamento.

Aunque tal era el dictámen general de la comision, Colon habia causado impresion profunda en muchos de sus ilustrados miembros, que le sostenian cuanto les era dable. Fray Diego Deza, tutor del príncipe don Juan, que por su empleo y carácter eclesiástico tenia fácil acceso á la presencia real, se manifestó verdadero amigo suyo. Tambien se citan los nombres de otras personas de mucho mérito y alto rango, que favorecian su causa. La conducta grave y honrosa de Colon, su claro conocimiento en todo lo relativo á su profesion, la elevacion y generosidad de sus miras, y su enérgico modo de defenderlas, excitaban respeto á dondequiera que se le daba audiencia. Un cierto grado de consideracion se habia creado gradualmente en la corte por su empresa, y á pesar del desfavorable dictámen de la docta junta de Salamanca, parecian los soberanos poco inclinados á cerrar las puertas á un proyecto que podia traerles tan importantes ventajas. Fray Fernando de Talavera recibió la órden de decir á Colon, que se hallaba á la sazon en Córdoba, que los muchos gastos y cuidados de la guerra hacian imposible entrar en nuevas empresas; pero que cuando la guerra se concluyese, tendrian tiempo é inclinacion los soberanos de tratar con él acerca de sus ofertas.

Réplica poco satisfactoria fue esta despues de tantos años de fatigosas pretensiones, y ansiosas y propuestas esperanzas. Y hasta la bondad y benignidad mitigadora que pudo haber habido en el mensaje, segun le dictaron los monarcas, se perderia probablemente en el helado conducto por donde llegó á Colon. Este por su parte, decidido á no recibir la contestacion definitiva de los labios de un hombre que siempre se le habia mostrado adverso, se presentó á la córte de Sevilla para oirla de los monarcas. Su réplica fue virtualmente la misma, no pudiéndose comprometer á entrar por entonces en la empresa, pero dándole esperanzas de patrocinio cuando se vieran libres de los cuidados y gastos de la guerra. Colon consideró estas indicaciones como un modo evasivo de librarse de sus importunidades: suponia á los soberanos desanimados por los reparos de los ignorantes y de los presumidos, y abandonando toda esperanza de auxilio del trono, volvió la espalda á Sevilla, lleno de indignacion y de amargura.

CAPITULO IV.

INSTANCIA AL DUQUE DE MEDINACELI; VUELTA AL CONVENTO DE LA RABIDA.

Aunque ya no esperaba patrocinio alguno de parte de los príncipes de Castilla, sentia Colon romper del todo sus conexiones con este país. Le ligaban á España lazos difíciles de cortar. En su primera visita á Córdoba se habia apasionado de una dama de aquella ciudad, llamada Beatriz Enriquez. Esta inclinacion dicen haber sido una de las causas que le detuvieron tanto tiempo en España, y le hicieron llevar las continuas dilaciones que experimentaba. Como otras particularidades de esta parte de su vida, las relaciones que tuvo con la expresada señora están envueltas en la oscuridad. Parece, empero, que nunca las sancionó el matrimonio, y que pertenecia ella á una familia noble. Fue madre de su segundo hijo Fernando, despues su historiador, y á quien siempre trataba en términos de perfecta igualdad con su hijo legítimo Diego.

Repugnándole salir de España, aunque sin esperar éxito alguno en la córte, quiso Colon empeñar en su empresa algun individuo rico y poderoso. Habia muchos nobles españoles que tenian vastas posesiones, y parecian pequeños soberanos en sus Estados. Entre estos estaban los duques de Medina-Sidonia, y de Medinaceli. Ambos poseian señoríos, ó mas bien principados por la costa de la mar, y eran dueños de muchos puertos y naves. Servian estos nobles á la corona, mas como príncipes aliados que como vasallos, presentando ejércitos de sus dependientes en el campo, mandados por sus propios capitanes ó por ellos en persona. Asistian con sus armas, y contribuian con sus tesoros al buen éxito de la guerra; pero mantenian celosamente sus derechos acerca de la disposicion de sus gentes. En el sitio de Málaga presentó el duque de Medinaceli voluntariamente una crecida hueste de caballeros de su comitiva, veinte mil doblas de oro, y cien bajeles, unos armados y otros llenos de provisiones de sus ricos dominios. Los establecimientos domésticos de estos nobles parecian los de otros tantos soberanos. Llenaban sus Estados ejércitos enteros, y sus casas personas de mérito y caballeros jóvenes de distincion, que se ejercitaban bajo sus auspicios en las letras y en las armas.

Colon llegó primero al duque de Medina-Sidonia. Tuvieron muchas entrevistas y conversaciones, pero sin producir resultado alguno. Tentaron al duque por algun tiempo las magníficas anticipaciones que se le presentaban; pero el mismo esplendor de tan altas esperanzas les daba cierto colorido de exageracion, y nos asegura Gomera, que las desechó finalmente como los sueños de un visionario italiano.

Se acercó Colon al duque de Medinaceli, y por algun tiempo con visos de buen suceso; tuvieron varias negociaciones, y una vez estuvo ya el duque para enviarle al propuesto viaje con tres ó cuatro carabelas que tenia listas en el puerto. Pero temiendo que tal expedicion descontentaria altamente á los reyes, desistió de ella, observando que era objeto demasiado grande para que pudiese abrazarlo un súbdito, y solo capaz de llevarse á cabo por algun poder soberano. Aconsejó á Colon que se presentase de nuevo á los monarcas, ofreciéndole la intercesion de su influencia para con la reina.

Vió Colon consumirse el tiempo, y la vida con él, en vanas esperanzas y amargos desengaños. Le repugnaba la idea de seguir la córte en todos sus incesantes movimientos. Habia recibido una carta favorable del rey de Francia, y resolvió no perder tiempo en presentarse en Paris. Con esta intencion fue al convento de la Rábida á buscar á su hijo mayor Diego, que estaba todavía bajo el cuidado de su celoso amigo fray Juan Perez, proponiéndose dejarle con el otro hijo en Córdoba.

Cuando el digno sacerdote vió llegar á Colon de nuevo á las puertas de su convento, despues de casi siete años de pretensiones, advirtió por la humildad de sus vestidos la pobreza y desengaños que habia experimentado, no pudo menos de llenarse de pesar; pero cuando supo que abrigaba el viajero intenciones de abandonar á España, y que tan importante empresa iba á perderse para su patria, se excitó poderosamente su ánimo, llamó á su amigo el docto fisico Garcia Fernandez y tuvieron nuevas consultas sobre el plan de Colon. Pidió tambien consejo á Martin Alonso Pinzon, cabeza de una familia de opulentos y distinguidos navegantes de Palos, célebres por su experiencia práctica y por sus osadas expediciones. Pinzon dió al proyecto de Colon su aprobacion decidida, ofreciéndose á entrar en ella con bolsa y persona, y á costear los gastos de Colon en una nueva solicitud á la córte.

Fray Juan Perez se ratificó en su favorable opinion por la concurrencia de ambos consejeros, teórico y práctico. Habia sido anteriormente confesor de la reina, y sabia que esta era princesa accesible siempre á las personas de su sagrado carácter. Propuso escribirle inmediatamente sobre el particular, y pidió á Colon que dilatase su viaje hasta la recepcion de la respuesta. Colon cedió fácilmente, porque sus relaciones de Córdoba le habian unido á España, y le parecia que al salir de ella abandonaba de nuevo sus lares. Tambien temia renovar en otras córtes las vejaciones que habia experimentado en España y en Portugal.

Consintió Colon en detenerse, y entonces el pequeño consejo volvió los ojos en busca de un embajador á quien encargar de una mision importante. Escogieron para ello á un tal Sebastian Rodriguez, piloto de Lepe, y uno de los mas expertos y considerados personajes de aquella vecindad marítima. La reina estaba á la sazon en Santa Fe, ciudad militar que habia erigido en la Vega frente de Granada, despues del incendio de los reales. El honrado piloto desempeñó fiel, espedita y venturosamente su embajada. Halló acceso á la benigna princesa, y entregó la carta del religioso. Isabel habia ya estado favorablemente dispuesta á la proposicion de Colon; habia ademas recibido otra carta recomendándole del duque de Medinaceli, escrita al concluir su reciente negociacion con el extranjero. Contestó, pues, á fray Juan Perez agradeciéndole sus oportunos servicios, y pidiéndole se presentase inmediatamente en la córte, dejando á Cristóbal Colon con buenas esperanzas hasta recibir nuevas órdenes. Esta carta real vino al cabo de catorce dias, por mano del mismo piloto, y llenó de alegría á la limitada junta del convento. Apenas la recibió el generoso sacerdote, ensilló su mula, y salió casi á media noche para la córte. Viajó sin séquito alguno por los paises conquistados de los moros, y llegó á la recien erigida ciudad de Santa Fé, donde estaban los soberanos dirigiendo en persona el asedio de la capital de Granada.

El carácter sagrado de fray Juan Perez, le proporcionó pronta entrada en una córte distinguida por el celo religioso; y una vez admitido á la presencia de la reina, su antigua dignidad de padre confesor le dió grande libertad de consejo. Defendió la causa de Colon con característico entusiasmo; hablando por ciencia propia de sus honrosos motivos, sus conocimientos y experiencia, y su perfecta capacidad para acabar aquella empresa: representó los sólidos principios en que esta se fundaba, las ventajas que acarrearia su buen éxito, y la gloria que derramaria sobre la corona española. Probablemente no habia Isabel oido nunca la proposicion defendida con tan sincero celo, y tan impresiva elocuencia. Y como era naturalmente mas sensible y generosa que el rey, y mas susceptible de nobles y elevados impulsos, surtieron efecto en ella las instancias de Juan Perez, ardientemente apoyadas por su favorita la marquesa de Moya, que entró en este negocio con el desinteresado y persuasivo entusiasmo de su sexo. La reina pidió que se hiciese volver á Colon; y con la próvida consideracion que la caracterizaba, recordando su pobreza y humildes ropas, mandó que se le adelantasen veinte mil maravedises en florines, con que se comprase una *bestiezuela* para el viaje, y se proveyese de trajes decentes con que alternar en la córte.

No perdió tiempo el buen sacerdote en comunicar el resultado de su mision, enviando el dinero y una carta, por mano de un vecino de Palos, al físico Garcia Fernandez, que se los dió á Colon. Este cumplió desde luego con las instrucciones que se le daban; cambió sus gastados vestidos por otros mas propios de la esfera cortesana, compró una mula, y emprendió con reanimada esperanza otro viaje hácia el campo militar que asediaba á Granada.

CAPITULO VII.

INSTANCIA Á LA CÓRTE AL TIEMPO DE LA TOMA DE GRANADA.

Cuando llegó Colon a la córte experimentó un recibimiento favorable, y se hizo cargo de él su constante amigo Alonso de Quintanilla, el contador general. Pero el momento era demasiado agitado para poder dar inmediata atencion á sus negocios. Llegó á tiempo de presenciar la memorable rendicion de Granada á las armas españolas. Vió á Boabdil el último de los reyes moros, salir de la Alhambra, y entregar las llaves de aquella sede favorita del poder sarraceno; mientras el rey y la reina, con toda la hidalguía, grandeza y opulencia españolas, se adelantaron en altiva y solemne marcha á recibir este signo de sumision. Fue aquel uno de los triunfos mas brillantes de la historia de España. Despues de cerca de ochocientos años de penosa lucha, se arrojó por tierra la media-luna alzando la cruz en su lugar, y plantando el estandarte español en la torre mas alta de la Alhambra. La córte toda y el ejército se abandonaron al júbilo. Llenaban el aire los vivas y gozosa gritería, los himnos de la victoria, y los cánticos en accion de gracias. Por do quiera se veian el regocijo militar y las oblaciones religiosas; porque no era aquel triunfo únicamente de las armas, sino tambien de la cristiandad. El rey y la reina iban en medio con inusitada magnificencia, y todos los ojos los miraban como mas que mortales, como enviados del cielo para la salvacion y reedificacion de España. Brillaban en la córte los mas ilustres campeones de esta nacion guerrera y de aquella activa época; la flor de su nobleza, sus mas dignos prelados, sus mas célebres vates y trovadores, y toda la comitiva de una edad romántica y pintoresca. Todo era esplendor de armas, todo crugir de sedas y brocados, todo festividades y música.

Si deseamos ver una pintura de nuestro navegante en aquel teatro de triunfo y brillantez, un célebre escritor de nuestros dias nos la presenta: «Un hombre »oscuro y poco conocido seguia á la sazon la córte. »Confundido en la turba de los importunos pretendientes, apacentando su imaginacion en los rincones de las antecámaras con el pomposo proyecto de »descubrir un Nuevo-Mundo, triste y desechado en »medio de la alegría y alborozo universal, miraba »con indiferencia, y casi con desprecio, la conclusion de una conquista que henchia de júbilo todos »los pechos, y parecia haber agotado los últimos términos del deseo. Este hombre era Cristóbal Colon.»

El momento habia llegado, empero, de que los monarcas atendiesen, segun lo habian prometido, á su propuesta. La guerra de los moros estaba terminada, la España libre de estos invasores, y sus soberanos podian con seguridad volver la vista á empresas ex-

tranjeras. Le cumplieron á Colon su palabra. Se destinaron personas de confianza para negociar con él, y entre otras á fray Fernando de Talavera, que por la reciente conquista habia ascendido á arzobispo de Granada. Pero al principio mismo de la negociacion se levantaron inesperadas dificultades. Tan plenamente convencido se hallaba Colon de la grandiosidad de su empresa, que no queria escuchar sino condiciones soberanas. Era su principal estipulacion que se le invistiese de los títulos y privilegios de almirante y virey de los paises que descubriera, con una décima parte de todas las ganancias del comercio ó de las conquistas. Los cortesanos que trataban con él se indignaron al oir tales demandas. Resentíase su orgullo de ver á un hombre, á quien habian considerado siempre como menesteroso aventurero, aspirar á rango y dignidades superiores á las suyas. Uno dijo con mofa que no era mal arreglo el que proponia, por el cual aseguraba de antemano la autoridad y los honores, y no se exponia á pérdida alguna en caso de frustrarse su proyecto. A esto replicó Colon prontamente, ofreciéndose á suministrar la octava parte del coste, á condicion de gozar la octava parte de las ganancias.

Sus demandas, èmpero, se creyeron inadmisibles. Fray Fernando de Talavera habia siempre considerado á Colon como un especulador delirante, ó como un pretendiente necesitado de pan; pero al ver á este hombre que tantos años pasara desnudo é indigente solicitante en su antesala, revestirse de tan elevado carácter y reclamar un empleo que de tan cerca se aproximaba á la augusta dignidad real, se llenó el prelado de sorpresa é indignacion. Representó á Isabel que seria oscurecer el esplendor de tan ilustre corona, prodigar asi honores y dignidades á un extranjero sin nombre. Sus estipulaciones, decia, aun en caso de buen éxito, serian exhorbitantes; pero si se frustrase el proyecto, se citarian con escarnio, como evidencia de la monstruosa credulidad de la córte española.

Isabel, siempre atenta á las opiniones de sus consejeros espirituales, recibia con especial deferencia las del arzobispo su confesor. Las sugestiones de este prelado oscurecieron la favorable aurora que habia empezado á lucir sobre Colon. Pensó la reina que podrian las propuestas ventajas comprarse demasiado caras. Se le ofrecieron, pues, mas moderadas, aunque altas y ventajosas condiciones. Pero todo en vano: Colon no quiso ceder en lo mas mínimo, y se cortó la negociacion.

No es posible dejar de admirar la grande constancia y la elevacion y grandeza de ánimo de Colon, despues que concibió la sublime idea de su descubrimiento. Mas de diez y ocho años habian pasado desde que anunció su proyecto á Pablo Toscanelli de Florencia. La mayor parte de ellos los habia consumido en hacer inútiles instancias á varias córtes. ¡Cuanta pobreza, negligencia, ridículo, contumelia y desengaños no sufriria en tan largo periodo! Nada empero podia rendir su perseverancia, ni hacerle descender á estipulaciones que consideraba indignas de tal empresa. En todas sus negociaciones se olvidaba de la oscuridad presente, y de la presente indigencia; su fervorosa imaginacion realizaba ya la magnitud de los futuros descubrimientos, y sentia profundamente que estaba negociando acerca de imperios.

Aunque habia gastado tan grande porcion de la vida en infructuosas solicitudes; aunque era de temer que la misma fatigosa carrera le esperase en cualquiera otra córte, se indignó tanto al considerar los repetidos desengaños de que habia sido víctima en España, que resolvió abandonarla, antes que comprometer sus demandas. Despidiéndose por lo tanto de sus amigos, montóse en su mula, y salió de Santa Fe al principio de febrero de 1492, camino de Córdoba, de donde pensaba partir inmediatamente para Francia.

Cuando los pocos amigos que creian con celo en la teoria de Colon, le vieron verdaderamente determinado á abandonar á España, se llenaron de sentimiento, considerando su partida como una pérdida irreparable para la nacion. Contábase entre estos Luis de Santangel, receptor de las rentas eclesiásticas de Aragon, que determinó hacer un osado esfuerzo para impedir el mal, si era posible. Obtuvo inmediata audiencia de la reina, acompañado de Alonso de Quintanilla, que le ayudaba ardientemente en todas sus pretensiones. La exigencia del momento le dió audacia y elocuencia. No se limitó á súplicas, sino que mezcló con ellas casi reconvenciones. Expresó su admiracion de que una reina, que tan alto ánimo habia manifestado al acometer tantas, tan grandes y tan peligrosas empresas, dudase entrar en una de insignificante coste y de incalculable ganancia. Le recordó cuanto habia hecho por la gloria de Dios, la exaltacion de la Iglesia, y la extension de su propio poder y dominio. ¡Que fuente de arrepentimiento para ella, de triunfo para sus adversarios, y de dolor para sus amigos, si otro poder acabase aquella empresa que ella habia desechado! Habló de la fama y señorios que varios príncipes lograron por sus descubrimientos; y le hizo ver que tenia entonces medio de sobrepujar la gloria de todos ellos. Suplicó á S. M. que no creyese por la palabra de los letrados, que era el proyecto en cuestion sueño de un visionario. Vindicó el juicio de Colon, y lo practicable y sólido de sus planes. Tampoco, dijo, si se frustrasen recaeria descrédito alguno sobre la corona. Una duda cualquiera, en materias de tal importancia, debe esclarecerse á toda costa, porque es de ilustres y magnánimos príncipes investigar semejantes cuestiones, y explorar las maravillas y secretos del universo. Aludió al liberal ofrecimiento de Colon de entrar en la octava parte de los gastos, añadiendo por fin, cuan nimio era el coste de aquella empresa reducido á tres mil coronas y dos bajeles.

Este y otros muchos argumentos presentó con el persuasivo poder de un honrado y sincero celo. La marquesa de Moya, se dice, usó tambien de su elocuencia para persuadir á la reina. El generoso ánimo de Isabel se inflamó al fin, como si la empresa hubiera entonces aparecido por primera vez en su mente en el verdadero punto de vista, y pronunció su resolucion de protegerla.

Todavía hubo un momento de duda. El rey miraba con frialdad aquella negociacion, y el tesoro real estaba absolutamente agotado por la guerra. Se necesitaba tiempo para llenarlo. ¿Cómo podia la reina girar sobre una caja vacia, para medidas á que su esposo se manifestaba adverso? Santangel observaba esta suspension con trémula ansiedad. Pero no le duró mas que un momento. Con entusiasmo digno de ella misma y de la causa que patrocinaba, exclamó Isabel: «Yo entro en la empresa por mi corona de Castilla, y empeñaré mis joyas para levantar los fondos necesarios.» Este fue el mas noble momento de la vida de Isabel: por él durará siempre su nombre, como patrona del descubrimiento del Nuevo-Mundo.

Santangel deseando aprovechar este generoso impulso, hizo presente á S. M. que no tenia para que empeñar sus joyas, porque él estaba pronto á proveer las sumas necesarias. Su ofrecimiento se aceptó gustosamente; los fondos en realidad los suministraron los cofres de Aragon; diez y siete mil florines se adelantaron por Santangel del tesoro de Fernando. Aquel prudente monarca, empero, no se olvidó de indemnizar á su reino algunos años despues; porque en remuneracion de este préstamo, una parte del primer oro traido por Colon del Nuevo-Nundo, se empleó en dorar las bóvedas y techos del real estrado del alcázar de Zaragoza, antiguamente la Aljaferia ó mansion de los reyes moros.

La reina despachó un mensajero á caballo con to-

da prisa para seguir y llamar de nuevo á Colon. Le alcanzó el correo dos leguas de Granada, en el puente de Pinos, pasaje de una montaña famosa por los sangrientos encuentros de cristianos é infieles durante la guerra mora. Cuando Colon recibió el mensaje, dudó si se sujetaria de nuevo á las dilaciones y equivocaciones de la córte. Pero al saber el ardor de la reina y la promesa positiva que habia dado, volvió inmediatamente á Santa Fe, confiado en la noble probidad de aquella princesa.

CAPITULO VIII.

TRATADO CON LOS SOBERANOS ESPAÑOLES.

(1492.)

Al llegar á Santa Fe, obtuvo Colon inmediatamente audiencia de la reina, y la benignidad con que fue recibido, compensó los desaires pasados. Su favorable aspecto disipó toda nube de duda ó dificultad. La concurrencia del rey se logró fácilmente. Sus objeciones desaparecieron por la mediacion de varias personas, entre los cuales se nombra con particularidad á su favorito Juan Cabrero; pero principalmente se debe su concurrencia al respeto que en todo manifestaba á su real consorte: Isabel fue de allí adelante el alma de esta grande empresa. La estimulaba su generoso y alto entusiasmo, mientras el rey permaneció frio y calculador en este como en todos los negocios.

Uno de los grandes motivos que animaban á Colon en su proyecto, era la propagacion de la fe cristiana. Esperaba llegar á los extremos del Asia, al vasto y magnífico imperio del gran Khan, y visitar las islas de que tan extravagantes descripciones habia leido en los escritos de Marco Polo. Al pintar aquellas opulentas y semibárbaras regiones, habia recordado á



Colon ante el consejo de Salamanca.

SS. MM. la manifiesta inclinacion del gran Khan á abrazar la fe católica, y las misiones enviadas por papas y piadosos soberanos para instruirle en los fundamentos de sus doctrinas. Creia Colon que le estaba á él destinado efectuar esta grande obra. Imaginaba que por sus descubrimientos se podia abrir una comunicacion inmediata con aquel inmenso imperio, cuya totalidad entraria desde luego bajo el dominio de la Iglesia; y como se habia predicho en las Santas Escrituras, la luz de la revelacion resplandeceria por los mas apartados ángulos de la tierra. Fernando escuchaba esta sugestion con agrado. Escudaba en algun tanto su ambicion, revistiéndola de cierto carácter religioso, pues habia visto por la conquista de Granada, que extendiendo el poderio de la Iglesia aumentaba tambien la extension de sus dominios. Segun las doctrinas de aquel tiempo, todas las naciones que rehusaran confesar la verdad del catolicismo, debian ser presa de un invasor cristiano; y probablemente estimulaban mas á Fernando las noticias que Colon le daba acerca de las riquezas de Mangui, Cathay y otras provincias del gran Khan, que el deseo de la conversion de sus semibárbaros habitantes.

Los motivos que impulsaban á Isabel, eran mes nobles y generosos; se llenaba de piadoso celo á la idea de realizar tan grande obra de salvacion. Por diferentes motivos pues, ambos soberanos entraro n

en las miras de Colon; y cuando despues partió para su viaje llegaron en efecto á darle cartas para el gran Kan de Tartaria.

El ardiente entusiasmo de Colon no paró aquí. Con la libre comunicacion que ya se le permitia con los monarcas, su ánimo visionario se lanzaba ya al porvenir, y mas vastos proyectos venian á exaltar su poderoso genio, y sugirió que con los tesoros que proporcionase su descubrimiento, podria rescatarse el santo Sepulcro de Jerusalém. Los soberanos se sonreian al ver estos vuelos de la imaginacion, pero se manifestaban contentos con ellos; y le aseguraron, que aun sin los fondos de que hablaba, estaban bien deseosos de emprender tan santa obra. Lo que el rey y la reina creian eran tan solo entusiastas ráfagas de su ardiente imaginacion, era en Colon un profundo y meditado designio. Es un hecho altamente característico y singular, nunca observado como se debiera, que el rescate del santo Sepulcro fue uno de los grandes objetos de su ambicion, meditado por todo el resto de su vida, y solemnemente recordado en su testamento. Abrigaba el convencimiento de que esta obra como la del descubrimiento, era una de las altas empresas que el cielo reservaba para que él las llevase á cabo, considerando sus hazañas anteriores tan solo como un dispensa para realizar tan alto y gigantesco proyecto.

Habiendo así efectuado un perfecto acuerdo entre



Embarque de Colon en el puerto de Palos.

los soberanos, se mandaron extender por Juan de Coloma, secretario real, los artículos del tratado. Hé aquí su resúmen.

1. Que gozaria Colon durante su vida, y sus herederos y sucesores para siempre, del empleo de almirante en todas las tierras y continentes que pudiese descubrir ó adquirir en el Océano, con honores y prerogativas semejantes á las que gozaba en su distrito el grande almirante de Castilla.

2. Que seria virey y gobernador de todas las dichas tierras y continentes; con el privilegio de nombrar tres candidatos para el gobierno de cada isla ó provincia, uno de los cuales elegiria el soberano.

3 Que tendria derecho á reservarse para sí una décima parte de todas las perlas, piedras preciosas, oro, plata, especias, y todos los otros artículos de comercio, de cualquier modo que se obtuviesen por cambio, compra ó conquista, dentro de su almirantazgo, habiendo antes deducido el coste.

4 Que él, ó su lugar-teniente, serian los solos jueces de todas las causas y litigios que pudiera ocasionar el tráfico entre España y aquellos paises, con tal de que el grande almirante de Castilla tuviese semejante jurisdiccion en su distrito.

5 Que pudiese entonces, y en todo tiempo, contribuir con la octava parte de los gastos para el armamento de los bajeles que habian de salir al descubrimiento, y recibir la octava parte de los provechos.

Esta última estipulacion, por la que se admite á Colon al goce de una octava parte de las ganancias, se hizo en consecuencia de su generoso ofrecimiento, cuando le acusaron de pedir ámplias remuneraciones, sin incurrir en gasto alguno. Cumplicó este compromiso con la asistencia de los Pinzones de Palos, y

añadió el tercer bajel á la flota. Asi la octava parte de los gastos de esta grande expedicion, emprendida por una grande potencia, pesaba sobre el individuo que la habia concebido, y que arriesgaba tambien la vida en su buen éxito.

Las capitulaciones se firmaron por Fernando é Isabel en la ciudad de Santa Fé, en la vega de Granada, el 17 de abril de 1492. Se extendió además con el mismo objeto una carta privilegio para Colon que expidieron los reyes en la ciudad de Granada el 30 del mismo mes. Por ella se hacian hereditarias en su familia las dignidades y prerogativas de virey y gobernador; se le autorizaba á él y á sus herederos á prefijar el título de D. en sus nombres: distincion concedida en aquel tiempo solo á las personas principales, aunque ya ha perdido su valor, por usarse universalmente en España.

Todos los documentos reales expedidos en esta ocasion llevan la firma de Fernando y de Isabel, aunque la separada corona de la reina hiciese exclusivamente los gastos; y durante la vida de esta á pocos que no fuesen castellanos se les permitió establecerse en los nuevos territorios.

Se señaló el puerto de Palos de Moguer en Andalucía como punto para equipar en el los bajeles. Los vecinos de esta villa habian sido anteriormente condenados en consecuencia de alguna falta de conducta á servir á la corona por un año con dos carabelas armadas. El 30 de abril se firmó una real órden mandando á las autoridades de Palos tener dos carabelas prontas á salir á alta mar á los diez dias de recibir la órden, y ponerlas con sus tripulaciones á disposicion de Colon. Este se hallaba tambien autorizado para procurarse armar otro bajel. Las tripulaciones de las tres debian recibir el sueldo ordinario de la marina de guerra, y cuatro meses de paga adelantados. Tomarian el rumbo que Colon, bajo la autoridad real les mandase, obedeciéndole, en todo, con la sola excepcion, de que ni él ni ellos habian de arribar á San Jorge de la Mina, en la costa de Guinea, ni á ninguna de las recien descubiertas posesiones de Portugal. Una certificacion de buena conducta, firmada por Colon, les serviria de descargo de su obligacion para con la corona.

Tambien se expidieron órdenes por los monarcas á las autoridades públicas y personas de todos rangos y condiciones de los establecimientos marítimos de Andalucía, mandándoles suministrar provisiones y asistencias de todas clases, á precios equitativos, para el armamento de los bajeles: y se señalaron penas á los que causáran algun impedimento. No se habian de imponer derechos á ninguno de los artículos suministrados á los buques; y todos los procesos criminales contra las personas ó propiedades de los individuos de la expedicion debian suspenderse durante su ausencia, y por dos meses despues de su vuelta.

Uno de aquellos favores que se gravan en el alma característico de la benignidad y alteza de sentimientos que poseia Isabel, le fue concedido á Colon antes de su partida de la córte. Expidió la reina el 8 de mayo una carta patente, nombrando á su hijo Diego, paje del príncipe don Juan, presunto heredero del trono, con una pension para su sustento; honor concedido tan solo á los hijos de los mas distinguidos personajes.

Satisfechos por fin sus mas caros deseos, y despues de hartas dilaciones y desengaños bastantes para haber reducido á la desesperacion á un hombre vulgar, se despidió Colon de la córte en 12 de mayo, saliendo gozoso para Palos. Los que sienten desfallecer su ánimo y desvanecerse su voluntad, cuando graves dificultades se oponen á la prosecucion de un objeto grande y digno, acuérdense de que se pasaron diez y ocho largos años desde que Colon concibió su proyecto, hasta el dia en que se vió habilitado para llevarlo á cabo; que la mayor parte de este tiempo lo pasó en desesperadas pretensiones, sumido en la mayor miseria, sin mas patrimonio que el ridículo, sin recibir mas remuneracion por los hermosos dias de su juventud que sacrificaba en aras de la ciencia, que el desprecio é injuriosos epítetos. Cincuenta y seis años eran los de su edad cuando ciñeron sus sienes la corona del triunfo. ¡Alto ejemplo de constancia y magnanimidad digno de ser venerado ya que no sea tan fácil su imitacion!

CAPITULO IX.

PREPARATIVOS PARA LA EXPEDICION EN EL PUERTO DE PALOS.

Colon se presentó otra vez á las puertas del convento de la Rábida, pero en triunfo y lleno de confianza. Le recibió el digno guardian con los brazos abiertos, y le tuvo de huésped mientras duró su residencia en Palos. El carácter y situacion de fray Juan Perez le daban en la vecindad grande importancia, de la que se valió hasta el último grado en favor de la deseada empresa. Colon se presentó el 23 de mayo en la iglesia de San Jorje de los Palos, acompañado de este celoso amigo. Allí se leyó solemnemente por el escribano público en presencia de los alcaldes, regidores y muchos habitantes, la real órden que mandaba poner á su disposicion dos carabelas, y se prometió plena obediencia á ella.

Cuando llegó empezó á divulgarse la naturaleza de la propuesta expedicion, lo cual causó viva sorpresa en la villa, en los primeros momentos y un gran pánico cuando se reflexionó algo mas sobre lo grandioso y arriesgado de la empresa. Los habitantes consideraban los bajeles y tripulaciones que se les pedian, como víctimas que iban á inmolarse á la destruccion. Los propietarios de los buques rehusaron prestarlos para tan desesperado servicio, y los mas audaces marinos temblaban ante la perspectiva de aquel quimérico crucero por los desiertos del Océano. Todas las espantosas fábulas con que puebla la ignorancia las regiones oscuras y misteriosas, se levantaron y apropiaron á aquellas desconocidas aguas, y circulaban entre los noticieros de Palos para acobardar á cualquiera que quisiese tomar parte en la expedicion.

Nada puede dar mayor evidencia de la osadía de esta empresa, que el extremo pavor con que la miraba una comunidad marítima que encerraba en sí algunos de los mas audaces navegantes de aquel siglo. A pesar del tenor perentorio de la real órden y de la promesa de cumplir con ella que habian dado los magistrados, se pasaron muchas semanas sin que nada se hubiese hecho para verificarlo. El digno guardian de la Rábida favorecia á Colon con todo su influjo y con toda su elocuencia, pero en vano, no se podia procurar bajel alguno.

En vista de lo cual expidieron los soberanos órdenes mas terminantes en data de 20 de junio, mandando que los magistrados de la costa de Andalucía tomasen para este servicio cualesquiera buques que creyesen oportuno, pertenecientes ó vasallos españoles, y que obligasen á los patrones y tripulaciones á darse á la vela bajo el mando de Colon y con el rumbo que SS. AA. le designasen. Juan de Peñalosa, oficial de la casa real, salió á hacer obedecer esta órden con doscientos maravedises diarios todo el tiempo que estuviese ocupado en ello, cuya suma debia exigirse de los desobedientes y delincuentes, además de otras penas expresadas en el mismo mandato.

Con arreglo á esta carta obró Colon en Palos, y en la inmediata ciudad de Moguer, mas sin resultado alguno. Reinaba la confusion en estos pueblos, se llenaron de altercados y disturbios; pero sin efectuarse cosa ninguna de consecuencia.

Al fin, Martin Alonso Pinzon, rico y atrevido na-

vegante, de quien ya se ha hecho particular mencion, tomó personal y decidido interés en la expedicion. Se ignora qué convenio formaria con Colon, en cuanto á su recompensa. En el testimonio dado muchos años despues en el pleito entre don Diego, el hijo de Colon, y la corona, se afirmó por muchos testigos, que Pinzon y él debian partir las ganancias, pero están las declaraciones de este pleito tan llenas de contradictorias y palpables falsedades, que es difícil descubrir la proporcion de verdad que pudieron haber contenido. Como de la expedicion no resultaron ganancias inmediatas, no hubo despues reclamaciones. Lo cierto es que la asistencia de Pinzon fue oportuna y eficacísima; y muchos testigos aseguran, que sin ella hubiera sido imposible armar la expedicion. El y su hermano Vicente Yañez Pinzon, tambien hábil y distinguido navegante por su valor y arrojo, tenian bajeles y marineros á su disposicion. Estaban ademas relacionados con muchos de los marinos de Palos y de Moguer, y su influencia era omnímoda en todos los puertos de aquellas cercanías. Se supone que suministraron á Colon fondos para satisfacer la octava parte del coste que estaba comprometido á adelantar. Tambien le dieron, á lo menos, uno de los buques, y resolvieron ademas tomar ellos mismos empleo y parte en la expedicion. Su ejemplo tuvo muchos imitadores, é indujo á diferentes parientes y amigos á embarcarse; así que gracias á sus esfuerzos, un mes despues de haberse empeñado en la empresa, ya estaban los bajeles prontos para darse á la vela.

Despues de las grandes dificultades puestas por varias córtes al armamiento de esta expedicion, sorprende ver cuán pequeños é insignificantes eran los medios que se pedian. Es evidente que redujo Colon sus demandas á los mas extrechos límites, temeroso que los muchos gastos le fuesen un impedimento. Tres bajeles pequeños al parecer, era todo lo que habia pedido. Dos de ellos ligeras barcas, llamadas carabelas, no superiores á los buques de rio y costas de nuestro tiempo. Existen aun estampas y pinturas antiguas que nos representan esta clase de bajeles. Están abiertos y carecen de cubierta, altos de proa y popa, con castillos y cámaras para el uso de la tripulacion. Pedro Mártir, el docto contemporáneo de Colon, dice que solo uno de los tres buques tenía cubierta. La pequeñez de los cascos, la consideraba Colon como una ventaja para los viajes de descubrimientos, porque podia con ellos acercarse á las playas y entrar por rios y puertos someros. En su tercer viaje, al costear el golfo de Paris, se quejaba del tamaño de sus barcos, que tenian casi cien toneladas. Pero que se emprendiesen tan largas y peligrosas navegaciones por ignotos mares en bajeles descubiertos, y que sobrevivieran á las violentas tempestades en que habian de verse con frecuencia envueltos, es una de las mas extraordinarias circunstancias de estos atrevidos viajes.

Mientras se armaban los bajeles, siguieron presentándose nuevas y continuas dificultades. Uno á lo menos de los tres buques, llamado la Pinta, con su patron y gente, habia sido forzado por los magistrados á tomar parte en la expedicion, segun la arbitraria órden de los reyes; hecho que puede presentarse como ejemplo de la extension de la autoridad real en aquellos tiempos, cuando se obligaba así al comercio, á entrar con vidas y haciendas á personas respetables, en lo que les parecia á ellos una loca y desesperada empresa. Los propietarios de este bajel Gomez Rascon y Cristóbal Quintero, mostraron la mayor repugnancia al viaje, y tomaron parte activa en las diferentes querellas que ocurrieron. Se habian tambien cogido de leva varios marineros de los otros barcos: estos hombres y sus amigos pusieron toda clase de obstáculos para retardar ó impedir el viaje. Los calafates trabajaban descuidada é imperfectamente; y se ocultaban si se les obligaba á empezar de nuevo; algunos marineros que se habian alistado como voluntarios, se arrepintieron de su propia osadia, ó se dejaron persuadir de sus amigos, y se acogian al menor pretexto para retractarse, otros se desertaban y escondian. Todo tenia que ejecutarse por medio de las mas ásperas y arbitrarias medidas, y contra el torrente de la oposicion y preocupaciones populares.

Al fin, á principios de agosto quedaron allanadas todas las dificultades, y los buques prontos para darse á la vela. El mayor, expresamente preparado para el viaje y con cubierta, se llamaba la *Santa María;* en él levantó su pabellon Colon. El segundo, llamado la *Pinta*, lo mandaba Martin Alonso Pinzon, á quien acompañaba en clase de piloto su hermano Francisco Martin. El tercero, dicho la *Niña*, tenia velas latinas y lo mandaba el tercer hermano Vicente Yañez Pinzon. Habia otros tres pilotos: Sancho Ruiz, Pedro Alonso Niño, y Bartolomé Roldan. Rodrigo Sanchez de Segovia era inspector general de la armada; y Diego de Arana, natural de Córdoba, su alguacil mayor. Rodrigo de Escobar iba de escribano real, funcionario que debe en las escuadras de la corona tomar nota auténtica de todas las transacciones. Tambien iba un médico y un cirujano, con varios aventureros particulares, algunos criados y noventa marineros; total, ciento veinte personas.

Antes de emprender el viaje, sacó Colon del convento de la Rábida á su hijo Diego, y lo puso bajo el cuidado de Juan Rodriguez Cabezudo, vecino de Moguer, y de Martin Sanchez, eclesiástico de la misma villa, probablemente para que adquiriese algun conocimiento del mundo antes de enviarlo á la córte.

Estando la escuadra pronta para darse á la vela, Colon, poseido de la solemnidad de su empresa, se confesó con fray Juan Perez, y recibió la sagrada Comunion. Sus oficiales y tripulaciones siguieron su ejemplo, y entraron en la empresa llenos de santo temor, y con las mas devotas é imponentes ceremonias, encomendándose á la guia y especial amparo de los cielos. Una profunda tristeza se difundió por Palos á su partida; porque todos tenian algun pariente ó amigo en la flota. Los ánimos de los marineros, comprimidos ya por el miedo, se angustiaron mas aun por la afliccion de los que quedaban en las playas, despidiéndose de ellos con lágrimas y lamentaciones y oscuros presentimientos de que jamás volverian á ver aquellos rostros.

LIBRO III.

CAPITULO PRIMERO.

PARTIDA DE COLON PARA SU PRIMER VIAJE.

(1492.)

El viernes 3 de agosto de 1492, por la mañana temprano se dió Colon á la vela dando principio á su primer viaje de descubrimientos. Salió de la barra de Saltes, pequeña isla formada por los brazos del rio Odiel, enfrente de la ciudad de Huelva, poniendo la proa al Sudoeste, en la direccion de las islas Canarias, desde donde pensaba navegar via recta al Occidente. Principió un diario regular de este viaje, para la inspeccion de los soberanos; con un pomposo prólogo, en que, como sigue, expresaba los motivos y razones que le indugeron á entrar en aquella expedicion.

«In nomine D. N. Jesu-Christi.—Porque, cris»tianísimos, y muy altos, y muy excelentes, y muy »poderosos príncipes rey y reina de las Españas y de »las islas de la mar, nuestros señores, este presen»te año de 1492, despues de VV. AA. haber dado

»fin á la guerra de los moros que reinaban en Euro»pa, y acabado la guerra en la muy grande ciudad »de Granada, adonde este presente año á dos dias del »mes de enero por fuerza de armas vide poner las »banderas reales de vuestras altezas en las torres de »Alfambra, que es la fortaleza de la dicha ciudad, y »vide salir el rey moro á las puertas de la ciudad, y »besar las reales manos de VV. AA. y del príncipe »mi señor, y luego en aquel presente mes por la »informacion que yo habia dado á vuestras altezas »de las tierras de Indias, y de un príncipe que es »llamado gran Khan, que quiere decir en nuestro »romance rey de los reyes, como muchas veces él »y sus antecesores habian enviado á Roma á pedir »doctores en nuestra santa fe, porque le enseñasen »en ella, y que nunca el santo padre le habia pro»veido, y se perdian tantos pueblos creyendo en »idolatrías, é recibiendo en sí sectas de perdicion, »VV. AA., como católicos cristianos y príncipes »amadores de la santa fe cristiana, y acrecentadores »de ella, y enemigos de la secta de Mahoma y de »todas idolatrías y herejías, pensaron de enviarme »á mí Cristóbal Colon á las dichas partidas de India, »para ver los dichos príncipes y los pueblos y tier»ras, y la disposicion de ellas y de todo, y la ma»nera que se pudiera tener para la conversion de »ellas á nuestra santa fe; y ordenaron que yo no »fuese por tierra al Oriente, por donde se acostumbra »de andar, salvo por el camino de Occidente, por »donde hasta hoy no sabemos por cierta fe que haya »pasado nadie. Así que, despues de haber echado »fuera todos los judíos de todos vuestros reinos y se»ñoríos, en el mismo mes de enero mandaron vues»tras altezas á mí que con armada suficiente me fue»se á las dichas partidas de India; y para ello me »hicieron grandes mercedes, y me ennoblecieron que »dende en adelante yo me llamase Don, y fuese al»mirante mayor de la mar Océana, é visorey y gober»nador perpétuo de todas las islas y tierra firme que »yo descubriese y ganase, y de aquí adelante se des»cubriesen y ganasen en la mar Océana, y así suce»diese mi hijo mayor, y así de grado en grado para »siempre jamás, y partí yo de la ciudad de Granada »á doce dias del mes de mayo del mesmo año de 1492 »en sábado: vine á la villa de Palos, que es puerto »de mar, adonde armé yo tres navíos muy aptos para »semejante fecho; y partí del dicho puerto muy »abastecido de muy muchos mantenimientos, y de »mucha gente de la mar, á tres dias del mes de agos»to del dicho año en un viernes, antes de la salida »del sol con media hora, y llevé el camino de las is»las de Canaria de VV. AA., que son en la dicha mar »Océana, para de allí tomar mi derrota, y navegar »tanto que yo llegase á las Indias, y dar la embajada »de VV. AA. á aquellos príncipes, y cumplir lo que »así me habian mandado; y para esto pensé de es»cribir todo este viaje muy puntualmente de dia en »dia, todo lo que yo hiciese y viese y pasase, como »mas adelante se verá. Tambien señores príncipes, »allende describir cada noche lo que el dia pasaré, »y el dia lo que la noche navegare, tengo propósito »de hacer carta nueva de navegar, en la cual situaré »toda la mar y tierras del mar Océano en sus pro»pios lugares debajo su viento; y mas componer un »libro, y poner todo por él semejante por pintura, »por latitud del equinocial, y longitud del Occiden»te, y sobre todo cumple mucho que yo olvide el »sueño, y tiente mucho el navegar, porque así cum»ple, las cuales serán gran trabajo.»

Así están formal y expresamente explicados por Colon los objetos de este extraordinario viaje. Los hechos materiales que quedan de su diario, se hallarán incorporados en la presente obra. Como guia para su navegacion, habia dispuesto un mapa ó carta por el que le mandó Pablo Toscanelli, aunque con algunas mejoras. Ninguno de los dos existe ya; pero el globo ó plamisferio concluido por Martin Behem el mismo año del primer viaje del Almirante, se conserva aun, y nos da una idea de lo que seria la carta de Colon. Se representan en él las costas de Europa y de Africa, desde el Sur de Irlanda al fin de Guinea; y opuestas á ellas, al otro lado del Atlántico, las extremidades del Asia, ó como se decia entonces de la India. Entre ellas está colocada la isla de Cipango (el Japon), que segun Marco Polo distaba mil y quinientas millas de la costa asiática. Colon avanzaba esta isla en sus cómputos unas mil leguas demasiado hácia el Oriente; suponia que estuviese en la situacion de la Florida, y que fuese la primera tierra que descubriria. El gozo de Colon, al verse, despues de tantos años de burladas esperanzas, ya entregado á su grande empresa, lo acibaraba el temor que le inspiraban las tripulaciones, respecto á su valor y perseverancia. Mientras permaneciesen cerca de Europa, era de temer que en un instante de arrepentimiento y alarma, rehusasen unánimemente proseguir el viaje, y se empeñasen en volver á España. Varios síntomas aparecieron desde luego, que justificaban sus temores. Al tercer dia hizo la Pinta señal pidiendo socorro; el timon se le habia roto y desencajado. Sospechó Colon que este accidente fuese una estratajema de los propietarios de la carabela Gomez Rascon y Cristóbal Quintero, para inutilizar el bajel y hacerle quedar atrás. Ya se ha dicho que se les habia forzado á entrar en la expedicion, embargando su carabela en virtud de una real órden.

Colon sintió esta ocurrencia, que le anunciaba mayores obstáculos para en adelante de parte de una chusma, cuyos individuos iban muchos contra su voluntad, y todos llenos de dudas y malos agüeros. Los mas triviales accidentes podian en aquel crítico momento del viaje aterrorizarlos y conducirlos á la rebelion, y frustrar enteramente el objeto de su gigantesca empresa.

Soplaba á la sazon un fuerte viento, y no podia socorrer á la Pinta sin arriesgar su propio bajel. Afortunadamente mandaba Martin Alonso Pinzon el averiado buque, y siendo diestro y hábil marinero, logró asegurar el timon con cuerdas, para poder manejarlo. Pero este expediente era inadecuado: los nudos se soltaron de nuevo al otro dia, y los demás barcos tuvieron que acortar vela, hasta que volvieron á asegurarse.

Esta avería de la *Pinta*, y el hacer ademas mucha agua, determinó al Almirante á tocar en las islas Canarias, para ver si podia reemplazarla. Pensaba no hallarse lejos de aquellas islas, aunque los pilotos de la escuadra eran de opinion diferente. El resultado probó su superioridad en hacer las observaciones y los cálculos, pues divisaron las Canarias el dia 6 por la mañana.

Mas de tres semanas se detuvieron en las islas, haciendo inútiles esfuerzos y diligencias para procurar otro bajel. Al fin se vieron obligados á hacerle un timon nuevo á la *Pinta*, y á repararla lo mejor que se pudo para el viaje. Se alteró tambien la forma de las velas de *Niña*, para que le fuese mas fácil la navegacion, y pudiese caminar á la par de los demás buques.

Al pasar por entre las islas vieron el levantado pico de Tenerife arrojar voluminosas llamas y encendido humo. El equipaje observó aterrado aquella erupcion, y pronto siempre á espantarse de cualquier fenómeno extraordinario, convirtió aquel en agüero y de los mas desastrosos. Gran dificultad tuvo Colon en disipar su miedo, explicándoles las causas naturales de los fuegos volcánicos, y apoyó sus doctrinas con citas del Etna y otros volcanes bien conocidos.

Mientras estaban proveyéndose de leña, agua y

provisiones en la isla de la Gomera, un bajel de Ferro le anunció que tres carabelas portuguesas cruzaban de la isla, con la intencion, sin duda de capturar á Colon. Sospechó el Almirante alguna hostil extratagema de parte del rey de Portugal, en venganza de haber entrado al servicio de España, y no perdió tiempo en darse á la vela, ansioso de salir de aquellas islas, y de las huellas de la navegacion, no fuese que algun inesperado acontecimiento impidiera el viaje, bajo tan fatales auspicios comenzado.

CAPITULO II.

CONTINUACION DEL VIAJE.—VARIACION DE LA AGUJA DE MAREAR.

(1492.)

Se dió Colon á la vela en la madrugada del 6 de setiembre; saliendo de la isla de la Gomera, y entró por vez primera en la region de los descubrimientos, despidiéndose de las islas fronterizas del antiguo mundo, y tomando el rumbo del Occidente por las aguas desconocidas del Atlántico. Tres dias de profunda calma detuvieron á los bajeles cerca de tierra. Impacientaba sobre manera al Almirante esta dilacion, que retardaba el momento de ver cumplido su mas ardiente deseo, el de internarse del todo en el Océano, fuera de la vista de costas y velas, que en la pura atmósfera de aquellas latitudes pueden descubrirse á inmensas distancias. El domingo siguiente, 9 de setiembre muy de mañana, vieron á Ferro, última de las islas Canarias á unas nueve leguas de ellos. Allí era donde se habian divisado las carabelas portuguesas; y por lo tanto se hallaban en la vecindad misma del peligro. Afortunadamente se levantó con el sol una brisa favorable, se llenaron las velas, y en el discurso del dia desaparecieron gradualmente del horizonte las alturas de Ferro.

Cuando se perdió en el horizonte la sombra de esta isla, último límite, hasta entónces de la tierra, desfallecieron los corazones de los marineros. Parecia que literalmente se despedian del mundo. Detras dejaban cuanto es caro al pecho humano: patria, familia, amigos, la vida misma; delante todo era caos, peligros y misterios. En la turbacion de aquel momento terrible desesperaban muchos de volver jamás á sus hogares. Los mas valientes derramaban lágrimas, y rompian en lamentos y sollozos. El Almirante se esforzó en mitigar su angustia por todos los medios, y en inspirarles sus propias gloriosas anticipaciones. Les describia la magnificencia de los paises adonde los llevaba; las islas del mar indio, cargadas de oro y piedras preciosas; la region de Mangui y Cathay con sus ciudades de sin par opulencia y esplendor. Les prometia tierras y riquezas, y cuanto puede despertar la codicia, ó inflamar la imaginacion; ofrecimientos que no eran engañosos en el dictámen de Colon, que creia firmemente verlos realizados todos.

Ordenó á los comandantes de los otros buques que, caso que fuera preciso separarse por algun accidente, continuasen el rumbo Occidental directo; y despues de navegar setecientas leguas, se mantuviesen á la capa desde media noche hasta por la mañana, porque á aquella distancia esperaba confiadamente encontrar tierra. En el entretanto, como le pareció posible no descubrirla á la distancia precisa que habia dicho, y como proveyó que el terror de los marineros creceria con el aumento del espacio interpuesto entre ellos y su país, empezó una estratagema que continuó todo el viaje. Llevaba, además del diario náutico, uno histórico en que anotaba el verdadero progreso del barco, y que tenia reservado para su propio gobierno. Del otro, abierto á todos, sustraia diariamente algunas leguas de las que los bajeles habian navegado, para que las tripulaciones ignorasen la verdadera distancia á que se hallaban de España.

El 11 de setiembre, como á ciento y cincuenta leguas al Occidente de Ferro, encontraron un pedazo de mástil, que se conocia haber estado mucho tiempo en el agua, y pertenecer á un bajel de ciento veinte toneladas. El equipaje, sumamente atentó á todo cuanto podia escitar su miedo ó sus esperanzas, miró con lágrimas en los ojos este despojo de algun desgraciado navegante, flotando á la entrada de aquellas mares desconocidas.

El 13 de setiembre por la noche, estando á unas doscientas leguas de la isla de Ferro, observó Colon por la vez primera las variaciones de la aguja de marear, fenómeno desconocido hasta entonces. A media noche percibió, que la aguja, en vez de señalar á la estrella del Norte, se inclinaba como medio punto ó de cinco á seis grados al Nor-oeste, y mas todavia á la otra mañana. Admirado de esta circunstancia, la observó atentamente por tres dias, viendo que la variacion aumentaba en razon del progreso. Al principio no hizo mérito de este fenómeno, sabiendo cuan pronta estaba su gente á alarmarse; pero al fin le descubrieron los pilotos, y se extendió entre ellos la mayor consternacion. No parecia sino que hasta las leyes de la naturaleza perdian su vigor á medida que se adelantaba en el viaje, y que iban entrando por otro mundo sujeto á desconocidas influencias. Temian que perdiese la aguja del todo su misteriosa virtud: y sin esta guia, se preguntaban mútuamente, ¿que será de nosotros por medio del vasto y solitario Océano que nos rodea? Colon puso en tortura su ciencia é ingenio para buscar razones con que mitigar aquel terror. Les dijo que no apuntaba la aguja exactamente á la estrella polar, sino á cierto punto fijo é invisible. La variacion no la causaba, por consiguiente, falacia alguna de la brújula, sino el movimiento de la estrella misma, que como los demás cuerpos celestes sufrian sus cambios y revoluciones, describiendo cada dia un círculo alrededor del polo. El alto concepto en que los pilotos tenian á Colon, creyéndole profundo astrónomo, dió peso á su teoria y calmó la general alarma. Todavia era desconocido el sistema solar de Copérnico: la explicacion de Colon fue por lo tanto plausible é ingeniosa, y muestra la vivacidad de su ánimo, siempre pronto á vencer los obstáculos del momento. Pudo al principio haber establecido su teoria, solo para aquietar los ánimos: pero despues se vió que se hallaba él mismo satisfecho de ella. El fenómeno nos es en el dia familiar, pero su causa aun está oculta. En él vemos uno de aquellos misterios de la naturaleza, abiertos á observaciones y experimentos diarios, y sencillo en apariencia por su familiaridad; pero que al querer penetrarlo, pronto conoce el entendimiento humano sus límites; pues burla la experiencia de los prácticos, y humilla el orgullo de los doctos.

CAPITULO III.

CONTINUACION DEL VIAJE.—TERROR DE LOS MARINEROS.

(1492.)

El 14 de setiembre regocijáronse altamente los navegantes á vista de los que consideraban mensajeros de tierra. Una garza y un pájaro de los trópicos llamado Rabo de junco, ninguno de los cuales se supone que se arriesga muy adentro del mar, se vieron circular alrededor de los buques. La noche siguiente los sobrecogió y llenó de terror la vista de un metéoro, ó como Colon le llama en su diario, de una gran llama de fuego que parecia descender á la mar desde los cielos á unas cinco leguas de distancia. Estos metéoros, comunes en los climas cálidos, y con especialidad bajo los trópicos, se ven

siempre en el sereno cielo de sus latitudes, como cayendo verticalmente; pero nunca debajo de las nubes. En aquellas apacibles noches en que cada estrella brilla con su radiante esplendor, dejan tras sí con frecuencia un surco ó cola luminosa que fulgura durante doce ó catorce segundos, y que puede bien compararse á una llama.

El viento habia sido hasta entonces favorable, aunque con nubes y aguaceros de cuando en cuando. Habian adelantado mucho; pero Colon, segun su plan secreto, suprimia algunas leguas diarias en el cálculo que estaba abierto á las tripulaciones.

Entraron pues bajo la influencia de los vientos generales ó constantes, que siguiendo al sol, soplan sin variacion de Oriente á Occidente entre los trópicos, por algunos grados contiguos del Oceano. Con este propicio viento en popa resbalaban suave pero rápidamente los buques por una mar tranquila, y no tuvieron que mover una vela en muchos dias. Colon habla perpétuamente de la blandura y serenidad del tiempo fresco y dulce sin ser frio, en aquel trecho del Océano. En su cándido y expresivo lenguaje compara su fragancia y pureza con las mañanas del abril en Andalucía, y dice que tan solo faltaban los trinos del ruiseñor para convertir en realidad aquella encantadora ilusion. Tiene razon en hablar así, dice el venerable Las-Casas; porque es maravillosa la suavidad que se siente á mitad del camino de aquellas Indias; y cuanto mas se acercan los bajeles á tierra, mucho mas se goza la temperancia y blandura del aire, la claridad de los cielos, y la amenidad y fragancia que de sí exhalan las arboledas y florestas, mucho mas, ciertamente, que durante los meses de abril y mayo en Andalucía.

Comenzaron á ver por aquel tiempo grandes balsas de yerbas que venian del Occidente flotando en la superficie del agua, y aumentaban cada vez mas en cantidad. Muchas de ellas eran yerbas de las quo crecen en las rocas, y otras de las que crian los rios, algunas de un color pajizo, marchito, y otras tan verdes, que parecia que acababan de arrancarse de la tierra. En una de estas balsas se cogió un cangrejo vivo, que Colon conservó con sumo cuidado. Tambien vieron un pájaro blanco, de los trópicos y de los que nunca duermen en la mar. Se aparecieron además por el rededor de los buques muchos atunes, uno de los cuales mató la tripulacion de la Niña. Le recordó esto á Colon la descripcion que Aristóteles dá de ciertos buques de Cádiz, que costeando por fuera del estrecho de Gibraltar, fueron arrojados hácia el Occidente por vientos impetuosos, hasta llegar á una parte del Océano que estaba cubierta de vastos campos de yerbas parecidas á islas hundidas, y entre los que se vieron multitud de atunes. Colon se suponia llegado á esta mar, de donde los antiguos nautas se volvieron con desmayo, pero que él miraba con reanimada esperanza, como señal cierta de la vecindad de la tierra. No porque creyese llegar tan pronto al objeto de su busca, las extremidades orientales del Asia; pues segun sus cómputos no habia navegado mas de trescientas y sesenta leguas desde que dejó las islas Canarias, y el suponia la tierra firme mucho mas distante.

Continuaba el mismo tiempo el 18 de setiembre: una suave y sostenida brisa del Oriente henchia todas las velas, mientras que, usando las palabras de Colon, se mantenia la mar tan llana como pasa el Guadalquivir por Sevilla. Imaginaba que el agua de la mar estaba menos salada mientras mas adelantaban; notando este fenómeno como prueba de la pureza y salubridad del aire.

Las tripulaciones se hallaban animadísimas, y todos los bajeles hacian sobrenaturales esfuerzos para adelantarse, y lograr la primera vista de tierra. Alonso Pinzon, saludando al almirante desde la Pinta, le dijo, que por el vuelo de muchas aves, y por otras indicaciones del horizonte del Norte, juzgaba que hubiese tierra en aquella direccion. Y como su buque era el mas velero, se adelantó hacia ella.

En efecto, descubríase una neblina hácia el Norte, como las que suelen descansar sobre la tierra, y al ponerse el sol adquirió tales formas y presentó tales bultos y masas, que muchos imaginaron ver islas. Manifestóse un deseo universal de poner las proas hácia ellas; pero Colon estaba persuadido de que no eran mas que ilusiones. Todos los que han viajado por mar, habrán observado las engañosas formas de las nubes del horizonte, especialmente al salir y ponerse el sol; las cuales con facilidad convierte la vista, ayudada por la fantasía y el deseo, en la tierra á que se viaja. Esta particularidad se observa mas especialmente en los trópicos, á donde las nubes presentan al ponerse el sol las apariencias mas singulares y fantásticas.

Sobrevinieron al dia siguiente algunas lloviznas, no acompañadas de viento, lo que Colon tuvo por buena señal: dos pelícanos posáronse á bordo de los barcos, aves, que dijo él, rara vez se desvian veinte leguas de tierra. Sondeó por consiguiente con una sonda de doscientas brazas, pero no encontró fondo. Supuso era sumamente fácil pasar entre islas situadas al Norte y al Sur; mas no quiso perder en buscarlas la favorable brisa que lo impelia. Además habia afirmado sin titubear, que se hallaria tierra siguiendo sostenidamente al Oeste. Fundábase en aquella presuncion todo su proyecto, y arriesgaría, por lo tanto su crédito y autoridad para con la gente del mar, si parecia que vacilaba, y que iba atolondradamente de un punto de la aguja al otro. Por eso resolvió mantener á todo trance y osadamente su rumbo occidental; hasta descubrir la costa de la India, buscando aquellas islas á su vuelta, si así lo juzgase conveniente.

A pesar de sus sagaces precauciones, cundia el desaliento entre los marineros cuando consideraban lo largo del viaje, la inmensa distancia á que se hallaban de las últimas islas, para poder esperar socorro alguno, y veian con espanto los inmensos trechos de Océano que diariamente dejaban tras de sí precipitándose mas y mas hácia adelante por aquel, á la vista, ilimitado abismo. Es cierto que los habian lisongeado varias indicaciones de tierra, y seguian apareciendo otras; pero era cierto tambien que desvanecianse todas las esperanzas que su aparicion hacia concebir, y continuaba segura, desarrollándose delante de ellos la misma interminable extension de cielos y de mares. Hasta el viento favorable que parecia que la providencia divina les habia enviado para llevarlos al Nuevo-Mundo con tan suaves y dulces brisas, lo convertia el ingenioso miedo en singular causa de alarma; porque empezaron á imaginar que el viento siempre soplaba en aquellas mares del Oriente, en cuyo caso no podrian jamás volver á España.

Esforzábase Colon en ahogar aquellos temores á veces con argumentos y ruegos, á veces despertando nuevas esperanzas, ó señalando nuevos signos de tierra. El 20 de setiembre cambió el viento, soplando con ligeras brisas de Sud-oeste. Estas, aunque contrarias á su ruta, fueron de buen efecto para las tripulaciones, probando que no era allí perpétuo el viento del Oriente. Tambien visitaron muchos pájaros los buques, tres de los cuales eran de los pequeños que suelen vivir en arboledas; y vinieron cantando por la mañana, marchándose otra vez al anochecer. Su música alegró sobre manera los corazones de los desmayados marineros, que la recibieron como la voz de la tierra. Los pájaros grandes, decian, son fuertes de ala, y pueden arriesgarse mar adentro; pero aquellos eran demasiado débiles para volar lejos, y sus trinos manifestaban que no los habia cansado el viaje.

Sobrevino al siguiente dia una profunda calma,

interrumpida por ligeros vientos del Sud-oeste : la mar, en cuanto alcanzaba la vista, estaba cubierta de yerbas ; fenomeno frecuentemente observado por aquella parte del Océano, que suele tener la apariencia de una vasta pradera inundada. Se ha atribuido á la inmensa cantidad de plantas submarinas, que crecen en el lecho del mar hasta madurarse, época en que las arranca el movimiento de las ondas y de las corrientes, levantándolas á la superficie. Estos campos de yerbas se miraban al principio con grande satisfaccion ; pero al fin estaban ya por algunos sitios tan densos y entretejidos, que en cierto modo impedian la navegacion de los buques. Los marineros, siempre prontos á concebir las aprensiones mas absurdas, se acordaron entonces de alguna narrativa acerca del Océano helado, adonde se decia que solian quedarse inmóviles los buques. Se esforzaban por consecuencia en eludir cuanto podian aquellas masas flotantes, para que no les sucediera á ellos mismos algun desastre parecido. Otros consideraban aquellas yerbas como una prueba de que la mar iba perdiendo fondo, y hablaban ya de ocultas rocas y bancos, de traidoras barras, del peligro de barar enmedio del Océano, adonde podian podrirse sus bajeles y desmoronarse fuera del alcance de humana ayuda, y sin costas en que la gente pudiera tomar refugio. Algunas ideas confusas de la antigua fábula acerca de la sumersion de la isla de Atalante, herian su mente, llenando de temores su corazon, y creian haber llegado á aquella region del Océano, adonde obstruyen la navegacion tierras ahogadas, y las ruinas de un continente entero.

Para disipar este pavor usaba el Almirante la sonda con frecuencia ; y aunque esta era de las mas largas, no podia alcanzar al fondo. Pero los ánimos del equipaje habian enfermado gradualmente. Estaban llenos de terrores vagos, de supersticiones y fantasias ; todo lo convertian en causa de alarma, y mortificaban á su gefe con incesantes murmuraciones.

Continuaron soplando ligeros vientos de verano del Sur y del Occidente por espacio de tres dias, aunque la mar se mantenia como un espejo. Se vió una ballena levantar desde lejos su desmesurada forma, lo que Colon señaló al punto como favorable indicio, afirmando que aquellos cetáceos se mantenian siempre en las cercanias de la tierra. Pero se amedrentó la tripulacion por la calma del tiempo. Decian que los vientos contrarios que experimentaban eran transeuntes y no sostenidos; y tan ligeros que no rizaban la superficie de la mar, siempre en temible calma, como un lago de agua muerta. Todo diferia, observaban ellos, en aquellas extrañas regiones del mundo á que estaban acostumbrados. Los solos vientos que prevalecian con fuerza y constancia eran del Oriente, y sin poder para turbar la soñolienta quietud del Océano ; habia pues el riesgo, ó de perecer rodeados de aguas paradas y sin orillas, ó de no poder por la oposicion de los vientos, volver á su pais nativo.

Colon continuó con admirable paciencia raciocinando contra tan absurdas fantasías, diciéndoles que la calma de la mar debia indudablemente provenir de la vecindad de la tierra, en la parte de donde el viento soplaba; y por lo tanto no teniendo suficiente espacio para desarrollar su fuerza, bastaba apenas para obrar sobre la superficie, y para levantar grandes olas. Pero no hay nada que haga al hombre mas sordo á la razon que la influencia del miedo, el cual multiplica y varia las formas del peligro ideal, mil veces mas pronto que la mas activa sabiduria puede disiparlas. Mientras mas argüia Colon, mas ruidosas eran las murmuraciones de la chusma, hasta que el domingo 25 de setiembre se hincharon formidablemente las mares, aunque no hacia viento alguno. Este fenómeno que ocurre en alta mar con frecuencia, y que originan ó bien las últimas ondulaciones de alguna racha pasada, ó el movimienio que dá á las mares una lejana corriente de viento, los marineros, empero, le miraron con asombro, y aplacó los terrores imaginarios que habia engendrado la calma.

Colon, que se consideraba bajo el patrocinio inmediato del cielo en esta grandiosa empresa, indica en su diario que el hencharse así las aguas pareció decreto de la Providencia para acallar el clamor de su gente ; comparándolo á aquel que tan milagrosamente ayudó á Moisés cuando acaudillaba los hijos de Israel, huyendo de la cautividad de Egipto.

CAPITULO IV.

CONTINUACION DEL VIAJE.—DESCUBRIMIENTO DE TIERRA.

(1492.)

Aumentaba de dia en dia la crítica situacion de Colon. A medida que se aproximaba á las regiones donde esperaba encontrar tierra, crecia la impaciencia de su gente. Los signos favorables que habian aumentado su confianza, parecian ya ilusivos; y estaba en peligro de que se revelasen y le hiciesen volver atrás, al instante mismo de ir á realizar el objeto de todos sus trabajos. Se veia la gente de mar con desmayo, resbalando aun mas adelante por aquellas interminables aguas, que les parecian un mero desierto de que el mundo habitable estaba rodeado. ¿Que seria de ellos si les llegasen á faltar las provisiones? Eran los buques demasiado débiles y defectuosos, hasta para el gran viaje que ya habian hecho ; pero si aun se precipitaban mas adelante; aumentando el inmenso espacio que los separaba de la tierra, ¿como podrian volver jamás sin conocer puerto en que rehabilitarse y hacer proviciones?

Así alimentaban recíprocamente su descontento, reuniéndose por los rincones del buque ; al principio en pequeños círculos de dos ó tres, que gradualmente crecieron hasta hacerse formidables, juntándose y fortaleciéndose en amotinada oposicion al Almirante. Clamaban contra él suponiéndole un desesperado ambicioso, que en su loca fantasía resolviera hacerse célebre por su extravagancia. ¿Que le eran á él los peligros y sufrimientos agenos, cuando se veia evidentemente que estaba determinado á sacrificar su propia vida por el prurito de distinguirse? Continuar en tan frenética expedicion, era hacerse autores de su propia ruina. ¿Que obligacion los forzaba á persistir, ó cuando se habian de considerar cumplidas las condiciones de su contrato? Ya habian navegado mucho mas allá de donde hombre alguno habia osado adelantarse; ya habian penetrado mares, y mares remotos nunca surcados por audaz quilla ; ¿hasta donde tendrian que ir en busca de una tierra imaginaria? ¿Navegar hasta perecer, ó hasta que fuese imposible la vuelta? ¿Y quien pudiera culparlos, si consultando su propia seguridad, tomasen el rumbo de España antes que fuese demasiado tarde? ¿No recibirian mas bièn aplausos por su valor en acometer tal empresa, y por su osadia en persistir en ella por tanto tiempo? Las palabras del Almirante quejándose de que volvian contra su voluntad no tendrian peso alguno ; porque era extranjero y hombre sin amigos ni influencia. Sus proyectos estaban condenados por los doctos, como ociosos y visionarios, y no gozaban favor con gentes de ningun rango. No tenia por consiguiente partido que le protegiese, y si una multitud cuya vanidad de opinion se lisonjearia al verle humillado.

Tales son algunos de los raciocinios, por medio de los cuales se preparaban para oponerse abiertamente á la prosecucion del viaje ; y cuando se considera el fuego natural del carácter español, la dificultad de

reprimirlo, y sobre todo la naturaleza de aquella chusma, compuesta en general de hombres bajos y que navegaban por fuerza, podemos imaginar el peligro constante en que se estaba de una abierta y desesperada rebelion. Habia algunos que no escrupulizaban hacer las mas atroces instigaciones. Proponian, como modo de acallar toda queja posterior del Almirante, que si rehusaba volver atras, se le arrojase á la mar: diciendo á su llegada á España, que se habia caido él mismo, mientras contemplaba las estrellas y signos celestes con sus instrumentos astronómicos; rumor que nadie tendria la inclinacion ni los medios de controvertir.

No ignoraba Colon estas intenciones rebeldes; pero mantenia un rostro igual y sereno, suavizando á los unos con palabras afables, estimulando el orgullo y avaricia de los otros, y amenazando abiertamente á los mas contumaces con ejemplar castigo, si algo hacian para impedir el viaje.

El 25 de setiembre volvió á hacer viento favorable, y pudieron continuar su rumbo directo hácia el Occidente. Como el viento era ligero, y la mar estaba en calma, navegaban cerca los bajeles, y Colon tuvo mucha conversacion con Martin Alonso Pinzon, acerca del mapa que aquel habia enviado tres dias antes á bordo de la Pinta. Suponia Pinzon que, segun las indicaciones del mapa, deberian estar cerca de Cipango, y de las otras islas, que el Almirante habia en él delineado. Colon admitia en parte aquella idea; pero creia posible que los buques se hubiesen apartado algo de su rumbo por causa de las corrientes, ó que no hubiesen venido tan lejos como los pilotos calculaban. Pidió que se le devolviese el mapa; y Pinzon atándolo á una cuerda, se lo arrojó á bordo. Mientras que Colon, su piloto y algunos marineros de experiencia estaban estudiando el mapa, y esforzándose en deducir de él su verdadera posicion, los sobresaltó un grito de la Pinta; y levantando los ojos vieron á Martin Alonso Pinzon subido en la popa de su buque repitiendo en alta voz: «¡Tierra! ¡tierra!» pidiendo su premio, y señalando al mismo tiempo al Sud-oeste, adonde habia en efecto apariencia de tierra, como á veinte y cinco leguas de distancia. Colon se arrodilló al momento para dar á Dios las debidas gracias, y Martin Alonso Pinzon entonó fervorosamente el *Gloria in excelsis*, en que le acompañaron en alta voz sus marineros y los del Almirante.

Subieron luego los marineros á los mástiles y escalas, dirigiendo la vista hácia el Sud-oeste: todos confirmaron la seguridad de que se divisaba tierra. La conviccion era tan fuerte; y tan grande la alegria pública, que le fue á Colon necesario variar su ordinario rumbo; y poner la proa al Sud-oeste. Pero la luz de la mañana acabó todas sus esperanzas como las de un sueño. La imaginada tierra no era mas que una nube vespertina, que se habia disipado por la noche. Con desmayados corazones tomaron de nuevo el rumbo Occidental, del que Colon no se hubiera nunca separado, á no ser por condescender con sus ruidosos deseos.

Por muchos dias continuaron con la misma próspera brisa, mar tranquila y suave, y delicioso tiempo. El agua estaba tan tranquila, que se divertian los marineros en nadar al rededor de los bajeles. Empezaron á abundar delfines, y los exócetos ó peces voladores se remontaban por el aire y caian á bordo. Las continuas señales de tierra divertian la atencion de los marineros, y les hacian seguir insensiblemenadelante.

El 1.º de octubre, segun el cálculo del piloto de la Almiranta, habian navegado quinientas ochenta leguas hácia el Occidente, desde que salieron de las islas Canarias. El cómputo público de Colon tenia quinientas ochenta y cuatro; pero el reservado setecientas y siete. Al otro dia flotaban las yerbas de Oriente á Occidente, y el tercero no se volvieron á ver pájaros.

Empezó á temer la chusma que habrian pasado por entre islas, de unas á otras, de las cuales volaban probablemente las aves. Colon tenia tambien sus dudas sobre el particular; pero rehusó alterar el rumbo. La gente empezó de nuevo con murmuraciones y amenazas; mas al dia siguiente los visitaron tales bandadas de pájaros, y las indicaciones de tierra fueron tan numerosas, que de su estado de abatimiento pasaron á la mas segura esperanza.

El gobierno español habia ofrecido una pension de treinta escudos al que primero descubrirse tierra. Deseosos de obtener este premio, estaban los marineros dando continuamente el grito de ¡Tierra! á la menor apariencia que la indicase. Para terminar estas falsas alarmas, fuente de continuos engaños, dispuso Colon que si alguno daba tal noticia, y no se descubria tierra dentro de tres dias, perdiese para de allí adelante todo derecho al premio.

En la noche del 6 de octubre Martin Alonso Pinzon empezó á perder confianza en el rumbo que llevaban, y propuso se inclinasen algo hácia el Sur; Colon rehusó hacerlo, y continuó al Occidente. Viendo esta divergencia de opinion en una persona de tanta importancia en su flota como Martin Alonso, y temiendo que la casualidad ó el designio pudiese dispersar los buques, mandó que si alguna de las carabelas se separaba de él, continuase al Occidente, haciendo por reunirse á las otras lo mas pronto posible; añadiendo que se mantuviesen cerca del suyo los bajeles al salir y ponerse el sol; momentos en que el estado de la atmósfera es mas favorable para los descubrimientos de tierras lejanas.

En la mañana del 7 de octubre, al amanecer muchos de la tripulacion del Almirante creyeron que divisaban tierra en el Occidente; pero era tan confusa su apariencia, que ninguno quiso aventurarse á proclamarla por no exponerse, en caso de equivocacion, á perder todo derecho al premio. La Niña, empero, siendo tan velera, se adelantó para asegurarse del hecho. Poco despues se vió tremolar una bandera en el mástil, y resonó un cañonazo, señales preconcertadas para anunciar tierra. Nueva alegría reanimó á la pequeña escuadra; y todos los ojos se volvieron al Occidente. Al acercarse, empero, se desvanecieron sus esperanzas; y antes de la noche ya se habia la prometida tierra disuelto en el aire.

La chusma cayó en un abatimiento proporcionado á la alegría que les acababa de estimular tanto, cuando, ocurrieron otras circunstancias que les inspiraron nuevo vigor. Habia Colon observado muchas bandadas de pequeños pajarillos, volando hácia el Sud-oeste, é infirió de ello, que debian tener tierra vecina, en que alimentarse y descansar. Sabia la importancia que daban los viajeros portugueses al vuelo de los pájaros, y que siguiéndole habian descubierto muchas de sus islas. Habia ya navegado setecientas y cincuenta leguas, distancia á que creia encontrar la isla de Cipango; y como no viese apariencia de ella, creyó haberla pasado por alguna equivocacion en la latitud. Determinó pues en la noche del 7 de octubre cambiar su curso al Oeste-sud-oeste, direccion en que volaban los pájaros y continuarlo lo menos por dos dias. No se desviaba así mucho de su principal rumbo, satisfacia los deseos de los Pinzones, y creia animar á todas sus gentes.

Siguieron por tres dias aquel derrotero; y mientras mas navegaban, mas frecuentes y palpables eran las señales de tierra. Bandadas de pintadas avecillas de varios colores, muchas de ellas de las que cantan por los campos, volaban al rededor de los bajeles, continuando despues hácia el Sud-oeste, y tambien se oian volar otras por la noche. Muchos atunes jugaban por aquella pacífica mar; se vieron seguir la misma

derrota una garza, un pelícano y un pato. Las yerbas que flotaban cerca de los barcos eran frescas y verdes y parecian recien arrancadas de la tierra; y el aire, dice Colon, era dulce y fragante como las brisas de abril en Sevilla.

Todas estas señales las miraba empero la chusma como otras tantas ilusiones engañosas que los iban atrayendo bácia su destruccion; y cuando vieron al tercer dia descender el sol por un despejado y líquido horizonte, rompieron en bulliciosas turbulencias. Clamaban contra la obstinacion de tentar el destino, continuando por una mar sin límites. Querian resueltamente volverse, y abandonar el viaje como desesperado. Colon trató de pacificarlos con palabras afables, y promesas de abundantes premios; pero viendo que solo aumentaba su clamor y bullicio, tomó un tono mas decidido. Les dijo que era inútil murmurar; que la expedicion habia sido enviada por los soberanos para buscar las Indias; y que estaba determinado á perseverar á todo trance, hasta que con el favor de Dios cumpliera su empresa (1).

Peligrosa en extremo era la posicion de Colon hallándose en completa hostilidad con sus tripulaciones. Por fortuna fueron tales las indicaciones de tierra al otro dia, que ya no podian admitir ninguna duda. Ademas de muchas yerbas de rio, vieron un pez verde, de los que no se desvian de las rocas; flotó por cerca de ellos un ramo de espino con sus bayas ó majuelas coloradas, y recientemente arrancado del árbol; cogieron despues una caña, una tableta, y lo que mas esperanza infundió en el desmayado aliento de los equipajes, fue un palo artificialmente labrado. La tristeza y motin dieron otra vez lugar á la esperanza; y todo el dia vigilaron atentamente los marineros con el deseo cada uno de ser el primero que descubriese la tierra por tanto tiempo y con tanto afan buscada.

Cuando anocheció, segun la invariable costumbre á bordo de la Almiranta, cantaron los marineros la *Salve Regina*, ó himno de Ntra. Sra., y despues de este piadoso ruego, dirigió Colon un solemne discurso á su gente. Les recordó la misericordia de Dios que los conducian con tan suaves y propicios vientos por medio de un tranquilo Océano, reanimando sus esperanzas con incesantes señales, y aumentándolas cuando aumentaba su temor, y guiándolos así á una tierra de promision. Les recordó despues las órdenes que habia dado al dejar las islas Canarias, para que navegasen al Occidente setecientas leguas, manteniéndose á la capa durante la noche, recorrido que hubieran aquel espacio. Las apariencias presentes autorizaban tal precaucion. Pensaban que podrian llegar á tierra aquella misma noche; y mandó poner un vigilante centinela en el castillo de proa, prometiéndole á quien hiciese el descubrimiento un justillo de terciopelo, ademas de la pension ofrecida por los soberanos.

La brisa continuó fresca todo el dia, con mas mar de la ordinaria, y habian adelantado mucho. Al trasmontar del sol se dirigieron de nuevo al Occidente, é iban cortando con rapidez las ondas; la *Pinta* á la cabeza, por ser la mas velera: reinaba en las tripulaciones la mayor alegría y ánimo; y no hubo párpados que se cerraran aquella noche. Despues de oscurecido subió Colon al castillo de su alta popa. Por risueño y firme que fuese de dia, su aspecto eran para él aquellas horas de la mas penosa ansiedad; y libre y encubierto de toda observacion por las sombras de la noche, registraba con incansable afan el tenebroso horizonte, en busca de las mas vagas indicaciones de tierra. Súbito, á eso de las diez, pensó que veia relumbrar una luz lejana. Temiendo que el deseo y la esperanza fueran las únicas causas de aquella aparicion, llamó á Pedro Gutierrez, caballero de cámara del rey, y le preguntó si veia una luz en aquella direccion; la respuesta de este fue afirmativa. Mas dudando aun que fuese ilusion de la fantasía, llamó á Rodrigo Sanchez de Segovia, y le hizo la misma pregunta. Cuando Sanchez llegó al castillo, ya la luz habia desaparecido. La vieron una ó dos veces despues pasar repentinamente, como la antorcha de una barca pescadora, que se eleva y se sumerge con las olas: ó como si la llevase alguno en la mano subiéndola y bajándola por la playa, al pasar de una casa á otra. Tan inciertas y pasajeras eran estas vislumbres, que pocos les dieron importancia: Colon, empero, las tuvo por señales indudables de tierra, y de tierra habitada ademas.

Continuaron su rumbo hasta las dos de la mañana, en que un cañonazo de la *Pinta* dió la alegre señal de tierra. La descubrió el primero un marinero llamado Rodrigo de Triana; pero el premio se adjudicó despues al Almirante, por haber préviamente percibido la luz. Se empezó á ver con claridad la tierra á unas dos leguas de distancia; por lo cual acortaron velas, y se mantuvieron á la capa, esperando impacientemente la aurora.

¡Cuántos y cuan diversos serian los pensamientos que en aquel momento cruzaron por la mente de Colon! Al fin habia cumplido su obra, no obstante todas las dificultades y peligros. El gran misterio del Océano estaba ya revelado: su teoría, que fue un tiempo la mofa de los sabios, quedaba triunfantemente establecida; y habia coronado su frente de tal gloria que no tendria mas fin que el fin del mundo.

Es difícil hasta para la imaginacion concebir los sentimientos de tal hombre en el instante de tan sublime descubrimiento. ¡Qué maravillosa multitud de conjeturas debió llenar su ánimo, respecto á los paises que delante de él estaban cubiertos de tinieblas! Que era fructífero, lo mostraban los vejetales que flotaban en sus orillas. Y creia Colon ademas respirar en los blandos aires la fragancia de aromáticas arboledas. La luz ambulante que habia visto, probaba que era tambien residencia de hombres. Pero ¿quiénes eran sus habitantes? ¿Se parecian acaso á los de las otras partes del globo? ¿O eran tal vez de alguna extraña y monstruosa raza, cual daba la imaginacion en aquellos tiempos á las regiones desconocidas y remotas? ¿Habia llegado á alguna isla salvaje del mar Indio, ó era aquella por ventura la célebre Cipango, objeto de sus auríferas fantasías? Mil especulaciones semejantes debieron haberse multiplicado en su mente, mientras que con la impaciente tripulacion esperaba que se pasase la noche; dudando si la luz matutina le revelaria algun erial casi desierto, ó si resplandecerian sobre arboledas odoríferas, levantados y lucientes faros, doradas ciudades, y todo el esplendor y pompa de la civilizacion oriental.

Desde que se hundió el sol en su ocaso, andarian doce millas cada hora, y hasta dos horas despues de media noche andarian noventa millas, que son veinte y dos leguas y media. Es pues evidente, que si á las dos de la mañana distaba la isla dos leguas, como consta del mismo documento, y habian navegado hasta entonces á razon de doce millas ó tres leguas por hora, á las diez de la noche, hora en que vió la luz el Almirante, se habria hallado á catorce

(1) Algunos historiadores apoyados en la autoridad de Oviedo escritor apasionado y que no pierde ocasion alguna de mancillar la gloria de Colon, pretenden que este capituló con su insurrecta tripulacion prometiéndoles desistir de su empresa si en el término de tres dias no descubria tierra; mas este aserto carece de fundamento si atendemos á que no se encuentra en el relato que de su expedicion hacen Pedro Martir, el cura de Palacios, y su hijo Fernando, el menor vestigio de tal opinion, los cuales no hubieran omitido accidente de tanto bulto, y que tanto honraba á Colon, por la prueba clara é irrecusable que nos presentaria de los infinitos obstáculos que se vió precisado á superar.

leguas de la isla. Dice Colon en el mismo diario, hablando de Guanahani: esta isla es muy llana y sin ninguna montaña.

LIBRO IV.

CAPITULO PRIMERO.

PRIMER DESEMBARCO DE COLON EN EL NUEVO-MUNDO. (1492.)

Contempló por vez primera Colon el Nuevo-Mundo el viernes 12 de octubre de 1492. Al rayar la aurora empezó á aparecérsele una bella y llana isla de algunas leguas de circuito, muy verde, muy lozana, cubierta de árboles cual si fuera dilatada floresta. Aunque todos los objetos parecian existir aun en la lujosa libertad de la inculta naturaleza, estaba la isla poblada, y se veian salir los habitantes de los bosques, y correr hácia la orilla á donde se paraban absortos contemplando los bajeles. Todos estaban perfectamente desnudos, y sus actitudes y gestos indicaban la mas profunda maravilla. Colon mandó echar anclas y armar los botes. Entró en el suyo ricamente vestido de escarlata, y con el estandarte real en la mano; mientras Martin Alonso Pinzon, y Vicente Yañez, su hermano, ocuparon los otros, ambos llevando banderas de la empresa con una cruz verde por blason, y las letras F. é I., iniciales de los monarcas de Castilla, Fernando é Isabel con sus coronas encima.

Grande fue su alegría cuando vieron las extensas florestas que embellecian sus playas, vista que les hizo redoblar sus esfuerzos para llegar á aquella orilla de la cual tan corto espacio los separaba ya. Estaban los árboles de la costa cargados de frutos de tentador matiz, pero desconocida especie. La pureza y suavidad de la atmósfera, la diafanidad de las aguas que bañan aquellas islas, les daban inexplicable belleza, y produjeron mucho efecto en el ánimo de Colon, tan susceptible de este género de impresiones. No bien hubo desembarcado, cuando se arrodilló reverentemente, besó la tierra, y dió gracias al Todo-poderoso con lágrimas de alegría. Imitaron los de la comitiva su ejemplo con el corazon rebosando de gratitud y alegría. Colon se levantó despues, desnudó la espada, y tremolando el estandarte real, llamó al rededor suyo á los dos capitanes, á Rodrigo de Escovedo, escribano de la escuadra, á Rodrigo Sanchez y los demás que habian desembarcado, y tomó posesion de la isla en nombre de los monarcas de Castilla, dándole el nombre de san Salvador. Cumplidas las ceremonias y formas necesarias, exigió de los presentes le prestasen el juramento de obediencia, como Almirante y Virey, representante de las personas de los soberanos.

La tripulacion dió entonces libre, ruidosa y extravagante muestra de su alegría. Los que no ha mucho temian caminar hácia su tumba, se consideraban ya como favoritos de la fortuna, y se entregaban al mas ilimitado gozo. Su excesivo celo no les permitia separarse del Almirante. Unos le abrazaban; otros le besaban las manos. Aquellos que mas turbulentos é indóciles habian sido durante el viaje, eran entonces los mas asiduos y entusiastas. Algunos le pedian favores, como á un hombre que ya tenia riquezas y honores que distribuir. Ciertos entes viles que le habian antes ultrajado con su insolencia, se arrastraban entonces á sus piés, pidiéndole perdon por todos los agravios que le habian hecho, y ofreciéndole para en adelante la mas ciega obediencia. Los naturales de la isla, cuando habian visto aparecer los bajeles con la aurora, rodeando á vela tendida sus costas, los habian supuesto grandes monstros que habian surgido de las aguas durante la noche. Acudieron á la playa, y observaban sus movimientos con temerosas dudas. Su virar sin esfuerzo alguno visible, el desplegar y recoger las velas, parecidas á desmesuradas alas, los tenia llenos de sorpresa. Pero cuando vieron venir los botes hácia la orilla, y tantos seres extraños, vestidos de reluciente acero, ó de ropas de diversos colores, saltar intrépidamente en tierra, huyeron despavoridos á sus bosques. Viendo empero, que ni los seguian ni molestaban, desecharon gradualmente su terror, y se acercaron á los españoles con grandísima reverencia, postrándose frecuentemente, y haciendo señales de adoracion. Mientras duraron las ceremonias oficiales de Colon, se mantuvieron admirando con timidez y asombro el color, las barbas, las resplandecientes armas y las espléndidas ropas de los españoles. El Almirante llamó particular atencion por lo elevado de su estatura, por su aire de autoridad, su vestido de escarlata, y la deferencia con que le miraban sus compañeros, todo lo cual daba á entender que era él el comandante. Despues de haberse disipado todavia mas su miedo, se aproximaron á los españoles, les tocaron las barbas, y examinaron las manos y rostros admirando su blancura. Contento Colon con su sencillez, su mansedumbre, y la confianza que ponian en seres que debieron haberles parecido tan extraños y formidables, sufrió aquel escrutino con la mayor condescendencia. Los admirados salvajes no fueron insensibles á esta benignidad. Suponian ó que los bajeles habrian salido del firmamento de cristal que cerraba su horizonte, ó que habrian bajado de arriba con sus dilatadas alas, y que los maravillosos seres que venian en ellos serian habitantes de los cielos.

No eran objeto de menor curiosidad para los españoles los habitantes de las islas, por diferenciarse tanto de todas las otras razas de los hombres. Su apariencia no prometia ni civilizacion ni riqueza; porque iban enteramente en cueros y pintados de varios colores. Algunos teñíanse solo parte de la cara, la nariz ó los párpados; otros extendian este ornato por todo el cuerpo, adquiriendo con él un aspecto fantástico y salvaje. Su cutis era tostado, de color de cobre, y estaban enteramente destituidos de barbas. No tenian los cabellos crespos como las recien descubiertas tribus de la costa africana en la misma latitud; sino lisos y ordinarios, cortados en parte por cima de las orejas, pero dejando algunas mechas detrás, que les caian por los hombros y espaldas. Las facciones, aunque oscurecidas y desfiguradas por la pintura eran agradables; con elevadas frentes y hermosísimos ojos. La estatura mediana y bien formada; los mas de ellos parecian de menos de treinta años, y solo habia una hembra muy jóven, en cueros como los hombres, y de bellísimas formas.

Suponiendo Colon que habia desembarcado en una isla de la extremidad de la India, nombraba á los naturales con la denominacion general de indianos, universalmente adoptada antes de conocerse la verdadera naturaleza del descubrimiento; habiéndose extendido despues á todos los indígenas del Nuevo-Mundo.

Pronto descubrieron los españoles que eran aquellos isleños de disposicion suave y amigable, y sencillos é inocentes por extremo. No tenian mas armas que ciertos bastones que usaban como lanzas, endureciendo al fuego una de las puntas, ó poniéndosela de pedernal, ó de espinas de pescado. Desconocian completamente el hierro y sus bárbaras aplicaciones; porque habiéndoles presentado una espada desnuda, la empuñaron incautamente por la hoja.

Distribuyó Colon entre ellos, gorros de colores, cuentas de vidrio, cascabeles y otras bagatelas, como las que solian cambiar los portugueses por el oro de la costa africana. Recibian estos dones como joyas

inestimables, poniéndose las cuentas en el cuello, gozándose con admiracion en su propia elegancia, y absortos de placer con el sonido de los cascabeles. Permanecieron los españoles todo el dia en la costa, descansando de su penoso y dilatado viaje en las ricas arboledas de que estaba cubierta y no volvieron hasta por la noche á bordo, sumamente satisfechos de todo lo que habian visto.

Al despuntar el siguiente dia, ya estaba la playa llena de indios, que desvanecido completamente el miedo á los que creyeron de antemano mónstruos del mar, venian nadando á los bajeles; montaban otros ligeros barquichuelos, que ellos llamaban canoas, formadas de un solo árbol, y capaces de llevar desde un hombre hasta cuarenta ó cincuenta. Las manejaban diestramente por medio de canaletes; y si se volcaban, nadaban al rededor con perfecta seguridad como si estuviesen en su natural elemento: restablecian las canoas sin dificultad, y las vaciaban con calabazas.

Mostraban ardientes deseos de adquirir regalos de los blancos, no tanto, segun parecia, porque tuviesen alta idea de su valor intrínseco, sino porque todo lo que venia de los extranjeros, poseia á sus ojos una virtud sobrenatural, creyendo que como ellos provenia del cielo. Hasta recogieron los fragmentos de vidro que encontraban por el suelo, como preseas de gran valor. Pocos objetos podian dar en cambio, si se exceptuan loros que muchos habian domesticado, y algodon que tambien poseian en abundancia; y cambiaban grandes ovillos de veinte y cinco libras de peso, por el mas insignificante juguete. Tambien trajeron tortas de una especie de pan llamado cazabe, que constituia la parte principal de su alimento, y fue despues importante articulo de provision para los españoles. Estaba hecho de una grande raiz, llamada yuca, que cultivaban en sus campos. Se cortaba esta en pequeños pedazos, se raspaba y prensaba, haciendo de ella una torta extendida y muy delgada, que se endurecia despues de seca, duraba mucho tiempo, y era menester mojarla en agua para comerla. Era insípida, pero nutritiva; y el agua que la prensa le hacia destilar, un mortífero veneno. Habia otra especie de yuca sin esta cualidad ponzoñosa, que se comia cruda, cocida ó asada.

No tardó en despertarse la codicia de los descubridores con la vista de algunos pequeños ornamentos de oro que llevaban los indios en las narices: los cuales cambiaban ellos alegremente por cuentas de vidrio y cascabeles; y ambos contratantes se vanagloriaban del ajuste, cada uno sorprendido de la simplicidad del otro. Mas como el oro era el objeto de monopolio régio en todas las empresas de descubrimiento, prohibió Colon traficar en él sin su sancion expresa; extendiendo la prohibicion al tráfico de algodones, que quiso tambien reservar para la corona, siempre que se tratase de cantidades considerables.

Interrogaron á los indios sobre el punto donde se hallaba el oro. Respondieron por señas indicando el Sur; y aun se supuso que decian que hácia allí moraba un rey de gran opulencia, y tan rico, que le servian en vajilla de oro labrado. Tambien les pareció entender habia tierra hácia el Sur, Sud-oeste y Nordeste; y que la gente del último punto viajaba con frecuencia al Sud-oeste en busca de oro y piedras preciosas; y de camino venian sobre las islas y se llevaban á sus habitantes. Algunos indios enseñaron cicatrices de heridas recibidas en batallas contra los invasores. Es evidente que la mayor parte de esta imaginada inteligencia fue una mera figuracion de los deseos y esperanzas del Almirante; porque estaba sometido á un encanto de la mente, que revestia con el ropage de sus ilusiones cuantos objetos se presentaban ante su vista. Se persuadió de que habia llegado á las islas descritas por Marco Polo, como opuestas al Cathay en la mar china, é interpretaba las indicaciones de los indios con arreglo á la supuesta opulencia de aquellos paises. Así los enemigos del Nor-oeste de que hablaban los indios, él pensaba que debian de ser las gentes del continente de Asia, los súbditos del gran Khan de Tartaria, á quien el viajero veneciano pintaba acostumbrados á guerrear por las islas, y á esclavizar á sus habitantes. El pais del Sur, tan abundante en preciosidades, no podia ser otro que la famosa isla de Cipango; y el rey á quien servian en vasos de oro, debia ser aquel monarca cuya suntuosa ciudad y espléndido palacio cubierto con láminas del mismo metal, habia Marco Polo celebrado en tan magníficos términos.

Esta isla en la cual por vez primera ondeó el pabellon europeo, se llamaba por los naturales de ella Guanahani. Todavía conserva el nombre de san Salvador que le dió el Almirante, aunque los ingleses le llaman Cat-Island, ó isla del Gato. La luz que habia visto la noche antes del desembarco, pudo haber estado en la isla de Watlintg, situada algunas leguas mas hácia el Oriente. San Salvador es una de las Lucayas, ó islas de Bahamá, que se extienden al Sud-oeste y Nor-oeste, desde la costa de Florida á la Española, cubriendo el Norte de la costa de Cuba.

Al amanecer del dia 14 de octubre saltó el Almirante con los botes de los buques á reconocer la isla, dirigiéndose al Nor-oeste. La costa estaba rodeada de una banda de rocas, dentro de la cual habia fondo y amplitud bastante para recibir todos los bajeles de la cristiandad. La entrada era muy estrecha; se hallaron dentro algunos bancos de arena, pero el agua tan sosegada como en una laguna.

Estaba la isla muy poblada de árboles; tenia muchas corrientes de agua, y un grande lago en el centro. Pasaron con sus botes por dos ó tres lugares, cuyos habitantes de ambos sexos acudieron presurosos á las orillas, postrándose por tierra y levantando los ojos y manos, ó bien para dar gracias al cielo, ó bien en adoracion de los españoles como seres sobrenaturales. Corrian paralelamente á los botes, llamando á los españoles, convidándolos por señas á desembarcar, y ofreciéndoles frutas y agua. Pero viendo que continuaban los botes su camino, muchos indios se arrojaron al agua, nadando detrás de ellos, y otros siguiendolos en canoas. El Almirante los recibia á todos benigna y halagüeñamente, dándoles cuentas de vidrio y otras bagatelas que tomaban ellos con éxtasis de alegria, como dones celestiales, porque era idea invariable de los salvajes que los blancos habian bajado del cielo.

Continuaron así su curso hasta llegar á una pequeña peninsula que podia separarse en dos ó tres dias de la isla, dejándola rodeada de agua, y que consideró Colon por lo tanto excelente situacion para una fortaleza. En ella habia seis chozas indianas, rodeadas de arboledas y jardines tan hermosos como los de las llanuras de Castilla. Estando los marineros cansados de remar, y no pareciéndole al Almirante la isla de suficiente importancia para colonizarla, volvió á sus buques, tomando en él siete indios para que aprendiesen el español, y le sirvieran de intérpretes.

Proveyéronse de leña y agua, y dejaron la isla de san Salvador aquella misma noche: con tal impaciencia deseaba el Almirante continuar sus descubrimientos, tan satisfactoriamente comenzados, y sobre todo llegar á las opulentas regiones del Sur, donde creia encontrar la famosa isla de Cipango.

CAPITULO II.

CRUCERO POR ENTRE LAS ISLAS DE BAHAMA.

(1492).

Dudaba Colon, al dejar á san Salvador, el rumbo que tomaria. Infinitas islas á cual mas bellas, ver-

des, fértiles y llanas, le convidaban en varias direcciones. Los indios á bordo de su buque le decian por señas que eran innumerables, bien pobladas y en pugna continuamente unas con otras. Nombraron mas de ciento de ellas. Colon supuso inmediatamente que habia llegado al archipiélago descrito por Marco Polo, como extendido por la costa de Asia, y compuesto de siete mil cuatrocientas cincuenta y ocho islas, abundantes en especias y árboles odoríferos.

Contentísimo con tal idea, eligió la mayor que divisaba como objeto de su próxima visita, la cual distaria unas cinco leguas, y era, segun los indios, mas rica que la de san Salvador, pues que sus habitantes llevaban brazaletes y otros adornos de oro macizo.

Al acercarse la noche, mandó Colon que se quedaran los buques á la capa, por ser la navegacion difícil y peligrosa entre aquel grupo de islas desconocidas, y seria harto imprudente el acercarse en la oscuridad á una cosa extraña. Por la mañana soltaron de nuevo las velas; pero impidieron su progreso algunas corrientes contrarias, y no pudieron anclar en la isla hasta puesto el sol. A la otra mañana (la del 16) saltaron á tierra, y tomó Colon solemne posesion de ella, llamandola santa Maria de la Concepcion. La misma escena ocurrió con sus habitantes, que con los de san Salvador. Manifestaron la misma sorpresa y asombro, la misma sencillez y gentileza; la misma desnudez y falta de bienes. En vano buscaba Colon con la vista los brazaletes de oro y otros artículos preciosos: todo habia sido ó ficcion de los guias indios, ó mala interpretacion suya.

No encontrando nada en esta isla, que le convidase á detenerse, volvió á bordo, y se preparó para navegar á otra de mucha mayor extension que se veia hácia el Occidente. Uno de los indios de san Salvador, que estaba á bordo de la Niña, viéndose llevar tan lejos de su tierra por aquellos extranjeros, se arrojó al mar, y se refugió nadando á una canoa llena de indios. El bote de la carabela salió en su persecucion; pero los indios resbalaban por la superficie del mar en su ligero batel tan mañosos y veloces, que no pudieron ser alcanzados; y saltando en tierra huyeron como corzos á los bosques. Los marineros tomaron por presa la canoa, y se volvieron á bordo. Poco despues vino otra canoa chica de otra parte de la isla, con un solo indiano á bordo que traia algodon que cambiar por cascabeles. Como se paró al lado de uno de los buques, temiendo entrar en él, varios marineros se arrojaron al mar, y le prendieron.

El designio de Colon era el sembrar la confianza entre los indios y quiso contrarestar el efecto que la caza de los fugitivos, ó el guia indio que se habia escapado, hubiesen podido sembrar en la isla; creyendo de la mayor importancia conciliar la benevolencia de aquellos naturales en beneficio de los futuros viajeros. Habiendo visto desde su castillo de popa todo lo que pasaba, mandó que le tragesen el cautivo: el pobre indio llegó temblando de miedo, y ofreció su algodon humildemente como grato donativo.

Le recibió el Almirante con la mayor benignidad, y sin admitir su ofrenda, le puso en la cabeza un gorro colorado, le ciñó los brazos con algunas sartas de cuentas verdes, le suspendió muchos cascabeles en las orejas, y mandando que él y su algodon se acomodasen de nuevo en la canoa, le despidió sorprendido y regocijadísimo. Dispuso tambien que la otra canoa que se habia cogido, y que estaba atada á la Niña, se dejase suelta para que la tomasen sus dueños. Cuando llegó el indio á la orilla, vió Colon á sus compatriotas agolpándosele en derredor, examinar con admiracion sus brillantes ornatos, y escuchar la narrativa del generoso recibimiento que habia experimentado.

Tales eran las sabias y suaves medidas que Colon tomaba para dejar entre los indios una opinion favorable de los blancos.

El benévolo y afable trato que Colon y sus subordinados dispensaron al pobre indio, surtió el efecto deseado. Vinieron los naturales por la noche en sus canoas, deseosos de ver aquellos benignos y admirables extranjeros. Rodearon los bajeles, trayendo cuanto su isla producia; frutas, raices y el agua cristalina de sus manantiales. Colon les distribuyó ligeros regalos, dando á los que subieron á bordo miel y azucar.

Descubrimiento de tierra

Desembarcó en la isla por la mañana, poniéndole el nombre de Fernandina, en honor del rey. Ahora se llama Exuma.

Sus habitantes eran parecidos en todo á los de las islas anteriores excepto que mostraban ser mas celosos para el trabajo y mas intiligentes. Algunas mujeres llevaban escasos cubridores ó delantales de algodon, y otros mantos de lo mismo; pero la pluralidad estaba enteramente en cueros. Sus moradas eran sencillas, en forma de pabellones ó tiendas redondas de campaña, construidas con ramos de árboles, cañas y hojas de palma limpias y cómodas, y protegidas por los extendidos brazos de hermosos árboles. Sus lechos redes de algodon colgadas por ambos extremos: ellos les llamaban *hamacas*, nombre que se ha adoptado universalmente por los marineros.

Al circunnavegar la isla, encontró Colon á dos leguas del cabo del Sur-oeste un extenso puerto, capaz de contener cien bajeles, con dos entradas formadas por una isleta que le servia como de puerta. Descansó en ella Colon mientras desembarcaron los marineros á llenar de agua sus toneles, recreando su ánimo á la sombra de las arboledas, que dice eran las mas deliciosas que jamás habia visto. Estaba en el campo tan

fresco y verde, como suele por mayo en Andalucía; los árboles, los frutos, las yerbas, la flores, hasta las mismas piedras, eran en general tan diferentes de las de España, como el dia de la noche. Los habitantes dieron las mismas pruebas que los otros isleños de serles totalmente nueva la vista de hombres civilizados. Miraban á los españoles con terror y admiracion, y se acercaban á ellos con ofrendas propiciatorias de cuanto su pobreza, ó mas bien su vida natural y sencilla les proporcionaba; los frutos de sus campos y selvas, el algodon, que era el artículo de mayor valor que tenian, y sus loros domesticados. Cuando los españoles desembarcaron por agua, los llevaron á los mas frescos manantiales, á las mas dulces y cristianas fuentes, llenándoles los toneles, rodándolos á los botes, y esforzándose por todos los medios imaginables en agasajar á sus celestiales huéspedes.

En alto grado maravilloso era para un poeta este maravilloso cuadro del estado primitivo, pero no era la poesía el móvil que guiaba á los expedicionarios, siendo por el contrario un continuo manantial de pesar el ver desvanecidos los sueños que formara su codicia sobre las escasas muestras de oro que habian visto, y las repetidas noticias de auríferas islas que recibian sin cesar de los indios.



Primer desembarco de Colon en el Nuevo-Mundo.

El cuadro que á sus atónitos ojos se desplegaba presentando tan vivo contraste con la sociedad donde por tan largos años de su vida vivieron rodeados de continuos sinsabores y encarnizada, hechos de intereses, hacia renacer en su alma pensamientos dulces y tiernos que habian desaparecido de su pecho cuando rasgóse el velo de su inocencia.

Dejando la Fernandina en 19 de octubre, tomaron el rumbo del Sud-este en busca de una isla llamada Saometo, adonde entendió Colon, por los signos de los guias, que se encontraba una mina de oro, y un rey morador de cierta opulenta ciudad, posesor de grandes tesoros, y que se adornaba con ricas telas y joyas de oro, como soberano de todas las islas del rededor. Encontraron sí la isla, pero no la mina ni el monarca; ó bien entenderia mal Colon á los indios, ó ellos, midiéndolo todo por su propia pobreza, habrian exagerado el miserable señorío y triviales adornos de algun caudillo salvaje. Colon celebra, empero, la belleza de la isla, á la que dió el nombre

de su real patrona Isabel. Por deliciosas que fuesen las otras que habia visto, ninguna podia compararse con áquella. Como las demás, estaba cubierta de árboles, arbustos y yerbas de desconocida especie, y de la rica vejetacion de los trópicos. El clima tenia la misma suavidad de temperatura; el aire delicado y fragante; la tierra mas alta, y con una hermosa y verde colina; la costa de fina arena lavada por plácidas y transparentes ondas.

Colon estaba absorto contemplando la belleza y paisaje de aquella isla: no sé, decia, adonde ir primero, ni se cansan jamás mis ojos de contemplar esta preciosa verdura. Al Sud-oeste de la isla encontró abundantes lagos de agua dulce, coronados de árboles, y rodeados de feraces praderías. Mandó que se llenasen en ellos todos los toneles de los buques. «Aquí en unas grandes lagunas,» dice en su diario »y sobre ellas y á la rueda es el arbolado en maravilla, »y aquí y en toda la isla son todos verdes, y las yer»bas como en el abril en el Andalucía; y el cantar de »los pajaritos, que parece que el hombre nunca so »queria partir de aqui, y las manadas de los papaga»yos, que oscurecen el sol; y aves y pajaritos de tan»tas maneras y tan diversas de las nuestras, que es »maravilla; y despues ha árboles de mil maneras, y »todos de su manera fruto, y todos huelen que es »maravilla, que yo estoy el mas penado del mundo, »de los no cognoscer, porque soy bien cierto, que »todos son cosas de valia, y de ellos traigo la de »muestra, y así mismo de las yerbas.» Empeñado Colon en descubrir las drogas y especias de Oriente, al acercarse á esta isla imaginó que sentia en el aire de ella los olores que exhalan las del mar Indio. «Al lle»gar á este cabo,» dice, «vino el olor tan bueno y »suave de flores ó árboles de la tierra, que era la cosa »mas dulce del mundo. Creo que ha en ellas muchas »yerbas y muchos árboles, que valen mucho en Es»paña para tinturas y para medicinas de especería, »mas yo no los conozco, de que llevo gran pena.»

Los peces abundaban en aquellos mares, y participaban de la novedad característica á todos los objetos del Nuevo-Mundo. Rivalizaban con los pájaros en la brillantez de sus colores, y reflejaban las escamas de algunos los rayos de luz, como lo hacen las piedras preciosas; al jugar por junto á los barcos, lanzaban vislumbres de oro y plata al través de las claras olas; y los delfines, arrancados de su elemento, deleitaban la vista con los cambios de colores que asigna la fábula á los camaleones. No habia en estas islas otros animales que lagartos, perros mudos, cierta especie de conejos, llamados utia por los indios, y guanacos. El último le miraban los españoles con horror y asco, suponiendo que fuese alguna fiera y nociva serpiente; pero luego conocieron su mansedumbre y supieron que la estimaban como un manjar esquisito los indios. Por muchos dias se mantuvo Colon cerca de esta isla, buscando en vano su imaginario monarca, ó los medios de entablar relaciones con él, hasta que al fin trabajosamente se convenció de su error. Pero no bien se habia desvanecido esta ilusion, cuando ocupó otra su lugar. En respuesta á las continuas preguntas de los españoles respecto á las fuentes de donde sacaban el oro, habian los indios unánimemente señalado al Sur. Colon empezó á reunir noticias de una isla que estaba en aquella direccion, llamada Cuba; pero cuanto podia colegir acerca de ella por los signos de los indígenas, lo doraba y engrandecia él en su propia imaginacion. Entendió que era muy extensa, que abundaba en oro, perlas y especias, que sostenia grande comercio de estos preciosos artículos, y que muchos buques mayores venian á traficar con sus habitantes.

Recogidos estos datos, los correlacionó con las explicaciones de Marco Polo sobre les costas de Asia, y dedujo de tal cotejo que la isla en cuestion era la de Cipango, y los buques los del gran Khan, que comerciaban por aquellos mares. Formó su plan con arreglo á estas suposiciones, resolviendo darse inmediatamente á la vela en busca de aquella célebre isla, examinar sus puertos, ciudades y productos, y establecer desde luego sus relaciones mercantiles. Despues pensaba buscar otra llamada Bohio, de que los naturales hacian tambien maravillosas pinturas. Su morada en aquellas islas dependeria de las cantidades de oro, especias, piedras preciosas y otros objetos de tráfico oriental que encontrase. Despues pasando al continente indio, que deberia estar á unos diez dias de navegacion, buscaria la ciudad de Quinsay, que, segun Marco Polo, era una de las mas suntuosas capitales del mundo: entregaria en ella en persona las cartas de los soberanos de Castilla al gran Khan, y cuando recibiera su respuesta, volveria triunfante á España con este documento, probando que habia acabado el grande objeto de su viaje. Tales eran los espléndidos proyectos con que alimentaba Colon su fantasia, al dejar las Bahamas y salir para la isla de Cuba.

CAPITULO III.

DESCUBRIMIENTO Y COSTEO DE CUBA.
(1492).

Dilataron por muchos dias la partida de Colon continuas calmas y vientos contrarios acompañados de copiosos aguaceros. Era la estacion de las lluvias otoñales, que en los climas tórridos suceden á los calores del verano, desde la menguante de la luna de agosto hasta el mes de noviembre.

Al fin, se dió á la vela el 24 de octubre á media noche; pero no pudo alejarse de la isla Isabela, por haber tenido calma hasta el dia siguiente, cuando á cosa de las doce se levantó un viento suave que empezó á soplar, como él dice, amorosisimamente. Se extendieron todas las velas, tomando el rumbo del Oes-sudoeste, direccion en que decian los indios que estaban las tierras de Cuba. Despues de tres dias de navegacion, durante los cuales tocaron á un grupo de siete ú ocho islas pequeñas, que él llamó islas de Arena, ahora las Mucaras, y habiendo atravesado el banco y canal de Bahamá, llegó el 28 de octubre por la mañana á la vista de Cuba. La parte que descubrió primero, se supone que sea la costa occidental de Nuevitas del Principe.

Al arribar á esta isla quedó sorprendido de su magnitud, de la grandiosidad de sus contornos, de sus encumbradas montañas que le recordaban las de Sicilia, de la feracidad de sus valles y dilatadas llanuras bañadas por caudalosos rios, y coronadas de suntuosas y altas florestas, y de sus audaces promontorios y extendidos cabos que se desvanecian á la vista en remotísimas distancias escondiendo sus cúspides en el azul del horizonte. Ancló en un hermoso rio, libre de rocas y bancos, de transparentes aguas y márgenes vestidas de árboles. Y desembarcando, y tomando posesion de la isla, le dió el nombre de Juana, en honor del príncipe D. Juan, y al rio el de san Salvador.

A la llegada de los buques salieron dos canoas con indios de la costa; mas al ver que se acercaban los botes á sondear el rio para buscar surgidero, huyeron amedrentados. Al Almirante abandonó dos chozas abandonadas por sus dueños. Contenian pocos efectos, algunas redes hechas de fibras de palma, anzuelos y harpones de hueso, y otros instrumentos de pesca, y un perro de los que habia visto en las otras islas, que nunca ladran. Mandó que á nada se tocase, contentándose con observar los medios y modo de vivir de los habitantes.

Volviendo á su bote, siguió navegando rio arriba, cada vez mas gozoso al contemplar la hermosura de aquel país. Las florestas que cubrian ambas orillas, eran de altos árboles de dilatadas y anchas copas; mu-

chos cargados de frutos, otros de flores, y aun algunos de flores y frutos mezclados, como si tuviese la tierra un circulo perpétuo de fertilidad: entre ellos habia palmas, pero diferentes de las de España y Africa: con sus grandes hojas formaban los indios los techos de sus chozas.

Los exagerados elogios que prodigó Colon á la belleza del paisaje, los justifica el maravilloso cuadro que se desplegaba ante su vista. Es inexplicable el esplendor, variedad y pomposa vejetacion de aquellos ardientes y vivificadores climas. El verdor de las arboledas y los matices de las plantas y las flores forman una beldad que no puede encarecerse; añádase la pura transparencia del aire y la profunda calma de los azules cielos, las florestas tambien llenas de vida, atravesándolas de continuo bandadas de pájaros de brillante plumaje, la inmensa variedad de loros y picamaderos que bullen por la selva, las numerosas avecillas que vagan de una flor á otra parecen por su vivo lustre, como alguno ha dicho, partículas finas del arco Iris y los flamencos, ó fenicópteros escarlatas, que suelen verse tambien por las aberturas de la floresta en algun distante llano, formados en escuadron como los guerreros, con una escucha alerta para dar noticia del cercano peligro, y podrá concebirse toda la belleza de aquel cuadro. Ni es la seccion menos bella de la naturaleza animada la que encierra tantas tribus de insectos que pueblan todas las plantas, haciendo alarde de sus brillantes cotas de malla que resplandecen como joyas preciosas.

Sublime y grandioso es el esplendor de la creacion animal y vejetal en aquellos climas, en donde un sol ardiente comunica su propio lustre á todos los objetos, y vivifica la naturaleza y la llena de exuberante fecundidad. Las aves no se distinguen en general por su melodía, habiéndose observado que rara vez se junta en ellas la dulzura del canto con la brillantez del plumaje. Colon observó, empero, que las de varias especies cantaban melodiosamente entre los árboles, y con frecuencia se engañaba creyendo que oía la voz del ruiseñor, pájaro desconocido en aquellas regiones. Estaba Colon, en efecto, dispuesto á verlo todo á través de un propicio y favorable medio. Su corazon rebosaba en la plenitud del júbilo de haber alcanzado sus esperanzas, y el duro pero glorioso premio de sus trabajos y peligros. Todo lo contemplaba con el amoroso ojo del descubridor, mezclando la admiracion con el triunfo; y es difícil concebir los éxtasis de su ánimo, mientras exploraba y admiraba las gracias de un mundo virginal, ganado por su genio y por lo grande y atrevido de sus empresas.

De sus repetidas observaciones acerca de la belleza del pais y del placer que evidentemente le causaban los sonidos y objetos rurales, se infiere que fue en extremo susceptible á aquellas deliciosas influencias que ejercen en algunas imaginaciones las gracias y prodigios de la naturaleza. Expresa estos sentimientos con caracteristico entusiasmo, y al mismo tiempo con infantil sencillez y diccion. Cuando habla de algun bello paraje de las arboledas ó floreciente costa de aquella hermoso isla, dice, *que podria vivir eternamente en ella*. Cuba gravó en su mente las imágenes del Eliseo. «Es la mas hermosa isla, añade, »que jamás vieron los ojos humanos, llena de exce»lentes puertos y profundos rios.» El clima mas templado que en las otras islas; las noches ni frias ni calorosas, y los pájaros y las cigarras cantaban toda ella. En efecto, es inexplicable la belleza de las noches de los trópicos, en la profundidad de su cielo azul y diáfano, en la pureza y despejo de las estrellas, y en la luz resplandeciente de la luna, bañando el rico paisaje y odoríferas arboledas, mas encantadoras que el mismo esplendor del dia.

En el olor de los bosques y de las flores de que venia cargada la brisa, imaginaba Colon reconocer la fragancia de las especies orientales, y encontró por las playas conchas de las ostras que producen perlas. Por la yerba que crecia hasta la misma orilla del agua, conoció la mansedumbre del Océano, que baña aquellas islas, sin azotar jamás sus costas con embravecidas ondas. Desde su llegada á las Antillas no habia experimentado mas que suave y bonancible tiempo, de donde concluia que reinaba perpétua serenidad en aquellos felices mares. Lejos estaba de sospechar que las combaten á veces furiosísimas tempestades. Charlevoix observa por experiencia propia, que «es la mar de aquellas islas mas pacífica en »general que las nuestras; pero como el furor de »las gentes que se excitan con dificultad, y cuyos »accesos de cólera son tan violentos como raros, asi »es terrible aquella mar cuando llega á irritarse. »Rompe todos los diques, inunda los campos, arre»bata lo que se le opone, y deja detrás temerosas re»liquias y asolacion, por donde quiera que llevó sus »huellas. Despues de estas tormentas, conocidas con »el nombre de huracanes, es cuando se encuentran »las playas cubiertas de conchas marinas, muy su»periores en lustre y belleza á las de las mares euro»peas.» Es un hecho singular, empero, que los huracanes, que casi anualmente desvastan las Bahamas y otras islas inmediatas á la Cuba, rara vez han extendido su funesta influencia á esta tierra favorecida. Podria decirse que es tal su belleza, que hasta los elementos deponen ante ella sus furores, gozándose en contemplarla.

En una especie de tumulto de la imaginacion, encuentra Colon á cada paso corroboraciones de las noticias que ha recibido, ó cree haber recibido de los indios. Tenia pruebas concluyentes en su sentir de que poseia Cuba minas de oro, y arboledas de especias, y de que las aguas cristalinas de sus costas abundaban en perlas. No dudaba estar en la isla de Cipango; y alzando velas, comenzó á costearla hácia el Occidente, en cuya direccion, segun los signos de sus intérpretes, estaba la magnífica ciudad del rey. En el discurso del viaje solia desembarcar, y visitó varios lugares; particularmente uno en las márgenes de un ancho rio, al cual puso rio de Mares. Las casas le parecieron muy ingeniosamente construidas de brazos de palmas en la forma de pabellones; no formaban calles, sino que estaban diseminadas entre los bosques, y bajo la sombra de árboles de frondosa copa, cual suelen las tiendas de un campo militar: así se usan aun en muchas colonias españolas, y en el interior de Cuba. Los habitantes huian á las montañas, ó se ocultaban en los bosques. Colon observó cuidadosamente la arquitectura y muebles de sus moradas. Las casas estaban en extremo limpias, y mejor edificadas que todas las que hasta entonces habia visto. Encontró en ellas rudas estátuas y máscaras de madera entalladas con arte admirable. Todas estas eran indicaciones de mas arte y civilizacion que habia observado en las otras islas, y suponia que iria en progresion ascendente, á medida que se acercaba á tierra firme. Viendo por todas las casas instrumentos de pesca, concluyó que aquella costa estaba habitada solo por pescadores que llevaban su mercancia á las ciudades del interior. Tambien creyó haber encontrado el cráneo de una vaca, lo que probaba que habia ganados en la isla; aunque serian probablemente huesos del manatí ó foca de aquella costa.

Despues de navegar por algun tiempo al Nor-oeste, avistó Colon un grande cabo, al cual por las arboledas de que estaba cubierto, llamó cabo de las Palmas: este cabo forma la entrada oriental de lo que se llama hoy laguna de Moron. Aqui tres indios naturales de la isla de Guanahani, que estaban á bordo de la Pinta, le dijeron á su comandante Martin Alonso Pinzon, que detrás de aquel cabo habia un rio, desde el cual solo quedaban cuatro dias de camino para lle-

gar á Cubanacan, paraje abundante en oro. Por esta palabra querian significar una provincia situada en el centro de Cuba; pues *nacan* quiere decir en su lengua el medio. Pero Pinzon habia estudiado cuidadosamente el mapa de Toscanelli, y recibido de Colon todas sus ideas respecto á la costa del Asia. Concluyó de aquí que hablaban los indios de Cublay Khan, el soberano tártaro, y de ciertas regiones de sus dominios, descritas por Marco Polo. Creia haberles entendido, que no era Cuba una isla, sino tierra firme, extendiéndose dilatadísimamente hácia el Norte, y que el rey que regia por aquellas cercanías, estaba en guerra con el gran Khan.

Inmediatamente comunicó á Colon este tejido de errores y equivocaciones, destruyendo la ilusion de la isla de Cipango, que tanto habia deleitado al Almirante, quien no tardó empero, con sustituirle otra no menos lisonjera. Pensó que habia llegado al continente de Asia, ó como él decia, de India; en cuyo caso no podia estar muy lejos de Mangui y Cathay, último objeto de su viaje. El príncipe en cuestion, que gobernaba los paises circunvecinos, debia ser por consiguiente algun potentado oriental: así resolvió buscar el rio mas allá del cabo de las Palmas, y enviar un regalo al monarca, con una de las cartas de recomendacion de los soberanos de Castilla; y despues de visitar sus dominios, continuar hasta la capital del Cathay, residencia del gran Khan.

Mas cuantas diligencias se hicieron para encontrar aquel rio fueron inútiles. Quedaban siempre nuevos cabos que doblar; no habia surgidero; se levantó viento contrario, y amenazando mal tiempo las apariencias del cielo, se volvió á un rio donde habia anclado dos ó tres dias antes, y llamádole rio de los Mares.

El primero de noviembre al romper el dia envió sus botes á la playa á visitar varias casas; pero los habitantes habian huido á los bosques. Colon supuso quo temerian su escuadra, creyéndola una de las expediciones quo enviaba el gran Khan para coger esclavos. Por la tarde volvió á mandar un bote con un intérprete indio á bordo, á quien se dijo que anunciase á la gente las pacíficas y bienhechoras intenciones de los españoles, y que no tenian conexion alguna con el gran Khan. Despues que así lo hubo el indio proclamado desde el bote á los salvajes que estaban en la playa, se arrojó al agua y nadó á la orilla Le recibieron bien los naturales, y logró calmar tan completamente sus temores, que antes del anochecer ya habia mas de diez y seis canoas al rededor de los buques, cargadas de algodon y otros artículos sencillos del tráfico de aquellos isleños. Colon prohibió comerciar en todo, menos en oro, para tentar á los naturales á producir las riquezas verdaderas de su país. No tenian ninguno que ofrecer, y estaban destituidos de todo adorno de metales preciosos, excepto uno que llevaba en la nariz una pieza de plata labrada. Entendió Colon que decia este hombre, que vivia el rey como á cuatro dias de distancia hácia lo interior; que se le habian despachado muchos mensajes con nuevas de la llegada de los extranjeros á la costa; y que en menos de tres dias se esperaban órdenes suyas, y varios comerciantes del interior que vendrian á traficar con los buques. Es de notar cuán ingeniosamente la fantasía de Colon le engañaba á cada paso, y cómo tejia de los mas incoherentes hechos una uniforme tela de falsas conclusiones. Consultaba sin descanso el mapa de Toscanelli, refiriéndose á los cálculos de su viaje, y apropiando á su deseo las mal interpretadas palabras de los indios, imaginaba hallarse á los bordes del Cathay, y como unas cien leguas de la capital del gran Khan. Deseoso de llegar allí cuanto antes deteniéndose lo menos posible en los territorios del príncipe inferior, resolvió no esperar la llegada de mensajeros ni comerciantes, sino despachar enviados que buscasen en su misma residencia al vecino monarca.

Escogió para tal mision á dos españoles, Rodrigo de Jerez y Luis de Torres; el último judío convertido, que sabia hebreo, caldeo y aun árabe; alguna de cuyas lenguas pensaba Colon que deberia entender un príncipe oriental. Fueron con ellos dos guias indios; uno natural de Guanahaní, y otro habitante de una choza de las orillas del mismo rio. Se proveyó á los embajadores de sartas de cuentas y otras bagatelas para sus gastos de camino; dándoles por instruccion, al mismo tiempo, que informasen al rey de cómo iba Colon de parte de los monarcas de Castilla, á llevarle una carta y un regalo que debia entregar personalmente, con el objeto de establecer una comunicacion amigable entre ambas potencias. Tambien llevaban instrucciones para observar escrupulosamente la situacion y distancia de ciertas provincias, puertos y rios, especificados con sus nombres por el Almirante, segun las descripciones que tenia de la costa de Asia. Diéronseles igualmente muestras de especias y drogas, para que investigasen si abundaban en aquel país algunos de tan preciosos artículos. Con estos efectos é instrucciones salieron los embajadores, habiéndoseles concedido seis dias para efectuar su viaje de ida y vuelta. Podrá hoy causar sonrisa esta embajada á un desnudo caudillo salvaje del interior de Cuba, equivocado por un monarca asiático; pero tal era la singular naturaleza de este viaje, serie continua de dorados sueños, y todas las interpretaciones del exagerado volúmen de Marco Polo.

CAPITULO IV.

CONTINUACION DEL COSTEO DE CUBA.

Mandó Colon carenar y reparar los bajeles, mientras se esperaba la vuelta de los emisarios, continuando él mismo en el exámen del país. Subió con sus botes rio arriba, como unas dos leguas, hasta encontrar agua dulce, y desembarcando ascendió á la cima de una colina, desde donde se dominaba bien el interior. Pero le interceptaban la vista muchas entretejidas y elevadas florestas de robusta y lozana vejetacion. Habia entre los árboles algunos que él consideró linaloes, y otros muchos odoríferos que no dudaba Colon poseyesen preciosas cualidades aromáticas. Se notaba entre los viajeros un deseo vehemente de encontrar los preciosos artículos de comercio que crecen en los climas orientales; y sus imaginaciones se engañaban continuamente por sus esperanzas.

Por dos ó tres dias estuvo el Almirante vivamente excitado, oyendo continuos rumores acerca del hallazgo de canelos, ruibarbos y nuez moscada; pero el exámen acreditó que eran falsos. Enseñó á los naturales muestras de estas y otras especies y drogas que habia traido de España, y entendió que le decian hallarse aquellos artículos en abundancia hácia el Sud-oeste. Les hizo ver perlas y oro, y dijeron algunos indios ancianos, que habia un país cuyos naturales llevaban adornos de ellos al rededor del cuello, brazos y tobillos. Repetian mucho la palabra Bohio, que Colon supuso nombre del sitio en cuestion, el cual seria algun rico distrito ó isla. Pero mezclaban muchas extravagancias con sus imperfectas descripciones, pintando lejanas gentes que solo tenian un ojo; otros con cabezas de perro y caníbales, que degollaban los prisioneros y les bebian la sangre.

Es muy posible que todos estos rumores de oro, perlas y especias, fueron formados para agradar al Almirante, y contribuian á mantenerle en la persuasion de que se hallaba entre las costas y opulentas islas del Oriente. Al encender fuego para calentar la brea con que habian de carenarse los buques, hallaron los marineros que despedia la madera quemada un olor fuerte y agradable, y declararon al examinarla, que era almáciga. Abundaba mucho aquella madera en

las florestas vecinas; de modo que se lisongeaba Colon de que cada año podrian juntarse allí mil quintales de esta preciosa goma, y procurar mas abundancia de ella, que pudieran dar Scio y todas las otras islas del Archipiélago. En el discurso de sus escrutinios por el reino vejetal en busca de las preciosidades comerciales, encontró la patata, humilde raiz poco apreciada entonces, aunque adquisicion mas preciosa para el hombre que todas las especias del Oriente.

Volvieron los embajadores el 6 de noviembre, y todos sus compañeros los rodearon para oir nuevas del interior de aquellos paises, y del príncipe á cuya capital habian sido enviados. Despues de penetrar doce leguas, llegaron á un lugar de cincuenta casas edificado como los de la costa, pero algo mayor, pues tendria por lo menos mil habitantes. Fueron recibidos con grande solemnidad, los indios los condujeron á la mejor casa, los pusieron en lo que parecia indicar sillas de estado entalladas en forma de cuadrúpedos, cada una de una sola pieza de madera. Los ofrecieron luego los principales artículos de su alimento, frutas y legumbres. Despues de haber cumplido con las leyes de salvaje cortesía y hospitalidad, se sentaron en tierra al rededor de sus visitantes, para oir lo que tenian estos que decirles.

En vano el israelista Luis de Torres les dirigió la palabra en las diferentes lenguas que poseia, pronto se convenció de que su hebreo, caldeo y árabe, le eran muy poco útiles, y tuvo que ser orador del intérprete de las Lucayas. Hizo una arenga en forma, segun la manera indiana, en que ensalzó el poder, opulencia y liberalidad de los blancos. Cuando hubo acabado, se rodearon mas estrechamente los admirados indios, de aquellos seres á su parecer sobrehumanos. Algunos les tocaban examinando su cutis y vestidos; otros les besaban los piés y manos en señal de adoracion. Al poco tiempo se retiraron los hombres dando lugar á las mujeres, que repitieron las mismas ceremonias. Algunas traian un ligero cubridor de algodon por medio del cuerpo; pero los mas de los habitantes de ambos sexos estaban enteramente en cueros. Parece que habia entre ellos ciertos rangos y órdenes de sociedad, y un gefe con algun poder; mientras reinaba una completa igualdad entre los indios que habian encontrado en las otras islas.

Tales fueron los únicos vestigios que hallaron de la ciudad y córte oriental á donde iban. No habia en ella menor apariencia de oro ni de otros artículos preciosos; y cuando les enseñaron á los indios muestras de canela, pimienta, y varias especias, decian ellos que no las habia por aquella vecindad, sino muy lejos al Sud-este.

Determinaron los enviados pues, el volver á sus buques, con gran pesar de los indios que les hicieron repetidas instancias para que pasasen con ellos algunos dias; pero viéndolos resueltos á marchar, desearon muchos acompañarlos, imaginando que irian á remontarse á los cielos; mas solo quisieron llevar los españoles consigo á uno de los principales indios con su hijo, acompañados por un criado.

A la vuelta de esta expedicion vieron por primera vez el uso de una yerba, que el ingenioso capricho humano ha elevado despues á lujoso artículo de general consumo, á pesar de la oposicion de los sentidos. Iban, pues, muchos indios con tizones encendidos en las manos, y ciertas yerbas secas de que hacian un rollo ó especie de canuto, y encendiéndolo por un lado, se ponian el otro en la boca, y chupaban el humo y le echaban despues al aire. Llamaban á estos rollos tabacos nombre transferido despues á la planta de que estaban hechos. Los españoles, aunque preparados á ver prodigios, no pudieron menos de admirarse de esta extraña distraccion.

Los informes que dieron sobre la belleza y fertilidad de los paises que habian recorrido fueron los mas favorables que pudieran desearse. Habian visto muchas aldeas de cuatro ó cinco casas, bien pobladas y rodeadas de árboles de desconocido, hermoso y sabrosisimo fruto. Al rededor de ellas habia campos de pimientos, patatas, maiz y legumbres. Tambien vieron otros de la planta, cuyas raices dan el pan de cazabe. Estos, con los frutos de sus arboledas, producian el alimento principal de los naturales, cuya comida era frugal y simple por extremo. Vieron además grandes cantidades de algodon; parte acabado de sembrar, parte crecido, y alguno hecho hilaza, ó convertido ya en las redes de que formaban sus hamacas. De este tenian gran provision labrado y por labrar en sus casas. Encontraron tambien aves de raro plumaje, pero de desconocida especie; muchos patos; y algunas perdices pequeñas; y habian oido, como Colon, el canto de un pájaro que creyeron fuese el ruiseñor. Todo cuanto vieron, indicaba un estado primitivo de sociedad; porque aunque bella, estaba la tierra inculta y salvaje. La admiracion con que habian sido vistos, mostraba con evidencia, que no estaban hechos los indios al trato de hombres civilizados; ni habian oido hablar de ninguna ciudad del interior, mejor que la que acababan de visitar. Los informes de los enviados destruyeron muchas espléndidas fantasias de Colon respecto á aquel bárbaro príncipe y su córte. Vagaba empero, el Almirante por encantadas regiones, sobre las cuales ejercia su imaginacion mágica y absoluta influencia. No bien se habia desvanecido una ilusion, cuando otra lo deslumbraba. Durante la ausencia de los emisarios, le habian dicho los indios por señas, que habia un sitio hácia el Oriente, donde por la noche, á la luz de las antorchas, se recogia oro, que despues se hacia barras á martillazos. Al hablar de esta region, usaban de nuevo las palabras Babeque y Bohio, que Colon, como de ordinario, supuso que serian los nombres propios de las islas ó paises. El verdadero sentido de estas palabras se ha explicado con variedad. Se dice que las aplicaban los indios á la costa de tierra-firme, llamada por ellos Caritaba, además, tambien se cree que Bohio significa casa, y lo usaban con frecuencia los indios para dar á entender la mucha poblacion de una isla. De aquí la continua aplicacion de esta voz á la española, llamada tambien Haytí, que quiere decir tierra alta, y alguna vez Quisqueya (el todo), para expresar su mucha extencion.

La torcida interpretacion que á estas y otras palabras se daban, eran causa de los perpétuos errores de Colon. Algunas veces confundia Babeque con Bohio, como si fueran una misma isla; otras, creia que deberian ser diferentes y estar situadas en diversos puntos; y Quisqueya suponia que significase Quisai ó Quinsai, (á saber, la ciudad celestial), de la cual como se ha dicho, habia formado tan magnifica idea por los escritos del viajero veneciano.

El principal objeto del Almirante era arribar á alguna nacion culta y poderosa con cuyo rey pudiese emprender negociaciones de algun valor comercial, y volver á España con una rica cantidad de mercancias como triunfos de sus descubrimientos. El tiempo iba á la sazon cambiando de aspecto; la frescura de las noches daba indicios de la cercania del invierno; y así determinó abandonar el rumbo del Norte, y no detenerse por lugares incultos que no tenia por entonces medios de colonizar. Concibiendo que estaba en la costa oriental del Asia, determinó tomar la vuelta del Este-sud-Oeste en busca de Babeque, en que esperaba hallar una rica y civilizada isla. Antes de dejar el rio de Mares, tomó consigo para llevarlos á España algunos indios, con el objeto de que aprendiesen la lengua para que pudieran servir de intérpretes en los futuros viajes. Llevó de los dos sexos, habiendo sabido por los descubridores portugueses, que iban los hombres mas contentos y se mos-

traban mas serviciales á la vuelta cuando los acompañaban sus esposas. Exaltado por su entusiasmo y por los sentimientos religiosos que cundian en aquella edad, presagiaba grandes victorias para el catolicismo y gloriosas empresas para el trono, pretendiendo convertir á los salvajes por medio de los indígenas así instruidos. Imaginaba, que no tenian los indios sistema de religion, pero que estaban bien dispuestos á recibir sus impresiones; y como veian con mucha atencion y reverencia las ceremonias religiosas de los españoles, pronto repetian de memoria cualquier rezo que se les enseñaba, haciendo la señal de la cruz con edificante devocion. Tenian idea de un estado futuro, pero limitada y confusa; era difícil para meros salvajes concebir la idea de una deliciosa existencia pura y espiritual separada de la alegría de los sentidos y de aquellas dulces escenas que los habian hecho felices en vida. Pedro Mártir contemporáneo de Colon, habla de las opiniones de los indios en esta materia. «Confiesan, dice, que es el alma inmortal, y habiéndose despojado de la carne, imaginan que vuela á los bosques y á las montañas, y que vive perpetuamente en sus cavernas; ni la exceptuan de las necesidades corporales, pues dicen que allí ha de alimentarse. El sonido con que responden las grutas, y la concavidad de las montañas á la voz, al cual denominaron eco los romanos, suponen ser producidos por los espíritus de los difuntos, que vagan por aquellos lugares.»

De la atraccion hácia los sentimientos religiosos, que creyó Colon descubrir entre aquellas pobres gentes, de la benignidad de su carácter, de su ignorancia de las artes beligeras, dedujo que sería fácil hacerlos á todos devotos miembros de la Iglesia, y súbditos leales de la corona. Concluye sus especulaciones sobre las ventajas que se derivarian de colonizar aquellos puntos, prometiéndose mucho comercio del oro en que abundaria el interior; de perlas y piedras preciosas, de las cuales, aunque no habia visto ninguna, habia recibido frecuentes informes; de joyas y especias de que pensaba haber hallado indubitables señales, y de algodon que nacia por todos los campos. La mayor parte de estas mercancías, añade, tendrán mas fácil salida en los puertos y poblaciones del gran Khan que en los mercados de España.

CAPITULO V.

VIAJE EN BUSCA DE LA SUPUESTA ISLA DE BABEQUE.— DESERCION DE LA PINTA.

(1492.)

El 12 de noviembre tomó Colon el rumbo del Este-sud-este para retrogradar en la direcion de la costa. Este debe considerarse como otro cambio crítico en su viaje, y de grande consecuencia en los descubrimientos posteriores. Ya habia entrado bastante en lo que se llama el antiguo canal, entre Cuba y las Bahamas. Por dos ó tres dias de diferencia no tuvo ocasion de desposeerse del error en que habia caido al considerar á Cuba como parte de un gran continente: error en que estuvo hasta el dia de su muerte. Hubiera allí podido saber la vecindad del continente, ó navegado para la costa de Florida, ó ser impelido hácia ella por las corrientes del golfo ó continuando por la parte de Cuba que lleva al Sud-oeste, tocar en la costa opuesta de Yucatan, realizando quizá sus mas dorados ensueños con el descubrimiento de Méjico. Pero fue suficiente gloria para Colon haber descubierto el Nuevo-Mundo. Sus mas ricas regiones estaban reservadas para dar esplendor á otras empresas ulteriores.

Navegó pues por dos ó tres dias á lo largo de la costa, sin pararse á explorarla. No se vió por toda ella ninguna ciudad populosa. Al pasar por un gran cabo que él llamó de Cuba puso la proa al Oriente en busca de Babeque; pero pronto se vió obligado á volver, por arreciar el viento y embravecerse el mar. Ancló en un profundo y seguro puerto, á que dió el nombre de puerto del Príncipe, y pasó algunos dias explorando con sus botes un archipiélago de pequeñas pero bellísimas islas que se encontraba situado á muy corta distancia, conocido desde entonces con el nombre de el Jardin del Rey. Al golfo en que se alzaban estas islas le llamó mar de Nuestra Señora: en tiempos modernos ha sido amparo de piratas que encontraban seguro refugio en los canales y solitarias calas de sus islas. Estaban estas sombreadas por do quier de gigantescos árboles entre los cuales pensaban reconocer los españoles la almástiga y el aloe. Colon supuso, que serian aquella parte de las innumerables islas que orlan la costa del Asia, célebres por sus especias. Mientras estaba en el puerto del Príncipe, levantó una cruz en una elevada colina cerca del puerto: signo convencional que indica haber tomado posesion.

El 19 se dió otra vez á la vela, aunque casi en calma; pero como el viento se levantase del Oriente, viró hácia el Nord-este, y al ponerse el sol estaba á siete leguas del puerto del Príncipe. Desde entonces se vió tierra al Oriente, como á sesenta millas de distancia la cual por las señas de los indígenas supuso que sería la tan deseada isla de Babeque. Continuó, pues toda la noche al Nord-este. Al siguiente dia el viento se manifestó contrario soplando en línea recta del punto á donde deseaba ir. Estuvo algun tiempo delante de la isla Isabela, á la que no quiso tocar, no fuera que se desertasen sus intérpretes indios, naturales de Guanahani, que dista solo ocho leguas de Isabela. Los indios ponian solo sus ojos en la isla donde habian recibido el ser. Viendo que continuaba el viento obstinadamente adverso, y que habia mucha mar, se determinó al fin Colon á volver á Cuba, haciendo señales á los otros buques para que le siguieran. La Pinta, mandada por Martin Alonso Pinzon, habia ya adelantado mucho hácia el Oriente. Y como podia con facilidad unirse á los otros buques, teniendo para ello viento en popa, repitió Colon sus señales, pero sin conseguir resultado alguno. Como venia la noche acortó vela, y puso luces en los mástiles, pensando Pinzon se le juntaria; mas al romper el alba, se vió que la Pinta habia desaparecido.

Efectivamente, Pinzon prestó oido á los ridículos proyectos forjados por un indio que llevaba á bordo de su carabela, y que le prometia conducirlo á una region abundantísima en toda clase de riquezas. Su avaricia se despertó repentinamente: su buque siendo el mas velero podia con facilidad virar al barlovento adonde en vano le seguirian los otros. Se lisonjeaba con la idea de ser el primero en abordar á la soñada tierra, enriqueciéndose con las primicias de los despojos que pensaba hacer. Ya hacia mucho tiempo que no podia sufrir el dominio del Almirante, con quien creia deber estar en términos iguales, por haber contribuido con muchos fondos al armamento de la expedicion. Era navegante veterano, oráculo de la comunidad marítima de Palos, y acostumbrado por su riqueza y su influjo á dar la ley entre sus asociados náuticos. Llevó á mal por consiguiente verse obligado á navegar como segundo, á bordo de su propio buque, y ya se habian ocasionado muchas disputas entre él y el Almirante. La súbita tentacion que se presentó á su avaricia, unida á los prévios resentimientos, fue bastante fuerte para vencer su deber. Olvidando lo que debia al Almirante como á su gefe, habia desatendido las señales, siguiendo al Oriente, y separándose á fuerza de vela de la escuadra.

Indignóse Colon en extremo con esta desercion. Además de ser un ejemplo pernicioso de inobediencia sospechaba en ella algun designio siniestro, ó bien Pinzon pretendia apoderarse del supremo mando y gozar de las ventajas consiguientes á tamaña usurpacion separándose del Almirante, ó apresurarse á vol-

ver á España, para arrebatar el laurel del descubrimiento. Pero como lo poco velero de su buque inutilizaba todo esfuerzo para perseguirlo, continuó su rumbo á la isla de Cuba, con el objeto de acabar de explorar las costas.

El 24 de noviembre dobló de nuevo el cabo de Cuba, y ancló en un buen puerto formado por el desembocadero de un rio, que él llamó de Santa Catalina. Corria entre fértiles praderas, y estaban las montañas vecinas bien pobladas de árboles, entre los cuales habia robustas encinas y pinos bastante altos para servir de mástiles á los grandes bajeles. En el lecho del rio encontraron piedras con venas de oro.

Colon continuó por algunos dias costeando lo que quedaba de Cuba, y celebrando con entusiasmadas palabras la magnificencia, frescura y colorido del paisaje, la pureza de las aguas, y el número y comodidad de los puertos. Su descripcion de uno, á que dió el nombre de Puerto-Santo, es una muestra de cuán poderosamente los grandes espectáculos de la naturaleza hablaban á su alma. La amenidad de este rio, exclama, la claridad del agua, en la cual se veia hasta la arena del fondo, y multitud de palmas de varias formas, las mas altas y hermosas que he hallado, y otros infinitos árboles grandes y verdes, el armonioso canto de sus aves, el verdor de sus campiñas, serenísimos señores, hacen que este pais sobrepuje en lo ameno, deleitoso y pintoresco á todos los demás paises del mundo conocido, como el dia en luz á la noche: por lo cual solia yo decir á mi gente muchas veces, que por mucho que me esforzase á dar entera relacion de él á VV. AA., no podria mi lengua decir toda la verdad, ni mi pluma escribirla; y cierto que yo he quedado asombrado viendo tanta hermosura que es superior á todo encarecimiento.

La transparencia del mar, que atribuye Colon á la pureza de los rios, es propiedad del Océano en aquellas latitudes. Tan clara está la mar en las cercanías de algunas de las islas, que se puede ver el fondo en tiempo sereno, como el de una cristalina fuente, y los habitantes bucean á cuatro ó cinco brazas, en busca de conchas y otros mariscos que se ven desde la superficie. Las sutiles brisas y ricas aguas con que cuenta la isla pueden ponerse entre los mas gratos dones con que la enriquecia la naturaleza.

Como prueba de la vejetacion gigantesca de aquellas costas, hace mérito Colon del enorme tamaño de las canoas, formadas cada una de un solo tronco de árbol. Habia visto canoas capaces de contener ciento y cincuenta personas. Entre otros artículos hallados en las viviendas de los indios, vió una torta de cera, que la trajo de regalo á los reyes, observando que donde hay cera, debe haber otras mil cosas buenas. En tiempos posteriores se ha supuesto que vendria aquella cera de Yucatan, pues los habitantes de Cuba no tenian la costumbre de recogerla.

El 5 de diciembre llegó Colon al término oriental de Cuba, que suponia fuesen los lindes de Asia; ó como siempre la llamaba, de India. Le dió en consecuencia el nombre de Alfa y Omega, ó el principio y el fin. Se vió despues perplejo, acerca del rumbo que tomaria. Deseaba seguir la costa en su vuelta al Sud-oeste, que le llevaria á regiones mas civilizadas y opulentas de la India. Por otro lado, tomando este rumbo, era forzoso abandonase toda esperanza de encontrar la isla de Babeque, que aseguraban los indios hallarse al Nord-este, y de que seguian dándole magníficas descripciones: embarazoso dilema, propio de tamaña empresa, en que un nuevo mundo surgia delante del viajero, brindándole con lo seductor de su vejetacion, con lo espléndido de sus riquezas; pero un mundo, en que, al tomar cualquier determinacion podia separarse de las regiones mas abundantes y deleitosas.

CAPITULO VI.

DESCUBRIMIENTO DE LA ISLA ESPAÑOLA.

(1492.)

El 5 de diciembre, mientras navegaba Colon allende el extremo oriental de Cuba, dudoso del rumbo que tomaria, divisó cierta tierra al Sud-este, que á medida que se acercaba, le reveló altas montañas por cima del despejado horizonte, anunciando una isla de grande extension. Los indios exclamaron, al verla, *Bohio*, cuya palabra interpretó Colon como significativo de que aquel nuevo pais era abundante en oro. Cuando le vieron los indios tomar rumbo para ella, dieron señales de profundo terror, implorando de él, que no la visitara, porque le decian por señas, eran sus habitantes fieros y crueles, no tenian mas que un ojo, y devoraban á sus prisioneros. El viento era contrario, y las noches largas; y como no acostumbraban navegar en la oscuridad por aquellas mares desconocidas, invirtieron en llegar á la isla cerca de dos dias.

Ya se ha observado, que en la trasparente atmósfera de los trópicos se divisan los objetos á larga distancia, y que la pureza del aire y serenidad del cielo producen mágicos efectos en el paisaje. Con estas ventajas apareció á su vista la bella isla de Hayti. Sus montañas eran mas escarpadas y pedregosas que las de las otras islas; pero sus cumbres se alzaban entre preciosas florestas, y sus faldas se extendian formando lujosas llanuras y verdes praderías; mientras que los varios y numerosos fuegos que la esmaltaban de noche, y las columnas de humo que ascendian de dia en todas direcciones, indicaban bastante su poblacion. A los ojos deslumbrados de los marinos levantóse una isla esplendorosa, ornada con todos los atavios de una gigantesca vejetacion; pais quizá el mas hermoso del globo; pero que en sus arcanos destinaba la Providencia á ser el mas desgraciado.

En la tarde del 6 de diciembre tomó Colon puerto al extremo occidental de la isla, y le dió el nombre de San Nicolás, por el que se conoce hoy. Era espacioso y profundo, rodeado de grandes árboles, muchos de ellos fructíferos. Una hermosa llanura se extendia por frente del puerto, atravesada por un riachuelo. Del número de canoas que se veian por varias partes, se juzgaba que por los alrededores habria grandes poblaciones; pero los naturales habian huido aterrorizados á la vista de los buques.

Dejando el 7 el puerto de San Nicolás, salieron costeando hácia el Norte de la isla. Vieron que era por aquella parte elevada y montañosa; pero con verdes y dilatadas llanuras. Divisaron al par un fértil y precioso valle que corria hácia lo interior, encerrado entre dos montes y cuyo cultivo les pareció muy esmerado.

Por muchos dias estuvieron detenidos en un puerto que bautizaron con el nombre de la Concepcion, á donde desembocaba cierto rio pequeño, despues de serpear por una deliciosa campiña. La costa abundaba en peces, algunos de los cuales saltaron á los botes. Allí extendieron sus redes y cogieron copiosa cantidad de pesca, y en ella alguna de especie semejante á las de España; primer pescado que habian visto semejante al de su pais. Oyeron tambien el cantar de pajarillos que tomaron por ruiseñores y tuvieron ocasion de notar que el canto de muchas aves no les era enteramente desconocido. Los españoles, excitados por la asociacion de ideas que tan gran poder tiene en el alma recordaron sus florestas andaluzas; porque los trinos de aquestos pajarillos tenian mucha semejanza con los de las aves que pueblan los bosques de Andalucía. Creian que el carácter exterior de aquel pais era idéntico al de las mas bellas provincias de España; y en consecuencia de esta idea le llamó el almirante isla Española.

Se hallaron algunas trazas de rudo cultivo en las cercanías del puerto; pero los naturales habian abandonado la costa. Una vez vieron cinco indios á larga distancia, pero se escaparon cuando los españoles fueron hácia ellos. Colon, deseoso de establecer alguna comunicacion, mandó que penetraran en la isla seis hombres bien armados. Hallaron campos cultivados, huellas que indicaban la constancia de caminos y parajes donde se notaban señales de fuego ya apagado; pero los pobladores se refugiaban despavoridos en las montañas.

Aunque todo el país estaba desierto y solitario, se consoló Colon con la idea de que habria en lo interior populosas ciudades, á donde la gente se refugiaba; y que los fuegos de por las noches serian señales, como las que se hacian desde las montañas del antiguo mundo, en tiempo de la guerra y repentinas invasiones de los moros, para advertir al paisanaje que huyese de las costas.

El 12 de diciembre erigió Colon con gran solemnidad una cruz á la entrada del puerto, en señal de haber tomado posesion de la isla. Tres marineros que vagaban por aquellas cercanías divisaron una gran falanje de indígenas, que inmediatamente se dispersaron, apelando á la fuga, persiguiéronlos y lograron los intrépidos marinos despues de desesperados esfuerzos, apresar una jóven india, que llevaron en señal de triunfo á los bajeles. Venia esta beldad salvaje completamente desnuda, lo cual daba mal indicio de la civilizacion de la isla; pero un adorno de oro que traia en la nariz, dió esperanzas de que se encontrase en ella aquel metal precioso. La bondad del Almirante disipó pronto el terror de la cautiva. Hizo que la vistiesen, y le regaló cuentas, anillos de bronce, cascabeles y otras cosas, enviándola despues á tierra, acompañada de algunos marineros, y de tres intérpretes indios. Tanto agradaron á esta sencilla mujer los dones recibidos, y tan contenta quedó del benigno trato que se le habia dado, que de buen grado hubiera convenido en seguir la suerte de las otras indias que encontró á bordo. La gente que fue acompañándola, volvió tarde por la noche, porque estaba el lugar lejos, y temian aventurarse tierra adentro. Confiado en la impresion favorable que debia producir el informe de la mujer, mandó el Almirante al dia siguiente nueve hombres de corazon y bien armados á buscar el lugar, acompañándolos un natural de Cuba, en calidad de intérprete. Encontraron la poblacion á unas cuatro leguas y media al Sud-este, situada en un hermoso valle, y á la orilla de un rio. Contenia mil casas, pero á la sazon estaban todas abandonadas; porque los habitantes huian segun ellos se aproximaban. Los intérpretes los siguieron, y con grande dificultad apaciguaron su temor, encareciéndoles la buena índole y natural bondad de aquellos extranjeros descendidos del cielo, y que pródigos de suyo, y espléndidos, recorrian el mundo, derramando á manos llenas preciosísimos regalos. Con esta seguridad se atrevieron á volver hasta dos mil indios, se acercaron á los nueve españoles con lentos y trémulos pasos, parándose con frecuencia, y poniéndose las manos en la cabeza, en señal de reverente y profunda sumision. Eran de una raza bien formada, mas blanca y hermosa que las de otras islas. Mientras los españoles conversaban con ellos, por medio de los intérpretes, vieron que otra multitud se acercaba. Venia á la cabeza de estos el marido de la hembra indiana que la tarde antes habia estado á bordo. Llevábanla triunfante sobre sus hombros, y su esposo manifestó de mil modos, la gratitud de que se sentia poseido al considerar la suma bondad con que su mujer habia sido tratada, y los preciosos regalos que la habian prodigado.

Los indios, ya mas familiarizados con los españoles, vueltos en parte de aquel extremo pavor, los llevaron á sus casas, presentándoles pan de cazabe, pescados, raices y frutas de varias especies. Sabiendo por los intérpretes que eran sus huéspedes aficionados á los loros, les trajeron gran número de ellos que tenian domesticados, ofreciendo en fin libremente todo cuanto poseian; tal era la franca hospitalidad que reinaba en aquella isla, donde aun era desconocida la pasion de la avaricia. El caudaloso rio que regaba este valle, iba coronado de nobles y altas florestas, de palmas, bananos y otros árboles, cargados de flores y de frutas. El aire era blando y suave como el que reina en abril, los pájaros recreaban el oido con sus trinos durante el dia, y algunos de ellos se dejaban oir ya entrada la noche. Aun no sabian los españoles explicar la diferencia de las estaciones en aquella parte opuesta del globo; y se admiraban de oir la voz del supuesto ruiseñor resonar en medio de diciembre, creyendo llevados de estas pruebas, que en aquellos apartados y felices climas reinaria una eterna primavera. Volvieron á sus buques prendados de aquel hermoso país, que decian ellos excedia hasta los de las feraces llanuras de Córdoba. Solo se quejaban de no haber visto señales de riqueza entre los indígenas. Y aquí es imposible no detenerse á considerar la pintura que hacen los descubridores del estado de aquella desgraciada isla, antes de la llegada de los blancos. Segun sus descripciones, existia el pueblo de Haytí en el estado de salvaje y primitiva sencillez, que han pintado algunos filósofos como el mas envidiable de la tierra; rodeados de la feliz abundancia natural, y desposeidos de toda idea respecto á esas necesidades ficticias elaboradas por la civilizacion. La tierra acudia abierta á su sustento sin necesidad de que la agricultura desgarrase su seno: sus rios y mares abundaban en mil peces; y cogian sin trabajo la utia, el guanaco, y una variedad de aves. Para gentes de su temperancia y frugalidad era esta provision abundantísima; y aquellos dones que tan espontáneamente les prodigaba la tierra, sabian dividirlos con todos aquellos que los necesitasen. La hospitalidad, se nos dice, era para ellos ley de la naturaleza universalmente observada; y no habia necesidad de hacer manifiesto el socorro, porque toda casa estaba abierta al extranjero, como á su dueño propio. Colon tambien, en una carta á Luis de Santangel, observa: «es verdad, que despues que se »aseguran y pierden este miedo, se hallan tan des»provistos de toda astucia y son tan pródigos de lo »que poseen, que es imposible, sin cerciorarse per»sonalmente, tener una idea de su sencillez y su ge»nerosidad. Ellos de cosa que tengan, pidiéndosela, »jamás dicen que no, antes convidan á la persona con »ello, y muestran tanto amor, que darian los cora»zones, y cuando en pago de sus dones se les da cual»quier ya precioso ó ya insignificante, se dan por »contentos y satisfechos. En todas estas islas me pa»rece que todos los hombres están contentos con una »mujer, y á su mayoral ó rey dan hasta veinte. Las »mujeres me parece que trabajan mas que los hom»bres, ni he podido entender si tienen bienes pro»pios, que me pareció ver que aquello que uno tenia, »todos hacian parte, en especial de las cosas que for»man las primeras necesidades.»

Una de las descripciones mas agradables de los habitantes de esta isla, es la que da el anciano Pedro Mártir, tomada, como él asegura, de las conversaciones del mismo Almirante. «Es cierto, dice, que es la »tierra tan comun entre aquellas gentes, como el sol »y las aguas; y que el mio y el tuyo, semillas de tan»tos males, no tienen lugar con ellas. Se contentan »con tan poco, que en aquel extenso país, mas bien »tienen superfluidad que escasez; así están en el mun»do dorado, sin trabajo y viviendo en abiertos jardi»nes, no atrincherados con diques, ni divididos por »valladares, ni con muros defendidos. Comercian jus»tamente unos con otros, sin leyes, sin libros y sin

»jueces. Creen hombre malo y perjudicial solo al que »se complace en hacer daño á otro; y aunque no gus»tan de cosas supérfluas, hacen sin embargo provi»sion para el incremento de aquellas raices de donde »sacan el pan, contentos con esta simple comida, »con la cual se conserva la salud, y se evitan las en»fermedades.»

Gran parte de esta descripcion puede estar teñida por los rayos de luz que presta la fantasía; pero en general es valedera y fiel, si hemos de dar asenso á lo que relatan verídicos historiadores de aquella época. Convienen todos en representar la vida de los isleños como una aproximacion hácia el venturoso estado de la felicidad poética; viviendo bajo la absoluta, pero patriarcal y suave gobernacion de sus caciques, libres de orgullo, con pocas necesidades en un pais abundante, con un templado clima, y dotados de natural disposicion para gozar su descuidada é indolente fortuna.

CAPITULO VII.

COSTEO DE LA ESPAÑOLA.

(1492.)

Cuando el tiempo cambió favorablemente, hizo Colon otro esfuerzo en 14 de diciembre para encontrar la isla de Babeque, pero se lo impidieron vientos contrarios. En el discurso de esta empresa visitó una isla enfrente de la Concepcion, tan abundante en tortugas que la denominó *isla de las Tortugas*. Sus habitantes se habian refugiado á las montañas, en cuyas cimas encendian hogueras en señal de alarma, lo cual dió á conocer á Colon que habian sufrido muchas mas invasiones que los isleños vecinos. El pais era tan hermoso, que le dió á uno de los valles el nombre de valle del Paraiso; y á uno de sus rios, el de Guadalquivir, en memoria del que lleva sus dulces aguas por algunas de las mas hermosas provincias de España. Dándose á la vela el 16 de diciembre por la noche, tomó de nuevo el rumbo de la Española. A mitad del golfo que separa las islas, topó con un indio, que surcaba los mares en una frágil canoa, y admirado, como en otra ocasion, de su valentia en arriesgarse por las mares en tan ténue casco, y de la destreza en manejarlo á despecho de la embravecida mar y agitados vientos, mandó que lo izasen á bordo á él y á su canoa; y habiendo abordado cerca de un lugar de la costa de Española, conocido hoy por el nombre de puerto de la Paz, le mandó á tierra bien obsequiado y enriquecido con varios dones.

En el primitivo comercio con aquellas gentes no dejó nunca la bondad de producir sus efectos. Los favorables informes dados por este indio, y por los que habian tenido roce con los españoles en sus anteriores desembarcos, ahuyentaron todas las zozobras de los isleños. Entabláronse amistosas relaciones y fueron los bajeles visitados por un cacique de las cercanias. De este caudillo y de sus consejeros recibió Colon otras noticias acerca de la isla de Babeque, la cual decian no estaba á gran distancia. Jamás se vuelve á hablar de esta isla, ni aparece que Colon la buscase de nuevo. Tampoco existe en los mapas antiguos, y de creer es que fuese una de las numerosas tergiversaciones de palabas indianas, que arrastraron á los primitivos descubridores á tantos viajes infructuosos. La gente de la Española le pareció al Almirante mas hermosa que ninguna de la que hasta alli habia visto en el Nuevo-Mundo, y de gentil y apacible disposicion. Algunos tenian pequeños adornos de oro, que daban gustosos ó los cambiaban por cualquier bagatela. El pais presentaba agradable variedad, ya erizado de encumbrada montaña, ya tendido por hermosos valles, que se extendian hácia el interior, tan lejos como podia alcanzar la vista. Las montañas eran de tan fácil asceso, que las mas encumbradas se podian arar con bueyes; y la prodigiosa vejetacion de las florestas manifestaba la feracidad del suelo. Los valles regados por numerosas, claras y bellisimas corrientes, parecian cultivados por algunos sitios, y propios para granos, hortalizas ó pastos.

Mientras los vientos contrarios le detenian en este puerto, recibió Colon la visita de un cacique jóven, y al parecer de mucha importancia. Le llevaban cuatro hombres en una especie de litera, y le seguian doscientos de sus súbditos. El Almirante estaba comiendo á la sazon, por lo cual mandó el cacique á su comitiva que se quedase fuera, y entrando en la cámara, tomó asiento junto á Colon, dispensándole de toda ceremonia y no permitiéndole que se pusiese en pié. Siguiéronle solo dos ancianos, que aparentaban ser sus consejeros y que se le sentaron á los piés. Cuando le daban alguna cosa de comer ó de beber, la gustaba solamente, enviándola despues á su comitiva, y conservando en todo mucho seso y magestad. Hablaba poco; los dos consejeros observaban el movimiento de sus labios, y por él inferian, y comunicaban ellos sus ideas. Despues de comer le presentó al Almirante un tahalí, prodigiosamente labrado, y dos piezas de oro. Colon le dió una de tela, varias cuentas de ámbar, zapatos de color, y un frasco de agua de azahar; le enseñó la moneda española, en la cual estaban los bustos del rey y de la reina, y se esforzó en explicarle el poder y grandeza de aquellos soberanos; desplegó tambien las banderas reales y el estandarte de la cruz; pero en vano se queria comunicar ninguna clara idea de aquellos símbolos: no podia el cacique creer que la tierra fuese digna de producir seres privilegiados, y aquellos preciosos objetos, pensando como sus compatriotas que aquellos hombres eran dioses, y que su patria era el cielo.

Por la noche se envió al cacique á tierra en un bote con grande ceremonia, haciendo salvas en honor suyo. Volvió con la misma pompa que habia venido, en una litera, y rodeado de sus súbditos; no lejos de él iba su hijo con semejante escolta y litera, y su hermano á pié sostenido por dos hombres. Llevaban delante los regalos con gran aparato y ceremonia.

Los españoles podian procurarse poco oro en este paraje, aun cuando los naturales daban generosa y prontamente todos los adornos que tenian de aquel metal. La tierra de promision estaba mas lejos todavía; y uno de los ancianos consejeros del cacique le dijo á Colon, que pronto llegaria á islas ricas en preciosos minerales. Antes de salir de ella mandó el Almirante erigir una grande cruz en el centro de la poblacion; y por la prontitud con que asistian los indios, en implícita imitacion de los españoles, á sus actos de devocion, dedujo que bien pronto podria infundirse en todas aquellas almas los sentimientos cristianos.

El 19 de noviembre se dieron á la vela antes de amanecer, pero con viento contrario; y en la tarde del 20 anclaron en un buen puerto, á que dió Colon el nombre de santo Tomás, que se supone sea el que se llama hoy bahía de Acul. Estaba rodeado de una amena y populosa campiña. Los habitantes vinieron á los buques, algunos en canoas, otros nadando, y todos con frutos de especies no conocidas, pero de esquisito gusto y fragancia. Regalaban espontáneamente todo lo que poseian y especialmente sus adornos de oro; porque observaban lo codiciosos que de este metal eran los españoles. Habia notable y generosa franqueza entre estas gentes, que no tenian al parecer idea de tráfico, y daban sus bienes con espontánea liberalidad. Colon no permitia á los suyos que abusasen de esta libre disposicion, y mandó que siempre se les diese algo en cambio. Muchos de los caciques circunvecinos visitaron los buques, trayendo presentes, é invitando á los españoles á ir á sus

pueblos, adonde los recibian con la mayor hospitalidad.

El 22 de diciembre vinieron muchos indios en una canoa, enviados por el gran cacique Guacanagari, gefe de toda aquella parte de la isla. Un criado principal del caudillo le entregó al Almirante de parte de su señor un ancho tahalí, ingeniosamente trabajado con cuentas de color y hueso, y una máscara de madera, con los ojos, nariz y lengua de oro. Hízole tambien presente el deseo manifestado por su señor, de que aproximase su buque á los dominios encargados á su custodia, situados un poco mas lejos en la costa oriental. Impedia el viento acceder inmediatamente á esta súplica, por lo cual envió el Almirante al escribano de la escuadra con algunos marineros á visitar al cacique. Residia este en una ciudad edificada en las márgenes de cierto rio, en lo que se llamó entonces Punta Santa, y hoy Punta Honorata. Era la ciudad mayor y mejor edificada que habian visto hasta entonces. El cacique los recibió en una especie de plaza pública, limpia y preparada para esta ocasion, los trató muy honrosamente y les dió á cada uno un vestido de algodon. Los habitantes los rodeaban con provisiones y refrescos de varias clases. Recibian á los marineros en sus casas como distinguidos huéspedes; y les daban ropas de algodon, y cuanto creian que tuviese valor á sus ojos, sin pedirles nada en cambio; pero si algo les daban los españoles, lo atesoraban como una sagrada reliquia.

Los hubiera retenido el cacique toda la noche, pero sus órdenes los obligaron á volver. Al despedirse les hizo regalos de loros y piezas de oro para el Almirante: y los acompañó hasta los botes una multitud de gentes, esforzándose á porfía en servirlos.

Por este tiempo recibió Colon numerosas visitas de muchos indios y de varios caciques de segundo órden, los cuales le dijeron que la isla entrañaba grandes tesoros, y le hablaron con especialidad de cierta region asentada hácia Levante llamada por ellos Cibao, cuyo cacique, segun él pudo colegir de los signos empleados por los salvajes para expresar sus ideas, tenia banderas de oro labrado. Colon, engañándose, como le sucedia de ordinario, imaginó que la palabra Cibao debia de ser corrupcion de Cipango, y el caudillo de los dorados estandartes, el magnífico potentado de aquella isla, de que hace mencion Marco Polo.

CAPITULO VIII.

NAUFRAGIO.

(1492.)

Se dió Colon á la vela para la Concepcion, en la mañana del 24 de diciembre, antes de salir el sol, tomando el rumbo del Oriente, con ánimo de anclar en el puerto del cacique Guacanagarí. Habia viento de tierra, pero tan ligero, que apenas llenaba las velas, y no podian hacer los buques mucho camino. A las once de la Noche-buena estaban á una legua, ó legua y media de la residencia del cacique; y Colon, que habia hasta entonces vigilado, viendo la mar tan sosegada, y el bajel casi sin movimiento, se retiró á descansar un poco, por no haber dormido la noche antes. Era vigilantísimo en sus viajes por las costas, pasándose noches enteras sobre cubierta en toda clase de tiempos; y nunca se fiaba del cuidado ajeno, cuando habia dificultades ó peligros que vencer. Creyóse perfectamente seguro en aquel caso; no solo por la profunda calma en que estaban, sino porque, al visitar los botes el dia anterior al cacique, habian reconocido la costa, y díchole que no se encontraban en su carrera ni bancos ni escollo alguno.

Jamás pudo manifestarse mejor cuan importante es la presencia del gefe. Apenas se habia retirado el vigilante Colon, cuando el timonel confió su puesto á un grumete, y se echó á dormir violando abiertamente una de las órdenes del Almirante, que prohibia poner jamás el timon en las manos de los muchachos. Los marineros que estaban de guardia, se aprovecharon tambien de la ausencia del gefe y á poco tiempo toda la tripulacion estaba sepultada en un profundo sueño.

Mientras reinaba de tal modo la confianza en el buque, las traidoras corrientes que fluyen veloces por aquellas costas, le arrastraron con rapidez y fuerza á un banco de arena. El inexperto grumete no habia percibido el embate de las olas al retirarse del banco, aunque su estrépito podia oirse á una legua. Mas al sentir la concusion del timon, y oir el tumulto del agua en derredor, empezó á pedir ayuda á gritos. Colon, cuya vigilancia no le permitia dormir profundamente, fue el primero que subió á cubierta. El patron, que habia abandonado su guardia, se apareció despues en compañía de algunos marineros medio dormidos, y muy ajenos del peligro en que estaban. Les mandó el Almirante llevar con el bote un ancla fuera de la popa, para esforzarse en sacar el bajel. El patron y los marineros saltaron en el bote; pero iban confusos y sobrecogidos de terror, como suelen los hombres que despiertan sobresaltados. En vez de obedecer al Almirante, remaron á la otra carabela, que distaria como media legua al barlovento; mientras él, suponiendo que ya estarian echando el ancla, confiaba en sacar pronto su bajel al agua libre.

Al llegar el bote á la carabela hicieron saber los marineros el peligroso estado en que habian dejado su buque, pero acusáronlos estos de cobardes desertores, rehusando admitirlos á bordo. El comandante, y muchos de los suyos, tomaron otro bote, y acudieron al socorro del Almirante, seguidos del falso y pusilánime patron, que iba con su gente lleno de confusion y vergüenza.

Llegaron demasiado tarde para salvar el buque, porque la violenta corriente le habia arrastrado mas y mas sobre el banco. El Almirante, viéndose desamparado de su bote, y que estaba el buque de través en medio de la corriente, y se iba llenando de agua, lo mandó desarbolar, con la esperanza de aligerarlo bastante para que flotase. Todos los esfuerzos fueron en vano. La quilla habia encallado fuertemente en la arena; el choque habia abierto el casco por varias partes, mientras las hinchadas olas le azotaban de continuo quebrándose sobre su costado, y sepultándolo mas y mas en la arena hasta hacerle caer de lado. Afortunadamente continuaba el tiempo en calma; si no se hubiera hecho la carabela mil pedazos, y perecido la tripulacion entre los escollos y corrientes.

Refugiáronse la tripulacion y el Almirante en la otra carabela. Diego de Arana, primer juez de la escuadra, y Pedro Gutierrez, despensero del rey, fueron inmediatamente enviados al cacique Guacanagarí para informarle de la propuesta visita del Almirante, y de su desastroso naufragio. Levantóse un viento fresco de tierra, é ignorando el Almirante su situacion y las rocas y bancos que podian rodearlo, se mantuvo á la capa hasta por la noche.

Distaba la habitacion del cacique legua y media del sitio del naufragio. Al saber Guacanagarí la desgracia de su huéspued, manifestó la mayor afliccion, y hasta derramó lágrimas. Sin vacilar un momento envió todas sus gentes con todas las canoas grandes y chicas que hubieron á la mano; y tan activa fue la ayuda de los indios, que en poco tiempo descargaron el buque. El mismo cacique, y sus hermanos y parientes hicieron cuanto les fue dado por mar y tierra; vigilando para que todo se condujese con órden, y para que los efectos que pudieran salvarse del naufragio, se conservaran con inviolable fidelidad. Frecuentemente enviaba alguna persona de su familia, ó de las principales de su comitiva, para que se con-

doliese con el Almirante, pidiéndole que no se dejase dominar del dolor, y que dispusiese como suyo de cuanto él poseia.

Jamás, en país alguno civilizado, se ejercieron los ritos de la hospitalidad mas escrupulosamente que los observó aquel ignorante salvaje. Todos los efectos que se desembarcaron, los mandó depositar cerca de su habitacion, y puso una tropa armada que los guardase aquella noche, hasta preparar casas en que almacenarlos. No porque apareciera, ni aun entre el pueblo, la mas ligera inclinacion á aprovecharse de las desgracias de los extranjeros. Aunque veian los que debieron parecerles inestimables tesoros, arrojados, por decirlo así, en sus playas, y descubiertos y del todo accesibles, no se conoció el menor hurto, ni al transportar los efectos se apropiaron el mas pequeño artículo. Al contrario, una simpatía general se dejaba ver en todos los semblantes y en todas las acciones; y al observar su sentimiento se hubiera creido á ellos las víctimas de aquella desgracia.

Tan amorosas, tan tratables y pacíficas son estas gentes, dice Colon en su diario, que juró á VV. MM. que no hay en el mundo todo ni mejor país, ni mejores gentes. Aman á sus prójimos como se aman á sí mismos; siempre son sus palabras humildes y afables acompañadas de una sonrisa; y aunque es verdad que andan desnudos, son sus modales decorosos y dignos de aprecio.

CAPITULO IX.

TRANSACCIONES CON LOS NATURALES.

(1492).

El 26 de diciembre vino Guacanagari á bordo de la Niña para visitar al Almirante; y observando que estaba muy abatido, se conmovió tanto el sensible corazon del cacique, que comenzó á derramar lágrimas. Repitió el mensaje que habia enviado suplicando al Almirante que no doblegase su ánimo bajo el peso del dolor, y ofreciéndole todos sus bienes, si ellos le podian proporcionar ayuda ó consuelo. Ya habia dado tres casas para alojamiento de los españoles y almacen de sus efectos, y ofreció mas si eran necesarias.

Mientras conversaban así, vino una canoa de otra parte de la isla, ofreciendo piezas de oro en cambio de cascabeles. Nada tenian en mas estima los indígenas que estos juguetes; porque eran muy amigos del baile, que ejecutaban á la cadencia de ciertos cantares, acompañados por una especie de tambor hecho del tronco de algun árbol, y del ruido de pedazos huecos de madera; pero al ceñirse los cascabeles al cuerpo, y cuando movidos estos por el compás del baile dejaban escapar sus claros sonidos, nada podia exceder á su arrebatado gozo.

Los marineros que venian de la playa le dijeron al Almirante, que les habian traido los indios considerables cantidades de oro para trocarlas, dándolas gustosísimos por las mas despreciables bujerias. Estas noticias agradaron sobremanera á Colon. El atento cacique, viendo qne se animaba su semblante preguntó qué habian dicho los marineros. Cuando se enteró al saberlo de la vehemencia con que deseaba el Almirante adquirir oro, le aseguró por señas, que no lejos de allí habia un sitio en las montañas donde abundaba tanto, que apenas tenia ningun valor. Le prometió buscar tanto oro cuanto pudiese desear. El lugar á que aludia, y que llamaba Cibao era en efecto una region montañosa á donde hallaron despues los españoles riquísimas minas; pero Colon confundia aun aquel nombre con el de Cipango.

Guacanagari comió á bordo de la carabela con el Almirante, despues de lo cual le convidó á visitar su residencia. En ella habia preparado una comida tan selecta y abundante como podia prometerse de sus sencillas costumbres, compuesta de útias ó conejos, peces y varios frutos de la isla. Hizo el generoso cacique cuanto en su mano estaba para honrar á su huésped y distraerlo, mostrando una grandeza en los afectos, y una delicadeza en las atenciones, que era imposible haber esperado de un salvaje. Pero su innata dignidad, y el refinamiento de sus modales frecuentemente sorprendieron á los españoles. Era decoroso en su modo de comer, lento y moderado, lavándose las manos al acabar y frotándoselas despues con yerbas odoríferas; lo que supuso Colon tendria por objeto conservar su delicadeza y blandura. Servianle sus súbditos con mucha deferencia, y el se conducia respecto á ellos con afable, pero régio y alto porte. Toda su conducta indicaba á los entusiasmados ojos de Colon las gracias y dignidad innatas de un elevado linaje.

En efecto la soberanía era hereditaria entre aquellos isleños, que tenian un sencillo pero sagaz modo de mantener hasta cierto punto la legitimidad de la descendencia. Cuando moria un caciqne sin hijos pasaba la autoridad á los de su hermana prefiriéndolos á los de su hermano; pues aquellos serian mas verosimilmente de su sangre; porque decian los indios que el que se tenia por hijo de un hermano, podia, por acaso, no tener consanguinidad con su tio, pero los de su hermana habian de ser indudablemente hijos de su madre. La forma del gobierno era completamente despótica; los caciques tenian entero señorio sobre las vidas, las haciendas, y aun la religion de sus súbditos. Tenian pocas leyes, y gobernaban segun su juicio y voluntad; pero gobernaban con dulzura, y recibian gustosa é implícita obediencia. En todo el discurso de la desastrosa historia de aquellos isleños despues que fueron descubiertos por los europeos se hallan evidentes pruebas de su afecto y fidelidad á los caciques.

Acabada la refacciou condujo Guacanagari al Almirante á las bellas arboledas que circuian su morada. Los acompañaban mas de mil indios, todos desnudos. A la sombra de sus frondosos árboles ejecutaron muchos de los juegos y danzas nacionales como Guacanagarí lo habia mandado para ahuyentar la tristeza de su huésped.

Cuando acabaron los indios su entretenimiento, les dió Colon tambien un espectáculo, propio para inspirarles formidables ideas del poder militar de los españoles. Mandó que trajesen de la carabela un arco y aljaba moriscos, y que viniese un castellano que habia servido en las guerras de Granada y era diestro flechero. Cuando vió el cacique la exactitud con que usaba este hombre sus armas, se admiró en extremo, por ser de índole pacífica y muy poco afecto al uso de ellas. Díjole empero al Almirante que los caribes que acometian con frecuencia sus dominios y le arrebataban sus súbditos, venian tambien armados de arcos y flechas. Colon le ofreció la proteccion de los monarcas españoles que destruirian á los caribes, añadiendo que sus armas eran mucho mas temibles y que contra ellos no habia defensa. En prueba de esto mandó descargar un arcabuz y una bombarda. Al estrépito y al fuego cayeron los indios en tierra como si un rayo los hubiese herido, y cuando vieron el efecto de las balas que, como las centellas del cielo desgarraban y hendian los árboles, se llenó su corazon de espanto. Mas al oir de los españoles que los defenderian con aquellas armas en caso de invasion de los caribes, se trocó en alegria su terror; considerándose protegidos por los hijos del cielo, que habian venido en su ayuda, armados de rayos y truenos.

El cacique presentó luego á Colon muchas de sus joyas nacionales; una máscara entallada en madera con los ojos, orejas y otras facciones de oro; le colgó láminas del mismo metal al rededor del cuello, y le puso una especie de diadema dorada en la cabeza.

Tambien manifestó la munificencia natural de su carácter dispensando varios dones á los que iban en la comitiva del Almirante; y se condujo, en fin, de modo



Mujer indígena jugando con sus hijos.

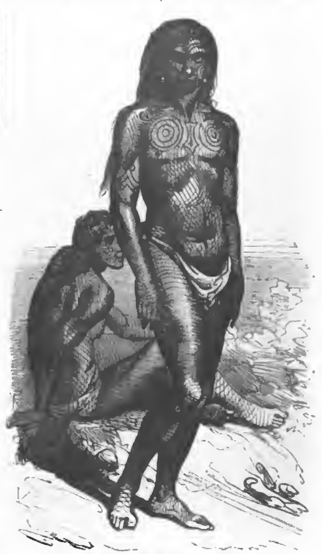
en su estado salvaje, que hubiera hecho honor á un magnánimo príncipe de una nacion civilizada.

Cualquiera bagatela que daba Colon como muestra de su agradecimiento, era tenida en gran aprecio, y considerada como un presente del cielo. Los indios, admirando los artículos de manufactura europea repetian de continuo la palabra *turey*, que en su lengua significa cielo. Pretendian distinguir por el olfato las diversas cualidades del oro; y asimismo cuando se les regalaba algun objeto de hoja de lata, de plata ú otro metal blanco á que no estaban acostumbrados, le olian diciendo al punto *turey*, de excelente calidad. Todo, en fin, cuanto salia de las manos de los españoles, era precioso á sus ojos; un pedazo de correa, ó de hierro mohoso, la cabeza de un clavo, todo tenia para ellos oculta y sobrenatural virtud; y todo olia á *turey*. Pero buscaban cascabeles con el mismo afan que buscaban oro los españoles. No podian contener su éxtasis al sonido de ellos, y bailaban y ejecutaban cuando los oian mil distintos y extravagantes movimientos. Una vez dió un indio medio puñado de polvos de oro por uno de ellos; y no bien lo tenia en su posesion, cuando se apartó corriendo á los bosques, mirando atrás con frecuencia temeroso de que se arrepintieran los españoles de haberse deshecho por tan poco de aquella inestimable riqueza.

La extrema bondad del cacique, la afabilidad de las gentes, las cantidades de oro que cotidianamente le traian en cambio de los mas simples objetos, y los informes que incesantemente recibia de los opulentos manantiales de riquezas que aquella bellísima isla encerraba en su seno todo contribuyó á consolar al Almirante de su reciente desventura.

Tambien los náufragos viviendo en tierra y mezclándose libremente con los naturales, se fascinaron al contemplar aquella fácil é indolente vida. Faltos de los penosos desvelos anejos á la vida del hombre civilizado, que solo ha sabido crearse necesidades ficticias la existencia de aquellos isleños les parecia á los españoles un agradable sueño. Nada los inquietaba. Algunos campos cultivados casi sin trabajo, les daban las raices y legumbres de que se componia la mayor parte de su alimento. Sus rios y costas abundaban en peces; sus árboles estaban cargados de odoríferos, bellos y sabrosos frutos. Suavizado su carácter por su espléndida naturaleza, pasaban mucha parte del dia en indolente reposo, gozando de aquella riqueza de dulces sensaciones que inspiran un cielo sereno y un clima voluptuoso, y por las tardes bailaban en sus aromáticas arboledas, ó al son de los cantos nacionales, ó al de la ruda voz del tamboril silvestre.

Tal era la festiva y descuidada existencia de aquel sencillo pueblo, que, si bien carecia de una dilatada extension de goces y de aquellos placeres de esquisito y estimulante gusto que la civilizacion engendra, tambien estaba libre de las mas de sus miserias. El vene-



Indígenas de la isla de Guanahani.

rable Las-Casas observa, hablando de su completa desnudez, que casi parecia que estaban en aquella feliz situacion, en que nuestros primeros padres no habian engendrado aun el pecado original. Hubiera podido añadir, que tambien parecian libres de la pena decretada contra los hijos de Adan, cuyo *pan habia de comerse regado con el sudor de la frente.*

Cuando los marineros españoles consideraban su dura y penosa vida y los cuidados y trabajos que aun les quedaban que sufrir si volvian á Europa, no es maravilla que mirasen con envidia la sosegada vida de los indios. Adonde quiera que entraban, se les recibia con agasajadora hospitalidad. Los hombres eran sencillos, francos y cordiales; las mujeres amorosas y complacientes, y prontas á formar aquellos lazos que ligan el corazon mas vagaroso. Veian el oro reluciendo en derredor suyo, y podian adquirirlo sin trabajo, y procurarse todos los placeres sin coste. Cautivados con estas ventajas, muchos rodearon al Almirante representándole las dificultades y sufrimientos que tendrian que arrostrar á la vuelta, yendo tantos en una pequeña carabela; y pidiéndole encarecidamente les permitiese quedarse en la isla.

CAPITULO X.

CONSTRUCCION DE LA FORTALEZA DE LA NAVIDAD.

(1492.)

La solicitud que expresaron muchos marineros por quedarse en la isla, junto con el amistoso y pacífico carácter de los naturales, sugirió á Colon la idea de formar el gérmen de una futura colonia. Los últimos restos de la carabela suministraban abundancia de materiales para construir un fuerte, que se podia defender con sus mismos cañones y municiones: Colon tenia además provisiones bastantes que dejarles para mantener una corta guarnicion por un año. La gente que permaneciese en la isla, podia esplorarla, reconocer sus minas y otros manantiales de riqueza; adquirir comerciando con los isleños una considerable



Construccion de la fortaleza de la Navidad.

cantidad de oro; aprender su lengua, y habituarse á sus costumbres para ser útiles en las futuras empresas. En el entre tanto volveria el Almirante á España, daria cuenta de su viaje y traeria nuevas fuerzas.

No bien rayó esta idea en el ánimo de Colon, cuando se entregó á llevarla á efecto con su natural actividad. Se deshizo el lastimado casco, y se trajo en piezas á la costa, escogiendo sitio, y haciendo preparativos para levantar una torre. Cuando supo Guacanagarí las intenciones del Almirante de dejar parte de sus marineros para defender la isla de los caribes, mientras iba el por mas á su país, se quedó adsorto de júbilo. Los indios manifestaron igual contento á la idea de conservar entre ellos aquella gente extraordinaria, y á la perspectiva de ver llegar de nuevo al Almirante con navios enteros de cascabeles y otras preciosidades. Ayudaron, pues, con entusiasmo á la edificacion del fuerte, no presintiendo que labraban así para sus cuellos el duro yugo de una perpétua y trabajosa esclavitud.

Apenas se habian empezado los preparativos para erigir la fortaleza, cuando ciertos indios trajeron la noticia de que la carabela Pinta habia anclado en un rio, al extremo oriental de la isla. Colon se procuró inmediatamente una canoa de Guacanagarí, tripulada por indios, y envió en ella un español con carta para Pinzon, sin darle queja alguna por su irregular conducta, pero previniéndole que se le reuniese sin tardanza.

Volvió la canoa despues de tres dias de ausencia, habiendo costeado la isla por veinte leguas, pero sin ver ni oir cosa alguna de la Pinta; y aunque el Almirante recibió poco despues otras nuevas de que estaba hácia el Oriente, no quiso darles crédito.

La desercion de aquel buque era fuente de incesante zozobra para el Almirante, y vino á conmover todos sus proyectos. Si volviese Pinzon á España antes que él trataria indudablemente de escusar su conducta con injuriosos informes, perjudiciales á las espediciones futuras. Podia quizá esforzarse en preo-

cupar al público, y arrebatarle la palma del descubrimiento. Si la Pinta se perdiese, la situacion de Colon seria aun mas crítica. Solo un buque mal pertrechado y pésimo velero sobreviviria á su expedicion. De la precaria vuelta de una quebrantada barca al través de tan inmensas extensiones del Océano, dependeria el éxito de su expedicion. Y si esta embarcacion naufragase tambien, con ella finarian todos los recuerdos de su grande descubrimiento: la oscuridad de su destino desanimaria las futuras empresas, y el Nuevo-Mundo permaneceria desconocido como lo estaba antes. No osaba Colon arriesgarse á tanto, prolongando su viaje para explorar aquellas magníficas regiones, que parecian brindarle por todas partes con su hermosura; y así, se decidió á no perder tiempo, volviendo via recta á España.

Mientras se edificaba el fuerte, continuó recibiendo el Almirante pruebas diarias del afecto y amistad de Guacanagarí. Siempre que la superintendencia de las obras le llamaba á tierra le recibia aquel caudillo con la mas cordial y sincera hospitalidad. Preparó para él la casa mayor del pueblo, cubriendo el suelo con hojas de palma, y amueblándola con escaños de una madera negra y luciente parecida al azabache. Cuando recibia al Almirante, era siempre á guisa de rey, poniéndole al cuello alguna joya de oro, ó haciéndole algun regalo de valor.

Una vez bajó á recibirlo hasta la orilla del mar, seguido de cinco caciques tributarios, cada uno con una diadema de oro; le condujeron con mucha deferencia á la ya dicha casa, donde sentándolo en una de las sillas, se quitó Guacanagarí su propia corona de oro, poniéndosela en la cabeza: Colon se quitó un bello collar de cuentas que llevaba, y se lo puso al cacique en el cuello; le vistió tambien un manto de fina tela, le dió un par de bolas de color y le ciñó al dedo una grande sortija de plata, cuyo metal los indios estimaban en mucho por no tenerlo en su isla. Tales eran los actos de benevolencia y amistad con que se trataban de contínuo Colon y este cacique de pródigo y levantado corazon.

Tambien se esmeró en procurar al Almirante una grande cantidad de oro para antes de su partida. Estas remesas, y los vagos informes que por signos é imperfectas interpretaciones llegaban á Colon, excitaron en su ánimo magníficas ideas de la riqueza que existiria en el interior de la isla. Los nombres de montañas, provincias y caciques se confundian y mezclaban en su imaginacion, y suponia que se encontraban lugares donde se hallaban grandes tesoros: especial y continuamente ocurria el nombre de Cibao, dorada region de las montañas, donde se procuraban los indios minerales para sus adornos. En el pimiento, de que abunda la isla, creia Colon hallar trazas de las especias orientales, y se figuró haber encontrado muestras de ruibarbo.

Pasando con su acostumbrada grandeza de alma de la ansiedad y la duda á los mas lisonjeros ensueños, consideraba su naufragio como uno de aquellos afortunados sucesos, misteriosamente prevenidos por el cielo, para proporcionar el buen éxito de su empresa. Sin este aparente desastre no se hubiera detenido en la isla, ni averiguado su secreta opulencia; porque no era su intencion otra, que la de tocar á varios puntos de la costa, y seguir adelante. Y en prueba de que la providencia divina se habia manifestado en estos sucesos, cita la circunstancia de haber naufragado en perfecta calma, sin mar y sin viento, y la desercion del piloto y marineros que fueron á levar el ancla por la popa, pues qué si hubiesen obedecido sus órdenes, se habria arrastrado el buque fuera de la arena, y hubiera seguido su viaje, quedando ocultos para ellos los tesoros que entrañaba la isla. Contemplaba ya los gloriosos frutos; que le produciria en adelante aquella fugaz avería porque esperaba, dice, encontrar á su vuelta de España una tonelada de oro, ganada en legítimo comercio por los españoles que atras dejaba, quienes habrian descubierto, además, especias y minas en tanta abundancia, que los soberanos podrian en menos de tres años emprender una cruzada para el rescate del Santo Sepulcro. Porque así se lo protesté á vuestras altezas, añade, que toda la ganancia que de esta mi empresa resultaria, se gastase en la conquista de Jerusalém, y vuestras altezas se rieron, y dijeron que aun sin esto estaban bien dispuestos á ello.

Este era el visionario pero levantado entusiasmo de Colon, cuando deslumbrado por sus descubrimientos soñaba encontrar mares de riquezas. Lo que en algunos ánimos hubiera despertado la sórdida codicia de atesorar oro, llenaba de súbito su fantasía de proyectos de magníficos dispendios. ¡Pero cuán pobre es la inteligencia humana, cuando intenta sondear los arcanos de la divina Providencia! El naufragio que consideraba Colon un acto del favor divino, una revelacion de los secretos de aquellos paises, solo sirvió para encadenarlo y limitar sus descubrimientos. Eslabonó su fortuna por el resto de sus dias á esta isla, destinada á serle fuente de cuidados y turbaciones, á hacerle caer en la incertidumbre, y á llenar sus últimos años de humillacion y amargura.

CAPITULO XI.

REGULACION DE LA FORTALEZA DE LA NAVIDAD.—SALIDA DE COLON PARA ESPAÑA.

Tanta fue la actividad de los españoles en la construccion de su fuerte, y tan asídua la ayuda de los habitantes de la isla, que en diez dias ya estaba pronto para el servicio. Hicieron una grande bóveda, erigiendo encima una torre de madera, y rodeándola de un ancho foso. Proveyéronla de cuantos pertrechos se habian sacado del naufragio ó podia ceder la otra carabela: y montados ya los cañones, tenia un formidable aspecto, suficiente para intimidar y repeler los desnudos habitantes. Era Colon de dictámen que bastaria poca fuerza para subyugar á toda la isla. Consi-raba una fortaleza y las restricciones de la guarnicion mas necesarias para mantener el órden entre los españoles mismos, é impedir sus escursiones y los excesos que pudieran cometer entre los indios.

Acabada la fortaleza, le dió, asi como al puerto y poblacion adyacentes, el nombre de la Navidad, en memoria de haber escapado del naufragio en dia de pascua. Tenian muchos el afan de quedarse en la isla, y entre estos escogió los treinta mas idóneos y de mas ejemplar conducta. Dióle el mando á Diego de Arana, natural de Córdoba, escribano y alguacil de la escuadra, revistiéndole con el pleno poder de que él mismo habia sido investido por los soberanos católicos. En caso de su muerte, debia sucederle Pedro Gutierrez, y á este Rodrigo de Escovedo. Se habia salvado del naufragio el bote y lo dejó para pescar; muchas semillas, á mas de una grande cantidad de artículos de tráfico indiano, para que se procuraran todo el oro que les fuese posible, antes de la vuelta del Almirante. Quedaron entre los individuos de la guarnicion un físico, un carpintero náutico, un calafate, un tonelero, un sastre y un armero, todos hábiles en sus respectivas profesiones.

Al acercarse el tiempo de su partida juntó Colon la gente que debia permanecer en la isla, y les dirigió un discurso preñado de vehementísimos conceptos. Les encargó, en nombre de los soberanos, una estricta obediencia al oficial á quien él habia confiado el mando. Encargóles el mayor respeto y deferencia al cacique Guacanagarí y á sus ministros, y que jamás olvidasen cuánto debian á su benevolencia, y cuán importante era que sus pruebas de amistad no se extinguiesen para su propia prosperidad. Que fuesen

circunspectos en su comercio con los indios, tratándolos siempre con suavidad y justicia, y evitando todo acto violento y toda disputa; pero principalmente que fuesen discretos en su conducta con las mujeres indias, frecuente manantial de disturbios y desastres en el comercio con las naciones salvajes. Advirtióles ademas, que por ningun pretesto se dispersaran, sino que siempre estuviesen juntos, puesto que de su union dependian su seguridad y fuerza; prohibiéndoles tambien el que pasaran mas allá de los territorios de Guacanagarí. Recomendó á Arana y á los otros gefes, que no perdonasen trabajo alguno para adquirir perfectos y valederos datos de los productos y minas de la isla, para procurarse oro y especias, y para explorar la costa en pos de un territorio mejor situado en que establecer una colonia, siendo aquel puerto peligroso por las rocas y bancos que sitiaban su entrada.

El 2 de enero de 1493 desembarcó Colon para despedirse del generoso cacique y sus capitanes, pensando darse á la vela al dia siguiente. Dióles en señal de despedida una fiesta en la casa que le habian destinado, y recomendó á la bondad de los indios los hombres que quedaban, particularmente á Diego de Arana, Pedro Gutierrez y Rodrigo de Escobar, sus lugar-tenientes, asegurándole al cacique que cuando volviera de Castilla, traeria abundancia de joyas mas preciosas, que nunca él y sus gentes habian visto. El digno Guacanagarí manifestó un profundo deseo de su pronto regreso, y le aseguró que los españoles que quedaban no carecerian jamás de provisiones ni de cualquier otro servicio que estuviese en su mano hacerles.

Para grabar mas y mas en la imaginacion de los indios la idea de la condicion guerrera de sus gentes, mandó que estas ejecutasen escaramuzas y simulacros de guerra. Usaron en ellas las espadas, y escudos, lanzas y arcos, cañones y arcabuces. Quedaron los indios sorprendidos al ver el corte de las espadas, y la mortífera potencia de las flechas y arcabuces; pero cuando descargó la fortaleza sus pesadas bombardas, envolviéndola en orlas de humo, extremeciendo las selvas vecinas con su trueno, y desgajando los árboles con las balas de piedra que se usaban entonces, la reverencia mas profunda se mezcló con su admiracion. Pensando que todo aquel tremendo poder se emplearia en protegerlos, se regocijaban y temblaban al mismo tiempo; pues ya su isla estaba á salvo de los indomables caribes, y ellos mismos libres del cautiverio.

Cuando se hubieron concluido las festividades del dia, abrazó Colon al cacique y sus principales capitanes por última despedida. Guacanagarí se conmovió mucho y vertió abundantes lágrimas; porque al paso que le llenaban de reverencia la dignidad del Almirante y la idea de su naturaleza sobrehumana, le cautivaron completamente su benignidad y mansedumbre. La despedida les fue en efecto dolorosa á ambas partes. La llegada de los buques fue un suceso de admiracion y estímulo para los isleños, que solo habian hasta entonces conocido las buenas cualidades de sus huéspedes, y enriquecídose con sus dones celestiales; mientras lisonjeaba á los duros marineros europeos la deferencia con que los trataban, hechizándolos la bondad é ilimitada benevolencia de los indios.

La despedida mas triste fue entre los españoles que partian, y los que se quedaban en tierra; porque la fuerza del peligro enlaza indisolublemente el corazon de los hombres. La reducida guarnicion, empero, manifestó buen ánimo é indomable resolucion. Esperaban ya con seductores proyectos el dia en que el Almirante volviera de España con refuerzos considerables, y le prometieron darle buena cuenta de todo lo que quedaba á su cuidado. La carabela se detuvo un dia mas, por la ausencia de algunos de los indios que debian ir á España. Al fin se disparó el cañon de leva; dieron el último saludo al puñado de camaradas que dejaban en los desiertos de un mundo desconocido, los cuales repitieron sus muestras de dolor, teniendo clavados los ojos en la ruta que seguian sus compañeros, hasta que se perdieron en la inmensidad de los mares. Estaba decretado que jamás les darian la bienvenida por su vuelta.

LIBRO V.

CAPITULO PRIMERO.

COSTEO HÁCIA EL EXTREMO ORIENTAL DE LA ESPAÑOLA.—ENCUENTRO CON PINZON.—ESCARAMUZA CON LOS INDIOS DEL GOLFO DE SAMANA.

(1493.)

El 4 de enero se dió Colon á la vela en la Navidad para regresar á España. Estaba el viento ligero, y fue preciso sacar la carabela del puerto á remolque, para librarla de los escollos de que estaba rodeada. Siguieron luego el rumbo del Oriente hácia un alto promontorio cubierto de árboles y yerbas, que en la forma de una tienda de campaña aparecia desde lejos como una escelsa isla, unido á la Española solo por una baja garganta de tierra. Dió Colon á este promontorio el nombre de Monte-Christi, por el que se conoce todavia. El pais de las inmediaciones era plano, pero se elevaba hácia el interior una cordillera de montañas, bien abastecida de maderas, con anchos y fructíferos valles, regados por abundantes aguas. Habiéndose manifestado contrario el viento, se detuvieron cuarenta y ocho horas en una bahia al Occidente del promontorio. El 6 hicieron de nuevo vela con viento de tierra, y doblando el cabo navegaron diez leguas mas, cuando se les cambió otra vez el viento. A esta sazon, un marinero que estaba de guardia para avisar si habia rocas, gritó que divisaba la Pinta. Alegráronse todos de la noticia, siendo feliz acontecimiento el de encontrar de nuevo á sus compañeros por aquellos solitarios mares. La Pinta vino directamente hácia ellos con viento en popa; y viendo el Almirante que era en vano luchar con el tiempo adverso, y que no habia anclaje seguro en las inmediaciones, volvió á la bahía de Monte-Christi, seguido por la otra carabela. En la primera entrevista hizo grandes esfuerzos Pinzon para hacer valer su prentendida inocencia, diciendo que circunstancias independientes de su voluntad le habian obligado á separarse, y dando escusas de suyo frívolas é infundadas. Colon refrenó su indignacion, y las admitió tácitamente. Tenia Pinzon mucho partido en la escuadra; los mas de los marineros eran sus conciudadanos; muchos de ellos sus parientes, y uno de los gefes su hermano; mientras Colon era extraño, y lo que es peor extranjero. Pinzon, poco generoso, habia abusado de estas circunstancias muchas veces, durante el viaje, abrogándose una no debida importancia, y tratando al Almirante con desatencion. Poco deseoso de provocar rencillas que pudiesen comprometer el viaje, escuchó Colon pasiva, pero incrédulamente las escusas de Pinzon, convencido de que se le habia separado con plena voluntad de hacerlo, y por motivos de egoismo é interés. Varias circunstancias, algunas contenidas en su propia apologia, y otras en las narraciones de sus compañeros, confirmaron esta opinion. Le habia evidentemente estimulado un impulso repentino de avaricia. Al separarse de la otra carabela, tomó al Oriente en busca de una isla de imaginaria opulencia, descrita por los indios de su buque. Despues de perder mucho tiempo entre una piña de isletas que se supone serian los Caicos, le guiaron al fin los indios á la Española, en donde habia pasado tres semanas, comerciando en varias partes con los naturales; espe-

cialmente en un rio á quince leguas del puerto de la Navidad. Habia reunido gran cantidad de oro, la mitad del cual retuvo como capitan, dividiendo la otra entre los marineros, para asegurar su fidelidad y comprar su silencio. Despues de hacerse con un botin considerable dejó el rio, llevándose cuatro indios y dos muchachas que tomó á la fuerza, para venderlos todos en España. Pretendia ignorar que estuviese Colon cerca de él en la misma isla, y aseguraba que iba en su busca, cuando lo encontró en el Monte-Christi.

Habiéndosele juntado la otra carabela, hubiera querido el Almirante explorar las costas de aquella imaginaria isla de Cipango; en cuyo caso no dudaba que podia cargar sus bajeles de tesoros; pero no tenia ya confianza en los Pinzones, estaba sujeto á sufrir su frecuente arrojancia y contradicion, y no seguro de que Martin Alonso no volviese á desertarse. Determinó en consecuencia seguir su viaje á España, y explorar en otra expedicion aquellas doradas regiones.

Mandó por lo tanto los botes á un rio que desembocaba en la bahía, para que hiciesen provision de agua y leña para el camino. Este rio, llamado por los naturales el Yaque, desciende de las montañas del interior, y se enriquece antes de desaguar en el mar con las aguas que le tributan varios afluyentes. Colon observó entre las arenas del desembocadero muchas partículas de oro, y encontró otras adheridas á los aros de los barriles de agua; por eso le llamó rio de Oro, hoy de Santiago. En las cercanías se hallaban tortugas de gran tamaño. Tambien dice Colon en su diario que vió tres sirenas á flor de agua, y que ya habia visto otras en la costa de Africa; y añade que no eran de modo alguno tan bellas como se habia supuesto, aunque poseian algunas facciones del semblante humano. Es probable que fuesen estas focas ó becerros marinos, vistos confusamente y desde lejos, y que la fantasía de Colon, propensa á dar maravilloso carácter á cuanto existia en el Nuevo Mundo, confundiese aquellos deformes animales con las sirenas de la fábula antigua.

En la tarde del 9 de enero se dieron otra vez á la vela, y al dia siguiente llegaron al rio donde Pinzon habia estado comerciando, y al que dió el nombre de Gracia; pero tomó la apelacion de su descubridor original, y siguió llamándose por mucho tiempo rio de Martin Alonso. Allí recibió pruebas adicionales de la criminalidad y falacia de Pinzon, averiguando que habia estado diez y seis dias en el rio, aunque obligó á su tripulacion á declarar que solo fueron seis; y que habia recibido noticias del naufragio del puerto de la Navidad, esperando para darse á la vela en socorro del Almirante, el haber satisfecho con la coleccion del oro sus propios intereses. Colon tambien se abstuvo de hablarle de esta manifiesta violacion de sus deberes; pero obligó á Pinzon á que restituyese á sus casas los cuatro hombres y las dos niñas que habia arrancado de ellas, vistiéndolos muy bien, y haciéndoles muchos regalos, para compensar la injuria que habian recibido, ó impedir que los naturales tomasen ojeriza á los españoles. Pinzon manifestó con agrias palabras la repugnancia que tenia á devolver las robadas presas.

Estando el viento favorable, pues en aquellas regiones los fijos alternan con frecuencia en el otoño é invierno con brisas del Nor-oeste, siguieron costeando la isla hasta llegar al alto y bello promontorio llamado entonces cabo del Enamorado, y ahora del Cabron. Surgieron algo mas allá en una dilatada bahía, ó mas bien golfo, de tres leguas de ancho, y que se extiende tanta tierra adentro, que supuso Colon á primera vista fuese un brazo de mar que separaba la Española de otras tierras. Al desembarcar vieron que se diferenciaban los naturales de los apacibles indios que habian hasta entonces visto en la isla. Eran estos feroces de aspecto, y de porte turbulento y belicoso. Iban pintados espantosamente, y llevaban los cabellos largos y atados por la espalda, y decorados con plumas de loros y otros pájaros de colores fuertes. Tenian arcos y flechas, clavas, y espadas de formidable especie. Eran los arcos tan largos como los que solian usar los sagitarios ingleses; las flechas de delgados juncos, con puntas de madera endurecida, espina ó hueso. Las espadas de madera de palma, tan dura y pesada como el hierro; no afiladas sino anchas, y casi de dos pulgadas de espesor, y capaces de abrir de un golpe el yelmo de un guerrero hasta los sesos. Aunque armados de un modo tan idóneo para guerrear, no intentaron molestar á los españoles; al contrario, les vendieron dos arcos y muchas flechas, y condescendió uno de ellos en pasar á bordo de la carabela del Almirante.

Cuando vió Colon la feroz mirada y audaz y altivo continente de este guerrero salvaje, creyó que fuesen él y sus compañeros de la nacion de los caribes, tan temidos por aquellos mares; y que el golfo en que anclara, era un estrecho que separaba su isla de la Española. Pero al preguntarle al indio señalaba todavía hácia el Oriente, como el punto en que se encontraban situadas las islas caribes. Tambien habló el indio de una isla llamada por él Mantinino, y segun entendió Colon, poblada solo de mujeres que recibian á los caribes entre ellas una vez al año, con el objeto de continuar la raza en la isla. La progenie masculina que de esta visita resultaba, la mandaban á sus padres, conservando ellas las hembras.

Estas amazonas se nombran repetidamente en los viajes de Colon, y forman otra de sus ilusiones, que solo puede explicar la obra de Marco Polo. Describió aquel viajero dos islas semejantes de la costa del Asia, una habitada solo por mujeres y otra por hombres. Colon, creyendo estar en aquellos puntos, explicó los signos de los indios, de manera tal que coincidiesen con la descripcion del veneciano.

Habiendo refrescado el guerrero á bordo de la carabela y recibido varios regalos, volvió otra vez á sus playas de órden del Almirante, que confiaba abrir por su mediacion comercio de oro entre sus compañeros. Al acercarse á tierra el bote, mas de cincuenta salvajes armados de arcos y flechas, clavas y lanzas, se vieron correr entre los árboles. A la primera palabra del indio que iba á bordo, arrojaron las armas y se adelantaron á recibir á los españoles. Estos, segun las órdenes del Almirante, quisieron comprar algunas armas para llevarlas como curiosidades á España. Vendiéronles los indios dos arcos; pero asaltados por repentina desconfianza, ó creidos de que subyugarian fácilmente aquel puñado de extranjeros, se precipitaron al sitio adonde habian dejado sus armas, las empuñaron arrebatadamente y volvieron blandiéndolas con gritería y miradas amenazadoras hácia los españoles, trayendo cuerdas para atarlos. Estos los atacaron inmediatamente, hirieron á dos, y dispersaron á los otros aterrados de ver el centellante lustre y agudo corte de las armas toledanas. Los españoles los hubieran perseguido y muerto á muchos, pero los detuvo el piloto que mandaba el bote. Esta fue la primera contienda que tuvieron con los indios, y la vez primera que se derramó la sangre de los indígenas por los blancos en el Nuevo Mundo. Colon sintió ver que habian sido inútiles todos sus esfuerzos para mantener un comercio amistoso con ellos; pero se consolaba con la idea de que si eran caribes ó indios fronterizos de belicoso carácter, les habria inspirado aquella escaramuza miedo á la fuerza y armas de los blancos, y no se atreverian á molestar la pequeña guarnicion del fuerte de la Navidad. Eran empero, aquellos indios de la tribu de los ciguayanos, osada y endurecida raza de un distrito montañoso, que se extendia veinte y cinco leguas á lo largo de la costa y muchas por el in-

terior. Diferian en idioma, modales y apariencia de los otros naturales de la isla, y tenian mas del rudo, pero independiente y vigoroso carácter de los montañeses.

Su franco y audaz espíritu se mostró al dia siguiente de la escaramuza, cuando habiendo aparecido multitud de ellos por la costa envió al Almirante una partida bien armada en su bote. Los indios se acercaron sin vacilar tan confiados é impávidos como si nada hubiese sucedido, ni tampoco mostraron en todo el discurso de su comercio posterior signo alguno de enemistad ó de miedo. El cacique que mandaba aquellos paises se encontraba en la ribera, envió al bote una sarta de piedrezuelas chicas ó mas bien de pedazos de concha, que creyeron los españoles signo de amistad y confianza, pero aun ignoraban el verdadero sentido de aquel símbolo, que era el tahalí de la paz sagrado entre los indios. El caudillo vino poco despues y entrando en el bote con tres de los suyos, pasó á bordo de la carabela.

Esta franca y confiada conducta, signo seguro de una índole osada al par que generosa, fue apreciada en mucho por Colon. Recibió al cacique con mucha cordialidad, le presentó una refaccion tan buena como podia permitirlo la carabela, particularmente de galleta y miel, exquisitos manjares para los indios, y despues de enseñarle las maravillas del buque y hacerle regalos á él y á los de su comitiva, les envió á tierra contentísimos de su recibimiento. La residencia del cacique estaba tan lejos, que no pudo devolverle la visita, pero en prueba de alta consideracion envió al Almirante su diadema de oro. Al hablar de estos incidentes no mencionan los historiadores el nombre del cacique; pero era sin duda el mismo que, algunos años despues, aparece en la historia de la isla bajo el nombre de Mayonabex, gefe de los ciguayanos, conduciéndose con valor, franqueza y magnanimidad en las mas apuradas circunstancias.

Permaneció Colon un dia ó dos en la bahía en el mas amistoso trato con los naturales, que le traian algodon, frutos y legumbres; pero como guerreros, ni aun para esto desamparaban sus arcos y flechas. De cuatro indios jóvenes que subieron á bordo de la carabela, recibió Colon tan interesantes noticias de las islas del Oriente, que determinó verlas á su vuelta para España, y aun persuadió á aquellos jóvenes á que lo acompañasen como guias. Aprovechándose de un viento favorable, se dió á la vela el 16 de enero antes de amanecer dejando la bahía, á la cual en consecuencia de la escaramuza con los isleños, puso el nombre de golfo de las Flechas, conocido hoy por el de Samaná.

Tomó Colon primero el rumbo del Nord-este, en que hallaria segun la aseveracion de los indios, la isla de los caribes, y la de Mantinino, vivienda de las amazonas, deseando llevar consigo habitantes de todas que presentar á los reyes. Despues de haber navegado como diez y seis leguas cambiaron de opinion los guias indios, y señalaron al Sud-este. Esta direccion le hubiera llevado á Puerto-Rico, que en efecto se conocia entre los indios como la isla de los caribes. El Almirante viró sin detenerse hácia aquel punto, pero aun no habia navegado dos leguas, cuando se levantó una favorable brisa para España. Veia que empezaba el descontento á oscurecer los semblantes de los marineros cuando se separaban en lo mas mínimo de la ruta de sus casas. Reflexionando sobre la poca influencia que tenia en los sentimientos y afectos de aquellos hombres, sobre la insubordinacion que otras veces habian manifestado en el viaje, sobre la poca fe y lealtad de Pinzon, y el mal estado de los buques, cambió repentinamente de idea. Mientras su vuelta no se verificase, quedaba el descubrimiento á la merced de mil contingencias, y cualquier accidente adverso podia sepultarlo con su frágil barca, y todos los recuerdos del viaje para siempre en el Océano. Combatiendo, pues, sus simpatías por lanzarse á nuevos descubrimientos, queriendo poner á salvo de cualquier avería sus magníficas conquistas viró de nuevo para España ganándose así los corazones de toda la tripulacion.

CAPITULO II.

VIAJE DE VUELTA.—VIOLENTAS TEMPESTADES.—LLEGADA Á LAS ISLAS AZORES.

(1493.)

Los vientos fijos, que tan favorables habian sido á Colon en el anterior viaje, llevándolo en popa al Nuevo Mundo, le fueron á su vez adversos para el regreso. Pronto se disipó la favorable brisa; y lo restante de enero lo pasaron con vientos ligeros del Oriente, que les impedian hacer grandes progresos. Detúvolos tambien con frecuencia el mal estado de la Pinta, cuyo palo de trinquete estaba inutilizado, y no podia hacer mucha vela. Hubiera Pinzon podido remediar en el puerto esta avería, si no se hubiese entregado exclusivamente á la recoleccion del oro. El tiempo continuaba apacible y sereno, y la mar en tanta calma, que los indios que iban á bordo se echaban de continuo á nadar al rededor de los buques. Vieron muchos atunes, de los que pudieron matar uno, y tambien un formidable tiburon; estos les dieron provisiones, de que empezaban á carecer; porque no tenian mas que pan, vino y pimientos, ó agíes que los indios les habian enseñado á usar como alimento importante.

A principios de febrero, habiendo recorrido unos treinta y ocho grados de latitud Norte, y vencido el trecho del Océano en que reinan los vientos fijos, empezaron á tener mas favorables brisas, y pudieron tomar el rumbo de España. En consecuencia de los frecuentes cambios de direccion que habian tenido, llegaron á verse los pilotos muy inciertos en sus cálculos, cuyos resultados diferenciaban bastante entre sí, y todavía mas de la verdad. Colon además de llevar los suyos muy cuidadosamente, observaba con vigilancia todos los fenómenos, de donde infiere el experto navegante las longitudes y latitudes, mientras los inexpertos solo veian ante sus ojos la inmensidad del Océano. En todos sus viajes estudiaba las sencillas indicaciones que dan la mar, el cielo y el aire, con la atencion de un gefe: el destino suyo y de sus buques dependió á menudo de estas observaciones en los desconocidos mares que habia atravesado; y su extraordinaria sagacidad en descifrar los signos de los elementos, la miraban los marineros casi como una dote divina. En el presente viaje hácia España observó donde principiaban y concluian los grandes parches de yerbas flotantes; y al salir de entre ellos concluyó que estaria con corta diferencia al mismo grado de longitud donde los encontró á la venida; esto es, unas doscientas sesenta leguas al Occidente de Ferro. El 10 de febrero, Vicente Yañez Pinzon y los pilotos Ruiz y Bartolomé Roldan, que iban á bordo del bajel del Almirante, examinaron sus mapas, y compararon sus cálculos para determinar la situacion en que se hallaban; pero no pudieron convenirse. Ambos pensaban estar lo menos ciento cincuenta leguas mas cerca de España de lo que Colon creia, y en la latitud de Madeira; mientras él se consideraba en la direccion de las Azores. Dejóles empero, sumirse en sus errores y aun atizó sus disputas para aumentar su incertidumbre, con el objeto de que solo retuviesen una idea confusa del viaje, poseyendo él solo, claro conocimiento de la via que llevaba á las regiones recien descubiertas.

El 12 de febrero, cuando ya se lisonjeaban de ver pronto la tierra, se enfurecieron de pronto los vientos: agitándose la mar por extremo; pero conserva-

ron su rumbo hácia el Oriente, aunque con la mucha fatiga y peligros que la turbulencia de los elementos les causaba. Al otro dia crecieron, al ponerse el sol, el mar y el viento; se vieron tres relámpagos al Nord-este, los cuales consideró Colon como señales de próxima tempestad, ó bien de aquel mismo punto ó del opuesto. No tardó en desplegarse amenazadora y violenta sobre sus cabezas: sus quebrantadas, frágiles y pequeñas barcas, que hasta de cubierta carecian, eran poco idóneas para resistir las horrorosas tormentas del Atlántico; pasaron la noche á palo seco, arrebatados de una en otra parte por la furia de los vientos. Al rayar el dia 14 hubo un corto intérvalo, en que pudieron hacer vela; pero empezaron de nuevo las rachas del Sur, con doble vehemencia, rugiendo todo el dia y aumentando su furor por la noche; y en tanto sufrian los buques embates y grandes trabajos por las procelosas aguas, y las altas olas amenazaban sepultarlos para siempre en lo profundo. Por tres horas se mantuvieron sin mas vela que la necesaria para escapar de las sañudas ondas; pero aumentaba la tempestad, y tuvieron que abandonar sus esfuerzos, y entregarse al fin á la merced de mar y viento. Lo mismo hizo la Pinta, y pronto desapareció entre las tinieblas de la noche. El Almirante se mantuvo cuanto le fue posible al Nord-este, para aproximarse á la costa de España, y puso señales con luces, para que la Pinta hiciese lo mismo y no se separaran. Pero esta, por la debilidad de su palo de trinquete, no podia contrarestar el viento, y tuvo que correr con él en popa hácia el Norte. Por algun tiempo respondió á las señales del Almirante, pero se veian sus luces á mayor y mayor distancia, hasta desaparecer del todo.

Colon siguió impelido por los desatados vientos y el furioso mar toda la noche, lleno de funestos presentimientos acerca del destino de su propio buque y de temor por el de Pinzon. Al rayar el dia no presentaba la mar mas que un pavoroso desierto de disformes y rotas ondas, cuya furia aumentaban los vientos de continuo; miró ansiosamente en derredor á ver si descubria la Pinta, pero no se hallaban ya vestigios de ella. Mandó entonces izar algunas velas para conservar su bajel delante de las olas, y evitar que alguna se le quebrase encima. Al salir el sol crecieron aun mas los vientos y el oleaje; y pasó la indefensa barca todo aquel temeroso dia, arrebatada por los vientos, y perdida en el proceloso mar.

Viendo que era inútil todo esfuerzo humano, se empeñó Colon en aplacar la cólera del cielo con solemnes votos y actos de penitencia. Pusiéronse por órden suya en un gorro tantas habas como personas habia á bordo, y el signo de la cruz abierto en una de ellas. Todos hicieron voto de ir en peregrinacion, si les tocaba la suerte, á la capilla de Santa María de Guadalupe, llevando una vela de cera de cinco libras. El Almirante fue el primero que puso la mano, y á él le cupo la suerte. Desde aquel momento se consideró como peregrino, obligado á cumplir el voto. Echóse tambien suerte para una peregrinacion á Nuestra Señora de Loreto, y le cayó á un marinero llamado Pedro de Villa, á quien prometió el Almirante pagarle los gastos del viaje. Otra suerte se echó, en fin, para una peregrinacion á Santa Clara de Moguer, donde habia de celebrarse misa solemne, pasando en oracion toda la noche: esta tambien le tocó á Colon.

Y como continuase el furor de la tempestad, hicieron el Almirante y marineros voto solemne de que si les era concedido llegar á tierra, adonde quiera que desembarcaran, irian en procesion, á pie descalzo, á dar las gracias en alguna iglesia dedicada á la Santísima Vírgen. Además de estos actos propiciatorios generales, cada uno hizo en particular su voto de peregrinacion ó vigilia, ú otro rito de penitencia y accion de gracias, al santo de su devocion. Tal ha sido siempre la costumbre de los marineros católicos en tiempo de tempestad y peligro, pero mas especialmente en la edad de que hablamos. Los cielos, empero parecian sordos á sus piadosos votos; la tormenta bramaba cada vez mas tremenda y horrorosa, y todos se creian perdidos. La falta de lastre aumentaba el riesgo del buque; porque el consumo del agua y provisiones le habia aligerado tanto, que era sin remedio alguno juguete de las ondas. Para remediar este mal, y darle mas estabilidad, mandó Colon que se llenasen de agua del mar todos los cascos vacíos; lo que hasta cierto punto mejoró su estado. En todo este largo y penoso conflicto de los elementos, era el ánimo de Colon presa de la mas profunda angustia. Temia que hubiese fenecido la Pinta. Si así era, la historia de sus descubrimientos, el secreto del Nuevo Mundo dependia solo de su frágil barca, y cualquiera onda de aquel proceloso Océano bastaba para sumergirlo en perpétuo olvido. El torbellino de sus agitadas ideas puede deducirse de la epístola dirigida á los reyes. «Hubiera llevado mi mala fortuna con mas »conformidad, dice, si solo mi persona hubiese »estado en peligro: así porque soy deudor de la vida »al Sumo Criador, como porque otras veces me he »hallado tan vecino á la muerte, que el menor paso »era el último que bastaba para padecerla; pero lo »que me ocasionaba infinito dolor y afan, era considerar que así como Nuestro Señor fue servido de iluminarme con la fe y la certidumbre de está empresa, en »que ya habia conseguido la victoria, así cuando nuestros contradictores habian de quedar convencidos, y »VV. AA. servidos de mí con gloria y aumento de su »alto estado, quisiese su divina Magestad estorbarlo »todo con mi muerte; y seria mas tolerable cuando »no fuese acompañada de la gente que traigo conmigo, con promesas de próspero suceso, la cual viéndose en tanta afliccion, no solo maldecia su venida, »sino es el miedo ó el freno que les pusiesen mis »palabras para no volver atrás, como estuvieron resueltos á hacerlo muchas veces; y sobre todo esto, »me doblaba el dolor la representacion de mis dos »hijos, que habia dejado en Córdoba, en el estudio, »destituidos de socorro en tierra extraña, sin haber »sabido que hubiese hecho servicio por el cual creyese que VV. AA. tuviesen memoria de ellos; y aunque por una parte me confortaba la fe que tenia de »que Nuestro Señor no permitiria que una cosa de »tanta exaltacion de su Iglesia, que con tantas contradicciones y trabajos habia yo perfeccionado, quedase »imperfecta y yo perdido; por otra parte consideraba »mis pecados, por los cuales querria privarme de la »gloria que conseguiria en este mundo.»

En medio de estas tenebrosas luchas, el cielo sugirió á Colon la idea de que aun cuando su buque y él perecieran, pudiese sobrevivir su nombre y la gloria de sus hazañas, y asegurar á los soberanos las ventajas que ellas debian proporcionarles. Escribió en pergamino una sucinta relacion de sus viajes y descubrimientos, declarando haber tomado posesion de las tierras recien halladas, en nombre de SS. MM. CC. Lo selló y sobrescribió al rey y á la reina, añadiendo una promesa de mil ducados á quien quiera que presentase aquel paquete sin abrirlo. Luego lo envolvió en hule, poniéndolo todo dentro de una masa de cera, y esta encerrada en un barril vacío, y bien calafateado, la arrojó á la mar, haciendo creer á sus gentes que ejecutaba con aquello un voto religioso. Y por si acaso esta memoria jamás llegase á tierra, hizo una copia idéntica, que puso tambien guarnecida y encerrada sobre la popa del buque; de modo que si las ondas sepultaban la carabela, pudiese el barril flotar y sobrevivirle.

Estas precauciones mitigaron algo su ansiedad, y se desahogó mas todavía, cuando despues de grandes

aguaceros apareció al ponerse el sol una banda de cielo despejado al Occidente, inspirándoles esperanzas de que el viento se mudaria hácia aquel punto. Cumpliéronse sus deseos; sobrevino una brisa favorable, pero continuaba la mar tan agitada y procelosa, que apenas pudo el buque hacer vela en toda la noche.

Al romper el dia 15 dió el grito de *tierra* Rui-Garcia, uno de los marineros. El gozo de la tripulacion al ver otra vez el Antiguo Mundo, fue casi igual al que alegró sus corazones al descubrir el Nuevo. Estaba la tierra al Este-nord-este, enfrente de la proa de la carabela, y acerca de ella manifestaron los pilotos la acostumbrada diversidad de opiniones. Pensaba uno que debia de ser la isla de Madeira, otro la roca de Cintra, cerca de Lisboa; pero los mas, engañados por su ardiente deseo, creian que estaban cerca de España. Colon, empero, juzgando por sus cálculos y observaciones particulares, concluyó que seria una de las Azores. Al acercarse se vió que era en efecto una isla: distaba solo cinco leguas, y se congratulaban los viajeros con la seguridad de tomar pronto puerto, cuando repentinamente viró el viento otra vez al Este-nord-este, soplando de la tierra adonde iban, en tanto que la mar se agitaba en torbellinoso huracan por el lado de Occidente.

Dos dias estuvieron virando á vista de la isla, y esforzándose en vano en llegar á ella ó á otra que solian percibir de cuando en cuando al traves de las neblinas y nubarrones de la tormenta. En la tarde del 17 se acercaron tanto á la primera, que lograron anclar en ella; pero no pudo resistir el cable, y tuvieron que hacerse á la mar de nuevo, donde permanecieron combatidos por la tempestad hasta la mañana siguiente, que volvieron á surgir y guarecerse en una cala. Pasó Colon aquellos dias en un estado tan triste y ansioso que apenas habia podido tener descanso ni reposo alguno. Aunque padecia agudamente una afeccion de gota á que estaba sujeto, habia conservado su vigilante lugar en el castillo de popa, sujeto al frio, al azote de la tormenta y al agua de las ondas. Hasta el 17 por la noche no logró cobrar un un poco de reposo y quedarse dormido mas bien por cansancio que por tranquilidad de ánimo. Tales fueron las dificultades y peligros que tuvo que vencer á su vuelta á Europa: si una décima parte de ellos le hubieran disputado el viaje de ida, sus tímidas y facciosas tripulaciones se habrian opuesto con armas á la empresa, y nunca hubiera sido descubierto el Nuevo Mundo.

CAPITULO III.

TRANSACCIONES EN LA ISLA DE SANTA MARÍA.

(1493.)

Al enviar el bote á tierra, supo Colon que la isla adonde habia llegado era Santa María, la mas al Sur de las Azores, y propia de la corona de Portugal. Cuando vieron los habitantes al ancla aquel lijero buque, se admiraron en extremo de que hubiese podido salvarse de la tormenta que habia durado quince dias con nunca vista furia; pero el saber que aquella misma barca tan combatida de tormentas, traia nuevas de un extraño país mas allá del Océano, se llenaron de sorpresa y de curiosidad. A las preguntas de los marineros del bote acerca de un sitio en que pudiese anclar la carabela, respondieron señalando un puerto cercano; pero cuando iba á partir el bote, pudieron persuadir á tres marineros á que se quedasen en tierra, para contarles particularidades de aquel peregrino viaje.

Por la tarde saludaron tres hombres la carabela desde la isla, y habiéndolos enviado el bote, trajeron á bordo gallinas, pan y otros refrescos de parte de Juan de Castañeda, gobernador de la isla, que decia conocer á Colon, y le enviaba sus felicitaciones y bienvenida. Escusábase de no haberse allegado personalmente, por ser ya muy tarde y vivir demasiado lejos; pero prometia visitarlo á la mañana siguiente, trayendo consigo mas provisiones y los tres marineros que conservaba todavía, para satisfacer su extremada curiosidad respecto al viaje. Como no habia casas por aquella playa, se quedaron los mensajeros á bordo toda la noche.

Al siguiente dia por la mañana recordó Colon á sus camaradas el voto que habia hecho en su reciente peligro de ir en procesion en el primer lugar donde desembarcasen. En la cercana playa, no lejos de la mar, alzábase una pequeña ermita ó capilla dedicada á la Virgen, muy propia para este objeto piadoso, que se dispuso Colon sin demora á llevar á cabo. Los tres mensajeros les enviaron desde el pueblo un sacerdote que les dijese la misa, y desembarcando la mitad de la gente, fue descalzo en procesion á la capilla, mientras esperaba su vuelta el Almirante, para ejecutar la misma ceremenia con el resto de la tripulacion.

Un recibimiento aguardaba, empero, á los fatigados nautas en las moradas de los hombres civilizados, bien diferente de la simpatía y hospitalidad con que los trataron los salvajes del Nuevo Mundo. Apenas se habian entregado á sus rezos y acciones de gracias, cuando el populacho de la villa, á pié y á caballo, y con el gobernador á la cabeza, rodeó la ermita, y los hizo á todos prisioneros.

Y como se levantase una punta de tierra entre la carabela y la ermita, no pudo ver Colon aquel procedimiento. Cuando dieron las once, y aun no habian vuelto los peregrinos, empezó á temer que los hubiesen detenido los portugueses, ó que hubiese fracasado el bote entre las rocas y resaca que orillaban la isla. Zarpó, pues, y se dirigió hácia donde pudiese ver la capilla y costa adyacente, y divisó muchos ginetes armados, que apeándose tomaron el bote, y empezaron á bogar hácia la carabela. Todas las antiguas sospechas del Almirante, relativas á la enemistad de los portugueses contra él y contra sus empresas, renacieron en aquel momento: mandó á sus marineros que se armasen y conservasen ocultos, pero prontos á defender el bajel ó sorprender el bote. Este se acercaba en tanto del modo mas pacífico; el gobernador de la isla venia á bordo, y al llegar adonde pudiese ser oido, pidió palabra de seguridad personal, en caso de entrar en la carabela. La concedió desde luego el Almirante, pero los portugeses, desconfiados y poseidos de siniestros designios, se conservaron á una prudente distancia. Ya no pudo Colon por mas tiempo reprimir su indignacion, y acusó al gobernador de perfidia, reprendiéndole la injuria que hacia no solo á los monarcas de España, sino á su propio soberano, con tan deshonroso ultraje. Le hizo saber su rango y dignidad: le manifestó sus patentes autorizadas con el sello real de Castilla y le amenazó con la venganza de su gobierno. La contestacion de Castañeda fue un desahogo de su arrogancia, una muestra de desprecio hácia los decretos del monarca, y una série de insultos á Colon, y concluyó diciendo que él se habia ajustado á las órdenes de su señor.

Despues de un ocioso altercado se volvió el bote á la playa, dejando á Colon muy incierto con aquella hostilidad inesperada, y temeroso de que en su ausencia se hubiese declarado guerra entre la España y el Portugal. Al dia siguiente se levantó un tiempo tan proceloso, que fueron los españoles arrebatados del surgidero, y tuvieron que darse á la mar hácia la isla de San Miguel. Grandes fueron los obstáculos que se vieron precisados á superar durante el espacio de dos dias en que estuvo en gran riesgo la combatida barca, con la mitad de la tripulacion en tierra; sien-

do la mayor parte de los que quedaban á bordo, ó gentes no acostumbradas al mar, ó indios, igualmente inútiles en una navegacion difícil. Por fortuna, aunque venian las olas muy altas, no habia aquellas mares atravesadas que tanto los habian fatigado antes; de otro modo, yendo la carabela tan mal provista, no hubiera podido sobrevivir á la tormenta.

Aplacóse algun tanto el temporal en la tarde del 22, y resolvió Colon anclar en Santa María. Poco despues de su llegada vino un bote con dos eclesiásticos y un escribano á bordo. Despues de un cauteloso parlamento, y de exigir palabra de seguridad personal, subieron á la carabela, y suplicaron de parte de Castañeda que se les permitiese ver los papeles de Colon, asegurándole que estaba el gobernador dispuesto á prestarle cuantos servicios pudiese, si en efecto navegaba como súbdito de los soberanos españoles. Bien conoció que era aquella una mera maniobra de Castañeda para cubrir su retirada de la posicion hostil que habia tomado; pero refrenó su indignacion, y dando gracias por los amigables ofrecimientos del gobernador, y mostrando sus patentes satisfizo sin dificultad á los sacerdotes y al escribano. A la mañana siguiente se pusieron en libertad el bote y los marineros. Estos habian recogido informes de los habitantes durante su detencion, que esplicaban la conducta de Castañeda.

Celoso el rey de Portugal de que la expedicion de Colon interviniese en sus propios descubrimientos, mandó á sus comandantes de las islas y puertos distantes se apoderasen de él y le detuviesen, donde quiera que lo vieran. En cumplimiento de estas órdenes habia Castañeda pensado sorprenderlo en la capilla, y frustrándosele aquella intencion, quiso atraerlo á su poder por estratajema; pero le encontró ya prevenido, y no pudo lograr su intento. ¡Tal fue el recibimiento del Almirante á su vuelta al Antiguo Mundo! ¡Lúgubres preludios de las contrariedades y vejaciones con que se le recompensaria por toda su vida, uno de los mayores beneficios que jamás hombre alguno derramó sobre sus semejantes!

CAPITULO IV.

LLEGADA Á PORTUGAL. VISITA Á LA CÓRTE.

(1493.)

PERMANECIÓ Colon dos dias mas en la isla de Santa María para procurarse leña y lastre, operacion que le impedia ejecutar la fuerte resaca de las costas. Habiedo cambiado el viento al Sur, y siendo tan peligroso para su anclaje, como favorable para el viaje de España, se dió á la vela el 24 de febrero, y tuvo buen tiempo hasta el 27, cuando á las ciento veinte y cinco leguas del cabo de San Vicente le asaltaron de nuevo contrarios vientos y una turbulenta y trabajosa mar. Colon, que habia opuesto continuamente su fortaleza de ánimo á los innumerables peligros y contratiempos que se opusieron á su empresa desde su concepcion; peligros que parecian aumentarse á medida que se acercaba al deseado puerto, no podia reprimir sus quejas al verse, por decirlo así, rechazado en los umbrales mismos de su casa. Comparaba las rudas tempestades que bramaban por las costas del Antiguo Mundo, con las suaves brisas, las aguas y odoríferos aires que suponia reinasen perpétuamente en las felices regiones que habia descubierto. Bien pueden, esclamaba, los sagrados teólogos y filósofos doctos decir que está el paraiso terrenal en los últimos confines del Oriente, porque él es el mas templado de todos los climas.

Despues de muchos dias de tormentoso y adverso tiempo, á eso de la media noche del sábado 2 de marzo, hirió súbitamente una ráfaga el buque, rasgándole todas las velas; y como continuase luego soplando con irresistible violencia, se vió obligado á navegar á palo seco, y amenazado con la muerte á cada instante. En aquella hora de oscuridad y tribulacion levantaron los marineros sus plegarias al cielo. Sortearon cuál debia ir en peregrinacion y descalzo á Santa María de la Ceuta en Huelva, y como de ordinario, le tocó á Colon su cumplimiento. Era singular la ocurrencia repetida de esta circunstancia. Las-Casas, en alas de su sublime misticismo, la considera como una intimacion de la divinidad, haciendo saber al Almirante que eran por él aquellas tormentas, para humillar su orgullo, é impedir que se abrogase la gloria de un descubrimiento, obra prodigiosa de Dios, y para el cual habia él servido solo de instrumento.

Notáronse muchos signos de la cercanía de tierra, que supusieron fuese la costa de Portugal; pero creció la tormenta á tal punto, que dudaron si alguno sobreviviria hasta llegar al puerto. Toda la tripulacion hizo voto, si se le concedia vida, de ayunar el sábado siguiente á pan y agua. La turbulencia de los elementos creció aun mas durante la noche. Estaba la mar quebrada, incierta y montañosa, ora arrebatando en alto la débil carabela, ora precipitándola con violencia por interminables abismos. Caia la lluvia á torrentes: serpenteaban en todas direcciones las exhalaciones atmosféricas, y el fragor del trueno resonaba por todos los ángulos del cielo.

En la primera guardia de aquella noche espantosa, dieron los marineros el siempre deseado grito de tierra, que aumentó entonces su alarma. No sabian adonde estaban, ni adonde acogerse. Temian que los arrastrase el mar á las costas, ó los estrellase contra las rocas; y así la misma tierra por la cual tanto habian suspirado, se les convirtió en objeto de terror. Replegando sus velas se internaron en el mar cuanto les fue dable, esperando con ansiedad los primeros albores de la aurora.

Al romper el dia 4 de marzo se hallaron en frente de la roca de Cintra, á la entrada del Tajo. Aunque poco confiado de la benevolencia de Portugal, la continuacion de la tormenta no le dejó á Colon otra alternativa que buscar asilo en sus costas; y así, ancló á las tres en frente de Rastello, con alegría ardiente de la tripulacion, que dió á Dios fervorosas gracias por haberla librado de tantos peligros.

Los habitantes vinieron de varias partes de la playa á congratularlos por su milagrosa conservacion. Habian estado observando el bajel ansiosamente toda la mañana, y orando por su rescate. Los marineros mas ancianos del Tajo aseguraron á Colon que no habian jamas conocido invierno tan crudo: muchos buques estaban ya hacia meses en el puerto á causa de la inclemencia del tiempo, y eran numerosísimos los naufragios por toda la costa.

Inmediatamente despues de su arribo espidió Colon un correo al rey y reina de España, con las magníficas nuevas de su descubrimiento. Tambien escribió al rey de Portugal, que estaba entonces en Valparaiso, pidiéndole licencia para ir con su bajel á Lisboa: habian cundido rumores de que venia la carabela llena de oro, y no se consideraba seguro en la boca del Tajo y en la vecindad de un pueblo como Rastello, escasamente poblado de atrevidos y menesterosos habitantes. Para librarse de toda mala inteligencia respecto á la naturaleza de su viaje, aseguró al rey que no habia estado en la costa de Guinea, ni en ninguna otra colonia portuguesa; sino que venia de Cipango y de los confines de la India, que habia descubierto navegando al Occidente.

Al otro dia, D. Alonso de Acuña, capitan de un grande navío de guerra portugués, estacionado en Rastello, rogó á Colon pasase á bordo de su buque para darle cuenta del suyo y de sí mismo. Contestó este que sus derechos y dignidad como Almirante de sus magestades católicas no le permitian dejar su buque, ni enviar á nadie en su lugar. Mas no tan pron-

to se enteró el comandante Acuña del rango de Colon y de las maravillosas relaciones de su extraordinaria expedicion, cuando se presentó á bordo de la carabela con pífanos, clarines y tambores, mostrando al Almirante las cortesías de un ánimo grande y generoso, y ofreciéndose plenamente á su servicio. Cuando llegaron á Lisboa las nuevas de aquella maravillosa barca, que estaba al ancla en el Tajo, cargada de gentes y producciones de un mundo recien descubierto, causaron un efecto mas fácil de concebir que de expresar con palabras. Habia Lisboa por cerca de un siglo puesto todos los timbres de su gloria en los descubrimientos marítimos, pero el que acababa de hacer aquella carabela los eclipsaba todos. Apenas hubiera podido excitar el bajel curiosidad mayor, si hubiese traido á bordo los prodigios de otro planeta. Por muchos dias presentó el Tajo una alegre y viva perspectiva de barcas y botes de todas especies, agolpándose cada instante alrededor de la carabela. Incesantemente estaba el buque lleno de visitas, muchas de las cuales las hacian los mas distinguidos caballeros y algunos oficiales de la corona. Todos ansiosos de admirar y oir las narraciones de Colon, del viaje y del Nuevo Mundo que habia descubierto, miraban con insaciable curiosidad las muestras de desconocidas plantas y animales, y sobre todo los indios, tan diversos de los demás hombres. Llenáronse algunos de santo fervor por la idea de un descubrimiento que tan benéficos resultados podria tener para la humanidad; de otros se inflamaba la avaricia, al oir describir aquellas extensas é inapropiadas regiones rebosando en oro, piedras y especias; otros en fin se impacientaban de la incredulidad del rey y de sus consejeros que habia privado al Portugal para siempre de aquella rica adquisicion.

El 8 de marzo un caballero nombrado D. Martin de Noroña vino con carta del rey Juan, dando la bien venida, y convidándole á pasar á la córte de Valparaiso, distante nueve leguas de Lisboa. El rey con su natural esplendidez, expidió al mismo tiempo órdenes para que cuanto necesitara el Almirante para sí, su tripulacion ó buque, se le suministrase pronta y abundantemente y por cuenta del erario.

Colon hubiera querido rehusar la invitacion soberana, desconfiando de la buena fe del rey; pero lo tempestuoso del tiempo lo habia puesto en su poder, y creyó prudente evitar toda apariencia de sospecha. Púsose pues en camino aquella misma tarde para Valparaiso, acompañado de su piloto. La primera noche durmió en Sacamben, donde se habian hecho preparativos para recibirle honrosamente. El tiempo era lluvioso y no llegó á Valparaiso hasta la siguiente noche. Al aproximarse á la residencia real, salieron á recibirle los principales caballeros de la comitiva soberana y lo condujeron con gran pompa al palacio. La recepcion que le hizo el monarca fue digna de un príncipe ilustrado. Mandó que tomase asiento en su presencia; distincion dispensada solo á personas de la sangre real ó egregia estirpe, y despues de muchas enhorabuenas por el glorioso resultado de su empresa, le aseguró que cuanto el Portugal contenia que pudiese serle útil á sus soberanos ó á él, quedaba enteramente á sus órdenes.

Se siguió á esto una larga conversacion en que el Almirante hizo extensas relaciones de sus expediciones y de los territorios encubiertos. Escuchábale el rey placentero en apariencia, pero lleno en realidad de mortificacion y dolor porque no le abandonaba el recuerdo de que aquella espléndida empresa se le habia ofrecido á él mismo, que habia estado en cierto modo pidiendo patrocinio en su córte, y que él mismo la habia rehusado. Una bservacion casual manifestó lo que pasaba en sus pensamientos. Indicó cierta duda de si perteneceria aquel descubrimiento á la corona de Portugal, segun las capitulaciones del tratado de 1479 con los soberanos de Castilla. Colon replicó que no tenia idea alguna de la naturaleza de tales capitulaciones: sus órdenes habian sido de no ir á la mina, ni á la costa de Guinea, las cuales habia observado cuidadosamente. El rey le dijo con mucha benignidad que estaba satisfecho de que él por su parte habia cumplido con su deber y convencido de que aquellas cuestiones se arreglarian fácilmente entre los dos poderes, sin necesidad de árbitros. Al despedir á Colon por la noche se le dió encargo, como huésped, al prior de Erato, el principal personaje de los que estaban presentes, y de quien recibió amigable y honrosa hospitalidad.

Al dia siguiente tuvo el monarca otra entrevista con el Almirante haciéndole minuciosas preguntas acerca de la naturaleza del terreno, producciones y gentes de los recien descubiertos paises y ruta seguida en su expedicion, á todo lo cual contestó Colon extensamente, esforzándose en persuadir el ánimo real con clarísimas razones de que no se habian descubierto hasta entonces aquellas tierras, ni estaban en el dominio de ningun príncipe cristiano. Pero todavía quedaba el rey poco satisfecho, temiendo que aquel vasto é indefinido descubrimiento interviniese de algun modo con los territorios que el acababa de adquirir. Creia que hubiese Colon hallado un camino mas corto para ir á los mismos paises, objeto de todas sus expediciones y que se comprendian en la bula pontificia, concediendo á la corona de Portugal cuantas tierras pudiese descubrir desde Cabo Neon á las Indias.

Al hacer partícipes de sus dudas á sus consejeros, inclináronse á atizar el temor del rey con todas sus fuerzas. Algunos eran los mismos que se habian mofado de aquellos proyectos, y escarnecido á Colon como un visionario. Para estos era su buen éxito un manantial de confusiones; la importancia del descubrimiento un cargo, y la vuelta de Colon, cubierto de gloria, una humillacion profunda. Incapaces de concebir los altos y generosos pensamientos que le elevaban en aquel instante á mucha distancia de toda consideracion interesada, atribuian sus acciones á los mas innobles y despreciables motivos. Traducian su natural exaltacion en triunfo insultante, y le acusaban de haber adoptado un tono altanero y vanaglorioso, cuando hablaba con el rey de sus descubrimientos, como si quisiera vengarse del monarca por haber menospreciado sus proposiciones. Así oyeron con placer y estimularon con ardor las dudas que agitaban el real ánimo. Algunos que habian visto los indios de la carabela decian que su color, cabello y modales correspondian á las descripciones de los habitantes de aquella parte de la India, comprendida en el rumbo de los descubrimientos portugueses, é inclusa en la bula pontificia. Otros observaban que habia poca distancia entre las Terceiras y las islas que Colon habia descubierto, y que estas por lo tanto claramente pertenecian al Portugal. Viendo al rey profundamente turbado de espíritu, algunos se atrevieron á proponerle como medio de impedir la prosecucion de aquellas empresas, que fuese Colon asesinado; asentando el aserto de que era merecedor de tan atroz castigo por haber engañado á los reyes, y difundido semillas de enemistad entre ambos paises en sus pretendidos descubrimientos. Indicaban que podria fácilmente perpetrarse el asesinato sin atraer odiosidad alguna, aprovechándose de su altivo porte para herir su orgullo, provocarlo, á un altercado, y darle muerte como si hubiese sido en honroso encuentro.

Se hace difícil el creer que tan bajo y cobarde consejo hubiese sido propuesto al recto y magnánimo Juan II: pero afirman el hecho varios historiadores portugueses y españoles, y está en armonía con el pérfido dictámen dado anteriormente al mismo monarca respecto de Colon. Hay desgraciadamente una

viciosa lealtad en los palacios frecuentemente inclinada á mostrar su celo por medio de su bajeza; y es fragilidad de príncipes tolerar cuantas faltas parece que nacen de personal afecto.

Felizmente poseia el rey demasiada magnanimidad para adoptar la inicua medida que le proponian. Hizo justicia al mérito de Colon, y le honró como á un distinguido bienhechor del género humano considerando ademas deber suyo como generoso príncipe, proteger los extranjeros á quienes la adversa fortuna arrojase á sus puertos. Otros de sus consejeros le proponian una conducta mas atrevida y belicosa. Eran de parecer de que se permitiese á Colon volver á España pero que sin darle tiempo para organizar nueva expedicion, saliese de Portugal una poderosa escuadra bajo la guía de dos marineros portugueses que habian navegado con el Almirante y que tomase posesion de los recien descubiertos paises; siendo la posesion el mejor título, y las armas el método mas claro de ilustrar cuestiones tan dudosas.

Este consejo, en que se mezclaban el valor y la astucia, era mas propio de la índole del monarca, uno de los mas distinguidos capitanes de aquel siglo.

A la sazon el Almirante, despues de haber recibido innumerables deferencias, volvió á su buque en compañía de don Martin de Noroña y de una numerosa comitiva de caballeros de la córte, habiéndosele aprontado una mula á él, y otra á su piloto á quien regaló el rey veinte espidinos ó ducados de oro. Por el camino se detuvo Colon en el monasterio de San Antonio de Villafranca para visitar á la reina, que habia mostrado grandísimo deseo de verlo. La encontró rodeada de algunas de sus damas favoritas, y obtuvo de ella el recibimiento mas lisonjero. Le hizo su magestad relatar los principales acaecimientos de su viaje, y describir los paises que habia descubierto mientras ella y sus damas escuchaban con inalterable atencion los relatos de aquel hombre extraordinario y emprendedor, cuyas hazañas dominaban todas las conversaciones y absorbian todos los ánimos. Por la noche durmió en Llandra, y estando al otro dia para ponerse en camino, llegó un criado del rey ofreciéndole de parte de su magestad acompañarlo á la frontera si preferia volver por tierra á España y proveer caballos, alojamientos y cuanto le fuese necesario en el viaje, por cuenta del real tesoro. Las tormentas se habian aplacado, y quiso antes volver en su carabela. Dándose pues al mar el 13 de marzo llegó felizmente á la barra de Saltes al amanecer del 15, y al medio dia entró en el puerto de Palos, de donde saliera el 3 de agosto del año anterior, no habiendo empleado siete meses y medio completos en llevar á cabo la mas importante de todas las empresas marítimas conocidas.

CAPITULO V.

RECIBIMIENTO HECHO Á COLON EN PALOS.

(1493.)

El triunfante regreso de Colon fue un suceso prodigioso en la historia del pequeño puerto de Palos, cuyos habitantes estaban todos mas ó menos interesados en el éxito de la expedicion. Los mas opulentos é importantes capitanes marinos hijos de aquella villa habian tomado en ella parte, y apenas se hallaba familia que no contase algun pariente ó amigo entre los navegantes. La partida de los bajeles, en el que parecia un viaje desesperado y quimérico, entristeció toda la poblacion, y las tormentas espantosas de aquel invierno aumentaron en alto grado la consternacion pública. Muchos lamentaban á sus amigos como perdidos, mientras prestaba la imaginacion misteriosos horrores á su destino, ora representándolos errantes é indefensos por solitarios desiertos de interminables aguas, ora despedazados entre rocas y torbellinos ó tal vez presa de los voraces mónstruos con que poblaba la credulidad de aquellos dias todos los mares lejanos. Un fin tan oscuro é incierto era en verdad mas terrible que la muerte misma en su forma definida y ordinaria.

Cuando llegaron, pues, las nuevas de que uno de los llorados bajeles estaba en el rio, entregáronse los habitantes á una gran agitacion; pero cuando oyeron que volvia triunfante del descubrimiento de un mundo, y le vieron replegando sus velas en el puerto, trocóse la consternacion en trasportes de sin igual alegría. Empezaron á repicar las campanas, se cerraron las tiendas, paró el tráfico, y solo reinaron por muchas horas el entusiasimo y tumulto del súbito gozo y curiosidad inaudita de los vecinos. Anhelaban unos saber el destino de un pariente, otros de un amigo, y todos los pormenores de aquel portentoso viaje. Al desembarcar Colon se agolpó la multitud á saludarlo, formando despues una solemne procesion que pasó á la iglesia á dar gracias al Todopoderoso por tan maravilloso descubrimiento, acabado por los naturales del pueblo, olvidando el impresionable populacho en su entusiasmo las multiplicadas dificultades que habia él mismo puesto para poner en práctica la empresa. Por donde quiera que Colon pasaba, resonaban los vivas y las aclamaciones; recibió los honores que suelen tributarse á los soberanos, pero con décuplo ardor y sinceridad. ¡Qué contraste entre este dia y aquel en que acompañaron su viaje pocos meses antes el odio y las maldiciones! O mas bien ¡qué contraste con su primer llegada á Palos, pobre, desvalido, pidiendo pan y agua para su hijo á la puerta de un convento!

Sabiendo que estaba la córte en Barcelona, quiso pasar á esta ciudad inmediatamente en su carabela; pero acordándose de los peligros y desastres que por la mar habia experimentado, creyó mas oportuno ir por tierra. Expidió correos á los reyes, haciéndoles sabedores de su arribo, salió poco despues para Sevilla á esperar órdenes, llevando consigo seis indios de los que habia traido del Nuevo Mundo. Uno murió por el camino y tres quedaron enfermos en Palos.

Es singular coincidencia, y bastante auténtica que en la misma tarde del dia en que Colon llegó á Palos, y mientras el repique del triunfo sonaba aun en las torres, entró en el rio la Pinta, mandada por Martin Alonso Pinzon. Despues que la tormenta la separó del Almirante, habia sido arrastrada por los huracanes á la bahía de Vizcaya, tomando puerto en Bayona. En la incertidumbre de si Colon habia sobrevivido á las tormentas, y en todo caso deseoso de anticiparse á él y de asegurarse el favor de la córte y del público, escribió Pinzon sin demora á los soberanos, dándoles parte de los descubrimientos que habia hecho, y pidiéndoles permiso para pasar á la córte, y comunicarles los pormenores en persona. Tan pronto como se lo permitió el tiempo se dió de nuevo á la vela, prometiéndose un recibimiento triunfal en su nativo puerto de Palos. Cuando al entrar en él vió anclado el bajel del Almirante, y supo el entusiasmo con que se le habia recibido, desfalleció el ánimo de Pinzon. Vínole á las mientes su desobediencia y su arrojo al separarse en la isla de Cuba, por lo que habia impedido la prosecucion del viaje. Se dice que no quiso ver á Colon en aquella hora de triunfo temiendo que lo arrestase; pero es mas probable que se avergonzaria de presentarse en medio de los regocijos públicos, siendo falso desertor de la causa que tan universal admiracion excitaba. Entrando pues en su bote desembarcó reservadamente, manteniéndose oculto hasta que supo la partida del Almirante. Entonces volvió á su casa quebrantado de salud y profundamente abatido. Palos era su pequeño mundo; el teatro en que habia representado con sin igual importancia, y se veia entonces envilecido en la opinion

pública, y creia que el dedo del desprecio le señalaba de contínuo. Cuantos honores se prodigaban á Colon, cuantos exaltados elogios recibia su empresa, se grababan profundamente en el pecho de Martin Alonso, como otras tantas propias reconvenciones, y cuando al fin recibió una severa contestacion á la carta que habia escrito á los soberanos, los sentimientos reconcentrados que le causara, exaltaron su enfermedad, y murió en algunos dias, víctima de la envidia y de los remordimientos.

Fue, empero, varon capaz de grandes empresas y de ardiente ánimo; uno de los mas hábiles marinos de su siglo, de los mas intrépidos de todas las edades, y cabeza de una familia que continuó distinguiéndose entre los primeros descubridores. Habia contribuido mucho á animar á Colon, cuando andaba pobre y desconocido en España prometiéndole su fortuna, y conviniendo en coadyuvar á todas sus entonces inciertas empresas. Le habia asistido tambien con su influjo personal en Palos, combatiendo las preocupaciones públicas, y promoviendo el equipo de los bajeles, cuando ni aun las órdenes de los soberanos bastaban para conseguirlo; le adelantó además los fondos en que se habia empeñado el Almirante; finalmente, se embarcó en la expedicion con sus hermanos, arriesgando por ella no solo la hacienda, sino tambien la vida. Así tenia derecho á una copiosa participacion de la gloria de aquella empresa inmortal; pero olvidando por un instante la importancia de la causa, se apartó del alto objeto que seguian, y cediendo á la seduccion momentánea de un sentimiento sórdido, mancilló para siempre su elevado carácter. Nótase desde luego que estaba dotado de altos sentimientos por la intensidad misma de su dolor : no, un corazon bajo, no muere nunca herido por los remordimientos que no tienen eco en la conciencia de los malvados. Su historia nos enseña como un solo desliz, una separacion sola de los deberes morales, puede contrapesar los méritos de mil servicios, como un momento de flaqueza puede oscurecer la luz de una vida entera de virtudes, y cuán importante le es al hombre, en todas las circunstancias, ser franco y leal, no solamente para con los otros, sino para consigo mismo.

CAPITULO VI.

RECEPCION DEL ALMIRANTE EN BARCELONA.

La epístola de Colon á los monarcas, anunciándoles sus descubrimientos, impresionó profundamente el ánimo de la córte. Considerábase aquel acontecimiento como el mas grande de su feliz reinado; y siguiendo tan de cerca á la conquista de Granada, parecia prueba especial del favor divino por el triunfo logrado en la causa de la fe. Los mismos soberanos quedaron por un tiempo deslumbrados con la repentina y fácil adquisicion de un nuevo imperio de extension indefinida ó inagotable opulencia; y su primer impulso fue asegurarlo y ponerlo fuera del alcance de toda duda ó rivalidad. Poco despues de arribar el Almirante á Sevilla, recibió una epístola de ellos en que le manifestaban su júbilo, pidiéndole se presentase inmediatamente en la córte á concertar los planes necesarios para otro viaje mas en grande. Como iba ya entrando el verano, consideraban el tiempo favorable, y le encargaban que tomase en Sevilla ó en otras partes cuantas medidas pudiesen facilitar el equipo de una escuadra, diciéndoles á vuelta de correo lo que hubiese determinado. Esta carta tenia por sobrescrito : «A D. Cristóbal Colon, »nuestro Almirante del mar Océano, y virey y go»bernador de las islas descubiertas en las Indias:» al mismo tiempo se le prometian nuevas recompensas. Colon no perdió tiempo en obedecer las órdenes de sus soberanos. Envióles una extensa relacion de los bajeles, gente y municiones que se necesitarian; y habiendo tomado en Sevilla cuantas disposiciones le permitieron las circunstancias perentorias en que estaba, salió para Barcelona, llevando en su compañia los seis indios y las varias curiosidades y productos traidos del Nuevo-Mundo.

Bien pronto cundió por toda España la fama de sus descubrimientos; y como pasaba su camino por algunas de las mas bellas y pobladas provincias de España, parecia su viaje el de un soberano. Por donde quiera que iba, llenaban los habitantes de los paises circunvecinos los campos y los pueblos. En las ciudades grandes, las calles, ventanas y balcones estaban cubiertos de espectadores que poblaban los aires con sus aclamaciones. Impedíale contínuamente el paso la multitud que se apiñaba, ansiosa de verle á él y á los indios, cuya apariencia excitaba tanta admiracion, como si fuesen naturales de otro planeta. No podia satisfacer la viva curiosidad que por todas parte le asediaba con innumerables preguntas; el rumor popular habia, como suele, exagerado la verdad, llenando el mundo recien hallado de toda especie de maravilla.

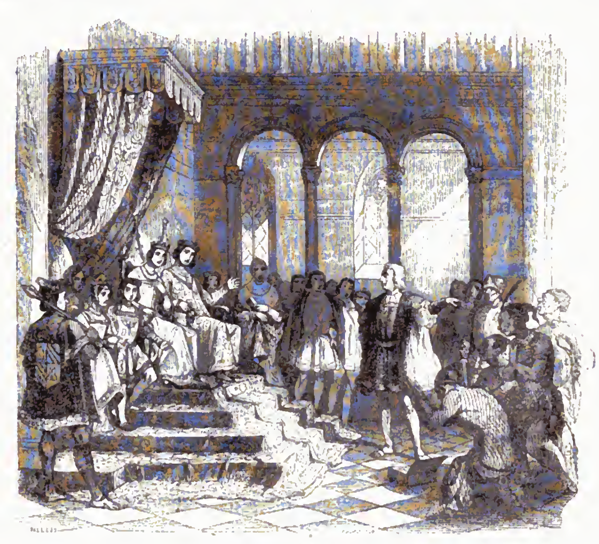


D Juan II, rey de Portugal.

A mediados de abril llegó Colon á Barcelona, donde se habian hecho todos los preparativos oportunos para recibirle con solemne pompa y magnificencia. La hermosura y serenidad del tiempo en aquella apacible estacion y favorecido clima, contribuyeron á dar explendor á esta memorable ceremonia. Al aproximarse á la muralla, salieron á recibirle y felicitarle muchos jóvenes nobles de la córte, y caballeros de alta alcurnia, seguidos de un vasto concurso de gentes del pueblo. Su entrada en aquella ilustre ciudad se ha comparado á los triunfos de los conquistadores romanos. Primero venian los indios, pintados segun su usanza selvática, y ataviados con sus adornos de oro. Despues seguian varias especies de loros vivos y otras aves y animales desconocidos, plantas raras que se suponian de preciosas cualidades; habiéndose cuidado de hacer tambien ostentoso alarde de diademas indias; brazaletes y otros adornos de oro, que diesen idea de la opulencia de las recien descubiertas regiones. El último seguia Colon á caballo, rodeado de una brillante comitiva de nobleza española. Las calles estaban casi intransitables de gente; las ventanas y balcones coronados de damas, y hasta los tejados llenos de espectadores. Parecia que no se saciaba la vista pública de contemplar aquellos trofeos de un mundo desconocido, ni al hombre extraordinario que lo habia descubierto. Resplandecia cierta sublimidad

en aquel suceso que prestaba sentimientos solemnes al gozo público. Mirábase como una vasta y señalada merced de la Providencia, para premio de la piedad de los monarcas; y el aspecto magestuoso y venerable del descubridor, tan diferente de aquella juvenil bizarría que se espera en los que acaban audaces empresas, armonizaba con la dignidad y alteza de tan alta hazaña.

Para recibirlo con la debida ostentacion habian mandado los soberanos colocar en público su trono, bajo un rico dosel de brocado de oro, en un magnífico salon. Allí esperaron el rey y la reina su llegada, vestidos de gala, con el príncipe D. Juan junto á ellos, y á los lados los dignatarios de la córte y lo mas selecto de la nobleza de Castilla, Valencia, Cataluña y Aragon, todos impacientes por ver al genio, que habia dispensado á España tanta gloria, que habia conferido á España beneficio tan grande. Al fin llegó Colon rodeado de un brillante cortejo de caballeros, entre quienes, dice Las-Casas, se distingui-



Recibimiento hecho á Colon.

por su personal elevado y magestuoso, que con su semblante, venerable por la blancura de los cabellos, le daba el aspecto augusto de un senador de Roma, una modesta sonrisa iluminó sus facciones, mostrando así que disfrutaba de la gloria y suntuosidad en que venia, y nada en efecto pudo mover mas profundamente un ánimo inflamado de noble y alta ambicion, y cierto de haberlos del todo merecido, que aquellos testimonios de la gratitud y admiracion de una monarquía entera, ó mas bien de todo el mundo. Al aproximarse el Almirante, se pusieron en pié los soberanos como recibiendo á uno de los mas altos personajes de su reino. Doblando él la rodilla, les pidió la mano para besársela; pero dudaron sus magestades si le permitirian celebrar aquel acto de vasallaje. Levantándolo con la mayor benignidad, le mandaron que se sentase en su presencia; honor raramente concedido en aquella orgullosa córte.

Accediendo al ruego de sus magestades, hizo Colon una descripcion de los sucesos mas interesantes de su viaje, y de las islas que habia descubierto. Manifestó las muestras que traia de desconocidas aves y animales, de plantas raras de virtud medicinal y aromática, de oro nativo, en polvo, en mineral y labrado en aquellos bárbaros ornamentos, y al fin presentó los naturales de aquel país, objeto de intenso é inagotable interes, que por nada tiene tanta curiosidad el hombre como por las modificaciones de su propia especie. Dijo que no eran todos estos mas que avisos de mayores descubrimientos que aun le quedaban por verificar, los cuales añadirian dominios de incalculable riqueza á los de sus magestades, y á la verdadera fe naciones enteras de prosélitos.

Escucharon los soberanos las palabras de Colon con profunda emocion. Cuando acabó se postraron en tierra, y levantando al cielo las cruzadas manos, los ojos bañados en lágrimas de gratitud y gozo, ofrecieron á Dios la efusion de sus gracias y alabanzas por tan grande favor: todos los circunstantes siguieron su ejemplo, y un profundo y solemne entusiasmo penetró en aquella espléndida asamblea, impidiendo las aclamaciones comunes del triunfo. Entonó en esto el coro de la real capilla el *Te Deum laudamus* que con el melodioso acompañamiento de la música se levantó en ricas ondulaciones de armonía sagrada, llevando á los cielos en sus alas el fuego de aquellas entu-

siasmadas almas; así dice el venerable Las-Casas, *parecian que en aquella hora comunicaban todos con celestiales delicias.* Tal fue el solemne y piadoso modo con que la brillante córte española celebró aquel sublime acaecimiento, ofreciendo tributos de melodía y alabanza y dando gracias á Dios por el descubrimiento de otro mundo.

Cuando se retiró Colon de la presencia real, le acompañó toda la córte á su morada, y le siguió victoreándole el pueblo. Por muchos dias fue objeto de universal curiosidad y adonde quiera que se presentaba, oia las aclamaciones de la muchedumbre. Mientras el ánimo de Colon se perdia en dorados ensueños y seductoras esperanzas, no habia olvidado el piadoso proyecto de rescatar el Santo Sepulcro. Ya se ha dicho que habló de él á los soberanos al hacerles sus proposiciones, presentándolo como el grande objeto que debia efectuarse con las ganancias de sus descubrimientos. Exaltado con la idea de los vastos caudales de que se veria pronto señor, hizo voto de armar dentro de siete años un ejército de cuatro mil caballos, y cincuenta mil peones para aquella santa cruzada, y otra fuerza igual en los cinco años sucesivos. Recordó este voto en una de sus cartas á los soberanos, á la que se refirió despues, pero lo cual ya no existe, ni se sabe de positivo si lo haria á la vuelta de su primer viaje, ó en algun periodo posterior, cuando la magnitud y opulencia de sus descubrimientos se hizo mas visible. Alude á él vaga pero frecuentemente en sus escritos y con especialidad en una carta al papa Alejandro VI escrita en 1502, en que tambien manifiestaba la causa de no haber cumplido. Es esencial para la plena inteligencia del carácter y motivos de Colon tener este grande pero visionario proyecto á la vista, porque se habia entrelazado en su ánimo con las empresas de los decubrimientos, soñando que una cruzada seria el cumplimiento de los divinos designios, y que él era el genio predestinado por Dios para realizar tamaña empresa. Manifiéstase con esto, cuan lejos estaba de todo cálculo mercenario ó egoista; y cuán lleno su ánimo de aquellos devotos y heróicos proyectos que habian en tiempo de las cruzadas inflamado la mente y dirigido las empresas de los mas fuertes campeones y de los principes mas ilustres.

CAPITULO VII.

MORADA DE COLON EN BARCELONA.—DEFERENCIAS QUE LE PRODIGARON REYES Y CORTESANOS.

(1493.)

No se reducia á España el júbilo de aquel grande descubrimiento. Estendiéronse dilatadisimamente las nuevas por medio de las embajadas, por la correspondencia de los sábios, por el tráfico de los comerciantes y por la voz de los viajeros. Allegretto Allegreri, escritor contemporáneo, dice en sus *Anales de Viena* de 1493, que acababa de saberse en aquella córte por cartas de los comerciantes que estaban en España y por la boca de varios viajeros. Llegaron las noticias á Génova por conducto de los embajadores Francesco Marchezzi y Gionanni Antonio Grimaldi, y se conmemoró entre los grandes acontecimientos de aquel año. La república, aunque desestimó la ocasion que tuvo de hacerse señora del otro hemisferio, se ha manifestado siempre ufana de la gloria de haber sido la cuna del descubridor. Sebastian Cabot dice que se hallaba en Lóndres cuando llegaron las noticias del descubrimiento, y qué causó mucha admiracion y sorpresa en la córte de Enrique VII, afirmándose en ella *que era una cosa antes divina que humana.*

Todo el mundo civilizado se llenó en efecto de maravilla y alegría. Todos tomaron parte en el general regocijo, que embriagaba los ánimos, porque todos estaban interesados en aquel suceso que abria nuevos é ilimitados campos de observaciones y empresas. Del gozo de los eruditos tenemos prueba en una carta de Pedro Mártir á su amigo Pomponio Laetus, en que se halla este pasaje: *Decisme, amable Pomponio, que brincásteis de alegria, y que vuestro placer iba mezclado de lágrimas, cuando leisteis mis epistolas, certificándoos del hasta ahora oculto mundo de los antípodas. Obrásteis y sentisteis como debia un hombre distinguido por su erudicion. ¿Qué manjar mas delicioso que estas nuevas podia presentarse á un claro entendimiento? ¡Qué felicidad de espíritu no siento yo al conversar con las gentes de saber, venidas de aquellas regiones! Es como el hallazgo de un tesoro que se presenta deslumbrador á la vista de un avaro. El ánimo hecho presa del deforme vicio, se eleva y engrandece al contemplar sucesos tan gloriosos.*

No obstante todo este triunfo, aun se ignoraba la importancia verdadera del descubrimiento. Nadie tenia idea de que fuese aquella parte distinta del globo, separada del Antiguo-Mundo por dilatadas mares. Se adoptó universalmente la opinion del descubridor, que suponía á Cuba término del continente Asiático, siendo las islas adyacentes las del mar Indio. Esto se relacionaba con la opinion de los antiguos, citados antes, acerca de la moderada distancia de España á las extremidades de la India navegando occidentalmente. Los loros se creian tambien parecidos á los que describe Plinio, como abundantes en las remotas partes del Asia. Las tierras, pues, que Colon habia visitado, se llamaron *Indias Occidentales*, y como parecia haber entrado en una vasta region de inexplorados paises que existian libres de la civilizacion y del trabajo del hombre, se dió á todo la extensiva apelacion de *Nuevo-Mundo*.



D. Pedro Gonzalez de Mendoza.

Mientras estuvo en Barcelona, aprovecharon los reyes cuantas ocasiones pudieron para dar á Colon pruebas de su alto aprecio. Se le admitia á todas horas á la real presencia y la reina se complacia en hablar con él acerca de sus empresas. El rey tambien aparecia alguna vez á caballo con el principe D. Juan á un lado y Colon á otro. Para perpetuar en su familia la gloria de tan alta hazaña, se le concedió un escudo de armas, en que se acuartelaron las reales, castillo y leon con aquellas que peculiarmente convenian, á saber: un

grupo de islas, rodeado de olas. A estas se añadió despues el lema:

POR CASTILLA Y POR LEON
NUEVO MUNDO HALLÓ COLON.

La pension de treinta escudos decretada por los soberanos al que en el primer viaje descubriese tierra, se adjudicó á Colon por haber visto el primero una luz en las costas. Dicen que el marinero cuya voz sonó para gritar que no lejos se descubria la deseada tierra, sintió tanto verse arrancar lo que creia su merecido premio, que renunció su religion y patria, y pasandose al Africa, abrazó la ley de Mahoma: esta anécdota descansa en la autoridad de Oviedo, autor muy inexacto, y que tiene prurito de insertar noticias falsas sugeridas por los numerosos enemigos de Colon.

Puede parecer á primera vista poco conforme con la notoria magnanimidad de Colon quitarle el premio á aquel pobre marinero; pero este era asunto que envolvia toda su ambicion, y tenia sin duda á honor ser el descubridor personal de tierra, así como el creador del proyecto.

De importancia inmediata á la del rey y la reina puede suponerse la proteccion que le dispensaba Pedro Gonzalez de Mendoza, gran cardenal de España, y primer súbdito del reino; varon cuyo alto carácter de piedad, erudicion y veladas y soberanas prendas, daban especial valor á sus favores. Convidó á Colon á un banquete, en el cual le destinó el asiento mas honroso de la mesa, y le hizo servir con el ceremonial puesto en práctica generalmente en aquella edad de etiqueta para agasajar á los reyes. En este festin se dice que ocurrió la bien conocida anécdota del huevo. Un frívolo cortesano, impaciente de los honores que Colon recibia, y celoso de que se confiriesen á un extranjero, le preguntó inoportunamente, si creia que en caso de que él no hubiese descubierto las Indias, no hubiera habido otros hombres capaces de acabar la misma empresa. A esto no dió Colon inmediata respuesta; sino tomando un huevo, convidó á los circunstantes á que lo hicieran mantenerse derecho sobre uno de sus extremos. Todos intentaron hacerlo, pero en vano; Colon dió entonces fuertemente con él en la mesa, y rompiéndolo por un lado, le dejó derecho y descansando sobre la parte rota; y así indicó de tan sencillo modo, que despues de haber enseñado el camino del Nuevo-Mundo, nada habia mas fácil que seguirlo.

Las distinciones que á Colon prodigaron los soberanos, le aseguraron por algun tiempo la de la nobleza; porque en las córtes compiten los magnates unos con otros en mostrar su deferencia á quien el rey se digna honrar. Recibia estos favores con modestia, aunque debia sin duda sentir alta satisfaccion en la idea de que los habia hasta cierto punto arrancado de la nacion con su valor y perseverancia. Apenas puede reconocerse en el individuo así elevado á la compañía de los príncipes, en el hombre que servia de objeto á la admiracion general, aquel oscuro extranjero que poco tiempo antes fue la mofa y burla de la misma córte, escarnecido por unos como aventurero, señalado por otros como maniático. Los que habian emponzoñado al mismo Colon durante sus pretensiones vertiendo en él la mofa y el escarnio, intentaban borrar aquellos recuerdos con pródigas adulaciones. Los que le concedieron arrogante patrocinio, ó alguna sonrisa cortesana, se arrogaban el mérito de haberle favorecido, promoviendo así el descubrimiento del Nuevo-Mundo. Apenas habia sugeto distinguido de la córte que no lo haya notado su biógrafo como bienhechor de Colon; aunque con sola la décima parte de este jactancioso patrocinio que se le hubiese dado no habria tenido que pasar tantos años en pretensiones para conseguir el armamento de tres carabelas. Colon sabia bien como apreciar los favores que habia recibido. Los solos amigos que nombra con gratitud en sus cartas posteriores, fueron los dignos Diego de Deza, despues obispo de Plasencia y Sevilla, y Juan Perez, guardian del convento de la Rábida.

Honrado por sus reyes, lisonjeado por los grandes é idolatrado del pueblo, gozó por algun tiempo Colon aura popular, antes que la emponzoñasen la emulacion y la calumnia con sus contagiosos miasmas. Sus descubrimientos brillaron en el mundo con explendor tan vivo y súbito, que deslumbraron á la envidia misma, y recibieron la unánime y universal aclamacion de las gentes. ¡Ojalá pudiera en bien del honor humano cerrar la historia sus páginas, como el romance, con la consumacion de los deseos del héroe! Y Colon quedaria en el pleno goce de su merecida fortuna. Pero su historia está destinada á dar otro ejemplo, si ejemplos se necesitaran, de la inconstancia del público favor, aun de aquel que se gana con distinguidos servicios. Jamás se adquirió grandeza alguna con mas incontestables, puros y exaltados beneficios para la humanidad; jamás atrajo ninguna sobre la cabeza de su señor mas terribles tempestades de celos y calumnias, ni le envolvió en mas desastres y dificultades. Así sucede con el verdadero mérito: su mismo brillo atrae las rencorosas pasiones de los ánimos bajos y serviles, que con demasiada frecuencia le oscurecen, aunque momentáneamente, para el mundo; como el sol levantándose con pleno resplandor por los cielos, anima con el fervor de sus mismos rayos los corrompidos y nocivos vapores que pasajeramente oscurecen su gloria.

CAPITULO VIII.

BULA PONTIFICIA DE PARTICION.—PREPARATIVOS PARA EL SEGUNDO VIAJE DE COLON.

(1493.)

A pesar de su júbilo no perdian tiempo los soberanos en tomar las medidas necesarias para la seguridad de sus nuevas adquisiciones. Aunque se suponia que los paises descubiertos por Colon eran parte de los territorios del gran Khan y de otros príncipes orientales, considerablemente adelantados en la civilizacion, no aparece sin embargo la menor duda acerca del derecho de SS. MM. CC. para tomar posesion de ellos. En el tiempo de las cruzadas se habia establecido una doctrina entre los príncipes cristianos bastante favorable para sus designios ambiciosos. Segun esta, tenian indisputable derecho de invadir, saquear y apropiarse los territorios de las naciones infieles, para extinguir los enemigos del nombre cristiano, y llevar por do quier las luces del Crucificado. En conformidad con esta doctrina, se consideraba al papa, por su autoridad suprema sobre las cosas temporales, con poder para distribuir las tierras paganas entre aquellos piadosos potentados que se empeñasen en reducirlas al dominio de la Iglesia, y á propagar la verdadera fe entre sus descarriados habitantes. En virtud de estos principios el papa Martin V y sus sucesores habian concedido á la corona de Portugal todas las tierras que pudiese descubrir desde cabo Bojador á las Indias; y los reyes católicos, en un tratado concluido en 1479 con el monarca de Portugal, se habian comprometido á respetar los derechos territoriales así adquiridos. A este tratado se referia Juan II en la conversacion con el Almirante, en que indicaba sus títulos á los paises recien descubiertos.

Así, á la primer noticia que del feliz resultado de la empresa llegó á los oidos de los monarcas, empezaron á ganarse su corazon para que sancionase sus proyectos. Alejandro VI acababa de subir á la Santa Sede: pontífice á quien muchos historiadores han acusado de cuantos vicios y crímenes pueden degradar la humanidad, pero á quien todos conceden eminentes ta-

lentos y refinada política. Era natural de Valencia, y como súbdito de la corona de Aragon, podia inferirse que estaba favorablemente dispuesto hácia Fernando; pero en ciertas cuestiones que ya se habian suscitado, no apareció de ningun modo su cordialidad para con el monarca católico. De todos modos, Fernando, conocedor de su mala índole y mundanales instintos, lo trataba de la manera que creia mas conducente. Despachó, pues, embajadores á la córte de Roma, anunciando los nuevos descubrimientos como un extraordinario triunfo de la fe, y ponderando la grande gloria y seguro acrecentamiento de opulencia que á la Iglesia redundarian de difundirse la luz del Cristianismo por aquellas vastas regiones de gentiles. Tambien se curaba de manifestar que los descubrimientos presentes no intervenian en lo mas mínimo con las posesiones concedidas por la Santa Sede al Portugal, todas las que se habian escrupulosamente respetado. Fernando, que por ser piadoso no dejaba de ser político, incluyó una insinuacion al mismo tiempo para que supiese el papa que estaba resuelto á todo trance á conservar sus importantes adquisiciones. Llevaban sus embajadores instrucciones para decir que en la opinion de muchos varones doctos, habiéndose tomado posesion de los paises recien descubiertos por los soberanos católicos, su derecho á los mismos no requeria la sancion papal; sin embargo, como príncipes piadosos y obedientes á la Santa Sede, suplicaban á su santidad expidiese una bula concediéndoselos, con los otros que se descubrieran en adelante, á la corona de Castilla.

Las noticias del descubrimiento se recibieron, en efecto, con grande admiracion y no menos alegría en la córte de Roma. Los reyes católicos habian alcanzado gran predicamento en la córte de Roma por sus guerras contra los moros de España, consideradas como cruzadas piadosas y aunque ricamente pagados con la adquisicion del reino de Granada, se creia que habian merecido ademas la gratitud de toda la cristiandad. Los descubrimientos presentes eran aun de mayor trascendencia; llevaban en sí envuelto el cumplimiento de una de las mas sublimes promesas hechas á la Iglesia, pues le daban *los gentiles en herencia y en posesion las partes mas remotas de la tierra*. No hubo dificultad por lo tanto en acceder á la que se creia modesta peticion por tan importante servicio, aunque probablemente la insinuacion del político monarca avivaria la condescendencia del mundano pontífice.

Expidióse, pues, una bula en 2 de mayo de 1493, cediendo á los reyes de España los mismos derechos, privilegios é indulgencias con respecto á las recien descubiertas regiones, que se habian concedido al portugués, para los descubrimientos africanos, y con la misma condicion de plantar y propagar en ellas la fe católica. Y con el fin de evitar cualquier rompimiento entre ambas naciones, tanto mas cuanto á tan inmensa extension se levantaban sus inapreciables descubrimientos, se expidió otra bula al dia siguiente, conteniendo la famosa línea de demarcacion, por la cual se creia que quedaban sus territorios clara y permanentemente definidos. Esta era una línea ideal tirada del polo ártico al antártico, cien leguas al Occidente de las Azores y del cabo de islas Verdes. Todas las tierras que se descubriesen al Occidente de esta línea, y de que no hubiese tomado posesion ningun poder cristiano antes de la pascua precedente, pertenecerian á la corona española; todas las descubiertas en la direccion contraria, á los portugueses. Al parecer no se acordó el Santo Padre de que continuando sus rumbos opuestos de descubrimientos, podian encontrarse alguna vez y renovar la cuestion de derechos territoriales en los antípodas.

En el entretanto, sin esperar la sancion romana, ponian en contribucion los reyes todos sus recursos para equipar una armada. Con el objeto de que hubiese regularidad y prontitud en los negocios de Nuevo Mundo, se pusieron bajo la superintendencia de Juan Rodriguez de Fonseca, arcediano de Sevilla, y sucesivamente obispo de Badajoz, Palencia y Burgos, y por último patriarca de las Indias. Era persona de alta prosapia y gran influencia; sus hermanos Alonso y Antonio poseian respectivamente los señoríos de Coca y de Alaejos; y el último era ademas contador general de Castilla. Las Casas representa al arcediano como hombre mundano, mas á propósito para los negocios del siglo que para los espirituales, y bien ejercitado en la bulliciosa ocupacion de armar escuadras. No obstante las altas dignidades eclesiásticas á que ascendió, nunca consideró sus empleos temporales incompatibles con aquellas sagradas funciones. Gozando el perpetuo aunque no merecido favor de los soberanos, mantuvo su influjo en los negocios de Indias por cerca de treinta años. Naturalmente debia poseer grandes facultades para alcanzar y sostener tamaños favores y tan altas funciones; pero era maligno y vengativo, y para halagar sus odios privados, no solo hacinaba injurias y males sobre los mas ilustres descubridores, sino que impedia con frecuencia el progreso de sus empresas, con grave perjuicio de la corona. Así podia obrar segura y reservadamente á merced de las prerogativas de su empleo. Su pérfida conducta se indica repetidas veces, aunque en términos cautos, por escritores contemporáneos de peso y crédito, tales como el cura de los Palacios y el obispo Las Casas; pero evidentemente temian expresar la plenitud de sus sentimientos. Los historiadores españoles posteriores, siempre refrenados mas ó menos por el ojo avizor de la Inquisicion, que inspeccionaba con escrupulosidad todas sus palabras, han tratado tambien con demasiada benignidad á un hombre de alma tan baja. Pero merece presentarse su imágen como ejemplo de aquellos odiosos oficiales de los Estados, que yacen como gusanos en las raíces de las honrosas empresas, marchitando y corrompiendo con su oculta influencia los frutos de las grandes acciones y engañando las esperanzas de los reyes y de los pueblos.

Para asistir al obispo Fonseca en sus deberes, se le asociaron como tesorero Francisco Pinelo, y como contador Juan de Soria. Su despacho para el arreglo de los negocios de Indias se fijó en Sevilla, extendiendo su vigilancia al puerto de Cádiz, adonde se estableció una aduana para el nuevo ramo de navegacion. Este fue el gérmen del supremo tribunal de Indias, que adquirió despues tan grande poder é importancia. Mandóse tambien fundar una institucion muy parecida á esta bajo el mando de Colon en la Española. Debian ambas contadurías enviarse mútuos registros de los cargos, tripulacion y municiones de cada buque, por medio de contralores que iban en ellos. Todos estos empleados dependian de los dos contadores generales y ministros superiores del real tesoro, pues iba la corona á satisfacer todos los gastos de la colonia, y á recibir todos los emolumentos.

Las cuentas mas minuciosas y rigurosas se debian exigir de todos los gastos y observar la mayor vigilancia y precaucion respecto á las personas empleadas en negocios del Nuevo-Mundo. A nadie se permitia ir á traficar ó formar establecimiento alguno sin licencia expresa de los soberanos, de Colon ó de Fonseca. El atraso en que se encontraba aquel siglo respecto á los grandes resortes del comercio, supuesto que ignoraban el ancho campo que necesita para rendir abundantes frutos, y el ejemplo de los portugueses en sus posesiones africanas, se citan como escusa de la estrecha y celosa policía que influyó en estas regulaciones coloniales.

Otro ejemplo del poder ilimitado que ejercia la corona sobre el comercio, se halla en la órden que manda esten prontos para la expedicion al Nuevo Mundo to

dos los buques de los puertos de Andalucía, con sus capitanes, pilotos y tripulaciones. Colon y Fonseca estaban autorizados para fletar ó comprar cualquier bajel que creyesen oportuno, y para tomarlo por fuerza si sus amos rehusaban entrar en trato, pagando lo que creyesen justo; y esto aun cuando estuviese de antemano fletado por otras personas. Tambien tenian la autoridad de tomar las armas, provisiones y municiones que juzgasen necesarias de cualquier almacen, tienda ó buque en que se encontrasen, pagando lo que á su parecer valieran; y podian del mismo modo forzarse á embarcarse en la flota con razonable sueldo ó salario á cualquier oficial ó empleado de cualquier rango, que creyesen útil para el servicio. Las autoridades civiles y todas las personas distinguidas estaban obligados á prestar toda su ayuda á la escuadra, no poniendo obstáculo alguno á la expedicion, bajo pena de pérdida de empleo y confiscacion de bienes. Para suplir los gastos de la empresa se pusieron á las órdenes de Pinelo los dos tercios de los diezmos que la corona gozaba, sacando los otros fondos de una vergonzosa fuente; las joyas y propiedades muebles de los desgraciados judíos, desterrados del reino por un cruel y pernicioso edicto del año anterior. Como todos estos recursos eran inadecuados, se autorizó á Pinelo para suplir el déficit con un préstamo. Tambien se tomaron varias medidas para acopiar comestibles, artillería, pólvora, arcabuces, lanzas, coseletes, arcos y saetas. Esta última arma, á pesar de la introduccion de las de fuego, la preferian muchos al arcabuz, por considerarla mas formidable y destructiva, teniendo aquel ademas el inconveniente de exigir una mecha para su uso, y de ser sumamente pesado. Los pertrechos de guerra que se habian acumulado durante la guerra de los moros de Granada, suministraron muchas de las que entonces se necesitaban. Casi todas las dichas órdenes se expidieron antes del 23 de mayo, y cuando Colon estaba aun en Barcelona. Raramente se habian visto escenas de tanta actividad en los dilatorios oficios de España.

Como la conversion de los paganos era el objeto ostensible de aquellos descubrimientos, se escogieron doce eclesiásticos hábiles y celosos, que acompañoran la escuadra. Entre estos iba Fr. Fernando Buvl ó Bovl, monge benedictino, de elevado talento y acrisolada virtud, pero uno de aquellos políticos sutiles de los claustros, que en los tiempos de que hablamos se entrometian mas de lo justo en todos los negocios temporales. Habíase últimamente conducido con buen éxito en ciertas negociaciones con Francia, relativas á la restitucion del Rosellon. Antes de salir la escuadra, le nombró el papa su vicario apostólico en el Nuevo-Mundo, y lo puso á la cabeza de los otros eclesiásticos. Esta mision piadosa iba provista de todo lo necesario para ejercer digna y decorosamente sus funciones, habiendo dado la reina de su propia capilla los vasos y ornamentos que debian usarse en las festividades mas solemnes. El magnánimo y sensible corazon de la gran Isabel tomó desde el principio el mayor interés por la felicidad de aquellos indios, que parecia poner el cielo bajo su maternal amparo. Conmovida por las descripciones que de su apacibilidad y sencillez hacia Colon, y considerándolos como puestos por el cielo bajo su especial amparo, no podia desentenderse de la abyeccion é ignorancia en que estaban. Mandó, pues, que se tuviese particular cuidado de su instruccion religiosa; que se les tratara con la mayor benignidad; y encargó á Colon que descargase ejemplar castigo sobre cualquier español que los ultrajase ó fuese injusto con ellos.

Para ofrecer al cielo las primicias de aquellas naciones paganas, fueron bautizados con mucha pompa y ceremonia los seis indios que habia traido Colon á Barcelona, sirviéndoles de padrinos el rey, la reina y el príncipe don Juan. Habíanse concebido las lisonjeras esperanzas de que al volver al seno de su patria difundirian la luz del Cristianismo con su ascendiente é influencia. Uno de ellos, á ruegos del príncipe don Juan, se quedó en su comitiva, pero murió al poco tiempo; y observa un historiador que, segun lo que debemos creer piadosamente, fue el primer indio que entró en los cielos.

Antes de salir Colon de Barcelona se confirmó la capitulacion provisional de Santa Fe, concediéndole los títulos, emolumentos y prerogativas de almirante, virey y gobernador de todos los paises que habia descubierto ó descubriera en adelante. Confiósele el sello real, con la autoridad de usar los nombres de SS. MM. al conceder cartas-patentes y empleos en los límites de su jurisdiccion; con el derecho de nombrar, en caso de ausencia, un lugar-teniente, invistiéndolo temporalmente con los mismos poderes.

Habíase acordado en las capitulaciones, que para todos los empleos vacantes en el gobierno de las islas y tierra firme, propondria el Almirante tres candidatos; de entre los cuales nombrarian uno los soberanos; pero para economizar tiempo, y hacer ver su confianza en Colon, le autorizaron para nombrar desde luego las personas que creyese idóneas, las cuales gozarian de sus empleos mientras así fuese la voluntad real. Tambien obtuvo el título y mando de capitan general de la escuadra que iba á darse á la vela, con plenos y absolutos poderes para el gobierno de las tripulaciones, los establecimientos que habian de formarse en el Nuevo-Mundo, y los descubrimientos que debieran emprenderse.

Esta fue la aurora del favor real, durante la cual gozó Colon de la ilimitada y bien merecida confianza de sus soberanos, antes que las almas envilecidas por la envidia lograsen empañar á los ojos de la córte la aureola de su triunfo. Despues de recibir todas las muestras que pueden imaginarse de honores públicos y privados, se despidió de los soberanos el 28 de mayo. Toda la córte le acompañó del palacio á su habitacion, y tambien fué á despedirlo al salir de Barcelona para Sevilla.

CAPITULO IX.

NEGOCIACIONES DIPLOMÁTICAS EN LAS CÓRTES DE ESPAÑA Y PORTUGAL, CON RESPECTO A LOS NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

(1493.)

Los procedimientos de la córte de Portugal hacian que la de España creciese en deseo de ver partir la nueva escuadra. Juan II tenia desgraciadamente entre sus consejeros ciertos políticos de los de estrechas miras, que confunden la astucia con la sabiduria. Por haber adoptado sus pérfidos consejos, perdió el Nuevo-Mundo cuando era objeto de honrosas empresas; y en condescendencia con su dictámen queria luego resarcirse por medio de sutiles estratagemas. Preparó, pues, una grande escuadra con el objeto público de enviarla al Africa, y con el designio verdadero de apoderarse de los recien descubiertos paises. Deseoso de acallar cualquier sospecha, envió de embajador á la córte de Castilla á don Ruy de Saude, con el destino de pedir permiso para sacar de España ciertos artículos estancados necesarios en el viaje africano. Tambien suplicaba que los monarcas españoles prohibiesen á sus súbditos pescar mas allá del cabo Boyador, hasta que las posesiones de las dos coronas quedasen propiamente deslindadas. Los descubrimientos de Colon, verdadero objeto de su solicitud, se trataron como por mera incidencia. Habló el embajador de su llegada á Portugal, y del recibimiento que se le hizo, de las congratulaciones del rey don Juan por el feliz éxito del viaje; de su satisfaccion al ver que se le habia prevenido al Almirante

tomase rumbo al Occidente de las islas Canarias, y de la esperanza de que los soberanos de Castilla continuarian trazando semejantes líneas á sus navegantes, habiéndose concedido al Portugal por bula pontificia todas las regiones al Sur de dichas islas. Concluyó expresando la entera confianza que tenia el rey don Juan en que los monarcas españoles le entregarian aquella isla, si por casualidad alguna de ellas pertenecia de derecho al Portugal, arreglándose el asunto con aquel espíritu amistoso que existia entre las dos coronas.

Fernando era político demasiado astuto para equivocarse con facilidad. Recibió temprano aviso de los verdaderos designos del rey don Juan, y antes de que su embajador llegase, habia ya enviado á don Lope de Herrera á la córte portuguesa con dobles instrucciones, y con dos cartas de opuesto tenor. La primera, concebida en afectuosos términos, agradeciendo la hospitalidad y benevolencia que á Colon se habia mostrado, y comunicando la naturaleza de sus descubrimientos, pidiendo al mismo tiempo que se prohibiese á los navegantes portugueses visitar las tierras recien descubiertas, así como los soberanos de España habian prohibido á sus súbditos toda intervencion con las posesiones africanas del Portugal.

En caso, empero, que viese el embajador que habia el rey Juan enviado ó iba á enviar bajeles al Nuevo Mundo, llevaba órdenes de retener la amistosa carta y presentarle la otra, concebida en severo y orgulloso estilo, prohibiendo toda empresa semejante. Se siguió de aquí un intrincado juego diplomático entre los dos soberanos, altamente maravilloso para el espectador que ignorase el secreto en que se fundaba. Reesende, en su historia de don Juan II, nos dice que el monarca portugués con grandes presentes, ó mas bien cohechos, tenia en sus intereses algunos miembros del consejo secreto de Castilla, que le ponian al corriente de cuanto disponia aquella córte, por reservado que fuese. Los caminos estaban llenos de correos: apenas expresaba Fernando una intencion á sus ministros, cuando tenia conocimiento de ella el monarca rival. De estas resultas parecia que la córte de España estaba presa de brujas y hechiceros. Anticipaba el rey Juan todas sus operaciones, y parecia penetrar hasta sus mismos pensamientos. Sus embajadores se cruzaban por el camino con embajadores portugueses, que venian ya autorizados para tratar de los mismos puntos sobre que iban aquellos á hacer representaciones. Frecuentemente, cuando proponia Fernando una inesperada duda á los ministros del Portugal, cuya solucion necesitaba verosimilmente nuevas instrucciones de su soberano, le dejaba perplejo una respuesta pronta y positiva; las mas de las cuestiones que podrian ocurrir, las habia ya previsto, ó sabídolas por sus agentes secretos. Y como temiera que se descubriese el hilo de su bien urdida trama, premiaba el rey Juan sus espías en secreto pero separaba las sospechas de ellos, haciéndolas recaer en diversas personas, por medio de ricos regalos de joyas que enviaba al duque del Infantado, y á otros grandes españoles de incorruptible integridad.

Tal es la intrigante astucia diplomática que suele pasar por refinada política, y celebrarse como la sabiduría de los gabinetes; pero las medidas de corrupcion y poca integridad son siempre muy poco honrosas para un ilustrado político y un príncipe magnánimo. Los grandes principios de lo justo y lo injusto tienen el mismo poder en los individuos que en las naciones, y ofrecen unos mismos resultados: una conducta franca y abierta y una fe inviolable, aunque parezcan adversas en un caso dado, son empero la sola política que puede asegurar al fin un estable y honroso éxito.

El rey Juan, habiendo recibido inteligencia por el furtivo medio que queda dicho, de las dobles instrucciones de don Lope de Herrera, le recibió de modo que no le fue posible usar de la carta perentoria. Ya habia él despachado un ministro estraordinario á la córte española para mantenerla en buena correspondencia, y nombró entonces al doctor Pero Diaz y á don Rui de Pena embajadores cerca de ella, para zanjar toda cuestion relativa á los nuevos descubrimientos, ofreciendo no permitir á bajel alguno el lanzarse á nuevas expediciones hasta pasados sesenta dias despues de su llegada á Barcelona.

Estos embajadores debian proponer, como medio efectivo de cortar de raiz toda mala inteligencia entre los dos poderes, que se tirase una línea desde las Canarias al Occidente: todas las tierras y mares al Norte de la cual pertenecerian á la corona de Castilla; todas las del Sur á la de Portugal excepto las islas que ya estuviesen en la posesion de cualquiera de los dos soberanos.

Fernando se hallaba en la posicion mas ventajosa: su objeto era ganar tiempo para la prepacion y salida de Colon, estraviando al monarca portugués en el intrincado laberinto de una difusa y cansada negociacion diplomática. En respuesta á estas proposiciones despachó á don Pedro de Ayala y á don Garcia Lopez de Carvajal en solemne embajada á la córte portuguesa, con mucha pompa exterior y multiplicadas profesiones de amistad; pero con el solo trecho de proponer que se sometiesen las cuestiones territoriales que se habian suscitado, á una arbitracion imparcial, o á la decision de la Santa Sede. Este alto mensaje de este marchaba, como es de suponer, con la debida lentitud, pero se envió delante un comisionado que anunciase al rey de Portugal su llegada.

Entendió el rey Juan completamente la naturaleza y objeto de la mision, y conoció que Fernando burlaria todos sus golpes. Los embajadores llegaron al fin, y dieron sus credenciales con inusitada pompa y sujetándose á los caprichos de la mas severa etiqueta. Cuando se retiraron de su presencia, los siguió el rey con una mirada desdeñosa y sonriéndose con altivez y menosprecio, dijo: *A esta embajada de nuestro primo le faltan piés y cabeza*, aludiendo al carácter de la mision y de los comisionados; porque don García de Carvajal pasaba por frívolo, y don Pedro de Ayala era cojo de una pierna. En el colmo de su vejacion, se dice que el rey Juan manifestó vagamente algunas intenciones hostiles, haciendo por donde le viesen los embajadores pasar revista á su caballería, y pronunciando en su presencia palabras ambigüas, que podian hasta cierto punto interpretarse como amenazas. La embajada volvió á Portugal, dejándolo perplejo é irritado; pero por grande que fuese su incomodidad fue mayor la discrecion que le impedia venir á las manos con Fernando. Aun le restaba la esperanza de que interpusiese en su favor el influjo de que gozaba su santidad á quien habia enviado una embajada quejándose de los pretendidos descubrimientos de los españoles como de otras tantas usurpaciones de los territorios á él concedidos por bula pontificia, é implorando vehementemente su proteccion. Aquí tambien, como se ha visto, le habia vencido ya su cauto antagonista. La sola respuesta que recibió el embajador, fue una referencia á la línea revisora de polo á polo tan sabiamente imaginada por el santo padre. Tal era el juego de la diplomacia en que se arriesgaba la suerte del Nuevo Mundo. El rey portugués era inteligente para concebir y hábil para ejecutar, y tenia astutos consejeros que le indicasen todas las jugadas; pero cuando quiera que se requeria política profunda y sutil, Fernando era dueño de la partida.

CAPITULO X.

NUEVOS PREPARATIVOS PARA EL SEGUNDO VIAJE.—CARACTER DE ALONSO DE OJEDA.—DIFERENCIAS DE COLON CON SORIA Y FONSECA.

(1493.)

Temerosos los monarcas españoles de que el rey su primo intentase algun golpe de mano para frustrar la expedicion, escribieron, mientras se seguian las negociaciones, repetidas veces á Colon, incitándole á que apresurase su partida. Pero el esforzado corazon del Almirante y su prodigiosa actividad no habian menester de aviso alguno: así que llegó á Sevilla, á principios de junio, procedió con toda la diligencia á efectuar el armamento, usando de los poderes que tenia para apoderarse de los bajeles y marineros de los puertos andaluces. Poco despues se le juntaron Soria y el obispo Fonseca que se habian detenido algun tiempo en Barcelona. Con sus esfuerzos se preparó sin tardanza una flota de diez y siete buques grandes y pequeños. Se escogieron para el servicio los mejores pilotos, y se reunieron las tripulaciones en presencia de Soria, el contador. Tambien se juntaron para la proyectada colonia muchos hábiles labradores, mineros, carpinteros y otros menestrales; caballos para el servicio militar, y para criarlos en ella; ganado y animales domésticos de todas clases; granos, semillas de varias plantas, viñas, cañas dulces, ingertos y renuevos, mercancías, tales como juguetes y dijes, cuentas, cascabeles y espejos, y varias bujerías para traficar con los naturales, y además, abundantes cantidades de provisiones de todas clases, municiones de guerra, medicinas y refrescos para los enfermos.

El entusiasmo por esta expedicion rayaba en frenesí, é impresionados todos los corazones con lo feliz de los resultados y grande de las empresas, soñaban los mayores absurdos respecto á su dorado mundo escondido á sus ojos entre las espumas del mar. Las descripciones de los viajeros que le habian visitado, estaban exageradísimas, porque conservaban de él confusas nociones, como las memorias de un sueño; y se ha mostrado que el mismo Colon le vió al través de un ilusorio prisma. La vivacidad de sus descripciones, y las grandes esperanzas que su ánimo ardiente le hacia concebir, excitaron en el público incomparable interés, y abrieron el camino de amargos desengaños. Los corazones avaros consideraban aquellas regiones de soñada esplendidez, cuyas corrientes fluian sobre arenas de oro, cuyas montañas estaban preñadas de joyas y preciosos metales, cuyas arboledas criaban especias y perfumes, cuyas costas esmaltaban gruesas y hermosas perlas. Otros se forjaban mas bellas y seductoras ficciones. Era la época de que hablamos romántica y activa; y habiéndose acabado la guerra de los moros, y suspendídose las hostilidades con Francia, los osados é inquietos genios de la nacion se hallaban impacientes de la monotonía de la paz, y ansiaban hallar ejercicio. A estos les presentaba el Nuevo Mundo anchuroso campo de extraordinarias empresas y aventuras, tan congeniales al carácter español en aquel período, meridiano de su esplendor y nobleza. Muchos hidalgos de noble y principal ralea, muchos oficiales de la casa real, y caballeros andaluces acostumbrados á la actividad poética y entretenida de la guerra, y apasionados amantes de altos hechos como aquellos con que ya habian brillado en la risueña vega granadina, entraron en la expedicion, ó bien al servicio de los reyes, ó á su propia costa. Para ellos era aquel el principio de una nueva série de cruzadas, mas grandes y brillantes que las que inmortalizaron á la caballería europea en la Tierra Santa. Se imaginaban subyugando ya espaciosas y bellas islas en medio del Océano, esplorando sus maravillas, y plantando el estandarte de la cruz sobre los torreones de sus ciudades. De allí se abririan á su parecer camino á las costas de la India, ó mas bien del Asia, penetrarian en Manguí y en Cathay, convertirian, ó lo que era lo mismo, vencerian el gran Khan, gozando así de una gloriosa carrera militar en las espléndidas regiones y entre los semi-bárbaros pueblos del Oriente. Nadie tenia una idea clara y exacta de los peligros á que se arriesgaban, de la inmensidad que iban á surcar, de la empresa gigantesca que cargaban sobre sus hombros, de los hombres que iban á sujetar al dominio español. En efecto, si en esta fiebre de la imaginacion se hubieran presentado los hechos tal cual eran en su fria realidad, habrian sido desechados con desprecio; porque nada aborrece tanto el público, como el que se le despierte en medio de sus dorados sueños.

Entre las personas notables que entraron en la expedicion, habia un caballero jóven, llamado don Alonso de Ojeda, célebre por sus extraordinarias dotes personales y por la audacia de su ánimo, que se distinguió mucho con peligrosas y singulares hazañas entre los primeros descubridores. Hijo de una familia noble, primo hermano del venerable padre Alonso de Ojeda, inquisidor de España, se habia educado bajo el patrocinio del duque de Medinaceli. Era de baja talla, pero forzudo y bien proporcionado, su tez era morena, y llena de grata animacion, sus miembros tenian la dote de una fabulosa agilidad, diestro en las armas, inimitable en los ejercicios guerreros, arrogante para guiar un corcel, y como nadie, entendido en los botes de las lanzas. Osado de corazon, libre de ánimo, abierto de mano, fiero en el combate, pronto en las querellas, y mas aun en perdonar y olvidar las injurias, fue por mucho tiempo el ídolo de la atrevida juventud que entró en las expediciones del Nuevo Mundo, y ha servido despues de héroe de extraordinarias leyendas. Las Casas da, al introducirlo á la noticia histórica, la anécdota de una de sus hazañas, que tal vez no mereceria recordarse, si no diese tan cabal idea de su carácter.

Estando la reina Isabel en la torre de la catedral de Sevilla, conocida en general por el nombre de la Giralda, para entretener Ojeda á S. M., y dar pruebas de su agilidad y valor, se subió á una gran viga que proyectaba en el aire como veinte piés fuera de la torre, á tan inmensa altura de la tierra, que las gentes que andaban por ella parecian desde arriba enanas, y hubiera bastado para aterrar á cualquiera que no fuese Ojeda, el mirar abajo. Pero él salió airoso de su empresa, trepando por la viga con el mismo desenfado y desenvoltura que si hubiera andado por una llana plaza. Cuando llegó á la punta, levantó una pierna en el aire, y girando ligeramente sobre la otra, se volvió hácia la torre sin que le causara vahido alguno ni temor de ningun género aquella pavorosa altura. Quedándose despues sobre un pié en la viga, puso el otro en la pared de la torre, y tiró una naranja por cima de ella; pruebas todas, dice Las-Casas, de inmensa fuerza muscular. Tal era Alonso de Ojeda, pronto distinguido entre los que siguieron á Colon, y siempre el primero en toda empresa arriesgada; que buscaba el peligro con la ansiedad de un amante, y parecia que peleaba, mas por el placer de la pelea, que por el honor que esperaba le redundase de ella.

Se habia limitado á mil el número de las personas á quienes se permitia entrar en la expedicion: mas tal era el urgente deseo de los que querian ir de voluntarios sin paga alguna, que pasaban de mil y doscientos. A muchos mas se les negó la admision por no haber sitio suficiente en las embarcaciones para albergar tanta gente: pero de estos lograron algunos introducirse en ellas furtivamente, de modo que sobre mil y quinientos se darian á la vela en la flota. Como Colon en su laudable celo por la prosperidad de la empresa, se prevenia de lo que juzgaba fuese necesario en varias averias posibles, excedian los gastos

al presupuesto. Esto dió motivo á muchas dilaciones de parte del contador Juan de Soria, que á veces rehusaba firmar las cuentas del Almirante, y en el discurso de sus transacciones parecia haber olvidado la deferencia debida á su situacion y á su carácter. Por esto recibió repetidas y severas reconvenciones de los soberanos, que mandaron inmediatamente se tratase á Colon con el mayor respeto, y no se omitiese cosa alguna que facilitara sus planes. De otras prevenciones semejantes, insertas en las cartas reales á Fonseca, el arcediano de Sevilla, se infiere que él tambien se habia complacido en el capcioso ejercicio de su poder oficial. Parece que se negó á varias demandas de Colon, particularmente una de criados y familiares para su servicio doméstico, á la formacion de su casa y comitiva como Almirante y virey, demanda que el prelado consideró supérflua, pues cuantos iban en la expedicion estaban á sus órdenes. En justa compensacion mandaron SS. MM. que se pusiesen á sus inmediatas órdenes diez escuderos de á pié, y veinte personas mas, para otros servicios domésticos; y recordaron á Fonseca haberle ya encargado que en la naturaleza y modo de sus transacciones con el Almirante estudiase la manera de contentarlo; observando que como la escuadra entera iba á sus órdenes, era justo que se consultasen sus deseos, y que nadie le embarazase con obstáculos y dificultades.

Estas diferencias triviales son dignas de particular noticia, por el efecto que parece causaron en el ánimo de Fonseca, porque de ellas data la perversa animosidad con que persiguió incesantemente á Colon, rencor que se aumentaba gradualmente, fomentando el arcediano su veneno del modo mas indigno, y poniendo en secreto multiplicados inconvenientes y obstáculos á todos los actos del Almirante.

Mientras estaba la expedicion detenida en el puerto, se recibieron nuevas de que se habia visto una carabela portuguesa hacerse á la vela en Madeira, y tomar el rumbo de Occidente. Nació al punto la sospecha de que iria á los paises recien descubiertos. Colon dió parte de ello á los soberanos, y preparó algunos bajeles que la siguieran. Aprobóse su propuesta, pero no se puso en práctica. A las exposiciones que sobre el particular se hicieron á la córte de Lisboa, respondió el rey Juan que habia salido aquel buque sin su permiso, y que enviaria tres carabelas á que le hiciesen volver. Esto acrecentó los recelos de los reyes de España, que consideraban el todo como una fingida y premeditada estratajema, y que el intento verdadero era que uniesen los bajeles sus fuerzas, y siguiesen juntos la via del Nuevo Mundo. Se le mandó á Colon por lo tanto que partiese sin dilacion alguna, virando al mar desde el cabo de San Vicente, de modo que no tocase á las islas ni costas portuguesas para evitar toda molestia. Si encontraba algun buque por las mares que él habia explorado, debia apoderarse de él, é imponer riguroso castigo á las tripulaciones. Previnosele á Fonseca que velase incesantemente por descubrir aquella trama, y en caso de que Portugal pretendiese mandar alguna expedicion, enviar tropas en su persecucion, y redoblar sus esfuerzos para impedir la realizacion de empresa tan temible para España. Pero no hubo ocasion de aplicar estas medidas. Se ignora si en efecto salieron algunas carabelas, y si el Portugal las envió con siniestras intenciones; Colon no supo mas de ellas en el discurso de su viaje.

Puede anticiparse aqui, en favor de la claridad, el modo con que se terminó definitivamente la cuestion territorial entre los monarcas rivales. Le era imposible al rey Juan reprimir su inquietud, considerando las empresas indefinidas de los reyes de España; no sabia hasta dónde podrian extenderse, y menos si se le adelantarian en sus proyectados descubrimientos indios. Mas viendo que eran infructuosos todos sus esfuerzos para vencer por estratajemas á su diestro y hábil antagonista, y desesperando ya de la asistencia de Roma, se acogió al fin á sinceras y amistosas negociaciones, y vió, como generalmente sucede, á los que entran en el halagüeño pero tortuoso sendero de la astucia, que habiendo seguido el camino de la franca y sincera política, no hubiera caido en tanta incertidumbre, y hubiera quizá alcanzado el fin que se proponia, dejando á los soberanos españoles en la libre prosecucion de sus descubrimientos occidentales, conformándose al plan de particion por una línea meridiana; pero se quejó de que esta línea no se habia tirado á una distancia justa al Occidente; que al paso que dejaba libre todo el anchuroso Océano á los empresarios españoles, no podian sus navegantes penetrar mas de cien leguas al Occidente de sus posesiones, sin quedarles mar ni amplitud para sus viajes del Sur.

Despues de muchas dificultades y discusiones, se concluyó esta cuestion por varios diputados de ambas coronas, que se juntaron el año siguiente en Tordesillas, lugar de Castilla la Nueva, y firmaron el 7 de junio de 1494 un tratado por el cual se movia la linea pontificia de particion á trescientas sesenta leguas Occidente del cabo de Islas Verdes. Acordóse que pasados seis meses se reunieran en la Gran Canaria en número igual de carabelas españolas y portuguesas, llevando á su bordo hombres prácticos en la navegacion, y doctos en la astronomía. Estos habian de proceder al cabo de Islas Verdes, y de allí trescientas sesenta leguas al Occidente, y determinar la propuesta línea de polo á polo, y dividir el Océano entre las dos coronas. Ambos poderes se comprometieron solemnemente á observar los límites así prescritos, y no emprender descubrimiento alguno mas allá de sus lindes, aunque se permitia á los buques españoles navegar libremente por las aguas orientales del Océano, en la prosecucion de sus viajes. Varios acaecimientos impidieron que ambas naciones mandasen sus respectivos buques para deslindar los territorios; sin embargo, el tratado permaneció en pié y dió márgen á notables controversias.

Así, dice Vasconcelles, esta gran cuestion, la mayor que jamás se agitó entre las dos coronas, porque era la particion de un nuevo mundo, tuvo amistoso fin por la prudencia de los dos monarcas mas políticos que empuñaron nunca el cetro. Quedó pues arreglada con satisfaccion de ambas partes, cada una considerándose con derecho á imperar en los vastos paises que pudieran ser descubiertos dentro de sus límites, sin consideracion alguna por los derechos de los habitantes naturales.

LIBRO SEXTO.

CAPITULO PRIMERO.

SALIDA DE COLON EN SU SEGUNDO VIAJE.—DESCUBRIMIENTO DE LAS ISLAS CARIBES.

(1493.)

La segunda partida de Colon era la antítesis de su anterior salida, cuando en sus modestas naves abandonaba el puerto de Palos para lanzarse á sus audaces descubrimientos. El 25 de setiembre al rayar el dia blanqueaba ya su flota en la bahía gaditana. Tres carracas de á cien toneladas, y catorce carabelas esperaban prontas el cañonazo de leva. Oianse resonar en la playa los ecos de los cantares que entonaban los marineros, al izar sus velas ó levar sus anclas; y el bullicio de muchas gentes de varias clases, despidiéndose de sus amigos y apresurándose á llegar á bordo, con la esperanza de un viaje feliz y de una triunfante vuelta. Allí estaba el hidalgo de levantados sentimientos, que iba en pos de aventuradas empresas; el altivo

navegante que deseaba coger laureles por aquellos mares desconocidos: el vago aventurero que todo se lo promete de un cambio de lugar y de distancia; el especulador ladino, ansioso de aprovecharse de la ignorancia de las tribus salvajes; el pálido misionero de los claustros, consagrado al dominio de la Iglesia, ó devotamente celoso por la propagacion de la fe, todos animados y llenos de vivas esperanzas. En vez de mirarlos el populacho como víctimas de una oscura y desesperada empresa, los contemplaba con envidia, como dichosos mortales destinados á vivir en doradas regiones y climas venturosos, donde los esperaban opulencia, delicias y maravillas, sin cuento. Entre ellos descollaba Colon por su gentil talante y su simpático rostro. Acompañábanle sus dos hijos Diego y Fernando, el mayor muy jóven todavía, que orgullosos de la gloria de su padre, venian á presenciar su partida. Por donde quiera que pasaba, le seguian con admiracion todos los ojos, y todas las lenguas le colmaban de alabanzas y bendiciones. Antes de salir el sol estaba ya navegando la flota; el tiempo era sereno y propicio; y al observar el pueblo las henchidas velas iluminadas por los reflejos del astro del dia que se levantaba magestuoso entre las espumas, les predecia gozosa vuelta, acompañados de los tesoros del Nuevo Mundo.

Segun las instrucciones de los soberanos, viró Colon al mar, fuera de la costa de Portugal y de sus islas, con rumbo al Sud-oeste de las Canarias, adonde llegó el primero de octubre. Despues de tocar en la Gran Canaria, anclaron el 5 en la Gomera, donde se proveyeron de agua y leña para el camino. Compraron además terneras, cabras y ganado lanar para naturalizarlo en la isla Española, y ocho cerdos, de donde, segun Las-Casas, se procrearon las numerosas manadas que abundaban posteriormente en las Colonias españolas del Nuevo Mundo. Proveyéronse tambien de gallinas y otras aves que dieron orígen á las que de su especie se encuentran en el Nuevo Mundo; y lo mismo puede decirse de las semillas de naranjas, bergamotas, limones, melones, y otros frutos, que fueron á las islas del Occidente, de las Hespérides ó islas afortunadas del Mundo Antiguo.

El 7, antes de darse á la vela, entregó Colon al comandante de cada buque un paquete cerrado y sellado, especificándole el camino del puerto de la Navidad, residencia del cacique Guacanagarí. Estos pliegos no debian ser abiertos hasta el caso de que por casualidad se apartase alguna embarcacion, pues queria en lo posible conservar oculto el verdadero rumbo á los paises recien descubiertos, no fuese que los marineros de otras naciones, y particularmente los portugueses, siguiesen sus huellas y se mezclasen en sus empresas.

Despues de salir de la Gomera tuvieron calma por algunos dias entre las Canarias, hasta que el 13 de octubre se levantó una brisa fresca del Oriente que los llevó pronto fuera de la vista de Ferro. Colon siguió el rumbo del Sud-oeste, llevado de la intencion de internarse hácia la parte meridional para encontrar, si fuera posible, las islas de los caribes descritas con tan vivos colores por los indios. Habiendo entrado en la region de los vientos constantes, siguió la brisa fresca é inmutable, con sosegada mar y apacible tiempo; el 24 estaban á cuatrocientas cincuenta leguas Oeste de la Gomera, sin haber visto aun ninguno de aquellos prados que se encontraron á mucha menor distancia en el primer viaje, cuando fue su casi milagrosa apariencia y inspirando á los náutas continuas esperanzas, é incitándolos á seguir adelante en su dudosa empresa. No necesitaban entonces semejantes signos, y al ver una golondrina revolotear en torno de sus embarcaciones, ó caer inesperadamente un aguacero, empezaban á mirar alegremente si descubrian ya tierra.

A fines de octubre sorprendióles una oscura noche con amagos de terrible tempestad, que bien pronto se dejó sentir descargando súbitos aguaceros acompañados de vivos relámpagos y ruidosos truenos. Duraron estos cuatro horas y se consideraba la gente en mucho peligro, hasta ver las entenas y cordaje iluminados de aquellas luces fosfóricas que aparecen á veces en las tormentas, cuando se halla la atmósfera recargada de electricidad. Como este singular fenómeno ocurre en momentos de inminente riesgo, ha sido siempre objeto de visionarias fantasías entre los marinos. Fernando Colon describe su aparicion, y la describe haciendo comentarios muy propios de aquella época. «El mismo sábado por la noche se vió San »Telmo con siete luces encendidas en los topes de los »mástiles: habia mucha lluvia y grandes truenos; »quiero decir, que se vieron aquellas luces que los »marineros dicen que son el cuerpo de San Telmo: »al ver los cuales cantaron muchas letanías y oracio»nes, teniendo por cierto que en la tempestad en »que este se aparece, no hay nadie en peligro. Sea »como quiera, yo refiero el hecho á ellos; pero si he»mos de creer á Plinio, luces semejantes se han apa»recido á veces á los romanos en las tempestades del »mar, las cuales decian ellos que eran Castor y Po»lux, de las cuales tambien habla Séneca.»

El 2 de noviembre por la tarde pensó el Almirante por el color que presentaba el Océano, el estado de las ondas, inconstancia de los vientos y frecuencia de las lluvias, estar ya cerca de tierra, y dió órdenes para acortar vela, y mantener vigilante guardia toda la noche. Habia juzgado con su sagacidad ordinaria. Los primeros destellos de la aurora iluminaron una isla que surgia hácia Occidente á la vista de los navegantes, cuyos corazones conmovidos por aquella mágica aparicion dictaron á sus lábios palabras de regocijo y entusiasmo. Colon llamó á la isla Dominica, por ser domingo aquel dia. Al seguir los bajeles su apacible rumbo, descubrieron nuevas islas que se levantaban, por decirlo así, del quieto Océano, cubiertas de verdes florestas; mientras hendian los vientos entre ellas grandes bandadas de loros y otras aves de los trópicos.

Subieron luego las tripulaciones á cubierta para dar gracias al Todopoderoso por su próspero viaje y feliz descubrimiento de tierra, y cantaron los marineros de la escuadra la salve y otras antífonas. De este modo piadoso celebraban Colon, y en general los viajeros españoles y portugueses, sus descubrimientos. ¡Cuán bella y solemne pintura para el ánimo! ¡Aquella congregacion de marineros, unidos en fervoroso jubileo entre las pacíficas ondas, elevando sus corazones á Dios para darle gracias por la hermosa tierra que se estaba levantando á su vista!

CAPITULO II.

TRANSACCIONES EN LA ISLA DE GUADALUPE.

(1493.)

Las islas á que llegó Colon forman parte de aquel hermoso piélago llamado las Antillas, que gira casi en semicírculo desde el término oriental de Puerto-Rico á la costa de Paria en el continente del Sur, formando una especie de barrera entre la mar de los caribes y el resto del Océano.

El primer dia que llegó á estas islas, vió Colon nada menos que dos de diferentes magnitudes, adornadas con la sorprendente vegetacion de los trópicos, y cuando pasaba la brisa por ellas se impregnaba el aire de los aromas que exhalaban sus poéticas florestas.

Despues de buscar en vano buen anclaje en la Dominica, tuvo que irá otra, á que puso Marigalante, el nombre de su bajel. Desembarcó en ella y tremoló el estandarte real, tomando posesion en nombre de sus soberanos, así de estas islas como de las adyacentes. No

se vieron vestigios de gente; parecia que estaba la isla desierta; la cubria una rica y densa floresta; algunos árboles estaban en flor, otros cargados de desconocidos frutos y varios odoríferos, entre los cuales tenia uno la hoja de laurel y la fragancia del clavo.

De allí se dieron á la vela para otra isla de mayor extension, donde tuvieron ocasion de admirar el elevado pico de una encumbrada montaña, que fluia manantiales de purísimas aguas, hasta que por último vinieron á comprender que era el cráter de un volcan. A tres leguas de distancia distinguieron un inmenso torrente, despeñándose por un precipicio de tan inmensa altura, que usando las palabras del descriptor, parecia que se derrumbaba de los cielos; y de tal modo se rompia y se formaba su espuma al caer, que algunos le creyeron al principio un lecho de roca blanca. A esta isla, llamada por los indios Turuqueira, le dió el Almirante el nombre de Guadalupe, habiendo prometido á los religiosos de Nuestra Señora de Guadalupe en Estremadura, dar el nombre de su vocacion á alguna de las tierras que descubriese.

Desembarcando el 4 visitaron un lugar cerca de la playa, cuyos habitantes huyeron á sus vista, algunos abandonando de terror hasta sus hijos. Los españoles colmaron á estos de caricias, atándoles á los brazos cascabeles y otras cosas de precio baladí, con el objeto de estirpar la mala impresion que habian causado en el ánimo de sus padres. Esta poblacion, como las mas de aquella isla, se componia de veinte ó treinta casas, edificadas alrededor de una especie de plaza pública. Las casas eran parecidas á las de Cuba y Española, y estaban tambien formadas de troncos de árboles alternados con cañas y ramas, y cubiertas de hojas de palma. Eran cuadradas y no circulares como las de las otras islas, y cada una tenia su umbral ó pórtico que la defendiese del sol. La entrada de una de ellas estaba adornada con imágenes de serpientes medianamente entalladas en madera. Los muebles eran los mismos; hamacas en redes de algodon y utensilios de calabazas ó barro como los mejores de Española. Habia grandes cantidades de algondon crudo, en hilaza y hecho tela de mediana urdiembre, y muchos arcos y flechas con las puntas de hueso. Parecia que abundaban las provisiones. Habia gansos domésticos como los de Europa, y loros tan grandes como gallinas, con plumaje azul, verde, blanco y escarlata, pues eran de la espléndida especie llamada de guacamayos. Tuvieron allí el feliz hallazgo de la anana ó piña de Indias que tanto placer causa generalmente por su fragancia y exquisito sabor. Al examinar estas casas vieron una sarten de hierro, lo cual les pareció extraño por no haber encontrado antes aquel metal en el Nuevo Mundo. Fernando Colon supone empero, que estaria fabricada de cierta especie de piedra pesada que se halla en las islas, la que adquiere quemada la apariencia de hierro lustroso, y pudieron creerlo tal en su precipitado exámen; aunque admite que podia aquel utensilio haber venido de Española, pero en las islas nunca se encontró hierro nativo.

Otro objeto de especulacion y sorpresa fue un codaste, pieza de la popa de un buque que tambien encontraron. ¿Cómo pudo llegar hasta aquellas inexploradas riberas donde al parecer jamás habia puesto su planta la civilizacion? ¿Seria acaso reliquia de alguna embarcacion de los paises del Asia, de que suponian estar cerca, ó parte quizá de la carabela que perdió Colon en su primer viaje en Española, ó bien algun fragmento de un barco europeo que habria flotado á través del Atlántico? Esto último era lo mas probable. Las corrientes constantes que empiezan casi desde las costas de Africa, causadas por la variedad é inconstancia de los vientos, deben á veces llevar los despojos del antiguo mundo al nuevo; y mucho antes del descubrimiento de Colon, los sencillos salvajes de las islas y costas pudieron haber mirado con asombro formidables fragmentos de barcos europeos que habian perecido en las regiones opuestas del Océano y flotado poco á poco á las suyas.

El ánimo de los españoles fue horrible y profundamente herido por la vista de varios huesos humanos, vestigios, segun creyeron, de los nefandos festines de aquellos salvajes. Habia cráneos colgados por las casas, que servian aparententemente de vasos y utensilios domésticos. Estos tristes objetos les revelaron que estaban en las mansiones de los caníbales ó caribes, errantes y feroces guerreros, cuyas predatorias expediciones y sanguinario carácter les habian hecho el terror de aquellos mares. Habiendo vuelto el bote, continuó Colon su navegacion como dos leguas, y ancló al anochecer en un puerto bastante cómodo. Estendíase la isla por aquella parte 25 leguas, erizada por altas montañas y cubierta de espaciosos valles y extensas llanuras. Se veian por la costa pequeños lugares y chozas, cuyos habitantes huian amedrentados al ver la escuadra rodeando sus tierras. Al amanecer permitió Colon desembarcar á varios capitanes con algunos hombres para que se esforzasen en abrir comercio con los habitantes. Se dividieron en partidas y volvieron por la tarde con un muchacho y varias mujeres, algunas de la isla y otras cautivas. Estas últimas confirmaron á Colon en la idea de que estaba en las islas caribes. Supo que los habitantes se habian aliado á los de dos islas vecinas, y que hacian juntos guerra á todas las otras. Iban á sus expediciones predatorias en canoas, hasta la distancia de ciento cincuenta leguas. Llevaban por armas arcos y flechas, cuyas puntas eran espinas de peces ó conchas de tortuga, envenenadas con el jugo de cierta yerba. De esta guisa armados invadian las vecinas islas, llevándose consigo á las mujeres jóvenes para reducirlas á la condicion de sus esclavas ó compañeras, y aprisionando á los hombres para que sirviesen de pasto á sus feroces instintos.

Despues de oir tan formidable descripcion de los naturales de esta isla, sobrecogió á Colon grande inquietud por la noche al ver que Diego Marquez, capitan de una de las carabelas, no volvia con ocho hombres que le acompañaban. Habia desembarcado sin licencia por la mañana temprano y extraviádose por los bosques, sin que se supiese mas de él. Al siguiente dia tampoco tornaron él ni sus compañeros, con lo que creció el cuidado de Colon, que recelaba hubiesen sido asaltados por tropas ó falanges de indios, porque algunos de ellos eran tan expertos náuticos que se suponia que habiéndose perdido, fácilmente sabrian volver guiados por las estrellas. Se enviaron en su busca partidas, cada una con un trompetero que tocase llamadas y señales. Se dispararon cañonazos en los buques y arcabuces en las playas, pero sin efecto alguno; y por la noche volvieron las partidas cansadas de su infructuoso servicio. Habian visitado varias chozas en que hallaron las que consideraban pruebas del canibalismo de los naturales, pero calculadas por cierto para mitigar sus aprensiones respecto á la suerte de sus compañeros. Miembros humanos colgados en las casas y como curándose para convertirlos en alimentos, y la cabeza de un jóven recien muerto y todavía desangrándose, con otras partes de su cuerpo hirviendo, mezclada con carne de gansos y loros, y asándose al fuego.

Habíanse aproximado aquel dia muchos indígenas á los bajeles desde la costa, pero cuando se aproximaban los botes huian á los bosques ó á las montañas. Algunas mujeres se presentaron á los españoles pidiéndoles amparo, diciendo que eran cautivas de otras islas. Colon mandó que se decorasen con cascabeles, sartas de cuentas y abalorios, y las envió á la playa, esperando por su medio atraer á visitarlo algunos de los isleños. Tornaron inmediatamente á bordo, de-

mandando un seguro asilo y desprovistas de su equipo robado por los feroces indios. Supo por ellas el Almirante que los mas de los hombres de la isla estaban ausentes, habiendo salido poco antes el rey con diez canoas y trescientos guerreros á cruzar en busca de cautivos y botin. Cuando iban los hombres á estas espediciones, se quedaban las mujeres á defender de invasion sus costas. Eran expertas flecheras, participaban del espíritu marcial de sus maridos, y casi les igualaban en fuerza é intrepidez.

Además de las fugitivas que se habian refugiado á bordo, vinieron tambien algunos muchachos igualmente cautivos, y que aun gozaban vida por un extraordinario refinamiento de la crueldad. Supieron los españoles que acostumbraban los caribes criar los muchachos prisioneros hasta que fuesen hombres, y engordarlos entonces para sus fiestas, privándolos de virilidad para que fuese su carne mas tierna y sabrosa. Es tan repugnante á la naturaleza humana la idea del canibalismo, que de buen grado achacaríamos estas relaciones á errores y cuentos de los viajeros; pero los afirman positivamente escritores demasiado veraces, y son ellos en sí demasiado curiosos para pasarlos en silencio.

Colon estaba perplejo sobre el sistema que adoptaria. Ansiaba por un lado llegar á Española y asegurarse del destino de la guarnicion que allí habia dejado, y le impacientaban todas las dilaciones : por el otro, abandonar aquellas riberas sin ir acompañado de los hombres que se habian internado en la isla, era dejarlos abandonados á su mísera suerte y al capricho de los caníbales. Dejar un bajel tripulado que esperase su vuelta, era exponerse á perderlo por mil accidentes que podian sucederle en aquellas salvajes costas y desconocidos mares. En esto Alonso de Ojeda, aquel jóven y atrevido caballero, de quien se ha contado una anécdota relativa á la torre de la catedral de Sevilla, se ofreció voluntariamente á penetrar con cuarenta hombres hasta el interior de la isla y explorar todas sus florestas en busca de la genta extraviada. Se aceptó este ofrecimiento; mandó el Almirante que mientras estuviese ausente se proveyese los buques de leña y agua, y dió permiso para que saliesen parte de las tripulaciones á lavar su ropa y recrearse en la playa.

Alonso de Ojeda entró con los que le siguieron en todas las florestas vecinas, y marchó hácia el interior, descargando arcabuces, sonando trompetas por los huecos valles, y desde las cimas de montañas y precipicios; pero todo en vano, solo el eco respondia á aquellos atronadores sonidos. Lo espeso de las selvas y bosques, que florecian con todo el vigor y lujo de la vegetacion de los trópicos, hacian la marcha difícil y fatigosa. Ojeda lo veia todo con el prisma novelesco de un jóven aventurero, y trajo las noticias mas exageradas acerca de los productos naturales del país. En el olor aromático de los árboles y arbustos de las florestas imaginaba percibir la fragancia de ciertas gomas y especias preciosas. Vió muchos pájaros de los trópicos de desconocida especie, y tambien halcones, garzas, milanos, palomas silvestres, tórtolas y cuervos. Creyó asimismo ver perdices, que solo habia realmente en la isla de Cuba, y oir el canto del ruiseñor, desconocido en el Nuevo-Mundo. La isla, empero, abundaba en frutos, porque segun Pedro Mártir, siendo los caníbales gente salvaje y aventurera, y recorriendo todos los paises vecinos en sus escursiones, traian de ellos las semillas y raices de todas las plantas provechosas. Tambien dice que se hallaba miel en los árboles huecos y en las aberturas de las rocas. Tan abundante era en aguas esta isla que Ojeda cuenta haber vadeado veinte y seis rios en el espacio de seis leguas, si bien algunos serian vueltas de la misma corriente.

Colon dió al fin por perdidos á sus nueve hombres. Habian pasado ya muchos dias desde su desaparicion, en los cuales, si viviesen, parecia imposible que ni hubiesen sido hallados ni sabido volver á los buques. Iba, pues, á darse á la vela, cuando con universal alegría de la flota se vió en la costa una señal hecha por ellos. Cuando entraron á bordo, sus macilentos y descarnados rostros daban á conocer las horrorosas contrariedades que les habian asaltado. Habiéndose separado por acaso de la línea recta cuando entraron por los bosques, penetraron sin saberlo mas y mas en la isla, hasta verse del todo extraviados. Por muchos dias anduvieron perplejos por descaminadas florestas, tan densas que casi excluian la luz del dia. Subieron montañas y rocas, vadearon rios y lucharon por en medio de zarzales y espesuras. Algunos, que eran expertos marineros, treparon por los árboles con la esperanza de ver las estrellas para tomar por ellas rumbo, pero la frondosidad de la ramas y follaje les cerraba totalmente la vista del cielo. Los mas horribles temores se habian apoderado de su ánimo, y recelaban que, creyéndolos ya muertos, el Almirante se haria á la vela, dejándolos en aquel desierto, separados para siempre de sus casas y de las moradas de los hombres civilizados. Al fin, ya casi reducidos á la desesperacion, llegaron por casualidad á la orilla del mar, y siguiendo sus márgenes vieron con inexplicable gozo que estaba la flota anclada todavía. Trajeron con ellos varias mujeres y muchachos indios; pero no habian visto en su peregrinacion ningun hombre, pues la mayor parte de los guerreros estaba, como se ha dicho, ausente en una expedicion.

A pesar de los trabajos que habian sufrido y del gozo que causó á Colon su vuelta, creyó importante, en servicio tan delicado, castigar toda falta de disciplina. Puso, pues, arrestado al capitan, y quitó parte de la racion á los marineros, por haber abandonado sus sitios sin contar con su consentimiento.

CAPITULO III.

CRUCERO POR ENTRE LAS ISLAS CARIBES.

(1493.)

Levando ancla el 10 de noviembre, navegó Colon por la costa de Guadalupe hácia el Nor-oeste, en cuya direcion, segun sus propios cálculos y los informes de los indios, toparia con la isla Española. Las mujeres recientemente venidas á bordo le habian hablado de otras islas al Sur, y asegurándole que por el mismo punto se extendia tambien el continente, noticias que halló despues verdaderas; pero tal era entonces su deseo de llegar al puerto de la Navidad, que no quiso ensanchar sus descubrimientos. Siguiendo por aquel hermoso archipiélago, dió nombre á las islas en el órden en que se le aparecian. Monserrate, Santa María de la Redonda, Santa María de la Antigua y San Martin : otras varias islas se extendian hácia el Noroeste y Sud-este, todas muy elevadas; levantándose altas montañas, y vistiéndolas hermosos prados, sin que por ninguno de estos alicientes se decidiese Colon á visitarlas. Estando el tiempo bastante tempestuoso, anclaron el 14 de noviembre en una isla llamada Ayay por los indios, á la que le dió Colon el nombre de Santa Cruz. Fue un bote á tierra con veinte y cinco hombres para procurar agua y noticias, acerca del rumbo que llevaban. Hallaron un lugar de que los hombres habian huido; pero pudieron asegurar algunas mujeres y muchachos, los mas de ellos cautivos traidos allí de otras islas, porque tambien era aquella morada de caribes. Bien pronto pudieron experimentar el feroz valor é increible crueldad de esta horrible raza. Mientras estaba el bote en tierra, vino una canoa costeando de cierta parte distante de la isla, con dos mujeres y algunos indios, y al volver un cabo, se vieron de pronto en frente de la flota europea.

asombrados al aspecto de lo que debieran haber creido una terrorífica y sobrenatural aparicion, se quedaron por algun tiempo mirando en silenciosa sorpresa. Tan absortos estaban en su contemplacion, que el bote que venia de la orilla tuvo tiempo de aproximarse á ellos sin ser visto. Tomaron al notarlo sus canaletes ó remos, y quisieron escaparse, pero aunque la ligera canoa volaba por la superficie de las ondas, el bogar seguido de los remos le fue sacando ventaja, y le cortó la retirada, poniéndose entre ella y la tierra. Viendo que era en vano apelar á la fuga, tomaron sus arcos y flechas, y se volvieron fieramente contra sus perseguidores. Las mujeres peleaban lo mismo que los hombres. A una de ellas la trataban con deferencia y veneracion, como si fuese su reina. Iba esta en compañía de su hijo, jóven (dice Pedro Mártir) de horrible talante, de sombrío entrecejo, buenas carnes, tierna catadura y aspecto de leon. Armaban los arcos con admirable fuerza y agilidad. Aunque los españoles se cubrian con sus rodelas, quedaron dos heridos sin tardanza, y la flecha de una de las heroinas atravesó un escudo de parte á parte.

Para evitar esta lluvia de saetas, que hacia mas formidable el temor de que estuviesen envenenadas, lanzaron los españoles violentamente su bote sobre la canoa, hundiéndola con el choque. Los fieros salvajes, empero, continuaron peleando en el agua; y manteniéndose á veces en las sumergidas rocas, descargaban sus flechas tan diestramente como si estuviesen en tierra firme. Los mayores esfuerzos fue necesario poner en práctica para vencer y arrollar á tan terribles enemigos. A uno de ellos le hallaron traspasado de un bote de lanza, y murió poco despues de salir á bordo, y el hijo de la reina estaba herido. Cuando entraron en los buques, no pudieron los españoles menos de admirar su indomable espíritu y fiero aspecto. Tenian el cabello largo y grueso, y los ojos rodeados de colores que les daban la expresion mas siniestra; ceñíanse firmemente con bandas de algodon los brazos y piernas, dejando descubiertas las partes musculares, para que se hinchasen y adquiriesen desmesurado bulto, lo cual consideraban ellos como grande belleza; costumbre que reinaba entre algunas tribus del Nuevo-Mundo. Aunque cautivos y aherrojados, en poder de sus enemigos permanecian en su impavidez y amenazador talante. Pedro Mártir, que fué con frecuencia á verlos cuando estaban en España, dice por esperiencia propia y de los que le acompañaban que era imposible mirarlos sin cierta repugnancia que rayaba en horror: ¡de tan terrible y amenazador rostro los habia dotado naturaleza! Esta sensacion la causaria sin duda, ó contribuiria á producirla, la idea de que eran canibales. En la contienda referida, segun el mismo escritor, asestaron los indios flechas emponzoñadas, y uno de los españoles herido por mano de aquellas hembras batalladoras murió de la herida al poco tiempo.

Continuando su viaje descubrió Colon apiñadas muchas islas de varias formas y apariencias. Algunas verdes y cubiertas de florestas, pero la mayor parte desnudas y estériles, y coronadas de escabrosas montañas, con muchas rocas de un azul brillante, y otras de resplandeciente blancura: estas supuso Colon, con su acostumbrado deseo de teñir todos los objetos con los rayos de su ardiente fantasia, que contendrian minas de ricos metales y piedras preciosas. Como las islas estaban muy cerca unas de otras, y se quebraba la mar violentamente en los estrechos canales que las dividian, era peligroso entrar en ellas con bajeles grandes. Manteniéndose pues mar adentro, envió Colon una carabela pequeña con vela latina á reconocerlas, la que volvió con noticia de que habia al parecer mas de cincuenta islas, pero todas desiertas. A la mayor del grupo le puso Colon Santa Ursula, y á todas las otras las once mil vírgenes.

Retardando el reconocimiento de ellas para lo sucesivo, continuó su rumbo hasta arribar una tarde á una grande isla revestida de hermosas florestas, y circundada de seguros puertos. Le llamaban los naturales Boricon; pero él le dió el nombre de San Juan Bautista, y es la misma que tiene hoy el de Puerto-Rico. Era este el suelo natal de casi todos los cautivos que se habian refugiado en los buques, huyendo de los caribes. Segun su descripcion era fértil y populosa, y la regia un solo cacique. Sus habitantes carecian de espíritu emprendedor, y tenian pocas canoas. Estaban contínuamente en lucha con los caribes, sus implacables enemigos. Se habian hecho guerreros, por lo tanto, para defenderse, y usaban clavas y flechas; y en sus encuentros con las huestes caribes cometian con sus enemigos las mismas atrocidades que estos les habian enseñado, devorando los prisioneros en venganza.

Despues de seguir por todo un dia la hermosa costa de esta isla anclaron al extremo occidental en una bahía abundante en pesca. Al desembarcar encontraron un lugar indio construido, como de ordinario alrededor de la plaza, parecida á un mercado, y con una casa muy grande y bien concluida. Un espacioso camino conducia de ella á la mar, con enrejados de caña en ambos lados, y jardines frutales dentro de ellos. Al extremo de aquella senda habia una especie de azotea ó atalaya, que dominaba muchas leguas del mar. El conjunto tenia un aire de cultura é ingenio superior al que se veia en la residencia comun de los indios, y se asemejaba á la mansion de algun caudillo importante. Todo, empero, estaba desierto y silencioso. Ni un ser humano pudieron descubrir durante su estancia en aquel asilo. Habian huido los naturales, y ocultádose al ver la escuadra. Despues de dos dias se hicieron de nuevo á la vela para la isla Española. Así acabó el crucero por entre los caribes, la descripcion de cuyas fieras y salvajes gentes recibieron con vehemente curiosidad los doctos europeos, que la consideraban como resolucion de un oscuro problema desventajoso á la humana naturaleza. Pedro Mártir, en su carta á Pomponio Laetus, anuncia el hecho con pavorosa solemnidad. «¡Los cuentos de los Lestrigones y Polifemos que de carne humana se nutrian, ya no son dudosos! ¡Leed, pero tened cuenta no se os ericen los cabellos de horror!»

Es de todo punto probable que muchas de las pinturas que se nos han dado de esta singular raza de gente hayan derivado su triste colorido del miedo de los indios y de las preocupaciones de los españoles. Eran los caribes el horror de los indios, y la pesadilla de los españoles. Las pruebas que se presentan de su canibalismo deben juzgarse con mucha circunspeccion, por lo descuidado é inexacto de las observaciones de los marineros, y la preconcebida creencia del hecho que existia en los ánimos de los españoles. Era usanza general entre los naturales de muchas de las islas y de otras partes del Nuevo-Mundo, conservar los restos de sus difuntos, parientes y amigos. A veces todo el cuerpo; otras la cabeza solo, ó algun miembro disecado; y otras, en fin, nada mas que los huesos. Estos, cuando se encontraron en las viviendas do moraban los habitantes indígenas de las Española, contra quien no existia semejante preocupacion, se miraban regularmente como reliquias de los muertos, conservadas por afecto ó reverencia; pero cualquiera de semejantes restos, hallado entre los caribes, se miraba con horror, como prueba de su canibalismo.

El belicoso y altivo carácter de aquellos isleños, tan diferente del de las pusilánimes naciones que los rodeaban, y el ancho campo que daban á sus empresas y expediciones, como las tribus errantes del Antiguo-

Mundo, decian necesariamente distinguirlos. Se les educaba en las armas desde su infancia. Tan pronto como sabian andar les ponian sus intrépidas madres el arco y flechas en la mano; y los preparaban á tomar temprana parte en las arriesgadas empresas de sus padres. Sus atrevidas expidiciones marítimas los hacian observadores é inteligentes. Los naturales de otras islas no sabian dividir el tiempo mas que en dia y noche, en sol y luna; mientras estos poseian algun conocimiento de las estrellas, por el que calculaban el tiempo y las estaciones.



Caribe.

Las tradiciones que restan de su origen, aunque de suyo inciertas y poco valederas, pueden hasta cierto punto verificarse por hechos geográficos, y abren una de las ricas venas de curiosas investigaciones de que abunda el Nuevo-Mundo. Se dice que emigraron de los remotos valles formados por las montañas Apalaquias. Las primeras noticias que de ellos tenemos los representan con las armas en la mano, continuamente empeñados en guerras, conquistando su camino y mudando su morada, hasta que con el tiempo se encontraron al extremo de la Florida. Abandonando luego el continente del Norte, se pasaron á las Lucayas, y de allí gradualmente en el discurso de los años, de isla en isla, por aquella verde y dilatada cadena que eslabona los extremos de la Florida y de la costa de Paria, en el continente del Sur. El archipiélago que se extiende de Puerto-Rico ó Tobago era su principal guarida, y la isla de Guadalupe su ciudadela. Desde aquel punto lanzábanse á atrevidas espediciones llevando la guerra á todos los paises circunvecinos, que amedrentaban con su presencia. Desembarcó multitud de ellos en el continente del Sur, y se apoderó de algunas partes de tierra firme. Se han descubierto tambien sus huellas muy en el interior del país por donde fluye el Orinoco. Los holandeses hallaron colonias de ellos en las márgenes del Ikouteka, que desemboca en el Surinam, por el Esquivi, el Maroni y otros rios de Guayana, y en el país que riegan los caudales del Cayana; y aun pareceria que avanzaron hasta las costas del Océano del Sur, donde, entre los indígenas del Brasil, habia algunos que se llamaban caribes, distintos de los otros indios por su valor, constancia, sutileza y arriesgadas empresas.

El trazar las huellas de estas tribus en sus emigraciones desde las montañas de Apalaquia en el continente del Norte, por el grupo de islas que esmalta el golfo Mejicano y mar Caribe, hasta la costa de Paria, y lo mismo por en medio de las vastas regiones de Guayana y Amazonia, á las remotas playas brasileñas, seria una de las investigaciones mas curiosas de la historia primitiva, y derramaria torrentes de luz en puntos misteriosos, que envuelven en tinieblas muchas cuestiones de alto interés para el Nuevo-Mundo.

CAPITULO IV.

LLEGADA AL PUERTO DE LA NAVIDAD.—DESASTRE DE LA FORTALEZA.

(1493.)

El 22 de noviembre llegó la flota á una grande isla, que no tardó en reconocerse como la extremidad oriental de Haiti, ó segun la llamaba el Almirante, Española. Prevalecia la mayor escitacion en la armada, pensando todos que pronto acabarian su viaje. Colon anticipaba el gozo del puñado de valientes que en aquel desierto habia dejado, esperando recibir de ellos inestimables noticias relativas á la isla y mares adyacentes, cuando no montones de tesoros. Algunos marineros que habian hecho el otro viaje, recordaban los agradables dias pasados en las deliciosas florestas de Haiti; y los otros aguardaban impacientes participar de la vida y escenas que se les habian pintado con todos los hechizos de la ilusion, con todas las galas de la poesía.

Mientras la escuadra rodeaba lentamente las costas, fué á ellas un bote para enterrar á un marinero vizcaino, muerto de resultas de heridas ponzoñosas, abiertas en la escaramuza de los caribes. Dos carabelas se quedaron cerca para guardar la tripulacion del bote mientras se hacia el servicio fúnebre. Vinieron algunos indios á los buques, portadores de un mensaje que enviaba cierto cacique de las cercanías para el Almirante, convidándolo á ir á tierra, y prometiéndole grandes cantidades de oro; pero Colon, deseoso de llegar á la Navidad, rehusó la invitacion, regaló á los mensajeros, y continuó su rumbo. Despues de navegar gran espacio, arribó al golfo de las Flechas, el mismo en que habia tenido un encuentro con los naturales en el otro viaje. Allí mandó á tierra uno de los jóvenes indios que le habian acompañado á España, donde entró en el gremio de la Iglesia Católica. Iba galanamente vestido y colmado de regalos, y esperaba Colon favorables efectos de las descripciones que daria á sus compatriotas de las maravillas que habia visto, y de la bondad con que se le habia tratado. El indio prometió hacer mil amistosos esfuerzos en favor de los españoles; pero ó bien olvidó estas promesas al entrar en sus montañas y libertad natura-

les, ó fue victima de la envidia que debieron escitar su opulencia y su elegancia. Jamás se volvió á tener de él noticias. Solo un indio de los que habian estado en España quedaba ya en la flota; un jóven lucayo, natural de la isla de Guanahaní, que se habia bautizado en Barcelona, llamándose como el hermano del Almirante, Diego Colon, y que, fiel á las obligaciones contraidas, guardó siempre puro en su pecho el sentimiento de la amistad que desde un principio habia profesado á los españoles.

El 25 ancló Colon en el puerto de Monte Christi, deseando elegir sitio propio para una colonia, cerca de la corriente que habia llamado en su primer viaje Rio del Oro. Al recorrer algunos marineros las costas, encontraron en la verde y húmeda orilla de un arroyo los cuerpos de un hombre y un muchacho; el primero, con una cuerda de esparto español atada al cuello y los brazos estendidos y amarrados por la muñeca á un madero en forma de cruz. Los cuerpos estaban ya tan desfigurados; que no les fue dable adivinar si eran de indios ó de europeos. Siniestras dudas, empero, comenzaron á circular, y se vieron confirmadas al otro dia; porque al visitar la playa hallaron á corta distancia de los primeros otros dos cuerpos, uno de los cuales teniendo barbas, era evidentemente el cadáver de un blanco.

Los dorados sueños de Colon al acercarse á la Navidad, se tornaron entonces en negros presentimientos. La fiereza de que hacian alarde algunos de los habitantes de aquellas islas le hacia dudar de la amistad de los otros; y empezó á temer que alguna desgracia hubiese acaecido á Arana y su guarnicion.



Indios en canoa.

El modo franco, empero, con que muchos indios se presentaron en los buques, y la conducta libre y desembarazada que tenian, mitigaron algun tanto sus sospechas. Si hubiesen atentado contra la vida y seguridad de los españoles, no se hubieran tan fácilmente entregado en manos de sus compañeros.

El 27 llegó al anochecer enfrente del puerto de la Navidad, y ancló á una legua de tierra; no decidiéndose á entrar en él de noche, temeroso de las rocas. Era ya demasiado tarde para distinguir los objetos. Impaciente de satisfacer sus dudas, mandó disparar dos cañonazos. Resonó el eco de ellos por la costa, pero no replicó el fuerte. Todos los ojos buscaban la luz de alguna señal; todos los oidos escuchaban esperando oir algun amistoso grito; pero ni se veian luces, ni se oian voces, ni se percibia señal de vida: todo era tinieblas y mortal silencio.

Muchas horas pasaron en tristísima suspension y desaliento. Se presentaban mil imágenes desastrosas del destino de la guarnicion, y todos ansiaban la luz de la mañana para terminar tan terrible incertidumbre. A media noche se acercó una canoa hácia la escuadra, y preguntaron los indios desde lejos que si venia allí el Almirante. Habiéndoles mostrado su buque, se acercaron mas, pero no quisieron subir á bordo hasta ver á Colon personalmente. Se mostró, pues, por un lado del bajel, y habiendo con una antorcha iluminado su faz, no pudieron dudar de su presencia. Entonces entraron á bordo sin dificultad. Uno de los indios era primo del cacique Guacanagarí, y traia al almirante un regalo de dos máscaras adornadas de oro. Colon preguntó inmediatamente por los españoles que habian quedado en la isla: la respuesta fue algo confusa, ó quizá mal entendida; pues Diego Colon, solo intérprete indio que habia á bordo, era de las Lucayas, cuyo lenguaje se diferenciaba del de Hayti. Díjole á Colon, que muchos españoles habian muerto naturalmente, otros en una contienda ocurrida entre ellos mismos, y algunos retirádose á diversos parages de la isla, donde habia tomado cada uno muchas mujeres indias. Que Guacanagarí habia sido atacado por Caonabo, el fiero cacique de las auríferas montañas de Cibao, que le habia herido en la batalla y quemado su ciudad, y que estaba malo de la herida en una choza de las cercanías, lo cual le habia impedido apresurarse á dar al Almirante la bien venida.

Por tristes que pudieran parecer aquestas nuevas, libertaron á Colon de caer en horribles sospechas. Aunque otros desastres hubiesen destruido su guarnicion, no habia sido esta víctima de la perfidia de los naturales: su buena opinion de la gentileza y bondad de los indios no habia sido equivocada, ni habia perdido el cacique la admiracion que su benévola hospitalidad merecia. Libróse así de amargas penas; porque siempre fue de almas grandes sentir terriblemente las desgracias. Tambien vivian algunos de la guarnicion, aunque diseminados por la isla; pronto

oirian la llegada de los buques, y se apresurarian á presentarse en ellos, bien instruidos en las interioridades de ella.

Satisfecha de la amistosa disposicion de los naturales, recobró la gente de Colon parte de su alegría. Obsequiaron mucho á los indios que habian venido á bordo, y contentos con varios regalos se volvieron en la misma noche, prometiendo venir otra vez por la mañana con el cacique Guacanagarí. Los marineros esperaban la aurora con mejor ánimo, creyendo que se renovarian el trato cordial y agradables escenas del primer viaje.

Lució la aurora, levantóse el sol en el horizonte, declinó la tarde, sumergióse el sol en las ondas, cubrieron las ondas todo el espacio, y el cacique no cumplió su prometida visita. Empezó á temerse que se hubiesen ahogado los indios que vinieron á bordo la noche anterior, por haber bebido demasiado vino, y ser tan frágil su canoa. Habia, empero, un silencio y apariencia de desercion por todas las cercanías, en extremo sospechosos. En el precedente viaje fue el puerto teatro de animacion continua; canoas resbalando sin cesar por las claras aguas, y numerosos grupos de indios en la playa, bajo los árboles ó nadando á las carabelas. En este no se veia una canoa, ni los saludaba un indio desde tierra, ni se levantaba humo alguno de entre los árboles, que diese indicios de habitacion humana. En vano esperó por mucho tiempo Colon hasta que se vió precisado á enviar un bote con el objeto de reconocer la costa. Desembarcó la tripulacion, apresurándose á llegar donde la fortaleza habia sido erigida: solo hallaron en su lugar algunas quemadas ruinas. Estaban destruidas las empalizadas, y presentaba el conjunto la apariencia del saqueo y la destruccion. De trecho en trecho encontraron cajones rotos, desperdiciadas provisiones, y desgarradas reliquias de trajes europeos; tristes indicaciones de la suerte de sus compañeros. No se les acercó ni un indio. Vieron que dos ó tres les observaban por entre los árboles; pero desaparecieron al percibir que los habian visto los españoles. No encontrando quien pudiese esplicarles la melancólica escena que tenian delante, volvieron con abatidos corazones á bordo y contaron al almirante lo que habian visto.

Mucho se contristó el ánimo de Colon al escuchar noticias de tamaño bulto, y estando ya la escuadra en el puerto, desembarcó él mismo á la mañana siguiente. Halló las ruinas segun se le habian descrito, y buscó en vano los restos de los cadáveres. No se veian mas huellas de la guarnicion que los rotos utensilios y desgarradas ropas dispersas por la yerba. Esto les hizo formar mil congeturas y suposiciones. Si la fortaleza hubiera sido saqueada, podria aun sobrevivir algun individuo de la guarnicion, y haber huido de las cercanías, ó estar cautivo lejos de ellas. Se dispararon cañones y arcabuces con la esperanza de que alguno de los que pudiesen haber escapado, si estaba oculto entre las rocas y espesuras inmediatas, oyese la señal y viniese á ellos. Pero todo fue en vano. Un triste y funeral silencio reinaba en los alrededores. Renacieron las sospechas de traicion concebidas contra Guacanagarí, pero la buena fé de Colon jamás pudo darles entero crédito. Continuando su investigacion, vieron que la ciudad del cacique estaba reducida á un abrasado monton de escombros, lo que mostraba que él habia sido envuelto en el mismo desastre que acabó con la guarnicion.

Habia Colon dejado órdenes á Arana y á los otros oficiales, para que enterrasen los tesoros que se procuraran, ó en caso de repentino peligro, los arrojasen al pozo de la fortaleza. Mandó, pues, que se hiciesen escavaciones por entre las ruinas, y se desaguase el pozo. Mientras se practicaba esta averiguacion, procedió con los botes á esplorar los alrededores, en parte con la esperanza de recibir nuevas de algun disperso individuo de los suyos, y en parte buscando mejor posicion para otro fuerte. Despues de una legua de camino vió varias chozas, cuyos habitantes habian huido, llevándose consigo cuanto pudieron, y escondiendo lo demas entre las yerbas. Halláronse en ellas artículos europeos, que ciertamente no se habian adquirido en cambio, tales como medias, piezas de tela, el ancla de la carabela perdida, y un rico traje morisco que estaba aun doblado del mismo modo que habia venido de España.

Habiendo considerado el almirante con dolor los esparcidos restos de aquella horrible catástrofe, se encaminó á las amontonadas ruinas. Las escavaciones y desagüe del pozo habian sido infructuosos, no se halló ningun tesoro. Pero cerca del fuerte descubrieron enterrados por diferentes lugares los cuerpos de once hombres, cuyos trajes mostraban ser europeos. Habian estado bastante tiempo en la tierra, pues habia crecido la yerba sobre sus huesas. En el discurso del dia empezaron á dejarse ver algunos indios, que se mostraban á largas distancias tímidos y desconfiados. Sus recelos cedieron gradualmente á los signos amistosos de los españoles y algunos pequeños regalos, hasta trabar franco trato con los navegantes. Sabian algunos de ellos unas pocas palabras castellanas, y los nombres de todos los españoles que habian quedado con Arana. Por este medio, y con la ayuda del intérprete, pudo hasta cierto punto averiguarse la historia de la guarnicion.

Es digna de noticiarse esta primera huella de la civilizacion en el Nuevo-Mundo. Los que habia dejado Colon en la isla, dice Oviedo, esceptuando el comanpante D. Diego de Arana y otros dos ó tres, eran poco capaces de seguir los preceptos de tan prudente varon, ni de desempeñar los espaciosos cargos que sobre sus hombros pesaban. Se componia la pluridad de ellos de gente soez ó de marineros que no podian conducirse en tierra con sobriedad y moderacion. Apenas perdieron de vista la vela del almirante, se les desvanecieron del ánimo todas sus órdenes y consejos. Aunque no eran mas que un puñado de hombres rodeados de tribus salvajes y sin otro amparo que su propia prudencia y la bondad de los naturales, empezaron á cometer desde luego los mas feroces y crueles abusos. Los incitaban á perpetrarlos su avaricia y grosera sensualidad. Queria cada cual llenar de por sí su cofre de oro, y no se contentaban con el buen éxito logrado entre las mujeres indias á pesar de haberles dado Guacanagarí á cada hombre dos ó tres esposas por lo menos. Apoderábanse, valiéndose de la fuerza, de las vestimentas y adornos de los indios, y tendian redes al poder y castidad de sus esposas é hijas. Ocurrian entre ellos mismos incesantes luchas sobre los mal ganados despojos ó los favores de las beldades indias, y veian con asombro los sencillos isleños aquellos hombres á quienes habian adorado como venidos de los cielos, abandonados á las pasiones menos espirituales de la tierra y acometiéndose los unos á los otros con ferocidad mas que brutal.

Pero ni estas disensiones hubieran sido peligrosas conservando el grande precepto de Colon, de no separarse de la fortaleza, ni relajar la vigilancia militar; precauciones que pronto olvidaron. En vano interpuso su autoridad D. Diego de Arana, en vano se presentaban cuantos motivos podian ligar á los hombre en un pais extranjero. Pereció la disciplina, acabóse la subordinacion y el órden quedó muerto para siempre. Muchos abandonaron el fuerte y vivian descuidadamente y al caso por las cercanías; cada uno existia para sí solo, ó se asociaba cuando mas, con alguna pequeña partida de confederados para injuriar y despojar á los otros. Así empezaron las facciones hasta que se levantó la ambicion para completar la ruina de aquel nuevo imperio. Las dos personas que habia Colon dejado

como lugar tenientes ó sucesores en el mando en caso necesario. Pedro Gutierrez y Rodrigo de Escovedo, se aprovecharon de estos desórdenes, aspirando á participar de la autoridad y aun á ejercer la supremacía. Acaecieron violentas contiendas en que fue muerto un español llamado Jacome. No habiendo alcanzado su objeto, abandonaron el fuerte Escovedo y Gutierrez con nueve de sus partidarios y muchas mujeres, y todavía resueltos á mandar, volvieron sus tendencias á distintas empresas. Habiendo oido maravillosas descripciones de las minas de Cibao y de las doradas arenas de sus montañas y rios, salieron para aquel distrito, confiados en atesorar en él inmensas riquezas. Así se desentendieron de otra importante órden de Colon, prohibiéndoles salir de los amistosos territorios de Guacanagarí. La region á que fueron estaba en lo interior de la isla, en la provincia de Maguana, regida por el famoso Caonaho, llamado el señor de la Dorada Casa. Este célebre caudillo era caribe de nacimiento, y estaba poseido de la fiereza y genio aventurero de su patria. Habia venido á la isla como un aventurero, y adquirido por su valor y capacidad tanto ascendiente entre aquellas gentes sencillas y pacíficas, que llegó á ser uno de sus principales caciques. La fama hizo resonar en toda la isla sus atrevidas hazañas; y le tenian los habitantes universal y pavoroso respecto por su origen caribe.

Caonabo habia por mucho tiempo mantenido grande importancia en la isla como héroe de aquel mundo salvaje, cuando los bajeles europeos aparecieron inesperadamente en las costas. Las asombrosas pinturas de su poder y proezas llegaron hasta las montañas de Caonabo, que no carecia de razon para percibir que habia de declinar su consecuencia ante tan formidables invasores. La partida de Colon le hizo esperar que solo fuese su invasion pasagera, y las contiendas y excesos de los que permanecieron allí movieron al par de su odio su confianza. Apenas llegaron á sus dominios Gutierrez y Escovedo con sus gentes, creyó seguro el triunfo que deseaba de los aborrecidos extranjeros. Apoderóse de los fugitivos, y dióles súbita muerte. Juntó luego en secreto sus súbditos, y concertando planes con el cacique de Mariön, cuyos territorios lindaban al Occidente con los de Guacanagarí, determinó dar un repentino asalto á la fortaleza. Salió de sus montañas, atravesó silenciosamente vastísimas florestas y llegó con su ejército cerca del pueblo sin haber sido descubierto. Confiados en la suave y pacífica condicion de los indios, habian los españoles olvidado las precauciones militares, y vivian en la mas descuidada seguridad. Solo quedaban diez hombres en el fuerte con Arana y estos parece que no tenian guardia alguna. Los otros estaban alojados por las cercanías. En el silencio de la noche lanzáronse, Caonabo y sus guerreros con espantosos alaridos sobre la fortaleza, se apoderaron de ella antes que los españoles tuviesen lugar de tomar las armas, y rodearon é incendiaron las casas en que los otros blancos dormian. Quedaron los europeos completamente sorprendidos. Ocho huyeron al mar delante de los salvajes y se ahogaron en ella; los demas fueron despedazados. Guacanagarí y sus súbditos pelearon lealmente en defensa de sus huéspedes; pero no estando adiestrados en las artes bélicas, quedaron con facilidad derrotados; Guacanagarí fue herido en la accion por la mano de Caonabo y su villa reducida á cenizas.

Tal es la historia del primer establecimiento europeo en el Nuevo-Mundo. Presenta en disminutiva escala un resúmen de los groseros vicios que denigran la civilizacion y de los grandes errores políticos que disuelven á veces los mas poderosos imperios. Las leyes y el órden, relajados por la licenciosa corrupcion sacrificado el bien público á los intereses y pasiones particulares, agitada la comunidad por disensiones facciosas, hasta que barrenaron y destruyeron el todo dos demagogos ambiciosos, por gobernar un pequeño fuerte en el desierto, y obtener el mando supremo de treinta y ocho hombres.

CAPITULO V.

TRANSACCIONES CON LOS NATURALES.—SOSPECHOSA CONDUCTA DE GUACANAGARI.

(1493.)

La trágica historia de la fortaleza, segun el relato de los indios, vino á confirmarse por otros conductos. Uno de los capitanes, Melchor Maldonado, salió con su carabela á costear hácia el Oriente, para buscar sitio en que formar un establecimiento. No habrian aun navegado tres leguas, cuando los abordó una canoa con dos indios. Venia de parte de Guacanagarí, que enviaba en ella á un hermano suyo, para suplicarle en nombre del cacique viniese á visitarlo á tierra, á un pueblo donde él se hallaba enfermo. Maldonado desembarcó sin tardanza con dos ó tres compañeros. Hallaron á Guacanagarí cojo en su hamaca, rodeado de siete de sus mujeres. Manifestó el cacique gran dolor de no haber podido visitar al Almirante, á quien estaba ansioso de ver. Contó varias particularidades respectivas á los desastres de la guarnicion, y dijo que él y sus súbditos habian hecho por defenderla, mostrando la pierna que aun tenia vendada de resultas de sus heridas. Sus noticias correspondian con las ya recibidas. Despues de tratar á los españoles con su acostumbrado respeto y hospitalidad, dió á cada uno varias piezas de oro.

A la mañana siguiente fué Colon en persona á visitar al cacique. Para darle á conocer bien su actual poderío y su importancia, se presentó con una numerosa comitiva de oficiales superiores, ricamente vestidos, ó cubiertos de reluciente armadura. Hallaron á Guacanagarí reclinado en su hamaca de algodon. Mostró emociones profundas al ver al Almirante, y habló inmediatamente de la muerte de los españoles. Vertió raudales de abundantes lágrimas refiriendo los desastres de la guarnicion, pero se detenia con particularidad en explicar lo que él mismo habia hecho en defensa de sus huéspedes, señalando muchos de los indios allí presentes, que habian sido heridos en la batalla. Al examinar las cicatrices, se vió que las heridas habian sido en efecto de armas indianas.

Colon quedó prontamente satisfecho de la buena fé de Guacanagarí. Cuando se acordaba de las muchas pruebas que en la época del naufragio le habia dado de ilimitada generosidad y franqueza, no podia creerlo capaz de tan negro acto de perfidia. Efectuóse mútuo cambio de regalos. Le dió el cacique ochocientas cuentas de cierta piedra llamada ciba, que él consideraba muy preciosa, ciento de oro, una diadema del mismo metal, y tres calabazas pequeñas llenas igualmente de oro en polvo; mas creyó que se le sobrepujaba en munificencia al recibir algunas cuentas de vidrio, cascabeles, navajas, alfileres, agujas, espejillos pequeños, y adornos de cobre, cuyo metal preferian al oro.

La herida de que padecia Guacanagarí estaba en una pierna, y la debia á una pedrada. A instancias del Almirante consintió que la examinase un cirujano de la escuadra. Al mover las vendas no se hallaron signos de ninguna herida, aunque se encogia de dolor cuando le manoseaban el sitio enfermo. Como habia transcurrido tiempo desde la batalla, podia haberse cicatrizado en lo exterior y estar todavía muy delicada interiormente. Pero algunos de los circunstantes que no habian estado en el primer viaje, ni visto la generosa conducta del cacique, creian fingida su cojera, y la historia de la batalla una mera fábula inventada para cohonestar su perfidia. El padre Boil, especialmente, fraile de vengativo espi-

ritu, aconsejaba al Almirante dar sin demora en el caudillo algun notable ejemplo. Colon, empero, consideraba la materia bajo diferente aspecto. Sus sentimientos estaban en favor del cacique, y su corazon rehusaba creer los supuestos crímenes. Aunque seguro de su inocencia, podia Guacanagarí haber temido las sospechas de los blancos, y exagerado los efectos de su herida, pero las de sus súbditos, abiertas con armas indias, y las ruinas de su ciudad, eran para Colon pruebas valederas de la veracidad de su historia. Para satisfacer la suspicaz comitiva que le rodeaba, y pacificar al fraile sin saciar su amor por la persecucion, dijo que la verdadera policía dictaba una conducta amistosa hácia Guacanagarí, á lo menos, hasta conocer claramente su delito. Tenian á la sazon demasiada fuerza para temer su hostilidad; pero toda medida violenta, en el principio del comercio europeo con los naturales, podia llenarlos de súbito terror, é impedir sus operaciones en la isla. Los mas de los oficiales convinieron en esta opinion; y así se decidió, no obstante las sugestiones inquisitoriales del fraile, recibir la historia de los indios como verdadera, y continuar distinguiéndolos con su amistad.

A ruegos de Colon, el cacique, aunque al parecer sufriendo todavía de la herida, le acompañó á los buques aquella misma tarde. Habíase ya admirado del poder y grandeza de los blancos, cuando por primera vez visitaron sus costas con dos pequeñas carabelas; pero su admiracion creció de punto al ver la flota anclada en el puerto, y al subir al bajel del Almirante, que como se ha dicho, era de los mayores de aquel tiempo. Allí vió á los caribes hechos prisioneros en el viaje. Tanto temian los sencillos habitantes de Haiti á aquellos formidables bárbaros, que aunque los vieron encadenados, se apartaron de ellos temblando fascinados por sus siniestras miradas. Que hubiese osado el Almirante perseguir á aquellos terribles guerreros en sus propias islas, y sacarlos arrastrando y atados de sus mismas cavernas, era una de las mayores pruebas de la irresistible fuerza de los blancos.

Colon llevó al cacique por el buque, mostrándole á cada paso nuevas maravillas. Las varias obras de las artes, y las desconocidas producciones de la naturaleza; las plantas y frutos del Antiguo Mundo; las aves domésticas de diferentes especies; el ganado mayor, el lanar, los cerdos y otros nunca vistos animales, destinados á poblar la isla de sus respectivas castas, le llenaron de sorpresa; pero lo que mas encanto le causó fue el aspecto de los caballos. Jamas habia visto cuadrúpedos que no fuesen de muy breve talla; y así no se cansaba de admirar el tamaño de aquellos nobles animales, su grande fuerza, su orgullosa apariencia y perfecta docilidad. Consideraba estos extraordinarios objetos como otros tantos entes milagrosos, bajados del cielo, que creian aun region natal de los blancos.

Iban á bordo del buque diez de las mujeres que se habian librado de la cautividad de los caribes. Eran las mas naturales de la isla de Boriquen, ó Puerto Rico. Estas atrajeron desde luego la atencion del cacique, que se supone tenia uno de esos corazones creados para amar. Entró en conversacion con ellas; porque aunque los isleños hablaban diferentes lenguas, ó lo que es mas probable, diversos dialectos del mismo idioma, podian entenderse medianamente. Entre estas mujeres se distinguia por su elevacion de modales y su hermosura, una que admiraban mucho los españoles, y á quien habian puesto Catalina. El cacique le habló repetidas veces con extremada gentileza y modulacion de voz, mezclando quizá en su discurso la compasion con la cortesía; porque aunque libres ya de los caribes, estaban ella y sus compañeras hasta cierto punto cautivas en los buques.

Se obsequió despues con un refresco al caudillo, é hizo Colon cuantos esfuerzos estuvieron de su parte para resucitar la antigua cordialidad y franqueza. Trató á su huésped con muestras de perfecta confianza, y formó proyectos de ir á vivir con él en su residencia, y de edificar casas por las cercanías. El cacique mostró gran satisfaccion al oirlo; pero observó que el sitio era insalubre, como se echó de ver en lo sucesivo. A pesar de todas aquellas demostraciones amistosas, parecia que no se hallaba gustoso el cacique. El gran placer de la mutua amistad se habia disipado. No podia ocultarse que la licenciosa conducta de la guarnicion habia disminuido mucho la reverencia de los indios hácia sus celestiales huéspedes. Hasta la veneracion por los símbolos de la fé cristiana, que inculcaba el Almirante como importantísimo medio de civilizacion, se frustró completamente por los brutales instintos de sus devotos. Aunque amigo de adornos, costó la mayor dificultad persuadir al cacique á que se dejase colgar del cuello un escapulario de la Vírgen, cuando supo que era objeto de adoracion entre los cristianos.

Las sospechas del crímen de Guacanagarí seguian acrecentándose entre los españoles. El padre Boil, particularmente, le miraba con odio, y aconsejaba en secreto á Colon que ya que lo tenia seguro á bordo, lo retuviese como prisionero; pero el Almirante desechó la opinion del astuto fraile, como contraria á la buena fé, al honor y á la verdadera política. Es difícil, empero, ocultar la mala voluntad; habla el corazon en el semblante, aunque esté muda la lengua. El cacique, acostumbrado en sus anteriores relaciones con los españoles á ver todos los rostros resplandeciendo de gratitud y amistad, debió percibir la alteracion de las miradas, y las sospechas y hostilidad secretas. No obstante la franqueza y cordialidad del Almirante, pidió permiso pronto para volver á su tierra.

A la mañana siguiente estallaron ciertos movimientos de misteriosa agitacion entre los indígenas. Los españoles no pudieron penetrar cuál seria la causa, pues ya no existia la fácil y libre comunicacion que habian gozado antes. Un enviado del cacique preguntó al Almirante cuánto tiempo pensaba continuar en el puerto, á lo que contestó que se daria á la vela al otro dia. Por la noche vino á los bajeles el hermano de Guacanagarí, bajo el pretesto de cambiar una cantidad de oro; y se observó que hablaba secretamente con las mujeres indias, y en particular con Catalina, cuya hermosura habia atraido la atencion de Guacanagarí. Despues de pasar algun tiempo á bordo, volvió á la costa. Puede inferirse de los sucesos posteriores, que la situacion de la belleza india inflamó el corazon del cacique, y que le cautivaron sus gracias, y con una especie de innata galantería, intentó librarla de la servidumbre.

A media noche, cuando estaba la tripulacion sepultada en el primer sueño, despertó la intrépida Catalina á sus compañeras, y les propuso hacer atrevido esfuerzo para recobrar la libertad. Estaba anclado el buque á tres millas de la playa, y la mar bastante agitada; pero las isleñas sabian juguetear con las ondas, y consideraban el agua casi como su natural elemento. Descolgándose cauta y silenciosamente por un lado del bajel, se confiaron á la fuerza de sus brazos, y nadaron bizarramente hácia la orilla. Con toda su precaucion, oyó algun ruido el centinela. Dióse el grito de alarma, se tripularon los botes, y les dieron caza en la direccion de una luz que relucía en la costa, manifiesto fanal para los fugitivos. Pero malgrado toda la fuerza del remo, tal era el vigor de las ninfas marítimas, que llegaron libres á tierra. Cuatro se aprisionaron de nuevo á la orilla; la heróica Catalina con el resto de sus compañeras se escapó de la persecucion de los españoles, internándose en los bosques.

A los primeros albores del nuevo dia fue Colon á pedir los fugitivos á Guacanagarí, exigiendo que los buscase si no estaban en su poder. Pero la residencia

del cacique se halló desierta y silenciosa, y no se pudo divisar un solo indio. O bien conociendo las sospechas de los españoles y temeroso de su hostilidad, ó bien queriendo gozar de su triunfo sin modestia, se ausentó el cacique con todos sus efectos, su familia y comitiva, refugiándose en el interior con su beldad isleña. Esta repentina y misteriosa desercion redobló la fuerza de las dudas anteriores, y quedó Guacanagarí infamado como traidor á los blancos, y pérfido destructor de la guarnicion.

CAPITULO VI.

FUNDACION DE LA CIUDAD DE ISABELA. —ENFERMEDADES DE LOS ESPAÑOLES.

(1493.)

Las desgracias que por mar y tierra sufrieron los españoles en las cercanías del puerto de la Navidad, hacian que las considerasen como pájaros de mal agüero. Las ruinas de la fortaleza y las huesas de sus asesinados paisants estaban de continuo ante los ojos de los marineros y tropa, y ya no les parecian bellas las florestas, desde que suponian se ocultase la traicion en sus sombras. El silencio que por do quier resonaba la sombria soledad de aquellas tierras abandonadas por sus propios moradores les daban un aspcto fatal y siniestro. La crédula chusma empezaba á considerarlos sujetos á alguna destructora influencia ó maligna estrella. Ya eran estas suficientes razones para no fundar un establemiento en aquella edad supersticiosa; pero habia otras de mas sólida naturaleza. La tierra de los alrededores era baja, húmeda y mal sana, y carecia de piedras con que edificar: determinó, pues, abandonar del todo aquellos lugares, y fundar su proyectada colonia en mas favorable situacion. No debia perder tiempo: los animales que venian á bordo habian ya sufrido mucho con tan largo confinamiento, y necesitaban sus ejercicios revividores, y yerbas y pastos frescos: y la multitud de gente no acostumbrada al mar, que se hallaba encerrada en la flota, deseaba ansiosamente saltar en tierra. Lanzáronse, pues, los bajeles mas lijeros á reconocer las costas en todas direcciones, penetrando por todos los rios, y entrando en todos los puertos en busca de algun sitio para la fundacion de la colonia. Tambien llevaban instrucciones para preguntar por Guacanagari, hácia el cual, á pesar de toda sospechosa apariencia, conservaba colon cierta simpatia. Los espedicionarios volvieron despues de haber examinado sin éxito grandes trechos de la costa. Habian encontrado hermosos rios y seguros puertos; pero la tierra era baja y lagunosa por todas partes, y carecia de piedra. Estaba el pais desierto; y si veian por acaso algun indio, huia este precipitadamente á los bosques. Melchor Maldonado procedió hácia el Oriente, hasta llegar á los términos de otro cacique, que al principio se presentó á la cabeza de sus guerreros, con aspecto amenazador y hostil alarde; pero no tardó en ablandar sus feroces instintos, tornándolos en relaciones amistosas y razonadas. Por él se supo que Guacanagarí se habia retirado de la llanura á las montañas. Otra partida descubrió á un indio oculto cerca de una choza, el cual estaba inválido de un bote de lanza, recibido en el combate contra Caonabo. Su relacion del asalto de la fortaleza convenia con la de los indios del puerto, y concurrió á vindicar al cacique del cargo de traicion. Así continuaban los ánimos de los españoles llenos de dudas y perplejidad, respecto de la perpetracion de aquella oscura y lamentable tragedia.

Convencido de que no habia por aquella parte de la isla sitio favorable para un establecimiento, levó ancla Colon el 7 de diciembre con intencion de buscar el puerto de La-Glanta. Pero en consecuencia del mal tiempo tuvo que refugiarse á otro, diez leguas al oriente de Monte-Christi; lugar que la pareció á primera vista de alto interés y no escasa importancia.

Era el puerto espacioso y dominado por una punta de tierra que protegian de un lado un baluarte natural de rocas, y del otro una floresta impenetrable el conjunto presentando ventajosisima posicion para una fortaleza. Dos rios, uno muy caudaloso y otro de menor cauce regaban una verde y hermosa llanura, y ofrecian cómodos remansos para la ereccion de molinos. A un tiro de ballesta del mar, en las márgenes de uno de los rios, habia una poblacion india. El suelo parecia fértil, las aguas abundantes en excelente pescado y el clima templado y suave; los árboles estaban en hoja, los arbustos en flor, y los pájaros siempre cantando, aunque era á mediados de diciembre. Aun no conocian los españoles la temperatura de aquella isla favorecida, nunca visitada por los rigores del invierno, donde se suceden y aun se entremezclan perenemente los frutos y las flores, y brillan sin interrupcion las galas de la naturaleza.

Otro poderoso motivo para formar allí su establecimiento; fueron las noticias de los indios del lugar adyacente, asegurando que las montañas de Cibao, adonde se encontraban las minas de oro, no estaban á mucha distancia, y se extendian casi paralelas al puerto. Creyóse pues que no podia haber situacion mas favorable para la colonia. Empezó entonces una escena interesante y animadísima. Desembarcaron las tropas y gente que pertenecia al servicio de tierra, con los trabajadores y artífices que habian de emplearse en edificar. Las provisiones, artículos de tráfico, municiones y cañones para la defensa é implementos de todas clases, fueron trasportados á tierra, así como los animales y aves que habian padecido mucho en el viaje, especialmente los caballos. Una plácida alegría se apoderó de los ánimos al escapar de la fatigosa estrechez de los barcos, al pasar la verde y firme costa, y al respirar la fragancia de las praderías y florestas. Se formó campamento en los lindes de la llanura, al rededor de un pequeño lago, y al poco tiempo estaba ya todo en actividad. Así se fundó la primera ciudad cristiana del Nuevo-Mundo, á la cual dió Colon el nombre de Isabela, en honor de su real patrona.

Se formó un plan proyectando calles y plazas, segun el cual debia edificarse la ciudad. Se emprendió con la mayor diligencia la ereccion de un templo, de un almacen de provisiones y de una residencia para el almirante. Estas se labraron de piedra, y las casas particulares de madera, mezcla, cañas y otros materiales, permitia la urgencia apremiante de atender á las prmeras necesidades, y por un corto tiempo todos se ejercitaban con el mayor celo.

Este animado teatro se entristeció pronto por las enfermedades que empezó á padecer la gente. Los que no estaban acostumbrados al mar habian padecido mucho por el encierro de los buques y el mareo incidente á la navegacion, tambien afectó la salud de otros el mantenerse por tanto tiempo de provisiones saladas, muchas de las que estaban ya en muy mal estado, así como la galleta que se habia puesto mohosa y decaida. En tierra, antes que se labrasen las casas, tuvieron que resistir ademas grandes inclemencias atmosféricas. Las exalaciones de un clima húmedo y cálido y de un suelo vírgen; los vapores de los rios y el aire parado de aquellas espesas y cerradas florestas, y hasta la prodigiosa vejetacion conmovia desagradablemente los cuerpos acostumbrados á vivir en paises heridos por los instrumentos agrícolas y tan profusamente poblados. Las labores necesarias para edificar la ciudad, desembarazar los campos, formar las huertas y plantar los jardines como debian hacerse muy de prisa, agoviaban á unos hombres que despues de pasar mucho tiempo de dura vida á bordo, necesitaban reposo y descanso. Las enfermedades del ánimo se mezclaron ademas con las del cuerpo. Muchos, como se ha di-

cho, habian entrado en la espedicion con las esperanzas mas visionarias y romancescas. Anticipaban estos el hallazgo de las doradas regiones de Cipango y de Cathay, donde amontonarian oro sin contradiccion y trabajo, aquellos una region de asiática, abundante en delicias y maravillas, otros una expléndida carrera de aventuras bizarras y empresas caballerescas. ¡Cuál debió de ser su desengaño y abatimiento al verse confinados al márgen de una isla, rodeados de florestas impenetrables, destinados á luchar con la rudeza de un desierto, á trabajar penosamente para procurarse el sustento y carecer de todo regalo ó lograrlo á costa de los mayores esfuerzos! En cuanto al oro se lo traian los indios de varias partes, pero en pequeñas cantidades, y manifiestamente se habia adquirido á fuerza de perseverante é incansable trabajo. Posesionóse de los corazones la triste realidad, se abatian los ánimos al desvanecerse sus dorados ensueños, y el dolor del abatimiento ayudaba á la voracidad de las enfermedades.

No se libró Colon de aquella especie de epidemia. La árdua naturaleza de su mision, la responsabilidad en que estaba, no solo para con sus gentes y sus reyes, sino para con el mundo en general, tenian su ánimo en agitacion contínua. Los cuidados de tan grande escuadra, la vigilancia incesante que exijia, no solo para guarecerse de los ocultos peligros de aquellas desconocidas mares, sino de las pasiones y audacia de los que le seguian, amigos de entregarse á toda especie de excesos y aventuradas empresas, la angustia que le habia causado el fatal destino de su asesinada guarnicion, y la incertidumbre en que le tenia la conducta de las tribus bárbaras que le circuian: todo esto mortificaba su ánimo y le quitaba el sueño á bordo: desde que desembarcó le oprimian nuevos cuidados y fatigas que juntos con la precisa exposicion las injurias de un clima inculto, acabaron completamente con sus fuerzas. Todavía, aunque obligado á pasar algunas semanas de cama, su espíritu enérgico vencía los padecimientos del cuerpo, y continuaba dirigiendo la edificacion de la ciudad, y los negocios generales de la espedicion.

CAPITULO VII.

ESPEDICION DE ALONSO DE OJEDA PARA EXPLORAR EL INTERIOR DE LA ISLA. — VUELTA DE LOS BUQUES Á ESPAÑA.

(1493.)

Habiéndose ya descargado los buques, era necesario mandar la mayor parte de ellos á España. Esto hacia que nuevas angustias oprimiesen el ánimo de Colon. Habia esperado encontrar tesoros y mercancías preciosas acumuladas por la gente que dejó en Española; ó á lo menos, averiguados exactamente los manantiales de un opulento tráfico, por el que hubiera podido fletar sus buques sin demora alguna, que se opusiera á su paso. El asesinato de la guarnicion estinguió sus esperanzas todas. Sabia tambien las muchas que los reyes y la nacion alimentaban. ¡Cuál seria su sorpresa si solo volviesen los buques con una desastrosa historia! Era menester tomar un medio, antes de que partiesen los bajeles, para conservar la fama de sus descubrimientos, y justificar la magnificencia de sus descripciones. Aun no tenia noticia cierta del interior de la isla; y su calenturienta fantasía la veia abundantísima en riquezas. Si fuese en efecto la isla de Cipango, debia contener populosas ciudades, probablemente en alguna region mas cultivada, allende las elevadas montañas que la interceptaban. Todos los indios convenian en nombrar á Cibao como el lugar de donde extraian el oro. Hasta el nombre del cacique Caonabo, que significaba *Señor de la casa dorada*, parecia indicar la riqueza de sus dominios. Los sitios que abundantes en minas, no distaban mas que tres ó cuatro dias de viaje, directamente hácia el interior: Colon determinó, pues, enviar una expedicion á explorarlos antes de que saliesen los buques. Si el resultado confirmaba sus esperanzas, podria enviar la flota á España con nuevas del descubrimiento de las doradas montañas de Cibao.

La persona que escogió para esta empresa, fue don Alonso de Ojeda, el mismo caballero cuyo audaz ánimo, y fuerza y agilidad corporal quedan ya mencionadas. Gustando de todo servicio peligroso y aventurado, miraba Ojeda con nuevo placer expedicion de tamaña audacia, por el formidable carácter de Caonabo, el cacique de las montañas, cuyo era el territorio que iba á penetrar. Salió del puerto á principios de enero de 1494, acompañado de una corta fuerza de gente resuelta y bien armada, muchos de ellos jóvenes y osados caballeros como él mismo. Marchó directamente al sur y hácia el interior. Los dos primeros dias fueron las jornadas penosas y difíciles, en medio de un pais que sus habitantes habian abandonado; pues el terror de los habitantes se extendió por todas las costas. Por la tarde del segundo dia llegaron y una elevada sierra, á que se subia por una vereda india ondulando entre rápidos y estrechos desfiladeros; y pasaron la noche en la meseta. Desde allí vieron salir el sol del dia siguiente con incomparable explendor, derramando su luz por una vasta y deliciosa llanura, cubierta de bellas florestas, esmaltada de lugares y aldeas, y enriquecida por las plateadas aguas del Yagui.

Bajando al llano, penetraron osadamente Ojeda y sus compañeros por los lugares indios. Los habitantes, lejos de mostrarse hostiles, les dieron hospitalidad; y les impidieron seguir la marcha á fuerza de bondades. Tuvieron que vadear muchos rios antes de llegar al fin de la llanura, tardando cinco ó seis dias en ganar las sierras que encerraban por decirlo así, las doradas regiones de Cibao. Penetraron en este distrito, sin encontrar mas obstáculos que los que les oponia la naturaleza del pais. Caonabo, tan temido por su valor y ferocidad, estaria en algun lugar distante de sus dominios, pues no se presentó á disputarles el camino. Los naturales los recibian con bondad: estaban todos en cueros, y tan poco civilizados como los otros habitantes de la isla, y no se hallaban ni las mas remotas indicaciones de las ciudades que la imaginacion habia pintado. Vieron, empero, abundantes signos de natural riqueza. En las arenas de la montaña relumbraban las partículas de oro, que las separaban con destreza los indios, y se las daban liberalmente á los españoles sin recompensa alguna. Se encontraron tambien grandes pedazos de oro virgen en los lechos de los torrentes, y piedras jaspeadas con ricas venas del mismo metal. Pedro Mártir afirma haber visto un fragmento de oro en bruto de nueve onzas de peso, que Ojeda se encontró en uno de los arroyos.

Todas estas preciosidades se consideraban como meras barreduras superficiales del suelo, que indicaban los ocultos tesoros encerados en las profundas grietas y fragosos senos de las montañas, y que la mano del trabajo sacaria á luz fácilmente. Como el objeto de la expedicion no era otro que examinar la naturaleza del pais, Ojeda volvió con su pequeña comitiva al puerto, haciendo mil entusiastas descripciones de la dorada promision de las montañas. Un caballero jóven, llamado Gorvalan, que habia ido al mismo tiempo á otra espedicion semejante, y explorado otro ámbito diverso del pais, volvió con informes análogos. Tan lisonjeras nuevas reanimaron algun tanto á los abatidos colonos, quienes creyeron lo que dijo el Almirante, que solo con explotar las minas de Cibao se abririan inagotables fuentes de riqueza. Colon determinó, tan pronto como su salud lo

permitiese, ir en persona á las montañas, y buscar sitio á propósito para un establecimiento de minas.

La estacion era propicia para la vuelta de los buques. Animado por las altas esperanzas que podia trasmitir á la córte, Colon despachó nueve de sus naves para España, á las órdenes de Antonio de Torres; quedándose solo con cinco para el servicio de la colonia.

Envió con esta ocasion muestras del oro que se habia hallado en las montañas y rios de Cibao, y de los frutos y plantas curiosas. Escribió las expediciones de Gorvalan y Ojeda; el primero de los cuales volvió á España con la flota. Repitió la expresion de su confianza de poder enviar pronto abundantes cargamentos de oro, preciosas drogas y especias; no siéndole posible buscarlas por entonces á causa de su enfermedad y de las de su gente, y de los trabajos y cuidados que reclamaba la edificacion de la ciudad. Describió la belleza y feracidad de la isla; sus sierras y grupos de montañas; sus anchas y abundantes llanuras bañadas por caudalosos rios, la fecundidad del suelo, manifestada en la rica vegetacion de la caña dulce y de los varios granos y legumbres de Europa.

Pero como requiriesen bastante tiempo los campos, huertos y animales, para dar productos adecuados á la subsistencia de la colonia, en que habia mas de mil personas no acostumbradas á los manjares indios, pedia Colon provisiones á España, anunciando que empezaban á escasear las suyas. Se habia perdido mucho vino, á causa de lo mal acabado de los cascos; y padecian los colonos por faltarles los acostumbrados alimentos. Habia pues inmediata necesidad de medicinas, ropas y armas. Tambien se requerian caballos, así para las obras públicas, como para el servicio militar; animales de mucho efecto para imponer sumision á los indios, que no los veian sin profundo espanto. Suplicaba del mismo modo se le enviasen mas trabajadores y mecánicos, y gente diestra en minas y en la fundicion y purificacion de los metales. Recomendó varios sugetos al favor de los soberanos, entre ellos á pedro Margarite, caballero aragones del órden de Santiago, que tenia mujer é hijos á quien sostener, pidiendo le diesen por sus buenos servicios alguna encomienda de su órden. Tambien pedia patrocinio para Juan Aguado, que regresaba en la flota, haciendo particular mencion de sus méritos, De ambos favorecidos estaba decretado que habia de recibir la ingratitud mas señalada. Envió ademas en los buques los hombres, mujeres y niños tomados en las islas caribes, recomendando que se les instruyese atentamente en la lengua española y fé cristiana. Por la naturaleza aventurada y emprendedora de esta gente, y su conocimiento general de los muchos idiomas de aquel archipiélago, pensaba él que cuando los preceptos religiosos y los usos de la vida civil hubiesen reformado sus costumbres y propensiones caníbales, podian ser eminentemente útiles como intérpretes, y convertirse en instrumentos de propaganda para difundir las doctrinas de la cristiandad.

Entre las muchas sugestiones saludables y acertadas de esta carta, hay una de muy perniciosa tendencia, escrita bajo los erróneos principios del derecho natural de entonces. Considerando que mientras mayor número de aquellos caníbales paganos se transfiriese al suelo católico de España, mayor seria el número de almas encaminadas á la salvacion, propuso trocarlos como esclavos por ganados, que podria enviar el comercio á la colonia. Los buques que lo trajesen no debian desembarcarlo mas que en Isabela, donde encontrarian prontos ya para la entrega los caribes cautivos. Se debian poner sobre los esclavos derechos para beneficio del tesoro real. Así se proveeria sin gasto la colonia de toda especie de ganados y aves; se libraria á los pacíficos isleños de sus feroces vecinos; se enriqueceria la corona, y se arrancarian de la perdicion vastas multitudes de almas llevándolas al cielo á la fuerza. Tan extraños sofismas, engañan á veces á los hombres mas rectos y magnánimos. Colon temia desazonar á los reyes con el poco producto de su empresa, y deseaba hallar algun modo de alijerar sus gastos hasta que pudiese abrir manantiales de copiosas riquezas. La conversion de los infieles por medios buenos ó malos, por persuasion ó por violencia, era una de las máximas populares de su tiempo; y al recomendar la esclavitud de los caribes, creia Colon obedecer los dictados de su conciencia, cuando solo escuchaba las insinuaciones de su interes. Debe añadirse en justicia, que no aprobaron los soberanos sus ideas, mandando que se convirtiesen los caribes como el resto de los isleños; órden que emanó del corazon misericordioso de Isabel, benigna y constante protectora de los indios.

Se dió la flota al mar el 2 de febrero de 1494. Aunque no trajo riquezas á España, se mantuvieron vivas las esperanzas por la animada carta de Colon, y las muestras de oro que trasmitia: corroboraban sus favorables descripciones las que daban en sus cartas fray Boil, el Dr. Chanca; otras personas de crédito, y personalmente Gorvalan. Los sórdidos cálculos de las almas mezquinas estaban todavía ahogados por el generoso entusiasmo del público, exaltado con el sublime carácter de aquellas empreras. Era en efecto idea maravillosa la de introducir nuevas razas de animales y plantas, la de edificar ciudades, extender colonias, y arrojar las semillas de la civilizacion á ilustrado imperio por aquel mundo hermoso aunque salvaje. Los ánimos de los letrados clásicos se llenaron de admiracion y agradables ensueños y visiones, pareciéndolos que veian realizarse las pinturas poéticas de las antiguas edades. «¡Colon, dice el anciano Pedro Mártir, ha comenzado á edificar una ciudad, »segun me escribe últimamente, y á sembrar nues»tras semillas, y á propagar nuestros animales! ¡Quién »de nosotros hablará ya con maravilla de Saturno, »de Ceres, ó Triptolemo, viajando por la tierra, y »extendiendo los nuevos inventos entre los hombres! »¿Quién de los fenicios que á Tiro y á Sidon edifica»ron? ¿Quién de los tirios mismos, cuyos ambulan»tes deseos los hacian emigrar á tierras extrangeras, »y erigir en ellas nuevas ciudades, y establecer co»munidades é imperios nuevos?»

Tales eran los comentarios de los hombres bondadosos é inteligentes que saludaban con entusiasmo el descubrimiento del Nuevo-Mundo, no por la riqueza que traeria á la Europa, sino por el campo que abria á las empresas benévolas y gloriosas, y por las mejoras de la vida civilizada, que dispensaria profusamente por sus bárbaras é incultas regiones.

CAPITULO VIII.

DESCONTENTO EN ISABELA.—MOTIN DE BERNAL DIAZ DE PISA.

(1494.)

El embrion de la ciudad de Isabela iba desenvolviéndose rápidamente. La rodeaba un muro de piedra para protegerla de repentinos ataques de los naturales; si bien los indios de la vecindad mostraban muy amistosa disposicion, trayendo provisiones que cambiaban contentos por bagatelas europeas. El dia de la epifanía, 6 de enero, estando la iglesia casi acabada, celebraron misa con gran pompa y solemnidad el padre Boil y los doce eclesiásticos. Así parecia que iban los negocios de la colonia en buen órden; y Colon, aunque todavia en cama, empezó á tomar medidas para su proyectada expedicion á las montañas de Cibao, cuando una circunstancia inesperada absorbió toda su intencion por algun tiempo.

La salida de la flota para España fue un melancólico espectáculo para aquellos cuyo empeño les obliga-

ba á permanecer en la isla. Frustradas sus esperanzas de inmediata riqueza, cansados del trabajo á que se les obligaba, é intimidados por las enfermedades dominantes, empezaron á mirar con horror aquel desierto, considerándolo como tumba de sus ilusiones y de sí mismos. Cuando desapareció la última vela que llevaba á sus camaradas á España, se sintieron completamente separados de su patria, y los tiernos recuerdos del hogar natal, reprimidos accidentalmente por la novedad y bullicio en que estaban, se reaccionaron vigorosamente en su ánimo. La vuelta á España era su primer deseo; y la misma falta de reflexion que les lanzó á la empresa sin conocerla apenas, los incitaba entonces á abandonarla, valiéndose de cualesquiera medios, por desesperados que fuesen. Donde prevalece el descontento popular, rara vez falta algun espíritu osado que le dé una direccion peligrosa. Bernal Diaz de Pisa, hombre de alguna influencia, que habia ejercido un oficio civil en la córte, vino de contador en la expedicion y prevaliéndose de su poder oficial, pronto se puso en desacuerdo con el almirante. No satisfecho de su empleo en la colonia, tardó poco en formar una faccion entre los descontentos, y propuso que se aprovechasen de la enfermedad de Colon para apoderarse de uno ó de los cinco buques que habia en el puerto para volver á España. Fácil seria justificar su clandestina vuelta, profiriendo quejas contra el almirante, representando la falacia de sus empresas, y acusándole de usar groseros engaños y exageraciones en sus informes acerca de los paises que habia descubierto. Es probable que le creyesen algunos de aquellos hombres real y verdaderamente culpable de los delitos que ellos mismos fabricaban en su contra; porque al frustrárseles sus avaras esperanzas, no reflexionaban acerca del verdadero valor de aquellas fértiles islas que habian de enriquecer naciones enteras con los productos de su suelo. Todo pais era estéril á sus ojos si no estaba preñado de oro. Aunque por las muestras que traian los indios á la ciudad, y por las que Ojeda y Gorvalan suministraron, tenian contínuas pruebas de que los rios y montañas del interior abundaban en oro, no querian dar fé al testimonio de sus sentidos. Un tal Fermin Cado, hombre de obstinado y perverso entendimiento; que habia entrado en la expedicion como ensayador y purificador de metales, contrajo acerca de ella las mismas prevenciones que Bernal Diaz. Defendia pertinazmente que no se hallaba oro en la isla; ó á lo menos que se encontraba en tan cortas cantidades, que no cubria los gastos de su explotacion. Sustentaba que los grandes granos de oro vírgen que los indios traian, estaban ya fundidos, y eran la lenta acumulacion de muchos años que habian ido pasando de generacion en generacion en las familias indias. Otras muestras de grande tamaño decia que eran de muy inferior calidad, y que las habian ligado con bajo metal los naturales. Muchos adoptaron su dictámen, y creyeron que en efecto estaba la isla destituida de oro. No se conoció el verdadero carácter de Fermin Cado, hasta que se supo que era su ignorancia igual, por lo menos, á su terquedad y presuncion, cualidades que van generalmente juntas.

Animados por cooperacion tan poderosa, algunos espíritus turbulentos de la colonia trataron de llevar el plan á ejecucion inmediata, apoderándose de los buques y saliendo para Europa. Confiaban en que la influencia con que contaba Bernal Diaz de Pisa en la córte, le obtendria favorable recepcion; y esperaban con sus representaciones unánimes malquistar á Colon en la opinion del público, veleidoso y pronto siempre á abandonar á sus ídolos.

Por fortuna se descubrió el motin antes de su complexion. El almirante mandó arrestar sin tardanza á los cabecillas. Al hacer investigaciones se encontró un memorial contra él, lleno de calumnias y falsedades, escondido en la boya de un barco. La letra era de Bernal Diaz. Colon se condujo con ejemplar moderacion. Por respeto á la categoría y empleo de Diaz se abstuvo de imponerle ningun castigo personal; pero le destinó á bordo de uno de los buques, para que se le procesase en España, en vista de la sumaria de su delito, y del sedicioso documento que se le habia hallado. A los cabecillas inferiores los castigó segun el grado de su culpabilidad, pero no con el rigor que merecia la ofensa. Para precaver la repeticion de semejantes atentados, mandó que se sacasen de cuatro de los bajeles las armas y municiones, poniéndolas en el principal buque, cuyo mando confió á los hombres de su mayor confianza.

Por vez primera ejercia Colon el derecho de castigar los delincuentes en su nuevo gobierno, con lo que se acarreó las mas violentas animadversiones, á pesar de la lenidad de sus medidas, tan necesarias para la seguridad general, lo que no impidió que se calificasen de actos arbitrarios y vengativos. Se manifestó claramente la desventaja de ser extrangero entre las gentes que gobernaba. Tenia que combatir las preocupaciones nacionales, que son quizá las mas insuperables y ciegas. Carecia de amigos naturales en torno suyo, mientras tenian los amotinados parientes en España, amigos en la colonia y simpatías en todos los descontentos. Así se engendró contra el almirante una hostilidad precoz que continuó desenvolviéndose durante toda su vida; y así se fraguaron los primeros eslabones de la larga cadena de facciones y motines que tanto dieron que hacer al gobierno.

CAPITULO IX.

EXPEDICION DE COLON A LAS MONTAÑAS DE CIBAO.

(1494.)

Habiéndose al fin restablecido de su larga enfermedad, y muerto en agraz el motin de Bernal Diaz, se preparó Colon para marchar inmediatamente á Cibao. Confió durante su ausencia el mando de la ciudad y buques á su hermano D. Diego, señalándole personas idóneas para su consejo y ayuda. D. Diego está pintado por Las-Casas, que lo conocia personalmente, como sugeto de mucho mérito y discrecion, de pacífico y suave carácter, y mucho mas franco que sagaz. Era muy moderado en todos sus actos; vestia casi como un sacerdote, y Las-Casas piensa que tenía secretas esperanzas de obtener dignidades eclesiásticas, indicacion que tambien hace el almirante en su testamento. Como intentaba Colon erigir una fortaleza en las montañas, y formar un establecimiento para la explotacion de las minas, llevó consigo los artífices, trabajadores, mineros, municiones é implementos necesarios. Tambien iba á entrar en los territorios del temido Caonabo; por lo que le importaba llevar bastante fuerza, no solo para vencer cualquier obstáculo material que pudiera ponérsele, sino tambien para propagar por el pais una formidable idea del poder de los blancos, y contener á los indios en la perpetracion de actos de violencia contra los cuerpos ó individuos aislados que pudiesen caer en sus manos. Salieron cuantas personas no eran indispensables en el establecimiento y gozaban de salud, con toda la caballería que pudo reunirse; adoptando mil medios para dar á los salvajes una prueba del explendor militar de Europa.

El 12 de marzo, á la cabeza de cuatrocientos hombres bien armados y equipados, con relumbrantes yelmos y coseletes, con arcabuces, lanzas, espadas y arcos, seguidos de una multitud de indios vecinos, salió de la ciudad en órden de batalla con banderas desplegadas y al son de tambores y trompetas. Fue su marcha el primer dia por la llanura situada entre el mar y las montañas; vadeáronse dos rios, y atravesáronse verdes y hermosos prados. Pasaron los ex-

pedicionarios la noche acampados en ellos; al pie de una fragosa montaña.

El paso de aquellos ásperos desfiladeros presentó bastantes dificultades á la tropa, embarazada ya con implementos y municiones. Solo habia una vereda india, serpeando por entre rocas y precipicios, ó al traves de eriales y espesuras enmarañadas con la rica vegetacion de una floresta de los trópicos. Varios caballeros jóvenes y animosos se ofrecieron á abrir un camino á la hueste. Los jóvenes de España se habian acostumbrado á esta especie de servicio en las guerras moriscas, donde repentinamente solia ofrecerse abrir paso para las tropas y artillería á traves de las montañas de Granada. Arrojándose, pues, á la vanguardia con algunos zapadores, á quienes estimulaban con el ejemplo y promesas de liberal premio, pronto construyeron el primer camino que tuvo el Nuevo-Mundo; y que se llamó el Puerto de los Hidalgos, en honor de los bizarros caballeros que lo habian hecho.

Al dia siguiente se fatigó el ejército en la subida de aquel rápido desfiladero, llegando adonde las gargantas de la montaña dominaban el interior. Allí inesperadamente llenó su vista una tierra de promision; aquella gloriosa perspectiva que tanto habia deleitado á Ojeda y sus compañeros; vasta y fértil llanura, esmaltada con la variedad y gala de la vegetacion de los trópicos. Presentaban sus magníficas florestas una mezcla de magestad y belleza en las formas vegetales, conocida solo en aquellos generosos climas. Palmas de prodigiosa altura, y dilatados caobales levantaban sus frentes al cielo por entre el infinito y vario follaje. Mantenian universal frescura las abundosas corrientes que hendian con sus lucientes aguas el seno de la tierra; y mil villas y aldeas que se divisaban por entre los árboles, y el humo de otras que ascendia en diversos puntos de las selvas, daban señales de una grande poblacion. Se dilataba este suntuoso paisaje por cuanto alcanzaba la vista, y parecia desvanecerse en el lejano horizonte. Los españoles miraban con éxtasis aquella voluptuosa llanura que parecia realizar las ideas del Paraiso Terrestre; y Colon, viendo tanta grandeza, le dió el nombre de Vega Real.

Habiendo bajado por un breñoso paso, entró el ejército entró en el llano, con mucha pompa militar y estrépito de belijeros instrumentos. Cuando vieron los indios salir de las montañas aquella resplandeciente hueste de guerreros cubiertos de acero, galopando en sus briosos caballos, y flameando sus banderas; y cuando por la vez primera oyeron resonar sus rocas y florestas con el ruido de clarines y tambores, no es estraño que creyesen tan maravilloso alarde vision mas que natural.

De esta suerte dispuso Colon sus fuerzas al acercarse á las grandes poblaciones, llevando la caballería en la vanguardia, porque inspiraban los ginetes no menos terror que admiracion. Las-Casas dice que creian los indios al principio fuesen un solo animal el caballo y caballero, y nada podia exceder su asombro cuando veian que este se apeaba; circunstancia que muestra, que el supuesto orígen de la antigua fábula de los centáuros está á lo menos fundado en la naturaleza. Al aproximarse el ejército, huian aterrados casi todos los naturales, y se escondian en sus casas. Y tal era su sencillez, que solo ponian una ligera puerta de cañas á los umbrales, y se consideraban perfectamente seguros con tan frágil amparo. Colon, contento de ver aquella candidez, mandó que se respetasen escrupulosamente estas barreras, permitiendo á los habitantes permanecer en su imaginada seguridad. El miedo de los indios se mitigó poco á poco por medio de los intérpretes, y de la distribucion de pequeños regalos. Su bondad y gratitud eran sin igual; y la marcha del ejército se retardaba contínuamente por la hospitalidad de los numerosos pueblos que atravesaba. Tal era la franca comunion de aquellas gentes, que los indios que iban en el ejército entraban sin ceremonia en las casas, tomando en ellas lo que necesitaban, sin excitar sorpresa ó indignacion en los habitantes: estos querian hacer lo mismo con respecto á los españoles, y parecian admirados cuando no se les permitia. Probablemente se limitaba semejante liberalidad á los alimentos; porque se dice que no eran los indios agenos á las nociones de propiedad, y que el latrocinio era uno de los pocos crímenes que se castigaban entre ellos severamente. Los comestibles, empero, estaban en general franqueados á la libre participacion en la vida india, y rara vez eran objeto de cambio, hasta que los blancos introdujeron en ella sus costumbres mercantiles. El ignorante salvaje, en casi todos los paises del mundo, desdeña hacer tráfico de la hospitalidad.

Despues de una marcha de cinco leguas al traves de aquella llanura, llegaron á las márgenes de un ancho y magestuoso rio, llamado por los naturales el Yagui, y por el Almirante el rio de las Cañas. No sabia que era esta la misma corriente, que, despues de serpear por la Vega, desemboca en la mar cerca de Monte-Christi, y á la cual en su primer viaje puso rio de Oro. En sus verdes orillas pasó el ejército la noche, alegre y animado con las bellas escenas que habia visto. Se bañaron y recrearon los soldados en las aguas del Yagui, gozando del paisaje, y de las deliciosas brisas que reinaban en aquella suave estacion. «Porque aunque hay poca diferencia, observa Las-Casas, »de un mes á otro en todo el año en esta isla, y en »la mayor parte de estas Indias, en el período desde »setiembre á mayo, es como vivir en el Paraiso.»

A la siguiente mañana atravesaron el rio en canoas y balsas, y pasaron los caballos á nado. Por dos dias siguieron aun su marcha al traves del mismo llano, encontrando diversidad de robustas florestas y numerosos rios, muchos de los cuales bajaban de las montañas de Cibao, y se decia que llevaban polvos de oro mezclados con sus arenas. A uno de estos, cuyas cristalinas aguas fluian sobre lechos de redondas y lisas chinas, puso Colon el nombre de Rio-Verde por lo fresco y verde de sus orillas. En el discurso de la marcha pasaron por muchas poblaciones, donde hallaron generalmente el mismo recibimiento. Huian los sencillos habitantes al verlos, poniéndoles delante sus frágiles baluartes de caña; pero se les atraia fácilmente, y una vez amigos apuraban su escasa fortuna en obsequio de los extrangeros.

Entrando así por medio de aquella grande isla, que por todas partes presentaba vistas grandiosas de inculta pero bella naturaleza, llegaron por la noche del segundo dia á una sierra de altas y riscosas montañas, especie de barrera de la Vega. Aquellas le dijeron á Colon que eran las doradas montañas de Cibao, cuyas regiones comenzaban en sus ásperas cimas. Empezaba á volverse el pais breñoso y difícil; y estando la gente cansada, se acampó para pasar la noche al pie de un rápido desfiladero, mandando delante á los zapadores á que abriesen camino. Desde allí enviaron las mulas á la colonia por pan y vino, habiendo empezado á escasear las provisiones; pues no estaban aun acostumbrados á los alimentos de los indios, que se hallaron despues muy nutritivos y propios para aquel clima.

A la otra mañana continuaron la marcha por un estrecho y fragoso camino, en que tenian que llevar del diestro los caballos. Desde la cima gozaron otra vez la perspectiva de la deliciosa Vega, que presentaba desde allí aspecto todavia mas noble, extendiéndose ancha y dilatada por ambos lados como una verde y vasta laguna. Es la Vega, segun Las-Casas, de ochenta leguas de largo, de veinte á treinta de ancho, y de incomparable belleza.

Entraron al fin en Cibao, famosa region de oro, la

cual, como si la naturaleza se complaciese en contradicciones, presentaba la miseria exterior de los avaros, proporcionada en general á sus ocultos tesoros. En vez de la voluptuosa perspectiva de la Vega, solo contenia sierras de empinadas estériles montañas, apenas vestidas de lúgubres y solitarios pinos. Y los árboles de los valles, lejos de poseer la rica frondosidad de los de otras partes de la isla, eran débiles y enanos, á no ser los que por acaso crecian á las márgenes de los rios. Hasta el nombre del pais indicaba la naturaleza del suelo; pues Cibao, en la lengua india significa una piedra. Pero todavía algunos recesos de las montañas y humbrosas aberturas de los valles, regados por cristalinos arroyos, presentaban con su verdura y giros de arboledas mas agradable vista por la esterilidad que las rodeaba. Lo que sirvió, empero, á los españoles de consuelo por la aspereza de la tierra, fue observar las partículas de oro que relucian entre las arenas de aquellas cristalinas corrientes, que aunque en cortas cantidades, se miraban como anuncios de las que en si encerraban las montañas.

Los naturales que ya habian recibido la visita de Ojeda, vinieron á felicitar á los soldados con mucha alegria, trayéndoles comestibles, y sobre todo, granos y particulas de oro que habian juntado en los remansos de arroyos y torrentes, viendo con cuánto afan buscaban los españoles aquel metal. Por las arenas de oro que brillaban en todas las corrientes, conjeturó Colon que habria muchas minas en las cercanías. Se hallaron tambien muestras de ámbar y lapis lázuli, aunque en pequeñas cantidades, y creyó Colon haber descubierto una mina de cobre. Se hallaba en el entretanto á diez y ocho leguas de su colonia; y la áspera naturaleza de las montañas hacia la comunicacion difícil. Abandonó pues la idea de penetrar en el pais, y determinó establecer un fuerte en las inmediaciones con guarnicion suficiente, para labrar las minas, y explorar el resto de la provincia. Eligió para ello una agradable eminencia, rodeada casi enteramente por el rio Janique, cuyas aguas eran tan puras como si estuvieran destiladas, y el suave murmullo de su corriente armonioso al oido. En su lecho se hallaban raras piedras de varios colores, grandes masas de precioso mármol, y piedras de exquisito jaspe. De las faldas de la colina se extendia una de aquellas graciosas y verdes llanuras, llamadas sábanas por los indios, refrescada y fertilizada por el rio.

Aquí fue donde mandó erigir Colon una fortificacion de madera, capaz de resistir cualquier ataque de los indios, y protegida par un profundo foso en el lado en que el rio no la garantia. Le dió al fuerte el nombre de Santo Tomás, como agradable y piadoso chiste, reprobando la incredulidad de Fermin Cado y sus escépticos adherentes, que rehusaban con obstinacion creer que produjese oro la isla, hasta verlo con sus ojos y tocarlo con sus manos.

Habiendo sabido los indios la llegada de los españoles á su pais, vinieron á bandadas de varias partes, deseosos de obtener bagatelas europeas. El Almirante les significó que les daria lo que quisiesen en cambio de oro; oyendo lo cual muchos de ellos, corrieron al rio inmediato, y juntando y escogiendo en sus arenas, volvieron al poco tiempo con cantidades considerables de oro en polvo. Un anciano trajo dos pepitas de oro virgen que pesaban una onza, y se creyó espléndidamente pagado al recibir por ellas un cascabel. Y como viese que admiraba el Almirante su tamaño, afectó tratarlas con desprecio, como insignificantes, diciendo por señas, que en su pais, que solo distaba medio dia de camino, se hallaban piezas de oro como naranjas de grandes. Otros indios trajeron granos le diez y doce dracmas; y aseguraban, que en el pais adonde los habian adquirido, se hallaban masas de mineral tan grandes como cabezas de muchachos. Mas como de ordinario sucede, se hallaban aquellos sitios dorados en algun remoto valle, ó pedregosa y oculta corriente; y el mas rico punto cada vez á mayor distancia; porque la tierra de promision está siempre del otro lado de los montes.

CAPITULO X.

ESCURSION DE JUAN DE LUJAN POR LAS MONTAÑAS. — COSTUMBRES Y CARACTERES DE LOS NATURALES. — VUELVE COLON A ISABELA.

(1494.)

En tanto que el Almirante permanecia en las montañas inspeccionando la construccion de la fortaleza, fue un caballero jóven de Madrid, llamado Juan de Lujan, con una pequeña partida á explorar la provincia toda, la que, segun los informes de los indios, debia ser igual en extension al reino de Portugal. Volvió Lujan despues de algunos dias, dando la relacion mas satisfactoria de su viaje. Habia atravesado gran parte de Cibao, pais mas capaz de cultura que se creyó al principio. Era generalmente montañoso, y cubierto de pedrezuelas azules, pero tenia buenos pastos en algunos valles. Tambien las montañas, humedecidas por frecuentes aguaceros, producian yerba de viva y robusta vegetacion, que llegaba con frecuencia á las sillas de los caballos. Las florestas le parecian á Lujan llenas de especias, habiéndolo engañado el olor de las yerbas y plantas aromáticas que abundan en los bosques de los trópicos. Se veian trepar grandes vides hasta las cimas de los árboles, cargadas de racimos ya maduros, llenos de jugo, y de agradable gusto. Cada valle ó llano tenia sus corrientes grandes ó chicas, segun la corpulencia de la vecina montaña, y todos daban mas ó menos oro en partículas, mostrando lo comun de aquel precioso metal. Se suponia, que hubiese aprendido Lujan de los indios muchos de los secretos de sus montañas, y visitado los sitios donde se hallaban los mas ricos minerales y las corrientes mas abundantes en oro. Pero en todos estos puntos observó un discreto misterio, comunicando las particularidades solo al Almirante.

Casi acabada la fortaleza de Santo Tomás, dió Colon su mando á Pedro Margarite, el mismo caballero que habia recomendado antes al favor de los soberanos; dejándole una guarnicion de cincuenta y seis hombres. Luego emprendió su regreso á la Isabela. Al llegar á las márgenes de Rio Verde en la Vega Real, se encontró á los españoles que traian provisiones para el fuerte. Por esto se detuvo algunos dias por aquellos sitios, buscando el mejor vado del rio, y estableciendo un camino del puerto á la fortaleza. Pasó este tiempo en los lugares indios, esforzándose en acostumbrar sus gentes á los alimentos de los del pais; y en inspirar á éstas un sentimiento de reverente afecto hácia los blancos.

Del informe de Lujan dedujo Colon algunas nociones respecto al carácter y costumbre de los naturales, con las cuales se familiarizó aun mas el tiempo que vivió entre las tribus de las montañas y la llanura. Puede ser aquí interesante una breve noticia de varias costumbres características que no se tomará solo de las observaciones que hicieron en este viaje el Almirante y sus oficiales, sino de los recuerdos que dió posteriormente la indigesta disertacion de un fraile llamado Roman, pobre hermitaño del órden de los hieronimitas, como él mismo se titula, colega del padre Boil, y misionero por mucho tiempo en la Vega.

Colon habia ya descubierto el error de una de las opiniones formadas en el primer viaje, sobre aquellos isleños. No eran tan pacíficos, ni tan ignorantes del arte de la guerra como se figuró á primera vista. Le engañaron en este juicio su propio entusiasmo, y la suavidad de Guacanagarí y de sus súbditos. Las ca-

suales invasiones de los caribes obligaron á los habitantes á emprender el manejo de las armas. Las tribus montañesas de las costas, especialmente de las que miraban hácia las islas caribes, eran de carácter mas recio y belige-o que las de las llanuras. Caonabo, el caudillo caribe, habia introducido algo de su espiritu guerrero en el centro de la isla. Pero, generalmente hablando, las costumbres de aquellos isleños parecian templadas y suaves. Las guerras entre ellos, si alguna vez ocurrian, eran cortas y no acompañadas de grande efusion de sangre. Por lo comun se mezclaban unos con otros amistosamente.

Colon se habia tambien lisonjeado con la equivocacion de que los naturales de Hayti estaban destituidos de toda idea religiosa, creyendo que seria por lo tanto fácil, introducir en sus ánimos las doctrinas de la cristiandad, porque sin duda ignoraba que es mas dificultoso encender el fuego de la devocion en el pecho helado de un ateo, que dirigir su llama hácia otro nuevo objeto, despues que ya está encendida. Pocos seres hay empero de tan menguada inteligencia, que no sientan en sí mismos la conviccion de una deidad gobernadora. Jamas ha existido una nacion de ateos. Pronto se descubrió, pues, que tenian los isleños su religion, aunque de vaga y sencilla naturaleza. Creian en un númen supremo, que habitaba los cielos, era inmortal, omnipotente é invisible; le suponian un orígen determinado, dándole madre, pero no padre. Nunca usaban de culto directo, sino que se valian como mensageras de otras deidades inferiores llamadas zemis. Cada cacique poseia su dios tutelar de este órden, á quien invocaba y fingia consultar en sus empresas públicas, y á quien todos sus súbditos reverenciaban. Tenian casas aparte, como templos de estas deidades, en que habia imágenes de los zemís talladas en madera ó piedra, ó hechas de barro, y generalmente de monstruosa y repugnante forma. Cada familia y cada individuo tenia tambien su zemi particular ó genio protector, como los Lares y Penates de los antiguos. Los ponian por toda la casa, ó en sus muebles; algunos eran de pequeño tamaño, y se los ceñian los indios á la frente cuando iban á la guerra. Creian que fuesen trasferibles los zemis con todo su poder, y frecuentemente se los robaban unos á otros. Cuando se presentaban los españoles entre ellos, escondian los ídolos, porque no se los llevasen. Imaginaban que todos los objetos de la naturaleza estuviesen presididos por los zemís, de los cuales cada uno tenia un encargo ó gobierno especial. Influian en las estaciones y los elementos, causaban la abundancia ó esterilidad de los años, desataban los huracanes y torbellinos, las tempestades y el trueno, las suaves y templadas brisas, y las fructiferas lluvias. Gobernaban las mares y las selvas, los manantiales y las fuentes, como las Nereidas, las Driadas y Sátiros de la antigüedad. Distribuian la fortuna en la caza y pesca, conducian las aguas de las montañas por seguros cauces á discurrir pacificamente las llanuras en alegres arroyuelos, ó mansos y caudalosos rios; pero en su enojo las hacian tambien precipitarse en indomables torrentes é inundaciones, desvastando con ellas los valles y praderías.

Tenian tambien los indios sus bucios, ó sacerdotes, que pretendian comunicarse con los zemis. Practicaban estos rigorosos ayunos y abluciones, y aspiraban el polvo, ó bebian la infusion de cierta yerba que les producia embriaguez y delirio. Con tales procedimientos sufrian, segun ellos, trances y visiones, en que los zemís les revelaban los sucesos futuros, ó los instruian en la cura de las enfermedades. Eran generalmente grandes herbolarios, y muy instruidos en las propiedades medicinales de los árboles y las plantas; curaban las enfermedades usando de algunos simples, y de muchos ritos y ceremonias misteriosas, que suponian fuesen hechizos, cantaban y quemaban teas en el cuarto del paciente, y pretendian exorcisar la enfermedad, expelerla de la habitacion, y lanzarla al mar ó á las montañas.

Llevaban el cuerpo pintado de figuras de los zemís, que miraban con horror los españoles, como otras tantas representaciones del demonio; y los bucios, estimados como santos por los naturales, eran aborrecidos por los europeos como nigromantes. Asistian estos sacerdotes frecuentemente á los caciques, en la práctica de engañar á sus súbditos, pronunciando oráculos al traves de los zemís, por medio de tubos vacíos; inspirando á los indios valor guerrero con la prediccion del buen éxito ó prometiéndoles lo que el caudillo deseaba, ó atemorizándolos con amenazas.

Solo se conserva recuerdo de una de sus principales ceremonias religiosas. El cacique señalaba dia para celebrar una especie de festividad en honor de su zemí. Acudian los indios de todas partes, y formaban una procesion solemne; los padres se decoraban con los mas preciosos ornamentos que poseian; las vírgenes iban enteramente en cueros. El cacique ó el principal personaje marchaba á la cabeza, tocando una especie de tambor. Así continuaban hasta la casa sagrada, en que estaban las imágenes de los zemis. Llegados á la puerta, se sentaba fuera de ella el cacique, y seguia tocando su tambor mientras la procesion entraba, llevando las hembras cestas de tortas adornadas de flores, y marchando al son de su propio canto. Recibian los bucios los presentes con descompasados gritos ó alaridos. Quebraban las tortas despues de ofrecidas á los zemis, y repartian los pedazos entre las cabezas de familia, que los conservaban cuidadosamente todo el año como impeditivos de adversos accidentes. Hecho esto, se adelantaban las mujeres á cierta señal, cantando himnos en honor de los zemís, ó en prez de las heróicas hazañas de sus antiguos caciques. Toda la ceremonia concluia con una invocacion á los zemis, pidiéndoles que vigilaran por la patria y la protegieran.

Ademas de los zemís tenia cada cacique tres ídolos ó talismanes, que no eran otra cosa que meros pedazos de piedra, muy venerados por ellos y sus súbditos. Al uno atribuian el poder de producir abundantes cosechas; al otro el de quitar los dolores del parto; y al tercero el de traer el sol ó la lluvia, segun se necesitaba. Colon envió tres de ellos á los soberanos.

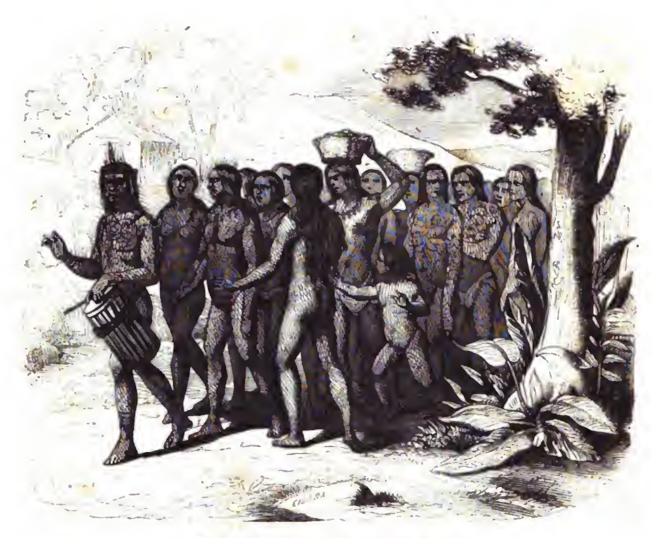
Las ideas de los indios respecto á la creacion eran vagas é indefinidas. Daban á su isla de Hayti prioridad de existencia sobre todas las otras; y creian que el sol y la luna habian salido originalmente de una caverna de la isla, para dar luz al mundo. Esta caverna existe todavía á siete ú ocho leguas de cabo Francois. Tiene ciento cincuenta pies de longitud, y casi lo mismo de altura; pero es muy estrecha. No recibe mas luz que la de la entrada, y de un agujero redondo del techo, por donde dicen que salieron el sol y la luna á tomar su lugar en los cielos. La bóveda es tan regular y proporcionada, que mas bien parece obra del arte que de la naturaleza. En tiempo de Charlevoix se veian aun entalladas en las rocas las figuras de varios zemís, y los restos de nichos para recibir estátuas. Esta caverna era tenida en grande veneracion. Estaba pintada, y adornada con ramos verdes y otras decoraciones sencillas. Habia en ella dos imágenes ó zemís. Cuando se necesitaba lluvia, iban los indios en peregrinacion allí, cantando y bailando, y llevándoles ofrendas de frutos y flores.

Creian que salió el género humano de otra caverna; los hombres corpulentos por una abertura, y los pequeños por un agujerillo. Vivieron mucho tiempo sin hembras; pero vagando en una ocasion cerca de un lago, vieron ciertos animales por las ramas de los

árboles, que se supo despues ser mujeres. Al querer cogerlas se les escurrian como las anguilas, de modo que no fue posible retener ninguna. Al fin emplearon en aquella singular caza unos hombres cuyas manos habia puesto muy ásperas la lepra. Estos pudieron asegurar cuatro de aquellas hembras resbaladizas, con quienes se pobló el mundo.

Mientras habitaban los hombres la caverna; solo se atrevian á salir de ella por la noche; porque la vista del sol les era fatal, y los convertia en árboles ó en piedras. Hubo un cacique, llamado Vaganiona, que envió á uno de sus súbditos á pescar fuera de la caverna, y habiéndose detenido este hasta despues que salió el sol, se convirtió en aquel pájaro de melodioso canto que equivocaba Colon con el ruiseñor. Añadian que todos los años, por el tiempo que sufrió la transformacion, venia por la noche á lamentar su desgracia con dolorosos trinos, causa por la que siempre aquel pájaro canta de noche.

Así como las mas de las naciones salvajes, tenian tambien su tradicion del diluvio universal, tan fantástica como las que preceden; y es de advertir, que siempre el ingenio humano, en su natural estado, se inclina á explicar los grandes sucesos por medio de causas pueriles y familiares. Decian, pues, que habia vivido una vez en la isla un poderoso cacique, el cual mató á su único hijo por haber conspirado contra él. Despues juntó y limpió sus huesos, y los puso en una calabaza para conservarlos, como se acostumbraba hacer con las reliquias de los parientes. Mas adelante



Fiesta religiosa de cada cacique en honor de su zemí.

el cacique y su mujer abrieron un dia la calabaza para contemplar los huesos del hijo, y vieron con sorpresa salir de ella muchos peces grandes y pequeños. El cacique cerró la calabaza al instante, y la puso encima de su casa, y empezó á vanagloriarse de que tenia la mar encerrada en ella, y que podia comer pescado cuando quisiese. Cuatro hermanos mellizos y curiosos, habiendo oido hablar de la tal calabaza, vinieron en ausencia del cacique á ver lo que contenia. La dejaron caer al suelo por descuido, y habiéndose hecho pedazos, salió de ella un poderosísimo torrente, con delfines, tiburones, y mucha abundancia de ballenas; y se extendió el agua hasta anegar la tierra, y formar el Océano, dejando solo las cumbres de las montañas descubiertas, que son las llamadas islas.

Su modo de tratar los muertos y los agonizantes era singular. Cuando se desesperaba de la vida del cacique, le ahogaban por respeto para que no muriese como las gentes vulgares. A estas se las extendia en sus hamacas, poniéndoles á la cabecera pan y agua, y abandonándolas para que muriesen en soledad. A veces las llevaban delante del cacique, y las ahogaban si este lo permitia. Despues de muerto se abria el cuerpo del cacique, se secaba al fuego, y se conservaba; de otros solo guardaban por memoria la cabeza ó algun miembro. A veces se enterraba todo el cuerpo en una caverna, con una calabaza de agua y un pan; otras lo quemaban en la casa del difunto.

Tenian confusas nociones de la existencia del alma, separada de la carne. Creian que se apareciesen los espiritus de los muertos por las noches, ó de dia en lugares retirados, ó á solitarios individuos; á veces se presentaban con aire amenazador, pero si les pega-

ba el viajero se desvanecian, y observaba este que solo habia herido las rocas ó los árboles. Acostumbraban tambien mezclarse con los vivientes; mas se diferenciaban de estos, en que no tenian ombligos. Los indios, temerosos de encontrar aquellas apariciones, repugnaban ir solos á sitios oscuros. Tenian ideas de un lugar de recompensa, adonde iban despues de la muerte los espíritus de los hombres buenos á reunirse á los de aquellos que mas habian amado en vida, y á los de todos sus ascendientes. Allí gozaban, sin interrupcion y en su perfeccion verdadera todos los placeres que constituian su felicidad en la tierra. Vagaban por umbrosos y fructíferos bosques en compañía de vírgenes muy hermosas, con quienes tenian banquetes de esquisitos frutos. El paraiso de aquellos bienaventurados se situaba diversamente, y cada tribu le señalaba algun lugar favorito de su provincia nativa. Muchos, empero, se convenian en pintar esta region, como establecida cerca de un lago en la parte occidental de la isla, en la bella provincia de Jaragua. Allí habia deliciosos valles cubiertos de un delicado fruto llamado el *mamey*, del tamaño de un melocoton. Imaginaban que se mantenian ocultas las almas de los muertos todo el dia por entre las altas é inaccesibles cúspides de las montañas, y bajaban por las noches á los valles para regalarse con aquel sagrado fruto. Los vivos se abstenian por lo tanto de comerlo, no fuese que las almas de sus parientes padeciesen por falta de alimento.

Los bailes, á que parecian los indios en extremo aficionados, y que consideraban al principio los españoles como mero pasatiempo, se vió despues que eran ceremonias de religioso carácter. La danza forma, en efecto, parte singular y característica de todas las costumbres de los indígenas del Nuevo-Mundo. En ellas están ejemplificados, por signos bien conocidos



Idolos encontrados en las Antillas.

á los iniciados, ó de otro modo, por acciones geroglíficas, sus fastos históricos, sus proyectadas empresas, sus cacerías, emboscadas y batallas, pareciéndose bajo algunos puntos de vista á la danza Pírrica de los antiguos. Hablando de lo generales que eran estos bailes entre los indios de Hayti, dice Pedro Mártir, «que los ejecutaban al son de ciertos metros y »romances que descendian de generacion en genera»cion, y en que se recitaban las proezas de sus ante»pasados. Estas rimas ó romances, añade, se llaman »areytos; y como nuestros músicos están acostum»brados á cantar al arpa y al laud, ellos del mismo »modo cantan sus cantares y danzan á la música de »ellos, tocando panderos hechos de conchas de pe»ces. A estos panderos les llaman *maguey*. Tienen »tambien canciones y romances amorosos, y otros de »luto y lamentacion, y tambien para animarse en la »guerra, todos cantados con músicas propias del »asunto.» Para estos bailes, como ya se ha dicho, deseaban con tanto ahinco los cascabeles que se suspendian en el cuerpo, y armonizaban con las cadencias de los cantores. Este modo de bailar al compas de los romances se ha comparado á los bailes de verano de los labradores flamencos, y á los que se usan en España al son de las castañetas, y romances que se dicen moriscos, los cuales existian, empero, antes de la dominacion de los moros, entre los godos que habitaban la península.

La historia primitiva de casi todas las naciones se ha conservado en las rimas y romances heróicos de bardos y trovadores; y así sucedia con los areytos de los indios. «Cuando moria un cacique, dice Oviedo, »cantaban en lúgubres notas su vida y acciones, y »recordaban todo el bien que habia hecho. Así for»maron los romances ó areytos, que constituian su »historia.» Algunos de ellos eran de carácter sagrado, y explicaban sus nociones tradicionales de teología, y las fábulas y supersticiones de su creencia religiosa. Pero estos no se les permitian cantar á otros que á los hijos de los caciques, instruidos en el modo de hacerlo por los bucios. Se entonaban delante del pueblo en las festividades solemnes, acompañados por un tamboril de madera hueca.

Tales son algunas de las particularidades de aquel pueblo sencillo, esterminado de la tierra antes que se creyese que merecian sus costumbres y creencia in-

vestigacion ni exámen. La obra presente no tiene por objeto entrar en circunstanciadas relaciones de los paises y gentes descubiertas por Colon, sino en cuanto estas puedan ser útiles á la ilustracion de su historia; quizá las precedentes se han estendido mas de lo necesario, pero servirán siempre para dar interes y claridad á las transacciones posteriores de la isla.

Muchos de los expresados pormenores los observaron, como ya se ha dicho, el Almirante y sus oficiales en la escursion que hicieron á las montañas, y durante su residencia en la llanura. Los naturales les parecian una raza singularmente inerte é indiferente á los mas de los objetos del humano trabajo y codicia. Les incomodaba toda labor, y apenas se tomaban la molestia de cultivar la yuca, el maiz y la patata, artículos principales de su subsistencia. Pero abundaban sus aguas en peces; cogian fácilmente la utia, el guanaco y varias aves; y tenian opíparo banquete en los frutos que espontáneamente les daban sus arboledas. Aunque el aire era á veces frio en las montañas, preferian sufrirlo á teger ropas del algodon que abundaba en las florestas. Así pasaban su existencia en inactiva pereza sentados á la sombra de los árboles, ó divertiéndose en juegos y danzas.

En efecto, estaban destituidos de los poderosos motivos que conducen al trabajo, pues carecian de las mas de las necesidades que fuerzan á los hombres en la vida civilizada, ó en menos templados climas, á una fatiga incesante. No tenian crudo invierno contra que proveerse, especialmente en los valles y llanuras, donde, segun Pedro Mártir, «la isla gozaba perpetua »primavera, y contínuo verano y cosechas. Los ár»boles conservaban todo el año sus hojas, y los prados »sus verdes yerbas. No hay allí provincia ni region, »añade, que no sea notable por la magestad de sus »montañas, por lo fructífero de sus valles, lo agra»dable de sus colinas, y lo delicioso de sus llanuras, »con abundancia de hermosos rios que las atraviesan. »No se han hallado en ella animales dañinos, ni cua»drúpedos carnívoros, ni leones, ni osos, ni fieros »tigres, ni astutas zorras, ni lobos devoradores, sino »todo venturoso y afortúnado.»

A las suaves regiones de la Vega llevaban las sucesivas estaciones cada una su fruto; y mientras se recogian los maduros, otros que se iban ya sazonando por las ramas, y los botones y flores de que se hallaban estas cubiertas, prometian y aseguraban la futura abundancia. ¿Qué necesidad tenian, pues, de almacenar y proveer ansiosamente para lo venidero hombres que vivian en cosecha perpetua? ¿Qué necesidad de hilar y urdir penosamente en los telares, cuando reinaba todo el año una temperatura clemente, y ni la naturaleza, ni las costumbres les imponian la obligacion de cubrir sus carnes?

La hospitalidad peculiar á gentes que gozan tan sencilla existencia, la experimentaron Colon y sus compañeros mientras estuvieron en la Vega. Adonde quiera que iban, hallaban escenas de no interrumpida festividad y regocijo. Se apresuraban de todas partes los indios á recibirlos con ofrendas, poniendo los tesoros de sus arboledas, de sus montañas y corrientes á los pies de aquellos hombres que creian aun bajados de los cielos para traer la felicidad á su isla.

Cumplido el objeto de su residencia en la Vega, se despidió Colon al cabo de algunos dias de sus benévolos habitantes, y continuó la marcha para el puerto, volviendo con su reducido ejército por las elevadas y breñosas gargantas del paso de los Hidalgos. Al acompañarle la imaginacion por aquella riscosa altura, desde donde la vez primera se apareció la Vega á los ojos de los europeos, no puede menos de dirigir una mirada de lastimosa admiracion á tan bellas regiones. El sueño dulcísimo de la libertad natural, de la tranquila ignorancia, de la ociosidad vaga y agradable, aun no se habia interrumpido; pero estaba ya pronunciado el fatal *fiat*: los blancos habian penetrado en sus tierras; la avaricia, la ambicion, el orgullo, los cuidados consumidores, el trabajo sórdido, iban á seguirlos de cerca, y el indolente paraiso del indio á desaparecer para siempre.

CAPITULO XI.

LLEGADA DE COLON A ISABELA.—ENFERMEDADES EN LA COLONIA.

(1494.)

El 29 de marzo aportó Colon á Isabela, en extremo satisfecho de su expedicion al interior de la isla. La apariencia de todos los objetos vecinos al puerto aumentó sus esperanzas de prosperidad futura. Las semillas de varios frutos habian ya producido plantas; la caña dulce prosperaba maravillosamente; una viña indiana, cultivada á la europea, habia dado racimos de mediano gusto; y los vástagos de las viñas españolas empezaban á formar los suyos. El 30 de marzo le trajo á Colon un labrador espigas de trigo sembrado al fin de enero. Las hortalizas pequeñas llegaban á sazon en diez y seis dias; y los frutos mayores, tales como calabazas, pepinos y melones, podian servirse á la mesa un mes despues de haber puesto en la tierra sus semillas. El suelo, humedecido por arroyos, rios y frecuentes lluvias, y estimulado por un sol ardiente, poseia aquellos principios políficos que sorprenden con la prontitud y prodigalidad de su vegetacion, á los extrangeros acostumbrados á vivir en climas menos fértiles.

Apenas habia vuelto el Almirante á Isabela, cuando llegó un mensajero de Pedro Margarite, gobernador del fuerte de Santo Tomás, dándole parte de que los indios de las cercanias habian manifestado sentimientos hostiles, abandonando sus lugares, y evitando todo trato con los blancos; y que Caonabo juntaba secretamente sus guerreros, y hacia preparativos para atacar la fortaleza. El hecho era que, así que hubo partido el Almirante, cuando los españoles, ya sin el freno de su presencia, se entregaron, como era de temer, á sus pasiones, y exasperaron á los indios, quitándoles el oro que traian, é injuriándolos en sus mujeres. Caonabo habia tambien visto con impaciencia aquellos intrusos aborrecidos plantar sus estandartes en el corazon de las montañas que él mandaba, y sabia que nada le quedaba que esperar de ellos mas que venganza.

Mas no hicieron grande efecto en el ánimo de Colon aquellas nuevas. Por lo que habia experimentado del carácter indio, tenia en poquísimo su hostilidad. Eran débiles, temerosos de los blancos, y sobre todo miraban con terror los caballos, imaginándolos fieras obedientes á los españoles, prontas á devorar á sus enemigos. Se contentó pues con enviar á Margarite un refuerzo de veinte soldados, algunas provisiones, y treinta hombres mas que abriesen un camino entre el puerto y la fortaleza.

Lo que á Colon daba verdadera y profunda inquietud, eran las enfermedades, el descontento y el abatimiento que se desarrollaban en la colonia. Los mismos principios de calor y humedad que fecundizaban los campos, eran fatales á las gentes. Las exhalaciones de los pantanos y lagunas y vastas florestas circunvecinas, y la accion de un sol abrasador en aquel suelo vaporoso, produjeron fiebres intermitentes, y otras enfermedades muy peligrosas para las constituciones europeas en los incultos paises de los trópicos. Muchos españoles sufrian los tormentos de una enfermedad hasta entonces desconocida, castigo de su licencioso trato con las hembras indias. Así, los mas de los colonos, ó estaban del todo enfermos, ó en suma postracion. Pronto se concluyeron las medicinas, y hacian grandísima falta, no solo estas, sino la cuidadosa asistencia, quizá mas importante

para el enfermo que los mismos medicamentos. Los que estaban buenos, ó se ocupaban en las labores públicas, ó en suplir sus propias necesidades; teniendo que ejecutar cada uno el trabajo menial que necesitaba hasta para el guiso de sus provisiones. Las obras públicas desmayaban mucho en consecuencia, y era imposible cultivar la tierra lo bastante para que sazonase los frutos. Empezaban tambien á faltar provisiones, por haberse echado á perder muchas á bordo, y corrompídose otras en tierra con la humedad y el calor. Parecia imposible habituar á los colonos á los alimentos indios, y en sus enfermedades requerian aquellos á que estaban acostumbrados. Para evitar una hambre absoluta, fue necesario poner la gente á corta racion, hasta de las dañadas y malsanas provisiones restantes. Esta medida causó ruidosas murmuraciones, en que tomaron activa parte algunas de las principales personas, que debian haber defendido las providencias de Colon: entre estas se contaba el padre Boil, fraile tan turbulento como astuto. Se habia irritado, dicen, por la rígida imparcialidad de Colon, que no hizo en sus órdenes distinciones de rangos ni personas, y puso al padre y su familia á media racion como el resto de la comunidad.

En medio del general descontento comenzó á escasear el pan. La harina se habia acabado, y no se podia moler el trigo mas que por el fatigoso é insuficiente medio de los molinos de mano. Era, pues, necesaria la inmediata ereccion de un molino, y se precisaban ademas otras obras no menos importantes para el procomunal. Muchos de los trabajadores estaban enfermos; algunos aparentaban mas mal del que sufrian; pues repugnaba generalmente todo trabajo que no daba inmediata riqueza. En esta situacion quiso valerse Colon de todas las personas robustas; y como los caballeros y hombres de suposicion consumian los comestibles al par de la gente ordinaria, se les llamó á que contribuyesen al trabajo comun. Se consideró esta medida como una degradacion cruel por muchos hidalgos jóvenes de ilustre linaje y altivo espíritu, y rehusaron someterse á ella. Pero era Colon estricto observador de la disciplina, y sintió la conveniencia de hacer respetar su autoridad: se valió de medios compulsivos, obligándolos á la obediencia. Esta fue otra causa de la enconada y duradera hostilidad que muchos formaron contra él. Excitó su conducta la indignacion de los principales personajes de la colonia, y le atrajo el resentimiento de muchas familias distinguidas de España. Se decia de él que era un extranjero arrogante, levantado del polvo de la tierra, enorgullecido con la adquisicion repentina del poder, solo atento á adquirir caudales y grandeza, dispuesto á hollar la dignidad de la caballeria española, y á insultar en fin el honor de la nacion.

Pudo haber sido Colon demasiado estricto y severo en sus órdenes. Hay casos en que hasta la justicia llega á ser opresiva, y en que se ha de templar con la indulgencia el rigor de las circunstancias. El mero trabajo de un hombre ordinario le consideraba el gentil-hombre como humillador. Los mas de aquellos jóvenes no habian ido á buscar riquezas á las Indias, sino que, inspirados por ideas fantásticas ó novelescas, esperaban sin duda distinguirse en proezas heróicas y aventuras caballerosas, y continuar la carrera de las armas, comenzada con tanto esplendor en los campos granadinos. Otros se habian educado en la opulencia, en el seno de las mas distinguidas familias, y eran poco á propósito para los rudos peligros del mar, las fatigas de tierra, y la esposicion y privaciones consiguientes á una colonia acabada de formar en el desierto. Cuando caian malos, pronto se hacia su enfermedad incurable. La tristeza y el abatimiento aumentaban los desórdenes físicos. Padecian la irritacion del herido orgullo, y la mórbida melancolía de las engañadas esperanzas; estaban sus lechos faltos de la ternura, cuidados y atenciones que los hubieran cercado en España; y caian en la huesa, maldiciendo el dia en que abandonaron su patria.

El venerable Las-Casas y Herrera, despues de él, recuerdan con mucha solemnidad una creencia popular generalizada en la isla al tiempo de su residencia en ella, y relativa á la prematura muerte de aquellos caballeros.

En los años posteriores, cuando la capital de la colonia tuvo que mudarse de Isabela, por lo mal sano de su situacion, no tardó en arruinarse la ciudad y quedar del todo abandonada. En el discurso de los tiempos se convirtió, como otros lugares desiertos y ruinosos, en objeto de supersticion y terror para el populacho, y no habia quien se atreviese á llegar á sus puertas. Los que pasaban por cerca de ellas, ó andaban á caza de cerdos silvestres, muy abundantes en los alrededores, afirmaban que de noche y de dia resonaban tristísimas voces dentro de las murallas. Los labradores no osaban, por eso, cultivar los campos adyacentes. Decia la historia recibida, añade Las-Casas, que dos españoles atravesaban por acaso un dia los derruidos edificios de la ciudad; al entrar por una de sus solitarias calles, vieron dos líneas de hombres que mostraban por su porte magestuoso ser hidalgos, de sangre noble, y caballeros de la córte. Estaban ricamente vestidos á la española antigua, con estoques á la cintura, y sombreros anchos de camino, como se usaban en aquel tiempo. Los dos españoles extraviados se admiraron de ver tantas personas de aquella apariencia y rango, desconocidas en la isla, y viviendo en aquel desolado sitio. Saludaron, pues, respetuosamente á los hidalgos, y les preguntaron cuándo y de dónde habian venido. Los caballeros conservaron un siniestro silencio; pero cortesmente volvieron el saludo, quitándose los sombreros, y pegadas á ellos tambien las cabezas, de modo que quedaron los cuerpos decapitados. Inmediatamente despues se desvanecieron todos. Tan grande fue la sorpresa y horror de los dos espectadores, que estuvieron á punto de morirse, y no pudieron recobrarse en muchos dias.

Esta leyenda bosqueja bien el carácter supersticioso de aquel siglo, y especialmente de los compañeros de Colon. Tambien prueba la impresion profunda y tenebrosa que causó en el ánimo de la gente comun la muerte de aquellos caballeros, la cual ayudó mucho á aumentar la impopularidad del Almirante; pues se dijo, tan gratuita como falsamente, que él los habia seducido y arrancado de sus casas con engañosas promesas, sacrificándolos inhumanamente á sus particulares fines.

CAPITULO XII.

DISTRIBUCION DE LAS FUERZAS ESPAÑOLAS EN EL INTERIOR.—PREPARATIVOS PARA UN VIAJE A CUBA.

(1494.)

El general y creciente descontento de la poblacion de Isabela, y el rápido consumo de las cortas provisiones que quedaban, eran motivos de la mayor inquietud para Colon. Deseaba hacer otro viaje de descubrimientos; pero no podia verificarlo sin asegurar la tranquilidad de la isla. Determinó por lo tanto enviar al interior toda la gente que pudiese sacar de Isabela, con órden de visitar los territorios de los diferentes caciques, y de explorar la isla. Esto los animaria, acostumbrándolos tambien al clima y alimentos de los naturales; y presentando tal fuerza en la isla, que ni Caonabo, ni ningun otro cacique osara en adelante continuar las tramas hostiles que podian haber comenzado. Con arreglo á este plan, todas las personas sanas, no indispensables para cuidar de la

ciudad ó de los enfermos, tomaron las armas, reuniendo un ejército de doscientos cincuenta ballesteros, ciento y diez arcabuces, diez y seis caballos y veinte oficiales. Se dió el mando general de las fuerzas á Pedro Margarite, en quien Colon tenia grande confianza, por ser caballero noble y del órden de Santiago. Alonso de Ojeda debia conducir la hueste á la fortaleza de Santo Tomás, donde sucederia en el mando á Margarite, y este con el cuerpo de ejército recorreria en un paseo militar la provincia de Cibao y el resto de la isla.

Colon escribió una séria y larga carta de instrucciones á Margarite, por las que debia gobernarse en un servicio que tanta circunspeccion demandaba. Le previno sobre todo que observase la mas imparcial justicia y discrecion respecto á los indios, defendiéndolos de todo insulto é injuria, y tratándolos de modo que afianzase su amistad y confianza. Al mismo tiempo debian los indios respetar la propiedad de los blancos, castigándose con severidad el robo. Las provisiones que se necesitasen para el mantenimiento del ejército, debian comprarse equitativamente por personas designadas por el Almirante; haciéndose las compras en presencia del agente del contador. Si los indios rehusaban vender provisiones, debia Margarite obligarlos á ello, obrando empero con la suavidad posible, y mitigando el vigor de la fuerza con bondad y caricias. No se permitiria tráfico alguno entre los indios y los individuos particulares, siendo esto desagradable á los soberanos y perjudicial al servicio; y habia siempre de tenerse presente, cuanto mas deseosos estaban sus magestades de la conversion de los indios, que de las riquezas que se podian sacar de su comercio.

Debia mantenerse una rigurosa disciplina en el ejército, y castigar severamente todo desórden, no permitiendo que sola ni en pequeñas partidas se separase persona alguna del resto del ejército, esponiéndose á que las apartasen de él los indios; pues aunque se habia observado que eran aquellas gentes pusilánimes, nadie es mas inclinado á la crueldad y á la perfidia que los cobardes, que rara vez perdonan la vida de un enemigo que ha caido en su poder.

Estas juiciosas instrucciones, que, observadas, hubieran conservado un amistoso trato con los naturales, merecen particular noticia, porque Margarite las desobedeció todas, atrayendo disturbios á la colonia, maldiciones á su patria, destruccion sobre los indios, é inmerecida censura para Colon.

Ademas de las anteriores órdenes, habia otras disponiendo el modo de prender y asegurar las personas de Caonabo y sus hermanos. El carácter marcial de aquel caudillo, su artificiosa política, estenso poder y enemistad implacable, le hacian peligroso. Las medidas propuestas no eran las mas francas ni caballerosas; pero Colon se creia justificado en oponer estratagema á estratagema con antagonista tan sutil y sangriento.

El 9 de abril salió Alonso de Ojeda de Isabela, á la cabeza de cerca de cuatrocientos hombres. Al llegar al rio del Oro, en la Vega Real, supo que tres españoles que venian del fuerte, habian sido robados de sus efectos por cinco indios, que les dió un cacique de las inmediaciones, para que los ayudasen á vadear el rio; y que el cacique, lejos de castigar á los ladrones, los habia protegido, y compartido el botin. Ojeda era vivo é impetuoso soldado, cuyas ideas de legislacion se limitaban á la de especie militar. Habiéndose apoderado de uno de los ladrones, mandó que por sumaria justicia le cortasen las orejas acto continuo en la plaza pública del lugar, aseguró despues al cacique, á su sobrino y su hijo, y los mandó cargados de cadenas al Almirante. Esto hecho, continuó su camino hácia la fortaleza.

Llegaron entre tanto los prisioneros á Isabela muy abatidos. Los acompañaba un cacique de los airededores, que, confiado en los méritos de varios actos de bondad manifestada á los españoles, venia á pedir por sus paisanos. Fue su intercesion en vano. Colon conocia cuán importante era aterrar á los indios con respecto á la propiedad de los blancos. Mandó en consecuencia que se llevasen los prisioneros á la plaza pública, con las manos atadas á la espalda; que proclamase el pregonero su crímen y castigo, y se les cortase la cabeza. Ni era esta pena desproporcionada á las ideas indias de justicia, pues se supone que tenian en tal aborrecimiento el latrocinio, que, aunque en lo demas no eran sangrientas sus leyes, empalaban al que le cometia. No es probable, empero, que Colon quisiese llevar á cabo la sentencia. En el lugar de la ejecucion las plegarias y lágrimas del amistoso cacique se redoblaron, saliendo él responsable de que no se repitiria la ofensa. El Almirante hizo al fin mérito de ceder á su súplica, y mandó soltar los prisioneros. A este mismo instante llegó un ginete de la fortaleza, que al pasar por el pueblo del cacique cautivo, habia encontrado cinco españoles en poder de los indios. La vista del caballo puso la multitud en fuga, aunque constaba de mas de cuatrocientos hombres. El caballero persiguió á los fugitivos, hiriendo á muchos con la lanza, y trayendo en triunfo á sus cinco compatriotas.

Convencido por este hecho, de que nada habia que temer de la hostilidad de aquellas gentes pusilánimes, en tanto que se obedecieran sus órdenes, y confiando en la distribucion que habia hecho de sus fuerzas, tanto para la tranquilidad de la colonia, como para la de la isla, se preparó Colon á continuar sus descubrimientos. Para dirigir en su ausencia los negocios públicos formó una junta, de que era presidente su hermano don Diego, y vocales el padre Boil, Pedro Fernandez Coronel, Alonso Sanchez Carvajal, y Juan de Lujan. Dejó en el puerto los dos buques mayores, por ser demasiado grandes para esplorar costas y rios, y llevó consigo tres carabelas, la Niña ó Santa Clara, San Juan y la Cordera.

LIBRO VII.

CAPITULO PRIMERO.

VIAJE AL ESTREMO ORIENTAL DE CUBA.

(1493.)

Colon se dió á la vela con su flotilla el 24 de abril, y tomó el rumbo del Occidente. El plan de su espedicion era visitar de nuevo toda la costa de Cuba en el punto donde la habia dejado en el primer viaje, y esplorar luego el lado del Sur. Como ya se ha dicho, suponia Colon que fuese aquel un continente y estremo oriental del Asia; en cuyo caso, siguiendo sus costas en la direccion dicha, debia arribar á Cathay y á los demas ricos y comerciales aunque semibárbaros paises, descritos por Mandeville y Marco Polo.

Despues de tocar á Monte-Christi, ancló el mismo dia en el desastroso puerto de la Navidad. Su objeto al visitar aquellos melancólicos lugares, era obtener una entrevista con Guacanagari, que sabia haber vuelto á su primera residencia. No podia persuadirse de la perfidia de aquel cacique; tan profunda impresion habian causado en su pecho las pasadas bondades: así confiaba en que una franca esplicacion borraria toda duda, restableciendo aquel amistoso comercio, que tan útil podria ser á los españoles en el estado de penuria y escasez en que se hallaban: Guacanagari, empero, mantuvo su conducta equívoca, ocultándose á la vista de los buques; y aunque

muchos de sus súbditos aseguraron á Colon que pronto le haria una visita, no creyó este deber detener su viaje por tan incierta promesa. Prosiguiendo su curso, á veces interrumpido por vientos contrarios, llegó el 29 al puerto de San Nicolás, desde donde vió el estremo de Cuba, á que habia dado en el precedente viaje el nombre Alfa y Omega; pero al que llamaban los naturales Bayatiquiri, y se conoce hoy con el nombre de punta Maysi. Habiendo atravesado el canal que tiene unas diez y ocho leguas de latitud, navegó Colon por la costa del Sur de Cuba como veinte leguas, y ancló en un puerto, al que por su dimension llamó Puerto-Grande; en el dia Guantanamo. La entrada era estrecha, circular y profunda; y el puerta se dilataba dentro como un hermoso lago, en el seno de un pais salvaje y montañoso, cubierto de árboles, algunos en fruto y otros en flor. No lejos de la costa habia dos chozas de caña; y varias hogueras que resplandecian en diversos puntos, daban señales de habitacion. Desembarcó, pues, el Almirante con algunos hombres armados y el intérprete indio Diego Colon, natural de la isla de Guanahaní, y bautizado en España. Al llegar á las chozas las encontró desiertas, y los fuegos abandonados, sin que se viese un ente humano. Los indios habian todos huido á los bosques y montañas. La repentina llegada de los buques causó un terror pánico en todos los alrededores, é interrumpió los preparativos que se estaban haciendo para un banquete Habia muchos peces utias y guanacos, unos colgados de los árboles, y otros asándose al fuego.

Los españoles, que hacia mucho estaban escasos de racion, se aprovecharon sin ceremonia de aquella opípara mesa, aparecida en el desierto. Se obtuvieron, empero, de tocar á los guanacos, que miraban aun con asco como una especie de serpiente, aunque los creian los naturales manjar tan delicado, que, segun Pedro Mártir, no participaba de ellos la gente ordinaria de aquel pais con mas abundancia que la de España de perdices y faisanes.

Despues de comer, mientras se paseaban los españoles por las cercanías, vieron sobre una elevada roca mas de sesenta indios, mirando hácia ellos con grandísimo pasmo y reverencia. Al querer aproximarse á su sitio, desaparecieron velozmente por entre los bosques y las montañas. Uno empero, mas atrevido ó mas curioso que los otros, se detuvo al borde del precipicio, mirando con tímida maravilla á los españoles, en parte animado por los señas que estos le hacian pero pronto á correr detras de sus compañeros si alguien se le aproximaba

Diego Colon, el jóven lucayo, salió á hablarle de órden del Almirante. Las espresiones amistosas que oyó el admirado salvaje, pronunciadas en su misma lengua, no tardaron en ahuyentar sus temores. Salió á recibir al intérprete, y habiéndole este dicho, que las intenciones de los españoles eran buenas, se apresuró á comunicar la noticia á sus compañeros. Poco tiempo despues se vió á los indios descender de las alturas y salir de los bosques acercándose á los extranjeros con mucha gentileza y veneracion. Por medio del intérprete supo Colon que habian sido enviados á la costa por el cacique, en busca de pescado para un solemne banquete que iba á dar á uno de los caudillos vecinos, y que asaban el pescado para que no se desmejorase en el viaje. Parecian del mismo natural blando y pacífico que los naturales de Hayti. La devastacion que los hambrientos europeos habian causado en sus provisiones, no pareció apesadumbrarlos; porque decian, que una noche de pesca compensaria toda la pérdida. Pero Colon, con su acostumbrado espíritu de justicia, mandó que se les retribuyese ampliamente, y dándose las manos, se separaron ambas partes, mútuamente satisfechas.

Zarpó el Almirante de este puerto el primero de mayo, y tomó el rumbo del Occidente costeando un pais montañoso, adornado de hermosos rios y lleno de cómodos puertos. Los naturales, hombres, mujeres y niños, contemplaban con admiracion los buques, que no lejos iban cortando las ondas. Levantaban por el aire frutas y provisiones, convidando á desembarcar á los españoles; otros venian á ellos en canoas, trayendo pan de casava, pescado y calabazas de agua, no para venderlas, sino por vía de ofrendas hechas á los extranjeros, á quienes, como de ordinario, creian bajados de los cielos. Colon distribuyó entre ellos algunos regalos, que fueron recibidos con transportes de alegría y gratitud. Despues de costear por algun tiempo, llegó á otro golfo, ó profunda bahía, de angosta entrada, dilatada por dentro y cercada de un rio y vistoso paisaje. Se levantaban desde la mismas aguas altísimas montañas por un lado, y muchas poblaciones indias alegraban la costa por el otro, teniendo las orillas del mar tan bien cultiuadas que parecian huertas y jardines. En este puerto probablemente el mismo que hoy se llama Santiago de Cuba, ancló Colon, y pasó una noche agobiado, como solia, con la sencilla hospitalidad de los indios.

Cuando se preguntaba por oro á las gentes de esta costa, señalaban uniformemente al Sur, indicando que habia hácia allí una grande isla adonde era muy abundante. Colon habia recibido en el primer viaje noticia de la misma isla, que algunas de sus gentes pensaban fuese Babeque, objeto de tan ansiosa busca y quimérica esperanza. Habia sentido grande deseo de separarse de su rumbo para ir á buscarla, y este deseo crecia con cada nuevo informe. Al dia siguiente (el 3 de mayo), despues de tomar el rumbo de Occidente hasta un alto promontorio, viró al Sur, y abandonando la costa de Cuba, fue mar adentro en busca de la anunciada isla.

CAPITULO II.

DESCUBRIMIENTO DE JAMAICA.

(1493.)

No habia Colon navegado muchas leguas cuando se empezaron á descubrir en el horizonte las azuladas cumbres de las montañas de Jamáica. Tardó, sin embargo, dos dias y dos noches en llegar á la isla; admirando al acercarse su vasta estension, la belleza de sus montañas, la majestad de sus bosques, la fertilidad de sus valles, y el gran número de poblaciones que animaban todo el pais.

Al aproximarse mas á tierra, salieron á recibirle por lo menos sesenta canoas llenas de salvajes pintados y adornados cou plumas. Se adelantaron en formacion guerrera, con grandes alaridos, y blandiendo lanzas de aguzada madera. La mediacion del intérprete, y varios regalos hechos á la tripulacion de una canoa, que se acercó á los bajeles mas que las otras, apaciguaron aquella iracunda escuadra, y la de Colon siguió pacíficamente su rumbo. Ancló en un puerto casi al centro de la isla, al que por la belleza de la campiña que la rodeaba, dió el nombre de Santa Gloria y hoy lleva el de Santa Ana.

Apenas amaneció al otro dia levó anclas, y costeó occidentalmente en busca de algun puerto abrigado, en que carenar y calafatear su embarcacion, que hacia mucha agua. Despues de algunas leguas de navegacion, encontró uno á propósito para su objeto, Envió botes á sondear la entrada; pero fueron acometidos por dos grandes canoas llenas indios, que salieron á impedir el desembarco, arrojándoles lanzas, aunque desde tan lejos, que no alcanzaban á los españoles. No queriendo proceder á ningun acto de hostilidad que pudiese impedir en lo futuro un comercio amistoso, mandó Colon que volviesen los botes á bordo; y, viendo que habia cala bastanto para su buque, entró y ancló en el puerto. Inmediatamen-

te se vió toda la costa cubierta de indios, pintados de varios colores, pero los mas de negros, vestidos en parte de hojas de palma, y con cimeras y coronas de plumas. Diferentes de los hospitalarios isleños de Cuba y Hayti, paritcipabrn estos del carácter marcial de los caribes, como lo manifestaron lanzando con fiera hostilidad misiles á los buques, y haciendo resonar las playas con sus alaridos y gritos de guerra.

Temió el Almirante que podrian equivocar su discrecion con la cobardía. Le era forzoso carenar el buque y enviar la gente á tierra por agua; pero antes era preciso aterrar á los salvajes, para impedir toda molestia sucesiva. Como las carabelas no podian acercarse lo bastante adonde los indios estaban, despachó los botes llenos de gente bien armada. Estos, remando junto á la orilla, hicieron una descarga de flechas con que hirieron á muchos indios, llenándolos á todos de confusion. Los españoles saltaron entonces á tierra, poniendo en fuga aquella multitud con otro disparo de flechas, y azuzándoles un perro que los persiguió con sanguinaria furia. Este es el primer ejemplo del uso de los perros contra los naturales, imitado despues con cruel efecto por los españoles en las guerras indias. Colon desembarcó despues, tomó formal pose ion de la isla, y le dió el nombre de Santiago. Al puerto, por su comodidad, le llamó Puerto-Bueno: era de forma de herradura, y corria por cerca de él un rio.

En todo aquel dia se mantuvieron los alrededores silenciosos y desiertos. Al siguiente, muy de mañana, se vieron seis indios en la costa, haciendo señales de amistad. Eran emisarios de los caciques, y venian á proponer paz. Los recibió con mucha cordialidad el Almirante, regalándoles juguetes para los caudillos; y algunos momentos despues ya estaba de nuevo la orilla cubierta de la desnuda y pintada multitud, trayendo abundantes provisiones de la misma especie, pero de mejor calidad que las de las otras islas.

En los tres dias que permanecieron los buques en el puerto, se conservó inalterable el mas amistoso trato con los naturales, que parecian mas ingeniosos y mas osados que sus vecinos de Cuba y de Hayti. Las canoas tenian mejor construccion, y adornos entallados en las popas y en las proas. Muchas eran de grande tamaño, aunque cada una formada del tronco de un solo árbol, en general de la especie de la caoba. Colon midió una de noventa y seis pies de longitud y ocho de ancho, ahuecada de uno de aquellos magníficos árboles que se levantan como verdes torres, en medio de las ricas florestas de los trópicos. Cada cacique se esforzaba para tener una grande canoa de esta especie, que miraba como su bajel de estado. Es de notar la innata diferencia que parecia existir entre aquellas tribus insulares. Las de Puerto-Rico, aunque rodeadas de las islas y sujetas á las frecuentes invasiones de los caribes, eran de carácter pacífico, y apenas tenian canoas; mientras Jamáica, separada por la distancia del trato de las otras islas, libre, por la misma razon, de invasiones, y esmaltada por decirlo así, en medio de un apacible Mediterráneo, sobrepujaba todas las otras islas en sus armadas. Habiendo hecho provision de agua, y reparado el buque, se dió Colon á la vela, y siguió costeando hácia el Occidente, tan cerca de tierra, que iba la pequeña escuadra siempre rodeada de canoas, no hostiles, sino deseosas de cambiar cualquiera de sus cosas por dijes europeos. Habiendo navegado veinte y cuatro leguas, llegaron al extremo occidental de la isla, adonde, doblándose hácia el Sur la costa, empezó el viento á ser contrario para navegar cerca de tierra. Como no habia hallado oro en Jamáica, y la brisa fuese favorable para volver á Cuba, determinó Colon hacerlo así, y no abandonar la exploracion de sus costas, hasta saber si era isla ó tierra firme. Al último punto á que tocó en Jamáica le dió el nombre de golfo del Buen-Tiempo, por el próspero viento que le llevaba á Cuba. Al irse á dar á la vela se presentó un jóven indio en los buques, pidiendo le llevasen los españoles consigo á su tierra. Le seguian sus parientes y amigos, pidiéndole encarecidamente desistiese de su propósito. Vaciló por algun tiempo entre el dolor que le causaba la angustia de su familia, y el ardiente deseo que le aguijaba de ver las mansiones natales de aquellos extranjeros que le pintaban su imaginacion como morada de celestiales delicias. La curiosidad peculiar de la ardorosa juventud venció, se arrancó de los brazos de sus amigos, y para no ver llorar á sus hermanas, se escondió en un sitio oculto del barco. Conmovido por aquella escena de afectos naturales, é interesado por el espíritu franco y emprendedor del jóven, mandó Colon que se le tratase con esmero.

Hubiera sido curioso saber algo mas de la vida de aquel jóven isleño, y de la impresion que en ánimo tan vivo debió causar á primera vista de las maravillas de la civilizacion: si igualaba el pais de los blancos á sus esperanzas, ó si, como sucede generalmente á los salvajes, lamentaba en medio del esplendor de las ciudades la pérdida de sus bosques, ó si volvió al fin al seno de su familia. Los historiadores primitivos de América se han interesado muy poco en averiguar la suerte de los que primero vinieron del Nuevo-Mundo á visitar el Antiguo. No hay mas particularidades de este jóven aventurero.

CAPITULO III.

VUELTA A CUBA.—NAVEGACION POR ENTRE LAS ISLAS LLAMADAS LOS JARDINES DE LA REINA.

Zarpando desde el golfo del Buen-Tiempo, llegó la escuadra otra vez á la isla de Cuba, y el 18 de mayo á un grande promontorio, á que puso Colon nombre de Cabo de la Cruz, que lleva todavía. Habiendo desembarcado cerca de una poblacion grande, fue bien recibido por el cacique y sus súbditos, que hacia mucho tenian noticia de él y de los buques.

En efecto, supo Colon por la relacion de este caudillo, que los indios que habian visitado sus bajeles en el crucero que en el primer viaje verificó por la costa del Norte, habian difundido la noticia de aquellos asombrosos entes bajados del cielo, llenando la isla de asombrosos rumores. Preguntó Colon á este cacique y á los suyos si era Cuba isla ó tierra firme. Respondiéronle que era isla, pero de infinita estension, pues no conocian á nadie que hubiese visto su límite. Esta respuesta, al paso que manifestaba su ignorancia de la naturaleza de un continente, dejaba sin resolver la cuestion. El nombre indio de Cuba era Macacar.

Prosiguiendo al otro dia su rumbo occidental llegó Colon á un punto en que la costa gira repentinamente al Nord-Este por muchas leguas, y dobla despues de nuevo al Occidente formando una inmensa bahia, ó por mejor decir un golfo. Allí le acometió una de aquellas violentas tempestades acompañadas de espantosos truenos y relámpagos, que en aquellas latitudes parece que desgarran los cielos. Por fortuna no duró mucho la tormenta, de otra suerte la situacion de Colon hubiera sido en estremo peligrosa; pues habia numerosos cayos y bancos de arena, que hacian la navegacion arriesgada.

Parecian crecer estos á medida que adelantaban los buques; hasta que el marinero de vigía alcanzó á ver que en cuanto la vista podia abarcar estaba el mar tachonado de islas. Algunas eran bajas, escuetas y arenosas; otras estaban cubiertas de verdura, y otras coronadas de frondosas arboledas. Eran de varios tamaños, de una á cuatro leguas, y tanto mas fértiles y lozanas cuanto mas cerca de Cuba. Como siendo tan

numerosas era prolijo dar un nombre á cada una, llamó el Almirante á aquellos laberintos de islas, que esmaltaban el Océano, los Jardines de la Reina. Pensó al principio dejar este archipiélago á la derecha, y salir mas al mar; pero se acordó de que Sir John Mandeville y Marco Polo habian dicho que la costa del Asia estaba guarnecida de muchos millares de islas. Creyó por lo tanto, que se hallaba entre ellas, y resolvió no perder de vista el continente persuadido de que siguiéndolo si verdaderamente estaba en el Asia, pronto llegaria á los dominios del gran Khan.

No tardó Colon en verse empeñado por medio de aquellas islas en la mas difícil navegacion, y espuesto á continuos peligros y obstáculos por los bancos de arena los bajos y las contracorrientes. Tenian los buques que tantear en cierto modo el camino, llevando marineros en los mástiles y haciendo uso contínuo de la sonda. Ya seguian y variaban en una hora todos los rumbos de la brújula; ya se veian encerrados en un canal angosto donde, para no varar, tenian que ir á remolque; á pesar de todas las precauciones, tocaron en muchos bancos de arena, y costó no poca dificultad salir de ellos. Las variaciones del tiempo aumentaban la dificultad de la navegacion; aunque despues de algunos dias empezó á seguir algun método si así puede decirse en sus mismos caprichos. Por la mañana se levantaba el viento con el sol en el Oriente; y siguiendo todo el dia se desvanecia por la noche en el Occidente. Enormes y recargadas nubes se agrupaban al oscurecer, despidiendo raudales de relámpagos y retumbantes truenos; pero al salir la luna se desvanecian todos aquellos amagos de tempestad en recios aguaceros al soplo de la brisa de tierra que se levantaba entonces.

El carácter mismo del paisaje acababa de confirmar á Colon en la idea de que aquellos grupos de islas formaban parte del archipiélago asiático. En la magnificencia de su vegetacion, en la fragancia que sus aromáticas yerbas, flores y arbustos despedian, y en el espléndido plumaje de las cigüeñas, flamencos y otras aves de los trópicos que volaban por las arboledas y recorrian las marismas veia reproducirse las mas brillantes descripciones de los climas orientales.

Todas las islas estaban por lo general desiertas. Pero en una de las mayores donde desembarcaron el 22 de mayo hallaron una poblacion considerable. Las casas estaban abandonadas por sus habitantes, cuya subsistencia parecia depender principalmente del mar. Se hallaron grandes depósitos de pescado en las habitaciones; y las playas cercanas estaban cubiertas de conchas de tortuga. Tambien habia loros domésticos, cigüeñas de color de escarlata y numerosos perros mudos, que se supo despues los engordaban para que les sirvieran de alimento. Esta isla fue designada por el Almirante con el nombre de Santa María.

En su viaje por entre las islas vió Colon un dia muchos indios en la pacífica superficie de uno de los canales, ocupados en pescar de un modo estraordinario. Tenian un pececillo, cuya cabeza chata estada armada de muchas trompas ó chupadores, con los que se adhería, tan firmemente á cualquier objeto, que mas fácil era hacerla pedazos que conseguir que abandonase la presa. Atando una cuerda muy larga á la cola de este pez, le dejaban los indios nadar á su gusto, se mantenia generalmente cerca de la superficie del agua, hasta percibir su presa, y arrojándose rápidamente á ella, se pegaba con las trompas al cuello del pescado ó á la concha inferior de la tortuga, y no la abandonaba hasta que el pescador sacaba á los dos fuera del agua. Así vieron coger los españoles una voluminosa tortuga, y Fernando Colon asegura que vió el mismo pescar así un tiburon en la costa de Veragua. Han corroborado este hecho varios navegantes; y se dice que el mismo modo de pescar se emplea en la costa oriental del Africa, en Mozambique y en Madagascar. Así se observa que varios pueblos salvajes, que probablemente no han tenido la menor comunicacion entre sí, se valen sin embargo de los mismos medios para imperar sobre los animales. Los pescadores pasaron á bordo de los buques con franqueza é impavidez. Proveyeron de pescado á los españoles; y les hubieran dado con gusto cuanto poseian. A las preguntas del Almirante respecto á la topografia del pais contestaron que la mar estaba poblada de islas hácia el Sur y el Occidente: pero que Cuba continuaba estendiéndose sin limites al Occidente.

Habiendo salido al fin de este archipiélago, se dirigió Colon hácia un distrito montañoso de la isla de Cuba, que distaria de allí catorce leguas, donde desembarcó en una poblacion grande el 3 de junio. Fue recibido con bondad hospitalaria que distinguia á los habitantes de Cuba, los mas afables y apacibles de todos los isleños. Hasta sus animales, dice Colon, eran mas mansos, y tambien mejores y de mas tamaño que los de las otras islas. Entre los varios comestibles que se apresuraban los indios en traer de los contornos para los españoles, habia palomas muy sabrosas. Percibiendo su sabor especial, mandó Colon que abriesen los buches de algunas que se acababan de coger, en los que se hallaron ricas especias, indicacion favorable de las producciones del pais.

Mientras los marineros se procuraban agua y provisiones hizo Colon algunas preguntas al venerable cacique y otros ancianos del pueblo. Le enteraron de que el nombre de su provincia era Ornofay; que mas allá, hácia el Occidente, estaba la mar cubierta tambien de innumerables islas, y tenia poco fondo. Con respecto á Cuba nadie habia oido decir que tuviese lindes y término hácia el Occidente. Cuarenta lunas no bastarian para llegar á su extremidad; en efecto, la consideraban inacabable. Dijeron, empero, que recibiria el Almirante mas ámplios informes de los habitantes de Mangon, provincia adyacente occidental. La penetracion del Almirante le hizo observar desde luego la semejanza de aquel nombre con el de Mangui, provincia la mas rica que tenia el gran Khan en las costas del Océano. Preguntó otras particularidades acerca de las regiones de Mangon, y entendió que decian los indios, que sus habitantes tenian colas como los animales, y llevaban vestidos para ocultarlas. Se acordó entonces de que Sir John Mandeville, en su descripcion de las partes mas remotas del Oriente, contaba una anécdota de la misma especie, corriente entre ciertas tribus desnudas del Asia, que la relataban poniendo en ridículo los trajes de sus civilizados vecinos, que solo podian creer útiles para ocultar faltas personales. Así se confirmó mas y mas en la idea de que siguiendo la costa hácia el Occidente, llegaria á los paises ilustrados del Asia. Se lisonjeaba con la esperanza de hallar en Mangon las ricas provincias de Mangui, y en sus gentes con colas y vestidos las de las ropas talares del imperio tártaro.

CAPITULO IV.

COSTEO DEL SUR DE CUBA.

(1494.)

Animado por las mas gratas ilusiones, siguió Colon el viaje con próspero viento por el supuesto continente del Asia. Se hallaba en aquella parte del Sur de Cuba, donde por espacio de casi treinta y cinco leguas está la navegacion libre de islas y bancos. A la izquierda tenia los anchos mares, cuyo azul oscuro daba pruebas de inmensa profundidad; á la derecha se extendian las selváticas provincias de Ornofay, levantándose tanto como las montañas del interior, y las verdes costas regadas por innumerables corrientes, y esmaltadas de lugares indios. La vista de los bajeles llenó las playas de admiracion y de alegría. Saludaron los naturales con aclamaciones el arribo de

aquellos hombres prodigiosos, cuya fama habia circulado por toda la isla, como si fuesen bajados del cielo. Venian nadando ó en sus canoas á ofrecer los frutos ó producciones de la tierra, y miraban á los blancos casi con adoracion. Despues de la lluvia de la tarde, al levantarse la brisa de tierra cargada de fragancia, traia tambien hasta los bajeles los distantes cantares de los indios y el son de su ruda música, mientras celebraban con himnos y bailes nacionales la llegada de los blancos. Tan deliciosos le eran aquellos sonidos y olores á Colon, dispuesto, como lo estaba entonces á todas las influencias agradables, que dice, que se le pasó la noche como una hora.

Es imposible prescindir de los extraños contrastes que se presentan á veces á la consideracion humana. La costa aquí descrita tan poblada y contenta, regocijándose por la visita de los descubridores, es la que se estiende al Occidente de la Trinidad por el golfo de Jagua. Toda está ahora silenciosa y desierta la civilizacion que ha cubierto algunos sitios de Cuba de brillantes ciudades, la ha reducido á la mas triste soledad. La raza toda de los indios hace ya mucho que pereció bajo el dominio de los extrangeros que tan gozosa recibió en sus playas. Tengo delante la narracion de una noche recientemente pasada en aquella misma costa por un célebre viajero; pero, ¡con cuán diversos sentimientos de los de Colon! «Pasé, dice, »gran parte de la noche sobre cubierta. ¡Qué costas »tan solitarias! ¡Ni una luz que anunciase la choza »de un pescador! De Bartabano á la Trinidad, en »cincuenta leguas de distancia, no existe siquiera ni »una sola poblacion. En los tiempos de Colon estaba »habitada esta tierra hasta las mismas orillas del mar. »Cuando se hacen escavaciones, ó abren los torrentes »la superficie de la tierra, se encuentran con frecuen»cia hachas de piedra y vasos de cobre, reliquias de »los antiguos isleños.»

Casi dos dias enteros siguieron los buques aquella costa atravesando el ancho golfo de Jagua. Al fin llegaron donde súbitamente se emblanquece la mar como la leche, enturbiándose al mismo tiempo, cual si se hubiese mezclado harina con el agua. Son causa de este fenómeno las arenas finas ó partículas calizas que levantan del fondo á ciertas distancias las hondas y las corrientes. Se alarmaron mucho los marineros, y mas aun al verse rodeados de bancos y cayos y con muy poca agua. Mientras mas lejos iban, mas peligrosa se hacia su situacion. Se hallaban en un canal tan estrecho que apenas les permitia virar, sin agarradero para las anclas, combatidos violentamente por los vientos y en peligro inminente de encallar. Al fin llegaron á una pequeña isla, donde habia un mediano surgidero. Allí pasaron la noche en muy grande angustia, muchos opinaban que se abandonase la empresa pensando que podian creerse afortunados si conseguian volver al punto de donde salieron. Colon, empero, no quiso retroceder creyéndose próximo á hacer un brillante descubrimiento. A la mañana siguiente mandó á la carabela mas pequeña, que esplorase aquel nuevo laberinto de islas, penetrando hasta tierra firme en busca de agua, de que tanto carecian los buques. La carabela volvió con el informe de que los canales y cayos de aquel grupo eran tan numerosos é intrincados como los de los Jardines de la Reina, que la tierra firme estaba circundada de profundas lagunas y cenagosas costas, en que crecian los árboles dentro del agua, en tal abundancia que formaban una impenetrable barrera; que por dentro parecia la tierra fértil y montañosa; y las columnas de humo que se levantaban por varias partes, daban señales de numerosa poblacion. Se aventuró Colon entonces á penetrar en aquel pequeño archipiélago guiado por la carabela; abriéndose camino con mucha precaucion, trabajo y peligro, entre los angostos canales que separaban las islas, bancos y barras en que varó repetidas veces. Al fin llegó á una punta baja de Cuba, á la que llamó la punta del Serafin, dentro de la cual giraba la costa tanto al Oriente y formaba una bahía tan vasta que no se distinguia su fondo. Hácia el Norte se veian lejanas montañas, y al Sur y Occidente algunas islas, estando claro y abierto todo el espacio intermedio; descripcion que se asemeja á la de la grande bahía de Bartabano. Colon puso la proa hácia las montañas con buen viento y tres brazas de agua, y al otro dia anció en la costa cerca de un bosque de palmas.

Salieron algunos hombres á tierra por leña y agua, y hallaron un rico manantial entre las palmas. Mientras se empleaban en cortar leña y llenar sus toneles, entró un ballestero con sus armas en la floresta en busca de caza; pero pronto retrocedió con terror pidiendo ayuda á sus compañeros. Les dijo que apenas se habia separado de ellos algunos pasos, cuando divisó repentinamente por en medio de la abertura del bosque un hombre vestido de largas y blancas ropas talares, tan parecido á un fraile mercenario, que á primera vista creyó que fuese el capellan del Almirante. Le seguian otros dos con túnicas blancas que les llegaban á la rodilla; y todos tres eran blancos como los europeos. Detras de estos venian hasta treinta ó mas, armados de clavas y lanzas. No manifestaron hostilidad aunque se detuvieron, y el hombre del largo vestido blanco se adelantó solo para hablarle; pero á él le espantó tanto el número de los aparecidos, que huyó como queda dicho. Toda la partida se apresuró á volver á los buques. Cuando oyó Colon este suceso, recibió grandísimo gozo, creyendo que serian aquellos los vestidos habitantes de Mangon, de quien recientemente le habian hablado, y que al fin se iba ya aproximando á los confines de los paises civilizados, si acaso no estaba ya en los mismos lindes de la rica provincia de Mangui. Al otro dia mandó una partida bien armada á tierra, para que buscase aquella gente vestida de blanco, penetrando para ello si preciso fuese hasta cuarenta leguas al interior, ó hasta hallar algunos de los habitantes; porque creia que las regiones mas pobladas y cultas podrian hallarse lejos de la mar, y existir las mejores ciudades mas allá de las montañas y bosques de la costa. Penetró la partida por los bosques de espesas florestas que guarnecian las playas, y entró en una verde llanura, cubierta de yerba tan alta como el trigo, y sin vereda ni camino alguno. Allí se encontraron tan fatigados en su marcha por las yerbas y zarzas que se la obstruian, que tuvieron que abandonar su intento antes de penetrar á una milla de distancia, volviendo á bordo cansados y sin fruto. La mañana próxima salió otra partida por camino diverso. No habian ido muy lejos, cuando descubrieron las huellas de algun grande animal con garras, que unos suponian de leon, y otros de grifo, pero que serian probablemente de los caimanes de que abundan aquellas cercanías. Desanimados á la vista de estas señales, se apresuraron á volver á la orilla del mar. En su camino pasaron por un valle en que habia grandes bandadas de cigüeñas de doble volúmen que las de Europa. Muchos árboles y arbustos despedian aquellos olores aromáticos que engañaban de contínuo á los europeos con la esperanza de encontrar especias orientales. Tambien habia parras que trepaban á las cimas de los árboles mas altos, ocultándolos con su follaje, y enredándose de ramo en ramo con ponderosos racimos de jugosas uvas. Volvió esta partida á los buques con tan mal éxito como la otra, diciendo que era el pais salvaje é impenetrable, aunque estremadamente fértil. Como prueba de su abundancia trajeron algunos racimos de uvas silvestres, que Colon envió despues á los soberanos con muestra del agua del mar blanco por donde habia pasado.

Como jamas se llegaron á descubrir en Cuba tribu ninguna que llevasen vestidos, es probable que el cuento de los hombres blancos tuvo su orígen en al-

gun error del ballestero, que penetrado de la idea de los misteriosos habitantes de Mangon podia haberse sobresaltado en su solitario paseo por las florestas, á vista de una de las manadas de cigüeñas que abundaban en ella. Estas aves, como los flamencos, comen juntas, colocándose una de ellas de centinela á cierta distancia. Cuando se ven por las aberturas de los bosques, formadas en línea en un prado, parecen á primera vista figuras humanas. Ello es que el dicho del ballestero hizo una profunda impresion en el ánimo de Colon, que estaba predispuesto á creer todo lo que favorecia la idea de hallarse cerca de paises civilizados. Despues de explorar la bahía hácia el Oriente, y de cerciorarse de que no era un brazo de mar, continuó al Occidente, y á las nueve leguas de navegacion llegó á una costa habitada, donde habló con muchos de los naturales, estaban en cueros como de ordinario, lo que atribuyó Colon á la casualidad de ser meros pescadores, habitantes de una costa salvage; pues presumia que las regiones civilizadas estuviesen hácia el interior. Como su intérprete lucayo no entendia el idioma, ó mas bien el dialecto de aquella parte de Cuba, todos los informes que pudo obtener de los naturales eran necesariamente erróneos, como comunicados por signos y gesticulaciones inexactas. Deslumbrado con sus hipótesis favoritas, creyó oirles decir que en las montañas que se veian lejos al occidente, habia un rey poderoso que mandaba muchas y muy pobladas provincias; que llevaba hábitos blancos tan largos que le arrastraban por el suelo; que le llamaban santo; que jamas hablaba, comunicando las órdenes por signos que eran obedecidos implícitamente por sus súbditos. En todo esto vemos la obcecada imaginacion del Almirante interpretando las cosas segun sus ideas de antemano concebidas. Las Casas asegura que jamas hubo cacique alguno vestido en la isla. Quizá este rey de santo título no era mas que el reflejo de una imágen viva en el ánimo de Colon, representativa del misterioso potentado conocido por el Preste Juan, personage fantástico de las narraciones de los viajeros orientales que nos le presentan ya como soberano, ya como sacerdote; siendo su imperio y córte objeto constante de dudas y contradicciones, y en los últimos tiempos de curiosa investigacion.

Las noticias tomadas de aquella gente respecto á la costa occidental fueron del todo vagas. Decian que eran por lo menos necesarios veinte dias para cruzarla, ignorando si tenia fin. Parecian poco instruidos de cuanto no estaba cerca de ellos. Tomando consigo, en calidad de guia, á un indio de este lugar, salió Colon para las distantes montañas indicadas, esperando que serian los confines de tierras mas cultas. No hubo navegado mucho cuando se vió otra vez envuelto en los ordinarios peligros de cayos, canales y bancos. Los buques removian frecuentemente la arena y cal del fondo; otras veces se veian encajonados en estrechos canales, de donde tenian que sacarlos tirando de ellos con los cabestantes. En una ocasion llegaron donde el mar estaba cubierto de tortugas; en otra oscurecieron el sol inmensas bandadas de corbejones y palomas silvestres, y otro dia se llenó el aire de nubes de lucientes mariposas, que disipó luego la lluvia de la tarde.

Cuando se acercaron á las regiones montañosas, vieron que estaban rodeadas de pantanos y terrenos anegados, y amuralladas por tan espesos bosques, que era imposible penetrar en su interior. Buscaron por muchos dias agua dulce, de que carecian, y la descubrieron al fin en el centro de un palmar. Habia cerca de ella conchas de nácar ó madreperla, de donde infirió Colon que podrian pescarse alli perlas con abundancia. Aunque separados de la comunicacion de las regiones interiores por las selvas y pantanos que las circuian, observaron que estaba el pais bastante poblado. Ascendian columnas de humo de varias partes, aumentándose tanto su número á medida que los buques se aproximaban, que al fin salian ya de todas las rocas y bosques altos. No podian los españoles determinar si era aquel humo procedente de villas y ciudades, ó bien señales para alarmar á las gentes de las cercanías, como se acostumbraba hacer en las costas de Europa al descubrirse fuerzas enemigas.

Por muchos dias estuvo Colon explorando aquella desierta y difícil costa, cuyos intrincados canales rara vez reciben hoy otras visitas que las de la solitaria barca del contrabandista. Continuando su navegacion vió que la costa se volvia hácia el Sud-Oeste, del mismo modo que describe Marco Polo las costas remotas del Asia. Entonces se convenció del todo de que estaba en aquella parte del continente asiático; mas allá de los límites del antiguo mundo, segun le describe Ptolomeo. Pensaba que continuando su rumbo llegaria seguramente al punto en que terminan aquellas costas con el Aureo Quersoneso de los antiguos.

La ardiente fantasía de Colon iba siempre de descubierta, sugiriéndole espléndidas empresas. Combinando aquellas conjeturas con la escasa y vacilante luz de la geografía de entonces, concibió volver á España triunfante por un nuevo camino. Doblando el Aureo Quersoneso, entraria en los mares que los antiguos frecuentaban, y á que servian de límites las naciones orientales. Extendiéndose por en medio del Ganjes, podia pasar por Trapobana, continuar por el estrecho de Babelmandel, y llegar á las playas del mar Rojo. De allí iria por tierra á Jerusalen, se embarcaria en Jope, y atravesaria el Mediterráneo para volver á España. O si hiciesen las tribus salvajes demasiado peligroso el camino de Etiopía á Jerusalen, ó no quisiese desamparar sus buques, podia navegar alrededor de todo el continente africano, pasar en triunfo por junto á los portugueses, que encontraria á mitad de su lento camino por las playas de Guinea, y habiendo así circunnavegado el globo, recoger sus audaces velas en las columnas de Hércules, *ne plus ultra* del Antiguo Mundo. Tales eran los sueños de oro de Colon, segun los recuerda uno de sus íntimos asociados; ni debe extrañarse su ignorancia de la verdadera magnitud del globo. La medida mecánica de un arco nos ha hecho familiar su circunferencia; pero en su tiempo era todavía un problema no resuelto para los mas profundos filósofos.

CAPITULO V.

VUELTA DE COLON POR LA COSTA DEL SUR DE CUBA.

(1494.)

La opinion de Colon de que iba costeando el continente del Asia y acercándose á los confines de la civilizacion oriental, era tambien la de todos sus compañeros de viaje, entre quienes habia muchos navegantes de habilidad y experiencia quienes sin embargo estaban muy lejos de participar de su entusiasmo. No esperaban reportar gloria del buen éxito de la empresa y temblaban al contemplar sus peligros y dificultades cada vez mayores. Los buques estaban averiados por la dura navegacion que habian hecho, y tenian muy menoscabados los cables y toda la jarcia; iban escaseando los víveres, y el agua del mar habia destruido tambien gran parte de la galleta. Las tripulaciones estaban rendidas del incesante trabajo, y desanimadas al ver que la mar que tenian delante continuaba manifestando un mero desierto de islas. Así pidieron que no se continuase el viaje. Ya habian seguido la costa lo bastante para cerciorarse de que era de un continente; y aunque no dudaban que hubiese regiones civilizadas por el camino que seguian, podrian acabárseles las provisiones, y perecer los bajeles antes que llegasen á ellas.

Colon conoció tambien, algo curado de sus ilusiones, cuán poco adecuados eran sus buques para el propuesto viaje; pero creyó importante para su fama y para la popularidad de sus empresas dar pruebas satisfactorias de que era un continente la tierra que habia descubierto. Persistió, por lo tanto, cuatro dias mas en la exploracion de la costa, segun se doblaba hácia el Sud-Este, hasta que todos declararon que ya aquella cuestion no admitia duda, porque era imposible que tan vasta continuacion de tierra perteneciese á una simple isla. El Almirante determinó, no obstante, que no descansase este hecho solo en su autoridad, teniendo recientes pruebas de la tendencia que habia á contradecir sus opiniones y á menospreciar sus descubrimientos. Envió, pues, á Fernan Perez de Luna, escribano público, á todos los buques, acompañado de cuatro testigos, que preguntaron oficialmente á cuantas personas habia en ellos, desde los capitanes hasta los grumetes, si tenian alguna duda de que aquel pais era en efecto un continente, principio y fin de las Indias, por el cual se podia volver por tierra á España, ó llegar pronto siguiendo sus costas entre gentes civilizadas. Si sobre el particular dudaba alguno, debia expresarlo sin reparo. Habia á bordo de los buques navegantes de mucha experiencia, y hombres muy versados en la geografía de aquellos tiempos. Examinaron los mapas y cartas y los cálculos de los diarios del viaje, y despues de una madura deliberacion y exámen declararon bajo juramento, que no les quedaba la menor duda de que aquel fuese un continente. Fundaban esta creencia en haber costeado trescientas treinta y cinco leguas, inaudita longitud para una isla, mientras seguia la tierra dilatándose sin fin, é inclinándose hácia el Sur, segun las descripciones de las costas remotas de las Indias.

Para que por malicia ó por capricho no se contradijese en adelante una opinion tan solemnemente manifestada, se proclamó por el escribano que quien cometiese tal ofensa, si era oficial, pagaria una multa de diez mil maravedises; si grumete, ó persona de condicion análoga, recibiria cien azotes, y se le cortaria la lengua. Despues se formó un expediente por el escribano, incluyendo las declaraciones y nombre de cada individuo. Este documento existe todavía. Se ejecutó tan singular proceso cerca de la bahía llamada por unos Filipina y por otros de Cortés. Se ha observado que al momento mismo hubiera podido un muchacho ver desde las gávias el grupo de islas del Sur, y mas allá la alta mar. Dos ó tres dias de navegacion habrian llevado á Colon alrededor de los extremos de Cuba, desvaneciendo sus ilusiones y dando diferente giro á sus descubrimientos posteriores. Vivió, sin embargo, y murió en la conviccion formada entonces, creyendo hasta la última hora que Cuba era el principio y el fin del continente asiático.

Así abandonó el reconocimiento de la costa, y viró al Sud-Este el 13 de junio, llegando poco despues á vista de una grande isla con encumbradas montañas, que se elevaban magestuosamente en medio de aquellos laberintos de bancos y cayos. A esta isla le dió el nombre de la isla Evangelista, ahora llamada la de los Pinos, célebre por su excelente caoba.

Ancló en ella para proveerse de leña y agua. Luego viró al Sur, á lo largo de las costas de la misma isla esperando al doblar su extremo, encontrar al Oriente camino abierto para Española, y meditando explorar á la vuelta la costa del Sur de Jamáica. Al empezar su navegacion arribó á una especie de canal que se abria al Sud-Este, entre la Evangelista y alguna isla opuesta. Pero, despues de penetrar á cierta distancia, se vió encerrado en la profunda bahía ó seno de Siguanca que penetra muy al interior de la isla.

Observando la zozobra pintada en el semblante de su gente, rodeada de tierra y casi sin provisiones, la animaba Colon con lisonjeras esperanzas, y determinó salir de aquellas confusas mares, siguiendo la misma derrota con que habia entrado en ellas. Dejó pues las aguas de Siguanca y volvió á su último surgidero; y dándose á la vela el 25 de junio, atravesó los grupos de islas entre la Evangelista y Cuba, y aquel trecho de mar blanca, que tanto habia acobardado á su gente. Allí sufrió una repeticion de las zozobras, peligros y trabajos que le rodearon en su navegacion anterior por las costas. Se alarmaba la tripulacion al ver los diferentes colores del agua, á veces verde; otras casi negra, y á menudo tan blanca como la leche; ya se creia rodeada de rocas, ya le parecia la mar un vasto banco de arena. El 30 de junio encalló el buque del Almirante con mucha violencia: todos los esfuerzos fueron inútiles para sacarle con anclas por la popa, y fue preciso arrastrarlo por la proa sobre la arena. Por fin se desenredaron de los racimos de isletas llamados los jardines y los jardinillos, y llegaron á la parte abierta de la isla de Cuba. Otra vez circuyeron entonces las costas de la bella y fértil provincia de Ornofay, y gozaron de nuevo la delicia de los fragantes y suaves aires de tierra. Entre aquellos deliciosos olores creyó Colon percibir el del estoraque, procedente de los fuegos que ardian en la costa.

En ella buscó Colon un puerto conveniente para hacerse con leña y agua, y permitir á las tripulaciones descansar y recrearse con la vista de tierra. Se hallaban muy debilitados todos con las fatigas y padecimientos del viaje. Casi dos meses habian estado luchando con perpétuos peligros y dificultades, y sufriendo escasez de provisiones. Por entre los desiertos cayos é inundadas playas que acababan de visitar, no habian recibido de los indios comestibles, sino precariamente y á distantes intervalos, ni estas provisiones podian conservarse mas de un dia á causa del calor y humedad del clima. Lo mismo sucedia con el pescado que accidentalmente se procuraban; y asi dependian casi del todo de la racion diaria del buque reducida á una libra de pan mohoso, y á una corta cantidad de vino. Con grande alegría anclaron pues el 7 de julio en la entrada de un rio de aquella abundante y voluptuosa region. El cacique de las cercanías, gefe de dilatados territorios, recibió al Almirante con demostraciones de alegría y reverencia á la vez, y sus súbditos vinieron con cuanto el pais daba, útias, pájaros de varias especies, pan de casava, y frutas de esquisito y aromático gusto.

Acostumbraba Colon erigir una cruz en cada sitio notable que visitaba, para denotar el descubrimiento del pais, y su sumision á la verdadera fé. Mandó por lo tanto que se elevase una grande cruz de madera á la orilla de este rio. Se ejecutó la órden un domingo por la mañana, con mucha ceremonia y con una solemne misa. Cuando desembarcó Colon con este objeto, encontró en la playa al cacique y á su principal favorito, que era un anciano octogenario de grave y elevado continente. Este venerable indio traia una sarta de cuentas, á que daban sus paisanos cierto valor místico, y una calabaza de delicados frutos, que presentó en señal de amistad al Almirante; despues le asió una mano, y el cacique la otra, y así fueron á la arboleda, donde se habia de celebrar la misa, seguidos por una multitud de indios mientras se consumaba el santo sacrificio en aquel sencillo templo de la naturaleza, observaban los indios con temor y reverencia las gesticulaciones y palabras del sacerdote, las velas encendidas, el humo del incienso y la devocion de los españoles; coligiendo del todo, que seria aquello una sagrada y misteriosa ceremonia. Cuando se acabó el servicio, el anciano octogenario que le habia contemplado con profunda atencion, se acercó al Almirante, y le dirigió un discurso en el estilo indio.

«Lo que has estado haciendo, le dijo, está bien »hecho, porque parece que es tu modo de dar gra-

»cias á Dios. Me han dicho que has venido última»mente á estas tierras con una poderosa fuerza, y que »has subyugado muchos paises, y extendido el terror »por los pueblos; pero no por eso te llenes de vana»gloria. Sabe que, segun nuestra creencia, las almas »de los hombres tienen dos viajes que hacer despues »que se han separado de sus cuerpos. Uno á un lugar »triste, sucio y tenebroso, preparado para los que »han sido injustos y crueles con sus semejantes; otro »á una mansion agradable y deliciosa para los que »han promovido la paz sobre la tierra. Por lo tanto, »si tu eres mortal, y esperas fenecer, y crees que á »cada uno se premiará segun sus obras, no dañes in»justamente al hombre, ni hagas mal á los que á ti »no te lo han hecho.» Esta alocucion se la explicó al Almirante su intérprete lucayo. Y como fuese Colon varon de síncera piedad y tiernos sentimientos, se conmovió mucho al oir la simple elocuencia de aquel inculto salvaje. Le dijo en contestacion que se regocijaba de oir su doctrina respecto al estado futuro del alma, porque habia supuesto que no existiese tal creencia entre los habitantes de aquellos paises. Que su soberano le enviaba entre ellos, para enseñarles la verdadera religion, para protegerlos contra todas las injusticias, y especialmente para subyugar y castigar á sus enemigos y crudos perseguidores los caribes, y que por lo mismo, todos los hombres inocentes y pacíficos le miraban confiados como á un protector y amigo.

Recibió el anciano estas palabras con indecible alegría y no menor admiracion, al saber que el Almirante, á quien tan grande y poderoso consideraba, no era mas que un vasallo. Creció su maravilla cuando le habló el intérprete de las riquezas, explendor y poder de los monarcas españoles, y de las cosas asombrosas que habia visto en su visita á Europa. Viendo que la multitud le escuchaba con incansable curiosidad, continuó pintando el intérprete los objetos que mas sorpresa le habian causado en el pais de los blancos. La magnificencia de las ciudades, la robustez y altura de las torres y templos, las tropas de caballería, los formidables y desmesurados animales de varias especies, los pomposos festines y torneos de la córte, los resplandecientes ejércitos, y sobre todo las corridas de toros. Los indios le escuchaban con mudo entusiasmo, especialmente el anciano. Era curioso y emprendedor por naturaleza, y grande viajero; pues habia visitado en su juventud á Jamáica y Española, y las regiones mas remotas de Cuba. Le sobrecogió al oir tales descripciones un vivo deseo de ver los gloriosos paises que representaban; y aunque viejo se ofreció á embarcarse con el Almirante. Su mujer é hijos, empero, le asediaron con tantas súplicas y lamentos, que al fin aunque con dolor suyo, tuvo que desistir de su empresa; preguntando muchas veces si era el cielo el pais de que hablaban, pues le parecia imposible que pudiese contener la tierra tantas maravillas.

CAPITULO VI.

COSTEO A LO LARGO DEL SUR DE JAMAICA.

(1494.)

La flota permaneció surta por algun tiempo en aquel rio, al que puso Colon el nombre de la Misa, en memoria de la que con tanta solemnidad se habia celebrado en sus márgenes. Al fin, en 16 de julio se despidió amistosamente del cacique y de su anciano consejero, que vieron con tristeza su partida. Se llevó consigo de aquel lugar un indio jóven, que envió despues á los soberanos españoles. Dejando á la izquierda el grande grupo de islas llamado por él Jardines de la Reina, viró para poder tomar el rumbo de Española, cuando se viese libre de aquellos bancos y cayos. Pero apenas habia salido de las islas, le acometieron violentas rachas de viento acompañadas de lluvia, que combatieron por dos dias sus quebrantados buques y débiles tripulaciones. Cerca del cabo de la Cruz una repentina ráfaga de viento sacudió de tal modo que los buques casi les hizo tocar el agua con las entenas. Afortunadamente pudieron recoger vela, echar ancla y correr el temporal. El buque del Almirante salió tan averiado de la navegacion de las islas, que hacia agua por casi todas las junturas, y á pesar de los inauditos esfuerzos de su cansada tripulacion, estaba cada vez en mayor peligro. Al fin consiguieron llegar al cabo de la Cruz, donde anclaron el 18 de julio, y permanecieron tres dias, recibiendo de los naturales la misma hospitalidad y auxilios que habian recibido en su anterior visita. Como el viento continuase contrario para volver á Española, salió Colon el 22 de julio para Jamáica, con ánimo de completar la circunnavegacion de aquella isla. Por cerca de un mes continuó en su costa del Sur esforzándose en navegar hácia el Oriente, pero detenido por los mismos vientos variables y lluvias vespertinas que prevalecian en las costas de Cuba. Todas las noches se veia obligado á anclar cerca de tierra, y con frecuencia en el mismo sitio de donde habia salido por la mañana. Los indios no se manifestaban ya hostiles, sino que seguian los buques en sus canoas, trayendo provisiones. Agradaron tanto á Colon el verdor, la frescura y fertilidad de aquella bella isla, que si el estado de sus bajeles y tripulaciones lo hubiera permitido, se habria detenido gustoso para explorar el interior. Hablaba con admiracion de sus varios y excelentes puertos, y en particular de una grande bahía con siete islas y numerosas poblaciones alrededor. Habiendo anclado en ella, le visitó el cacique residente en una vasta ciudad, edificada sobre una de las mas elevadas y feraces eminencias de la isla. Vino seguido de una comitiva numerosa y trajo varios refrescos. Este caudillo manifestó grande curiosidad en sus preguntas respecto á los españoles, sus bajeles y las regiones de donde venian. El Almirante le dió las respuestas acostumbradas, ponderando la fuerza y benignidad de los soberanos españoles. El intérprete lucayo se extendió de nuevo sobre los prodigios que habia visto en España, las proezas de los españoles, los paises que habian subyugado, y sobre todo, las escursiones en las islas de los caribes, derrotando sus formidables habitantes y llevándose algunos cautivos. El cacique y su comitiva se quedaron escuchando con atencion profunda aquellas descripciones hasta muy entrada la noche.

A la mañana siguiente se habian ya hecho á la vela los bajeles, cuando vieron salir tres canoas de entre las islas de la bahía. Se aproximaron con mucho órden: una muy grande, bien pintada y entallada venia entre las otras dos que navegaban un poco mas atras, como si la sirvieran y guardaran. En la principal venia sentado el cacique con su familia, compuesta de dos hijas, dos hijos, cinco hermanos y su mujer. Una de las hijas tenia diez y ocho años y era de bello rostro y elegante forma; su hermana parecia algo mas jóven: ambas en cueros, segun la costumbre de aquellas islas, pero de modesto porte. En la proa venia el confaloner ó porta-estandarte del cacique, vestido con una especie de manto formado de plumas, con una corona tambien de plumas en la cabeza, y una banderola blanca en la mano. Dos indios con cascos ó yelmos de pluma, de la misma hechura y color, y con los rostros pintados del mismo modo, venian tocando unos tamboriles; otros dos con sombreros curiosamente trabajados de plumas verdes, tenian en las manos trompetas de madera negra, muy bien entalladas; y últimamente, venian otros seis con grandes sombreros y plumas blancas que parecian huéspedes del cacique. Esta bizarra escuadra llegó al lado de la capitana europea, adonde entró el cacique con

toda su comitiva. Venia el caudillo de gala. Llevaba en la cabeza una banda de piedras pequeñas de varios colores, pero principalmente verdes, simétricamente arregladas, con otras piedras blancas que llenaban los intervalos, y enlazadas todas en la frente por medio de una joya de oro. Tambien llevaba dos láminas del mismo metal colgadas de las orejas, por medio de sortijas de piedrezuelas verdes. De un collar de cuentas blancas, preciosas entre los indios, tenia suspendida una grande flor de lis de oro inferior; y un cinturon de varias piedras semejantes á las de la cabeza completaba sus decoraciones régias. Su mujer estaba adornada de un modo semejante, y cubierta ademas con un pequeño delantal de algodon, y con bandas de lo mismo alrededor de los brazos y piernas. Las hijas no llevaban mas adorno que un cinturon de



Caciques en traje de guerra.

piedras pequeñas de que pendia un dije del tamaño de una hoja de hiedra, compuesto de varias pedrezuelas prendidas sobre algodon.

Al subir el cacique á bordo distribuyó varios regalos entre los oficiales y marineros. El Almirante estaba á la sazon en su camarote rezando sus devociones. Cuando apareció sobre cubierta se apresuró el caudillo á recibirlo con muy animado semblante. «Mi amigo, le dijo, he determinado dejar mi patria y acompañarte. Me han esplicado los indios que están contigo el poder irresistible de tus reyes, y las muchas naciones que tú has sometido á su nombre. Quien quiera que rehuse obedecerte ha de sufrir por ello. Tú has destruido las canoas y mansiones de los caribes, dando muerte á sus guerreros y llevándote cautivas á sus mujeres y sus hijos. Todas las islas te temen. Pues ¿quién podrá resistirte ahora que ya sabes los secretos de estas tierras, y la debilidad de sus gentes? Antes, pues, que tú me despojes de mis dominios, yo me embarcaré con toda mi familia en tus buques, é iré á rendir homenaje á tu rey y reina, y á contemplar aquel pais prodigioso de que tan asombrosa cuenta dan los indios.» Cuando se tradujo este discurso á Colon, y vió la mujer, los hijos é hijas del cacique, y reflexionó sobre los peligros á que su ignorancia y sencillez los espondrian, determinó no arrancarlos de su pais nativo. Respondió al cacique que le recibia bajo su proteccion, como vasallo de su rey, pero teniendo muchas tierras que visitar antes de volver á España, no podia por entonces satisfacer sus deseos. Despidiéronse luego con muchas espresiones de amistad, el cacique, su familia y comitiva se embarcaron de nuevo, aunque de mala gana, en sus canoas, y los buques continuaron su rumbo.

CAPITULO VII.

VIAJE POR LA COSTA DEL SUR DE ESPAÑOLA Y VUELTA A ISABELA.

(1494.)

El 19 de agosto perdió Colon de vista la extremidad oriental de Jamáica, á la que se llamó cabo Farol, hoy Poin-Morant. Tomando el rumbo de Oriente, vió al otro dia la prolongada península de Española, conocida con el nombre de cabo del Tiburon. No sabia aun que pertenecia á la isla de Hayti, hasta que costeando por el lado del Sur, pasó un cacique á bordo el 3 de agosto, le llamó por su título y le dirijió varias palabras en castellano. Su idioma llenó de alegria los buques, y los fatigados marineros oyeron con placer indecible que se hallaban en la costa del Sur de Española. Pero aun le quedaban que pasar muchos dias de trabajos. El tiempo estaba tempestuoso, el viento contrario ó incierto, y los buques separados. A últimos de agosto ancló Colon en una pequeña isla, ó mas bien roca, que se levanta solitaria en medio de los mares, enfrente de un estendido promontorio á que llamó cabo de la Beata. La roca expresada tenia desde lejos la apariencia de un buque á la vela, por lo cual le puso el Almirante Alto-Velo. Algunos marineros treparon á la cima de la isla, desde donde se dominaba mucha parte del Océano, para ver si les era dado descubrir los otros buques, pero nada pudieron distinguir. A su vuelta mataron ocho lobos marinos que estaban durmiendo en la arena; tambien cazaron á palos pichones y otros pájaros, y hasta cogieron algunos con las manos; porque en aquella solitaria isla carecian los animales de la timidez que la hostilidad humana les infunde.

Habiéndose juntado las dos carabelas, continuó por la costa pasando el bello pais regado por los brazos del Neiva, desde donde se estiende hasta el interior una fértil llanura, cubierta de poblaciones y sel-



vas. Despues de navegar un corto trecho hácia el Oriente, supo el Almirante, por los indios que solian venir á bordo, que varios españoles de la colonia habian penetrado hasta su provincia. De lo que pudieron comunicarle aquellas gentes, infirió que iban las cosas bien en la isla. Animado con la tranquilidad del interior, mandó desembarcar á nueve hombres con órden de atravesar la isla y dar noticia de su llegada á la costa.

Continuando hácia el Oriente, envió á tierra un bote por agua, cerca de una poblacion que se descubria en medio de la llanura. Pero los habitantes salieron con arcos y flechas á combatir, mientras otros se proveian de cuerdas con que atar los prisioneros. Eran estos los naturales de Higuey, provincia oriental de Española. Se consideraban como los mas belicosos de aquellos isleños, habiéndolos acostumbrado á las armas las frecuentes incursiones de los caribes. Tambien se decia que usaban saetas empozoñadas. En el caso de que hablamos, su hostilidad fue solo de apariencia. Cuando desembarcó la tripulacion arrojaron á tierra las armas, facilitaron provisiones y preguntaron por el Almirante, en cuya justicia y magnanimidad parecia que depositaban los indios toda su confianza. Despues de salir de aquel sitio, el tiempo que por tantos dias se habia manifestado variable y adverso, empezó á presentar aun mas amenazadora apariencia. Un desmesurado pez, tan grande como una ballena mediana, se manifestó un dia por cima del agua, con una concha en el cuello como la de una tortuga; con dos grandes aletas en el lomo, y una cola como la de un atun. Al ver aquel mónstruo y las indicaciones de las nubes y del cielo, conoció Colon la proximidad de la tormenta, y se apresuró á buscar seguro puerto. Encontró un canal que se abria entre Española y una pequeña isla, llamada por los indios Adamaney, y por el Saona, donde se refugió, anclando cerca de una isleta ó roca en medio del canal. En la noche de su llegada hubo eclipse de luna; y haciendo una observacion encontró que la longitud entre Saona y Cádiz era de cinco horas y veinte y tres minutos. Esto excede en mas de diez y ocho grados la verdadera longitud, error que ocasionaria sin duda la inexactitud de sus tablas.

Ocho dias permaneció el Almirante en el canal con su buque, lleno de zozobra por los otros dos bajeles que no pudieron entrar, y se quedaron en la mar expuestos á la violencia de la tormenta. Escaparon, em-

pero, libremente, y se le volvieron á reunir cuando se aplacó el temporal. Dejando el canal de Saona, alcanzaron el 24 de setiembre el extremo oriental de Española, á que dió Colon nombre de cabo de San Rafael, hoy conocido con el del Engaño. De allí salieron para Sud-Este, tocando á la isla de Mona, ó como le llaman los indios Amona, situada entre Puerto-Rico y Española. Creia el Almirante, á pesar de la mala condicion de los buques, seguir hácia el Oriente y continuar el descubrimiento de las islas caribes; pero su fuerza física no correspondia á los brios de su elevado ánimo. Las extraordinarias fatigas que de cuerpo y espíritu padeciera durante un penoso y difícil viaje de cinco meses, habian debilitado, lentamente su salud. Participaba de los trabajos y privaciones hasta del último marinero; vivia limitado á la misma racion, y espuesto á la misma intemperie, y tenia ademas otros cuidados de que la gente comun estaba exenta. Cuando el marinero cansado de los trabajos de su guardia dormia profundamente al silbar espantoso, de los vientos, el inquieto comandante mantenia su perenne vigilia una y otra noche, sufriendo el azote de la tempestad y la humedad de las ondas. La seguridad del buque dependia de su desvelo y ademas se acordaba de que una nacion, un mundo entero, esperaban con impaciencia el resultado de su empresa. En casi todo aquel viaje le habia estimulado la constante esperanza de llegar sin demora á las regiones conocidas de la India, y de volver triunfante á Europa por los paises del Oriente, despues de circunnavegar el globo. Cuando perdió esta gloriosa perspectiva, escitaba todavía su mente un conflicto de interminables trabajos y peligros al retroceder en su rumbo contra tormentas, vientos y barras. Desde el momento en que se vió libre de todo cuidado en un mar pacífico y conocido, cesó repentinamente el estímulo y cuerpo y espíritu cayeron agobiados por el peso de aquellos esfuerzos casi sobrenaturales. El mismo dia en que salió de Mona, le acometió una enfermedad repentina que le privó de la memoria, de la vista, y de todas sus facultades. Quedó sumergido en un profundo letargo, parecido á la muerte. Los marineros, alarmados al ver aquel sopor creyeron que en efecto no estaba lejos su última hora. Renunciaron á proseguir el viaje; y las velas hinchadas por la brisa del Oriente, tan general en aquellas aguas, llevaron á Colon en estado de insensibilidad absoluta al puerto de Isabela.

LIBRO VIII.

CAPITULO PRIMERO.

LLEGADA DEL ALMIRANTE A ISABELA.—CARACTER DE BARTOLOMÉ COLON.

(Setiembre 4, 1494.)

La vista de la pequeña escuadra de Colon, anclada de nuevo en el puerto causó grande gozo á los habitantes de Isabela que aun le eran fieles. El mucho tiempo que habia trancurrido desde su salida en tan arriesgado viaje sin recibir noticias suyas, dió lugar á mas funestas congeturas, y empezó á temerse que habria perecido, víctima de su ánimo emprendedor, en alguna remota parte de aquellas ignotas mares. Una grata sorpresa esperaba al Almirante á su llegada. Halló á la cabecera de su lecho á su hermano Bartolomé, el compañero de su juventud y el amigo de toda su confianza, de quien tantos años habia vivido ausente. Recuérdase que cuando salió el Almirante de Portugal, envió á su hermano Bartolomé á Inglaterra para que manifestase los proyectos de su empresa á Enrique VII. No se conocen los pormenores de su solicitud á la córte de Inglaterra. Fernando Colon dice, que su tio fue robado y hecho prisionero en este viaje por un corsario, quedando reducido á tal indigencia que tenia que trabajar mucho en hacer cartas ó mapas marítimos para poder subsistir, y que así se pasaron muchos años antes que presentase instancia alguna al monarca ingles. Las-Casas piensa que no fue inmediatamente á Inglaterra, deduciéndolo de una memoria que encontró escrita de su letra, de la cual se desprende que acompañó á Bartolomé Diaz en 1486 en su viaje por la costa de Africa al servicio del rey de Portugal, cuando el descubrimiento del cabo de Buena-Esperanza (1).

Es justo decir en honor de Enrique VII, que acogió la proposicion mas favorablemente que ningun otro soberano. Llegó á celebrar con Bartolomé un pacto para llevar á cabo la empresa, y Bartolomé partió para España en busca de su hermano. Al llegar á Paris recibió la fausta nueva de que el descubrimiento ya estaba hecho, de que su hermano habia vuelto en triunfo á España, y se hallaba en la córte, honrado por los reyes, acatado por la nobleza y victoreado por el pueblo.

La gloria de Colon reverberó en toda su familia, y Bartolomé pasó á ser desde luego un personage de importancia. Quiso verlo el rey de Francia Cárlos VIII, quien sabiendo que se hallaba escaso de medios, le mandó dar cien escudos para sufragar los gastos de su viaje á España. Llegó á Sevilla precisamente cuando su hermano acababa de emprender el segundo viaje; por lo que pasó á la córte, á la sazon en Valladolid, acompañado de sus dos sobrinos Diego y Fernando, que iban á ser pages del príncipe Juan. Recibiéronle los reyes con especial agrado, y sabiendo que era bellísimo marino, le confirieron el mando de tres buques cargados de provisiones para la colonia, para que fuese á auxiliar á su hermano en sus vastas empresas. Pero tambien llegó á Isabela demasiado tarde, pues el Almirante acababa de salir para la costa de Cuba.

La vista de este hermano sirvió de imponderable alivio á Colon, abrumado como se hallaba de atenciones, y rodeado no mas que de extraños. No habia tenido hasta entonces mas simpatía ni verdadero auxilio que el del otro hermano D. Diego, cuya disposicion apacible y suave le hacia poco apto para los negocios de una turbulenta colonia. Bartolomé era de diverso carácter; pronto activo, de corazon impávido y resuelto, á sus determinaciones sucedia siempre una inmediata ejecucion, que no cejaba delante de dificultades ni peligros. En su físico se reflejaba su alma; era alto, vigoroso, atlético, y con su sola presencia imponia su autoridad. Era tal vez, de-

(1) La memoria citada por Las-Casas (Hist. Ind., l. 1. c. 7.) es curiosa, aunque no concluyente. Dice que la encontró en un libro viejo perteneciente á Cristóbal Colon, que contenia las obras de Pedro Aliaco, célebre geógrafo y astrónomo. Estaba escrita al márgen de un tratado de la forma del globo, de letra de Bartolomé Colon, bien conocida por Las-Casas, que poseia muchas cartas suyas, y redactada en una mezcolanza bárbara de latin y español. Su significado era el siguiente:

En el año de 1488, en diciembre, llegó á Lisboa Bartolomé Diaz, capitan de tres carabelas que el rey de Portugal envió al descubrimiento de Guinea; y trajo noticias de que habia descubierto seiscientas leguas de territorio: 450 al Sur, y 150 al Norte, hasta un cabo llamado por él de Buena-Esperanza, hallando por el astrolabio, que estaba el cabo 450 mas allá de la línea equinoccial. Este cabo distaba 3,100 leguas de Lisboa: dicho capitan dice que apuntó legua por legua en una carta marítima presentada al rey de Portugal, en todo lo cual, añade el escritor, yo me hallé presente. Las-Casas duda si Bartolomé escribiria esta nota refiriéndose á sí mismo ó á su hermano: pero infiere de ella que uno ó ambos estuvieron en la espedicion. La deduccion puede ser fundada con respecto á Bartolomé; pero no con respecto á Cristóbal quien se hallaba entonces en la córte de España.

Las-Casas esplica la diferencia de datas entre la nota anterior y las crónicas del viaje: aquella pone la vuelta de Diaz en el año de 88: esta en el de 87. Semejante diferencia puede tener su origen en que algunos empiezan á contar el año despues de Navidad, y otros el primero de enero. La espedicion zarpó á fines de agosto de 86, y regresó á los 17 meses en diciembre de 87.

masiado brusco y severo, formando su carácter contraste con la dulzura estudiada con que templaba el Almirante su arrogancia habitual. Añádase que era de genio áspero, y que su sequedad y despego le atrajeron muchos enemigos. A pesar de estos defectos, mas bien aparentes que reales, era generoso y benévolo en su fondo, y no menos sensible que valiente.

Era perfecto mareante, tan buen teórico como práctico, habiéndose formado hasta cierto punto bajo la enseñanza del Almirante, á quien era casi igual en conocimientos científicos, y le excedia en el manejo de la pluma, segun Las-Casas, que tenia en su poder cartas y manuscritos de los dos. Sabia el latin; si bien parece que, como su hermano, debia mas bien sus conocimientos á su natural penetracion, asíduo estudio y propia experiencia, que á una educacion esmerada. Tan vigoroso de ánimo como el descubridor, pero menos entusiasta y de imaginacion mas fria, le aventajaba en sutileza y habilidad para el manejo de los negocios, comprendia mejor sus intereses, y poseia en mas alto grado aquella táctica de hombre de mundo, que tanto interesa en los asuntos ordinarios de la vida. Su genio no le hubiera impelido jamas á entrar en aquellas arriesgadas especulaciones á que se debió el descubrimiento de un mundo; pero su sagacidad práctica hubiera sabido sacar muchas ventajas de este descubrimiento. Tal es la pintura de Bartolomé Colon, como ha salido del pincel del venerable Las-Casas que le conocia personalmente. Este retrato está conforme con todas las acciones del original en la historia de su hermano, en cuyos sucesos tomó notable parte.

Para libertarse del peso de los negocios públicos que le abrumaban demasiado en su enfermedad, Colon confirió desde luego á Bartolomé la investidura de adelantado ó gobernador militar y político de la provincia, considerándose autorizado al efecto por los artículos del pacto con los soberanos. El rey Fernando, sin embargo, demasiado desconfiado, calificó este hecho de una usurpacion de poder y se manifestó ofendido. Amante tenaz de las prerogativas de la corona, creia que dignidades de tanta trascendencia debian conferirse sólo por nombramiento real. Colon, empero, no habia dado aquel empleo obedeciendo meramente á una fraternal simpatía. Conocia cuánto le importaba el auxilio de su hermano en el estado crítico de la colonia, y que este auxilio seria ineficaz sin el sello de una autoridad superior. En efecto, en los pocos meses que duró su ausencia, habia sido la isla teatro de funestas discordias, debidas á la violacion de las reglas que él habia prescrito para mantener la tranquilidad pública. Una mirada retrospectiva hácia los negocios recientes de la colonia no será tal vez infructuosa para explicar el estado de desbarajuste en que se hallaba, bastando al efecto exponer uno de los muchos casos en que tuvo Colon que recoger el fruto de las malas semillas sembradas por sus indignos y envidiosos rivales.

CAPITULO II.

MAL COMPORTAMIENTO DE DON PEDRO MARGARITE, Y SU SALIDA DE LA ISLA.

(1494.)

Debe tenerse presente, que Colon antes de emprender su viaje, habia dado el mando de las tropas á don Pedro Margarite, con órdenes de ejecutar un paseo militar por la isla, que á la vez *que asombrase* á los naturales con la muestra de su poder guerrero, le proporcionase dar pruebas de su benevolencia por medio de un trato amistoso y equitativo.

La isla estaba entonces dividida en cinco señoríos gobernados por caciques soberanos, de absoluto y hereditario poder, de quienes numerosos caciques inferiores eran meros tributarios. El mas importante de estos estados comprendia el centro de la Vega Real; pais rico y delicioso, cultivado segun el imperfecto modo de los naturales, cubierto en parte de verdes selvas, esmaltado de ciudades indias, y regado por numerosos rios, que precipitándose casi todos por las fronteras occidentales de las montañas de Cibao, llevaban polvos de oro mezclados con sus arenas. El nombre del cacique era Guarionex, cuyos antepasados habian sido por espacio de muchos años los señores de la provincia.

El segundo estado, llamado Marien, estaba bajo el dominio de Guacanagarí, en cuya costa naufragó Colon en el primer viaje. Era un dilatado y fértil territorio estendido á lo largo de la costa del Norte, desde el cabo de San Nicolás á la estremidad occidental de la isla, limitado por el caudaloso rio Yagui, despues llamado Monte-Christi. Incluia la parte del Norte de la Vega Real, nombrada posteriormente llanura del cabo Frances.

El tercero se llamaba Maguana, y le mandaba el cacique caribe Caonabo, el mas feroz y poderoso de los caudillos salvajes, y el mas encarnizado enemigo de los blancos. Las minas de oro de Cibao pertenecian á sus dominios.

El cuarto tomaba su nombre del grande lago de Jaragua, y era de todos el mas poblado y el de mayor estension. Comprendia la costa occidental, incluso el promontorio de cabo Tiburon, y se estendia considerablemente por la costa del Sur de la isla. Los habitantes tenian un físico interesante, un continente mas noble, una habla mas agradable, y un trato mas ameno y apacible que los naturales de otras partes de la isla. El soberano se llamaba Behechio: su hermana Anacaona, célebre en la isla por su belleza, era la favorita del vecino cacique Caonabo.

El quinto señorío era el de Higuey, y ocupaba toda la parte oriental de la isla, acabando en el Norte en el rio Yagui; y en el Sur en el Ozema. Los habitantes eran los mas activos y marciales de la isla, habiendo aprendido á usar el arco y flechas de los caribes, que hacian frecuentes desembarcos en sus costas: decíase de ellos tambien que usaban armas envenenadas. Su valor, empero, no era mas que relativo, pues pronto se vió que sucumbia fácilmente delante de las armas europeas. Los mandaba un cacique llamado Cotabanama.

Hé aquí las cinco divisiones territoriales de la isla al tiempo del descubrimiento. No se sabe de fijo el número de sus gentes, llevado por algunos hasta un millon de almas, cálculo que parece exagerado. Sin embargo debió ser mas que suficiente en caso de hostilidad general para acabar con un puñado de europeos. Colon esperaba su seguridad ya del terror que inspiraban las armas y caballos de los españoles y la idea de su naturaleza sobre-humana, ya de las medidas que habia adoptado para granjearse, la benevolencia de los indios, tratándolos con benignidad.

Margarite emprendió su espedicion con la mayor parte de las fuerzas, dejando á Alonso de Ojeda el mando del fuerte de Santo Tomás. Pero en vez de comenzarla esplorando las fragosas montañas de Cibao, como debió hacerlo segun las instrucciones que habia recibido, descendió de motu propio á las llanuras voluptuosas de la Vega. Allí se detuvo por las populosas y hospitalarias villas indias, olvidado del objeto de su mision, y de las órdenes que le habia dado el Almirante. El gefe que falta á sus propios deberes y cede á los halagos de las pasiones, es poco idóneo para mantener la disciplina entre sus subordinados. Imitaban estos la sensualidad desenfrenada de Margarite, y no tardó el ejército en convertirse en una gavilla de libertinos inmundos. Los indios, por algun tiempo les suministraron provisiones con su acostumbrada hospitalidad; pero los cortos acopios de aquellos hombres parcos y frugales no podian dura mucho en poder de los españoles, pues uno solo de

estos, segun afirmaban los indios, consumia mas en veinte y cuatro horas de lo que bastaba á un indio para mantenerse todo el mes. Si los indios no les daban comestibles, ó si no se los daban en abundancia, se los arrebataban violentamente; sin querer recompensarles, ni aun apaciguar la irritacion que con tales estorsiones les causaban. La codicia del oro dió tambien márgen á mil actos de opresion é injusticia; pero con lo que mas ultrajaron los españoles los sentimientos de los indios, fue con su licenciosa conducta respecto á las mujeres. En efecto, en vez del de huéspedes tomaron el tono de imperiosos dueños; en vez de ilustrados bienhechores, se convirtieron en sórdidos y lascivos tiranos.

Los rumores de estos escesos, y del espíritu de reaccion que despertaban en los indios, llegaron á D. Diego Colon. Con la anuencia del consejo escribió á Margarite, reconviniéndole por su conducta, y pidiéndole procediese á la ejecucion de su paseo militar, segun las órdenes del Almirante. El orgullo de Margarite se sublevó contra el contenido de este pliego, contestando que se consideraba independiente en su mando, y que no podia el consejo exigirle responsabilidad alguna por su conducta. Y siendo de una familia antigua y distinguida, y uno de los favoritos mas mimados del rey, afectaba mirar con desprecio la nobleza de nuevo cuño de los Colones. Sus cartas en contestacion á las órdenes del presidente y consejo, estaban concebidas en términos que no revelaban mas que un petulante orgullo y un profundo desden. Continuó con sus gentes acuartelado en la Vega y persistiendo en su sistema de ultrajes y vejaciones, altamente funesto á la tranquilidad de la isla.

Le apoyaban en su arrogante oposicion á la autoridad los caballeros y aventureros de noble cuna que habia en la colonia, profundamente heridos en el amor propio que es siempre en un español la pasion dominante. No podian olvidar ni perdonaban la justa severidad que egerció con ellos el Almirante, cuando en tiempos difíciles los hizo someterse á las privaciones y participar del trabajo y sinsabores de las gentes de humilde esfera. Menos aun querian reconocer la autoridad de su hermano Diego, destituido de las recomendaciones personales que distinguian al Almirante. Formaron, pues, una especie de faccion aristocrática en la colonia, afectando considerar á Colon y su familia como meros mercenarios y extrangeros alzados del polvo de la tierra, que estaban labrando su fortuna á expensas de los trabajos y sufrimientos de la generalidad y con la degradacion de los hidalgos y caballeros españoles.

A mas de estos partidarios tenia Margarite un aliado poderoso en su paisano el P. Boil, cabeza de la comunidad religiosa, miembro del consejo, y vicario apostólico del Nuevo-Mundo. No es fácil penetrar la causa primitiva de la hostilidad de este santo religioso contra el Almirante, que trataba siempre al clero con el mayor respeto: pero lo cierto es que habian tenido los dos varios altercados. Dicen algunos que quiso intervenir el fraile en las estrictas medidas que juzgaba el Almirante necesarias para la seguridad de la colonia; otros que se resintió del ultraje recibido por él y por su comunidad, puestos á media racion como la demas gente. De todos modos se echa de ver, que le disgustó el empleo que la colonia le ofrecia, y que se acordaba con dolor de los alicientes y sibaritismo del Nuevo-Mundo. Carecia de aquel celo entusiasta, y de aquella devocion, desinteres y perseverancia que indujo á tantos misioneros españoles á soportar todos los trabajos y privaciones del Nuevo-Mundo, esperando convertir á la verdadera fé sus habitantes.

Animado y robustecido por tan poderoso apoyo, empezó Margarite á considerarse real y verdaderamente superior á todas las autoridades de la isla. Cuando pasaba á Isabela, se desentendia absolutamente de D. Diego Colon, no hacia caso del consejo, y se conducia como si no tuviese superior. Constituyó en una sociedad secreta á los mas implacables enemigos de Colon, y á los que mas sentian permanecer en la colonia. El P. Boil era entre todos el agitador mas activo. Se resolvió entre los cabecillas apoderarse de los buques que D. Bartolomé Colon habia traido, y regresar á España. Como Margarite y el P. Boil poseian el favor del rey, creian que les seria fácil justificar su abandono del mando militar y religioso que ejercian, cohonestándolo bajo pretextos del bien público. Al llegar á España, pintarian al rey el desastroso estado del pais, á causa de la tiranía y opresion de sus gobernantes. Algunos atribuyeron la repentina partida de Margarite al miedo de que hiciese el Almirante á su vuelta una severa investigacion militar de la conducta que habia observado; otros, á haber contraido en el discurso de sus licenciosos amores cierta enfermedad desconocida aun á los europeos, que la creian hija del clima, y fácil de curar en España. Como quiera, lo cierto es que tomó sus providencias del modo mas precipitado, sin consultar autoridad alguna, ni acordarse de las consecuencias de su partida. Acompañados de una turba de descontentos, Margarite y el P. Boil se apoderaron de algunos de los buques del puerto, y se hicieron á la vela para España, dando así vergonzoso ejemplo de la desercion de sus puestos, el primer general, y el primer apóstol del Nuevo-Mundo.

CAPITULO III.

ENCUENTROS CON LOS NATURALES.—ALONSO DE OJEDA ASEDIADO POR CAONABO.

(1494.)

La salida de Pedro Margarite dejó al ejército sin cabeza, y puso fin á la poca unidad y disciplina que quedaban. No hay plaga comparable á la soldadesca, abandonada á sí misma en un pais inerme. Andaban pues errantes en bandadas ó solos, sin mas guia que su capricho, repartiéndose por las poblaciones indias, y entregándose á todos los excesos que les sugeria su avaricia ó su concupiscencia. Los naturales, indignados al ver tan mal recompensada su hospitalidad, se negaron á darles sucesivamente provisiones. Pronto empezaron los españoles á sentir la dureza del hambre, y apoderarse de los comestibles que hallaban, acompañando estos latrocinios con actos de la mas feroz violencia. Una série no interrumpida de vergonzosos ultrajes encendió el resentimiento de aquellos hombres bondadosos y apacibles, y de generosos huéspedes se convirtieron en encarnizados enemigos. Todas las precauciones de Colon se despreciaron; todos los males que habia previsto se hicieron sentir. Aunque los indios, naturalmente tímidos, no osaban acometer á los españoles mientras conservaban estos su disciplina y fuerza combinada, tomaban sangrienta venganza cuando los veian en pequeñas partidas, ó separados individualmente, vagando en busca de alimentos. Animados por estos pequeños triunfos y la impunidad con que los conseguian, sus hostilidades se aumentaron sucesivamente. Guatiguana, cacique de una populosa ciudad situada en las márgenes del gran rio de la Vega, y feudatario de Guarionex, dió muerte á diez españoles que se habian alojado en su poblacion, y atropellado á los naturales con actos de libertinage y vandalismo, y para colmo de horror y carnicería incendió una casa en que se albergaban cuarenta españoles enfermos. Enorgullecido con el buen éxito de semejante atentado, amenazó atacar un pequeño fuerte recien erigido, llamado la Magdalena, obligando á su gobernador Luis de Arriaga, que tenia una guarnicion muy dé-

bil, á encerrarse dentro de los muros hasta recibir socorros de Isabela.

Pero el mas formidable enemigo de los españoles era Caonabo, el cacique caribe de Maguano, el mismo que habia sorprendido y asesinado la guarnicion de la Navidad. Estaba dotado de natural talento para la guerra, y de una inteligencia superior á la que suele caracterizar la vida salvaje. Tenia para acometer atrevidas empresas un ánimo incansable y audaz, el apoyo de tres valientes hermanos y la ciega obediencia de una tribu numerosa. Siempre habia visto con repugnancia la permanencia de los blancos en la isla: pero hasta que vió el fuerte de Santo Tomás, levantado en el centro mismo de sus dominios, no subió su indignacion á su mayor punto. En tanto que se hallaba el ejército en la Vega, se abstuvo de llegar á las manos con los enemigos: pero cuando á la salida de Margarite se dispersaron sus gentes, le pareció tiempo de dar un golpe decisivo. Quedaba aislada la fortaleza con una guarnicion de solo cincuenta hombres. Por medio de un movimiento secreto y repentino podia someterlos, y dar una segunda edicion de las sangrientas bacanales de la Navidad.

Pero el sagaz cacique tenia que habérselas con un enemigo muy distinto del gobernador de Santo Tomás. Alonso de Ojeda, educado en las guerras moriscas, conocia á fondo toda clase de estratagemas, emboscadas, ataques falsos y asaltos de los salvajes. Poseia un valor indómito, casi fabuloso, hijo en parte del calor y violencia natural de su temperamento, y en parte de la supersticion religiosa. Habia hecho la guerra á los moros y á los indios; se habia batido en batallas campales y en combates de hombre á hombre, en feudos y pendencias, y en toda especie de encuentros á que le inclinaban un ánimo fiero é inflamable, y el amor de las aventuras; sin que en tantos lances peligrosos hubiese jamas recibido herida ni contusion alguna. Considerábase por lo mismo invulnerable como Aquiles, y creia estar bajo la especial proteccion de la Vírgen María. Llevaba siempre consigo, á manera de talisman religioso, una estampa de la Vírgen que le habia dado su patron Fonseca, obispo á la sazon de Badajoz. Jamas abandonaba esta imágen, ni en la poblacion ni en el campo, haciéndola objeto de rezos y oraciones frecuentes. En las ciudades y campamentos la suspendia de su tienda ó de su sala; en sus arriesgadas expediciones por los desiertos la llevaba en la maleta; y cuando la ocasion se lo permitia la fijaba en un árbol, y la rezaba una salve como á su patrona militar. En una palabra, juraba por la Vírgen; la invocaba lo mismo en el campo de batalla, que en las bulliciosas querellas; y seguro de su favor, se hallaba simpre dispuesto á toda clase de empresas y aventuras. Tal era Alonso de Ojeda: supersticioso en sus devociones, sin miedo á la muerte, de espíritu indomable, como muchos de los caballeros aventureros españoles de aquellos tiempos. Aunque de pobre estatura, estaba dotado de extraordinaria fuerza y arrojo; y las crónicas de los primeros descubrimientos relatan maravillas de su valor y proezas.

Habiendo reconocido el fuerte, juntó Caonabo diez mil guerreros, armados de clavas, arcos, flechas y lanzas templadas al fuego; y abriéndose camino silenciosamente por los bosques, se apareció á deshora por aquellos contornos, esperando sorprender la guarnicion en un estado de completo abandono. Pero vió que estaban las fuerzas de Ojeda cautamente formadas dentro de la torre, la cual, construida en una eminencia casi aislada, con un rio que defendia la mayor parte de su circuito, y cercado de un profundo foso, era inaccesible á los ataques de sus desnudos guerreros.

Burlado en su intencion esperaba Caonabo tomar la fortaleza por hambre. Desplegó al efecto su ejército por los bosques adyacentes, y ocupó todos los desfiladeros con el objeto de interceptar las provisiones que pudiesen traer los indios, y acometer las partidas que saliesen del fuerte. Este sitio ó bloqueo duró treinta dias, durante los cuales, la guarnicion se vió reducida á la mayor estrechez. Existe aun una anécdota tradicional que cuenta Oviedo de Pedro Margarite, primer gobernador de Santo Tomás, pero que se puede atribuir con mas probabilidad á Alonso de Ojeda, por haber ocurrido en este asedio. Cuando la mayor carestía apuraba á la guarnicion, pudo un indio llegar hasta el fuerte con un par de palomas silvestres para la mesa de su comandante. Se hallaba este en un cuarto de la torre, en compañía de varios oficiales. Observando que estos miraban á las palomas con ojos ávidos: «Es lástima, dijo, que no haya aquí bastante »para darnos á todos una comida; en cuanto á mí, »no consentiré en regalarme mientras los demas tie»nen hambre;» y esto diciendo soltó á las palomas por una ventana de la torre.

En este sitio desplegó Ojeda tanta actividad y presencia de espíritu como abundancia de recursos. Burló todas las artes del caudillo caribe, ideando las mas ingeniosas estratagemas para aliviar la guarnicion y dañar al enemigo. Hizo desesperadas salidas cuando presentaban los indios grandes fuerzas, siendo siempre el primero de la vanguardia, con aquel valor ciego que tanto le distinguia; á muchos dió muerte con su propia mano, y siempre salió ileso, como se ha dicho, de entre espesas lluvias de flechas y saetas.

Caonabo vió perecer la flor de sus intrépidos guerreros. Sus fuerzas se menoscababan diariamente; porque los indios, no acostumbrados á aquellas lentas operaciones de la guerra, se cansaban del sitio, y muchos se dispersaban, y regresaban diariamente centenares de ellos á sus casas. Abandonó, pues, la fortaleza, retirándose asombrado de las hazañas de Alonso de Ojeda.

Pero no abatido el intrépido cacique con el mal éxito de esta empresa, meditó planes mas vastos y decisivos. Expiando secretamente las cercanías de Isabela, se enteró á fondo de la debilidad de la colonia. Supo que muchos de sus habitantes se hallaban enfermos y que los que podian manejar las armas estaban ocupados en varias comisiones fuera del establecimiento. Entonces concibió el proyecto de formar una liga general entre los caciques, de reunir sus fuerzas, sorprender la colonia y acabar con ella y con los españoles, donde quiera que los encontrase. El exterminio de aquel puñado de usurpadores bastaba, en su sentir, para librar á la isla de todo ataque sucesivo; no imaginando cuán desesperada para él era la lucha, é ignorando que donde llega á poner el pie el hombre civilizado, sucumbe necesariamente el poder de los salvajes.

Habian circulado por toda la isla rumores acerca de la licenciosa conducta de los españoles, los que inspiraron contra estos hasta la aversion de las tribus que jamas los habian visto ni sufrido sus excesos. Caonabo supo que tres de los caciques soberanos se hallaban inclinados á cooperar á sus planes, aunque temian excesivamente el poder sobrenatural de los españoles y sus aterradoras armas y animales. La liga, empero, halló una oposicion inesperada en el quinto cacique Guacanagarí, soberano de Marien. Su conducta en los instantes de peligro acabó de poner en completa evidencia la injusticia de las sospechas que contra él habian concebido los españoles. Se negó á unir sus fuerzas á las de los otros caciques, y á violar las leyes de hospitalidad que le obligaban á proteger y ayudar á los blancos desde que naufragaron en sus costas. Permaneció, pues, tranquilo en sus dominios, manteniendo á sus espensas cien soldados enfermos, cuyas necesidades satisfacia con su acostumbrada generosidad. Esta conducta le acarreó

el odio de los demas caciques, particularmente del feroz Caonabo y de su cuñado Behechio quienes invadieron su territorio y le hicieron muchas injurias, Behechio mató á una de sus mujeres, y Caonabo se llevó á otra cautiva. Pero nada pudo entibiar la fé de Guacanagarí para con los españoles; y como sus dominios estaban inmediatos á la colonia, y los de algunos de los otros caciques lejos de ella, la falta de su cooperacion fue una constante rémora á los designios de los confederados.

Tal era la posicion crítica á que estaban reducidos los negocios de la colonia, tales los gérmenes y hostilidad que se sembraron entre los dóciles isleños durante la ausencia de Colon, solo por haber violado las órdenes de este. Margarite y el padre Boil se habian apresurado á llegar á España, para hacer una falsa pintura de la miseria de la isla. Si hubieran permanecido fielmente en sus puestos, y cumplido con el debido celo sus deberes, se habrian fácilmente remediado aquellas miserias, ó quizá prevenídose del todo.

CAPITULO IV.

MEDIDAS DE COLON PARA RESTABLECER LA TRANQUILIDAD EN LA ISLA. —EXPEDICION DE OJEDA CON EL DESIGNIO DE SORPRENDER Á CAONABO.

(1494.)

INMEDIATAMENTE despues de la vuelta de Colon á Cuba, mientras se hallaba aun indispuesto y en cama, recibió una visita voluntaria de Guacanagarí. Aquel bondadoso caudillo manifestó mucho sentimiento por su enfermedad; conservándose siempre, al parecer, muy afectuoso y reverente con el Almirante. Habló de nuevo con lágrimas en los ojos del asesinato de la Navidad, y se empeñó mucho en manifestar sus esfuerzos para librar á los españoles. Informó á Colon de la liga secreta en que se habian unido los caciques, de la persecucion que él habia sufrido por oponerse á ella, de la muerte de una de sus mujeres, y del rapto de la otra. Aconsejó al Almirante que estuviese siempre alerta contra las maquinaciones de Caonabo, y ofreció salir con sus súbditos al campo y pelear al lado de los españoles, no solo para cumplir con los deberes que le imponia la amistad, sino que tambien para vengar sus propios ultrajes.

Colon conservaba siempre una gratitud profunda por la antigua bondad de Guacanagarí, y le repugnaba dudar de su fé y de su amistad; por lo que se llenó de regocijo viendo todas las sospechas tan eficazmente desvanecidas. Se renovó, pues, entre los dos el amistoso trato de otro tiempo, con esta diferencia, que el hombre á quien Guacanagarí habia socorrido como náufrago en sus costas, se hallaba convertido súbitamente en árbitro de su suerte y de la de todos sus compatriotas.

El modo con que aquella pacífica isla se habia exasperado á consecuencia de la conducta licenciosa de los europeos, impresionó profundamente á Colon, quien vió frustrados todos sus planes para proporcionar á los monarcas una renta pronta y permanente. El restablecimiento de la paz en la isla reclamaba mucha habilidad y vigor. Sus fuerzas eran cortas, y la veneracion y temor con que los naturales habian mirado á sus gentes, como bajadas del cielo, se habian debilitado considerablemente. Estaba demasiado enfermo para tomar personalmente parte en ninguna empresa militar: su hermano Diego no era de carácter belicoso, y Bartolomé no conocido aun entre los españoles era mirado con rivalidad por los gefes. Colon consideraba aun en embrion la combinacion de los caciques; confiaba en su falta de habilidad y experiencia en la guerra, y esperaba que por medio de prontas medidas, castigando á unos, reconciliándose con otros, y asociando la fuerza á la suavidad y la estrategia, conseguiria conjurar la tormenta.

Fue su primera disposicion reforzar la guarnicion del fuerte de la Magdalena, cuya destruccion intentaba Guatiguana, el cacique del Gran Rio, asesino de los españoles albergados en su ciudad. Socorrido el fuerte, salieron las tropas por los territorios de Guatiguana, matando muchos de sus guerreros, y llevándose otros cautivos, pudiendo solamente escaparse el cacique. Era tributario de Guarionex, soberano de la Vega-Real, cuya amistad era importantísima para la prosperidad de la colonia, pues reinaba en un dilatado y populoso territorio, al paso que debia temerse su aversion á consecuencia de la desenfrenada conducta de los españoles que habian vejado sus dominios. Colon le hizo comparecer á su presencia, y le manifestó que los excesos de que tan justamente se quejaba, se habian cometido en violacion de sus órdenes y contra sus buenas intenciones respecto á los indios, á quienes deseaba agradar y complacer. Le manifestó tambien que la expedicion contra Guatiguana debia tomarla como un acto de un mero castigo individual, y no dirigido contra los territorios de Guarionex. El cacique era de buena condicion y apacible carácter, y su rencor se aplacaba fácilmente. Para relacionarlo en cierto modo con los españoles, le pidió Colon que diese su hija en matrimonio á un intérprete indio, natural de las islas Lucayas; que habia estado en España, y recibido en Barcelona el agua del bautismo tomando el nombre de Diego Colon (1). Tomó otra medida mas trascendental todavía para librarse de las hostilidades del cacique, y tranquilizar la importante region de la Vega, mandando erigir una fortaleza en medio de sus territorios, á que le puso fuerte de la Concepcion. Este dócil cacique consintió sin repugnancia esta medida en que iba envuelta su ruina y la futura esclavitud de todos los suyos.

Pero faltaba inutilizar al mas formidable enemigo, á Caonabo, el genio marcial de la isla, el activo y audaz enemigo de los blancos, que con ideas superiores de política era muy capaz de urdir peligrosas cábalas y conspiraciones. Sus territorios que ocupaban la parte central y montañosa de la isla, eran de difícil acceso fragosos por las encumbradas rocas, espesas selvas y frecuentes y caudalosos rios. Combatir á aquel astuto y feroz caudillo en medio de sus salvajes y en el mismo corazon del pais, donde á cada paso habria peligro de caer en una celada, era obra muy larga, muy peligrosa y de muy incierto éxito. Se hallaba Colon abrumado bajo el peso de estos pensamientos, cuando le sacó de su perplejidad una osada proposicion de Alonso de Ojeda, que se ofreció á apoderarse por medio de un ardid del gefe caribe, y entregárselo vivo en sus manos. El proyecto era tan audaz como novelesco, propio solamente del impávido corazon de Ojeda, que se complacia en distinguirse por medio de las mas extraordinarias proezas y hechos de un valor desesperado.

Escogió diez valientes y fuertes compañeros, bien armados y montados, é invocando como de costumbre la proteccion de su patrona la Virgen, que era su constante salvaguardia, se lanzó Ojeda á los bosques, abriéndose por entre los bejucales mas de sesenta leguas de camino que tuvo que andar para llegar al territorio de Caonabo, donde halló al cacique en una de sus mas populosas ciudades. Se acercó Ojeda á Caonabo con mucha deferencia y respeto, tratándolo como á príncipe soberano. Le dijo que venia en amistosa embajada de parte del Almirante, que era Guami-

(1) Pedro Mártir, d. I, l. IV. Gio Battista Sportono, en su memoria de Colon, ha cometido un error en que le hizo incurrir el nombre de este indio, al observar que tenia Colon un hermano llamado Diego, de quien parecia avergonzarse, y al que casó con la hija de un gefe indio.

quina, ó gefe de los españoles, quien le enviaba un regalo de incomparable valor.

Caonabo habia visto á Ojeda en los combates, y testigo de sus proezas, habia concebido hácia él la admiracion de un guerrero. Le recibió con cierta especie de caballerosa cortesía, si tal frase puede aplicarse á la salvaje y ruda hospitalidad de un héroe de las selvas. El franco continente, la mucha fuerza personal, la admirable destreza y agilidad de Ojeda en todos los egercicios varoniles y en el manejo de todas las armas, eran cualidades propias para cautivar el ánimo de un salvaje, y pronto le grangearon las simpatías de Caonabo.

Ojeda empleó todo su influjo para persuadir al cacique á hacer un viaje á Isabela, con objeto de tratar con Colon, y hacerse aliado y amigo de los españoles. Se dice que le ofreció para atraerla la campana de la capilla de Isabela, que era la admiracion de la isla. Cuando oian los indios esparcirse su melodía por las selvas y bosques para tocar á misa y veian á los españoles dirigirse á la capilla, se figuraban que la campana hablaba y que la obedecian los blancos. Con el mismo sentimiento supersticioso con que miraban todos los objetos de los españoles, creian que era cosa sobrenatural la campana, y decian de ella en su frase acostumbrada, *turey* ó venida del cielo. Caonabo que habia oido desde lejos aquel maravilloso instrumento durante sus descubiertas secretas al rededor de la ciudad, deseaba verlo; y al ofrecérsele como símbolo de paz, no pudo resistir la tentacion.

Convino pues el cacique en ir á Isabela; mas cuando llegó el momento perentorio de la partida, vió Ojeda con sorpresa una multitud de guerreros dispuestos á marchar con él. Preguntó por qué motivo se llevaba tan grande ejército para una amistosa visita; á lo que contestó el altanero cacique, que no era propio de un príncipe tan grande como él ir á parte alguna con escasa comitiva. No satisfizo á Ojeda esta réplica, conocia el carácter bélico de Caonabo, y su astucia, alma de la guerra india; temia por lo tanto algun designio siniestro, y que el caudillo meditase sorprender la fortaleza de Isabela, ó cometer algun atentado contra la persona del Almirante. Sabia tambien que Colon deseaba hacer la paz con el cacique, ó apoderarse de su persona sin recurrir á una guerra abierta. Se valió pues de una estratagema, que tiene apariencia de fábula y novela, pero que con triviales variaciones la recuerdan todos los historiadores contemporáneos, asegurando Las-Casas que circulaba con absoluto crédito en la isla cuando él llegó á ella, unos seis años despues del suceso. Tambien concuerda con el osado y raro carácter del hombre á quien se atribuye, y con las singulares hazañas de la guerra india.

En el discurso de la marcha, habiendo hecho alto cerca del rio Jegua, sacando Ojeda un juego de esposas de acero tan perfectamente bruñidas que parecian de plata, dijo á Caonabo, que eran ornamentos régios que habian venido del cielo, ó del *turey* de Vizcaya; que las llevaban los monarcas de Castilla para los bailes solemnes y otras grandes ceremonias, y estaban destinadas para regalárselas al cacique. Propuso que se fuese Caonabo á bañar con él al rio, para decorarle en seguida con aquellos adornos, montar en el caballo de Ojeda, y volver con la pompa del rey de España á sorprender y admirar á sus súbditos. El cacique, que á fuer de salvaje, se entusiasmaba delante de los adornos relumbrantes, quedó embelesado al ver aquellos y á mas halagado su orgulloso espíritu militar con la idea de cabalgar en uno de aquellos tremendos animales que sus compatriotas respetaban tanto. Acompañó á Ojeda y su gente al rio, llevando pocos indios consigo, pues nada podia temer de nueve ó diez extranjeros rodeados de todo su ejército. Despues que se hubo bañado, le ayudaron á subir detras de Ojeda á las ancas de su caballo, y le pusieron las esposas. Despues de esta operacion, salieron galopando por entre los salvajes, que vieron admirados con tan resplandecientes galas al cacique, y montado en uno de aquellos temibles animales. Ojeda dió varias vueltas por el campo para ganar terreno, seguido por su pequeña banda de caballeros, de quienes se separaban precipitadamente los amedrentados indios. Al fin llegó á penetrar por la floresta en uno de los llanos, y cuando le ocultaban bien los árboles, se agruparon al rededor suyo sus compañeros, desnudaron las espadas, y amenazaron á Caonabo con la muerte si hacia la menor resistencia ó el menor ruido, aunque las esposas le impedian moverse ó resistir. Le asieron del mismo Ojeda con cuerdas para que no se cayese, ó pudiese evadirse de cualquier otro modo; y aguijando á los caballos, se lanzaron al Jegua con su presa, y se internaron en los bosques.

Tenian que atravesar para llegar á Isabela cincuenta ó sesenta leguas de desiertos, y algunas ciudades indias. Ya estaba el prisionero imposibilitado por la distancia de recibir socorro de los suyos, pero se requeria la mayor vigilancia para que no pudiera evadirse en aquel largo y trabajoso viaje, y para evitar la hostilidad de los caciques confederados. Tenian que huir de los lugares mas populosos, y que pasar á galope tendido por las ciudades. Sufrieron mucha fatiga, hambre y sueño; allanaron grandes dificultades, arrostraron inminentes peligros, atravesaron á nado nnmerosos rios, lucharon con los obstáculos de espesas selvas y encumbradas rocas, pero llevaron felizmente á cabo su empresa, y entró Ojeda triunfante en la colonia con el guerrero indio cautivo y atado al rededor de su cuerpo.

No pudo menos Colon de expresar grande satisfaccion al ver en sus manos á tan peligroso enemigo. El caribe se presentó á él con orgullo rehusando atraerse con la sumision su agrado, y detener la venganza que le amenazaba por haber derramado la sangre de los blancos. Jamas se dobló en el cautiverio su alma de hierro; aunque completamente á la merced de los españoles, manifestó siempre aquella sangre fria provocativa que caracteriza el heroismo indio, y que lo mantiene el salvaje delante de sus opresores acostado en un potro ó en un lecho de fuego. Blasonaba de haber sorprendido y quemado el fuerte de la Navidad, y dado á su guarnicion la muerte; añadiendo que su reconocimiento alrededor de Isabela tenia por objeto descargar sobre ella la misma furia desoladora.

Colon, aunque sorprendido del heroismo de aquel guerrero indomable, le consideró enemigo peligroso, á quien por el bien de la isla era necesario poner en buen recaudo. Determinó enviarlo á España y mandó que se le tratase con bondad y respeto en un cuarto de su misma casa, donde le tenia, sin embargo, encadenado, probablemente con las bruñidas esposas que habian servido de cimbel para hacerle caer en el lazo. Esta precaucion debió haber sido necesaria por la poca seguridad de la cárcel; pues observa Las-Casas, que por no ser espaciosa ni tener muchas habitaciones la casa del Almirante se veia desde el portal al cautivo gefe.

Caonabo se mantuvo siempre altivo delante de Colon, al paso que no manifestó nunca el menor rencor á Ojeda por la estratagema de que se valió para prenderle. Esta misma circunstancia aumentaba su admiracion, calificando de ingeniosa hazaña la de haberle encadenado y arrancado de en medio de sus huestes. Nada admira mas á un indio en la guerra, que una estratagema bien urdida y bien ejecutada.

Acostumbraba Colon conducirse con mucha dignidad como Virey y Almirante que era, y exigia mucho respeto personal. Cuando entraba en la sala que estaba Caonabo aprisionado, se levantaban, como es

de costumbre, todos los circunstantes en señal de reverencia. Solo el cacique quedaba inmóvil. Pero cuando entraba Ojeda, aunque pequeño de cuerpo y sin pompa esterior, se levantaba inmediatamente Caonabo, y le saludaba con una profunda reverencia. Habiéndole preguntado la razon de esto, y dichole que era Colon Guamiquina ó grande gefe de todos, y Ojeda uno de sus subalternos, respondió el orgulloso caribe, que jamas habia osado el Almirante sacarlo personalmente de su casa; que solo por el valor de Ojeda era prisionero por lo que á este y no al Almirante debia acatar humildemente.

La captura de Caonabo fue muy sentida por sus súbitos; pues eran aquellos isleños sumamente leales y muy adictos á sus caciques. Uno de los hermanos de Caonabo, guerrero animoso y astuto, y muy querido de los indios, levantó un ejército de mas de siete mil hombres, y los llevó secretamente á las cercanías de Santo Tomás, donde mandaba de nuevo Ojeda. Era su intencion sorprender algunos españoles, esperando por este medio cangear á su hermano. Ojeda tuvo, como solia, noticia de su designio; pero no creyó oportuno encerrarse de nuevo en la fortaleza. Habiendo recibido un refuerzo del Adelantado, dejó suficientes tropas para guarnecer el fuerte, y con el resto de su escasa caballería salió osadamente al encuentro de los salvajes. El hermano de Caonabo cuando vió acercarse á los españoles, mostró alguna pericia militar dividiendo su ejército en cinco columnas. Pero el impetuoso ataque de Ojeda, que segun su costumbre se arrojó furiosamente á la vanguardia con su puñado de caballos, llenó á los indios de repentino y pánico terror. No pudieron contrarestar la terrible aparicion de aquellos séres cubiertos de deslumbrante acero, que blandian flamígeras y ruidosas armas, cabalgando en animales, ó mas bien mónstruos tan dóciles y al mismo tiempo tan fieros. Arrojaron las flechas, y se pusieron ellos mismos en derrota; muchos perecieron en la fuga, y los mas fueron hechos prisioneros, contándose entre estos el hermano de Caonabo, que peleó como un bravo en una noble aunque desesperada causa.

CAPITULO V.

LLEGADA DE ANTONIO DE TORRES CON CUATRO BUQUES DE ESPAÑA.—SU VUELTA CON ESCLAVOS INDIOS.

(1494.)

La colonia padecia aun mucho por falta de provisiones, los comestibles europeos estaban ya casi todos consumidos; y era tal la pereza y apatía de los colonos, tal la confusion que habia nacido de la hostilidad de los indios, tal su exclusivo deseo de acumular metales preciosos, que habian abandonado la verdadera riqueza de la isla que consistia en la feracidad de su suelo, y vivian en constante peligro de perecer de hambre en medio de la fertilidad. Al fin la llegada de cuatro buques mandados por Antonio de Torres puso término á sus padecimientos. Venian llenos de provisiones, y su llegada produjo una alegría general. Tambien llegaron un médico y un boticario, que hacian mucha falta en la colonia; artesanos, molineros, pescadores, hortelanos y labradores, la verdadera poblacion que necesita una colonia, la única que saca de ella sus mejores recursos, produciendo aquel cambio de útiles trabajos por los objetos necesarios de la vida, que hace á la comunidad venturosa é independiente.

Las cartas de los soberanos que traia Torres (de fecha de 16 de agosto de 1494), eran sumamente satisfactorias para el Almirante, cuyos favorables informes habian recibido los monarcas, confesando que en el discurso de sus descubrimientos todo habia correspondido á sus predicciones. Manifestaban mucho interes por los negocios de la colonia, con deseos de recibir frecuentes noticias de su situacion, proponiendo al efecto que todos los meses saliese un buque de Isabela para España. Le daban noticia de que acababan de arreglarse amistosamente todas las diferencias con Portugal, explicándole el acuerdo convencional relativo á la línea geográfica que habia de separar las posesiones recien descubiertas, y pidiéndole que respetase el convenio en sus descubrimientos sucesivos. Como al concluir el tratado con Portugal, y al tirar la propuesta línea, era importante valerse de los mas entendidos consejeros, le pedian los soberanos que volviese á España para presenciar aquel acto; ó en caso de no parecerle esto conveniente, que enviase á su hermano Bartolomé, ó á otra persona del todo competente, suministrándole los mapas, cartas y diseños que pudiesen ser útiles en la negociacion.

Habia otra carta dirigida á los habitantes de la colonia, y en general á todos los que hiciesen viajes de descubrimientos, mandándoles que obedeciesen á Colon como á los mismos soberanos, sopena de su alta reprobacion, y de diez mil maravedises de multa por cada ofensa.

Tal era la confianza que merecia entonces Colon á los soberanos. Desgraciadamente se la enagenaron muy pronto insidiosos informes de hombres perversos. Tenia el Almirante conocimiento de las quejas y falsas acusaciones que habian salido de la colonia para España, y que iban á tomar consistencia con la llegada á la córte de Margarite y el Padre Boil. Sabia que no podia contar con mas defensores que con los pocos que encuentra el extranjero al servicio de una nacion extraña, donde no tiene amigos ni parientes, y donde hasta sus mismos méritos aumentan el encono, la envidia y deseo de derribarlo. Sus esfuerzos para esplotar las minas, y los recursos de la isla, habian sido frustrados por la mala conducta de Margarite y la desordenada vida de los españoles en general; y temia, con razon, que los mismos males que ellos causaron, se alegasen contra él, citando la falta de ganancias para desacreditar sus expediciones.

Deseando contrapesar todas las calumnias, aceleró Colon el regreso de los buques á España y queria embarcarse en ellos, no solo para satisfacer los deseos de los soberanos y hallarse presente al tirar la línea geográfica, sino que tambien para vindicarse de las censuras de sus enemigos. Pero la enfermedad que le tenia postrado en cama se opuso á su partida; y su hermano Bartolomé era del todo necesario para ayudarle con su sana razon y ánimo resuelto á regularizar los desordenados negocios de la isla. Resolvió por lo tanto enviar á España á D. Diego, para que atendiese á los deseos de los soberanos, y cuidase de sus intereses en la córte. Al mismo tiempo hizo los mayores esfuerzos para mandar por los buques satisfactorias pruebas del valor de los descubrimientos. Envió en ellos todo el oro que pudo recoger, con varias muestras de otros metales, frutos y plantas que se habian encontrado en Española y en otras islas. siendo tan vehemente su deseo de producir inmediata ganancia é indemnizar á los soberanos de los gastos que habia hecho el real tesoro, que envió tambien mas de quinientos prisioneros indios, para que se vendiesen como esclavos en Sevilla.

Sensible es que empañase Colon su brillante nombre con accion tan fea; es triste ver la clara gloria de sus empresas obscurecida con violacion tan fragante de los derechos de la humanidad. Las costumbres de aquellos tiempos son su única escusa. Los españoles y los portugueses habian sentado desde mucho tiempo este precedente funesto en sus descubrimientos africanos, siendo el tráfico de esclavos una de las mas ricas fuentes de sus ganancias. En efecto, la mas alta autoridad sancionaba esta práctica, la autoridad

de la Iglesia misma, pues los mas doctos teólogos aseveraron que todas las naciones bárbaras é infieles, que cierran sus oidos á las verdades de la cristiandad, son objetos de guerra y de rapiña, de cautiverio y de esclavitud. Si hubiese Colon necesitado ejemplos y demostraciones prácticas de esta doctrina, en la conducta de Fernando mismo las hubiera hallado, quien en las últimas guerras contra los moros de Granada estaba siempre rodeado de una nube de consejeros espirituales, y pretendia obrar solo por la gloria y progresos de la fé. En aquella guerra santa, como solian llamarla, era práctica comun hacer entradas por tierra de moros, y llevarse *cavalgadas* no solo de ganados, sino de hombres; y no precisamente de los que se habian hecho prisioneros con las armas en la mano, sino de pacíficos labradores, industriosos aldeanos, inocentes niños y desvalidas mugeres, quienes iban al mercado de Sevilla, ó de otra ciudad grande, y se vendian como esclavos. Suministró un ejemplo memorable de tales procedimientos la toma de Málaga, despues de la cual por castigo de una obstinada defensa, que debiera haber causado admiracion en vez de venganza, once mil personas de ambos sexos, y de todas condiciones y edades, muchas de ellas de la mas fina educacion, se vieron repentinamente arrancadas de sus hogares, separadas unas de otras, y sujetas á esclavitud, aun despues de haber ya pagado la mitad de su rescate. Estas circunstancias no se recuerdan para vindicar, sino para explicar la conducta de Colon. Obraba en conformidad con las costumbres de su tiempo, y sancionaba sus disposiciones el ejemplo del soberano á quien servia. Las-Casas, celoso y entusiasta abogado de los indios, que aprovecha todas las ocasiones para clamar vehementemente contra su esclavitud, habla de Colon sobre esto punto con la mayor indulgencia. Si aquellos hombres doctos y piadosos, dice, á quienes tomaron los reyes por guias ó instructores, ignoraban la injusticia de esta práctica, ¿qué mucho que el Almirante las ignorase tambien?

CAPITULO VI.

EXPEDICION DE COLON CONTRA LOS INDIOS DE LA VEGA.— BATALLA.

(1494.)

A pesar de su derrota los indios, conservaban aun intenciones hostiles hácia los españoles. La idea de que su cacique estaba prisionero y encadenado irritaba á los naturales de Maguana, y la simpatia de todas las otras tribus de la isla mostraba con cuántas ramificaciones habia aquel inteligente salvaje estendido su influencia, y con qué veneracion se miraban los isleños. Aun le quedaban activos y poderosos parientes para procurar su rescate, ó vengar su muerte. Uno de sus hermanos llamado Manicaotex, tambien caribe, y tan osado y belicoso como él mismo, sucedió en el mando al prisionero. Su muger favorita, Anacaona, de célebre hermosura, tenia grande influjo con su hermano Behechio, cacique de las populosas provincias dé Jaragua. Por estos medios se generalizó en la isla la hostilidad contra los españoles; y la formidable liga de los caciques, que Caonabo habia en vano querido formar mientras estaba libre, se efectuó á consecuencia de su cautiverio. Guacanagarí, el cacique de Marien, fue el único amigo que quedó á los españoles, dándoles oportunos informes de la tormenta que iba á estallar, y ofreciéndoles como fiel aliado, salir al campo con ellos.

La prolongada enfermedad de Colon, la escasez de su fuerza militar, y el miserable estado de los colonos, reducidos por la hambre y las enfermedades á mucha debilidad física, le habian hasta entonces obligado á valerse exclusivamente de medios conciliatorios para impedir y disolver la liga. Pero ya habia recobrado la salud, y su gente se hallaba algo repuesta y vigorizada con las provisiones venidas en los buques. Al mismo tiempo recibió noticia de que los caciques aliados estaban aglomerardo considerables fuerzas en la Vega, á dos dias de marcha de Isabela, con la intencion de dar un asalto general á la colonia, y hacerla sucumbir á fuerza de gente. Colon resolvió salir al campo, y llevar de una vez la guerra á los territorios enemigos, antes que recibirla en sus propios dominios.

La fuerza efectiva que pudo juntar, en el mal estado de la colonia, no excedia de doscientos infantes y veinte caballos. Iban las tropas armadas de flechas, espadas, lanzas y espingardas, ó grandes arcabuces, que se usaban entonces con descansos de hierro, y hasta solian montarse sobre ruedas como los cañones. Con estas formidables armas, un puñado de europeos vestidos de acero, y protegidos por sus escudos, podia pelear ventajosamente con millares de salvajes desnudos. Llevaban tambien ayuda de otra especie, que consistia en veinte perros de presa, animales casi tan asombrosos para los indios como los caballos, pero infinitamente mas fatales, porque impávidos y feroces, nada les amedrentaba, ni cuando llegaban á hacer presa bastaba fuerza alguna para hacérselo soltar. Los cuerpos desnudos de los indios no ofrecian defensa contra sus ataques. Se lanzaban á ellos, los arrojaban al suelo y los despedazaban.

Iba el Almirante acompañado en la expedicion de su hermano Bartolomé, cuyo consejo solicitaba en todas las ocasiones críticas, pues estaba dotado no solo de extraordinaria fuerza física y valor indomable; sino que tambien de un ánimo decididamente militar. Guacanagarí tambien llevó al campo sus gentes, aunque no eran de carácter guerrero, ni aptos para prestar mucha ayuda. La principal ventaja de su cooperacion consistia en que por ella se separaba del todo de los demas caciques, y aseguraba para siempre su fidelidad y la de sus súbditos. En el débil estado de la colonia dependia su seguridad principalmente de los celos y disensiones sembradas entre los soberanos indígenas de la isla.

El 27 de marzo de 1495 salió Colon de Isabela con su pequeño ejército, aproximándose al enemigo, sus marchas eran de diez leguas diarias. Subieron de nuevo al paso de los Hidalgos, desde donde la vez primera habian descubierto la Vega. ¡Con cuán diversos sentimientos la contemplaban entonces! Las viles pasiones de los blancos habian convertido ya aquella risueña y hospitalaria region en tierra de rencores y hostilidades. Donde quiera que se levantaba el humo de una poblacion india, habia una horda de exasperados enemigos; y en aquellas extendidas y ricas selvas se ocultaban mirriadas de ofendidos guerreros. En la pintura que su fantasía bosquejaba de la condicion suave y dulce de aquella gente, se habia lisonjeado con la idea de gobernarlos como padre y bienhechor; pero se vió al fin forzado á revestirse del carácter de conquistador.

Supieron los indios por sus espías el movimiento de los españoles; y aunque tenian ya alguna lijera experiencia de su modo de guerrear, les llenaba de confianza la superioridad inmensa de su número, que se dice ascendia á cien mil hombres. Esta es probablemente una exageracion; porque como los indios nunca se forman en el campo en órden de batalla, sino que espían por entre los árboles de las selvas, es muy difícil averiguar su fuerza. Tambien la rapidez de sus movimientos y contínuas salidas y retiradas por varias partes, junto con los alaridos y gritos que despiden, podrian hacer formar equivocada idea de su número. El ejército, sin embargo, debia ser muy considerable, pues se componia de la fuerza combinada de casi todos los caciques de aquella populosa isla. Mandaba en gefe Manicaotex, hermano de Cao-

nabo. Los indios, poco hábiles en la numeracion, y que no sabian contar mas que hasta diez, tenian un sencillo modo de averiguar y describir la fuerza de un enemigo, contando un grano de maiz por cada guerrero. Cuando los espías que habian seguido la pista á Colon desde las rocas y las espesuras, volvieron á los reales indios con un solo puñadillo de maiz, representando la suma total del ejército enemigo, se mofaron los caciques de la presuncion de los blancos, que creian con tan reducido número poder resistir los esfuerzos de una multitud innumerable.

Colon se acercó al enemigo por las inmediaciones del sitio donde se edificó despues la ciudad de Santiago. Habiendo averiguado la mucha fuerza de los indios, aconsejó D. Bartolomé que se dividiese en destacamento el pequeño ejército, y que se atacase á un mismo tiempo por varios puntos. Adoptóse este plan; la infanteria dividida en varias columnas avanzó repentinamente y en diversas direcciones con mucho estruendo de tambores y trompetas, y una destructiva descarga de armas de fuego, cobijándose al mismo tiempo con los árboles. Sobrecogió á los indios un terror pánico, y se dispersaron como avispas en el aire. Parecia acometerles un ejército por cada flanco; las balas de los arcabuces hacian morder la tierra á muchos guerreros, y relampagueaban, al parecer, por las selvas los rayos del cielo, retumbando en ellas espantosos truenos. Mientras los aterraban y ponian en fuga estos ataques, Alonso de Ojeda cargó impetuosamente el centro del ejército á la cabeza de su caballería, penetrando con lanza y sable por entre los indios. Los caballos atropellaban á los desnudos y amedrentrados combatientes, en tanto que los caballeros herian por todos lados sin oposicion. Los perros de presa se soltaron, y precipitándose sobre los salvajes con sanguinaria furia, les asian de la garganta, los derribaban, los arrastraban, y les hacian pedazos. Los indios, no acostumbrados á grandes cuadrúpedos de ninguna especie, se horrorizaban al verse perseguidos por aquellos tan feroces. Creian que los caballos eran tambien devoradores y sanguinarios. La contienda, si tal puede llamarse, fue de corta duracion. ¿Qué resistencia podia oponer una multitud desnuda, tímida, exenta de disciplina, sin mas armas que clavas, flechas y dardos de madera, á soldados cubiertos de acero, provistos de armas de hierro y fuego, y ayudados por mónstruos feroces, cuya sola presencia cubria de terror el corazon de los mas fuertes?

Los indios se dispersaron con lamentos y alaridos. algunos trepaban á las cimas de rocas y precipicios, y desde allí exhalaban lastimeros ayes, y hacian humildes súplicas y ofrecimientos de absoluta sumision, muchos fueron muertos, otros hechos prisioneros, y la confederacion quedó por entonces completamente disuelta.

Guacanagarí habia acompañado á los españoles al campo, segun su promesa; pero apenas fue mas que espectador de esta batalla ó mas bien derrota. El y su gente se estremecieron al ver aquel belicoso alarde, aun cuando procedia de sus aliados. Su participacion en la hostilidad de los blancos no la olvidaron ni perdonaron jamas los otros caciques, y volvió á sus dominios acompañado del odio y execracion de toda la isla,

CAPITULO VII.

SUBYUGACION DE LOS NATURALES.—IMPOSICION DEL TRIBUTO.

(1494.)

Colon victorioso, ejecutó un paseo militar por varias partes de la isla, para reducirla á obediencia. En vano le oponian los naturales una resistencia obstinada. La caballería que mandaba Ojeda, prestó grandes servicios por la rapidez de sus movimientos, la intrepidez de su gefe, y el mucho terror que los caballos inspiraban. No habia para Ojeda empresa demasiado arriesgada ni penosa. Al mas leve síntoma, á la menor señal de guerra en cualquier punto de la isla se internaba con su pequeño escuadron por la espesura de las selvas, y caia como un rayo sobre el enemigo, desconcertando todas sus combinaciones y obligándole á someterse.

La Vega Real quedó muy pronto sujeta. Como era una llanura inmensa, sin una sola aspereza ni promontorio, la recorrian fácilmente los caballos, cuya presencia llenaba de terror las mas populosas ciudades. Guarionex, el cacique soberano, era de apacible carácter; y aunque habia salido al campo, instigado por los caudillos vecinos, se sometió dócilmente al dominio de los españoles. Manicaotex, el hermano de Caonabo, se vió tambien obligado á solicitar la paz; y como era cabeza de la liga, su ejemplo, fue seguido por los demas caciques. Solo Behechio, el cacique de Jaragua, cuñado de Caonabo, rehusó someterse. Sus dominios estaban distantes de Isabela, en el extremo occidental de la isla, alrededor de una profunda bahía y de la larga península llamada Cabo-Tiburon. Eran casi inaccesibles, y no habian aun sido visitados por los blancos. Se retiró á su territorio con su hermana, la bella Anacoana, mujer de Caonabo, á quien acogió fraternalmente en su desgracia. No tardó Anacaona en adquirir tanta influencia como el mismo cacique entre los súbditos de este, y tomó una parte bastante activa en los asuntos posteriores de la isla.

Obligado á tomar las armas por la confederacion de los caciques, se revistió Colon de los derechos de conquisiador, y procuró sacar de sus conquistas las mayores ventajas. Su deseo constante, era de enviar riquezas á España, para indemnizar á los soberanos de sus desembolsos, satisfacer las esperanzas públicas tan exaltadas, y sobre todo, acallar las calumnias de los que sabia que volvieron á España con el propósito de dar tristísimos informes de sus descubrimientos. Trató, pues, de sacar una pronta y abundante renta de la isla, y al efecto impuso graves tributos á las provincias sometidas. En las de la Vega, en Cibao y en toda la region de las minas, cada individuo de mas de catorce años quedaba obligado á pagar por trimestre la medida de un cascabel flamenco, lleno de polvos de oro. Los caciques debian satisfacer sumas mucho mayores como tributo personal. Manicaotex, el hermano de Caonabo, quedó obligado individualmente á pagar cada tres meses media calabaza de oro, lo que ascendia á ciento cincuenta pesos. En los distritos lejanos de las minas y que no producian oro, cada individuo debia pagar una arroba de algodon por trimestre. Al entregar los individuos el tributo, se les daba por via de recibo una medalla de cobre, que debian llevar colgada del cuello; quedando sujetos á prision y castigo los que se hallaban sin este documento.

Las contribuciones y tributos impuestos de este modo eran durísimas para los naturales, que estaban acostumbrados á que les exigiesen sus caciques muy poco trabajo. Los caciques mismos hallaron aquella exaccion intolerablemente gravosa. Guarionex, el soberano de la Vega Real, representó á Colon cuanta dificultad tenia en cumplir. Su fértil y rica llanura no producia oro, y aunque las montañas limítrofes estaban llenas de minas, y los arroyos y torrentes contenian polvos de oro que se trasportaban las arenas de los rios, sus súbditos carecian de habilidad para cojerlo. En vista de estas circunstancias, preferia á pagar el tributo, cultivar con granos una estension de tierra que atravesase de mar á mar la isla, bastante, dice Las Casas, para proveer de trigo con cada cosecha á toda la Castilla por diez años.

Se rehusó su ofrecimiento. Sabia Colon que solo el oro podia satisfacer los codiciosos deseos escitados en España y popularizar sus empresas. Con todo, haciéndose cargo de la dificultad que se ofrecia á muchos indios para juntar la suma de oro que se les exigia, rebajó el tributo reduciéndolo á la mitad de un cascabel. Podria tal vez suministrar algun concepto poético, que las miserias de los pobres indios se midiesen así con los mismos juguetes que primero los fascinaron.

Para obligar al pago de los tributos y mantener sometida la isla, puso Colon sus fortalezas en estado de defensa, y erigió otras nuevas. A mas de las de Isabela y de la de Santo Tomás en las montañas de Cibao, se levantaron las de la Magdalena en la Vega real á tres ó cuatro leguas del sitio donde se fundó despues Santiago; la de Santa Catalina, cuyo local se ignora, y la de la Esperanza, en las márgenes del Yagua, en Cibao; siendo la mas importante de todas la de la Concepcion, en una de las mas fértiles comarcas de la Vega, quince leguas al Oriente de la Magdalena, que dominaba todos los estensos y ricos señoríos de Guarionex.

Así se impuso á la isla el yugo de la servidumbre. Una desesperacion profunda se apoderó de los naturales, cuando se vieron sujetos á un forzado trabajo en determinados y frecuentes períodos. Indolentes y flojos por naturaleza, no acostumbrados á ninguna especie de labor, criados en el ocio que les permitian su templado clima y fructíferas arboledas, hasta la muerte les parecia preferible á una existencia tan penosa. Sin vislumbrar un término al mal que tan repentinamente los habia sobrecogido y á cuyo influjo no podian sobreponerse, perdieron hasta la esperanza de recobrar aquella vida independiente y sencilla tan grata á los moradores de los bosques. Nada quedaba ya de su feliz existencia anterior, nada mas que los recuerdos. ¡Cuánto echaban de menos el agradable sueño á la sombra, el embeleso de la siesta, al lado del arroyo ó de la fuente, ó bajo las estendidas hojas del palmar; el canto, la danza y los juegos al declinar de la tarde, cuando los llamaba á gozar de sus sencillas diversiones el rudo tamboril indio! Tenian en vez de esto que seguir la cotidiana tarea hora por hora, con el dorso encorvado y la vista ansiosa por las márgenes de los rios, cerniendo las arenas en busca de los granos de oro, que eran cada dia mas escasos, ó á trabajar en los campos abrasados por los rayos de un sol equinoccial, para alimentar á sus señores, ó producir el tributo que se les habia impuesto. Si por casualidad se atrevian á recrearse aun con sus bailes nacionales, los cantares con que los acompañaban eran melancólicos y desgarradores. Hablaban de la felicidad de los tiempos pasados, de aquellos tiempos en que aun no les habian abrumado los blancos bajo el peso del dolor, la esclavitud y el trabajo; recitaban fingidas profecías de sus antepasados, anunciando la venida de los españoles, cubiertos de invulnerables vestimentas, con espadas capaces de dividir á un hombre de un tajo, bajo cuya servidumbre viviria su posteridad sujeta. Cantaban estos romances ó areytos con funeral cadencia, lamentando la pérdida de su libertad y su esclavitud trabajosa.

Se habian lisonjeado por algun tiempo con la idea de que la visita de los blancos seria de poca duracion, y que estendiendo sus anchas velas, volverian otra vez los buques á llevarlos al cielo. En su sencillez les preguntaban muchas veces cuando pensaban volver á Turey. Y por fin los vieron arraigándose en la isla; vieron sus buques anclados y pudriéndose en el puerto, y repartidas las tripulaciones por los contornos, levantando casas y fortalezas, cuya sólida construccion, tan diferente de la de sus humildes chacras, indicaba una residencia perpetua.

Viendo que les era imposible librarse por la fuerza de las armas de aquellos invencibles intrusos, idearon para molestarlos un medio desesperado. Sabiendo que affigia á la colonia una terrible carestía, que los españoles no contaban con mas provisiones que con las que ellos les daban, hallándose en el mismo caso las fortalezas del interior y los españoles desparramados por las ciudades, se convinieron en no cultivar los frutos, maiz y raices que formaban sus principales artículos de manutencion, y en destruir los que ya estaban creciendo, para de este modo producir una hambre tal, que echase á los estrangeros de la isla. *No conociendo*, dice Las-Casas, *la propiedad de los españoles, los cuales cuanto mas hambrientos, tanto mayor teson tienen, y mas duros son de sufrir y para sufrir*. Llevaron casi todos su plan á cabo, abandonando las habitaciones, devastando los campos y arboledas, y retirándose á las montañas, donde habia abundancia de raices y yerbas para su subsistencia, á mas de una especie de conejos llamados utias.

Esta medida produjo en efecto mucha miseria entre los españoles, quienes, sin embargo, tenian recursos del estrangero y podian soportarla, economizando las provisiones que de cuando en cuando traian sus buques. Los mas desastrosos efectos recayeron de consiguiente sobre los mismos naturales. Viendo los españoles que guardaban las varias fortalezas, que no solo no habia esperanza de tributo, sino que estaban en peligro de perecer de hambre por efecto de aquella bárbara tala y desercion repentina, persiguieron á los indios y les obligaron á trabajar de nuevo. Los que podian evadirse se guarecian en las mas estériles y áridas alturas; huyendo de guarida en guarida, las mujeres con sus hijos en brazos ó á la espalda, y todos desfallecidos de hambre y de cansancio y en incesante alarma. Les asustaban hasta los rumores de la selva ó la montaña como si oyesen los pasos de sus perseguidores; se ocultaban en húmedas y tristes cavernas; ó en anegadizas playas, ó en las márgenes de los torrentes; y no osando cazar ni pescar, ni aun aventurarse á salir en busca de raices y yerbas, tenian que satisfacer su hambre con alimentos insalubles. Así perecieron millares de ellos de hambre, de terror, de fatiga y de las varias enfermedades contagiosas que los padecimientos engendran. Al fin concluyó todo espíritu de oposicion. Los indios que quedaron, se vieron obligados á volver á sus habitaciones; y quedaron uncidos humildemente al yugo. Tan profundo terror les inspiraron sus conquistadores, que se dice que podia ir un español solo por toda la isla, consiguiendo que los mismos indios le llevasen á cuestas de un lugar á otro.

No será inoportuno, antes de pasar á otros sucesos, dar aquí noticia del destino de Guacanagarí, de quien no se vuelve á tratar en esta historia. La amistad que profesaba á los españoles, le enagenó la de todos sus compatriotas, sin librarle de los males comunes de la isla. Quedaron sus dominios, como los de los otros caciques, sujetos á un tributo, que su gente con la general repugnancia al trabajo podia difícilmente satisfacer. Colon, que conocia su mérito y hubiera podido protegerlo, estuvo ausente mucho tiempo, ya en el interior de la isla, ya sufriendo tambien injusticias en Europa. En los intervalos olvidaron los españoles la hospitalidad y servicios de Guacanagarí, y le exigieron tambien el tributo. Se vió, pues, cargado del oprobio de sus compatriotas, y asediado por los clamores y lamentos de sus súbditos. Los estranjeros á quienes habia socorrido en el infortunio, y acogido en el seno de su isla natal, se habian convertido en sus opresores y tiranos. La zozobra, el trabajo, la pobreza y la opresion, habian emponzoñado aquel suelo, y Guacanagari se consi-

derarla como el evocador de tantos males como cayeron sobre su raza. No pudiendo sobrellevar el odio de los otros caciques, las quejas de sus súbditos y las estorsiones de sus ingratos aliados, huyó al cabo á las montañas, donde murió abismado en la oscuridad y la miseria.

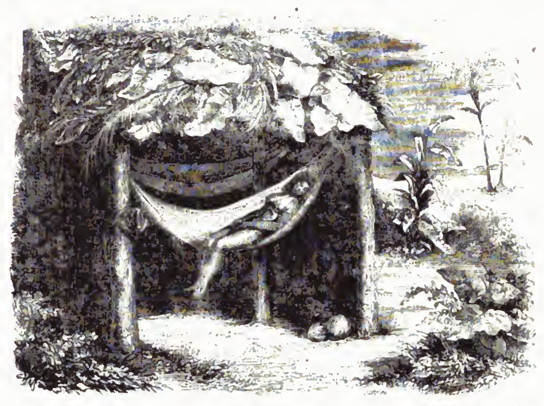
Oviedo se ha esforzado en amancillar á este príncipe indio, y en verdad que es cosa bien indigna querer disculpar la propia ingratitud denigrando el nombre ageno. Siempre manifestó Guacanagarí á sus huéspedes aquel afecto verdadero que brilla con mas resplandor en la oscuridad de la desgracia. Hubiera podido seguir mas noble senda formando causa comun con los otros caciques, y consagrándose á arrojar á los estrangeros de su suelo natal; pero le fascinaron las hazañas de los españoles y el afecto personal de Colon. Era magnánimo, liberal, hospitalario, capaz de gobernar su apacible y sencillo pueblo en los dias felices de la isla; pero á causa de la suavidad misma de su carácter, era poco á propósito para prosperar en los tumultuosos dias que sucedieron á la llegada de los blancos.

CAPITULO VIII.

INTRIGAS CONTRA COLON EN LA CORTE DE ESPAÑA. —COMISION DE AGUADO PARA INVESTIGAR LOS NEGOCIOS DE ESPAÑOLA.

(1495.)

Mientras se esforzaba Colon en remediar los males producidos por la mala conducta de Margarite y sus compañeros, aquel comandante turbulento y desleal, y su capcioso auxiliar el padre Boil, minaban su reputacion en la córte de Castilla. Le acusaron de haber engañado á los soberanos y al público con estravagantes descripciones de los paises que habia descubierto; aseguraron que era la isla Española mas bien objeto de dispendio que de provecho, é hicieron una triste pintura de los padecimientos que esperimentaban los colonos, atribuyéndolos á las medidas opresoras de Colon y de sus hermanos. Acusaban al Almirante de haber obligado á la comunidad á trabajar de una manera excesiva en épocas de debilidad y enfermedades; de detener las raciones de los individuos bajo triviales pretestos en perjuicio de su salud;



Cabaña india y hamacas.

de imponer severos y despóticos castigos corporales á los de humilde esfera, degradando y denostando á los caballeros distinguidos. No hablaban, empero, de las exigencias que habian dado márgen á aquellos trabajos extraordinarios, ni del ocio y libertinaje de la generalidad, tan dignos de represion y castigo: ni de las cábalas sediciosas de los caballeros españoles tratados mas bien con indulgencia que con severidad. Como complemento de estas quejas, pintaban el desbarajuste y desórden de la isla, debidos á la ausencia del Almirante, de quien decian que probablemente habria parecido en sus locas empresas de esplotacion por mares desconocidos y paises improductivos. A estas exageradas y falsas representaciones daba mucho peso el carácter oficial de Margarite y del padre Boil, robustecidos por el testimonio de los descontentos y holgazanes de la colonia que habian regresado con ellos á España. Muchos tenian respetables parientes, susceptibles siempre de resentirse con española altaneria de los que juzgaban abusos de un arrogante é innoble extrangero. Asi recibió la popularidad de Colon un golpe fatal, y se menoscabó desde luego. Tambien menguó la confianza que en él tenian depositada los soberanos, y se tomaron medidas que ponen demasiado en evidencia la suspicacia de Fernando.

Se determinó comisionar una persona de entera confianza, que se encargase del gobierno de la isla, si la ausencia del Almirante continuaba; y que en el caso de que hubiese vuelto, examinase para remediar los males y abusos denunciados. Fué propuesto para tan importante cargo Diego Carrillo, comendador de una de las órdenes militares; pero no hallándose este preparado para salir inmediatamente con la flota de carabelas que iba á llevar provisiones, escribieron los soberanos á Fonseca, superintendente de los negocios de Indias, á quien mandaron que enviase en los buques algun sugeto de probidad, encargado de las provisiones que llevaban, las cuales debia distri-

buirlas entre los colonos, bajo la inspeccion del Almirante, ó en su ausencia, de las autoridades de la isla. Tambien debia enterarse del modo con que la isla habia sido gobernada, de la conducta de los funcionarios, de las causas y autores de los supuestos males, y de las medidas que podrian remediarlos. Con estos informes debia volver inmediatamente para presentárselos á los soberanos; pero en caso de hallar al Almirante en la isla, sujetarlo todo á su intervencion. Otra providencia tomaron los soberanos que indica que la reputacion de Colon descendia á su ocaso. El 10 de abril de 1495 se publicó una pragmática, permitiendo á los súbditos españoles establecerse en la isla Española, y emprender por su propia cuenta viajes de tráfico y descubrimiento á las regiones del Nuevo-Mundo. Para esto se exigian ciertas condiciones.

Todos los buques debian salir precisamente del puerto de Cádiz, y bajo la inspeccion de los funcionarios señalados por el gobierno. Los que se embarcasen para Española sin paga y á su propio coste, recibirian tierras y provisiones para un año, con derecho de retener las tierras y casas que se levantasen. De todo el oro que recogiesen, podrian conservar la tercera parte, dando las otras dos á la corona. De todos los demas artículos de comercio que la isla producia, solo quedaban obligados á dar al estado la décima parte. Debian hacer sus compras en presencia de los oficiales de la corona, y entregar la contribucion real al funcionario destinado á recibirlas.

Cada buque que se diese á la vela por especulacion de particulares, quedaba obligado á recibir á bordo una ó dos personas nombradas por el gobierno. La décima parte del tonelaje del buque tambien debia quedar á disposicion del gobierno, é igualmente la décima parte de cuanto trajesen de los paises recien descubiertos. De estas ordenanzas no se excluian los bajeles que llevasen provisiones á Española.



Honores tributados á la Reina.

Por cada buque particular que saliese, Colon, en atencion al derecho de la octava parte de que gozaba, quedaba autorizado para fletar otro por su cuenta.

Esta licencia general para hacer viajes de descubrimientos, se concedió á instancia de Vicente Yañez Pinzon y de otros hábiles é intrépidos navegantes, entre los cuales habia muchos que habian navegado con Colon. Se ofrecian á hacer los viajes por su propia cuenta y riesgo. Su ofrecimiento era halagüeño y oportuno. El gobierno estaba pobre, y las expediciones de Colon, aunque gravosas, tenian un objeto demasiado importante para abandonarlas. Por el propuesto medio se presentaba una ocasion de obtener aquellas ventajas, no solo de balde, sino con cierta ganancia. Se concedió pues el permiso sin consultar la opinion ni los sentimientos del Almirante. En vano se quejó este de tal medida, que á mas de menoscabar sus privilegios, podia ser perjudicial á la sucesion de progresivos y bien organizados descubrimientos, por la opresion que ejercerian tantos aventureros audaces. Sin duda mucha parte del odio con que se miran los descubrimientos de los españoles en el Nuevo-Mundo, debe su orígen á la codicia y á los vicios de individuos particulares.

Precisamente en esta coyuntura, al principio de abril, cuando los intereses de Colon estaban en tan crítico estado, llegaron á España los buques mandados por Torres, con noticias de la vuelta del Almirante á Española, de su viaje por las costas de Cuba, de las declaraciones y auto que mostraba ser aquel el extremo del continente asiático, y que habia llegado hasta los confines de los mas ricos paises del Oriente. Tambien traian muestras de oro y varios animales y curiosidades vegetales, adquiridas en este viaje. Este arribo no podia ser mas oportuno. Con él acabaron todas las dudas relativas á la existencia del Almirante, y á la necesidad de parte de las medidas de precaucion que iban á tomarse. Los supuestos descubrimientos de las ricas costas del Asia dieron tambien un pasajero explendor á sus empresas, y despertaron de nuevo la amortiguada gratitud de los soberanos. El efecto se marcó desde luego en sus providencias

En vez de dejar á la discrecion de Juan Rodriguez de Fonseca el nombramiento que mas oportuno le pareciese para la comision de investigaciones que habia de ir á Española, retractaron aquel poder, y nombraron á Juan Aguado.

Juan Aguado fue elegido, porque al volver de Española le habia Colon recomendado altamente al favor real, por lo que se creyó dar al Almirante una prueba de consideracion nombrando para la comision la misma persona de quien él habia expresado opinion tan ventajosa, pues debia suponerse que tendria para con su protector el miramiento que la gratitud reclama.

Fonseca, en virtud de su empleo de superintendente de los negocios de las Indias, y probablemente para halagar su propia animósidad contra Colon, habia detenido una cantidad de oro, que D. Diego, el hermano del Almirante, traia por su propia cuenta. Los soberanos le escribieron repetidas veces, mandándole no detener el oro, ó devolverlo sin demora con explicaciones satisfactorias, y que le escribiese á Colon en términos que pudiera apaciguar la carta el resentimiento que debió haberle causado su conducta. Se le mandó tambien consultar á los recien venidos de Española sobre el modo de complacer al Almirante, y que tratase de conseguirlo en todas sus disposiciones. Sufrió Fonseca con tales prevenciones una de las mas severas humillaciones que puedan herir á un arrogante, cual es la de verse obligado á dar satisfaccion por la altivez de sus procedimientos. Pero esto mismo dió nuevo pábulo al odio que habia concebido contra el Almirante y su familia. Por desgracia, su cargo público y la confianza real que tan injustamente gozaba, le prestaron ocasiones de satisfacer su rencor por mil vias insidiosas.

Mientras se esforzaban así los soberanos en evitar todo acto que pudiera descontentar á Colon, tomaron ciertas medidas para la tranquilidad de la colonia. Mandaron en una carta al Almirante que se limitase á quinientas el número de las personas que debian quedar en Española, siendo estas bastantes para su servicio, y las demas un fardo inútil. Para impedir el descontento futuro respecto á los víveres, mandaron que se repartiesen los comestibles cada quincena; y que no consistiese ningun castigo en acortar ó quitar las raciones, por ser esto fatal á la salud de los colonos, que necesitaban buenos alimentos para robustecerse y no ser víctimas de las enfermedades inherentes á un clima extraño.

Un hábil y experimentado metalúrgico, llamado Pablo Belvis, fue á ocupar la plaza del necio Fermin Cado. Llevaba consigo todas las máquinas é implementos necesarios para minar, ensayar y purificar los metales preciosos; y se le concedió un crecido sueldo á mas de muchos privilegios. Tambien se embarcaron varios eclesiásticos para reemplazar al padre Boil, y á algunos otros sacerdotes que deseaban salir de la isla. La enseñanza y conversion de los indios continuaba llamando mas y mas la generosa atencion de la reina. En los buques de Torres llegaron muchos de ellos, apresados en las recientes guerras de los caciques. Una real órden mandó que se vendiesen como esclavos en los mercados de Andalucía, segun era costumbre hacerlo con los negros de la costa de Africa y los prisioneros hechos en la guerra de Granada. Pero á Isabel la habian interesado profundamente las descripciones del carácter hospitalario y bondadoso de aquellos isleños. Los descubrimientos se hicieron bajo sus auspicios; se creia patrona especial de los pueblos del Nuevo-Mundo, y anticipaba con piadoso entusiasmo la gloria de conducirlos desde las tinieblas á los senderos de la luz. Se resistia su ánimo compasivo á tratarlos como esclavos, á pesar de las costumbres de aquel tiempo. Cinco dias despues de la real órden para la venta, escribieron los soberanos al obispo Fonseca, suspendiendo aquel mandato hasta que se averiguase la causa porque habian sido los indios hechos prisioneros, y se consultase á los teólogos si seria su venta lícita á los ojos de Dios. Muchas opiniones diversas emitieron los doctos sobre este asunto y la reina lo decidió definitivamente segun el dictámen de su ilustrada conciencia y caritativo corazon. Mandó que se volviesen los indios á su pais natal, y que se cautivase la benevolencia de los isleños por medios suaves, y no tratamientos severos. Desgraciadamente llegaron sus órdenes demasiado tarde á Española para conseguir el deseado efecto. Las escenas de guerra y violencia producidas por las pasiones de los colonos y la venganza de los naturales no se habian olvidado. Ninguna medida posterior podia apagar la mútua desconfianza é intensa animosidad que ardia entre ellos.

CAPITULO IX.

LLEGADA DE AGUADO A LA ISABELA. — SU CONDUCTA ARROGANTE. — TEMPESTAD EN EL PUERTO.

(1495).

Salió Juan Aguado de España al fin de agosto con cuatro carabelas, bien provistas de comestibles de todas clases para la colonia. D. Diego Colon volvió á Española en la misma flota. Llegó á Isabela el mes de octubre, mientras ausente el Almirante se ocupaba en restablecer la tranquilidad interior. Aguado, como llevamos dicho, debia favores al Almirante, quien le habia distinguido entre sus compañeros, recomendándole á los soberanos. Pero era uno de aquellos hombres débiles, cuyas cabezas se trastornan á la menor elevacion. Engreido con su pequeña autoridad personal, se olvidó, no solo del respeto y gratitud que debia á Colon, sino que tambien de la naturaleza de su propio cometido. En vez de obrar como un mero agente destinado á recojer informes, tomó un tono de autoridad como si las riendas del gobierno hubiesen pasado á sus manos. Empezó interviniendo en los asuntos públicos; mandó prender varias personas: exigió cuentas de los oficiales empleados por el Almirante; y prescindió completamente de la autoridad de D. Bartolomé Colon, gobernador durante la ausencia de su hermano. El Adelantado, á quien sorprendió tanta presuncion, pidió le manifestase la patente con que obraba: pero Aguado le replicó con arrogancia que solo pensaba mostrársela al Almirante. Despues de un momento de reflexion, para acabar de fascinar el espíritu público respecto del derecho de intervencion que usaba, mandó que las credenciales de los soberanos se proclamasen pomposamente al son de trompeta. Eran aunque breves, muy expresivas, reduciéndose á lo siguiente: «Caballeros, escu»deros y otras personas que por nuestras órdenes es»tais en las Indias, os enviamos á Juan Aguado, nues»tro caballerizo, que os hablará de parte nuestra. Os »mandamos darle entera fé y crédito.»

Circularon desde luego rumores de que la caida de Colon y su familia estaba muy próxima, y de que habia llegado un auditor, con poderes omnímodos para remediar los males públicos. Esta voz procedió del mismo Aguado, quien dijo en tono amenazador que iba á hacer rígidas investigaciones y ejemplares castigos. Empezaba pues á lucir el dia del triunfo de la iniquidad. Cada criminal se convertia en un acusador; todos los que por culpa ó negligencia habian sufrido las saludables correcciones de las leyes, clamaban altamente contra el despotismo de Colon. Habia hartos males en la colonia inherentes algunos á su situacion, y otros debidos al mal modo de proceder de los colonos; y todos se atribuyeron á la mala administracion del Almirante, á quien hacian responsable hasta de los males que causaban ellos mismos, y de sus severos medios de curarlos. Todas las quejas in-

veteradas se renovaron contra él y sus hermanos, diciendo, como de ordinario, que eran extrangeros, y que solo tendian á engrandecerse á expensas de los españoles.

Sin talento para distinguir lo que habia de verdadero y de falso en aquellas quejas, y ansioso de condenar, veia Aguado solamente testimonios concluyentes de la culpabilidad de Colon. Hasta dió á entender, y lo creia quizá de buena fé, que el Almirante permanecia lejos de Isabela por miedo de sus investigaciones. En su presuncion hasta resolvia salir con un cuerpo de caballería para buscarlo. El hombre miserable y débil, cuando llega á lograr poder, suele emplear para ejercerlo instrumentos de su propio genero. Los arrogantes y necios subalternos de Aguado hacian cundir por todas partes la voz entre los indios de que su caudillo era un personage de inmensa importancia, y que pensaba castigar á Colon severamente. Poco tardó en circular por toda la isla el rumor de que habia llegado un nuevo almirante para gobernarla, y que al antiguo se le iba á castigar con la pena capital.

Colon tuvo noticia hallándose en el interior de la isla, del arribo é insolente conducta de Aguado. Inmedialamente se dirigió á Isabela para buscarlo, y Aguado regresó tambien al saber su venida. Como todos conocian el elevado ánimo de Colon, la alta opinion que justamente tenia de sus propios servicios, y el celo con que mantenia su dignidad, auguraban una violenta explosion en la entrevista. Aguado la auguraba tambien, pero escudado en sus credenciales régias, contemplaba los resultados con la audacia de los ánimos pequeños. Las consecuencias mostraron cuán difícil es para las almas bajas y mezquinas prever la conducta de un hombre como Colon, en situaciones difíciles. Su calor é impetuosidad natural se habian templado en una vida de pruebas y desengaños; habia aprendido á hacer las pasiones esclavas del juicio; tenia un concepto demasiado fundado de su propia dignidad para entrar en contestaciones con un charlatan imprudente, y sobre todo, reverenciaba profundamente la autoridad de sus soberanos, porque en su ánimo ardiente, inclinado á respetuosos sentimientos, su lealtad era inferior solo á su religion. Recibió á Aguado, pues, con la mayor cortesía. Aguado repitió la estrepitosa ceremonia de antes, mandando que se proclamasen de nuevo sus credenciales al son de trompetas y en presencia del pueblo. Colon las escuchó con solemne deferencia, y aseguró á Aguado que se hallaba siempre dispuesto á cumplir la voluntad de sus soberanos, cualquiera que fuese.

Esta moderacion inesperada sorprendió á la generalidad y desconcertó á Aguado, que dispuesto á una escena de altercados, esperaba que Colon, en el calor é impaciencia del momento, diria ó haria algo que pudiese presentarse mas ó menos violentamente como injurioso á la autoridad de los soberanos. Quiso, en efecto, algunos meses despues, hacerse por medio de los escribanos públicos que se hallaban presentes, con un informe capcioso de la entrevista; pero la deferencia del Almirante por las cartas reales habia sido demasiado notable para poderse bastardear, y todos los testimonios le fueron altamente favorables. Aguado continuó mezclándose en los negocios públicos, y el respeto con que le trató siempre Colon, y su moderacion en todas sus medidas para apaciguar la colonia, se tomaron como pruebas de su falta de valor moral. Le consideraba el público como caido, y á Aguado como destinado á reemplazarle. No hubo espíritu bajo en la isla, que teniendo real ó imaginaria causa de queja, no se apresurase á manifestarla, y de este modo al paso que daban todos satisfaccion á la malicia, promovian sus intereses; pues disfamando su Almirante, se cautivaban la amistad de Aguado.

Tambien los pobres indios, oprimidos por el dominio de los blancos, veian con placer toda mudanza de gobierno, esperando algun paliativo en sus padecimientos. Muchos de los caciques que habian prometido someterse al Almirante despues de la derrota de la Vega, se juntaron en casa de Manicaotex, el hermano de Caonabo, cerca del rio Yagui, desde donde dieron una queja formal contra Colon, atribuyéndole todos los males que procedieron de la desobediencia y vicios de sus subalternos.

Aguado consideró concluido el grande objeto de su mision. Habia juntado suficientes informes, segun él creia, para asegurar la ruina del Almirante y de sus hermanos, y se preparó para volver á España. Colon resolvió hacer lo mismo. Conocia que habia llegado el momento de presentarse en la córte, para disipar la tormenta que la calumnia estaba formando contra él. Tenia adversarios tan activos como influyentes ocupados en minar su reputacion y en desacreditar sus empresas; y en su calidad de extrangero, carecia de verdaderos amigos en la córte, que le salvasen de estas maquinaciones. Temia ademas que las calumnias produjesen en el ánimo real efectos fatales á los progresos de sus descubrimientos, y por todas estas razones se hallaba deseosisimo de volver á España para esplicar las causas verdaderas de que no hubiesen producido aun sus empresas las ventajas que de ellas se esperaban. Despues de haber estado por espacio de tantos años persuadiendo al género humano de que habia un mundo que descubrir, tenia casi igual trabajo en convencerle de que era útil el descubrimiento. Este es uno de los rasgos mas singulares de su historia.

Cuando los buques estaban próximos á zarpar, descargó sobre la isla una terrible tormenta, uno de aquellos negros torbellinos que á veces se levantan entre los trópicos, y que llaman los indios *furicanes*, nombre que con corta variacion conservan todas las lenguas. A cosa del medio dia se levantó un furioso viento de Levante precedido de densas masas de nubes y vapores. Encontrándose con otro viento tempestuoso del Occidente, produjeron los dos un violento choque. Rasgaban las nubes incesantes relámpagos, ó mas bien corrientes de fuego eléctrico. A veces se hacinaban formando altas pirámides; otras bajaban á la tierra llenando el aire de una oscuridad medrosa mas cerrada que las tinieblas de la media noche. Por donde quiera que pasaba el torbellino arrasaba bosques enteros, desnudando todos los árboles de hojas y ramas; troncos de formidable tamaño, que resistian á su impulso, caian arrancados de raiz y eran lanzados á grandes distancias. Arboledas enteras se derrumbaron de los precipicios de las montañas, arrastrando consigo enormes y pedregosos fragmentos, que con horrible estruendo se sepultaban en los valles atajando la corriente de los rios. Los bramidos aterradores del aire azotando las selvas, el retumbo de los truenos, el estrépito de las piedras y árboles y rocas que se hundian, arredraron todos los corazones como si hubiese llegado la hora de la destruccion del mundo. Algunos se refugiaron en las cavernas, porque ya no existian sus frágiles mansiones; y estaban llenos los aires de ramas, árboles y hasta rocas que llevaba en su seno la tempestad. Cuando el huracan desplegó en el puerto sus estridentes alas, rompió los cables de los buques, echó tres de ellos á pique con cuanto tenia á bordo. Otros chocaron entre sí y salieron despedazados á la playa vomitados por las olas, que en algunos sitios penetraron tres ó cuatro millas dentro de tierra. Duró el temporal tres horas. Cuando cesó y salió el sol de nuevo, se miraban los indios unos á otros con muda admiracion y horror. Jamas, segun las tradiciones de sus antepasados, habia visitado la isla tan espantosa tormenta. Creian que la Deidad enviaba aquel terrible azote para castigar las crueldades y crímenes de los blancos; y afirmaban

que ellos mismos habian movido el aire, el agua y la tierra para perturbar su vida apacible y desolar su isla.

CAPITULO X.

DESCUBRIMIENTO DE LAS MINAS DE HAYNA.

(1496.)

El huracan dió fin á las cuatro carabelas de Aguado y á otras dos que habia ancladas en el puerto. El único buque que sobrevivió fue la Niña, y aun este quedóen malísimo estado. Colon dió órdenes para que se reparasen inmediatamente sus averías, y se construyese otra carabela con los restos de las antiguas. Mientras esperaba que estuviesen prontas para hacerse á la vela, le llegaron nuevas de algunas ricas minas de oro en el interior de la isla, cuyo descubrimiento se debia á un incidente bastante romántico. Un aragones jóven, llamado Miguel Diaz, que militaba á las órdenes del Adelantado, habiendo tenido desavenencias con otro español, lo desafió é hirió peligrosamente. Temiendo las consecuencias, huyó de colonia, con cinco ó seis compañeros que habian tenido parte en la querella, ó eran amigos suyos. Errando sin guia por la isla, llegaron por fin á un lugar indio, en la costa del Sur, cerca de la desembocadura del Ozema, donde está hoy la ciudad de Santo Domingo. Los recibieron bondadosamente los naturales hospedándolos por algun tiempo. La ciudad estaba mandada por una mujer, que pronto se sintió arder en amor por el jóven aragones. Diaz correspondió á su cariño; las relaciones se estrecharon mas y mas, y ambos vivieron una temporada juntos y dichosos. La memoria de su patria y de sus amigos empezó sin embargo á atormentar el corazon del español. ¡Es tan triste estar desterrado de la vida social, y de la comunion de nuestros compatriotas! Deseaba volver al establecimiento, pero temia el castigo que le esperaba. Su esposa india viéndolo con frecuencia triste y amarrido, penetró con la viveza de una amante la causa de su melancolía. Temerosa de que la abandonase para recobrar la compañía de sus compatriotas, estudió los medios oportunos para atraer á los españoles á aquella parte de la isla. Sabiendo que era el oro lo que mas escitaba la codicia de los blancos, dió conocimiento á Diaz de ciertas minas ricas que habia en la vecindad. Le propuso que persuadiese á sus paisanos á abandonar las estériles é insalubres cercanías de Isabela, y á establecerse en las fértiles márgenes del Ozema, prometiéndole que serian recibidos con la mas cordial hospitalidad. Acogió Diaz con entusiasmo esta idea. Hizo averiguaciones acerca de las minas y se convenció de que abundaban en oro. Observó la feracidad y belleza del pais, la escelencia del rio y la seguridad del puerto en que desembocaba. Se lisonjeó de que la comunicacion de tan buenas nuevas le obtendria el perdon del Adelantado. Con estas esperanzas tomó algunos guias de entre los naturales, y despidiéndose de su amada por breve tiempo, salió con sus compañeros por en medio de los desiertos para la colonia, que distaba unas cincuenta leguas. Supo con júbilo al llegar que su adversario habia curado de la herida, lo que le inspiró nuevo valor para presentarse al Adelantado, pensando, como hemos dicho, que sus noticias le procurarian el perdon. No se equivocó. El Almirante deseaba mudar la colonia á situacion mas sana y ventajosa, y queria ademas llevar á España pruebas concluyentes de la riqueza de la isla, como el mas eficaz medio de imponer silencio á los depresores de su honra. Siendo ciertas las noticias de Miguel Diaz, podia satisfacer ambos deseos. Tomó inmediatamente medidas para averiguar la verdad, saliendo él en persona para visitar el rio Ozema, acompañado de Miguel Diaz, Francisco de Garay, los guias indios y algunos soldados bien armados. Pasó de Isabela á la Magdalena, y de allí, atravesando la Vega Real, al fuerte de la Concepcion. Continuando despues hácia el sur, llegó la comitiva á una sierra que atravesó por un desfiladero de dos leguas de largo, y descendió á la bella llanura de Bonao. Poco tardó en llegar al rio Hayna, que regaba un fértil pais y cuyas corrientes contenian todas mucho oro. En la márgen occidental de este rio, á ocho leguas de su embocadura, halló el Adelantado oro mas abundante y en partículas mayores que cuantas habia visto en parte alguna de la isla, inclusa la provincia de Cibao. Todos los esperimentos que hicieron los espedicionarios en varios lugares á unas seis millas en contorno fueron coronados de un buen éxito. El suelo parecia generalmente impregnado de oro; de suerte que un trabajador vulgar, con moderados esfuerzos, podia juntar diariamente tres dracmas. En muchos sitios observaron profundas escavaciones á manera de pozos, que parecian indicar que se habian esplotado las minas en tiempos antiguos; circunstancia que les causó mucha admiracion, por no conocer los naturales la mineralogía, y no estraer mas que las partículas que hallaban en la superficie del suelo ó en los lechos de los rios.

Los indios de los contornos recibieron á los blancos con su prometida amistad, y resultaron exactos en todos conceptos los informes de Miguel Diaz. No solo fue perdonado, sino que obtuvo gran favor, empleándole en varias funciones que desempeñó siempre con celo y fidelidad. Guardó constante fé á su mujer india, de quien, segun Oviedo, tuvo dos hijos. Charlevoix supone que estaban legalmente casados, y que seguramente se bautizó la potentada, pues se la designó constantemente con el nombre cristiano de Catalina.

Cuando volvió el Adelantado con tan favorable informe y con las muestras de oro, descansó el agitado pecho del Almirante. Dió órdenes para que se erigiese desde luego una fortaleza en las márgenes del Hayna, en las cercanías de las minas, y para que se esplotasen estas con actividad. Las aparentes trazas de antiguas escavaciones dieron nuevo alimento á sus doradas congeturas. Ya habia creido antes que podia ser Española el antiguo Ofir. Entonces se lisonjeaba de haber descubierto las mismas minas de donde sacaba el rey Salomon el oro para la edificacian del templo de Jerusalen. Suponia que sus buques habrian pasado por el golfo de Persia, y cerca de Trapobana para llegar á esta isla, que segun su idea, estaba enfrente del extremo del Asia, porque tal creia firmemente que fuese Cuba.

Es probable que en estas congeturas Colon concedia libre vuelo á la fantasía por el lustre que á sus empresas daban, y por lo mucho que podrian vivificar el amortiguado interes del público. Confesando, empero, su error en considerarse cerca del Asia, error muy natural en el imperfecto estado de la ciencia geográfica, todas las suposiciones consecuentes estaban muy lejos de poderse llamar extravagantes. El antiguo Ofir se creia situado en el Oriente; pero su posicion precisa era punto de controversia entre los doctos, y es aun una de aquellas dudosas cuestiones, acerca de las cuales se ha escrito demasiado para que sea posible aclararlas jamas.

LIBRO IX.

CAPITULO PRIMERO.

VUELTA DE COLON A ESPAÑA CON AGUADO.

(1496.)

Estando ya concluida la nueva carabela, llamada Santa Cruz, y reparada la Niña, tomó Colon disposiciones para su inmediata partida, ansioso de libertarse de la petulancia de Aguado, y de sacar de la colonia una turba de facciosos y descontentos. Nombró á su hermano D. Bartolomé comandante de la isla, con

el título que ya le habia concedido de Adelantado, debiendo sucederle en el caso de su muerte su hermano D. Diego. El 10 de marzo las dos carabelas, en una de las cuales se embarcó Colon, y en la otra Aguado, se hicieron á la vela para España. A consecuencia de las órdenes de los soberanos, todos los que no eran necesarios en la isla, y algunos que deseaban visitar á sus parientes en España, volvieron en las carabelas, que conducian doscientos y veinte pasageros, enfermos, ociosos, libertinos y turbulentos habitantes de la colonia. Jamas volvió de tierra de promision chusma mas miserable ni mas desengañada.

Tambien iban á bordo treinta indios, entre ellos el antes temible cacique Caonabo, y un hermano y sobrinos suyos. El cura de los Palacios afirma que Colon habia prometido al cacique y á su hermano volverlos á su pais y á su poder, despues de haber visitado á los reyes de Castilla. Tal vez esperaba Colon, manifestándoles las maravillas de España, la grandeza y fuerza de sus soberanos, y por medio de un trato benévolo, grangearse su amistad, y convertirlos en importantes instrumentos para conseguir en la isla un dominio pacífico y seguro. Caonabo, empero, era una de aquellas naturalezas vigorosas y fieras que no pueden ser domadas. Permaneció en el cautiverio sañudo y amarrido. Tenia demasiada penetracion para no comprender que su gloria se habia eclipsado para siempre; pero conservó su altaneria en medio de su despecho.

No práctico aun Colon en la navegacion de aquellas mares, en vez de tomar el rumbo del Norte, para llegar al término de los vientos occidentales; tomó al dejar la isla el rumbo del Oriente. Le sugirió esta idea la circunstancia de haber pasado casi todo el viaje luchando trabajosamente contra los vientos constantes y las calmas que prevalecen entre los trópicos. El 6 de abril estaba aun en las inmediaciones de las islas caribes, con sus tripulaciones fatigadas y enfermizas, y las provisiones que iban escaseando; por lo que viró al Sur, para tocar á la mas importante de aquellas islas, y buscar en ella provisiones. El sábado 9 ancló en Marigalante, y al dia siguiente se hizo á la vela para Guadalupe. Era contrario á su costumbre levar anclas en domingo cuando se hallaba en el puerto, pero la gente murmuraba diciendo que cuando se trataba de comer, no era oportuno andarse en escrúpulos de dia de fiesta.

Anclando en la isla de Guadalupe, se envió á tierra el bote bien armado, para prevenir cualquier ataque de aquellas marciales gentes. Antes de llegar á tierra, salió de los bosques para oponerse al desembarco multitud de mujeres denodadas, armadas con arcos y flechas y adornadas con plumas. Como la mar era gruesa y grande la resaca, se mantuvieron lejos los botes, y dos indios de Española fueron nadando á la orilla. Habiendo esplicado á las Amazonas que los españoles solo buscaban provisiones, y que por ellas darian artículos de mucho valor, se refirieron las mujeres á sus maridos, que estaban al estremo Norte de la isla. Al ir allí los botes, aparecieron en la costa numerosas bandadas de indígenas, manifestando la mayor ferocidad, lanzando terribles alaridos y descargas de saetas, que afortunadamente caian al agua mucho antes de llegar al bote. Pero como este seguia acercándose á tierra, se ocultaron en un bosque, precipitándose con horribles gritos sobre los españoles en el momento de desembarcar. Una descarga de armas de fuego los hizo retroceder aterrados á las selvas y montañas, y no halló el bote mas oposicion. Entraron en sus desiertas habitaciones los españoles, y empezaron á destruir y robar, contra las precisas órdenes del Almirante. Entre otros artículos hallaron miel y cera, que supone Herrera habria venido de tierra firme; pues aquellas gentes aventureras traian de sus espediciones los productos de paises distantes. Fernando Colon dice que tambien habia hachas de hierro en sus casas: pero probablemente eran de una especie de piedra dura y pesada, que, como ya se ha dicho, se parecia bastante al hierro, ó se las habrian procurado de sitios visitados préviamente por los españoles, pues está generalmente admitido que no habian los indios usado jamas hierro antes del descubrimiento. Los marineros dijeron tambien, que en una casa habian visto un brazo humano asándose al fuego en un asador. Este es otro de aquellos hechos repugnantes que requieren autoridad mas sólida para merecer crédito. Los marineros habian cometido odiosas devastaciones y tal vez buscaron este pretesto para cohonestar su conducta á los ojos del Almirante.

Mientras en tierra se empleaba alguna gente en acopiar leña y agua, y hacer pan de casaba, despachó Colon á cuarenta hombres bien armados, para explorar el interior de la isla. Volvieron los espedicionarios al dia siguiente con diez mujeres y tres niños que habian capturado. Las mujeres eran robustas y ágiles, venian desnudas, con el cabello largo y suelto por la espalda. Entre ellas se hallaba la esposa de un cacique, mujer de considerables fuerzas y varonil resolucion. Al acercarse los españoles, habia huido con tal velocidad que al poco tiempo dejó muy distantes á sus perseguidores, esceptuando á un isleño natural de las Canarias, célebre por su estremada ligereza. Hubiera á pesar de todo escapado tal vez, pero viendo que la perseguia un hombre solo, le hizo cara repentinamente, le asió con maravillosa fuerza, y le hubiera ahogado, á no llegar los españoles, que la apresaron empeñada en la lucha. El espíritu belicoso de las mujeres caribes, y la circunstancia de hallarlas regimentadas y armadas defendiendo las fronteras en ausencia de sus maridos, inspiraron á Colon repetidas veces la errónea idea de que algunas de aquellas islas estaban habitadas solo por mujeres; error en que, como hemos visto le habian hecho incurrir de antemano los cuentos de Marco Polo, respectivos á la isla de las Amazonas, cerca de la costa del Asia.

Habiendo permanecido varios dias en estas islas, y reunido pan de casaba para tres semanas, se preparó Colon á zarpar. Como Guadalupe era la mas importante de las islas caribes, y hasta cierto punto la llave de las otras, trató de asegurarse la amistad de sus habitantes. Libertó al efecto á todos los prisioneros y les colmó de dádivas para compensar los destrozos que se habian hecho. La mujer del cacique no quiso volver á tierra, prefiriendo quedarse en compañía de los naturales de Española que iban á bordo, y se llevó consigo á una hija jóven. Se habia enamorado de Caonabo, desde que supo que era natural de las islas Caribes. El carácter é historia del célebre cacique, habian cautivado el corazon de aquella mujer intrépida.

Saliendo de Guadalupe el 20 de abril, y manteniéndose á unos veinte y dos grados de latitud, las carabelas se abrieron de nuevo su trabajoso camino contra la corriente de los vientos constantes, de modo que el 20 de mayo, despues de un mes de fatiga, aun les quedaba que hacer una gran parte de su viaje. Las provisiones escaseaban ya de tal modo, que Colon redujo la racion de todos los individuos que habia á bordo á seis onzas de pan y cuartillo y medio de agua al dia: á medida que avanzaban, era mayor y mas severa la escasez, pareciendo mucho mas terrible por ignorarse la verdadera situacion de los buques. Iban muchos pilotos en las carabelas; pero estando principalmente acostumbrados á la navegacion del Mediterráneo, ó de las costas Atlánticas, se hallaban completamente desorientados, y no sabian hacer sus cálculos en una travesia por el ancho Océano. Cada cual tenia su opinion particular, y to-

dos prescindian de la de Colon. A principios de junio reinaba á bordo un hambre general. En el horror de sus padecimientos, cuando todos veian próxima la muerte, propusieron algunos españoles desesperados dar la muerte á los prisioneros indios para mantenerse con su carne; otros aconsejaron que se les arrojase al mar, para librarse de tantas bocas dispendiosas é inútiles. Solo la autoridad de Colon pudo impedir la perpetracion de este acto. Les recordó que los indios eran sus prójimos, que muchos habian como ellos mismos recibido el agua bautismal, y que todos tenian derecho á recibir el mismo trato. Los exhortó á la paciencia, asegurándoles que pronto verian tierra, pues segun los cálculos no podian estar lejos del Cabo de San Vicente. Todos se burlaron de su opinion, creyéndose aun muy lejos de su patria; pues afirmaban algunos que estaban en el canal de Inglaterra, y otros cerca de las costas de Galicia. Cuando el Almirante, en la conciencia de su saber, mandó que cargasen velas por la noche, para no llegar en la obscuridad á tierra, la tripulacion murmuró diciendo que era mejor estrellarse en las costas, que perecer de hambre en la mar. A la otra mañana vieron con inesplicable gozo la tierra que Colon habia predicho. Desde entonces le miraban los marineros como un oráculo en materias de navegacion, y confesaban que estaba el Almirante iniciado en los misterios del Océano.

El 11 de junio anclaron los bajeles en la bahía de Cádiz, despues de un penoso viaje de ocho meses, durante el cual espiró el desgraciado Caonabo. Solo se sabe esta circunstancia, por alguna observacion accidental de los escritores contemporáneos, que hablan de ella como de un suceso insignificante. Caonabo conservó hasta lo último su altivo carácter, pues se atribuye su muerte á la profunda melancolía que se apoderó de él, al verse caido y humillado (1). Fue hombre estraordinario en la vida salvaje. De simple guerrero caribe, se habia elevado por sus empresas y valor á la categoría de primer cacique de la populosa isla de Hayti. Fue el único caudillo que manifestó la insuficiente sagacidad para prever los efectos fatales de la ascendencia española, y que desplegó talento militar para con sus combinaciones resistir sus ataques. Si sus guerreros hubiesen tenido su intrepidez, la guerra hubiera sido formidable. Aunque en pequeña escala sus vicisitudes, son una leccion importante. Cuando los españoles llegaron por primera vez á la costa de Hayti, sus imaginaciones se inflamaron al oir hablar de la magnificencia de un príncipe del interior, el señor de la casa de oro, el soberano de las minas de Cibao, que con espléndida suntuosidad reinaba en sus montañas; al poco tiempo aquel príncipe se vió desnudo y abatido, prisionero á bordo de una de las carabelas, sin mas persona que compadeciese sus infortunios que una de sus salvajes heroinas. Toda su importancia se desvaneció con su libertad: apenas se habla de él durante su cautiverio; y aunque adornado de las mas elevadas cualidades pereció aherrojado y oscuramente, como el hombre mas miserable.

CAPITULO II.

DESCENSO DE LA POPULARIDAD DE COLON EN ESPAÑA.—RECIBIMIENTO QUE LE HICIERON LOS SOBERANOS EN BURGOS.—PROPONE OTRO VIAJE.

La envidia y la iniquidad consiguieron al cabo desmoronar la popularidad de Colon. Es imposible mantener vivo por mucho tiempo el interes del público, aun cuando se hagan milagros. El mundo prodiga fácilmente su admiracion; pero pronto su entusiasmo se entibia, duda de la justicia de sus aplausos, y sospecha que se le han defraudado los que concedió tan liberalmente. Entonces el caviloso, que permaneció mudo delante de la general aclamacion, lanza simuladamente una sujestion insidiosa, mina é infama el mérito del favorecido, y logra al fin hacerle objeto de censura y sospechas cuando no de absoluta aversion. En menos de tres años se habia familiarizado el público con los estupendos prodigios de un mundo recien descubierto, y estaba ya preparado para recibir cualquier insinuacion derogatoria de la fama del descubridor y de sus empresas.

Las circunstancias que acompañaban la actual llegada de Colon, no eran las mas propias para disipar las preocupaciones del vulgo. Cuando desembarcó la turba de marineros y aventureros, que se habian embarcado con tan ardientes y extravagantes esperanzas, en vez de un gentío alegre, que salta de gozo por la playa, lisonjeando con su buen éxito, y cargado de los despojos de las doradas Indias, se vió desembarcar una débil comitiva de miserables, estenuados por las enfermedades de la colonia y las fatigas del tránsito, y sellados los amarillos rostros, dice un escritor antiguo, con el escarnio de aquel oro objeto de su busca, que nada mas contaban del Nuevo-Mundo que historias de enfermedades, pobreza y desengaños.

Colon se esforzó en mitigar el efecto de aquellas desfavorables apariencias, y vivificar el amortiguado entusiasmo público. Habló con detencion de la importancia de sus recientes descubrimientos por la costa de Cuba, diciendo que habia llegado cerca del Aureo Quersoneso de los antiguos, y á los lindes de algunas de las mas ricas comarcas del Asia. Jactábase sobre todo de su descubrimiento de las ricas minas del Sur de Española, persuadido de que eran las del antiguo Ofir. El público escuchaba estas narraciones con sarcástica incredulidad, y si se dejaba alucinar un instante pronto le sacaban de su fascinacion las tristes pinturas de los desengañados aventureros.

En el puerto de Cádiz encontró Colon tres carabelas mandadas por Pedro Alonso Niño, próximas á partir con provisiones para la colonia. Casi un año habia trascurrido sin recibir socorro de esta especie, por haberse perdido en la costa de la península cuatro carabelas que salieron en enero anterior. Habiendo leido Colon las cartas y despachos reales de que era portador Alonso Niño, é informándose de los deseos de los soberanos y del estado del espíritu público, escribió por los mismos buques al Adelantado encomendándole que por todas los medios posibles pusiese la isla en paz y en estado de explotacion productiva para tranquilizar de este modo á los descontentos, y que capturase y enviase á España los caciques y súbditos indios que tuviesen parte en la muerte de algun colono. Le encargaba la mayor actividad en la exploracion y explotacion de las minas recien descubiertas cerca del rio Hayna, mandándole establecerse en sus inmediaciones, y fundar un puerto de mar. Pedro Alonso Niño se dió á la vela con tres buques en 17 de junio.

Habiendo los soberanos tenido noticia del arribo de Colon, le escribieron en 12 de julio de 1496, una carta de bien venida, convidándole á pesar á la córte cuando hubiese descansado. Los términos halagüeños en que estaba concebido este documento tranquilizaron el ánimo de Colon, que desde la mision del arrogante Aguado se consideraba despojado del favor de los soberanos y caido en desgracia. Como prueba del abatimiento de su espíritu se refiere, que cuando

(1) Cura de los Palacios, c. 131 —Pedro Mártir, déc. I, l. v.—Han afirmado algunos que Caonabo pereció en una de las carabelas que naufragaron durante el huracan: pero el testimonio unánime del Cura de los Palacios, de Pedro Mártir y de Fernando Colon prueba que se hizo a la vela con el Almirante en su viaje de vuelta.

se presentó aquella vez en España, vestia un humilde traje, compuesto solo de una túnica franciscana y una cuerda alrededor de la cintura, habiéndose dejado crecer la barba, de modo que parecia un fraile. Seria esto probablemente en cumplimiento de algun voto hecho en momentos de angustia ó de peligro: costumbre característica de aquella época, con frecuencia observada por Colon. Pero es lo cierto que daba muestras de mucha humildad y abatimiento, lo que hacia notable contraste con su aparicion al volver triunfante del primer viaje. Estaba destinado, en efecto, á dar contínuas pruebas de los reveses á que están sujetos los que se lanzan desde la medianía á las fluctuaciones y vaivenes de la opinion popular. Por indiferente que le hubiese sido á Colon su porte ó traje, ansiaba mantener vivo el interes de sus descubrimientos, temiendo sin cesar que les sirviese de rémora la tibieza que empezaba á manifestarse. Por el camino de Búrgos, donde le esperaban los soberanos, hizo estudiada muestra de las curiosidades y tesoros que traia del Nuevo-Mundo. Entre estos habia collares, brazaletes, amuletos y diademas de oro, despojos de varios caciques, considerados como trofeos ganados á los bárbaros príncipes de la costa de Asia, y de las islas del mar indio. Es evidente ejemplo de la estrecha abertura de compas con que se media el sublime descubrimiento de Colon, el tener que valerse de estos medios para deslumbrar la grosera imaginacion de la multitud con el mero resplandor del oro.

Llevaba consigo muchos indios, ataviados segun su estilo salvaje, y cubiertos de adornos de oro, entre ellos, al hermano y sobrino de Caonabo, de edad el primero de treinta años, y el otro de diez. Iban á visitar al rey y á la reina, para que concibiesen una verdadera idea del poder y grandeza de los soberanos españoles, debiendo en seguida volver libremente á su pais. Cuando pasaban por alguna ciudad principal, mandaba Colon poner un collar y una cadena maciza de oro al hermano de Caonabo, como legítimo cacique del dorado pais de Cibao. El cura de los Palacios, que hospedó al Almirante y á los cautivos algunos dias, dice que tuvo esta cadena de oro en sus manos, y que pesaba seiscientos castellanos (1). Tambien hace mencion el buen cura de las máscaras indias, é imágenes de algodon y madera, labradas con fantásticos rostros de animales, y las supone todas representaciones del demonio, que era á su ver el objeto de adoracion de aquellos isleños.

Recibieron á Colon los soberanos muy distintamente de lo que habia recelado, pues le trataron con la mayor distincion, sin hacer indicacion alguna relativa á las quejas de Margarite y Boil, ni á las investigaciones judiciales de Aguado. Aunque estas hicieran tal vez un pasajero efecto en el ánimo de los reyes, eran demasiado conocidos los muchos méritos del Almirante y las extraordinarias dificultades de su situacion, para no perdonar los que, cuando mas, hubieran podido considerarse como errores suyos.

Animado Colon por esta favorable acogida y por el interes con que escuchaban los soberanos la narracion de su viaje por las costas de Cuba y la de los descubrimientos de las minas de Hayna, que no se olvidó de representar como el Ofir de los antiguos, les propuso otra expedicion, prometiendo hacer mas extensos sus descubrimientos, y unir la tierra firme á sus dominios, pues nunca se le desvaneció la idea de que Cuba era parte de un rico y fertilísimo continente. Pidió al efecto ocho buques; dos que debian salir para Española con provisiones, y seis á sus órdenes en un viaje de descubrimientos. Los soberanos le prometieron desde luego satisfacer su deseo, y es de creer que eran sínceras sus promesas, pero despues estuvo la peticion sujeta á intolerables dilaciones,

(1) Equivalentes á 3,195 pesos fuertes del dia.

debidas á la multiplicidad de negocios públicos y á las intrigas de algunos funcionarios, pues nunca faltan adversos agentes que paralizan y destruyen los designios de los príncipes.

Los recursos de España estaban á la sazon agotados por Fernando, cuya ilimitada ambicion prodigaba las rentas del estado en guerras y en subsidios. Mientras dirigia notas diplomáticas á la Francia sagazmente redactadas para ceñirse al fin la corona de Nápoles, estaba echando los cimientos de un poder incalculable, por medio de negociaciones relativas á los matrimonios de sus hijos, que iban ya llegando á la mayor edad. Entonces se formó aquella célebre alianza de familia, que consolidó su inmenso imperio bajo el reinado de su nieto y sucesor Cárlos V.

Al paso que mantenia en Italia en pie de guerra un grande ejército mandado por Gonzalo de Córdoba, para ayudar al rey de Nápoles á recobrar el trono, de que le habia despojado Cárlos VIII de Francia, se acantonaban tropas en las fronteras españolas. Una invasion por los franceses era inminente, y necesario por lo mismo tener empleadas escuadras, que guardasen las dos costas de la Península; en tanto que se despachó una poderosa flota de mas de cien buques, con veinte mil personas á bordo, muchas de la primera nobleza, para acompañar á la princesa doña Juana á Flandes, donde debia contraer esponsales con Felipe, archiduque de Austria, y traer á España á su hermana Margarita, destinada á ser esposa del príncipe D. Juan.

Estas vastas operaciones de lujo y guerra absorbian todas las fuerzas marítimas y terrestres, agotaban el tesoro real y ocupaban todos los pensamientos de los soberanos, obligándolos á recorrer incesantemente sus dominios. Con tan importantes é inmediatos cuidados apenas hallaban eco las empresas de Colon. Hasta entonces los descubrimientos habian acarreado mas dispendios que ventajas, y no faltaban malignos consejeros siempre dispuestos á contrarestar los proyectos del Almirante. ¿Qué significaban para el ambicioso Fernando algunas islas salvajes, incultas y distantes, comparadas con el brillante trono de Nápoles? ¿Qué el comercio de príncipes bárbaros y desnudos, comparado con el de los mas poderosos soberanos de la cristiandad? Colon tuvo que devorar la afrenta de ver levantarse ejércitos y emplearse escuadras en ociosas contiendas, y una vasta flota de mas de cien velas destinada al estéril servicio de escoltar una princesa; mientras mendigaba en vano algunas carabelas para proseguir los descubrimientos de un mundo.

Por último, entrando ya el otoño, se le mandaron adelantar seis millones de maravedises (1) para su prometida escuadra. Precisamente cuando iba á recibir esta suma, llegó carta de Pedro Alonso Niño, que acababa de arribar á Cádiz con tres carabelas de vuelta de la isla Española. En vez de presentarse á la córte en persona ó de enviar los despachos del Adelantado, fue á visitar á su familia en Huelva, llevando los papeles consigo, y escribiendo jactanciosamente que tenia una suma considerable de oro á bordo de sus buques. Muy lisonjeras fueron estas nuevas para Colon, pues dedujo de ellas que se estaban ya esplotando las minas y próximos á realizarse los esperados tesoros del Ofir. La carta de Niño, empero, estaba destinada á producir en sus negocios el mas deplorable efecto.

Necesitaba el rey en aquel momento caudales para reparar la fortaleza de Suiza, en el Rosellon, saqueada por los franceses y mandó que los seis millones de maravedises que iban á entregarse al Almirante, se aplicasen á reparar el destrozado castillo, dando órden para que se reintegrase aquella

(1) Equivalentes á 86,956 pesos fuertes.

suma con parte del oro que traia Niño. Hasta fines de diciembre que llegó Niño á la córte, y entregó los despachos del Adelantado, no se descubrió que el oro de que hablaba era una mera locucion figurada, y que las carabelas venian cargadas de prisioneros indios, de cuya venta habian de resultar los espresados tesoros.

Es difícil describir los efectos de aquella absurda hipérbole. Las esperanzas de Colon acerca de grandes é inmediatos beneficios sacados de las minas, se disiparon desde luego; se entibió el celo de sus escasos amigos, y sus numerosos contrarios señalaban con escarnio el ridículo y miserable cargo de las carabelas, como irónica muestra de los tan decantados tesoros del Nuevo-Mundo. Los informes de Niño y de sus gentes, presentaban la colonia en una situacion desastrosa, y los despachos del Adelantado repetian la necesidad de inmediato socorro; pero las medidas que se tomaban para proveer á esta necesidad, eran tanto mas escasas y pobres, cuanto ella era mas urgente. Corroboráronse al parecer todas las manifestaciones que se habian hecho hasta entonces contra los descubrimientos, y el grito envidioso de *mucho gasto y poco provecho* se repitió de nuevo por aquellos políticos de corta vista que logran distinguir en las grandes empresas los gastos inmediatos, sin divisar jamas las ganancias futuras.

CAPITULO III.

PREPARATIVOS PARA EL TERCER VIAJE.—CONTRARIEDADES Y DILACIONES.

(1497.)

Hasta la siguiente primavera de 1497 no recibieron los negocios de Colon y del Nuevo-Mundo la debida atencion de parte de los soberanos. La flota habia vuelto de Flandes con la princesa Margarita de Austria. Sus esponsales con el príncipe D. Juan, heredero aparente, se habian celebrado en Búrgos, capital de Castilla la Vieja, con estraordinaria pompa. Todos los grandes, dignatarios y nobleza de España, todos los embajadores de las principales potencias de la cristiandad, se juntaron en aquella ocasion solemne. Fue Búrgos el teatro de las suntuosas funciones régias, y todo el reino celebraba con público regocijo aquella poderosa alianza, que parecia asegurar á los soberanos de España la continuacion de su prosperidad sin ejemplo.

En medio de estas festividades, Isabel, cuya maternal solicitud estuvo hasta entonces ocupada en el porvenir definitivo de sus hijos, libre ya de tan tiernas atenciones, entró en los negocios del Nuevo-Mundo con un espíritu que manifestaba su determinacion de fijarlos sobre bases sólidas, determinando al mismo tiempo claramente la autoridad del Almirante, y premiando sus eminentes servicios. A su proteccion pueden atribuirse todas las provisiones en favor de Colon; pues el rey empezaba á mirarlo con frialdad, y todos los consejeros reales mas influyentes en los negocios de las Indias, eran sus enemigos.

Varias reales órdenes de aquel tiempo manifiestan la generosa disposicion de la reina. Los derechos, prerogativas y dignidades concedidas á Colon en Santa Fé, se confirmaron de nuevo: se le ofreció una heredad en Española de cincuenta leguas de longitud, y veinte y cinco de latitud con el título de duque ó de marques. Colon no aceptó este obsequio, diciendo que solo serviria para aumentar la envidia, ya tan encarnizada contra él, y que le acusarian los colonos de atender mas á su propio medro, que al bienestar y desarrollo de los intereses morales y materiales de la isla.

Como los gastos de las espediciones habian sido superiores á las ganancias, Colon estaba empeñado por la parte que se le habia permitido tomar en ellas; por lo que se le eximió de la obligacion de satisfacer la octava parte del coste de las pasadas empresas, con escepcion de la suma adelantada para el primer viaje; pero tampoco debia pedir parte alguna de lo que hasta entonces habia venido de las islas. Los tres años siguientes recibiria la octava parte de los productos totales de cada viaje, á mas de la décima de los productos netos. Al cabo de los tres años debia regir de nuevo el pacto original ó primitivo.

Para satisfacer la noble ambicion del Almirante y perpetuar en su familia la distincion que sus ilustres hechos le habian grangeado, se le concedió el derecho de establecer un mayorazgo que descendiese con sus títulos de nobleza. Usó de este derecho poco despues en un solemne testamento ejecutado en Sevilla al principio de 1498, por el cual dejaba sus estados á sus descendientes, varones por línea recta, y en defecto de estos, á los varones descendientes de sus hermanos; á falta de los cuales, á las hembras de su linaje.

El heredero debia usar siempre las armas del Almirante, sellar con ellas, adoptar su rúbrica, y no usar otra antefirma que el sencillo título de *El Almirante*, cualesquiera que fuesen los otros títulos que le concediesen los reyes, y gozase en otras ocasiones. Tal era el justo orgullo con que miraba este timbre de su verdadera grandeza. En el testamento dejó amplias mandas á su hijo Fernando, y á sus hermanos el Adelantado y D. Diego, manifestando que este último deseaba entrar en la vida eclesiástica. Mandó que la décima parte de las rentas de su mayorazgo se dedicase á objetos piadosos, y al socorro de los individuos pobres de su familia. Dejó tambien mandas para dotar vírgenes pobres de su casa. Ordenó que una persona casada de su familia, hija de Génova, su ciudad natal, se mantuviese en ella con decencia y comodidad, para conservar allí el domicilio de la familia: dispuso que el que heredase su mayorazgo, hiciese cuanto estuviese á sus alcances por el honor, prosperidad y aumento de la ciudad de Génova, con tal que no fuese contrario al servicio de la Iglesia, ni al interes de la corona de España. En otra cláusula de este testamento se encuentra un legado solemne para ayudar al rescate del Santo Sepulcro. Manda á su hijo Diego, ó á quien herede su estado, depositar cuanto numerario le sea posible en el banco de San Jorge, en Génova, para formar una renta permanente con que hallarse pronto en cualquiera ocasion para seguir y servir al rey en la conquista de Jerusalen, ó en el caso de no emprender el soberano aquella guerra, cuando se hayan acumulado bastantes fondos, formar una cruzada á su propio coste y riesgo, con la esperanza de que, viendo su determinacion los reyes, se resuelvan á seguir la cruzada ellos mismos, ó á autorizarle á él para seguirla en su nombre.

A mas de esta empresa en favor de la fé católica, encarga á su heredero, que en caso de que se levante algun cisma en la Iglesia, ó alguna violencia que amenace su prosperidad, se arroje sin dilacion á los pies del Papa, y consagre su persona y bienes á defenderla de todo insulto ó despojo. Despues del servicio de Dios le encarga lealtad al trono, mandándole se halle pronto en todo tiempo á servir con fidelidad y celo á los soberanos y sus herederos, hasta perder por ellos, si es necesario, vida y hacienda. Con objeto de asegurar la constante memoria de su testamento, manda á su heredero que antes de confesar se lo entregue á su director espiritual para que lo lea, y examine si se han cumplido fielmente sus condiciones.

Como Colon se habia resentido de la licencia general concedida en abril de 1895 para hacer descubrimientos en el Nuevo-Mundo, calificándola con razon de contraria á su prerogativa, se publicó un edicto

real en 2 de junio de 1497, retractando cuanto pudiese ser perjudicial á sus intereses, ó á las prévias concesiones que por la corona se le habian hecho. Nunca fue nuestra intencion, decian los soberanos en su edicto, afectar de modo alguno los derechos del expresado D. Cristóbal Colon, ni permitir que las convenciones, privilegios y favores que le hemos dispensado, se invadiesen ni violasen; sino al contrario, en consecuencia de los servicios que nos ha hecho, pensamos conferirle todavía nuevas gracias. Tal debe creerse que era la intencion de la magnánima Isabel; pero la corriente de su régia munificencia se enturbió y emponzoñó en los inmundos cauces por donde fluia. Las distinciones concedidas á Colon se extendieron tambien á su familia. Los títulos y prerogativas de Adelantado, con que habia investido á su hermano D. Bartolomé, provocaron al principio el descontento del rey, quien queria que todas las altas dignidades de aquella especie se concediesen exclusivamente por la corona. Por una patente real se dió á D. Bartolomé aquel empleo, como gracia espontánea de los reyes, sin aludir en lo mas mínimo al egercicio que habia hecho de él.

Mientras con estas medidas se daba satisfaccion del Almirante, se adoptaron otras en pro de los intereses de la colonia. Se le concedió permiso para llevar á ella trescientas treinta personas pagadas por el tesoro público, de las cuales debian ser cuarenta ginetes, ciento peones, treinta marineros, treinta grumetes, veinte mineros, cincuenta labradores, diez hortelanos, veinte artesanos de varios oficios, y treinta mujeres. Posteriormente se permitió aumentar el número hasta quinientos, pero los individuos adicionales debian pagarse de los mismos productos y mercancías de la colonia. Tambien se le autorizó para que concediese tierras á los que se hallasen dispuestos á cultivar viñas, huertas, cañas dulces y otros productos rurales, bajo condicion de que habian de permanecer en la isla por espacio de cuatro años despues de la concesion hecha; y de que los metales preciosos y palo de brasil que se hallasen en sus tierras, quedasen reservados á la corona.

Tampoco olvidó el bondadoso corazon de Isabel los intereses de los desgraciados indios. A pesar de los sofismas en que se queria fundar su cautiverio haciéndolo de derecho divino, y á pesar de sancionar su servidumbre los políticos prelados de entonces, no consintió Isabel sino con la mayor repugnancia que se esclavizasen los indios aunque cogidos con las armas en la mano, y se consagró compasiva á la proteccion de la parte pacífica de aquella raza indefensa y desgraciada. Mandó que se pusiese el mayor esmero en la instruccion religiosa de los indios, y que los tributos que se les habian impuesto, se recogiesen sin vejaciones, obrando contra los que no los pagasen con la mayor circunspeccion. En efecto, las ordenanzas dadas en los reales edictos con respecto al modo de tratar á indios y europeos, son las únicas que indican que los soberanos prestaron oidos á las quejas emitidas contra Colon por la severidad de su conducta. Los soberanos recomendaban que cuando la pública seguridad lo permitiese, se gobernase sin rigor y con templanza.

Al paso que el gobierno manifestaba tan buenas intenciones para despachar las expediciones á la colonia, el público opuso á ellas obstáculos imprevistos. Se habia disipado el entusiasmo que atrajo en el precedente viaje todos los aventureros al servicio de Colon, creando artificiosamente cierta aversion á sus empresas; y su Nuevo Mundo, en vez de una region opulenta y maravillosa, se consideraba ya como plagada de desastres. Habia dificultades en procurar buques y gente para el viaje. La primera de estas faltas no pudo remediarse sino por un decreto arbitrario, tan opuesto á las actuales ideas de política mercantil, autorizando á los oficiales de la corona para hacer entrar por fuerza en el servicio los buques que juzgasen convenientes con sus patrones y pilotos, remunerándolos con la paga que creyesen justa. Para suplir la falta de reclutas voluntarios, se tomó una providencia sugerida por Colon, que manifiesta la desesperada alternativa á que le habia reducido el espíritu público reaccionado contra él. Fue esta la de conmutar las sentencias de los criminales destinados al destierro, las galeras ó minas, por la de trasportacion á las nuevas colonias, donde deberian trabajar sin recompensa ni salario para el interes comun. Todos aquellos cuyas sentencias anteriores eran de destierro ó presidio perpetuo, irian solo por diez años; los que estaban sentenciados con plazos fijos, por la mitad del tiempo de su condena. Se publicó un perdon general para cuantos malhechores dentro de un término prescrito se presentasen al Almirante y se embarcasen para las colonias; los que habian perpetrado delitos condenados con la pena capital, servirian en ellas solo por dos años; los de menor culpabilidad, por uno. Se exceptuaban solamente de este indulto los que habian cometido crímenes especificados, como heregía, traicion, asesinato, etc., etc. Esta funesta medida, que emponzoñaba en su misma cuna á una poblacion naciente, fue para Colon causa fecunda de turbaciones y de miseria, y para la colonia un obstáculo permanente á su desarrollo normal. Tan triste ejemplo ha sido imitado por varias naciones, cuya experiencia deberia haberles mostrado sus consecuencias fatales, pues siempre ha sido la ruina de los establecimientos de esta especie. Es para la metrópoli una accion tan inicua arrojar sus crímenes y vicios á las colonias, como lo seria para una madre inocular expresamente el virus de una enfermedad en la sangre de sus hijos; ni debe causar sorpresa que los gérmenes del mal así sembrados produzcan algun dia amargos frutos.

A pesar de tan violentos expedientes hubo todavía ruinosas dilaciones al aprestar la expedicion, las cuales dependieron tal vez del cambio de algunas de las personas que intervenian en los asuntos de las Indias. Este negociado se confió por algun tiempo á Antonio de Torres, en cuyo nombre, junto con el de Colon, están estendidos muchos de los documentos oficiales. A consecuencia de las exageradas pretensiones de Torres, se le quitó el destino, devolviéndoselo á Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Badajoz. Tuvieron que redactarse de nuevo los documentos, y formarse los contratos. Mientras con tanta lentitud se atendia á estos negocios, hirió profundamente el corazon de la reina, la muerte de su único hijo el príncipe don Juan, cuyos esponsales se habian celebrado con tanto esplendor en la primavera. Aquella fue la primera de las calamidades domésticas de la larga cadena de ellas que llenaron de amargura el resto de los dias de Isabel. En su infortunio, empero pensaba todavía en Colon. En vista de las representaciones que expresaban la miseria á que la colonia debia ya estar reducida, se despacharon dos buques á principios de 1498, al mando de Pedro Fernandez Coronel, cargados de comestibles. Adelantó al efecto la reina misma fondos necesarios tomándolos del dote destinado á su hija D.ª Isabel, apalabrada entonces con D. Manuel, rey de Portugal. Tambien dió ejemplo de su deferencia hácia Colon en el tiempo mismo de su infortunio: sus dos hijos Diego y Fernando que habian sido pages del difunto príncipe fueron recibidos con el mismo empleo á su servicio.

A pesar de este celo por parte de la reina, seguia Colon sufriendo las mas penosas dilaciones en los preparativos de los seis buques que necesitaba aun para su viaje. Su artificioso enemigo Fonseca tenia la intervencion de los negocios de Indias, y se complacia en contrariar todos sus planes. Los empleadillos y

agentes que se ocupaban del armamento, eran en su mayor parte dependientes mimados del obispo, y sabian que vejando á Colon se atraian la benevolencia de aquel. Consideraban al Almirante despopularizado ya, y creian por lo mismo poder ofenderle á mansalva; así es que no tenian escrúpulo en hacinar delante de él todas las dificultades imaginables, y hasta le trataban á menudo con la petulancia característica de los hombres innobles y rateros que se ven con un empleo.

Parece en el dia casi increible, que tan importantes y gloriosas empresas hubiesen estado sujetas á tan mezquinas oposiciones. Colon las sufria con silenciosa indignacion. Era extrangero en la tierra que estaba beneficiando; veia que el aura popular se habia disipado, y que necesitaba armarse de mucha resignacion para llevar á cabo sus proyectos. Pero tanto llegaron á desalentarle los impedimentos que á cada paso encontraba, y las preocupaciones del público inconstante que estuvo inclinado á abandonar para siempre los descubrimientos. Solo le indujeron á perseverar en sus planes su gratitud hácia la reina, y su deseo de hacer algo que pudicse mitigar su afliccion. Por último, despues de toda especie de dilaciones provocativas se aprestaron para el mar los seis bajeles, aunque no se pudo vencer la repugnancia pública todo lo bastante para alistar el número señalado de gente. A mas de las personas de que se ha hecho ya mencion, iban en la expedicion un médico, un cirujano, un boticario y varios sacerdotes para reemplazar al padre Boil y á otros frailes descontentos; y tambien hizo embarcar el Almirante algunos músicos para alegrar y vivificar el espíritu de los colonos.

Las insolentes provocaciones que Colon habia sufrido de los agentes de Fonseca durante el largo tiempo de los preparativos, le siguieron vejando hasta el último instante que permaneció en la península y no le abandonaron hasta la misma playa. Entre las indignas y bajas personillas que tenian por ocupacion injuriarlo el mas bullicioso y arrogante era un tal Jimeno de Briviesca, tesorero ó contador de Fonseca. Dice el venerable Las-Casas, que no era cristiano viejo; insultaba con su lengua y hasta con su semblante y haciéndose eco de los sentimientos de su patrono el obispo se habia permitido burlarse en todas partes del Almirante y de sus empresas. En el momento mismo en que iba la escuadra á levar anclas, se vió Colon insultado de nuevo por el insolente Jimeno, ó al acabar de entrar á bordo. Sin tiempo de reflexionar sobre las consecuencias, olvidó el Almirante su apacibilidad ordinaria; estalló la indignacion que tanto tiempo habia reprimido; arrojó al suelo al vil adulador, é hiriéndolo con el pie repetidas veces, dió salida en aquel repentino parasismo á las injurias y vejaciones acumuladas en su espíritu á fuerza de tiempo.

Nada demuestra tan bien lo que Colon debia de haber sufrido por las maquinaciones de hombres indignos, como aquella pasion involuntaria, tan rara en su ánimo siempre subordinado á la razon. Sintió mucho semejante ocurrencia; y en una carta escrita algun tiempo despues á los soberanos, les suplica que no permitan le injurie en su opinion, como podria, pues estaba ausente, y era envidiado y extrangero. Las aprensiones manifestadas de este modo tan sencillo no eran gratuitas; y Las-Casas atribuye á la mala impresion que causó este negocio, las humillantes medidas que poco despues tomaron los soberanos respecto á Colon. Habia sucedido cerca de los reyes, y por decirlo así, á su propia vista, y habló por lo tanto á sus sentimientos con mas viveza que pudieran hacerlo distantes alegaciones. El castigo personal de un empleado público se presentó como ejemplo del vengativo carácter de Colon, y como una prueba de los cargos de crueldad y despotismo procedentes de la colonia. Como Jimeno era criatura de Fonseca, se presentó el asunto á los reyes bajo el mas odioso punto de vista. Así las intenciones generosas de los príncipes, y los altos servicios de sus súbditos, suelen inutilizarse por la intervencion egoista de astutos empleados. Por su implacable hostilidad hácia Colon, y las malévolas obstrucciones con que embarazaba la mas grande de las empresas humanas, Fonseca inmortalizó su nombre, uniéndolo al desprecio de todos los corazones generosos.

LIBRO X.

CAPITULO PRIMERO.

SALIDA DE COLON DE ESPAÑA EN SU TERCER VIAJE.—DESCUBRIMIENTO DE LA TRINIDAD.

(1498.)

El 30 de mayo de 1498 salió Colon de Sanlúcar de Barrameda y emprendió con sus seis buques el tercer viaje de descubrimientos. Se propuso no seguir el mismo derrotero que en el primer viaje. Pensaba partir del cabo de las Islas Verdes, y navegar al Sud-Este hasta la línea equinoccial virando entonces al Occidente, á favor de los vientos constantes, y siguiendo aquel rumbo hasta llegar á tierra ó á la longitud de Española. Varias consideraciones le habian sugerido este plan. En los viajes precedentes, cuando costeó el Sur de Cuba, bajo la creencia que fuese el continente de Asia, habia observado que se extendia aun mas hácia el Sur. De esta circunstancia, y de los informes de los indios caribes, dedujo que un gran trecho de la tierra firme yacia al Sur de los paises ya descubiertos. El rey Juan II de Portugal parece haber tenido una idea análoga, segun Herrera, quien recuerda la opinion expresada por aquel monarca, de que habia un continente en el Océano del Sur. Partiendo de esta creencia Colon suponia que á proporcion que se aproximase al Ecuador, y estendiese sus descubrimientos á climas mas sujetos á la influencia abrasadora del sol, hallaria en las producciones de la naturaleza vigorizadas por sus fecundos rayos, mas preciosas y perfectas cualidades. Robustecia su dictámen una carta que de órden de la reina le escribió Jaime Ferrer, docto lapidario, que en sus escursiones en busca de piedras y metales preciosos, habia visitado el Levante y varios sitios del Oriente, y platicado con los mercaderes de las partes mas remotas del Asia y del Africa, y con los naturales de la India, la Arabia y la Etiopía. Se suponia á Ferrer muy versado en la geografía general, y muy imbuido en la naturaleza de los paises en que se procuraba sus ricas mercancías. En esta carta aseguraba á Colon, que segun su experiencia, los objetos preciados de comercio, tales como oro, piedras preciosas, drogas y especias, se hallaban principalmente en las regiones de la línea equinoccial, cuyos habitantes eran negros ó de color oscuro; y que hasta que llegara á pueblos de aquella especie, no creia que hallase dichos artículos en mucha abundancia.

Colon pensaba encontrarlos hácia el Sur. Se acordaba que los naturales de Española habian hablado de ciertos negros que del Sur y del Sud-Este pasaron una vez á su isla armados de lanzas cuyas puntas eran de una especie de metal que ellos llamaban guanin. Habian dado al Almirante una muestra de dicho metal, el cual sometido á análisis en España, se vió que se componia de diez y ocho partes de oro, seis de plata, y ocho de cobre; prueba de la riqueza de las minas del pais de donde se habian extraido. Charlevoix conjetura que aquellos negros procedian de las Canarias, ó de la costa occidental del Africa, y que una tempestad les arrojó á las de Española. Colon estaba probablemente equivocado en cuanto al color sin duda por haber entendido mal á los indios; pues

parece difícil que los naturales del Africa ó de las Canarias hubiesen dado cima á un viaje tan largo en las frágiles barcas en que navegaban.

Para averiguar la probabilidad de estas suposiciones, y en caso de ser fundadas, llegar á los favorecidos y opulentos climas del Ecuador, habitados por gentes de color, semejante á las africanas que viven bajo la línea, Colon en el tercer viaje al Nuevo-Mundo se dirigió mucho mas al Sur que en las escursiones precedentes.

Teniendo noticia de que cruzaba una escuadra francesa por el cabo de San Vicente, volvió al Sud-Oeste al salir de Sanlúcar; y tocando á las islas del Puerto-Santo y Madeira, donde se aprovisionó de leña y agua, prosiguió su viaje á las Canarias. El 19 de junio llegó á la Gomera, donde encontró anclado un corsario frances con dos presas españolas. El capitan frances al ver entrar en el puerto la escuadra del Almirante, se hizo á la vela inmediatamente, seguido de sus presas; dejando una de estas en la precipitacion del momento, parte de la tripulacion en tierra, por lo que ganó el mar con solo cuatro hombres y seis prisioneros españoles. Colon creyó primero que eran buques mercantes, alarmados por su guerrera apariencia; mas luego que supo la verdad, envió tres bajeles á perseguir á los fugitivos, aunque le llevaban ya demasiada ventaja. Pero los seis españoles que iban á bordo de una de las presas, viendo que tenian cercano auxilio, se reaccionaron contra sus opresores, y llegando oportunamente un buque del Almirante, se recobró la presa, y regresó en triunfo al puerto. Colon cedió el buque al capitan, y entregó los prisioneros al gobernador de la isla, para que los cangease por seis españoles de los que estaban presos en el corsario.

Colon, dejando la Gomera en 21 de junio, dividió su escuadra fuera de la isla de Ferro, enviando tres buques directamente á Española con provisiones. Mandaba uno de ellos Alonso Sanchez de Carbajal, natural de Baeza, marino de mucha intrepidez y honrado corazon; el segundo Pedro de Arana; cordobés y hermano de doña Beatriz Enriquez, la madre de Fernando Colon. Era primo del desventurado gefe que gobernaba lo fortaleza de la Navidad, cuando la arrasó Caonabo. El tercero iba á las órdenes de Juan Antonio Columbus (ó Columbo), genovés, pariente del Almirante, hombre juicioso y de mucha capacidad. Estos capitanes debian mandar alternativamente una semana cada uno, y Colon les señaló el órden del mando. Al llegar á Española debian tomar al Sur hácia la nueva ciudad y puerto, que suponia establecido ya en las bocas del Ozema, segun las órdenes dadas á Coronel. Con los tres bajeles restantes prosiguió su viaje al cabo de las Islas Verdes. Su buque estaba dotado de cubierta, los otros eran carabelas mercantes. Al llegar á los trópicos, la variacion de clima, y el sofocante bochornoso aire de aquella latitud, le produjeron un violento ataque de gota seguido de calentura. A pesar de tan molesta dolencia, como estaba en plena posesion de sus facultades mentales, y continuaba sus diarios y observaciones con la acostumbrada minuciosidad y vigilancia.

El 27 de junio llegó al cabo de las Islas Verdes, que lejos de la frescura y belleza que su nombre prometia, presentaba el aspecto de la mas completa esterilidad. Permaneció entre aquellas islas algunos dias, sin poder hallar, como esperaba, carne de cabra para la provision de los buques, y ganado para cria que llevar á Española. Para procurárselo necesitaba tiempo, y entre tanto se menoscababa mas y mas su salud y la de su gente por la influencia del mal tiempo. La atmósfera estaba cargada de nubes y vapores; apenas se veian el sol y las estrellas; la temperatura era elevada, y el aspecto morboso de los habitantes revelaba la insalubridad del clima.

Dejando la isla de Buena-Vista el 5 de julio, salió Colon para el Sud-Oeste con ánimo de llegar á la línea equinoccial. Pero las corrientes que iban hácia el Norte y Nor-Oeste entre aquellas islas, impedian su marcha y le tuvieron dos dias á la vista de la isla del fuego. Su cúspide volcánica, que desde lejos parece una iglesia con su torre, y que se decia arrojar á veces llamas y humo, fue el último punto del Antiguo-Mundo que vieron los espedicionarios.

Continuando al Sud-Oeste unas ciento y veinte leguas, se hallaba el 13 de julio, segun sus observaciones, en el quinto grado de latitud Norte. Habia entrado en la region que se estiende por ocho ó diez grados á cada parte de la línea, conocida entre los marineros con el nombre de las latitudes calmosas. Los vientos constantes del Sud Oeste y Nor-Oeste se neutralizon mútuamente cerca del Ecuador, y producen una calma permanente. La mar parece un espejo, y los bajeles están casi siempre inmobles y con las velas caidas; las tripulaciones jadeando bajo el calor de un sol vertical, que ninguna brisa mitiga. Semanas se pasan á veces para cruzar este trecho del Océano al parecer petrificado.

El tiempo habia estado por algunos dias nebuloso; pero el 13 era el sol brillante y abrasador. Cesó de pronto el viento, y empezó una profunda y bochornosa calma que duró ocho dias. El aire parecia de fuego; se derretia la brea, y se abrian las junturas de los buques; se pudrió hasta la carne salada; se secó el trigo como si le hubiesen puesto en un horno; los aros se desprendieron de los barriles de agua y de vino, vertiéndose algunos y reventaron otros; y era tan escesivo el calor en los camarotes, que no era posible permanecer en ellos. Aquel ardor insoportable dejó á los marineros sin fuerza y sin ánimo. Parecia que iba á realizarse la antigua fábula de la zona tórrida, y que se acercaban á una region de fuego, en que



El padre Las-Casas.

la vida era imposible. Es verdad, que los cielos estuvieron encapotados parte de este tiempo, y que caian abundantes aguaceros; pero la atmósfera continuaba cargadísima, y combinados en ella el calor y la humedad que tanto relajan la economía humana.

En este tiempo se sintió el Almirante muy agravado de la gota; pero la actividad de su ánimo, unida con la natural ansiedad en que se hallaba, no le permitieron reposo. Estaba en partes ignoradas del Océano; donde todo dependia de su sagacidad y vigilancia, y era forzoso observar cuidadosamente los fenómenos

de los elementos, y las señales que pudiesen presentarse de cercana tierra. Viendo que era el calor tan insoportable, alteró su rumbo tomando el del Sud-Oeste, con la esperanza de hallar mas lejos una temperaturd templada, aun cuando fuese en el mismo paralelo. Habia observado en los viajes anteriores que despues de navegar cien leguas al Occidente de las Azores, se modificaban mucho la mar y el cielo, suavizándose ambos, y templándose y refrescándose el aire. Se persuadió de que prevalecia una singular blandura en el clima de cierto trecho del Océano estendido de Norte á Sur, en el cual entraria de repente navegando de Este á Oeste como si cruzara una línea. El tiempo pareció justificar esta teoría. Despues de seguir su lento camino por algun tiempo hácia el Occidente, atravesando calores y calmas, en una lóbrega y bochornosa atmósfera, salieron los bajeles á ciertas regiones agradables, donde algunas frescas brisas rizaban la superficie de las aguas, é hinchaban blandamente las velas. Se disiparon las pesadas nubes; se aclaró el cielo, y lució el sol con todo su esplendor, pero con rayos menos abrasadores.

Pensaba Colon, al llegar á aquel templado trecho, virar otra vez al Sur, y luego al Occidente; pero habian padecido tanto los buques, estaban tan averiados y hacian tanta agua, que era necesario buscar cuanto antes algun puerto cómodo donde rehabilitarlos. Tambien se habian perdido las provisiones en su mayor parte y casi agotado el agua. Tomó pues el rumbo directo del Occidente, deduciendo por el vuelo de las aves y otras indicaciones favorables, que pronto veria tierra. Dias y dias trascurrieron sin que se realizase su esperanza. La miseria de la tripulacion era cada vez mas apremiante; y suponiéndose en la longitud



Habitantes de la Española recojiendo arenas de oro.

de las islas Caribes, viró al Norte en busca de ellas, con ánimo de reparar allí sus buques, y dirigirse luego á Española.

El 31 de julio ya no quedaba mas que un barril de agua en cada buque, y esto tenia al Almirante en la mayor ansiedad. Al medio dia, un marinero llamado Alonso Perez, que estaba por acaso en las gavias, vió destacarse del horizonte las cimas de tres montañas. Inmediatamente dió el grito de tierra con indecible gozo de la tripulacion. Al aproximarse los buques se observó que las tres montañas se unian en su base. Colon habia resuelto dedicar la primer tierra que viese á la Santísima Trinidad. Devoto como era, la apariencia de aquellas tres montañas unidas en una, le pareció una misteriosa coincidencia; y así dió á la isla el nombre de la Trinidad que conserva todavía.

CAPITULO II.

VIAJE POR EL GOLFO DE PARIA.

(1498.)

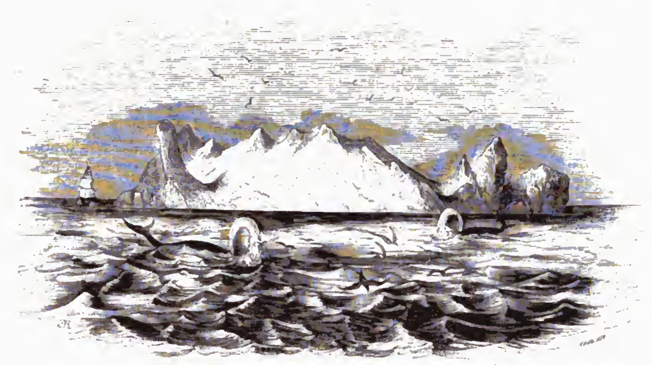
Dirigiendo la proa á la isla, llegó Colon á su extremidad oriental, á la que designó con el nombre de punta de la Galera, por estar formada por una roca del mar de la figura de un bajel á la vela. Tuvo que explorar cinco leguas de la costa del Sur antes de poder llegar á un anclaje seguro. Al dia siguiente, primero de agosto, siguió costeando hácia el Occidente, en busca de agua y de un buen puerto donde carenar los buques. Mucho le sorprendió la feracidad del pais, pues esperaba hallarle estéril y abrasado por su cercanía al Ecuador; vió magníficas arboledas y palmares, ricas florestas que llegaban hasta el mar, con manantiales y fuentes en sus sombras. Las costas eran bajas y desiertas; pero se elevaba la tierra hácia el interior, estaba cultivada en muchas partes y salpicada de aldeas y habitaciones aisladas. La suavidad del clima era tal, y tales la verdura y fragancia de los campos que Colon creia hallarse disfrutando las delicias de la primavera, en la hermosa provincia de Valencia en España.

Andando en la que él llamó punta de la playa, envió los botes á tierra por agua. Los marineros hallaron un abundante y cristalino arroyo en que llenaron sus cascos. Pero no habia puerto seguro para los buques, ni encontraron ningun isleño, aunque hallaron huellas de sus pies y varios aparejos de pesca, que habian abandonado en su precipitada fuga. Tambien

observaron pisadas de animales que los marineros supusieron cabras, aunque eran sin duda de ciervos que, como se vió despues, abundaban en la isla.

Mientras la costeaban, el primero de agosto, vió Colon tierra al Sur, que se extendia desde lejos mas de veinte leguas. Era aquel trecho bajo de costa que interceptan los numerosos brazos del Orinoco; pero el Almirante, suponiendo que era una isla, le dió el nombre de isla Santa, no imaginando que entonces, por la vez primera, veia el continente, la tierra firme que con tanto afan habia buscado.

El 2 de agosto prosiguió navegando al Sud-oeste de la Trinidad, dando á su cabo el nombre de punta del Arenal. Se adelantaba hácia un promontorio de tierra firme, formando un estrecho paso con una roca alta en el centro, á que dió el nombre del Gallo. Cerca de este paso anclaron los buques. Al aproximarse á él salió de tierra una grande canoa con veinte y cinco indios dentro, y llegando á tiro de ballesta saludó á los buques en un idioma no comprendido de ninguno de los de abordo. Deseando ver mas de cerca aquella gente, é interrogarles acerca de su pais, trató Colon de atraerlos con amistosos signos, y enseñándoles espejos, vasijas de metal pulido y varios juguetes relumbrantes; pero todo fue inútil. Siguieron maravillados y silenciosos contemplando los bajeles por mas de dos horas, pero con los canaletes en la mano, y dispuestos á huir al menor indicio de acercárseles los extranjeros. Se hallaban sin embargo bastante próximos para distinguirlos bien. Eran jóvenes, bien formados, mas blancos que todos los indios vistos hasta entonces, y su cabello largo. Estaban desnudos



Isla de la Trinidad.

exceptuando la cabeza que la tenian ceñida con bandas y redecillas de algodon, y los lomos cubiertos y rodeados de telas de varios colores. Venian armados de arcos y flechas, estas con plumas y puntas de hueso; y era de notar que se cubrian con escudos. Aun no se habia visto la pieza de armadura entre los habitantes del Nuevo Mundo.

Viendo la ineficacia de todos sus esfuerzos para atraerlos recurrió Colon al poder de la música. Sabia que á los indios los entusiasmaba bailar al son de sus agrestes tamboriles y al canto de sus romances tradicionales. Mandó que se ejecutase una escena análoga á bordo del buque, cantando un marinero al son del tambor y otros instrumentos, mientras bailaban los grumetes una danza española. Pero apenas empezó la música, los indios, tomándola sin duda por una señal hostil, levantaron los escudos, prepararon los arcos, y se desprendió de ellos una lluvia de saetas. Este saludo brusco fue contestado por las armas de dos ballesteros, que los pusieron en precipitada fuga, terminando de este modo la escena.

Aunque afectaban tanto miedo al Almirante, se acercaron impávidos y serenos á una de las carabelas, y poniéndose bajo la popa hablaron con el piloto, quien dió un gorro y un manto al que parecia jefe. Entusiasmado con el regalo, convidó al piloto á pasar á tierra, asegurándole un buen tratamiento y algunos regalos. Admitida la invitacion, esperaron en la playa al piloto, quien mandó su bote para pedir licencia al Almirante: lo que tomaron los indios por una celada, y pasando de nuevo á su canoa huyeron con una velocidad increible, y no se les volvió á ver.

Su color y otros caracteres físicos causaron una viva impresion en el ánimo del Almirante. Suponiéndose en el séptimo grado de latitud, aunque estaba en el décimo, habia esperado hallar á los naturales semejantes á los de Africa bajo el mismo paralelo, es decir, negros, achaparrados, pero esbeltos y con pelo crespo ó mas bien lana; y por lo contrario aquellos indios eran de bella forma, sus cabellos largos, y ellos mas blancos que los que vivian mas distantes del Ecuador. Tambien el clima que debia ser mas cálido en las cercanías de la línea, parece mas templado. Estaba en la canícula, y sin embargo refrescaban tanto las noches y las mañanas, que se veian obligados á arroparse como en invierno. Asi sucede en muchas partes de la zona tórrida, especialmente en tiempos calmosos. La naturaleza en aquellas latitudes templa el calor del suelo durante la noche con copiosos rocios. Quedó Colon complejo al observar tales contradicciones del órden natural, segun lo observado en el Antiguo Mundo, y siguiendo á la teoría de Ferrer el lapidario; pero estas mismas contradicciones contribuyeron á la formacion de otra teoria

que estaba formulando en su imaginacion incansable, teoría de que se hablará á su tiempo.

Despues de anclar en la punta del Arenal, se permitió á las tripulaciones desembarcar y refrescarse en los bosques sombríos y verdes praderas de la isla. No hallaron manantiales de agua, pero abriendo pozos en la arena pronto tuvieron la suficiente para llenar sus cascos. Colon vió entre tanto que era su anclaje sumamente peligroso. Pasaba una corriente rápida desde Levante, por el estrecho formado entre la tierra firme y la Trinidad, fluyendo segun él dice, dia y noche con tanta furia como el Guadalquivir, cuando se sale de madre. En el paso entre la punta del Arenal y la que le correspondia en la tierra firme, la corriente se hallaba estrechada, y rugia y hervia de tal modo, que pensó Colon que la cruzaban bancos y rocas, impidiendo la entrada con otras que habia mas distantes, contra las cuales resonaban las olas como al estrellarse en escollos de una costa llena de bajos. A este paso, por su temible apariencia, le puso el nombre de Boca de la Sierpe. Se hallaba, pues entre dos dificultades: las continuas corrientes impedian al parecer su vuelta, por un lado mientras las rocas que asediaban el otro amenazaban destruir al que intentase pasarlas. Estando á bordo de su buque, ya muy entrada la noche, sin permitirle conciliarle el sueño los dolores de su enfermedad y los cuidados de su ánimo, oyó hácia el Sur un bramido estridente. Al mirar en aquella direccion vió levantarse la mar á manera de una encrespada colina, cubierta de una espuma tan alta como un navío, y precipitarse hácia el bajel con el mas espantoso estrépito. Colon tembló por la seguridad de sus buques. Su propia carabela se levantó violentamente á tal altura, que temió Colon que zozobrase ó se estrellase contra las rocas. Arrastró tambien otro buque de su anclaje y le puso en eminente peligro. Las tripulaciones se consternaron temiendo perecer en aquel movimiento y violencia de las aguas, pero pasó y se desvaneció la montañosa ola despues de un espantoso choque con la contra-corriente del estrecho. Se supone que esta convulsion repentina procedia de la crecida de algunos de los rios que entran en el golfo de Pária, desconocido aun de Colon.

Deseando alejarse de tan inminentes peligros, envió botes al dia siguiente á sondear el agua de la Boca de la Sierpe, y averiguar si era ó no posible pasar los buques por ella al Norte de la isla. Volvieron con sumo júbilo diciendo que habia muchas brazas de agua, y corrientes por ambos lados para entrar ó salir por él. Y levantándose una brisa favorable, se hizo desde luego á la vela; y pasando seguro por el formidable estrecho, lo salvó muy pronto y se encontró en una mar tranquila. Estaba en el lado interior de la isla. A la izquierda se extendia aquel dilatado golfo conocido despues con el nombre de Pária, que suponia fuese la mar, hasta que probando el agua vió con sorpresa que era dulce. Siguió navegando hácia el Norte, en direccion á una montaña del Nor-Oeste de la isla, catorce leguas mas hallá de la punta del Arenal. Allí vió dos elevados promontorios, uno enfrente de otro, el primero en la isla de la Trinidad, y el otro al Oeste en el cabo de Pária, que se extiende desde el continente y forma el lado del Norte del golfo; pero considerando Colon una isla, le dió el nombre de la isla de Gracia.

Entre estos cabos habia otro pasaje mas peligroso que la Boca de la Sierpe, por estar rodeado de breñas, entre las cuales forzaba la corriente su paso con estrépito y turbulencia. Este pasaje tomó de Colon el nombre de Boca del Dragon. No queriendo arrostrar sus aparentes peligros, viró al Norte el domingo 5 de agosto, y navegó por el interior de la supuesta isla de Gracia, con intencion de continuar hasta ver su fin, y virando de nuevo al Norte entrar en al alta mar y dirigirse á Española.

Era una hermosa costa, con numerosos puertos; los campos estaban cultivados en muchas comarcas, cubiertos de algunos árboles frutales y otros de megestuosas selvas, recibiendo el riego de muchos rios. Lo que mas admiraba á Colon era que el agua fuese dulce, y tanto mejor cuanto mas adelantaba; pues se hallaba en la estacion del año en que los diferentes rios que desembocan en el golfo, llegan á él hinchados por las lluvias, y vierten tal cantidad de agua dulce, que neutraliza la sal del Océano. Tambien le sorprendió la plácida calma del mar, tan tranquilo y seguro como un grande puerto; por lo que no habia necesidad de buscar anclaje.

Hasta entonces le fue imposible tener comunicacion alguna con los habitantes de aquellas regiones del Nuevo Mundo. Las costas que habia visitado aunque cultivadas á trechos por la mano del hombre, estaban desiertas y mudas, sin haber visto Colon mas gente que la fugitiva que ocupaba la canoa de la punta del Arenal. Deseaba en estremo encontrar algun ser humano que rompiese aquel silencio y le diese noticias del país. Despues de navegar muchas leguas por la costa, ancló el lunes 6 de agosto en un punto en que vió señales de cultivo, y envió botes á las playas. Hallaron los marineros huellas de hombres, rescoldo de varias hogueras, restos de pescados asados, y pisadas recientes, á mas de una casa sin techo é inhabitada. La costa era montañosa, cubierta de bellas arboledas frutales que servian de morada á numerosos monos. Siguiendo hácia el Occidente, donde era mas igual la tierra, ancló Colon en un rio.

De pronto se acercó una canoa con tres ó cuatro indios á la carabela mas inmediata de la orilla cuyo capitan, fingiendo que deseaba acompañar los indios á tierra, saltó á su canoa, la volcó, y con la ayuda de los marineros aseguró á los indios que iban nadando. Cuando se los trajo al Almirante, disipó desde luego su miedo con la benignidad acostumbrada; les dió cuentas de rosario, cascabeles, y azúcar, y los envió muy alegres á tierra, donde los aguardaban sus compatriotas. Este buen trato dió como siempre muy buenos resultados. Los indios que tenian canoas se acercaron á los buques con la mayor confianza. Eran altos, bien formados, y sueltos en sus maneras. Tenian el cabello largo y extendido; algunos le llevaban corto, pero ninguno trenzado como los naturales de Española. Sus armas consistian en arcos, flechas, y escudos. Los hombres ceñian su cabeza y cintura con telas de algodon de varios colores, ingeniosamente labradas, de modo que parecian de seda desde lejos; pero las mujeres iban enteramente desnudas. Trajeron pan, maiz y otros comestibles, con diferentes clases de brevajes: unos blancos hechos de maiz, y parecidos á la cerveza; otros verdes, de sabor vinoso y exprimidos de varios frutos. Juzgaban de las cosas al parecer por el olfato. Cuando se acercaron al bote, le olieron, y luego á la gente. Del mismo modo examinaban los regalos. Hicieron poco caso de las cuentas, pero muchísimo de los cascabeles. Tambien apreciaban estraordinariamente el bronce, y hallaban probablemente muy agradable su olor, pues le llamaban *turey* ó venido del cielo.

Por ellos supo Colon que el nombre de aquel país era Pária, y que mas lejos al Occidente estaba mas poblado. Llevando algunos indios que le sirviesen de guias y mediadores, navegó ocho leguas al Oeste, hasta un punto que él llamó la Aguja, donde llegó á las tres de la mañana. Cuando amaneció quedó embelesado contemplando la belleza de aquel país. Estaba muy cultivado, muy poblado, y cubierto de una vejetacion riquísima. Las habitaciones de los naturales estaban edificadas en bosques llenos de flores y de frutos. Las parras se enlazaban con los árboles, y volaban de rama en rama innumerables pájaros de espléndido plumaje. Era el aire suave y templado, y respiraba la

fragancia de las flores de que estaba empapado y mil sonoras fuentes y cristalinos arroyos conservaban la frescura y la lozanía de las plantas. Tanto agradó á Colon la amenidad de aquella parte favorecida de la costa, que le puso el nombre de los Jardines.

Vinieron innumerables indios en sus canoas, que eran de mejor construccion que todas las vistas hasta entonces, grandes y ligeras, y con un camarote en medio para el amo y su familia. Convidaron á Colon en nombre de su rey á pasar á tierra. Muchos llevaban alrededor del cuello collares y láminas bruñidas de aquella especie inferior de oro, llamado guanin por los indios. Decian que venian de un pais que señalaban con la mano, no lejos de allí, al Occidente; pero añadian que era peligroso el viaje, porque los habitantes eran caníbales, ó por estar llena la tierra de animales venenosos. Pero lo que repentinamente llamó la atencion y despertó la avaricia de los españoles, fue ver alrededor de los brazos de algunos de ellos grandes sartas de perlas. Le dijeron á Colon que las cogian en la costa, al Norte de Paria, que él suponia aun isla; y le enseñaron las conchas de nácar de que las habian tomado. Deseoso de adquirir mas informes y de procurarse muestras de perlas para enviarlas á España, envió los botes á la orilla. Al desembarcar los españoles salieron muchos indios á recibirlos, mandados por el primer cacique y su hijo. Los trataron con profundo respeto como descendientes del cielo, y los llevaron á una casa espaciosa, residencia del cacique, donde los agasajaron sencilla y cordialmente, dándoles pan y frutas de esquisito gusto, y las variedades de licor de que se ha hablado. Mientras estuvieron en la casa, se mantuvieron todos los hombres á un lado y las mujeres á otro. Acabada la colacion del cacique fueron á casa de su hijo, que les dió otra semejante. Era gente muy afable, aunque dotada al mismo tiempo de mas intrepidez y marcialidad que los hijos de Cuba y de Española. Aunque tan cerca de la línea equinoccial, dice Colon, eran mas blancos que cuantos hasta entonces habia visto, cuando él esperaba hallarlos del color de los etiopes. Llevaban adornos de oro, pero de inferior calidad: un indio tenia en la mano un pedazo del tamaño de una manzana. Habian domesticado muchas especies de loros: una de verde claro con cuello amarillo, y las puntas de las alas de brillante carmin; otras del tamaño de gallinas, de un vivo color de escarlata con algunas plumas azules en las alas. Daban con franqueza sus loros á los españoles; pero lo que estos mas codiciaban eran las perlas, de que vieron muchos collares y brazaletes entre las mujeres indias, que las cambiaban alegres por cascabeles ú otros juguetes de metal, y así se juntaron preciosas muestras que las mandó el Almirante á los soberanos.

La bondad y buena acogida de aquellas gentes era mas apreciable por la inteligencia y franqueza marcial que su aspecto revelaba. Parecian dignos del bello pais en que vivian. Era causa de mucho sentimiento para ellos y para los españoles el no poder entenderse. Hablaban, empero, por signos: la mutua benevolencia hizo su comunicacion fácil y agradable; y á la caida de la tarde volvieron á bordo los españoles altamente satisfechos de sus huéspedes.

CAPITULO III.

CONTINUACION DEL VIAJE POR EL GOLFO DE PARIA.—VUELTA Á ESPAÑOLA.

(1498.)

La cantidad de perlas finas halladas entre los naturales de Paria era bastante para alentar á Colon. Corroboraba este hallazgo la teoría de Ferrer, el docto lapidario, indicando que á medida que se aproximase al Ecuador encontraria en mayor abundancia las mas raras y preciosas producciones de la naturaleza. Su imaginacion se llenaba rápidamente de cuantas circunstancias locales parecian favorecer sus deseos, y combinándolas deducia de ellas las mas halagüeñas consecuencias. Habia leido en Plinio que las perlas son una trasformacion de las gotas de rocío que caen en las bocas de las ostras: si así era ¿que lugar mas propicio para su nacimiento y multiplicacion que la costa de Paria? El rocío en aquellas regiones era grueso y abundante, y habia tal abundancia de ostras que se suspendian en racimos de las raices y ramas de la orilla del agua. Cuando entraba en el mar una rama y se sacaba despues de algun tiempo, salia cubierta de ostras. Las-Casas, haciéndose cargo de las conclusiones de Colon, dice, que el marisco de que se acaba de hablar no era de la especie que produce las perlas, pues esta especie, por natural instinto, como si tuviese conciencia de la carga preciosa que en sí lleva, se oculta en las mas profundas aguas.

Siguiendo en la creencia de que la costa de Paria era una isla, y deseoso de circunnavegarla y de llegar al sitio donde decian los indios que abundaban las perlas, salió Colon de los Jardines el 10 de agosto, y continuó costeando por el golfo hácia el Occidente, en busca de una salida para el Norte. Vió trechos de tierra firme hácia el estremo del golfo, que consideró islas y les llamó Isabela y Tramontana, imaginando que la deseada salida estaria entre ellas. Al paso que adelantaba, disminuia y se dulcificaba el agua, hasta que no se atrevió á ir mas lejos con su buque, demasiado grande para aquella especie de descubrimientos, pues requeria tres brazas de agua. Ancló, y envió una pequeña carabela llamada el Correo, para averiguar si habia salida al Océano entre las supuestas islas. Volvió la carabela al dia siguiente diciendo, que al extremo occidental del golfo habia una abertura de dos leguas, que conducia á un golfo interior circular, rodeado de cuatro aberturas que parecian pequeños golfos, ó mas bien bocas de rios, de donde salia gran cantidad de agua dulce que desalaba el mar vecino. En efecto, por una de aquellas bocas sale el grande rio Cuparipari, ó como se llama ahora, el Paria. A este golgo interior y circular dió Colon el nombre de golfo de las Perlas, por la equivocada idea de que abundaban en sus aguas, aunque de hecho no existen en ellas. Creia que las cuatro aberturas del golfo eran intérvalos entre las islas, aunque afirmaban los marineros que toda la tierra que vieron era un solo continente. Como era imposible ir mas lejos hácia el Occidente con sus buques, no le quedó mas recurso que desandar su camino, y buscar salida al Norte por la Boca del Dragon. Hubiera deseado continuar explorando la costa, porque se creia en una de aquellas opulentas regiones pintadas como las mas favorecidas de la tierra, y cuyas riquezas crecian en razon de su proximidad al Ecuador. Pero consideraciones imperiosas le obligaron á acortar su viaje y á volver á Santo Domingo. Las provisiones de sus buques estaban casi apuradas, y las destinadas á la colonia empezaban á deteriorarse. Tambien su salud se hallaba muy menoscabada. A mas de la gota, que le afligió durante casi todo el viaje, padecia de la vista por las fatigas de la vigilia que casi le privaban de este sentido. Ni aun el viaje de la costa de Cuba, dice él mismo, en que pasó treinta y tres dias, casi sin dormir, habia dañado tanto sus ojos, ni destruido tanto su constitucion como el de la costa de Paria.

El 11 de agosto se hizo, pues, á la vela para la Boca del Dragon, arrastrado con mucha velocidad por las corrientes, que le impedian desembarcar en los Jardines. El domingo 13 ancló cerca de la Boca, en un buen puerto, á que llamó de los Gatos, por una especie de mono llamado gato-paulo, en que abundaban aquellas cercanías. A las orillas del mar vió muchos árboles, que, segun creyó, producian el mirabolano, fruto peculiar de los paises del Oriente. Habia

muchos árboles que crecian en el agua con ostras adheridas á sus ramas, y las bocas abiertas, segun él suponia, para recibir el rocío que se trasformaba despues en perlas.

A la mañana siguiente, 14 de agosto, á cosa del medio dia, se acercaron los bajeles á la Boca del Dragon, y se prepararon para correr los riesgos de aquel formidable paso. La distancia desde Cabo-Boto, ultima tierra de Paria, hasta Cabo Lapa, extremo de la Trinidad, es de unas cinco leguas; pero habia dos islas en el intermedio que nombró Colon, Caracol y Delfin. El impetuoso cuerpo de agua dulce que fluye por el golfo, particularmente en los lluviosos meses de julio y agosto, se confina y agita entre las estrechas salidas de las islas, donde produce una mar turbulenta, espumosa y mugidora al quebrarse en las rocas, que hace peligrosísima su entrada. Los horrores y azares de tales sitios son siempre mayores para los descubridores que no tienen carta, piloto ni consejo de prácticos que los guien. Colon temia al principio rocas y bancos; pero al considerar atentamente la conmocion del estrecho, la atribuyó al conflicto entre la prodigiosa masa de agua dulce que salia del golfo y luchaba por abrirse paso, y el flujo del agua salada que pugnaba por entrar en él. Apenas penetraron los buques por el temido canal, cesó completamente el viento; por lo que se vieron en continuo riesgo de ser arrojados contra las piedras ó las arenas. Por fortuna la corriente de agua dulce obtuvo la victoria, y los sacó libres al otro lado. Cuando se vió de nuevo el Almirante en alta mar, se congratuló de haber escapado de tan peligroso estrecho, que dijo podia llamarse con mucha propiedad la Boca del Dragon.

Viró luego al Occidente, navegando por la parte exterior de la costa de Pária, que suponia aun isla, y deseando visitar el golfo de las Perlas, que imaginaba estaria al extremo de ella, abriéndose hácia el mar, queria tambien averiguar, si, como afirmaba la tripulacion del Correo, aquella cantidad de agua dulce procedia de rios: porque en su opinion era imposible que las afluencias de meras islas, pues tales consideraba aquellas tierras, pudieran arrojar de su seno tan prodigioso volúmen de agua.

Al salir de la Boca del Dragon, vió al Nordeste, á muchas leguas de distancia, dos islas, á que llamó la Asuncion y la Concepcion, que eran probablemente las conocidas hoy con los nombres de Tobago y de Granada. En su navegacion por la costa del Norte de Pária vió varias islas pequeñas y muchos puertos, á algunos de los cuales dió nombres por los que no son ya conocidos. El 15 descubrió las islas de Margarita y de Cubagua, famosas posteriormente por sus pesquerias de perlas. La Margarita tenia unas quince leguas de largo y seis de ancho, y estaba bien poblada. La pequeña isla de Cubagua, situada entre la Margarita y la tierra firme, de que solo distaba cuatro leguas, era seca y estéril, carecia de leña y agua dulce, pero tenia un buen puerto. Al acercarse á ella vió el Almirante muchos indios, pescadores de perlas, que se internaron al momento. Se envió un bote para establecer relaciones con ellos, y un marinero notó que una de las indias tenia muchas sartas de ricas perlas al rededor del cuello. Llevaba el marinero un plato de Valencia, pintado de alegres colores; lo rompió y presentó los cascos á la mujer india, la cual le dió en cambio considerable cantidad de perlas. Se las llevó al punto al Almirante, quien mandó á tierra oficiales bien provistos de platos de Valencia y cascabeles, por los que en poco tiempo se procuraron mas de tres libras de perlas entre ellas algunas de gran tamaño, que envió Colon despues á los reyes.

Todo convidaba á permanecer en aquellos paises, y visitar otros lugares que decian los indios abundaban en perlas. La costa de Pária continuaba extendiéndose hácia el Occidente, todo el alcance de la vista, levantándose en altas sierras, y provocando el exámen de si era ó no, como empezaba Colon á creerlo, parte del continente asiático. Pero se vió obligado, contra su voluntad, á abandonar esta investigacion importante.

La enfermedad de los ojos se habia agravado tanto, que ya no podia Colon hacer observaciones por sí mismo, y temia que confiarse á las de los pilotos y marineros. Se dirigió pues á Española, pensando descansar allí de las fatigas del viaje y reparar su salud, mientras enviaba á su hermano el Adelantado á completar los descubrimientos del interesante pais que dejaba. A los cinco dias de navegacion al Noroeste, llegó á la isla Española el 19 de agosto, cincuenta leguas al Occidente del rio Ozema, punto de su destino, y á la mañana siguiente ancló en la pequeña isla Beata.

Se admiró de hallarse tan equivocado en sus cálculos, y tan lejos del destinado puerto, atribuyendo con razon este error á la fuerza de la corriente que salia de la Boca del Dragon, la cual, mientras se habia mantenido á la capa por las noches, para evitar las rocas, condujo insensiblemente sus buques al Occidente. Estas aguas que corren atravesando el Caribe, y cuyo movimiento se llama ahora Gulf Stream (corriente del golfo), eran tan rápidas, que el 15, cuando habia poco viento, anduvieron los buques setenta y cinco leguas en veinte y cuatro horas. Colon suponia que el ímpetu de su movimiento habria abierto el pasaje llamado Boca del Dragon, donde era de creer que hubiese penetrado por el estrecho istmo que unia antes la Trinidad con el extremo de Pária. Tambien pensaba que su operacion constante habria carcomido é inundado los bordes del continente, produciendo por grados aquella franja de islas que se extiende desde la Trinidad á las Lucayas ó Bahamas, y que, segun su idea, formaba antes parte del mismo continente. En corroboracion de su dictámen hace mérito de la forma de estas islas, que son estrechas de Norte á Sur y se prolongan en sentido contrario y en la direccion de la corriente. La isla Beata, en que ancló Colon, está á unas treinta leguas Occidente del rio Ozema, donde esperaba ver el puerto de mar que debió haber formado su hermano. Las fuertes y mantenidas corrientes orientales, y el predominio de los vientos que soplan del mismo punto, podian detenerle por mucho tiempo en la isla, y hacer lento y precario el resto del viaje. Envió el bote á tierra para procurarse un mensajero indio que llevara cartas á su hermano el Adelantado. Seis indios pasaron á bordo, estando uno de ellos armado con una ballesta española. El Almirante se alarmó desde luego, viendo armas de aquella especie en poder de un indio. No era artículo de tráfico, y temió que solo por la muerte de algun español habria pasado á sus manos. Sospechó que habian caido mayores desgracias aun sobre la colonia durante su larga ausencia, y que habian acontecido encuentros con los naturales.

Despachados los mensajeros se hizo de nuevo á la vela, y llegó á la boca del Ozema el 30 de agosto. Le recibió por el camino una carabela, á cuyo bordo venia el Adelantado, que habiendo recibido su carta se apresuró con afectuosa solicitud á darle la bienvenida. La entrevista de los hermanos causó á los dos la mayor alegría; ambos se amaban, ambos habian sufrido mucho en aquella larga separacion, y ambos esperaban mútuo alivio. Don Bartolomé miró siempre con deferencia por el ingenio, la comprension y alta reputacion de su hermano; mientras este en circunstancias difíciles, ponia la mayor confianza en el conocimiento del mundo, actividad incansable y animoso corazon del Adelantado.

Llegó Colon en el estado mas deplorable. Sus viajes eran siempre fatigosos, teniendo que navegar por entre ignorados peligros, y que vigilar á todas horas y en todos tiempos. A medida que iba abanzando en

edad esta vida se le hacia mas penosa. Su constitucion debió haber sido admirablemente fuerte; pero la organizacion mas vigorosa expuesta á demasiados trabajos en un periodo avanzado de la vida, cede á la enfermedad y al dolor. En el último viaje le habia abrasado la calentura, mortificado la gota, y se habia desordenado todo su sistema por una continuada vigilia; salió á tierra pálido, trémulo y casi ciego. Pero su alma, mas fuerte siempre que su cuerpo, esperaba con ansia el resultado de sus recientes descubrimientos, que pensaba proseguir desde luego por medio de su osado y emprendedor hermano.

CAPITULO IV.

ESPECULACION DE COLON RESPECTO Á LA COSTA DE PARIA.

(1498.)

Los grandiosos y notables fenómenos de la naturaleza que se habian desarrollado á los ojos de Colon durante este viaje, excitaron poderosamente su ánimo contemplativo. Al considerar aquellos vastos raudales de agua dulce que fluyen en el golfo de Pária, para precipitarse en seguida con tanta fuerza en el Océano, formó una de sus sencillas pero grandes conclusiones. No podian producir aquellos raudales una ni muchas islas sino algun caudaloso rio, que recorriendo dilatadísimos territorios acopiaba sus aguas y las vertia en impetuosos torrentes en el Océano. El país, pues, que contenia tal rio, debia ser un continente. Entonces supuso que los varios trechos de tierra que habia visto al rededor del golfo estaban generalmente unidos; que la costa de Pária se dilataba mucho hácia el Occidente, mas allá de una sierra que se descubria desde Margarita, y que la tierra opuesta á la Trinidad, en vez de ser isla continuaba largo trecho hácia el Sur, mucho mas allá del Ecuador, hasta llegar á aquel hemisferio no conocido aun por los hombres civilizados. Consideraba todo aquello como una continuacion del continente asiático suponiendo que la mayor parte de la superficie del globo era tierra firme. Apoyaba esta última opinion en citas de autores esclarecidos, antiguos y modernos; Aristóteles y Séneca, San Agustin y el cardenal Pedro de Aliaco, cuyos escritos le merecian mucho respeto. Tambien hace merito especial del aserto del libro de Esdras, en que se asegura que de las siete partes del mundo seis son tierra firme, y solo una está cubierta de agua.

La tierra, pues, que rodeaba el golfo de Pária no era mas, en su sentir, que la orilla de un casi ilimitado continente, extendiéndose mucho al Oeste y al Sur incluyendo las regiones mas preciosas de la tierra, y situado bajo las mas propicias estrellas y benigno cielo, pero todavía desconocido é inculto, y en disposicion de ser descubierto y apropiado por cualquiera nacion cristiana. Quiera el Señor, dice en su carta á los soberanos, dar larga vida y salud á vuestras altezas, para que puedan proseguir esta noble empresa, de que pienso que Dios recibirá grande servicio, España vasto aumento y grandeza, y los cristianos mucho consuelo y delicia, pues que el nombre de nuestro Salvador se divulgará por tan luengas tierras.

Hasta aquí las deducciones del Almirante se alcanzan fácilmente á cualquiera, pero las llevó mas lejos, terminándolas en lo que podria parecer una quimera. En su carta á los soberanos dice, que en los primeros viajes, cuando navegó al Occidente desde las Azores, habia observado á las cien leguas de navegacion mucha variacion en el cielo y las estrellas, en la temperatura del aire y en la calma del Océano. Parecia extenderse una línea del Norte al Sur, mas allá de la cual todo era diferente. La aguja que se habia préviamente inclinado hácia el Nordeste, varió un punto entero al Nor-Oeste. La mar hasta entonces clara, estaba cubierta de yerbas tan espesas que en el primer viaje habia temido encallar. Una tranquilidad completa reinaba en los elementos, y era el clima templado y suave en invierno y en verano. Al hacer sus observaciones astronómicas por la noche, despues de pasada la línea imaginaria, la estrella del Norte le parecia describir en los cielos un círculo diurno de cinco grados de diámetro.

En el último viaje habia variado de rumbo y navegado al Sur desde el cabo de las islas Verdes para la línea equinoccial. Pero antes de llegar á ella el calor era ya insoportable; y habiéndose levantado viento de Levante, viró al Occidente cuando estaba en el paralelo de Sierra-Leon en Guinea. Por espacio de muchos dias se estuvo abrasando bajo aquel nublado cielo y en aquella lluviosa atmósfera, hasta que llegó á la línea ideal mencionada, que se extiende del Norte al Sur. Entonces pasó repentinamente á gozar un cielo azul y claro, de un tiempo sereno, y de un templado ambiente. Cuanto mas adelantaba hácia Occidente tanto mas puro era el clima, tanto mas tranquilo el mar, tanto mas blandas y aromáticas las brisas. Todos estos fenómenos coincidian con los que mas hácia el Norte observó en la misma línea en los otros viajes, exceptuando las yerbas, y los diversos movimientos de las estrellas. La polar le parecia describir un círculo diurno de diez grados en vez de cinco; lo que le llenó de admiracion, habiéndolo averiguado, segun él dice, por medio de observaciones hechas en diferentes noches con su cuadrante. Su mayor altura en los viajes primeros en el paralelo de los Azores, era diez grados; en el último viaje y posicion, quince.

Por estas y otras circunstancias se resistió á dar crédito á la teoría admitida respeto á la forma de la tierra. Los filósofos la habian presentado esférica; pero no conocian la parte del mundo que él habia descubierto. La antigua, de que ellos trataban, era sin duda esférica; pero la verdadera forma del conjunto debia ser, segun Colon, la de una pera, teniendo una parte mucho mas elevada que las demas, y subiendo en espiral hácia los cielos. Esta parte se la figuraba en el interior del recien descubierto continente por debajo del Ecuador. En todos los fenómenos que habia observado antes veia corroborada su teoría. Atribuyó las variaciones que percibió al pasar la imaginaria línea de Norte á Sur, al arribo de los bajeles á aquella hichazon supuesta de la tierra, donde empezaban á ascender suavemente hácia los astros en mas pura y mas celestial atmósfera. La variacion de la aguja la atribuia á la misma causa, dependiendo de la frescura y templanza del clima; pues variaba al Nor-Oeste en proporcion que los buques continuaban su ascenso. Así tambien la altura de la estrella polar y el círculo que describia en los cielos, aparecian á su ver mayores porque se los miraba desde mayor elevacion con menos oblicuidad y por en medio de una atmósfera mas pura; debiendo estos fenómenos á la vista, cuanto mas se acercase al Ecuador el navegante desde la eminencia de aquella parte de la tierra.

Tambien notó la diferencia de la temperatura, vejetacion y moradores de este pais del Nuevo-Mundo, comparados con los del mismo paralelo en Africa. Allí el calor era insoportable, la tierta seca y estéril, los habitantes negros, de pelo crespo, naturalmente mal formados y estúpidos. Aquí, al contrario, aunque el sol estaba en Leon, era moderado el calor del medio dia, frescas las mañanas y tardes, el campo verde y fructífero, cubierto de hermosas florestas; la gente mas blanca que la que habia descubierto en paises menos meridionales, de cabello largo, formas esbeltas y bien proporcionadas, percepcion viva y corazon denodado. Atribuia todo esto en latitud tan cercana al Ecuador, á la mayor altura de aquella parte del mundo, por la que habia subido á una region mas

elevada de la atmósfera. Al volver al Norte por el golfo de Pária, vió que disminuia de nuevo el círculo descrito por la estrella polar. La corriente de la mar se hacia tambien mas rápida, desgastando, como se ha dicho, los bordes del continente, y produciendo con su accion incesante las islas contiguas. Esta era una nueva confirmacion de la idea de que ascendia yendo hácia el Sur, y descendia dirigiéndose al Norte.

Aristóteles habia imaginado que la parte mas alta de la tierra y la mas cercana al cielo, estaba bajo el polo antártico, y otros creian que en el polo ártico. De aquí se inferia que ambos partidos eran de dictámen de que una parte de la tierra tenia mas elevacion, mas nobleza, y mas proximidad al cielo que las demas. No creian que esta eminencia estuviese bajo la línea equinoccial, decia Colon, porque carecian de cierto conocimiento del hemisferio del Sur, y hablaban solo teóricamente y por conjeturas.

Como de ordinario defendia su sistema con la Sagrada Escritura, el sol, cuando Dios le creó, decia, salió de la primer parte del Oriente, ó de allí la luz primera. Aquel sitio, segun su idea, debia existir en la mas remota region del Oriente, donde el Océano y los límites de la India se juntan bajo la límea equinoccial, y donde está situado tambien el punto mas alto de la tierra. Suponia que este ápice del mundo, aunque de inmensa altura, no era escabroso ni lleno de precipicios, sino que la tierra se levantaba por grados suaves é imperceptibles. Las bellas y fértiles costas de Pária situadas, segun él, en sus remotas orillas, debian abundar necesariamente en los artículos preciosos, propios de los climas mas favorecidos. Al penetrar en el interior y ascender gradualmente hácia la cuspide, habia de ser mas lujosa la vejetacion, y mas esquisita la especie de las producciones de la tierra hasta terminar en la cima bajo el Ecuador. Esta imaginaba él que seria la mejor morada de la tierra, gozando por su posicion igualdad de noche y dia, y uniformidad en las estaciones; y como estuviese elevada en una temperatura celestial y serena, se veria exenta de calores y frios, de vapores y nubes, de las tormentas y tempestades que turban y afligen las regiones mas bajas. En una palabra, allí suponia que estaba la mansion de nuestros primeros padres, la residencia primitiva de la inocencia y ventura humana, el jardin del Eden ó Paraiso Terrenal. Creia, siguiendo la opinion de los mas eminentes Padres de la Iglesia, que aquel sitio se conservaba aun lleno de su primera santidad y delicias, pero inaccesible á la planta humana, á no ser por divino permiso. Desde aquella altura se figuraba que descendia, aunque en prolongadísimas ondulaciones, la caudalosa corriente de agua que llenaba el golfo de Pária y dulcificaba en su vecindad al Océano, brotando de la fuente que dice el Génesis manó del árbol de la vida en los vergeles del Eden.

Tal fue el singular razonamiento que desenvolvió Colon en su carta á los soberanos de Castilla, citando diversas autoridades en su apoyo, entre otras las de San Agustin, San Isidoro y San Ambrosio, y robusteciendo su sistema con argumentos de aquella curiosa erudicion especulativa en que estaba tan versado. Estas teorias prueban cuánto se exaltó su ánimo con la magnificencia de sus descubrimientos. El hombre de corazon frio, sin peripecias en su vida ordinaria, en nuestros tiempos sin fé, puede sonreirse al recordar tales visiones; pero nótese que descansaban entonces en las hipótesis de los primeros sabios; y aun cuando asi no hubiera sido ¿podemos admirarnos del extraviado vuelo de la fantasía en un hombre colocado en la posicion de Colon? Veia un vasto mundo levantándose, por decirlo así, delante de él, un mundo de naturaleza y extencion desconocidas. Cada hora le mostraba una nueva belleza y maravilla; islas innumerables cuyas rocas contenian venas de oro, cuyos bosques estaban cargados de especias, cuyas costas abundaban en perlas. Interminables sierras, altas costas, numerosos promontorios, extendiéndose por cuanto la vista alcanzaba; ricos valles girando hácia un interior inmenso, cuyas distantes montañas, segun se decia, cercaban tierras aun mas felices y regiones de mayor opulencia aun. Contemplaba aquel mundo de dorada promision, con la conviccion gloriosa de que su propio ingenio lo habia adivinado, y se complacia en mirarlo con la vista triunfante del descubridor. Si no hubiera Colon sido capaz de aquellos vuelos entusiasmados de la fantasía, quizá, como otros sabios, habria raciocinado fria y metódicamente desde el fondo de su gabinete sobre la probabilidad de que existiesen paises occidentales; pero nunca hubiese osado emprender la audaz aventura de buscarlos por en medio de los desconocidos dominios del Océano.

Entre sus fantásticas especulaciones, se halla aun aquel sólido fundamento de sagacidad que formaba la base de su carácter. La consecuencia que dedujo de la grande corriente del Orinoco, que supuso viniese de tierra firme, fue ingeniosa y lógica. Un docto historiador español ha disculpado con buen criterio otros pasajes de su teoría. «El sospechó, dice, cierta elevacion del globo á una parte del Ecuador: los físicos posteriores han descubierto ser la tierra una esferóide elevada por todo el ámbito de aquel círculo. Sospechó si la diversidad de temples influia en las agujas náuticas no pudiendo penetrar la causa de sus inconstantes variedades: la serie sucesiva de navegaciones y esperiencias ha hecho mas patente aquella inconstancia, y dado á conocer que un frio riguroso despoja tal vez á las agujas de toda su virtud. Acaso nuevas observaciones justificarán la sospecha de Colon. Hasta su error acerca del círculo descrito por la estrella polar, que juzgaba aumentarse por ilusion óptica á medida que el observador se acercaba á la equinoccial, le califica de filósofo superior al tiempo en que vivia.

LIBRO XI.

CAPITULO PRIMERO.

ADMINISTRACION DEL ADELANTADO.—ESPEDICION A LA PROVINCIA DE JARAGUA.

(1498.)

Colon se habia prometido descansar en llegando á Española; pero desgraciadamente le esperaba allí una nueva complicacion de turbaciones y ansiedad, destinada á contrarestar la prosecucion de sus empresas, y á malograr su suerte. Para explicar estas circunstancias es necesario repasar sumariamente la historia de las ocurrencias de la isla en el largo intérvalo que el Almirante permaneció á su pesar en España.

Cuando se hizo á la vela para Europa, en marzo de 1496, su hermano D. Bartolomé, que quedó de gobernador con el título de Adelantado, tomó inmediatamente medidas para ejecutar sus órdenes acerca de las minas recientemente descubiertas por Miguel Diaz, hácia el Sur de la isla. Dejó á D. Diego Colon mandado en Isabela, se trasladó con fuerzas considerables á las cercanías de las minas, y escogiendo una posicion ventajosa en el lugar en que mas abundaba el oro, levantó una fortaleza, á que dió el nombre de San Cristóbal, si bien los trabajadores, hallando granos de oro entre la tierra y piedras que empleaban en su construccion, le llamaron la torre del Oro.

El Adelantado permaneció allí tres meses, dirigiendo las obras de fortificacion, y haciendo los preparativos necesarios para explotar las minas y purificar los minerales. Retardó mucho la obra la escasez de

víveres, pues habia que abandonar con frecuencia el trabajo para enviar partidas en busca de ellos. Faltaba ya la hospitalidad primitiva de la isla, y no daban los indios voluntariamente sus comestibles. Habian aprendido de los blancos á aprovecharse de la necesidad del extranjero, y á poner precio al pan con que satisfacia su hambre. Tambien se concluyeron pronto los acopios, porque su natural frugalidad é indolencia apenas les permitian juntar mas alimentos que los precisos para el inmediato consumo. El Adelantado halló de consiguiente difícil mantener mucha gente en aquellas cercanías, hasta tener tiempo para cultivar la tierra y criar animales, ó para recibir provisiones de España. Dejando diez hombres de guardia en la fortaleza, con un perro que les ayudase á cazar útias, marchó con el resto de su gente, que ascendia á unos cuatrocientos hombres, al fuerte de la Concepcion; en el abundante país de la Vega, donde pasó el mes de junio recibiendo el tributo de aquel trimestre, y comestibles de Guarionex y de sus caciques feudatarios. Al otro mes (julio de 1496) las tres carabelas mandadas por Niño llegaron de España, con un refuerzo de hombres y un repuesto de provisiones. Estas quedaron pronto distribuidas entre los hambrientos colonos; pero desgraciadamente muchas se habian malogrado durante el viaje. Terrible infortunio en una comunidad en que la menor escasez daba orígen á tanta sedicion y murmuraciones.

Por estos buques recibió el Adelantado cartas de su hermano, mandándole fundar una ciudad y puerto de mar en la desembocadura del Ozema, cerca de las nuevas minas. Tambien le mandaba que enviase presos á España los caciques ó indios que hubiesen tenido parte en la muerte de algun colono; crímen que se consideraba como suficiente, por muchos de los mas doctos juristas y teólogos de España, para vender como esclavos á los que le hubiesen cometido. Al volver las carabelas, despachó el Adelantado trescientos prisioneros indios y tres caciques. Estos formaban aquel aciago cargo de que Niño hizo tan absurdo alarde, diciendo que traia los bajeles llenos de tesoros, lo cual fue causa de muchos sinsabores para el Almirante.

Habiendo obtenido provisiones por esta llegada, volvió el Adelantado á la fortaleza de San Cristóbal, y de allí pasó al Ozema á escoger sitio para el deseado puerto. Despues de un exámen concienzudo, eligió la márgen oriental de uno naturalmente formado en la boca del rio. Era de fácil entrada, bastante profundidad y buen anclaje. El rio regaba un país tan bello como fértil; sus aguas eran claras y provistas de peces; las orillas estaban coronadas de los ricos árboles frutales de la isla, de modo que navegando por él se podian coger con la mano sus frutos. Esta deliciosa vega era la mansion de la mujer cacique que habia concebido tanto afecto por el jóven español Miguel Diaz, y le habia inducido á que atrajese á los españoles á aquella parte de la isla. Cumplió fielmente la promesa que hizo de un recibimiento amistoso por parte de su tribu.

En una posicion elevada del puerto erigió don Bartolomé la fortaleza, que al principio se llamó Isabela y poco despues Santo Domingo, y fue el embrion de la ciudad que tiene aun este nombre. El Adelantado era activo é infatigable. Cuando se concluyó el fuerte dejó en él una guarnicion de veinte hombres, y salió con el resto de sus fuerzas á visitar los dominios de Behechio, uno de los principales caudillos de la isla. Este cacique, como ya se ha dicho, reinaba en Jaragua, provincia que comprende casi toda la costa occidental de la isla, incluso el cabo Tiburon, y se extiende por el Sur hasta Punta Aguda, ó la pequeña isla de la Beata. Era su distrito uno de los mas fértiles y populosos, su posicion deliciosa, y las gentes mas apacibles y de mejores modales que las demas de la isla. Estando tan lejos de todas las fortalezas, el cacique, aunque tomó parte en la combinacion de los otros jefes, habia hasta entonces permanecido libre de la invasion y exacciones de los blancos.

Con este cacique vivia Anacaona, viuda del impertérrito Caonabo. Era hermana de Behechio, en cuyos estados permaneció desde la captura de su esposo. Pasaba por una de las mas raras beldades de la isla: su nombre significaba en lengua india, flor de oro. Superaba en ingenio á la generalidad de su raza; pasaba por escelente poetisa, siendo autora de los romances, ó areitos históricos, que cantaban los indios en sus danzas nacionales. Todos los escritores españoles convienen en que estaba dotada de tanta dignidad y gracia que todo en ella parecia incompatible con el ignorante y salvaje estado en que habia vivido. A pesar de la catástrofe que ocasionaron los blancos á su marido, no les guardaba rencor, pues nunca fue su espíritu vengativo. Sabia que provocó el cacique su venganza con voluntaria guerra. Miraba á los españoles con admiracion, considerándoles seres casi sobrenaturales, y su claro ingenio comprendió desde luego cuanto tenia de impolítico resistir sus artes y sus armas. Teniendo mucha influencia con su hermano Behechio, le pidió que escarmentara en el ejemplo de su marido, y que se captase la amistad de los españoles. Se cree que sabiendo los amistosos sentimientos y poderosa influencia de esta princesa, se decidió el Adelantado á emprender su expedicion.

Al atravesar aquellas partes de la isla, no visitadas aun por los europeos, adoptó el Adelantado las mismas medidas tomadas en ocasion análoga por el Almirante: su caballería formaba la vanguardia; y entró en las ciudades indias con banderas desplegadas y al son de tambores y trompetas, inspirando mucha admiracion y terror.

Despues de treinta leguas de camino, llegó al rio que, saliendo de las montañas de Cibao, divide el Sur de la isla. Atravesó su corriente, y mandó por la costa del mar dos partidas de á diez hombres en busca de palo del Brasil. Lo hallaron en grandes cantidades y cortaron algunos árboles, almacenándolos en las cabañas indias hasta poder conducirlos por mar á la colonia.

El Adelantado con el grueso de su gente se dirigió despues á la derecha, y no lejos del rio, vió al cacique Behechio que salia al encuentro con un ejército numeroso de indios, armados de flechas y lanzas. Si habia sido su intencion oponerse á la entrada de los españoles en las selvas de su dominio, le hubo de imponer el formidable aspecto de estos. Dejando las armas se acercó amistosamente al Adelantado, protestando que estaba en guerra con algunos pueblos de la orilla del rio que queria subyugar; al mismo tiempo le preguntó el motivo de su escursion. El Adelantado le dijo que deseaba visitar sus territorios y pasar con él algunos dias de amistoso trato en Jaragua. El cacique, desvanecidas sus sospechas, disolvió su ejército, y despachó veloces mensajeros para anunciar la llegada de tan distinguido huésped, y mandó hacer preparativos para un recibimiento digno de él. A medida que se internaban los españoles por los territorios del caudillo, y atravesaban los distritos de sus caciques inferiores, les daban estos pan de casaba, cáñamo, algodon y varias producciones de la tierra. Al fin se acercaron á la residencia de Behechio, grande y bien situada ciudad, próxima á la costa y á una anchurosa bahía.

Los españoles habian oido muchas descripciones de la deliciosa region de Jaragua, donde algunas tradiciones indias fijaban los campos Eliseos. Tambien habian oido celebrar la esbeltez y urbanidad de los habitantes, cuya conducta confirmó tan favorables antecedentes. Al acercarse á la ciudad, treinta

mujeres de la familia del cacique salieron á recibirlos cantando sus areitos ó romances tradicionales, y bailando y agitando hojas de palma. Las matronas llevaban delanteras de algodon bordado, que bajaban hasta la mitad del muslo; las vírgenes estaban enteramente desnudas, con una redecilla en la cabeza, y el cabello caido sueltamente. Tenian bellísimas proporciones, delicado y suave cutis, y su color era moreno claro y agradable. Segun Pedro Mártir, al verlas los españoles salir de sus verdes bosques, casi imaginaron que se les aparecian las fabulosas driadas, ó las hadas y ninfas nacidas de las fuentes que cantaron los antiguos poetas. Cuando llegaron á don Bartolomé, se arrodillaron, y le presentaron con gracia sus verdes ramos. Despues venia la célebre cacique Anacaona, reclinada en una litera que seis indios conducian. Como las otras mujeres, solo cubria su desnudez con un delantal de algodon de varios colores; ceñia su cabeza una olorosa guirnalda de flores blancas y encarnadas, y llevaba collar y brazaletes de lo mismo. Recibió al Adelantado y sus compañeros con la cortesía que le era natural, no manifestándoles rencor por la muerte de su esposo. Al contrario, pareció haberla inspirado los extranjeros desde el principio grande admiracion y amistad.

Fueron conducidos el Adelantado y sus oficiales á la casa de Behechio, donde se les sirvió un banquete de útias, mucha variedad de pescado de mar y rio, con las raices y gustosas frutas que formaban el principal alimento de los indios. Allí vencieron los españoles por primera vez su repugnancia al guanaco, plato favorito de los indios, y mirado por los blancos con la mayor aversion. El Adelantado, deseando acostumbrarse á los usos del país, fue el primero que gustó este animal, habiéndole Anacaona invitado amablemente á ello. Sus compañeros imitaron el ejemplo, y le hallaron gustosísimo y delicado; y desde entonces gozó el guanaco de alta reputacion entre los epicúreos españoles (1).

Concluido el banquete, se alojó don Bartolomé con seis de sus principales caballeros en la casa de Behechio; los demás quedaron distribuidos en las de los caciques inferiores, donde durmieron en hamacas de algodon, cama habitual de los indios.

Dos dias permanecieron con Behechio, divertidos con varios juegos y festividades indias, entre las cuales fue la mas singular y pomposa la representacion de una batalla. Dos pelotones de indios, armados con arces y flechas, salieron repentinamente á la plaza pública, y empezaron una escaramuza, semejante á las corridas de cañas y alcancías. Poco á poco se fueron acalorando, hasta pelear tan de veras, que quedaron en el campo cuatro muertos y muchos heridos, aumentando este encarnizamiento el interés y gusto de los espectadores. La contienda prosiguió hasta que el Adelantado y otros caballeros pidieron que cesase. Cuando esta entrevista hubo producido una confianza recíproca comunicó el Adelantado al Cacique y á Anacaona el objeto verdadero de su visita. Les dijo, que su hermano el Almirante habia venido á la isla por órden de los reyes de España, grandes y poderosos monarcas, que tenian muchos reinos bajo su imperio. Que estaba á la sazon en la córte para dar cuenta á los soberanos del número de caciques tributarios que quedaron en la isla, dejándolo á él de gobernador interino; y que venia expresamente como tal á poner á Behechio bajo la proteccion de sus monarcas, regularizando al mismo tiempo el tributo que deberia pagarles, del modo que le fuese mas conveniente. Mucho embarazó semejante peticion á Behechio, sabiendo los padecimientos que habian caido sobre otros pueblos de la isla, á consecuencia de la codicia de los españoles. Replicó que habia sabido que el oro era el grande objeto que habia traido á los blancos á la isla, y que pagaban tributo de él algunos de sus compañeros caciques; pero que no se hallaba en parte alguna de sus territorios, siendo apenas conocido de sus súbditos. A esto replicó el Adelantado con mucha destreza, que nada estaba mas lejos de la intencion y deseos de sus soberanos que exigir tributo de lo que no producian sus dominios; pero que podia pagarlo en algodon, cáñamo y pan de casaba, en que al parecer abundaba su territorio. A estas explicaciones tomó animacion el rostro del cacique, quien accedió alegre á lo que se le pedia, y dió al instante órdenes á todos los caciques que le estaban subordinados, mandándoles sembrar abundancia de algodon para el pago del primer tributo. Concluidas las estipulaciones, se despidió él Adelantado amistosísimamente de Behechio y de su hermana, y partió para Isabela.

Así con amistosas y diestras negociaciones, se sometió sin turbulencia una de las mas dilatadas provincias de la isla. Si no hubiesen contrariado la sabia política del Adelantado los excesos de los hombres indignos, hubiera podido dar la Española una grande renta sin violencia ni opresion. En todas las situaciones se presentaron aquellas sencillas gentes muy tratables, resignando humildes y aun alegres sus derechos á los blancos, cuando los trataban estos con humanidad.

CAPITULO II.

ESTABLECIMIENTO DE UNA CADENA DE PUESTOS MILITARES.—INSURRECCION DE GUARIONEX, EL CACIQUE DE LA VEGA.

(1496.)

HALLÓ don Bartolomé en Isabela, como de ordinario un teatro de miseria y abatimiento. Muchos habian muerto durante su ausencia, casi todos los demás estaban enfermos. Los pocos que gozaban aun de salud, se quejaban de la escasez de los alimentos; todos los otros de la falta de medicinas. Las provisiones que se les habian distribuido, de las que algunos meses antes trajo Pedro Alonso Niño, ya estaban consumidas. Los colonos, ya por enfermedad, ya por desidia, habian abandonado el cultivo de los campos vecinos; y los indios, de que principalmente dependian, cansados de vejaciones huyeron á las montañas, prefiriendo vivir de raices y yerbas en sus fragosas cumbres, á permanecer en la riqueza de la llanura, sujetos á los ultrajes é iniquidades de los blancos. La sed del oro produjo nada mas que miseria, volviendo indiferentes á los españoles á los mas fáciles, y tambien mas ciertos y saludables manantiales de riqueza. Todo trabajo que no tendiese á darles directamente oro les parecia estéril. En vez de cultivar el feraz suelo que los rodeaba, y sacar verdaderos tesoros de su superficie, no pensaban mas que en extraer el oro de sus entrañas, y por lo mismo perecian de hambre en medio de la fertilidad. Al parecer habian olvidado que el oro no se come.

Apenas concluyeron los comestibles traidos por Niño, se manifestó de nuevo el descontento entre los colonos. Se creian olvidados por Colon, y decian de él que embriagado con las delicias de la córte olvidaba sus padecimientos; y como carecian de bajeles en el puerto, los desesperaba la imposibilidad de enviar

(1) A aquellas serpientes ó lagartos, parecidas al cocodrilo escepto en el tamaño, las llaman iguanas. Hasta entonces ninguno de nuestros hombres osó aventurarse á probarlas, por razon de su horrible deformidad y asquerosa vista. Pero el Adelantado, incitado por las chanzas de Anacaona, hermana del rey, determinó probar las serpientes. Mas cuando sintió la carne de ellas tan delicada para su lengua, se entregó á comerlas sin ningun miedo, visto lo cual por sus compañeros no se quedaron atrás en apetito: tanto que no tenian otra conversacion que el buen gusto de aquellas serpientes, que decian ser mas agradables que nuestros faisanes y perdices. —Pedró Mártir, doc. 1, lib. 5, traducion inglesa de Eden.

á España noticias de sus desastres y peticiones de socorro.

Deseando proscribir esta última causa de descontento, alimentar las esperanzas con algo, mandó el Adelantado construir dos carabelas para el servicio de la isla. Y con objeto de librar á la colonia de tantos hombres inútiles y descontentos, en aquel tiempo de escasez, destinó al interior á los que estaban demasiado enfermos para trabajar ó pelear, proporcionándoles de este modo el beneficio de mejor clima, y mas abundantes provisiones de los indios. Estableció al mismo tiempo una cadena de puestos militares entre Isabela y el nuevo puerto de Santo Domingo, componiéndose cada uno de cinco casas fuertes, rodeadas de chozas. El primero estaba á nueve leguas de Isabela, y se llamaba La-Esperanza; seis leguas mas allá estaba Santa Catalina; á cuatro y media de este, Santiago; y á cinco leguas de Santiago, el fuerte de la Concepcion, erigido con arte, por estar al pie de las montañas doradas de Cibao, en la vasta y populosa Vega, y á media legua de la residencia de su cacique Guarionex. Libre ya Isabela de aquella gente inútil, quedando solo en ellos los que estaban demasiado enfermos para salir, y los que se necesitaban para su servicio y defensa, y la construccion de los buques, volvió el Adelantado á Santo Domingo con un cuerpo de la gente mas útil y mejor constituida.

Establecidos los puestos militares, intimidaron por algun tiempo á los indios; pero empezaron á manifestarse hostilidades, nacidas de una nueva causa. Entre los misioneros que habian acompañado al padre Boil al Nuevo-Mundo, habia dos de celo mucho mas vehemente que el de su superior. Cuando volvió aquel religioso á España, permanecieron ellos en la isla, consagrados ardientemente á su ministerio. El uno se llamaba Ramon Pane, pobre ermitaño, como él mismo se titula, del órden de San Gerónimo; el otro era Juan Borgoñon, franciscano. Residieron algun tiempo entre los indios de la Vega, celosamente empeñados en convertirlos. Ya habian sus pláticas y ejemplo alcanzado la conversion de una familia de diez y seis personas, cuya cabeza recibió en el bautismo el nombre de Juan Mateo. Pero la conversion del cacique Guarionex era el principal objeto de sus piadosos afanes. Lo dilatado y rico de sus dominios hacian importantísima su conversion para los intereses de la colonia, y los buenos religiosos la consideraban ademas como un medio para atraer á sus muchos súbditos al dominio de la Iglesia. Por algun tiempo se prestó gustoso el cacique á sus exhortaciones, aprendió el Padre nuestro, el Credo y el Ave-María, y obligó á su familia á que los repitiesen todos los dias. Los otros caciques de la Vega y de las provincias de Cibao, reprobaban su conducta y se burlaban de él, por conformarse á las leyes y costumbres de los extranjeros que habian usurpado sus posesiones y oprimido su patria. Se quejaban los frailes de que á consecuencia de esto habia el catecúmeno caido en la infidelidad; pero parece que fue efecto su apostasía de una causa mas grave. Uno de los principales españoles sedujo ó trató descortesmente á su mujer favorita; y el indignado cacique renunció una fé y religion, que á su parecer no reprobaba semejantes actos. Perdida ya toda esperanza de alcanzar la conversion de Guarionex, pasaron los misioneros á los dominios de los caciques, llevando en su compañía á Juan Mateo, el convertido indio. Antes de su marcha edificaron una capillita, poniendo en ella altar, crucijo é imágenes, para que rezase sus oraciones la familia de Juan Mateo.

Apenas se alejaron los frailes, entraron varios indios en la capilla, hicieron pedazos las imágenes, las pisotearon, y las enterraron en un campo inmediato. Esto se ejecutó, segun decian, por órden de Guarionex, en desprecio de la santa religion de que era apóstata. Llegó queja de tan monstruoso crimen al Adelantado, quien mandó acto continuo procesar á los culpables y castigarles con arreglo á las leyes. La legislacion eclesiástica era rigurosísima en aquella época, particularmente entre los españoles. Todas las heregías, todas las recataciones de la fé, todos los actos de sacrilegios cometidos por moro ó judío, se castigaban en España con el fuego, y esta desastrosa suerte esperaba á los pobres é ignorantes indios convictos de sacrilegio. Es dudoso que Guarionex tuviese parte en el crimen, y probable que se describiese con mucha exageracion. Una prueba del crédito que merecian las declaraciones, puede sacarse de cierto acaso recordado por Roman Pane, el *pobre eremita*. El campo en que se enterraron las efigies estaba sembrado de raices parecidas al rábano ó al nabo, las cuales en las cercanías de las imágenes crecieron milagrosamente tomando la forma de cruces.

El cruel suplicio que sufrieron aquellos desventurados, en vez de amedrentar á sus compatriotas los llenó de horror y de indignacion. No estaban acostumbrados á justicia tan vengativa, y como carecian de ideas claras de religion, no comprendian la naturaleza ni las consecuencias del delito que habian cometido. Hasta el mismo Guarionex, por naturaleza moderado y pacífico, se irritó al ver aquella usurpacion de poder dentro de su territorio y la inhumana muerte dada á sus súbditos. Los otros caciques percibieron su indignacion, y trataron de persuadirlo á juntarse con ellos en una insurreccion repentina, para sacudir el yugo de sus opresores con un arranque inesperado y simultáneo. Guarionex, vaciló algun tiempo; conocia la ventaja militar de los españoles; le aterraban sus caballos, y recordaba el desastroso fin de Caonabo. Pero la desesperacion y la creencia de que el dominio de aquellos extranjeros era la ruina segura de su raza, le infundieron aliento. Los escritores primitivos hablan de una tradicion admitida entre los habitantes de la isla, respecto á Guarionex. Pertenecia á una antigua línea de caciques. Su padre, en tiempos muy anteriores al descubrimiento, habiendo ayunado por espacio de cinco dias, segun sus prácticas supersticiosas, pidió al zemí, ó dios penate, revelaciones de las cosas futuras. Recibió por respuesta que dentro de algunos años invadiria la isla una nacion de hombres vestidos, que destruiria todas sus costumbres y ceremonias, dando á sus hijos la muerte, ó reduciéndolos á ominosa servidumbre. Se ignora si esta tradicion, que la inventaron probablemente los bucios, ó sacerdotes indios, cuando empezaron los españoles á manifestarse tan inexorables, dispuso el ánimo de Guarionex á la hostilidad contra los extranjeros. Algunos han asegurado que le obligaron á tomar las armas las exigencias de sus súbditos, que esperaban un buen éxito de su empresa, amenazándole con escoger otro caudillo si él rehusaba mandarlos; otros alegan el ultraje cometido contra su mujer favorita, como causa principal de su arrebato. Probablemente la combinacion de todas estas causas indujo al desgraciado cacique á escuchar los consejos de los caudillos vecinos, y á entrar en la liga. Celebraron todos una conferencia secreta, en que se acordó que el dia del pago del tributo, cuando podria juntarse un crecido número de indios sin excitar sospechas, se lanzarian repentinamente sobre los españoles y los harian pedazos.

Los oficiales del fuerte de la Concepcion tuvieron noticia de este proyecto. No siendo mas que un puñado de hombres, rodeados de tribus hostiles, temieron por su seguridad, por lo que despacharon inmediatamente un mensajero indio al Adelantado, que se hallaba en Santo Domingo, pidiéndole socorro. Era importantísimo poner esta carta en sus manos, pues la seguridad de la colonia dependia de ella. Podrian interceptar al mensajero indio y quitarle el pliego;

pues los naturales habian descubierto que aquellos papeles tenian el maravilloso poder de comunicar noticias, é imaginaban que estaban dotados de la facultad de hablar. Se metió la carta en una caña que llevaba como baston el mensajero. Le interceptaron en efecto; pero afectó ser mudo y cojo, indicando por señas que iba de vuelta á su casa, y apoyándose en la caña se fue cojeando y andando con extrema dificultad. Se le dejó ir, y él continuó adelantando muy despacio, hasta que perdiendo de vista á los indios tomó su habitual soltura y entregó la carta en Santo Domingo.

El Adelantado, con su actividad característica, salió inmediatamente con un cuerpo de tropas para la fortaleza; y aunque sus soldados se hallaban muy debilitados por la escasez de alimentos, duro servicio y precipitadas marchas, se apresuraron en llegar á su destino. Jamas llegó ayuda mas á tiempo. Ya estaban millares de indios en la llanura, armados á su manera, y esperando la señal para dar el golpe. Despues de consultar con el comandante de la fortaleza y los oficiales principales, dispuso el Adelantado el órden de ataque. Averiguando los sitios en que los principales caciques habian distribuido sus fuerzas, señaló un oficial y algunos hombres para cada uno con órden de precipitarse á una hora señalada de la noche á las poblaciones donde dormian, sorprenderlos, atar á los caciques, y traerlos prisioneros antes que sus súditos pudiesen juntarse para la defensa. Como Guarionex era la persona de mas importancia, y su captura seria probablemente la mas difícil y peligrosa, se encargó de ella el Adelantado mismo á la cabeza de cien hombres.

Esta sagaz estratajema, fundada en el conocimiento del amor que profesan los indios á sus caudillos, y tan propia para evitar la efusion de sangre, tuvo el deseado éxito. Como carecian las ciudades de parapetos y murallas, los españoles penetraron tranquilamente en ellas á media noche; y dirigiéndose con rapidez á las casas de los caciques, se apoderaron de catorce de ellos, los ataron y los condujeron al fuerte, antes de que se hiciese el menor movimiento para su defensa ó rescate. Los indios, heridos de terror y confusion, no hicieron resistencia ni mostraron hostilidad alguna; rodearon sí la fortaleza formando grandes grupos desarmados, y llenaron el aire de lamentos y alaridos, con que pedian la libertad de sus caudillos. El Adelantado completó su empresa con el ánimo, sagacidad y moderacion con que la habia conducido. Obtuvo informes de las causas que habian originado aquella conspiracion, y de las personas mas culpables. Dos de los caciques, principales motores de la insurreccion, los que mas habian abusado del carácter accesible de Guarionex, sufrieron la muerte. En cuanto á este infeliz caudillo, el Adelantado averiguando las injurias que habia sufrido, y el poco empeño que habia manifestado en la venganza, le perdonó magnánimamente, y hasta, segun Las-Casas, procedió con rigurosa justicia contra el español cuyos ultrajes habian herido tan profundamente su corazon. Tambien alcanzó la generosidad del Adelantado á los otros jefes de la conspiracion. Temia con medidas severas irritar á sus súbditos, ó entristecerles hasta el extremo de abandonar la Vega, por lo que les prometió grandes favores y premios si continuaban firmes en su lealtad; y les amenazó con terribles castigos si otra vez intentaban rebelarse. Aquella clemencia inesperada del Adelantado subyugó el corazon de Guarionex. En una arenga que dirigió á su pueblo señala el irresistible poder y valor de los españoles, su mucha circunspeccion para con los criminales y su generosidad para con los fieles, exhortándolos vehementemente á cultivar su amistad en lo sucesivo. Los indios le escucharon con atencion, ellos mismos confirmaban en su mente las alabanzas de los blancos, por el ejemplo extraordinario de moderacion que acababan de ver en el Adelantado. Cuando concluyó el cacique su arenga, le llevaron en hombros con el mayor entusiasmo, llenando el aire de cantares y gozosas exclamaciones. La tranquilidad de la Vega quedó restablecida por algun tiempo.

CAPITULO III.

VIAJE DEL ADELANTADO Á JARAGUA PARA RECIBIR EL TRIBUTO.

(1497.)

Con toda su energía y discrecion, halló el Adelantado difícil dirigir los ánimos turbulentos y díscolos de los colonos españoles. Su descontento crecia diariamente. No podian tolerar el rigor de un extranjero que les sujetaba con mano de hierro apenas osaban desmandarse. El poder de D. Bartolomé no tenia á sus ojos la misma legitimidad que el de su hermano. La reputacion del Almirante inspiraba respeto, y á pesar de eso, de ser el descubridor de aquellos paises, y el legado legítimo de los soberanos, le costaba no poco trabajo hacerse obedecer. ¿Cómo conseguirlo, pues, el Adelantado á quien miraba la mayoría como á un mero intruso, apoyado en los méritos y servicios de su hermano, y sin autoridad alguna de la corona? Hablaban los colonos con indignacion de la larga ausencia del Almirante, y del olvido en que tenia sus necesidades; ignorando sin duda la ansiedad que por ellos sufria, mientras estaba detenido en España. La bien concebida órden del Adelantado, para la construccion de las carabelas, los entretuvo algun tiempo. Miraban con interés vehemente su progreso, como medio de obtener alivio ó de abandonar la isla. D. Bartolomé comprendió perfectamente que hombres descontentos y díscolos no deben estar ociosos. Procuraba por lo mismo tenerlos en continuo movimiento; lo que al mismo tiempo se avenia con la constante actividad de su espíritu infatigable. Llegaron á la sazon mensajeros de Behechio, cacique de Jaragua, diciéndole que tenia grandes cantidades de algodon, y otros artículos en que se habia de pagar su tributo, dispuestos á entregarlos. El Adelantado reunió inmediatamente una numerosa comitiva, que salió alegre á visitar por segunda vez aquella region opulenta y feliz. De nuevo fueron acogidos con cantares, bailes y demostraciones de amistad y respeto por Behechio y su hermana Anacaona. Esta parecia gozar de mucha popularidad entre los naturales, y tener en Jaragua casi tanto poder como su hermano. Su afabilidad natural y la dignidad de sus modales cautivaron mas y mas la admiracion de los españoles.

El Adelantado encontró treinta y dos caciques inferiores en la casa de Behechio, esperando su llegada con los respectivos tributos. El algodon era tanto, que llenaba una de las casas. Despues de entregarlo, ofrecieron gratuitamente al Adelantado darle todo el pan de casaba que pidiese. El ofrecimiento era muy aceptable en el estado de necesidad de la colonia; y D. Bartolomé envió á Isabela por uno de los buques, que estaba casi concluido, mandando que pasase cuanto antes á Jaragua, para cargar de pan y de algodon.

Mientras tanto aquellos amables y generosos isleños prodigaron toda especie de bondades á los españoles; les trageron de todas partes grandes cantidades de provisiones, y los mantuvieron como huéspedes en perpétua festividad y banquetes. Los escritores españoles de aquel tiempo, cuyas fantasías estaban inflamadas por las descripciones de los viajeros, y que no sabian formarse idea de la sencillez de la vida salvaje, especialmente en aquellas partes, que se suponia lindaban con el Asia, hablan con frecuencia, en términos de magnificencia oriental, de las diversiones de los naturales, de los palacios de los caciques, y de

los caballeros y damas de la córte, como si se describiesen el alcázar de un príncipe asiático. Los cuadros que ofrecia Jaragua son bien distintos; representan la vida salvaje con su indolente descanso y tranquilos goces. Las turbulencias que afligian otros puntos de la infeliz Hayti no habian alcanzado aun á los habitantes de aquella agradable region. Viviendo entre bellas y fructíferas arboledas, á la orilla del mar, siempre apacible y libre de tormentas, con pocas necesidades, y estas muy pronto satisfechas, estaban libres de la suerte comun del trabajo, y su existencia se deslizaba entre placeres con una calma nunca interrumpida. Cuando vieron los españoles la fertilidad y clemencia de aquel pais, la gallardía de sus hombres, y la hermosura de sus mujeres, le tomaron por el verdadero paraiso.

Al fin llegó la carabela que debia cargarse con los artículos del tributo. Ancló á unas seis millas de la residencia de Behechio, y Anacaona propuso á su hermano ir á ver lo que ella llamaba la grande canoa de los blancos. En su viaje á la costa, el Adelantado se alojó una noche en un lugar pequeño, en una casa en que tenia Anacaona atesorados los artículos que creia mas raros y preciosos. Varias manufacturas de algodon ingeniosamente labradas, sillas, mesas y diversos muebles de ébano y otras maderas, revelaban mucha habilidad en unas gentes que no tenian herramientas con que hacerlas. Tales eran los sencillos tesoros de la princesa india, de que hizo generosamente muchos regalos á sus huéspedes.

Es inesplicable la admiracion de aquella mujer inteligente, cuando vió por primera vez el buque. Su hermano, que la trataba con fraternal cariño y una respetuosa atencion digna de la vida civilizada, habia preparado dos canoas brillantemente pintadas y adornadas, una para conducirla á ella con su comitiva, y otra para él y sus capitanes. Anacaona prefirió entrar con su acompañamiento en el bote del Adelantado. Al aproximarse á la carabela disparó esta un cañonazo de saludo. El estampido y los torbellinos de humo que arrojaba el buque y se esparcian por la mar, hicieron caer á Anacaona desmayada en brazos del Adelantado, y los que la acompañaban casi se arrojaron al mar de miedo. Don Bartolomé sacó pronto á todos de su estupor. Ya mas cerca del buque, resonó súbitamente la música de muchos instrumentos marciales, cuya armonía causó grandísimo placer á los indios. Su admiracion creció al pasar á bordo de la carabela, acostumbrados como estaban á sus sencillas y ligeras canoas. Pero cuando se levaron anclas, se extendieron las velas y ayudados por una suave brisa vieron aquella vasta máquina moverse, al parecer por su propio albedrío, virando de un lado á otro, y jugando, por decirlo así, como un desmesurado mónstruo en el Océano; Behechio y su hermana se miraron mútuamente con sorpresa. Nada ha causado tanta admiracion en el ánimo hasta del mas estóico salvaje, como ver el bello triunfo del ingenio humano en un buque de vela.

Cargada y despachada su carabela, hizo el Adelantado muchos regalos á Behechio, su hermana y servidumbre, y se despidió de ellos para volver con su gente á Isabela por tierra. Anacaona mostró grande afliccion por su partida, pidiéndole encarecidamente que permaneciese con ellos algun tiempo mas, y manifestándose temerosa de no haber sabido complacerlo con sus esfuerzos. Tambien ofreció seguirlo á la colonia, y no se manifestó consolada hasta que le prometió el Adelantado volver á Jaragua.

No puede dejar de admirarse el talento de don Bartolomé en su pasajero gobierno de la isla. Vigilante y activo, hizo repetidas marchas de una provincia á otra remota, y siempre se halló en el punto del peligro en el momento crítico. Por medio de una hábil estrategia logró con un puñado de hombres apagar una insurreccion formidable sin efusion de sangre. Concilió con su moderacion los mas encarnizados enemigos, y proscribió los crueles instintos de sus gentes con ejemplares castigos. Formó alianzas con los mas poderosos caciques, sometió sus dominios al tributo, y abrió nuevos almacenes de víveres para la colonia, aliviando sus necesidades mas perentorias. Si en tan sabias medidas se hubiesen apoyado los que estaban á sus órdenes, se hubiera convertido aquel país en teatro de prosperidad, y producido grandes rentas á la corona sin perjuicio de los naturales; pero sus deseos, como los de su hermano el Almirante, eran constantemente malogrados, por las viles pasiones y la perversa conducta de los demás. Mientras estuvo ausente de Isabela se habian fomentado nuevos males, que debian muy pronto llenar de confusion toda la isla.

CAPITULO IV.

CONSPIRACION DE ROLDAN.

(1497.)

El primer motor de los males que afligieron entonces á la colonia, era Francisco Roldan, el cual debia las mayores atenciones al Almirante, quien le sacó de la oscuridad, si bien le empleó al principio en ocupaciones domésticas; pero como mostrase mucho talento natural y mucha aplicacion, le hizo alcalde ordinario. El tino con que desempeñó este cargo y la persuasion en que estaba de su fidelidad y gratitud, indujeron á Colon, á su regreso á España, á hacerle alcalde mayor de la isla. Verdad es que carecia de educacion; pero como hasta entonces no ofrecian grandes dificultades las leyes de la colonia, el desempeño de aquellas funciones apenas exigia mas que un talento despejado y un deseo sincero de ejercerlas honradamente.

Roldan era uno de aquellos espíritus bajos que se asfixian al respirar una atmósfera elevada. Habia visto á su bienhechor volver de España aparentemente cubierto de una nube de desgracia; habia pasado mucho tiempo sin que se supiese de él; y considerándole destituido ya de todo favor ideó los medios de aprovecharse de su caida. Tenia un empleo solo inferior al del Adelantado; y como este no gozaba de popularidad, consideró fácil indisponer á ambos con los colonos y con el gobierno de España, y por medio de su destreza apoderarse del mando de la colonia. El austero carácter del Adelantado le contuvo por algun tiempo; pero durante su ausencia podia Roldan seguir libremente sus maquinaciones. Don Diego, jefe entonces de Isabela, era hombre virtuoso, pero de poco vigor. Roldan se sentia superior á él en talentos y en ánimo; y su amor propio se reaccionaba ante la idea de que le era inferior en autoridad. Pronto formó un partido de toda la gente audaz y disoluta de la colonia, y relajó secretamente los vínculos del órden: alentando el descontento de la gente baja, y dirigiéndole contra el carácter y conducta de Colon y de sus hermanos. Como habia sido superintendente de varias obras públicas, le fue fácil establecer un trato intimo y familiar con operarios, marineros y otros individuos de las clases inferiores. Su humilde estraccion le sugeria los medios de adaptarse fácilmente á su inteligencia y modales, al paso que su empleo le daba consideracion entre ellos. Oyéndoles quejarse de continuo de su mala vida, duro trabajo y larga ausencia del Almirante, afectó lastimarse de sus padecimientos. Les imbuyó indirectamente la idea de que nunca volveria el Almirante, hallándose en desgracia y ruina, á consecuencia de las representaciones de Aguado. Simpatizaba con ellos al hablar del áspero trato que recibian del Adelantado y de su hermano don Diego, que como extranjeros no podian interesarse en su bien, ni en el buen nombre español, tratan-

do á todos como á viles esclavos, á quienes hacian levantar casas y fortalezas para ellos, ó para dilatar sus estados y asegurar su poder mientras se paseaban por la isla, enriqueciéndose con los despojos de los caciques. Así exasperó los sentimientos de la chusma hasta tal extremo, que llegaron á fraguarse conspiraciones para asesinar al Adelantado, como único medio de librarse de un odioso tirano, y hasta se concertaron la hora y el sitio para la perpetracion de aquel acto. El Adelantado habia condenado á muerte á un



Marcha del Adelantado á la Vega

español llamado Barahona, amigo de Roldan y de varios conspiradores. No se sabe positivamente cuál era su crímen, pero de un pasaje de Las-Casas se deduce con bastante fundamento, que era el mismo español que habia violado á la mujer favorita de Guarionex, el cacique de la Vega. El Adelantado debia presenciar la ejecucion. Se decidió, pues, que cuando el pueblo estuviese agrupado, se levantase un tumulto como casual, y que en la confusion de aquel momento se asesinase á don Bartolomé á puñaladas. Afortunadamente para el Adelantado perdonó al criminal, no se reunió el público, y abortó de consiguiente el plan de los conspiradores.

Mientras don Bartolomé estaba ausente, reuniendo el tributo en Jaragua, creyó Roldan llegado el oportuno momento de conducir los asuntos á una crisis. Sondeó los sentimientos de los colonos, y se aseguró de que habia un formidable partido dispuesto á la sedicion. Su plan era crear una insurreccion, contenerla por medio de su autoridad de alcalde mayor, señalar como causa la conducta de don Diego y de su hermano y mientras usurpaba las riendas del gobierno, dar á entender que solo le guiaba el amor de la paz y de la prosperidad de la isla, y el deseo de salvar los comprometidos intereses de los soberanos.

No tardó en hallarse un pretesto para la insurreccion proyectada. Cuando volvió la carabela de Jaragua cargada de tributos indios, y se sacaron estos á tierra, don Diego hizo que tambien se sacase el buque, para protegerlo de cualquier accidente ó siniestro designio de los colonos desafectos. Roldan señaló esta circunstancia á sus partidarios, y criticó reservadamente que se sacase el bajel á la playa en vez de dejarlo flotar, para beneficio de la colonia, ó enviarlo á España para participar sus padecimientos, dando á entender que la verdadera causa de aquella providencia era el miedo que tenian el Adelantado y su hermano de que llegasen á España informes de su mala conducta; quienes intentaban permanecer señores absolutos de la isla, y tener en ella á los españoles como meros esclavos. Semejantes sugestiones irritaron mas y mas los ánimos de los descontentos que habian esperado ansiosos la conclusion de las carabelas, como único medio de alcanzar alivio; empezaron, pues, á censurar abiertamente aquellas medidas, y á pedir que se echase el buque al agua y fuese por víveres á España. Don Diego quiso convencerles de cuán descabellada era su demanda, no teniendo el bajel cuerdas ni equipo para tal viaje; pero cuanto mas se esforzaba en pacificarlos, con buenas razones, tanto mas turbu-

lentos se manifestaban ellos. Roldan tambien se volvió mas osado y esplicito en sus instigaciones. Les aconsejó que se apoderasen de la carabela y la echasen al agua, como único medio de recobrar su independencia, y librarse del despotismo de aquellos arrogantes extranjeros enemigos de corazon de los españoles. Les hizo entrever una vida descansada y placentera, repartiéndose entre sí lo que por cambio pudiesen ganar en la isla, empleando á los indios como esclavos para que trabajasen por ellos, y gozando sin freno toda especie de libertad con respecto á las mujeres indias.

Don Diego en vista de la fermentacion de la gente y de las varias intrigas de Roldan, temiendo llegar á un rompimiento en el estado en que se hallaba la colonia, envió repentinamente al mismo Roldan con cuarenta hombres á la Vega, bajo pretesto de atemorizar á ciertos indios que habian rehusado pagar el tributo, y tendian á rebelarse. Roldan se aprovecha de esta oportunidad para reforzar su partido. Se captó la amistad y ayuda de los caciques, justificando secretamente su resistencia al pago del tributo y prometiéndole alivio. Se aseguró el afecto de sus propios soldados con actos de desmedida indulgencia, desarmando y separando del cuerpo á los que rehusaban una participacion plena en sus proyectos, y volvió con los demás á Isabela, donde contaba con un poderoso partido entre la gente comun.

El Adelantado habia ya regresado á la sazon de Jaragua: pero Roldan, viéndose á la cabeza de una fuerte faccion, y prevaliéndose de la mucha autoridad de su empleo, pidió resueltamente que se echase al agua la carabela que se le otorgase permiso para hacerlo él mismo con su gente. Irritó al Adelantado esta arrogancia y negó su consentimiento, diciendo, que ni él ni sus compañeros eran marineros, ni la carabela estaba debidamente equipada para zarpar, y que él no queria poner el buque y la gente en peligro tan grande.

Conoció Roldan que se habian traslucido sus proyectos, y como era el Adelantado un adversario demasiado formidable para levantar contra él una sedicion abierta en Isabela, determinó llevar sus planes á



Entrevista del Adelantado y Roldan en el fuerte de la Concepcion.

efecto en algun punto mas favorable de la isla, siempre confiado en que su rebelion contra la autoridad de D. Bartolomé, hallaria disculpa sabiendo presentarla como una oposicion á su despotismo. Tenia setenta hombres resueltos y bien armados á sus órdenes, y no dudaba que al levantar su estandarte, se le unirian todos los descontentos de la isla. Salió repentinamente hácia la Vega, pensando sorprender el fuerte de la Concepcion, y apoderado de él y del rico pais adyacente, desafiar sin temor todo el poder del Adelantado.

Se detuvo por el camino en varios lugares indios en que estaban distribuidos los españoles, á quienes procuró atraer á su partido con las mas lisonjeras promesas. Tambien intentó romper el vasallaje de los indios, ofreciéndoles exonerarlos del tributo. Los caciques con que se habia entendido antes le recibieron entusiasmados, especialmente uno que habia to-

mado el nombre de Diego Marques, de cuya poblacion hizo Roldan su cuartel general, por estar cerca de la Concepcion. Se engañó en sus esperanzas de sorprender esta fortaleza. Su gobernador Miguel Ballester era un veterano intrépido y cauteloso. Entró en su castillo al acercarse Roldan, y le cerró las puertas. La guarnicion era corta; pero el fuerte, situado junto á una colina y cercado de un rio, podia resistir cualquier asalto. Roldan esperaba hacer entrar gradualmente á Ballester en sus proyectos, ó conseguir cuando menos la desercion de sus subordinados, halagados por la vida licenciosa que él permitia á los soldados. En las cercanías estaba la ciudad habitada por Guarionex, donde se hallaban treinta soldados á las órdenes del capitan Garcia de Barrantes. Roldan llegó á ellos con su fuerza armada, confiando atraerse á Barrantes y su partida; mas el capitan se encerró en la casa fuerte y no permitió á su tropa comunicacion alguna con Roldan. Este le amenazó con incendiar la casa; pero se contentó con apoderarse de los víveres y volvió hácia la Concepcion, que apenas distaba media legua.

CAPITULO V.

MARCHA EL ADELANTADO Á LA VEGA Á SOCORRER EL FUERTE DE LA CONCEPCION. — SU ENTREVISTA CON ROLDAN.

(1497.)

Aunque el Adelantado tenia noticia de la traidora conducta de Roldan, dudó por algun tiempo si saldria á perseguirlo. Desconfiaba de la lealtad de los que le seguian, é ignoraba hasta dónde se extendia la conspiracion, y de quién podia fiarse. Diego de Escobar, alcaide del fuerte de la Magdalena. Adrian de Mojica, y Pedro de Valdivieso, todos hombres principales, eran de la liga de Roldan. Temia que el gobernador de la Concepcion estuviese tambien de su parte, y toda la isla en contra del gobierno. Las comunicaciones de Miguel Ballester le infundieron aliento. Aquel veterano leal le dirigió algunos partes pidiéndole pronto socorro y exponiéndole la debilidad de la guarnicion y las muchas fuerzas de los rebeldes.

Don Bartolomé auxilió con su acostumbrada prontitud, entrando él mismo con un destacamento en la Concepcion. Ignorando las fuerzas de los rebeldes, y no confiando mucho en la lealtad de sus gentes, adoptó medidas suaves. Estando Roldan acampado en un lugar que distaba media legua, le envió un mensaje en que reprendia su conducta y le exponia los males que debia acarrear, y la ruina que le esperaba inevitablemente. Le mandó pasar á la fortaleza, prometiéndole bajo su palabra, seguridad personal. Roldan se presentó delante del fuerte de la Concepcion, y el Adelantado, que conferenció con él desde una ventana, le preguntó por qué motivo se rebelaba contra la autoridad real. Roldan replicó cínicamente, que él estaba al servicio de sus soberanos, defendiendo á los españoles de la opresion de hombres que labraban su ruina. El Adelantado le mandó entregar su baston de alcalde mayor, y someterse pacíficamente al poder de las leyes. Roldan rehusó hacer dimision de su empleo, y someterse á D. Bartolomé, á quien acusaba de querer quitarle la vida. Tambien rehusó someterse á ningun proceso, sin órden espresa del rey. Pero deseando hacer ver que no se oponia al pacífico ejercicio de su autoridad, ofreció ir á residir con su gente donde mandase el Adelantado. Este designó desde luego el lugar del cacique Diego Colon, el mismo natural de las Lucayas que habia sido bautizado en España y se casó despues con una hija de Guarionex. Roldan rehusó de nuevo obedecer, diciendo que allí no habia las suficientes provisiones para su gente, y partió resuelto, como dijo, á buscar mejor residencia en otra parte.

Entonces propuso á sus compañeros tomar posesion de la remota provincia de Jaragua y establecerse en ella. Los españoles que la habian visto pintaban con los mas halagüeños colores aquellas regiones, la feracidad del suelo, la dulzura del clima, la hospitalidad del pueblo, sus fiestas, bailes y diversiones; y sobre todo, la belleza de las mujeres. Las gracias de las ninfas desnudas que bailaron en Jaragua habian cautivado su voluntad. En esta deliciosa region, sin sujecion á leyes y sin necesidad de trabajar, podian gozar una vida de libertad perfecta, con un mundo de hermosura á su disposicion. En una palabra, pintó Roldan en un vastísimo lienzo los goces desenfrenados y sensuales que él sabia que eran la felicidad suprema de gente ociosa y disoluta. Sus compañeros accedieron gustosos á aquella proposicion; pero se necesitaban algunos preparativos para llevarla á cabo. Roldan, aprovechándose de la ausencia del Adelantado, hizo una rápida marcha á Isabela, y entrando casi por sorpresa, se esforzó en echar al mar el buque para navegar en él hasta Jaragua. Oyendo don Diego Colon el tumulto, salió á contenerlo con algunas personas distinguidas; pero tal era la fuerza de los amotinados, y tan amenazadora su actitud, que se vió, en la necesidad de retirarse á la fortaleza con muchos de los que permanecian fieles. Roldan tuvo con él varias conferencias, y le ofreció ponerse á sus órdenes, siempre que él se opusiese á los de su hermano. Esta proposicion fue justamente despreciada. La fortaleza era difícil de tomar por asalto; le fue imposible echar al agua la carabela, y temió que á la vuelta del Adelantado se hallaria acorralado entre dos fuerzas, por lo que se apresuró en buscar provisiones para la propuesta espedicion á Jaragua. Pretendiendo aun obrar por autoridad oficial y legítima é impulsado por noble causa, forzó los almacenes reales á los gritos de *¡Viva el rey!* y proveyó á su gente de armas, municiones, vestidos y cuanto desearon de lo que habia acopiado: fué de allí al cercado donde se criaban las reses y animales europeos, tomó de ellas las que juzgó necesarias para su imaginado establecimiento, y permitió á su gente que matase de las restantes las suficientes para consumirlas entonces. Despues de esta devastacion, salió en triunfo de Isabela. Pero acordándose del carácter del Adelantado, comprendió que seria poco segura su suerte con tan activo adversario á la espalda, el cual, fuera ya de su estado de perplejidad, no dejaria de perseguirlo en su paraiso de Jaragua. Determinó por lo mismo marchar de nuevo á la Vega, y ó bien apoderarse del Adelantado, ó bien asestarle un golpe tan fulminante que le invalidara para molestarle en lo sucesivo. Regresando á las inmediaciones del fuerte de la Concepcion, se esforzó por todos los medios, y valiéndose de sutiles emisarios en persuadir á la guarnicion á que se sublevase y desertase.

El Adelantado estaba bien informado de las maquinaciones del enemigo, y no se hacia ilusiones acerca de su peligro personal. No osaba salir al campo con sus gentes, porque recelaba de su fidelidad. Sabia que prestaban oidos á los emisarios de Roldan y comparaban los cortos alimentos y dura disciplina de la guarnicion con la abundancia y libertad de los rebeldes. Deseando paralizar estas seducciones, empezó á tratar con mas indulgencia á su gente, y á ofrecer grandes premios. Así pudo conservar alguna lealtad entre sus soldados, contribuyendo á ello el que tenia su servicio una ventaja sobre el de Roldan cual era la de estar de parte del gobierno y de las leyes.

Viendo que sus designios para corromper la guarnicion eran infructuosos, y temiendo una repentina salida del Adelantado, marchó Roldan á cierta distancia, y buscó medios insidiosos para aumentar su poder y debilitar el del gobierno. Pretendia tener tanto derecho como el Adelantado al manejo de

los negocios de la isla, y decia haberse separado de él por ser vengativo y demasiado petulante en el ejercicio de su autoridad. Le representaba tirano de los españoles y opresor de los indios. En cuanto á él mismo, tomó el carácter de deshacedor de agravios y campeon de los menesterosos é injuriados. Fingia exaltarse con acceso de patriotismo delante de las afrentas que hacia devorar á los españoles una familia de arrogantes extranjeros, y decia que iba á librar á los indios de los tributos que para enriquecerse ellos mismos les arrancaban aquellos jefes avaros contra la benéfica intencion de los monarcas españoles. Se relacionó estrechamente con el cacique caribe Manicaotex hermano del difunto Caonabo, cuyo hijo y sobrino estaban en su poder como rehenes por el pago del tributo. Se captó á este belicoso caudillo con regalos y caricias, dándole el título de hermano. Los infelices indios, engañados por sus palabras, y muy alegres al verse con un protector armado que los defendia, se sometieron desde luego, trayendo á Roldan provisiones en abundancia y todo el oro que pudieron recoger, y dándole voluntariamente tributos mucho mayores que aquellos de que querian librarse.

Los negocios de la isla estaban en la situacion mas lamentable. Los indios en vista de las disensiones de sus opresores, y animados por la proteccion de Roldan, empezaron á negar obediencia al gobierno. Los caciques lejanos dejaron de enviar su tributo; á los que estaban cerca el Adelantado les libró de él queriendo con su generosidad conservar su amistad en aquellos dias de peligro. La faccion de Roldan se desarrollaba diariamente, vagaban sus partidarios con insolencia por los contornos, sostenidos por los mal aconsejados indios, al paso que los españoles que permanecian leales, temiendo las conspiraciones de los naturales, se veian obligados á permanecer de continuo á la vista del castillo, ó encerrarse en las casas fuertes de las poblaciones. Los comandantes tenian que consentir toda especie de faltas de subordinacion de sus propios soldados y de los indios, temerosos de que la severidad precipitase la esplosion. Los vestidos y municiones de toda especie, así como las provisiones de guerra y boca, se malograban sin consideracion alguna, y la falta de repuestos y de noticias de España llenaba de abatimiento á los que se mantenian fieles. El Adelantado se hizo fuerte en la Concepcion, esperando que de un momento á otro le asediase Roldan abiertamente, y azorado por noticias secretas que habia recibido de que se habian tomado medios para acabar con él si salia de la fortaleza.

Tal era el estado á que se veia reducida la colonia á consecuencia de la larga detencion de Colon en España, y de los obstáculos que pusieron á todas sus medidas en favor de la isla las dilaciones de los gabinetes y la perversidad y astucia de Fonseca y sus satélites. En momento tan crítico, cuando la faccion campeaba triunfante y la colonia se hallaba en el borde del precipicio, llegaron nuevas á la Vega, de que Pedro Hernandez Coronel habia llegado al puerto de Santo Domingo con dos buques, municiones, víveres de todas especies y un buen refuerzo de tropas.

CAPITULO VI.

SEGUNDA INSURRECCION DE GUARIONEX, Y SU HUIDA Á LAS MONTAÑAS DE CIGUAY.

(1498.)

LLEGÓ Coronel el 3 de febrero de 1498, debiéndose á su llegada la salvacion de la colonia. Las tropas y víveres que traia alentaron á Don Bartolomé. La confirmacion real de su título y autoridad de Adelantado disipó todas las cavilaciones acerca de la legitimidad de su mando y afianzó la fidelidad de sus partidarios; al paso que las noticias de que el Almirante gozaba de alto favor en la córte, y llegaria pronto con una poderosa escuadra, llenó de consternacion á los que entraron en el motin persuadidos de que habia caido de la gracia real.

El Adelantado abandonó desde luego la fortaleza, y salió inmediatamente para Santo Domingo, aunque una fuerza superior de los rebeldes estaba en el lugar del cacique Guarionex, á muy corta distancia Roldan le siguió lenta y tristemente con su partida, ansiando averiguar la verdad de aquellas noticias, reclutar partidarios, si era posible, entre los que habian llegado nuevamente, y aprovecharse de cuantas circunstancias pudiesen contribuir á la realizacion de sus proyectos. El Adelantado dejó guarnecidos los desfiladeros para impedir se acercasen á Sto. Domingo, y á algunas leguas de este establecimiento hizo alto Roldan.

Cuando el Adelantado se vió seguro en Sto. Domingo, con un aumento de fuerza, y perspectivas de cercanos y mayores refuerzos, su generosidad prevaleció sobre su indignacion, y trató de apagar las sediciones populares por templados medios, queriendo restablecer la tranquilidad en la isla antes de la llegada de su hermano. Consideró que los colonos habian sufrido mucho por falta de víveres, que su severidad habia fomentado el descontento; y que muchos se habian rebelado dudando de la legitimidad de su poder. Al paso, pues, que proclamó el acta real, que sancionaba su título y funciones, prometió una amnistía que comprendia todos los delitos pasados, pero con la expresa condicion de volver inmediatamente á la obediencia. Sabiendo que estaba Roldan con los suyos á cinco leguas de Sto. Domingo, le envió á Pedro Hernandez Coronel, nombrado por el rey alguacil mayor de la isla, para que le exhortase á volver á sus deberes, ofreciéndole olvido de lo pasado. Confiaba en que las persuasiones de un hombre de honor y discrecion como Coronel, que habia sido testigo del favor que gozaba su hermano en España, convenceria á los rebeldes de que era desesperado su intento.

Roldan, empero, midiendo toda la extension de su crímen, y receloso de la clemencia de D. Bartolomé temia ponerse en sus manos; por lo que resolvió impedir que comunicasen sus gentes con Coronel, para que este no las sedujese con la promesa del perdon. Así es que cuando dicho emisario se acercó al campo de los rebeldes, se le opuso en un estrecho paso un cuerpo de ballesteros con arcos tendidos. ¡Alto, traidor! le gritó Roldan: si hubiéseis llegado ocho dias despues todos hubiéramos sido unos.

En vano se esforzó Coronel con buenas razones y súplicas vehementes en arrancar á aquel hombre perverso y turbulento de su criminal carrera. Roldan se confesó con audacia, enemigo únicamente de la tiranía y mal gobierno del Adelantado, pronto á someterse al Almirante á su llegada. El, y muchos de sus confederados principales, escribieron en este sentido á Sto. Domingo, suplicando á sus amigos que defendiesen su causa con el Almirante cuando llegase, y que le manifestasen el deseo que tenian de reconocer su autoridad.

Cuando Coronel informó de la contumacia de Roldan al Adelantado, este le proclamó traidor y lo mismo á sus compañeros. Pero el jefe no permitió á sus gentes quedar sujetas á la seduccion de las promesas, ó al terror de las amenazas; inmediatamente salió con ellas hácia la prometida tierra de Jaragua, confiado en que sus voluptuosos encantos acabarian de disolver todo principio de honor y de virtud en aquellos mal aconsejados partidarios, por medio de una vida de indolencia y de libertinaje.

Los malos efectos de sus intrigas con los caciques eran notables. Apenas salió el Adelantado de la Concepcion, formaron los indios el proyecto de sor-

prenderla. Guarionex se puso á la cabeza del movimiento, aguijado por las instigaciones de Roldan, que le habia prometido ayuda y arrastrado por la falaz esperanza de librar sus señoríos del intolerable dominio de los extranjeros. Por medio de comunicaciones secretas con sus caciques tributarios, se concertó que se levantasen todos simultáneamente contra los soldados que estaban acuartelados en pequeñas partidas en sus lugares; y que les diesen muerte, mientras él, con una fuerza escogida, sorprendia y asaltaba la fortaleza de la Concepcion, valiéndose de la debilidad y desunion de sus defensores. Como podian los indios equivocar el momento señalado, se decidió ejecutar el proyecto la noche de la luna llena.

Uno de los principales caciques, mal observador de los cuerpos celestes, se insurreccionó antes de la noche prefijada, y los soldados le repelieron. Desde luego se pusieron alerta todos los españoles. El cacique huyó donde se hallaba Guarionex, pidiéndole auxilio; pero este jefe, lleno de desesperacion, mandó darle muerte en el acto.

Así que el Adelantado oyó hablar de este suceso, salió para la Vega con fuerzas numerosas. No esperó Guarionex su llegada. Comprendió que eran vanos todos los esfuerzos para deshacerse de aquellos extranjeros, que habian caido como una maldicion sobre la isla, y viendo que su amistad era tan destructora como su aversion; trató de evitar una y otra. Abandonando sus bellos territorios y la antes dichosa Vega, huyó con su familia y una corta partida de fieles súbditos á las cordilleras de Ciguay, que se extienden por el Norte de la isla entre el mar y la Vega. Eran sus habitantes los mas robustos y corpulentos de la isla, y mucho mas formidables que los dóciles moradores de los valles. Parte de esta tribu fue la que en el primer viaje de Colon hostilizó á los españoles, cuando en el golfo de Samaná se derramó la primera gota de sangre nativa, vertida por los europeos en el Nuevo-Mundo. Recuerde el lector la franca y confiada conducta de aquellas gentes el dia despues de la accion, y la intrépida fé con que el cacique entró á bordo de la carabela del Almirante, poniéndose en poder de los españoles. A este mismo caudillo, llamado Mayonabex, pidió refugio y hospitalidad el fugitivo príncipe de la Vega. Se presentó en su residencia, que era una ciudad india, cerca del cabo Cabron, á diez leguas Occidente de Isabela, é imploró amparo para su mujer, sus hijos y una corta comitiva. El generoso cacique de las montañas le recibió con los brazos abiertos. No solo dió asilo á su familia, sino que le ofreció protegerle en su infortunio, defender su causa, y participar de su desesperada suerte. Los hombres de vida civilizada aprenden la magnanimidad por preceptos; pero sus mas claras acciones no pueden rivalizar con los hechos del salvaje, que obra solo á impulsos de sus naturales inclinaciones.

CAPITULO VII.

CAMPAÑA DEL ADELANTADO EN LAS MONTAÑAS DE CIGUAY.

(1498.)

Ayudado por su aliado montañes, y por las partidas de los ciguayos que le proporcionó este, Guarionex hizo varias escursiones á la llanura, cortando partidas sueltas de españoles, devastando las ciudades de los naturales que los continuaban obedeciendo, y destruyendo todas las cosechas. La llegada del Adelantado, resuelto á desalojar y exterminar tan formidable adversario, puso fin á tantos estragos. No economizando peligros ni fatigas, ni confiando á otros lo que podia hacer él mismo, salió en la primavera con una division de noventa hombres, algunos caballos, y un cuerpo de indios, para penetrar en las espesuras de las montañas de Ciguay.

Despues de pasar un rápido desfiladero, casi impracticable para las tropas, á causa de sus fragosas peñas y vegetacion excesiva, descendió á un pintoresco valle extendido por la costa, y rodeado de las montañas que se adelantaban hácia el mar. Acechaban su paso por aquellos paises los penetrantes ojos de muchos espías indios, escondidos entre las rocas y malezas. Al buscar los españoles el vado de un rio á la entrada del valle, dos escuchas indios se levantaron de entre los arbustos de su orilla. Uno se arrojó de cabeza al agua y escapó á nado: el otro, hecho prisionero, dijo que seis mil indios estaban emboscados en la opuesta playa, con ánimo de atacarles al pasar el rio.

El Adelantado avanzó cautelosamente, y hallando un lugar oportuno, entró en el agua con sus tropas. Apenas habian llegado á la mitad de la corriente, salieron los salvajes, pintados con horrorosos colores, y tan disformes, que mas bien parecian furias infernales que individuos de la raza humana. Asordaron las selvas con sus gritos y alaridos. Descargaron una nube de saetas y lanzas, que hirieron á muchos españoles á pesar de la proteccion de sus escudos. El Adelantado continuó su camino por en medio del rio, y los indios emprendieron la fuga. Algunos murieron allí; pero su ligereza en la carrera, su conocimiento del país, y su destreza en atravesar las espesuras, salvó la mayor parte del alcance de los españoles, á quienes incomodaban los petos, escudos, lanzas y ballestas.

Por consejo de uno de los guías indios, siguió el Adelantado por el valle con designio de atacar la residencia de Mayobanex en Cabron. Tuvo por el camino varias escaramuzas con los naturales, que repentinamente salian de sus emboscadas por entre las matas, descargaban sus armas con furiosos gritos de guerra, y se refugiaban de nuevo en las espesuras de sus rocas y selvas inaccesibles á los españoles.

El Adelantado envió á Mayobanex uno de los varios prisioneros que hizo, acompañado de otro indio de cierta tribu amiga, pidiéndole entregase al caudillo de la Vega, y prometiéndole amistad y proteccion si así lo hacia; pero amenazándole con pasar á fuego y sangre su territorio si se negaba á ello. El cacique escuchó atentamente al mensajero; cuando hubo acabado: «Dí á los españoles, contestó, que son malos, «crueles y tiranos; usurpadores de los territorios de «otros y derramadores de sangre inocente. Yo no «deseo su amistad; Guarionex es bueno, es mi amigo «y mi huésped, y se ha refugiado en mi casa; le he «prometido protegerlo y no faltaré á mi palabra.»

Esta magnánima réplica, ó mas bien reto, hizo comprender al Adelantado que nada adelantaria con negociaciones amistosas, y como cuando la severidad era necesaria, sabia obrar como riguroso soldado, inmediatamente mandó pegar fuego á la ciudad en que estaba y á otras de las cercanías. Luego envió mensajeros á Mayobanex, advirtiéndole, que si no entregaba al fugitivo cacique todos sus dominios sufririan la misma suerte; y que pronto no veria mas que el humo y las llamas de sus abrasadas poblaciones. Los malhadados ciguayos, viendo la destruccion que les amenazaba, maldecian la hora en que se refugió Guarionex entre ellos. Rodearon á su caudillo dando lastimosos gritos, pidiéndole que salvase la patria entregando al fugitivo. Pero el generoso cacique se conservó inflexible. Les recordó las virtudes de Guarionex y los derechos sagrados que tenia á su hospitalidad; y declaró que estaba resuelto á sufrir todos los reveses, antes que dar márgen á que se dijese: «Mayobanex vendió á su huésped.»

Los indios se retiraron tristemente, y el caudillo llamó á Guarionex, y le dió de nuevo palabra de protegerlo hasta á costa de sus dominios. No envió respuesta al Adelantado: y para que nuevos mensajeros no tentasen la fidelidad de sus súbditos, puso indios emboscados, con órden de dar muerte á cuantos en-

viados se acercasen. Poco tardó en presentarse la ocasion de ejecutar estas crueles órdenes. Dos hombres adelantaban hácia la floresta, de los cuales el uno era un prisionero ciguayo y el otro un indio aliado de los españoles. Ambos perecieron. El Adelantado los seguia á corta distancia, con solo diez infantes y cuatro caballos. Cuando encontró muertos á sus mensajeros en el camino del bosque, atravesados de flechas, se exasperó terriblemente, y resolvió conducirse con dureza respecto de aquella obstinada tribu. Avanzó con toda su gente hácia Cabron, donde estaba Mayobanex con su ejército. A su llegada huyeron los caciques inferiores y sus indios sobrecogidos de terror. Cuando el infeliz Mayobanex se vió abandonado, se refugió con su familia en una remota y escondida parte de las montañas. Muchos ciguayos buscaron á Guarionex para darle muerte, ó entregarle como ofrenda propiciatoria; pero habia huido á las alturas, errando solitario por los lugares mas salvajes.

La espesura de los bosques y la fragosidad de las montañas hicieron esta expedicion en extremo penosa, y mucho mas larga de lo que habia creido el Adelantado. No solo sufria su gente cansancio, sino que tambien hambre. Los naturales habian huido todos á las montañas: sus poblaciones quedaron desiertas; y todos los víveres de los españoles consistian en pan de casaba y las raices y yerbas que sus aliados indios podian recogerlos, con algunas útias que casualmente cogian con la ayuda de sus perros. Dormian casi siempre á la inclemencia, y expuestos al mefítico rocío de aquel clima. Tres meses duró su campaña en aquellas breñas, hasta que quedaron rendidos de hambre y de cansancio. Muchos que tenian granjas cerca del fuerte de la Concepcion, que exigian su cuidado, pidieron permiso, ya que los indios estaban aterrados y dispersos, para volver á sus mansiones de la Vega.

El Adelantado concedió pasaportes á muchos, y raciones del corto acopio de pan que le quedaba. Se quedó solo con treinta hombres, y resolvió examinar con ellos todas las cavernas que tenian las montañas hasta hallar á los dos caciques. Era difícil, empero, descubrir sus huellas en medio de aquel desierto. No habia quien diese idea alguna de su refugio: todo el país estaba abandonado. Se encontraban habitaciones humanas, pero vacías; y si por una rara casualidad sorprendian algun infeliz indio bajando de las rocas en busca de alimento, manifestaba siempre la mas completa ignorancia del sitio en que se ocultaba su cacique.

Un dia varios españoles, mientras cazaban útias, cogieron á dos indios de la comitiva de Mayobanex, que iban á buscar pan á un lugar distante. Los llevaron al Adelantado, quien los obligó á declarar la guarida de su caudillo, y á servir de guías. Doce españoles se ofrecieron á ir en su busca. Poniéndose en cueros, pintándose el cuerpo como los indios, y envolviendo en palmas las espadas, fueron conducidos al albergue del desgraciado Mayobanex. Se acercaron á él con cautela, y le hallaron rodeado de su mujer, sus hijos y algunos empleados de su casa, sin temer ningun peligro. Los españoles desnudaron las espadas, se precipitaron sobre ellos, y los hicieron á todos prisioneros. Cuando los recibió el Adelantado, dejó de buscar á Guarionex y volvió al fuerte de la Concepcion.

Entre los presos se hallaba la hermana de Mayobanex. Era mujer de otro cacique de las montañas, cuyos territorios no habian visitado aun los españoles; y tenia la reputacion de una de las primeras hermosuras de la isla. El tierno amor que profesaba á su hermano le habia hecho abandonar la seguridad de sus propios dominios, y seguirle por entre rocas y precipicios en todos sus trabajos, consolándolo con la simpatía y bondad características de su sexo. Cuando el cacique su marido, que apasionadamente la amaba, supo su cautiverio, se encaminó con el mas profundo dolor hácia la residencia del Adelantado, ofreciéndole someterse con todas sus posesiones al dominio español, si le devolvian su mujer. El Adelantado aceptó su vasallaje, y dió libertad á aquella belleza india con muchos cautivos de su comitiva. Mantuvo el cacique su palabra; fue útil y firme aliado de los españoles, cultivó para ellos muchas tierras y los proveyó de abundancia de víveres.

Nunca se perdia un acto bondadoso entre aquella sencilla gente. Cuando supieron los ciguayos la clemencia del Adelantado, acudieron á centenares á la fortaleza con presentes de varias especies, prometiendo vasallaje, é implorando la libertad de Mayobanex y sus hijos. El Adelantado condescendió en parte con su súplica, dando la libertad á la mujer y familia del cacique, y deteniendo á este prisionero para asegurar la fidelidad de sus súbditos.

En tanto el desventurado Guarionex, que habia estado oculto en las breñas mas ásperas y remotas de las montañas, aguijado por el hambre, solia bajar á las llanuras en busca de alimento. Los ciguayos que lo consideraban causa de su infortunio, esperando con su sacrificio obtener la libertad de su caudillo, revelaron su retiro al Adelantado. Una partida salió inmediatamente á prenderlo. Se ocultaron en la senda por la cual regresaba generalmente á las montañas. Un dia, cuando el infeliz cacique despues de una de sus famélicas escursiones, se retiraba á su caverna, le sorprendieron los españoles y le llevaron encadenado al fuerte de la Concepcion. Despues de tantas insurrecciones y del celo y perseverancia que en ellas habia desplegado, solo esperaba Guarionex la muerte, de la venganza del Adelantado. Don Bartolomé, empero, aunque rígido en su política, no era cruel ni vengativo. Consideró la tranquilidad de la Vega suficientemente asegurada con la prision del cacique, y le mandó detener en la fortaleza como prisionero. Concluidas las hostilidades en aquella parte de la isla, despues de tomar las debidas precauciones para impedir su reproduccion, volvió Don Bartolomé á la ciudad de Santo Domingo, donde á poco de llegar tuvo el placer de abrazar al Almirante, despues de una ausencia de casi dos años y medio.

Tal fue la entendida administracion del Adelantado, la cual pone en evidencia su mucha capacidad, y el vigor intelectual y físico de aquel hombre formado y casi enseñado por sí mismo. Era excelente marinero, legislador y soldado. Su ánimo y modales se elevaban espontáneamente al nivel de su posicion, sin petulancia ni altanería, y ejercia un poder inexperado y extraordinario, con la moderacion y sobriedad que debiera esperarse de un hombre nacido para el mando. Se le acusa de harto severo en el mando, pero no se cita un solo ejemplo de abuso de autoridad. Si era severo, era tambien justo; no nacieron de su rigor los desastres de su administracion, sino de las pasiones perversas de los que le obligaron á usarlo; y el Almirante, que tenia mas suavidad de modales y mas ternura de corazon, tampoco pudo captarse la voluntad y la obediencia de los colonos. El carácter de Don Bartolomé no está suficientemente apreciado en la historia; menos espansivo y menos amable que sus hermanos, no les era inferior en osadía y heroismo.

LIBRO XII.

CAPITULO PRIMERO.

CONFUSION EN ESPAÑOLA. — PROCEDIMIENTOS DE LOS REBELDES EN JARAGUA.

(30 de agosto de 1498.)

Llegó Colon á Santo Domingo cansado de su largo y árduo viaje, y quebrantada su salud por las diversas y peligrosas enfermedades que le asaltaron: su

ánimo y su cuerpo necesitaban reposo; pero desde que por vez primera entró en la vida pública, las dulzuras de la tranquilidad desaparecieron para siempre, sin un bálsamo jamas en existencia combatida por tantos contratiempos. La isla de Española, norte de sus esperanzas, estaba decretado que le habia de envolver en perpétuas vejaciones, encadenando su fortuna, impidiendo sus empresas, y llenando de amargura la conclusion de su vida. ¡A cuánta pobreza y padecimientos habian reducido aquella bella y opulenta isla las pasiones de algunos hombres despreciables! las guerras contra los indios, y las sediciones de los colonos, obstruyeron los trabajos de las minas, arrebatando así toda esperanza de riqueza. Los horrores que ocasiona el hambre, sucedieron á los horrores de las armas. Se abandonó generalmente el cultivo de la tierra; muchas provincias quedaron yermas y desoladas durante las últimas disensiones; gran número de indios habia huido á las montañas y perdido el resto la asiduidad al trabajo, viendo que el producto de sus fatigas se lo arrancaban de las manos desalmados extranjeros. Es cierto que la Vega gozaba otra vez de la paz, pero era la paz que reina entre ruinas, era la paz de la desolacion. Aquellas hermosas comarcas que cuatro años antes encontraron los españoles tan pobladas y tan felices, que parecian encerrar en su rico seno todas las dulzuras de la naturaleza, y excluir todos los cuidados y sinsabores del mundo, era ya un vasto teatro donde descollaban la miseria y desesperacion, entre el fúnebre cortejo que acompaña al hombre y á la guerra. Muchas de aquellas ciudades indias, donde los españoles fueron recibidos con afable hospitalidad, y adorados cual si fueran benéficas deidades, estaban ya desiertas y silenciosas. Sus habitantes arrastraban el peso de su vida, unos en rocas y cavernas, otros reducidos á la esclavitud, y muchos habian perecido de hambre ó acabado sus dias al filo de la espada de los vencedores. Parece increible que tan corto número de hombres, refrenados por buenos gobernadores, pudiesen en tan breve espacio de tiempo, producir tan lastimosos desastres. ¡Mas cuán funesta es la fuerza espansiva del mal! En mano del último de los individuos, son innumerables sus espantosos efectos, y el valor mas esclarecido, necesita reunir los mas generosos esfuerzos para conseguir que algun bien corone sus intentos.

Las perversas pasiones de los blancos, que tamañas calamidades hacian sufrir á aquellas tribus inocentes, les produjeron tambien á ellos bien merecidos padecimientos. En ningun otro punto se patentizó tan clara la justicia como entre los habitantes de la Isabela, los mas vagamundos, facciosos y disolutos de la isla. Las obras públicas quedaron paralizadas; las huertas y campos empezados á cultivar yacian abandonados; habian forzado á los indios á abandonar sus hogares martirizándolos por cuantos medios puede sugerir la avaricia, convirtiendo el país que los rodeaba en un solitario desierto. Indolentes en demasía para el trabajo, y desposeidos de recursos con que combatir su indolencia, querellábanse entre ellos mismos, y se amotinaban contra sus jefes, y desperdiciaban el tiempo en una alternacion de tumultos y tristezas. La soldadesca acuartelada en la isla habia sido acometida por frecuentes enfermedades durante los últimos movimientos, hallándose los hombres encerrados en lugares indios á donde no podian hacer ejercicio, y obligados á subsistir de alimentos á que no podian acostumbrarse. Los que habian estado en activo servicio, se hallaban sin fuerzas á causa de la mucha fatiga, largas marchas y escasos comestibles. Muchos debilitados tambien en su constitucion, y muchos habian muerto de enfermedades. Habia un deseo universal de salir de la isla y de escapar de las miserias que ellos mismos habian creado. Era esta, empero, la privilegiada y feraz tierra en que tenian puestos los ojos los poetas y filósofos de Europa como realizacion de todos los ensueños inspirados por el Siglo de Oro. Tan cierto es que los mas bellos Elíseos que jamas pintó la mente, los convierten en purgatorio las pasiones de los malvados.

Al arribar Colon tomó la providencia de aprobar todas las medidas del Adelantado, y acusar las demasías de Roldan y sus camaradas. Aquel hombre turbulento habia tomado posesion de Jaragua, adonde le recibieron bondadosamente los naturales. Permitia á sus asociados una vida lúbrica y ociosa por entre aquellas apacibles escenas, haciendo del país vecino y sus habitantes, instrumentos de bajas pasiones. Un suceso ocurrido antes de que supiese la llegada de Colon, lo proveyó de víveres y aumentó su fuerza. Un dia que estaban paseando por la playa algunos de sus partidarios, vieron á cierta distancia tres carabelas, cuya apariencia, en aquellas no frecuentadas mares, los llenó de admiracion y zozobra. Los buques se aproximaron á tierra y anclaron en un puerto. Recelaban al principio los rebeldes que viniesen aquellos bajeles en su persecucion. Roldan, empero, que era tan sagaz como osado, adivinó que serian barcos separados de su rumbo, traidos allí por las corrientes, y cuyos capitanes ignorarian las ocurrencias recientes de la isla. Exigiendo un profundo secreto de sus gentes, se presentó á bordo, fingiéndose destacado en aquellas cercanias para mantener á los indios obedientes, y recaudar los tributos. Sus congeturas respecto á los bajeles eran acertadas; y estos, los mismos descartados por Colon de su escuadra en las Canarias, para que trajesen provisiones á la isla. No sabiendo apreciar los capitanes el empuje de las corrientes que fluyen por el mar Caribe, habian navegado al Occidente mucho mas allá de lo que creian, hasta llegar al fin de la costa de Jaragua. Roldan y sus parciales guardaron el secreto por tres dias. Considerándole persona de autoridad y confianza, no dudaron los capitanes en darle las provisiones y armas que les pidió. Así pudo adquirir espadas, lanzas, ballestas y municiones; mientras sus partidarios, dispersos por los tres buques estaban activamente ocupados en hacer prosélitos, pintando á los recien venidos la vida dura de los colonos, de Sto. Domingo, y el libre desahogo con que se pasaba el tiempo en Jaragua. Muchos de la chusma se habian embarcado por consecuencia de la mal aconsejada proposicion del Almirante para conmutar los castigos criminales en trasportacion á la colonia. Eran vagamundos, la escoria de las ciudades de España, y los criminales de sus calabozos. Así no podia haber hombres mas propensos á dejarse seducir por tales pinturas, y prometieron desertar á la primera ocasion favorable, y unirse á los rebeldes.

Hasta el tercer dia no descubrió Alonso Sanchez de Carvajal, el mas entendido de los tres capitanes, el carácter verdadero de los peligrosos huéspedes que tan francamente habia admitido á bordo. Ya era demasiado tarde; el yerro estaba ya cometido. El y sus compañeros tuvieron muchas conversaciones vehementes con Roldan, esforzándose en inducir á abandonar su peligrosa oposicion á la autoridad legal. La certeza de que Colon venia ya en efecto hácia la isla, con mas poder y mayores fuerzas, habia conmovido profundamente su ánimo. Sus amigos de Santo Domingo estaban encargados por él de justificarle ante el Almirante, á quien debian asegurar que solo habia combatido la tiranía é injusticias del Adelantado, pero estaba pronto á someterse á Colon cuando llegase. Carvajal conoció que se iba apagando el fuego que antes animara á Roldan y á la mayor parte de sus jefes, y se lisonjeaba de que permaneciendo algun tiempo entre los rebeldes, podria atraerlos á su deber. Vientos contrarios impedian á la sazon que los

buques pudiesen combatir las corrientes emanadas de Santo Domingo; se dispuso, pues, entre los capitanes, que una buena porcion de la gente que habia á bordo, artífices y otros, cuya cooperacion importaba al servicio de la colonia, fuesen á ella por tierra. Debia conducirlos Juan Antonio Colombo, capitan de una de las carabelas, pariente del Almirante, y ciego defensor de sus intereses. Arano debia hacerse á la vela con los buques, cuando lo permitiese el viento, y Carvajal se ofreció á permanecer en tierra, para esforzarse en reducir los rebeldes á sus obligaciones.

A la mañana siguiente desembarcó Juan Antonio Colombo, con cuarenta hombres bien provistos de ballestas, espadas y lanzas; pero sufrió el inesperado contratiempo de verse repentinamente abandonado de todos ellos, esceptuando ocho. Los desertores marcharon en triunfo hácia donde estaban los rebeldes que recibieron gozosos aquel importante refuerzo de gente de su misma condicion. En vano quiso Juan Antonio persuadirlos, y en vano los amenazó para que volviesen á sus puestos, los mas eran criminales convictos, amantes del desórden y enemigos de toda clase de leyes. Tambien apeló á Roldan en vano, recordándole sus protestas de lealtad hácia el gobierno. Este replicó que carecia de medios para imponer á nadie el yugo de la obediencia; que el suyo no era mas que un mero *monasterio de observantes*, adonde todo el mundo podia tomar el hábito. Tal fue el primer triste resultado que dió el malhadado proyecto de poblar una colonia de facinerosos y gentes de mal vivir, mezclando el vicio y la villanía en su primitiva poblacion, lo que dió lugar á una no interrumpida série de dolorosas consecuencias.

Juan Antonio, triste y desalentado, volvió á bordo con los pocos que le eran fieles. Temiendo nuevas deserciones, los dos capitanes se hicieron desde luego á la vela, dejando á Carvajal en tierra para proseguir el proyecto de hacer entrar en buen camino á los rebeldes. No llegaron los bajeles á Santo Domingo sin grande dificultad y dilacion: el de Carvajal encalló en un banco de arena, y padeció mucho por ello. Cuando entraron en el puerto, ya las mas de las provisiones estaban consumidas ó desmejoradas. Alonso Sanchez de Carvajal llegó poco despues por tierra, escoltado por algunos de los insurgentes hasta cerca de Santo Domingo. No habia podido persuadirlos á la sumision; pero Roldan prometió que al momento que supiese la llegada del Almirante, iria á los alrededores de Santo Domingo para estar á mano y formular sus resentimientos, sincerar su conducta pasada, y entrar en negociacion para el completo arreglo de todas las diferencias. Carvajal trajo una carta del mismo tenor á Colon, y dijo que se inclinaba á creer lo que habia observado entre los rebeldes, que prestarian fácilmente obediencia si lograban en prenda de seguridad una amnistía.

CAPITULO II.

NEGOCIACION DEL ALMIRANTE CON LOS REBELDES.—SALIDA DE LOS BUQUES PARA ESPAÑA.

(1498.)

Las favorables noticias y congeturas de Carvajal no lograron impedir que el Almirante se conmoviese profundamente al considerar los lamentables escesos acaecidos en Jaragua. Vió que la insolencia de los rebeldes, y la confianza que tenian en su propia fuerza, debia haber crecido mucho con la reunion de aquellos desalmados desertores, que llevaban consigo tan buenas armas. La proposicion de Roldan de acercarse á Santo Domingo le sorprendió bastante. Dudaba de la sinceridad de sus ofertas, y temia grandes males de tan artificioso, turbulento y osado caudillo, con una ciega y audaz chusma á sus órdenes. El ejemplo de aquella desmandada horda, que á su placer recorria la isla, viviendo en desordenado y público libertinaje, no podia menos de tener peligrosísimo efecto con los colonos recien venidos; y cuando estuviera cerca manejando secretas intrigas, y ofreciendo un seguro asilo á los descontentos y malhechores, la lealtad de toda la colonia podria destruirse.

Eran necesarias prontas medidas para fortalecer el ánimo de la gente contra tales seducciones. Sabia que tenian muchos de los suyos vehemente deseo de volver á España, y que habian los sediciosos propagado artificiosamente la idea de que él y su hermano querian detener en la isla á los colonos por fines que convenian á sus interesadas miras. El 12 de setiembre expidió una proclama, ofreciendo libre pasaje, y provisiones para el viaje, á todos los que quisiesen volver á España en cinco buques que iban á darse á la vela. Se prometia libertar así á la colonia de gente ociosa y pendenciera, mermando el influjo y poder de Roldan, al par que cobraba fuerzas con retener á su lado á los hombres de sano corazon, siempre decididos á conservar la tranquilidad de la isla.

Escribió al mismo tiempo á Miguel Ballester, el bizarro y fiel veterano que mandaba el fuerte de la Concepcion, aconsejándole estuviese sobre sí, pues se acercaban los rebeldes á su distrito. Tambien lo autorizó para tener una entrevista con Roldan, ofrecerle perdon y olvido de lo pasado, con la condicion expresa de que prometiese cumplir fielmente con todos sus deberes y convidarlo á pasar á Santo Domingo, bajo solemne, y en caso de ser necesario, escrita promesa de seguridad personal. Colon era sincero en sus atenciones, de disposicion benévola y aplacable, y singularmente desposeido de toda mira vengativa hácia los muchos malvados que habian vertido á porfía amarga hiel en su generoso corazon.

Ballester habia apenas recibido esta carta, cuando empezaron á llegar los rebeldes al lugar de Bonao. Estaba situado este en un delicioso valle ó vega del mismo nombre abundante y bien poblado. Distaba mas de diez leguas de la Concepcion y veinte de Santo Domingo. D. Pedro Riquelme, que tenia magníficas posesiones en esta deliciosa comarca, era uno de los que capitaneaban la sedicion, y así es que su vivienda se convirtió en el cuartel general de los rebeldes. Adrian de Mojica, hombre de turbulento y mal carácter, trajo su banda de disolutos rufianes á aquel punto de reunion: Roldan y otros conspiradores se acercaron tambien á él por diferentes caminos.

Apenas supo el veterano Miguel Ballester la llegada de Roldan salió á su encuentro. Ballester era uno de esos ancianos que encanecidos en la guerra, infunden religiosa veneracion; su aspecto y su conducta revelaban su buena índole de soldado, y reunia cierta severidad, hija mas bien de un serio semblante que de insensible corazon. Su eleccion para apaciguador de gente audaz y libertina, fue acertada, pues podia con su probidad apaciguar las pasiones, y vencer con sus años el descaro de los petulantes, ganandoá fuerza de sencilla probidad la confianza de aquella turba, y con pura virtud refrenando sus licencias.

Ballester halló á Roldan acompañado de Pedro Riquelme, Pedro de Gamaiz, y Adrian de Mojica, tres de sus principales confederados. Orgulloso y confiado en su fuerza oyó Roldan el ofrecido perdon con desprecio, declarando, que no venia á tratar allí de paz, sino á pedir la libertad de ciertos indios capturados injustamente, y que iban á embarcarse para España como esclavos, á pesar de que él, en calidad de alcalde mayor que era, habia dado palabra de protegerlos. Declaró asimismo que hasta que se le entregasen los indios no escucharian proposiciones de pacto alguno; y haciendo alarde de poder dijo que tenia en su mano la suerte del Almirante, el cual habia de supeditársele, porque con un soplo de sus labios podria labrar ó destruir su fortuna.

Los indios á que aludia, eran ciertos súbditos de Guarionex, á quien Roldan habia incitado á no pagar los tributos, y que bajo la sancion de su supuesta autoridad, habian entrado en las insurrecciones de la Vega. Roldan, conociendo que la esclavitud no estaba bien mirada por el gobierno, y especialmente por la reina, enmascaró sus pretensiones y amaños con un disfraz humanitario, dando á conocer así la sagacidad de su carácter. Tambien entabló otras demandas en extremo insolentes; y declararon por fin los facciosos, que en las negociaciones ulteriòres no tratarian con otro agente que con Carvajal, cuyo imparcial y recto juicio habian experimentado en sus comunicaciones con él en Jaragua.

Réplica tan arrogante al prometido perdon era totalmente distinta de la que esperaba el Almirante. Hallábase este en la mayor perplejidad. Rodeábanle falsía y traicion. Sabia que contaba Roldan con partidarios y amigos aun entre aquellos que blasonaban mas de su fidelidad; pero ignoraba hasta donde podrian extenderse las ramificaciones de la conspiracion. No tardó en ocurrir una circunstancia, que hizo ver cuán fundados eran sus temores. Dispuso que se presentase armada la gente de Santo Domingo, para asegurarse de la fuerza con que en caso necesario podia salir al campo. Circuló inmediatamente el rumor de que iban á Bonao contra los rebeldes. Solo sesenta hombres tomaron las armas, y de estos no se podian contar con cuarenta. Uno afectaba estar cojo, otro enfermo; algunos tenian parientes, y otros amigos entre los compañeros de Roldan: casi todos manifestaron su repugnancia á aquel servicio.

Colon vió que el recurrir á las armas haria patente su debilidad y la fuerza del enemigo, y postraria en gran manera la autoridad y dignidad del gobierno. Era necesario transigir, por humillante que tal conducta pareciese. Los buques estaban anclados diez y ocho dias ya en el puerto esperando la ocasion favorable de llevar algun informe á la córte luego que la rebelion se hubiese extinguido. Las provisiones de los buques se estaban consumiendo. Los prisioneros indios á bordo se hallaban acosados de enfermedades, á las que muchos de ellos sucumbian; algunos se echaron al agua; á otros los sofocó el calor en los camaroles de los buques. Tambien deseaba, que antes que hubiese alguna conmocion, saliesen para España cuantos descontentos colonos fuese posible.

El 18 de octubre se dieron los buques á la vela. Colon escribió á los soberanos, haciéndoles participes de la rebelion, y del perdon que habian rehusado. Como Roldan queria dar á aquel suceso la apariencia de una mera querella entre él y el Adelantado, de que el Almirante no era juez imparcial, pedia este que se mandase ir á Roldan á España, y que fuesen sus magestades jueces; ó que se instalase una investigacion en presencia de Alonso Sanchez de Carvajal por una parte, como amigo de Roldan, y de Miguel Ballester por otra. En gran parte atribuia la dolorosa situacion en que se encontraba la isla á su larga permanencia en España, y á los obstáculos que mal de su grado le opusieron los mismos que interesarse debian en su regreso, retrasando así la conduccion de viveres, hasta reducir la colonia á la mayor escasez. De esta se habia originado el descontento, los motines y finalmente la rebelion. Pedia á sus magestades, del modo mas vehemente, que no olvidasen los negocios de la colonia, y que los que tenian en Sevilla el cargo de cuidar de ellos, recibiesen órdenes para no poner obstáculo en vez de dar ayuda. Aludia á su castigo del despreciable Jimeno Briviesca, el insolente favorito de Fonseca, é instaba fervorosamente para que ni esta ni otra causa le robasen la confianza de los reyes; tanto mas cuanto que hombres de intencion perversa se gozaban en desfigurar los hechos. Les aseguró que los recursos naturales de la isla eran suficientes, bien manejados, para satisfacer todas las necesidades de los colonos; pero que eran estos indolentes y libertinos. Propuso enviar en cada buque, como lo hacia en aquellos, algunos de los ociosos y descontentos, que debian ser destituidos por gentes industriosas y sóbrias. Tambien pidió que se le enviasen eclesiásticos para la instruccion y conversion de los indios; y lo que era quizá mas necesario, para la reforma de los disolutos españoles. Requeria tambien que un hombre docto y esperimentado en las leyes viniese á actuar como juez en la isla, junto con algunos oficiales de la hacienda real. Nada mas racional y político que tales proposiciones; pero desgraciadamente una cláusula mancillaba la excelencia moral de esta carta. Demandaba que se castigase á los indios prendidos en escaramuzas y sediciones, prolongando por espacio de dos años su condicion de esclavos. Solo las ideas dominantes en aquel siglo podian justificar tamaña crueldad, que desdecia de la buena índole de Colon, y de sus paternales sentimientos hácia aquella gente infortunada.

Al mismo tiempo escribó otra carta, dando cuenta de su reciente viaje, acompañada de un mapa, de muestras de oro, y principalmente de las perlas recogidas en el golfo de Pária. Llamaba la atencion hácia estas como las primeras halladas en el Nuevo-Mundo. En esta carta era en donde describia la tierra firme recien descubierta con entusiasmadas palabras, como la region mas favorecida del Oriente, manantial de inagotables tesoros, y supuesto asiento del paraiso terrenal; prometia seguir sus descubrimientos de aquellos gloriosos paises con los tres buques que le quedaban, así que pudiese resolver las cuestiones pendientes, y acallar las contiendas suscitadas en la isla.

Por los mismos buques tambien Roldan y sus amigos enviaron cartas á España, esforzándose en justificar la rebelion, acusando al Almirante y á sus hermanos de opresiones é injusticias, y pintado su conducta con los mas negros colores. Es de suponer que las representaciones de tales hombres se tuviesen en poca estima, y en nada hiciese mella á los méritos y exaltados servicios de Colon; pero contaban con numerosos amigos y parientes en España; tenian las preocupaciones populares á su favor, y gozaban la confianza de los soberanos personas capciosas, prontas á abogar por su causa. Colon, para usar sus propias palabras, expresivas aunque sencillas, estaba ausente y envidiado, y era extranjero en el pais.

CAPITULO III.

COMPOSICION CON LOS REBELDES.

(1498.)

Habiéndose dado á la vela los buques para España, continuó Colon su negociacion con los rebeldes. Estaba decidido á poner fin á la revuelta á costa de cualquier sacrificio; porque hasta verla concluida, no solo los asuntos de la isla continuarian su desgraciado curso, sino que podian servirle de rémora para seguir sus descubrimientos tan felizmente comenzados. Sus buques yacian ociosos en el puerto, en tanto que debian estar explorando una region de inagotable riqueza. Habia pensado mandar á su hermano á concluir aquella expedicion; pero el altivo y militar espíritu del Adelantado hacia su presencia indispensable, en caso de que intentasen los rebeldes alguna violencia abierta. Tales eran las dificultades que tenia que vencer á cada paso de sus generosas y magnánimas empresas, impedidas unas veces por las insidiosas intrigas de astutos empleados, refrenadas otras por la insolente turbulencia de un puñado de rufianes.

Colon tuvo varias y concienzudas consultas con

las personas mas influyentes en la isla. Vió que se atribuia gran parte del descontento popular á la estrecha gobernacion del Adelantado, á quien acusaban de administrar justicia con mano demasiado rigorosa. Las-Casas, que tuvo ocasion de examinar los documentos que manifestaban la conducta seguida por el Adelantado, le absuelve de semejantes cargos, y asegura que su comportamiento con Roldan no pudo ser mas recto y moderado. Colon, por opinion de sus consejeros y por los impulsos de su corazon benigno, resolvió obrar con lenidad absoluta. Escribió á Roldan una carta en fecha 20 de octubre, concebida en los términos mas cordiales, recordándole favores pasados y expresando la afliccion que habia sufrido al hallar tal feudo entre él y su hermano. Le pidió por el bien comun y por su propia reputacion, que estaba bien puesta con los soberanos, no persistiese en su rebeldía. Repitióle de nuevo que él y sus compañeros se le podian presentar, dándole segunda palabra de considerar como inviolables sus personas.

Hubo bastante dificultad en la eleccion de un mensajero que llevase esta carta. Los rebeldes habian decidido no recibir mas mediador que Alonso Sanchez de Carvajal. Pero existian muchas dudas en el ánimo de los que rodeaban á Colon, en cuanto á la fidelidad de aquel oficial. Observaban que habia permitido á Roldan permanecer dos dias á bordo de su carabela en Jaragua; que le habia provisto de armas y provisiones; que no le habia detenido á bordo despues de saber que era rebelde; que no se habia esforzado en perseguir y capturar; que le habian escoltado los rebeldes hasta Santo Domingo; y él les habia enviado refrescos á Bonao. Se alegaba, ademas, haberse llamado Carvajal colega de Colon, señalado por el gobierno para vigilar su conducta é intervenir en ella. Se supuso que al aconsejar á los rebeldes se aproximasen á Santo Domingo, habia pensado, en caso de que el Almirante no llegase, unir su pretendida autoridad de colega á la que como alcalde mayor debia ejercer Roldan, y apoderarse del mando. Finalmente, el deseo manifestado por los insurgentes de que se les mandase como mediador, venia á dar visos de probabilidad á tales conjeturas, y hasta se llegó á decir que intentaba juntársele como jefe, y de que se pensaba levantar en Bonao el estandarte de la rebelion. Estas circunstancias hicieron caer en la incertidumbre á Colon; pero reflexionaba que Carvajal, en cuanto le habia sido posible observar su conducta, se habia comportado como hombre de honor é íntegro; las mas de las circunstancias que se presentaban contra él, podian convertirse en favor suyo; los otros eran meros rumores, y desgraciadamente conocia por experiencia propia la lamentable facilidad con que puede empañar la calumnia los corazones mas virtuosos, y las empresas mas santas. Desechó, pues, de una vez toda sospecha, y resolvió confiar implícitamente en Carvajal; ni tuvo jamas motivo para arrepentirse de su confianza.

No bien hubo el Almirante despachado esta carta, cuando recibió otra de los cabecillas de la faccion, escrita muchos dias antes que la suya. En ella no solo se vindicaban del cargo de rebeldía, sino que se atribuian el mérito de haber disuadido á sus gentes de asesinar, como pensaban, al Adelantado, en venganza de sus opresiones, y persuadídolos á que aguardasen pacientemente la justicia del Almirante. Habia trascurrido cerca de un mes desde su arribo, y los insurgentes esperaban ansiosos su determinacion; pero se dolian de que solo vertiese odio contra ellos, no obstante, segun su entender, haber remediado muchos males, y evitado otros de gran trascendencia. Declaraban, por consecuencia, que su honor y su seguridad requerian que se separasen de su servicio, para lo cual le pedian la correspondiente licencia. Tenia esta carta la fecha de Bonao 17 de octubre, y la firmaban Francisco Roldan, Adrian de Mojica, Pedro de Gamez y Diego de Escovar.

Entre tanto llegó Carvajal á Bonao, acompañado por Miguel Ballester. Hallaron á los rebeldes llenos de presuncion y arrogancia. Pero la carta conciliadora del Almirante, secundada por las vehementes persuasiones de Carvajal y los virtuosos consejos del veterano Ballester, tuvieron efecto favorable con varios de los jefes mas inteligentes que sus brutales subalternos. Roldan, Gamez, Escovar y otros dos ó tres estaban dispuestos á ir á ver al Almirante. Estaban ya montados para emprender su espedicion, cuando les detuvo el general clamoreo de sus parciales, que reprobaban su partida. Tenian ya particular apego á aquella vida indolente y licenciosa, no siendo fácil que se resignasen á trocarla por otro género de vida, que habia de imponerles la moralidad y el trabajo. Decian que era asunto que á todos les importaba: cualquier composicion que se hiciese, debia por lo tanto ser en público, por escrito y sujeta á su aprobacion y censura. Uno ó dos dias pasaron antes de poder acallar sus clamores. Roldan escribió entonces al Almirante, que no le permitian sus gentes pasar á verle, á menos que se le enviase un pasaporte, ó salvo-conducto escrito, prometiéndole proteccion personal á él y á sus compañeros. Miguel Ballester escribió al Almirante una carta de cautelosos y concienzudos consejos, exigiéndole que se aviniese á cualquier demanda que entablasen los insurrectos, sin pararse mucho en las condiciones del convenio. Decia que se aumentaban sus fuerzas continuamente con nuevos desertores, inclusos muchos soldados de su propia guarnicion. Opinaba que si no se ponia coto por cualquier medio á aquellos desmanes, estaban en peligro, no solo la autoridad, sino tambien la persona del Almirante; porque aunque los hidalgos, oficiales y domésticos inmediatos de Colon moririan por él sin duda, temia que se pudiese contar muy poco con la generalidad de sus allegados.

Colon conoció la urgencia del momento, y mandó sin tardanza el requerido pasaporte. Roldan llegó á Santo Domingo; pero mas dispuesto mostraba estar á encender odio y guerra, reclutando nuevos guerrilleros, que no á pagar las contiendas con una pronta reconciliacion. Tuvo varias entrevistas con el Almirante, y se escribieron muchas cartas. Dió muchas quejas, y pidió mucho: Colon concedió profusamente; pero algunas de sus pretensiones eran demasiado arrogantes para ser admitidas. Nada quedó en último resúmen arreglado. Roldan partió so pretesto de ir á consultar con sus soldados, prometiendo mandar sus peticiones por escrito. El Almirante envió para que tratase por él á su mayordomo Diego de Salamanca.

El 6 de noviembre escribió Roldan una carta desde Bonao, poniendo en manifestacion sus condiciones, y pidiendo se le enviase á la Concepcion la respuesta; pues la carencia de provisiones le obligaba á salir de Bonao. Añadió que esperaria contestacion hasta el lunes inmediato (el 11). Aquella carta saturada de amenazas imponia condiciones humillantes, que era imposible de todo punto aceptar. Colon no pudo convenir en acceder á tales proposiciones; mas para manifestar su benignidad, y quitar á los rebeldes toda escusa de rigor, hizo fijar una proclama por treinta dias á las puertas de la fortaleza, prometiendo pleno y completo olvido de lo pasado á Roldan y á sus compañeros, ó á cualquiera de ellos que volviese al servicio de la corona, y se presentase á la autoridad legítima en el término de un mes; ofreciendo, ademas, libre paso á todos los que quisiesen volver á España; y amenazando aplicar el rigor de la ley contra los que no se presentasen en el predicho término. Envió copia de este papel á Roldan por medio de Carvajal, con una carta manifestando la imposibilidad de acceder á sus condiciones; pero prometiendo convenir en cual-

quiera transaccion, que mereciese la aprobacion de Carvajal y Salamanca.

Al llegar el mensajero se encontró á Roldan asediando la fortaleza ocupada por Ballester, so pretesto de exigir que se le entregasen ciertos criminales allí refugiados. Habia interceptado el agua para tomar por sed la Concepcion. Al poner Carvajal la proclama del Almirante á la puerta de la fortaleza, los rebeldes se mofaron de la ofrecida amnistía, diciendo que en poco tiempo se veria el Almirante obligado á pedirles á ellos otra. Pero la vehemente intercesion de Carvajal logró que los jefes, despues de maduras reflexiones, escribiesen los artículos de una capitulacion. Por ellos se establecia que Roldan y sus compañeros se embarcasen para España desde el puerto de Jaragua en dos buques, que quedarian armados y provistos en quince dias. Que cada cual tendria opcion á recibir del Almirante un certificado en que constase su buen comportamiento y una órden para que se les diesen sus pagas respectivas hasta el dia del embarco. Que en justo premio de sus buenos servicios se les entregasen varios esclavos á manera de lo que con otros se habia ya hecho. Y como muchos de la sociedad tenian mujeres naturales de la isla, unas en cinta, y otras recien paridas, se les permitiesen llevárselas con ellos en lugar de los esclavos. Que se diesen equivalentes por la propiedad de algunos de ellos que habia sido secuestrada, y por los ganados que pertenecieron á Francisco Roldan. Otras condiciones habia respectivas á la seguridad de sus personas; y se añadió que no tuviese efecto, si no se les daba una providencia de cualquier género en el plazo de ocho dias.

Este contrato se firmó por Roldan y sus compañeros en el fuerte de la Concepcion el 16 de noviembre, y por el Almirante en Santo Domingo el 21. Dispensó tambien á la sazon otras gracias, como la de permitir que aquellos que así lo juzgaran conveniente, se alistasen en las banderas del rey, ó se dedicasen al cultivo ya de la isla, ya de Santo Domingo. Prefirieron, empero, seguir la suerte de Roldan, que salió con su banda para Jaragua á esperar la llegada de los buques, acompañado por Miguel Ballester, el cual debia intervenir de parte del Almirante en los preparativos de la embarcacion.

Fue muy triste para Colon la consideracion de verse detenido en sus colosales empresas por tan ruines obstáculos; y de que los buques que debian haber llevado á su hermano á esplorar el recien hallado continente, se dedicasen al uso de aquella turbulenta y baja chusma. Consolóse con la halagüeña esperanza de cortar los males que trabajaban á la isla, volviéndole la felicidad y la calma. Mandó, pues, no perdonar trabajo para aprontar los buques y enviarlos á Jaragua; pero la escasez de víveres y la dificultad de completar el armamento para tal viaje en el mal estado de la colonia, dilataron su salida mucho mas allá del tiempo estipulado. Viendo que se habia visto forzado á usar una especie de engaño para con los soberanos en las certificaciones de buena conducta dadas á Roldan y sus compañeros, les escribió Colon una carta, informándoles del verdadero carácter y conducta de aquellos delincuentes. Decíales que no habian respetado á la autoridad, oponiéndose á que los indios aprontasen sus tributos, y robando mucho oro y algunas hijas de caciques. Que el certificado de buena conducta que les habia dado, fue en conformidad del consejo de las principales personas que le rodeaban, y arrancado á su voluntad por el imperio de las circunstancias, que amenazaban envolver en total ruina toda la isla. Aconsejó en vista de esto que se les prendiese y se les despojase de sus esclavos y tesoros, hasta investigar propiamente su conducta. Se entregó esta carta á una persona de confianza que debia ir en los buques.

Habiendo salido los rebeldes de la vecindad de Santo Domingo, cuyos asuntos quedaban ya asegurados, puso Colon á su hermano D. Diego de gobernador interino, y partió con el Adelantado á visitar los varios puestos, y á restablecer el órden de la isla.

CAPITULO IV.

NUEVAS PRETENSIONES DE LOS INSURGENTES; LLÉVASE Á CABO UNA SEGUNDA CAPITULACION.

(1499.)

Muchos meses necesitaron el Almirante y el Adelantado para inspeccionar toda la isla. Todo se habia llenado de confusion en las últimas turbulencias. Abandonadas las minas y granjas, esparcido el ganado que se necesitaba para la cria, y muerto en su mayor parte; descubiertas las deudas contraidas por los caciques con motivo de no haber pagado los tributos, caido todo en el mayor abandono, necesitábase emplear muchos desvelos para darle algun grado de esplendor; los caciques sin pagar el tributo: todo necesitaba arreglarse de nuevo. Todavía se lisonjeaba Colon de que quedando libre la isla de los malos espíritus que habian hasta entonces vagado por ella, volverian las cosas, merced á sus incesantes cuidados, á la próspera condicion de antes. Pero siempre sucedia á sus intérvalos de calma alguna violenta tempestad. Mientras se consolaba con la idea de que ya Roldan y sus compañeros estarian navegando en el alta mar, camino de España, supo con sentimiento infinito que se habia deshecho el viaje, y que los rebeldes habian izado nuevamente el pendon de la desobediencia.

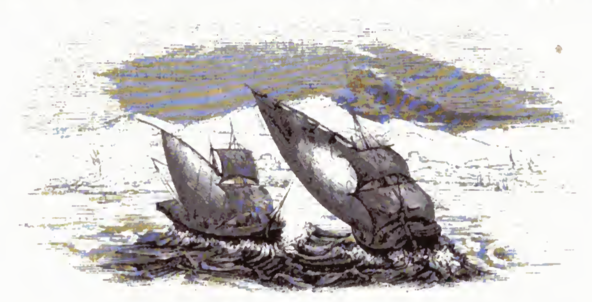
Salieron las dos carabelas de Santo Domingo para Jaragua á fines de febrero; pero habiéndoles acometido un violento temporal, tuvieron que anclar en un puerto, y que detenerse en él hasta fin de marzo. Una quedó tan inútil, que le fue forzoso volver á Santo Domingo. Se despachó otro bajel para suplir su falta, en que se dió á la vela el infatigable Carvajal, con ánimo de apresurar el embarco de los rebeldes. Pasó once dias en el viaje, y halló la otra carabela en Jaragua.

Entre tanto los camaradas de Roldan, ó bien poco afectos á su nueva vida, ó bien nada deseosos de tornar á España, se habian arrepentido de su antiguo propósito. Pretendieron, como de ordinario, atribuir á Colon su infidencia, afirmando que habia el Almirante expresamente dilatado la venida de los buques mucho mas del plazo puesto por la capitulacion; que estaban los barcos incapaces de darse al mar y con pocas provisiones; y lanzaban á la frente de Colon otras acusaciones asentadas en hechos, que no se habian de modo alguno podido evitar. Carvajal protestó formalmente contra aquella determinacion ante un escribano que le acompañaba; y viendo que los buques sufrian grande injuria y se consumian en balde las provisiones, los mandó á Santo Domingo, adonde pasó él por tierra. Roldan lo acompañó á caballo alguna distancia: su espíritu parecia agitado. Le atormentaba en alto grado su embarazosa posicion; por una parte tenia miedo de volver á España; por otra conocia que aquella tropa reñida con toda idea de subordinacion habia de causarle graves disgustos, envolviéndole tal vez en sérios compromisos. ¿Qué vínculo le aseguraba la fidelidad de aquellas gentes, mas sagrado que las obligaciones que estaban á cada paso violando? Despues de acompañarlo callado y pensativo alguna distancia, hizo alto, y pidió tener una conferencia reservada con Carvajal antes de separarse. Se apearon bajo la sombra de un árbol. Allí hizo Roldan nuevas protestas de la lealtad de sus intentos, y dijo

finalmente, que si el Almirante queria enviarle otro salvo conducto escrito para la seguridad de su persona, y de la de sus principales caudillos, iria á avistarse con él, poniendo todos los medios para zanjar aquel asunto de una manera digna, en términos que no lastimase los intereses de ambas partes. Este ofrecimiento, añadió, debia tenerse oculto de sus gentes.

Se regocijó Carvajal mucho, viendo ya bases de una composicion final, y se apresuró á comunicárselas al Almirante. Este envió sin demora el requerido pasaporte, sellado con el sello real, acompañado de una carta concebida en amistosos términos, exhortándolo á la pacífica obediencia de los reyes. Muchas de las personas principales que estaban con el Almirante, escribieron tambien á ruegos de este una carta de seguridad á Roldan, en la cual le prometian, bajo palabra de honor, no atacar para nada su seguridad personal, ni la de sus cólegas, con tal que ellos á su vez prometiesen no rebelarse contra la autoridad de los reyes, ni la de su legítimo representante en aquellos mares.

En medio de esta incertidumbre, mientras Colon con la mas infatigable asiduidad y leal celo se esforzaba en traer la isla á la obediencia y promover en ella los intereses de sus soberanos, recibió una carta de España en réplica á las vehementes y tristes pinturas que de la colonia habia dado en el otoño anterior, así como de los ultrajes de aquellos hombres desaforados, y á su peticion de que la autoridad real le sustentase en tan grandes dificultades. Estaba la carta escrita por su envidioso y bajo enemigo el obispo Fonseca, superintendente de los negocios de Indias. Informábale del recibo de los partes en que pintaba la triste situacion de la colonia; pero decíale que suspendiese tal asunto; porque los reyes tenian el ánimo de enterarse por sí propios de todo lo ocurrido para poner remedio á aquellos males.



Regreso de varios rebeldes á España.

Esta fria respuesta á sus urgentes representaciones produjo mucho efecto en el ánimo de Colon. Conoció que sus quejas pesaban poco en el ánimo del gobierno, que no eran desoidas las palabras de sus enemigos, y que estos cobrarian nuevos brios cuando llegasen á saber el poco influjo de que gozaba en España. Lleno, empero, de celo por el buen éxito de su empresa y de fidelidad por los intereses de los soberanos, resolvió no perdonar sacrificio alguno personal, y apaciguar á toda costa las turbaciones de la isla. Tan deseoso estaba de facilitar las negociaciones con Roldan, que se embarcó al fin de agosto en dos carabelas para Azúa, Occidente de Santo Domingo, y mucho mas cerca de Jaragua. Le acompañaban varias personas de las mas distinguidas de la colonia. Roldan se presentó tambien en aquel punto con el turbulento Adrian de Mojica, y algunos de su banda. Esta condescendencia y las anteriores concesiones obtenidas del Almirante, acrecentaron su audacia exaltada al par por la frialdad con que la córte habia recibido las quejas de Colon, circunstancia de que eran ya sabedores. Se condujo, pues, Roldan, antes como conquistador que demanda triunfantes condiciones de paz, que como delincuente que procura el perdon por medio del arrepentimiento.

Vino á bordo de la carabela, y con su descaro acostumbrado propuso los términos preliminares, dentro de los cuales estaban él y sus compañeros dispuestos á entrar en negociaciones.

Primero, se le permitiria enviar alguna de sus gentes hasta el número de quince á España, en los buques que estaban en Santo Domingo. Segundo, á los partidarios suyos que deseasen permanecer en la isla, se les concederian tierras de cultivo en vez de sueldo real. Tercero, se daria cumplida satisfaccion, á Roldan, manifestando ser todos los cargos contra él dirigidos, hijos de la calumnia inventada por enemigos de su buen nombre y del poder de los reyes. Cuarto, que Roldan seria restablecido en su empleo de alcalde mayor.

Estas son las duras é insolentes condiciones que propusieron; pero fueron admitidas. Entonces desembarcó Roldan á comunicar la concesion de ellas á sus compañeros. Por dos dias tuvieron consultas los insurgentes, al fin de los cuales enviaron sus capitulaciones extendidas en forma y redactadas en arrogante frase, uniendo las concesiones que se les habian prodigado en el fuerte de la Concesion á las nuevamente arrancadas por Roldan, y daban fin á su obra con una nueva demanda, que rayaba en insolencia; á saber, que si el Almirante faltara al cumplimiento de aquellos artículos, tendrian el derecho de juntarse y obligarlo á sujetarse á ellos á la fuerza ó por los medios que juzgasen convenientes. Así buscaban los conspiradores, no solo disculpa de lo pasado, sino escusa para lo futuro, en caso que de nuevo se rebelasen.

Se cansa é impacienta el ánimo al describir, y debe llenarse de indignacion el pecho del lector generoso al leer aquella prolongada é infructuosa lucha de un hombre del mérito exaltado é incomparables servicios de Colon, con aquellos despreciables rufianes. Asaltado por la incertidumbre y los peligros que amagaban desplomarse sobre su cabeza, extranjero en-

tre gente tan pendenciera, jefe poco popular en una amotinada isla, y habiéndose hecho sospechoso al mismo gobierno del que en pago de sus afanes solo recibiera menosprecio, deseaba servir, y sus mismos servicios creaban la desconfianza, y no sabia adónde pedir fiel consejo, ayuda eficaz ó recto parecer. Hasta la tierra que pisaba parecia desmoronarse bajo sus pies. Supo que empezaban á formarse proyectos sediciosos entre su misma gente. Veian la impunidad con que los rebeldes habian gozado la posesion de uno de los mas hermosos distritos de la isla; hablaban entre ellos de seguir el mismo ejemplo, de abandonar la bandera del Almirante, y de apoderarse de la provincia de Higuey, al extremo oriental de la isla, que tenia fama de ser, en minas de oro, rica y abundante.

En situacion tan crítica, desentendiéndose de toda consideracion de orgullo y dignidad personal, determinó á costa de cualquier sacrificio propio asegurar los intereses de un ingrato soberano, y se forzó Colon á sí mismo á firmar aquella humillante capitulacion. Confiaba en que si algun dia llegaba á avistarse con los reyes podria convencerles de que habia sido forzado á firmar aquella capitulacion, arrancada de sus manos por las extraordinarias dificultades en que se habia visto, y por el eminente peligro de la colonia. Antes de firmarla, empero, insertó una cláusula diciendo, que las órdenes de los soberanos ó suyas, ó de las autoridades que él nombrase, debian ser puntualmente obedecidas.

CAPITULO V.

CONCESIONES HECHAS Á ROLDAN Y SUS COMPAÑEROS.—REGRESO DE VARIOS REBELDES Á ESPAÑA.

(1499.)

Al recobrar Roldan su cargo de alcalde mayor, desplegó toda la arrogancia que podria esperarse de un hombre que habia logrado el poder por tan detestables medios. Mientras estuvo en la ciudad de Santo Domingo, su faccion le rodeaba siempre, tenia solo tratos con gente pervertida y mal contenta, rodeándose de todos aquellos criminales que rechaza de su seno la sociedad con lo que solo conseguia alarmar á los habitantes pacíficos y leales. Mantenia arrogante tono hasta contra la autoridad de Colon mismo; quitó el empleo á un tal Rodrigo Perez, lugar-teniente del Almirante, diciendo que nadie habia de llevar baston de mando en la isla, mas que los empleados que él nombrase. Triste y dolorosa fue para Colon la necesidad de doblegarse á los insolentes caprichos de aquel hombre, y de la canalla que volvió bajo sus auspicios á la colonia.

Las mujeres á quienes la guerra ha dejado viudas, piden al cacique de la tribu que las vengue.

Roldan presentó un memorial firmado por mas de ciento de sus secuaces, pidiendo tierras, y permiso para fijarse en ellas, y escogiendo para ello la provincia de Jaragua. El almirante tuvo fundados temores de poner á disposicion de aquella falanje de facciosos, tierras tan distantes, donde podian fomentar nuévas rebeliones. Pudo al fin distribuirlos en varias partes de la isla; unos en Bonao, donde su colonia dió origen á la ciudad de este nombre; otros en las márgenes del rio Verde en la Vega, y algunos á seis leguas de este punto, camino de Santiago, les señaló grandes porciones de tierra y muchos esclavos indios. Concluyó tambien un pacto con los caciques de las cercanías, en el cual les levantaba el tributo obligándoles á alistar entre sus súbditos algunos grupos de indios libres con el objeto de que asistiesen á los colonos en el cultivo de la tierras confiadas á sus

cuidados: especie de servicio feudal, orígen de los repartimientos, ó distribucion de los indios libres entre los colonos, adoptado sucesivamente, y usado con vergonzosa crueldad en todas las colonias españolas, fuente de intolerables padecimientos y opresion para los infelices indios, ó institucion que contribuyó mucho al exterminio de los de Española. Colon consideraba la isla como un país conquistado, y se apropiaba el derecho de los conquistadores, en nombre de los soberanos por quienes peleaba. Consecuentes con estos principios sus compañeros se hacian partícipes de los territorios conquistados, abrogándose la potestad de señores feudales, y reduciendo á los conquistados á la condicion de villanos ó vasallos. Este arreglo diferia mucho de su primitivo intento; pues estaba antes dispuesto á tratar á los naturales con amistad y templanza, como á súbditos pacíficos de la corona. Pero se habian frustrado todos sus planes por la violencia y libertinaje de otros, y las medidas de entonces parecen adoptadas segun la exigencia de los tiempos. Con objeto de conservar inalterable el órden en la isla, instituyó una especie de policía compuesta de un capitan y varios soldados, encargados de visitar la isla en todas direcciones, obligando á los indios á pagar sus tributos, observando la conducta de los colonos, y con derecho para refrenar la menor apariencia de motin ó insurreccion.

Habiendo ya solicitado y obtenido tan liberales remuneraciones para su gente, no se manifestó Roldan mas modesto en pedir para sí mismo. Reclamó ciertas tierras en las cercanías de la Isabela, por haberles pertenecido antes de la rebelion, tambien una granja real, dedicada á la cria de aves domésticas llamada La Esperanza, y situada en la Vega. Se las concedió el Almirante, con permiso para emplear como cultivadores los súbditos del cacique, á quien cortó Alonso de Ojeda las orejas en su primera expedicion militar á la Vega. Recibió Roldan, ademas de esto, varias tierras en Jaragua, y muchos ganados pertenecientes al patrimonio real. Estos donativos solo tuvieron carácter de interinos hasta que fuesen sancionados por ambos reyes, porque aun pensaba Colon, que cuando supiesen sus magestades las sediciones y violencias con que aquellas gracias se le habian arrancado, los cabecillas de la faccion, no solo perderian sus mal adquiridas posesiones, sino que serian castigados segun lo mereciesen sus delitos.

Habiendo alcanzado Roldan mucho mas de lo que podia prometerse en sus mas dorados ensueños, pidió licencia para recorrer sus posesiones, y aunque mal de su grado se la concedió Colon. Inmediatamente salió para la Vega, y parando en Bonao, donde habia tenido sus reales, hizo á Pedro Riquelme activo confederado suyo, alcalde de aquel circuito, con derecho de arrestar todos los delincuentes, y de enviárselos presos al fuerte de la Concepcion, adonde él se reservaba el derecho de sentenciarlos. Este nombramiento descontentó mucho al Almirante, por haber saltado Roldan la valla de sus atribuciones; pues no le correspondia, como alcalde mayor, el derecho de nombrar alcaldes ordinarios. Otras circunstancias le dieron á entender, que tenian los insurgentes designios posteriores. Pedro Riquelme, bajo pretesto de erigir casas rurales para su ganado, empezó á levantar un robusto edificio sobre una colina ventajosamente situado y capaz de convertirse en una formidable fortaleza. Decíase que él y Roldan de consuno estaban empeñados en aquella obra, para tener sitio en que fortificarse en caso necesario. Como estuviese la colina cerca de la Vega, adonde se habian fijado tantos de sus partidarios, hubiera sido peligroso punto de reunion para sediciosos. Sospechó los designios, y se opuso á los procedimientos de Riquelme, Pedro Arana, hombre leal y honrado que vivia en los alrededores. Representaron ambas partes á Colon, que receloso de esta obra peligrosa de Riquelme, le prohibió que la continuase.

Habíase dispuesto Colon para regresar á España con su hermano don Bartolomé, persuadido de que era allí su presencia muy necesaria, para poner bajo su verdadero punto de vista los últimos sucesos de la isla. Habia experimentado la ineficacia de las cartas que podian glosar parcialmente sus malévolos enemigos. La isla, empero, se hallaba aun en muy precaria situacion. No estaba seguro de la fidelidad de los rebeldes, aunque tan caramente comprada; y habia rumores probables de un descenso á la Vega de los montañeses de Cignay, con designio



Prision del cacique Mayobanex.

de rescatar á su cautivo cacique Mayobanex, que permanecia aun prisionero en la Concepcion. Tambien se esparció la alarma con la noticia de haber arribado al Occidente de la isla cuatro buques, en apariencia sospechosos. Estas circunstancias obligaron á Colon á proponer su partida; y lo detuvieron envuelto en los negocios de aquella favorita pero fatal isla.

Las dos carabelas se hicieron á la vela para España al principio de octubre, con los colonos que quisieron volver, y entre otros, muchos del partido de Roldan. Algunos llevaron consigo tres esclavos, otros dos y otros uno, y varios de ellos las hijas de los caciques, sacadas por seduccion de sus casas y del seno

de sus familias. El Almirante, sin embargo de no poder sufrir con paciencia tales desmanes, opuestos á su buen corazon, tuvo que convenir y resignarse á ellos. Sabia que enviaba en ellos á España un refuerzo de enemigos y testigos falsos, que difamasen su carácter y conducta; pero no le quedaba otra alternativa. Para contrapesar, en lo posible, sus calumnias, envió por las mismas carabelas al leal y recto veterano Miguel Ballester, junto con García de Barrantes, ambos autorizados para atender á sus negocios en la córte, y provistos de las medidas que se habian tomado respecto á la conducta seguida por Roldan y sus cómplices.

Escribió á los soberanos pidiéndoles se informasen de la verdad de las últimas transacciones, y obrasen segun creyesen oportuno. Manifestó su opinion, de que las capitulaciones firmadas por él y los rebeldes, eran nulas é inválidas por varias razones, que se le habian arrancado violentamente y en la mar, adonde no ejercia la autoridad de virey; que habia habido dos procesos relativos á la insurreccion; y habiendo sido condenados por traidores los insurgentes, no estaba en poder del Almirante absolverlos de su crímen; que las capitulaciones trataban de negocios pertenecientes al real erario, en el que no podia él intervenir sin la concurrencia de los funcionarios y oficiales de la corona; y que Francisco Roldan y sus compañeros, al salir de España, habian jurado fidelidad á los reyes, y Almirante en su nombre. Presentadas estas razones, algunas de las cuales basaban en consideraciones de todo punto admisibles, mientras otras eran hijas de groseros sofismas, Colon rogaba á sus reyes que no estimasen conveniente acceder á las condiciones presentadas en la capitulacion arrancada de sus manos por el poder de Roldan.

Repetia la súplica de una carta anterior, de que se le enviase como juez un hombre docto que administrase las leyes de la isla, puesto que él estaba acusado de severo, aunque cierto en su conviccion de haberse siempre guiado por la clemencia. Pedia además que se enviasen personas de probidad y discrecion para formar un consejo y ocupar otros empleos; deseando, empero, que tuviesen poderes limitados ó definidos en sus respectivas comisiones, de modo que no afectasen los privilegios y dignidad que á él correspondian. Se extendia sobre este particular, porque ya otras veces se habian atacado sus prerogativas. Observaba que podria equivocarse, pero que le parecia que los príncipes deben tener completa confianza en sus gobernadores, porque sin el favor real que les da fuerza se les desmorona el prestigio del gobierno; sólida máxima que enseñó al Almirante su reciente experiencia; pues muchas de sus perplejidades y el triunfo de los rebeldes, se debian á la desconfianza de la corona y al poco caso que hizo de sus quejas.

Agobiado por la edad y las enfermedades, viendo que su organizacion se habia deteriorado mucho en el último viaje, Colon fijó su pensamiento en su hijo Diego, para hacer de él un activo coadjutor que participase de los cuidados y fatigas de su empleo; pues estando destinado á sucederle, deseaba que empezase á adquirir alguna práctica para el desempeño de sus futuras obligaciones. Diego estaba aun de paje en la córte; pero se hallaba ya en disposicion de entrar en los negocios públicos. Por eso pidió Colon que se le enviase como auxiliar, sintiéndose enfermo y menos capaz que antes.

CAPITULO VI.

LLEGADA DE OJEDA CON UNA ESCUADRA AL OCCIDENTE DE LA ISLA.—ROLDAN ENVIADO Á BUSCARLO.

(1499.)

Entre las causas que indujeron á Colon á retardar su partida á España, se ha mencionado la llegada de cuatro buques al Occidente de la isla. Anclaron estos el 5 de setiembre en un puerto algo mas abajo de Jacquemel, con la idea, segun parecia, de cortar palo de campeche, abundante en aquellas inmediaciones, y de llevarse á los indios como esclavos. Mas adelante se supo que mandaba los buques Alonso de Ojeda, aquel audaz caballero que en los primeros viajes se habia distinguido tanto, particularmente en la captura del cacique Caonabo. Conociendo su espíritu osado y emprendedor, sintió mucho Colon que visitase la isla de aquel modo clandestino, que tenia casi visos de piratería. Para oponerse á sus agresiones, y pedirle cuenta de ellas, se necesitaba un agente dotado de resolucion é inteligencia. Nadie mas á propósito que Roldan que, sobre ser tan atrevido como Ojeda, le aventajaba en astucia. Una expedicion semejante ocuparia su ánimo y el de sus partidarios, y los distraeria de sus planes sediciosos. Las muchas concesiones que recientemente se les habian hecho debian por el momento asegurar su fidelidad, sobre todo siéndoles mas útil ser leales que rebeldes.

Roldan se encargó con gusto de tan peligrosa comision. Nada podia ya adquirir en los desórdenes y deseaba asegurar sus mal ganadas posesiones por medio de servicios públicos que hiciesen olvidar sus pasados extravíos. Como era tan vano como activo, su orgullo le inspiró el deseo de desempeñar bien una mision que exigia tanto valor y sagacidad. Salió de Santo Domigo con dos carabelas, y llegó el 29 de setiembre á dos leguas del puerto donde estaban anclados los buques de Ojeda. Desembarcó con veinte y cinco hombres resueltos y bien armados, acostumbrados ya á la vida aventurera de los bosques. Cinco de ellos enviados á un reconocimiento le participaron que estaba Ojeda en tierra á muchas leguas de sus buques con solo quince hombres, empleados en hacer pan de cazabe en un lugar indio. Roldan se situó entre él y sus buques, pensando sorprenderlo; pero Ojeda lo supo por los indios, á quienes aterraba el solo nombre de Roldan, por sus excesos en Jaragua. Ojeda vió su peligro, pues desde luego supuso que venia Roldan en persecucion suya, y se hallaba interceptado. Con su intrepidez acostumbrada se presentó al punto á Roldan, acompañado solamente de cuatro ó seis individuos. Roldan empezó astutamente á hablar de cosas generales. Le preguntó despues por qué habia desembarcado en la isla, y particularmente en tan solitaria y remota parte de ella, sin hacer saber su llegada al Almirante. Replicó Ojeda que venia de un viaje de descubrimientos, y habia tocado en la isla para reparar sus buques y procurarse víveres. Roldan le pidió entonces, en nombre del gobierno, sus papeles. Ojeda que conocia el carácter determinado del hombre con quien estaba tratando, refrenó su impetuosidad natural, y le dijo que sus papeles estaban á bordo. Le manifestó ademas su intencion de pasar á Santo Domingo, con objeto de ofrecer sus respetos del Almirante, á quien tenia muchas cosas que decir en conferencia secreta. Indicó á Roldan que el Almirante habia perdido todo su favor en la córte; que se hablaba de destruirle, y que la reina, su patrona, estaba desauciada de los facultativos. A esta indicacion se referia probablemente Roldan en sus despachos al Almirante, en que dice que Ojeda le habia comunicado ciertos asuntos, que él no creia propio confiar al papel.

Roldan pasó entonces á los buques. Halló á bordo muchas personas conocidas, que habian estado ya en

Española, y confirmaron lo que Ojeda habia dicho. Le enseñaron una licencia firmada por el obispo Fonseca, como superintendente de los negocios de Indias, autorizándole para hacer un viaje de descubrimientos.

Segun Ojeda y sus compañeros, los exaltados informes que envió Colon de sus últimos descubrimientos en la costa de Pária, sus halagüeñas esperanzas relativas á la riqueza de los recien hallados paises, y las perlas que habia enviado á los soberanos excitaron la codicia de varios aventureros. Casualmente se hallaba entonces Ojeda en España. Como favorito del obispo Fonseca, pudo leer las cartas de Colon á los soberanos, y ver los mapas y cartas náuticas que los acompañaban. Sabia Ojeda que tenian á Colon muy ocupado las sediciones de Española; y sus conversaciones con Fonseca y otros enemigos del Almirante le persuadieron de que existian en el ánimo del rey grandes dudas y sospechas respecto á su conducta, dándose por lo tanto su caida como segura. Se le ocurrió á Ojeda la idea de aprovecharse de aquellas circunstancias, esperando ser por medio de una empresa particular el primero en recoger las riquezas de las regiones recien descubiertas. Comunicó su proyecto á su protector Fonseca, quien siempre dispuesto á hacer todo lo que pudiese contrariar los proyectos y oscurecer la gloria de Colon, se mostraba mas propenso á ayudar á los aventureros mercenarios, que á los hombres de elevado espiritu. Concedió á Ojeda cuanto podia facilitar su plan, dándole copia de los papeles y cartas de Colon para seguir su rumbo, y una patente firmada con su nombre, aunque no con el de los soberanos. En esta se estipuló que no tocase á tierra alguna perteneciente al rey de Portugal, ni á ninguna de las descubiertas por Colon antes del año de 1495. La última base ó condicion manifiesta el pérfido artificio de Fonseca, pues dejaba por ella á Pária y la isla de las Perlas accesibles á la codicia de Ojeda, habiéndose descubierto por Colon despues del año designado. Los buques debian armarse por cuenta de los aventureros, quienes habian de dar á la corona parte de los productos del viaje.

Con esta autorizacion armó Ojeda cuatro buques en Sevilla, asistido por muchos especuladores codiciosos y opulentos. Entre otros el célebre Américo Vespucio, comerciante florentino, reputado muy docto en geografía y navegacion. El principal piloto de la escuadra era Juan de la Cosa, marinero de nombradía, y discipulo del Almirante, á quien habia acompañado en su primer viaje de descubrimientos y en el que hizo por la costa del Sur de Cuba y al rededor de Jamáica. Habia tambien otros muchos de los marineros que habian hecho con Colon el viaje á Pária, entre ellos el distinguido piloto Bartolomé Roldan. Tal fue la expedicion que por un encadenamiento singular de circunstancias, dió el nombre del comerciante florentino Américo Vespucio á todo el Nuevo Mundo.

Zarpó la flota en mayo de 1499. Los aventureros llegaron al continente del Sur, y visitaron sus costas desde doscientas leguas al Oriente del Orinoco, hasta el golfo de Pária. Guiados por las cartas de Colon, pasaron este golfo é igualmente la Boca del Dragon, y se mantuvieron al Occidente hasta el cabo de la Vela, visitando la isla de Margarita y la tierra-firme adyacente, y descubriendo el golfo de Venezuela. Tocaron despues á las islas Caribes, donde pelearon con sus fieros habitantes é hicieron muchos prisioneros que pensaban venderlos en los mercados de esclavos de España. De allí, necesitando provisiones, pasaron á la Española, despues de haber hecho el mas dilatado viaje que se habia verificado hasta entonces por las costas del Nuevo-Mundo.

Despues de recoger todos los informes posibles respecto á aquellos viajeros, sus aventuras y designios, Roldan confiado en que Ojeda iria él mismo á presentarse á Colon, volvió á Santo Domingo para dar cuenta del desempeño de su cometido.

CAPITULO VII.

MANIOBRAS DE ROLDAN Y OJEDA.

(1500.)

Cuando supo Colon la naturaleza del viaje de Ojeda, y la licencia con que navegaba, se sintió profundamente agraviado, pues aquella licencia era una infraccion de sus mas importantes prerogativas, sancionada por la misma autoridad que debia haberlas considerado sagradas. Con todo, esperaba pacientemente, la prometida visita de Alonso de Ojeda á Santo Domingo, para obtener explicaciones. Nunca fue la intencion de aquel aventurero cumplir con tal promesa hecha únicamente para eludir la vigilancia de Roldan. No bien hubo rehabilitado sus bajeles y obtenido provisiones, salió para la costa de Jaragua, en la cual llegó en febrero. Le recibieron bien los españoles residentes en aquella provincia, proveyéndole de todo lo necesario. Entre ellos habia muchos de los últimos camaradas de Roldan; hombres perdidos y vagos, contrarios á todo órden y freno, que odiaban de corazon al Almirante por haberles sujetado á la saludable férula de las leyes.

Conociendo el arrojo é impavidez de Ojeda, y viendo que habia alguna disension entre él y el Almirante, le saludaron como nuevo caudillo que venia á deshacer sus imaginarios agravios, abandonando á Roldan, á quien consideraban ya como desertor. Quejáronse á Ojeda de la injusticia del Almirante, á quien acusaron de detenerles sus pagas.

Ojeda tenia mucho de precipitado y no poco de jactancioso, por lo que desde luego se constituyó en enderezador de entuertos. Se asegura que dijo que él y Carvajal estaban autorizados por el gobierno para obrar como consejeros, ó mas bien como fiscales de Colon, y que una de las primeras medidas que iban á tomar, era obligar al Adelantado al pago de todos los salarios debidos á los servidores de la corona. Pero se nos figura increible que dijese Ojeda semejantes palabras, tan fáciles de desmentir, y que le hubieran desacreditado con el gobierno. Quizá le animaron á mezclarse en aquellos asuntos el poco favor del Almirante en la córte, y su mucha confianza en la poderosa proteccion de Fonseca. Tambien pudo haber creido, como diligentemente propalaron en España los sugetos con quienes él mas trataba, que la severidad y opresion despótica del Almirante y sus hermanos habian forzado á los colonos rebeldes á adoptar aquellas medidas. Es probable que un sentimiento de generosidad que se mezclase con su amor de acciones y empresas, cuando les prometió remediar todos sus males, ponerse á su cabeza, marchar via recta á Santo Domingo, y obligar al Almirante á pagarles al punto, ó expelerlo de la isla.

La proposicion de Ojeda fue recibida con aclamaciones y gozo por algunos de los rebeldes, pero otros se opusieron á ella. Hubo disensiones á que sucedió una escena violenta, en que murieron muchos, y hubo muchos heridos de ambas partes; pero triunfaron los que eran de dictámen de ir á Santo Domingo.

Afortunadamente para la paz y seguridad de Colon, llegó Roldan á las cercanías en aquel instante mismo, seguido de algunos hombres resueltos. El Almirante le habia enviado á observar los movimientos de Ojeda, cuando se enteró de su llegada á la costa de Jaragua. Supo Roldan los violentos tumultos que habian sobrevenido, y mandó á su antiguo camarada, Diego de Escobar, que le siguiese con toda la fuerza disponible. Llegaron ambos á Jaragua con un dia de diferencia. Entonces ocurrió un ejemplo de la poca fé que regularmente se guardan los malos. Los primiti-

vos partidarios de Colon, viendo lo decidido que estaba Roldan á servir al gobierno, y perdida toda esperanza de comprometerlo en una nueva sedicion, resolvieron apoderarse de él por sorpresa; pero no cayó en el lazo, gracias á su sagacidad y vigilancia.

No bien supo Ojeda la marcha de Roldan y de Escobar, se retiró á bordo de sus buques. Aunque de ánimo osado no se hallaba dispuesto en aquel caso á echar mano de las armas, teniendo que pelear desesperadamente y sin provecho alguno contra el gobierno establecido. Roldan hizo entonces amonestaciones análogas á las que estaba acostumbrado á recibir. Escribió á Ojeda una carta reprobando decorosamente su conducta con la cual habia llenado la isla de confusion, y pidiéndole que desembarcase para entrar en una composicion amistosa y acabar todas las diferencias. Ojeda, conociendo la astucia de Roldan, no hizo caso de sus repetidos mensajes, y se negó á su disposicion. Hizo mas: se apoderó de Diego Trujillo, uno de los mensajeros, y no contento con esto, desembarcó repentinamente en Jaragua, y se llevó preso á Toribio de Linares, otro de los camaradas de Roldan; á ambos les cargó de cadenas; les detuvo á bordo de su buque en rehenes por un tal Juan Pintor, un marinero manco que se le habia desertado, y amenazó ahorcar á los dos como no se le entregase el marinero.

Varias fueron las astutas evoluciones que practicaron los dos terribles antagonistas, persuadidos ambos de la sagacidad y resolucion de su adversario. Ojeda se hizo á la vela y navegó doce leguas al Norte, hácia la provincia de Cahay, una de las mas bellas y fértiles de la isla, habitada por gente dócil y bondadosa. Roldan y Escobar le siguieron por tierra, y se le acercaron sin demora. Mandó entonces Roldan á su compañero Escobar que en una canoa ligera manejada por indios se dirigiese al buque principal y dijese desde lejos á Ojeda, que puesto que no queria pasar á tierra, Roldan iria á conferenciar con él á bordo, si le enviaba un bote para verificarlo.

Ojeda se creyó desde luego al abrigo de su contrario. Inmediatamente despachó un bote que se paró á corta distancia de la orilla, diciendo á Roldan que podia embarcarse. *¿Cuánta gente puede acompañarme?* preguntó este. *Nada mas que cinco ó seis hombres*, le contestaron. Entonces se dirigió al bote, con agua hasta la cintura Diego de Escobar, acompañado de cuatro hombres. Los del bote no quisieron admitir mas. Roldan mandó entonces que entre dos hombres lo llevasen á él para no mojarse. Con esta extratagema hizo ascender á ocho su partida. Apenas entró en el bote, mandó á los marineros que remasen hácia tierra. Negándose á hacerlo él y sus compañeros, los atacaron espada en mano, hiriendo á muchos, y haciéndolos á todos prisioneros, á excepcion de un flechero indio que se salvó nadando.

Este triunfo fue para Roldan muy importante; Ojeda, ansioso de recobrar su bote, indispensable para el servicio del buque, hizo entonces proposiciones de paz. Se acercó á la playa en el bote mas pequeño, que era el que le habia quedado, acompañado de su primer piloto, cuatro remeros y un soldado. Roldan entró en el que acababa de apresarle con siete remos y quince soldados, dejando en la playa otros tantos hombres y una canoa, para que se embarcasen en caso necesario. Aquellos dos formidables adversarios tuvieron una conferencia bastante característica, conduciéndose ambos en ella con la mayor cautela. Esta entrevista se efectuó mediando mucha distancia entre ambas partes. Ojeda para justificar sus movimientos hostiles, alegó que habia venido Roldan con fuerza armada para apoderarse de él. Este negó el hecho, y le prometió de parte de Colon la acogida mas amistosa si queria pasar á Santo Domingo. Al fin se hizo una composicion: se restituyó á Ojeda su bote, y hubo cange de prisioneros, exceptuando Juan Pintor, el marinero manco que se habia ocultado. Por una de las cláusulas de la capitulacion, Ojeda se hizo á la vela al dia siguiente, amenazando, empero, volver pronto con mas buques y hombres.

Roldan permaneció por aquellos contornos, poniendo en duda su partida. Pocos dias despues oyó decir que habia desembarcado en una parte muy lejana de la costa. Al momento salió á buscarle con ochenta hombres en canoas, mandando descubiertas por tierra. Antes de llegar al punto designado Ojeda se habia ya dado á la vela, y no tuvo Roldan otra noticia de él: Las-Casas asegura que ó bien desembarcó en algun distrito remoto de Española, ó bien en la isla de Puerto-Rico, donde juntó lo que él llamaba su *cabalgada* ó rebaño de esclavos, arrancando de su patria á una multitud de infelices indios que vendió en el mercado de Cádiz.

CAPITULO VIII.

CONSPIRACION DE GUEVARA Y MOJICA.

(1500.)

Cuando los hombres han contraido la costumbre de obrar mal, se atribuyen el mayor mérito á la mas pequeña accion que cometen propia de hombres honrados. Los de Roldan celebraban ellos mismos alta y ruidosamente su lealtad incomparable, y los grandes servicios que habian hecho al gobierno arrojando de la isla á Ojeda. A fuer de pícaros reformados, esperaban que seria pródigamente premiada su buena conducta. Considerando al caudillo que los mandaba poseedor de ilimitadas facultades, y habiéndoles agradado la deliciosa provincia de Cahay, le pidieron se la repartiese para fijarse en ella. Roldan siendo gefe de insurrectos, hubiera accedido desde luego á su demanda; pero habia llegado un momento en que le convenia dar á conocer su adhesion á las leyes, y dijo que él nada podia otorgar sin la sancion del Almirante. Mas sabiendo que era peligroso contradecir el espíritu turbulento que él mismo habia fomentado entre aquellas gentes, repartió entre ellos algunas propiedades suyas en los territorios de su antiguo huésped Behechio, cacique de Jaragua. Entonces escribió al Almirante pidiéndole permiso para volver á Santo Domingo, y recibió una carta en que se le daban muchas gracias y prodigaban los mayores elogios por la diligencia y tino que habia manifestado, indicándole que permaneciese algun tiempo mas en Jaragua, pues podia estar Ojeda todavia cerca de las costas, dispuesto á entrar de nuevo en aquella provincia.

Una causa bastante novelesca produjo en la isla nuevas turbulencias. Llegó por aquellos tiempos á Jaragua un caballero jóven y de distinguida familia, llamado don Hernando de Guevara. Estaba dotado de buen personal y bellos modales, si bien era violento en sus pasiones y libertino en su conducta. Tenia parentesco con Adrian de Mojica, uno de los mas activos agentes de la rebelion de Roldan, y se habia conducido tan disolutamente en Santo Domingo, que Colon le desterró de la isla. Como no habia otro modo de hacerle salir de ella, se le envió á Jaragua para volver á España en uno de los buques de Ojeda; pero llegó despues de la partida de este. Roldan le recibió favorablemente por consideracion á su antiguo camarada Adrian de Mojica, y le permitió escoger lugar para su residencia, hasta que llegasen nuevas órdenes del Almirante. Eligió la provincia de Cahay, y el sitio en que Roldan habia sorprendido el bote de Ojeda. Aunque era uno de los mas deliciosos distritos de aquella hermosa costa, Guevara le escogió solo por su vecindad á Jaragua. Mientras

estuvo en este último punto con permiso de Roldan, fue bien recibido en casa de Anacaona, la viuda de Caonabo, hermana del cacique Behechio. Aquella mujer extraordinaria seguia simpatizando aun con los españoles, á pesar de las vergonzosas escenas de que habia sido testigo; y con su dignidad característica habia obtenido el respeto hasta de la chusma licenciosa que poco antes infestaba su provincia. Tenia una hija de su difunto marido el cacique Caonabo, cuyas gracias acababan entonces de desarrollarse, y que era sumamente admirada por su belleza. Guevara, hallándose frecuentemente en su compañia, se enamoró de ella; y sus atenciones no tardaron en ganar el corazon de la inocente jóven india. Para estar cerca de su amada, escogió la residencia de Cahay, donde su primo Adrian de Mojica tenia varios perros y halcones para la caza. Guevara dilató su partida; pero habiendo descubierto Roldan el objeto que le traia á Jaragua, le advirtió que desistiese de sus pretensiones, y le mandó salir de la provincia. Las Casas insinúa que tambien Roldan amaba á la jóven india, y estaba celoso de la preferencia que esta daba á su rival. Anacaona, la madre de Higuamota, fascinada por la elegante apariencia y bellos modales del enamorado caballero, favorecia su pasion, tanto mas cuanto que Guevara le pedia su hija en matrimonio. A pesar de las órdenes de Roldan, permanecia Guevara en Jaragua y en casa de Anacaona, desde donde mandó por un sacerdote para que bautizase á su futura esposa.

Roldan al saber esto envió á llamar á Guevara y le reprendió agriamente, porque seguia en Jaragua con el designio de engañar á Anacaona, y estraviando el afecto de su hija. Guevara confesó la fuerza de su pasion, y atendida la pureza de sus intenciones, pidió permiso para prorogar su residencia en Jaragua. Roldan se manifestó inflexible, alegando que el Almirante podia no estar conforme con el permiso que él le diese y sospechar de su propia conducta; pero parece que lo que motivaba su negativa era el deseo de saparar de allí un rival que fustraba todos sus proyectos amorosos. Guevara obedeció; permaneció tres dias en Cahay; pero no pudiendo vivir ausente de su adorada, volvió á Jaragua con cuatro ó cinco amigos, y se ocultó en casa de ella misma. Roldan, que adolecia entonces de una afeccion de ojos, al saber su vuelta, le dirigió reconvenciones por su desobediencia, y le mandó volver al instante mismo á Cahay. El jóven caballero adoptó entonces diferente lenguaje. Contestó á Roldan aconsejándole que no se crease contrarios, cuando tenia tanta necesidad de amigos, pues él sabia positivamente que pensaba el Almirante mandarle cortar la cabeza. Entonces Roldan en uso de su autoridad, le órdenó salir de aquella parte de la isla, y presentarse á Colon en Santo Domingo. Para no verse enteramente privado de la presencia de su beldad india, refrenó el mancebo su violencia. Trocó su altivo tono en humilde súplica, y Roldan, vencido por su mision, le permitió permanecer por entonces en la parte de la isla que él mismo habia elegido.

Pero debia Roldan recoger los frutos del mal sembrado por su mano. Inspiró el desprecio de las leyes á sus antiguos compañeros, y era natural que se viese expuesto á los efectos de la anarquía que era obra suya. Guevara, irritado con los obstáculos que se oponian á su pasion, acarició proyectos de venganza. Formó un partido de los antiguos secuaces de Roldan, que detestaban como magistrado al hombre que idolatraron como caudillo. Se resolvió revelarse súbitamente contra él, y ó bien matarle ó sacarle los ojos. Al saber Roldan la conjuracion, procedió contra ella con la prontitud de un rayo. Fue preso Guevara en la mansion de Anacaona, á la vista de su futura esposa, quedando arrestado tambien siete de sus cómplices. Roldan informó desde luego al Almirante, sin cuya autoridad, decia, no se resolvia á tomar medida alguna, sobre todo no siendo juez imparcial en aquel caso. Colon, que se hallaba entonces en el fuerte de la Concepcion, en la Vega, mandó trasladar los presos al de Santo Domingo.

Estas medidas vigorosas de Roldan contra sus antiguos camaradas produjeron inmediatas revueltas. Adrian de Mojica, al saber que estaba preso su primo Guevara por órden de Roldan su considerado, se exasperó sobremanera y resolvió vengarse. Pasó inmediatamente á Bonao, perenne foco de sediciones, á pedir ayuda á Pedro Riquelme, alcalde recientemente nombrado por Roldan. Riquelme se la concedió gustoso, y partieron ambos á varios sitios de la Vega, donde los rebeldes vivian en las tierras que habian recibido, para incitarlos á tomar parte en sus proyectos. La propension de aquellos hombres á las revueltas era irresistible. Guevara era muy apreciado de todos, y la conducta de Roldan se calificó de intervencion despótica para impedir un himeneo agradable á ambas partes, y beneficioso para la colonia. No hay nadie tan detestado de los que han sido sus amigos como un ladron reformado, ó un rebelde sirviendo á la justicia. Las antiguas escenas tumultuosas se renovaron; las armas, depuestas apenas de las recientes rebeliones, se empeñaron de nuevo, y empezaron los preparativos para la accion. Mojica tuvo pronto un cuerpo de audaces y abandonadas gentes, prontas á seguirle con armas y caballos en cualquier empresa desesperada. Alentado por la impunidad que habian tenido sus primeros actos, amenazó con otros mas atroces aun, proponiéndose no solo rescatar á su primo, sino dar muerte á Roldan y al Almirante.

Colon se hallaba en la Concepcion con poca gente, mientras se fraguaba este peligroso complot en las cercanias. No temiendo ninguna hostilidad próxima de personas á quienes habia colmado de favores, hubiera sido su víctima á no tener conocimiento del plan por un desertor de los conspiradores. De una sola mirada sondeó el abismo que le rodeaba y vió la tormenta que amenazaba la isla. Conociendo que habia pasado el tiempo de la templanza, determinó dar un golpe que cortase todas las cabezas de la hidra de la rebelion.

Con seis ó siete criados de confianza y tres escuderos, todos bien armados, se dirigió por la noche á la residencia de los sediciosos, los cuales confiados en lo secreto de su plan y en la apacibilidad mostrada últimamente por el Almirante, estaban descansando sin precaucion alguna. Los sorprendió Colon; se apoderó de Mojica y de varios de sus principales cómplices y se los llevó presos al fuerte de la Concepcion. El momento era crítico; la Vega estaba pronta á sublevarse; tenia en su poder al que era cabeza del motin, y era necesario un escarmiento que aterrase á los facciosos. Mandó que se colgase á Mogica del asta de la bandera. Pidiendo el reo que se le permitiese confesar antes de morir, se le envió un sacerdote. El miserable Mojica, tan intrépido y arrogante en la rebelion, perdió todo su ánimo delante de la muerte. Procuró prolongar su confesion empezando y deteniéndose, y empezando de nuevo, y otra vez vacilando, como si aguardase que el tiempo le trajese un indulto. En vez de confesar sus propios pecados, acusó de criminales á otros que se sabia eran inocentes; hasta que Colon, indignado en vista de tanta falsedad y apurada ya la paciencia, mandó que arrojasen al rebelde de las murallas abajo. Muchos de los cómplices de Mojica fueron condenados á muerte; pero se suspendió por entonces la sentencia.

Este repentino acto de severidad fue seguido prontamente de otros no menos fulminantes. Antes que los conspiradores tuviesen tiempo de salir de su es-

tupor, Pedro Riquelme y algunos de sus compañeros fueron sorprendidos en Bonao y llevados al fuerte de Santo Domingo, donde se hallaba tambien el que fue causa de esta segunda rebelion, Hernando de Guevara, el amante de la princesa india. Tan inesperados actos de rigor, ejercidos por una autoridad que tan blanda habia sido, produjeron el deseado efecto. Los conspiradores amilanados huyeron en su mayor parte á Jaragua, su favorito retiro. Pero no se les permitió reunirse allí de nuevo, ni tramar nuevas conspiraciones. El Adelantado y Roldan los siguieron con la actividad y vigor que á ambos caracterizaban. Se dice que el Adelantado llevaga consigo un sacerdote para que á medida que prendiese á los delincuentes, los confesase y en seguida los mandaba ahorcar en el lugar mismo; pero lo mas probable es que los enviaba prisioneros á Santo Domingo. Tuvo una vez diez y siete de ellos presos en un calabozo comun, esperando que se viese su causa mientras seguia persiguiendo sin descanso á los demás.

Prontas y severas eran estas medidas; pero considerando cuánto tiempo habia Colon sufrido á aquellos hombres, cuánto les habia cedido y sacrificado, cuánto le habian interrumpido en sus grandes empresas, menoscabando el bien de la colonia con sus continuadas sediciones; si consideramos cuánto habian abusado de su lenidad, y provocado y menospreciado su autoridad y la de las leyes, atentando al fin contra su vida, no debemos admirarnos de que dejase caer al cabo la espada de la justicia sobre tan contumaces criminales.

La faccion estaba ya del todo subyugada, y pronto empezaron á sentirse los buenos efectos de varias medidas tomadas por Colon en beneficio de la isla despues de su última llegada á ella. Los indios, viendo la ineficacia de la resistencia, se sometieron resignados al yugo. Muchos de ellos dieron señales de civilizacion y adoptaron vestidos. La cristiandad tambien empezó á progresar entre ellos. Los españoles cultivaban ya sus tierras diligentemente, ayudados por los indios, y todo ofreció el halagüeño aspecto de una prosperidad creciente.

Colon atribuyó tan feliz peripecia á la intervencion especial del cielo. Expresa decididamente esta opinion en sus cartas, recordando una de aquellas visiones fantásticas que visitaban á veces su imaginacion en el desarreglo de la ansiedad ó en el parasismo de las enfermedades. En el invierno precedente, hácia la pascua, cuando le amenazaban con guerra los indios y con insurrecciones sus gentes, cuando desconfiaba de los hombres que tenia cerca, y temia que su favor declinase en la córte, cayó por algun tiempo en un abatimiento profundo. En medio de su tristeza ya casi abandonado á la desesperacion, refiere él que oyó una voz que le decia: ¡Hombre de poca fe, nada temas ni te apures! Yo te protegeré. Los siete años del término de oro no han espirado, y en esto, y en todas las otras cosas, yo tendré cuidado de ti.» Aquel mismo dia, añade, recibió nuevas del descubrimiento de un distrito riquísimo en minas. La imaginaria promesa de ayuda divina, tan milagrosa y misteriosamente dada, le pareció despues aun mas rigorosamente cumplida. Las turbaciones y peligros que le habian últimamente rodeado, estaban ya vencidos, sucediendo á ellos una apacible calma. Entonces esperaba la continuacion de su empresa por tanto tiempo interrumpida, la exploracion de las regiones de Paria, y el establecimiento de una pesquería en el golfo de las Perlas. ¡Cuán engañosas eran sus esperanzas! ¡En aquel momento mismo se estaban desenvolviendo sucesos que debian agoviarle, arrancándole sus honores, y dejándole como una ruina de sí mismo durante todo el resto de su vida!

LIBRO XIII.

CAPITULO PRIMERO.

REPRESENTACIONES DIRIGIDAS Á LA CÓRTE CONTRA COLON.—BOBADILLA AUTORIZADO PARA EXAMINAR SU CONDUCTA.

(1500.)

Mientras estaba Colon envuelto en una série inmensa de dificultades en la isla Española, sus enemigos estaban minando con harto buen éxito su reputacion en la córte de España. El informe de su anticipada desgracia, dado por Ojeda, no era del todo infundado. Se consideraba próximo aquel fatal suceso, y la perfidia hacia para acelerarlo toda clase de esfuerzos. Los buques que procedian del Nuevo Mundo, llegaban á España cargados de quejas, representando el carácter de Colon y de sus hermanos bajo el mas odioso punto de vista, haciéndoles aparecer á todos como hombres nuevos, hinchados por su repentina elevacion, no acostumbrados al mando, arrogantes é insultantes en su conducta, con respecto á los caballeros de noble cuna y elevado espíritu, opresores de la gente ordinaria, y crueles con los indios. La insidiosa insinuacion de que eran extranjeros, y no podian tener interés verdadero en la gloria de España ni en la prosperidad de los españoles, aunque al parecer tan despreciable, no dejó de producir poderoso efecto. Hasta tal punto se valieron de ella sus enemigos, que llegaron á acusar á Colon del designio de sacudir los compromisos que lo unian á España, y proclamarse él mismo soberano de los paises que habia descubierto, ó cedérselos á otra potencia. Esta calumnia, con ser tan extravagante, era muy propia para alarmar el ánimo suspicaz de Fernando. Es cierto, que por todos los buques enviaba Colon informes de las causas y naturaleza de los males que afligian la isla, implorando é indicando remedios, que debidamente administrados hubieran podido ser eficaces. Pero sus cartas, recibidas á largos intérvalos, hacian cuanto mas en el ánimo del monarca, una impresion pasajera que era rápidamente borrada por la influencia de activas é incesantes calumnias.

Sus enemigos, teniendo siempre medios de hablar á los soberanos, podian poner los cargos contra él en el mas ofensivo punto de vista, y neutralizar secretamente la fuerza de las vindicaciones de Colon. Tenian una lógica muy cómoda que la usaban de continuo para probar el mal gobierno ó la mala fe de Colon: los incesantes gastos que sufragaba la metrópoli para el mantenimiento de la colonia. ¿Podian estos concebirse despues de las estravagantes pinturas que habia presentado de la isla y de sus montañas doradas, en que pretendia haber hallado el Ofir de la antigüedad, manantial de todas las riquezas de Salomon? De sus exageraciones inferian que habia con ellas engañado de intento á los soberanos, ó que los defraudaba malversando los fondos, ó que era del todo incapaz para tener las riendas del gobierno.

Sabian los intrigantes que el engaño de que creia Fernando ser víctima, viendo que las nuevas posesiones, mas bien le acarreaban gastos que ganancias, tenia mucho peso en su ánimo. Las guerras á que su ambicion le lanzaba, habian agotado sus recursos. Esperaba confiado que el Nuevo Mundo le daria sobrados medios para proseguir sus triunfos, y oia con impaciencia las frecuentes peticiones que de él llegaban á su extenuado tesoro. Para irritarle mas y mas y redoblar su resentimiento, cuantos desengañados volvian de la colonia, eran instigados por la faccion hostil á reclamar pagas que Colon les debia, ó pérdidas sufridas en su servicio. Así sucedió especialmente con los rufianes que habian sido embarcados para librar á la isla de sus sediciones. Llegaron á la córte de Grana-

da, y cuando el rey salia á caballo, le acosaban con sus lamentos y reclamacion de sus pagas. Un dia cincuenta de aquellos vagamundos pudieron penetrar en el patio interior de la Alhambra, á que daban las estancias reales, mostrando racimos de uvas como único sustento que su pobreza les habia dejado, y criticando en alta voz los engaños del Almirante, y el cruel abandono en que los tenia el gobierno. Casualmente pasaron por allí los dos hijos de Colon, que eran pajes de la reina, y oyeron esas terribles imprecaciones: allá van los hijos del Almirante, los cachorros del que descubrió la tierra de vanidad y de ilusiones, la tumba de los hidalgos de España.

Tan perseverante repeticion de falsedad, se abre poco á poco camino hasta en el alma mas cándida. La misma Isabel empezó á dudar de la conducta de Colon. Cuando eran tan universales é incesantes las quejas, por precision habian de tener algun fundamento. Colon y sus hermanos, podian, aunque justos, ser indiscretos; y en el gobierno, con mas frecuencia se cometen errores por ignorancia que por malicia. Las cartas escritas por el mismo Colon, eran una lamentable pintura de la confusion de la isla. ¿No podia esto provenir de la incapacidad ó debilidad de sus gobernadores? Y aun concediendo que los abusos que prevalecian naciesen en gran parte de la enemistad de la gente hácia el Almirante y sus hermanos, y de sus preocupaciones contra ellos por ser extranjeros ¿era prudente confiar tan importante y lejano gobierno á personas tan despopularizadas?

Estas consideraciones pesaron no poco en el ánimo de Isabel, y mucho mas en el del cauteloso Fernando, el cual nunca habia mirado á Colon con muy buenos ojos, y desde que conoció la importancia de sus descubrimientos, se arrepintió de haber puesto tanta fuerza á su disposicion. Los amargos clamores que se levantaron durante la breve administracion del Adelantado y la sedicion de Roldan, determinaron al fin al rey á enviar una persona de habilidad é importancia, que estudiase los negocios de la colonia, y se apoderase, si era necesario, de su mando. Esta medida de tanta consecuencia parece que se habia ya tomado, y aun extendido poderes para llevarla á efecto, en la primavera de 1499; pero se aplazó hasta el año siguiente dándose varias razones para la dilacion. Los importantes servicios de Colon en el descubrimiento de Pária y de las islas de las Perlas, pudieron ejercer alguna influencia en el ánimo real. La necesidad de armar una escuadra en aquellos momentos para cooperar con los venecianos á hostilizar á los turcos; la amenazadora actitud y movimientos de tropas del nuevo rey de Francia Luis XII; la rebelion de los moros de las Alpujarras en el recien conquistado reino de Granada, todas estas circunstancias se han alegado como razones para aplazar una medida de tanta consideracion, y que podia tener tan tristes resultados, respecto á las posesiones nuevamente descubiertas. La causa mas probable, es la repugnancia que tenia Isabel en abochornar á un hombre á quien miraba con la mayor gratitud y la debida admiracion. Al fin la llegada de los buques con los facciosos de Roldan, aceleró la crisis. Verdad es que Ballester y Barrantes venian en los bajeles para representar con justicia los negocios de la isla; pero les acompañaba una turba de testigos favorables á Roldan, con muchas cartas escritas por él y sus confederados, en que atribuian todos los acontecimientos funestos á la tiranía de Colon y sus hermanos. Desgraciadamente el testimonio de los rebeldes pesó mas que la verdad en el ánimo de Fernando, y una circunstancia especial enagenó á Colon el cariño de Isabel, que hasta entonces habia sido su principal apoyo.

Habiendo tomado la reina un interés maternal por la felicidad de los indios, la habia Colon ofendido repetidas veces, esclavizando á los que capturaba en la guerra, aun cuando sabia que era este modo de proceder contrario á los deseos de la reina. Los mismos buques que trajeron á España á los compañeros de Roldan, conducian tambien gran número de esclavos. Colon se habia visto obligado á conceder algunos á aquellos hombres por los artículos de la capitulacion; otros habian sido embarcados clandestinamente. Entre ellos venian las hijas de varios caciques seducidas y arrancadas de sus hogares por aquellos libertinos. Muchas estaban en cinta, otras con hijos recien nacidos. Todas las trasferencias de aquellos desdichados se atribuyeron á Colon, haciendo á la reina las mas odiosas pinturas sobre el particular. Su sensibilidad como mujer, y su dignidad como reina, se reaccionaron á la vez. «¿Qué derecho, exclamó indignada, tiene el Almirante para regalar mis vasallos?» Determinó entonces resueltamente manifestar el odio que la inspiraban aquellos ultrajes á la humanidad, y mandó que se restableciesen todos los indios á su patria y á sus familias. Hasta fue retrospectiva la órden; pues decia, que tambien se buscasen y llevasen de nuevo á Española, los que antes habia enviado el Almirante. Desgraciadamente para Colon en estas circunstacias, habia aconsejado en una de sus cartas la continuacion por algun tiempo de la esclavitud india, considerándola de suma utilidad para la colonia, lo que contribuyó á irritar á Isabel, y la indujo á permitir que se enviase una comision para investigar su conducta, y quitarle el mando en caso necesario.

Fernando se halló muy perplejo al nombrar esta comision, vacilando entre un sentimiento justo de lo que merecian los servicios y carácter de Colon, y el deseo de despojarlo con delicadeza de los poderes que le habia dado. Al fin le suministraron un pretesto las últimas cartas del mismo Almirante, y resolvió no desaprovecharlo. Colon le habia suplicado repetidamente que le enviase alguna persona de probidad y talento, un abogado jurisperito que ejerciese las funciones del juez; pero cuyos poderes fuesen tan limitados, que no menoscabasen en lo mas mínimo su propia autoridad como virey. Tambien le suplicaba nombrase un árbitro imparcial, que diese su fallo en sus disensiones con Roldan. Fernando se propuso satisfacer sus deseos, pero uniendo aquellos dos oficios en uno; y como la persona que nombrase se tenia que decidir en materias enlazadas con las funciones mas altas del Almirante y sus hermanos, se le dió poder para que si los hallaba culpables, se apoderase el mismo de su gobierno, lo que era un modo muy singular de asegurar la imparcialidad.

La persona escogida para un oficio tan delicado fue don Francisco de Bobadilla, oficial de la casa real, y comendador de una de las órdenes militares. Oviedo nos le pintó un hombre muy recto y religioso; pero otros dicen, y sus acciones corroboran su aserto, que era pobre, violento y ambicioso, tres razones que se oponian á ejercer debidamente los deberes de la judicatura, en un caso que exigia la mayor paciencia, buena fe y circunspeccion, pudiendo el juez derivar poder y opulencia de la conviccion de una de las partes.

La autoridad concedida á Bobadilla se define en cartas existentes todavía, que merecen analizarse cronológicamente, porque parece que los tiempos y las circunstancias hicieron variar á cada paso las intenciones reales. La primera se expidió en 21 de marzo de 1499, y hace mérito de la queja dada por el Almirante, contra un alcalde y otras personas que se habian rebelado contra él. Por lo cual añade la carta, os mandamos informaros de la verdad de lo antedicho; averiguar quien y cuales personas fueron las que se levantaron contra el dicho Almirante y nuestra magistratura; y por qué causa; y qué robo

y otras injurias han cometido; y ademas, extender nuestras investigaciones á todas las otras materias relativas á las premisas; y obtenido el informe y sabida la verdad, cualesquiera que halleis culpables, aprestad sus personas y secuestrad sus efectos; y ya aprehendidos, proceded contra ellos y los ausentes civil y criminalmente, imponiéndoles las multas y castigos que creais propios. Para llevar esto á efecto, se autorizó á Bobadilla, en caso de necesidad, á pedir asistencia al Almirante, ó á cualquier otro empleado público.

Los poderes anteriores se dirigen manifiesta y únicamente contra los rebeldes, y están dados á consecuencia de las quejas de Colon. Otra carta de fecha de 21 de mayo, es decir escrita dos meses despues de la primera, es ya muy diferente. Sin nombrar á Colon, se dirige á los consejeros, justicias, regidores, caballeros, escuderos, oficiales y propietarios de las islas y Tierra-firme, informándolos del nombramiento de Bobadilla para el gobierno, con plena jurisdiccion civil y criminal. Entre las facultades especificadas es de notar la que sigue: «Es nuestra voluntad, que si el dicho comendador Francisco Bobadilla creyese necesario para nuestro servicio y los fines de la justicia, que cualesquiera caballeros ú otras personas que están al presente en aquellas islas, ó que lleguen en adelante, las abandonen, y no vuelvan á residir en ellas, y que vengan y se presenten ante nos, se lo pueda mandar hacer así en nuestro nombre, y obligarlos á partir; y á quien quiera que asi se lo mandare, por la presente ordenamos, que inmediatamente, sin detenerse á hacernos preguntas ó consultas, ó recibir de nos otra carta ú órden, y sin interponer apelacion ni súplica, obedezca aquello que él diga y mande, bajo las penas que imponga en nombre nuestro, etc., etc.

En otra carta de fecha tambien de 21 de mayo, en que se titula á Colon simplemente Almirante del mar Océano se manda á él y sus hermanos entregar las fortalezas, bajeles, casas, armas, municiones, ganados y todas las demás propiedades reales á Bobadilla como gobernador, bajo pena de sufrir el castigo á que se sujetan aquellos que rehusan rendir fortalezas y otros puestos de confianza, cuando se lo ordenan sus soberanos.

Otra de 26 de mayo dirigida á Colon con el sencillo titulo de Almirante, es una mera carta credencial, mandándole dar fe y obediencia á lo que Bobadilla dijese.

Las cartas segunda y tercera son provisionales, y solo debian mostrarse, si despues del debido exámen apareciesen tan delincuentes Colon y sus hermanos, que mereciesen ser destituidos de sus funciones.

Este golpe terrible estuvo suspenso, como se ha dicho, por espacio de un año, pero es indudable que se hablaba de él, y era esperado con ánsia por los enemigos de Colon, como lo prueba la asercion de Ojeda, que salia de España por el tiempo en que se firmaron las cartas, y que tenia comunicacion íntima con el obispo Fonseca, el principal instrumento que obró para la adopcion de tal medida. La misma licencia que del obispo recibió Ojeda para hacer un viaje de descubrimientos, esta en oposicion con las prerogativas del Almirante, y parece ser ya un síntoma precursor de su inmediata caida; lo que como ya se ha observado, explica la turbulenta conducta de Ojeda en Jaragua.

Al fin se llevó á efecto la proyectada medida. Bobadilla salió para Santo Domingo á mediados de julio de 1500, con dos carabelas en que iban veinte y cinco hombres como una especie de guardia, alistados para un año de servicio. Tambien le acompañaban seis frailes encargados de la educacion de muchos indios que volvian á su pais. Además, llevaba Bobadilla el encargo, por real órden, de hacerse cargo de los atrasos de sueldos debidos á los que servian al rey, pagándolos de contado, y de obligar al comandante á satisfacer lo que por su parte adeudaba, «de modo que aquella gente recibiese lo que era suyo y no se oyeran mas quejas.» Y como complemento de todos estos poderes llevaba Bobadilla muchas cartas firmadas en blanco por los soberanos, para llenarlas del modo, y dirigirlas á las personas que creyese propio, relativamente á la mision que se se le habia confiado.

CAPITULO II.

LLEGADA DE BOBADILLA Á SANTO DOMINGO.—SE APODERA VIOLENTAMENTE DEL MANDO.

(1500.)

Colon seguia en el fuerte de la Concepcion, arreglando los negocios de la Vega despues de la sedicion y catástrofe de Mojica; su hermano el Adelantado persiguiendo con Roldan á los rebeldes fugitivos en Jaragua, don Diego de gobernador interino de Santo Domingo. La faccion se habia destruido ella misma, los rebeldes se despedazaron mútuamente, y la isla respiraba ya libre del dominio y violencia de aquellos desalmados.

Tal era el estado de los negocios, cuando en la mañana del 23 de agosto se divisaron dos carabelas á cosa de una legua de distancia del puerto de Santo Domingo. Estaban virando de bolina, y esperando la brisa de mar que suele levantarse á las diez de la mañana, para entrar en el puerto. Don Diego Colon supuso que eran buques procedentes de España con víveres, y esperaba hallar á bordo á su sobrino Diego, pues el Almirante habia pedido se lo enviasen para ayudarle en el mando. Una canoa salió inmediatamente á tomar informes, y acercándose á las carabelas, preguntó qué nuevas traian, y que si estaba á bordo don Diego, el hijo del Almirante. Bobadilla mismo respondió desde el buque principal, anunciándose como comisionado para juzgar la última rebelion. El patron de la carabela pidió entonces nuevas de la isla, y los de la canoa le contaron las recientes transacciones y sucesos. Siete rebeldes habian sido ahorcados aquella semana, y cinco mas estaban en el fuerte de Santo Domingo, condenados á sufrir la misma pena. Entre estos se contaban Pedro Riquelme y Fernando de Guevara, el caballero cuya pasion por la hija de Anaconea habia sido la causa primordial del motin. Se siguieron otras pláticas que hicieron saber á Bobadilla que el Almirante y el Adelantado estaban ausentes, y don Diego Colon mandando. Cuando volvió la canoa á la ciudad, y se supo que habia llegado un comisionado para entender en las turbaciones últimas, hubo suma agitacion entre los colonos. Se formaron corrillos en todas direcciones: los que habian tenido mal comportamiento se llenaron de consternacion, mientras que los que tenian agravios, reales ó supuestos, de que quejarse, especialmente aquellos que tenian pagas atrasadas, aparecieron con alegres semblantes.

Al entrar en el rio los bajeles, vió Bobadilla á cada lado una horca con los cuerpos de dos españoles suspendidos de ellas, los cuales manifestaban que hacia poco tiempo que habian sufrido la muerte. El comisionado consideró este espectáculo como prueba concluyente de la crueldad de Colon. Muchos botes pasaron á los buques, pues todos querian apresurarse en obsequiar al nuevo censor público. Bobadilla permaneció á bordo todo el dia, enterándose de los rumores locales; y como los que deseaban asegurar su favor eran los que mas tenian que temer las investigaciones, es evidente que la naturaleza de todos aquellos informes era contraria á Colon. En efecto, antes de saltar en tierra y aun quizá antes de haber llegado, estaba la culpabilidad de Colon deci-

dida en la mente de Bobadilla, quien al dia siguiente desembarcó con toda su comitiva, y fue á oir misa á la iglesia, encontrando en ella á don Diego Colon, á Rodrigo Perez, lugar-teniente del Almirante y á otras gentes de suposicion. Acabada la misa, y habiéndose juntado á la puerta de la iglesia aquellas personas, y una multitud de populacho, mandó Bobadilla leer las patentes que le autorizaban para investigar las causas de la rebelion, apoderarse de las personas, secuestrar la propiedad de los delincuentes y proceder contra ellos con todo el rigor de las leyes; y previniendo, en fin, al Almirante y á las otras autoridades, que le ayudasen á llenar sus deberes en cuanto él pidiera. Habiéndose leido la carta, pidió á don Diego y á los alcaldes le entregasen las personas de Fernando Guevara, Pedro Riquelme y los otros presos, con las declaraciones que habia dado; y ordenó ademas que se le presentasen las partes que los acusaban, y las que los habian mandado arrestar.

Don Diego replicó que aquellos procedimientos habian emanado de órdenes del Almirante, cuya autoridad era superior á la que pudiese tener Bobadilla, y sin la cual él no podia hacer cosa alguna. Le pidió al mismo tiempo una copia de la patente que traia, para enviársela á su hermano, á cuyo cargo estaban tales negocios. Bobadilla rehusó darla, observando que si don Diego no podia hacer cosa alguna, era inútil entregarle copias. Añadió que puesto que parecia que el oficio y autoridad que habia proclamado no eran por ellos reconocidos, le era forzoso probar su poder de gobernador; y les haria ver que su mando era no solo superior al suyo sino tambien al del Almirante.

La pequeña ciudad quedó atónica esperando las portentosas maniobras de Bobadilla, quien al dia siguiente fué á misa, resuelto á apoderarse ya del mando, que no debia haber tomado sino despues de una minuciosa investigacion y evidentes pruebas de la mala conducta del Almirante. Despues de la misa delante del pueblo curioso que se habia juntado al rededor de la puerta de la iglesia, Bobadilla en presencia de don Diego y de Rodrigo Perez, mandó que se leyese la otra patente real, nombrándole gobernador de las islas y tierra-firme.

Leido el despacho recibió Bobadilla el juramento acostumbrado, y exigió despues la obediencia á don Diego, Rodrigo Perez y á todos los presentes; y con la autoridad que aquel documento le daba, pidió otra vez los presos de la fortaleza. Don Diego y Rodrigo Perez replicaron, que miraban con la mayor deferencia las cartas de SS. MM.; pero observaron de nuevo que estaban encargados de los prisioneros por mandato del Almirante, á quien habian concedido los soberanos patentes de mas alta naturaleza.

El amor propio de Bobadilla se irritó delante de tamañas dificultades, especialmente al observar el efecto que producian en el pueblo, quien dudaba, al parecer de su autoridad. Entonces manifestó el tercer mandato de la corona, ordenando á Colon y sus hermanos, que entregasen todas las fortalezas, buques y demás de propiedad real. Para poner al público completamente de su parte, leyó tambien el mandato adicional expedido el 30 de mayo del mismo año, acerca del pago de los atrasos de sueldos debidos por el rey, en que se obligaba al Almirante á satisfacer los que él debiese.

Este último documento fue acogido con aplausos por la multitud; pues varios de los que la componian tenian muchos alcances á consecuencia del mal estado del tesoro. Animado con esta popularidad, pidió Bobadilla otra vez los prisioneros, amenazando tomarlos por fuerza si se le negaban. Habiendo obtenido la misma respuesta, partió á la fortaleza á ejecutar sus amenazas. Mandaba este puesto Miguel Diaz el caballero aragonés que se habia refugiado entre los indios de las márgenes del Ozema, merecido el afecto de la cacique Catalina, y dado noticias de las minas de los alrededores, para atraer á sus paisanos á aquellos distritos.

Bobadilla se presentó delante de la fortaleza y halló cerradas las puertas, y al alcaide Miguel Diaz entre las almenas. Mandó que se leyesen en alta voz sus despachos, que se levantasen é hiciesen ver las firmas y sellos, y pidió despues la entrega de los presos. Diaz le suplicó le entregasen copia de los papeles leidos, la cual rehusó Bobadilla diciendo que el tiempo era crítico, pues los presos estaban sentenciados á muerte y esta podia ejecutarse de un momento á otro. Amenazó al mismo tiempo sino se le entregaban con valerse de la fuerza, haciendo á Diaz resposable de cuanto sucediese. El esperimentado alcaide pidió tiempo para contestar, y una copia de las cartas, diciendo que tenia la fortaleza en nombre del rey por órden del Almirante su señor, que habia ganado aquellas islas y territorios, y que cuando este llegase obedeceria sus órdenes.

El furor de Bobadilla llegó á su colmo al oir la negativa del alcaide. Juntando la gente que habia traido de España con los marineros de los buques y la hez del pueblo, los exhortó á ayudarle á apoderarse de los presos, pero sin dañar á nadie, á menos que hubiese resistencia. Era ya Bobadilla el ídolo de la multitud. Al anochecer salió á la cabeza de aquella turba heterogénea para asaltar una fortaleza sin guarnicion, formidable no mas que en apariencia, pues solo estaba construida para resistir los ataques de gentes desnudas y casi sin armas. La descripcion de esta hazaña tiene algo de ridículo. Bobadilla asaltó con heróica impetuosidad la puerta, cuyos débiles cerrojos saltaron al primer empuje, y le dieron libre acceso. Entre tanto, empero, sus celosos mirmidones pusieron escalas á la muralla, y subieron armados por ellas como si esperasen una desesperada resistencia. El alcaide Miguel Diaz y don Diego de Alvarado fueron los únicos que se presentaron á la muralla, y aunque tenian las espadas desnudas, no se defendian. Bobadilla entró triunfante en el fuerte, donde halló á los prisioneros aherrojados en un cuarto. Mandó que los trasladasen al torreon del fuerte, y despues de hacerles algunas preguntas por mera ceremonia, los entregó á un alguacil llamado Juan de Espinosa.

Así empezó Francisco de Bobadilla el ejercicio de su autoridad. Habia invertido el órden de sus instrucciones, apoderándose del gobierno antes de investigar la conducta de Colon. Del mismo modo prosiguió despues, obrando como si aquellas diferencias hubiesen ya sido juzgadas en España, y él enviado únicamente para quitar al Almirante sus empleos y no para averiguar de qué manera los ejercia. Tomó para su residencia la casa de Colon, apoderándose de sus armas, oro, plata, joyas, caballos, libros, cartas y otros escritos públicos y privados, y hasta de sus mas secretos papeles. No dió cuenta alguna de esta propiedad, que sin duda consideraba ya confiscada, si bien pagó de ella los salarios que el Almirante debia. Para aumentar su popularidad, proclamó al segundo dia de su mando una licencia general por el término de veinte años para buscar oro; dando solo la undécima parte al gobierno en vez de la tercera como hasta entonces se habia hecho. Al mismo tiempo habló de Colon del modo mas indecoroso, diciendo que tenia poder para mandarlo cargado de grillos á España, y que ni á él ni á ninguno de su linaje se le permitiria jamás volver á gobernar en la isla.

CAPITULO III.

COLON LLAMADO ANTE BOBADILLA.

(1500).

Cuando Colon tuvo noticia de los procedimientos de Bobadilla, los consideró actos sin autoridad, co-

metidos por algun osado aventurero como Ojeda. Despues de haber el gobierno abierto la puerta á las empresas particulares, debia esperar ver cruzada de continuo su carrera y su jurisdiccion invadida por audaces individuos, fingiéndose autorizados para intervenir en los negocios de la colonia. Despues de la partida de Ojeda otra escuadra habia llegado á la costa y producido pasajera alarma, siendo una expedicion que mandaban los Pinzones con los soberanos para hacer descubrimientos. Tambien se habia hablado, pero sin fundamento, de otra flota que se veia alrededor de la isla.

La conducta de Bobadilla tenia todas las apariencias de una usurpacion. Se habia apoderado á la fuerza del fuerte, y por consecuencia de la ciudad. Habia expedido extravagantes licencias, injuriosas al gobierno, sin mas objeto visible que el de hacerse partidarios en el público; y habia amenazado con poner grillos á Colon. Este hombre no podia, en efecto tener la sancion del gobierno para tan escandalosas providencias. El Almirante, seguro de sus servicios, de las repetidas pruebas de alta consideracion que le habian dado los soberanos, y de las prerogativas que bajo el sello real le estaban concedidas con toda la solemnidad que podia caber en un pacto humano, no podia persuadirse de que las transacciones de Santo Domingo fuesen mas que ultrajes hechos á su autoridad por algun atrevido y mal aconsejado aventurero.

Para acercarse á Santo Domingo y obtener mas exactos informes de lo que allí pasaba, partió á Bonao, que empezaba á tener la apariencia de una colonia, por haber varios españoles labrado allí casas y cultivado los campos adyacentes. Apenas habia llegado, cuando un alcalde se presentó con su baston á proclamar de parte de Bobadilla su gobierno, teniendo al efecto copias de sus patentes. No habia carta especial ni mensaje enviado al Almirante ni se observó para quitarle el mando ninguna de las formas de cortesía ó ceremonia acostumbradas; todos los procedimientos de Bobadilla hácia él fueron insultantes y bruscos.

Colon quedó sumamente perplejo. Era evidente que los soberanos habian conferido á Bobadilla extensos poderes y facultades; pero ¿cómo comprender que hubiesen ejercido contra él tan repentino y no merecido acto de severidad, cual era el despojarle de todos sus honores? Quiso persuadirse á sí mismo de que Bobadilla era alguna persona enviada para ejercer las funciones de primer justicia, segun él la habia pedido á los reyes, y de que le habrian comisionado tambien con poderes provisionales para examinar las disensiones de la isla. Cualquier otra cosa por precision habia de ser abuso de autoridad, como los que cometió Aguado. Se determinó á obrar bajo este supuesto, y á ganar tiempo si le era posible. Si los monarcas habian en efecto tomado contra él violentas medidas, debia ser á consecuencia de falsos informes, y la menor dilacion podia darles tiempo para conocer su error y remediar sus consecuencias.

Escribió, pues, á Bobadilla en términos reservados, felicitándole por su llegada á la isla y aconsejándole que no se entregase á providencias precipitadas, especialmente en lo que atañia á licencias para acopiar oro; diciéndole ademas que tenia determinado partir pronto para España, y que lo dejaria á él en posesion del mando con todas las informaciones que pudieran convenirle. Escribió tambien á algunos frailes que llegaron con Bobadilla, aunque él mismo observa que estas cartas eran solo para ganar tiempo. No recibió respuesta alguna, pero mientras se observaba hácia él un silencio insultante, llenó Bobadilla algunos de los pliegos en blanco, de los cuales tenia muchos firmados por los soberanos, y se los envió á Roldan y á otros enemigos del Amirante, precisamente á los mismos á quienes habia ido á juzgar. Estos despachos iban acompañados de muchas promesas de favor.

Para precaver los males que pudieran originarse de las licencias tan pródigamente concedidas por Bobadilla, publicó Colon de palabra y por escrito, que los poderes de aquel no podrian ser válidos, ni sus licencias legales, teniendo él facultades superiores, concedidas en perpetuidad por la corona; que en aquel caso, como en el de Aguado no podian abrogarse.

Por algun tiempo permaneció Colon inquieto é irresoluto, sin saber qué línea de conducta le convendria adoptar en tan extraña é inesperada coyuntura; pero pronto tuvo que decidirse. Francisco Velazquez diputado tesorero y Juan de Trasierra, fraile francisco, llegaron á Bonao, y le entregaron la credencial real firmada por los soberanos en 26 de mayo de 1489 en que mandaban dar fe y obediencia implícita à Bobadilla; y le entregaron al mismo tiempo una órden de este, para que inmediatamente se le presentase.

Aquella lacónica carta de los soberanos hirió á un mismo tiempo su dignidad y poder. Sin dilacion alguna, cumpliendo con el perentorio mandato de Bobadilla, salió casi solo para Santo Domingo.

CAPITULO IV.

COLON Y SUS HERMANOS ARRESTADOS Y ENVIADOS A ESPAÑA, ENCADENADOS.

(1500.)

La noticia que habia llegado un nuevo gobernador y de que Colon estaba en desgracia, é iba á ser enviado con grillos á España, circuló rápidamente por la Vega, y los colonos se dirigian de todas partes hácia Santo Domingo, para entablar relaciones con Bobadilla. Pronto vieron que el mejor medio para captarse su afecto, consistia en vilipendiar á su predecesor. Bobadilla conoció que habia obrado ligeramente en apoderarse del gobierno, y que su propia seguridad exigia la conviccion del Almirante. Escuchaba, pues, con avidez todas las acusaciones públicas ó particulares, recibia siempre con el mayor agrado al que traia cargos, por extravagantes que fuesen, contra el Almirante y sus hermanos.

Sabiendo que Colon venia á la ciudad, hizo mil ruidosos preparativos, y armó tropas, afectando dar crédito al rumor maliciosamente esparcido de que habia pedido Colon á los caciques de la Vega que le ayudasen con sus súbditos á resistir las órdenes del gobierno. No aparece razon alguna en apoyo de esta absurda opinion, inventada probablemente para dar el color de prudencia á las medidas subsiguientes de violencia é insulto. Don Diego, el hermano del Almirante, fue preso, aherrojado y puesto á bordo de una carabela, sin disculpar siquiera con razon alguna este procedimiento.

Colon entre tanto seguia su viaje hácia Santo Domingo, casi solo, sin guardias ni comitiva. La mayor parte de su gente estaba con el Adelantado, y no permitió que la restante le acompañase. Habia oido hablar de las intenciones hostiles de Bobadilla; y aunque sabia que estaba amenazada su persona, se presentaba de aquel modo, para manifestar sus pacíficos sentimientos, y no dar pábulo á ninguna sospecha.

Apenas supo Bobadilla su llegada, dió órdenes para que le cargasen de cadenas y le encerraran en la fortaleza. Este ultraje, cometido contra persona de tanta dignidad, y mérito tan eminente, escandalizó á sus mismos enemigos. Cuando vinieron los grillos, todos los presentes rehusaron ponérselos, ya por el sentimiento de compasion que inspiraba aquel gran revés de la fortuna, ya por habitual reverencia hácia su persona. Para colmo de ingratitud, uno de sus mismos criados, *un triste y desvergonzado cocinero,*

dice Las-Casas, *le remachó los hierros con tanta prontitud y ahinco, como si le estuviese sirviendo escogidas y sabrosas viandas.—Yo conocia al tal*, añade el venerable historiador, *y creo se llamaba Espinosa.*

Colon se portó con heróica magnanimidad en aquellos momentos. Hay un cierto desprecio noble, que alienta el corazon de los verdaderamente grandes, cuando sufren los insultos de los viles. Colon no podia abatirse hasta el extremo de combatir la arrogancia de un hombre tan débil y violento como Bobadilla. Sus miradas no se fijaban en aquel miserable agente y en su ridícula tiranía, sino en los soberanos que le habian empleado. Solo la ingratitud y la injusticia de estos lastimaba su espíritu; y creia que cuando la verdad se descubriese, se avergozarian de haberle injuriado tanto. Con esta doble confianza devoraba en silencio todos los ultrajes.

Aunque Bobadilla tenia en su poder al Almirante y á don Diego, y tenia en su favor al pueblo, siempre voluble, estaba impaciente y ansioso. El Adelantado, con fuerza armada á sus órdenes, recorria aun, persiguiendo á los rebeldes, la distante provincia de Jaragua. Conociendo su ánimo marcial y determinado, sospechó que pudiese tomar alguna medida violenta al oir el ignominioso trato y prision de sus hermanos, y no sabia si una órden suya acabaria de exasperarle. Mandó, pues, á Colon escribiese á su hermano, pidiéndole que pasase pacíficamente á Santo Domingo, y que no ejecutase los reos de muerte que tuviese en su poder. Colon accedió sin dificultad: exhortó á su hermano á someterse pacíficamente á la voluntad de los soberanos, y á sufrir todas las injurias, con la confianza de que cuando llegasen á Castilla obtendrian plena justicia.

Don Bartolomé obedeció sin demora. Dejando desde luego su mando, se fué á presentar pacíficamente á Santo Domingo, donde tambien fue al llegar cargado de hierros, y se le puso á bordo de una carabela. Estaban separados los hermanos, y no se les permitia comunicar entre sí. No los vió ni los visitó Bobadilla, ni permitió que otros los visitasen; sino que los tuvo suspensos, ignorando la causa de su prision, los crímenes de que se les acusaba, y el proceso que se instruia contra ellos.

Es muy cuestionable si Bobadilla tenia autoridad para prender al Almirante y sus hermanos. Quizá se creyó autorizado para hacerlo, en vista de aquella cláusula de las instrucciones de 21 de marzo de 1499, en que hablando de la rebelion de Roldan, «se le autoriza á apoderarse de las personas y secuestrar los bienes» de los que aparezcan culpables, procediendo despues contra ellos y los ausentes con todo el rigor de las leyes civiles y criminales. Esto se referia evidentemente á las personas de Roldan y sus compañeros, que estaban insurreccionados, y de quienes se habia quejado Colon; pero Bobadilla lo convertió en autoridad para apoderarse de la persona del mismo Almirante. En efecto, en todos sus procedimientos invirtió y confundió sus órdenes é instrucciones. Su primer paso debia haber sido proceder contra los rebeldes; esto lo dejó para lo último. El último deberia haber sido, en caso de tener pruebas completas de los crímenes del Almirante, haberle desposeido de su autoridad; y este fue el que dió primero, y antes de formar la causa. Habiendo determinado de antemano que Colon era culpable; por la misma regla presumia que todos sus enemigos eran inocentes y tenian razon. Era indispensable ya para su propia justificacion inculpar al Almirante y á sus hermanos; y los rebeldes que habia él venido á juzgar á la isla se volvieron por aquella singular perversion de la regla, necesarios y apreciados testigos para acriminar á aquellos contra quienes se habian rebelado.

Pero no deben vindicarse las intenciones de la corona á costa de su miserable agente. Si los derechos y dignidades de Colon se hubiesen respetado, Bobadilla no habria jamás recibido poderes tan extensos, indefinidos y discrecionales, ni menos hubiera osado pasar tan adelante, á no haber sabido que de este modo se cautivaba la voluntad de Fernando.

Las antiguas escenas del tiempo de Aguado se renovaron con multiplicada virulencia, y los antiguos cargos revivieron con otros aun mas extravagantes. Desde el primitivo é inolvidable ultraje hecho al orgullo castellano, forzado á los hidalgos en tiempos difíciles á trabajar en la construccion de obras necesarias para la seguridad pública, hasta el reciente cargo de hacer guerra al gobierno, no habia habido un padecimiento, abuso ó sedicion en la isla, que no se imputase á las iniquidades de Colon y de sus hermanos. A mas de las acusaciones comunes de imponer trabajos degradantes, inútiles faenas, penosas restricciones, cortos víveres y crueles castigos á los españoles, y de hacer guerra injusta á los indios, se les acusaba de impedir la conversion de estos, para poderlos mandar como esclavos á España y aprovecharse de los productos de su venta. Este último cargo, tan contrario á los piadosos sentimientos del Almirante, se fundaba en haberse opuesto al bautismo de ciertos indios ancianos, hasta que se hubiesen instruido en las doctrinas de cristiandad, pues consideraba justamente que era un abuso de aquel sacramento administrarlo sin la debida preparacion.

Tambien se acusaba á Colon de haberse apropiado perlas y otros artículos preciosos acopiados en su viaje de la costa de Pária, y de ocultar á sus soberanos la naturaleza de aquellos descubrimientos, para exigirles nuevos privilegios. Pero era notorio, sin embargo, que envió á España muestras de las perlas, y los diarios y cartas del viaje, por las cuales otros pudieron seguir sus huellas.

Desde que se admitió á los rebeldes por testigos, hasta las mismas rebeliones se volvieron materias de acusacion, presentándolas como leales y animosas resistencias hechas á la tiranía por los colonos y los naturales. Los bien merecidos castigos impuestos á algunos de los cabecillas se citaban como pruebas de un instinto cruel y vengativo, y de un odio mal reprimido á los españoles. Bobadilla creia ó afectaba creer todos estos cargos. Habia hasta cierto punto hecho á los rebeldes sus agentes para derribar á Colon, y formado causa comun con ellos. Ya no podia, por lo tanto, conducirse como juez. Guevara, Riquelme y los otros convictos se pusieron en libertad, casi sin formas jurídicas, y aun se dice que se les admitió al favor y proteccion del nuevo gefe. Roldan desde un principio habia sido tratado con confianza por Bobadilla, y honrado con su correspondencia. Los otros, cuya conducta los habia sujetado á las investigaciones de la justicia, recibieron su perdon. A cualquiera le bastaba haberse opuesto á Colon de cualquier modo para quedar justificado á los ojos de Bobadilla.

Ya habia este juntado, segun pensaba, suficiente número de testigos y declaraciones para consumar la ruina de los tres presos y asegurarse en el mando. Determinó enviar á España encadenados al Almirante y sus hermanos en los buques que estaban prontos para darse á la vela, acompañando al mismo tiempo el próceso que les habia formado, y por medio de cartas particulares exagerando los cargos que de él resultaban, y aconsejando que por ningun título se devolviese á Colon un mando de que tan vergonzosamente habia abusado.

Vagaba por Santo Domingo, gracias á estas medidas, un enjambre de delincuentes acabados de librar de la cárcel y del patíbulo. Insultaban con su triunfante júbilo á la honradez, la villanía y la malicia. Todos los espíritus bajos que se habia arrastrado á los piés de Colon y sus hermanos, mientras gozaban de autoridad, se levantaron contra ellos cuando los vie-

ron encadenados. Las calumnias mas injuriosas se proclamaban altamente por las calles; pasquines insultantes é infamatorios libelos se leian en todas las esquinas; y tocaban cuernos y otros instrumentos cerca de la cárcel para ofender á los presos con la alegria de la plebe. Al llegar el ruidoso regocijo de sus adversarios hasta el calabozo en que yacia, y al reflexionar Colon sobre las violencias de Bobadilla, ignoraba hasta dónde podrian cegarlo su precipitacion y confianza, y empezó á temer por su vida. Cuando estuvieron prontos los bajeles, se nombró á Alonso de Villejo para que se hiciese cargo de los presos y los llevase á España. Se habia educado este oficial con un tio de Fonseca; estaba al servicio del obispo, y vino á Española, con Bobadilla. Le mandó este que al llegar á Cádiz, entregase los presos á Fonseca ó á su tio, pensando asi dar al maligno prelado un agradable triunfo. Esta circunstancia hizo creer á algunos la asercion de que Bobadilla recibió instigaciones secretas de Fonseca, que le animaba en sus violencias, prometiéndole su proteccion é influjo en la córte en caso de que viniesen quejas contra su conducta.

Villejo aceptó el penoso cargo que se le señalaba, pero lo desempeñó mas generosamente de lo que



Colon es transportado á España con grillos y esposas.

sus superiores querian. «Este Alonso Villejo, dice el digno Las-Casas, era hidalgo de honrado carácter y amigo especial mio.» Se manifestó en verdad muy superior á la baja malignidad de sus patrones. Cuando llegó con la guardia para conducir al Almirante de la cárcel al buque, le halló silencioso y desanimado. Le trataban con tanta violencia, y tan salvajes eran las pasiones desenfrenadas contra él, que temia le sacrificasen sin haberle oido, y que bajase su nombre con deshonor y mancilla á la posteridad. Cuando vió entrar al oficial con la guardia, creyó que era para conducirlo al patíbulo. «Villejo, le dijo tristemente ¿adónde me llevais?—Al buque, Sr. Excelentisimo, á embarcarse.—¡A embarcarse! repitió el Almirante con vehemencia: Villejo ¿me decis la verdad?—Por la vida de vuecencia, replicó el oficial, que es cierto.» Estas palabras alentaron al Almirante, que creyó volver de la muerte á la vida. Nada puede haber mas patético y expresivo que este pequeño coloquio; recordado por el venerable Las-Casas, que sin duda se lo oyó referir á su amigo Villejo.

Las carabelas salieron á principio de octubre, lle-

vando á Colon con grillos y esposas, como el mas vil de los criminales, entre la mofa y gritería de una odiosa plebe, que se gozaba en insultar sus canas venerables y en maldecirle desde las playas de la misma isla que tan recientemente habia añadido al mundo civilizado. Por fortuna fue favorable el viaje, y de corta duracion, haciéndosele menos desagradable la conducta de los que lo custodiaban. El digno Villejo, aunque al servicio de Fonseca, se compadeció profundamente al ver como trataban á Colon. El dueño de la carabela, Andrés Martin, iba tambien lleno de pesar: ambos trataron al Almirante con profundo respeto y atencion asidua. Quisieron quitarle los hierros, pero él no lo consintió. «¡No! dijo con noble orgullo, SS. MM. me mandaron por escrito que me sometiese á lo que Bobadilla ordenase en su nombre; por su autoridad me ha puesto estas cadenas: yo las llevaré hasta que ellos me las manden quitar, y las conservaré despues como reliquias y memoria del premio de mis servicios.»

«Así lo hizo, añade su hijo Fernando: yo las vi siempre colgadas en su gabinete, y pidió que cuando muriera las enterrasen con él.»

LIBRO XIV.

CAPITULO PRIMERO.

SENSACION EN ESPAÑA AL LLEGAR COLON ENCADENADO. SU PRESENTACION EN LA CÓRTE.

(1500.)

La llegada de Colon á Cádiz, preso y encadenado, produjo casi una sensacion tan viva como su vuelta triunfante del primer viaje. Fue uno de aquellos hechos notables y sencillos, que hablan á los sentimientos de la multitud, y excluyen la necesidad de reflexionar. Nadie se detuvo á investigar la causa, pues á todos les bastaba saber que habia venido aherrojado Colon del mismo mundo que acababa de descubrir. Un sentimiento general de indignacion se notó en Cádiz y en Sevilla, que se propagó por toda la península. Si sus enemigos se habian propuesto degradarle á los ojos del mundo, frustraron con la violencia su propio objeto. Se manifestó desde luego una de aquellas reacciones tan frecuentes en el espíritu público cuando se lleva la persecucion al exceso. Aquel pueblo, que recientemente habia clamado tanto contra Colon, clamaba aun mas entonces contra los que le ultrajaban expresando á favor de aquel una profunda simpatía, contra la cual no podia declararse el gobierno sin hacerse odioso.

Las nuevas de su llegada y de su ignominioso estado, llegaron á la córte de Granada, y llenaron los estrados de la Alhambra de murmuraciones y sorpresa. Colon, resentido é ignorando hasta qué punto habian sido sus injurias autorizadas por los soberanos, se abstuvo de escribirles. Pero durante el viaje habia redactado una larga carta para Doña Juana de la Torre, dama de córte, muy favorecida de la reina y nodriza que habia sido del príncipe D. Juan. A su arribo á Cádiz le permitió Andrés Martin, el capitan de la carabela, que enviase esta carta reservadamente y por expreso. Llegó, por tanto, antes que el protocolo de los procedimientos formados por Bobadilla. Este documento dió á los soberanos la primera noticia del trato que habia recibido. Contenia una descripcion de los últimos acontecimientos de la isla y de las injurias de que fue víctima, escrita con su acostumbrada sencillez y enerjía. Especificar su contenido seria repetir sucesos ya referidos. Algunas expresiones, empero, hijas del calor de sus sentimientos, son dignas de trascribirse. «Las calumnias de hombres indignos, dice, me han hecho mas daño que me han aprovechado todos mis servicios.» Hablando de las falsías de que era objeto, añade: «tal es el mal nombre que he adquirido, que si fuera á edificar hospitales é iglesias, les llamarian cavernas de ladrones.» Despues de referir con indignacion la conducta de Bobadilla, en pedir testimonios respectivos á su administracion á los mismos hombres que se habian rebelado contra él, y de cargarlos á él y á sus hermanos de cadenas sin hacerles saber los delitos de que estaban acusados, «mucho he sentido, dice, que se enviase á investigar mi conducta una persona que sabia, que si le era posible enviar á España cargos que pareciesen serios, me sucederia en el mando.» Se queja de que al formar opinion sobre su gobierno, no se tomen en consideracion las extraordinarias dificultades que tenia que vencer, y el mal estado del país que habia de gobernar. «Se me juzgó, dice, como á un gobernador que ha sido enviado á hacerse cargo de una ciudad bien regulada, bajo el gobierno de bien establecidas leyes, donde no habia peligro de que todo se desordenase y arruinase; pero se me debia juzgar como á un capitan, enviado á someter gentes numerosas y hostiles, de costumbres y religion diferentes de las nuestras, y que no vivian en ciudades sino en bosques y montañas. Se debia haber considerado, que yo traje todas estas á la sujecion de SS. MM., dándoles dominio sobre otro mundo, por lo cual España hasta ahora pobre, se ha enriquecido súbitamente. Cualesquiera errores en que yo pueda haber caido, no fueron por cierto de mala intencion; y creo que darán crédito SS. MM. á lo que digo. Yo los he visto misericordiosos con los que los han deservido de intento: así estoy penetrado de que tendrán aun mas indulgencia para conmigo, que he errado inocentemente, ó por compulsion, como sabrán mejor en adelante; y espero que considerarán mis grandes servicios, cuyas ventajas se hacen cada dia mas visibles.»



Vasco de Gama.

Cuando se leyó esta carta á Isabel, y vió cuán cruelmente se habia injuriado á Colon, abusando hasta tal punto de la autoridad real, su corazon se llenó de amargura. Lo confirmaron todo una carta del alcalde ó corregidor de Cádiz, en cuyas manos se pusieron

n y sus hermanos hasta recibir órdenes de SS. MM. a de Alonso de Villejo, concebida en términos les con su conducta humana y honrosa hácia su ilustre prisionero.

Por mas que Fernando estuviese predispuesto secretamente contra Colon, no pudo contrarestar el torrente del espíritu público. Reprobó como la reina las injurias sufridas por el Almirante, y ambos soberanos se apresuraron en probar que se habia ejecutado aquella prision sin su autoridad, y contra sus deseos. Antes de recibir los documentos enviados por Bobadilla, mandaron órdenes á Cádiz para poner al instante en libertad á los presos y tratarlos con toda distincion. Escribieron al Almirante en términos de gratitud y afecto, expresando su sentimiento por cuanto habia padecido, y convidándole á presentarse en la córte. Al mismo tiempo mandaron que se le adelantasen dos mil ducados (8538 pesos fuertes del dia) para resarcirse de sus gastos.

El corazon leal de Colon se reanimó con esta declaracion de sus soberanos. Conocia su propia integridad, y esta conviccion le hacia anticipar la restitucion de todos sus derechos y dignidades. Se presentó en la córte de Granada, el 17 de diciembre, no como un hombre arruinado y en desgracia sino ricamente vestido, y acompañado de una honorífica comitiva. Le recibieron SS. MM. con ilimitado favor y distincion. Cuando vió la reina acercarse aquel hombre venerable, y midió la extencion de sus merecimientos y de sus pesares, se le llenaron los ojos de lágrimas. Colon estaba acostumbrado á resistir con firmeza los ásperos conflictos del mundo, habia recibido con desprecio las injurias é insultos de hombres innobles; pero estaba dotado de una sensibilidad exquisita. Al ver que tan bondadosamente le recibian sus soberanos, y que los ojos benignos de Isabel estaban inundados de lágrimas, no pudo resistir mas: se postró en tierra, y dando libre curso á sus reprimidos sentimientos, quedó por mucho tiempo imposibilitado de pronunciar una palabra por la violencia de sus lágrimas y sollozos.

Fernando é Isabel le levantaron y quisieron animarlo con las mas afectuosas expresiones. Así que pudo recobrar su imperio sobre sí mismo, entró en una elocuente y noble vindicacion de su lealtad y del celo que le habia siempre animado por la gloria y grandeza de la corona española. Si alguna vez cometió errores, era por inexperiencia en el gobierno, y por las extraordinarias dificultades que le habian rodeado.

Pero no necesitaba vindicacion alguna. La falta de moderacion de sus enemigos era su mejor abogado. Se presentó á los reyes como un hombre profundamente agraviado; y á ellos era á quienes tocaba disculparse ante el mundo del cargo de ingratitud para con su mas digno súbdito. Se manifestaron irritados contra los procedimientos de Bobadilla, desaprobándolos como contrarios á sus instrucciones, y prometieron quitarle inmediatamente el mando.

En efecto, no se dió valor alguno á las acusaciones de Bobadilla, ni fe á las cartas que en su defensa habia escrito. Los soberanos aprovecharon todas las ocasiones de tratar á Colon con favor y distincion, asegurándole que se le devolverian sus bienes y se le restableceria en el goce de todos sus privilegios y dignidades.

El cumplimiento de esta última promesa era el que mas deseaba Colon. Las consideraciones mercenarias no pesaron jamás en su ánimo. La gloria habia sido el grande objeto de su ambicion: y sentia que mientras permaneciese suspendido de su empleo, una sombra de censura envolvia su nombre. Esperaba, pues, que en cuanto quedasen los soberanos convencidos de la rectitud de su conducta, le darian las debidas satisfacciones, restituyéndole su vircinato sin demora, de modo que pudiese volver en triunfo á Santo Domingo. Pero estaba destinado á recibir desengaños que llenaron de tinieblas el resto de sus dias. Para explicar tan palpable injusticia é ingratitud de la corona, es conveniente hacer reseña de una variedad de sucesos que habian afectado materialmente los intereses de Colon ante el político Fernando, seco siempre de corazon.

CAPITULO II.

VIAJES CONTEMPORANEOS DE DESCUBRIMIENTOS.

La licencia general concedida por los soberanos en 1495, para emprender viajes de descubrimientos, habia originado varias expediciones de individuos particulares, entresacados en su mayor parte de los que navegaron con Colon en sus primeros viajes. El gobierno imposibilitado de armar por su propia cuenta muchas escuadras, se complacia en ver extender de balde sus territorios, y llenarse sus tesoros con los derechos que aquellos viajeros satisfacian á la corona. Estas expediciones se hicieron principalmente mientras estaba Colon en desgracia con los soberanos. Sus propias cartas y diarios sirvieron de guia á los aventureros, y la magnificencia de sus pinturas de Pária y de las costas adyacentes habian excitado mucho su codicia.

A mas de la ya nombrada expedicion de Ojeda, cuando tocó á Jaragua, emprendió al mismo tiempo otra Pedro Alonso Niño, natural de Moguer, hábil piloto, que habia estado con Colon en los viajes de Cuba y Pária. Habiendo obtenido licencia para ello interesó en la empresa á un comerciante rico de Sevilla, que le armó una carabela de cincuenta toneladas, con la condicion de que su hermano Cristóbal la mandase. Salieron de la barra de Saltes, pocos dias despues que Ojeda de Cádiz en la primavera de 1499, y llegando á la tierra-firme por el Sur de Pária, la costearon á alguna distancia, atravesaron el golfo, y navegaron de allí ciento treinta leguas paralelamente á las costas de la actual república de Colombia, visitando la que se llamó despues costa de las Perlas. Desembarcaron en varios puntos, vendieron sus bagatelas europeas á inmenso precio, y volvieron con una abundante cantidad de oro y perlas, habiendo acabado en su pequeño viaje uno de los mas extensos y lucrativos viajes hechos hasta entonces.

Al mismo tiempo los Pinzones pertenecientes á aquella familia de osados y opulentos navegantes, armaron una flotilla de cuatro carabelas en Palos, tripulada casi toda por sus propios parientes y amigos: se embarcaron en ella muchos experimentados pilotos que habian ido á Pária en el viaje del Almirante; y la mandaba Vicente Yañez Pinzon; capitan de una de las carabelas que hicieron el primer viaje de descubrimientos.

Pinzon era experimentado navegante, y no siguió como los otros las mismas huellas de Colon. Dándose á la vela en diciembre de 1499, pasó las islas Canarias y el cabo de las islas Verdes, y tomó el Sud-oeste hasta perder de vista la estrella polar. Sufrió despues una terrible borrasca, y le puso muy perplejo el nuevo aspecto de los cielos. Aun no se conocia el hemisferio del Sur, ni la bella constelacion de la cruz, que en aquellas regiones suple para los marineros el lugar de la estrella del Norte. Los viajeros habian esperado hallar sobre el polo antártico una estrella correspondiente á la del ártico. Se desanimaron al verse sin guia en el cielo, y creyeron que alguna prominencia de la tierra les ocultaria el polo que buscaban.

Pinzon, empero, continuó con la mayor intrepidez. El 26 de enero de 1500 vió desde lejos un gran promontorio, á que puso cabo de Santa Maria de la Consolacion, despues llamado de San Agustin. Desembarcó y tomó posesion de aquel país en nombre de sus

magestades católicas, siendo parte del territorio nombrado hoy dia el Brasil. Tomando de allí al Occidente, descubrió el Marañon, hoy rio de las Amazonas, atravesó el golfo de Pária; y continuó por el mar Caribe y golfo mejicano, hasta hallarse en las Bahamas, donde perdió dos de sus bajeles en las rocas cercanas á la isla de Jumeto. Volvió á Palos en setiembre, habiendo añadido á su antigua gloria la de ser el primer europeo que pasó la línea equinoccial en el océano del Occidente, y la de haber descubierto el famoso reino del Brasil, desde su principio en el Marañon, hasta sus linderos mas orientales. Por premio de estas proezas se le concedió autoridad para colonizar y gobernar las tierras que habia descubierto, y que se extendian al Sur casi desde el rio Marañon hasta el cabo de San Agustin.

El pequeño puerto de Palos, que tanto le costó armar la primer escuadra para Colon, se hallaba continuamente agitado por la pasion de los descubrimientos. Poco despues de la expedicion de los Pinzones, organizó otra Diego Lepe, natural tambien de Palos, tripulándola con sus parientes y compatriotas. Se dió á la vela tomando el mismo rumbo que Pinzon, pero descubrió mas del continente del Sur que ningun otro viajero en sus dias, ó hasta doce años despues. Dobló el cabo de San Agustin, se cercioró de que la costa ulterior corria hácia el Sud-oeste, desembarcó tomando posesion con las ceremonias acostumbradas en nombre de los soberanos españoles; y grabaron los marineros los suyos en un árbol de tal magnificencia y tan enorme magnitud, que diez y siete hombres en rueda no podian abrazar el tronco. Aumentaba el mérito de sus descubrimientos, que nunca habia navegado con Colon. Pero llevaba consigo varios hábiles pilotos que acompañaron al Almirante en sus primeros viajes.

Otra expedicion de dos bajeles salió de Cádiz en octubre de 1450, mandada por Rodrigo Bastidas de Sevilla. Esploró la costa de Tierra-firme, pasando el cabo de la Vela, límite occidental de los descubrimientos en el continente, y siguió hasta un puerto llamado despues el Retiro, donde se fundó posteriormente el del Nombre de Dios. Habiéndose casi destruido sus bajeles en aquellas mares, tuvo que vencer grandes obstáculos para llegar á Jaragua en Española, donde perdió dos carabelas, y procedió con la tripulacion por tierra á Santo Domingo. Allí le aprisionó Bobadilla, bajo pretesto de que habia comerciado en oro con los naturales de Jaragua.

Si muchas fueron las expediciones que las empresas de Colon produjeron en España, no fueron menos las que salieron de las naciones extranjeras. En el año de 1497, Sebastian Cabot, hijo de un comerciante veneciano, pero residente en Bristol, navegando al servicio de Enrique VII de Inglaterra, llegó al mar del Norte del Nuevo-Mundo. Siguiendo la idea de Colon, fue en busca de las costas de Cathay, y esperaba hallar un pasaje para la India al Nor-oeste. En su viaje descubrió á Newfoundlat, costeó el Labrador hasta el quincuagésimo sexto grado de latitud Norte, siguió al Sud-oeste hasta las Floridas, y cuando empezaron á escasearle las provisiones, volvió á Inglaterra. Solo quedan vagas y escasas relaciones de este viaje, importante por incluir los primeros descubrimientos del continente Norte del Nuevo-Mundo.

Pero los de las naciones rivales que mas excitaron la atencion y zelos de la corona española, fueron los de los portugueses. Vasco de Gama, caballero de consumados talentos y mucha intrepidez habia al fin llevado á cabo el gran designio del príncipe Enrique de Portugal, y doblando el cabo de Buena-Esperanza, en 1497, abierto el por tanto tiempo buscado sendero de la India.

Inmediatamente despues de la vuelta de Gama, salió una flota de diez y seis buques á visitar los magníficos paises de que habia traido noticias. Esta expedicion se dió á la vela en 9 de marzo de 1500 para Calcuta, bajo el mando de Pedro Alvarez de Cabral. Habiendo pasado el cabo de las islas Verdes, para evitar las calmas que reinan en la costa de Guinea, se dirigió bastante al Occidente. El 25 de abril descubrió á deshora una tierra, desconocida de todos los de la flota, que aun no habian oido hablar de los descubrimientos de Pinzon y de Lepe. Al principio creyó fuese una grande isla: despues de costearla por algun tiempo, se persuadió de que debia de ser parte de un continente. Habiéndola recorrido hasta pasar el décimo quinto grado de latitud Sur, desembarcó en un puerto á que llamó puerto Seguro, y tomando posesion de aquel pais por la corona de Portugal, envió un buque á Lisboa con tan faustas nuevas. Así llegó á ser el Brasil posesion de los portugueses, estando al Oriente de la línea convencional que limitaba los respectivos territorios. El doctor Robertson, al recordar este viaje de Cabral, concluye con una de sus justas y elegantes observaciones.

Fue el descubrimiento de Colon del Nuevo-Mundo, dice, el esfuerzo de un ingenio activo, guiado por la experiencia, y procediendo bajo un plan regular, ejecutado con no menos valor que perseverancia. Pero de esta aventura de los portugueses se infiere, que la casualidad hubiera podido dar cima á aquel grande designio, cuya formacion y perfeccion son hoy el orgullo de la razon humana. Si la sagacidad de Colon no hubiera conducido al género humano á las Américas, Cabral, por un afortunado acaso, hubiera podido llevarlos algunos años despues al conocimiento de aquel extenso continente.»

CAPITULO III.

NICOLÁS DE OVANDO, NOMBRADO SUCESOR DE BOBADILLA.

(1501.)

Los numerosos descubrimientos que rápidamente hemos enumerado en el capítulo anterior, produjeron una gran revolucion en el ánimo de Fernando. Su ambicion, su avaricia y sus zelos se inflamaron simultáneamente. Vió regiones sin fin henchidas de riquezas, presentar sus tesoros como premio de las atrevidas empresas de sus emprendedores súbditos; pero vió al mismo tiempo que otras naciones, deseosas de repartirse con él el mundo dorado que queria monopolizar, lanzaban al mar sus hombres y sus naves. Las expediciones de Inglaterra, y el descubrimiento accidental del Brasil por los portugueses, le causaron suma inquietud. Para asegurar la posesion del continente, determinó establecer gefaturas locales en los puntos mas importantes, y sujetarlas todas á un gobierno central residente en Santo Domingo como metrópoli.

Con tales tendencias el mando provisionalmente concedido á Colon se elevó á muy alta importancia; y mientras su goce era mas preciosa á los ojos del Almirante, se aumentaba la repugnancia que tenia el egoista y suspicaz monarca á aumentar su poder y autoridad. Hacia tiempo que estaba arrepentido de haber dado la investidura de tan vastos poderes á un súbdito, que no estaba ligado á él, ni por el amor á su persona, ni por el orgullo nacional, puesto que su cuna no se habia mecido en el suelo español. Al tiempo de concederlos no previó cuán dilatados eran los paises que iba á someter á su autoridad. Quizá se creia engañado por Colon en el pacto que habia hecho; y los descubrimientos sucesivos en vez de aumentar su gratitud hácia el genio que tantos dominios sometia á sus piés, le hacian arrepentirse mas y mas de la magnitud del premio. Al fin, la comision de Bobadilla aunque temporalmente, habia en algun tanto coartado las altas funciones del

mirante, y el astuto monarca resolvió secretamente cerrarle el camino de sus primitivas distinciones.

Quizá Fernando dudaba en efecto de la inocencia de Colon, delante de las varias acusaciones que contra él existian. Tal vez sospechaba que no fuese su lealtad sincera, y temia consolidar á un extranjero en el mando tan lejos de la metrópoli, y con tan inmensas y opulentas regiones á sus órdenes. Colon mismo en sus cartas hace alusion á los rumores esparcidos por sus enemigos, de que pensaba, ó bien levantarse con independiente soberanía, ó bien poner sus descubrimientos en manos de otros monarcas; y aun parece, temer que aquellas calumnias hayan hecho impresion en el ánimo de Fernando. Pero otra consideracion habia de no menor influencia para el monarca, al retardar aquel grande acto de justicia. Colon no le era ya indispensable. Habia ya hecho su sublime descubrimiento, habia ya abierto el camino del Nuevo-Mundo, y á todos les era dado seguirlo. Muchos hábiles navegantes se crearon bajo sus auspicios, y adquirieron experiencia en sus viajes. Diariamente rodeaban el trono con ofrecimientos de armar expediciones á su propia costa, y dar parte del producto á la corona. ¿Por qué le habia el soberano de conferir á él dignidades y prerogativas régias por lo que á cada paso le ofrecian otros hacer de balde?

Tal parece, segun su conducta posterior, haber sido la política de Fernando, al abstenerse de devolver á Colon las dignidades y privilegios que tan solemnemente le habia concedido por un tratado, y que no habia perdido por su mala conducta.

Esta privacion, empero, se declaraba interina, dando plausibles razones para dilatarla. Se decia que los elementos de aquellas violentas facciones, que recientemente tomaron las armas contra él, existian todavía en la isla; su inmediata vuelta podia producir nuevas exasperaciones; peligrarian acaso su seguridad personal y la paz de la colonia. Así, aun cuando se debia despojar á Bobadilla inmediatamente del mando, aconsejaba la prudencia enviar para sucederle algun oficial de talento y discrecion con cargo de investigar imparcialmente los últimos desórdenes, remediar los abusos que habian estos producido, y expulsar de la isla toda la gente disoluta y facciosa. Este comisionado debia ejercer el gobierno por dos años, en cuyo tiempo se mitigarian las pasiones, quedando refrenados ó fuera de la isla los turbulentos: Colon volveria entonces, sin riesgo propio y ventaja para la corona. Con estas razones y la promesa que las acompañaba, tuvo Colon que contentarse. No cabe duda de que eran sinceras de parte de Isabel, cuya intencion era reinstalarlo en el goce pleno de sus derechos y dignidades, despues de aquella, al parecer, necesaria suspension. Fernando, empero, por su conducta ulterior perdió todo derecho á reclamar juicios que le fuesen favorables.

La persona nombrada para suceder á Bobadilla, fue don Nicolás de Ovando, comendador de Lares en el órden de Alcántara: se dice que era de mediana talla, de color blanco, con barba roja, y un mirar modesto, pero imponente, de mucha verbosidad y agradables y corteses modales; hombre de grande prudencia, dice Las-Casas, y capaz de gobernar mucha gente, pero no de gobernar á los indios á quienes hizo incalculables injurias. Tenia grande veneracion á la justicia: enemigo de los avaros, sóbrio en la vida doméstica, y tan humilde, que cuando llegó á ser maestre del órden de Alcántara, no permitia jamás que le diesen el título de su empleo. Tal es la pintura que de él han hecho los historiadores; con lo cual su conducta no deja de estar algunas veces en contradiccion. Parece haber sido capcioso y sutil, tanto como almibarado y cortés; bajo la capa de su humildad ocultaba mucha ambicion de mando; y en sus transacciones con el Almirante fue á la vez poco generoso y muy injusto.

Los varios arreglos que debian hacerse segun el nuevo plan de gobierno colonial, dilataron por algun tiempo la partida de Ovando. Entretanto todos los buques traian nuevas cada vez peores del infeliz estado de las islas bajo la mala administracion de Bobadilla. Empezó este su carrera con política opuesta á la de Colon. Creyendo que la severidad habia sido la causa de que fracasase su predecesor, usó una política conciliadora; y como desde el principio relajó, para popularizarse, las riendas de la moralidad y la justicia, desapareció toda subordinacion, siguiéndose de esto tal desórden y licencia, que muchos de los adversarios del mismo Colon, echaban de menos su rígido gobierno ó el del Adelantado.

Bobadilla no era tan malo como imprudente y débil. No habia previsto los peligrosos excesos á que su sistema le llevaba. Precipitado y ansioso de apoderarse del poder, era débil y contemporizador al ejercer, y no sabia jamás mirar mas allá de lo presente. Una concesion peligrosa hecha á los colonos demandaba irremisiblemente otra, y así marchó de error en error mostrando prácticamente que el gobierno tanto debe temerse ejercido por un hombre débil como por uno malo.

Habia vendido á precios bajos las granjas y heredades de la corona, diciendo que no deseaban los monarcas enriquecerse, sino que todo redundase en beneficio de sus súbditos. Concedió un permiso general para trabajar en las minas, contribuyendo al gobierno con solo la undécima parte de los productos. Para impedir la disminucion de las rentas, fue necesario aumentar los acopios del oro. Obligó para esto á los caciques á suministrar indios para que ayudasen á los españoles á labrar los campos y á explotar las minas. Llevó esta medida á efecto numerando los indios, reduciéndolos á clases y distribuyéndolos entre los colonos segun su consideracion ó capricho. Estos, por sugestion suya, se asociaron en compañías de á dos individuos, que se ayudaban mútuamente con sus respectivos capitales é indios, dirigiendo un compañero los trabajos agrarios y el otro los minerales. El solo encargo de Bobadilla consistia en que produjesen grandes cantidades de oro. Tenia una expresion continuamente en los labios que manifiesta el pernicioso principio que lo guiaba. *Aprovechad cuanto podais este tiempo*, decia, *porque nadie sabe lo que durará*, aludiendo á la posibilidad de perder pronto su mando. Los colonos siguieron su consejo; y tanto vejaron á los pobres indios, que el undécimo daba mas rentas á la corona que jamás habia recibido del tercio bajo la administracion de Colon. Entretanto sufrian los infelices indígenas toda especie de crueldades de sus inhumanos dueños. Poco habituados al trabajo, débiles de constitucion y acostumbrados en su hermosa y rica isla á una vida libre y descuidada, estaban agoviados por las faenas y la severidad con que á ellas se les obligaba. Las-Casas pinta indignado la tiranía caprichosa que usaban con los indios algunos malvados españoles, entre los cuales habia muchos que habian venido convictos de los calabozos de Castilla. Estos miserables que eran en su país los mas viles, tomaron el tono de principales caballeros. Decian que necesitaban los sirviesen y acompañasen grandes comitivas de criados. Se apoderaban de las hijas y parientas de los caciques haciéndolas sus criadas, ó mas bien sus concubinas, sin limitar el número de estas. Cuando viajaban, en vez de usar de sus caballos y mulas, hacian que los naturales los trasportasen en hombros en literas ó hamacas, y que fuesen otros con parasoles de palma quitándoles el sol, y otros abanicándolos con plumas; y Las-Casas añade que vió las espaldas y hombros de los desventurados indios chorreando sangre despues de aquel vil é im-

probo trabajo. Cuando estos arrogantes señores de dos en dos llegaban á un lugar indio, consumian las provisiones de los habitantes, tomando cuanto agradaba á su capricho, y obligando á los caciques y á sus súbditos á bailar delante de ellos para divertirlos. Hasta sus placeres eran crueles. Hablaban á los indios en los términos mas degradantes; y á la menor ofensa, á la menor falta de humildad que mostrasen, les daban golpes, azotes y hasta la muerte.

Este es un pálido bosquejo de los males que resultaron del débil gobierno de Bobadilla, y que Las-Casas describe lastimosamente, por observacion material, habiendo visitado la isla al fin de su administracion. Bobadilla confiaba en que una inmensa cantidad de oro, arrancada de las miserias de los naturales, compensaria todos los errores, y le aseguraria el favor de los soberanos; pero estaba equivocado. Los abusos de su gobierno llegaron al trono, y las penalidades de los naturales destrozaron el corazon benévolo de Isabel. Nada podia causarle mayor indignacion, y por lo mismo hizo todo lo posible para apresurar la salida de Ovando y poner fin á aquellas enormidades.

En conformidad con plan antes indicado, el gobierno de Ovando se estendia á las islas y Tierra firme, de que Española debió ser metrópoli. Debia entrar como procurador en el ejercicio de sus poderes desde el momento en que llegase, mandando á Bobadilla á España al regresar la flota. Se le mandó que investigase diligentemente los últimos abusos, castigando á los delincuentes sin favor ni parcialidad, y espulsando de la isla toda persona turbulenta. Debia revocar inmediatamente la licencia dada por Bobadilla para acopiar oro, pues no tenia la sancion real. Exigiendo la tercera parte de todo el que encontrase junto, y la mitad del que se recogiese en lo sucesivo. Llevaba poder para fundar ciudades, concediendo á estas los privilegios que gozan las corporaciones municipales de España; y obligando á los españoles, y en particular á los soldados, á residir en ellas, en vez de vagar dispersos por la isla. Entre muchas provisiones sabias habia algunas antiliberales, características de una época en que los principios de comercio estaban aun mal entendidos, pero que continuaron en España mucho tiempo despues que las demás naciones del mundo las hubieron abolido como errores de una edad de ignorancia y tinieblas. La corona monopolizaba el comercio de las colonias. Nadie podia llevar mercancías por su propia cuenta. Habia nombrado un factor real, único comerciante de quien se podian obtener artículos europeos. La corona no solo se reservaba propiedad esclusiva en las minas, sino en las piedras preciosas, demás objetos de gran valor y palo de campeche. A ningun extranjero, y sobre todo á ningun moro ni judio, se le permitia establecer en la isla ni hacer viajes de descubrimientos. Estas son algunas de las restricciones comerciales que España impuso á sus colonias, y que fueron seguidas de otras tan impolíticas como estas. Su política mercantil ha sido la mofa de los tiempos modernos; así como las presentes restricciones impuestas al comercio por algunas naciones civilizadas ¿serán tarde ó temprano la admiracion y escarnio de las edades futuras?

Isabel tuvo especial esmero en que se diese buen tratamiento á los indios. Ovando llevaba órden de juntar á los caciques y declararles que los soberanos los recibian á ellos y á sus gentes bajo una proteccion especial. Solo pagarian tributo como los otros súbditos de la corona; y este se exigiria con suavidad y blandura. Debia cuidarse mucho de su instruccion religiosa, para cuyo propósito iban doce franciscanos, con un prelado llamado Antonio de Espinal, hombre venerable y piadoso. Esta fue la primera introduccion formal del órden de San Francisco en el Nuevo Mundo. Todas las anteriores medidas en favor de los naturales quedaron paralizadas por una indiscreta clausula. Se permitia obligar á los indios á trabajar en las minas, y en otras ocupaciones; pero solo para el servicio real. Debian emplearse como los demás jornaleros pagándoles puntualmente.

Pero mientras los soberanos hacian reglamentos para el alivio de los indios, con aquella inconsecuencia frecuente en los juicios humanos, favorecian una cruel infraccion de los derechos y felicidad de otra raza de hombres. Entre los varios decretos de aquel tiempo, se encuentran las primeras trazas de la esclavitud de los negros en el Nuevo Mundo. Se permitia llevar á la colonia esclavos negros nacidos entre cristianos: esto es, esclavos nacidos en Sevilla y otras partes de España, hijos y descendientes de los naturales de la costa atlántica africana, donde los españoles y portugueses habian sostenido por algun tiempo aquel tráfico. Estos acaecimientos en el curso de la historia, tienen á veces la apariencia de juicios temporales del cielo. Es de observar, que Española el primer lugar del Nuevo Mundo en que se cometió este pecado contra la humanidad y la naturaleza, ha sido tambien el primero en reaccionarse de una manera espantosa. Es una expiacion lógica.

Entre los varios asuntos que reclamaban la atencion de los soberanos, no quedaron olvidados los intereses de Colon. Se mandó á Ovando que examinase todas sus cuentas, sin pagarlas por él mismo. Debia averiguar las pérdidas que habia sufrido por su prision, confiscacion de bienes é interrupcion de funciones. Toda la propiedad confiscada por Bobadilla debia devolvérsele; y si estaba vendida, recompensársela. Si se habia empleado en el servicio real, debia quedar Colon indemnizado por el tesoro; si Bobadilla se la habia apropiado, debia responder de ella con sus bienes particulares. Las mismas providencias se tomaron para indemnizar á los hermanos del Almirante de las pérdidas que injustamente habian sufrido por su prision.

Colon debia tambien recibir los atrasos de sus sueldos y ser en lo sucesivo pagado puntualmente. Se le permitió tener un factor en la isla, que presenciase la fundicion y sello del oro, recogiese su parte y atendiese á todos sus negocios. Para este empleo señaló á Alonso Sanchez de Carvajal; y los soberanos mandaron que fuese tratado aquel agente con el mayor respeto.

La escuadra que debia conducir á Ovando á su gobierno, era la mayor que hasta entonces habia salido para el Nuevo Mundo. Se componia de treinta bajeles, cinco de noventa á ciento cincuenta toneladas, veinte y cuatro carabelas de treinta á noventa, y una barca de veinte y cinco. Iban en la flota mas de dos mil y quinientas personas; entre ellas muchas principales que llevaban sus familias.

Para que Ovando pudiese presentarse con la dignidad que requeria su nuevo empleo, se le permitió el uso de sedas, brocados, piedras preciosas y otros adornos suntuosos, prohibidos entonces en España, á consecuencia de la ostentacion escesiva de la nobleza. Se le autorizó ademas para llevar una guardia particular de veinte escuderos, entre ellos diez de á caballo. Salió con la expedicion don Alonso Maldonado, como alguacil mayor, para reemplazar á Roldan que debia ser enviado á España Iban tambien artistas de todas clases; un médico, un boticario, un cirujano, y veinte y tres hombres casados con sus familias, todos de respetable carácter, que habian de distribuirse en cuatro ciudades, y gozar varios privilegios, para formar la base de una poblacion sana y útil. Debian espelerse de la isla otros tantos individuos disolutos y ociosos: esta escelente medida fue sugestion especial de Colon. Tambien iban ganados y aves, artilleria, armas y municiones de todas clases,

todo, en fin, cuanto se requeria para el servicio de la isla.

Tal fue el modo con que Ovando, favorito del rey, y súbdito natural suyo de distinguida categoría, tomó el gobierno que se arrebataba á Colon. La flota salió el 13 de febrero de 1502. Al principiar el viaje sufrió una terrible tormenta, en que se sumergió un bajel con ciento veinte pasajeros; los otros se vieron obligados á arrojar al mar cuanto llevaban sobre cubierta, y se separaron unos de otros. Se vieron por las costas españolas esparcidos los efectos de la escuadra, y se estendió el rumor de que todos los buques se habian perdido. Cuando llegaron las nuevas á los soberanos, se apesadumbraron tanto, que pasaron ocho dias sin recibir á nadie. El rumor fue infundado; solo se habia perdido un buque. Los otros se juntaron en la isla de la Gomera, y siguiendo su viaje, llegaron el 15 de abril á Santo Domingo.

CAPITULO IV.

PROPOSICION DE COLON RELATIVA AL RESCATE DEL SANTO SEPULCRO.

(1500—1501.)

Colon permaneció en la ciudad de Granada mas de nueve meses, esforzándose en sacar sus negocios de la confusion en que los habia puesto la conducta de Bobadilla, y solicitando la restitucion de sus oficios y dignidades. Todo este tiempo gozó el favor y atencion de los soberanos, y recibió promesas repetidas de que al fin se le cumpliria el deseo. Pero hacia ya mucho tiempo que habia medido la grande distancia que media en una córte entre la promesa y su cumplimiento. Si hubiera sido de carácter naturalmente triste, motivos tenia para volverse misántropo. Vió la senda de gloria que él habia abierto, pisada solo por favoritos y aventureros; vió los preparativos y armamento de una escuadra, destinada á conducir con desusada pompa al sucesor de aquel gobierno que tan injusta y rudamente le habian arrancado; mientras él tenia interrumpida su carrera; y si los empleos públicos son prueba del favor real, se hallaba en visible desgracia.

El temperamento sanguíneo de Colon no le permitia estar mucho tiempo inactivo; si en una direccion se le encadenaba, volaba en otra. Su imaginacion visionaria era como una luz interior, que en los momentos de mayor oscuridad disipaba las tinieblas exteriores, y llenaba su ánimo de espléndidas imágenes y gloriosas especulaciones. En aquellos tiempos desventurados asaltaba sin cesar su memoria el voto de levantar dentro de siete años desde el dia de su descubrimiento cincuenta mil soldados de á pié y cinco mil caballos, para el rescate del Santo Sepulcro. El tiempo habia pasado, sin serle posible cumplir el voto. El Nuevo Mundo, con todos sus tesoros, habia acarreado hasta entonces mas gastos que ganancia; y lejos de estar en el caso de poder levantar ejércitos con sus propios fondos, se encontraba Colon sin propiedad, sin influencia y sin empleo.

Destituido de medios para cumplir sus piadosas intenciones, se creyó obligado á incitar á sus soberanos á la empresa, y le animaba para hacerlo el haber primitivamente hablado de aquel proyecto como del mayor designio á que debian dedicarse las ganancias de sus descubrimientos: se entregó, pues, con su acostumbrado celo á preparar argumentos para ello. En los intérvalos sus ocupaciones buscaba en las profecías de la Santas Escrituras, en los escritos de los Santos Padres, y en otros libros sagrados y especulativos, portentos y revelaciones místicas, que pudiesen construirse como anuncios del descubrimiento del Nuevo Mundo, de la conversion de los gentiles, y del rescate del Santo Sepulcro: tres grandes sucesos que él suponia estar predestinados á sucederse rápidamente. Estos pasajes los arregló y ordenó con la ayuda de un fraile cartujo; los enriqueció con poesías y formó con ellos un tomo manuscrito que se lo entregó á los soberanos. Preparó al mismo tiempo una larga carta, escrita con su acostumbrado fervor de espíritu y sencillez de corazon. Es una de aquellas composiciones singulares que manifiestan la parte visionaria de su carácter, y la mística lectura con que acostumbraba nutrir su imaginacion.

En esta carta pedia á sus magestades permiso para formar una cruzada, que librase á Jerusalém del poder de los falsos creyentes. Les suplicaba no desechasen su consejo como estravagante é impracticable, ni escuchasen el descrédito con que otros podrian tratarlo, recordándoles que su gran plan de descubrimientos habia primitivamente recibido un desprecio universal. Confesaba estar persuadido de que desde la infancia le habia escogido el cielo para aquellos dos grandes designios; el descubrimiento del Nuevo-Mundo y el rescate del Santo Sepulcro. Para esto, en sus tiernos años le habia guiado un impulso divino á abrazar la profesion marítima; modo de vida, dice, que inclina al hombre á investigar los misterios de la naturaleza; y Dios le habia dotado de un ánimo curioso para leer toda especie de crónicas y obras de filosofía. Al meditar en ellas, el Todopoderoso habia abierto su razon *con palpable mano* para descubrir la navegacion de las Indias, y le habia infundido ardor bastante para entrar en tan grande empresa. «Animado por este celo, añade, vine á vuestras magestades: todos los que oyeron mi proyecto se mofaron de él; todas las ciencias que sabia no me aprovecharon de nada; siete años pasé en vuestra córte real disputando el caso con personas de mucha autoridad y doctas en las artes, y al fin decidieron que todo era vano. Solo en vuestras magestades hubo fe y constancia. ¿Quién dudará que vino aquella luz de las Santas Escrituras, iluminando á vuestras magestades y á mí con rayos de maravilloso lustre?»

Estas ideas, tan repetida, solemne y sencillamente espresadas por un hombre de la piedad fervorosa de Colon, manifiestan cuán íntimamente se desarrolló el proyecto de descubrimientos en su propio ánimo, y no nació de informes suministrados por otros. Lo consideraba inspiracion divina, y cumplimiento de lo que se habia predicho por nuestro Salvador y por los profetas, mirándolo, sin embargo, no como un fin, sino como un medio, como un suceso preparatorio para la grande empresa de la conquista del Santo Sepulcro. Creia milagro del cielo haberle animado á él y á otros, para aquella santa empresa; y aseguró á sus magestades, que si tenian fe en su última proposicion como la habian tenido en la primera, serian premiados de seguro con glorioso y triunfante éxito. Les pidió no hiciesen caso de los sarcasmos de los que le llamaran lego, marinero, ignorante, y hombre mundano; recordándoles que la Santa Escritura obra, no solo en los doctos sino tambien en los ignorantes; y que revela lo futuro, no solo por medio de entes racionales, sino con prodigios ejecutados en las alimañas, y por signos en el aire y en los cielos.

La empresa sugerida por Colon, aunque pueda en el dia aparecer extravagante y ociosa, estaba de acuerdo con la disposicion de aquellos tiempos, y la córte á que se propuso. La vena de erudicion mística que le fecundaba, era tambien propia de una edad en que las visiones de los cláustros influian aun en los ejércitos y en los gabinetes. Aun no se habia desvanecido el espíritu de las cruzadas. En la causa de la Iglesia y á instigacion de sus dignatarios, estaba pronto todo caballero á desnudar la espada; y la religion mezclaba un brillante y devoto entusiasmo con el estímulo general de la guerra. Fernando era un mogigato religioso, y la devocion de Isabel estaba tan cerca de la supersticion como podia permitirlo su es-

píritu liberal y magnánimo. Ambos soberanos estaban bajo la influencia de políticos eclesiásticos, que dirigian sus empresas de tal modo, que redundasen en beneficio del poder temporal y gloria de la Iglesia. La reciente conquista de Granada se habia considerado como una cruzada europea, y valió por lo mismo á los soberanos el epíteto de católicos. Era natural que pensasen en extender aun mas lejos sus victorias sagradas, y en hacer sufrir á los infieles por sus duraderas conquistas en España, y por los triunfos de la cruz que habian logrado. En efecto, el duque de Medina-Sidonia acababa de entrar en Berbería, y de tomar á Melilla. Esta expedicion se tuvo por el primer eslabon de una larga cadena de guerras nuevas contra los infieles de Africa.

Nada pues ridículo se podia hallar en la proposicion de Colon, considerando el período y circunstancias en que se hizo, tan bien avenidas con su carácter entusiasta y visionario. Es preciso no olvidarse de que se meditó en la córte de la Alhambra, entre las espléndidas reliquias de la grandeza mora, donde pocos años antes habia visto el estandarte de la fe elevarse en triunfo sobre los símbolos de la infidelidad. Parece haber sido producida en uno de aquellos momentos de alta excitacion, en que, como se ha dicho, se elevaba su alma contemplando la grandeza y gloria de la mision que tenia; en uno de aquellos momentos en que se consideraba bajo la inspiracion divina, comunicando con el cielo, y llenando el santo y sublime objeto á que estaba predestinado.

CAPITULO V.

PREPARATIVOS DE COLON PARA EL CUARTO VIAJE DE DESCUBRIMIENTOS.

(1501—1502.)

La idea de rescatar el Santo Sepulcro, tuvo solo pasajero dominio en el ánimo de Colon. Sus pensamientos se volvieron con doble ardor al canal acostumbrado. Le impacientaba la inaccion, y no tardó en concebir un objeto principal para otra empresa de descubrimientos. La hazaña de Vasco de Gama, que acababa de llevar á cabo la tantas veces intentada navegacion de la India, doblando el cabo de buena Esperanza, era uno de los mas señalados acontecimientos del dia. Pedro Alvarez Cabral, siguiendo sus huellas, habia hecho un felicísimo viaje, y vuelto con sus bajeles cargados de las preciosas mercancias del Oriente. Las riquezas de Calcuta eran el tópico de todas las lenguas: en todas partes se hablaba del comercio de diamantes y piedras preciosas de las minas del Indostan; del de perlas, oro, plata, ámbar, marfil y porcelana, del de telas de seda, ricas maderas, gomas, aromas y especias de todas clases. Los descubrimientos de las regiones salvajes del Nuevo Mundo producian aun cortas rentas á la España, pero aquel sendero, repentinamente abierto á los opulentos paises del Oriente, empezó á verter inmediatos y abundantes beneficios en Portugal.

La emulacion de Colon se escitó con estas pinturas; y concibió la idea de hacer un viaje, en que con su habitual entusiasmo creyó no solo sobrepujar los descubrimientos de Vasco de Gama, sino los suyos propios. Segun sus observaciones en el viaje de Pária, y los informes de otros navegantes, particularmente de Rodrigo Bastidas, que habia seguido mas lejos el mismo rumbo, parecia que la costa de Tierra-firme se dilataba hácia el Occidente. La del Sur de Cuba, que él consideraba parte del continente asiático, se extendia tambien hácia el mismo punto. Las corrientes del mar Caribe podian pasar por entre aquellas tierras. Estaba por lo tanto persuadido de que debia existir un estrecho en las inmediaciones, que saliese al mar Indio. Su imaginado estrecho debia hallarse en las inmediaciones del que se llama hoy istmo de Darien. Descubriendo tal pasaje, y encadenando de este modo el Nuevo Mundo que habia descubierto con las opulentas regiones orientales del antiguo, pensaba que daria espléndido fin y cima á sus trabajos, y consumaria el grande objeto de su existencia.

Cuando manifestó Colon su plan á los soberanos, le escucharon con la mayor atencion. Ciertos individuos del consejo real, se dice que quisieron poner dificultades, recordaron las necesidades del Estado, y la escasez del tesoro real, que hacian muy impolítica cualquiera nueva empresa. Tambien dijeron que no debia ser Colon empleado hasta que su buena conducta en Española quedara plenamente probada por cartas de Ovando. Estas mezquinas sugestiones fueron estériles, pues Isabel tenia confianza y fe en la integridad de Colon. En cuanto á los gastos pensaba que despues de dar tan poderosa escuadra y suntuosa comitiva á Ovando para tomar posesion de su gobierno, seria ingratitud y miseria rehusar algunos buques al descubridor del Nuevo Mundo para proseguir sus grandes empresas. La codicia de Fernando se inflamó con la idea de entrar pronto en posesion de una via mas directa y segura á los paises en que estaba abriendo la corona de Portugal tan lucrativo comercio. Tambien aquella empresa ocuparia considerable tiempo al Almirante, y distrayéndole de pretensiones molestas le haria emplear sus talentos del modo mas útil para la corona. Por mucho que dudase el rey de sus talentos legislativos, tenia la mas alta opinion de su habilidad náutica. Si un estrecho como el supuesto por Colon existia verdaderamente, él era hombre mas capaz de descubrirlo de cuantos vivian entonces. A su proposicion, pues, se accedió prontamente, autorizándole para armar desde luego una escuadra con este objeto: llegó á Sevilla en el otoño de 1501.

Aunque esta empresa distrajo su atencion del romántico intento de rescatar el Santo Sepulcro, no habia á un proscrito completamente este pensamiento. Dejó su coleccion manuscrita de profecías en poder de un devoto fraile llamado Gaspar Gorricio, que le ayudó á completarla. Al año siguiente se la presentó Colon á los reyes, acompañada de la carta de que hemos hecho mencion. En el próximo febrero tambien le escribió al papa Alejandro VII, escusándose por no haberle permitido sus ocupaciones indispensables pasar á Roma, segun tenia determinado, á dar cuenta de sus grandes descubrimientos. Despues de describirlos brevemente, añade que ha acometido aquellas empresas con intencion de dedicar la ganancia al rescate del Santo Sepulcro. Habla del voto que en una carta habia manifestado á los soberanos españoles, de poner en pié de guerra dentro de siete años, cincuenta mil infantes y cinco mil caballos con aquel objeto, y otra fuerza igual en los cinco años siguientes. Se lamenta de que esta piadosa intencion haya sido impedida por la astucia del demonio; y teme, que sin la ayuda divina se frustrará del todo, pues se hallaba despojado del gobierno que en perpetuidad se le habia concedido. Informa al Santo Padre de sus preparativos para hacer otro viaje, y le promete ir á Roma á su vuelta, y referirle de palabra los pormenores de sus expediciones, poniendo á los piés de su santidad una relacion que de ellos tenia escrita, siguiendo el estilo de los comentarios de César.

Tambien fue por este tiempo cuando envió á los soberanos su carta relativa al Santo Sepulcro, con la coleccion de las profecías. No se sabe de qué modo se recibió aquella proposicion. Fernando, á pesar de toda su afectacion religiosa, era un príncipe astuto y mundano. En vez de una cruzada caballerosa y bizarra contra Jerusalém, preferia entrar en pacíficos tratos con el gran Soldan de Egipto, que amenazaba destruir el edificio sagrado. Envió al docto Pedro Mártir, tan distinguido por sus escritos históricos,

de embajador al Soldan; se terminaron satisfactoriamente las disensiones entre ambos poderes, y se concluyó un tratado para la conservacion del Santo Sepulcro, y la proteccion de los peregrinos cristianos que á él fuesen.

Entre tanto seguia Colon los preparativos para su viaje, aunque muy lentamente, á causa, segun Charlevoix indica, de los artificios y dilaciones de Fonseca y sus agentes. Pidió permiso para tocar á Española en su viaje de ida con el objeto de tomar provisiones; pero los soberanos le prohibieron hacerlo. Sabian que tenia muchos enemigos en la isla, y que estaria aun todo muy agitado por la llegada de Ovando y la separacion de Bobadilla. Le consintieron, empero, que tocase á Española por corto tiempo á la vuelta; pues esperaban que para entonces ya estuviese restablecida la tranquilidad en la isla. Tambien se le permitió que llevase consigo á su hermano el Adelantado, y á su hijo Fernando, entonces de catorce años; é igualmente dos ó tres personas instruidas en la lengua árabe, que sirviesen de intérpretes en caso de llegar á los dominios del gran Khan, ó de algun príncipe oriental donde aquella lengua pudiese ser la general, ó parcialmente conocida. En contestacion á las cartas relativas á la recuperacion de sus derechos, y asuntos de su familia, le escribieron los soberanos en 14 de marzo de 1502, desde Valencia de la Torre, asegurándole solemnemente que sus capitulaciones se cumplirian á la letra, y que gozaria las dignidades que por ellas se le concedian, y sus hijos despues de él; y si fuese necesario confirmarlas de nuevo, lo harian, asegurándoselas á estos. Ademas espresaban su intencion de conceder mas honores y premios á él, á sus hermanos y á sus hijos. Y le pedian por último, que fuese en paz y confianza, y que dejase sus negocios de España bajo el cargo de su primogénito don Diego.

Esta fue la última carta que recibió Colon de los soberanos, y las seguridades que le daban eran tan ámplias y tan absolutas como él podia desear. Pero algunas circunstancias recientes le habian hecho dudar de lo futuro. El tiempo que pasó en Sevilla, antes de su partida, lo empleó en parte en tomar precauciones para asegurar su fama, y conservar los derechos de su familia, poniéndolos bajo su proteccion de su país natal. Sacó dobles copias de todas las cartas, concesiones y privilegios de los soberanos, nombrándole Almirante, virey y gobernador de las Indias, las cuales se autorizaron en debida forma; así como copia de la carta dirigida á la nodriza del príncipe don Juan, con una vindicacion circunstanciada y elocuente de sus derechos; y de otras dos cartas, dirigidas al banco de San Jorge en Génova, designándole la décima parte de sus rentas para que se emplease en disminuir los derechos del trigo y otras provisiones: patriótica y benévola donacion en favor de los indigentes en su ciudad nativa. Las copias de estos diversos documentos las envió por medio de diferentes individuos á su amigo el doctor Nicolás Oderigo, ex-embajador genoves en la córte de España, pidiéndole las conservase en seguro depósito, y se lo noticiase así á su hijo Diego. Mal contento quizá con la córte española, tomó aquella medida, para que sus descendientes pudiesen apelar ante el mundo ó la posteridad si él perecia en aquel viaje (1).

(1) Estos documentos se conservaban desconocidos en la familia de Oderigo, hasta el año de 1670, que Lorenzo Oderigo se los presentó al gobierno de Génova, y se depositaron en los archivos. En los tumultos y revoluciones posteriores desapareció una de las colecciones de copias, y se llevó á París la otra. En 1816 se descubrió esta en la biblioteca del difunto conde Michel Angelo Cambiaso, senador de Génova. La procuró el rey de Cerdeña, soberano de Génova entonces, y se la regaló á la ciudad en 1821. Esta erigió para su conservacion una custodia ó monumento, compuesto de una urna, que descansa en una columna de mármol, y sostiene el busto de Colon. Los documentos están depositados dentro de la urna. Estos papeles se publicaron unidos á una memoria histórica de Colon, por el doctor Gio. Battista Spotorno, profesor de elocuencia, etc., de la universidad de Génova.

LIBRO XV.

CAPITULO PRIMERO.

SALIDA DE COLON EN SU CUARTO VIAJE. — SE LE NIEGA LA ADMISION EN EL PUERTO DE SANTO DOMINGO. — QUEDA EXPUESTO Á UNA VIOLENTA TEMPESTAD.

(1502.)

El 9 de mayo de 1502 salió Colon de Cádiz, en su cuarto y último viaje de descubrimientos. Se componia su escuadra de cuatro carabelas, la mayor solo de setenta toneladas, y de cincuenta la mas pequeña: las tripulaciones ascendian á ciento cincuenta hombres. Con esta flota y frágiles barcas emprendió la busca de un estrecho, que, si le hallaba, debia conducirlo á las mas remotas mares, y á una completa circunnavegacion del globo. La edad iba debilitando rápidamente su constitucion cuando emprendió tan extenso y peligroso viaje. Tenia ya sesenta y seis años. Aquel temperamento en estremo robusto y vigoroso, habia al fin sucumbido á las inclemencias de tantos climas y á tantos padecimientos físicos y morales. Su cuerpo antes tan fuerte y esbelto, estaba quebrantado ya por las enfermedades, si bien se conservaba aun interesante en su misma decadencia. Solo sus potencias intelectuales gozaban de la energía primitiva, incitándolo, en un período de la vida en que los mas de los hombres buscan el reposo, á entregarse con juvenil ardor á la mas trabajosa y aventurada de las empresas.

Pero en este árduo viaje tenia un fiel consejero y un coadjutor intrépido y vigoroso en su hermano don Bartolomé, mientras su hijo menor Fernando le infundia aliento con su afectuosa simpatía. Apreciaba tanto mas aquella especie de consuelo doméstico por cuanto habia vivido con demasiada frecuencia lejos de todas las simpatías de familia, rodeado de falsos amigos y de pérfidos adversarios.

De Cádiz pasó la escuadra á Ercilla, en las costas de Marruecos, donde ancló el 13. Sabiendo que la guarnicion portuguesa se hallaba estrechamente sitiada en el fuerte por los moros, y expuesta aun inminente peligro, le mandaron los soberanos que tocase en aquel punto, y les prestase toda la ayuda posible. A su arribo ya se habia levantado el sitio; pero el gobernador estaba en cama por haber sido herido en un asalto. Colon envió á tierra á su hermano el Adelantado, á su hijo Fernando y á los capitanes de las carabelas para visitar al gobernador, y ofrecerle los servicios de su escuadra con espresiones de amistad y cortesía. Causaron mucha satisfaccion esta visita y mensaje; y varios caballeros pasaron á bordo á dar gracias al Almirante, entre ellos algunos parientes de su difunta mujer doña Felipa Muñoz. El Almirante se hizo á la vela el mismo dia, y continuó su viaje. El 20 de mayo llegó á la Gran Canaria y se detuvo en las islas adyacentes algunos dias, haciendo provision de leña y agua. En la tarde del 25 salió para el Nuevo Mundo. Los vientos constantes fueron tan favorables, que continuó la pequeña escuadra su viaje sin tener que tocar una vela hasta el 15 de junio en que llegó á una de las islas Caribes, llamada Mantinino por los naturales. Despues de detenerse en ella tres dias, hecho provision de leña y agua, y dado tiempo á los marineros para lavar sus ropas, pasó la escuadra al Occidente de la isla, y de allí á la Dominica, distante unas diez leguas. Luego continuó por el Oriente de las Antillas hasta Santa Cruz, y pasando por el Sur

de Puerto-Rico, tomó el rumbo de Santo Domingo. Era esto contrario al plan primitivo del Almirante, que habia pensado ir á Jamáica, y de allí al continente, á explorar sus costas y buscar el supuesto estrecho. Tambien era contrario á las órdenes de los soberanos, que le habian prohibido tocar á Española en su viaje de ida. Escusóse con que el principal de sus bajeles navegaba malísimamente, pues apenas tomaba viento y servia de rémora al resto de la escuadra. Deseaba por lo tanto trocarlo con una de la flota que acababa de traer á Ovando á su gobierno, ó comprar otro buque en Santo Domingo, y estaba persuadido de que no se llevaria á mal que se hubiese separado de sus órdenes en un caso de tanta importancia para la seguridad y buen éxito de la expedicion.

Es necesario bosquejar la situacion de la isla en aquel momento. Ovando habia llegado á Santo Domingo el dia 15 de abril. Se le habia recibido en la costa con las acostumbradas ceremonias por Bobadilla, acompañado de los principales habitantes de la ciudad. Se le escoltó hasta la fortaleza, donde su comision se leyó en forma, y en presencia de todas las autoridades. Se recibieron los juramentos, y se observó el ceremonial de costumbre; y el nuevo gobernador fue aclamado con grandes demostraciones de obediencia y satisfaccion. Empezó Ovando los deberes de su empleo con acierto y prudencia, tratando á Bobadilla con cortesía que contrastaba con la rudeza con que él habia tratado á Colon. La vanidad de un mero empleo, cuando no se debe al mérito, se mostró en el caso de Bobadilla. Desde luego que cesó su autoridad, se desvaneció toda su importancia. Se encontró repentinamente aislado, abandonado por los mismos á quienes mas habia favorecido; y vió el poco valor de la popularidad obtenida como él la obtuvo. Aun pudo servirle de consuelo que no se le formase proceso; pero Las-Casas, que se hallaba allí en aquella época, dice que no oyó hablar muy mal de él á ninguno de los colonos.

La conducta de Roldan y de sus cómplices sufrió una investigacion estricta, y muchos fueron presos para enviarlos á España. Mas no por esto perdieron su ánimo; pues confiaban tal vez algunos en la influencia de sus amigos en España, y otros en la bien conocida disposicion del obispo Fonseca, para favorecer á cuantos habian dañado á Colon.

La flota que trajo á Ovando, estaba pronta para zarpar, y debia conducir á España muchos de los principales delincuentes y de los ociosos y libertinos de la isla. Habia de embarcarse Bobadilla en el buque principal. A bordo de este buque se puso una inmensa cantidad de oro, adquirida á la la corona durante su gobierno, y que él confiaba suficiente para atenuar todas sus faltas. Habia una masa sólida de oro virgen, famosa en las crónicas antiguas-españolas. Era hallazgo que hizo una india en un arroyo, en los estados de Francisco de Garay y Miguel Diaz, y la habia tomado Bobadilla para dársela al rey, recompensando como era de justicia á sus propietarios. Se dice que pesaba tres mil y seiscientos castellanos.

Tambien se embarcaron grandes cantidades de oro por los amigos de Roldan y otros aventureros, riqueza hija de los sufrimientos de los indios. Entre las personas que debian ir en el principal buque, se contaba el desgraciado Guarionex, antes poderoso cacique de la Vega. Habia estado preso en el fuerte de la Concepcion, desde su captura despues de la insurreccion de Higney, y se le envió cautivo y encadenado á España. En uno de los buques habia puesto Alonso Sanchez de Carvajal, agente de Colon, cuatro mil piezas de oro para remitírselas á la península; siendo parte de la propiedad recientemente adquirida por Bobadilla y rescatada de las manos de este. Hechos los preparativos para la salida de la escuadra, y estando pronta para darse á la vela, llegaron los buques de Colon al puerto el 29 de junio. Inmediatamente mandó á tierra á Pedro de Terreros capitan de una de las carabelas, para que visitase á Ovando, y le explicase que el motivo de su venida era solo procurarse un bajel, trocándolo con otro que tenia sumamente defectuoso. Le pedia permiso tambien para recoger su escuadra en el puerto, temiendo la proximidad de una tormenta. Ovando no accedió á esta peticion. Las-Casas considera probable que tuviese instrucciones de sus soberanos para no admitir á Colon, y cree ademas que le guiaban prudentes consideraciones. Santo Domingo era aun residencia de los mas enconados enemigos del Almirante, exasperados muchos de ellos por los procedimientos criminales de que acababan de ser objeto.

Cuando recibió Colon la poco lisonjera respuesta de Ovando, y vió que se lo negaba todo, trató ya nada mas que de evitar el peligro de la flota que estaba para hacerse á la vela. Hizo, pues, volver á Terreros, para suplicar al gobernador que no permitiese salir los buques en muchos dias, asegurándole que habia señales indudables de una terrible tempestad. El segundo mensaje tuvo la misma acogida que el primero. El tiempo parecia sereno y tranquilo á ojos menos esperimentados que los de Colon; los pilotos y marineros deseaban partir. Se burlaron de las predicciones del Almirante, ridiculizándole como falso profeta, y persuadieron á Ovando de que no detuviese la escuadra por tan insustancial pretesto.

Amargo debió ser para Colon verse privado del auxilio que el estado de sus buques requeria, y excluido en aquellos momentos peligrosos del mismo puerto que él habia descubierto. Parece que estuvo su vida destinada á servir de ejemplo de la ingratitud de los hombres. Se retiró del rio lleno de dolor y de indignacion. Las tripulaciones censuraban, murmuraban abiertamente que se les cerrase un puerto de su misma nacion, cuando hasta á los extranjeros se abriria en análogas circunstancias. Les desazonaba haberse embarcado con un gefe sujeto á recibir tales desaires; y solo anticipaban desgracias de un viaje, en que se veian expuestos á los peligros del mar, y se les negaba la proteccion de la tierra.

Seguro, por sus observaciones de los fenómenos naturales, en que era habilísimo, de que no podia tardar mucho en sobrevenir la tormenta, y creyendo que viniese del lado de tierra, mantuvo Colon su débil escuadra cerca de la costa, y buscó anclaje en una bahía ó rio de la isla.

Entretanto salió la flota de Bobadilla de Santo Domingo, y se hizo á la vela confiadamente. A los dos dias se verificó la prediccion de Colon. Se habia formado gradualmente uno de los tremendos huracanes que á veces devastan aquellas latitudes. La ominosa apariencia de los cielos, las procelosas ondas del Océano, el rugido de los vientos, todo anunciaba su aproximacion. La flota habia llegado apenas al extremo oriental de Española, cuando la tempestad rodó en torno suyo con espantosa furia, y la convirtió súbitamente en ruinas. El bajel en que iban Babadilla, Roldan y muchos de los mas enconados adversarios de Colon, pereció con toda su gente, sumergiéndose la célebre masa de oro, y la mayor parte del mal acumulado tesoro que produjeron las miserias de los indios. Tambien se perdieron otros muchos buques, y volvieron algunos muy averiados á Santo Domingo, de suerte que uno solo pudo continuar su viaje á España. Este era, segun Fernando Colon, el mas frágil de todos y el que llevaba á bordo las cuatro mil piezas de oro de propiedad del Almirante.

Al principio de la tormenta permaneció la pequeña escuadra del Almirante medianamente guarecida por la tierra. Al segundo dia creció la violencia de la tempestad, y sobreviniendo la noche, mas que de

ordinario tenebrosa, se perdieron los buques de vista y se dispersaron. El del Almirante se mantuvo junto á la orilla y no padeció nada. Los otros, temiendo la tierra en tan oscura y tumultuosa noche salieron al mar, y se entregaron á todos los embates de los elementos. Muchos dias estuvieron errantes á merced de los vientos y de las olas, temiendo naufragar de un instante á otro y creyéndose mútuamente perdidos. El Adelantado que mandaba un buque que, como ya se ha dicho, podia apenas navegar, estuvo en inminente peligro; y á no ser náutico consumado, no hubiera podido evitar el naufragio. Al fin, despues de varias vicisitudes, llegaron todos salvos á Puerto-Hermoso, Occidente de Santo Domingo. El Adelantado perdió su bote, y todos los buques, menos el del Almirante, sufrieron alguna avería. Cuando supo Colon la catástrofe de sus enemigos, casi delante de su misma vista, se llenó de reverente temor, y tuvo su conservacion por poco menos que milagrosa. Su hijo Fernando, y el venerable historiador Las-Casas, consideraron tambien aquel suceso como uno de los terribles juicios, que parece lanzar á veces desde los cielos la providencia divina. Observaron ambos la circunstancia de que al paso que devoraron los mares á los enemigos de Colon, el solo buque de la escuadra que pudo seguir su viaje, y llegar al destinado puerto, fue la frágil barca en que iba la propiedad del Almirante. El mal, empero en esta, como en las mas de las circunstancias, hirió á la vez al inocente y al culpable. En el mismo buque de Bobadilla y Roldan, pereció el cautivo Guarionex, el desventurado cacique de la Vega.

CAPITULO II.

VIAJE POR LA COSTA DE HONDURAS.

(1502.)

Muchos dias permaneció Colon en Puerto-Hermoso, reparando sus buques y dando á sus tripulaciones el descanso necesario despues de la tormenta. Apenas dejó el puerto, tuvo que refugiarse á causa de otro temporal en Jaquemel, ó como le llamaban los españoles en Puerto Brasil. De allí salió el 14 de julio, tomando el rumbo de tierra-firme. Por estar el tiempo en completa calma, fue llevado por las corrientes hasta las cercanías de algunas isletas de Jamáica (se supone que fuesen los Cayos de Morant), destituidas de manantiales, de suerte que los mareantes, para obtener agua, abrieron pozos en la arena.

Las calmas seguian y las corrientes le llevaron á otro grupo de isletas hácia el Sur de Cuba, las mismas á que en 1494 dió el nombre de los Jardines. Apenas tocó á ellas, cuando se levantó un viento favorable, que permitió tomar el rumbo del Sur-oeste, y despues de algunos dias descubrió el 30 de julio una pequeña isla agradable á la vista por la variedad de árboles que la cubria. Entre estos se elevaban robustos pinos, cuyo nombre dió Colon á la isla. Siempre, empero, ha conservado su denominacion india de Guanaga, que se extiende tambien á las numerosas isletas que la rodean. Este grupo está á algunas leguas de la costa de Honduras, y al Oriente de la grande bahía ó golfo de aquel nombre.

El Adelantado desembarcó con la tripulacion de dos lanchas en la isla, que halló muy verde y fértil. Los habitantes se parecian á los otros isleños, aunque tenian la frente mas estrecha. Estando aun en tierra, vió llegar una grande canoa, que venia al parecer de muy lejos despues de haber hecho un importante viaje. Le admiraron su magnitud y contenido. Tenia ocho piés de ancho, y era tan larga como una galera, aunque toda de una sola pieza. Ocupaba su centro una especie de camarote de hojas de palma, semejante á los de las góndolas de Venecia, y suficientemente cerrado para guarecer del sol y de la lluvia. En él venia un cacique con su mujer é hijos. Veinte y cinco indios bogaban, y traian en la canoa toda especie de artículos de manufactura y producciones naturales de los paises adyacentes. Se supone que viniese esta barca de la provincia de Yucatan, que dista como cuarenta leguas de la isla.

Los indios de la canoa, lejos de temer á los españoles, se colocaron francamente al lado de la capitana. Mucho se alegró Colon de que le trajesen así de una vez, sin peligro ni trabajo, una coleccion de muestras de todos los artículos importantes de aquella parte del Nuevo-Mundo. Examinó con grande curiosidad é interés el cargo de la canoa. Entre varios utensilios y armas semejantes á las ya vistas entre los indios, encontró otras de calidad muy superior. Habia hachas para cortar madera, no de piedra sino de cobre. Espadas de madera, con canales en ambos lados de la hoja, á que estaban atados cortantes pedernales, por medio de cuerdas hechas de los intestinos de ciertos pescados, de la misma especie que las que se hallaron despues entre los mejicanos. Habia campanillas de cobre, y otras cosas del mismo metal, como tambien una especie de rústico crisol en que fundirlo; varios vasos y utensilios curiosamente formados de barro, mármol y madera dura; sábanas y mantos de algodon, bien labradas y teñidas de varios colores, grande cantidad de cacao, fruto hasta entonces desconocido á los españoles, pero que segun vieron tenian los indios en grande estima, usándolo á la vez como alimento y como moneda. Tambien habia un brebaje, extraido del maiz, y parecido á la cerveza. Sus provisiones consistian en pan de maiz y raices de varias especies semejantes á las de Española. De entre estos objetos escogió Colon los que le parecieron propios para enviarlos á España, dando á los naturales en cambio dijes europeos, con que quedaron muy satisfechos. No manifestaron ni admiracion ni miedo á bordo de los buques, y rodeados de gentes que debieron parecerles tan extrañas. Las mujeres llevaban mantos en que se envolvian como las moras de Granada, y los hombres cintos de algodon alrededor de la cintura. Ambos sexos parecian mas cuidadosos de la conservacion de sus cubiertas, y con un sentimiento de modestia personal ignorado de los demás indios vistos ántes por Colon.

Esta circunstancia, unida á la superioridad de sus utensilios y manufacturas, la tomó el Almirante por indicacion de irse acercando á paises mas civilizados. Quiso tomar informes de aquellos indios respecto á los de las cercanías; pero como hablaban diferente lengua que sus intérpretes, apenas pudo entenderlos. Dijeron, al parecer, que acababan de llegar de un país rico, cultivado é industrioso del Occidente. Se esforzaron en hacerle comprender la opulencia de las magníficas regiones y gentes de aquellas tierras, y le aconsejaron fuese á visitarlas. Feliz hubiera sido para Colon no desechar este consejo. En uno ó dos dias hubiera llegado á Yucatan; el descubrimiento de Méjico y de otros ricos paises de la Nueva-España habria sido la consecuencia; el Océano del Sur se hubiera desarrollado á su vista, y una sucesion de esplendidos descubrimientos hubiera acabado de ilustrar sus últimos dias.

Pero el ánimo todo del Almirante estaba entregado al descubrimiento del estrecho. Como los paises descritos por los indios estaban al Occidente, supuso que podria visitarlos con facilidad en lo sucesivo, navegando con los vientos constantes á lo largo de la costa de Cuba, que á su ver seguia dilatándose hasta juntarse con ellos. A la sazon estaba resuelto á buscar la tierra firme, cuyas montañas se divisaban al Sur, y poco distantes en apariencia; conservando sin variacion su rumbo hácia el Oriente, pensando á lo largo de ella, llegar al punto en que se separaba de la costa de Pária por medio de un estrecho, al otro

lado del cual hallaria camino para las islas de las Especias, y las partes mas ricas de la India.

Le animó tambien á continuar su rumbo hácia el Este el informe de los indios, de que habia en aquella direccion muchos lugares abundantes en oro. La mayor parte de las noticias de los indios, procedian de un anciano, mas inteligente que los otros, y al parecer antiguo navegador de aquellas mares. Colon le retuvo para que les sirviese de guia por las costas, y despidió á sus compañeros, haciéndoles muchos regalos.

Al salir de Guanaga tomó al Sur para tierra-firme, y á pocas leguas de navegacion descubrió un cabo, á que puso el nombre de Caxinas, por estar cubierto de árboles frutales, llamados asi por los indios. En la actualidad se conoce con la denominacion de cabo de Honduras. En él desembarcó el Adelantado, en domingo 14 de agosto, con los capitanes de las carabelas y muchos marinos para oir misa, que se celebró solemnemente bajo los árboles de la costa, segun la piadosa costumbre del Almirante cuando las circunstancias lo permitian. El 17 desembarcó el Adelantado de nuevo en un rio á quince millas del punto anterior, y desplegando las banderas de Castilla, tomó posesion de aquel pais en nombre de sus magestades católicas; por cuya circunstancia le dió el nombre de Rio de la Posesion.

Alli encontraron mas de cien indios juntos, cargados de pan de maiz, aves y pescados, hortalizas y frutas de varias especies. Todo se lo presentaron al Adelantado y su comitiva, separándose de ellos sin hablar una palabra. Mandó el Adelantado que se les distribuyesen varios juguetes, con que quedaron muy contentos; al dia siguiente se presentaron en el mismo paraje, en mayor número y con mas abundantes provisiones.

Los naturales de aquellas cercanías tenian la frente mas alta y despejada que los de las islas. Su lenguaje era diferente y no todos estaban ataviados del mismo modo. Algunos iban del todo en cueros, y tenian en el cuerpo marcadas á fuego las figuras de varios animales. Unos llevaban cubierto la mitad del cuerpo; otros chaquetas de algodon sin mangas, los mas trenzas de pelo en la parte anterior de la cabeza. Los caudillos, gorros de algodon blanco ó pintado. Cuando se ataviaban para alguna fiesta pintaban sus rostros de negro, ó con listas de varios colores ó con circulos alrededor de los ojos. El anciano guia indio aseguró al Almirante que muchos eran caníbales. En una parte de la costa tenian los indios las orejas horadadas y horrorosamente largas, por lo cual los españoles llamaron á aquella region la costa de la Oreja.

Desde el Rio de la Posesion pasó al Almirante á la que se llama hoy costa de Honduras, venciendo vientos contrarios y luchando con adversas corrientes. Frecuentemente perdia en una virada lo que habia ganado en dos; muchos dias solo anduvo dos leguas, y en ninguno mas de cinco. Por la noche anclaba cerca de tierra, temeroso de ser arrastrado en la oscuridad contra una costa desconocida; pero la violencia de las corrientes le obligaba de continuo á tomar agua. En todo aquel periodo experimentó el mismo tiempo que habia prevalecido en las costas de Española, y que ya hacía mas de sesenta dias que duraba. Habia, dice, una tempestad casi incesante de los cielos, con fuertes aguaceros, y tales truenos y relámpagos que parecia acercarse al fin del mundo. Los que conocian las lluvias y tormentas de los trópicos no creerán esta descripcion exagerada. Estaban tan relajados los bajeles, que se abrian por todas partes, desgarradas la velas, rotas las jarcias y corrompidas las provisiones. Muchas veces se confesaron los viajeros mútuamete sus pecados, y se prepararon para la muerte. Muchas tempestades he visto, dice Colon, pero ninguna tan violenta ni duradera. Alude á la serie de tempestades que sufrió por espacio de mas de dos meses, desde que le negaron asilo en Santo Domigo. Gran parte de este tiempo habia padecido de la gota, agravada por su ansiedad y vigilias. No le impedia la enfermedad atender á sus deberes; mandó construir un camarote, ó cuarto pequeño en la popa, desde donde podia sin moverse de la cama observar y regular la navegacion de los buques. Con frecuencia se sintió tan malo, que creyó se aproxima ba su última hora. Padecia amargas pasiones de ánimo, considerando que habia persuadido al Adelantado contra su voluntad, á entrar en esta expedicion, y que iba en el peor bajel de la escuadra. Se arrepentia tambien de haber traido consigo á su hijo Fernando, exponiéndolo en tan tierna edad á tantos peligros y padecimientos aunque el jóven los sobrellevaba con el valor y la resignacion de veterano. Tambien descan-



Natural de la costa de Honduras.

saban sus pensamientos á menudo en su hijo Diego y meditaba los cuidados y perplejidades á que quedaria entregado si él le faltase entonces. Al fin, despues de luchar mas de cuarenta dias desde que dejaron el cabo de Honduras, para navegar unas setenta leguas llegaron el 14 de setiembre á un cabo en que la costa formaba un ángulo, y se volvia directamente al Sur, dándoles próspero viento y navegacion libre. Doblaron el Cabo y siguieron aquel rumbo con velas hin-

chadas por el viento y los corazones por el gozo ; y el Almirante, en conmemoracion de aquella repentina peripecia dió al cabo el nombre de Gracias á Dios.

CAPITULO III.

VIAJE POR LA COSTA DE MOSQUITOS, Y TRANSACCIONES EN CARIARI.

(1503.)

Despues de doblar el cabo de Gracias á Dios, continuó Colon por la que hoy se llama costa de los Mosquitos. La tierra era de carácter vario, á veces fragosa con ásperos promontorios y cabos, dilatándose por medio del mar; á veces verde y fértil, y regada por abundantes corrientes. Crecian por los rios inmensos juncos y cañas, algunas de estas tan gruesas como el muslo de un hombre: abundantes en pescas y tortugas y se veian en sus orillas algunos caimanes. En uno de estos sitios pasó Colon por un grupo de doce isletas, cerca de cuyas costas crecia un fruto parecido al limon, por lo cual llamó los Limonares.

Habiendo navegado unas sesenta y dos leguas por estas costas, y hallándose en gran necesidad de leña y agua, ancló la escuadra en 16 de setiembre en la embocadura de un abundante rio, por el cual entraron los botes á proveerse de aquellos dos articulos. Al volver á los buques creció el mar repentinamente, y precipitándose contra las rápidas aguas del rio, causó una conmocion violenta, en que pereció un bote con todos los que tenia á bordo. Este suceso entristeció á las tripulaciones, ya desanimadas y abatidas por los trabajos que habian sufrido; y Colon, participando de su abatimiento, dió al rio el siniestro nombre de rio del Desastre.

Dejaron aquellas infaustas orillas, y siguieron costeando hasta hallarse los buques y gente casi en imposibilidad de continuar el viaje, atropellados por las tempestades que habian sufrido. El 25 de setiembre ancló Colon entre una isleta y el continente, en una situacion la mas cómoda y deliciosa. Estaba la isla cubierta de palmas, cocos, ananas, y un fruto delicado y aromático, que equivocaba el Almirante de continuo con el mirabolano de las Indias orientales. Las frutas, flores y olorosos arbustos de la isla despedian gratísimos perfumes, por lo que le puso el Almirante La-Huerta. Los indios le llamaban Quiribiri. Enfrente, á menos de una legua de distancia, habia un lugar indio, nombrado Cariari, en la orilla de un hermoso rio. El pais inmediato era fresco y verde, salpicado de colinas y florestas y con árboles de tal altura, que dice Las-Casas que parecia llegaban al cielo.

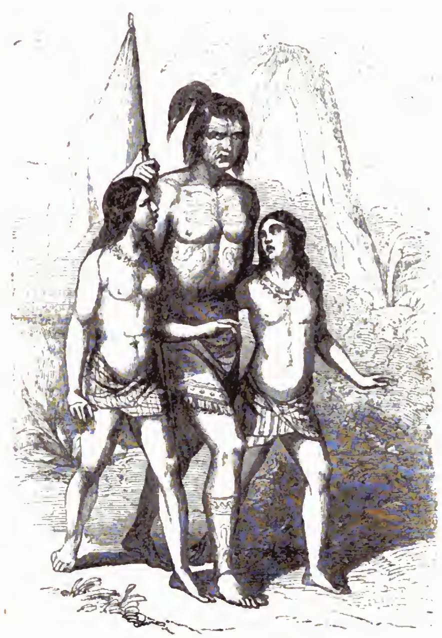
Cuando los habitantes vieron los buques, se agruparon en las costas armados de flechas, lanzas y clavas, preparados á defender sus tierras. Los españoles, empero, no intentaron desembarcar en aquel dia ni en el siguiente, sino que permanecieron tranquilamente á bordo, reparando sus buques, aireando y enjugando sus provisiones deterioradas y descansando de las fatigas del viaje. Al ver los salvajes que aquellas gentes prodigiosas, que habian llegado de tan extraño modo á sus costas; eran del todo pacíficas y no querian molestarlos, cesó su alarma y á ella sucedió una vivísima curiosidad. Hicieron varias señas de paz, tremolando los mantos como banderas, y convidando á los españoles á ir á tierra. Mas osados aun, fueron á nado á los buques, cargados de mantos y túnicas de algodon, y adornos del oro inferior llamado por ellos guanin, con que se engalanaban el cuello. Ofrecieron á los españoles estos articulos; pero el Almirante prohibió todo comercio, haciéndoles regalos sin tomar nada en cambio, con el deseo de dejar faborable idea de la liberalidad y desinterés de los blancos. El orgullo de los salvajes quedó herido al ver que se rehusaban aquellos presentes, tomando esta accion por desprecio de sus manufacturas y productos. Quisieron responder con la manifestacion de una indiferencia semejante. Al volver á tierra ataron juntos todos los artículos europeos que se les habian dado y los dejaron abandonados en la arena, donde fueron hallados por los españoles al otro dia.



Tempestad deshecha en la costa de Honduras.

Viendo que no querian los extranjeros salir á tierra, emplearon los indios varios medios para ganar su confianza y disipar las sospechas que pudieron haber causado sus amenazas primitivas. Habiéndose acercado un bote á la playa muy cautamente á buscar sitio á propósito para llenar los cascos de agua salió de

entre los árboles un indio anciano y de venerable aspecto; con una bandera blanca suspendida de un palo, en señal de paz y conduciendo dos muchachas, una como de catorce años y otra de ocho, con joyas, de guanin alrededor del cuello. Las condujeron al bote y las entregaron á los españoles para que las tuviesen en rehenes mientras se hallaban los extranjeros en tierra. Entonces salieron los españoles con confianza á llenar sus cascos, y los indios permanecieron á gran distancia, teniendo mucho cuidado en no infundir nuevas sospechas con sus palabras ni movimientos. Cuando los botes iban á volver, hizo señas el indio anciano de que se llevasen á bordo las muchachas. Y no quiso admitir escusa alguna. Las indias no manifestaron sentimiento ni miedo al entrar en los buques, aunque rodeadas de hombres que debieron parecerles extraños y formidables. Colon procuró que no se abusara de la confianza que en él se ponia. Despues de agasajar á las jóvenes, vestirlas y adornarlas, las mandó á tierra. Pero vino la noche, y aun estaba desierta la costa. Tuvieron, pues, que volver á los bajeles, donde la pasaron bajo la solícita proteccion del Almirante. A la siguiente mañana las volvió á sus compatriotas. Fueron recibidas con alegría por el anciano, que se manifestó muy agradecido al buen trato que habian experimentado. Por la tarde, empero, cuando fueron los botes á tierra aparecieron las jóvenes acompañadas de una multitud de sus parientes



Un indio llevando rehenes á Colon.

que volvieron todos los regalos, sin conservar el mas mínimo de ellos, aunque debian haber sido preciosos á sus ojos tanto era el orgullo de aquellos salvajes, y el agravio que habian recibido al ver que se rehusaban sus presentes.

Al otro dia al acercarse el Adelantado á la costa, dos de los principales indios entraron en el agua, lo sacaron en brazos del bote, y llevándolo á tierra, lo sentaron con gran ceremonia sobre unos céspedes. Don Bartolomé quiso recibir de ellos noticias relativas al país inmediato, y mandó al escribano de la escuadra que anotase sus respuestas. Este preparó inmediatamente pluma, papel y tintero, y comenzó á encabezar su escrito; pero apenas vieron los indios aquel extraño y misterioso proceso, equivocándolo con alguna operacion nigromántica que iba á destruirlos, huyeron aterrados. Volvieron despues, arrojando al aire polvos odoríferos, y quemando algunos de ellos en tal direccion, que el viento llevase su humo hacia los españoles. Era este sin duda un especie de antídoto que oponian á los encantos siniestros, pues miraban á los españoles como entes de un órden misterioso y sobrenatural.

Los marineros consideraban tambien los antídotos de los indios con mucha desconfianza, y temian que hubiese en ellos algo de magia, y hasta Fernando

Colon, que se halló presente y recuerda aquella escena, sospecha que estaban los indios versados en la brujeria y por eso creian tambien á los demás versados en ella.

Para no ocultar una flaqueza mas característica de la edad en que vivia que del hombre que la experimentaba; debemos decir que el mismo Colon tenia una idea semejante, y asegura á los soberanos en su carta desde Jamáica, que los habitantes de Cariari y sus cercanias eran grandes encantadores; indicando que las dos muchachas indias que visitaron sus buques ocultaban polvos mágicos en sus personas. Añade que atribuian los marineros todas las dilaciones y trabajos que habian padecido en aquella costa, á la influencia de algun mal encanto, ejercido por la brujería de los naturales; opinion que aun conservaban todos.

Varios dias permaneció allí la escuadra, durante los cuales se repararon los buques, y descansaron y se solazaron en tierra las tripulaciones. El Adelantado hizo con una partida de gente armada varias expediciones para informarse de la naturaleza del pais. No se encontraba en él oro puro; todas las joyas eran de guanin; pero aseguraron los indios al Adelantado que avanzando á lo largo de la costa llegarian muy pronto á un paraje donde habia oro en abundancia.

Examinando aquellas poblaciones, encontró el Adelantado en una casa varios sepulcros. Uno de ellos contenia un cuerpo humano embalsamado: en otro habia dos, envueltos en algodones y conservados de tal modo, que no tenian ningun olor desagradable. Estaban adornados con las joyas que mas habian estimado en vida, y docorados sus sepulcros con entalles rústicos, pinturas representando varios animales, y á veces lo que parecia destinado á ser retrato del difunto. En la mayor parte de las tribus salvajes se ha encontrado mucha veneracion por los muertos y un eficaz deseo de conservar al reposo de sus cuerpos.

Al darse Colon á la vela se apoderó de siete indios, escogiendo dos de ellos por guias, recayendo la preferencia en los que mas inteligentes le parecieron. A los demás les dejó libres. Habia licenciado con regalos á su último guia en el cabo de Gracias á Dios. Los habitantes de Cariari se manifestaron muy conmovidos por la prision de sus compatriotas. Se llenó de indios la orilla, y mandaron cuatro de sus hombres principales con regalos á los buques pidiendo la libertad de los presos.

El Almirante les aseguró que solo llevaba á sus compañeros como guias, por una corta distancia de las costas, y que los volveria despues sanos y salvos á sus casas. Mandó que se diesen á los embajadores varios regalos; pero ni sus promesas ni sus dones pudieron mitigar la tristeza y aprension que causó á los naturales el ver que entes tan misteriosos se llevaban á sus amigos.

CAPITULO IV.

VIAJE POR COSTA-RICA.—ESPECULACIONES RESPECTO AL ISTMO DE VERAGUA.

(1502.)

El 5 de octubre partió la escuadra de Cariari y tomó el derrotero de lo que hoy se llama Costa-rica, á causa de las minas de oro y plata, que en años posteriores se hallaron en sus montañas. Despues de navegar como veinte y dos leguas, anclaron los buques en una grande bahía, de seis leguas de largo y tres de ancho, llena de islas separadas unas de otras por canales, de modo que presentaba tres ó cuatro entradas. La llamaban los naturales Caribaro, y la habian indicado los indios de Cariari como abundante en oro.

Las islas eran verdes y estaban cubiertas de arboledas cuya fragancia revelaba la existencia de flores y de frutos. Los canales que las dividian eran tan profundos y limpios, que navegaban los buques por ellos á toda vela, tocando el cordaje las extendidas ramas de los árboles. Anclaron los bajeles, y fueron los botes á tierra á una de las islas, donde hallaron veinte canoas. Los indios estaban en tierra entre los árboles. Habiéndolos animado sus compatriotas de Cariari, que acompañaban á los españoles, se acercaron á estos con confianza. Allí, por la vez primera en aquella costa, encontraron los españoles, muestras de oro puro. Tenian los naturales grandes láminas de este metal, colgadas del cuello por medio de cordones de algodon, y tambien adornos de guanin, rudamente trabajados en forma de águilas. Uno de ellos trocó una lámina de oro que valia diez ducados por tres cascabeles.

Al dia siguiente siguieron los botes á Tierra-firme, al fondo de la bahía. Eran las tierras circunstantes elevadas y ásperas, y estaban generalmente pobladas no mas que las alturas. Se encontraron diez canoas de indios, con guirnaldas de flores en la cabeza, y coronas formadas de uñas de animales y plumas de pájaros: los mas llevaban láminas de oro colgadas del cuello; pero rehusaron deshacerse de ellas. Los españoles condujeron dos al Almirante para que le sirviesen de guias. Uno tenia una lámina de oro puro que valia catorce ducados; el otro una águila del valor de veinte y dos. Viendo la mucha importancia que daban á aquel metal los extranjeros, les aseguraron que se encontraba abundantemente á dos dias de distancia; y hablaron de varios sitios de la costa, de donde ellos lo traian, y en particular de Veragua, que distaba como veinte y cinco leguas.

La codicia de los españoles se inflamó en presencia del oro que parecia abundar tanto entre aquellos indios. Contentos hubieran permanecido allí para comerciar; mas no lo permitió el Almirante. Apenas juntó las muestras é informes de la riqueza del pais, que necesitaba, se apresuró en buscar el grande objeto de su empresa, el imaginario estrecho.

El 17 de octubre salió de la bahía ó mas bien golfo, y empezó á costear esta region de reputada opulencia, llamada despues Veragua; y á las doce leguas de navegacion llegó á un ancho rio, que su hijo Fernando nombró el Guaig. Al salir los botes para tierra, se aparecieron en la costa unos doscientos indios, armados de clavas, lanzas y espadas de madera de palma. Los bosques resonaban con el estrépito de sus tambores y caracoles, acostumbradas señales de guerra. Se arrojaron al mar hasta llegarles el agua á la cintura blandiendo sus armas, y echando agua hácia los españoles en signo de reto. Pronto los apaciguaron los movimientos é intervencion de los intérpretes; y cambiaron gustosos sus adornos con los españoles, dando diez y siete láminas de oro, del valor de ciento y cincuenta ducados, por algunos juguetes y bagatelas.

Cuando volvieron los españoles al dia siguiente á renovar su tráfico, encontraron nuevamente hostiles á los indios, quienes tocaron furiosos sus caracoles y tambores, y se lanzaron al mar á atacar los botes. Un tiro de ballesta que hirió á uno de ellos en el brazo, refrenó su furia; y á la descarga de un cañon huyeron aterrados, pensando que iban á caer sobre ellos los truenos y rayos del cielo. Cuatro españoles saltaron á tierra, siguiéndolos y llamándolos. Arrojaron sus armas, y volvieron sumisos y dóciles como corderos hácia los españoles, trayéndoles tres láminas de oro, y recibiendo con humildad y gratitud lo que estos quisieron darles en cambio.

Siguiendo á lo largo de la costa, ancló el Almirante en la entrada de otro rio llamado el Catiba. Allí tambien esperaba su arribo otra alarma guerrera, y el estrépito de tambores y caracoles entre los bosques indicaba la acumulacion de los combatientes. Una canoa se acercó despues con dos indios preguntando

quienes eran los extranjeros que habian venido á sus costas, y cuál era su objeto. Despues de platicar algun tanto con los intérpretes, entraron en la capitana con impávida confianza, y satisfechos de las intenciones amistosas de los españoles, volvieron á su cacique con favorables informes. Los botes pasaron á tierra y el cacique acogió amistosamente á su tripulacion. Estaba el caudillo en cueros como sus súbditos, dequienes solo se distinguia por la mucha veneracion que estos le profesaban y por una pequeña atencion hácia su comodidad personal, cobijándose con una inmensa hoja de un aguacero que á la sazon caia. Dió gustoso en cambio una grande lámina de oro, y permitió á sus gentes que hiciesen lo mismo. Se juntaron diez y nueve láminas de oro puro. Allí vieron los españoles por primera vez en el Nuevo Mundo algunas señales de sólida arquitectura, y una gran masa de estuco de que como muestra conservó un fragmento el Almirante, considerándole indicacion de que se iba acercando á paises en que las artes estaban algo cultivadas.

Habia pensado visitar otros rios de aquella costa; pero habiéndose levantado un viento fresco de popa, quiso aprovecharlo, y pasó sin detenerse por delante de grandes ciudades, á donde le aseguraron sus intérpretes que podia adquirir inmensas cantidades de oro. Una de las ciudades le dijeron llamarse Veragua, de quien recibió despues nombre toda la provincia. Allí, segun los intérpretes, estaban las mas ricas minas, y se fabricaban en su mayor parte las láminas de oro. Al otro dia arribaron delante de un lugar llamado Cubiga, en el cual dijeron á Colon que acababan los paises del oro. Resolvió no volver á explorarlos, considerándolos como descubiertos, y sus minas aseguradas á la corona. Todo su deseo era llegar al supuesto estrecho, que se lisonjeaba no podia distar mucho.

En efecto, habia hecho Colon todo este viaje de la costa bajo la influencia de una de sus frecuentes ilusiones. Por los indios que se encontraron en la isla de Guanaja, y que acababan de llegar de Yucatan, tuvo noticia de un grande y civilizado pueblo del interior. Esta idea la habian corroborado las varias tribus con quienes comunicó despues. En una carta escrita á los soberanos les dice que todos los indios de esta costa celebraban la magnificencia del país de Ciguare, situado á diez dias de viaje por tierra al Occidente. La gente de aquella region llevaba coronas y brazales de oro y ropas bordadas de lo mismo. Lo usaban para todo servicio doméstico, y hasta para los adornos de mesas y sillas. Al enseñarles el coral, decian los indios que las mujeres de Ciguare se hacian bandas de él para la cabeza y cuello. Habiéndoles mostrado la pimienta y otras especias, tambien decian que allí abundaban. Le pintaban como país de comercio, con grandes y buenos puertos, en que habia fondeados bajeles armados de cañones. Las gentes eran belicosas, y tenian como los españoles espadas, escudos, corazas y ballestas, y montaban á caballo. Sobre todo entendió Colon que el mar continuaba hasta Ciguare, y que se encontraba el Ganges diez jornadas mas allá.

Quizá eran estos vagos é indeterminados rumores relativos á los distantes imperios de Méjico y Perú; pero Colon supuso que Ciguare seria alguna provincia perteneciente al gran Khan, ó á otro potentado del Oriente, y como llegaba el mar á ella, se le figuró que debia ser el extremo de una península: teniendo con respecto á Veragua, la misma posicion que Fuenterrabía, en España, con respecto á Tortosa, ó que Pisa con Venecia en Italia. Siguiendo, pues, hácia el Oriente, no tardaria en llegar á un estrecho como el de Gibraltar, por el que pasaria á otros mares, visitaria el país de Ciguare, y tambien las márgenes del Ganges. Satisfacia la dificultad de haber llegado tan pronto á aquel rio, con la idea de que estaban los geógrafos equivocados en cuanto á la circunferencia del globo; que era menor de lo que generalmente se creia, y que un grado de la línea equinoccial eran solo cincuenta y seis millas y dos tercios.

Con estas ideas determinó Colon seguir adelante, dejando por explorar el rico pais de Veragua. Nada podia manifestar mas evidentemente su ambicion generosa que pasar de largo por una costa donde se encontraban á cada paso tantas riquezas, para buscar un estrecho que, aunque importante para la humanidad, podia no valerle á él mas que la gloria del descubrimiento.

CAPITULO V.

DESCUBRIMIENTO DE PUERTO-BELO, Y DEL RETRETE.— ABANDONA COLON LA BUSCA DEL ESTRECHO.

(1502.)

El 2 de noviembre ancló la escuadra en un espacioso y cómodo puerto, donde sin peligro podian atracar los bajeles hasta la orilla del mar. Le rodeaba un bello y elevado país, no cubierto de bosques sino escueto y cultivado, con muchas casas muy inmediatas entre sí, rodeadas de árboles frutales, palmas; maizales, legumbres, y la deliciosa piña; de modo que el todo parecia una continuacion de jardines y huertos. Tanto agradaron á Colon la excelencia del puerto y hermosura de las tierras que le rodeaban, que le dió el nombre de Puerto-Belo. Este es uno de los pocos lugares de la costa, que conservan el nombre que Colon les dió.

Siete dias les detuvo en él el tiempo borrascoso. Los indios vinieron de todas partes en sus canoas, con frutas, hortalizas y algodon; pero sin oro que ofrecerles. El cacique y siete de sus gefes tenian pequeñas láminas de este metal colgadas de las narices; pero los otros carecian de todo adorno semejante. Estaban por lo comun pintados de encarnado, y el cacique de negro.

Zarpando el 9 de noviembre, navegaron ocho leguas al Occidente hasta un cabo llamado despues Nombre de Dios, pero obligados á retroceder por el mal tiempo, se refugiaron á las inmediaciones de tres pequeñas islas. Estas y las tierras opuestas del continente estaban sembradas de maizales, y varias hortalizas y frutos, por lo que les llamó Colon puerto de Bastimentos. Permanecieron en él hasta el 23, ocupados en rebajar sus bajeles que hacian mucha agua. Estaban todos carcomidos por los teredos ó bromas; gusanos de mar que roen y agujerean los costados de los navíos. Son del tamaño de un dedo, y taladran la madera mas fibrosa. De este puerto fueron á otro llamado Guiga, en cuya costa se presentaron mas de trescientos indios, unos con provisiones, otros con adornos de oro. El Almirante siguió sin detenerse su derrota; pero vientos contrarios le obligaron á abrigarse en un pequeño puerto; cuya entrada tenia apenas veinte pasos de ancho, y estaba defendida con rocas y escollos, cuyas puntas descollaban sobre la superficie del agua; dentro no habia lugar para mas de cinco ó seis buques; pero era el puerto tan profundo, que no se hallaba buen anclaje sin aproximarse á tierra lo bastante para que un hombre pudiese saltar desde los barcos á la playa.

Por la pequeñez del puerto le puso Colon el nombre del Retrete. Le habian atraido á aquel incómodo y peligroso surgidero las falsas pinturas de los marineros que fueron á examinarlo, y que siempre querian estar anclados para comunicar con los indios. El país adyacente era verde y llano, con muchas yerbas, pero pocos árboles. El puerto estaba infestado de caimanes ó aligadores, que salian á tomar el sol á la orilla, llenando el aire de un olor fuerte de almizcle. Eran tímidos y huian cuando se les atacaba; pero de-

cian los indios, que en hallando algun hombre dormido, le arrastraban al mar para devorarlo. Colon creyó con razon que eran estos anfibios análogos á los cocodrilos del Nilo. Nueve dias pasó la escuadra en aquel puerto, los indios eran altos, bien proporcionados, de agradable aspecto y suaves y amistosos modales, y trocaban todas sus producciones por juguetes europeos.

Mientras dirigia el Almirante las acciones de su gente se trataba á los indios con bondad y justicia, y eran los tratos amistosos. Pero la proximidad de los buques á tierra permitian á los marineros desembarcar por la noche sin licencia. Los indios los recibian con su acostumbrada hospitalidad, pero los aventureros, instigados por la codicia y la lascivia, se entregaron á excesos que merecieron la venganza de sus generosos huéspedes. Todas las noches habia en tierra pendencias y riñas, y se derramaba sangre por ambas partes. El número de los indios se aumentaba diariamente con los que venian del interior. Se hicieron mas poderosos y osados á medida que mas se exasperaban, y viendo que los bajeles estaban tan cerca de la orilla, resolvieron atacarlos.

El Almirante creyó dispersarlos al principio disparando cañonazos sin bala, pero no los intimidó el ruido, que pensaron seria una especie de trueno sin efecto. Replicaron á él con alaridos, y blandiendo sus lanzas y clavas. La situacion de los buques los exponia á sus asaltos, haciendo la hostilidad india formidable. Colon mandó que les disparasen una ó dos balas. Cuando vieron la destruccion producida por aquella tremenda artillería, huyeron aterrados sin mas amenazas.

La continuacion de los vientos tormentosos del Este y Nor-oeste, y la constante oposicion de las corrientes desanimaron á los compañeros del Almirante, y empezaron á murmurar contra la continuacion del viaje. Los marineros pensaron que operaba contra ellos algun encanto, y los comandantes decian que se les obligaba á abrir camino, á pesar de los elementos, con buques averiados. Influian en ellos motivos mas interesados, y se acordaban con sentimiento de la rica costa que habian dejado atrás, para ir en busca de un estrecho imaginario. Es probable, que el mismo Colon empezó á dudar del éxito de su empresa. Si sabia los pormenores del reciente viaje de Bastidas, debia haber advertido que ya estaba en el punto donde terminó el viaje de exploracion que desde la parte contraria habia hecho aquel navegante; así no era probable que existiese el estrecho que habia imaginado.

De todos modos determinó abandonar por entonces la prosecucion de su derrota hácia el Oriente, y volver á la costa de Veragua para buscar las tan cacareadas minas de que habia visto tantas muestras. Correspondiendo á sus esperanzas, tenia con que volver en triunfo á España, y acallar las calumnias de sus enemigos, aun cuando no hubiese logrado el objeto primordial de su expedicion.

Aquí acabaron, pues, los nobles arranques que habian hecho á Colon superior á todos los intereses mercenarios, que le hicieron despreciar trabajos y peligros, dando carácter heróico al principio de este viaje. Si se engañó en sus esperanzas de encontrar un estrecho en el istmo de Darien, es porque se engañó la naturaleza misma, pues parece que ella misma intentó abrirlo; pero que lo intentó en vano.

CAPITULO VI.

VUELTA A VERAGUA.—EL ADELANTADO EXPLORA EL PAIS.

(1592.)

El 5 de diciembre salió Colon del Retrete, y abandonando el rumbo oriental volvió hácia el Occidente en busca de las minas de oro de Veragua. La misma noche ancló en Puerto-Belo que distaba unas diez leguas; de allí partió al otro dia, pero varió el viento repentinamente, y empezó á soplar por la proa, de suerte que el viento que habia estado esperando tres meses se levantó para contrariar su viaje. Pensó en tomar de nuevo su derrotero del Oriente; pero no quiso confiar en la continuacion del viento, que en aquellas partes rara vez viene de Occidente. Resolvió pues conservar su nuevo rumbo, esperando que no tardaria el viento en variar.

Al poco tiempo adquirió el viento terrible violencia, y empezó á variar de una parte á otra, de modo que hacia inútil todo el arte. No pudiendo llegar á Veragua, tuvieron que volver los bajeles á Puerto-Belo, y al tiempo de entrar en el puerto, una repentina ráfaga de viento de tierra los arrojó mar adentro. Nueve dias pasaron á merced de una tempestad furiosa por mares desconocidos y frecuentemente expuestos á los riesgos de una costa de sotavento. Parece imposible que bajeles tan quebrados sobrevivieran á tal convulsion. No hay tormentas tan espantosas como las de los trópicos. La mar, segun la descripcion de Colon, hervia á veces como una inmensa caldera; otras levantaba montañas de ondas cubiertas de espuma. Por la noche parecian las procelosas aguas olas de llamas, á causa de las partículas luminosas que cubren su superficie en aquellos mares, y por toda la corriente del golfo. Un dia entero y una noche resplandecieron los cielos como una dilatadísima hoguera, vomitando sin cesar haces de relámpagos, en tanto que los aterrados marineros tomaban el retumbar profundo de los truenos por cañonazos de socorro que sus compañeros les pedian. Todo este tiempo, dice Colon, vertian los cielos, no lluvia, sino un segundo diluvio. Casi se ahogaban los mareantes á bordo de sus propios bajeles. Pálidos de horror y abrumados de fatiga, no esperaban ya remedio; se confesaban sus pecados múluamente, segun los ritos de la religion católica, y se preparaban para la muerte, deseándola muchos en su desesperacion para finalizar tantos horrores.

En medio del temporal, vieron el Océano agitarse con mayor turbulencia en un punto determinado. Se arremolinó el agua levantándose en forma de pirámide; y una pesada nube, adelgazándose por un extremo hasta acabar en punta, bajó á juntarse con el mar desde el cielo. Al tocarse se mezclaron, formando entre los dos una vasta columna que se dirigió rápidamente á los buques, volviéndose en torno suyo y levantando las aguas con estruendo. Cuando vieron los marineros avanzar hácia ellos aquella manga, desesperaron de todo socorro humano, y empezaron el Evangelio de San Juan. Pasó la manga pegada á los bajeles sin hacerles daño; y los marinos atribuyeron su salvacion á la milagrosa eficacia de aquellos pasajes de la Escritura.

La misma noche perdieron de vista una de las carabelas, y por espacio de tres dias creyeron que habia naufragado. Por último, se agregó de nuevo á la escuadra, habiendo perdido su bote, y estado obligada á cortar el cable, por haber intentado anclar cerca de la costa. Por uno ó dos dias hubo calma, y pudieron respirar los fatigados marineros. Pero sospechaban de aquella tranquilidad engañosa. Gran número de tiburones, tan abundantes como voraces en aquellas latitudes, empezó á rodear los buques. Fue esta circunstancia de mal agüero; porque entre las supersticiones marítimas hay la de creer que aquellos mónstruos carniceros huelen los cuerpos muertos á increibles distancias; que poseen una especie de presentimiento de su presa; y se situan alrededor de los bajeles que tienen enfermos á bordo, ó que están en peligro de naufragar. Cogieron muchos por medio de grandes anzuelos atados á cadenas, bastando á veces para cebo un pedazo de paño colorado. Del buche de

uno sacaron una tortuga viva. Del de otro la cabeza de un tiburon recientemente arrojado de los bajeles. Tal es la voracidad de aquellos animales, terror del Océano. A pesar de sus supersticiones se alegraron los marineros de poder alimentarse con la carne de aquellos peces por tener poquisimos viveres. En tan dilatado viaje se habian consumido la mayor parte de las provisiones: el calor y la humedad del clima, con el agua que entraba en los buques, habia desmejorado el resto; y la galleta tenia tantos gusanos, que á pesar del hambre se veian obligados á comerla en la oscuridad, para que no se les revolviese el estómago.

Al fin el 17 pudieron entrar en un puerto parecido á un canal, donde gozaron tres dias de reposo. Los indios de aquella parte labraban sus chozas en los árboles, sobre berlingas que atravesaban de una rama á otra. Suponian los españoles que fuese esto por miedo de las fieras, ó de sorpresa de las tribus vecinas; pues las de esta costa eran extremadamente hostiles entre sí; pero es mas verosímil que fuese una precaucion contra las inundaciones producidas por los torrentes de las montañas. Al dejar este puerto se vieron arrojados en varias direcciones por inconstantes y tempestuosos vientos, hasta el dia despues de Navidad, que se abrigaron en otro puerto; en él permanecieron hasta el 3 de enero de 1503, reparando una de las carabelas, y haciendo provision de leña, agua y maiz. El dia de la Epifanía anclaron á la entrada de un rio llamado por los naturales Yebra, á una ó dos leguas del rio Veragua, y en el pais que tan rico en minas se decia. Por haber llegado á este rio el dia de la Epifanía, le dió Colon el nombre de Belen.

Casi un mes habia estado luchando para acabar el viaje de Puerto-Belo á Veragua, distancia de unas treinta leguas; y habia sufrido tantas vejaciones y adversidades á causa de la inconstancia de los vientos, corrientes y tempestades, que dió á aquella orilla intermediaria el nombre de la costa de los Contratiempos.

Colon mandó inmediatamente sondear la entrada de Belen, y del vecino rio de Veragua. El último tenia poco fondo para sus bajeles; pero Belen era mas profundo, y se pensó poder anclar en él. Viendo un pueblo cerca de sus orillas, mandó Colon los botes á explorar. Al acercarse, salieron los vecinos armados para oponerse al desembarco, pero pronto se apaciguaron. Se negaban á dar noticias de las minas de oro; pero habiéndolos importunado para que lo hiciesen, dijeron que estaban cerca del rio de Veragua. El Almirante envió á él los botes al otro dia. Fueron recibidos como solian serlo en aquella costa entre cuyas tribus habia muchas feroces y belicosas, y se supone que de orígen caribe. Al entrar los botes en el rio salieron los indios en sus canoas, y otros se quedaron en la orilla, aprestados á una vigorosa defensa de su territorio. Los españoles, empero, llevaban consigo un indio de aquellas costas, que con su mediacion puso fin á las hostilidades, asegurando á sus compatriotas, que los extranjeros solo querian traficar con ellos.

Confirmó la fama de la riqueza de aquel pais lo que los españoles vieron y oyeron entre sus gentes. Obtuvieron á trueque de las mas insignificantes bagatelas veinte láminas; varias pipas y muchos pedazos de mineral de oro. Dijeron los indios, que estaban las minas en lejanas montañas, y que cuando iban á explotarlas, tenian que practicar riguroso ayuno y continencia (1). El favorable informe de los botes determinó al Almirante á permanecer en las cercanías. Dos carabelas entraron el 9 de enero en el rio de Belen, y las otras dos á la hora de la marea, que no sube en aquella costa mas de media braza. Los indios se aproximaron del modo mas amistoso, con mucho pescado del que producia el rio. Tambien trajeron para traficar varios adornos de oro, y siguieron afirmando que Veragua era el lugar en que mas abundaba.

El Adelantado, con su actividad ordinaria, salió al tercer dia llevando sus botes bien armados, y ascendió como legua y media del Veragua hasta llegar á la residencia del principal cacique, cuyo nombre era Quibian. El caudillo, sabiendo su intencion, bajó por el rio, seguido de sus súbditos en muchas canoas, y recibió los botes cerca de la entrada del rio. Era alto, de robustas formas y continente guerrero: la entrevista fue amistosa. Presentó el cacique al Adelantado los adornos de oro que llevaba, y recibió como magnífico regalo algunos diges europeos. Se separaron mútuamente satisfechos. Al otro dia visitó Quibian los buques, donde le trató con mucha hospitalidad el Almirante. Podian solo comunicarse por señas, y como fuese el caudillo indio de taciturno y cauteloso carácter, no duró mucho la entrevista. Colon le hizo varios regalos; la comitiva del cacique trocó muchas joyas de oro por las acostumbradas bagatelas, y se volvió Quibian sin mucha ceremonia á su casa.

Los marineros se habian congratulado al hallar aquel refugio de las tempestades y contratiempos del mar, pero estuvieron á punto de perecer en el puerto; el 24 de enero se hinchó repentinamente el rio. Las aguas se precipitaban del interior como un vasto torrente, se rompieron los cables y chocaron los bajeles unos con otros; el del Almirante perdió en el choque uno de sus mástiles, y toda la escuadra estuvo próxima á naufragar. Mientras pasaban en el rio este riesgo, les impedia salir al mar una tempestad violenta que lo agitaba, y la resaca furiosa que se rompia en la barra. Atribuyó Colon aquella inesperada crecida del rio á las lluvias extraordinarias que habrian tal vez recibido unas montañas que desde lejos se veian, de las cuales la mas alta se elevaba formando un pico mucho mas levantado que las nubes, por lo que les habia puesto Colon las montañas de San Cristóbal.

El tiempo continuó algunos dias muy borrascoso. Al fin el 6 de febrero, estando ya la mar algo apaciguada, salió el Adelantado con sesenta y ocho hombres armados á explorar el Veragua con los botes y á buscar sus reputadas minas. Cuando ascendió el rio y se acercó al lugar del cacique Quibian, situado en la falda de una colina, bajó el cacique á recibirlo con muchos de sus súbditos desarmados y haciendo señales de paz. Quibian estaba en cueros y pintado segun la moda del pais. Uno de sus súbditos sacó una grande piedra del rio, y habiéndola lavado cuidadosamente, se sentó el caudillo en ella como en un trono. Recibió con cortesía al Adelantado, cuyo vigoroso cuerpo y fisonomia resuelta y magestuosa eran propias para inspirar terror y respeto á un guerrero indio. Pero era el cacique reservado y político. Habia despertado sus sospechas la entrada de aquellos extranjeros en su territorio, al mismo tiempo que comprendió que no podia resistirlos abiertamente. Accedió, pues, al deseo del Adelantado de visitar el interior de sus dominios, y le dió tres guias que le condujesen á las minas.

Dejando alguna gente que guardase los botes, salió el Adelantado á pié con la restante, conducido por los guias. Despues de penetrar por el interior unas cuatro leguas y media, durmieron la primera noche á la orilla de un rio que parecia regar todo el pais con sus vueltas, y que ya habian atravesado mas de cuarenta veces. Al segundo dia fueron legua y media mas allá, y llegaron á unas selvas muy espesas, donde les dijeron los guias que se hallaban las minas.

(1) Parece que tenian todos los indios, con respecto al oro, una idea supersticiosa. Los de Española observaban las mismas privaciones para buscarlo, absteniéndose de comida y trato sexual. Colon que consideraba el oro como uno de los tesoros místicos y sagrados de la tierra, deseaba introducir la misma observancia entre los españoles, exhortándolos á purificarse para buscar las minas, con ayunos, castidad y oraciones. Apenas es necesario añadir, que hicieron poquisimo caso sus gentes de tales observaciones.

En efecto, estaba todo el suelo impregnado de oro. Le recogian entre las raices de los árboles, que eran de portentosa altura y magnífico follaje. En dos horas que allí estuvieron, cada hombre habia recogido una corta cantidad de oro de la superficie de la tierra. De allí condujeron los guias al Adelantado á la cima de una alta colina, y mostrándole una extension de tierra que llegaba hasta donde podia alcanzar la vista, le aseguraron que toda, hasta veinte dias de viaje al Occidente, abundaba en oro, y con especialidad ciertos lugares que le nombraron.

El Adelantado y su gente volvieron contentísimos á los buques, y alegraron al Almirante con el favorable informe de su expedicion. Pronto descubrieron, empero, que los habia engañado el político Quibian. Los guias, segun sus instrucciones, condujeron á los españoles á las minas de un cacique vecino con quien estaba en guerra, esperando llevar con aquella estratagema tan peligrosos invasores fuera de sus dominios, y mantenerlos en las tierras de su enemigo. Supo el Almirante que las verdaderas minas de Veragua estaban mas cercanas y eran mas ricas.

El Adelantado salió otra vez el 16 de febrero con una partida de cincuenta y nueve hombres, marchando por la costa al Occidente y llevando por el mar, paralelo á él, un bote con catorce hombres. En esta excursion exploró un dilatado trecho, y visitó los dominios de varios caciques que lo recibieron muy amistosamente.

Contínuamente hallaba pruebas de la abundancia de oro de aquellos alrededores; los indios llevaban generalmente grandes láminas suspendidas al cuello con cordones de algodon. Tambien habia terrenos cultivados con maiz, uno, que se dilataba seis leguas, y abundaban las campiñas en exquisitos frutos. De nuevo oyó hablar de una nacion del interior, adelantada en las artes y la guerra, que llevaba tropas y armas como las de los españoles. O serian estos rumores vagos y exagerados, respecto al grande Imperio del Perú, ó equivocaria el Adelantado los signos de los indios. Volvió á los pocos dias, con grande cantidad de oro y los mas lisonjeros informes del pais. Pero no habia hallado ningun puerto igual al del rio de Belen, y estaba convencido de que en ningun otro distrito abundaba tanto el oro como en el de Veragua.

CAPITULO VII.

PRINCIPIO DE UN ESTABLECIMIENTO EN EL RIO DE BELEN. — CONSPIRACION DE LOS NATURALES. — EXPEDICION DEL ADELANTADO PARA SORPRENDER Á QUIBIAN.

(1503.)

Los informes que Colon recibia continuamente de la riqueza de aquellos paises, el dorado trecho de veinte dias de camino, mostrado á su hermano desde la montaña, los rumores de un país rico y civilizado en el interior, todo le persuadia de que habia llegado á la region mas favorecida del continente asiático. De nuevo brillantes ilusiones fascinaron su espíritu. Imaginaba hallarse en una fuente de riquezas, en uno de los manantiales de la opulencia ilimitada de Salomon. Josefo, en sus Antigüedades judáicas, habia expresado la opinion de que el oro empleado en el templo de Jerusalém era de las minas del Aureo Quersoneso. Colon suponia que fuesen estas las minas de Veragua. «Están, decia él, á la misma distancia del »polo y de la línea;» y si los informes que creia haber recibido de los indios merecian fe, debian estar situadas á la misma distancia del Ganges.

Este, pues, le pareció ser sitio á propósito para formar una colonia, y establecer un mercado que llegase á ser emporio de la riqueza de una vasta extension de minas. En dos dias habia visto en aquel pais, segun escribió á los soberanos, mas señales de oro que en cuatro años en Española. Aquella isla tanto tiempo objeto de su orgullo y esperanzas, se le habia arrebatado injustamente, y era un teatro de confusion; la costa y perlas de Pária se veian saqueadas por meros aventureros; todos sus planes respecto á ambas estaban destruidos; pero allí tenia una region incomparablemente mas opulenta que cualquiera de las otras.

Consultándolo antes con su hermano, resolvió empezar un establecimiento para asegurar la posesion del país, explorar y explotar las minas. El Adelantado se obligó á permanecer con la mayor parte de la gente, mientras volvia el Almirante á España por refuerzos y provisiones. Se empleó la mayor actividad en llevar á efecto inmediato aquella operacion. Ochenta hombres fueron nombrados para ello. Se distribuyeron en cuadrillas de á diez cada una, y empezaron á erigir casas en una pequeña altura, situada junto á un barranco, á tiro de ballesta del rio de Belen. Las casas eran de madera, cubiertas con hojas de palma que crecian en la playa adyacente. Una mayor que las otras debian servir de almacen para las municiones, artillería y parte de los víveres. Pero la mayor parte de estos quedaba almacenada, para mas seguridad, á bordo de una de las carabelas, que debia destinarse al uso de la colonia. Es cierto que solo les quedaban ya poquísimos comestibles europeos, consistiendo estos en galleta, queso, aceite, vino y vinagre; pero la tierra producia excelentes frutos, y entre otros ananas, plátanos, piñas y cocos. Tambien habia abundancia de maiz y varias raices como las de Española. Los rios y costas abundaban en pescado, y tenian para cogerlo los aparejos necesarios. Los naturales hacian tambien brebajes de varias especies. Uno extraido del zumo de las piñas sabia á vino; otro sacado del maiz parecia cerveza; exprimian otro del fruto de una especie de palma. Colon se esforzó en conciliar la buena voluntad de los indios, para que en su ausencia satisfaciesen las necesidades de la colonia, é hizo muchos regalos á Quibian para que le repugnase menos la invasion de su territorio.

Tomadas las medidas necesarias para el bien de la colonia, y concluido el número suficiente de casas, se disponia el Almirante á partir, cuando vino á estorbárselo un inesperado obstáculo. Acababan de cesar las lluvias que tanto le habian incomodado en aquella expedicion. Los torrentes de las montañas estaban agotados; y el rio, que en tanto peligro lo habia puesto con su repentina hinchazon, ya no tenia en la barra mas que media braza de agua. Aunque pequeños, sus bajeles no podian pasar por las arenas que cegaban la desembocadura del rio, porque habia una resaca furiosa. Se vió, pues, obligado á esperar pacientemente deseando la vuelta, de aquellas lluvias que tanto le apesadumbraron, para que una segunda inundacion hinchase el rio y le permitiese partir.

Entre tanto Quibian, el cacique de Veragua, veia con secreta indignacion á aquellos extranjeros, edificando casas, sorprendiendo los secretos del país y manifestando la intencion de establecerse en su territorio. Era de osado y marcial espíritu, tenia muchos guerreros á sus órdenes, é ignorando la vasta superioridad de los europeos en las operaciones belicosas, pensó que seria fácil destruirlos completamente con un plan bien combinado. Envió mensajeros en todas direcciones mandando se presentasen las gentes de armas en su residencia cerca del rio Veragua, bajo pretexto de hacer la guerra á una provincia circunvecina.

Pasaron muchos guerreros indios por el puerto donde andaban los buques con direccion á los reales de su caudillo. Ni el Almirante, ni los oficiales españoles tenian la menor sospecha de su verdadero designio. A bordo de la escuadra, empero, habia un tal Diego Mendez, hombre receloso y muy afecto al Almirante. Iba con el empleo de escribano mayor, y

debia quedar en la colonia con el de contador general. Era Mendez naturalmente sagaz, astuto y curioso; y pudo percibir algo en los movimientos de los indios, que le hizo imaginar su verdadero designio. Comunicó al Almirante aquellas sospechas, y se ofreció á ir por la costa en un bote armado al rio Veragua, á ver y observar el campamento indio. Fue aceptado su audaz ofrecimiento. Salió Mendez del rio, pero no habria avanzado una legua por la costa, cuando percibió en ella muchas fuerzas indias. Inmediatamente desembarcó solo, y mandando que el bote quedase flotando, entró osadamente por entre los indios. Habria mil guerreros armados y provistos como para una expedicion. Mendez se ofreció á acompañarlos contra sus enemigos con su lancha armada. Los indios no aceptaron la propuesta. Volvió á su bote, y se mantuvo observándolos toda la noche, hasta que viendo ellos que no se les perdia de vista, se retiraron á Veragua.

Mendez se apresuró á dar al Almirante informe de lo que habia visto, manifestando, que en su opinion, la intencion de los indios era sorprender á los españoles. El Almirante no estaba dispuesto á creer semejante traicion, y deseaba obtener pruebas mas convincentes antes de interrumpir la buena inteligencia que real ó aparentemente existia con los naturales. El celoso é infatigable Mendez se ofreció entonces á ir por tierra con un solo compañero, y penetrar como espía en los mismos reales de los indios, y en la residencia de Quibian. Era un servicio de vida ó muerte; pero tan arriesgadas empresas deleitan á los hombres capaces de ejecutarlas. Saliendo con su compañero Rodrigo de Escobar, procedieron á pié por la costa, evitando aquellas selvas casi impenetrables á los europeos, y así llegaron á la entrada del Veragua. En él vieron dos canoas de indios, con quienes conversó Mendez por señas. Pero de ellas coligió que tenian fundamento sus sospechas. El ejército que él habia vigilado iba con destino al puerto para sorprender y quemar los buques y casas de los españoles, y exterminar á estos. Les habia desconcertado el ver que los observaban, y aplazaron la ejecucion de su intento. Mendez pidió á los indios le llevasen por el rio á la residencia de Quibian. Le hicieron presente que se esponia á morir con certeza; pero él venció sus escrúpulos con algunos regalos y le desembarcaron en el lugar del cacique.

No era este compacto, sino que se componia de muchas casas separadas y erigidas por entre los árboles á la orilla del rio. La habitacion de Quibian era espaciosa, y situada en mas alta posicion que las otras sobre una colina que salia de la misma orilla del agua. Mendez encontró allí los reales, y el bullicio y movimiento de los preparativos guerreros. La llegada de los dos españoles, excitó sorpresa é inquietud. Cuando quisieron subir por la colina á la mansion del cacique, se opusieron á ello los indios. Mendez, habiendo oido que Quibian tenia una herida de flecha en una pierna, dijo que era cirujano, y que iba expresamente á curar al cacique; con esto, y con la distribucion de algunos regalos, le permitieron seguir adelante. Estaba la mansion del cacique en la cresta de la colina. Se extendia delante de ella una especie de esplanada, alrededor de la cual habia trescientas cabezas de enemigos muertos en batalla. No desanimados por la vista de tan triste entrada de la mansion del sangriento guerrero, cruzaron la esplanada Mendez y Escobar, cuando una multitud de mujeres y chicos que estaban juntos alrededor de la puerta, empezaron á dar agudos alharidos, y huyeron aterrados á la casa.

Un jóven y vigoroso indio, hijo del cacique, salió de ella violentamente irritado, y dió á Mendez un golpe, que le hizo retroceder algunos pasos. Este se esforzó en apaciguar al indio con palabras suaves; sacó una cajita de ungüento, y le aseguró que solo venia para curar la herida de su padre. Pudo al fin con mucha dificultad adormecer las sospechas, y templar el furor del jóven, regalándole un peine, tijeras y espejo, y enseñándole á él y á sus indios á usarlos para peinarse, lo cual les agradó mucho. Tan singular es que el hombre en el estado salvaje es mas accesible á la vanidad que á ninguna otra flaqueza. Viendo que era imposible ver al cacique, y teniendo pruebas suficientes de los peligrosos proyectos que contra los españoles se habian formado, é iban á ejecutarse de seguida, volvió Mendez sin dilacion al puerto.

Los informes de este fueron confirmados por un intérprete indio, natural de las cercanías, muy afecto á los blancos, que rebeló los designios de sus paisanos al Almirante. Por él se supo, que Quibian, con una grande fuerza, intentaba asaltar los buques y casas en el silencio de la noche, entregarlos á las llamas, y matar á todos los españoles. Inmediatamente se nombraron guardias que protegiesen la escuadra y la colonia; pero el ánimo militar del Adelantado sugirió un expediente mas atrevido. Fue este marchar sin demora á la residencia de Quibian, soprenderlo, apoderarse de él, de su familia y principales caudillos, enviarlos prisioneros á España, y conservar la poblacion para el servicio de los españoles.

Para el intrépido Adelantado concebir un plan era llevarlo inmediatamente á cabo; y en efecto, aquel riesgo no admitia dilaciones. Tomando setenta y cuatro hombres bien armados, entre quienes iba Diego Mendez, y llevando consigo el intérprete indio que habia rebelado la conjuracion, salió el 30 de marzo en los botes, y llegó á la boca del Veragua, le subió rápidamente, y antes que los indios tuviesen noticia de sus movimientos desembarcó en el lugar al pié de la colina en que estaba situada la mansion del cacique.

Cuando supo Quibian que estaba abajo el Adelantado con muchos españoles, le envió un mensaje pidiéndole se abstuviese de entrar en su casa; no por miedo de hostilidad, segun se cree, ó por sospecha de que estuviesen descubiertos sus designios, sino temeroso de que viesen los españoles á sus mujeres: Fernando Colon indicó que los indios de aquella costa eran muy zelosos. Tambien es probable, que la conducta de los españoles para con sus mujeres les habia dado abundantes motivos para serlo.

El Adelantado no dió la menor importancia á esta súplica; pero para que no sospechase el cacique, y huyese al ver tanta gente, ganó la colina, acompañado por solos cinco hombres, entre los cuales iba Diego Mendez, mandando que subiesen los otros con grande secreto y cautela, de dos en dos, y bastante separados unos de otros. Cuando oyeran disparar un arcabuz, debian rodear la casa y no dejar escapar á nadie.

Al acercarse mas el Adelantado, salió otro mensajero, suplicándole de nuevo que no entrase, pues salia á recibirlo el cacique aunque malo de la herida de una flecha. Poco despues salió Quibian, se sentó en el portal, y pidió al Adelantado que se acercase solo. Don Bartolomé mandó á Diego Mendez y sus cuatro compañeros se mantuviesen á corta distancia observando sus movimientos, y cuando le viesen asir del brazo al cacique, viniesen inmediatamente á su socorro. Entonces se adelantó con el intérprete indio, que iba temblando de miedo, lleno de terror habitual del poderoso cacique, y no creyendo que fuesen los españoles bastantes para oponérsele. Se siguió una corta conversacion por medio del intérprete, relativa al país inmediato. El Adelantado habló entonces de la herida del cacique, y pretendiendo ir á examinarla, le asió del brazo. A la señal concertada cuatro de los españoles se precipitaron sobre él, y el quinto

descargó su arcabuz. Quiso el cacique escaparse, pero le tenia firmemente asido la mano de hierro del Adelantado. Siendo ambos hombres de mucha fuerza muscular fue violenta la lucha. Don Bartolomé, empero, mantenia la ventaja; y habiendo venido á su ayuda Diego Mendez y los otros compañeros, ataron á Quibian de piés y manos. Al ruido del arcabuz rodearon los demás españoles la casa, y apresaron á cincuenta personas que habia dentro, jóvenes y ancianas. Entre estas se hallaban las mujeres é hijos de Quibian y muchos de sus súbditos principales. Ninguno fue herido, porque no hubo resistencia, y jamás permitia el Adelantado derramar sangre inútilmente. Cuando los pobres salvajes vieron cautivo á su príncipe, llenaron el aire de lamentos, é imploraron su libertad, ofreciendo por rescate un grande tesoro, que segun ellos estaba oculto en la selva vecina.

El Adelantado se manifestó sordo á sus ofrecimientos y súplicas. Quibian era enemigo demasiado peligroso para ponerlo en libertad: como prisionero serviria en rehenes para la seguridad de la colonia. Temiendo que estuviesen en armas todas las cercanías, y ansioso de asegurar su presa, determinó enviar al cacique y los otros prisioneros á bordo de los buques, mientras permanecia él en tierra, con parte de su gente, para perseguir á los indios que se habian escapado. Juan Sanchez, primer piloto de la escuadra, hombre de mucha fuerza y ánimo, se ofreció voluntariamente á conducir los cautivos. Cuando el Adelantado le entregó al cacique, le previno vigilase con atencion todo intento de rescate ó fuga. El bravo piloto respondió, que si se le escapaba el cacique de las manos, permitia que se le arrancasen las barbas pelo á pelo. Con esta baladronada partió, llevándose á Quibian atado de piés y manos. En el bote le amarró con una cuerda fuerte á uno de los bancos. Era la noche muy oscura. Al ir el bote rio abajo, se quejaba amargamente el cacique del dolor de sus ligaduras, hasta herir de compasion el áspero corazon del bárbaro piloto. Cuando ya estaban casi á la boca del rio, aflojó un poco la cuerda que ataba á Quibian al banco, conservando el cabo en la mano. El astuto indio esperó entonces ocasion oportuna, y cuando Sanchez estaba mirando á otra parte, se arrojó repentinamente al agua. Pareció que una roca habia caido al rio. Se sumergió hasta el fondo y desapareció; y tan violenta fue su inmersion, que tuvo el piloto que abandonar la cuerda para no caer tambien al agua. La oscuridad de la noche, y el bullicio que se siguió para impedir la evasion de los otros prisioneros, hicieron imposible perseguir al cacique, ni averiguar su destino. Juan Sanchez se apresuró á ganar los buques con el resto de los cautivos, avergonzado de su anterior jactancia.

El Adelantado permaneció toda la noche en tierra. A la otra mañana, cuando vió aquel país quebrado y montañoso, y aquellas casas diseminadas por las alturas, abandonó la busca de los indios, y volvió á los buques con los despojos de la mansion del cacique. Consistian estos en brazaletes y láminas de oro macizo, como las que llevaban al cuello, y algunas coronas del mismo metal. El todo valia trescientos ducados. De estos se separó la quinta parte para el gobierno, y el residuo se repartió entre los que habian llevado á cabo la empresa, asignando al Adelantado una de las coronas como trofeo de su hazaña.

CAPITULO VIII.

DESASTRES DE LA COLONIA.

(1496.)

Esperaba Colon que la vigorosa empresa del Adelantado aterraria los indios circunvecinos. Quibian habia probablemente perecido. En caso de que sobreviviese, estaria desanimado por la pérdida de su familia, y de muchos de sus principales súbditos y temeroso de que fuesen estos responsables de los actos de violencia que él cometiese. Las lluvias, pues, tan frecuentes en las montañas de aquel istmo, hincharon de nuevo el rio, y habiendo Colon tomado sus últimas providencias para el buen órden de la colonia, dado muchos sanos consejos á los españoles que debian quedar en ella, y despedídose afectuosamente de su hermano, salió con tres carabelas, dejando la cuarta para el uso del establecimiento. Como aun estaba baja el agua en la barra, fue necesario aligerar los buques de gran parte de sus cargos. Se les sacó á remolque en tiempo de calma, cuando apenas habia marea. Encallaron, empero, repetidas veces, y á no haber sido la arena de la barra muy ligera y movediza, hubiera causado grandes daños. Ya fuera del rio y reembarcados los cargamentos, permanecieron anclados á una legua de la costa, esperando viento favorable. Era la intencion del Almirante tocar á Española en su viaje, y enviar de allí los refuerzos y provisiones que pudiese. Continuando el viento adverso, mandó un bote á tierra el 6 de abril, á las órdenes de don Diego Tristan, capitan de una de las carabelas, para que trajese agua y leña é hiciese ciertas comunicaciones al Adelantado. El envio de este bote fue fatal para su tripulacion y afortunado para la colonia.

No habia perecido el cacique Quibian, como suponian algunos. Aunque con los piés y brazos atados, estaba en el agua como en su natural elemento. Precipitándose al fondo del rio, fué nadando por debajo de la superficie, hasta alejarse bastante del bote para que no se le pudiese ver en la oscuridad de la noche; salió luego y continuó nadando hasta la orilla. La desolacion de su casa y la captura de sus mujeres é hijos, le llenaron de angustia; pero cuando vió los bajeles en que estaban cautivos salir al rio y llevárselos al desconocido mundo de donde habian venido los extranjeros, se llenó de furia y desesperacion, y resolvió tomar señalada venganza de los blancos que en tierra quedaban. Juntando un gran número de guerreros se acercó á la colonia, de aquel modo silencioso y callado con que sin ser oidos, suelen atravesar los indios las mas espesas selvas. Rodeaba la pequeña colina en que estaban las casas de los españoles, un dilatado bosque, por el que pudieron aproximarse ocultamente los indios hasta la distancia de diez pasos de ellos. Los españoles pensando que estuviese el enemigo completamente desanimado y disperso, descansaban con la mayor confianza. Algunos habian bajado á la costa á ver salir los buques; muchos estaban á bordo de la carabela del rio, otros repartidos por las casas; súbitamente salieron del bosque los indios con gritos y agudos alaridos, se precipitaron en las casas, y empezaron á arrojar sus lanzas y venablos al través de los techos de palma, ventanas y aberturas de las paredes. Como eran las casas pequeñas, varios de los habitantes fueron heridos. A la primera alarma tomó una lanza el Adelantado, y salió á la cabeza de siete ú ocho hombres, á quienes animaba á hacer una vigorosa defensa con su ejemplo y palabras. Diego Mendez tambien juntó varios de sus compañeros, y viniendo al socorro del Adelantado, hicieron entre los dos huir á los enemigos á la selva matando é hiriendo á muchos. Los indios despedian entre los árboles nubes de saetas é hicieron algunas salidas furiosas con sus clavas; pero nada podia resistir el cortante filo de las espadas españolas, y un fiero perro de presa completó el terror de los indios. Huyeron, pues, despavoridos por las selvas, dejando muchos cadáveres en el campo, y habiendo muerto á un español y herido á ocho. Entre estos se contaba el Adelantado, que recibió una ligera lanzada en el pecho.

El bote que envió á tierra el Almirante, llegó en

medio del conflicto. Diego Tristan, su gefe, se mantuvo como mero espectador, temiendo que acercándose á tierra, se precipitaran sobre su bote tantos españoles que le echasen á pique. Cuando ya habian huido los indios, siguió por el rio en busca de agua dulce, despreciando el consejo de sus compatriotas, que le predecian desde tierra, iba á ser cortado por las canoas indias.

Era el rio profundo y estrecho, acanalado entre elevadas orillas y espesos árboles; de modo que no habia desembarcadero, excepto los puntos en que serpenteaba por entre los matorrales alguna estrecha senda que llegaba al agua, y que servia á los indios para la pesca ó para entrar en sus canoas.

El bote habia ascendido como una legua mas allá del lugar, á una parte del rio donde era el agua dulce y completamente sombría por sus altas márgenes y extendidos árboles. De pronto se oyeron en derredor los alaridos y el retumbo de los caracoles. Ligeras canoas empezaron á salir en todas direcciones de los oscuros receptáculos y espesuras de ambos lados. Manejaba cada canoa un solo salvaje, y guarnecian la orilla otros blandiendo sus lanzas y arrojándoselas á los españoles. Multitud de ellos hacian lo mismo desde los árboles. Habia en el bote ocho marineros y tres soldados. Incomodados por aquella lluvia de proyectiles, confundidos por la griteria y estrépito de los caracoles, y por los asaltos que de todos lados aumentaban, se amilanaron, y abandonando los remos y las armas, solo pensaron en cubrirse con los escudos. El comandante Diego Tristan habia ya recibido muchas heridas; pero todavía manifestó grande intrepidez, queriendo animar á su gente, cuando un venablo lanzado por un indio le penetró los sesos al través del ojo derecho, y cayó muerto. Se acercaron entonces las canoas mas y mas al bote, hasta apoderarse de él y acabar con una general carnicería. Solo escapó un español llamado Juan de Noya, tonelero de Sevilla, que habiendo caido al agua en medio de la accion, pudo recalar hasta la orilla, salir del rio y huir sin ser visto. De allí pasó á la colonia y participó la muerte de su capitan y compañeros.

Los españoles se desalentaron mucho viendo los peligros que crecian en derredor suyo. Eran pocos en número, varios de entre ellos heridos, y todos en medio de tribus de exasperados salvajes, mucho mas fieros y belicosos de carácter que aquellos que estaban acostumbrados á hostilizar. Ignoraba el Almirante sus infortunios, y pensaban ellos que se daria á la vela sin socorrerlos, teniendo que morir bajo la fuerza enorme de los bárbaros, ó extenuados de hambre en aquella costa enemiga. Sobrecogidos de un terror pánico, determinaron entrar en la carabela que les habia quedado, y abandonar del todo aquellos sitios. En vano quiso el Adelantado persuadirlos á que no lo hicieran; nada los satisfacia sino salir al mar inmediatamente; pero les esperaba un nuevo contratiempo. Habian cesado los torrentes, bajádose el agua, y no quedaba ya bastante para que el buque pasase la barra. Tomaron el bote de la carabela para dar noticia de su estado al Almirante, y pedirle no los abandonase, pero el mucho viento y la fuerte resaca que se quebraba en la desembocadura del rio, no dejaron salir el bote. Mientras así se veian sin retirada ni esperanza de socorro, se aumentaban mas y mas los horrores. Los despedazados cuerpos de Diego Tristan y su gente vinieron flotando rio abajo, y se mantuvieron por el puerto, acompañados de cuervos y otras aves carnívoras que los devoraban, graznando y disputándose la presa. Los españoles temblaban al contemplar aquella escena, representacion fatídica del destino que á ellos tambien esperaba.

Los indios, entre tanto, animados por su buen éxito contra la tripulacion del bote, renovaron su hostilidad en el puerto. Se respondian y comunicaban sus alaridos por varias partes de las cercanías. El estrépito desconcertador de los caracoles y tambores se oia en todas direcciones desde el profundo seno de los bosques, y mostraba que el número de los enemigos crecia á cada paso. Parecia que llenaban la selva adyacente, desbordándose al percibir alguna partida suelta de españoles, y dando ataques parciales á las casas. Ya no era seguro permanecer en el pueblo que los españoles habian edificado. La cerrada selva que le rodeaba cubria las invasiones de los enemigos. El Adelantado eligió, pues, otro sitio abierto y sobre la costa, á bastante distancia del bosque. Allí formó una especie de baluarte del bote de la carabela, de cascos, cajas y otros artículos semejantes. Quedaron abiertos dos huecos, en que se pusieron falconetes ó piezas pequeñas de artillería, de tal modo, que dominasen la llanura. En aquel pequeño fuerte se encerraron los españoles; sus muros eran defensa suficiente contra los dardos y flechas de los indios; pero principalmente confiaban en las armas de fuego, cuyo sonido llenaba de terror y espanto á los salvajes, y mas cuando vieron el efecto de las balas, que desgarraban los árboles, y llevaban la destruccion á grande distancia. Quedaron, pues, por entonces refrenados los indios, sin osar salir de sus guaridas; pero los españoles, fatigados con alarmas y vigilias continuas, llegaron á desanimarse, y presagiaban toda especie de males para cuando se les acabasen las municiones, ó el hambre los instigase á salir en busca de alimento.

CAPITULO IX.

INQUIETUD DEL ALMIRANTE A BORDO DE SU BUQUE.—SOCORRO DE LA COLONIA.

(1503.)

Mientras el Adelantado y su gente estaban expuestos á tan inminentes peligros en tierra, prevalecian las mas siniestras presunciones á bordo de los buques. Pasaban dias y dias sin que volviesen Diego Tristan ni sus compañeros, y era de temer que les hubiese sucedido algun desastre. Colon hubiera querido enviar gente á tierra á investigarlo; pero solo le quedaba un bote para el servicio de la escuadras, y no era prudente arriesgarlo en la resaca de aquellas orillas. Una triste circunstancia ocurrió entonces, propia para aumentar el abatimiento é inquietud de las tripulaciones. Estaban aprisionadas á bordo de una carabela la familia y servidumbre del cacique Quibian. Se pensaba llevarlos á España, porque en tanto que permaneciesen en poder de los españoles, confiaba Colon en que su tribu se abstendria de provocar nuevas hostilidades. Se les encerraba de noche en el castillo de proa de la carabela, cuya escotilla estaba asegurada por una fuerte cadena y candado. Como dormian sobre la misma escotilla muchos marineros, y estaba ademas muy alta, la consideraban fuera del alcance de los presos, y no cuidaron de asegurar bien la cadena. Los indios descubrieron aquella negligencia, y formaron el proyecto de escaparse. Juntando muchas piedras de las que servian de lastre al navio, hicieron un monton bastante alto debajo de la escotilla, se subieron por él varios de los guerreros mas fuertes, doblando las espaldas y hombros, y apoyándolos en la parte interior de aquella tapa; luego por medio de un esfuerzo simultáneo y repentino hicieron saltar sus goznes, y arrojaron á los marineros que dormian sobre ella al otro lado del buque. En un instante la mayor parte de los indios salió del castillo, se arrojó al mar y empezó á nadar para la costa. Se dió el grito de alarma, y se impidió á algunos que saliesen; á otros se les cogió al momento de arrojarse al agua, y se les hizo volver al castillo de proa; que se cerró y encadenó cuidadosamente, poniendo en él una guardia por el resto de la noche. A la otra ma-

ñana, cuando fueron los españoles á ver á sus cautivos, los hallaron todos muertos. Algunos se habian ahorcado con cuerdas, y las rodillas tocaban al suelo: otros se habian pasado las cuerdas alrededor del cuello y atirantádolas con los piés, viéndose en el modo de suicidarse la mas inflexible determinacion de morir.

La evasion de los prisioneros fue causa de mucha inquietud para el Almirante. Temia que estimulasen á sus compatriotas á algun acto violento de venganza, y temblaba por la seguridad de su hermano. Aun reinaba en tierra el mas penoso misterio. No habia vuelto el bote de Diego Tristan, y la resaca impedia toda comunicacion. Todos formaban las mas tristes congeturas acerca del destino de sus compañeros. Al fin, un tal Pedro Ledesma, piloto de Sevilla, hombre de grandes fuerzas y ánimo, se presentó al Almirante, ofreciendo, si le llevaba el bote hasta la márgen de la resaca, á arrojarse á ella, nadar hasta la orilla, y traer nuevas de sus compañeros. Le habia picado la hazaña de los cautivos indios, que habian nadado mas de una legua para llegar á tierra, despreciando el mar y la resaca. Ciertamente, decia, si ellos osan aventurar tanto por su libertad individual, yo debo arrostrar á lo menos parte del mismo peligro, para salvar las vidas de tantos compañeros. Su ofrecimiento fue recibido con gratitud por el Almirante, y ejecutado con la mayor bizarría. Se acercó en el bote hasta donde la seguridad de este lo permitia, y mandó á los marineros que esperasen allí su vuelta. Se desnudó entonces, se arrojó al mar, y despues de luchar algun tiempo con las embravecidas olas que en la barra se quebraban, ora flotando sobre ellas, ora sumegido debajo, ó arrojado impetuosamente contra la arena, pudo al fin llegar á tierra.

Estaban sus compatriotas bloqueados por los salvajes en la recien labrada fortaleza, y por ellos supo el trágico fin de Diego Tristan y sus compañeros. Muchos españoles, en su desesperacion y horror, habian renunciado á toda disciplina. Rehusaban asistir á toda obra que tuviese por objeto su permanencia en tierra, y solo pensaban en marcharse. Cuando vieron á Ledesma de mensajero de la escuadra, le rodearon con frenética vehemencia, pidiéndole implorase al Almirante que los recibiese á bordo y no los abandonase en una costa donde su ruina era inevitable. Estaban preparando canoas para ir á los buques cuando se mejorase el tiempo, no usando el bote de la carabela por ser demasiado chico. Si rehusaba el Almirante admitirlos á bordo, juraban que se embarcarian en el bajel que les habia quedado, tan pronto como pudiesen sacarlo del rio, y se abandonarian á merced de los mares, antes que quedarse en aquella costa fatal.

El intrépido y fuerte Ledesma, habiendo oido cuanto sus compatriotas tenian que decirle, y en particular al Adelantado y los oficiales, emprendió su peligrosa vuelta. De nuevo luchó con la resaca, venció las ondas, alcanzó el bote, y volvió á bordo. Las desastrosas nuevas de la colonia llenaron de dolor y espanto el corazon del Almirante. Dejar á su hermano en tierra, era dejarle expuesto á la saña de su propia gente y á la ferocidad de los salvajes. No podia mandar refuerzos de la escuadra, habiendo minorado sus tripulaciones la pérdida de Tristan con la gente que llevaba. Antes de deshacer la colonia hubiera querido agregarse él mismo con todas sus tripulaciones al Adelantado: ¿pero cómo se podria entonces dar cuenta á los soberanos de aquel importante descubrimiento, y obtener socorro de España? Parecia, pues, no haber alternativa, y serle preciso embarcar toda su gente, abandonar por entonces la colonia, y volver mas adelante con la fuerza necesaria para tomar posesion del país. El estado de la atmósfera hacia dificultosa hasta la ejecucion de este proyecto. El viento continuaba arreciando, la mar alta, y no podian pasar botes de tierra á la escuadra. La situacion de los bajeles era en extremo peligrosa. Tenian poca gente, y estaban averiados por las tormentas que habian sufrido y por el incesante roer de los gusanos. En semejante condicion estaban anclados en una costa de barlovento, con viento y mar tempestuosos, y en un clima sujeto á tormentas aun mayores. Cada hora aumentaba la inquietud de Colon por su gente, su hermano y sus bajeles. Tantos dias de perturbacion constante, acabaron de deteriorar su constitucion ya menoscabada por la edad y los padecimientos. Entre agudas enfermedades corporales, y pasiones de ánimo profundas, le sobrevinieron delirios, y las visiones que en tales momentos abortaba su imaginacion calenturienta, solia él considerarlas misteriosos y sobrenaturales avisos. En una carta dirigida á los soberanos da cuenta de una especie de vision que le habia alentado en su amargura, cuando yacia en el lecho del dolor.

«Fatigado y suspirando, dice, me asaltó un sueño »ligero, cuando oí una compasiva voz que me decia: »¡Oh necio y perezoso en servir á tu Dios, el Dios »de todas las cosas! ¿Qué hizo él mas por Moises, ó »por su siervo David? Desde que naciste ha tenido »de ti especial cuidado. Cuando te vió de edad ma»dura hizo que tu nombre resonara con maravilla »por la tierra. Las Indias, aquellas ricas partes del »mundo te dió á ti para tu herencia, y poder para »que se las dieses á otros segun tu voluntad. A ti te »entregó las llaves de las puertas del Océano, que tan »potentes cadenas cerraban; á ti obedecieron mu»chas tierras, y adquiriste honrosa fama entre cris»tianos. ¿Qué hizo mas por el pueblo de Israel cuan»do le sacó de Egipto? ¿O por David, á quien de »pastor hizo rey? Vuelve, pues, á él los ojos, y con»fiesa tu error; su misericordia es infinita. Tu edad »no será impedimento para ninguna grande empre»sa. Abraham tenia mas de cien años cuando engen»dró á Isaac; ¿y era Sara jóven? Tú, que pides so»corro con abatimiento ¡responde! ¿quién te ha »affigido tanto y tantas veces? ¿Dios, ó el mundo? »Los privilegios y promesas que Dios te ha hecho, »nunca ha faltado á ellos; ni dicho, despues de haber »recibido tus servicios, que su sentido era diferente, »y que debia entenderse de diferente modo. El eje»cuta á la letra. El cumple todas sus promesas con »aumente, tal es su costumbre. Te he mostrado lo »que tu Criador hace por ti, y lo que hace por todos. »El presente es el premio de los trabajos y peligros »que has sufrido sirviendo á otros. Todo esto oí, aña»de Colon, como uno casi muerto, y no tuve poder »para replicar á palabras tan verdaderas, salvo llo»rar por mis errores. Quien quiera que fuese el que »me hablaba, acabó diciendo: ¡no temas! ¡confia! »Todas estas tribulaciones están escritas en mármol, »y no sin causa.»

Tal es la singular narracion de su vision que el Almirante dirige á los soberanos. Se ha sospechado que fue esta una ficcion ingeniosa sagazmente imaginada, para dar una leccion á su príncipe; pero tal interpretacion no se aviene con su carácter. Tenia demasiado temor y reverencia á la divinidad, y demasiado respeto á su soberano para usar tal artificio. Las palabras que le habló la voz supuesta, eran verdades que moraban en su ánimo, y congojaban su espíritu en las horas de vigilia. Es natural que le asaltasen sus agitados sueños; y que al recordarlos los coordinase un poco como se hace siempre. Ademas, tenia Colon la conviccion de que era un instrumento especial, puesto en las manos del cielo; lo cual unido á sus supersticiones, características de la edad en que vivia, le inclinaban á confundir todo sueño con una revelacion. No debe medírsele con el mismo compás que á los hombres ordinarios en circunstancias

normales. Es difícil concebir la exaltacion de espíritu á que debió estar sujeto. El sencillo modo con que mezcla en su carta á los soberanos, las rapsodias y sueños de su imaginacion con los hechos mas simples, y con las mas sólidas observaciones prácticas, enunciándolas todas con una especie de solemnidad bíblica y lenguaje poético, es una de las mas notables ilustraciones de un carácter compuesto de extraordinarios elementos.

A los nueve dias de esta supuesta vision, serenó el tiempo, y se restableció la comunicacion con la tierra. Fue imposible sacar del rio la carabela que quedaba; pero se hicieron los mayores esfuerzos para transportar la gente y los efectos, antes que volviese el mal tiempo. En esta operacion, los servicios del celoso Diego Mendez fueron eminentemente útiles. Hacia ya tiempo que se estaba preparando para aquel momento. De las velas del buque habia hecho grandes sacos para recibir la galleta. Habia atado juntas con maderos dos canoas indias, de modo que no pudiesen zozobrar, y construido encima una plataforma capaz de llevar mucho peso. Esta especie de balsa se cargó repetidas veces de víveres, armas y municiones que habian quedado en la costa, y con la jarcia de la carabela que quedaba del todo desarmada. Cuando ya tenia bastante peso, la llevaba el bote á remolque hasta los navíos. Así; con incesante trabajo, se llevaron en dos dias á bordo de la escuadra casi todas las cosas de valor, y poco mas quedó en tierra que el casco de la carabela, pudriéndose en la arena del rio. Diego Mendez intervino en esta operacion con la mas infatigable actividad y vigilancia. El y cinco compañeros, fueron los últimos que dejaron la playa, permaneciendo toda la noche en su peligroso puesto, y embarcándose por la mañana con el último cargo de efectos.

Nada puede compararse al gozo de los españoles cuando otra vez se vieron á bordo de los buques y apartados una legua de aquellas selvas que les habian parecido destinadas á serviles de sepulcro. La alegría de sus camaradas no parecia inferior á la suya, y los trabajos y peligros que todavía los rodeaban, se olvidaron en medio de mútuas congratulaciones. El Almirante, penetrado del mérito de los altos servicios de Diego Mendez, en los últimos tiempos de riesgos y desastres, le dió el mando de la carabela, que el desgraciado Diego Tristan habia mandado.

CAPITULO X.

SALIDA DE LA COSTA DE VERAGUA.—LLEGADA Á JAMAICA.—ENCALLADURA DE LOS BUQUES.

(1503.)

Soplando el viento favorablemente, salió Colon á últimos de abril de la desastrosa costa de Veragua. La mala condicion de los buques, la debilidad de las tripulaciones y escasez de los víveres le determinó á pasar vía recta á Española, donde podia recomponer sus buques y proveerse de los objetos necesarios para el viaje de Europa. Con sorpresa, empero, de sus pilotos y marineros tomó de nuevo el rumbo del Oriente por la costa, en vez de salir para el Norte, donde todos consideraban hallarse Española. Imaginaban que queria proceder Colon en derechura para España, y murmuraban abiertamente de la locura de emprender tan largo viaje, faltos de provisiones y en buques tan averiados. Pero Colon y su hermano habian estudiado la navegacion de aquellas mares con ojo mas observador y experimentado. Consideraban necesario ganar una considerable distancia al Oriente antes de virar para Española, para que las corrientes no los llevasen mucho mas abajo del deseado puerto.

El Almirante, empero, no comunicó sus motivos á los pilotos, deseando tener reservado en lo posible el conocimiento de aquellos derroteros, pues que tantos descubridores habia prontos á seguir sus huellas. Quitó tambien sus cartas á los marineros; y se lisonjea en una que escribió á los soberanos, de que ninguno de sus pilotos era capaz de hallar el camino de Veragua ni describir su situacion.

Sordo á las murmuraciones de su gente, siguió Colon costeando hasta Puerto-Belo. Allí le fue forzoso dejar una de las carabelas harto carcomida ya. Todas las tripulaciones quedaron amontonadas en dos carabelas, y estas poco mejores que la que acababan de perder. Apenas bastaban todos los esfuerzos para descargarlas de agua; y el trabajo de las bombas era duro para gentes que estaban tan mal alimentadas y habian sufrido tantos trabajos. Pasaron el Retrete y algunas islas, á que puso el Almirante Las-Barbas, hoy apellidadas Las-Mulatas. Estas, segun Colon, eran las provincias de Mangu, en los territorios del gran Khan, descritas por Marco Polo como adyacentes á Cathay. Continuó diez leguas mas hasta acercarse á la entrada de lo que se llama hoy golfo de Darien. Allí tuvo una consulta con sus capitanes y pilotos, que dijeron no se debia persistir en aquella lucha contra vientos y corrientes contrarias, representándole el lamentable estado de los buques y las enfermedades de las tripulaciones. Despidiéndose, pues, del continente, viró al Norte el 1.° de mayo en busca de Española. Como el viento era del Este, y habia una fuerte corriente hácia el Oeste, se mantuvo Colon al barlovento cuanto le fue posible. Tan poco conocian su situacion los pilotos, que creian estar al Oriente de las islas Caribes, mientras el Almirante temia que con todos sus esfuerzos le habrian llevado las corrientes al Occidente de Española. Sus congeturas estaban bien fundadas, porque el 10 del mismo mes descubrió dos isletas bajas al Nor-oeste de Española, á las cuales llamó las Tortugas por las muchas que en ellas habia, hoy se llaman los Caimanes. Pasando lejos de ellas, y continuando al Norte, se vió el 30 de mayo entre una multitud de isletas al Sur de Cuba, á que anteriormente habia dado el nombre de Jardines de la Reina, entre los ocho y nueve grados Occidente del destinado puerto. Ancló cerca de uno de los cayos á diez leguas de tierra. Sus tripulaciones estaban padeciendo excesivamente de hambre y de cansancio: nada mas quedaba ya de las provisiones que alguna galleta, aceite y vinagre. y tenian que trabajar incesantemente en las bombas para mantener flotando los buques. Apenas habian anclado en estas isletas, cuando les acometió á media noche una tempestad repentina y tan violenta, que segun la frase de Colon, parecia que iba á disolverse el mundo. Casi al momento mismo perdieron tres de sus anclas; y la carabela Bermuda fue arrojada con tanta violencia sobre la del Almirante, que quedaron hechas pedazos la proa de la una y la popa de la otra. Estando la mar muy alta, y tempestuoso el viento, se rozaban y destruian los bajeles entre sí, y costó no poca dificultad el separarlos. Solo quedó un ancla al del Almirante, y esta lo libró de hacerse trizas contra las rocas. Al amanecer se vió que ya el cable estaba tan gastado, que si hubiese habido una hora mas de noche habria sido imposible evitar el naufragio.

A los seis dias, habiendo mejorado el tiempo, reasumió su derrotero de Oriente hácia Española: su gente, como él dice, «abatida y descorazonada, casi todas las anclas perdidas, y los bajeles taladrados y tan llenos de agujeros como un panal de miel.» Despues de luchar contra vientos contrarios, y las acostumbradas corrientes del Oriente, llegó al cabo de la Cruz, y ancló en un lugar á que habia tocado en su viaje de 1494, en la costa del Sur de Cuba. Allí le dieron los naturales pan de cazabe, y permaneció algunos dias detenido por vientos contrarios. Haciéndose de nuevo á la vela, quiso acercarse á Española,

pero todos los esfuerzos fueron impotentes. Los vientos y corrientes continuaban adversos; el agua se iba apoderando mas y mas de los buques, aunque ni un instante dejaban las bombas de trabajar. Entonces desesperado ya el Almirante, viró hácia la isla de Jamáica, en busca de algun puerto seguro. La víspera de San Juan, en 23 de junio, entró en Puerto-Bueno, hoy llamado Dry-Harbour (Puerto Seco); pero no vió indio alguno de quien obtener provisiones; ni habia agua dulce en los contornos. Acosados todos de sed y hambre, salieron hácia el Oriente al otro dia á otro puerto, á que llamó el Almirante de Santa Gloria, conocido actualmente por el de La Caleta de Don Cristóbal. (Don Chistopher's Cove.)

Aquí tuvo al fin que abandonar Colon su lucha contra los elementos. Sus buques no podian ya mantenerse en el mar y hasta en el puerto se hundian. Mandó, pues, que los encallaran á un tiro de ballesta de la orilla, atándolos juntos el uno al lado del otro. Pronto se llenaron de agua hasta las cubiertas. Entonces se construyeron camarotes en las popas y proas para vivienda de las tripulaciones, poniendo el todo en el mejor estado posible de defensa. Encastillado así en el mar, creyó Colon que podria repeler cualquiera ataque repentino de los naturales, y al mismo tiempo impedir que su gente vagase por los alredores, entregándose á los acostumbrados excesos. A nadie se permitia ir á tierra sin permiso especial, y se tomaron las mayores precauciones para impedir que se ofendiese á los indios, pues su exasperacion podia ser fatal á los españoles en su crítico estado. Un áscua encendida que se arrojase á su débil ciudadela, la envolveria en llamas, y los dejaria sin defensa entre millares de enemigos.



LIBRO XVI.

CAPITULO PRIMERO.

NEGOCIACION DE DIEGO MENDEZ CON LOS CACIQUES PARA EL ABASTO DE PROVISIONES.—SU VIAJE Á SANTO DOMINGO DE ÓRDEN DE COLON PARA PEDIR SOCORRO.

(1503.)

La isla de Jamáica era muy populosa y fértil; la Caleta no tardó en llenarse de indios con provisiones para negociarlas con los españoles. Para prevenir disputas en la compra ó reparticion de los víveres, se nombraron dos personas que interviniesen en todos los ajustes, y los comestibles así obtenidos se repartian todas las tardes á la gente. Este arreglo promovió un comercio amistoso. Pero los auxilios que podian prestar los indios no eran bastantes para las necesidades de los españoles. Temian ademas que pronto se acabarian las provisiones en los contornos, y quedarian reducidos á la última miseria. En estas críticas circunstancias Diego Mendez, con su acostumbrado celo, se ofreció voluntariamente á ir con tres hombres á forrajear por la isla. Aceptó el Almirante con alegría su propuesta, y salió Mendez con tres compañeros bien armados. Por todas partes les recibieron los indios con la mayor bondad. Les llevaban á sus casas, les daban de comer y beber á él y sus compañeros, y llenaban todos los ritos de salvaje hospitalidad. Mendez celebró un pacto con el cacique de una tribu numerosa para que cazasen y pescasen sus súbditos, é hiciesen pan de cazabe, llevando diariamente una cantidad de estas y otras provisiones al puerto. Debian recibir en cambio cuchillos, peines, cuentas, anzuelos, cascabeles y otros efectos, de un español que residiria con aquel objeto entre ellos. Hecho el ajuste, despachó Mendez á uno de sus camaradas para que se lo comunicara al Almirante. Siguió luego su camino, y tres leguas mas allá hizo un trato semejante con otro cacique y despachó el segundo compañero con las nuevas. Mas adelante, á unas trece leguas de los buques, llegó á la residencia de un cacique llamado Huarco, que le recibió generosamente. Mandó á sus súbditos que trajesen una grande cantidad de provisiones, por las cuales pagó Mendez en el acto mismo é hizo ajuste para que le mandasen otra provision como aquella á ciertos intérvalos. Envió al tercer compañero con aquellos víveres al Almirante, pidiéndole tambien que pusiese allí un agente para recibir y pagar las provisiones en lo sucesivo.

Se habia ya Mendez quedado solo, ávido siempre de empresas aventuradas. Pidió al cacique dos indios que le acompañaran hasta el fin de la isla, uno para conducir sus provisiones, y otro su hamaca ó lecho

de algodon. Concedidos estos, se adelantó intrépidamente por la costa, hasta llegar á la extremidad oriental de Jamáica. Mandaba allí un poderoso cacique llamado Ameiro. Mendez poseia un ánimo alegre, mucha sagacidad, y modales muy agradables para con los indios. Pronto se hicieron grandes amigos él y el cacique, cambiaron nombres en señal de fraternidad, y Mendez le persuadió á mandar provisiones á los buques. Tambien le compró á este cacique una excelente canoa, por la que le dió una palangana magnífica de azófar una especie de sotanilla ó casacote corto y una de las dos camisas de que constaba su lencería. El cacique le dió ademas seis indios que remasen en su barca; y ambos se separaron mútuamente satisfechos. Diego Mendez volvió costeando y tocando á los varios puntos donde habia hecho sus contratos. Halló ya en ellos á los agentes españoles, llenó de provisiones su canoa y volvió triunfante al puerto, donde le recibieron con aclamaciones sus compañeros, y con brazos abiertos el Almirante. Las provisiones que traian fueron oportunísimas, por hallarse ya padeciendo hambre material los españoles; y en lo sucesivo llegaban todos los dias indios bien cargados de ellas, de los mercados que habia establecido.

Estando ya satisfechas las inmediatas necesidades de su gente, ideó medios Colon para salir de la isla. No era posible reparar ya los buques, ni habia esperanza de que le socorriese buque alguno en las playas de una isla salvaje y de una mar no surcada. Lo mas racional parecia dar noticia de su situacion á Ovando, el gobernador de Santo Domingo, pidiéndole despachase un buque á su socorro. ¿Pero cómo iria este mensaje? La distancia entre Jamáica y Española era de cuarenta leguas, por en medio de un golfo agitado por contrarias corrientes, que solo podian atravesarla las ligeras canoas de los salvajes; ¿y quién emprenderia tan arriesgado viaje en una frágil barca de esta especie? La idea de Diego Mendez, y de la canoa recien comprada, asaltó repentinamente la memoria de Colon. Conocia el ardor y la intrepidez de Mendez, por lo que llamándolo aparte le habló de un modo capaz de estimular su celo. El mismo Mendez describe sin artificio alguno esta conversacion característica.

«Diego Mendez, hijo mio, dijo el venerable Almi»rante, ninguno de los que aquí están conoce el »grande peligro de nuestra situacion, salvo nosotros »dos. Somos pocos en número, y muchos los salvajes »indios, y de naturaleza mudable y pronta á irritarse. »A la menor provocacion pueden arrojar fuego desde »la orilla, y consumirnos en nuestros camarotes, cu»biertos de paja. El trato que con ellos habeis hecho »para las provisiones y que ahora cumplen alegres, »pueden romperlo mañana por capricho, y rehusar »traernos mas víveres, ni tenemos medios para obli»garlos á ello por fuerza, sino que estamos entera»mente á merced suya. Yo tengo pensado un remedio, »si os parece conveniente. En la canoa que habeis »comprado puede alguno pasar á Española, y procu»rar un bajel, con el cual nos libraremos de este gran»de peligro en que hemos caido. Decidme vuestra »opinion en este asunto.»

«A esto, dice Diego Mendez, yo contesté Señor, el »peligro en que estamos puestos, yo bien lo conozco, »es mucho mayor de lo que puede imaginarse. En »cuanto á pasar de esta isla á la Española en bajel tan »pequeño como una canoa, yo lo considero no solo di»fícil, sino imposible; pues es necesario atravesar un »golfo de cuarenta leguas, y entre islas en que es el »mar en extremo impetuoso, y rara vez está sosegado. »Yo no sé quien querria aventurarse á tan extremo »peligro.»

No replicó Colon; pero en sus miradas adivinó Mendez que él era la persona en quien tenia puesta el Almirante su confianza; «por lo cual continúa, yo »añadí: Señor, yo he puesto muchas veces mi vida en »peligro de muerte por salvar á V. E. y á todos los »que aquí están, y Dios me ha, hasta ahora, preser»vado de milagroso modo. Hay, empero, murmura»dores que dicen que V. E. me confia á mí todas las »comisiones donde el honor puede ganarse, mientras »hay otros en nuestra compañía que pudieran ejecu»tarlas tambien como yo. Por lo tanto, yo pido que »V. E. llame á toda la gente, y les proponga la em»presa, para ver si entre ellos hay alguno capaz de »acometerla, lo cual yo dudo. Si ninguno se atreve, »yo me adelantaré, y arriesgaré mi vida en nuestro »servicio, como muchas veces he hecho.»

El Almirante condescendió gustoso, pues jamás se vió el simple egoismo acompañado de mas generosa y firme lealtad. A la otra mañana se reunieron los españoles, y se hizo la proposicion en público. Todos se arredraban tan solo al pensar en ella, calificándola de colmo de la temeridad. Entonces se adelantó Diego Mendez. «Señor, dijo, yo no tengo mas que »una vida que perder, pero la arriesgo contento por »el servicio de V. E., y por el bien de todos los que »están aquí presentes, y confio en el amparo de Dios, »que en otras muchas ocasiones he experimentado.»



Colon abrazó al bravo Mendez, que desde luego se aprestó para el viaje. Sacando á tierra la canoa, le

puso una quilla postiza, le clavó tablas por la popa y la proa, para que no entrasen las olas en ella, le dió una mano de brea, le acomodó un mástil y una vela, y la provevó de víveres para él, un compañero español y seis indios.

Colon, entretanto, escribió á Ovando pidiéndole le enviara inmediatamente un buque que le llevase á él y su gente á Española. Tambien dirigió otra carta á los soberanos: porque despues de concluir la mision de Santo Domingo, debia Diego Mendez pasar á España para negocios del Almirante. En ella pintaba Colon á los soberanos la situacion deplorable en que se veia, y les suplicaba mandasen un buque á Española para conducirle á él y su gente. Describia sucintamente el último viaje, cuyos pormenores quedan ya referidos en esta historia, y daba mucha importancia al descubrimiento de Veragua. Manifestaba la opinion de que allí se hallaban las minas del Aurea Quersoneso, de donde Salomon habia sacado tantas riquezas para la edificacion del templo. Les pide encarecidamente que no se abandone á aventureros aquella dorada costa, como otros lugares que él habia descubierto, ni se ponga bajo el gobierno de hombres que ningun interés verdadero tienen en la buena causa. «Este no es un niño, añade, que debe aban»donarse á una madrasta. Yo nunca pienso, sin ver»ter lágrimas, en Española y en Pária. Su mal es de»sesperado, y ya no tiene remedio; espero que por »aquel ejemplo se tratará esta region de diferente »modo.» Su imaginacion se inflama con estos recuerdos. Exalta la importancia de Veragua; como superior á la de todos sus demás descubrimientos, y resucita su proyecto favorito de rescatar el Santo Sepulcro. «Jerusalém, dice, y Sion deben ser reedifica»das por mano de un cristiano. ¿Quién será este? »Dios, por boca del Profeta, lo declara en el décimo »cuarto Salmo. El abad Joaquin dice que debe salir »de España. Sus pensamientos volvian luego á la »antigua historia del gran Khan, que habia pedido le »enviasen sabios para instruirlo en la fe cristiana. Co»lon, imaginando que habia estado en las mismas in»mediaciones de Cathay, exclama con repentino celo: »¿Quién se ofrecerá para esta obra? Si nuestro Se»ñor me permite volver á España, yo me comprome»to á llevar allá su nombre, con seguridad, si Dios »quiere.»


El Coco, árbol originario de América.

Nada caracteriza mas á Colon que estas sencillas y á veces incoherentes cartas. ¡Qué prueba de noble entusiasmo, y de irresistible inclinacion á las grandes empresas se revela en ellas! Cuando se entregaba á tan dulces ilusiones, y se proponia dar cima á nuevas y románticas hazañas, estaba quebrantado por la edad y las enfermedades, traspasado de dolores, en cama y encerrado en las reliquias de un naufragio, en las lejanas costas de una isla salvaje. No puede darse mas pronunciada pintura de su situacion que la que sigue á esta pasajera llama de entusiasmo, cuando en una de sus rápidas transiciones despierta, por decirlo así, para mirar la actualidad cara á cara.

«Hasta ahora, dice, he llorado por otros: ¡ten mi»sericordia de mí, cielo, y llora por mí, tierra! Es»toy en mis negocios temporales sin un maravedí que »dar, náufrago arrojado á las Indias, aislado en mis »miserias, enfermo, temiendo que cada dia será el »último de mi vida, y rodeado de crueles salvajes. »En mis negocios espirituales, separado de los Santos »Sacramentos de la Iglesia, de modo que se perderá »mi alma si aquí se separa del cuerpo. ¡Llore por mí »quien quiera que tenga caridad, verdad y justicia! »No vine á este viaje á ganar honor ni Estados, que »ya han muerto en mi pecho semejantes esperanzas. »Vine á servir á vuestras magestades con sana inten»cion y honesto celo, y no estoy hablando falsedades. »Si plugiese á Dios sacarme de aquí; humildemente »pido á vuestras magestades me permitan ir á Roma »á cumplir otras peregrinaciones.»

Se embarcó Diego Mendez con su camarada español y sus seis indios, y partió costeando hácia el Oriente. Este viaje era fatigoso. Tenia que abrirse camino contra fortísimas corrientes. Una vez los rodearon muchas canoas indias, pero pudieron escapar y llegar al fin de la isla, á una distancia de treinta y cuatro leguas del puerto. Allí permanecieron esperando que hubiese calma para aventurarse á entrar en el ancho golfo, cuando se vieron repentinamente rodeados y hechos prisioneros por una multitud de indios que los llevaron á tres leguas de distancia, donde determinaron darles muerte. Sobrevino entre los indios una disputa sobre los despojos de los españoles; pero al fin determinaron decidir la cuestion con un juego de azar. Mientras estaban en él ocupados, se escapó Diego Mendez, y pudo llegar hasta su canoa y tomarla, y volvió solo al puerto, despues de quince dias de ausencia. No dice lo que sucedió á sus compañeros; pues rara vez hablaba mas que de sí mismo.

Colon, aunque apesadumbrado por el mal éxito de su mensaje, se alegró de que hubiese escapado de la muerte el fiel Mendez. Pero este, lejos de estar desanimado por los trabajos y peligros que habia sufrido, se ofreció á acometer por segunda vez su empresa, si alguien queria acompañarlo al fin de la isla, y defenderlo de los indios, se ofreció á hacerlo el Adelantado con una partida bien armada. Bartolomé Fiesco, genovés, que habia sido capitan de una de las carabelas, se asoció con Mendez para la expedicion segunda. Era hombre de mucho mérito y muy adicto al Almirante. Cada uno llevaba á su mando una grande canoa con seis españoles y diez indios, los últimos como remeros. Iban juntas las canoas. Al llegar á Española, debia Fiesco volver inmediatamente á Jamáica para sacar de ansiedad á los españoles que quedaban con las noticias de haber llegado el mensajero. Entretanto debia Diego Mendez pasar á Santo

Domingo, entregar sus despachos á Ovando, procurarse un bajel y mandarlo á Jamáica, y seguir luego á España con la carta para los soberanos.

Hechos los preparativos necesarios, pusieron los indios en las canoas su frugal provision de pan de cazabe, y una calabaza de agua por individuo. Los españoles, ademas del pan, llevaban carne de utia, y cada uno su espada y su rodela. Así se lanzaron al mar en aquel largo y peligroso viaje, acompañados de las plegarias y oraciones de sus compatriotas.

El Adelantado se mantuvo á vista de las canoas con su partida de combatientes. No intentaron los indios molestarlos, y llegaron seguros al extremo de la isla. Allí permanecieron tres dias, aguardando que el mar estuviera en calma. Al fin se serenó el tiempo, se despidieron de sus camaradas y se entregaron á las olas resueltamente. El Adelantado siguió observándolos hasta que parecian diminutos puntos en el Océano, y la noche los envolvió en sus tinieblas. Al otro dia volvió el Adelantado al puerto, deteniéndose por el camino en varios lugares, y esforzándose en confirmar la buena voluntad de los indios.

CAPITULO II.

MOTIN DE PORRAS.

(1503.)

La mala fortuna que por tanto tiempo habia perseguido á Colon no estaba aun cansada. En el colmo de la desdicha sirve de consuelo el considerar que pues no es posible estar peor, se mejorará la suerte. La envidia, desalentada un tiempo por la gloria y prosperidad de Colon, apenas hubiera podido darle mas miserable asilo en el mundo que él mismo habia descubierto; habitante de un buque náufrago en un desierto Océano, á la merced de hordas bárbaras, que en un momento, de precarios amigos, podrian convertirse en enemigos feroces; afligido ademas en su lecho por los agudos dolores y enfermedades con que los trabajos é inquietud oprimian sus cansados años. Pero Colon no habia agotado aun el cáliz de la amargura. Aun le quedaba que experimentar un mal peor que las tormentas, el naufragio, los dolores del cuerpo ó la violencia de las hordas salvajes, la perfidia de aquellos en quienes mas confiaba.

No habia mucho que Mendez y Fiesco habian partido, cuando empezaron á enfermar, ya por falta del acostumbrado alimento, ya por los trabajos del último viaje, ya por estar todos encerrados en tan estrecha vivienda en un clima húmedo y caloroso, los españoles á bordo de los despedazados buques, porque no podian habituarse al alimento de los indios, compuesto por lo comun de vejetales. Acostumbrados á una vida bulliciosa, en nada se ocupaban entonces mas que en pasear por el solitario casco, mirar al mar y ver si descubrian la canoa de Fiesco. Largo tiempo habia trascurrido, mucho mas del que era necesario para el viaje; pero nada se supo de la canoa. Empezó á temerse que los mensajeros habrian perecido. En este caso ¿hasta cuándo permanecerian allí los españoles esperando un socorro que no habia de llegar nunca? Algunos se abatieron del todo; otros se hicieron díscolos é impacientes. Empezaron las murmuraciones; y como suele acontecer en las desgracias, murmuraciones de las mas absurdas. En vez de simpatizar con su anciano y enfermo comandante, que se veia envuelto en la misma calamidad que todos, y cuyos sufrimientos á los de todos excedian, y que sin embargo estudiaba incesantemente su bien estar, empezaron á conspirar contra él, como única causa de todos sus infortunios.

Los sentimientos facciosos de la multitud, serian de poca importancia abandonados á sí mismos, si la perfidia de uno ó dos espíritus perversos no los dirigiese á un objeto. Entre los oficiales de Colon habia dos hermanos, Francisco y Diego de Porras. Estaban relacionados con el tesorero real, Morales, que habia casado con una hermana suya, é interesádose con el Almirante para que les diese empleo en la expedicion. Habia Colon hecho, por complacer al tesorero, capitan de una de las carabelas á Francisco de Porras, y escribano y contador general de la escuadra á su hermano Diego. Los habia tratado, segun él mismo dice, con la bondad que se usa entre parientes, aunque ambos manifestaron insuficiencia para llenar las funciones de sus respectivos empleos. Eran vanos é insolentes; y como otros muchos á quienes Colon habia favorecido, pagaron sus beneficios con la mas negra ingratitud.

Estos hombres, viendo la gente vulgar impaciente, soplaron el incendio con sus sediciosas insinuaciones. Les aseguraron que eran vanas todas sus esperanzas de socorro por medio de la agencia de Mendez. Eran estas meras ilusiones creadas por el Almirante para tenerlos sujetos, y servirse de ellos en sus designios. No tenia deseo ni intencion de volver á España, de donde se hallaba desterrado. Española le estaba tambien cerrada, como se habia visto por la exclusion de los bajeles del puerto en tiempo de peligro. Para él eran todos los sitios lo mismo, y tenia que contentarse con permanecer en Jamáica, hasta que sus partidarios adquiriesen suficiente influjo en la córte para hacerle levantar el destierro. En cuanto á Mendez y Fiasco, Colon los habia enviado á España á sus asuntos particulares, y no á que procurasen buques para el socorro de sus compañeros. Si así no fuese ¿por qué no llegaban los bajeles, ó volvia Fiesco, como habia prometido? Y si las canoas fueron en efecto á pedir socorro, el mucho tiempo que habia pasado sin tener noticias de ellas, daba á entender que habrian perecido. En tal caso su sola alternativa seria tomar las canoas de los indios y hacer un esfuerzo para ir á Española. Pero no habia esperanza de persuadir al Almirante á tal empresa, era demasiado anciano, estaba demasiado enfermo para esponerse á los trabajos de semejante viaje. ¿Deberian, pues, ellos sacrificarse á sus intereses ó sus enfermedades? ¿Resignar el solo medio de salvarse que tenian, y permanecer y morir en las desoladas reliquias del naufragio? Si podian llegar á Española, se les recibiria aun mejor que por otra razon alguna por la de haber abandonado al Almirante. Ovando le tenia enemistad secreta, temeroso de que otra vez obtuviese el gobierno de la isla: cuando llegasen á España, el obispo Fonseca por su enemistad á Colon, los protegeria; los hermanos Porras tenian poderosos amigos y parientes en la córte, que desvirtuarian las quejas del Almirante; y citaban el caso de la rebelion de Roldan para probar que las preocupaciones del público y de la gente poderosa, estarian siempre contra él. Pasaban mas adelante é insinuaban que los soberanos que entonces le habian privado de parte de sus dignidades y privilegios, se alegrarian de tener un pretesto para arrancarle las que le quedaban.

Sabia Colon que estaban los ánimos exasperados contra él. Se le habia repetidas veces tratado con insolente impaciencia, y acusado de ser causa de sus desastres. Acostumbrado, empero, á las injusticias de los hombres, se contentó con aplacar su irritacion y lisonjear sus esperanzas con la de un pronto socorro. Confiaba en ver volver á Fiesco con buenas nuevas, y la certeza de socorro acabaria entonces todos los clamores. El mal era, empero, mas profundo de lo que él se imaginaba; y se organizó entre sus gentes un verdadero motin.

El 2 de enero de 1504 estaba Colon en el reducido camarote de la popa de su buque y en cama, con los dolores de la gota. Mientras pensaba en su infausta situacion, entró rápidamente Francisco de Porras. Sus modales y agitacion manifestaban una intencion

siniestra. Con el descaro del hombre que va á perpetrar públicamente un crímen, rompiéron amargas quejas de que se les tuviese así semanas y meses enteros, sujetos á padecer, y acusó al Almirante de no querer volver á España. Colon mantuvo su acostumbrada calma, é incorporándose en la cama, quiso raciocinar con Porras. Le manifestó la imposibilidad de partir hasta que de Española les enviasen bajeles. Le hizo ver cuánto mayor debia ser su deseo de salir de allí, pues no estaba obligado solo á mirar por su propia seguridad personal, sino que tenia que responder á Dios y á sus soberanos de la suerte de todos los que le estaban confiados. Recordó á Porras, que siempre habia consultado con todas sus gentes cuantas medidas tenian por objeto la seguridad comun, y que todas sus operaciones habian merecido la aprobacion general; pero si algo quedaba por hacer, si cualquiera otra providencia parecia conveniente, aconsejó que se juntasen los interesados, y adoptasen lo que creyesen mas juicioso.

Pero las medidas de Porras y sus compañeros se habian ya concertado, y los hombres resueltos á amotinarse son sordos á la razon. Replicó Porras groseramente, que no habia ya tiempo para mas consultas: *embarcarse inmediatamente ó quedarse con Dios, eran las solas alternativas. Por mi parte*, dijo volviendo al Almirante la espalda, y levantando la voz de modo que resonase por todo el buque. *¡yo estoy por Castilla! los que quieran pueden seguirme.* Inmediatamente se oyó gritar por todas partes: *¡Yo os sigo! ¡y yo! ¡y yo!* Muchos marineros se presentaron en el buque blandiendo armas y mezclando las amenazas con los gritos de rebelion. Unos pedian á Porras órdenes de lo que habian de hacer, otros gritaban: *¡A Castilla! ¡á Castilla!* mientras en el general tumulo se oyeron las voces de algunos desesperados amenazar la vida del Almirante.

Colon oyendo la gritería, saltó de su lecho, enfermo é impedido cual estaba, y vacilando hasta salir del camarote, y tropezando y cayendo en aquel esfuerzo, esperaba apaciguar los amotinados con su presencia. Pero tres ó cuatro hombres fieles, temiendo alguna violencia, se arrojaron entre él y la chusma, le tomaron en brazos y le obligaron á volver al camarote.

El Adelantado tambien habia salido, pero de diferente modo. Se habia situado, con una lanza en la mano, en posicion en que podia resistir solo el asalto. Algunos de los leales apaciguaron con la mayor dificultad su furia, y le persuadieron á dejar su arma y pasar al camarote de su hermano. Despues suplicaron los mismos á Porras y sus compañeros partiesen en paz, pues nadie se les oponia. Nada esperaban ganar con la violencia; pero si causaran la muerte del Almirante, se atraerian el mas severo castigo de los soberanos.

Moderada la turbulencia de los facciosos, procedieron estos desde luego á la ejecucion de sus planes. Apoderándose de diez canoas que habia comprado el Almirante á los indios, se embarcaron en ellas con tanta alegría como si estuviesen ciertos de desembarcar poco despues en las costas de España. Otros, que no habian tenido parte en el motin, viendo despedirse á tanta gente, y temerosos de quedarse en tierra con tan poca, reunieron precipitadamente sus efectos, y entraron tambien en las canoas. Cuarenta y ocho hombres abandonaron al Almirante. Las enfermedades detuvieron á muchos de los que quedaban; porque si hubiesen estado buenos, los mas se hubieran ido con los desertores. Los pocos que permanecieron fieles al Almirante, y los enfermos que salieron arrastrándose de sus camarotes, vieron la partida de los rebeldes con lágrimas y lamentos, considerándose ya perdidos. A pesar de su enfermedad, salió Colon de la cama, habló á los leales, visitó á los enfermos é hizo toda clase de esfuerzos para consolarlos. Les pidió pusiesen en Dios confianza, que él los aliviaria; y les prometió á su vuelta á España arrojarse á los piés de la reina, y obtener para ellos premios que compensaran todos sus padecimientos.

Entre tanto Francisco de Porras y sus compañeros salieron en la escuadra de canoas que habian formado, y costeando la isla hácia el Oriente, siguieron el derrotero de Mendez y Fiesco. Donde quiera que desembarcaban cometian las mayores injusticias y ultrajes contra los indios, robándolos sus provisiones y los efectos que apetecian. Quisieron que redundasen sus crímenes en perjuicio de Colon, pretendiendo obrar por su autoridad, y asegurando que él pagaria lo que ellos tomaban: si rehusaba hacerlo, aconsejaban á los naturales que le matasen. Le pintaban implacable enemigo de los indios, tirano de las otras islas, á cuyos habitantes habia reducido á la miseria y dado la muerte, y que buscaba solo adquirir allí poderío para causar calamidades semejantes.

Habiendo llegado á la extremidad oriental de la isla, esperaron á que se calmase el tiempo antes de entrar en el golfo. Como no eran diestros en el manejo de las canoas, buscaron indios que los acompañasen. La mar se sosegó al fin, y comenzaron su viaje. Apenas estarian á cuatro leguas de tierra, se levantó un viento contrario, y empezaron á agitarse las ondas. Las canoas por su ligera estructura, y ser las quillas casi redondas, se volcaban fácilmente y exigian cuidadoso manejo y equilibrio. Iban entonces demasiado cargadas y por gente que no sabia usarlas; y al levantarse las ondas, frecuentemente entraba el agua en ellas. Temieron los españoles, y quisieron aligerarlas arrojando al mar cuanto no era absolutamente necesario; solo conservaron, pues, las armas y parte de las provisiones. El peligro aumentaba con el viento. Forzaron á arrojarse al agua á todos los indios que no iban ocupados remando. Si vacilaban los hacian obedecer con el filo de las espadas. Eran los indios diestros nadadores, pero estaba la tierra demasiado lejos para su fuerza. Se mantenian, pues, cerca de las canoas, agarrándose alguna vez á ellas para descansar y tomar aliento. Como su peso desarreglaba el equilibrio de las canoas, y las ponia en peligro, les cortaban los españoles las manos, y los herian con las espadas. Algunos murieron de este modo; otros se sumergian desfallecidos debajo de las ondas. Así finaron miserablemente diez y ocho, y no sobrevivieron mas que los remeros de las canoas.

Cuando volvieron los españoles á tierra se agitaron entre ellos varias opiniones. Algunos eran de dictámen de cruzar á Cuba, para cuya isla habia viento favorable. De allí pensaban les fuese fácil pasar á la extremidad de Española. Otros aconsejaron volver al puerto y hacer las paces con el Almirante, ó quitarle las armas y víveres que le quedaban, habiendo arrojado al mar los suyos en el pasado peligro. Otros aconsejaron intentar de nuevo el viaje de Española, cuando el mar se tranquilizase.

Se adoptó el último parecer. Un mes permanecieron en una poblacion india, cerca del extremo oriental de la isla, viviendo de la sustancia de los naturales, y tratándolos del modo mas arbitrario. Cuando al fin se serenó el tiempo, acometieron segunda vez su empresa, pero tambien fueron rechazados por vientos contrarios. Perdiendo ya la paciencia, y desesperando de lograr su deseo, abandonaron las canoas, y volvieron hácia el Occidente, vagando de poblacion en poblacion, disoluta y feroz gavilla que vivia por medios lícitos ó criminales, segun era recibida, y pasó como una plaga por la isla.

CAPITULO III.

ESCASEZ DE PROVISIONES.—ESTRATAGEMA DE COLON PARA OBTENER VÍVERES DE LOS NATURALES.

(1504.)

Mientras erraban Porras y su chusma con aquel desesperado y triste desenfreno, consiguiente al abandono de los justos principios, presentaba Colon la opuesta pintura de un hombre sustentado por la rectitud de su conciencia, y por su lealtad hácia los otros y hácia sí mismo. Cuando vió partir la gavilla que se llevaba consigo la porcion vigorosa y sana de su gente, se esforzó en animar á los enfermos y decaidos de espíritu que con él quedaban. Pocos de ellos podian manejar las armas en caso de un ataque, y ninguno dispensarse del cuidado de los enfermos y guardia de los buques, para salir en busca de provisiones. Desentendiéndose de sus agudas enfermedades, se ocupaba solamente de las de los otros. Por medio de una invariable buena fe y amistosa conducta hácia los naturales, y usando juiciosamente los artículos de tráfico que le quedaban, se procuró de cuando en cuando considerables cantidades de víveres. Los mas apetitosos y nutritivos de estos, como tambien alguna poca de galleta europea que aun habia á bordo, los reservó para la manutencion de los enfermos. Sabiendo cuánto afectan al cuerpo las operaciones del ánimo, se ocupaba en estimular el espíritu y alimentar las esperanzas de los abatidos pacientes. Ocultando, pues, su propia ansiedad, mantenia un semblante sereno, animando á su gente con palabras bondadosas, é infundiéndoles esperanzas de pronto socorro. Con este trato atento y amistoso restableció Colon la salud y alegría de sus compañeros, y los puso á todos en estado de poder contribuir á la seguridad comun. Reglamentos juiciosos, pacífica pero firmemente mantenidos, conservaron todas las cosas en órden. Todos comprendieron las ventajas de una saludable disciplina, y que las restricciones que su comandante les imponia eran para su propio bien.

Así logró Colon prevenir los males internos que amagaban á su pequeña comunidad, cuando males gravísimos empezaron á amenazar del exterior. Como los indios no estaban acostumbrados á acopiar provisiones, y eran enemigos de sujetarse á ningun trabajo extraordinario, hallaron difícil la provision del alimento diario que tantos hombres hambrientos requerian. Los diges europeos, una vez tan preciosos, perdian su valor á proporcion que se hacian mas comunes. La importancia del Almirante disminuyó mucho á sus ojos por la desercion de tantos españoles y las insinuaciones malignas de los rebeldes habian encendido contra él los zelos y enemistad de varias poblaciones que acostumbraban á suministrarle víveres.

Empezaron, pues, á faltar las provisiones. Los contratos concluidos por Diego Mendez para la entrega diaria de ciertas cantidades de ellas, no se observaban ya con regularidad, y al fin cesaron del todo. Ya no se llenaba el puerto de indios cargados de provisiones, y con frecuencia rehusaban darlas cuando se les pedian. Forrageaban los españoles por las cercanías en busca de sustento; pero cada vez hallaban mayor dificultad en encontrarlo.

Oia el Almirante los tristes presagios de su gente, y veia acrecentarse el mal sin percibir ningun remedio. La fuerza era un medio lleno de peligros y de pasajera eficacia. Se necesitarian para una salida todos los que estaban suficientemente robustos para tomar las armas; y él y los otros enfermos se quedarian sin defensa á bordo, expuestos á la venganza de los naturales.

Entre tanto se aumentaba la escasez, conocieron los indios la necesidad de los blancos, y habian aprendido de ellos el arte de regatear. Pedian el décuplo de los efectos europeos que anteriormente exigian; y traian las provisiones en muy cortas cantidades para excitar el deseo de los hambrientos españoles. Al fin cesó hasta este corto alivio, y empezaron los desastres de una hambre absoluta. Parece que Porras y su gente habian encendido por toda la isla enemistad de los indios, que retenian sus provisiones, con la esperanza de hacer perecer de necesidad al Almirante y su gente, ó de hacerlos salir de la isla.

En este estado concibió repentinamente Colon una idea afortunada. Con sus muchos conocimientos astronómicos calculó que en tres dias habria un eclipse total de luna en la primera parte de la noche. Envió, pues, un indio de Española que le servia de intérprete á llamar á los principales caciques de la isla á una grande conferencia, señalando para ella el dia del eclipse. Cuando estaban todos juntos les dijo por medio de su intérprete, que él y sus compañeros eran adoradores de una deidad que vivia en los cielos. Que esta deidad favorecia á los que obraban bien, pero castigaba á todos los pecadores. Que como ellos podian todos haber visto, habia protegido el verdadero Dios en su viaje á los que fueron con Diego Mendez, porque iban en obediencia de las órdenes de su gefe; pero que por otro lado habia herido á Porras y sus compañeros con toda clase de aflicciones, á consecuencia de su rebelion. Que esta grande deidad estaba indignada contra los indios que habian rehusado ó descuidaban proveer á sus fieles adoradores, de comestibles, y queria por lo tanto castigarlos con hambre y pestilencia. Para que creyesen aquel aviso, se daria aquella misma noche una señal en los cielos. La luna mudaria de color y perderia su luz, anunciando el espantoso castigo que les esperaba.

Muchos indios quedaron amedrantados á la solemnidad de esta prediccion; otros se burlaron de ella; todos empero, aguardaban solícitos la venida de la noche. Cuando vieron, en efecto, que una sombra oscura se derramaba por la luna, empezaron á temblar. Creció el terror con los progresos del eclipse, y al ver las tinieblas misteriosas que cubrieron la faz de la naturaleza, no tuvo límites su espanto. Se apoderaron de las provisiones que pudieron, apresurándose en entregarlas á los buques en medio de gritos y lamentaciones. Se arrojaron á los piés de Colon, implorando de él intercediese con Dios para que suspendiera sus iras, y asegurándole que en lo sucesivo le darian cuanto se les pidiese. Colon les contestó que se retiraria á comunicar con la deidad. Se encerró en su camarote, y permaneció en él durante el aumento del eclipse, mientras las selvas y playas resonaban con los alharidos y súplicas de los salvajes. Cuando iba el eclipse á disminuir, se presentó de nuevo á los indios, y les dijo que habia intercedido por ellos con su Dios, quien bajo condicion de que cumpliesen sus promesas se habia dignado perdonarlos; en señal de lo cual se disiparian las tinieblas de la luna.

Cuando vieron los indios recobrar á aquel planeta su brillo primitivo, colmaron al Almirante muestras de agradecimiento por su intercesion, y volvieron á sus casas gozosos de haberse conjurado tan grandes desastres. Miraron á Colon desde entonces con temor y reverencia, como hombre que gozaba del favor y confianza particular de la divinidad, pues que sabia en la tierra lo que habia de pasar en los cielos. Quisieron entonces hacérselo propicio con dones; de nuevo empezaron á abundar los víveres en el puerto, y no hubo en lo sucesivo falta de provisiones.

CAPITULO IV.

MISION DE DIEGO DE ESCOBAR AL ALMIRANTE.

(1504.)

Ocho meses habian transcurrido desde la salida de Mendez y Fiesco, y aun no se tenian noticias de ellos. Por mucho tiempo habian observado los españoles el

Océano, lisonjeándose de que cada canoa india que veian bogar desde lejos podia ser mensajera de su libertad. Pero las esperanzas de los mas confiados se iban ya trocando en abatimiento. ¡Cuántos millares de peligros rodeaban tan frágiles barcas y tan débiles tripulaciones en una expedicion semejante! O se habrian sumergido las canoas combatidas por tumultuosas ondas y adversas corrientes, ó perecido sus tripulaciones entre las fragosas montañas y tribus salvajes de Española. Para aumentar su abatimento supieron que se habia visto un bajel náufrago flotar con la quilla hácia arriba por las costas de Jamáica. Tal vez podia ser aquel el buque enviado á su socorro; en este caso habian fracasado con él todas las esperanzas. Se dice que intentaron los rebeldes este rumor y lo hicieron circular por la isla, para que llegase á oidos de los que permanecian fieles al Almirante, y los redujese á la desesperacion. Sin duda tuvo su efecto. Sin esperar ya lejana ayuda, y considerándose ya olvidados y abandonados del mundo, muchos concibieron planes desesperados y frenéticos. Formó otra conspiracion un tal Bernardo, boticario de Valencia, con dos confederados, Alonso de Zamora y Pedro de Villatoro. Quisieron imitar el designio de Porras, apoderarse de las canoas que quedaban, y abrirse camino hasta Española.

Iba á estallar el motin, cuando una tarde, ya al oscurecer, se vió una vela acercarse al puerto. El gozo de los pobres españoles puede mas fácilmente concebirse que pintarse. Era el bajel pequeño, y se mantuvo distante, enviando á los náufragos su bote. En él se clavaron todos los ojos, deseosos de ver el semblante de cristianos y libertadores. Al acercarse, conocieron que venia en él Diego de Escobar, uno de los mas activos cómplices de Roldan en su rebelion, condenado á muerte bajo la administracion del Almirante y perdonado por su sucesor Bobadilla. Era ominoso semejante mensajero.

Acercándose á un lado de los buques, puso Escobar á bordo una carta de Ovando, gobernador de Española, y un barril de vino y un pernil de puerco, que venian de regalo al Almirante. Se desvió despues de los buques, y habló á Colon desde lejos. Le dijo que le enviaba el gobernador para expresar la mucha parte que tomaba en sus infortunios, y su sentimiento de no tener en el puerto un bajel de bastante porte para conducirlo á él y á su gente; pero que le enviaria uno tan pronto como le fuese posible. Escobar aseguró tambien al Almirante que sus negocios en Española eran fielmente atendidos. Le pidió despues, que si tenia alguna carta que darle, en respuesta á la del gobernador, lo hiciese cuanto antes, pues deseaba partir sin demora.

Era esta mision singular; pero no habia tiempo para comentarios. Escobar estaba resuelto á partir en seguida. Colon se apresuró, pues, á contestar á Ovando en términos amistosos, pintándole los peligros y desastres de su situacion, aumentados por el motin de Porras, pero expresando su confianza en la promesa de socorro que Ovando le hacia. Recomendaba á su favor á Diego Mendez y á Bartolomé Fiesco, asegurándole que no habian ido á Santo Domingo con ningun designio artificioso, sino sencillamente á exponer la peligrosa situacion en que estaba, y á pedir auxilio. Cuando Escobar recibió esta carta, volvió inmediatamente á bordo de su bajel, hizo fuerza de vela, y pronto desapareció en la oscuridad de la noche.

Los españoles habian saludado con gozo el arribo de aquel buque, pero su partida súbita, y la misteriosa conducta de Escobar, les consternaron. Habia huido de ellos, como si no se interesase en la fortuna de tantos compatriotas, ni compadeciese sus desgracias. Colon vió el nublado que velaba sus semblantes, y temió las consecuencias. Se esforzó ardientemente por lo tanto en disipar sus sospechas, manifestándose satisfecho de la correspondencia de Ovando, y asegurándoles que pronto llegarian bajeles que los sacasen á todos. En esta confianza, dijo, habia rehusado partir con Escobar por ser el buque demasiado pequeño para llevarlos á todos, y preferible en su sentir quedarse con ellos y seguir su suerte, y habia hecho volver tan rápidamente la carabela para que no se perdiese tiempo en la expedicion de los buques necesarios. Estas seguridades, y la certeza de que se sabia su situacion en Santo Domingo; alegraron los ánimos de la gente. Revivieron sus esperanzas, y la conspiracion que iba á estallar quedó del todo desconcertada.

En secreto, empero, se hallaba Colon indignadísimo. Le habia Ovando abandonado por muchos meses al mas eminente peligro, á la incertidumbre mas cruel, expuesto á las hostilidades de los indios, á las sediciones de su gente y á los efectos de su propia desesperacion. Al fin le habia enviado un mero mensaje por un hombre conocido como mortal enemigo suyo, con un regalo de víveres, que por su escasez parecia hecho con el designio de escarnecer la necesidad en que se hallaban él y sus compañeros.

Creia Colon que Ovando le habia abandonado de intento, prometiéndose que pereceria en la isla, pues si volviese salvo de ella, podria recobrar el gobierno de Española, y consideraba á Escobar como un mero espía, enviado por el gobernador para averiguar si existian aun él y sus gentes, y el estado en que estaban. Las Casas, que se hallaba entonces en Santo Domingo, expresa las mismas sospechas. Dice que fue Escobar elegido para aquella mision, por estar Ovando cierto de que á causa de su antigua enemistad no tendria simpatía por el Almirante. Que se le habia mandado no fuese á bordo de los buques, ni á tierra, ni tuviese comunicacion con ningun español, ni recibiese carta alguna, excepto las del Almirante.

Otros han atribuido la dilatada negligencia de Ovando á una cautela extrema. Prevalecia un rumor de que el Almirante, irritado con la suspension de sus dignidades y honores por la córte de España, intentaba transferir sus recien descubiertos paises á su nativa república genovesa ó á algun otro poder. Habian ya corrido semejantes rumores muchas veces, y á su reciente circulacion alude Colon mismo en la carta que por Diego Mendez envió á los soberanos. La mas plausible apología que se encuentra, es que Ovando pasó en el interior muchos meses ocupado en guerras contra los indios, y que no habia bajeles de suficiente capacidad en el puerto para conducirle á él y á sus tripulaciones á España. Pudo quizá haber temido que si residian por mucho tiempo en la isla, intervendria tal vez el Almirante en los negocios públicos, ó formaria algun partido en su favor, ó que á consecuencia del número de enconados enemigos suyos que allí residian, reviviesen las antiguas escenas de faccion y turbulencia. Entre tanto la situacion del Almirante en Jamáica, mientras le tenia del todo sujeto hasta que llegasen bajeles de España, pudo haber pensado que no era peligrosa. Tenia fuerzas y armas bastantes para defenderse, y habia hecho amistosos tratos con los naturales para alcanzar provisiones, segun Diego Mendez, ejecutor de aquellos pactos, le habria sin duda dicho. Tales pudieron ser las razones con que Ovando, bajo la influencia de sus intereses particulares, reconcilió acaso su conciencia con una medida que excitó la amarga reprobacion de sus contemporáneos, y le ha atraido las sospechas de la posteridad.

CAPITULO V.

VIAJE DE DIEGO MENDEZ Y BORTOLOMÉ FIESCO EN UNA CANOA Á ESPAÑOLA.

(1504.)

Debemos dar alguna noticia de la mision de Diego Mendez y de Bartolomé Fiesco, y de las circunstancias que les impidieron volver á Jamáica. Cuando se despidieron del Adelantado al Oriente de la isla, continuaron todo el dia en rumbo directo, animando á los remeros indios, que frecuentemente se abatian. No habia viento, ni una nube en el aire, la mar estaba en calma perfecta, y el calor era por consiguiente intolerable. No podian guarecerse del sol, cuyos rayos abrasadores reflejaba la superficie del Océano, y parecia que en efecto les quemaban hasta los ojos. Los indios, desfallecidos por el calor y el trabajo, solian arrojarse al agua; y despues de refrescarse en ella algunos minutos, volvian con mas vigor á sus remos ó canaletes. Al trasmontar del sol, perdieron vista de tierra. Durante la noche, se relevaban los indios; la mitad de ellos bogando, mientras dormia la otra. Los españoles dividieron tambien sus fuerzas, mientras reposaban unos, vigilaban los otros con las armas en la mano, prontos á defenderse, en caso de que quisiesen cometer alguna perfidia sus salvajes compañeros.

Velando y trabajando asi toda la noche, se hallaron unos y otros excesivamente cansados al volver el dia. Nada descubrieron alrededor suyo, mas que la mar y el cielo. Sus frágiles canoas, acompañando la elevacion y descenso de las ondas, apenas parecian capaces de sostener las dilatadas ondulaciones de una calma; ¿cómo podrian, pues, flotar entre las encrespadas olas si el viento se levantase? Los comandantes apuraron sus esfuerzos para sostener el decaido ánimo de sus gentes. A veces les permitian algun descanso; otras tomaban los canaletes y participaban de su trabajo. Durante el bochornoso dia y noche anterior, habian los fatigados indios apurado toda el agua, y empezaron á sufrir los tormentos de la sed. No se levantaba la mas ligera brisa que agitase el aire ni templase los ardientes rayos de un sol equinoccial. Irritaba sus padecimientos la perspectiva que al rededor tenian: nada mas que agua, y estaban pereciendo de sed. Al medio dia ya se hallaban rendidos y no pudieron trabajar mas. Por fortuna, los comandantes de las canoas hallaron, ó pretendieron hallar entonces dos pequeñas barricas de agua, que quizás habian reservado secretamente para tal extremidad. Administrando el precioso licor de cuando en cuando en cortas porciones, lograron fortalecer á los indios para que siguieran su trabajo. Los animaban tambien con la esperanza de llegar pronto á una isleta llamada Navasa, que estaba precisamente en su camino, y solo á ocho leguas de Española. Alli podrian apagar su sed y descansar.

Todo el resto del dia continuaron bogando avante, y viendo si descubrian la isla. Pasó el dia, se ocultó el sol, pero no se divisaron signos de tierra, ni aun una nube en el horizonte que pudiera halagarlos con falsas esperanzas. Segun sus cálculos habian ciertamente navegado la distancia que media entre Jamáica y Navasa. Empezaron á temer haberse separado de su curso. En este caso ya no verian la isla, y moririan de sed antes de llegar á Española.

Cerró la noche sin que hubiesen visto indicio alguno de la isla. Desesperaron, pues, de poder tocar á ella; porque era tan baja y reducida que aun cuando pasasen cerca apenas podrian verla en la oscuridad. Uno de los indios murió bajo los acumulados padecimientos de trabajo, calor y sed rabiosa. Su cuerpo se arrojó al mar. Otros yacian jadeando tendidos en las canoas. Sus compañeros, abatidos de espíritu y faltos de fuerzas, continuaban apenas el trabajo. A veces querian refrescarse las fauces con agua de mar; lo que les aumentaba la sed. De cuando en cuando, pero con mucha economía, se les daba una gota de agua de las barricas; pero esto solo en casos de extrema necesidad, y principalmente á los que iban remando. La noche iba ya muy entrada, mas no habian podido aun dormir los que estaban de descanso, á causa de la intensidad de su sed; ó si dormian era para sufrir los fatigosos ensueños de frescas fuentes y murmuradores arroyos, y despertar con redoblado tormento. La última gota de agua se habia dado ya á los remeros indios, pero solo habia servido para irritar sus sufrimientos. Apenas podian mover los canaletes; los abandonaban uno despues de otro, y parecia imposible que viviesen hasta llegar á Española.

Los comandantes, con admirable tacto, habian hasta entonces sostenido aquella fatigosa lucha entre el sufrimiento y la desesperacion; pero tambien empezó ya á decaer su ánimo. Estaba Diego Mendez sentado observando el horizonte que por grados iban esclareciendo los pálidos rayos de luz que preceden á la luna. Al salir aquel planeta, vió que se destacaba de detrás de cierta masa opaca, bastante elevada sobre el nivel del Océano. Inmediatamente dió el grito animador de *tierra*. Sus casi exánimes compañeros cobraron nueva vida. Era la tierra la isla de Navasa; pero tan pequeña, baja y distante, que si no la hubiera revelado el ascenso de la luna, habria sido imposible descubrirla. El error de los cálculos, respecto á la isla, consistió en no haber estimado con exactitud la navegacion de las canoas, ni hacer una reduccion suficiente por el cansancio de los remeros y la oposicion de las corrientes.

Nuevo vigor se difundió entre las tripulaciones. Trabajaban todos con frenética impacieneia; al rayar el dia llegaron á tierra, y lanzándose á la playa, dieron gracias á Dios por tan señalados beneficios. Esta isla era un mero peñasco de media legua de circunferencia. No habia en ella árbol, arbusto, yerba, arroyo ni fuente alguna. Pero su ánsia les hizo hallar abundancia de agua dejada por las lluvias en los huecos de las rocas. La arrebañaron precipitadamente con sus calabazas, y apagaron aquella sed abrasadora con inmoderado afan. En vano los mas prudentes recordaban á los otros su peligro. Los españoles se abstuvieron algun tanto; pero los pobres indios, cuyo trabajo habia aumentado la fiebre de su sed, se entregaron al agua con frenética indulgencia. Algunos murieron en el acto mismo, y muchos cayeron peligrosamente enfermos.

Apagada la sed, buscaron alimento. Se encontró en efecto algun marisco por las costas. Encendió fuego Diego Mendez, juntando algunas astillas y pedazos de leña de las que el agua traia, pudieron cocerlo y hacer un delicioso banquete. Permanecieron descansando todo el dia á la sombra de las rocas, refrigerándose despues de tan intolerables padecimientos, y mirando á Española, cuyas montañas se levantaban sobre el horizonte á ocho leguas de distancia.

Con el fresco de la tarde se embarcaron de nuevo, vigorizados por el descanso, y llegaron felizmente á Cabo Tiburon al otro dia, el cuarto desde su partida de Jamáica. Desembarcaron á la orilla de un caudaloso rio, donde los recibieron con mucha hospitalidad los indios. Tales son los pormenores de este aventurado é interesante viaje, de cuyo precario éxito dependia la vida de Colon y sus compañeros. Los viajeros permanecieron dos dias descansando con los indios en las márgenes del rio. Fiesco hubiera vuelto á Jamáica segun su promesa, para asegurar al Almirante la llegada del mensaje; pero españoles é indios habian sufrido tanto durante el viaje, que nada pudo inducirlos á acometer de nuevo tantos riesgos y fatigas como eran necesarios para volver en las canoas.

Separándose de sus compañeros, tomó Diego Mendez seis indios de la isla, y partió intrépidamente á costear en su canoa ciento y treinta leguas que Santo Domingo distaba. Despues de navegar ochenta leguas con infinito trabajo, siempre contra las corrientes, y sujeto á la hostilidad de las tribus indias, supo que habia partido el gobernador para Jaragua, á cincuenta leguas de allí. Invencible é impávido en medio de los trabajos y las dificultades, abandonó su canoa, y pasando á pié y solo, bosques, valles y montañas, llegó á Jaragua, despues de haber dado cima á una de las mas arriesgadas y gloriosas expediciones que jamás hombre alguno ha emprendido.

Ovando le recibió con grande afabilidad, manifestando el mayor interés y simpatía en la desgraciada situacion del Almirante. Hizo mil promesas de enviar inmediato socorro; pero dejaba pasar uno y otro dia, una y otra semana, y aun uno y otro mes sin llevar á efecto sus promesas. Estaba entonces enteramente ocupado con las guerras indias, y tenia siempre pronta la escusa de que no habia bajeles de suficiente capacidad en Santo Domingo. Pero si hubiera sentido el interés que debia por la seguridad de un hombre como Colon, le hubiera sido fácil en ocho meses imaginar algun medio, si no para sacarlo de su situacion, para enviarle á lo menos socorros y refuerzos.

El fiel Mendez permaneció siete meses en Jaragua, detenido bajo varios pretestos por Ovando, que no queria permitirle pasar á Santo Domingo; en parte, como se insinúa, porque sospechaba que trajese Mendez alguna agencia secreta del Almirante, y en parte deseando poner impedimentos al logro del pedido auxilio. Al fin, con importunidad diaria obtuvo permiso para ir á Santo Domingo, y esperar el arribo de ciertos bajeles que se estaban aguardando, de los que habia determinado comprar uno por cuenta del Almirante. Inmediatamente salió á pié á ejecutar un viaje de setenta leguas, en medio de bosques y montañas infestadas de exasperados indios. Despues de su partida despachó Ovando la carabela que mandaba Escobar para aquella singular y equívoca visita, que, á los ojos de Colon, tenia la apariencia de un mero espionaje en el campo de un enemigo.

CAPITULO VI.

NEGOCIACIONES DE COLON CON LOS REBELDES.—BATALLA DEL ADELANTADO CON PORRAS Y SUS COMPAÑEROS.

(1503.)

Cuando hubo Colon tranquilizado á sus gentes afectadas por la breve visita y partida repentina del bajel de Escobar, quiso aprovecharse de aquel suceso respecto á los rebeldes. Sabia que estaban desanimados, que muchos deseaban entrar de nuevo en la senda del deber, y que los mas perversos, viendo como habia burlado todas sus intrigas entre los indios para producir al hambre, empezaron á temer su triunfo, y consiguiente venganza. Creyó, pues, Colon llegada una ocasion favorable para aprovecharse de esos sentimientos, y por medios suaves atraerse á los rebeldes. Envió dos emisarios, dos de los que mas intimidad tenian con los rebeldes, á informarlos de la reciente llegada de un buque con cartas del gobernador de Española, prometiendo sacarlos sin tardanza de la isla. Les ofrecia perdon, buen trato y pasaje con él en los experados buques, bajo condicion de que inmediatamente se sometiesen. Para convencerlos de la llegada del buque les envió parte del tocino que le dió Escobar.

Al acercarse los emisarios, salió á su encuentro Francisco de Porras, acompañado de alguno de los cabecillas. Adivinando que venian con proposiciones del Almirante, temia que fuesen oidos por su gente, dispuesta á desertarse á la menor perspectiva de perdon. Conocidas las proposiciones de los mensajeros, Porras y sus favoritos consultaron juntos por algun tiempo. Pérfidos por naturaleza, dudaron de la sinceridad del Almirante; y convencidos de la extension de sus propios crímenes, no podian creer en la magnanimidad de perdonarlos. Determinaron, pues, no confiar en la ofrecida amnistía. Respondieron á los mensajeros, que no deseaban volver á los buques, prefiriendo vivir libres por la isla. Pero ofrecieron conducirse pacíficamente si les prometia el Almirante que en caso de llegar dos buques á la isla, les daria á ellos uno para el viaje; en caso de llegar uno solo; la mitad se pondria á su servicio; y que ademas partiese con ellos el Almirante las provisiones y artículos de tráfico indio que quedaban en los buques, por haber ellos arrojado al mar todo lo que poseian. Cuando se les dijo que eran tales condiciones inadmisibles, replicaron con altanería, que si no se aceptaban de grado, ellos las impondrian á la fuerza; y con esta amenaza despidieron á los emisarios.

No pudo conducirse la conferencia tan secretamente que no penetrasen todos los rebeldes el objeto de la mision; y el ofrecimiento de perdonarlos y sacarlos de la isla que les hacia el Almirante, causó entre ellos las mayores controversias. Porras, temiendo una desercion, se valió de las mas desesperadas falsedades para alucinar á los suyos. Les dijo que eran engañosos los ofrecimientos del Almirante, quien solo deseaba apoderarse de ellos para satisfacer su venganza; Los exhortó á seguir oponiéndose á su tiranía, recordándoles que los que antes lo hicieron en Española, habian al fin triunfado; les aseguró que ellos podrian lograr igual éxito, y se jactó de nuevo de la influencia que en España gozaba por la proteccion de sus parientes. Llenó de supersticion los ánimos con respecto á la carabela de Escobar, lo que manifiesta la ignorancia de aquel siglo, y el pavor supersticioso con que miraba á Colon la gente ordinaria, á causa de sus conocimientos astronómicos. Aseguró Porras no haber llegado barco alguno verdadero, sino una mera fantasma, evocada por el Almirante, en virtud de su ciencia nigromántica. En prueba de lo fundado de sus congeturas, hablo de su llegada casi envuelta en las tinieblas de la noche; de la particularidad de haber tenido comunicacion única y exclusivamente con el Almirante, y de su desaparicion repentina. Si hubiese sido una carabela real y palpable, los marineros hubieran querido hablar con sus paisanos; el Almirante, su hijo y su hermano hubieran al punto pasado á bordo; y de todos modos habria permanecido algun tiempo en el puerto, sin desaparecer tan súbita y misteriosamente.

Así pudo Porras abusar de la credulidad de sus gentes, aunque temiendo que cediesen á una reflexion mas detenida, y á los ofrecimientos que podria hacerles el Almirante, determinó envolverlos en algun acto de violencia que disipase toda esperanza de perdon. Marchó á una poblacion india llamada Maima, donde despues se edificó la ciudad de Sevilla, que distaba un cuarto de legua de los buques. Se dice que era su intencion saquear lo que quedaba á bordo de los bajeles, y hacer prisionero al Almirante,

Colon tuvo conocimiento del designio de los rebeldes. Hallándose en cama, afligido de sus enfermedades, les envió á su hermano para que con palabras suaves los disuadiese de su propósito, atrayéndolos á sus deberes; pero solo le envió con fuerza bastante para resistir cualquier acto violento. El Adelantado, hombre de hechos, llevó consigo cincuenta hombres, muchos de ellos de acreditada resolucion. Iban bien armados y muy animosos, aunque muchos de ellos debilitados por las enfermedades y larga permanencia en los buques. Al llegar á la falda de una colina, á tiro de ballesta de la poblacion, descubrió el Adelantado á los rebeldes y les envió los mismos mensajeros

que préviamente les habian llevado la oferta del perdon. Pero Porras y los otros cabecillas no les permitieron acercarse. Confiaban en la superioridad de su número, y en que se componia su hueste de récios marineros, y vigorizados con la vida vaga que llevaban por las selvas. Sabian que muchos de los que acompañaban al Adelantado eran hidalgos, habituados á una vida mas suave. No reflexionaron que el orgullo y elevacion de ánimo suple y aun aventaja á la fuerza física, y que sus adversarios tenian la incalculable ventaja de pelear al lado de la justicia y de la ley. Alucinados con aquellas palabras se encendió en los rebeldes una pasajera llama de valor, y blandiendo las armas rehusaron escuchar á los mensajeros.

Seis de los mas fuertes rebeldes formaron un grupo para defenderse mútuamente y atacar juntos al Adelantado. El cuerpo principal de Porras formó en columna; y desnudando todos las espadas y blandiendo las lanzas, sin esperar á ser acometidos se precipitaron con gritos y amenazas contra el enemigo. Pero se les recibió tan bien que murieron cuatro ó cinco rebeldes al primer encuentro, perteneciendo los mas al grupo destinado á luchar personalmente contra el Adelantado. Este con su propia mano dió muerte á Juan Sanchez, el forzudo piloto que se llevó al cacique Quibian; y tambien á Juan Barber, el primero que en esta rebelion desnudó la espada contra el Almirante. Estaba el Adelantado combatiendo en lo mas cerrado de la batalla, cuando le acometió Francisco de Porras. El rebelde cortó de un tajo de su espada la rodela del Adelantado, é hirió la mano que la empuñaba; pero se le quedó acuñada la hoja en el escudo, y antes que Porras pudiera sacarla, habia cerrado con él el Adelantado, y con ayuda de otros, despues de una larga lucha, pudo hacerlo prisionero.

Cuando vieron los rebeldes cautivo á su gefe, huyeron despavoridos.

Los indios se habian formado en batalla mirando con asombro la pelea entre los blancos, pero sin tomar parte en ella. Acabada la accion se acercaron al campo á ver los cadáveres de aquella gente que una vez habian considerado inmortal. Contemplaban con curiosidad las heridas de las armas cristianas. Entre los insurgentes heridos se hallaba Pedro de Ledesma, el mismo piloto que tan bizarramente fue nadando á Veragua á procurar noticias de la colonia. Era hombre de prodigiosa fuerza muscular, y tenia una voz ronca y profunda. Cuando los indios, que le creian muerto, se hallaban mas descuidados inspeccionando las heridas de que estaba cubierto, exhaló repentinamente un gemido estertoroso con su voz tremenda, que hizo huir aterrados á los salvajes. Habiendo caido en una grieta ó abertura, no le descubrieron los blancos hasta el amanecer del otro dia, y pasó todo aquel tiempo sin una gota de agua. El número y la naturaleza de las heridas que tenia, parece increible. Por falta de recursos se trataron aquellas heridas con la mayor aspereza; sin embargo, gracias á su constitucion vigorosísima, sanó completamente. Las-Casas le habló algunos años despues en Sevilla, donde supo por él varios pormenores de este viaje de Colon. Pero pocos dias despues de esta conferencia, oyó decir que habia perecido víctima del puñal de un asesino.

Despues de su victoria volvió el Adelantado á los buques, donde le recibió el Almirante del modo mas afectuoso, tratándolo como á su libertador. Condujo presos á Porras, y varios de sus compañeros. De su gente solo habia dos heridos, él mismo en la mano, y el mayordomo del Almirante que recibió una herida de lanza, al parecer insignificante, y no obstante murió de ella.

Al otro dia, 20 de mayo, enviaron los fugitivos un memorial al Almirante, firmado por todos ellos; en el cual, dice Las-Casas, confesaban sus crímenes, maldades y dañadas intenciones, suplicando al Almirante tuviese misericordia, y les perdonase aquella rebelion, por la cual Dios ya los habia castigado. Ofrecieron volver á su obediencia, y servirle fielmente en lo futuro, jurando cumplirlo así sobre la cruz y el misal, y acompañando una imprecacion digna de recuerdo. «Deseaban en caso de quebrantar el jura»mento, que ni sacerdote ni otro cristiano alguno pu»diese confesarlos; que no les fuese provechoso el »arrepintimiento; que se les privase de los santos »sacramentos de la Iglesia; que á la hora de la »muerte no recibiesen el beneficio de indulgencias ni »de bulas; que se arrojasen al campo sus cuerpos »como los de los renegados, en vez de enterrarlos »en tierras benditas, y que no recibiesen absolucion »del papa, cardenales, arzobispos, obispos ni otros »sacerdotes cristianos.» El valor de la palabra de un hombre puede deducirse de los medios que usa para apoyarla.

Vió el Almirante cuán quebrantado estaba el ánimo de aquellos ilusos y con su acostumbrada magnanimidad accedió á sus súplicas, y perdonó sus ofensas, pero con condicion que el cabecilla Francisco de Porras continuaria preso.

Como era difícil mantener tanta gente á bordo de los buques, y como podian suscitarse riñas entre los hombres que tan recientemente habian combatido unos contra otros, puso Colon á los arrepentidos compañeros de Porras, á las órdenes de un hombre fiel y discreto; y entregándole una cantidad de artículos europeos para que comprase comestibles de los indios, le mandó que se mantuviese por la isla, hasta el arribo de los esperados buques.

Al fin, despues de mas de un año de esperanzas y desengaños, disiparon las dudas de los españoles dos bajeles que entraron en el puerto. Uno venia alquilado y bien provisto, á expensas del Almirante, por el fiel é infatigable Diego Mendez; el otro le habia armado Ovando y puéstolo á las órdenes de Diego de Salcedo, el agente de Colon.

La negligencia de Ovando en socorrer á Colon parece que encendió la indignacion pública de tal modo, que se llegó á censurar su conducta en los púlpitos. Así lo afirma Las-Casas, que estaba á la sazon en Santo Domingo. Si el gobernador habia en efecto esperado que durante la dilacion del socorro pereciera Colon en la isla, los informes que trajo Escobar debieron desengañarle completamente. No podia, pues, perder tiempo si deseaba reclamar algun mérito en su rescate, ó evitar la vergüenza de haberle totalmente abandonado. Así, hizo todos sus esfuerzos á la última hora, y mandó una carabela con el bajel que enviaba Diego Mendez. Este, habiendo cumplido fielmente aquella parte, de su mision, y visto partir los bajeles, regresó á España para otros negocios del Almirante.

LIBRO XI.

CAPITULO PRIMERO.

ADMINISTRACION DE OVANDO EN ESPAÑOLA.—OPRESION DE LOS INDIOS.

(1503.)

Antes de hablar de la vuelta de Colon á Española, debe hacerse una reseña de algunos de los principales sucesos ocurridos durante la administracion de Ovando. Una turba de aventureros de varias clases llenó su flota. Ansiosos especuladores, visionarios, crédulos, y caballeros sin fortuna, esperaban enriquecerse repentinamente en una isla en que se cogia el oro en la superficie de la tierra, ó en los arroyos de las montañas. Apenas habian desembarcado, dice Las-Casas, que iba en la expedicion, cuando todos se di-

rigieron á las minas, distantes unas ocho leguas. Hormigueaban los caminos con aventureros de todas clases. Cada cual llevaba su galleta ó harina, y sus instrumentos de minería al hombro. Los hidalgos, desprovistos de criados que les llevasen sus efectos se los ponian á la espalda, y era feliz el que tenia caballo en que hacer el viaje, para acarrear mas tesoros á Santo Domingo. Salieron animadísimos los aventureros, ansioso cada uno de llegar el primero á la tierra dorada, pensando que no habia mas que llegar á las minas y coger riquezas. «Porque imaginaban, dice, »Las-Casas, que el oro se juntaba tan fácil y pronta»mente, como se coge la fruta de los árboles.» A su arribo, empero, descubrieron, que era preciso penetrar cavando hasta las entrañas de la tierra; que requeria experiencia y sagacidad el hallazgo de las venas minerales; y que por último las operaciones todas de la explotacion, sobre ser fatigosas eran inútiles si se carecia de constancia y experiencia. Cavaron vigorosamente por algun tiempo, pero no hallaron oro. Vino el hambre, arrojaron sus herramientas, comieron y volvieron á la faena. Todo en vano. «El »trabajo, dice Las-Casas, les daba buen apetito y »pronta digestion, pero no oro.» Pronto consumieron sus provisiones, perdieron la paciencia, maldijeron su credulidad, y al cabo de ocho dias se volvieron tristemente por los caminos que poco antes habian pasado tan gozosos. Llegaron á Santo Domingo sin una onza de oro, hambrientos, abatidos y desesperados. Así sucede con frecuencia á los inespertos que emprenden la explotacion de minas, que es de todas las especulaciones la mas seductora y falaz.

Pronto se apoderó la pobreza de aquellos ilusos. Consumieron la poca propiedad que habian traido de España. Muchos padecian tal hambre que cambiaban por pan sus ropas. Otros se relacionaron con los antiguos colonos de la isla. Las miserias del ánimo aumentaron, como de ordinario, los sufrimientos del cuerpo. Algunos se debilitaron y murieron de pesadumbre; otros devorados de fiebres, de modo que en poco tiempo perecieron mas de mil hombres.

Ovando tenia fama de muy sagaz y prudente; y en efecto, tomó acertadas medidas para la regulacion de la isla, y el alivio de los colonos. Dió providencias para distribuir las personas casadas y familias que habian venido en la escuadra, en cuatro ciudades del interior, concediéndoles importantes privilegios. Revivió el celo por la explotacion de minas, reduciendo la contribucion real de la mitad del producto á la tercera parte, y poco despues á la quinta; pero permitió á los españoles que se aprovechasen para ello, del modo mas opresor, del trabajo de los naturales. Uno de los principales cargos que se hacian á Colon, era el de haber tratado con severidad á los indios. Es propio, por lo tanto, examinar la conducta de su sucesor, hombre escogido por su prudencia y supuesto don de gobernar. Podrá tenerse presente que cuando Colon se vió de cierto modo obligado á dar tierras á los rebeldes compañeros de Roldan en 1499, habia hecho el convenio de que los caciques de las cercanías le diesen, en vez de tributo, algunos indios que les ayudasen á cultivar sus nuevos estados. Este, como queda dicho, fue el principio del desastroso sistema de los repartimientos, ó distribucion de los indios. En el gobierno de Bobadilla se obligó á los caciques á dar á cada español cierto número de indios, para que trabajasen en las minas, donde se les trataba como bestias de carga. Numeró los indios, para que no hubiese exacciones, los redujo á clases, y los repartió entre los españoles. Ya se ha hablado de la enorme opresion que ocasionó esta medida. Se indignó al oirla la reina, y cuando fue Ovando de sucesor de Bobadilla, en 1502, declaró libres á los naturales. Inmediatamente rehusaron estos trabajar en las minas.

Ovando expuso á los soberanos, en 1503, las ruinosas consecuencias que tendria en la colonia la entera libertad concedida á los indios. Manifestó que no podia juntarse el tributo, por ser los naturales perezosos é impróvidos, y que huyendo de los españoles no se instruian en la fe cristiana.

Esta última razon tuvo mucha influencia con Isabel, y produjo una carta de los soberanos á Ovando en 1503, en que se le mandaba que no perdonase medio de inspirar á los indios el amor de los españoles y de la religion católica. Que los hiciese trabajar con moderacion, si era absolutamente necesario para su propio bien; pero que templase la autoridad con la persuasion y la benevolencia. Que se les pagase regular y justamente por su trabajo, instruyéndolos ademas en ciertos dias en la doctrina cristiana.

Ovando usó con la mayor extension de las facultades que por esta carta se le concedian. Asignó á cada español cierto número de indios, segun la calidad del que los pedia, la naturaleza de la peticion ó su inclinacion propia. Se hacian estas concesiones en forma de una órden á los caciques, para que entregasen tantos indios á tal persona que debia pagarles é instruirles en la fe cristiana. La paga era tan corta, que casi se podia decir nominal; la instruccion se reducia á poco mas que la mera ceremonia del bautismo, y el término del trabajo fue al principio de seis, despues de ocho meses al año. So capa de estas faenas pagadas y establecidas para bien del alma y del cuerpo, se les exigia mas trabajo, y se les trataba con mas crueldad que en los peores dias de Bobadilla. Se les conducia con frecuencia á muchas leguas de distancia de sus mujeres é hijos, donde quedaban sujetos á insufrible trabajo de todas especies, forzándolos á él con la inhumana pena de los azotes. Tenian por alimento el pan de cazabe, nutricion insustancial para tanta fatiga; á veces una corta racion de puerco se distribuia entre todos ellos, tocando apenas un bocado á cada uno. Cuando los españoles que intervenian en el trabajo de las minas estaban comiendo, dice Las-Casas, los famélicos indios se arrastraban debajo de las mesas, como perros para coger las migajas y huesos que caian. Despues de roerlos y chuparlos hasta mas no poder, los molian entre dos piedras, y mezclaban el polvo con su pan de cazabe para que nada se perdiese de tan exquisito bocado. Los que trabajaban en el campo, jamás probaban pescado ni carne, siendo su único alimento un poco de pan de cazabe y algunas raices. Y sin embargo, los españoles exigian de ellos trabajo bastante para quebrantar al hombre mas vigoroso. Si los indios huian, se les cazabe como bestias feroces, se les azotaba del modo mas inhumano, y se les cargaba de cadenas para que no volviesen á evadirse. Muchos perecian antes que el término de la labor se cumpliese. A los que quedaban vivos, despues de seis ú ocho meses de esta misera existencia, se les permitia volver á sus casas hasta el principio del término siguiente. Pero sus casas distaban á menudo cuarenta, sesenta ú ochenta leguas, y no tenian para sustentarse por el camino mas que algunas raices, pimientos ó pan de cazabe. Muchos carecian de fuerza para hacer el viaje, y se sentaban y morian en el camino, algunos al lado de un arroyo, otros á la sombra de un arbol á que se habian arrimado para guarecerse del sol. «He en»contrado á muchos muertos por el camino, dice »Las-Casas, á otros jadeando bajo los árboles, y otros »en las agonías de la muerte, gritando con voz mo»ribunda ¡hambre! ¡hambre.» Los que llegaban á sus casas, las hallaban comunmente desiertas. En los ocho meses de ausencia, sus mujeres é hijos habian perecido ó se habian extraviado; los campos con que habian contado para alimentarse, los hallaban cubiertos de abrojos, y no les quedaba mas auxilio que postrarse en tierra desfallecidos y desesperados, y morir á los umbrales de sus habitaciones.

Es imposible seguir sin horror la descripcion que hace Las-Casas, no de lo que habia oido, sino de lo que él mismo habia visto. Baste decir que tan atroces fueron las fatigas y padecimientos impuestos á aquella raza débil é inofensiva, que desapareció de la faz de la tierra. Muchos se suicidaron en la desesperacion; las madres vencian el poderoso instinto de la naturaleza, y ahogaban á los niños de pecho para librarlos de vida tan amarga. Doce años habian trascurrido desde el descubrimiento de la isla, y miles de miles de sus naturales habian ya perecido víctimas miserables de la avaricia de los blancos.

CAPITULO II.

SANGRIENTOS DESTROZOS EN JARAGUA. — DESTINO DE ANACAONA.

(1503).

Se han manifestado con brevedad los sufrimientos de los indios bajo la política de Ovando : nos falta pintar concisamente las operaciones militares de este gefe, cuya prudencia loaron tanto algunos de los primitivos historiadores. Trataremos primero de los desastres de la bella provincia de Jaragua, sede de la hospitalidad, refugio de los necesitados españoles, y del destino de la cacique Anacaona, un tiempo orgullo de la isla y generosa amiga de los blancos.

Muerto Behechio, el antiguo cacique de esta provincia, le sucedió en el gobierno su hermana Anacaona. Las simpatías que esta gobernadora habia mostrado por los españoles, se habian disminuido mucho por la miseria general que habian producido en su país, y por el brutal libertinaje de los compañeros de Roldan. El triste desenlace de los amores de su bella hija Higuenamota con el jóven Hernando de Guevara le habia tambien causado mucha afliccion; y finalmente, los padecimientos que tuvieron que arrostrar sus súbditos por los atroces sistemas que establecieron Bobadilla y Ovando, habian al fin convertido su amistad en completa aversion.

Este disgusto se sostenia y agravaba por los españoles que vivian en su inmediata vecindad, y que habian obtenido en ella tierras ; resto de la faccion rebelde de Roldan, que conservaba la escandalosa licencia á que se habia entregado bajo la relajada autoridad del cabecilla; gente que se hacia odiosa á los caciques inferiores, exigiendo servicios tiránica y caprichosamente por la autorizacion de los repartimientos.

Los indios de esta provincia eran mas inteligentes, civilizados y generosos de espíritu que los demás de la isla. Eran por lo mismo mas susceptibles de sentir y resistir el insultante trato á que estaban sujetos. Acontecian querellas entre los caciques y sus opresores. Inmediatamente se daba al gobernador parte de ellas, calificándolas de peligrosos motines; y la menor resistencia á cualquier estorsion despótica se traducia por oposicion á la autoridad del gobierno. Continuamente llegaban á Ovando quejas de esta especie, hasta que le persuadió algun alarmista ó mal intencionado intrigante, de que los indios tenian formada una conspiracion tremenda para levantarse contra los españoles.

Salió Ovando sin demora para Jaragua, á la cabeza de trescientos infantes armados de espadas, arcabuces y ballestas, y de setenta ginetes con corazas, lanzas y escudos. Pretendia ir solo á hacer una visita amistosa á Anacaona; y á concertar con ella ciertas medidas sobre el pago del tributo.

Cuando supo Anacaona la próxima visita, mandó juntar en la principal ciudad de sus Estados á todos los caciques inferiores y principales súbditos para recibir al gefe español con la debida distincion y homenaje. Al acercarse Ovando á la cabeza de su pequeño ejército, salió ella á recibirlo segun la costumbre de su nacion, seguida de una numerosa comitiva de sus principales gentes de ambos sexos, que como antes se ha dicho eran de notable gracia y belleza. Recibieron á los españoles con sus himnos patrióticos ó populares areitos; las jóvenes ondeando ramos de palma y bailando delante de ellos del modo mismo que pareció tan halagüeño al Adelantado y su tropa, cuando por primera vez visitaron aquella provincia.

Anacaona trató al gobernador con la gracia y dignidad natural que en ella se celebraban. Le dió para su residencia la mejor casa de la poblacion, y acuarteló sus tropas en las casas vecinas. Por muchos dias fueron regalados los españoles con las riquezas naturales que daba la provincia y se ejecutaban con frecuencia en su obsequio bailes, juegos y cantos nacionales.

A pesar de estos obsequios, estaba persuadido Ovando de que Anacaona meditaba en secreto su muerte y la de sus compañeros. No dicen los historiadores en qué razones fundaba esta opinion. Es demasiado probable que se la hubiesen inspirado los infames aventureros que infestaban aquella provincia. Ovando debiera haber reflexionado antes de obrar; debiera haber considerado la improbabilidad de que acometiesen tal empresa los desnudos indios, contra una fuerza formidable de tropas cubiertas de acero, y armadas á la europea; y debiera en fin, haber tenido presente el carácter bondadoso de Anacaona. El ejemplo repetido de Colon y el Adelantado pudiera haberle hecho conocer, que era suficiente seguridad contra las maquinaciones de los indios apoderarse de sus caciques y retenerlos en rehenes. Pero seguia Ovando mas sanguinaria política, y obraba por sospechas como lo hiciera por conviccion. Determinó anticipar la supuesta conjuracion por un contra-artificio, y sumergir á aquel pueblo indefenso en un mar de sangre.

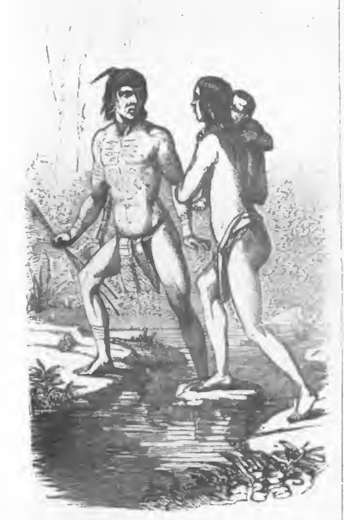
Como los indios habian divertido á sus huéspedes con varios juegos nacionales, los convidó Ovando á su vez á ver los de su país. Entre otros, habia juego de cañas. La caballería española era entonces notable por el diestro manejo y esplendido arnés de sus caballos. Entre los soldados que Ovando trajo de España, habia un ginete enseñado su caballo á corvetear guardando compás con la música de un violin. La justa debia celebrarse en la tarde de un domingo, en la plaza pública, delante de la casa de Ovando. La caballería y soldados de á pié tenian sus instrucciones secretas. Aquellos no debian combatir con cañas, ni picas despuntadas, sino con armas mas mortíferas; estos vendrian como meros espectadores, pero bien armados y prontos para entrar en accion cuando vieran la señal.

A la hora concertada se llenó la plaza de indios deseosos de ver aquel simulacro guerrero. Se juntaron los caciques en la casa de Ovando que daba á la plaza. Ninguno estaba armado; reinaba entre ellos una confianza ciega, incompatible con la negra traicion de que se les acusaba. Para prevenir toda sospecha, y disipar las apariencias de un designio siniestro, se puso Ovando á jugar despues de comer al herron con varios de sus oficiales principales, cuando habiendo llegado á la plaza la caballería, pidieron los caciques al gobernador que mandase empezar la justa. Anacaona y la bella Higuenamota su hija, con otras muchas indias hicieron la misma peticion.

Ovando dejó su juego y se puso en un sitio visible. Cuando todo estuvo dispuesto segun sus órdenes, dió la funesta señal. Dicen algunos, que poniendo la mano en una pieza de oro que llevaba suspendida al cuello; otros, que sobre la cruz de Alcántara bordada en el pecho. Una trompeta sonó inmediatamente. La casa en que estaban juntos Anacaona y los principales caciques, fue rodeada por la soldadesca que

Diego Velazquez Rodrigo Mejiatrillo mandaban, y no se permitió escapar ninguno. Entraron las tropas, y apoderándose de ellos, los amarraron á los postes que sustentaban el techo; á Anacaona se la llevaron prisionera. Se dieron despues á los desventurados caciques horribles tormentos, hasta que algunos en la extremidad de la angustia, se vieron forzados á acusarse á sí mismos y á su reina de haber entrado en supuesta conspiracion. Acabada esta cruel mofa de las formas judiciales, en vez de pasar á nuevo exámen, se pegó fuego á la casa, y todos los caciques perecieron miseramente en las llamas.

Mientras los caudillos perecian víctimas de semejante barbarie, era la plaza teatro de escenas aun mas horribles. A la señal de Ovando se precipitaron los ginetes por entre la indefensa y desnuda muchedumbre, atropellando á la gente con los caballos, hiriéndola con las espadas, y traspasándola con las lanzas. No hubo misericordia para edad ni sexo; todo fue carniceria. Alguna vez un caballero, ó por piedad, ó á impulso de la avaricia, queria salvar en sus brazos á un niño, pero las lanzas de sus compañeros le despedazaban ferozmente al punto mismo. La humanidad se desvia con horror de semejantes atrocidades, y querria desmentir la historia; pero están prolijamente descritas por el venerable obispo Las-Casas, residente á la sazon en la isla, y relacionado con los actores principales de esta tragedia. Pudo haber recargado fuertemente la pintura en su indignacion habitual, cuando se trataba de las injurias hechas á los



Indios huyendo de los españoles á los bosques

indios; pero por la coincidencia de diversos relatos, y por muchos casos que hablan por ellos mismos, la escena debió haber sido sangrienta y atroz. Oviedo, alto panegirista de la justicia, devocion, caridad y afabilidad de Ovando, y de su bondadoso trato de los indios, y que visitó la provincia algunos años despues,



Casa de un indio principal.

recuerda varias de las anteriores circunstancias, especialmente el juego del herron en que con tanta sangre fria estaba el gobernador divirtiéndose al ir á comenzar tan tremendo acto; y la quema de los caciques, que dice fueron mas de cuarenta. Diego Mendez, que estaba entonces en Jaragua, y sin duda se hallaria presente en ocasion tan importante, dice incidentalmente en su última voluntad y testamento, que hubo ochenta y cuatro caciques quemados ó ahorcados Las-Casas recuerda que entraron en la casa ochenta caciques con Anacaona. El destrozo de la multitud debió ser grande, y se cometió contra una muchedumbre desarmada é indefensa. Varios que escaparon, huyeron en sus canoas á una isla llamada Guanabo, á unas ocho leguas de distancia. Se les persiguió, aprisionó y condenó á la esclavitud.

La princesa Anacaona fue conducida á Santo Domingo cargada de cadenas. Se les concedió la apariencia de un proceso criminal, en que salió inculpada por las declaraciones que el tormento arrancó á sus súbditos, y por el testimonio de sus verdugos, y fue ahorcada ignominiosamente en presencia del pueblo, á quien tanto y por tanto tiempo habia protegido. Oviedo ha tratado de manchar el carácter de esta desventurada princesa, acusándola de disoluta: pero tenia por costumbre acriminar el carácter de los príncipes indios que perecian víctimas de la ingratitud é injusticia de sus compatriotas. Los escritores contemporáneos de mayor autoridad concurren en pintar á Anacaona como notable por su dignidad y carácter. La adoraban sus súbditos tanto, que ejercia sobre ellos una especie de dominio aun en los dias de su hermano: se dice, que era hábil en la composicion de los areitos ó romances históricos de su nacion; y pudo haber contribuido mucho á aquel grado de superior refinamiento notable entre su gente. Su gracia y belleza le habia dado nombradía por toda la isla, y excitado la admiracion del español como del salvaje. Su espíritu magnánimo se manifestó en el amistoso trato que tuvo con los blancos; y aunque su marido, el bravo Caonabo, habia perecido prisionero entre ellos, tuvo en su poder muchas partidas de españoles indefensos, que vivian seguros en sus dominios. Despues de haber descuidado por mu-

chos años las frecuentes y seguras ocasiones de venganza que se le presentaban, cayó víctima del absurdo cargo de haber conspirado contra una fuerza armada de cerca de cuatrocientos hombres, y entre ellos setenta caballos, capaces de haber subyugado grandes ejércitos de desnudos indios.

Despues de la carnicería de Jaragua continuó aun la destruccion de sus habitantes. El sobrino favorito de Anacaona, el cacique Guaora, que habia huido á las montañas, fue cazado como una fiera, y acabó tambien en la horca. Por seis meses continuaron los españoles devastando el pais á pié y á caballo, bajo pretesto de apagar las sediciones; porque donde quiera que los espantados indios se refugiaban en su desesperacion, juntándose en tristes cavernas ó en lo mas enriscado de las montañs, se decia que estaban reuniéndose armados para fomentar la rebelion. Habiéndolos al fin sacado de su retiro, destruido á muchos, y reducido los vivos á la miseria mas deplorable, y á la sumision mas baja, se consideró toda aquella parte de la isla restablecida al buen órden; y en conmemoracion de este grande triunfo fundó Ovando una ciudad cerca del lago, á que puso Santa María de la verdadera paz.

Tal es la historia trágica de la deliciosa region de Jaragua, y de sus amables y hospitalarios habitantes; lugar en que los europeos, segun sus propias pinturas, hallaron un perfecto paraiso, pero que por sus viles pasiones llenaron de horror y desolacion.

CAPITULO III.

GUERRA CONTRA LOS NATURALES DE HIGUEY.

(1504.)

Se ha relatado la subyugacion de cuatro de las soberanías de Española, y el desastrado fin de sus caciques. Bajo la administracion de Ovando se sometió tambien Higuey, el último de estos independientes distritos.

La gente de Higuey era de espíritu mas guerrero que la de las otras provincias, habiendo aprendido á usar sus armas en frecuentes guerras con los invasores caribes. Los regia un cacique llamado Cotabanamá. Las-Casas describe á este caudillo por observacion personal, y le representa como verdadero héroe indio. Era, dice, el mas fuerte de su tribu, y de mas perfectas formas que un hombre entre mil de cualquier nacion. Mas alto de estatura que el mas alto de sus paisanos, de una vara de espalda de hombro á hombro, y el resto de su cuerpo de admirable simetría. Su rostro no era hermoso, sino grave y osado. No podia un hombre comun doblar fácilmente su arco; las flechas tenian tres puntas de espina de pescado; y todas sus armas parecian destinadas para uso de un gigante. En una palabra, tenia tan colosales proporciones, que era la admiracion hasta de los españoles mismos.

Mientras estaba Colon empeñado en el cuarto viaje, y poco despues de entrar Ovando en el gobierno, se insurreccionó este cacique con su gente. Sorprendieron á una chalupa con ocho españoles en la pequeña isla de Saona, adyacente á Higuey, y dieron muerte á toda la tripulacion, para vengar á un cacique, despedazado sin provocacion alguna por un perro que un español soltó contra él, y por lo cual los naturales habian pedido en vano justicia.

Ovando despachó sin tardanza á Juan Esquivel, oficial bizarro, á la cabeza de cuatrocientos hombres, para apagar la insurreccion, y castigar el asesinato de los marineros. Cotabanamá juntó sus soldados, y se preparó para una vigorosa resistencia. Desconfiando de la misericordia de los españoles, rehusó escuchar los ofrecimientos de paz, y combatió con alguna ventaja de los naturales. Los indios habian ya vencido su creencia supersticiosa de ser los blancos entes sobrenaturales, y aunque no podian resistir la superioridad de las armas europeas, manifestaban un valor y destreza que los hacia enemigos no despreciables. Las-Casas y otros historiadores relatan un audaz y romántico encuentro entre un solo indio y dos caballeros montados, Valtenebro y Portevedra, en que el indio, aunque atravesado por las lanzas y espadas de ambos enemigos, retuvo su fiereza y continuó el combate, hasta caer muerto despues de haberles quitado las armas. Esta noble accion, dice Las Casas, era pública y notoria.



Prision de la reina Anacaona.

Los indios quedaron pronto derrotados, y huyeron á las montañas. Los persiguieron los españoles á sus mas recónditas guaridas, descubrieron sus mujeres é hijos, y en ellos tomaron señalada venganza, entregando á las llamas los caudillos. Una anciana cacique, muy distinguida, llamada Higuanama, fue hecha prisionera y ahorcada.

Pasaron despues tropas á la isla de Saona en una carabela, para vengar la destruccion de la chalupa y su gente. Los naturales hicieron una salida desesperada, y huyeron luego. Era la isla montañosa, y estaba llena de cavernas, en que los indios buscaban refugio Se aprisionaron seiscientos ó mas, y fueron

pasados por las armas. Otros habitantes sufrieron la esclavitud; y así, dice Las-Casas, quedó desierta y desolada la isla.



La anciana Higuanama ahorcada.

Los naturales de Higuey cayeron en la desesperacion, viendo que no habia escape para ellos ni en las entrañas de la tierra: pidieron la paz, que se les concedió, á condicion de que cultivasen un estendido territorio, y pagasen gran cantidad de pan en tributo. Concluida la paz, visitó Cotabanamá el campo español, donde sus proporciones gigánteas y marcial porte le hicieron objeto de curiosidad y admiracion. Fue distinguidamente recibido por Esquivel, y ambos cambiaron nombres; liga indiana, que significa perpétua y fraternal amistad. Los indios llamaron desde entonces Juan Esquivel al cacique y al gefe español Cotabanamá. Esquivel erigió una fortaleza de madera en lugar indio cerca del mar, y dejó nueve hombres en ella y un gefe llamado Martin de Villaman. Se dispersaron despues las tropas, volviendo á Santo Domingo, cada individuo con la parte de esclavos que le cupo de los ganados en esta expedicion.

No fue la paz muy duradera. Por el tiempo en que se enviaron socorros á Colon, para sacarlo de Jamáica, hubo otro motin en Higuey, provocado por la tiranía de los españoles y por haberse violado la capitulacion hecha por Esquivel. Martin de Villaman exigió que no solo cultivasen los indios el grano estipulado, sino que le llevasen á Santo Domingo; y cuando los naturales rehusaron hacerlo, los trató con la mayor severidad. Tambien permitia el libertinage de su gente con las mujeres indias, y se llevaban estos con frecuencia las hijas, hermanas y aun esposas de los tributarios. Al fin se encendió su furia, se alzaron contra sus tiranos, los asesinaron, y redujeron á cenizas su fortaleza. Solo escapó un español, y llevó las nuevas de esta catástrofe á la ciudad de Santo Domingo.

Ovando dió órdenes inmediatamente para entrar á sangre y fuego en la provincia de Higuey. Las tropas españolas se juntaron de varias partes en los confines de aquella provincia, y Juan de Esquivel tomó el mando de ellas, y de un numeroso ejército de guerreros indios aliados. Las ciudades de Higuey estaban generalmente edificadas en las montañas; y las montañas se elevaban en llanos ó plataformas, por lo comun, de diez ó quince leguas de longitud y otro tanto de latitud; ásperas y breñosas, con valles de tierras encarnadas, sumamente fértiles, de donde sacaban su pan de casaba. El ascenso de una á otra plataforma seria de unos cincuenta pies; rápido y de piedra viva, y parecido á una pared trabajada con instrumentos. Cada lugar tenia cuatro espaciosas calles, de un tiro de piedra de anchura, y formando una cruz, sin árboles en ellas, ni en la plaza pública del centro.

Cuando llegaron las tropas españolas á las fronteras, se vieron hogueras de señal por las montañas, y las columnas de humo hacian de dia el oficio de las llamas. Los ancianos, mujeres y niños indios se ocultaron en los lugares mas escondidos de las selvas, y los guerreros se prepararon para la batalla. Hicieron alto los castellanos en una de las selvas donde podia



Fuerte incendiado.

obrar su caballería. Se apoderaron de algunos indios con ánimo de saber por ellos los planes y fuerzas del enemigo. Les dieron tormento para ello, pero en vano; tan acendrada era la lealtad de aquellos pueblos

hácia sus caciques. Los españoles penetraron en el interior. Hallaron los guerreros de varias ciudades juntos en una, formados en las calles con sus arcos y flechas, pero perfectamente en cueros y sin armas defensivas. Lanzaron tremendos alaridos con una descarga de flechas; pero desde tan lejos, que no alcanzaron á los españoles: estos contestaron con sus ballestas y dos ó tres arcabuces, pues se hallaban entonces con pocas armas de fuego. Cuando vieron los indios caer muertos á varios de sus camaradas, huyeron precipitadamente; rara vez esperaban el ataque de las espadas: algunos de los heridos, en cuyos cuerpos habian penetrado las flechas hasta las mismas plumas, se las arrancaron con las manos, las quebraron con los dientes, se las arrojaron con inútil furia á los españoles, y cayeron muertos en el acto.

Toda la fuerza indiana quedó derrotada y dispersa. Cada familia ó banda de vecinos, huyó en su propia direccion, y se ocultó en la espesura de las montañas. Los españoles los persiguieron, pero hallaron la caza difícil entre bosques cerrados y quebradas y peñascosas alturas. Tomaron por guias á varios prisioneros, haciéndoles sufrir increibles tormentos para que hiciesen traicion á sus paisanos. Los llevaban delante de ellos atados con sogas por el pescuezo; y algunos, al pasar por las márgenes de los precipicios, repentinamente se arrojaban en ellos, esperando arrastrar consigo á los españoles. Cuando al fin descubrian sus perseguidores á los infelices indios que estaban ocultos, no perdonaban sexo ni edad; hasta las mujeres en cinta y madres con sus niños en los brazos, caian traspasados por aquellos desapiadados hierros.

Deallí salió Esquivel á atacar la ciudad donde residia Cotabanamá, y en que habia juntado mucha fuerza para defenderse. Marchó en derechura hácia ella por la costa del mar, y llegó al sitio donde dos caminos conducian á la ciudad por la montaña. Uno de ellos era cómodo, y convidaba á subir por él; no tenia ramas ni arbustos que impidiesen la marcha. En él habian establecido los indios una emboscada que atacase la retaguardia española. El otro camino estaba casi impracticable á causa de los muchos árboles y arbustos que por él se veian arrojados. Esquivel era prudente y cauteloso; sospechó la estratagema, y escogió el mal camino. Distaba la ciudad como legua y media del mar. Los españoles se abrieron paso con mucha dificultad por la primera media legua. La circunstancia de estar el resto del camino libre de todo obstáculo, confirmó la sospecha de Esquivel. Avanzaron rápidamente; y llegados cerca de la poblacion, se volvieron con velocidad sobre el otro camino, sorprendieron la partida emboscada, é hicieron en ella grande matanza con las ballestas.

Los guerreros salieron entónces de donde estaban ocultos, é hicieron repetidas descargas de flechas; pero á tal distancia, que generalmente no hacian daño. Se aproximaron despues mas, y comenzaron á tirar piedras con las manos, no conociendo el uso de la honda. En vez de desmayar al ver morir á sus compañeros, se aumentaba su furia, que espresaban con horribles alaridos. Una irregular batalla se siguió á estas operaciones, y duró desde las dos de la tarde hasta la noche. Las-Casas se halló presente; y segun su narracion, debieron de dar los indios ejemplos de grande valor personal, aunque la inferioridad de sus armas, y la falta de armaduras hicieron su bizarria del todo estéril. Al cerrar la noche cesaron las hostilidades, y en sus tinieblas se marcharon los indios á las espesuras de las selvas vecinas. Un profundo silencio siguió á sus alaridos y gritos de guerra, y los españoles permanecieron toda la noche en pacífica posesion de la ciudad.

CAPITULO IV

CONCLUYE LA GUERRA DE HIGUEY.—DESTINO DE COTABANAMÁ.

(1503.)

Durante la mañana que siguió á la accion no se descubrió un indio. Viendo que hasta su grande gefe Cotabanamá era incapaz de resistir las proezas de los blancos, abandonaron su causa y huyeron á las montañas. Los españoles separándose en pequeñas partidas, los cazaban como animales silvestres; su objeto era apoderarse de los caciques, y sobre todo de Cotabanamá. Exploraron todos los valles y ocultos senderos que conducian á las madrigueras en que se habian refugiado los salvajes. Estos eran cautelosos y astutos en su modo de retirarse; pisaban los unos sobre las huellas de los otros, de modo que veinte no dejaban mas señal que uno; y tan lijeramente, que apenas movian la yerba; pero habia españoles tan diestros en cazar indios, que hallaban sus trazas hasta en la vuelta de una hoja seca y entre las huellas de mil diversos animales.

Tambien olian desde lejos el humo del fuego que hacian los indios cuando se paraban, y así los sorprendian en sus mas secretos asilos. A veces, si cogian un solo indio, le obligaban con tormento á revelar el sitio donde estaban sus compañeros; le ataban despues por el cuello, y le hacian servir de guia. Cuando descubrian uno de los albergues en que se refugiaban los ancianos y los enfermos, débiles mujeres é indefensos niños, les daban desapiadada muerte. Quisieron inspirar terror por aquel pais, y amedrentar la tribu entera para someterla. Cortaban las manos á los que encontraban sueltos, y los enviaban, como ellos decian, á entregárselas en vez de cartas á sus paisanos, pidiendoles que se rindiesen. Innumerables fueron, dice Las Casas, los que quedaron amputados de este modo, y muchos de ellos espiraron de dolor y desangrados.

Se deleitaban los conquistadores en ejercer estrañas é ingeniosas crueldades. Hacian horcas anchas y bajas, de modo que los pies de los pacientes tocasen la tierra y fuese larga su muerte. Ahorcaban trece á la voz en reverencia, dice indignado Las Casas; de nuestro bendito Salvador y de los doce apóstoles. Mientras estaban las víctimas suspendidas y todavía vivas, las cortaban y macheteaban con las espadas para probar su fuerza y su filo. Las envolvian en paja bien seca, y les pegaban fuego; y asi terminaban su existencia en la mas fiera agonía.

Son horribles estos pormenores; y eso que se han cubierto con un velo otros mas detestables todavía. Los refiere el venerable Las-Casas, testigo de vista de las escenas que describe. Era jóven entonces, pero habla de ellos en sus postreros años. «Todas estas cosas, dice, y otras repugnantes á la naturaleza humana, mis propios ojos las vieron; y ahora casi temo repetirlas, apenas creyéndome á mí mismo, y dudando si habrán sido sueños.»

Se hubieran suprimido estos hechos en la presente obra, vergonzosos para la humanidad, porque su autor no quisiera mancillar el honor de una nacion valiente, noble y generosa. Pero seria separarse de la verdad histórica, teniendo los documentos delante de los ojos, pasar en silencio actos tan atroces, recordados por testigos cuya veracidad no puede dudarse. Estas ocurrencias hacen ver hasta dónde llega la crueldad humana, cuando la estimulan la avaricia, la sed de la venganza ó un celo mal entendido por la causa santa de la religion. Todas las naciones han dado á su vez pruebas de esta verdad vergonzosa. Pero como sucede en el caso que ahora se discute, son generalmente los crímenes de los individuos mas bien que los de los estados. Por eso debe un gobierno vi-

gilar cautelosamente á aquellos delega el poder en una remota y desamparada colonia.

Pronto se apercibió Juan Esquivel de que con toda su severidad seria imposible subyugar la tribu de Higuey, en tanto que estuviese libre el cacique Cotabanamá. Aquel caudillo se habia retirado á la pequeña isla de Saona, a dos leguas de la costa de Higuey, en el centro de la cual, en un laberinto de rocas y selvas, vivia en una caverna con su mujer y sus hijos.

Esquivel empleó para apoderarse del cacique una carabela recien llegada de Santo Domingo con provisiones. Sabia que tenia el cacique mucha vigilancia y escuchas sobre las elevadas rocas de la isla, por lo que salió de noche en su buque con cincuenta hombres; y manteniéndose dentro de las oscuras sombras que la tierra producia, llegó al amanecer sin ser visto á Saona. Ancló cerca de tierra detras de ciertos picos y bosques que le ocultaban, y desembarcó cuarenta hombres, antes que los espías de Cotabanamá hubiesen tomado sus puestos. Fueron sorprendidos dos de ellos y presentados á Esquivel, quien despues de haber sabido que el cacique estaba cerca, quitó la vida al uno y tomó al otro por guia.

Varios españoles iban delante, deseosos de distinguirse con la captura del cacique. Llegaron á dos caminos, y toda la gente tomó por el de la derecha, menos un tal Juan Lopez, hombre fuerte y diestro en la guerra india. Siguió este una senda por la izquierda que serpenteaba entre montecillos y colinas tan arboladas, que era imposible distinguir objeto alguno á medio tiro de ballesta. A deshora, en un estrecho paso oscurecido por muchos árboles y altas rocas, encontró doce guerreros indios armados de flechas y arcos, y siguiéndose unos á otros segun su costumbre. Los indios quedaron confundidos al ver á Lopez, imaginando que le seguia alguna tropa. Hubieran podido fácilmente traspasarlo con sus flechas, pero les faltó serenidad. Les pidió Lopez su caudillo. Respondieron que estaba detras, y abriéndole ellos paso, entró y descubrió al cacique á retaguardia. A vista del español, dobló el cacique su formidable arco, y estaba para salir la flecha, cuando se precipitó Lopez sobre él, y le hirió con la espada. Los otros indios habian ya huido llenos de terror. Cotabanamá, desanimado al sentir el corte de la espada, gritó que se llamaba Juan de Esquivel, pidiendo se le respetase por haber trocado nombre con el caudillo español. Lopez le cogió con una mano por los cabellos, y con la otra le marcó una estocada en el pecho; pero le quitó la espada el cacique, y cerrando con él, le arrojó de espaldas sobre las rocas. Como eran los dos hombres de grandes fuerzas, fue la lucha larga y violenta. La espada estaba debajo de ellos, y Cotabanamá quiso ahogar al español, y le asió por la garganta con su terrible mano. El ruido de la lucha atrajo á otros españoles. Hallaron á su compañero retorciéndose ya sin aliento y casi muerto entre las manos de aquel colosal indio. Cogieron y ataron al cacique, y le llevaron cautivo á un lugar de las cercanías. Descubrieron tambien la cueva donde habia vivido; pero su mujer á hijos; sabida su captura por los indios fugitivos, se refugiaron en otra parte de la isla. Se halló en la cueva la cadena con que habian sido aprisionados varios cautivos indios, que habiendo dado muerte á tres españoles que los llevaban, se escaparon á aquella isla. Tambien estaban allí las espadas de los españoles, ofrecidas como trofeos al cacique. La cadena sirvió para asegurar á Cotabanamá.

Se prepararon los españoles para dar muerte al caudillo en el acto mismo y en la plaza del desierto, lugar en que estaban. Para esto erigieron una pira en que quemarlo. Pero luego creyeron oportuno aplazar este horrible sacrificio. Concediéndole una corta tregua, lo llevaron á bordo del buque, enviándolo á Santo Domingo. Ovando lo vió en su poder, é incapaz de hacer mas daño; pero no tuvo la magnanimidad de perdonar á un vencido, cuyo solo crimen era defender su patria y sus legítimos territorios. Mandó que se le ahorcase públicamente como á un malhechor. Así acabó el cacique Cotabanamá, último de los cinco príncipes soberanos de Hayti. Su muerte fue seguida de la completa subyugacion de la tribu de Higuey. Quedó la isla casi desierta de sus habitantes originales, y una resignada y triste sumision, y una desesperacion muda se apoderó de los pocos que sobrevivieron.

Tal fue el cruel sistema seguido en la ausencia del Almirante por el gefe Ovando, aquel hombre de ponderada prudencia y moderacion, enviado á reformar los abusos de la isla, y sobre todo á reparar los males de los indios. El sistema de Colon nunca fue cruel ni sanguinario. No hizo inútiles desvastaciones ni impuso castigos dictados por la venganza. Su deseo era civilizar á los indios, y hacerlos súbditos útiles, no oprimirlos, perseguirlos ni destruir su raza. Cuando vió la desolacion que se los habia llevado de sobre la haz de la tierra mientras su autoridad estuvo suspendida, no pudo reprimir la fuerte espresion de sus sentimientos. En una carta escrita al rey despues de su vuelta á España, se espresa así sobre este asunto. «Los indios de Española eran y son la riqueza de la »isla; porque ellos son los que cultivan y hacen el »pan y las provisiones para los cristianos, los que »cavan el oro de las minas, y hacen todos los oficios »y trabajos del hombre y de la bestia. Se me ha dicho »que desde que yo dejé la isla, las seis sétimas par»tes de los naturales han muerto, todos por mal tra»to é inhumanidad; muchos por la espada; mas á »golpes y por el mal uso, y otros de hambre. La ma»yor parte ha perecido en las montañas y valles, adon»de huyeron por no poder resistir el trabajo que se »les imponia.» Por su parte, añade, que aunque habia enviado muchos indios á vender á España, era siempre con la intencion de que se les instruyese en la fé cristiana, y en las artes y usos de la civilizacion, y volviesen despues á la isla á favorecer los adelantos de sus paisanos.

El breve bosquejo que se ha dado de la política de Ovando, en ciertos puntos en que se censura á Colon, puede dar al lector medios de valuar con mas precision la conducta de este. No debe examinársele, sin examinar al mismo tiempo la era en que vivia. Comparando sus medidas con las de hombres de sus mismos tiempos, celebrados por sus virtudes y talentos, puestos en la misma situacion espresamente para corregir sus faltas, veremos cuán virtuosa y sábiamente gobernaba Colon en las circunstancias particulares de que estaba rodeado.

LIBRO XVIII.

CAPITULO PRIMERO.

SALE COLON PARA SANTO DOMINGO.—REGRESA A ESPAÑA.

(1504.)

El 28 de junio se despidió Colon de los buques náufragos en que por tanto tiempo habia vivido encerrado, embarcándose todos los españoles; amigos y enemigos, á bordo de los que vinieron de Santo Domingo. Dice Oviedo, que lloraron los indios cuando vieron su partida, porque los consideraban hombres bajados del cielo. Del Almirante, en efecto, habian recibido bondadoso trato y beneficios; y la idea de su favor é influencia con la Divinidad, mostrada en la prediccion del eclipse de luna, pudo haberles hecho considerar su presencia propicia para la isla; pero no es fácil de creer que una desalmada gavilla como la de

Porras hubiese andado vagando meses enteros por aquellas poblaciones, sin darles causa para que los viesen ir con infinita alegría.

Los contrarios vientos y corrientes que se habian opuesto á Colon en todo este infortunado viaje todavía continuaron molestándolo. Despues de una fatigosa lucha de alguna semana llegó al fin el 3 de agosto á la pequeña isla Beata, junto á la costa de la Española. Entre esta y Santo Domingo son tan fuertes las corrientes, que suelen estar los buques detenidos meses enteros, esperando vientos casi impetuosos para vencerlas. Colon despachó por tierra una carta á Ovando, para avisarle su llegada y disipar ciertas sospechas absurdas, que segun Salcedo, mantenia el gobernador acerca de sus intenciones, temiendo que su arribo á la isla pudiese ser ocasion de alborotos. Espresaba en ella, con su genial calor y sencillez, la alegría que experimentaba al verse libre, la cual era tan grande, que desde la llegada de Diego de Salcedo con los bajeles apenas habia podido cerrar los ojos.

Apareciendo una brisa favorable, se dieron los buques de nuevo á la vela, y el 13 de agosto anclaron en el puerto de Santo Domingo. Cualquiera enemistad que contra Colon pudiese haber existido, quedó sepultada por el sentimiento general de sus recientes desastres. La desgracia lava millares de faltas, al paso que estimulan á la detraccion los mismos méritos de un hombre afortunado. En Santo Domingo, adonde en el dia de su poder habian rodeado á Colon multitud de enemigos, de donde se le habia sacado con ignominia, cargándole de hierros entre la gritería é insultos del populacho; de donde se le habia escluido en tiempo de peligro cuando mandaba una escuadra; al arribar al puerto abatido y náufrago, todos olvidaron su enemistad, llenándose en su favor de repentino entusiasmo. Lo que se negó á su mérito, se concedió á sus infortunios; y hasta los envidiosos, apaciguados á la vista de tantos reveses, parecian perdonarle el que una vez hubiese gozado tan altos triunfos.

Salieron á recibirle el gobernador y los principales habitantes con muestras de señalada distincion. Se hospedó en casa de Ovando, que lo trató con la mayor atencion y cortesía. El gobernador era muy sagaz y cortesano; pero habia entre él y Colon causas de celos y desconfianzas demasiado graves para que fuese cordial su trato. El Almirante y don Fernando su hijo creian la urbanidad de Ovando forzada y falaz, y sin otro objeto que el de borrar la memoria de su anterior negligencia, y ocultar su enemistad presente. En tanto que demostraba la mayor amistad por el Almirante, puso en libertad al traidor Porras, cuya causa se debia sustanciar en España. Tambien habló de castigar la gente del Almirante que habia tomado armas en su defensa, muerto varios rebeldes y aprisionado á otros. Colon se quejó altamente de estos procedimientos, que nacieron, empero, de una cuestion jurisdiccional entre él y el gobernador. Estaban tan indefinidas las facultades de ambos, que intervenian las del uno con las del otro, poniendo á los dos en situacion comprometida. Ovando usaba el derecho de conocer en todas las transacciones de Jamáica, por estar dentro de los límites de su gobierno. Colon por su parte reclamaba el mando absoluto, y la jurisdiccion civil y criminal que le habian dado los soberanos sobre cuantas personas pertenecian á su expedicion desde el tiempo de la partida hasta su regreso á España. Para probarlo manifestó su carta de instrucciones. El gobernador le oyó con grande cortesia y risueño semblante; pero observó que aquellas instrucciones no le daban autoridad dentro de los límites de su gobierno. Abandonó, sin embargo, la idea de someter á exámen la conducta de los que iban con Colon, y envió á Porras á España á que fuese juzgado por el tribunal superior de las Indias.

Colon en Santo Domingo no podia encontrar satisfaccion. Le dolia la desolacion de la isla por el trato opresivo de los naturales, y la horrible carnicería que Ovando y sus agentes habian cometido. Esperó Colon con dulce confianza poder hacer á los indios súbditos civilizados, industriosos y tributarios de la corona, y sacar de su regular trabajo una renta grande y constante. ¡Cuán diferentemente habia todo sucedido! Las cinco tribus numerosas que poblaban los valles y montañas cuando el descubrimiento, y habian hecho con sus ciudades y lugares y cultivados terrenos otros tantos *jardines pintados* de las ricas llanuras de la Vega, casi todas habian desaparecido y fenecido los mas de los príncipes nativos con muertes violentas ó ignominiosas. Colon miraba los negocios de la isla con diferente ojo que Ovando, pues tenia un sentimiento paternal por su prosperidad, y hasta su suerte estaba ligada á la de la isla. Se quejó en sus cartas posteriores á los soberanos, de que estaban mal conducidos los negocios públicos; que el acopio de minerales estaba indefenso en grandes cantidades y en casas débilmente labradas y cubiertas, convidando á las depredaciones; que no era Ovando popular; la gente disoluta, y la propiedad de la corona y la seguridad de la isla estaban en contínuo riesgo de sediciones y motines. Mientras todo esto veia, se le prohibia la menor intervencion, y cualquiera observacion de su parte debia esperar fuese mal acogida del gobernador.

Encontró en la mayor confusion sus negocios inmediatos. O bien estaban por recoger sus rentas, ó no obtenia claras y plenas liquidaciones de las ya recogidas. Todo lo que pudo juntar tuvo que aplicarlo al armamento de los buques que debian llevarlo á él y su gente á España. En sus cartas posteriores acusa á Ovando de haber abandonado, si no sacrificado sus intereses durante su larga ausencia, y de haber puesto obstáculos á los destinados para atender á aquellos negocios. Aparece que tuvo algun fundamento para aquellas quejas de dos cartas aun existentes, escritas por la reina Isabel á Ovando en 27 de noviembre de 1503, en que le informa de la queja de Alonso Sanchez de Carvajal de habérsele impedido juntar las rentas del Almirante; y expresamente le manda á Ovando que observe las capitulaciones concedidas á Colon, que respete su comisionado y que le facilite, en vez de impedirle, el cumplimiento de sus deberes. Estas cartas indican una conducta poco generosa de parte de Ovando hácia su ilustre predecesor, al mismo tiempo que el interés personal que tomaba Isabel en los intereses de este durante su ausencia. Ya habia la reina hecho ver, en efecto, su desagrado de que se le negase la entrada en el puerto de Santo Domingo, cuando pidió socorro para la escuadra y refugio de la tormenta; y habia censurado á Ovando por no tomar su consejo y detener la escuadra de Bobadilla; medida que habria evitado muchos desastres. Y es de advertir que los actos sanguinarios de Ovando contra los indios, en particular la matanza de Jaragua y la ejecucion de la desventurada Anacaona, inspiraron á Isabel tanta indignacion como horror: ya estaba en su lecho de muerte cuando recibió aquellas noticias, y con el postrer aliento recibió del rey Fernando la promesa de que Ovando seria destituido inmediatamente de su gobierno. Se cumplió mal y tarde esta promesa, despues de un intérvalo de cuatro años, y aun no hasta que otras circunstancias movieron al rey, porque Ovando lo propiciaba, hallando modo de forzar una renta considerable de la isla.

Las incesantes reyertas entre el gobernador y el Almirante, aunque siempre calificadas por aquel con la mayor complacencia, indujeron á Colon á apresurar cuanto le fue posible su partida de la isla. El buque en que habia vuelto de Jamáica, se reparó y equipó, y se puso bajo el mando del Adelantado, fle-

tando otro bajel, en que se embarcó Colon con su hijo y sus sirvientes. Los mas de los marineros de su equipage se quedaron en Santo Domingo; y como se viesen en mucha pobreza, los socorrió con sus propios fondos, y adelantó los necesarios para el viaje de los que quisieron volver á España. Muchos de los que recibieron auxilios de su generosidad, habian sido de los mas violentos entre los rebeldes.

Se dió á la vela el dia 12 de setiembre, y cuando apenas habia salido del puerto una súbita y violenta ráfaga de viento le desarboló su nave. Pasó al momento con su familia á bordo de la que mandaba el Adelantado, y enviando la otra al puerto, continuó su viaje. En todo él experimentó tan tempestuoso tiempo, que en una tormenta se le tronchó el palo mayor por cuatro partes. Se hallaba Colon en cama entonces á causa de la gota; pero con sus consejos y la actividad del Adelantado, se reparó hábilmente la avería; se mandó acortar el mástil, y sus partes mas débiles se fortificaron con madera, tomada de los castillos que los bajeles de entonces llevaban en la proa y popa, y el todo se aseguró bien con cuerdas. En otra tormenta perdió el mástil de proa. En este estado les quedaban aun que atravesar setecientas leguas de un tempestuoso Océano. La fortuna continuó persiguiendo á Colon hasta el fin de esta su última y mas adversa expedicion. Pasó muchas semanas combatido de tormentas, padeciendo al mismo tiempo los agudos dolores de su enfermedad, hasta que al fin el 7 de noviembre ancló su desmantelada y rota barca en el puerto de Sanlúcar. De allí se hizo conducir á Sevilla, donde esperaba gozar paz de cuerpo y espíritu, y recobrar su salud despues de tan larga série de fatigas, inquietudes y padecimientos.

CAPITULO II.

ENFERMA COLON EN SEVILLA.—INSTANCIA A LA CORTE PARA LA RESTITUCION DE SUS HONORES.—MUERTE DE ISABEL.

(1504)

Debilitado por los años y las enfermedades, gastadas sus fuerzas en tantos trabajos y penalidades como habia padecido en el último viaje, miraba Colon á Sevilla como puerto de su descanso, adonde esperaba hallar tregua para tantas pesadumbres. Los cuidados y las amarguras debian, empero, seguirlo, tanto por mar como por tierra. Pues al cambiar de escena, solo cambiaba la naturaleza de sus infortunios. «Cansados dias y noches» le estaban decretadas por el resto de sus dias; y el borde mismo de su huesa habia de estar cubierto de espinas.

Halló en Sevilla todos sus negocios en desórden. Desde que se le habia enviado en cadenas de Santo Domingo, y que Bobadilla se apoderó de su casa y efectos, no se volvieron á juntar jamas exactamente sus rentas; y aquellas que se habian reunido, estaban en manos del gobernador Ovando. «Mucho senti»miento tengo del gobernador,» le dice en una carta á su hijo Diego. «Todos me aseguran que tengo allí »mil y ciento ó mil y doscientos castellanos; y yo »no he recibido un cuarto... Yo bien sé que desde »mi partida debe el haber recibido mas de cinco mil »castellanos.» Solicita que disponga el rey se verifique sin dilacion el pago de aquellos atrasos; porque sus agentes no se atrevian á hablar á Ovando sobre el particular, sino con autorizacion expresa del soberano.

No era Colon de mercenario espíritu; pero su posicion exigia grandes gastos. Le creia el mundo dueño de inmensos tesoros; pero aun no le habian dado estos mas que precarias y reducidas sumas. El último viaje acabó con sus fondos y lo envolvió en perplejidades. Todo lo que pudo juntar de lo que se le debia en Española, hasta mil y doscientos castellanos, lo consumió en traer á España muchos de sus marineros pobres; y la corona le quedó adeudando la mayor parte de esta suma. Mientras se esforzaba en obtener sus créditos pecuniarios, llegó á sufrir una verdadera penuria. Repetidamente habla de la necesidad de la economía á su hijo Diego, hasta que pueda obtener una restitucion de su propiedad, y el pago de sus atrasos. «Nada recibo yo de la renta que se me debe,» dice en una carta; «vivo do prestado. Poco me han »aprovechado,» añade en otra, «veinte años de ser»vicio con tantos trabajos y peligros; pues al presen»te no tengo techo que me cubra en España. Si deseo »comer ó dormir, tengo que recurrir á una posada; »y las mas veces me falta con que pagar mi escote.»

Pero en medio de estas penurias propias era mas solícito del pago de sus marineros. Les escribió vigorosamente repetidas veces á los soberanos, pidiéndoles mandasen satisfacer los atrasos de aquellos; y amonestaba á su hijo Diego, residente á la sazon en la córte, que tambien se interesase en su favor. «Son »pobres, decia, y hace ya cerca do tres años que »salieron de sus casas. Han arrostrado infinitos tra»bajos y peligros, y traen nuevas invaluables, por »las que sus magestades debian dar gracias á Dios y »regocijarse.» No obstante su generosa solicitud por aquellos hombres, sabia que varios de ellos habian sido sus enemigos, y que entonces mismo se hallaban mas dispuestos á hacerle mal que bien; tal era la magnanimidad de su espíritu, y su predisposicion á la indulgencia.

Tambien el celo por los intereses de sus soberanos, que habia siempre dirigido su ánimo leal, se mezclaba con las otras causas de solicitud. Representaba en su carta al rey la mala administracion de las rentas reales en Española bajo el gobierno de Ovando. Yacian inmensas cantidades de mineral sin proteccion suficiente en casas malamente edificadas y sujetas á latrocinios. Se requeria una persona de enerjía, y que tuviese interes individual en la propiedad de la isla, para restablecer los negocios al órden debido, y sacar de ella la inmensa renta que podia dar, y Colon insinuaba claramente ser él la persona mas apta para ello.

Pero á la verdad, en cuanto á él mismo, no buscaba tanto indemnizaciones personales, como la restauracion de sus dignidades y oficios. Habia recibido la promesa real de que se le reinstalaria en ellos: los miraba como los trofeos de sus ilustres hazañas; y sentia que en tanto que se le privase de ellos, quedaba sobre su nombre una censura tácita. Si en esto no hubiese manifestado una orgullosa impaciencia, habria desmerecido en la mas elevada parte de su carácter; porque el que puede mirar con indiferencia la aureola dol triunfo, carece de la noble ambicion que incita á acabar hechos gloriosos.

Las poco lisonjeras respuestas que recibia á sus cartas, inquietaban el ánimo de Colon. No ignoraba que tenia en la córte activos adversarios, prontos á presentar todos los incidentes de un modo desventajoso para él; y conocia la importancia de hallarse allí en persona para deshacer sus maquinaciones; pero las enfermedades le detenian en Sevilla. Intentó empezar su viaje; mas tuvo que abandonarlo por la crueldad del invierno y la gravedad de su mal. Todo lo que pudo hacer fue retirar sus cartas á los soberanos y apelar á la intervencion de sus pocos aunque fieles amigos. Temia que los desastres del último viaje se presentasen en perjuicio suyo. El grande objeto de la expedicion, el descubrimiento de un estrecho en el istmo de Darien, no se habia conseguido. El segundo objeto, la adquisicion de oro, tampoco se habia completado. Descubrió, sí, las minas de oro de Veragua; pero no trajo á España riqueza; porque como dice en una de sus cartas: «Yo no queria robar »ni ultrajar el pais; pues la razon pide que se esta-

»blezca órden, y entonces puede procurarse sin vio»lencia el oro.»

Temia que las violentas escenas de la isla de Jamáica se volviesen por la perversidad de sus enemigos y la insolencia de los delincuentes, materias de acusacion contra él, como habia sucedido con la revuelta de Roldan. Porras, cabecilla de la última faccion, habia sido enviado á España por Ovando, para que se presentase ante el consejo de las Indias; pero sin ningun proceso escrito que manifestase los cargos que contra él habia. Mientras estaba en Jamáica, mandó hacer Colon una sumaria de aquel asunto; pero el escribano de la escuadra que la instruyó y la sumaria misma, quedaron á bordo del buque en que el Almirante salió de Española y volvió á enviar desmantelado al puerto. No se tomó, pues, conocimiento de este caso en el consejo de las Indias; y Porras quedó en libertad con el poder y el deseo de hacer daño. Estando emparentado con Morales, el tesorero real, tenia acceso para con los empleados públicos, y la facilidad de alistar en su favor las opiniones y preocupaciones de estos. Colon escribió á Morales incluyéndole copia del memorial que los rebeldes le habian enviado en Jamáica, confesando las faltas que habian cometido é implorandó el perdon; y pedia al tesorero no se dejase persuadir por las representaciones de su pariente, ni pronunciase una opinion desfavorable para él, hasta haberlo oido.

El fiel é infatigable Diego Mendez estaba á la sazon en la córte, así como Alonso Sanchez de Carvajal, y un amigo activo de Colon llamado Gerónimo. Pidió á su hijo Diego que los escitase á todos á defender sus intereses, pudiendo ellos dar los mas importantes testimonios en cuanto á su conducta. «Yo confio, de»cia, en que la verdad y diligencia de Diego Men»dez servirán tanto como las mentiras de Porras.» Nada puede esceder la tierna vehemencia y sencillez de sus declaraciones generales de lealtad contenidas en una de sus cartas. «He servido á SS. MM., dice, »con tanto celo y diligencia, como si hubiese sido »para ganar el Paraiso; y si en alguna cosa he falta»do, es porque mi conocimiento y poder no alcan»zó á mas.»

Cuando se leen estas exclamaciones apenas podemos realizar el hecho de que estén escritas por Colon; el mismo hombre extraordinario, que pocos años antes habia sido idolatrado en aquella córte como un bienhechor, y recibido casi con honores reales. Apenas podemos creer que este sea el descubridor del Nuevo Mundo, debilitado por las enfermedades, y empobrecido en su vejez por el mismo buen éxito de sus empresas; que el hombre que añadió tan dilatadas y ricas regiones á la corona, sea el mismo que fatigosa y vanamente pide sus derechos á la córte española, suplicando casi como criminal en casos en que tan patentemente se le habia injuriado.

Al fin, la carabela que traia los procedimientos oficiales relativos á los hermanos Porras, llegó á los Algarbes, en Portugal, y Colon anticipaba con esperanza que todos los asuntos se pondrian en su verdadero punto de vista. Su deseo de llegar á la córte se hizo cada dia mas vivo. Se preparó una litera para conducirlo, y llegó á estar á la puerta de su casa; pero tuvo de nuevo que abandonar el viaje por la inclemencia del tiempo y el agravamiento de sus enfermedades. El recurso de escribir cartas empezó tambien á faltarle, solo podia hacerlo de noche, porque de dia lo acerbo de sus dolores le privaba del uso de las manos. Las nuevas de la córte eran cada vez mas adversas á sus esperanzas; las intrigas de sus enemigos prevalecian; el impasible Fernando miraba sus instancias con indiferencia; la magnánima Isabel yacia peligrosamente enferma. Aun contaba con la justicia y generosidad de esta para la plena restauracion de sus derechos, y la satisfaccion de sus injurias. «Quie»ra la Santísima Trinidad, dice, volver nuestra sobe»rana reina á la salud; porque por ella se arreglará »todo lo que está ahora en confusion. ¡Ah! ¡cuando escribia estas palabras era ya su noble bienhechora un cadáver!

La salud de Isabel habia padecido al choque de repetidas calamidades domésticas. La muerte de su único hijo el príncipe D. Juan; de su amada hija y dulce amiga la princesa Isabel, y de su nieto y presuntivo heredero el príncipe D. Miguel, habian sido tres heridas crueles para un corazon lleno de ternura y de sensibilidad. A estas se agregaba el constante dolor de ver la dolencia mental de su hija Doña Juana, y la infelicidad doméstica de aquella princesa con su marido el archiduque Felipe. La desolacion que pasa por los palacios, no admite la familiar simpatía y dulce consuelo que alivian los dolores de la vida comun. Isabel padecia en el trono, entre los obsequios y homenages de una córte, rodeada de los trofeos de un reinado glorioso y feliz, y puesta en la cúspide de las grandezas terrestres. Una profunda é incurable melancolía se habia fijado en ella, que devoraba su constitucion, y dió fuerza fatal á sus enfermedades corporales. Despues de cuatro meses de padecimientos, murió el 26 de noviembre de 1504, en Medina del Campo, á los cincuenta y cuatro años de edad; pero mucho antes de cerrar los ojos para el mundo, habia cerrado el corazon á todas sus pompas y vanidades. «Que se entierre mi cuerpo, dice en su »testamento, en el monasterio de San Francisco, que »está en la Alhambra de la ciudad de Granada en un »sepulcro bajo, sin monumento, escepto una losa lla»na, con la inscripcion esculpida en ella. Pero deseo y »mando, que si el rey, mi señor, escogiese sepulcro »en alguna iglesia ó monasterio, en algun otro sitio »ó lugar de estos mis reinos, que mi cuerpo se tras»porte allí, y sea enterrado junto al cuerpo de S. A., »de modo que la union que hemos gozado en vida, »y la cual por la misericordia de Dios, esperamos »que nuestras almas experimentarán en el cielo, »pueda representarse por nuestros cuerpos en la »tierra.»

Tal es uno de los varios pasages del testamento de esta mujer admirable, que indican la disciplina y humildad de su corazon; y en que, como ya se ha dicho, los afectos del amor conyugal estaban delicadamente ligados con la piedad y la mas tierna melancolía. Fue el suyo uno de los mas puros espíritus que jamas gobernaron la suerte de las naciones. Si el cielo no la hubiese llamado á sí, su benigna vigilancia hubiera prevenido varias escenas de horror en la colonizacion del Nuevo-Mundo, y suavizado la suerte de sus habitantes. De todos modos, el nombre de Isabel brillará siempre con radiacion celestial en la aurora de sus fastos.

La noticia de la muerte de Isabel llegó á Colon cuando se hallaba escribiendo á su hijo Diego. Habla de ella en una *post data* ó memoria, puesta con la apresurada brevedad del momento, pero en términos tan bellos como tiernos y pesarosos. «Una memoria, »dice, para tí, mi querido hijo Diego, de lo que se »ha de hacer ahora. La cosa principal es encomendar »á Dios afectuosamente y con grande devocion el alma »de la reina nuestra soberana. Su vida fue siempre »católica y santa, y pronta á todas las cosas en su »santo servicio: por esta razon podemos estar confia»dos de que se ha recibido en su santa gloria, y está »ya fuera de los cuidados de este áspero y cansado »mundo. Lo segundo es vigilar y trabajar en todos »los negocios por el servicio de nuestro soberano el »rey, y hacer por aliviar su sentimiento. S. M. es la »cabeza de la cristiandad. Acuérdate del proverbi»que dice: Cuando la cabeza duele, todos los miem»bros duelen. Por lo tanto, todos los buenos cristia»nos deben pedir por su salud y larga vida; y nos-

»tros que por él estamos empleados, debemos mas »que otros hacerlo, con todo estudio y diligencia.»

Imposible es leer sin conmoverse esta sencilla, elocuente y triste carta, en que con rasgos tan naturales expresa Colon su ternura por la memoria de su bienhechora, su cansancio de los cuidados y males de la vida, y su invariable y paciente lealtad hácia el soberano, que tan ingratamente le trataba. En estas cartas de confianza y sin estudio se lee sin duda el alma de Colon.

CAPITULO III.

LLEGADA DE COLON A LA CÓRTE.—INFRUCTUOSA INSTANCIA AL REY.

(1505.)

La muerte de Isabel fue un golpe fatal para la suerte de Colon. Mientras ella vivia, podia esperarlo todo de su justicia, de su respeto por la palabra real, de su gratitud por tan altos servicios como él habia prestado, y del aprecio particular de la reina. Durante la indisposicion de Isabel decayeron los intereses del Almirante, y á su muerte quedaron solo entregados á merced de la justicia y generosidad de Fernando.

El resto del invierno y parte de la primavera continuó Colon en Sevilla, detenido por penosas enfermedades, y esforzándose en obtener justicia del gobierno por medio de inútiles cartas. Su hermano el Adelantado, que le ayudaba con el amor y celo de su carácter en todas las adversidades, fue á la córte á atender á sus intereses, llevando consigo á Don Fernando, hijo menor del Almirante, y ya de diez y siete años de edad. El cariñoso padre, repetidas veces decia á su primogénito, que era Fernando hombre de entendimiento y conducta, aunque jóven en años; é inculcaba el mayor afecto fraterno entre ellos, aludiendo á sus propios hermanos, como uno de aquellos sencillos y afectuosos rasgos que pintan la bondad de su corazon. «Condúcete con tu hermano como debe »el hermano mayor con el menor. No tienes otro, y »debes dar gracias á Dios de que este sea tal cual »tú lo necesitas. Diez hermanos no serian demasiado »para tí. Nunca he hallado mejores amigos que mis »hermanos.»

Una de las personas que Colon empleó por aquel tiempo en sus misiones á la córte, fue Américo Vespucio. Le presenta como á un hombre digno pero de poca fortuna, á quien no habian aprovechado tanto como él merecia sus empresas, y que siempre habia estado dispuesto á servirle. Su objeto al emplearlo, parece haber sido probar la utilidad del último viaje, y que habia estado en las regiones mas opulentas del Nuevo-Mundo: Vespucio habia tocado en ellas despues, yendo con Alonso de Ojeda.

Una circunstancia ocurrió entonces, que iluminó con un rayo de esperanza y consuelo los tenebrosos horizontes del Almirante. Su antiguo y probado amigo Diego de Deza, obispo de Palencia, aquel mismo digno religioso que le habia ayudado á defender su teoría en el docto consejo de Salamanca, y auxiliándole con su bolsa, mientras se ocupaba en hacer proposiciones á la córte española. Acababa de ser promovido al arzobispado de Sevilla, pero aun no se habia instalado en su nueva dignidad, y se le esperaba en la córte. Colon ordenó á su hijo Diego confiase sus intereses á aquel digno prelado. «Dos cosas, decia, »requieren particular atencion. Averiguar si la reina »que está con Dios, ha dicho algo respecto á mi en su »testamento, y estimular al obispo de Palencia; el »que fue la causa de que SS. AA. obtuviesen posesion »de las Indias, que me indujo á permanecer en Cas»tilla, cuando ya me hallaba de camino para dejarla.» En otra carta dice: «Si el obispo de Palencia ha lle»gado, ó llega, dile cuánto me he alegrado de su pros»peridad; y que si voy, iré á vivir con su ilustrísima »aunque no me convide, porque debemos volver á »nuestro antiguo afecto fraternal.»

Las instancias incesantes de Colon, por cartas, y por medio de sus amigos, parece que eran recibidas con fria indiferencia. No se accedia á sus súplicas, ni se tenia deferencia por sus opiniones en varios puntos que le interesaban de cerca. Se enviaron nuevas instrucciones á Ovando, pero sin indicar una palabra de su contenido al Almirante. Se propuso enviar á las Indias tres obispos, y pidió en vano que se le oyese antes de elegirlos. En una palabra, no se le consultaba en cosa alguna respectiva á los negocios del Nuevo-Mundo. Sentia profundamente este desaire y le impacientaba cada dia mas el hallarse ausente de la córte. Para poder hacer el viaje con mas comodidad, pidió permiso para ir en una mula, habiéndose prohibido el uso de ellas para la silla, por real órden, á causa de haber su cria hecho decaer la de los caballos. Se le concedió á Colon el real permiso que pedia en consideracion á que su edad y enfermedades le impedian montar á caballo; pero pasó mucho tiempo antes que el estado de su salud le permitiese valerse de aquel privilegio.

Estos particulares, sacados de algunas cartas de Colon recientemente descubiertas, hacen ver el verdadero estado de sus negocios y las aflicciones corporales y mentales que sostuvo durante su residencia de aquel invierno en Sevilla, despues del último penoso viaje. Se ha dicho generalmente que lo pasó descansando de tantas fatigas como habia sufrido. Jamás hubo honroso descanso que mas se mereciese, que mas se desease, ni que se gozase menos.

Hasta mayo no le fue posible al Almirante verificar con su hermano el Adelantado su viaje á la córte, á la sazon en Segovia. El que pocos años antes habia entrado en triunfo en Barcelona, acompañado por la nobleza y caballería de España, y aclamado entusiasmadamente por la multitud, llegó á las puertas de Segovia, melancólico solitario y desairado, oprimido mas de pasion de ánimo que de años ó enfermedades. Cuando se presentó en la córte, no encontró huella alguna de aquella atencion distinguida, aquella cordialidad bondadosa, aquella simpatía vivificadora, que sus altos servicios y padecimientos recientes merecian.

Fernando V habia perdido de vista sus pasados servicios, en lo que le parecia importunidad é inconveniencia de sus peticiones presentes. Le recibió, pues, con muchas protestas de bondad, y con aquella sonrisa fria que pasa por el rostro como un rayo del sol hiemal, sin comunicar calor al corazon. El Almirante hizo una relacion circunstanciada del último viaje, describiendo el gran trecho de tierra firme que habia esplorado y las riquezas de la provincia de Veragua. Tambien contó los desastres que le habian acaecido en la isla de Jamáica, la insurreccion de Porras y su gente, y los otros males y turbaciones de aquella malhadada espedicion. Tuvo en el rey un auditor de corazon bastante frio; y ya no estaba cerca la benigna Isabel, para consolarlo con una bondadosa sonrisa, ó una lágrima de simpatía. «No sé, dice el venerable Las »Casas, lo que pudo causar este desamor y falta de »proteccion soberana en el rey hácia uno que le habia »hecho tan preeminentes beneficios, á menos que »fuese, que estaba su ánimo preocupado por los falsos »testimonios que se le habian dado contra el Almiran»te; de lo cual yo he podido saber alguna cosa por »personas muy favorecidas del soberano.»

Pasados algunos dias, empezó Colon sus instancias en forma recordando al rey todo lo que se le habia hecho y todo lo que se le habia prometido bajo la palabra y sello real y suplicando se le hiciesen en efecto las restituciones é indemnizaciones tan frecuentemente solicitadas, ofreciendo en cambio servir á S.M. lealmente por el cor-

to tiempo que le quedaba de vida; y confiando por lo que sentia dentro de sí mismo, y por lo que creia saber con certeza, hacer servicios que sobrepasaran en un céntuplo los que ya habia prestado. El rey contestó reconociendo la grandeza de sus méritos, y observó que los negocios en cuestion debian someterse al arbitrio de alguna persona capaz y discreta. Consintió el Almirante, y propuso como árbitro al arzobispo de Sevilla don Diego de Deza, que siempre se habia interesado mucho en los negocios del Nuevo-Mundo. Se convino el rey; pero observó el Almirante, que solo queria someter á la decision de los doctos la cuestion de sus atrasos y rentas, mas no la del gobierno de las Indias. «Por lo que yo entiendo, dice Las-Casas, que «no creia necesario poner el último punto en disputa, »siendo sus derechos tan claramente manifiestos.» Colon se mostraba tenaz solo respecto á sus dignidades; todas las otras materias las consideraba de menor importancia. En una conversacion con el rey le declaró que no tenia deseo de entrar en ningun pleito. Estaba pronto á poner todos sus privilegios y escritos en la manos del rey, y á recibir por cuenta de sus alcances lo que S. M. juzgase propio. Solamente pedia que se decidiese pronto aquella materia, para poderse retirar á algun rincon pacífico y buscar el reposo que tantos trabajos y enfermedades pedian. Fernando, empero, contestó con meros cumplimientos y promesas evasivas. «En cuanto á las acciones, dice »Las Casas, el rey no solo no le dió muestras de fa»vor, sino que al contrario, le deprimió cuanto era »posible; sin embargo, nunca le escaseó las expresio»nes cumplimentarias.»

Muchos meses pasó Colon inútilmente en la córte. Continuó recibiendo demostraciones exteriores de consideracion de parte del rey, y le miraban con la atencion debida al cardenal Jimenez, arzobispo de Toledo, y otros personages principales; allí aprendió á conocer y á no creer la mentida y vana urbanidad de las córtes. Sus instancias se refirieron á un tribunal llamado. «Junta de descargos de la conciencia de la »difunta reina y del rey;» tribunal compuesto de varias personas de nombramiento real para intervenir en el cumplimiento del testamento de su predecesor, y el descargo de sus deudas.

En las dos consultas que se hicieron á este cuerpo, nada se determinó. Los deseos del rey eran demasiado bien conocidos para contradecirlos. Se creia, dice Las-Casas, que si el rey hubiera podido hacerlo con segura conciencia, y sin detrimento de su fama, hubiera respetado pocos ó ningunos de los privilegios que él y la reina habian concedido al Almirante, y que tenia tan bien merecidos.

Aun se lisonjeaba de que, siendo de tanta importancia su negocio, y casi lindandose con una cuestion de soberanía, pospondria el rey su arreglo definitivo hasta consultarlo con su hija doña Juana, sucesora de su madre como reina de Castilla, cuya venida de Flandes, con su esposo el rey Felipe, se esperaba pronto. Se esforzó, pues, en llevar tantas dilaciones con paciencia; pero no tenia ya la fuerza física que antes para luchar con dificultades tan grandes, ni las gloriosas esperanzas que lo habian hecho superior á todas las mortificaciones, y sostenídolo una vez en sus largas pretensiones en esta córte. La vida se le iba acabando.

Cayó de nuevo en su lecho, atormentado por un ataque de la gota y por los desengaños que devoraban su corazon. Desde este lecho de angustia dirigió otra instancia mas á la justicia del rey. Ya no pedia para sí sino por su hijo Diego. Ni se detenia á hablar de sus alcances pecuniarios; solo deseaba asegurar y perpetuar en su familia los honrosos trofeos de sus servicios. Pedia que en su lugar se nombrase á su hijo Diego para el gobierno de que tan injustamente se le habia privado. «Esta, decia, es materia que toca á »mi honra; por lo demas, haga V. M. lo que juzgue »conveniente; dé ó retenga, como mas convenga á »sus intereses, que de todos modos me daré por con»tento. Yo creo que la ansiedad que me causa la di»lacion de mi negocio es el orígen principal de mi »mala salud.» Un memorial al mismo efecto se presentó tambien por su hijo Diego, ofreciendo llevar consigo por consejeros las personas que el rey señalase, y guiarse por su consejo.

Acogió Fernando estos memoriales con sus acostumbrados cumplidos y evasivas. «Mientras mas ins»tancias se le hacian, dice Las-Casas, mas favora»bles eran sus réplicas; pero todavía dilataba el »conceder sus súplicas, esperando que, agotándo les »la paciencia los induciria á ceder sus privilegios, y »á aceptar en lugar de ellos títulos y estados en Cas»tilla.» Colon rehusaba con indignacion oir semejantes proposiciones, como capaces de comprometer los títulos que él consideraba trofeos de sus hazañas. Vió, empero, que era en vano pedir justicia á Fernando. Del lecho en que yacia escribió una carta á su constante amigo Diego de Deza, expresando tristemente su desesperacion. «Parece que S. M. no cree conve»niente cumplir lo que él con la reina, que está en »gloria, me ha prometido bajo palabra y sello. Para »mí, luchar por lo contrario, seria luchar contra el »viento. He hecho todo lo que he podido Lo demas »lo dejo á Dios, á quien siempre hallé propicio en to»das mis necesidades.»

El frio y calculador Fernando veia caer aquel hombre ilustre al peso de las enfermedades, aumentadas por aquella dilatacion continua de la esperanza; «que »hace enfermar el corazon.» Algunas mas dilaciones, algunos mas desengaños, alguna ingratitud todavía, y aquel corazon leal y generoso cesaria sus latidos; entonces se veria libre de los justos clamores de un buen criado, que cuando ya no era útil, le consideraba importuno.

CAPITULO IV.

MUERTE DE COLON.

En medio de las enfermedades y del abatimiento, cuando la vida y la esperanza estaban ya espirando en el seno de Colon, se encendió un momentáneo rayo de ambas, que lució por un instante con fuerza. Oyó con alegria el desembarco del rey D. Felipe y de la reina D.ª Juana, que habian llegado de Flandes para tomar posesion de su trono de Castilla y esperó hallar una bienhechora y una amiga en la hija de Isabel. El rey Fernando y toda la córte fueron á Laredo á recibir á los jóvenes soberanos. Colon hubiera querido hacer lo mismo, pero le sujetó á la cama un severo ataque de su enfermedad, ni podia pasar sin la ayuda y consuelos de su hijo Diego en tan penosa y desamparada situacion. Su hermano el Adelantado, principal recurso suyo en todas las circunstancias críticas, fué, pues, enviado de su parte á presentar su homenage y congratulaciones. Colon escribió por medio suyo al nuevo rey y reina, expresando su sentimiento de que le impidiesen las enfermedades ir en persona á manifestar su lealtad, pero pidiendo que se le considerase entre los mas fieles súbditos. Indicaba la esperanza de que recibiria de ellos la restitucion de sus honores y estados; y les aseguraba, que aunque se veia á la sazon cruelmente atormentado por las enfermedades, podia aun hacerles servicios mayores de cuantos jamas se habian visto.

Este fue el último esfuerzo de aquel ánimo ardiente é incontrastable que, olvidando la edad y las enfermedades, y todos los padecimientos y desengaños pasados, hablaba desde su lecho de muerte con toda la seguridad de la esperanza juvenil. El Adelantado se despidió de su hermano, á quien no volvió á ver jamas, y salió en su mision cerca de los soberanos.

Experimentó la recepcion mas halagüeña: las exposiciones del Almirante fueron recibidas con la mayor deferencia por los jóvenes monarcas, y se le dieron esperanzas lisonjeras de concluir pronto y favorablemente su negociado.

Entre tanto, los cuidados y agitaciones de Colon se acercaban á su término. El momentáneo fuego que recientemente le habia animado espiró pronto, ahogado por sus acumuladas enfermedades. Inmediatamente, despues de la partida del Adelantado, creció la violencia de su enfermedad. El último viaje habia quebrantado del todo una constitucion ya debilitada por una vida de trabajos; y desde su vuelta, una série de ansiedades le habia robado el dulce reposo, tan necesario para restablecer el cansancio y debilidad de los años. La fria ingratitud del soberano habia helado su corazon. La continua suspension de sus honores, y la enemistad y difamacion que le seguian á cada paso, parecian haber cubierto de una profunda sombra aquella gloria; que habia sido el grande objeto de su ambicion. Esta sombra no seria en verdad duradera; pero es difícil aun para los hombres mas ilustres ver mas allá de la nube que oscurece en el momento su fama, y anticipar su lustre eterno en la admiracion de la posteridad.

Habiendo conocido por la decadencia de su fuerza y acrecentamiento de sus dolores, que se acercaba al fin de sus dias, se preparó á dejar sus negocios en órden para beneficio de sus sucesores.

Se dice que el 4 de mayo escribió un informal codicilo ó testamento en un pequeño breviario que le habia dado el papa Alejandro VI. En él dejaba aquel libro á la república de Génova, á quien nombraba tambien sucesora de sus privilegios y dignidades, en caso de estinguirse su línea masculina. Tambien mandó que se erigiese un hospital en la misma ciudad con el producto de sus posesiones en Italia. Se duda de la autenticidad de este documento, que ha dado márgen á varias contestaciones entre los comentadores. El papel, empero, es tal, cual podia haberse escrito por una persona como Colon en el paroxismo de la enfermedad, cuando imaginaba que se acercaba su fin repentinamente, y muestra el afecto con que volvia sus pensamientos á su ciudad nativa. Se llama entre los comentadores *codicilo militar*, porque suelen tomarse por los soldados disposiciones testamentarias semejantes en la hora de la muerte, sin las formalidades que la ley requiere. Dos semanas despues, la víspera de su fallecimiento, ejecutó un codicilo formal y auténtico, en que disponia de sus dignidades y estados con mejor juicio.

En estos últimos y solemnes momentos, cuando queda al alma breve espacio en que ajustar sus cuentas entre el cielo y la tierra, toda simulacion acaba, y leemos toda la verdad del carácter. En el último codicilo de Colon, hecho en el borde mismo del sepulcro, estaban estampadas sus pasiones dominantes y sus benignas virtudes. Repite y sanciona varias cláusulas de su testamento original, constituyendo á su hijo Diego universal heredero. El mayorazgo, en caso de que este muriese sin progenie masculina, debia pasar á su segundo hijo don Fernando, y de él, en caso semejante, á su hermano don Bartolomé, descendiendo siempre al heredero varon mas cercano, por falta de los cuales pasaria á las hembras mas cercanas en parentesco al Almirante. Encargaba, á quien quiera que heredase sus estados, que nunca los enagenase ni disminuyese, sino que se esforzase por todos los medios en aumentar su prosperidad é importancia. Tambien encargaba á sus herederos que estuviesen prontos en todo tiempo á servir á sus soberanos, y á promover la religion católica con sus personas y haciendas. Mandaba que don Diego consagrase una décima parte de las rentas de sus estados, cuando estos llegase á ser productivos, al socorro de los parientes pobres y de otras personas necesitadas; que del resto cediese cierta proporcion anual á su hermano don Fernando y á sus tios don Bartolomé y don Diego, y que la parte señalada á don Fernando se le entregase á él y á sus herederos masculinos, formando un mayorazgo ó herencia inagenable. Proveido así á la perpétua manutencion de su familia y dignidades, mandó que don Diego, cuando fuesen sus estados suficientemente productivos, erigiese una capilla en le isla Española, que Dios tan maravillosamente le habia dado, situándola en la Vega y ciudad de la Concepcion, adonde se dijesen misas diarias por el reposo de su alma, de la de su padre, su madre, esposa y de todos los que morian en la fé. Otra cláusula recomienda al cuidado de don Diego, á Beatriz Enriquez, la madre de su hijo natural Fernando. No habia sancionando el matrimonio su enlace con ella, y ó bien esta circunstancia, ó el haberla quizás abandonado, parece que despertó compuncion profunda en sus postrimeros momentos. Manda, pues, á don Diego que provea para su respetable manutencion; *y hágase así*, añade, *por el descargo de mi conciencia, porque pesa gravemente en mi alma.* Escribió en fin de propio puño varias mandas pequeñas, que debian pagarse á diferentes personas en lugares distantes, sin que se les dijese de dónde las recibian. Parecen haber sido estas deudas triviales de conciencia ó premios de servicios recibidos en remotos tiempos. Entre otras hay una de medio marco de plata á un pobre judío que vivia en la puerta de la Juderia de la ciudad de Lisboa. Estas menudas provisiones manifiestan la escrupulosa atencion con que en todas las transacciones miraba la justicia, y aquel amor de la puntualidad en el cumplimiento de sus deberes, que le caracterizaba. En el mismo espíritu dió muchos consejos á su hijo Diego en cuanto á la conducta de los negocios, encargándole pidiese cada mes una cuenta de los gastos de su casa, y que la firmara con su nombre, porque la falta de regularidad en esto perdia la propiedad y los criados, y convertia á estos en enemigos. Expresó su última voluntad en presencia de algunos pocos fieles compañeros y criados: y entre ellos se halla el nombre de Bartolomé Fiesco, que acompañó á Diego Mendez en su peligroso viaje en una canoa desde Jamáica á Española.

Despues de haber atendido escrupulosamente á cuanto pedian el afecto, la lealtad y la justicia sobre la tierra, volvió Colon sus pensamientos al cielo; y habiendo recibido los Santos Sacramentos, y cumplido con todos los piadosos ejercicios de un devoto cristiano, espiró con mucha resignacion el dia de la Ascension, á 20 de mayo de 1506, cerca de los setenta de su edad. Sus últimas palabras fueron: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.* En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

Se depositó su cuerpo en el convento de San Francisco, y se celebraron sus exequias con funeral pompa en la parroquia de Santa María de la Antigua de Valladolid. Sus reliquias se trasportaron en 1513 al monasterio de Cartujos de Las-Cuevas, en Sevilla, á la capilla de Santa Ana, ó Santo Cristo, en la que tambien se depositaron las de su hijo don Diego, que falleció en Montalvan el 23 de febrero de 1526. En el año de 1536 los cuerpos de Colon y de su hijo se llevaron á Española, y se enterraron en la capilla principal de la catedral de Santo Domingo; pero ni allí descansaron en paz, pues posteriormente se les desenterró y condujo á la Habana en la isla de Cuba.

Fernando decretó á Colon despues de su muerte un honor bastante barato. Mandó que se erigiese un monumento á su memoria con esta inscripcion.

Por Castilla y por Leon
Nuevo Mundo halló Colon.

Recuerdo de la grande deuda de gratitud debida al descubridor que el monarca con tan poca fé habia rehusado satisfacer. En estos últimos tiempos se ha intentado por algunos leales escritores españoles vindicar la conducta de Fernando hácia Colon. Sus motivos serian buenos sin duda; pero el resultado de sus esfuerzos ha sido futil, y no es de lamentar su mal éxito. Cubrir tamaña injusticia, en tan eminente carácter, de la reprobacion del género humano, es



La infanta doña Juana.

privar á la historia de uno de sus mas importantes fueros. Recuérdese, pues, la ingratitud de Fernando plenamente, y dure por todas las generaciones. La oscura sombra que arroja sobre nombre tan brillante, será una leccion para los que gobiernan, enseñándoles lo que importa á su propia fama tratar dignamente á los hombres ilustres.

CAPITULO V.

OBSERVACIONES SOBRE EL CARÁCTER DE COLON.

Al escribir la historia de Colon, se ha esforzado el autor en ponerlo en un punto de vista claro y familiar, recordando todas las acciones, por triviales que fuesen, capaces de desenvolver su carácter, y cuidando al mismo tiempo de ilustrar sus motivos é intenciones por medio de circunstancias colaterales. Muchos hechos se han contado por menor, que pueden considerarse como graves errores de conducta, y se han pasado hasta ahora en silencio, ó noticiádose vagamente por los historiadores; pero el que para pintar un grande hombre se vale únicamente de rasgos grandes y heróicos, aunque produzca una bella pintura no hará un retrato fiel. Los hombres distinguidos se componen de cualidades grandes y pequeñas. Mucha parte de su grandeza nace de las luchas que sostienen contra las imperfecciones de su naturaleza, y sus acciones mas nobles son resultado de la colision de sus virtudes con sus debilidades.

Colon poseia un ingenio vasto é inventivo. Las operaciones de su ánimo eran enérgicas, pero irregulares, elevándose á veces con aquella fuerza irresistible que caracteriza las inteligencias de este órden. Su ánimo abrazaba toda especie de conocimientos relativos á sus ocupaciones, y aunque su saber puede hoy parecer harto limitado, y algunos de sus errores sean palpables, es porque su ramo particular de las ciencias estaba apenas desenvuelto cuando él vivia. Sus propios descubrimientos disiparon en parte la ignorancia de aquella edad, guiaron las conjeturas á la certidumbre, y desvanecieron numerosos errores contra los que él mismo se habia visto precisado á combatir.

Su ambicion era elevada y noble. Llenaban su mente altos pensamientos, y ansiaba distinguirse por medio de grandes hazañas. Se ha dicho que se mezclaba cierto sentimiento mercenario con sus proyectos, y que sus estipulaciones con la córte española fueron egoistas y avaras. Este cargo es injusto é inconsiderado. Deseaba las dignidades y la opulencia con la misma elevacion de espíritu que buscaba la fama; pero todos debian salir de los territorios que descubriese, y ser conmensuradas á su importancia. No puede haber condicion mas justa. Nada pedia á los soberanos sino el mando de los paises que esperaba darles, y una parte de los provechos para sustentar la dignidad del mando. Si no descubria pais alguno, su vireinato no tendria lugar; y si no producia rentas, sus fatigas y peligros no le producirian ganancia. Si su mando y sueldo llegaron á ser magníficos, fue por la magnificencia de las regiones que habia unido á la corona de Castilla. ¿Qué monarca no querria ganar imperios con tales condiciones? Pero él no solo arriesgaba en la empresa la pérdida del trabajo y desvanecimiento de sus esperanzas; al haber querido cuestionar sus motivos, emprendió voluntariamente, y pagó con el auxilio de sus coadjutores la octava parte del coste de la expedicion primera.

Las ganancias que sus descubrimientos le prometian, queria emplearlas con el mismo espíritu regio y piadoso con que fueron pedidas. Contemplaba obras y empresas de religion y benevolencia; grandes cantidades para el socorro de los pobres de su nativa ciudad; la fundacion de iglesias donde se dijesen misas por las almas de los difuntos, y ejércitos para el recobro del Santo Sepulcro en Palestina.

En el ejercicio de sus funciones mantenia el estado y ceremonial de virey, y defendia con tenacidad su rango y privilegios; no por un mero deseo vulgar de tener títulos, sino porque los amaba como testimónios y trofeos de sus hazañas; estas eran las que el apreciaba celosamente como sus grandes premios. En sus repetidas instancias al rey, solo pedia la restitucion de sus dignidades: en cuanto á sus alcances pecuniarios, los dejaba á arbitracion y aun á la voluntad del rey; *pero estas cosas*, dice noblemente, *afectan mi honra*. En su testamento encargaba á su hijo Diego, ó á cualquiera que heredase sus estados, por muchos títulos y dignidades que despues le concediera el rey, firmar sencillamente *El Almirante*, para perpetuar en su familia el origen verdadero de su grandeza.

Le caracterizaban la sublimidad en las ideas y la magnanimidad de espíritu. En vez de atravesar los recien hallados paises como un codicioso aventurero, avaro solo de la ganancia inmediata, como con demasiada frecuencia sucedia con otros descubridores contemporáneos, se esforzaba en averiguar las cualidades del suelo y productos, en descubrir sus rios y sus puertos; deseaba cultivarlos y establecer en ellos colonias, conciliar y civilizar los naturales, fundar ciudades, introducir las artes útiles, sujetarlo todo al dominio de las leyes, del órden y de la religion, fundando así bien establecidos y prósperos imperios. Deshacian contínuamente estos glorioros planes, las gavillas disolutas que tenia la desgracia de mandar, para quienes toda ley era tiranía y todo órden sujecion. Interrumpian estos con sus sediciones los útiles trabajos que él empezaba; provocaron á la hostilidad á los pacíficos indios; y despues de haber

aglomerado guerras y miserias sobre sus propias cabezas, y sumergido á Colon en las ruinas del edificio que estaba levantado, le acusaban de ser la causa de aquella confusion.

Dicha hubiera sido para España, que los que siguieron las huellas de Colon, hubiesen poseido su sana política y liberales ideas. El Nuevo-Mundo entonces se habria poblado de pacíficos colonos, y civilizádose por medio de sábios legisladores, en vez de que le recorriesen aventureros desalmados, y de que conquistadores avaros le desolasen.

Era Colon hombre de viva sensibilidad, susceptible de repentinas impresiones y de poderosos impulsos. Le habia hecho la naturaleza impetuoso é irritable, y agudamente sensible á la injusticia y á la injuria; pero templaban la prontitud de su genio la generosidad y la benevolencia. La magnanimidad de su pecho lució constante al traves de su tempestuosa carrera.



Muerte de Colon.

Aunque ultrajada su dignidad de contínuo, y desobedecido en el ejercicio de su mando; aunque frustrados sus planes y puesta en riesgo su persona por las sediciones de hombres indignos y turbulentos, y esto en los instantes de mayor ansiedad de espíritu y padecimientos corporales capaces de exasperar el ánimo mas paciente, reprimia su valeroso é indignado carácter; y con la fuerza de un alma vigorosa se sometia á perdonar, á persuadir y aun á suplicar: ni hemos de olvidar cuán libre estaba de todo sentimiento de venganza, cuán pronto á perdonar las injurias al menor signo de arrepentimiento ó retribucion. Se le ha celebrado por su destreza en manejar a los demas hombres: mucho mas elogio se le debe por la firmeza que manifestó en gobernarse á sí mismo.

Su natural bondad le hacia accesible á toda especie de gratas sensaciones de los objetos esternos. En sus cartas y diarios, en vez de describir los objetos con la técnica precision de un mero navegante, pinta las bellezas de la naturaleza con el entusiasmo de un poeta ó de un artista. Al costear las playas del Nuevo-Mundo, participa el lector del gozo con que él describe en su español imperfecto las varias escenas que le rodeaban; la blandura del temperamento, la pureza de la atmósfera, la fragancia del aire, *lleno de rocío y dulzura*; el verdor de las florestas, la magnificencia de los árboles, lo encumbrado de las montañas, y la frescura y trasparencia de las aguas. De cada situacion nacen para él nuevas delicias. Proclama cada descubrimiento mejor que el anterior, y cada uno el mas hermoso del mundo, hasta que con su sencilla vehemencia dice á los soberanos, que habiendo dicho tanto de las precedentes islas, teme que no se le dé crédito, cuando declara que la que entonces describe sobrepuja á todas las otras en excelencia.

Así tambien ardiente y natural, expresa sus sentimientos en varias ocasiones, prontamente afectado por los impulsos del gozo ó del dolor, del placer ó de la indignacion. Cuando le rodeaba y combatia la ingratitud y la violencia de los hombres á menudo en el retiro de su camarote daba vado á las espansiones del dolor, y aliviaba su corazon oprimido con suspiros y sollozos. Cuando volvió encadenado á España, y se presentó á Isabel, en lugar de continuar con el elevado orgullo con que habia hasta entonces arrostrado sus injurias, le conmovió y enterneció la simpatía de la reina, y dió desahogo á su dolor en sollozos y lágrimas.

Era devotamente piadoso: se mezcló la religion con todos los pensamientos y acciones de su vida, y brilla en sus mas secretos y menos meditados escritos. Cuando hacia algun gran descubrimiento, lo celebraba con solemnes acciones de gracias. La voz de la plegaria y la melodía de las alabanzas resonó en sus buques cuando primero vieron el Nuevo-Mundo, y su primer accion al desembarcarse fue postrarse en tierra y dar gracias al Todopoderoso. Todas las tardes cantaban sus tripulaciones la Salve y otros himnos vespertinos, y por las mañanas se celebraban misas en las bellas florestas que bordaban las costas de aquellas regiones salvages y paganas. La religion, tan profundamente impregnada en su alma, difundia sobria dignidad y benigna compostura á su porte. Su lenguaje era puro y reservado, libre de imprecaciones, juramentos y otras palabras irreverentes. Acometia todas sus grandes empresas en el nombre de la Santísima Trinidad, y recibia los Santos Sacramentos antes de embarcarse. Observaba las fiestas de la iglesia en las mas difíciles situaciones. Los domingos eran para él dias de sagrado descanso, en que nunca salia de un puerto, si no era por extrema necesidad. Creia firmemente en la eficacia de votos, penitencias y peregrinaciones, y apelaba á ellos en tiempos de dificultades y peligros; pero llevaba aun mas allá la religion, y oscurecian su piedad algunas preocupaciones, propias de aquel siglo. Evidentemente profesaba la opinion de que todo pueblo que no confesase la fé cristiana se hallaba destituido de derechos naturales; que las mas severas medidas podian usarse para convertirlos, y castigarlos con las penas mas crueles si se obstinaban en la incredulidad. Por estos principios fanáticos se consideraba autorizado para cautivar los indios, trasportarlos á España, y venderlos por esclavos si pretendian resistir sus invasiones. Al hacer esto, pecó contra la bondad natural de su carácter y contra los sentimientos que préviamente habia tenido y confesado por aquella gente suave y hospitalaria; pero le impulsaron á ello la mercenaria impaciencia de la corona y el ridículo con que hablaban sus enemigos de lo poco provechoso de aquellas empresas. Debe observarse, en justicia hácia su carácter, que la esclavitud de los indios hechos prisioneros en la guerra fue al principio permitida públicamente por la corona, y que cuando á peticion de la reina se discutió la cuestion de derecho, muchos de los juristas y teólogos mas distinguidos abogaron aquella práctica; la cuestion, pues, se fijó en favor de los indios únicamente por la humanidad de Isabel. Como observa el venerable obispo Las-Casas, no es maravilla que errase un marinero lego, adonde han dudado los hombres mas doctos.

La ingenuidad exige estas observaciones paliativas de la conducta de Colon. Es justo hacerlo ver en relacion con la edad en que vivia, para que no se consideren como faltas individuales los errores de sus tiempos. No es, empero, la intencion del autor justificar á Colon en un punto en que el errar no tiene escusa. Quede esta mancha en su nombre ilustre, y otros deriven de ella documentos.

Nos resta hablar de un rasgo peculiar en su rico y vario carácter, de aquella imaginacion ardiente y entusiasta que llenaba de magnificencia todos sus pensamientos. Herrera insinúa que tenia talentos poéticos; de lo que se encuentran algunos ligeros indicios en el libro de profecías que presentó á los soberanos Católicos. Pero su disposicion poética puede discernirse en todos sus escritos y acciones. Extendia un aurífero y glorioso mundo al rededor suyo, y matizaba todos los objetos con sus resplandecientes colores. Le seducia á entrar en especulaciones visionarias de que se mofaban los hombres de ánimo mas templado y seguro, pero tambien mas humilde. Tales fueron sus conjeturas en la costa de Pária sobre la forma de la tierra y la situacion del Paraiso Terrenal; las de las minas de Ofir, en Española, y del Aurea Quersoneso en Veragua; y tal el heróico proyecto de una cruzada para el recobro del Santo Sepulcro. Se mezclaba con su religion, y llenaba su ánimo de solemnes y visionarias meditaciones sobre los pasages místicos de la Escritura, y los misteriosos portentos de las profecías. Exaltaba á sus ojos su destino, y se creia agente enviado á dar cima á una mision sublime y terrible, sujeto á impulsos é intimaciones sobrenaturales de la Deidad: tal fue aquella voz que creyó le consolaba en sus aflicciones en Española, y en el silencio de la noche en la malhadada costa de Veragua.



Era sin duda un visionario, pero visionario de especie extraordinaria y afortunada. El modo con que un vigoroso juicio y una sagacidad aguda refrenaban su imaginacion y naturaleza mercurial y ardiente, es la faccion mas notable de su fisonomía moral. Gobernada así la fantasía, en vez de ejercitarse en ociosos vuelos, daba ayuda á la razon, y le facilitaba formar conclusiones á que no solo llegaban los ánimos comunes, sino que no las percibian aun despues de mostrárselas.

Le fue dado á su vision intelectual leer los signos de sus tiempos, y trazar en las congeturas y sueños de las edades pasadas las indicaciones de un mundo

desconocido; tal como los astrólogos se decia que leian las predicciones en las estrellas, y anunciaban los sucesos por medio de las visiones nocturnas. «Su »alma, dice un escritor español, era superior á la »edad en que vivia. Para él estaba guardada la gran»de empresa de atravesar aquella mar que habia dado »nacimiento á tantas fábulas, y de descifrar el mis»terio de su siglo.»

Con todo el fervor visionario de su mente, sus sueños mas agradables y libres no igualaron á la realidad. Murió ignorante de la verdadera grandeza de su descubrimiento. Hasta el último instante pensó que solo habia abierto un camino nuevo á los antiguos emporios de opulento comercio, y descubierto algunas regiones salvages del Oriente. Suponia que fuese Española el antiguo Ofir que los buques de Salomon habian visitado, y que Cuba y la Tierra-firme no eran mas que remotas partes del Asia. ¡Qué visiones de gloria hubieran encantado su espíritu, si hubiese sabido que habia descubierto en efecto un nuevo continente, igual en magnitud al del antiguo mundo, y separado por dos inmensos Océanos de toda la tierra conocida hasta entonces por los hombres civilizados! ¡Qué consuelo no hubiera recibido su alma magnánima entre las aflicciones de la edad, los cuidados de la penuria, los desdenes de un público veleidoso, y la injusticia de un rey ingrato, si hubiera podido prever los vastos imperios que iban á estenderse sobre el hermoso mundo que habia descubierto, y las naciones, lenguas é idiomas que cubririan aquellas tierras de su fama, y que reverenciarian y bendecirian su nombre hasta la posteridad mas remota!

APENDICE

QUE CONTIENE VARIAS ACLARACIONES Y DOCUMENTOS.

NÚMERO 1.

TRASLACION DE LOS RESTOS DE COLON DE SANTO DOMINGO Á LA HABANA.

Terminada la guerra entre Francia y España en 1795, las posesiones de esta nacion en la isla Española se cedieron á aquella, segun el artículo 9.° del tratado. Para ayudar á la realizacion de este convenio, salió una escuadra española para aquella isla, mandada por D. Gabriel de Aristizabal, teniente general de la real armada. El 11 de diciembre de 1795 ofició aquel gefe al mariscal de campo y gobernador de Santo Domingo D. Joaquin García, para manifestarle que, habiendo sabido que los restos del célebre Almirante D. Cristóbal Colon yacian en la catedral de aquella ciudad, creia de su deber como español, y como comandante en gefe de la escuadra de operaciones de S. M., solicitar la traslacion de las cenizas de aquel héroe á la isla de Cuba, que él tambien habia descubierto, y adonde primero habia plantado el estandarte de la cruz. Expresaba el deseo de que se hiciese esta operacion oficialmente y con mucha solemnidad, para que no quedase en el poder de nadie por descuido ó negligencia, perder una reliquia enlazada con aquel suceso que formaba la época mas gloriosa de la historia española; y que se manifestase á todas las naciones, que los españoles, á pesar del trascurso de los siglos, nunca dejaban de honrar la memoria de aquel «digno y aventurado general de los mares,» ni la abandonaban al emigrar de la isla las varias corporaciones públicas que representaban el dominio español. Como no tenia tiempo, sin muchos inconvenientes, para consultar sobre aquel asunto á los soberanos, recurria al gobernador como vice-protector régio de la isla, esperando que se accederia á su solicitud, exhumando y conduciendo á la isla de Cuba los restos del Almirante en el navío de San Lorenzo.

Los nobles deseos de este español hallaron la mas cordial y ardiente cooperacion de parte del gobernador. Le dijo en contestacion, que el duque de Veraguas, sucesor lineal de Colon, le habia hecho la misma solicitud, deseando que para ello se tomasen á sus expensas las medidas necesarias; y habia al mismo tiempo pedido que tambien se exhumasen los huesos del Adelantado D. Bartolomé Colon, trasmitiendo inscripciones para los sepulcros de ambos. Añadió, que aunque el rey no habia dado órdenes sobre el asunto, estando la proposicion tan de acuerdo con los agradecidos sentimientos de la nacion española, y teniendo la aprobacion de todas las autoridades de la isla, estaba pronto por su parte á llevarla á efecto.

El comandante general Aristizabal hizo entonces una comunicacion sobre el mismo asunto al arzobispo de Cuba D. Fernando Portillo y Torres, cuya metrópoli era entonces la ciudad de Santo Domingo, esperando recibir su ayuda en esta piadosa empresa.

La contestacion del arzobispo estaba concebida en términos de alta cortesía hácia aquel bizarro gefe, y profunda reverencia por la memoria de Colon, y espresaba grande celo en prestar semejante tributo de gratitud y respecto á los restos de un hombre que tanto habia hecho por la gloria de la nacion.

Las personas autorizadas por el duque de Veraguas, el venerable dean y cabildo de la catedral, y los demas sugetos y autoridades á quienes D. Gabriel de Aristizabal hizo comunicaciones semejantes, manifestaron los mismos deseos de asistir á la celebracion de esta solemne é imponente funcion.

El digno comandante Aristizabal, habiendo dado todos estos pasos preliminares con toda etiqueta, de modo que pudiese celebrarse la ceremonia de un modo público y señalado, proporcionado á la grandeza de Colon, se llevó todo á efecto con la debida solemnidad y pompa.

El 20 de diciembre de 1795, las mas distinguidas personas de la isla, los dignatarios de la Iglesia, y los oficiales civiles y militares, se juntaron en la catedral metropolitana. En presencia de esta augusta asamblea se abrió una pequeña bóveda que estaba sobre el presbiterio en la pared maestra á la derecha del altar mayor: dentro se hallaron los fragmentos de una caja ó ataud de plomo, huesos y tierra, evidentemente los restos de un cuerpo humano. Se juntó el todo cuidadosamente, y se puso en una casa de plomo dorado, de una media ana de longitud y latitud, y la tercera parte de altura, asegurada con una cerradura de hierro, cuya llave se entregó al arzobispo. La caja se encerró despues en un ataud cubierto de terciopelo negro, y adornado con galones y flecos de oro. El todo se depositó interinamente en una tumba.

Al dia siguiente se celebró otra grande conmemoracion en la catedral con vigilias, y cantó al arzobispo una solemne misa de *Requiem*, á que asistieron el comandante general de la armada, los frailes dominicos y franciscos, y los del órden de la Merced, juntos con una escogida comitiva. Despues predicó el arzobispo un sermon fúnebre.

El mismo dia, á las cuatro de la tarde, se trasladó el ataud al buque con la mayor pompa, acompañado de una procesion civil, militar y religiosa, con banderas cubiertas de crespon negro, y entre cánticos y responsos y salvas de artillería y alternando las mas distinguidas personas de varias órdenes en la conduccion del ataud. Tomó el gobernador la llave de manos del arzobispo, y las puso en las del comandante de la Habana, para que la tubiese en depósito hasta saber la voluntad del rey. Se recibió el ataud á bordo de un

bergantin llamado el Descubridor, que, como los demas buques estaba cubierto de señales de luto, y saludó las reliquias que recibia con los honores establecidos para los Almirantes.

De Santo Domingo se condujo el ataud á la bahía de Ocoa, trasfiriéndolo allí al navío San Lorenzo. Le acompañaba un retrato de Colon, enviado de España por el duque de Veraguás para que se suspendiese junto al sitio adonde habian de quedar depositados los restos de su ilustre ascendiente.

El navío se dió al punto á la vela, y llegó á la Habana, el 15 de enero de 1796. Allí se manifestó la misma reverencia por la memoria del descubridor. Pasaron á bordo del navío las autoridades principales, con los gefes y oficiales del ejército y escuadra, conduciéndose todo con la misma ceremonia. Se llevaron á tierra con grande reverencia las cenizas en una falúa, acompañada de tres columnas de botes y barcos pequeños de la armada, todos adecuadamente decorados y ocupados por la oficialidad militar y civil. Seguian dos falúas, tripulada una por una guardia de honor de marina con bandera de luto y cajas destempladas; la otra por el comandante general, el ministro principal de marina y el estado mayor. Al pasar la procesion por frente de los buques de guerra surtos en el puerto, todos le hicieron los honores de Almirante y capitan general de la armada. El gobernador de la isla, acompañado de los generales y del estado mayor militar, recibió el ataud en el muelle, y ordenó conducirlo entre dos líneas de soldados que llegaban hasta el obelisco de la parada, adonde se depositó en una carroza de luto que lo esperaba. Allí se entregaron formalmente al capitan general y gobernador de la isla las cenizas y la llave; se abrió y examinó la caja, autentizando la segura trasportacion de su contenido. Acabada esta ceremonia, se condujo en solemne procesion y con la mayor pompa á la catedral. Se celebraron misas y un oficio de difuntos por el obispo, y los restos mortales de Colon se depositaron con mucha reverencia en la pared á la derecha del altar mayor. «A todos estos honores y ceremonias,» dice el documento de donde se ha tomado esta noticia, «estuvieron presentes las dignidades eclesiásticas y seculares, las corporaciones públicas, y la nobleza y gente principal de la Habana: en prueba de la alta estimacion y respetuosa memoria en que tenian al héroe que habia descubierto el Nuevo Mundo, y habia sido el primero que plantó el estandarte de la cruz en aquella isla.

Esta es la última ocasion que la nacion española ha tenido de manifestar sus sentimientos hácia la memoria de Colon, y el autor de esta obra ha descrito con satisfaccion profunda ceremonial tan solemne, afectuoso y noble, y de tanta honra para el carácter nacional. Cuando leemos la traslacion de las cenizas del héroe desde el puerto de Santo Domingo, despues de un intérvalo de casi trescientos años, como sagradas reliquias nacionales, con la mayor pompa religiosa, militar y civil, y los hombres mas ilustres y distinguidos afanándose en reverenciarlas, no podemos menos de recordar, que desde aquel mismo puerto salió cargado de ignominiosas cadenas, herido en su fama y fortuna, y seguido de los gritos y escarnios de la plebe. Tales honores no importan ciertamente á los muertos, ni pueden recompensar al corazon ya vuelto polvo y cenizas todas las injurias y males que ha sufrido, pero hablan con elocuente y consoladora voz á los hombres ilustres que aun están perseguidos y calumniados, animándolos á arrostrar con valor las presentes injurias; con la certeza de que el verdadero mérito sobrevive á la calumnia y recibe glorioso premio en la admiracion de las edades futuras.

NUMERO 2.

NOTICIA SOBRE LOS DESCENDIENTES DE COLON.

Muerto Colon, le sucedió su hijo Diego en sus derechos, como virey y gobernador del Nuevo-Mundo, segun las capitulaciones espresas celebradas entre su padre y los soberanos. Parece, segun la opinion general de los historiadores, que fue persona muy íntegra, de notables talentos, y de condicion franca y generosa. Herrera habla repetidamente de la finura de sus modales, y dice que era de noble disposicion, y sin engaño. Esta completa carencia de doblez le espuso á las estratagemas de hombres astutos, amaestrados en los engaños, que hicieron su vida una série continuada de dificultades; pero la probidad de su carácter, con el poder irresistible de la verdad, le sacaron de compromisos en que hombres mas suspicaces se hubieran enredado y perdido.

Al punto que murió el Almirante, se presentó su hijo D. Diego como sucesor lineal, y pidió la restitucion de los oficios y privilegios de su familia, suspendidos durante los últimos años de la vida de su padre. Pero si el frio y suspicaz Fernando pudo olvidar sus obligaciones de gratitud y justicia hácia Colon, con mucha menos dificultad se haria sordo á las peticiones de su hijo. Por dos años continuó D. Diego sus instancias infructuosamente. Sentia tanto mas la desconfianza visible del monarca cuanto que se habia criado á su vista como paje de la casa real, adonde se debia conocer y apreciar bien su carácter. Al fin, al volver Fernando de Nápoles en 1508, le hizo una interrogacion directa con la franqueza propia de su carácter. Le preguntó, «por qué S. M. no le concedia como favor, lo que era su derecho, y por qué dudaba poner su confianza en la fidelidad de un hombre educado en su misma casa.» Fernando replicó, que tenia en él individualmente plena confianza, pero que no podia abandonar tan grande cargo á la ventura, á sus hijos y sucesores. A esto replicó D. Diego, que era contrario á toda razon y justicia hacerlo padecer por los pecados de sus hijos, que aun no habian nacido.

Pero por mas que estuviese la razon y la justicia de su parte, le fue al jóven Almirante imposible lograr la concesion del monarca. Viendo que el apelar á su equidad y generosos sentimientos era inútil, solicitó permiso para pedir satisfaccion ante los tribunales ordinarios de justicia. No pudo rehusar el rey súplica tan razonable, y empezó D. Diego un pleito contra Fernando ante el consejo de las Indias, fundándose en las capitulaciones repetidas entre su padre y la corona, y pidiendo todas las dignidades é inmunidades que por ellas le estaban concedidas.

Una de las razones con que se respondia á su peticion, era que si la capitulacion de los soberanos de 1492, habia concedido perpétuo vireinato al Almirante y sus herederos, no podia continuar tal concesion, por ser contraria á los intereses del Estado y á una ley expresa promulgada en Toledo en 1480, que previene que ningun oficio que envuelva la administracion de la justicia, se pueda dar en perpetuidad; por consiguiente, que el vireinato concedido al Almirante, solo pudo haber sido de por vida; y que aun durante aquel término, habia sido necesario quitárselo por su mala conducta. Que aquellas concesiones eran contrarias á las prerogativas inherentes á la corona, de que no podia el gobierno deshacerse. A esto contestaba D. Diego, que en cuanto á la validez de la capitulacion, era un contrato obligatorio, ninguno de cuyos privilegios podia anularse. Que así como se habia mandado por cédulas reales, fechas en Villafranca á 2 de junio de 1506, y Almazan á 28 de agosto de 1507, que el mismo D. Diego recibiese los diezmos que le pertenecian, así se le debian restituir todos los otros privilegios. En cuanto á la alegacion

de que su padre habia perdido el vireinato por su demérito, era contraria á la verdad. La audacia de Bobadilla le envió prisionero á España en 1500, contra el deseo y órdenes de los soberanos, como lo probaba la carta de estos, fecha en Valencia de la Torre en 1502, en que expresaban el sentimiento que su arresto les habia causado, y se le aseguraba que se le daria satisfaccion, y se conservarian íntegros sus privilegios para él y sus hijos.

Este proceso memorable, se comenzó en 1508, y duró algunos años. En el discurso de los procedimientos, se disputaron los derechos de D. Diego, alegando tambien que su padre no fue el descubridor original de la tierra firme, sino subsecuentemente de ciertas porciones de ella. Esto, empero, se controvertió con irrecusable testimonio. Los derechos de D. Diego se discutieron menudamente, y se examinaron con rigor; y la decision unánime del consejo de las Indias en favor suyo, mientras que hace honor á la justicia é independencia de aquel cuerpo, acalló muchas pequeñas cavilaciones contra la buena fama de Colon. No obstante este fallo, tuvo el hábil monarca pretestos para dilatar la cesion de tan vasto poder, tan repugnante á su cautelosa política. El jóven Almirante debió finalmente el logro de esta pretension, al buen éxito que tuvo en otra de diferente naturaleza. Se habia enamorado de doña Maria de Toledo, hija de Fernando de Toledo, gran maestre de Leon, y sobrina de D. Fadrique de Toledo, célebre duque de Alba y primer favorito del rey. Era esto aspirar á un alto enlace. El padre y tio de su amada eran los mas poderosos de la grandeza de España, y primos de Fernando. La gloria, empero, que Colon habia dejado á sus hijos, y los derechos que acababa de confirmar el consejo, envolvian dignidades y opulencia bastante para elevar á D. Diego al par de las mas encumbradas familias. No halló dificultad en obtener la deseada mano, y así se entroncó la familia estranjera de los Colones con una de las mas nobles razas de España. Siguieron las consecuencias naturales. D. Diego se habia valido del poder mágico, llamado *influjo*; y el favor de Fernando, negado por tanto tiempo al hijo de Colon, brilló, aunque friamente, sobre el sobrino del duque de Alba. El padre y el tio de la novia, lograron, aunque dificilísimamente, vencer la repugnancia del rey, quien al fin solo concedió parte de la justicia que se le pedia. Cedió á D. Diego únicamente la dignidad y poder que ejercia Ovando, y omitió con cautela el título de virey.

No tuvo por objeto la llamada de Ovando solo hacer lugar á D. Diego, sino el tardio cumplimiento de una promesa hecha á Isabel en sus últimos instantes. La reina lo habia pedido así en su lecho de muerte, como castigo de la matanza de los pobres indios de Jaragua, y de la cruel é ignominiosa ejecucion de la cacique Anacaona.

Sin embargo, aun al cumplir los deseos de la reina se manifestó Fernando favorable hácia Ovando. No tenia el rey la misma generosa simpatía que su consorte, y aunque Ovando habia pecado contra la humanidad en su trato de los indios, se condujo como oficial vigilante, y hasta sus opresiones habian en general aprovechado á la corona. Mandó Fernando que la escuadra que habia de llevar al nuevo gobernador volviese á las órdenes de Ovando, y que conservase este pacífica posesion de cualquier propiedad ó esclavos indios que se hallasen en su poder. Algunos han dicho que el carácter de Ovando distaba mucho de ser mercenario; que las riquezas que arrancaba de la sangre de los indios no eran para él sino para su soberano; é indican, en fin, que una de las causas secretas de su desgracia fue el haberse enemistado con el omnipotente y rencoroso Fonseca.

El nuevo Almirante se embarcó en Sanlúcar en 9 de junio de 1509 con su esposa, su hermano D. Fernando, ya hombre y de muy buena educacion, y sus dos tios D. Bartolomé y D. Diego. Los acompañaba una numerosa comitiva de caballeros con sus mujeres, y señoras de alto rango y familia, mas distinguidas, segun se insinúa, por la excelencia de su sangre que por su opulencia, y que iban al Nuevo-Mundo en busca de maridos ricos.

Bien que no hubiese el rey concedido á D. Diego el título de virey, se le daba generalmente por cortesía y llamaban universalmente á su consorte la vireina.

Don Diego empezó su gobierno con un esplendor desconocido hasta entonces en la colonia. La vireina, señora de mucho mérito, rodeada por la caballería y damas principales de su comitiva, estableció una especie de córte, que daba mucho realce á aquella isla medio salvaje. Pronto se casaron las damas solteras con los mas opulentos colonos, y contribuyeron mucho á suavizar los modales ásperos que se habian introducido en una sociedad, destituida hasta entonces del saludable freno y placentero decoro que la influencia del bello sexo produce.

Don Diego habia considerado su empleo como un vireinato; pero el rey no tardó en dictar providencias que le hiciesen ver que no admitia tales pretensiones. Sin referirse á D. Diego, dividió el istmo de Darien en dos grandes provincias, separadas por una linea imaginaria que corria por el golfo de Uraba; nombró á Alonso de Ojeda gobernador de la provincia oriental, á que puso Nueva Andalucía, y á un caballero llamado Diego de Nicuesa, gobernador de la provincia occidental, que incluia la rica costa de Veragua, á que llamó Castilla del Oro. Si se hubiera guiado el monarca por los principios de gratitud y justicia, se hubiese dado al Adelantado D. Bartolomé Colon la colonizacion de esta costa, por haber asistido al descubrimiento de ella, y junto con su hermano el Almirante sufrido tanto en aquella empresa. Su capacidad superior para el desempeño de tales funciones debia ademas haberse presentado á la política del monarca; pero el cauto y calculador Fernando conocia la elevacion de espíritu del Adelantado, y era de presumir que pidiese nobles y altas condiciones. No se valió de él, por consiguiente, y prefirió otros aventureros mas dóciles y acomodaticios.

Se ofendió mucho D. Diego de esta medida adoptada sin su conocimiento. Creia justamente que era una infraccion de las capitulaciones concedidas y confirmadas repetidas veces á su padre y herederos. Tuvo tambien grandes dificultades y vejaciones que arrostrar respecto al gobierno de San Juan ó Puerto-Rico, conquistada por aquel tiempo; pero despues de varias contestaciones, reconoció al fin la corona los oficiales que él habia nombrado.

Así como su padre, tuvo D. Diego que pugnar en el gobierno con malignas pandillas, porque los enemigos de aquel trasfirieron su enemistad á este. Un tal Miguel de Pasamonte, tesorero del rey, se declaró públicamente su adversario bajo el patrocinio y principalmente á instigacion del obispo Fonseca, que trasmitió al hijo la implacable hostilidad profesada al Almirante. Una variedad de circunstancias triviales contribuyeron á indisponerlo con algunos de los pequeños oficiales de la colonia, y aun quedaba un resto de la faccion de Roldan que se unió contra él.

Se dividió en dos partidos la isla, uno del Almirante y otro del tesorero Pasamonte que tomó el título de partido del rey. Dieron cuanta molestia les fue posible á D. Diego, y enviaron á España las mas acerbas y mas absurdas descripciones de su conducta. Entre otras cosas, hablaban de una casa grande con muchas ventanas, que estaba edificando, decian

ellos, para convertirla en fortaleza, con el designio de hacerse soberano de la isla. El rey Fernando que era ya entrado en años, habia confiado los negocios de la isla en gran parte á Fonseca, por haber desde el principio entendido en ellos; y se dejaba guiar en general por los consejos de aquel prelado, que no era probable favoreciese á los descendientes de Colon. Las quejas de los colonos se presentaban al rey con tal arte, que estableció en 1510 un tribunal supremo en Santo Domingo, llamado Real Audiencia, al que se podria apelar de todas las sentencias del Almirante, aun en casos reservados hasta entonces esclusivamente á la corona. A D. Diego no se ocultó que esta medida suspicaz é injuriosa no tenia otro objeto que aniquilar su autoridad.

De carácter franco y exento de sospechas, no estaba el jóven Almirante formado para luchar con los astutos políticos que se le oponian, aprovechándose con prontitud de los mas pequeños errores para engrandecerlos y volverlos crímenes. Se le multiplicaban á cada paso dificultades imposibles de vencer. Habia entrado en el mando lleno de intenciones magnánimas, y resuelto á acabar con la opresion y á corregir todos los abusos; la gente honrada se habia por lo tanto regocijado al verlo restituido en sus derechos pero pronto conoció que habia formado juicio demasiado alto de su propio poder, y demasiado bajo de las dificultades que le esperaban. Calculaban segun los dictados de su bello corazon, sin tener idea de la maldad de los otros. Se opuso al repartimiento de los indios, fuente de toda clase de inhumanidades; pero halló á todos los hombres opulentos de la colonia y las mas de las personas de suposicion de la córte interesadas en mantenerlos. Percibio que el empeñarse en destruirlo seria peligroso, y el resultado dudoso: al mismo tiempo era para él esta injusticia manantial de riquezas inmensas. El interés particular se combinó, pues, con otras consideraciones, y lo que al principio parecia difícil, se consideró despues impracticable. Los repartimientos continuaron en el estado en que los halló, solo que separó á los superintendentes que habian sido crueles y opresores, sustituyendo otros, que manifestaron despues valer tan poco como los pasados. Quedaron descontentos sus amigos, y sus enemigos mas animosos; levantaron contra él una nube de quejas los amigos de aquellos que habian perdido sus empleos; y hasta se dice que, si Ovando no hubiera muerto por entonces, hubiera ido á suceder á D. Diego.

La conquista y colonizacion de la isla de Cuba en 1510, fue un suceso afortunado en la administracion del segundo Almirante. Congratuló al rey Fernando por la adquisicion de la mayor y mas hermosa isla del mundo, sin haber perdido un solo hombre. Esta noticia fue altamente satisfactoria para el rey, pero venia acompañada de gran número de quejas contra el Almirante. Por poco afecto que le tuviese Fernando á D. Diego, conocia que las m s de aquellas esposiciones eran falsas, y que se originaban en los celos y envidia de sus enemigos. Juzgó, empero, espediente en 1512 enviar á D. Bartolomé Colon con circunstanciadas instrucciones para su sobrino el Almirante.

Conservaba aun D. Bartolomé el oficio de Adelantado de las Indias, aunque Fernando, con motivos de egoismo, le detenia en España, mientras empleaba oficiales inferiores en viajes de descubrimientos. Añadió á este empleo la propiedad y gobierno de la pequeña isla de Mona durante su vida, y le asignó un repartimiento de doscientos indios, con la superintendencia de las minas que pudiesen descubrirse en Cuba; empleo que fue despues muy lucrativo.

Ordenó el rey á don Diego, entre otras cosas, que en vista de las representaciones de los frailes dominicos, redujese un tercio al trabajo de los naturales; que se procurasen esclavos negros de Guinea para aliviar á los indios; y que los caribes se marcasen en las piernas, para impedir que se confundiesen con ellos los otros indios, y quedasen sujetos á un trato duro.

Los dos gobernadores Ojeda y Nicuesa, nombrados por el rey para colonizar y mandar el istmo de Darien, en tierra firme, no habiendo tenido buen resultado su empresa, escribió el soberano á Española en 1514, permitiendo al Adelantado don Bartolomé Colon, si queria hacerlo, colonizar la costa de Veragua, y gobernar el pais el Almirante don Diego, con arreglo á los privilegios de este. Si hubiese S. M. consultado sus propios intereses, y la deferencia debida á los talentos y servicios del Adelantado, hubiera tomado mas pronto esta medida. Cuando lo hizo era ya demasiado tarde: las enfermedades le impidieron á don Bartolomé encargarse de aquella empresa, y su activa y laboriosa vida iba ya á tocar su último término.

Como Pasamonte y otros enemigos de don Diego hubiesen escrito muchas calumnias contra él á España, y adoptado de continuo el gobierno medidas que él consideraba derogatorias de su dignidad é injuriosas hácia sus privilegios, pidió y obtuvo permiso para pasar á la córte con el objeto de justificar su conducta. Partió, pues, en 9 de abril de 1515, dejando al Adelantado con la vireina Doña Maria. Fue recibido con los grandes honores que ciertamente merecia, pues habia dado feliz cima á cuantas empresas habia dirigido ó ejecutado. La pesquería de perlas estaba prósperamente establecida en la costa de Cubagua; las islas de Cuba y Jamáica se habian subyugado y puesto en cultivo sin derramamiento de sangre; su conducta como gobernador habia sido íntegra, y solo habia causado las representaciones dirigidas contra él su deseo de disminuir la opresion de los naturales. Mandó el rey que todos los procesos contra él en el tribunal de apelaciones, ó en cualquier otro, por agravios hechos á individuos en la regulacion de los repartimientos, se descontinuasen desde luego, enviándoselos á él para su superior consideracion. Pero con todos estos favores, como pidiese parte el Almirante de los productos de Castilla del Oro, diciendo que fue descubierta por su parte, cual los nombres de los sitios, tales como Nombre de Dios, Puerto Bello, y el Retrete prebaban, ordenó el rey que se hiciesen interrogatorios entre los marineros que se habian dado á la vela con Cristóbal Colon, esperando hacer ver que no habia él descubierto la costa de Darien ni el golfo de Uraba. «Así, añade, Herrera, Don Diego »estuvo siempre envuelto en litigios con el fiscal, de »modo que puede decirse con razon que soló heredó »las turbaciones de su padre.»

A poco tiempo de la partida de Don Diego de Santo Domingo, acabó su tio Don Bartolomé una vida activa y laboriosa. No existen pormenores algunos acerca de su muerte, ni se sabe la edad que tenia, aunque debió de ser avanzada. El rey Fernando se dice que espresó mucho sentimiento por aquel suceso, pues tenia alta opinion del carácter y talentos del Adelantado. «Era un hombre, dice Herrera, de no menos valor »que su hermano el Almirante; y que si hubiera sido »empleado, habria dado grandes pruebas de ello, »porque era escelente marino, valiente, y de noble »ánimo.» Charlevoix atribuye la inaccion en que habia permanecido Don Bartolomé algunos años á los celos y parsimonia del rey. Veia que era ya la familia demasiado poderosa; y el Adelantado, si hubiese descubierto á Méjico, no hubiera pedido condiciones menos honrosas que las de su hermano el Almirante.

Se pensaba, dice Herrera, que preferia el rey emplearlo en sus negocios europeos, aunque solo podia haber sido para separarlo de otros objetos. A su muerte reasumió el rey el gobierno de la isla de

Mona, que le habia dado de por vida, y trasfirió el repartimiento de los doscientos indios á la vireina Doña María. En tanto que el Almirante Don Diego instaba por una audiencia para vindicarse en la córte, murió el rey Fernando el 23 de enero do 1514. Su nieto y sucedor el príncipe Don Cárlos, despues Cárlos V, estaba en Flandes. El gobierno quedó por algun tiempo en las manos del cardenal Jimenez, que no quiso decidir por sí solo acerca de las esposiciones y peticiones del Almirante. No obtuvo este, pues, hasta el año de 1520 el reconocimiento de su inocencia sobre todos los cargos que se le hacian, que le dió Cárlos V. Viendo el emperador que lo que Pasamonte y sus partidarios habian escrito eran calumnias notorias, mandó á Diego que reasumiese su empleo, aunque quedaba todavía pendiente el proceso con el fiscal, y que se escribiese á Pasamonte, pidiéndole olvidase todas las diferencias y disturbios pasados, y entrase en amistad con Don Diego. Entre otros actos de indemnificacion reconoció el soberano sus derechos al vireinato y gobierno de Española, y de todas las tierras descubiertas por su padre. No obstante su autoridad quedó muy disminuida por las nuevas regulaciones, y se le señaló un interventor con el derecho de informar contra él á los consejos, pero sin otro poder alguno. Se dió á la vela Don Diego al principio de diciembre de 1520, y á su llegada á Santo Domingo, viendo que muchos de los gobernadores, valiéndose de aquella larga ausencia, se habian hecho independientes y abusado de su poder, envió desde luego personas que los sucedieran, y les pidió cuenta de su administracion. Esto levantó contra él una porcion de activos y poderosos enemigos en las colonias y en España.

Habíanse verificado muchos cambios en Española durante la ausencia del Almirante. Las minas se habian abandonado por el cultivo de la caña dulce, que prometia mas ciertas riquezas. Llegó á decirse proverbialmente en España, que los magníficos palacios erigidos por Cárlos V en Madrid y en Toledo se habian labrado con el azúcar de Española. Tambien se habian traido numerosos esclavos del Africa, viendo que eran mas útiles para el cultivo de la caña dulce que los débiles indios. Se trataba á los infelices negros con estrema crueldad, y no parece que hayan tenido abogados ni aun entre los mas humanos. La esclavitud de los indios se habia fundado en el derecho de la fuerza; pero los negros se creia que por su color habian nacido para esclavos, y que siendo aun en su patria misma objetos de compra y venta, podian continuar en su condicion natural. Aunque de raza paciente y sufridora, las barbaridades que á ellos se imponian escitaron al fin la venganza de los negros; y el 27 de diciembre de 1522 acaeció la primera insurreccion africana en Española. Empezó en una de las plantaciones de azúcar del Almirante Don Diego, donde unos veinte esclavos, juntos con otros tantos de una plantacion inmediata, se apoderaron de algunas armas, dieron muerte á sus amos, y salieron juntos por aquellas campiñas. Era su intencion robar ciertas plantaciones, matar á los españoles, reforzarse librando del cautiverio a sus paisanos, y ó bien apoderarse de la ciudad de Agua ó fugarse á las montañas.

Así que llegaron á Santo Domingo las nuevas de este motin, salió Don Diego en busca de los rebeldes, acompañado por varios de los principales habitantes. Al segundo dia hizo alto en las márgenes del rio Nizao para que descansase su gente, y dar tiempo á que pudiesen llegar los refuerzos que esperaba. Allí supo un tal Melchor de Castro, que acompañaba al Almirante, que los negros habian talado sus plantaciones, saqueado su casa, muerto uno de sus criados, y llevádose los esclavos indios. Sin pedir permiso al Almirante, salió por la noche con dos compañeros, visitó las plantaciones, halló en confusion todas las cosas, y persiguiendo á los negros mandó á pedir auxilio al Almirante. Se despacharon prontamente ocho caballeros á su ayuda, armados de escudo y lanza, y con seis infantes montados á las ancas. De Castro tenia tres caballeros ademas de este refuerzo, y á la cabeza de su pequeña banda alcanzó á los negros al romper el dia. Se formaron en batalla los insurgentes armados de piedras y lanzas indias, y con grande vocerío. Los ginetes españoles embrazaron sus escudos, bajaron las lanzas y los cargaron á la carrera. Pronto quedaron los negros derrotados, y huyeron á las rocas dejando seis muertos y varios heridos. De Castro recibió tambien una herida en el brazo. Llegó entonces el Almirante, y le ayudó á perseguir á los fugitivos. A medida que se cogian, se ahorcaban en los árboles mas cercanos, adonde permanecieron colgados como espectáculos de terror para sus paisanos. Con tan enérgica severidad se puso fin á todo proyecto de insurreccion entre los esclavos africanos.

Entre tanto, los varios enemigos que Don Diego se habia creado en las colonias y en España, trabajaban activa y provechosamente. Su antiguo antagonista el tesorero Pasamonte le acusaba de haber usurpado casi todo el poder de la real audiencia, y de haber dado á la real órden, que le restablecia en la dignidad de virey, una estension que no habian nunca imaginado los soberanos. Estas representaciones tuvieron eco en la córte, y en 1523 recibió Don Diego una severa carta del consejo de las Indias, haciéndole cargo de varios escesos y abusos de que se le acusaba, y mandándole, so pena de perder todos sus privilegios y honores, que abrogase las innovaciones que habia hecho; y restableciese las cosas á su anterior estado. Para que no pudiese alegar ignorancia de esta órden, se le mandó á la real audiencia que le promulgase, exigiese de todas las personas que se conformasen á ella, y vigilase sobre su cumplimiento. El Almirante recibió tambien una carta del consejo, manifestándole que era su presencia necesaria en España para informar acerca de los asuntos referidos, y acerca del trato y conservacion de los indios: se le pedia, por lo tanto, que se presentase en la córte, sin esperar órdenes ulteriores.

Miró Don Diego esta órden como una deposicion perentoria y la obedeció como debia. A su llegada á España se presentó inmediatamente á la córte en Vitoria, con el espíritu franco y resuelto de un hombre de probidad, y defendió tan bien su causa, que el soberano y su consejo confesaron su inocencia en todos los puntos de la acusacion. Los convenció, ademas, de la fidelidad con que habia desempeñado sus deberes, de su celo por el bien público y por la gloria de la corona; y de que todas las esposiciones contra él nacian de los celos y enemistad de Pasamonte, y otros oficiales reales de las colonias, á quienes impacientaba tener en la isla una autoridad superior que los refrenase.

Probadas completamente su inocencia y las calumnias de sus enemigos, confiaba Don Diego en que pronto obtendria justicia en cuanto á sus pretensiones. Pero como estas envolvian una participacion en los productos de vastas y pingües provincias, esperimentó grandes dificultades; porque solo cuando la justicia nada cuesta se administra con prontitud. Sus instancias obtuvieron al fin una órden del emperador para que se formase una comision compuesta del gran canciller, del padre Loyasa, confesor del emperador y presidente del consejo real de las Indias, y de otras varias personas principales. Debia esta examinar los varios puntos que se disputaban entre el fiscal y el Almirante, y los procedimientos ejecutados ante el consejo de Indias, y determinar lo que fuese justo.

No obstante, aun se dilató tanto el negocio y estuvo acompañado de tantas dificultades, vejaciones y desengaños, que Don Diego murió, como su padre, de pre-

tendiente. Siguió por dos años la córte de ciudad en ciudad en que todas sus emigraciones; de Vitoria á Burgos, Valladolid, Madrid y Toledo. En el invierno de 1525 salió el emperador de Toledo para Sevilla, El Almirante quiso seguirlo, aunque su constitucion estaba decaida por las fatigas y vejaciones, y desvastado por la operacion de una calentura lenta y contínua. Oviedo, el historiador, le vió en Toledo dos dias antes de su salida, y se juntó con otros amigos para persuadirlo á no emprender el viaje en estacion tan cruda, y en tan mal estado de salud. Sus esfuerzos fueron vanos. D. Diego no conocia la extension de su enfermedad: les dijo que iba á Sevilla, pasando por la iglesia de nuestra Señora de Guadalupe, adonde ofreceria sus oraciones, y confiaba por la intercesion de la Madre de Dios recobrar pronto la salud. Dejó, pues á Toledo en una litera en 21 de febrero de 1526, habiendo antes confesado y comulgado, y llegó el mismo dia á Montalvan, distante unas seis leguas. Allí se le aumentó tanto la enfermedad, que vió que su fin estaba próximo. Empleó el dia siguiente en arreglar sus asuntos de conciencia, y espiró el 23 de febrero, á poco mas de los cincuenta años de edad; habiéndose apresurado su muerte por las vejaciones que experimentaba. «Se consumió, dice Herrera, siguiendo sus pretensiones y defendiéndose de las calumnias de sus competidores, que con muchas extratagemas y artes querian oscurecer la gloria del padre y la virtud del hijo.

Queda dicho cómo el descubrimiento del Nuevo-Mundo hizo el resto de la de Colon un tejido de injurias, aflicciones y penalidades; y cómo los celos y enemistad que despertó su gloria, fueron heredados por su hijo. Nos queda que examinar brevemente cómo se cumplieron las esperanzas de perpetuidad, opulencia y honor de su familia.

Cuando murió D. Diego Colon, se hallaba en Santo Domingo su esposa con el resto de la familia. Dejó dos hijos, Luis y Cristóbal; y tres hijas, Maria, que despues casó con D. Sancho de Cordoba; Juana, esposa despues de D. Luis de Guerá; é Isabel, mujer de D. Jorge de Portugal, conde de Yelves. Tambien tuvo un hijo natural llamado Cristóbal.

Muerto D. Diego, la animosa vireina, viuda con tantos hijos, emprendió asegurar y mantener los derechos de la familia. Sabiendo que, segun los privilegios concedidos á D. Cristóbal Colon, tenian justo derecho al vereinato de Veragua, como provincia descubierta por él, pidió permiso á la real audiencia de Española para reclutar gente, armar una escuadra y colonizar aquel pais. Lo rehusó la audiencia, é informó al emperador de la demanda. Replicó el soberano que suspendiese todo procedimiento la vireina hasta aclarar la justicia de su peticion; pues aunque en varias épocas habia comisionado á diversas personas para que examinasen las dudas y objecciones opuestas por el fiscal, aun no habia recaido determinacion alguna. La empresa, contemplada así por la vireina, nunca se llevó á efecto.

Al poco tiempo se embarcó Doña Maria para España, á proteger las instancias de su hijo mayor Don Luis, entonces de seis años. Cárlos V estaba ausente pero fue recibida por la emperatriz con la mayor distincion. Se confirió inmediatamente á su hijo Don Luis el título de Almirante de las Indias, y el emperador aumentó sus rentas, y concedió otros favores á la familia. Cárlos V, empero, no quiso jamás conformarse á dar á Don Luis el título de virey, aunque aquella dignidad se le habia concedido á su padre pocos años habia, como un derecho hereditario.

El año de 1538, el jóven Almirante Don Luis, entonces de unos diez y ocho de edad, se hallaba en la córte, habiendo empezado procedimientos judiciales para la restitucion del vireinato: dos años despues se decidieron por arbitracion sus pretensiones, siendo árbitros su tio D. Fernando, y el Cardenal Loyasa, presidente del consejo de las indias. Se declaró Don Luis por este concierto capitan general de Española; pero con tales limitaciones, que apenas recibió mas que el titulo.

Se dió sin embargo á la vela para Española, adonde no permaneció mucho tiempo. Vió que sus privilegios y dignidades eran solo fuentes de vejaciones, y finalmente entró en otro compromiso que le relevó de tan pesados honores y contentó al emperador. Cedió sus pretensiones al vereinato del Nuevo-Mundo, recibiendo en lugar de él los títulos de Duque de Veraguas y Marqués de la Jamáica. Tambien conmutó su derecho á la décima parte de los productos de las Indias por una pension de mil doblones de oro.

Don Luis no gozó por mucho tiempo esta sustitucion de una renta cierta, aunque moderada, por un derecho magnífico, pero estéril. Murió poco despues, no dejando mas descendencia masculina que un hijo ilegítimo llamado Cristóbal. Tuvo dos hijas de su mujer Doña Maria de Mosquera, una llamada Felipa, y la otra Maria, que tomó el velo en un convento de Valladoliz.

Faltando á D. Luis hijos legítimos, le sucedió su sobrino Diego, hijo de su hermano Cristóbal; pero hubo un litigio entre este jóven heredero y su prima Felipa, la hija de D. Luis. Tambien hizo sus pretensiones el convento en que doña Maria habia tomado el velo. Cristóbal, el hijo natural de D. Luis, siguió el mismo ejemplo, é hizo pedimentos en forma, que se desecharon á causa de su ilegitimidad. D. Diego y su prima Felipa pensaron que seria mas acertado unir sus pretensiones é intereses en matrimonio, que seguir un proceso enojoso. Se desposaron, pues y fue su union dichosa, pero estéril. Murió Diego sin sucesion en 1578, y con él acabó la linea masculina legítima de los Colones.

Uno de los mas ruidosos pleitos que el mundo ha visto, fué el que se siguió á su muerte entre varias personas, reclamando los estados y dignidades fundados por el grande descubridor. D. Diego tenia dos hermanas, Francisca y Maria; la primera de las cuales, y los hijos de la última, reclamaban la herencia. A estas se agregó Bernardo Colombo, de Cogoleto, que pleiteaba como descendiente lineal de Bartolomé Colon el Adelantado; hermano del descubridor. Pero se pronunció esta parte Inelegible, por no tener el Adelantado conocida, y mucho menos legítima descendencia.

Baldasser, ó Baltasar Colombo, de la casa de Cuccaro y Conzano en el ducado de Monferrato, en él Piamonte, fue parte activa y perseveradora. Vino de Italia á España, adonde se dedicó por muchos años á la prosecucion de su pleito. Produjo un árbol genealógico de su familia, en que se contenia un cierto Dominico ó Domingo Colombo, señor de Cuccaro, que mantenia la parte, ser el padre idéntico, de Cristóbal Colon el Almirante. Probó que este Dominico vivia en el tiempo conveniente, y adujo muchos testigos que habian oido decir que nació el navegante en el castillo de Cuccaro; de donde, añadian, se escaparon él y sus hermanos muy jóvenes, y nunca volvieron. Tambien aparece en las testificaciones un monge que hizo juramento de que Cristóbal y sus hermanos hahabian nacido en aquel dicho castillo de Cuccaro. Este testimonio le retiró despues la parte, por haberse visto que la memoria del monge se extendia á mucho mas allá de un siglo. Se negó la peticion de Baltasar. Sus pruebas de que Cristóbal Colon habia nacido en Cuccaro se desecharon por ser solo de oidas ó tradicionales. Su antepasado Dominico murió, segun hizo ver él mismo, en 1456; mientras se probó que Dominico, el padre del Almirante, vivia mas de treinta años despues de aquella fecha.

El pleito se decidió, finalmente, por el consejo de

las Indias en 2 de diciembre de 1608. Se declaró finada la línea masculina. Y D. Nuño Yelves de Portugalo entró en posesion del ducado de Veraguas. Era nieto de Isabel, tercera hija de D. Diego (hijo del descubridor), por su vireina doña María de Toledo. Los descendientes de las dos hermanas mayores de Isabel tenian mas derecho; pero acabó su progenie antes que se decidiese el pleito. Isabel se habia casado con D. Jorge de Portugal, conde de Yelves. Asi (diceCharlevoix) las dignidades y riquezas de Colon pasaron á un brazo de la casa portuguesa de Braganza, establecida en España, cuyos herederos se intitulan: «De Portugalo, Colon, duque de Veraguas, mar»qués de la Jamáica y Almirante de las Indias.»

La demanda de Baltasar Colombo de Cuccaro se desechó bajo tres formas diferentes por el consejo de las Indias, y sus súplicas pidiendo alimentos en virtud de la manda de Colon en favor de los parientes pobres, se desechó tambien, aunque las otras partes habian sentido á su suplica solicitando en su virtud alimentos. Murió en España, adonde habia residido muchos años siguiendo su pleito. Su hijo volvió á Italia, persistiendo siempre en la validez de su peticion: decia que era vano pedir justicia en España, pues tenian sus naturales demasiado interés en conservar aquellos estados y dignidades entre ellos mismos. Pero hizo circular el rumor de que habia recibido doce mil doblones de oro, en compromiso de las otras partes. Spotorno, bajo la sancion de Ignacio de Giovanni, docto canónigo, trata este aserto como una especie propalada para ocultar su mal éxito, pues la contradecia la evidente pobreza en que estaba. La familia de Cuccaro, empero, mantiene todavía su derecho, y manifiesta grande veneracion por la memoria de su ilustre antepasado el Almirante; y los viajeros suelen visitar su antiguo castillo en el Piamonte, con grande reverencia, como cuna del descubridor del Nuevo-Mundo.

NUMERO 3.

FERNANDO COLON.

FERNANDO Colon, hijo natural é historiador del Almirante, nació en Cordoba, no se sabe exactamente cuándo. Segun su epitáfio, seria en 28 de setiembre de 1488; pero segun sus papeles originales conservados en el archivo de la catedral de Sevilla, que examinó Don Diego Ortiz de Zúñiga, coronista de aquella ciudad, debió ser en 29 de agosto de 1487. Su madre Doña Beatriz Enriquez era de una familia respetable; pero no llegó á casarse con el Almirante, segun se ha dicho por algunos de sus biógrafos.

En los principios de 1494 fué Fernando á la córte con su hermano mayor Diego, y bajo la vigilancia de don Bartolomé; y entró en la casa real de page del príncipe don Juan, hijo y heredero de Fernando é Isabel. El y su hermano permanecieron en aquel empleo hasta la muerte del principe; cuando pasaron á ser pages de la reina. Su educacion fue, por consiguiente esmerada; y Fernando dió pruebas mas adelante de poseer bastante instruccion.

El año de 1502, cuando solo tenia trece ó catorce de edad, acompañó á su padre en el cuarto viaje de descubrimientos, y sufrió todos sus singulares y varios trabajos con una fortaleza que recuerda el Almirante con admiracion y elogio.

Muerto su padre, parece que Fernando hizo dos viajes al Nuevo-Mundo; tambien acompañó al emperador Carlos V á Italia, Flandes y Alemania; y segun Zúñiga (Anales de Sevilla de 1593, núm. 3), viajó por toda la Europa y parte del Africa y del Asia. Con talentos, aplicacion y buen juicio, no perdió estas ocasiones; antes adquirió por ellas muchos conocimientos en geografía, navegacion é historia natural. Siendo inclinado á los estudios, y amigo de libros, formó una selecta y copiosa biblioteca de mas de viente mil volúmenes, impresos y manuscritos. Con la sancion del emperador Cárlos V. emprendió el establecimiento de una academia y colegio de matemáticas en Sevilla; y con este objeto comenzó á levantar un suntuoso edificio extramuros de la ciudad, enfrente del Guadalquivir, donde se situó despues el convento de San Laureano. Su constitucion, empero, se habia quebrantado en sus muchos viajes de mar y tierra, y una muerte prematura le impidió completar el plan de su academia, y le arrancó de otras labores. Murió en Sevilla el 12 de julio de 1593, á la edad, segun su epitafio, de cincuenta años, nueve meses y catorce dias. No dejó sucesion, ni fue casado. Se enterró su cuerpo, segun él pidió, en la iglesia catedral de Sevilla. Legó su numerosa biblioteca al mismo establecimiento. Se puso, dice Zúñiga, «en la casa capi»tular de la iglesia; edificio que habia servido antes »de capilla real, y está adornado con estantes de cao»ba, primorosamente entallados, y las paredes y bó»vedas están pintadas al fresco; y allí permanece en »negligencia y olvido, pero separado del mundo.»

Don Fernando se dedicó con mucho afan á las letras. Segun la inscricion de su tumba, compuso una obra en cuatro libros, cuyo titulo está borrado en el momento, y la obra tambien perdida. Pérdida sensible, pues dice Zúñiga que los fragmentos de la inscripcion especifican que contenia entre varias materias históricas, morales y geográficas, noticias de los paises que habia visitado, y especialmente del Nuevo-Mundo, y de los viajes y descubrimientos de su padre.

Pero su obra mas importante en la historia del Almirante, que compuso en español. La tradujo al italiano Alonso de Ulloa; y de esta traduccion italiana, ó mas bien de la version de ella otra vez al español, han procedido las varias ediciones que se han hecho en diferentes idiomas. Es singular que no exista la obra en español sino en la forma de traduccion de la de Ulloa, y está llena de errores en fechas y distancias, y en la ortografía de los nombres propios.

Don Fernando fue testigo ocular de muchos de los hechos que refiere, particularmente en el cuarto viaje, en que acompañó á su padre. Tambien tenia los papeles y cartas del Almirante y documentos recientes de todas especies de donde sacar estractos, así como trato familiar con las principales personas relacionadas con el suceso que él recuerda. Era hombre de probidad y discernimiento, y escribe mas desapasionadamente de lo que podria esperarse, cuando trata de materias que afectan el honor, el interés y la felicidad de su padre. Pero es de lamentar que haya dejado en la oscuridad toda la vida del Almirante antes del descubrimiento, periodo de unos cincuenta y seis años. Parece que quiso echar sobre él un velo, á presentar á su padre al público, despues que se habia hecho ilustre por sus acciones, y su historia se habia en cierto modo identificado con la del mundo. Su obra, empero, es un documento de alto precio, que merece mucha fe, y puede llamarse piedra angular de la historia del continente americano.

NÚMERO 4.

LINAGE DE COLON.

EL abolengo de Colon ha sido punto de una celosa controvesia, que aun no se ha decidido satisfatoriamente. Varias familias distinguidas, poseedoras de señoríos en Plasencia, Monferrate, y otros lugares diversos de los territorios de Génova, le reclaman como perteneciente á sus casas; y á estas se ha añadido recientemente la noble familia de Colombo en Módena. El natural deseo de probar parentesco con un hombre de distinguido renombre, ha causado estas rivalidades; pero se han aumentado en casos particulares,

por la esperanza de suceder á los títulos y empleos de honor y provecho, cuando se estinguió su línea masculina. La investigacion está envuelta en mucha oscuridad, de modo que hasta sus parientes mas cercanos parece que se han hallado ignorantes de tal parentesco.

Fernando Colon en su biografía del Almirante, despues de un pomposo preludio, en que intenta rodear de una vaga y nebulosa magnificencia el orígen de su padre, habla ligeramente de los esfuerzos de algunos para oscurecer su fama, haciéndole natural de varios lugares pequeños é insignificantes; y se detiene con mas complaciencia á hablar de otros que le hacian natural de ciudades en que habia personas de mucho honor y de su mismo nombre, y varios monumentos sepulcrales con armas y epitafios de los Colones. Dice que él mismo habia ido al castillo de Cugureo á visitar dos hermanos de la familia de Colombo, ricos y nobles, el menor de los cuales tenia mas de cien años de edad, y habia oido decir que eran parientes de su padre; pero ellos no pudieron ilustrarlo sobre aquel asunto; por lo que rompe en su acostumbrado desprecio por estos honores adventicios, declarando que le parece mejor contentarse con empezar desde la gloria del Almirante, que ir escudriñando si su padre fue mercader ó cazador de volatería; pues, añade, de estos hay miles que se mueren todos los dias cuya memoria perece al punto hasta entre sus mismos vecinos y parientes, sin que sea posible averiguar despues ni aun si existieron.

Despues de estas y otras espresiones de semejante desden por tan vacías distinciones se entrega á una vehemente censura de Agustino Giustiniani, á quien llama falso historiador, inconsiderado, parcial ó maligno compatriota, por haber en su Salterio calumniado al Almirante, diciendo que en su juventud se habia empleado en ocupaciones mecánicas.

Como despues de toda esta discusion deja Fernando las dudas del parentesco de su padre en la oscuridad original que tenian, y parece al mismo tiempo tan sensiblemente irritable á las sugestiones derogatorias de los otros, toda su defensa tiende á la conviccion, de que en realidad no sabia cosa alguna de que poder jactarse en su abolengo.

Acerca de la nobleza y antigüedad de la familia de Colombo, de que era en toda probabilidad el Almirante remoto descendiente, nos da Herrera alguna noticia. «Sabemos, dice, que el emperador Otton II »confirmó en 904 á los condes Pietro. Giovanni, y »Alejandro Colombo, hermanos, las posesiones feu»datarias que tenian en la jurisdiccion de las ciuda»des de Ayqui, Savona, Aste, Monferrate, Turin, »Viceli, Parma, Cremona y Bérgamo, y todas las »demas que gozaban en Italia. Parece que los Colom»bos de Cuccaro, Cucureo y Plasencia eran los mis»mos y que el emperador en el mismo año de 940 hi»zo donacion á los dichos tres hermanos de los »castillos de Cuccaro, Conzano, Rosignano, y otros »y de la cuarta parte de Bistanio, que pertenecia al »imperio.»

Una de las mas osadas empresas de los biógrafos determinados á ennoblecer á Colon, ha sido la de hacerlo hijo del señor de Cuccaro, burgo de Monferrate, en el Piamonte, y de decir que habia nacido en el mismo lugar en el castillo de su padre. De él se dice haberse escapado Colon y sus hermanos muy jóvenes, y que no volvieron jamas. Esta asercion fue hecha por Baldassare Colombo, residente en Génova, pero original de Cuccaro, reclamando el título de duque de Veraguas en 1578, como dejamos dicho.

Esta fantástica historia así como todas las otras de la nobleza de su parentesco, está en contradiccion perfecta con los sucesos posteriores de la vida del Almirante, su dilatada lucha con la oscuridad y la indigencia, y las dificultades que tuvo que arrostrar por falta de relaciones de familia. «¿Cómo puede creerse, »dice Bossi, que este mismo hombre, que en sus mas »crueles adversidades se veia incesantemente zahe»rido por sus enemigos á causa de la oscuridad de su »cuna, no replicase á estas injurias, declarando su »orígen si descendia en efecto de los señores de Cuc»caro, Conzano y Rosignano? Circunstancia que le »hubiese dado el mas alto crédito con la nobleza es»pañola.»

Las diferentes familias de Colombo que se apropian al grande navegador, parecen ser varios ramos del mismo tronco, y apenas cabe duda de que remotamente pertenecen al mismo linage respetable.

Sin embargo, parece cierto que salió Colon inmediatamente de una línea de humildes pero industriosos ciudadanos, que habia existido en Génova desde el tiempo de Giacomo Colombo, el cardador de lana, en 1311; y de que habla Spotorno; ni es esto incompatible con la indicacion de Fernando Colon, de que la familia ha sido reducida de alto estado á mucha pobreza por las guerras de Lombardía. Los feudos de Italia, en aquellas edades, habian arruinado y repartido muchas de las mas nobles familias; y mientras algunas ramas conservaban el señorío y herencia de castillos y patrimonios, se confundian otras con la poblacion mas humilde de las ciudades.

NUMERO 5.

LUGAR DEL NACIMIETO DE COLON.

Se ha hablado mucho acerca del lugar en que nació Colon. La grandeza de su nombre ha inducido á varias ciudades á reclamarlo como hijo suyo por un laudable orgullo; porque nada refleja mayor lustre en una ciudad que haber dado cuna á los hombres distinguidos. La opinion general, y por mas tiempo establecida, estaba en favor de Génova; pero tan formales pretensiones adelantaron á este honor los estados de Plasencia, y en particular del Piamonte, que la academia de ciencias y literatura de Génova nombró en 1812 tres de sus miembros, los señores Serra, Carrego y Piaggio, comisionados para que examinasen aquellas razones.

Las pretensiones de Plasencia se entablaron en 1662 por Pedro Maria Campi, en la historia eclesiástica de aquella ciudad, manteniendo que Colon era natural de Pradello, lugar de las cercanías. Pareció probable, al investigarlo, que Bertolino Colombo, abuelo del Almirante, tuviese alguna propiedad en Pradello, cuya renta habia sido recibida por Dominico Colombo de Génova; y despues de su muerte por sus hijos Cristóbal y Bartolomé. Admitiendo la correccion de este aserto, no habia pruebas de que el Almirante, su padre ó abuelo, hubiesen jamas residido en aquel estado. Las mismas circunstancias del caso indicaban, al contrario, que su casa estuviese en Génova.

Los derechos del Piamonte se mantenian mejor. Se hizo ver, que un tal Dominico Colombo era señor del castillo de Cuccaro en Monferrate, al tiempo del nacimiento de Cristóbal Colon, que se decia era su hijo, y nacido en su castillo. Baltasar Colombo, descendiente de esta persona, instituyó una demanda ante el consejo de las Indias, pidiendo la herencia del Almirante cuando se estinguió su línea masculina. El consejo de las Indias decidió contra el, como queda referido; y se probó que Dominico Colombo padre del Almirante, residió en Génova muchos años despues de la muerte de aquel señor de Cuccaro, que llevaba el mismo nombre.

Los tres comisionados nombrados por la academia de ciencias y literatura de Génova para examinar estas pretensiones, despues de una prolija, investigacion dieron un voluminoso informe circunstancial en favor de Génova. En la Historia de Colon del señor Bofri puede verse un amplio digesto de su exámen,

y una hábil disertacion sobre el asunto, que confirma aquella opinion. Debe añadirse, para mayor corroboracion que Pedro Mártir, y el obispo Las Casas, coetáneos y amigos de Colon, y Juan de Barros, el historiador portugués, todos hacen á Colon natural de los territorios genoveses.

Otra cuestion, asunto de estas discusiones, se ha agitado entre los mismos genoveses, sobre si nació Colon en la ciudad de Génova ó en alguna otra parte de su territorio. Tinale, Oneglia y Savona, ciudades de la costa Ligurea al occidente; Boggiasco, Cogoleto y otras ciudades y villas le claman como suyo. Su familia poseia alguna propiedad en un lugar ó aldea entre Quinto y Nervi, que tiene el título de Torre del Colombi.

Bartolomé Colon, hermano del Almirante, se decia de Terra-Rubra, en una inscripcion latina del mapa que presentó á Enrique VII de Inglaterra; y Fernando Colon dice, en su historia del Almirante, que acostumbraba á firmar del mismo modo antes de obtener sus dignidades.

Cogoleto gozó por un tiempo el honor. Algunas de las familias reclamaban al descubridor por suyo, y conservaban su retrato. Uno, ó ambos de los Almirantes llamados Colombo, con quien él navegó, se dice haber nacido en el mismo lugar, los cuales confundidos con él dieron valor á esta idea.

Savona, ciudad de los territorios genoveses, reclama el mismo honor, y su demanda no hace mucho que se presentó con grande fuerza. El señor Giovanni Battista Belloro, abogado de Savona, la ha defendido vehementemente en una ingeniosa disputa, de data de 12 de mayo de 1826, en forma de una carta al baron du Zach, editor de un diario astronómico y geográfico de mucho mérito.

El señor Belloro sienta como hecho admitido, que Dominico Colombo fue por muchos años vecino residente de Savona, en cuyo lugar se prueba que un tal Cristóbal Columbus firmó un documento en 1472.

Dice que una plaza pública de aquella ciudad tenia el nombre de Platea Columbi hácia el fin del siglo XIV; que el gobierno Ligúreo dió el nombre de *Jurisdizione de Columbi* á aquel distrito de la república, en la creencia que el gran navegante era natural de Savona, y de que Colon dió el nombre de Savona á una pequeña isla, adyacente á la Española, en sus primitivos descubrimientos.

Nombra á muchos escritores savoneses, principalmente poetas, y á varios historiadores y poetas de otros paises; y así establece la proposicion de que Colon estaba considerado como natural de Savona por personas de autoridad.

Se detiene especialmente en el testimonio del magnífico Francisco Spínola, segun lo cita el docto prelado Filippo Alberto Pollero, manifestando que habia visto el sepulcro de Cristóbal Colon en la catedral de Sevilla, y que dice el epitafio espresamente que era natural ne Savona: *Hic jacet Christophorus Columbus, Savonensis.*

Las pruebas del señor Belloro manifiestan mucho celo por el honor de su ciudad nativa, pero no abonan el hecho que quiere establecer. Demuestra claramente que muchos escritores respetables creian á Colon natural de Savona; pero un número infinitamente mayor puede presentarse, y muchos de ellos contemporáneos del Almirante, algunos íntimos amigos, otros sus compatriotas, que dicen haber nacido en la ciudad de Génova. Entre los escritores savoneses, Giulio Salinorio, que investigó este asunto, viene expresamente á la misma conclusion. *Genova città novillisima, era la patria di Colombo.*

Parece correcta la opinion del señor Belloro, de que Dominico, el padre del Almirante, residió muchos años en Savona. Pero resulta de su propia disertacion, que el Cristóbal que fue testigo de un testamento en 1472, se llamaba él mismo de Génova: *Christophorus Columbus Lanerius de Janna.* Hablan de este incidente otros autores, que presumen que el dicho Cristóbal fuese el Almirante, cuando fue á visitar á su padre de el intérvalo de los primeros viajes. En cuanto la circunstancia tiene relacion con el principal argumento, cabe la idea de que fuese natural de Génova.

El epitafio en que el señor Belloro hace su principal fuerza es mal argumento. Cristóbal Colon no se enterró en la catedral de Sevilla, ni se le erigió en ella ningun monumento La tumba á que alude el docto prelado Pollero, puede haber sido la de Fernando Colon, hijo del Almirante, que estaba enterrado en la catedral de Sevilla, á la que dejó su biblioteca. Se erigió en la iglesia un monumento á su memoria. La inscripcion que cita el señor Belloro puede haber sido equivocadamente escrita de memoria por el magnífico Francisco Spínola, bajo la equivocada idea de que habia visto el sepulcro del Almirante. Como Fernando era natural de Córdoba el término *Savonensis* debió de ser otro error de la memoria del magnífico.

Esta cuestion se ha examinado tambien con grande minuciosidad, y decidídose en favor de Génova por Don Giovanni Battista Spotorno, de la real universidad de aquella ciudad, en su memoria histórica de Colon. Manifiesta que la familia de Colombi habia residido mucho tiempo en Génova. Por un extracto sacado de un protocolo público, aparece que un tal Giacomo Colombo, cardador de lana, residió fuera de la puerta de San Andres en 1311. Tambien un convenio publicado por la academia de Génova prueba que en 1489 Dominico Colombo poseia una casa y tienda, y un jardin con un pozo en la calle de la Puerta de San Andres, antiguamente estramuros; y se presume que esta fuese la misma residencia de Giacomo Colombo. Tambien tenia otra casa alquilada á los monges de San Esteban en la Via Mulcento, que iba desde la calle de San Andres á la Strada Giulia.

El señor Bossi dice que varios documentos recientemente hallados en los archivos de San Estéban, presentan repetidas veces el nombre de Dominico Colombo desde 1456 á 1459, y le designan como hijo de Giovanni Colombo, marido de Susana Fontanarossa, y padre de Cristóbal, Bartolomé y Giacomo (ó Diego). Añade que los recibos de los canónigos muestran que el último pago de alquiler de casa le hizo Dominico Colombo, en 1489. Infiere que nació el Almirante en una casa perteneciente á los monges, situada en la via de Mulcento, y que se bautizó en la iglesia de San Estéban. Añade, que un antiguo manuscrito examinado por los comisionados de la academía genovesa, tenia al márgen escrito por el notario, que el nombre de Cristóbal estaba en los libros de la parroquia, como bautizado que habia sido en aquella iglesia.

Andres Bernaldez, cura de los Palacios, y amigo íntimo de Colon, dice que era de Génova. Agostino Giustiniani, contemporáneo de Colon, afirma lo mismo en su Salterio Políglota, publicado en Génova en 1516. Antonio de Herrera, autor exactísimo, que aunque no contemporáneo tenia acceso á los mejores documentos, dice decididamente que era natural de Génova.

A estos nombres pueden añadirse los de Alejandro Geraldini, hermano del Nuncio, instructor de los hijos de Fernando é Isabel, é íntimo amigo de Colon; Antonio Gallo, Bartolomé Seneraya y Uberto Toglietto, todos contemporáneos del Almirante y naturales de Génova, juntos con un escritor anónimo que publicó una relacion de los viajes de descubrimientos en Venecia en 1509. Es inútil decir que los historiadores posteriores convienen en lo mismo, pues que deben

haber tomado sus noticias de alguna de estas autoridades.

Se ha tratado el punto del lugar del nacimiento de Colon tan minuciosamente por haber sido y ser todavia de agitada controversia. Puede considerarse, empero, como conclusivamente dicidido por la mas alta autoridad, el testimonio de Colon mismo. En un testamento ejecutado en 1498, y admitido despues en los tribunales españoles como argumento en los pleitos de sus descendientes, declara dos veces ser natural de Génova: «Siendo yo nacido en Génova;» cuya asercion repite como razon para hacer ciertos encargos á sus herederos, manifestando el interes que tomaba por su ciudad nativa. *Item*: «Mando al dicho Don »Diego mi hijo, ó á la persona que heredare el dicho »mayorazgo, que tenga y sostenga siempre en la ciu»dad de Génova una persona de nuestro linage que »tenga allí casa y mujer é le ordene renta con que »pueda vivir honestamente, como persona tan llegada »á nuestro linage, y haga pie y raiz en la dicha ciu»dad como natural de ella, porque podrá haber de la »dicha ciudad ayuda é favor en las cosas del menester »suyo, puesto que della salí, y en ella nací.»

En otra parte del testamento se espresa con filial ternura respecto á Génova. «Mando al dicho Don Die»go mi hijo, ó la persona que heredare el dicho ma»yorazgo, que obre y trabaje siempre por el honor, »la prosperidad y aumento de la ciudad de Génova, y »que emplee todos sus talentos y medios en defender »y aumentar la prosperidad y honor de su república, »en todas las materias que no sean contrarias al ser»vicio de la Iglesia de Dios, ó al estado del rey y rei»na, nuestros soberanos y sus sucesores.»

Un informal codicilo ejecutado por Colon en Valladolid en 4 de mayo de 1506, diez y seis dias antes de su muerte, fue descubierto hácia el año de 1785 en la biblioteca Corsini en Roma. Llámase codicilo militar por estar hecho del modo que permite la ley civil á los soldados que ejecutan semejantes instrumentos la víspera de la batalla, ó en el trance de la muerte. Estaba escrito en un breviario que le regaló el papa Alejandro VII. Colon dejaba este libro «á su amada patria la república de Génova.»

Encarga la ereccion de un hospital en aquella ciudad para los pobres, con provision para su sustento, y declara á aquella república su sucesora en el Almirantazgo de las Indias, en caso de estinguirse su línea masculina.

Se ha dudado de la autenticidad de este documento. Han dicho algunos críticos que no era de creer apelase Colon á un uso que probablemente no conocia. Esta objecion no es convincente. Colon estaba acostumbrado á las peculiaridades de una vida militar, y repetidas veces escribió cartas en momentos críticos, como precaucion contra alguna ocurrencia fatal que parecia amenazarlo. El presente codicilo, por la fecha, debió haberlo escrito algunos dias antes de su muerte, quizá en uno de aquellos momentos en que imaginaba haber llegado el último de su vida. Esto pudo haber causado la diferencia de la letra, en especialidad por afectarle á veces tanto la gota de las manos, que no podia escribir sino de noche. Tambien se ha hablado mucho de la diferencia de la firma; pero no parece que usaba la suya con mucha regularidad; siendo este, por otro lado, punto á que daria particular atencion cualquier falsificador. Tampoco se ve qué ventaja podria resultar á nadie de la falsificacion de este documento, ni que tal cosa se haya intentado.

En 1502; cuando iba Colon á emprender su cuarto y último viaje, escribió á su amigo el doctor Nicolo Oderigo, antes embajador de Génova en España, y le mandó copia de todas las gracias y empleos recibidos de los soberanos españoles, autentizadas ante los alcaldes de Sevilla. Al mismo tiempo escribió al banco de S. Jorge, en Génova; mandando que la décima parte de sus rentas se pagasen á aquella ciudad, en diminucion de los derechos sobre el trigo, vino y otras provisiones.

¿Por qué sentiria Colon tan vivo interes por Génova, si hubiese nacido en algun otro de los estados italianos que le aclaman por hijo? El no debia favor alguno á Génova. Habia residido allí un corto tiempo de su juventud, y sus proposiciones de descubrimientos, segun algunos escritores, se habian desoido desdeñosamente por aquella república. Nada justifica, pues, tan vivo interes por Génova, sino el lazo filial que une el corazon del hombre á su lugar nativo, por mas que de él le separen el tiempo ó la distancia, por poca proteccion y amparo que le deba.

Y despues de todo, si hubiese nacido Colon en alguna de las ciudades ó villas de la costa genovesa que le proclaman hijo ¿por qué habia dejado estas mandas á Génova, y no á su ciudad ó villa natural?

Evidentemente estos legados fueron hijos de un sentimiento misto de afecto y orgullo, que carecia de todo objeto, á no dirigirse á su lugar nativo. Estaba entonces elevado sobre pequeñas vanidades en este asunto. Su nombre era tan ilustre, que hubiese derramado esplendor en la aldea mas oscura; y el vivo amor patrio aquí manifestado nunca le hubiera satisfecho, hasta deslindar al punto preciso, y anidarse en la misma cuna de su infancia. Parecen estas poderosas razones sacadas de los sentimientos naturales para decidir en favor de Génova.

NUMERO 6.

LOS COLONES.

Siendo jóven Colon se conocieron dos navegantes de su mismo nombre, de rango y celebridad, con los cuales hizo algunos viajes. Segun Fernando Colon, (Hist. del Almirante, c. I.) eran parientes de su padre; y Colon dice en una de sus cartas: «No soy yo »el primer Almirante de nuestra familia.»

Eran los dos de que hablamos, tio y sobrino; el último, llamado por los historiadores españoles Colombo el Mozo.

El tio estaba al servicio de Francia; probablemente entró en él cuando se hallaba Génova bajo la proteccion, ó mas bien dominio de aquella corona. Se dice que tomó parte en la espedicion de Juan de Anjou contra Nápoles, y que Colon navegó con él.

Zurita habla en los Anales de Aragon de Colombo el tio (l. XIX, p. 261) en la guerra entre España y Portugal, sobre los derechos de la princesa doña Juana á la corona de Castilla. En 1476 el rey de Portugal determinó ir á la costa meridional de Francia, para incitar á su aliado Luis XI a seguir la guerra en la provincia de Guipúzcoa.

Salió el rey de Toro, dice Zurita, en 18 de junio, y fue por el rio á la ciudad de Porto para esperar la escuadra del rey de Francia, cuyo capitan era Colon (Colombo) que debia navegar por el estrecho de Gibraltar y pasar á Marsella.

Despues de algunas dilaciones llegó Colon al fin de julio con la armada francesa á Bermeo, en la costa de Vizcaya, adonde sufrió una tempestad violenta, perdió su capitana, bajó á la costa de Galicia con ánimo de atacar á Ribaldo (1), y perdió mucha de su gente. De allí pasó á Lisboa para recibir al rey de Portugal, que se embarcó en su flota en agosto con varios nobles, dos mil doscientos soldados de á pie y cuatrocientos setenta caballos, para reforzar las guarniciones portuguesas de la costa de Berbería. Iban en la escuadra doce bajeles grandes y cinco carabelas.

Despues de tocar en Ceuta, prosiguió la armada á Colibre, adonde el rey se desembarcó á mediados de

(1) Será tal vez Rivadeo.

setiembre, no permitiéndole el tiempo llegar hasta Marsella. (Zurita, l. XIX, c. 51.)

Este Colon es evidentemente el gefe naval, de quien dice lo siguiente Jaques Georges Chaufepies en su suplemento á Bayle (vol, II, p. 126): «No sé qué mé»rito deba hacerse de un hecho referido en la Duca»tiana (part. I, p. 143), de que Colon era en 1474 »capitan de varios buques de Luis XI, y que como »los españoles habian hecho una irrupcion en el Ro»sellon, pensó que por via de represalia, y sin con»travenir á la paz entre las dos coronas, podia echar »á pique los buques españoles. Atacó por consiguien»te dos galeras de aquella nacion, cargadas por cuen»ta de varios individuos. Habiéndose dado quejas de »esta accion al rey Frnando, escribió sobre ello á »Luis XI: su carta es de 9 de diciembre de 1474. Fer»nando llama á Cristóbal Colon, súbdito de Luis; y »esto porque, como es bien sabido, era Colon geno»vés, y Luis, soberano de Génova; aunque la ciudad »de Saona la tuviese en feudo el duque de Milan.»

Es muy probable que la escuadra de este mismo Colon fuese la que apareció en levante en 1475 y 1476; y en una ocasion atacó la escuadra veneciana estacionada para proteger la isla de Cipre; sobre lo que escribieron dos caballeros milaneses al duque de Milan, en carta de 1476, citada por Bossi, y despues por Spotorno.

El sobrino de este Colon, llamado por los españoles Colombo el Mozo, mandó tambien algunos años despues una escuadra al servicio de Francia, y se hizo formidable en el Mediterráneo, como se verá en una ilustracion subsiguiente. Los nombres de estos dos Colombos, tio y sobrino, aparecen vagamente á ciertos intérvalos en el período oscuro de la vida del Almirante; por lo que lo han confundido con su nombre los historiadores. Fernando Colon dice que su padre navegó algunos años con Colombo el Mozo. Es probable que en varias ocasiones tuviese mando inferior en las escuadras de tio y sobrino, y que se hubiese hallado en las funciones citadas antes.

NUMERO 7.

ESPEDICION DE JUAN DE ANJOU.

Tendria Colon unos veinte y cuatro años cuando se vió su ciudad nativa en gran peligro por la amenazada invasion de Alfonso V de Aragon, rey de Nápoles. Hallándose demasiado débil para resistir á tal enemigo, y habiendo pedido en vano ayuda á la Italia, se puso bajo la proteccion de Cárlos VII de Francia. Aquel monarca envió á su favor á Juan de Anjou, hijo de René ó Renato, rey de Nápoles, que se habia visto desposeido de su corona por Alfonso Juan de Anjou, llamado tambien duque de Calabria, inmediatamente tomó el mando de la ciudad, reparó sus murallas, y fortificó la entrada del puerto con cadenas. Entre tanto habia preparado Alfonso numerosas fuerzas de tierra, y juntado una armada de veinte bajeles y diez galeras en Ancona, en las fronteras de Génova. La situacion de esta última ciudad se consideraba como eminentemente peligrosa, cuando Alfonso cayó repentinamente enfermo de calenturas, y murió, dejando los reinos de Aragon y Sicilia á su hermano Juan, y el reino de Nápoles á su hijo Fernando.

La muerte de Alfonso, y la division de sus dominios, al paso que aliviaron el temor de los genoveses, hicieron nacer nuevas esperanzas en la casa de Anjou; y el duque Juan, animado por emisarios de algunos partidarios poderosos de la nobleza napolitana, determinó hacer un movimiento osado sobre Nápoles para el recobro de la corona. Los genoveses entraron con espíritu en su causa, dándole naves y dinero. Su padre René ó Renato armó doce galeras para la espedicion en el puerto de Marsella, y le envió promesas de proveerlo abundantemente de dinero y de procurarle la ayuda del rey de Francia. La naturaleza brillante de tal empresa atraia á los audaces é inquietos espíritus de aquellos tiempos. La nobleza y caballería, los soldados de la fortuna, los recios corsarios, los osados aventureros, los ansiosos mercenarios, se alistaron bajo las banderas del duque de Calabria. Dicen los historiadores que Colon sirvió en la armada genovesa en una escuadra mandada por uno de sus parientes los Colombos.

Zarpó la espedicion contra Nápoles en octubre de 1459, y llegó enfrente de Sessa, entre las bocas del Garigliano y del Volturno. La noticia de su llegada fue la señal de una revolucion universal; los facciosos barones y sus vasallos se apresuraron á juntarse con Anjou; y pronto tuvo el duque á su mando las mas bellas provincias napolitanas, y con su ejército y escuadra amenazaba hasta la capital de Nápoles.

En la historia de esta espedicion se encuentra una accion peligrosa en la escuadra en que iba Colon.



Carlos VII rey de Francia.

El ejército de Juan de Anjou; acometido por una fuerza superior, se vió en mucho riesgo en las bocas del Sarno. En esta crítica coyuntura el capitan de la armada desembarcó con su gente y ocupó las cercanías, esperando despertar en el pueblo su primer entusiasmo por la bandera de Anjou, y quizá tomar á Nápoles por sorpresa. Las tropas de mar del enemigo salieron contra ellos. Teniendo los de Anjou poca disciplina militar y mucha disposicion libre de la que suelen los aventureros marítimos, se habian repartido por los campos, ocupándose principalmente del botin. Los atacó y derrotó la infantería, quedando muchos muertos y otros heridos. Queriendo refugiarse en los buques, hallaron bloqueados los caminos por el paisanaje de Sorento, que los asaltó é hizo en ellos terrible carnicería. Ya su fuga llegó á ser ciega y desesperada hasta el punto de que muchos, sobrecogidos del frenesí del terror, se arrojaron al mar desde las rocas y precipicios, pero poquísimos volvieron á los buques.

En los cuatro años que duró la lucha de Juan de Anjou por la corona de Nápoles, pareció alguna vez que le favorecia la fortuna y que habia logrado su presa; pero sucedieron reveses, le derrotaron en varios puntos; los nobles sublevados desertaron uno

á uno, y volvieron á someterse á Alfonso, y el duque se vió finalmente obligado á la isla de Ischia. Allí permaneció por algun tiempo, guardado por ocho galeras, que al mismo tiempo incomodaban mucho la bahía de Nápoles. En esta escuadra, que le siguió lealmente hasta que abandonó su empresa, se supone que pudo Colon haber servido.

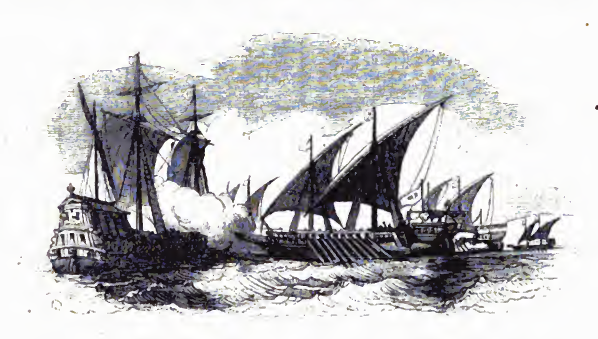
NÚMERO 8.

CAPTURA DE LAS GALERAS VENECIANAS POR COLON EL MOZO.

Como la relacion de la batalla naval, por la cual Fernando Colon dice que fue su padre arrojado á las costas de Portugal, ha sido adoptada por varios historiadores respetables, es preciso dar las razones que desacreditan este hecho.

Dice Fernando que fue en una accion referida por Marco Antonio Sibelico, en el octavo libro de su décima década; que la escuadra en que servia Colon, la mandaba un famoso corsario llamado Colombo el Mozo, y que se envió una embajada de Venecia á dar gracias al rey de Portugal por el socorro administrado á los capitanes venecianos y sus tripulaciones. Todo esto lo recuerda ciertamente Sabellicus; pero la batalla se dió en 1485, un año despues que Colon habia *salido ya* de Portugal. Zurita en sus Anales de Aragon, y en data de 1485, hace mérito de la misma accion (l. xx, c. 64); «Por entonces, dice, cuatro galeras venecianas salieron de la isla de Cádiz y »tomaron el derrotero de Flandes; iban cargadas »de mercancias de levante, especialmente de la isla »de Sicilia, y pasando por el cabo de San Vicente, »fueron atacadas por un corsario francés, hijo del »capitan Colon, que tenia siete bajeles en su armada, »y las galeras se capturaron el 21 de agosto.»

En la vida del rey Juan II de Portugal, se refiere mucho mas menudamente por García de Resende que tambien la recuerda como sucedida en 1485'



Dice que las galeras venecianas fueron apresadas y robadas y por los franceses; y los capitanes y gente heridos, robados y maltratados se arrojaron á la costa de Cascaes. Allí los socorrió doña María de Meneses, condesa de Monsaute. Cuando el rey Juan II oyó esta circunstancia, sintiendo mucho que tal caso hubiese sucedido en sus costas, y estando dispuesto á manifestar su amistad á la república de Venecia, mandó que se proveyese á los capitanes de ricos vestidos; y se les diesen caballos y mulas para que viniesen á presentársele de un modo digno de ellos y de su patria. Los recibió con mucha bondad y distincion, expresándose con regia cortesia con respecto á ellos y á la república de Venecia, y habiendo oido la relacion que le hicieron de la batalla, y de la deplorable situacion en que se hallaban, les dió una grande suma de dineros para rescatar sus galeras de los corsarios franceses. Estos mudaron todas las mercancias á bordo de sus buques; pero el rey Juan prohibió que se comprase ninguna parte de ellas en sus dominios. Habiendo socorrido y aliviado tan generosamente á los capitanes, y satisfecho la necesidad de las tripulaciones, los puso en estado de volver á Venecia en sus propias galeras.

Los dignatarios de la república se movieron tanto de esta munificencia del rey Juan, que le enviaron una pomposa embajada con ricos presentes y expresiones de gratitud. Gerónimo Donato, hombre eminente por su sabiduría y elocuencia, fue el encargado de esta mision. Le recibió honrosamente el rey D. Juan, y le despidió colmándole de grandes presentes, entre los cuales habia palafrenes y mulas con suntuosos arreos, y muchos esclavos negros ricamente vestidos.

La historia de esta accion, segun Sabellicus en la de Venecia, es asi:

«Erano andate quatro Galee, delle quali Bartolo»meo Minio era capitano. Queste navigando por l' Ibe»rico mare, Colombo il più giovane, nipote di quel »Colombo famoso corsale, fecesi incontro á Venetia»ni di notte appresso il sacro Promontorio, che chia»masi hora Capo di San Vicenzo, con sette navi »guernite da combattere. Egli quantumque nel primo »incontro avesse seco disposto d' opprimere le navi »Veneziane, se ritenne peró dal combattere sin il »giorno, tuttavia per esser alla bataglia piú accon»cio cosi le seguia, che le prode del corsale toccavano »le poppe d' Veneziani, Venuto il giorno, inconta»nente i Barbari diedero l' assalto, sostenero i Vene»ziani allora l' empito del nemico, per numero delle »navi é d' combattenti superiore, é duró il conflitto »atroce por molte ore. Rare fiate fu combattuto con»tro simile nemici con tanta uccisione, perché a »pena si constuma d' attacarsi contro di loro se non »per ocasione. Affermano alcuni, che vi furono pre»senti, esser morti delle ciurme Veniziani de trecen»to uomini.

«Altri dicono che fú mero. Mori in quella zuffa

»Lórenzo Michele, capitano d' una galera, e Giovanni »Delfino d' altro capitano fratello. Era durata la »zuffa dal fare del giorno fin ad ore venti, ed erano »le genti Veneziane mal trattate. Era gia la nave Del»fina in potere de nemici quando le altre ad una si »renderono. Narrano alcuni, che furono di quell' as»pro conflictto partecipi, aver numerato nell loro »navi da proda a poppa ottanta valorosi uomini es»tinti, i quali dal nemico veduti, lo mosero a gemere »e dire con isdegno, che cosi avevano voluti i Ve»neziani. I corpi morti furono gettati nel mare, e i fe»riti posti nel lido. Quei che remasero vivi, seguire»no con le navi il capitano vittorioso sin'a Lisbona »ed ivi furono tutti licenziati.******************** »Quivi furono i Veneziani benignamente recevuti dal »Re, gli infermi furono medicati, gli altri ebbero »abiti e denari secondo la loro condizione****** »Oltre cio, vioto in tutto il regno, che alcuno non »comprase della preda Veneziana, portata dai corsa»li. La nuova dell' avuta rovina non poco afflisse la »citta, erano perduti inquella mercatanzia da ducen»to mila ducati; ma il danno particolar degli uomini »uccisi, diede maggior afflizione.»

NÚMERO 9.

AMERIGO VESPUCCI.

Uno de los primeros y mas entendidos navegantes que siguieron las huellas de Colon, fue Amérigo Vespucci. Le han considerado muchos como descubridor del continente del Sur, y por un singular capricho de la fortuna se ha dado su nombre á todo el Nuevo-Mundo. Han dicho, empero, varios escritores, que no tenia derecho alguno á ser considerado como descubridor; que únicamente habia navegado como subalterno en escuadras que otros mandaban, que la relacion de su primer viaje es apócrifa, y que no habia visitado la tierra firme hasta despues de descubrirla Colon y costearla. Como esta cuestion ha causado acaloradas disputas, es propio examinarla sucintamente en la presente obra.

Amérigo Vespucci, nació en Florencia en 9 de marzo de 1451, de una familia noble, aunque no rica entonces: su padre se llamó Anastasio; su madre Isabel Mini. Fue el tercero de sus hijos, y recibió una educacion esmerada bajo la direccion de su tio Jorge Antonio Vespucci, docto fraile de la fraternidad de San Marcos, é instructor de varios personages ilustres en aquel período.

Visitó Amérigo la España, y fijó su residencia en Sevilla, para atender á algunas transacciones comerciales, pertenecientes á la familia de Médici en Flocia, y reparar con su ingenio las pérdidas y desgracias ocasionadas por un hermano poco sensato.

No está averiguada la data de su llegada á España; pero comparando las fechas de sus cartas y circunstancias de que habla en ellas, debia haberse hallado en Sevilla cuando volvió Colon del primer viaje.

El P. Estanislao Canovai, profesor de matématicas de Florencia, que ha publicado la vida y viajes de Amérigo Vespucci, dice que fue comisionado por el rey Fernando, y acompañó á Colon en su segundo viaje en 1493. Se refiere á la autoridad de un pasage en la cosmografía de Sebastian Munster, publicada en Basilea en 1550: pero Munster habla de Vespucci como habiendo acompañado á Colon en el primer viaje: la referencia de Canovai es por lo tanto inexacta; y la insinuacion de Munster se destruye por las cartas de Vespucci, en que dice que le estimularon las noticias que oyó de las recien descubiertas regiones. Nunca habla de semejante viaje en ninguna de sus cartas, lo que probablemente habria hecho; ó mas bien, aquella navegacion, si en efecto la hubiera verificado, le habria servido de asunto de un prolijo escrito.

La primera noticia positiva que tenemos de Vespucci, como residente en España, es del principio de 1496. Aparece, por documentos existentes en los archivos de Sevilla, que sirvió de agente ó factor á la casa de Juanoto Berardi, rico comerciante florentino avecindado en Sevilla, que habia contratado con los soberanos españoles armarles tres diversas escuadras, cada una de cuatro bajeles, para el servicio de los recien descubiertos paises. Pudo haber sido uno de los principales actores de este negocio, efectuado á nombre de la casa en que él estaba empleado. Berardi murió en diciembre de 1495, y al próximo enero hallamos á Amérigo Vespucci atendiendo á los negocios de la expedicion, y tratando con los dueños de los buques acerca de su paga y manutencion, segun el convenio hecho entre ellos y el difunto Juanoto Berardi.

El 12 de enero de 1496, recibió por cuenta de este negociado 10,000 maravedises de Bernardo Pinelo, tesorero real. Siguió preparando cuanto era necesario para el despacho de las cuatro carabelas, que debian darse á la vela bajo el mismo contrato entre los soberanos y la casa de Berardi y salieron al mar en 3 de febrero de 1496; pero el 18 les acometió una tormenta, y se perdieron los buques, aunque se salvaron las tripulaciones menos tres hombres. Mientras estaba asi empleado, tuvo Amérigo necesariamente ocasiones en que tratar á Colon, con quien, segun la expresion del Almirante mismo, en una de sus cartas á su hijo Diego, siempre estuvo en amistosas relaciones. Estas conversaciones, y la agencia de que se ocupaba, no tardaron en escitarlo á visitar los nuevos paises, y á participar en aquellas empresas, tópico de todas las lenguas. Habiendo estudiado á fondo la geografía y ciencia náutica, se preparó á lanzarse en la carrera de los descubrimientos, y puso pronto su designio en ejecucion.

En 1498 descubrió Colon en su tercer viaje la costa de Pária en tierra firme, que imaginó entonces ser una isla, adyacente á un continente vastísimo. Envió á España muestra de perlas halladas en esta costa, y dió grandes esperanzas de las supuestas riquezas del pais.

Se armó en 1499 una expedicion de cuatro buques bajo el mando de Alonso de Ojeda, y salió para Pária, con la ayuda de las descripciones y mapas enviados por Colon al gobierno. Comunicó á Ojeda estos documentos su protector el obispo Fonseca, que tenia la superintendencia de los negocios de Indias, y que le dió ademas el permiso para emprender aquel viaje.

Se sospecha que ayudó Vespucci á facilitar el armamento de aquellos buques, que fué él en uno perteneciente á la casa Berardi, y así pudo tomar parte en las ganancias y pérdidas de la expedicion; porque Isabel, como reina de Castilla, habia prohibido estrechamente que comerciasen los extranjeros en sus posesiones transatlánticas, no esceptuando ni aun á los naturales del reino de Aragon.

Visitó esta escuadra á Pária; y muchos centenares de millas de costa, que averiguaron pertenecer á la tierra firme. Volvieron en junio de 1500, y en 18 de julio del mismo año escribió Amérigo una relacion de su viaje á Lorenzo di Pier Francisco de Médicis, de Florencia, que permaneció oculta en manuscrito hasta haberla dado á luz Baudini en 1745.

Ni en su relacion de este viaje, ni en ninguna de otras narrativas de sus diversas expediciones, mienta jamas á otra persona de las que iban en ellas, ni habla mas que de sí mismo. Determina el tiempo en que se dieron á la vela, y dice que salió él con dos carabelas; que es probable fuesen la parte que llevaba en la empresa, ó mas bien buques enviados por la casa de Berardi. Da luego una interesante narrativa del viaje, y de varias transacciones con los naturales; todo lo cual corresponde en muchos puntos sustanciales

con las declaraciones de Ojeda y sus marineros en el pleito arribe dicho.

En mayo de 1501; habiendo Vespucci dejado repentinamenle la España, navegó al servicio de Manuel, rey de Portugal, y en el discurso de esta expedicion visitó la costa de Brasil. Da cuenta del viaje en otra carta á Lorenzo di Pier Francisco de Médicis; que tambien permaneció manuscrita, hasta que la publico Bartolozzi en 1789. No se hallan en los archivos generales de Torre do Tombo en Portugal, escudriñados diligente y repetidamente con este objeto, noticias de semejante viaje, ejecutado por Amérigo Vespucci al servicio del rey Manuel. Tambien es singular que no se halle su nombre en ninguno de los historiadores portugueses, que eran en general antes prolijos que omisos en nombrar todos los navegantes que tenian cargos de importancia entre ellos, ó les habian hecho algun servicio distinguido. No se duda, empero, que navegase Vespucci por aquellas costas. Su sobrino, despues de su muerte, en el discurso de declaraciones de cierta cuestion, dió la altura correcta del cabo de San Agustin, que dijo habia sacado del diario de su tio.

En 1504 escribió Vespucci tercera carta al mismo Lorenzo de Médicis, conteniendo una relacion mas extensa del viaje, á que se acaba de hacer alusion, en el servicio de Portugal. Esta fue la primera de sus narrativas que se dió á la imprenta. Parece haberse publicado en latin en Strasburgo, en la temprana fecha de 1505, con el título de *Americus Vesputius, de Orbe Antarctica per regem Portugalliæ pridem in vento.*

Esta carta se imprimió en Vicenza en 1507, en una colecion anónima de viajes, redactada por Trancanzio di Monte Alboddo, vecino de la misma ciudad. Se reimprimió en italiano en 1508 en Milan; y tambien en latin en un libro intitulado *Itinerarium Portugalensium.* Para el presente escrito, se ha consultado la edicion italiana de Milan; y tambien una traduccion latina de ella, hecha por Simon Grimæus, en su *Novus Orbis,* publicado en Basilea en 1532. Relata enteramente el primer viaje de Vespucci, de Lisboa al Brasil, en 1501.

Por este viaje al Brasil empezó Amérigo á considerarse descubridor de tierra-firme, y su nombre se dió al principio á las regiones del sur, aunque despues se extendió á todo el continente. Pero el mérito de su viaje se exajeró demasiado. Se habia descubierto ya antes el Brasil, y tomádose de él posesion en nombre de España en 1500 por Pinzon, y tambien en el mismo año por Pedro Alvarez Cabral en nombre de la corona portuguesa; circunstancias que no conocian, sin embargo, Vespucci ni sus asociados. El pais quedó en posesion de Portugal, con arreglo á la linea de demarcacion admitida entre las dos naciones.

Vespucci hizo un segundo viaje al servicio de Portugal. Dice que mandaba una carabela en una escuadra de seis bajeles, destinada al descubrimiento de Malacca, que habian oido decir fuese el grande emporio y almacen de todo el comercio entre Ganges y el mar indio. Una expedicion semejante salió en efecto entonces el mando de Gonzalo Coelho. Se dió á la vela la escuadra, segun Vespucci, en 10 de mayo de 1503. Tocó al cabo de islas Verdes, y navegó despues por la costa de Sierra-Leona; pero impidieron el desembarco los vientos contrarios y una mar turbulenta. Virando al sud-oeste, navegaron trescientas leguas hasta llegar á tres grados al sur de la linea equinoccial, adonde descubrieron una isla desierta, de dos leguas de largo y una de ancho. Alli el 10 de agosto perdió el comandante de la escuadra su buque habiéndolo estrellado contra una roca por falta de pericia. Mientras ayudaban los otros bajeles á salvar la tripulacion y efectos del naufragio, se despachó á Amérigo Vespucci con su carabela á buscar un puerto seguro en la isla. Partió en su buque sin el esquife y con menos de la mitad de la tripulacion, habiendo ido los demas al socorro del naufragio. Vespucci encontró un puerto, pero esperó en vano algunos dias la llegada de los buques. Saliendo al mar se encontró un solitario bajel, y supo que la capitania se habia sumergido y los otros continuado el viaje. En compañía de este buque viró entonces pera el Brasil, segun una órden preventiva del rey, en caso de que algun bajel se separase de la flota. Al llegar á la costa descubrió la famosa bahía de Todos-los-Santos, donde permaneció mas de dos meses esperando la llegada de la escuadra. Al fin salió de nuevo al mar, y navegó doscientas sesenta leguas mas hácia el sur, adonde permaneció cinco meses edificando un fuerte y cargando de palo de Brasil. Dejando despues en el fuerte una guarnicion de veinte y cuatro hombres con armas y municiones, se dió á la vela para Lisboa, adonde llegó en junio de 1504. Del comandante de la escuadra y de los otros buques nunca jamas se volvió á saber.

Parece que no recibió Vespucci del rey de Portugal el premio que sus servicios merecian; porque le hallamos en Sevilla al principio de 1505 de paso para la córte española en busca de empleo; y era portador de una carta de Colon, á su hijo Diego, fecha en 5 de febrero, que mientras habla ardientemente de él cómo amigo, insinúa que habia sido descraciado. Hé aquí la carta:

Mi querido hijo.

«Diego Mendez salió de aquí el lunes 3 del presen»te. Despues de su partida he conversado con Amé»rigo Vespucci, el portador de la presente, que va »allá (á la corte) llamado para negocios de navega»cion. La fortuna le ha sido adversa como á muchos »otros. Sus trabajos no le han aprovechado tanto co»mo razonablemente debieran haberle aprovechado. »El va por mi cuenta, y con mucho deseo de hacer »algo que pueda resultar en ventaja mia si está en su »poder. Yo no puedo saber desde aquí en lo que pue»de emplearlo que me sea útil, porque ignoro lo que »ahí se necesita. Va con la determinacion de hacer »por mi todo lo que sea posible. Mira en qué puede »sernos ventajoso, y coopera con él, para que él »pueda decir y hacerlo todo, y poner en práctica sus »planes; y que todo esto se haga secretamente, para »que él no pueda ser sospechado. Yo le he dicho todo »lo que le puedo decir tocante al negocio, y le he in»formado de la paga que tengo recibida, de lo que se »me debe, etc.»

Por entonces recibió Amérigo Vespucci carta de naturalizacion del rey Fernando, y poco despues él y Pinzon fueron nombrados capitanes de una escuadra que iba á enviarse al comercio de especias y á hacer descubrimientos. Hay una real órden fecha en Toro á 11 de abril de 1505, mandando dar doce mil maravedises para el equipo de Amérigo Vespucci, residente de Sevilla. Hay varias memorias respecto á este asunto, de fechas de 1505, 1507 y 1508; de las que aparece que Amérigo Vespucci permaneció en Sevilla atendiendo á los negocios fluctuantes de esta escuadra, hasta que se cambió el destino de los buques, se vendieron sus armamentos, y se ajustaron cuentas. Durante este tiempo gozó un sueldo de 30,000 maravedises. El 22 de marzo de 1508 recibió el nombramiento de primer piloto, con el sueldo de 75,000 maravedises. Sus obligaciones principales eran preparar cartas, examinar pilotos, dirigir el armamento de las espediciones, y prescribir la ruta que debian seguir los bajeles en sus viajes al Nuevo-Mundo. Parece que continuó en Sevilla ejerciendo este empleo hasta su muerte, que acaeció en 22 de febrero de 1512. Su viuda Maria Cerezo gozó una pension de 10,000 maravedises. Despues de su muerte, su sobrino Juan Vespucci fue nombrado piloto con un sueldo de 12,000

maravedises, que empezó á recibir en 22 de mayo de 1512. Pedro Mártir habla con elogio de este jóven. «El mancebo Vesputius, dice, es uno á quien Amé»cus Vesputius, su tio dejó el exacto conocimiento »de las facultades del marinero, como herencia, des»pues de su muerte, porque era el muy esperto en »el conocimiento de la carta, brujula, y elevacion »de la estrella polar por el cuadrante..... Vesputius es »un muy íntimo amigo mio, y un jóven agudo, en »cuya compañía me complazco mucho, y por lo tanto »lo tengo muy á menudo de huésped. Tambien ha »hecho muchos viajes á estas costas, y notado dili»gentemente las cosas que ha visto.»

Vespucci el sobrino, continuó en su empleo durante la vida de Fonseca, que habia protegido á su tio y familia. Se le quitó su sueldo y empleo por una carta órden del consejo, de fecha 18 de marzo de 1525, poco despues de la muerte del obispo. No se hallan mas noticias de Vespucci en los archivos de las Indias.

Dada esta breve idea de la carrera de Amérigo Vespucci, resta que hablar de los puntos en controversía. Despues de su vuelta de la última expedicion al Brasil escribió una carta en Lisboa á 4 de setiembre de 1504, dando un resúmen de todos sus viajes. Esta carta es de suma importancia para la investigacion de que se trata, por ser la sola conocida que alude al disputado viaje que le elevara á descubridor de tierra firme. Parece que la escribió en latin, y se la dedicó á René, duque de Lorena, que reunió el título de rey de Sicilia y de Jerusalén.

La primera edicion conocida de esta carta se publicó en latin en 1507 en San Diez de Lorena. Se ha hallado un ejemplar de ella en la biblioteca del Vaticano (núm. 9688) por el abad Cancellieri. Al preparar esta obra se ha consultado una reimpresion latina de esta carta, inserta en el *Novus Orbis de Grimœus*, publicado en Basilea en 1532. Contiene una narracion muy animada de los cuatro viajes, que asegura haber hecho al Nuevo-Mundo. En el prólogo se escusa por la libertad de dirigirse al rey René, recordandole su antigua union, cuando estudiaban juntos los rudimentos de las ciencias, bajo la direccion paternal del tio del viajero; y añade, que si su narracion no agradase del todo á S. M., debia apelar á lo que Plinio dijo á Mecenas: *que acostumbraba anteriormente á divertirse con sus bagatelas.*

En el prólogo informa á René de que lo trajeron á España asuntos comerciales, en que esperimentó varios cambios de fortuna, por lo cual determinó abandonar aquella carrera, y dirigir sus conatos á objetos de naturaleza mas elevada y duradera. Por lo tanto se propuso esplorar varias partes del mundo y ver las maravillas que contenian. Favorecieron su determinacion los tiempos y el lugar; porque el rey Fernando estaba entonces preparando cuatro bajeles para el descubrimiento de nuevas tierras en el occidente y le nombró entre los que fueron en tal empresa. «Partimos (añade) de Cádiz en 29 de mayo »de 1497, lanzándonos al grande Occéano; en cuyo »viaje empleamos diez y ocho meses, descubriendo »muchas tierras é innumerables islas, las mas ha»bitadas, y todas desconocidas de los antiguos.»

Un duplicado de esta carta parece haberse enviado al mismo tiempo á Pedro Soderini, despues Gonfalonier de Florencia, que se publicó en Italia, no antes de 1510, intitulado: «Lettera da Amérigo »Vespucci, delle Isole nuovamente trovate in cua»tro suoi viagi.» Hemos consultado la edicion de esta carta en italiano, inserta en la ya citada obra del P. Estanislao Canovai.

Un escritor italiano pretende que esta carta fue escrita por Vespucci solo á Soderini, y dirigida despues al rey René, por error ó adulacion del editor de Lorena, sin percibir cuán mal venia la referencia á su antigua intimidad que recordaba á Soderini, cuando se aplicaba á su soberano. La persona que ha hecho esta observacion, no ha leido el prólogo de la edicion latina, en que se repite con frecuencia el título de V. M., y se emplea el término de *ilustre rey*. Tambien se publicó primero en Lorena, dominio de René; y no es de creer se tomase el editor tal libertad con el nombre de su rey. Es cuestionable si Vespucci dirigió la misma carta al rey René y á Pietro Soderini, habiendo sido ambos sus condiscípulos, ó si envió una copia de la carta á Soderini que en adelante se dió á la estampa La direccion á Soderini puede haberse sustituido equivocadamente por el editor italiano.

Los viajes especificados en esta carta como sucedidos en 1497, son el punto puesto en tela de juicio. Pretenden algunos que no se ha verificado tal viaje; y que la primera expedicion de Vespucci á la costa de Pária la hizo en empresa que mandaba Ojeda, en 1499. Los libros de asientos y diarios de la armada existentes en los archivos de Sevilla, se han examinado cuidadosamente; pero no se han visto recuerdos de tal viaje, ni documento oficial alguno relativo á él. Los sugetos mas hábiles en las regulaciones coloniales de España aseguran que no pudo haberse dado á un extranjero mando como el que pretende haber tenido Vespucci, sin haber tomado antes cartas de naturalizacion de los soberanos del reino de Castilla; las cuales no recibió hasta 1505, antes de confiarle mando juntamente con Pinzon.

La relacion de su viaje en 1497 se dice, por lo tanto, que es falsa, y que tiene por objeto reclamar la gloria del descubrimiento de Pária; ó mas bien se afirma que ha dividido en dos el viaje que hizo en efecto con Ojeda en 1499 tomando varios accidentes de su viaje verdadero, alterándolos algo y extendiéndose en descripciones de los paises y las gentes, para hacer atractiva la narracion de este, que da como distinto viaje: y que data su partida en 1497, para aparecer como descubridor de Pária.

En apoyo de esta acusacion se indican algunas coincidencias entre su viaje dicho de 1497, y el descrito en su primer carta á Lorenzo de Médicis, como verificado en 1499. Estas coincidencias son con respecto á los puntos visitados, transacciones y batallas con los naturales, y el número de indios traidos á España y vendidos como esclavos.

Pero á mas dura prueba se ha sometido la verdad de este viaje. Por los años de 1508 se entabló un pleito contra la corona de España por don Diego, hijo y heredero del Almirante, sobre el gobierno de ciertas partes de tierra firme, y parte de las rentas que producian segun las capitulaciones hechas entre el soberano y su padre. Era objeto é interes de la corona probar que el descubrimiento de la costa de Pária y de las islas de las Perlas no lo habia verificado Colon: pues solo en el caso de que él las hubiese descubierto, tenian valor las peticiones que su heredero hacia con respecto á ellas.

En el discurso de este pleito se verificó un exámen particular de testigos, en 1512, y 1513, ante el fiscal. Se interrogó á Alfonso de Ojeda, y á casi cien personas mas, bajo juramento: habiendo aquel viajero sido el primero que visitó la costa de Pária, despues que Colon la hubo dejado, y solo algunos meses despues. Estas declaraciones existen todavia en los archivos de las Indias en Sevilla, entre los papeles pertenecientes al Almirante don Luis Colon, como parte de los procedimientos relativos á la conservacion de sus privilegios, desde 1515 á 1564. Tenemos á la vista dos copias diversas de estos interrogatorios: una hecha por el historiador Muñoz, y la otra en 1826 y firmada por don Tote de la Higuera y Lara, archivero general de las Indias en Sevilla.

En este testimonio se manifiesta el hecho de que Amerigo Vespucci acompañó á Ojeda en el viaje de 1499, primero por la deposicion de Ojeda mismo: «En este »viaje que este dicho testigo hizo, trujo consigo á »Juan de la Cosa, piloto, é Mórigo Vespuche é otros »pilotos.» Otro argumento surge de la coincidencia de muchas partes de la narracion de Vespucci con los sucesos de este viaje de Ojeda. Entre estas coincidencias hay una singularmente notable. Vespucci, en su carta á Lorenzo de Médicis, y tambien en la dirigida á René ó Soderini, dice que su buque, despues de dejar la costa de tierra firme, dió fondo en Española, permaneciendo dos meses y medio por falta de provisiones; durante cuyo tiempo, añade, tuvimos muchos peligros y turbaciones con los mismos cristianos que estaban en aquella isla con Colon (creo que por envidia).

Ahora bien: es sabido que Ojeda pasó algun tiempo al occidente de la isla, proveyendo sus buques; y que hubo serias disensiones entre él y los españoles en aquellas partes, y que envió Colon una partida bajo el mando de Roldan, para que observase sus movimientos. Si entonces Vespucci, segun bajo juramento se declara, acompañó efectivamente á Ojeda, en este viaje, aparece casi la evidencia de que no habia hecho el viaje anterior en 1497. Porque tal suceso le hubiera sido bien conocido á Ojeda; habria considerado á Vespucci como descubridor, y no habria tenido motivo alguno para privarlo de aquel mérito, y trasferirlo á Colon, con el cual no le ligaban, por cierto, lazos amistosos.

Ojeda, empero, declara espresamente que la costa habia sido descubierta por Colon. «Y preguntado »como lo sabe, dijo que lo sabe porque vió este testi»go la figura que el dicho Almirante al dicho tiempo »envió á Castilla al rey é reina nuestros señores, de »lo que habia descubierto, y porque este testigo lue»go vino á descubrir, y halló que era verdad lo que »dicho tiene que el dicho Almirante descubrió. (Pro»ceso MS. de don Diego Colon, preg. 2.)»

Otro testigo, Bernaldo de Haro, declara, que habia estado con el Almirante, y describió (copió) »una carta que el Almirante escribiera al rey y reina »nuestros señores, haciéndoles saber las perlas y »cosas que habia hallado, le envió señalado con la »dicha carta, en una carta de marear, los rumbos y »vientos por donde habia llegado á la Pária, y que »este testigo oyó decir como por aquella carta se ha»bian hecho otras, ó por ellas habian venido Pedro »Alonso Merino (Niño) é Ojeda, y otros que despues »han ido á aquellas partes. (Proc. ib., p. 9.)»

Francisco de Morales, uno de los mejores y mas fidedignos de todos los pilotos, declara que vió una carta de marear que Colon habia hecho de la costa de Pária; y *creia que* todos se habian gobernado por ella.

Numerosos testigos examinados en este pleito, declararon que la costa de Pária habia sido descubierta por Colon. Las-Casas dice que se estableció el hecho por veinte y cinco testigos de vista y sesenta de oidas. Muchos de ellos testifican tambien, que la costa al sur de Pária, y la que se estiende por el occidente hácia la isla Margarita y hasta Venezuela, que Vespucci dice haber descubierto él mismo en 1497, fueron descubiertas entonces por Ojeda, y que no las habia visitado antes ni el Almirante *ni otro cristiano alguno*.

Alonso Sanchez de Carvajal, dice, «que en todos »los viajes que algunos hicieron descubriendo en la »dicha tierra, que ovieron navegado con el dicho »Almirante, y á ellos mostró muchas cosas de ma»rear, y ellos por imitacion é industria, del dicho »Almirante las aprendian y aprendieron, é seguendo »á lo que el dicho Almirante los habia mostrado, hi»cieron los viajes que descubrieron en la tierra »firme (pregunta 10),» y lo mismo testifican otros muchos pilotos y marineros de reputacion y esperiencia.

Seria singular que ninguno de estos testigos, muchos de los cuales debieron haber navegado en la misma escuadra que Vespucci por esta costa en 1499, hubiese sabido que Vespucci la habia descubierto y explorado dos años antes. Si asi hubiese sido en efecto ¿qué motivo hubieran tenido para ocultar tal hecho? ¿Y por qué, si lo sabian, no habian de decirlo? Dice Vespucci, que su viaje de 1497 se hizo con cuatro carabelas, que volvieron en octubre de 1498, y que se dió de nuevo á la vela con dos carabelas en mayo de 1499, fecha de la salida de Ojeda. Muchos de los marineros debieron haber estado presentes en ambos viajes. Y ademas ¿por qué habian Ojeda y los otros pilotos de guiarse por las cartas de Colon, cuando tenian á bordo un hombre que por observaciones suyas propias y tan recientes estaba prácticamente familiarizado con la costa? Ni una palabra se dice, empero, del viaje ni descubrimientos de Vespucci por ninguno de los pilotos, aunque se citan todos los otros navegantes y descubridores: ni aparece jamas un marinero que le haya acompañado en su pretendido viaje.

Otra poderosa circunstancia contra la realidad de este viaje es, que no se habló de él en el pleito para deshacer los derechos que reclamaban los herederos de Colon. Vespucci dice que emprendió su viaje con conocimiento y autoridad del rey Fernando: debió ser por consiguiente público y notorio. Vespucci vivia en Sevilla en 1505, época en que empezó el pleito, y hasta cuatro años despues, como súbdito asalariado de la corona. Tampoco debieron faltar muchos de los marineros y pilotos que lo acompañaron en su supuesta empresa. Si se hubiese probado este viaje, habriase fijado la cuestion completamente en cuanto concernia á la costa de Pária, en favor de la corona. Sin embargo, no aparece que jamas se tomase declaracion á Vespucci mientras vivia, y cuando se hicieron los interrogatorios ante el fiscal en 1512 y 1513, ninguno de sus marineros se presentó á declarar. No se alude á un viaje tan importante en su naturaleza y tan esencial para la cuestion en disputa; mientras se usan multitud de medios para arrancar testimonios del viaje de Ojeda, emprendido en un periodo subsiguiente.

Es digno de notar, que Vespucci empieza su primer carta á Lorenzo de Médicis en 1500, un mes despues de haber vuelto del viaje que habia verdaderamente hecho á Pária, disculpándose por su largo silencio, diciendo que nada le habia ocurrido digno de noticia.

Pinta con vivos colores y pomposas descripciones las maravillas que habia visto en la expedicion de que acababa de volver. Singular olvido seria decir que nada le habia ocurrido de importancia, si habia realmente hecho un viaje anterior de diez y ocho meses en 1497 y 1498 á este recien descubierto mundo, y casi tendria la misma singularidad el que no hiciese la menor referencia á él en su carta.

Se ha de examinar esta cuestion desapasionadamente, y despues de considerar las razones y argumentos de ambas partes, no podemos menos de rechazar como apócrifo el viaje que se supone hecho en 1497.

Sin embargo, nos hallamos perplejos al señalar las causas de tal engaño. Cuando Vespucci escribió sus cartas, no se dudaba de que Colon habia descubierto la tierra firme en su primer viaje: pues se consideraba á Cuba como la extremidad de Asia, hasta haberla circunnavegado en 1508. Vespucci pudo haber supuesto que Brasil, Pária y el resto de aquella costa fuesen parte de otro continente, y desearía apropiarse la fama de su descubrimiento. Se ha dicho; que á su vuelta del viaje de Brasil preparó una carta marí-

tima, en que daba su nombre á aquella parte de la tierra firme; pero este aserto no aparece bien sustanciado, antes es de creer que se dió su nombre á aquella parte del continente por otros, como tributo ofrecido á su supuesto mérito en consecuencia de haber leido las descripciones de sus viajes.

Fernando, el hijo de Colon, no hace cargo á Vespucci en la biografía de su padre, de querer suplantar al Almirante en este descubrimiento. Se ha citado á Herrera como el primero que hace esta acusacion en su historia de las Indias publicada en 1601; y le han criticado mucho en consecuencia los abogados de Vespucci, por haber hecho este cargo de motu propio. Pero en efecto, Herrera no hizo mas que copiar lo que halló escrito por Las-Casas, que tenia á la vista los procedimientos fiscales, el cual consideraba á Vespucci como un miserable impostor.

Tambien se ha sostenido que fue instigado Vespucci á cometer este fraude cuando andaba pretendiendo empleo al servicio colonial de España: que lo hizo para atraerse la voluntad al obispo Fonseca, que deseaba todo lo que pudiese lastimar á Colon. En apoyo de este aserto, se cita el favor mostrado siempre por Fonseca á Vespucci y á su familia. Esta no es empero una razon satisfactoria, pues no aparece que jamas hiciese el obispo uso de este engaño. Quizá puedan hallarse otros medios de responder de esta fingida narracion; sin poner en duda la veracidad de Vaspucci. Pudo haber sido error de algun editor, ó interpolacion de algun fabricante de libros, ansioso de juntar desunidos materiales y hacerse autor de una obra que lisonjease la pasion dominante de aquellos tiempos.

De las varias ediciones de las cartas de Vespucci se hallan las mas groseras faltas, variaciones y errores de fechas, evidente culpa de apresurados é ineptos editores. Muchas de estas se han corregido juiciosamente por los autores modernos que han insertado estas cartas en sus obras. La misma indiferencia por la exactitud que condujo á estos errores, pudo haber producido la interpolacion de un viaje, entresacado de las cartas de Vespucci y de las relaciones de otros viajeros. Esto se indica solo como medio posible de satisfacer lo que parece una falsificacion que nos repugna atribuir á un hombre del buen entendimiento, del carácter y reputacion de Vespucci.

Sin embargo, no creemos no ser grande la importancia de tal cuestion, aunque sea uno de aquellos puntos oscuros, sobre los cuales varones graves continuarán escribiendo cansadisimos volúmenes.

Los literatos de Florencia la han convertido en cuestion de orgullo local, y se afanan con patriótico celo en vindicar la fama de su distinguido paisano. Este celo es laudable cuando se inscribe en sus propios límites, pero es de lamentar que algunos de ellos se hayan acalorado en la controversia, hasta el punto de mostrarse irascibles contra la memoria de Colon, y de buscar medios de mancillar su fama, como si la ruina de ella pudiese añadir algo á la reputacion de Vespucci. Esto injuria la misma causa que defienden y se opone á los sentimientos del género humano, que no gusta ver un nombre como el de Colon ligera ó petulantemente mancillado en el discurso de estas contiendas literarias. Su nombre está consagrado por la historia: no es propiedad de ninguna villa, estado ó imperio sino del mundo entero.

Ni tampoco los que tienen cabal idea del mérito de Colon deberian poner parte ninguna de su alto renombre en disputa sobre tan pequeño altercado. Que fuese él ó no primer descubridor de Pária, es materia que interesa á sus herederos; pues de serlo dependian partes en el gobierno y rentas de aquel pais; pero no es de importancia para su fama. En efecto, el europeo que primero llegó á la tierra firme del Nuevo-Mundo, fue probablemente Sebastian Caboto, natural de Venecia, en su navegacion por Inglaterra. En 1497 costeó sus playas desde Labrador hasta la Florida; pero ni los venecianos, ni los ingleses, han manifestado por esto ningunas pretensiones. La gloria de Colon abraza el descubrimiento de todo el mundo occidental; otros pueden subdividirlo. Con respecto á él, es Vespucci como Yañez Pinzon, Bastidas, Ojeda, Caboto, y la muchedumbre de descubridores secundarios, que siguió sus huellas. Cuando Colon tocó por primera vez la tierra del hemisferio occidental, acabó su empresa, y cumplió cuanto necesitaba su fama: el gran problema estaba resuelto, y descubierto el Nuevo-Mundo.

NUMERO 10.

MARTIN ALONSO PINZON.

En el discurso de las pruebas fiscales entre don Diego y la corona, se hizo un débil esfuerzo para rebajar el merito de Colon, y atribuir el buen éxito de la grande empresa de descubrimientos á la inteligencia de Martin Alonso Pinzon.

Arias Perez Pinzon, hijo de Martin Alonso, declaró, que «estando una vez en Roma con su padre »en asuntos de comercio, antes del tiempo del des»cubrimiento, tuvieron frecuentes conversaciones »con una persona docta en cosmografía, que estaba al »servicio del Papa Inocencio VIII, y que estando en »la biblioteca del Papa, esta persona les mostró mu»chos manuscritos, de uno de los cuales sacó su »padre la intimacion de las nuevas tierras; porque »habia un pasage de un historiador tan antiguo como »Salomon, que decia: navega el mar Mediterráneo »hasta el fin de España, y de allí hácia el Poniente »del sol, en una direccion media entre Norte y Sur »hasta noventa y cinco grados de distancia, y en»contrarás la tierra de Cipango, fértil y abundante, »y en tamaño igual al Africa y á la Europa. Una co»pia de este escrito, añade trajo su padre de Roma, »con intento de ir á buscar aquella tierra, y frecuente»mente expresó la determinacion; y que, cuando »Colon vino á Palos con su proyecto de descubri»mientos, Martin Alonso Pinzon le enseñó el ma»nuscrito; que le animó mucho á su empresa; y ade»mas, le dió dinero con que ir á la córte á hacer sus »proposiciones.» Es de creer, que este manuscrito, de que da Arias Perez, de memoria, relacion tan vaga, hubiese sido la obra de Marco Polo, que Colon habia ya visto; y tambien puede cuestionarse, si esta visita de Martin Alonso Pinzon á Roma no fue despues que se hubo acalorado su ánimo, conversando con Colon en el convento de la Rábida: Arias Perez siempre hablaba del manuscrito, como comunicado á Colon despues que vino á Palos, con la intencion de proceder en los descubrimientos.

Varios testigos concurren en declarar que Martin Alonso Pinzon fue el todo-eficiente en procurar barcos y marineros para Colon. Entre otros, Francisco García Vellejo testifica que sino hubiese sido por Martin Alonso Pinzon, que le ayudó en la empresa, junto con sus parientes y amigos, nunca hubiera salido el Almirante en su viaje, porque nadie queria ir con él; pero que, por el grande deseo que Martin Alonso tenia de servir á los soberanos, pidió á su hermano, y á este testigo, y á otras personas, que fuesen con él; y que por eso entró este testigo en él viaje.

El hijo de Pinzon, y este mismo amigo y adherente Francisco García, llegaron á intimar, que si no hubiese sido por Martin Alonso, se hubiera vuelto á España el Almirante, cuando le amenazaban con motin y sedicion abierta sus tripulaciones. La fortaleza característica y la perseverancia de Colon, asi como las minutas cotidianas de su diario, refutan este cargo.

Aparece, empero, mas allá de toda duda, que Martin Alonso Pinzon era hábil y emprendedor navegante, que le fue de esencial servicio en el armamento de sus buques, conduciéndose en todo el viaje con espíritu y fidelidad; secundando y animando al Almirante, cuando le incomodaban las murmuraciones de su gente. Hasta despues de haber descubierto tierra, y ante la perspectiva de inmediatos tesoros, no se despertaron los deseos de Pinzon, que le arrastraron á olvidar la disciplina, garantía la mas firme del éxito de tan colosal empresa.

NÚMERO 11.

RUMOR DEL PILOTO QUE SE DICE HABER MUERTO EN LA CASA DE COLON.

Para mancillar á Colon se dijo que habia recibido informe de la existencia de ciertas tierras al occidente del Océano, de un piloto que combatido por las tempestades habia sido arrojado á ellas, á impulso de ciertos vientos del oriente; y que vuelto á Europa habia muerto en casa de Colon, dejando en su poder la carta y diarios del viaje, por los que se guió en su descubrimiento.

Este cuento le adoptó el primero Oviedo, contemporáneo de Colon, en su historia de las Indias publicada en 1535. Habla de él como de un rumor que circulaba entre el vulgo, sin fundamento de verdad.

Fernando Lopez de Gomara fue el primero que hizo con él cargo á Colon, en su historia de las Indias, publicada en 1552. Repite el rumor en los términos mas vagos, manifiestamente habiéndolo tomado de Oviedo, pero sin la contradiccion que aquel le da. Dice que el nombre y pais del piloto eran desconocidos, que unos le creian andaluz, navegando entre las Canarias y Madeira; otros vizcaino que comerciaba de Inglaterra á Francia; y otros en fin portugués, que viajaba desde Lisboa á Mina, en la costa de Guinea. Expresa iguales dudas acerca de si el piloto trajo la carabela á Portugal, Madeira, ó á una de las Azores. El solo punto en que se convenian los que tal rumor propalaban era en que murió en la casa de Colon. Añade Gomara, que por este suceso se determinó Colon á emprender sus viajes á los nuevos paises.

Los otros historiadores que hablan de Colon y sus viajes, y fueron sus contemporáneos, á saber: Sabellicus, Pedro Mártir, Giustiniani, Bernaldez, comunmente llamado el cura de los Palacios, Las-Casas, Fernando el hijo del Almirante, y el autor anónimo de un viaje de Colon, traducido del italiano al latin por Madreguno, todos guardan el mayor silencio acerca de este rumor.

Benzoni, cuya historia del Nuevo-Mundo se publicó en 1566, repite el dicho de Gomara, de quien era contemporáneo; pero expresa su opinion decidida, de que Gomara habia mezclado mucho falso con algo verdadero, con el objeto de rebajar la gloria de Colon, llevado por un incomprensible patriotismo.

Acosta habla ligeramente de esta circunstancia, en su historia natural y moral de las Indias, publicada en 1591, y se funda evidentemente en la autoridad de Gomara.

Mariana, en su historia de España, publicada en 1592, tambien lo refiere; pero expresa dudas acerca de la veracidad de tal hecho, y manifiestamente deber á Gomara tal noticia.

Herrera, que publicó su historia de las Indias en 1601, no hace mérito de semejante cuento, á pesar de que conocia bien la historia de Gomara, que expresamente contradice en un punto de considerable interes.

Garcilaso de la Vega, natural del Cousco en el Perú, revivió la historia de que hablamos, con muchas y muy menudas particularidades, en sus Comentarios de los Incas, publicado en 1609. Fija la época de la ocurrencia en 1484, año mas ó menos; da el nombre del desgraciado piloto, Alonso Sanchez de Huelva, el destino de sus buques, de Canarias á Madeira; y la tierra desconocida á que fue arrojado, la isla Española. El piloto, dice, desembarcó, tomó la altura, y escribió una narracion de todo lo que habia visto, y de todo lo ocurrido en el viaje. Tomó despues agua y leña, y salió al mar de nuevo á buscar el camino de Europa. Logró en efecto volver; pero habia sido el viaje largo y tempestuoso, y murieron de hambre y cansancio doce marineros de los diez y siete que componian antes su tripulacion. Los cinco que sobrevivieron llegaron á Terceira, adonde los recibió Colon con mucha hospitalidad; pero todos murieron en su casa en consecuencia de los trabajos que habian pasado: el piloto falleció el último, dejando á Colon por heredero de sus papeles. Colon los conservó con el mas profundo secreto, y siguiendo el derrotero en ellos descrito, alcanzó el crédito de haber descubierto el Nuevo-Mundo.

Tales son los puntos materiales de la circunstanciada relacion que nos da Garcilaso de la Vega, ciento veinte años despues de acaecido el suceso. Con respecto á su autoridad, se acuerda de haber oido contar este caso cuando muchacho, como tópico de conversacion entre su padre y vecinos, y se refiere por confirmacion á las historias de las Indias de Acosta y de Gomara. No es de extrañar que lo que fue un rumor vago, con el tiempo se arreglase en ordenada narracion; y así no solo tenemos ya el nombre, pais y destino del piloto, sino tambien el nombre de la tierra desconocida á que fue arrojado el buque.

Esta relacion de Garcilaso de la Vega, se ha adoptado por muchos escritores antiguos, que han confiado en el modo perentorio con que la cuenta, y en las autoridades á que se refiere. Estos han sido copiados por otros de mas reciente data; y asi un grave cargo de fraude é impostura se ha acumulado contra Colon, sostenido aparentemente por una muchedumbre de respetables acusadores.

El todo de la acusacion descansa en Gomara, y es de notar que este tiene entre los historiadores el carácter de inexacto, y sumamente crédulo, en adoptar cuentos infundados.

No es necesario refutar este cargo, en razon de que está probado que Colon comunicó la idea del descubrimiento á Paulo Toscanelli, de Florencia, en 1474, diez años antes de la época asignada por Garcilaso de la Vega á este suceso.

NUMERO 12.

MARTIN BEHEM.

Este hábil geógrafo nació en Nuremberg, en Alemania, al principio del año de 1430. Sus antecesores eran del círculo de Pilsuer en Bohemia, por esto le llaman algunos escritores Martin de Bohemia.

Han dicho algunos, que estudió con Felipe Berbalde el mayor; y otros con Juan Muller, llamado tambien Regiomontanus; aunque De-Murr, que ha indagado diligentemente su historia, rechaza ambas aserciones. Segun resulta de la correspondencia entre Behem y su tio, descubierta en estos últimos años por De-Murr, perece que dedicó al comercio la primitiva parte de su vida. Algunos le han dado el crédito de descubridor de la isla de Fayal; pero este es un error, nacido probablemente de la circunstancia de que Job de Huertar, suegro de Behem, colonizó aquella isla en 1466.

Se supone que llegó Behem á Portugal en 1481, mientras Alfonso V estaba aun en el trono; es cierto que poco despues tenia alta reputacion por su ciencia en la córte de Lisboa, tanto que fue uno de los del consejo señalado por Juan II para mejorar el arte de

la navegacion; y por algunos ha recibido el entero crédito de los memorables servicios que hizo aquel cuerpo al comercio, introduciendo el axtrolabio en la navegacion.

En 1484 envió el rey Juan una expedicion bajo Diego Cam, como Barros le llama, Cano, segun otros, á seguir los descubrimientos por la costa de Africa. En esta expedicion iba Behem como cosmógrafo. Cruzaron la línea equinoccial, descubrieron la costa de Congo, avanzaron hasta el vigésimo segundo grado cuarenta y cinco minutos de latitud sur, y erigieron dos columnas, en que grabaron las armas de Portugal en la boca del rio Zagra en Africa, que por eso, durante algun tiempo, se llamó el rio de las columnas.

Por tales servicios se dice que fue Behem armado caballero por el rey Juan en 1485; aunque ninguno de los historiadores coetáneos habla de tal circunstancia. La prueba principal de haber recibido en efecto esta distincion, es que se da él mismo en su globo el título de *Bqyes Lusitanus*.

En 1486 se casó en Fayal con la hija de Job de Huertar, y se supone que permaneció allí por algunos años, adonde tuvo un hijo llamado Martin, nacido en 1489. Durante su residencia en Lisboa y Fayal, se verificaria probablemente el conocimiento entre él y Colon, á que Herrera y otros historiadores aluden; y el Almirante pudo haber sabido por él algunos de los rumores que circulaban en las islas, de las producciones de las tierras occidentales que arrojaban las mareas á sus playas.

En 1491 volvió á Nuremberg á ver á su familia; y mientras estuvo allí en 1492 acabó su globo terrestre, considerado como la obra maestra de aquellos tiempos, que habia él emprendido á peticion de los principales magistrados de su ciudad nativa.

En 1493 volvió á Portugal, y de allí pasó á Fayal. En 1494 el rey Juan II, que tenia alta opinion de él, le envió á Flandes con su hijo natural el príncipe Jorge, heredero presuntivo de la corona. En el discurso de este viaje fue Behem capturado y llevado á Inglaterra, adonde permaneció tres meses detenido por enfermedades. Habiéndose recobrado, salió otra vez al mar, donde le aprisionó otro corsario, y lo llevó á Francia. Se rescató él mismo y procedió á Amberes y á Bruges, pero se volvió casi inmediatamente á Portugal. Nada mas se sabe de él por muchos años, los que se supone pasaria en Fayal con su familia, ya demasiado viejo para emprender mas viajes. En 1506 pasó de Fayal á Lisboa, adonde falleció.

El aserto de que Behem habia descubierto el mundo occidental antes que Colon, en el discurso de su viaje con Cam, se funda en la mala interpretacion de un pasage interpolado en la crónica de Hartmann Schedel, escritor contemporáneo. Este pasage dice, que «cuando los navegantes llegaron al Océano del »sur, no lejos de la costa, y despues de pasar la línea »se vieron en otro hemisferio, en que cuando miraban »al oriente, caian sus sombras hácia el sur, á la dies»tra mano; que allí descubrieron un mundo nuevo, »desconocido hasta entónces, y que por muchos años »nadie habia buscado, excepto los genoveses, y estos »sin buen éxito.»

Las anteriores líneas son parte de un pasage que se dice estar interpolado con diferente letra, en el manuscrito original de la crónica de Schedel. De-Murr asegura no hallarse en la traduccion alemana de este libro, por Jorge Alt, acabada en 5 de octubre de 1493: pero aun cuando en ella estuvieran, son relativas únicamente al descubrimiento que Diego Cam hizo del hemisferio del sur, antes desconocido, y de la costa de Africa mas allá del Ecuador; todo lo cual parecia como un nuevo mundo, y como del tal se habla de el en su tiempo. Los genoveses, á quienes se alude por haber hecho un infructuoso esfuerzo para dicho descubrimiento, son Antonio de Nolle, con Bartolomé su hermano, y Rafael de Nolle, su sobrino, que habian pasado al servicio de Portugal.

Este pasage interpolado de Schedel se insertó tambien en la obra *De Europa sub Frederico III, de Æneas Silvius*, despues papa Pio II, que murió en 1464, mucho antes del viaje en cuestion. La mala interpretacion de este pasage fue la primera que dió lugar al supuesto de que Behem habia descubierto el Nuevo Mundo antes que Colon; como si fuese posible, que tal circunstancia pudiese haber ocurrido, sin que reclamase Behem la gloria del descubrimiento, y sin que el mundo resonase todo con tan importante suceso. Varios autores han adoptado este error sin debido exámen, algunos de los cuales quitan tambien a Magallanes el crédito de haber descubierto el estrecho de su hombre, para trasferirlo á Behem. Error tan palpable no podia prevalecer generalmente; pero le revivió á deshora, en el año de 1786, un caballero frances de carácter muy respetable, llamado Mr. de Otto, residente á la sazon en New-York, que dirigió una carta al doctor Franklin, para que la remitiese á la sociedad filosófica de Filadelfia, en que emprendia establecer el título de Behem al descubrimiento del Nuevo-Mundo. Su memoria se publicó el año 1786, y se copió en los periódicos de casi todas las naciones de Europa.

Las autoridades citadas por Mr. Otto en prueba de su aserto son generalmente falaces, y las mas dadas sin especificacion particular. Su proposicion ha sido diligente y satisfactoriamente refutada por D. Cristóbal Cladera. La grande prueba de Mr. Otto es un globo que hizo Behem durante su residencia en Nuremberg en 1492, el mismo año que salió Colon en su primer viaje de descubrimientos. Este globo, segun Mr. Otto, se conserva aun en la biblioteca de Nuremberg, y en él están pintados todos los descubrimientos de Behem, que están de tal modo situados, que no pueden ser otros que la costa del Brasil y el estrecho de Magallanes. Esta autoridad hizo dudar á muchos; y bien fundada, acabaria con toda la gloria de Colon.

Desgraciadamente para Mr. Otto, se fió para describir este globo en la inspeccion de un cerresponsal. El globo existente en la biblioteca de Nuremberg fue hecho en 1520 por Juan Schoener, profesor de matemáticas, mucho despues de los descubrimientos y muerte de Colon y de Behem. El verdadero globo de Behem hecho en 1492, no contiene ninguna de las islas ó costas del Nuevo-Mundo; y esto prueba que le era totalmente desconocido. El señor Cladera da en sus investigaciones una copia ó planisferio del globo de Behem.

NÚMERO 13.

VIAJES DE LOS ESCANDINAVOS.

Muchas y muy eruditas disertaciones se han escrito para probar que los escandinavos hicieron descubrimientos en la costa del norte de América, mucho antes del tiempo de Colon: este asunto está envuelto aun en mucha duda y oscuridad.

Se ha dicho que los noruegos, ya en la novena centuria, descubrieron un gran trecho de tierra al occidente de Iceland, al cual llamaron Grande-Iceland; tradicion que ha sido considerada por fabulosa. La narrativa mas plausible es la que da Suorro Sturleson en su Saga, ó crónica del rey Olans. Segun este escritor, un cierto Biorn de Iceland, saliendo de Greenland en busca de su padre, de quien le habia separado una tormenta, fue impelido por vientos tempestuosos muy lejos al sur-oeste, hasta llegar á la vista de un pais bajo cubierto de árboles, y con una isla en sus cercanías. Habiéndose mejorado el tiempo, volvió al nord-este sin desembarcar, y llegó felizmente á Greenland. Su relacion del pais que habia

visto, se dice, que escitó la empresa de Leif, hijo de Eric Rauda ó Redhead (Cabeza Roja), primer colonizador de Greenland. Armó un buque, y Leif y Biorn partieron juntos en busca de aquella tierra desconocida. Hallaron una isla estéril y peñascosa, á que dieron el nombre de Helleland; tambien un pais bajo, arenoso y lleno de árboles, que nombraron Markland; y dos dias despues observaron una continuacion de costa, con una isla al norte de ella. Esta última dicen que era fértil, poblada de árboles, llena de agradables frutos, particularmente de uvas, que hasta entonces no conocian los descubridores. Uno de sus compañeros, aleman, les dijo sus cualidades y nombre, y por él llamaron al país Vinland. Subieron por un rio bien provisto de peces, particularmente de salmones, y llegaron á un lago de donde el rio se originaba, y en que pasaron el invierno. El clima les pareció suave y agradable, estando acostumbrados á los rigores de las temperaturas del Norte. En los dias mas cortos estaba el sol ocho horas sobre el horizonte: de aquí se ha concluido que estaria aquel pais sobre los 49 grados de latitud norte, y era ó bien Newfoundland, ó alguna parte del norte de América hácia el golfo de San Lorenzo. Se añade que los parientes de Leif hicieron varios viajes á Vinlad; que traficaron con los naturales en pieles; y que en 1121, un obispo llamado Eric fue de Greenland á Vinlad para convertir á sus habitantes al cristianismo. Desde entonces, dice Toster, ya no sabemos mas de Vinland; y hay todas las apariencias de que la tribu que existe todavía en el interior de Newfoundland, y que tanto se diferencia de las de otros salvajes del norte de América en sus usos y costumbres, y que están de contínuo en guerra con los esquimales de la costa del norte, sean descendientes de los antiguos normandos.

No hemos tenido los medios necesarios para trazar esta historia desde su fuente original; por lo que nos apoyaremos en la autoridad de Mr. Malte-Brun y de Mr. Toster. Este último la estracta del Saga, ó crónica de Suorro, que nació en 1179 y escribió en 1215; de modo que formó su narracion mucho despues del tiempo en que se dice haberse ejecutado aquella espedicion. Asegura Toster, que los hechos indicados se han sacado de un gran número de manuscritos iceláudicos, y trasmitídose hasta nuestros tiempos, por Torfaens, en sus dos obras intituladas: *Veteris Groenlandiæ Descriptio*, Hafnia, 1706; y *Historia Winlandiæ antiquæ*, Hafnia, 1705. Toster no parece que dude de la autenticidad de los hechos. Al tratar esta cuestion nuestra opinion es que al trazar estas historias de los primeros descubrimientos de porciones del Nuevo-Mundo, se presentan deducciones como muy positivas cuando sus premisas son muy vagas y cuestionables. Los hombres doctos son propensos á dar cuerpo á las sombras, si favorecen á estas alguna teoría. Las mas de estas narraciones cuando se desnudan de los eruditos comentarios de sus editores, quedan apenas mejor fundadas que las fábulas de que se habla en otro lugar de esta obra, respecto á las islas imaginarias de San Borondon y de las Siete Ciudades.

No es, empero, improbable, que tan emprendedores é inquietos viajeros como los escandinavos, hayan ido vagando hasta las playas del norte de América, hácia la costa del Labrador ó la de Newfoundland; y si en los manuscritos icelándicos, que se dicen de la décimatercia centuria, puede confiarse como genuinos y libres de las modernas interpolaciones, y si están correctamente citados, parecerian que probaban el hecho. Pero concediendo la verdad de los alegados descubrimientos, no se vendria á mas resultado que á saber que hubo correspondencia entre los naturales de Greenlad y los esquimales, y que su conocimiento no se estendió mas allá de su propia nacion, y que ellos mismos lo olvidaron pronto.

Otra pretension al primitivo descubrimiento del continente americano se ha fundado en un supuesto mapa y narrativa de dos hermanos venecianos del nombre de Zeno; pero parece aun mas quimérica que la que acabamos de indicar.

Nicolo Zeno, noble veneciano, hizo un viaje al Norte en 1380, en un bajel armado á su propia costa, con intento de visitar á Flandes é Inglaterra; pero á impulsos de una terrible tempestad fue arrebatado por muchos dias sin saber adónde, hasta que al fin llegó á Friseland, isla sobre que han disputado mucho los geógrafos, y que se supone sea el archipiélago de las islas de Feroe. Naufragó el buque y se vieron los viajeros acometidos por los naturales; pero los rescató Zichmni, príncipe de las islas al sur de Friseland, y duque de otro distrito situado en frente de Escocia. Zeno entró al servicio de este potentado, y le ayudó á conquistar á Friseland, y otras islas del norte. No tardó en juntársele su hermano Antonio Zeno, que permaneció catorce años por aquellos paises.

Durante su residencia en Friseland, escribió Antonio Zeno á su hermano Cárlos, á Venecia, dándole cuenta de la relacion de cierto pescador, acerca de una tierra al occidente. Segun el cuento de este marinero, habia formado parte de una compañía que se dió á la vela desde Friseland, como veinte y seis años antes, en cuatro botes pescadores. Habiéndolos sobrecogido una poderosa tormenta, vagaron á merced de ella muchos dias por las mares, hasta que el bote que le contenia á él y á seis compañeros, fue arrojado sobre una isla llamada Estotiland, á unas mil leguas de Friseland. Los recogieron los habitantes, y los llevaron á una hermosa y grande ciudad, adonde el rey envió por muchos intérpretes para conversar con ellos; pero ninguno pudo entenderlos, hasta que se halló un hombre que tambien habia naufragado sobre aquella costa y que hablaba latin. Permanecieron muchos dias en la isla, que era rica y fructífera, abundante en toda especie de metales, y con especialidad en oro. Habia una encumbrada montaña en el centro, de la que fluian cuatro rios que regaban todo el pais. Los habitantes eran inteligentes y estaban familiarizados con las artes mecánicas de Europa. Cultivaban grano, hacian cerveza, y vivian en casas de piedra. Habia libros latinos en la biblioteca del rey, aunque no conocian los naturales aquella lengua. Tenian variedad de ciudades y castillos, y comerciaban con Groenland en brea, azufre y salitre. Aunque muy dados á la navegacion, ignoraban el uso de la brújula; y viendo que la usaban los de Friseland, los tuvieron en grande estima; y el rey los envió con doce barcas á visitar un pais del sur llamado Drogeo. Se vieron á punto de perecer en una tormenta; pero fueron al fin arrojados sobre la costa de Drogeo. Hallaron que los naturales eran caníbales, y ya iban á matarlos y devorarlos, pero los perdonaron por su mucha destreza en la pesca.

El pescador describia á este Drogeo como pais de vasta estension, ó mas bien un Nuevo-Mundo; que los habitantes erau bárbaros y andaban en cueros; pero que mas lejos, hácia el sur-oeste, habia regiones civilizadas y templados climas, cuyos habitantes conocian el oro y la plata, vivian en ciudades, erigian espléndidos templos á sus ídolos, y les sacrificaban víctimas humanas que devoraban luego.

Despues que hubo residido el pescador muchos años en este continente, en los cuales pasó del servicio de unos candillos al de otros, y recorrió muchas partes de él, llegaron á la costa de Drogeo ciertos botes de Estotiland. El pescador pasó á ellos, sirvió de intérprete, y siguió el tráfico entre la tierra-firme y Estotiland por algun tiempo, hasta hacerse muy rico; entonces armó un barco á sus propias espensas, y con la ayuda de alguna gente de la isla, atravesó mil millas del Océano, y llegó seguro á Friseland. La rela-

cion que dió de aquellos paises, determinó á Zichmni, el príncipe de Friseland, á enviar á ellos una espedicion bajo el mando de Antonio Zeno. Precisamente al momento de darse á la vela, murió el pescador que debia haberles servido de guia; pero ciertos marineros que le habian acompañado desde Estotiland, fueron en su lugar. La espedicion salió mandada por el mismo Zichmni; el veneciano Zeno únicamente le acompañaba. No tuvo buen éxito. Despues de haber descubierto una isla llamada Icaria, adonde fueron ásperamente recibidos de los naturales, tuvieron que volverse, y una tormenta arrojó los buques á Greenland. No hay recuerdos de la prosecucion de este viaje.

Los paises mencionados en la relacion de Zeno, se estamparon en un mapa, grabado originariamente en madera. La isla de Estotiland se ha supuesto por Mr. Malte-Brun, que fuese Newfouland; sus medio civilizados habitantes, los descendientes de los colonos escandinavos de Vinland, y los libros latinos de la biblioteca del rey, los restos do la del obispo de Greenland que emigróá aquellos paises en 1121. Drogeo, segun la misma conjetura, era la Nueva-Escocia y la Nueva Inglaterra. Las gentes civilizadas del sur-oeste que sacrificaban víctimas humanas en ricos templos, piensa que fuesen los mejicanos, ó alguna nacion antigua de Florida y Luisiana.

Las premisas no permiten semejantes deducciones. Es muy inverosímil la historia, particularmente lo que se refiere á la civilizacion de aquellos pueblos, de lo cual no se encontró resto alguno en los descubrimientos posteriores. Ni es mas de creer la llegada hasta Méjico, penetrando por entre las innumerables tribus salvajes de un vasto continente: debe tambien observarse, que no se publicó esta relacion hasta 1558, mucho despues del descubrimiento de Méjico. La dió á luz Francisco Marcolini, descendiente de los Zenos, valiéndose de fragmentos de cartas que se suponian escritas por Antonio Zeno á Cárlos su hermano. «Mucho me pesa, dice el editor, que el libro y otros varios escritos relativos á estas materias, se hayan perdido miserablemente, porque siendo todavía muchacho cuando vinieron á mis manos, y no sabiendo lo que eran, los rasgué é hice pedazos, de lo que no puedo acordarme ahora sin escesivo dolor.»

Esta relacion de Marcolini gozó autoridad considerable, por haberla introducido Abraan Ortelius, hábil geógrafo, en su *Theatrum Orbis*; pero la historia la ha condenado como un engaño grosero. Mr. Toster, por el contrario, dice que es imposible pueda dudarse de la existencia del pais que describen Cárlos, Nicolás y Antonio Zeno, documentos originales, depositados en los archivos de Venecia, prueban que el caballero espresado emprendió un viaje al Norte; que su hermano Antonio le siguió; que este mismo Antonio trazó un mapa que trajo y colgó en su casa, adonde sirvió de objeto al exámen público hasta el tiempo de Marcolini, como incontestable prueba de la verdad que avanzaba. Concediendo todo esto, solo se haria ver que Antonio y su hermano estuvieron en Griseland y Groenland. Sus cartas nunca aseguran que hiciese Zeno el viaje de Estotiland. La flota fue arrojada á Greenland por las tormentas, despues de lo cual nada mas se sabe de ella; y su pintura de Estotiland y Drogeo descansa únicamente en el cuento del pescador; por cuyas descripciones debió haber proyectado congeturalmente su mapa. Toda esta historia se parece mucho á las fábulas que se circulaban poco despues del descubrimiento de Colon, para dar á otras naciones é individuos el alto crédito de aquella empresa.

Indica Mr. Malte-Brun, que el citado descubrimiento de Vinland pudo haber llegado á noticia de Colon, cuando hizo un viaje en la mar del Norte en 1477, y que estando el mapa de Zeno en la biblioteca nacional de Lóndres, en una obra danesa, al tiempo que vivia Bartolomé Colon en la misma capital, empleado en hacer mapas, pudo haber sabido algo de esto, y comunicarlo á su hermano. Si Mr. Malte-Brun hubiese examinado la historia de Colon con su exactitud y puntualidad acostumbradas, habria visto que en su correspondencia con Paulo Toscanelli, en 1474, habia ya manifestado su intencion de buscar las indias por un derrotero directo al occidente, su viaje al norte no se verificó hasta tres años despues. En cuanto á la residencia de Bartolomé en Lóndres, fue despues que Colon habia hecho sus proposiciones de descubrimientos á Portugal; y tal vez á las córtes de otras potencias. Concediendo, pues, que hubiese subsiguientemente oido la dudosa historia de Vinland y las aventuras del pescador, segun lo relata Zeno, ó á lo menos Marcolini, se ve que no tuvieron influjo alguno en su grande empresa. Su rumbo no tenia referencia al de ellos, pues era directo al occidente; no hácia Vinland, Estotiland y Drogeo, sino en busca de Cipango y Cathay, y los otros paises descritos por Marco Polo, como situados á la estremidad de la India.

NUMERO 14.

CIRCUNNAVEGACION DEL AFRICA POR LOS ANTIGUOS.

Los escritores modernos consideran mucho menos estensos de lo que se creian, los conocimientos de los antiguos respecto á la costa Atlántica del Africa, poniéndose en tela de juicio la circunnavegacion de esta parte del mundo. El viaje de Eudoxio de Cycico, recordado por Plinio, vemos que Posidónio lo rechaza con desprecio.

El famoso viaje de Hanon el cartagines, se supone haberse verificado como mil años antes de la era cristiana. Aun se conserva el Periplus Hannonis, breve y oscuro recuerdo de esta espedicion, y objeto de muchos comentos y controversia. Algunos le han pronunciado obra ficticia, fabricada entre los griegos; pero se ha vindicado hábilmente su autenticidad. Parece, empero, estar probado satisfactoriamente, que el viaje de este navegante se ha exagerado por estremo, y que nunca circunnavegó al fin del Africa. Mr. de Bougainville traza su ruta á un promontorio que llamó el viajero Cuerno del Occidente, y que se supone sea el Cabo de Palmas, á unos cinco ó seis grados norte de la línea equinoccial: de allí procedió á otro promontorio bajo el mismo paralelo, que él llamó Cuerno del Sur, probablemente el Cabo de las tres Puntas. Mr. Gosselin, empero, en sus investigaciones sobre la Geografía de los antiguos, despues de un rigido exámen del Periplus Hannonis, determina que no navegó al sur mas que hasta el Cabo de Non. Plinio, que hace correr á Hanon toda la costa de Africa, desde el estrecho de Gibraltar á los confines de Arabia, no habia visto jamas su Pleripus, sino que habló segun las obras de Jenofonte de Lampsaco. Los griegos recargaron la narracion del viajero de toda especie de fábulas, y en estas copias infieles fundó Estrabon muchos de sus asertos. Segun Mr. Gosselin, los itinerarios de Hannon, de Scylax, Polibio, Estacio, Seboso y Juba; las relaciones de Platon, de Aristóteles, de Plinio, de Plutarco, y las tablas de Ptolomeo, todos nos traen el mismo resultado; y no obstante sus contradicciones aparentes, fijan los límites de la navegacion del Sur, por las cercanías del Cabo Nou, ó del Cabo Bayador.

La opinion de que era el Africa una península, que existió entre los antiguos muchos siglos antes de la era cristiana, no estuvo, en su concepto, fundada en ningun hecho sino únicamente en congeturas, en meras tradiciones antiguas, ó en ideas producidas por los descubrimientos cartagineses allende el estrecho

de Gibraltar, y la de los egipcios mas allá del golfo de Arabia. Cree que en remotos tiempos hubo una geografía, que á pesar de su confusion aventajaba á las nociones de los fenicios y egipcios.

La opinion de que el menor indio se juntaba al Océano, estuvo admitida, hasta el tiempo de Hipparco. Parecia autorizada por la direccion que toma la costa de Africa, despues del cabo Aromata, siempre inclinándose al occidente hasta donde habian esplorado los navegantes. Se suponia, que la costa occidental del Africa se redondeaba para buscar la oriental, y que el todo estaba rodeado por el Océano muy al norte del Ecuador. Tal era la opinion de Crates que vivia en el tiempo de aventajados é ilustres sábios, como Estrabon y otros. El erróneo sistema opuesto por Hiparco retrasó las comunicaciones de la India con la Europa. Supone que los mares estaban separados en varios receptáculos; y que las costas orientales del Africa circuían al rededor del mar Indio, de modo que se juntaba á las del Asia, allende la boca de Ganges. Los descubrimientos posteriores ponian á mayor distancia el punto de union de ambos continentes. Narinio el de Tiro, y Ptolomeo, adoptaron esta opinion en sus obras y la ilustraron en sus mapas, que obtuvieron por siglos, la general creencia, perpetuando la idea de que el Africa se estendia hasta el polo del sur, y que era imposible llegar por mar á las costas de la India. Pero aun así se hallaban geógrafos inclinados á la idea de que se comunicaban el mar Indio y el Océano atlántico. Tenia sus abogados en España, y la sustentaban Pomponio Mela, é Isidoro de Sevilla. Tambien participaban de ella algunos doctos italianos en la décima tercia, cuarta y quinta centurias, y se conservó así hasta que tan vigorosamente obró segun ella el príncipe Enrique de Portugal, y al fin demostróla Vasco de Gama, en su circunnavegacion del cabo de Buena Esperanza.

NUMERO 15.

DE LOS BUQUES DE COLON.

Al notar la pequeñez de los buques con que hizo Colon su primer viaje; observa el doctor Robertson que en el décimo quinto siglo, el casco y construccion de los bajeles eran solo á propósito para los cortos viajes que se emprendian. Sin embargo, creemos que antes de este siglo existian grandes bajeles en Europa. En un edicto publicado en Barcelona en 1354, por Pedro IV, se habla de los buques catalanes mercantiles de dos y de tres puentes, y desde 8,000, hasta 12,000 quintales de cargo.

En 1419 fletó Alonso de Aragon varios buques mercantes para el trasporte de artillería, caballos, etc., desde Barcelona á Italia; entre los cuales habia dos, que llevaban ciento veinte caballos cada uno, de modo que serian de 600 toneladas.

En 1463 se habla de un buque veneciano que llegó á Barcelona cargado de trigo, y era de 700 toneladas.

En 1497 llegó al mismo punto un bajel castellano con 12,000 quintales de cargo. Estos arribos, incidentalmente mencionados entre otros del mismo tamaño, y sucedidos en un puerto, manifiestan que se usaban grandes buques en aquellos dias. En efecto, al tiempo de armar la segunda espedicion de Colon, habia en el puerto de Borneo una carraca de 1,250 toneladas, y otros cuatro buques desde 150 hasta 450. Su destino se alteró, enviándolas á convoyar á Muley Boabdil, último rey moro de Granada, desde la costa de su perdido territorio al Africa.

La causa de que Colon usase pequeñas naves era el considerarlas mejores para costear playas desconocidas, y esplorar rios y bahías. Hizo construir algunos sumamente pequeños, á propósito para este servicio: tal fue la carabela que en su tercer viaje despachó á examinar si habia alguna abertura al mar en la parte superior del golfo de Pária, cuando estaba el agua demasiado baja para que pudiese pasar su bajel de cien toneladas.

Los buques de Colon no tenian cubierta, y parece difícil creer, que se intentase un viaje de tanta estension y peligro en barcas tan frágiles. Pedro Mártir, empero, espresamente lo dice en sus décadas escritas por el mismo tiempo; y repiten por acaso, en memorias relativas á estos viajes, Colon y su hijo, que algunos de los bajeles carecian de cubierta. Nombra á veces navío y carabela al mismo buque; y ha habido últimamente algunas discusiones, respecto á la significacion precisa de la palabra carabela. Bossi, dice que, en el Mediterráneo, carabela designa la clase mayor de buques de guerra entre los musulmanes; y que en Portugal equivale á un pequeño buque desde 120 á 140 toneladas; pero Colon suele aplicarla á bajeles de solas 40 toneladas.

Du-Cange, considera esta palabra de orígen italiano. Bossi piensa que sea ó turca ó árabe, é introducido por los moros. Mr. Everett, considera que se da su verdadera etimología en «Ferrarii, Origines linguæ italicæ: carabela, navigii minoris genus. Lat. Carabus: Grecé Karabos.»

Que la palabra carabela tenia por objeto un bajel de poco porte, es evidente por la clasificacion náutica hecha por el rey Alfonso. La primera clase numera *Naos*, ó grandes buques veleros, algunos de los cuales, tienen dos mástiles, ó uno. En la segunda clase, buques mas pequeños, como carracas, carabelas, etc. En la tercera clase bajeles con vela y remo, como galeras, saetias, etc.

Bossi copia una carta escrita por Colon á don Rafael Xansis, tesorero del rey de España, la cual existe en la biblioteca pública de Milan. Acompañan á esta carta varios grabados en madera, de bosquejos que se supone hizo Colon con la pluma. En estos se representan bajeles, que se cree probable sean los llamados carabelas. Tienen altas proas y popas, con castillos en estas, mástiles cortos y grandes velas cuadradas. Uno de ellos, tiene bancos de remos, y se quiere tal vez representar por él una galera. Son todos bajeles de poco porte y ligera construccion.

En una obra llamada «Investigaciones sobre el comercio,» publicada en Amsterdam en 1779, hay una lámina representando un bajel de fines del décimo-quinto siglo. Se ha tomado una pintura existente en la iglesia de San Juan y San Pablo de Venecia. El buque parece mucho á los bosquejados por Colon: tiene dos mástiles, uno estremadamente chico con vela latina; y el palo mayor con una grande vela cuadrada. La popa y proa altas, con cubierta al rededor y abierto en el centro.

Parece, por lo tanto, ser en efecto cierto, que los mas de los buques en que emprendió Colon sus peligrosos viajes eran de esta ligera construccion.

NUMERO 16.

RUMBO DE COLON EN SU PRIMER VIAJE.

Se ha supuesto: que una de las islas Bahamas, llamada hoy San Salvador, y conocida tambien con el nombre de isla del Gato, fuese el primer punto en que se puso Colon en contacto con el Nuevo-Mundo. Pero el señor don Martin Fernandez Navarrete, ha querido probar que fuese la isla del Turco, una del mismo grupo, situada como cien leguas (de 20 al grado) sudeste de San Salvador. Se ha puesto el mayor cuidado en examinar la opinion del señor Navarrete, comparándola con el diario de Colon, y con las observaciones personales del escritor de este artículo, que ha pasado mucho tiempo entre aquellas islas.

Colon describe á Guanahani en que desembarcó, y á que dió el nombre de San Salvador, como una gran isla ornada de florestas y provista de aguas potables

dice que la costeó con sus botes por considerable distancia; que tendia hácia el nor-nord este, y al pasar lo visitaron los habitantes de varios lugares.

La isla del Turco no responde á esta descripcion. Es un cayo bajo compuesto de arena y rocas, que yace al norte y sur, tiene menos de dos leguas de estension, está completamente destituido de bosques y florestas, y no tiene un solo árbol indígeno. Sus habitantes solo gastan agua recogida de las lluvias; tampoco hay lagos, sino pozos de sal, sola produccion de esta isla. No pueden aproximarse los buques á la isla del Turco por el lado del oriente ó del nord-este. No tiene puerto, sino una entrada hácia el lado del occidente, de la cual los buques que estan al ancla tienen que salir al mar cuando quiera que hace otro viento que el acostumbrado nor-deste; porque es tan rápida la costa, que no hay anclaje sino pegado á ella; y cuando deja de soplar el viento de tierra, un bajel que estuviese al ancla, seria arrojado á tierra por la terrible resaca que ruje entonces. La poco frecuentada caleta del nido del alcon (*Hawnh's Nest*), al sur de la isla, es aun mas peligrosa. Esta isla, que no es susceptible del menor cultivo, da corta subsistencia á algunos caballos y carneros. Los habitantes importan todos sus alimentos, escepto el pescado y la tortuga de que tienen abundancia, y de que hacen el principal consumo sus esclavos. La riqueza de la isla consiste en el producto de estas, y en el provecho y robo de los naufragios. Un pueblo primitivo, falto de comercio, no podria habitar dicha isla.



Garcilaso de la Vega

Hay mas: cuando iba á salir de Guanahaní, dudaba Colon qué isla visitar de las muchas que tenia á la vista. Desde la isla del Turco no hay tierra visible, escepto los dos cayos de sal que yacen al sur de ella, y que forman el grupo conocido como islas del Turco. El diario de Colon no especifica la ruta que llevó para ir desde Guanahaní á la Concepcion; pero dice que distaba esta cinco leguas de aquella, y que la corriente le era contraria al navegar: cuando la distancia de la isla del Turco al gran Caico, supuesto por Navarrete ser la Concepcion de Colon, es casi doble, y la corriente constante al oeste nor-oeste entre estas islas, lo cual seria favorable yendo desde la del Turco á la de Caicos.

De la Concepcion pasó Colon á una isla que vió al occidente á nueve leguas de distancia, denominada por él de Fernandina. Esta cree Navarrete que sea la pequeña Iguana, que dista no menos de veinte y dos leguas desde el gran Caico. Ademas, al ir á la pequeña Iguana, es necesario pasar por junto á tres islas, y de ninguna de las cuales habla en su diario. Colon dice que la Fernandina tiene 28 leguas de sud-oeste al nor-oeste; mientras la pequeña Iguana tiene su mayor longitud de cuatro leguas en la direccion del Sud oeste. De Fernandina salió Colon sud-oeste para Isabela que supone Navarrete fuese la grande Iguana, sud-oeste de la pequeña Iguana: rumbo que difiere en 90.° del de Colon.

Colon, el 20 de noviembre, dice que Guanahaní distaba ocho leguas de Isabela; mientras la isla del Turco dista treinta y cinco leguas de la grande Iguana. Saliendo de Isabela tomó Colon al oeste-sud-oeste para la isla de Cuba y llegó á las Aunas. Este derrotero, tomado desde la grande Iguana, vendria á salir al puerto Nipe: mientras Navarrete cree que Colon llegó inmediatamente despues á los cayos Sur de los Jumentos, que están el oeste nor-oeste de Iguana, curso que difiere en 45° del que llevaron los buques. Costeada Cuba se halló en el mar de Nuestra Señora, rodeado de innumerables islas; mientras el mismo dia le pone Navarrete en el cabo Moa, donde solo hay una pequeña isla, distante mas de cincuenta leguas de todo grupo que pueda convenir á la descripcion.

Colon nos dice, que San Salvador distaba del puerto del Príncipe cuarenta y cinco leguas, mientras la isla del Turco dista ochenta del punto que supone Navarrete fuese el dicho puerto.

Al dejar á Cuba, observa Colon que habia costeado ciento veinte y cinco leguas. Navarrete supone que solo costeó setenta.

Estas son las mas importantes dificultades que la teoría del señor de Navarrete presenta. Consideremos ahora el rumbo de Colon, segun documentos fehacientes; y examinemos las opiniones populares, de que desembarcó en la isla de San Salvador.

Nos dice el diario de Colon, que el 11 de octubre de 1492 continuó navegando al oeste sur-oeste hasta la puesta del sol, cuando volvió á su antiguo rumbo de occidente, y que hacian los bajeles tres leguas por hora. A las diez de la noche, él y varios de su tripulacion vieron una luz parecida á una antorcha que se movia en tierra. Habia navegado otras doce leguas, cuando á las dos de la mañana se descubrió tierra por la proa, y á la distancia de dos leguas. Las doce leguas que hicieron desde las diez de la noche, mas las dos que la tierra distaba, forman un total correspondiente á la situacion de la isla de Watling respecto á la de San Salvador; y de aquí se presume, que la luz vista á aquella hora estaba en la isla de Watling, por frente de la cual iban pasando. Si se hubiese visto la luz por la proa, y hubiesen continuado navegando cuatro horas á razon de tres leguas, hubieran encallado los buques en tierra. Y pues el Almirante recibió el premio por haber visto esta luz, se cree que sea la isla de Watling el punto por que se concedió el dicho premio.

Descubrieron tierra la misma mañana del 12 y anclaron en una isla bella y populosa.

La llamaban Guanahaní los naturales, pero Colon le dió el nombre de San Salvador. Esplorando su costa, por donde corre al nor-nord-este halló un grande puerto. Esta descripcion corresponde con la parte del Sud-este de la isla conocida como San Salvador ó isla del Gato, que yace oriente y ocidente, doblándose á su estremidad oriental al nor-nord-este, y tiene la misma apariencia. Los bajeles llegaron probablemente á la bahia del sud-este de San Salvador en la mañana del 12, mientras esperaban la aurora, ni vió Colon mientras permaneció en la isla, ó cuan-

do salió de ella, que lo habia creido su entera longitud era solo una vuelta de uno de sus extremos, que la parte principal de la isla estaba detras. Desde Guanahani vió Colon tantas islas, que dudó cual visitaria antes. Los indios dieron los nombres de mas de ciento de ellas. Determinó pasar á la mayor de las que tenia á la vista, que le pareció estar á cinco leguas de distancia; otras estaban mas cerca, y otras mas lejos. La isla así elegida se cree fuese la de la Concepcion, y que fuesen las otras aquella banda de isletas, conocidas con el nombre de la Cadena, que se le dilata hasta mas allá de San Salvador en la direccion del sud-este y nor-oeste.

Dejando á San Salvador en la tarde del 14 por la isla así elegida, se mantuvieron los buques á la capa por la noche, y no llegaron á ella hasta tarde al otro dia, combatidos por las corrientes. Colon dió á esta isla el nombre de Santa Maria de la Concepcion: en todas estas cercanias hay una constante y poderosa corriente hácia el oeste nor-oeste; y pues Colon tenia la corriente en contra, debió haber navegado en la direccion opuesta ó al este sud-este. Cuando estaba cerca de la Concepcion, vió otra isla al occidente, la mayor que hasta entonces habia visto; pero dice que ancló en la Concepcion, y no se dirigió á esta grande isla por no poder navegar al occidente. De aquí se infiere, que Colon no navegó hácia el occidente al ir de San Salvador á la Concepcion; pues, por la oposicion del viento, le fue imposible tomar aquel rumbo. Ahora pues, refiriéndonos á la carta, hallamos la isla conocida hoy como la Concepcion, al este sud-este de San Salvador, y á la distancia de cinco leguas.

Salió de la Concepcion el 16 de octubre, y se dirigió á una isla, vista al occidente á nueve leguas de distancia, la cual se estendia veinte y ocho leguas, en las direcciones sud-este y nor-oeste. Estuvo en calma todo el dia, y no llegó á la isla hasta la siguiente mañana del 17 de octubre. La llamó Fernandina. Al medio dia se dió otra vez á la vela con el objeto de rodearla y llegar á otra isla llamada Samoet, pero estando el viento al sud-este por sur, rumbo que él queria tomar, le significaron los naturales que seria mas fácil rodear esta isla navegando al nor-oeste con un buen viento. Puso en efecto la proa al nor-oeste, y á las dos leguas topó con un puerto, de estrecha entrada, formando dentro un grandísimo tazon. Saliendo de este puerto por la opuesta entrada, descubrió aquella parte de la isla que se dilata al oriente y occidente. Los naturales le significaron que esta isla era mas pequeña que Samoet, á la cual seria mejor volverse. Estaban á la sazon en calma; pero poco despues se levantó una brisa del oeste nor-oeste, viento de proa en el rumbo que hasta entonces habian seguido; asi tomaron al este sud-este para salir al mar, por amenazar una tormenta que al fin se disipó en lluvia. Al otro dia 18 de octubre anclaron en frente de la extremidad de Fernandina.

Esta descripcion responde exactísimamente á la isla de Exuma, que está al sur de San Salvador, y sur-oeste por sur de la Concepcion. La sola inconsecuencia es, que dice Colon, que Fernandina estaba occidente de la Concepcion y tenia veinte y ocho leguas de circuito. Este error puede haberse originado en considerar los cayos de la Cadena como parte de Exuma; cuya apariencia de continuidad toman naturalmente vistos desde la Concepcion por extenderse tambien al sud-este y nor-oeste. Como prueba, puede observarse, que despues de acercarse á estas islas en vez de aumentarse la extension de Fernandina, dice que no tenia mas de veinte leguas de largo, cuando antes la habia estimado en veinte y ocho: descubrió ademas, que islas hábia muchas; y alteró su curso para llegar á la mas hermosa.

La identidad de Exuma, con la isla aquí descrita, es muy notable. La distancia de la Concepcion, el notable puerto con una isla á su entrada, y la vuelta de sus costas mas allá hácia el occidente, estan tan bien dilineadas, que parece que la carta se ha dibujado por las descripciones de Colon.

El 19 de octubre salieron los buques de Fernandina, y tomaron al sud-este con viento norte. Navegando por tres horas en este rumbo, descubrieron la Samoet al oriente, y pusieron para ella las proas, llegando á su extremidad norte antes del medio dia. Allí hallaron una pequeña isla rodeada de rocas, con otra banda de rocas entre ella y Samoet. A Samoet dió Colon el nombre de Isabela, y á su punta opuesta á la pequeña isla el de Cabo del Isleo: al cabo del sud-oeste de Samoet, cabo de la Laguna. y en frente de este anclaron los buques. La pequeña isla yace en la direccion de Fernandina á Isabela, oriente y occidente. La costa la pequeña isla se dilata doce leguas occidentalmente, hasta la punta Fermosa; la cual creia que fuese una isla aparte de Samoet ó Isabela, con otra isla entre ellas. Desde Cabo Laguna, adondo permaneció hasta 20 de octubre, salió Colon al nord-este hácia Cabo del Isleo; pero encontrando bancos en la isla pequeña, no ancló hasta el dia siguiente. Cerca de esta extremidad de Isabela hallaron un lago.

Esta isla Isabela ó Samoet conviene exactamente en su descripcion con isla larga, al oriente de Exuma.



El papa Clemente IV.

Habiendo resuelto visitar la isla que llamaban los naturales Cuba, y descrita como situada al oeste sur-oeste de Isabela, salió Colon de Cabo del Isleo á media noche, al principio del dia 24 de octubre, y dirigió su rumbo al oeste sur-oeste. El viento continuó ligero con lluvia hasta el medio dia, que refrescó mas, y al anochecer Cabo Ferde, punta sur-oeste de Fernandina, estaba el nor-oeste y á siete leguas de distancia. Como la noche estuvo tempestuosa, se mantuvo á la capa hasta por la mañana, navegando solo dos leguas.

En la mañana del 25 hizo vela al oeste sur-oeste hasta las nueve, cuando ya habia navegado cinco leguas; entonces viró al occidente hasta las tres, á cuya hora navegadas once leguas, descubrió tierra, compuesta de siete ú ocho cayos ó isletas al norte y sur, y á cinco leguas de distancia de sus buques. Ancló hasta el otro dia al sur de estas islas, denominadas

por él de Arena; eran bajas, y de cinco á seis leguas de extension.

La distancia navegada por Colon, añadida á la de su partida de Fernandina, y á la que habia al instante del descubrimiento hasta las islas de Arena, suman treinta leguas; tres menos que la distancia desde el punto sur-oeste de Fernandina ó Exuma, de donde partió Colon, al grupo de Mucaras, situado al oriente de Cayo Lobo en el gran banco de Bahama, el cual corresponde á la discripcion de Colon. Si fuese necesario responder por esta diferencia de tres leguas, en un cálculo en que tanto se saca de congeturas, fácilmente ocurriria á un marinero, que el descuento de dos leguas de navegacion, durante una larga noche de tiempo tempestuoso, es muy pequeño. El curso de Exuma á las Mucaras es sur-oeste por oeste; el que siguió Colon difiere de este: pero como era su intencion, al salir de Isabela, tomar el rumbo de oeste sur-oeste, y pues le alteró despues al occidente, podemos creer que lo haria así en consecuencia de haber sido impelido lejos de su ruta hácia el sur.

Octubre 27.—Al amanecer se dió Colon á la vela desde las islas Arenas ó Mucaras, para otra llamada, Cuba, tomando al sur sur-oeste. Al anochecer, habiendo navegado diez y siete leguas en aquel rumbo, vió tierra, y se mantuvo á la capa por la noche.

Describemos las localidades con su acostumbrada exactitud; el texto es tambien oscuro en algunos lugares.

Habiendo permanecido los buques á la capa, hicieron vela el 28 al sur sur-oeste, y entraron en un rio con un puerto que él nombró San Salvador. Creemos que sea esta parte de San Salvador la que se llama hoy Carabelas grandes, situada á ocho leguas occidente de Nuevitas del Príncipe. Su distancia de las Mucaras coincide con el derrotero de Colon; y su descripcion coincide tambien con la del puerto que él visitó.

Octubre 29.—Desde este puerto salió para el occidente, y habiendo navegado seis leguas, llegó á una punta de la isla dilatada hácia el nor-oeste, á que dió el nombre de Punta Gorda; y diez leguas mas allá, otra dilatándose hácia el oriente, á que llamó Punta Curiana. Una legua mas allá descubrió un pequeño rio, y mas lejos aun otro muy grande, á que llamó Rio de Maus. Este desembocaba en un lago con una atrevida entrada, y tenia por seña particular de tierra dos montañas redondas al sud-oeste, y un elevado promontorio al oeste nor-oeste, propio para una fortificacion, y que proyectaba mucho mas adentro. Este creemos que sea el puerto y rio al oriente de Punta Curiana: su distancia corresponde con la que navegó Colon desde Carabelas grandes, idénticas con el puerto de San Salvador. Saliendo del rio de Maus el 30 de octubre, siguió el rumbo del nor-oeste por quince leguas, cuando vió un cabo, á que dió el nombre de cabo de Palmas. Mas allá de él habia un rio distante, cuatro jornadas de la ciudad de Cuba: Colon determinó visitarlo.

Habiendo pasado la noche á la capa, llegó al rio el 31 de octubre; pero vió que faltaba agua para fondear. Este debe ser el que se llama hoy Laguna de Moron. Pasado este rio, habia un cabo rodeado de bancos y otro proyectaba todavía mas lejos. Entre los dos cabos estaba una bahía bastante reducida. La identidad que existe entre la descripcion y la costa cerca de Laguna de Moron es notable. El cabo al oriente de Laguna de Moron, coincide con el cabo de las Palmas; la Laguna de Moron, con el rio Somero que Colon describe; y al punto occidental de la entrada, con la isla de Cabrion en frente, reconocemos los dos extendidos cabos de que habla, con lo que parece una bahía entre ellos. Toda esta es una combinacion notable, muy difícil de hallar en otra parte, que en el punto mismo que Colon visitó y describió. La costa desde el puerto de San Salvador habia girado al occidente, hasta el rio de Maus, distancia de diez y siete leguas, y desde el rio de Maus se habia extendido al nor-oeste, quince leguas al cabo de Palmas; todo lo cual corresponde plenamente con lo que se ha supuesto. Habiéndose cambiado el viento al norte, y siendo contrario á su ruta, volvieron los buques al rio de Maus.

El 12 de noviembre salieron los buques del rio de Maus para ir en pos de Babeque. isla que se creia abundante en oro, y que estaba al este por sur de aquel puerto. Habiendo navegado ocho leguas con buen viento, llegaron á un rio en que puede reconocerse el que fluye al occidente de Punta Gorda. Cuatro leguas mas allá vieron otro á que pusieron rio del Sol. Parecia muy grande, pero no se pararon á examinarlo, por ser el viento muy favorable. Creemos que fuese este el conocido como rio Sabana. Colon retrocedia en su ruta, y habia navegado doce leguas desde el rio de Maus; pero al ir al occidente desde el puerto de San Salvador, al rio Maus, habia navegado diez y siete leguas. San Salvador, pues, quedaba cinco leguas al oriente del rio Sol; y hallamos las Carabelas grandes, situadas á la distancia correspondiente de Sabana.

Habiendo navegado seis leguas desde el rio del Sol, que hacen en todo diez y ocho desde el rio de Maus, vino Colon á un cabo que llamó cabo de Cuba, por creerle la extremidad de la isla. Este corresponde en distancia desde punta Casiana con la isla menor de Guajaba, situada cerca de Cuba, y entre la cual y la grande Guajaba debió Colon pasar al ir al puerto de San Salvador. O bien no lo advirtió por llenar su atencion la isla que tenia delante, ó flotaron sus bajeles por el pasaje, que tiene dos leguas de ancho, mientras estuvieron á la capa la noche antes de llegar á San Salvador.

El 13 de noviembre habiendo estado los bajeles toda la noche á la capa, pasaron por la mañana una punta de dos leguas de extension, y entraron despues en un golfo situado hácia el sur sur-oeste, y que segun Colon dividia á Cuba de Bohio. En el interior de este golfo habia un grande lago entre dos montañas. No pudo averiguar si era aquel un brazo de mar; por falta de un resguardo contra le norte. Colon debió, pues, navegar en parte al rededor de la pequeña Guajaba, que pensó fuese la extremidad de Cuba, sin saber que algunas horas de navegacion le hubieran llevado al puerto de San Salvador, su primer descubrimiento en Cuba, y del mismo modo al rio del Sol que habia pasado el dia antes. De las dos montañas vistas en ambos lados de esta entrada, principal corresponde con el pico llamado Alto de Juan Dama, á siete leguas occidente de Punta Maternillos. Continuando el viento al norte, tomó al oriente catorce leguas cabo de Cuba, que hemos dicho era la pequeña Guajaba. Es evidente, que la punta de la pequeña Guajaba la creia él la extremidad de Cuba; porque habla de la tierra situada al sotavento del golpe expresado como de la isla de Bohio, y dice que descubrió veinte leguas de ella, navegando al este sud-oeste y oeste nord-este.

En 14 de noviembre, determinó buscar un puerto, y si no le hallaba volver á los que habia visitado en la isla de Cuba; porque debe recordarse que él suponia fuese Bohio todo el oriente de Guajaba. Navegó, pues, seis leguas al este por sur, y se dirigió á tierra. Vió muchos puertos é islas; pero como hiciese viento fresco, y estuviese la mar muy alta, no quiso entrar, sino siguió la costa nor-oste por oeste hasta diez y ocho leguas, á donde vió una entrada y un puerto, para el que se dirigió sur sur-oeste, y despues sud-este, siendo toda la navegacion clara y abierta. Allí vió Colon innumerables islas altas y cubiertas de árboles, denominando al mar vecino mar de Nuestra

Señora, y al puerto, cercano puerto del Principe. En este no entró hasta el domingo siguiente, que fue cuatro dias despues. El texto está confuso como si se hubiese adulterado al copiarlo. Es evidente, que mientras estuvo á la capa la noche anterior con viento nord-este, habian flotado los buques hácia el noroeste, y que los habia llevado la corriente del canal de Bahama muy lejos en la misma direccion. Cuando quisieron volver á los puertos que habian dejado en la isla de Cuba, se los encontraron á sotavento, y descubrieron el grupo de islas de que es la principal Cayo-Romano. La corriente de este canal basta por sí para haber llevado los buques á veinte leguas de distancia al occidente que es la que habian navegado hácia el oriente desde que dejaron el cabo de Cuba ó Guajaba, porque habia obrado en los buques durante un período de treinta horas. No puede dudarse de la identidad de estos cayos, los que rodean á Cayo-Romano; porque son los únicos de las cercanías de Cuba que no son bajos y húmedos, sino grandes y elevados. Entre ellas puede navegarse libremente y eran refugio seguro de piratas. Los bajeles debieron haber entrado por entre las islas de Baril y Pacedon, y navegando por Cayo-Romano con rumbo al sud-este, alcanzó al otro dia su antiguo crucero en las cercanías de la Guajaba menor. Colon ni dice dónde surgió, ni nada nos habla despues de su frustrata expedicion á Babeque. Es claro que no anclaron los bajeles en esta ocasion en el puerto del Principe; pero no pudo estar muy distante, pues desde los buques fue Colon en el bote el 18 de noviembre, para poner una cruz á su entrada; que probablemente, habria visto desde fuera, cuando navegaba al oriente desde Guajaba en 13 de noviembre. La identidad de este puerto, y el que se llama hoy Nuevitas del Príncipe, es indudable, aunque Colon no visitó su interior.

El 19 de noviembre salieron otra vez los buques en busca de Babeque. Al sol puesto estaba el puerto del Príncipe á siete leguas sur sur-oeste; y habiendo navegado toda la noche al nord-este por norte, y hasta las diez de la mañana del otro dia (20 de noviembre) habian hecho quince leguas en aquel rumbo. Soplando viento del este sud-este, punto en que se creia estar Babeque, determinó Colon volver al puerto del Principe, distante veinte y cinco leguas. No quiso ir á Isabela, que solo distaba 12, porque no se le escapasen los indios traidos de San Salvador. Así, al salir al nord-este por norte, desde cerca de puerto del Príncipe, se habia aproximado Colon á una corta distancia de Isabela. Esta isla estaba entonces, segun sus cálculos, á treinta y siete leguas del puerto del Principe, y San Salvador á cuarenta y cinco. La primera suposicion difiere ocho leguas de la verdad, la segunda nueve, ó de la distancia verdadera de Nuevitas del Principe, á isla Larga y á San Salvador. El rumbo seguido por Colon al ir de Isabela á Cuba fue primero oeste sur-oeste; luego oeste, y despues sur suroeste. Considerando las distancias que navegó en cada uno se saca un derrotero medio, que apenas difiere del sur-oeste. Navegando despues al sur-oeste desde Isabela, alcanzó Colon el puerto de San Salvador en la costa de Cuba. Saliendo luego Al nord-este por norte desde cerca del puerto del Principe, iba hácia Isabela. Dedúcese, que el puerto de San Salvador en la costa de Cuba yace occidente del puerto del Principe, y toda la combinacion así se enlaza. Las dos islas vistas por Colon á las diez de la mañana del mismo 20 de noviembre, debieron haber sido algunos de los cayos al occidente de los Jumentos. Volviendo al puerto del Principe, llegó á él Golon por la noche; pero las corrientes le habian llevado hácia el oeste. Esto prueba la fuerza de la corrieute en el canal de Bahama, porque pasó á Cuba con buen viento. Despues de luchar cuatro dias, hasta el 24 de noviembre, con vientos ligeros contra la fuerza de estas corrientes, llegó en frente de lá isla Llana, que habia abandonado para ir á Babeque.

Sabemos que el punto de donde salió Colon en busca de Babeque, fue la misma isla de Guajaba la Chica, que yace al occidente de Nuevitas del Príncipe. Mas: al principio no se determinó á entrar por la abertura de ente las dos montañas, porque parecia que la mar se quebrase sobre ellas; pero habiendo enviado un bote por la proa, le siguieron los bajeles al sur-oeste y luego al oeste, y entraron en un puerto. La isla estaba al norte, y con otra formaban un tazon, capaz de dar asilo á toda la armada española. Esta isla se resuelve, pues, en nuestro antiguo cabo de Cuba, que hemos dicho era la pequeña Guajaba, y su entrada oriental se identificaba con el golfo que yace entre dos montañas, una de las cuales hemos supuesto sea el Alto de Juan Daune, y cuyo golfo se divide á Cuba de Bohío. El 26 de noviembre salió Colon de Santa Catalina al amanecer, y se dirigió al cabo del sud-este, llamado cabo del Pico. Reconócese en este el pico ya referido de Juan Daune. Desde cerca de este vió otro cabo distante quince leguas, y cinco leguas aun mas allá otro á que puso cabo de Campana. El primero debe ser el conocido hoy como punta del Padre, el segundo el llamado punta de las Mulas: están mas distantes de lo que juzgó Colon; pero no se necesita poca experiencia para estimar bien las distancias de los promontorios cubanos vistos al traves de su atmósfera.

Habiendo pasado la punta de Mulas por la Noche, miró Colon la profunda bahía que yace al sud-este de ella, y viendo el promontorio que se interna en el mar entre puerto Nipe y puerto Banes, bahias de ambos lados, supuso fuese un brazo de mar que dividia unas tierras de otras, con una isla entre ellas.

Desembarcó en Taco por un corto tiempo, y llegó en la noche del 27 á Baracoa, á que dió el nombre de Puerto Santo. Desde cabo del Pico á Puerto Santo, distancia de sesenta leguas, no pasó menos de nueve puertos buenos y cinco caudalosos rios hasta cabo Campana, y de allí á Puerto Santo ocho rios mas, cada uno con su puerto; todos los cuales se hallan en la carta entre el alto de Juan Daune y Baracoa. Conservándose cerca de la costa, le habia ayudado la corriente del canal de Bahama. Saliendo del Puerto Santo, á Baracoa, el 4 de diciembre, alcanzó la estremidad de Cuba al otro dia; y tomando al sud-este en busca de Babeque, que estaba al nord-este, llegó á la vista de Bohío, á que dió el nombre de Española.

Al separarse de Cuba, nos dice Colon que habia costeado una distancia de ciento veinte leguas. Por las sinuosidades deben rebajarse 20 leguas, las ciento restantes, medidas desde la punta Maysi, caen exactamente sobre el cayo Cabrion, que hemos supuesto límite occidental de sus descubrimiedtos.

Las observaciones astronómicas de Colon no desmienten nuestra doctrina; porque nos dice, que el instrumento que usaba para medir la altura meridional de los cuerpos celestes estaba descompuesto. Sitúa su primer descubrimiento Guanahani en la latitud de Ferro, que es de unos 27° 30 norte. San Salvador está al 24° 30', y la isla del Turco al 21° 30': ambos difieren mucho de la verdad, pero es mas fácil concebir un error de tres grados que de seis.

Olvidando las demostraciones geográficas, examinemos si convienen los recuerdos históricos con la opinion de que la isla de San Salvador fue el primer punto adonde arribara Colon. Herrera, estimado como el mas fiel de los historiadores españoles, escribió su historia de las Indias hácia el año 1600. Al describir el viaje de Juan Ponce de Leon á la Florida, en 1512, hace la siguiente observacion: «Dejando Aguado »en Puerto-Rico, viraron al nor-oeste por norte »y en cinco dias llegaron á una isla llamada el Viejo, »en latitud 2° 30' norte. Al otro dia llegaron á

»una pequeña isla de los Lucayos, llamada Caicos. Al octavo dia surgieron en otra isla llamada »Yaguna en 24°, al octavo dia desde Puerto Rico. De »allí pasaron á la isla de Mamega en 24° 30', y al »undécimo dia llegaron á Guanahaní, que está á »25° 40, norte. Esta isla de Guanahaní fue la primera »descubierta por Colon en su primer viaje, y á la »cual le puso San Salvador.» Esta es la sustancia de las observaciones de Herrera, enteramente conclusivas en cuanto á San Salvador. Las latitudes, ciertamente, están todas mas altas de lo que son: la de San Salvador siendo tal, que no corresponde con la de ninguna otra tierra, mas que la conocida hoy con el nombre de islas de Berry, distantes setenta leguas de la costa mas próxima de Cuba: mientras Colon nos dice que San Salvador solo distaba 45 leguas del puerto del Príncipe. Pero en aquellos dias de navegacion, los instrumentos y las tablas eran muy imperfectos.

La segunda isla á que llegó Ponce de Leon en su rumbo al nor-oeste, fue una de los Caicos: la primera, llamada entonces el Viejo, debió ser la isla del Turco, que yace al sud-este de los Caicos. La tercera isla á que llegaron, era probablemente Mariguana; la cuarta la Crooked, y la quinta isla Larga. Al fin llegaron á Guanahani (el San Salvador de Colon). Si suponemos á esta idéntica con la isla del Turco ¿adónde están las islas á que Ponce de Leon tocó sucesivamente en su viaje desde Puerto-Rico á San Salvador? No se ha hablado en estas observaciones de la identidad de nombre que han conservado San Salvador, Concepcion y Puerto-Príncipe, con los que les dió Colon, no obstante el poder del uso. Creese que hay razones para autorizar al mundo á conservar su creencia, de que la presente isla de San Salvador es el punto adonde Colon desembarcó por vez primera.

NUMERO 17.

PRINCIPIOS BAJO LOS CUALES SE HAN REDUCIDO Á LA MONEDA CORRIENTE LAS SUMAS MENCIONADAS EN ESTA OBRA.

En el reinado de Fernando é Isabel, el marco de plata, que era igual á ocho onzas, ó á cincuenta castellanos, se dividia en sesenta y cinco reales, y cada real en treinta y cuatro maravedises; así que, habia 2,210 maravedises en un marco de plata. Entre otras monedas de plata corria el real de á ocho, que se componia de ocho reales, y era con la diferencia de una pequeña fraccion, la octava parte de un marco de plata, ó una onza. De las monedas de oro que circulaban entonces, el castellano ó *dobla* de *la banda*, valia 490 maravedises, y el ducado 393 maravedises.

Si el valor del maravedi hubiera permanecido constante en España hasta el dia de hoy, seria fácil reducir una suma del tiempo de Fernando é Isabel á una suma correspondiente de la actual moneda; pero las depreciaciones sucesivas de la moneda de vellon, ó metales mezclados, acuñada desde entonces, el *real* y maravedí de vellon, que han reemplazado la moneda antigua, se redujeron, hácia el año de 1700, á cerca de la tercera parte del valor del antiguo *real* y maravedí, conocido hoy como real y maravedí de plata. Mas como la antigua pieza de ocho reales era igual aproximativamente á una onza de plata, y el duro ó peso fuerte del dia, igual tambien á una onza de plata, pueden considerarse idénticos. Así en la América española, se divide en ocho partes, llamadas reales, que evidentemente representan el real del tiempo de Fernando é Isabel. Pero la onza de plata valia antiguamente 276 1/4 maravedises; luego el duro es tambien igual á 276 1/4 maravedises. Reduciendo las sumas mencionadas en esta obra á maravedises, y dividiendo el resultado por 276 1/4, resulta un cociente de duros del dia.

Hay otro cálculo que hacer, antes de poder averiguar el valor presente de una suma de oro ó plata de los tiempos antiguos. El valor del metal se ha alterado. Antes del descubrimiento de América se estimaba una onza en triple precio del que ahora tiene. Al mismo tiempo, una onza de plata compraba lo que hoy cuesta cuatro onzas de plata. De aquí aparece, que el valor del oro y de la plata varian el uno respecto al otro lo mismo que ambos respecto a las otras comodidades. Esto se debe á que ha venido mucha mas plata que oro del Nuevo-Mundo respecto á la cantidad préviamente en circulacion. En el decimoquinto siglo, una onza de oro equivalia á doce de plata; ahora, en el año de 1827, se cambia por diez y seis.

Al dar, pues, una idea del valor relativo de las sumas mencionadas en esta obra, ha sido necesario multiplicar por 3 las de oro, y por 4 las de plata.

Debe añadirse que el duro se calcula en esta obra, igual á cien centésimos de los Estados-Unidos de América, y á cuatro schilines y seis peniques de Inglaterra.

NUMERO 18.

MARCO POLO.

Marco Polo ilustra en alto grado los viajes de Colon, que sin él apenas serian comprensibles.

Fue Marco Polo un veneciano, que en el décimotercio siglo hizo un viaje á las remotas regiones del oriente, y llenó la cristiandad toda de curiosidad con la relacion de los paises que visitara. Le precedieron en su viaje su padre Nicolas, y su tio Mateo Polo. Estos dos hermanos eran de una familia ilustre de Venecia, y se embarcaron en 1250 para hacer un viaje comercial al oriente. Detuviéronse algun tiempo en Constantinopla. Vivieron un año en Armensa protegidos por un príncipe tártaro. Habiéndose declarado guerra entre su protector y un príncipe vecino, y quedando aquel derrotado, no sabian como salir de aquel pais. Despues de vagar por varias partes, llegaron al fin á Bocara, en el golfo de Persia, adonde residieron tres años. En ellos llegó un embajador de uno de los potentados inferiores tártaros que iba á la córte del gran Khan. Viendo que ambos hermanos poseian bien el idioma tártaro, los persuadió á que le acompañasen. Detenidos por las nieves arribaron á la córte de Gublai, el gran Khan, ó rey de reyes, siendo el potentado soberano de los tártaros. Este magnífico príncipe los recibió con mucha distincion; se informó de las naciones, príncipes, costumbres, y gobierno de la raza latina; y sobre todo de su religion. Tanto le admiraron las respuestas que los venecianos le dieron, que despues de tener consejo con las principales personas de su reino, pidió á los dos hermanos que fuesen de su parte como embajadores al papa, para suplicarle le enviase cien doctores, bien instruidos en la fé cristiana, que comunicasen el conocimiento de ella á los sábios de su imperio. Tambien pidió le trajesen un poquito de aceite de la lámpara de nuestro Salvador en Jerusalén, que pensaba tendria maravillosas virtudes. Habiéndoles dado cartas para el papa, escritas en lengua tártara, señaló uno de los primeros nobles de su córte que los acompañase en aquella mision. Despidió á los hermanos, y dióles una lámina de oro, para que les acataren en todos sus dominios.

Apenas habrian andado veinte millas, cuando el noble que los acompañaba cayó malo, y se vieron obligados á abandonarlo y continuar su ruta. El pasaporte dorado les procuraba toda especie de atenciones por los dominios del gran Khan. Llegaron seguros á Acre en abril de 1269. Allí recibieron nuevas de la reciente muerte del Papa Clemente IV, que sintieron

mucho temiendo causase dilaciones en su mision. Habia entonces en Acre un legado de la Santa Sede, Teobaldo de Visconti, natural de Plasencia, á quien dieron cuenta de su embajada. Los escuchó con grande atencion é interes, y aconsejóles que esperasen la eleccion del nuevo papa.

Partieron segun este consejo para el Negro Ponto, y de allí pasaron á Venecia, donde vieron que se habian verificado grandes cambios en sus negocios domésticos durante aquella larga ausencia. La mujer de Nicolas, que habia quedado en cinta, murió al dar á luz á su hijo Marco, ya de diez y nueve anos de edad.

Diferida por dos años la eleccion del pontífice, emprendieron su viaje para demandar los documentos espirituales que exigia el gran Khan. En este segundo viaje llevó Nicolas Polo consigo á su hijo Marco, que despues escribió lo que habia visto.

Los recibió de nuevo con grande favor el legado Teobaldo, que ansioso por el suceso de su mision, les dió cartas para el gran Khan, en que se explicaban las doctrinas cristianas. Con estas y con un poco de aceite del Santo Sepulcro, salieron una vez mas en setiembre de 1271 para las partes remotas de Tartaria. No hacia mucho que habian partido, cuando llegaron misiones de Roma, informando al legado de haber sido elegido el mismo para la Santa Sede. Tomó el nombre de Gregorio X, y decretó que en lo futuro, á la muerte del papa, los cardenales se encerrasen en cónclave hasta elegir un sucesor: reglemento sábio que ha continuado desde entonces, forzando á una decision pronta y excluyendo toda intriga.

Hecha su eleccion expidió un correo al rey de Armenia, pidiéndole que los dos venecianos volviesen á Europa, si aun no habian partido de sus dominios. Volvieron gozosos, y recibieron nuevas cartas para el Khan. Tambien dos elocuentes frailes, Nicolas Vincenti y Gilberto de Trípoli, salieron con ellos, provistos de poderes para ordenar sacerdotes y obispos y conceder la absolucion. Llevaron regalos de vasos de cristal y otros artículos costosos que presentar al gran Khan, y empezaron así una vez mas su viaje.

Al llegar á Armenia estuvieron á pique de ser víctimas de los guerreros que la desolaban. Se refugiaron por algun tiempo con el superior de un monasterio: allí los dos reverendos padres, perdiendo el valor necesario para tan peligrosa empresa, determinaron no pasar adelante, y los venecianos continuaron su viaje. Mucho tiempo pasaron en el camino, expuestos á grandes trabajos y sufrimientos á causa de los torrentes y tormentas, siendo á la sazon invierno. Al fin llegaron á una ciudad de los dominios del Khan. Cuando el potentado supo su venida, envió oficiales á recibirlos á cuarenta dias de distancia de la córte, y á que proveyesen alojamiento por el camino. Recibió con bondad á los enviados, y con júbilo y veneracion sus presentes.

Los tres venecianos, padre, hermano é hijo, fueron tratados con tal distincion por el Khan, que se llenaron de celos los cortesanos. Pero no tardó Marco en popularizarse, y le estimaba especialmente el emperador. Aprendió las diversas hablas del pais, y la confianza que de él hizo el gran Khan, le valió para alcanzar sus profundos conocimientos.

Despues de residir muchos años en la Tartaria, desearon los venecianos volver al fin á su pais nativo. Salieron en su viaje de vuelta en la comitiva de ciertos enviados del rey de las Indias, que llevaban á una princesa de Tartaria para esposa de su monarca. De nuevo los proveyó el munificiente Khan con tablas de oro para servir, no solo de pasaportes, sino de órdenes á todos los comandantes de sus territorios, para que les suministrasen todos los auxilios necesarios. Se embarcaron en una flota de catorce velas, y costeó las playas del Asia hasta una isla que ellos llamaron Jana; de allí atravesaron el mar indio, y llegaron á la córte del monarca de las Indias. Pasado algun tiempo llegaron á Constantinopla, de donde partieron para Venecia que los vió llegar cargados de riquezas.

Ramusio da una variedad de particularidades respecto á su arribo, que compara al de Ulises. Venian pobremente vestidos de groseras telas, segun la moda de los tártaros. Cuando llegaron á Venecia nadie los conocia. Tantos años habian pasado desde su partida sin tener noticia de ellos, que ó bien los habian olvidado ó los consideraban muertos. La costumbre se habia arraigado en ellos de tal modo, que mas parecian tártaros que italianos.

Llegaron á su propia casa, noble palacio, conocido con el nombre de La Corte de i Milioni. Hallaron muchos parientes habitándola todavía; pero tardaban estos en acordarse de los viajeros, no sabiendo su riqueza, y considerándoles tal vez pobres aventureros, vueltos á servir de carga á su familia. Los Polos, empero, tomaron un medio eficaz para refrescar la memoria de su parentela y proporcionarse una recepcion amorosa. Los convidaron á todos á un gran banquete. Cuando llegaron los huéspedes, los recibieron ricamente aderezados con ropas de raso liso carmesí de hechura oriental. Los viajeros se presentaron vestidos de riquísimos damascos por segunda vez. Los primeros trajes se cortaron y distribuyeron entre los criados, siendo tan anchos que arrastraban por el suelo; «la cual, dice Ramusio, era la moda de »entonces para los vestidos de dentro de casa.» Despues de gustar de las viandas, se retiraron de nuevo, y vinieron vestidos de terciopelo carmesí, dando tambien á los criados los segundos trajes. Al fin de este acto, se repitió lo mismo con las ropas de terciopelo, y aparecieron á la moda veneciana de entonces. Los huéspedes no comprendian aquello hasta que traidos por los criados los trajes en que habian llegado vestidos, y rasgándolos por varias partes con su cuchillo y abriendo los forros y costuras, comenzó á llover sobre la mesa vastísima copia de preciosas joyas, tales como rubíes, esmeraldas záfiros y diamantes. Chispeaba la mesa con aquella opulencia inestimable que habian adquirido de la liberalidad del gran Khan, y que habian así traido en socreto por entre los peligros de su largo viaje.

«Los convidados, dice Ramusio, se llenaron de »maravilla, y entonces conocieron claramente lo que »al principio habian dudado, que aquellos eran en »verdad los honrados y valerosos caballeros Polos, y »por lo tanto los trataron con grande respeto y »reverencia.»

Ramusio oyó contar esta fiesta á Gasparo Melipiero, y la da por tradicional.

Divulgada esta noticia los venecianos fueron á ofrecerle sus respetos. Mateo se vió magistra, y de tal modo eran aficionados á nombrar á su protector que como siempre hablaba de las riquezas del gran Khan en cantidades redondas, le dieron en Venecia el nombre de Maese Marco Milioni.

Algunos meses despues de su vuelta, Lampa Doria, comandante de la flota genovesa, apareció en las cercanías de la isla de Cugzola, con setenta galeras. Andrea Dandolo, el almirante veneciano, fue enviado contra él. Marco Polo mandaba una galera en la escuadra. Le abandonó entonces su buena fortuna. Avanzando el primero en la línea con su galera, y no segundándolo las otras, fue hecho prisionero, y llevado á Génova en cadenas. Allí pasó mucho tiempo en un calabozo, sin que se le admitiesen sus ofrecimientos de rescate. Causó este cautiverio mucho dolor á su padre y tio, que temian nunca volviese. Viéndose ambos en este infeliz estado, con tantos tesoros y sin herederos, consultaron juntos. Ambos

erar muy ancianos; pero Nicolas, dice Ramusio, poseia complexion gallarda: se determinó á tomar esposa. Así lo hizo; y con maravilla de sus amigos, en cuatro años tuvo tres hijos.

Circulando en Génova la fama de sus viajes, fue protegido por toda la poblacion, y un caballero le inspiró el pensamiento de escribir aquella obra que llenó el mundo con su fama.

El mérito de Marco Polo le procuró al fin su libertad. Volvió á Venecia, adonde encontró un enjambre de hermanitos. No le incomodó este hallazgo, siguió el ejemplo de su padre, se casó y tuvo dos hijas Moretta y Tantina. Los hijos de segundas nupcias de su padre murieron sin sucesion masculina, y se extinguió la familia de Polo en 1417.

Estas son las particularidades conocidas de Marco Polo; cuyos viajes ocuparon mucho tiempo á Europa, y tuvieron grande influjo en los descubrimientos modernos. Su expléndida narrativa de la extension, opulencia y poblacion de estos territorios bárbaros, llenó de maravilla todas las gentes. La posibilidad de traer todas aquellas regiones bajo el dominio de la Iglesia, y de hacer al gran Khan vasallo obediente de la Santa Sede, fue por mucho tiempo tópico favorito entre los entusiastas misionarios de la cristiandad: y muchos emprendieron la conversion de este infiel opulento.

Aun despues del trascurso de dos siglos, cuando las empresas para el descubrimiento de una nueva via á las Indias habia excitado tantas especulaciones acerca de aquellas regiones remotas del oriente, la conversion del gran Khan volvió á ser asunto popular; empresa demasiado romántica y especulativa, para no llenar la viva imaginacion de Colon. En todos sus viajes buscó aquellos dominios, y en la hora de su agonía aun los prometía á los monarcas de España.

NUMERO 19.

LA OBRA DE MARCO POLO.

Dicen que fue esta obra en latin, pero es probable que lo fuese en italiano. Circularon muchas copias y con la imprenta tomó un vuelo prodigioso esta produccion.

Purchas dice que los copistas han adulterado el texto, y de aquí nacen muchas de sus extravagancias.

Cuando apareció por primera vez la obra, la consideraron muchos como un compuesto de ficciones y extravagancias; pero Vosio nos asegura que hubo un tiempo en que la apreciaron altamente los doctos.

Francisco Pepin, autor de la version de Brandenburgo, llama á Polo hombre recomendable por su devocion, prudencia y fidelidad. Atanasio Kircher, en su descripcion de China, dice, que ninguno de los antiguos ha descrito con mas exactitud los reinos de las remotas partes del oriente. Otros varios hombres doctos atestiguan en favor de su carácter, y viajeros posteriores han autentizado los mas de los puntos sustanciales de su obra. Falsea, sin embargo, la historia. Confunde los nombres de los sitios, es inexacto en cuanto á las distancias, y no da las latitudes de los lugares que vió.

Se ha dudado mucho si visitó, en efecto, todos los paises que describe, ó si su relacion de la Tartaria y del Cathay y de varias partes de las costas india y africana, las tomó de las narraciones de los mahometanos.

Ramusio piensa; que una gran parte del libro tercero la sacó de las relaciones de los marineros del mar Indio. Atanasio Kircher ignora por qué no hablaria de la gran muralla de la China, que debió pasar á menos que visitase aquel pais por agua.

Es cierto que visitó los paises que describe, pero se olvida de formar un libro de memoria, y por eso confunde la fábula con la historia. Mucho se ha discurrido tambien acerca de un mapa que Marco Polo trajo del Cathay, que se conservó en el convento de San Miguel de Murano, en las cercanías de Venecia, y en el cual se indicaban el cabo de Buena-Esperanza, y la isla de Madagascar, paises que los portugueses pretenden haber descubierto dos siglos despues. Se ha sugerido tambien, que habia ido Colon al convento, y examinado el mapa, de donde tomó algunas de sus ideas respecto á la costa de India. Segun Ramusio, empero, que habia estado en el convento, y conocia muy bien al prior, el mapa que allí se conservaba era uno copiado por un fraile del mapa original de Marco Polo, y aun se habian hecho por otras manos muchas alteraciones y adiciones; de modo que por mucho tiempo perdió todo su crédito con la gente juiciosa, hasta que confrontado con la obra de Marco Polo, se halló que en lo principal correspondia á sus descripciones. El cabo de Buena-Esperanza era, sin duda, una de las alteraciones hechas despues del descubrimiento de los portugueses. Colon no habla de este mapa, se guiaba por el que le envió Pablo Toscanelli, y que se habia proyectado por el mapa original, ó por las descripciones de Marco Polo.

Cuando en el décimo quinto siglo se volvió la atencion pública hácia las remotas partes del Asia, y se esforzaban los portugueses en circunnavegar el Africa, volvió á hablarse de Marco Polo. Este Nicolo le Conte, el veneciano, y Gerónimo de San Estefano, genoves, se dice que suministró las noticias por las cuales se guiaron los portugueses en su viaje.

Sobre todo, la influencia que la obra de Marco Polo tuvo en el ánimo de Colon, le da particular interes é importancia. Colon amaba la obra de Marco Polo; que tenia manuscrita, y su sueño era encontrar la famosa Cipango.

Es, por lo tanto, oportuno especificar algunos de aquellos sitios, y el modo con que los describe el viajero veneciano, para que pueda el lector entender plenamente las anticipaciones que ocupaban el ánimo de Colon en sus viajes por entre las islas de las indias occidentales, y por la costa de tierra firme.

La principal residencia del gran Khan, segun Marco Polo, era en la ciudad de Cambalú (probado ya ser Pekin) en la provincia de Cathay. Esta ciudad, dice, tenia veinte y cuatro millas cuadradas, y estaba edificada admirablemente. Era imposible, segun Marco Polo, describir la vasta variedad de mercancías y manufacturas que se traian á ella; pareceria al verlas que bastaban para proveer á todo el universo.

«Allí se ven en maravillosa abundancia las piedras »preciosas, las perlas, las sedas y los diversos per»fumes del oriente: apenas pasa un dia en que no »lleguen cerca de mil carros cargados de sedas, de »que hacen admirables tejidos en aquella ciudad.

»El palacio del gran Khan está erigido con suntuosa magnificencia, y tiene cuatro millas de cir»cuito. Mas bien parece un grupo de palacios. El »interior resplandece con el oro y la plata, y en él »están guardados los vasos preciosos y joyas del so»berano.» Todos los objetos empleados por el Khan para la guerra, la caza y varias festividades, están descritas en magníficos términos.

Pero aunque Marco Polo tiene tanto explendor en sus descripciones de la provincia de Cathay é Imperial ciudad de Cambalú, se escede á sí mismo cuando pinta la provincia de Mangue. Esta se supone que sea la parte del sur de la China. Contiene, dice, doce mil ciudades. La capital, Quinsay, que se cree sea la ciudad de Hang-chen, estaba á veinte y cinco millas del mar, pero se comunicaba por un rio con un puerto situado en la costa, tenia mucho comercio con la India.

El nombre de Quinsay, segun Marco Polo, signi-

fica la ciudad del cielo: dice que ha estado en ella, y examinádola diligentemente, y afirma que es la mayor del mundo; y es así en efecto, si la medida del viajero se toma literalmente. Declara que tiene cien millas de circuito, y que está erigida en pequeñas islas, como Venecia, y se comunica por doce mil puentes de piedra, cuyos arcos son tan altos, que los mas grandes buques pasan por debajo sin bajar los mástiles. Tiene tres mil baños, seiscientas mil familias, abundancia de casas magníficas, y un lago dentro de sus muros de treinta leguas de circuito: en cuyas márgenes hay soberbios palacios de gente principal. Los habitantes de Quinsay son muy voluptuosos, y se entregan á toda especie de lujo y delicia, particularmente las mujeres, que son hermosímas. Hay muchos comerciantes y artesanos; pero no trabajan los maestros, y sí emplean oficiales y criados en toda especie de labor. La provincia de Mangui fue conquistada por el gran Khan que la dividió en nueve reinos; señalando á cada uno un rey tributario. Sacaba de ella una inmensa renta por abundar el pais en oro, plata, sedas, azúcar, especias y perfumes.

ZIPANGU, ZIPANGRY Ó CIPANGO

Mil y quinientas leguas de la costa de Mangui, en el Océano, yace la grande isla de Cipangri, ó como la escribe Colon, Cipango, que se supone sea el Japon. Marco Polo la describe abundante en oro, el cual empero rara vez permite el rey que se saque de la isla. Tiene S. M. un palacio cuyas puertas, salas, tejas y ventanas están cubiertas de oro. La isla produce tambien vastas cantidades de las mas grandes y y finas perlas, y asímismo una variedad de piedras preciosas, de modo que en efecto abunda en riquezas. El gran Khan hizo varios esfuerzos para conquistar esta isla, pero en vano; lo cual no debe extrañarse, si es cierto lo que dice Marco Polo, que los habitantes tenian atadas á los brazos ciertas pedrezuelas encantadas, de tal virtud que hacian, por el poder del diablo, invulnerables á sus dueños. La isla de Cipango fue objeto de diligente busca para Colon.

Por los alrededores de Cipangri ó Cipango, y entre ella y la costa de Mangui, la mar, segun Marco Polo, estaba tachonada de pequeñas islas, habiendo hasta siete mil cuatrocientas cuarenta y ocho, de las cuales las mas están habitadas. No hay una que no produzca árboles odoríferos y abundancia de perfumes. Colon se creyó una vez en medio de estas islas.

Estos son los lugares principales descritos por Marco Polo, que ocurren en las cartas y diarios de Colon. La isla de Cipango fue la primera que esperaba encontrar: y pensaba despues visitar la provincia de Mangui, y buscar al gran Khan en la ciudad de Cambalú, provincia de Cathay.

Si no tiene el lector presente estas descripciones suntuosas de Marco Polo, de paises preñados de riquezas, y ciudades cuyas cúpulas y palacios llameaban en oro, tendrá pobre idea de los dorados ensueños de Colon, cuando descubrió lo que suponia ser la extremidad del Asia.

La vehemente esperanza de llegar pronto á aquellos paises y de ver las descripciones del veneciano, le indujeron la riqueza inmediata que causó tantos disgustos, y dió márgen á que le acusaran con frecuencia de escitar falsas esperanzas, y entregarse á exageraciones y delirios.

NUMERO 20.

SIR JOHN MANDEVILLE.

Despues de los de Marco Polo, los viajes de sir John Mandeville, y su pintura de los territorios del gran Khan por la costa de Asia, parece haberse posesionado del espiritu de Colon.

Nació Mandeville en la ciudad de San Albans. Se dedicó á los estudios desde su infancia, aplicándose especialmente á la medicina. Deseando ver las partes remotas de la tierra conocida entonces, esto es, Asia y Africa, y sobre todo de visitar la tierra Santa salió de Inglaterra en 1332, y pasando por Francia se embarcó en Marsella. Segun su propia relacion, visitó la Turquía, Armenia, Egipto, la alta y la baja Libia, Siria, Persia, Caldea, Etiopía, Tartaria, Amazonia y las Indias, y residió en sus principales ciudades. Pero mas que en ninguna parte se deleitaba en la Tierra Santa, adonde permaneció mucho tiempo inspeccionándola, y corriendo en pos de las huellas de Jesus. Despues de una ausencía de treinta y cuatro años, volvió á Inglaterra; pero se halló olvidado y desconocido de la mayor parte de sus paisanos, y extranjero en su pais nativo. Escribió una historia de sus viajes en tres idiomas, ingles, frances y latin, porque sabia muchas lenguas. Dedicó su obra á Eduardo III. No parece que sus viajes le inspiraron amor por el mundo en general, ni por su propia casa. Criticaba su siglo, diciendo que ya no habia virtud; que la Iglesia estaba arruinada; que prevalecia el error en el clero, la simonía en el trono, y en una palabra; que el demonio reinaba triunfante. Se volvió pronto al continente, y murió en Liege en 1372. Se enterró en la abadía de los Guillelmistas, en los alrededores de la ciudad, adonde Ortelius dice que vió su monumento, en el que habia una efigie de piedra de un hombre con una barba en figura de horquilla, y las manos levantadas hácia la cabeza, probablemente cruzadas como para hacer oracion, segun antigua usanza, y con un leon á los pies. Habia una inscripcion manifestando su nombre, calidad y carrera, á saber: profesor de medicina, y que era muy docto y piadoso para con los pobres, y que despues de haber viajado por todo el mundo, habia muerto en Lieje. Mostráronle los frailes tambien sus espuelas y los arreos del caballo que habia montado en su viaje.

Las descripciones que da Mandeville del gran Khan, de la provincia de Cathay, y de la ciudad de Cambalu, no son tan extrañas como las de Marco Polo. El palacio real tenia mas de dos leguas en circunferencia. La grande sala veinte y cuatro columnas de cobre y oro. Habia mas de trescientos mil hombres ocupados viviendo en él y sus cercanías; de los cuales mas de cien mil en el cuidado de los elefantes, de que habia diez mil, y de una vasta variedad de otros animales, aves carnívoras, halcones, loros y papagayos. Los dias de fiesta se empleaba doble número de hombres. El título de este potentado en sus cartas era: «Khan, el hijo de Dios, exaltado posesor de toda la »tierra, señor de aquellos que son señores de otros.» En su sello estaba grabado: «Dios reina en el cielo, »y el Khan sobre la tierra.»

El nombre de Mandeville se ha hecho proverbial para indicar las exageraciones de un viajero; sin embargo, las descripciones de los paises que visitó, se han hallado mucho mas veraces de lo que se habia creido. Sus pinturas de Cathay y de las opulentas provincias de Mangui, tenian grande autoridad con Colon, máxime correspondiendo tan bien con las de Marco Polo.

NUMERO 21.

LAS ZONAS.

Eran las zonas, bandas ó círculos imaginarios de los cielos; que producian efectos en el clima de otras fajas correspondientes del globo de la tierra. Los círculos polares y los de los trópicos, marcan estas divisiones.

La region central, situada bajo el camino del sol,

se llamaba zona tórrida: las dos regiones de entre los trópicos y los círculos polares, zonas templadas; y las partes restantes entre los círculos polares y polos, zonas frígidas.

Las regiones heladas de cerca de los polos, se consideraban no habitables ni navegables á causa de ser muy frias. La zona abrasada ó mas central de ella, contigua al Ecuador, se consideraba no habitada, improductiva é intransitable, por ser muy cálida. Las zonas templadas que entre ellas yacian, se consideraban fértiles y saludables, y propias para el goce de la vida.

El globo se dividia en dos hemisferios por el Ecuador, línea imaginaria que le rodeaba á igual distancia de los polos. El todo del mundo conocido de los antiguos, se contenia en la zona templada del hemisferio del Norte.

Se creia que si hubiese acaso habitantes en la zona templada del hemisferio del Sur, no podria haber comercio con ellos, á causa de la interposicion de la zona abrasada.

Parménides fue, segun Estrabon, el inventor de esta teoría de las cinco zonas, pero hizo estender la zona tórrida mas allá de los trópicos. Aristóteles admitió esta doctrina. En su tiempo no se conocian las partes estremas del Norte de Europa ni de Asia, ni el interior de la Etiopía, ni el Sur del Africa, que se estiende hasta el Cabo de Buena-Esperanza. Creia Aristóteles que habia tierra habitable en el hemisferio del Sur, pero que estaba dividida para siempre de la parte del mundo ya conocido por la inaccesible zona del Ecuador.

Plinio defendió la opinion de Aristóteles respecto á la zona abrasada. «La temperatura de la region »central de la tierra, dice, donde sigue el sol su »carrera, está quemada como con fuego. Las zonas »templadas de ambos lados, no pueden comunicarse »entre sí, en consecuencia del calor férvido de esta »region.»

Strabon (l. II) á esta teoría da tambien su aprobacion; y otros antiguos filósofos y poetas pueden citarse para manifestar la boga que alcanzó este dictámen.

Debe observarse, que cuando Colon defendia su proposicion ante los doctos de Salamanca, la antigua teoría de la zona abrasada no se habia aun desvanecido totalmente por los descubrimientos modernos. Es cierto que penetraron los portugueses hasta dentro de los trópicos; pero aunque todo el espacio comprendido entre el trópico de cáncer y el de capricornio, se llamaba en frase comun la zona tórrida, la parte intransitable y no despoblada, se estendia solo á un número limitado de grados por ambos lados del Ecuador, formando en su totalidad como una tercera parte, ó cuando mas una mitad de la zona. La prueba que Colon quiso aplicar de su viaje á San Jorge de la Mina, no era conclusiva para los que estaban preocupados por la teoría antigua, y que ponian la region verdaderamente tórrida mas hácia el Sur y junto al Ecuador.

NUMERO 22.

LA ATALANTE DE PLATON.

Habla Platon de la isla de Atalante en su diálogo de Timeo. Se supone en esta composicion que Solon, el legislador ateniense, habia pasado al Egipto, y se hallaba en una ciudad antigua del Delta, fértil isla que el Nilo forma, conversando con varios doctos sacerdotes sobre las antigüedades de los siglos remotos cuando uno de ellos le describió la maravillosa isla arruinada cuando el mundo fue abrasado por causa de Taola.

Esta isla, dijo el sacerdote, ha estado situada en el Océano occidental, en frente del estrecho gaditano. Habia fácil pasage de ella á otras islas que yacian cerca de un continente de mas estension que toda la Europa y el Asia. Neptuno se fijó en esta isla, de cuyo hijo Atlas, se derivó su nombre. Se dividió la isla entre sus diez hijos. Sus descendientes reinaron en ella por muchas edades. Invadieron la Europa y el Africa, subyugaron toda la Libia hasta el Egipto, y toda la Europa hasta el Asia Menor.

Los resistieron, empero, los atenienses, y los hicieron retroceder hasta sus territorios atlánticos. Poco despues de esto hubo un tremendo terremoto é inundacion del mar que duró todo un dia y una noche. En esta conmocion la isla de Atalante fue sumergida en el mar, que extendiendo sus aguas por aquellas ruinas, formó el Océano Atlántico. Por mucho tiempo, empero no estuvo el mar navegable á causa de las rocas y bancos, del lodo y la ruina de los ahogados paises.

Muchos han creido ser esta isla un sueño de Platon; otros suponen que Platon, mientras estuvo en Egipto, habia recibido algunas ideas vagas de las islas Canarias, y á su vuelta á la Grecia, hallando que aquellas islas eran tan completamente desconocidas á sus paisanos, las habia hecho punto de sus especulaciones morales y políticas. Algunos, en fin, han querido dar mayor peso á este cuento. Imaginan que puede haber existido realmente tal isla llenando una gran parte del Atlántico, y que el continente de que habla era el de América, el cual no era en este caso desconocido de los antiguos. Kircher supone haber sido una isla, que se estendia de las Canarias á las Azores; que se sumergió realmente en una de las convulsiones del globo, y que aquellas pequeñas islas son rotos fragmentos de la grande.

Como prueba de que el Nuevo-Mundo no era desconocido á los antiguos, se ha citado un singular pasaje de la Medea de Séneca, maravillosamente apropiado, y que muestra á lo menos cuán cerca la imaginacion ardorosa del poeta puede aproximarse á la profecía.

Otros suponen que la Atalante no era mas que una de las mas cercanas de las Canarias, á saber Fortaventura ó Lanzarote.

NUMERO 23.

LA IMAGINARIA ISLA DE SAN BRANDAN.

Una de las ilusiones ópticas de que hay recuerdo, es la que por mucho tiempo ocupó la imaginacion de los habitantes de las Canarias. Creian ver una isla montañosa de unas noventa leguas de longitud, muy remota y situada al occidente. Solo se veia á intervalos, pero en tiempo del todo claro y sereno y era colocada por los naturales á diversas distancias.

Al querer, empero, acercarse á ella, eludia la busca, y no se hallaba en parte alguna. Pero habia tantas personas de crédito que concurrian en declarar que la habian visto, y el testimonio de los habitantes de diferentes islas correspondia tan bien en cuanto á su forma y posicion, que no se dudaba de su existencia, y la insertaban los geógrafos en sus mapas. Se halla en el globo de Martin Behem proyectado en 1492, segun la delineacion de Mr. de Mur, y se hallará en los mas de los mapas del tiempo de Colon, puesta por lo comun á unas doscientas leguas occidente de las Canarias. Durante el tiempo en que estaba haciendo Colon sus proposiciones á la córte de Portugal, un habitante de las Canarias pidió al rey Juan II un buque para ir en pos de esta isla. En los archivos de la torre di Tombo hay tambien recuerdos de un contrato hecho con la corona de Portugal por Fernanto de Ulmo, el cual se propone ir á su propio coste en busca de una isla ó islas ó tierra firme supuesta ser la isla de las siete ciudades; con condicion de tener jusisdiccion en la misma para él y sus herederos, dando al rey la décima parte de las rentas. Este Ulmo

hallando la espedicion superior á su capacidad, se asoció para la empresa con un cierto Juan Alfonso del Estreito. Debian estar prontos para salir en dos carabelas en el mes de marzo de 1487. Ignórase lo demas.

El nombre de San Brandam ó Borondan ó Borondon, dado desde tiempo inmemorial á esta imaginaria isla, se dice derivarse de un abad escoces que floreció en la sexta centuria, y que se distingue á veces por las anteriores apelaciones, á veces por las de San Blandano ó San Blandanus. En el martirologio de la órden de San Agustin se dice que fue el patriarca de tres mil monges. Hácia mediados del sexto siglo acompañó á su discípulo San Maclovio, ó San Malo, en busca de ciertas islas que poseian las delicias del Paraiso, y estaban habitadas por infieles. Despues que estos santos hubieron vagado por mucho tiempo en el Océano, desembarcaron al fin en una isla llamada Ima. En ella encontró San Malo tendido en un sepulcro el cadáver de un gigante. Le resucitó, y tuvo con él una conferencia de grande interes, en que le contó el gigante cómo aquellos isleños tenian ciertas nociones de la Trinidad, y le describió, ademas los tormentos que sufrian judíos y paganos en las regiones infernales. Viendo San Malo que era el gigante tan dócil y razonable, le esplicó las doctrinas de la religion cristiana, lo convirtió y bautizó con el nombre de Mildum. El gigante, empero, ó bien cansado de la vida, ó ansioso de gozar cuanto antes de los beneficios de su conversion, pidió permiso al cabo de quince dias para morirse de nuevo, y fuele concedida su razonable peticion.

Segun otra relacion, les dijo el gigante, que sabia de otra isla en el Océano, defendida por murallas de oro bruñido, tan resplandeciente que brillaba como el cristal, pero que no habia entrada para la isla. A su peticion emprendió guiarlos á ella, y tomando el cable del buque se arrojó al mar. No habian ido muy lejos, cuando una tempestad les obligó á volverse, y poco despues murió el gigante. Otra leyenda hace al santo pedir á Dios en dia de pascua, que le permita hallar tierra adonde desembarcar para celebrar los oficios divinos con la debida pompa, y surgió entre las espumas una isla para que verificasen los sagrados ritos; despues de lo cual volvieron á bordo y se dieron á la vela, cuando observaron con maravilla que se sumergió la supuesta tierra en el fondo del mar, pues no era otra cosa que una monstruosa ballena. Cuando circuló el rumor de que se veia desde las Canarias una isla que eludia los esfuerzos de los descubridores, se revivieron las leyendas de San Brandan, y se aplicaron á aquella isla inaproximable. Tambien se dice, que habia un antiguo manuscrito latino en los archivos de la Iglesia catedral de la Gran Canaria, en que se recordaban las aventuras de estos santos: ha desaparecido este manuscrito. Algunos han mantenido que conocian los antiguos esta isla, mencionada por Ptolomeo entre las Afortunadas ó Canarias, con el nombre de *Aprositus*, palabra griega que significa inaccesible; y que segun fray Diego Felipe, en su libro de la Encarnacion de Cristo, manifiesta quo poseia en los tiempos antiguos la misma cualidad de el burlar toda pesquisa. Pero sea lo que quiera lo que los antiguos han creido sobre el particular, es cierto que tuvo mucha ascendencia en la fé de los modernos, durante la manía de los descubrimientos; ni tampoco le faltaron abundantes testimonios. Don José de Viera y Clavijo dice que nunca se vió paradoja ni problema mas difícil en la ciencia de la geografía; pues afirmar la existencia de esta isla es atropellar la buena crítica y la razon; y para negarla debe abandonarse la tradicion.

La creencia en esta isla continuó mucho tiempo despues del de Colon. En 1526 salió á buscarla de las islas Canarias una expedicion mandada por Fernando de Troya y Fernando Alvarez. Cruzaron en la direccion propia, pero en vano; y este viaje debia haber desengañado al público. «Pero la fantasma de la isla, » dice Viera, tenia un encanto secreto tal para todos » los que la habian visto, que prefirió el público du- » dar de la habilidad de los exploradores antes que de » sus propios sentidos. » En 1570 fueron tan repetidas y claras sus apariencias, que se despertó una curiosidad general entre las gentes de las Canarias, y se envió otra expedicion. Para que no pareciese que obraban de ligero, se hizo antes una investigacion exacta de todas las personas de talento y crédito que habian visto aquellas apariencias de tierra, ó tenian otras pruebas de su existencia.

Alonso de Espinosa, gobernador de la isla del Ferro, extendió en consecuencia un expediente, en que mas de cien testigos, muchas personas de las mas principales, declararon que habian visto la desconocida isla á unas cuarenta leguas al nor-oeste de Ferro; que la habian contemplado con calma y seguridad, y vieron ponerse el sol tras uno de sus promontorios.

De las islas de Palma y Tenerife vinieron testimonios aun de mas crédito. Afirmaban algunos portugueses, que arrojados por una tempestad, llegaron á la isla de San Borondon. Pedro Vello, piloto del buque, aseguraba que habiendo anclado en una bahia desembarcó con varios de la tripulacion. Bebieron agua fresca en un arroyo, y vieron en la arena huellas humanas, doble mayores que las que dejan los hombres comunes, y á proporcion la distancia entre ellas. Hallaron una cruz clavada á un arbol cercano, junto al cual habia tres piedras puestas en forma de triángulo, dos de sus compañeros fueron á cazar. La noche se acercaba, empezó á encapotarse el cielo y se levantó un viento fuerte. La gente de á bordo hizo señas de que el buque iba tirando del ancla; visto lo cual, entró Vello en el bote y se apresuró á llegar á su bajel. En un momento desapareció la tierra de su vista, como si el huracan se la hubiese llevado. Disipada la tormenta y aplacados mar y cielo, buscaron en vano la isla, no se volvieron á divisar trazas de ella, y les fué preciso continuar su viaje, lamentando la pérdida de los dos compañeros que habian abandonado en el bosque.

Un docto licenciado, Pedro Ortiz de Tunez, inquisidor de la gran Canaria, en una visita que hizo á Tenerife, llamó ante sí muchas personas que testificaron haber visto aquella isla. Entre ellos habia un tal Marcos Verde, hombre bien conocido en aquellas partes. Dice que al volver de Berbería y llegar cerca de las Canarias, vió tierra que no era de las conocidas. Concluyó que fuese la famoso San Borondon. Alborozado de haber descubierto esta tierra de misterio, costeó sus mágicas playas hasta anclar en un hermoso puerto, formado por el desagüe del torrente de una montaña. Desembarcó con muchos de la tripulacion. « Era entonces, dice, la hora del Ave Maria. » Puesto ya el sol, empezaron á extenderse las som- » bras por la tierra. Habiéndose separado los nave- » gantes, se fueron por varias direcciones hasta no » poder oir los unos los gritos de los otros. Los que » estaban á bordo, viendo que era ya de noche, hi- » cieron señales para que volviese la gente al buque. » Se embarcaron de nuevo, pensando continur sus » investigaciones al otro dia. Apenas estaban á bordo, » cuando vino un torbellino del lado de la montaña » con tanta violencia que arrancó el bajel de su ancla » y le precipitó al mar: jamas volvió á ver la tripulacion « esta oculta é inhospitalaria isla.»

Otro testimonio se conserva en un manuscrito de Abren Galindo; pero se ignora si fue dado entonces. Es de un aventurero frances, que muchos años antes, viajando por las Canarias, fue sobrecogido por una violenta tempestad, que se llevó los mástiles de su buque. Arrojóle el huracan á una isla sembrada de

frondosos árboles. Desembarcó con parte de la tripulacion, y escogiendo uno de ellos propio para un mástil, lo cortó y empezó á trabajarlo para ponerlo en su buque. El genio de la isla se resintió como ocostumbraba de esta invasion de sus sagradas costas. Oscurecióse el cielo, adelantóse la noche, y temiendo los marineros algun desman, dejaron el trabajo y volvieron á bordo. La tempestad se los llevó como solia de la costa, y al dia siguiente llegaron á la isla de Palma.

El conjunto de testimonios reunido por la autoridad oficial en 1570, pareció tan satisfactorio, que se formó otra expedicion en el mismo año en la isla de Palma. La mandaba Fernando de Villalobos, regidor de la isla; pero fué tan infructuosa como la precedente. San Borondon parecia dispuesto á irritar al mundo con sus serenas pero lejanas vislumbres de un paraiso ideal, y á darse á conocer solo entre tormentas á los averiados marineros, ocultandose de los que diligentemente le buscaban. Treinta y cuatro años despues, en 1605, enviaron otro buque á la misma exploracion, mandado por Gaspar Perez de Acosta, hábil piloto, acompañada por el P. Lorenzo Pinedo, fraile francisco, muy docto en las ciencias naturales. Despues de cruzar en todas direcciones, sondar, observar los cielos, las nubes, los vientos, cuanto podia servir de indicio, volvieron sin haber visto nada que autorizase tal esperanza.

Olvidóse aquella empresa; pero de cuando en cuando se agitada con nuevas noticias de haberse visto. En 1721 se levantó otra vez la infatuacion pública hasta tal punto, que se envió otra expedicion mandada por D. Gaspar Dominguez, caballero de probidad y de talento. Como era esta expedicion de importancia solemne y misteriosa, llevaba dos frailes de capellanes apostólicos. Salieron de Tenerife hácia el fin de octubre, dejando al pueblo en un estado de ansiosa curiosidad. El buque volvió de su crucero con tan mal éxito como los que le habian precedido.

No sabemos de ninguna expedicion posterior, aunque la isla continua siendo objeto de varias especulaciones, y á veces revela sus montañas á la vista de favorecidos individuos. En una carta escrita desde la isla de Gomera, 1756, un fraile francisco cuenta á uno de sus amigos, que la vió desde el lugar de Alajero, á las seis de la mañana del 3 de mayo. Parece que se compone de dos elevadas montañas con un profundo valle entre ellas, y al contemplarla con un anteojo de larga vista, parecia estar el valle poblado de árboles. Llamó al cura Antonio José Manrique, y á mas de cuarenta personas, todas las cuales la vieron distintamente.

Ni está esta isla delineada solo en antiguos mapas del tiempo de Colon. Está como una de las Canarias, en un mapa frances publicado en 1704; y Mr. Gautier, en la carta geográfica aneja á sus observaciones sobre la historia natural, publicada en 1755, la pone cinco grados al Occidente de la isla de Ferro, á los 29° de latitud Norte.

Estos son los hechos principales que existen relativos á la isla de San Brandan. Su realidad fue por mucho tiempo materia de firme creencia. En vano probaban su no existir repetidos viajes é investigaciones: el público apeló á lo sobrenatural para defender su favorita quimera. Mantenia que era inaccesible á los mortales. Los mas se inclinaban á creerlo primero: algunos la confundian con la isla de las Siete Ciudades, situada en medio del mar, adonde en tiempos antiguos siete obispos con sus gentes se habian refugiado de los moros. Algunos portugueses la creian mansion de su perdido rey D. Sebastian. Los españoles pensaban, que Rodrigo, último rey de los godos, habia huido á ella de los moros, despues de la batalla de Guadalete. Otros sugerian que podia ser la sede del paraiso terrestre; el lugar adonde viven Enoc y Elías en bienaventuranza hasta el dia do juico final y que se desplegaba tan solo como dorada ilusion á la vista. La poesía, se dice, ha debido á esta creencia popular una de sus mas bellas ficciones; y el jardin de Armida, adonde Rinaldo se detuvo encantado, y que pone Taso en una de las islas Canarias, se ha identificado con la imaginaria de San Borondon.

Feijoo ha dado una solucion filosófica á este problema geográfico. Atribuye todas estas apariencias que han sido tan numerosas y tan bien autenticadas, que no admiten duda, á ciertas ilusiones atmosféricas como las de la Fata Morgana, vista á veces en el estrecho de Mesina, adonde la ciudad de Reggio y el pais adyacente se reflejan en el aire sobre la mar vecina, fenómeno visto tambien enfrente de la ciudad de Marsella.

Pero como el vulgo se deshace con repugnancia de la cosas que tienen misterio y maravilla, y continua aun el fenómeno que dió origen á esta ilusion, no es improbable que la creencia en la isla de San Brandan exista aun entre la gente rústica de las Canarias cuando ven á veces levantase sus fantásticas montañas sobre el remoto horizonte del Atlántico.

NUMERO 24.

LA ISLA DE LAS SIETE CIUDADES.

Una de las tradiciones populares respecto al Oceano, que corrian en tiempo de Colon, era la de la isla de las Siete Ciudades. Se recordaba en una antigua leyenda, que al tiempo de la conquista de España y Portugal por los moros, cuando los habitantes huian en todas direcciones para escapar de la exclavitud, siete obispos, seguidos de gran número de fieles, se embarcaron y abandonaron á su suerte en alta mar. Despues de algun tiempo de viaje, arrivaron en una isla desconocida en medio del Océano. Los obispos fundaron siete ciudades. Varios pilotos portugueses se decia haber tocado en aquella isla en diversas ocasiones; pero nunca habian vuelto para dar informe de ella, habiendolos detenido los sucesores de los obispos. Al fin, segun el rumor popular al tiempo en que proseguia el principe Enrique sus descubrimientos, se le presentaron un dia varios mareantes, y declararon que volvian de un viaje, en el discurso del cual habian tocado en la isla. Los habitantes dijeron, hablaban su mismo idioma, y los llevaron inmediatamente á la iglesia, para asegurarse de si eran católicos, y se regocijaron al ver que eran de la verdadera fé. Entonces preguntaron con mucho interés, si los moros poseian aun la España y el Portugal. Mientras estaba en la iglesia parte de la tripulacion, los otros juntaron arena en las playas para el uso de la cocina; y hallaron con sorpresa que una tercera parte era oro. Deseaban los isleños que permaneciese con ellos el equipaje por algunos dias, hasta la vuelta de su gobernador que estaba ausente; pero los marineros, temerosos de que se les descubriera, se embarcaron y dieron á la vela. El príncipe se mostró descontento por aquella precipitada partida de la isla, y los mandó volver y procurar nuevos informes. Pero la gente, aprensiva de que se descubriese la falsedad de su cuento, escaparon de allí y no se supo mas de ellos.

Tuvo esta conseja mucho crédito. La isla de las Siete Ciudades se identificó con la que menciona Aristóteles como descubierta por los cartagineses y se insertó en los primitivos mapas del tiempo de Colon, con el nombre de Antilla.

Cuando el descubrimiento de Nueva España, vinieron á Española extrañas nuevas de la civilizacion de aquel pais, que la gente iba vestida, que eran sólidos sus templos y casas, espaciosos y á veces magníficos, y que entre ellos se solian hallar cruces. Juan de Grijalva; que salió á explorar la costa de Yucatan,

dijo, que al navegar por ella, vió con maravilla suntuosos edificios de cal y piedra, y muchas torres altas que brillaban desde lejos. Se revivió entonces la antigua tradicion de las Siete Ciudades y muchos pensaron que se hallarian en Nueva España.



NUMERO 25.

DESCUBRIMIENTO DE LA ISLA DE MADEIRA.

El descubrimiento de Madeira por Macham descansa principalmente en la autoridad de Francisco Alcaforado, escudero del príncipe Enrique de Portugal, que compuso una relacion de él para aquel príncipe. Los historiadores portugueses dudan de este hecho. Barros no la cita, y atribuye el descubrimiento de la isla á Juan Gonzalez y Tristan Vaz, que dice la vieron desde Puerto Santo, como una nube en el horizonte.

Pero el abad Prevost en su historia general de viajes, t. VI, parece inclinado á dar crédito á la relacion de Alcaforado. «Se compuso, observa este autor, »en un tiempo en que la atencion pública hubiera »descubierto y manifestado la menor falsedad, y na»die era mas capaz que Alcaforado de dar una descrip»cion circunstanciada de este suceso, pues fue de »los que participaron del segundo descubrimiento.» La narracion, segun se escribió originalmente, estaba recargada de digresiones: se tradujo al frances y se publicó en Paris en 1671. El traductor frances conservó escrupulosamente los hechos. La historia, empero, goza de mucho aprecio en la isla de Madeira, adonde todavía puede verse una pintura que la ilustra. Hé aquí en resúmen la traduccion francesa.

En el reinado de Eduardo III de Inglaterra, un jóven de grande valor y talento, llamado Roberto Macham, se enamoró de una jóven de rara belleza, llamada Ana Dorset. Le era ella superior en nacimiento, y de una familia orgullosa y aristocrática; pero el mérito de Macham le ganó la preferencia sobre todos sus rivales. La familia de su amada, para prevenir que hiciese una alianza inferior, obtuvo una órden del rey para que se arrestase á Macham, hasta que por medios arbitrarios casaron á su hija con un hombre principal. Cuando se celebraron las nupcias condujo el noble á su hermosa y afligida novia á su casa de campo, cerca de Bristol. Macham recobró entonces su libertad. Indignado por las injurias de que habia sido blanco, y cierto del efecto de su querida, persuadió á varios amigos á que le ayudasen en una empresa que satisfaria á la vez su cariño y su venganza. Siguieron todos las huellas de los recien casados á Bristol: uno de sus amigos se introdujo en la familia del noble en calidad de caballerizo: halló á la jóven llena de tiernos recuerdos de su amante, y de aborrecimiento al esposo que se le habia forzado á tomar. Por medio de este amigo se comunicaron el propósito de abandonar la Inglaterra.

Cuando todo estaba preparado, la jóven salió á caballo un dia, acompañada solo por el fingido caballerizo, bajo pretesto de tomar el aire. Así que perdieron la casa de vista, se dirigieron á galope á un sitio señalado de antemano en las costas del canal, adonde los esperaba un bote. Les llevó este á bordo de un buque que los esperaba con el ancla alzada, las velas sueltas y pronto para salir al mar. Temiendo la persecucion se dieron á la vela desde luego, pasaron rápidamente la costa de Cornwal, y Macham gozaba anticipado el triunfo de desembarcar pronto con su bella presa en las playas de la alegre y cortejante Francia. Por desgracia se levantó en la noche un viento adverso y tempestuoso; al amanecer se hallaron fuera de la vista de tierra; los marineros eran ignorantes y sin experiencia; no conocian la brújula, y eran tiempos en que no estaban los hombres acostumbrados á surcar la alta mar. Por trece dias vagaron los amantes impelidos por el tempestuoso Océano á merced del viento y de las ondas. La esposa fugitiva estaba llena de remordimientos, y consideraba aquellas tormentas como muestras de la cólera divina. Todos los esfuerzos de su amante no pudieron borrar de su ánimo un triste presentimiento de alguna cercana catástrofe.

Al fin se apaciguaron los elementos. El décimocuarto dia, al amanecer percibieron los marineros lo que parecia un grupo de árboles saliendo del agua; pusieron para ellos la proa con alborozo, suponiendo que fuese una isla. Al aproximarse vieron brillar el sol naciente sobre nobles florestas, cuyos árboles les eran desconocidos; tambien vinieron bandadas de pájaros al rededor del buque, y se pusieron en las vergas y cordajes sin indicar miedo alguno.

Mandóse á reconocer el bote, y no tardó en volver con tales noticias de la belleza del pais, que determinó Macham llevar á tierra á su desfallecida amante, esperando que el descanso le devolveria el gozo y la salud. Les acompañaron á tierra los fieles amigos que habian ayudado á su fuga: los marineros quedaron á bordo para guardar el buque.

Era aquel pais en efecto delicioso: las florestas nobles y suntuosas; árboles cargados de escelentes frutos, otros de flores aromáticas; las aguas frescas y trasparentes; sereno el cielo y lleno el aire de dulce fragancia. Los animales que encontraron no dieron muestras de miedo ni de ferocidad, por lo que conocieron que no estaba habitada la isla. Al penetrar á una corta distancia, hallaron un bello y umbroso prado, cuyo verde seno estaba orlado de laureles y regado por el arroyo de una montaña, que corria resplandeciente por un lecho de pequeñas y lustrosas piedras: en el medio habia un magestuoso árbol, cuyos robustos y poblados brazos le defendian de los rayos del sol. Macham levantó floridos albergues mientras su compañera recobraba su perdida calma.

Tres dias habian pasado, cuando se levantó una formidable tormenta al nor-oeste, y un viento terrible sopló toda la noche en la isla. A la siguiente mañana fue Macham á la orilla; habia desaparecido el buque, y creyó que le habia sumergido la tormenta.

La pequeña banda dejada así en una isla desierta en medio del Océano se llenó de consternacion. Sintió terriblemente la arrepentida esposa. Se habia acusado ella misma de ser la causa de todas sus desgracias, y desde el principio la habian perseguido tristes predicciones. Entonces creia que iban á cumplirse, y era tan grande su horror que la privaba del habla: espiró al tercer dia sin haber podido pronunciar una sola palabra.

Hirió la desesperacion á Macham al ver el fin trágico de aquella mujer tierna y hermosa. Se acusó á sí mismo en el delirio de su dolor de haberla arrancado de su casa, de su pais, de sus amigos para hacerla perecer en una costa salvaje: todos los esfuerzos de sus compañeros para consolarlo fueron en vano; murió de pesar al quinto dia, pidiendo, como último favor, le enterrasen junto á su amada, al pie de un altar rústico que habian los dos erigido bajo el grande árbol del prado. Pusieron una cruz en aquel sitio para perpetuar tan lastimosa aventura



Muerto su gefe, consultaron los compañeros el modo de salir de la isla. Aun tenian en tierra el bote del buque: le repararon, y poniéndolo en estado de hacer un viaje, se dieron á la vela pensando volver á Inglaterra. Ignoraban su situacion, los vientos los llevaron á la costa de Marruecos, adonde habiendo fracasado el bote sobre las rocas, los capturaron y aprisionaron los moros. Allí supieron que su buque habia tenido el mismo destino, habiéndole arrancado la tempestad del surgidero, y llevádolos á la misma costa, donde quedó su tripulacion prisionera.

En las mazmorras de Marruecos encontraron los prisioneros ingleses un esperimentado piloto sevillano, llamado Juan de Morales, el cual se informó de la situacion de la isla, y subsiguiente al tiempo de la redencion, comunicó esta circunstancia, segun se dice, al príncipe Enrique de Portugal.

Se halla dificultad en la conciliacion de las fechas en esta narrativa de Alcaforado. El viaje se dice haberse verificado en el reinado de Eduardo III, que empezó en 1327, y acabó en 1378. Morales á quien comunicaron los ingleses su viaje, se dice haber estado al servicio de los portugueses en el segundo descubrimiento de Madeira en 1418 y 1420. Aun cuando el viaje y prision se hubiesen verificado en el último año del reinado de Eduardo, siempre queda un espacio de cuarenta años.

Hakluit da la siguiente narracion del viaje. «Sucedió en el año de 1344, en tiempo de Pedro el IV de »Aragon. Macham surgió en una bahía llamada des»pues Machio. Estando la dama indispuesta, la llevó »á tierra acompañado de algunos de sus amigos, y el »buque partió sin ellos. Despues de muerta la señora, »hizo Macham una canoa de un árbol, y se aventuró »al mar con sus compañeros; fueron arrojados á la »costa de Africa, adonde los moros, considerando »esto una especie de milagro, los presentaron á su »rey, que los envió al de Castilla. En consecuencia de »las noticias tradicionales que quedaron de este via»je, envió gente Enrique II de Castilla, en 1395, á »descubrir la isla nuevamente.»

NUMERO 26.

LAS CASAS.

Fray Bartolomé Las-Casas, obispo de Chiapa, tan frecuentemente citado en todas las historias del Nuevo-Mundo, nació en Sevilla en 1474 de antecesores franceses. El nombre de la familia era Casaus. Fue servidor de San Fernando, el primer individuo de aquella familia que visitó á España. Se halló en la toma de Sevilla en la que mereció premios del rey y permiso para establecerse en España. Sus descendientes suprimieron la letra *u* en su nombre, para acomodarle á la lengua española.

Antonio, el padre de Bartolomé, fué con Colon á Española en 1493, y volvió rico á Sevilla en 1498. Ha dicho uno de los biógrafos de Bartolomé de Las-Casas, que acompañó á Colon en su tercer viaje en 1498, y volvio con el en 1500. Esta opinion es inexacta. Estaba entonces completando su educacion en Salamanca, adonde se instruyó segun el supuesto método y principios de Aristóteles. Mientras estuvo en la universidad, le sirvió un esclavo indio que habia regalado Colon á su padre. Cuando Isabel, en su sublime rasgo de indignacion virtuosa, mandó que se volviesen á su pais los esclavos indios, se le quitó este á Las-Casas. Tuvo esta circunstancia efecto en el ánimo del jóven estudiante, y considerando la naturaleza de aquel caso, se inflamó su celo en favor de los infelices indios, celo que jamás se resfrió en una vida activa y prolongada. Recibió su fervor décuplo fuego, cuando á los veinte y ocho años de edad acompañó al comandante Ovando á Española en 1502, y fue testigo de muchas escenas crueles que pasaron bajo su administracion. El todo de su vida futura, espacio de mas de sesenta años, le dedicó á aliviar los sufrimientos de los naturales. Como misionero, atravesó los desiertos del Nuevo-Mundo en varias direcciones, esforzándose en convertirlos y civilizarlos; como protector y campeon, hizo varios viajes á España, pidió por ellos á las córtes y á los reyes, escribió obras voluminosas en su favor, y exhibió un celo, constancia é intrepidez, dignos de un apostol. Murió á la edad avanzada de noventa y dos años, y se enterró en Madrid, en la iglesia del convento dominico de Atocha, de cuya fraternidad era miembro.

Se ha intentado, acusando á Las-Casas de inconsecuencia, poner en duda la verdad de su filantropía, á causa de uno de los espedientes á que recurrió para librar á los indios del cruel cautiverio en que yacian. Acaeció esto en 1517, cuando llegó á España en una de sus misiones para solicitar del gobierno medidas en favor de los indios. A su arribo encontró al cardenal Gimenez, despues de la muerte de Fernando, demasiado enfermo para atender á sus negociaciones. Marchó por lo tanto á Valladolid, donde esperó la venida del nuevo monarca don Cárlos, archiduque de Austria, despues emperador Cárlos V. Halló poderosa oposicion en varias personas altas en autoridad, que teniendo estados y repartimientos en la colonia, se interesaban en la esclavitud de los indios; entre esto

y no el menos enérgico, estaba el obispo Fonseca, presidente del Consejo de las Indias.

Al fin llegó el jóven soberano, acompañado por varios flamencos de su córte, particularmente su gran canciller, el doctor Juan de Salvagio, hombre docto y de probidad, á quien consultaba todos los negocios de la administracion de justicia. Las-Casas no tardó en adquirir intimidad con el canciller, en cuya estimacion tenia alto lugar; pero se levantaron tantos obstáculos por todas partes, que vió poco atendidas sus proposiciones para el alivio de los naturales. Entónces recurrió á un expediente, que consideraba justificado por las circunstancias del caso. El canciller Salvagio y los otros flamencos que habian acompañado al jóven soberano, obtuvieron de él licencias, antes de salir de Flandes, para importar esclavos de Africa á la colonia: medida que habia recientemente prohibido en 1516 el cardenal Jimenez, durante el tiempo de su regencia. El canciller, que era hombre de humanidad, reconcilió esta práctica con su conciencia, admitió la opinion popular de que un negro trabajaria sin detrimento de su salud, mas que muchos indios, y que por lo tanto se economizarian muchos sufrimientos humanos. Pudo, ademas, haber pensado que este cambio influia poco en la felicidad de los africanos. Estaban acostumbrados á la servidumbre en su propio país, y se decia que les probaba bien el Nuevo Mundo. «Los africanos, observa Herrera, prosperaban tanto en la isla Española, que era opinion que »á menos que se ahorcase á un negro no moriria nunca; porque aun no se habia conocido uno que pereciese de enfermedad. Hallaron, como las naranjas, suelo »propicio en Española, y les parecia aun mas natura »que su propia nativa Guinea.

Las-Casas propuso que se permitiese á los españoles residentes en la colonia la importacion de negros para el trabajo de las granjas y minas, y otras labores duras, que excedian la fuerza y destruian la vida de los naturales. Evidentemente consideraba á los pobres africanos como poco mejores que meros animales; y



El emperador Carlos V.

como otros redujo á cálculos artméticos la diminucion de la miseria humana, sustituyendo un hombre fuerte á tres ó cuatro débiles. Estimaba los indios, ademas gente de raza mas intelectual y noble, y su preservacion y bienestar mas importante para los intereses generales de la humanidad.

Este expediente de Las-Casas es el que ha causado severa censura sobre su memoria. Se le ha acusado de palpable inconsecuencia, y hasta de haber originado este inhumano tráfico en el Nuevo-Mundo. El último es un grave cargo; pero los hechos y dactos históricos nos muestran no es debido á él tráfico tan abominable.



El cardenal Jimenez de Cisneros.

Las-Casas no fué al Nuevo-Mundo hasta 1502. Por una real órden promulgada en 1501, se permitia importar esclavos negros, con condicion de que hubiesen nacido entre cristianos. Aparece de una carta escrita por Ovando en 1503, que habia ya entonces muchos en la isla Española, y pide que no se permitiese traer mas. En 1506 el gobierno español prohibió la introduccion de los esclavos negros del levante ó educados entre moros, y estipuló que no se llevasen á la colonia ningunos mas que los de Sevilla, que se habian instruido en la fé cristiana, para que contribuyesen á la conversion de los indios. En 1510 el rey Fernando, habiendo sabido la debilidad física de los indios, mandó, que se enviasen de Sevilla cincuenta africanos para trabajar en las minas. En 1511 mandó que se llevase gran número de Guinea á Española, sabiendo que un negro podia trabajar mas que cuatro indios. En 1512 y 1513 firmó otras órdenes relativas al mismo asunto. En 1516 Cárlos V. dió licencia á los flamencos para importar negros en las colonias. Como se ve ya existia este tráfico cuando Las-Casas en 1517, arrebado por su amor á la raza vencida, dió su sancion á tal comercio. No juzguemos la cuestion á la luz de las ideas dominantes hoy, elevémonos á su época y veremos considerándose como satisfactorias sus medidas por los hombres mas doctos y humanitarios del siglo, tales como el cardenal Adriano y otros. Veia la esclavitud sobre dos pueblos; consultó sus efectos y quiso librar de tan terrible yugo al mas querido de su corazon. Se investigó el número de esclavos requeridos que se limitó á 4,000; y los flamencos obtuvieron el monopolio de este comercio, que despues pasó á manos de los genoveses.

Robertson, hace un paralelo entre la conducta del cardenal Jimenez y la de Las-Casas, muy desventajoso para el último. «El cardenal, dice, cuando se vió »solicitado para proteger este comercio, rehusó la

»proposicion perentoriamente, porque percibia la »iniquidad de reducir unos hombres á la esclavitud, »cuando estaba consultando los medios de restaurar »la libertad de otros; pero Las-Casas, por la inconse»cuencia natural á los hombres que se precipitan con »ciega impetuosidad hácia un punto favorito, era in»capaz de hacer semejante distincion. En el calor de »su celo para salvar del yugo á los indios, pronunció »lícito y expediente imponer uno aun mas pesado á »los africanos.»

No es tan exacto como fuera de desear este elogio y esta censura. Las-Casas no tenia idea de que estaba imponiendo un yugo mas pesado, ni tan pesado siquiera á los africanos. Se consideraban estos mas capaces del trabajo y menos impacientes de la esclavitud. Mientras los indios cedian al peso de sus tareas, pereciendo á millares en Española, los negros, al contrario, progresaban increiblemente. Herrera, á quien se refiere como autoridad Robertson, asigna diferente motivo, y meramente de interes pecuniario, á la medida de cardenal Jimenez. Dice que mandó que nadie llevase negros á las indias, «porque como iban »faltando los indios, y se conocia que un negro tra»bajaba mas que cuatro, por lo cual habia gran de»manda de ellos, parecia que se podia poner algun »tributo en la saca, de que resultaria provecho á la »real hacienda.» Sin embargo, esta medida no se llevó á cabo hasta despues de la muerte del cardenal. Flechier, en su vida de Jimenez, da diverso y mas político motivo para esta prohibicion. El cardenal, dice, se opuso á la importacion de negros en las colonias, porque temia que corrompiesen á los naturales, y formando confederaciones con ellos se hicieran temibles al gobierno. De Marsolier, cita una carta del cardenal sobre este asunto, en que observa que conocia la naturaleza de los negros: era gente capaz de mucha fatiga, pero emprendedores por extremo; y que si tenian tiempo para multiplicarse en America, se alzarian infaliblemente, imponiendo á los españoles las mismas cadenas que ellos habian llevado. Estos hechos, manifiestan la clara prevision de aquel hábil político, cuyas predicciones, con respecto á la revolucion de los negros, se han verificado tan espantosamente en la isla Española.

Algun tanto rebajan estas opiniones el crédito filántrópico del cardenal Jimenez, pero es necesario que no se ensalce al cardenal oscureciendo á Las-Casas. Ambos deben jazgarse á la luz de las ideas dominantes en su época, y si se echa en cara á Las-Casas, el medió que propuso para librar de la esclavitud á los indios, no se olvide que el cardenal Jimenez introdujo la Inquisicion en el Nuevo-Mundo, y autorizó la esclavitud á los indios en las islas Caribes. Ambos son grandes, y para brillar la gloria de Cisneros, no necesita oscurecer la que rodea al nombre de Las Casas.

Fue Las-Dasas autor de muchas obras, pero pocas de ellas se han impreso. La mas importante es una historia general de las Indias, inédita, desde su descubrimiento hasta el año de 1520, en tres volúmenes. La obra, aunque prolija, es de mérito por ser el autor testigo de vista de muchos de los hechos, saber otros por las personas que tuvieron parte en las transacciones que recuerda, y poseer infinidad de documentos. Manifiesta grande erudicion, aun que tal vez cruda y difusamente usada. Empezó su historia el año de 1527, á los cincuenta y tres de edad, y la concluyó en 1559 cuando tenia ochenta y cinco. Como apuntó muchas cosas de memoria, suelen observarse inexactitudes, pero el todo tiene el sello del candor y la verdad. El autor de la presente obra, ha tenido este interesante manuscrito á la vista, habiendo sacado de él muchos hechos extraordinarios desconocidos hasta ahora.

Se ha acusado á Las-Casas de pintar con fuerte colorido y de entregarse á exageradas declamaciones cuando relata las barbaridades cometidas con los indios; cargo que no carece de fundamento, El mismo celo por la causa de los indios que brilló en sus acciones, brilla en sus escritos; siempre puro, á veces vehemente y con frecuencia fuera de tiempo; pero si yerra, una causa santa y generosa le conduce al error. Si la décima parte de lo que dice que avió con »sus propios ojos,» es cierto, y su veracidad es indudable, hubiera faltado á los sentimientos naturales de humanidad, si no expresará su indignacion al pintar tales escenas.

En el discurso de su obra, cuando habla Las-Casas de los documentos originales que tenia á la vista, se lamenta de que estuviesen destinados á perderse para el mundo. Ademas del diario de Colon y de sus cartas, dice que tenia muchas de D. Bartolomé, que escribia mejor que su hermano, y cuyos escritos deben haber estado llenos de energía. Sobre todo, conservaba el mapa formado por estudio y conjetura, con que navegó Colon en su primer viaje. ¡Qué precioso documento seria esta para el mundo! Quizá existen aun estos escritos olvidados entre las bibliotecas de algun convento. Poca esperanza queda de descubrirlos, en el estado de decadencia literaria del clero. La sepultura de este hombre ilustre encuéntrase en Atocha.

La publicacion de esta obra de Las-Casas no se ha intentado en España. Las horribles pinturas que contiene de las crueldades ejercidas contra los indios, se imagina que podrian excitar el ódio hácia sus conquistadores. Las-Casas mismo parece dudar de la conveniencia de su publicacion; pues en 1560 escribió de propia mano una nota que se conserva en los dos primeros tomos del original, diciendo que se los dejaba en confianza al colegio del órden de predicadores de San Gregorio de Valladolid, pidiendo á sus prelados no permitiesen leer aquella historia á los seglares ni aun á los colegiales por el espacio de cuarenta años; y que despues de aquel término se podria imprimir, si era conveniente para el bien de los indios y de los españoles.

Por las dichas razones han usado los historiadores de España cautelosamente la obra, pasando en silencio, ó con breve noticia muchos pasages de lastimosa importancia. Este sentimiento es natural, cuando no recomendable; pues no está el mundo siempre pronto á diferenciar entre los individuos y la nacion de que forma parte. Sin embargo las decisiones del consejo de Indias hacen honor á la nacion española, y solo en el abuso de ellas, por los individuos á quienes se confió la administracion de las leyes, pudieron caber las atrocidades á que nos referimos. Debe tambien recordarse, que la misma nacion que dió cuna á algunos malévolos y rapaces aventureros que perpetraron estas crueldades, dió tambien nacimiento á los primitivos misioneros, que como Las-Casas, siguieron las huellas sangrientas de los descubrimientos, curando las heridas que sus compatriotas hacian: hombres que con espíritu verdaderamente evangélico arrostraban toda especie de fatigas y peligros, y hasta la muerte misma, no por el lucro ó gloria temporales, sino deseando mejorar la condicion, y salvar las almas de aquellas opresas y bárbaras naciones. Las impávidas empresas, y arriesgada peregrinacion de muchos de aquellos hombres virtuosos, propiamente apreciadas, podrian competir en audacia romántica con las acciones mas heróicas de la caballería, aunque excitadas por motivos de mas pura y mucho mas exaltada naturaleza.

NUMERO 27.

PEDRO MÁRTIR.

Pedro Mártir ó Mártyr, de cuyos escritos se ha hecho mucho uso en esta historia, nació en Anghie-

ra, territorio de Milan, en Italia, el 2 de febrero de 1455. Se le llama comunmente Pedro Mártir de Angleria, conformándose al nombre latino desu ciudad. Es uno de los primeros historiadores que tratan de Colon, contemporáneo é íntimo amigo suyo. Se educó en Roma; y en 1487, habiendo adquirido distinguida reputacion por su saber, le invitó el embajador español, conde de Tendilla, á que le acompañase á España. Aceptó gustoso esta proposicion; y fué presentado á los soberanos en Zaragoza. Isabel, en medio de los cuidados de la guerra de Granada, ansiaba la mejora intelectual de su reino, y quiso emplear á Pedro Martir de instructor de los jóvenes nobles de la casa real. Pero con especial delicadeza, hizo que Hernando de Talavera, su confesor, preguntase antes á Pedro Mártir en qué profesion queria servirla. Contra todo lo que se esperaba, respondió Mártir, que «en la carrera de las armas.» Accedió la reina y la siguió su protegido en la guerra, como uno de la familia real militar, pero sin distinguirse, y tal vez sin ningun empleo efectivo en profesion tan agena de sus talentos. Despues de rendida Granada y acabada la guerra, prevaleció la reina, por medio del gran cardenal de España, en hacerle emprender la instruccion de los jóvenes nobles de la córte.

Conocia Mártir á Colon mientras estuvo de pretendiente, y presenció el triunfo con que Fernando é Isabel le recibieron en Barcelona al volver del primer viaje. Le enviaron Fernando é Isabel en 1501 de embajador extraordinario á Venecia, y de allí, cerca del gran Soldan de Egipto. Habia el Soldan en 1490 ó 1491, enviado un embajador á la córte de España pidiendo que se desistiese de la guerra de Granada, y amenazando que de no hacerlo así, pasaria por las armas todos los cristianos del Egipto y de la Siria, destruiria todos sus templos y el Santo Sepulcro de Jerusalen. Fernando é Isabel siguieron la guerra con décupla energía, y le dieron triunfante y gloriosa cima en la campaña inmediata, mientras estaba el Soldan ocupado todavía en negociaciones de la misma especie con el papa. Enviaron despues á Pedro Mártir de embajador al Soldan, para explicar y justificar sus medidas. Desempeñó tan peligrosa comision con la mayor habilidad. Mientras estuvo en esta embajada, escribió su obra «de Legatione Babilónica»,» que incluye la historia de Egipto en aquellos tiempos.

A su vuelta á España fue premiado con empleos y pensiones, y en 1524 recibió el nombramiento de ministro del consejo de las Indias. Su obra principal es la que describe el descubrimiento del Nuevo-Mundo, en ocho décadas, cada una de diez capítulos. Se intitulan décadas del Nuevo-Mundo; ó décadas del Océano; y como todas sus obras, se escribió originalmente en latin, aunque fue despues traducida á varias lenguas. Al escribir sus décadas, las consultaba con el mismo Colon y con sus compañeros.

En una de sus epístolas dice, que acaba de recibir carta de Colon, lo que da á entender que estaban ambos en correspondencia. Las-Casas dice que se le debe gran crédito respecto á aquellos viajes de Colon, aunque sus décadas contienen algunas inexactitudes relativas á los sucesos posteriores de las Indias. Muñoz observa sin embargo, que sus escritos compuestos en la escitacion del momento, relata con frecuencia circunstancias que se ha visto despues carecen de fundamento, que es la composicion descuidada y sin método, con repetidas equivocaciones de sucesos y fechas, y así debe leerse con madurez y pulso.

Estaba Pedro Mártir acostumbrado á escribir cartas á personas distinguidas, contando las ocurrencias diarias de la bulliciosa córte y siglo en que vivia. En varias de estas se habla de Colon, y de las principales ocurrencias de su viaje. No siendo estas cartas generalmente conocidas ni citadas con frecuencia, agradarán á los lectores algunos de los principales pasajes de ellas relativos á Colon. Su lectura nos trasporta á la edad de los descubrimientos.

En una de sus epístolas, fecha en Barcelona en 1.° de mayo de 1493, y dirigida á C. Borroneo, dice: en estos dias ha llegado un cierto Cristóbal Colon de »los antipodas occidentales: es un hombre de Liguria »á quien mis soberanos casi con repugnancia confia»ron tres buques para buscar aquella region, porque »se pensaba que lo que decia era fabuloso. Ha vuelto »y traido muestra de varias cosas preciosas, pero con »particularidad de oro, que aquellos paises producen »naturalmente.»

En otra carta fecha tambien en Barcelona en setiembre próximo, da una relacion circunstanciada. Esta dirigida el conde de Tendilla, gobernador de Granada, y tambien á Fernando de Talavera, obispo de aquella diócesis, y el mismo á quien las proposiciones de Colon habian sido referidas por los soberanos españoles;

«Escuchad, dice Pedro Mártir en su epístola, un »nuevo descubrimiento. Os acordais de Colon el Ligu»rio, nombrado en el campo por nuestros soberanos, »para buscar un nuevo hemisferio de tierra en los an»tipodas occidentales. Debereis acordaros, por haber »tenido alguna agencia en esta transaccion: ni la em»presa, segun pienso, se hubiese emprendido sin vues»tro consejo. Ha vuelto con felicidad, y cuenta los pro»digios que ha descubierto. Exhibe oro, como prueba »de las minas de aquellas regiones, tambien algodon y »aromas, y pimienta mas picante que la del Cáucaso. »Todas estas cosas, juntas con madera para teñir de »encarnado, las produce la tierra expontáneamente. »Siguiendo al sol occidental cinco mil millas desde »Gades, salió á muchas islas, y tomó posesion de una »de mas circuito, segun asegura, que toda la España. »Allí encontró una raza de hombres que viven conten»tos en el estado de la naturaleza, manteniéndose de »frutas, hortalizas y pan hecho de raices. Esta gente »tiene sus reyes, algunos mas poderosos que otros, y »alguna vez guerrean entre ellos, con arcos y flechas, »ó lanzas aguzadas y endurecidas al fuego. Prevalece »entre ellos el deseo de mandar, aunque van todos en »cueros. Tambien tienen matrimonio. Lo que adoran »escepto la divinidad del cielo, no se sabe, etc.»

En otra carta; tambien de setiembre de 1493, y dirigida al cardenal y vice-canciller Ascanius Sforza, dice:

«Tan grande es mi deseo de daros satisfaccion, ilus»tre principe, que considero como gratísima ocurren»cia en las grandes fluctuaciones de los sucesos, cuan»do sucede algo entre nosotros, en que podais interesa»ros. Las maravillas de este globo terrestre, al rededor »del cual gira el sol en veinte y cuatro horas, han es»tado hasta nuestros dias, como sabeis bien, conoci»das solo con respecto á nuestro hemisferio, desde el »dorado Quersoneso hasta la Gades española. Lo de»mas se habia abandonado como desconocido por los »cosmógrafos; y si se ha hablado de ello, ha sido dudo»sa y ligeramente. Pero ahora ¡oh santa empresa! ba»jo los auspicios de nuestros soberanos, lo que hasta »el presente ha estado oculto desde el primer orígen »de las cosas, ha empezado al fin á desenvolverse. Así »ha sido el suceso. ¡Atencion ilustre príncipe¡ Un tal »Cristóbal Colon, Ligurio, despachado á aquellas re»giones con tres bajeles por mis soberanos, siguien»do el sol occidental mas de cinco mil millas desde Ga»des, se abrió camino á los antipodas. Treinta y tres »dias navegó sucesivamente sin ver mas que cielo y »agua. Al fin desde el mástil del mayor buque en »que iba el mismo Colon, proclamaron tierra los ma»rineros. Costeó seis islas; una de ellas, segun toda »su gente declara, engañada tal vez por la novedad »de la escena, es mayor que la España.» Pasa Pedro Mártir á dar la acostumbrada relacion de las producciones de las islas, las costumbres de los habitantes

particularmente de las guerras que ocurrian entre ellos: y exclama «¡ como si el *meum* y el *tuum* tambien »allí se hubieran introducido, y el costoso lujo y el »deseo de acumular riqueza.

En otra carta, de fecha de Valladolid 1.° de febrero de 1494, á Fernando de Talavera, arzobispo de Granada, observa, «que el rey y la reina al volver Colon »á Barcelona de su ilustre empresa, le hicieron Almi»rante del mar Océano, y le mandaron, en honor de »sus altas hazañas, que se sentase en su presencia: »honra, como sabeis, la mas alta que dispensan nues»tros soberanos. Le han vuelto á despachar á aquellas »regiones con una flota de diez y ocho buques. Hay »esperanzas de grandes descubrimientos en los anti»podas antárticos occidentales.»

En otra carta á Pomponio Lœtus, de Alcalá de Henares, 9 de diciembre de 1494, da las primeras noticias del éxito de esta espedicion.

«España, dice estendiendo sus alas aumentando »su imperio, y dilatando su nombre y gloria hasta los »antipodas... De diez y ocho vajeles despachados por »mi soberano con el Almirante Colon en su segundo »viaje al hemisferio occidental, doce han vuelto carga»dos de algodon, formidables árboles de madera de tin»te y otros muchos artículos tenidos entre nosotros »por preciosos, naturales producciones de aquel, hasta »ahora, ignoto mundo, y ademas de todas estas co»sas, no pequeña cantidad de oro. Sobre la superficie »de aquella tierra se encuentran rudas masas de oro »nativo, de peso tal, que casi escede á la creencia. Al»gunas pesan 250 onzas, y esperan descubrir otras »mucho mayores. Ni cabe ya duda, sobre los lestrigo»nes y polifemos que se alimentan de carne humana. »Cuando fué de las islas Afortunadas, llamadas Ca»narias hoy, á Española, la isla en que primero de»sembarcó, volviendo la proa un poco hácia el sur, »llegó á innumerables islas de salvajes, á quien los »otros llaman caníbales ó caribes; y estos aunque des»nudos, son valientes guerreros pelean diestramente »con arcos y clavas, y tienen botes ahuecados de un »solo árbol, pero muy capaces, en que hacen fieros »desembarcos en las islas vecinas, habitadas por gen»tes mas suaves. Atacan sus ciudades, y se llevan pri»sioneros á los hombres para devorarlos luego.»

En el cuerpo de esta obra se ha citado ya una carta á Ponponio Lœtus sobre el mismo asunto. Es verdad, que estos estractos nada dicen que no se haya esplicado mas latamente en las décadas del mismo autor; pero son curiosos como primeros anuncios de los descubrimientos de Colon; y porque muestran la primera impresion de aquellos sucesos extraordinarios en el ánimo de uno de los hombres mas doctos y liberales de su siglo.

En 1530 se publicó una coleccion de cartas de Pedro Mártir, bajo el titulo de *Opus Epistolarium Petri Martyris Anglerii*. Está dividida en treinta y ocho libros, cada uno conteniendo las cartas de un año. Poseen el mérito de haber estado escritas en los actos mismos antes que los hechos que recuerdan se disfrazaran ú oscurecieran por la preocupacion ó la calumnia. Sus obras abundan en particularidades interesantes, que no se hallan en ningun otro historiador contemporáneo. Son ricas de pensamiento, y aun mas ricas en hechos, y llenas de urbanidad y de los sentimientos liberales de un letrado que conoce el mundo. Es fuente de que muchos beben, y de la cual con alguna precaucion puede beberse con seguridad. Murió en Valladolid, en 1526.

NUMERO 28.

OVIEDO.

Gonzalo Fernandez de Oviedo y Valdes, comunmente conocido como Oviedo, nació en Madrid en 1478, y murió en Valladolid en 1557, de setenta y nueve años de edad. Era de una familia noble asturiana, y en su juventud fue nombrado paje del príncipe Don Juan, único hijo de los reyes Católicos. Servia este empleo cuando el sitio y toma de Granada; estando por consiguiente en la córte cuando hizo Colon su convenio con los soberanos Católicos, y en Barcelona, adonde presenció la entrada triunfante del descubridor, seguido por varios naturales de los recien hallados paises.

Por muchos años sirvió varios empleos de confianza y dignidad en las colonias, tanto por Fernando, como por su nieto y sucesor Cárlos V. En 1535 recibió el cargo de alcaide de la fortaleza de Santo Domingo, en Española, y despues fue nombrado historiador de las Indias. Escribió diversas obras: la mas importante es una crónica de las Indias en cincuenta libros, dividida en tres partes. La primera que contiene diez y nueve libros, se imprimió en Sevilla en 1535, y se reimprimió en 1547 en Salamanca, aumentada de un libro de naufragios que completó los veinte. El resto de la obra está aun en manuscrito. Se empezó á imprimir en Valladolid en 1557, pero no se continuó en consecuencia de su muerte.

Era escritor infatigable, laborioso en la recoleccion y recuerdos de los hechos, y compuso una multud de volúmenes, que andan esparcidos por las bibliotecas españolas. Sus escritos están llenos de sucesos pasados á su vista, ó que le fueron comunicados por testigos oculares; pero carecia de tacto para juzgar los hechos. En su narrativa del primer viaje de Colon, cae en errores de bulto, en consecuencia de haber recibido noticias verbales de un piloto llamado Hernan Perez Mateo, que era adicto á los Pinzones. No se debe confiar en su obra en materias relativas á Colon. Cuando trata del Nuevo-Mundo en periódo mas avanzado, y por observaciones propias, es mucho mas satisfatorio, aunque se le acusa de escuchar con demasiada facilidad las fábulas y prevaricaciones populares. Su relacion de las producciones naturales del Nuevo-Mundo, y de las costumbres de sus habitantes, está llena de pormenores curiosos; y las mejores narracciones de algunos de los viajes que sucedieron á los de Colon, se encuentran en la parte inédita de su obra.

NUMERO 29.

CURA DE LOS PALACIOS.

Andres Bernaldez, ó Bernal, generalmente conocido por el título de Cura de los Palacios, por haber lo sido en efecto desde 1488 hasta 1513, nació en Fuentes, y fue por algun tiempo capellan de Diego Deza, arzobispo de Sevilla, uno de los mayores amigos de Colon. Bernaldez conocia mucho al Almirante, á quien solia tener de huesped, y que le dejó en 1496 muchos de sus manuscritos y diarios, de que hizo el cura uso en una historia del reinado de Fernando é Isabel, en que introduce una relacion de los viajes de Colon. En la narrativa del costeo del Almirante por el sur de Cuba, es Bernaldez mas minucioso y exacto que ningun otro historiador. Su obra existe solo en manuscrito, pero la conocen bien los historiadores, y la han usado con frecuencia. El caballero O' Rich posee una crónica manuscrita muy curiosa, ya citada en esta obra, y compuesta de la dicha historia del cura de los Palacios, y de otros historiadores de aquellos tiempos por un escritor coetáneo. En su relacion del viaje del Almirante, difiere en algunos puntos triviales de la historia del cura. Estas variaciones se han examinado cuidadosamente por el autor de la presente obra, adoptando las que mas fundadas le han parecido.

NUMERO 30.

NAVIGAZIONE DEL RE DE CASTIGLIA DELLE ISOLE E PAESÉ NUOVAMENTE RITROVATE.

NAVIGATIO CHRISTOPHORI COLOMBI.

Los que anteceden son los títulos, italiano y latino de las primeras narrativas de los viajes primero y segundo de Colon, que aparecieron impresas. Se publicaron anónimas, y hay algunas particularidades notables respecto á ellas. Se escribieron originalmente en italiano por Montalbodo Fracanzo, ó Francanzano, ó por Francopano de Montabaldo; pues difieren los escritores con respecto á su nombre, y se publicó en Vicenza, en 1507, en una coleccion de viajes intitulada: Mondo Novo é Paese nuovamente ritrovate.

Pedro Mártir alude á una reimpresion de esta obra hecha en Basilea en 1533 y acusa á su autor de haber robado los materiales de aquella obra de los tres primeros capítulos de su primera década del Océano, de la cual dice, dió copias manuscritas á varias personas particularmente á ciertos embajadores venecianos. Las décadas de Pedro Mártir no se publicaron hasta 1516.

De esta narrativa de los viajes de Colon, habla Geo. Battista Spotorno en su memoria histórica del Almirante, como escrita por alguno de los compañeros de este.

Al examinar la obra se ve manifiestamente, que aunque el autor puede haber usado muy libremente el manuscrito de Mártir, debió haber tenido otros acopios de noticias. Su descripcion de la persona del Almirante, como hombre alto de estatura, fuerte de miembros, de color tostado del sol y rostro largo, no la copió de Pedro Mártir ni de otro autor ninguno. Ningun historiador le precedió, en efecto, exceptuando Sabellicus, en 1504, y el retrato corresponde con el que salió de Colon posteriormente en la biografía que escribió su hijo.

Es probable que esta narrativa, que apareció al año despues de la muerte de Colon, fuese una pieza de destajo literario, escrita para la coleccion de viajes que se publicó en Vicenza, y que los materiales se tomarian de comunicaciones orales, de la relacion de Sabellicus, y particularmente de las copias manuscritas de la primer década de Pedro Mártir.

NUMERO 31.

ANTONIO DE HERRERA.

Antonio de Herrera, de Tordesillas, nació en 1565 de Rodrigo Tordesillas, é Ines de Herrera, su mujer. Recibió una educacion excelente, y entró al servicio de Vespasiano Gonzaga, hermano del duque de Mántua, virey de Nápoles por Felipe II de España. Le hizo despues Felipe II su grande historiador de las Indias, y añadió á este título una grande pension. Escribió varios libros, pero el mas celebrado es una historia general de las Indias, ó colonias americanas, en cuatro volúmenes que contienen ochos décadas. Cuando emprendió esta obra, se le abrieron todos los archivos públicos, y tuvo acceso á documentos de todas clases. Se le ha acusado de grande prisa en la produccion de los dos primeros volúmenes, y de negligencia en no hacer suficiente uso de los inmensos acopios de noticias puestos á su alcance. El hecho es, que se encontró con muchas composiciones históricas manuscritas, que abrazaban gran parte de los primeros descubrimientos, y se contentó con relatar los sucesos, segun estaban recordados. Es cierto, que una gran parte de su obra es poco mas que el traslado de la historia de las Indias que dejó Las-Casas, reduciendo á veces y mejorando la diccion; omitiendo las apasionadas declamaciones del celoso obispo, cuando se trataba de las injurias hechas é los indios, y suprimiendo varias circunstancias poco favorables al carácter de los descubridores españoles.

Dice Muñoz, «que generalmente hablando, Herrera hizo poco mas que juntar pasajes y estractos »tomados de varias partes, al modo que arregla un »escritor cronológicamente los materiales con que »piensa componer una historia. Añade, que si no »hubiera sido Herrera hombre docto y juicioso, la »precipitacion con que aglomeró aquellos materiales »le hubiera conducido á innumerables errores.» Observacion justa; pero debe considerarse que elegir y arreglar semejantes materiales juiciosamente, y usarlos con sabiduría, no es ya pequeño mérito en el historiador.

Tambien se acusa á Herrera de lisonjear su nacion, exaltando los hechos de los españoles, y suavizando y ocultando sus excesos. No hay nada grave en esta acusacion aun cuando fuese fundada. Ilustrar la gloria de su patria, es una de las mas nobles prerogativas del historiador; y es difícil qne exceda elogio alguno al mérito de las empresas extraordinarias y espléndidas acciones de los españoles de aquellos dias.

Vosio hace alto elogio de Herrera. «Ninguno, dice, »ha descrito con mayor industria y fidelidad la »magnitud y límites de las provincias, los trechos del »mar, posicion de cabos é islas, puertos y ensena»das, las corrientes de los rios y dimensiones de »los lagos, la situacion y peculiaridades de las re»giones, la apariencia de los cielos, y la designacion »de sitios propios para edificar ciudades.» Los españoles le llaman príncipe de los historiadores de América, y se añade que ninguno se ha levantado despues de él, capaz de disputarle este título. Mucha parte de este elogio parece exagerada á los que examinan las historias manuscritas, de que trasfirió capítulos y libros enteros con poca variacion á sus volúmenes; y una gran parte de los aplausos que por la obra de Indias recibe, son debidos á Las-Casas, largo tiempo eclipsado por su conquista. Sus obras llevan el sello del candor, la integridad y un síncero deseo de recordar solo los hechos individualuente ciertos.

Murió en 1625, á los sesenta años de edad, despues de haber obtenido de Felipe IV la promesa de hacerle secretario de estado en la primera plaza que vacase.

NUMERO 32

OBISPO FONSECA.

La singular malevolencia manifestada por el obispo Juan Rodriguez de Fonseca hácia Colon y su familia se originó, segun se ha dicho, en alguna disputa de las suscitadas entre el Almirante y Fonseca en Sevilla, en 1493, por la dilacion en ármar la flota para el segundo viaje, y al número de criados que debia llevar el Almirante. Fonseca recibió una carta de los soberanos, reprobando tácticamente su conducta, y mandándole mostrar todas las atenciones posibles á los deseos de Colon, y hacer de que se le tratase con honor y deferencia. Fonseca no olvidó jamas esta afrenta, y lo que era para él lo mismo, no la perdonó jamas. La hostilidad así producida continuó con ascendente virulencia durante la vida toda de Colon, y á su muerte se trasfirió á sus hijos y sucesores. Esta animosidad infatigable se ha ilustrado en el discurso de la presente obra con hechos y observaciones tomadas de autores, algunos de ellos contemporáneos de Fonseca, pero á quienes refrenaban aparentemente motivos de prudencia, para no dar salida á la indignacion que evidentemente sentian.

Este prelado tuvo la superintendencia en gefe de los negocios coloniales de España bajo Fernando é Isabel, y tambien bajo el emperador Cárlos V. Era hombre activo é intrépido, pero soberbio, pérfido y egoista. Su administracion no tiene huellas de una política liberal y comprensiva; pero está llena de rasgos

de bajeza y de arrogancia. Se opuso á las benévolas intenciones de Las-Casas para mejorar la condicion de los indios y obtener la abolicion de los repartimientos, tratándole con personal altivez y aspereza. Dícese que Fonseca comerciaba valiéndose de muchos abusos, y á costa de los indios.

Mientras se hallaba pronto el obispo á protejer vagos aventureros que á su favor salian, jamas tuvo virtud ni entendimiento para apreciar los caudillos ilustres como Colon ó Cortés.

Cuando se entablaron contiendas entre Cortés y Velazquez; se decidió por este llevado de mezquinos intereses personales.

Era tal la influencia que alcanzaba en la córte Fonseca, que á pesar de la gran reputacion de Cortés, logró introducir sospechas; de tal modo que á uno de sus favoritos se le dió el encargo de espiar la conducta del héroe; este favorito se llamaba Tapia, y su encargo era semejante al que egerciera Bobadilla cerca de Colon. Debia examinar la conducta de Cortés; y en caso de que lo juzgase conveniente arrestarlo, secuestrar sus bienes, y tomar su mando. Despues de esto el obispo mandó un emisario escitando á varias personas, á que desconociesen á Cortés; pero estas medidas se estrellaron contra la firmeza del bravo soldado que tantos triunfos habia obtenido.

Cuando llegaron á examinarse y decidirse en España las disputas entre Cortés y Velazquez, Martin Cortés, el padre del conquistador, y sus abogados; se opusieron á que fuese Fonseca uno de los árbitros, alegando su enemistad hácia Cortés, su patriocinio de Velazquez, y el estar en vísperas de dar al último su hermana. El cardenal Adriano examinó maduramente el asunto, y la peticion fue concedida. Se mandó á Fonseca por lo tanto, que no presidiese en aquellos negocios: »alegándose tambien, dice Herrera, que habia llamado á Cortés públicamente traidor, que habia »impedido que se atendiese á sus representaciones »en el consejo de las Indias, declarando que nun»ca se verian en él mientras él viviese: que no ha»bia dado al rey completo informe en materias »relativas á aquellos puntos de servicio; y que ha»bia mandado en la casa de Indias de Sevilla, no se »permitiesen ir á Nueva-España armas, gentes, ni »mercancías.» Cortés mismo subsiguientemente declara, «que habia experimentado mas vejaciones y »dificultades de las amenazas y afrentas de los mi»nistros del rey, que trabajo le habia costado ganar »sus victorias.»

Acusaciones mas espantosas ha lanzado Herrera á la frente de Fonseca, y si no véase como le imputa, aunque misteriosamente, el haber querido asesinar á Cortés. Un tal Villafaña fue el encargado de asesinar á Cortés, y poner en su lugar á un hermano de Velazquez. Mientras esperaban los conspiradores la ocasion de dar de puñaladas á su capitan se arrepintió uno de ellos, y le significó el peligro en que se hallaba. Fue Villafaña arrestado. Quiso tragarse un papel que contenia la lista de los conspiradores; pero habiéndole cogido un soldado por la garganta le sacó de la boca una lista de catorce personas de importancia. Villafaña fue ahorcado no sin protestar antes que ninguna de las personas contenidas en la lista sabia los amaños de los conspiradores. En la investigacion de las disputas entre Cortés y Velazquez, verificada ante un tribunal especial en 1522, y en que se hallaron el gran canciller y otras personas de nota, se habló de la ejecucion de Villafaña como de un acto cruel y gratuito de poder, y en su vehemente deseo de acriminar al caudillo, los testigos de la parte contraria declararon que «Villa»faña se movió á lo que hizo con cartas del obispo »de Burgos.»

No es creible que Fonseca recomendase el asesinato; pero en estos amaños de sus cómplices se muestra la perbersidad de sus sentimientos.

Fonseca murió en Burgos en 4 de noviembre de 1524, y se enterró en Coca.

NUMERO 33.

SOBRE LA SITUACION DEL PARAISO TERRENAL.

Las especulaciones de Colon sobre la situacion del Paraiso Terrenal, han ocupado á muchos hombres graves y doctos.

Todos los pueblos han soñado con un Paraiso Terrenal; todos han admitido una mansion de delicias donde corria tranquila la primitiva existencia de nuestros padres; cuando se despertaron de la nada al mandato de Dios que les ofreció un paraiso de delicias, cuyas descripciones se parecen mas ó menos al jardin de las Hespérides soñado por los poetas de Grecia. No es solo nuestra religion la que proclama tal idea; todos los pueblos han convenido en ella. Tan hermoso lugar se colocó primitivamente en la Oasis de Arabia. Al aumentarse los conocimientos geográficos empezó á moverse sin cesar y á mayores distancias, la situacion de los jardines de Hesperia. Se trasfirió primero á las márgenes de las grandes Sirtes, en las cercanías del monte Atlas. Allí el viajero, despues de atravesar los espantosos desiertos de Barca, se hallaba en un país fértil y abundante, regado por arroyos y ricos manantiales. Las naranjas y cidras llevadas á la Grecia, donde hasta entonces no se conocian, deleitaron á los atenienses por su dorada belleza y esquisito gusto, y pensaron que solo el jardin de las Hespérides, podia producir tan delicados frutos. Así la region feliz de los antiguos iba de lugar en lugar, pero manteniéndose siempre en la mas remota y oscura extremidad del mundo, hasta llegar á las Canarias, llamadas por eso las islas Afortunadas ó de Hesperia.

Del mismo modo la situacion del Paraiso Terrenal ó jardin de Eden, fue mucho tiempo objeto de curiosas disputas, y ocupó la laboriosa atencion de los mas doctos teólogos. Algunos la ponian en Palestina ó la Tierra Santa; otros en Mesopotamia, en aquel rico y hermoso trecho de tierra que abraza en su carrera el Tigris y el Eufrates; otros en Armenia, é imaginaban que Enoch y Elías habian sido allí trasportados fuera de la vista mortal, para vivir en un estado de bienaventuranza terrestre, hasta la segunda venida de nuestro Salvador. Otros habia que le situaban remotísimamente en la Trapobana de los antiguos, ó en las islas de Sumatra, ó las Afortunadas ó Canarias, ó en una de las de Sunda; ó últimamente, en algun punto favorecido bajo la línea equinocial.

Los investigadores se veian muy apurados para concordar con el Génesis sus investigaciones. Los que estaban en favor de la Tierra Santa, suponian que era el Jordan el gran rio que despues se dividia en Phison, Gihon, Tigris y Eufrates; pero que las arenas habian cegado los antiguos lechos por donde se alimentaban aquellas corrientes; que originalmente atravesaba el Phison la Arabia desierta y la Arabia feliz, de donde seguia su curso hasta el golfo de Persia; que el Gihon bañaba la Arabia pedregosa ó del Norte, y caia en el golfo de Arabia ó el Mar Rojo; que el Eufrates y el Tigris pasaban por Eden á la Asiria y la Caldea, de donde desembocaban en el golfo de Persia.

Los mas de los primitivos comentadores suponen que el llamado Gihon fuese el Nilo. No se conocian sus manantiales; pero se vencia ingeniosamente esta dificultad, dándole una carrera subterránea de algunos centenares de leguas, desde la fuente comun, hasta que salia á luz en Abisinia. Del mismo modo se daba tambien curso subterráneo al Tigris y al Eufrates, haciéndolos pasar por debajo del mar Rojo, hasta

presentarse en Armenia, como si acabaran de salir de una fuente comun. Los que ponian el Paraiso Terrenal en islas, suponian que los rios que salian de ellas y formaban los que acaban de nombrarse, ó bien atravesaban la superficie del mar, pudiendo el agua dulce por su mayor ligereza flotar sobre la salada, ó que fluian por las profundas venas y canales de la tierra, como la fuente de Aretusa, se suponia sumergirse en la tierra de Grecia, y salir otra vez en la isla de Sicilia; mientras el rio Alfeo, se levantaba en el mar un poco antes de llegar á la isla.

Decian algunos que el Paraiso habia sido destruido por el Diluvio; pero otros sostienen que se encuentra situado sobre una inaccesible montaña.

Algunos ponian esta montaña bajo la linea equinoccial, ó bajo la banda de los cielos, espacio comprendido entre los trópicos de Cáncer y Capricornio, mas allá de los cuales nunca pasaba el sol en su curso anual. Allí habia uniformidad de dias, noches y estaciones, y á la elevacion de la montaña no alcanzaban las calores y tormentas de las regiones mas bajas. Trasportaban otros el jardin mas allá de la línea equinoccial, y lo ponian en el hemisferio del Sur, suponiendo que la zona tórrida impedia su acceso á los mortales. Sustentaban estos sus teorías con argumentos bastante fantásticos. El Paraiso Terrenal, decian, debe estar en la parte mas noble y feliz del globo; aquella parte debe estar situada bajo la parte mas noble de los cielos; y los méritos de lugar no dependen tanto de las virtudes de la tierra, como de las felices influencias de las estrellas, y el favorable y benigno aspecto de los cielos. Ahora bien: segun los filósofos, estaba dividido el mundo en dos hemisferios. Consideraban al del Sur cabeza, y al del Norte pies, ó parte inferior: la derecha el Oriente, de donde empezaba el movimiento del primer móvil; y la izquierda el Occidente, hácia donde se movia. Y asi como la cabeza es la parte mas noble del hombre; tambien el Sur, siendo cabeza de la tierra, debia ser superior, y mas noble que Oriente, Occidente ó Norte; y en defensa de esto citaban la opinion de varios filósofos antíguos y con especialidad la de Ptolomeo. De aquí concluian, que en aquel hemisferio del Sur, en aquella cabeza de la tierra, bajo aquel cielo mas puro y brillante; y aquellas estrellas mas potentes y benignas, estaba situado el Paraiso Terrenal.

Habia diversidad de ideas respecto al tamaño de esta region bienaventurada. Como Adan y toda su progenie debian haber vivido en ella á no haber pecado, y como no debia de haber allí muerte que aminorase el número de los hombres, se inferia que era el Paraiso Terrenal de grande extension para poder contenerlos. Algunos le hacian igual á toda la Europa ó al Asia; otros le daban todo el hemisferio del Sur. San Agustin supone, que al multiplicarse el género humano, muchos sin padecer muerte serian trasladados al cielo; los padres, tal vez, cuando sus hijos hubiesen llegado á la edad madura, ó porciones de la raza humana, al fin de ciertos períodos, cuando la poblacion del Paraiso Terrenal llegase á cierto número.

Los espontáneos frutos del jardin hubieran llenado con abundancia las pocas necesidades del hombre. Todavia empero para que no estuviese amontonada la raza humana, y tuviera ámplio trecho para recreacion y goces, y los placeres de cambios y variedades, algunos daban al jardin lo menos cien leguas de circunferencia.

San Basilio describe con rapto los goces de aquella mansion sagrada, que se eleva á la tercera region del aire, bajo los mas felices cielos. Un placer puro é incesante arroba en ella todos los sentidos. La vista se deleita en la admirable diafanidad de la atmósfera, en la nunca marchita lozania de las flores. Regalan el oido el canto de las aves, y el olfato los olores aromáticos de la tierra. Del mismo modo tienen los otros sentidos sus goces peculiares. Son desconocidas las vicisitudes de las estaciones, y junta el clima los frutos del verano, la alborozada abundancia del otoño, y la dulce frescura y tranquilidad de la primavera. La tierra siempre verde, siempre rozagantes las flores, las aguas puras y cristalinas, no precipitándose en turbios y rudos torrentes, sino manando en plácidas fuentes y serpeando en manso y argentado curso. No se permite á los ásperos y estrepitosos vientos sacudir y turbar el aire, ni invadir la belleza de las selvas; ni prevalecen tiempos oscuros ni melancólicos; ni aguaceros anegadores, ni granizo; relámpagos y truenos, ni el frio desconsolador de invierno, ni el calor fatigoso del verano, ni cosa alguna que pueda causar dolor, incomodidad ó angustia; todo es dulzura, gentileza y serenidad, perpétua juventud y gozo reina en la naturaleza, y nada se desmejora ni muere.

La misma idea da San Ambrosio en su libro del Paraiso, autor citado tambien y consultado por Colon. Escribió en el cuarto siglo, y su elocuencia y florida aunque vigorosa diccion, aseguraron grande popularidad á sus escritos.

Colon da tambien gran autoridad y asenso Granville que en una obra intitulada de *Propietatibus Rerum*, el cual emite la opinion de que el agua de la fuente del Eden caia en un gran lago del cual nacen los cuatro rios de que habla el Génesis, y Las-Casas es de dictámen de que fundó en él su idea, de que el vasto cuerpo de agua dulce que llenaba el golfo de la Ballena ó de Pária, fluía de la fuente del Paraiso, aunque de remota distancia; y que en este golfo, que suponia á los extremos del Asia, se originaban el Nilo, el Tigris, el Eufrates y el Ganjes, que podian ir por debajo de mares y tierras por canales subterráneos, á los lugares á donde nacen en la tierra y toman su propio nombre.

Nos hemos detenido algun tanto en estas especulaciones porque para ilustrar claramente el carácter de Colon, es necesario dilucidar aquellos pensamientos que pasaban por su ánimo, al considerar los fenómenos singulares de las regiones desconocidas que exploraba, y que suele referir ligera y vagamente en sus diarios y cartas.

Bastante se ha citado para hacer ver, que en sus observaciones respecto al Paraiso Terrenal, no se entregaba Colon á visionarias ni presuntuosas quimeras, hijas de un cerebro ardiente y desordenado. Por fantásticas que puedan parecer hoy sus congeturas, las fundaba en opiniones escritas, tenidas entonces por poco menos que oraculares; y se verá al examinarlas que le excedieron con mucho las especulaciones y teorías de sabios, considerados ilustres por su ciencia y erudicion en las escuelas y los cláustros.

NUMERO 34.

TESTAMENTO DE COLON.

En el nombre de la Santísima Trinidad, el cual me puso en memoria, y despues llegó á perfecta inteligencia, que podria navegar é ir á las Indias desde España, pasando el mar Océano al Poniente, y ansi lo notifiqué al rey D. Fernando y á la reina Doña Isabel, nuestros señores, y les plugo de me dar aviamiento y aparejo de gente y navios, y de me hacer su Almirante en el dicho mar Océano, allende de una raya imaginaria que mandaron señalar sobre las islas de Cabo-Verde, y aquellas de los Azores, cien leguas que pasa de polo á polo, que dende en adelante al Poniente fuese su Almirante, y que en la tierra firme é islas que yo fallase y descubriese, y dende en adelante, que destas tierras fuese yo su Visorey y Gobernador, y sucediese en los dichos oficios mi hijo ma-

yor, y así de grado en grado para siempre jamas é yo hobiese el diezmo de todo lo que en el dicho Almirantazgo se fallase é hobiese é rentase, y asimismo la octava parte de las tierras, y todas las otras cosas, é el salario que es razon llevar por los oficios de Almirante, Visorey y Gobernador, y con todos los otros derechos pertenecientes á los dichos oficios, ansi como todo mas largamente se contiene en este mi privilegio y capitulacion que de sus Altezas tengo.

E plugo á nuestro Señor Todopoderoso que en el año de noventa y dos descubriese la tierra firme de las Indias y muchas islas, entre las cuales es la Española, que los indios della llaman Ayte y los monicongos de Cipango. Despues volví á Castilla á SS. AA. y me tornaron á recibir á la empresa é á poblar é descubrir mas, y ansí me dió nuestro Señor vitoria, con que conquisté é fice tributaria á la gente de la Española, la cual boja seiscientas leguas, y descubrí muchas islas, á los Canibales, y setecientas al Poniente de la Española, entre las cuales es aquella de Jamáica, á que Nos llamamos de Santiago, é trescientas é treinta é tres leguas de tierra-firme de la parte del Austro al Poniente, allende de ciento y siete de la parte del Septentrion, que tenia descubierto al primer viaje con muchas islas, como mas largo se verá por mis escrituras y memorias y cartas de navegar. E porque esperamos en aquel alto Dios que se haya de haber antes de grande tiempo buena é grande renta en las dichas islas y tierra-firme, de la cual por la razon sobredicha me pertenece el dicho diezmo y ochavo y salarios y derechos sobredichos: y porque somos mortales, y es bien que cada uno ordene y deje declarado á sus herederos y sucesores lo que ha de haber é hobiere, é por esto me pareció bien de componer desta ochava parte de tierras y oficios é renta un Mayorazgo, así como aquí abajo diré.

Primeramente que haya de suceder á mi D. Diego, mi hijo, y si del dispusiere nuestro Señor antes que él hobiese hijos, que ende suceda D. Fernando, mi hijo, y si dél dispusiere nuestro Señor sin que hobiese hijo, ó yo hobiese otro hijo, que suceda D. Bartolomé, mi hermano, y dende su hijo mayor, y si dél dispusiere nuestro Señor sin heredero que suceda D. Diego, mi hermano, siendo casado ó para poder casar, é que suceda á él su hijo mayor, é así de grado en grado perpétuamente para siempre jamas, comenzando en D. Diego, mi hijo, y sucediendo sus hijos, de uno en otro perpétuamente, ó falleciendo el hijo suyo D. Fernando, mi hijo, como dicho es, y así su hijo, y prosigan de hijo en hijo para siempre él y los sobredichos D. Bartolomé, si á él llegare é á D. Diego mis hermanos. Y si á nuestro Señor pluguiese que despues de haber pasado algun tiempo este Mayorazgo en uno de los dichos sucesores, viniese á prescribir herederos hombres legítimos, haya el dicho Mayorazgo y le suceda y herede el pariente mas llegado á la persona que heredado lo tenia, en cuyo poder prescribió, siendo hombre legítimo que se llame y se haya siempre llamado de su padre é antecesores, llamados de los de Colon. El cual Mayorazgo en ninguna manera lo herede mujer ninguna, salvo si aquí ni en otro cabo del mundo no se fallase hombre de mi linage verdadero que se hobiese llamado y llamase él y sus antecesores de Colon. Y si esto acaesciere (lo que Dios no quiera) que en tal caso lo haya la mujer mas llegada en deudo y en sangre legítima á la persona que así habia logrado el dicho Mayorazgo; y esto será con las condiciones que aquí abajo diré, las cuales se entienda que son ansi por D. Diego, mi hijo, como por cada uno de los sobredichos, ó por quien sucediere, cada uno dellos, las cuales cumplirán, y no cumpliéndolas, que en tal caso sea privado del dicho Mayorazgo, y lo haya el pariente mas llegado á la tal persona, en cuyo poder habia prescrito por haber cumplido lo que aquí diré: el cual así tambien le cobrarán si él no cumpliere estas dichas condiciones que aquí abajo diré, é tambien será privado dello y lo haya otra persona mas llegada á mi linage, guardando las dichas condiciones que así duraren perpétuo, y será en la forma sobrescrita en perpétuo. La cual pena no se entienda en cosas de menudencias que se podrian inventar por pleitos, salvo por cosa gruesa que toque á la honra de Dios y de mí y de mi linage, como es cumplir libremente lo que yo dejo ordenado, cumplidamente como digo, lo cual todo encomiendo á la justicia, y suplico al Santo Padre que agora es, y que sucederá en la Santa Iglesia agora, ó cuando acaesciere que este mi compromiso y testamento haya de menester para se cumplir de su santa ordenacion é mandamientos, que en virtud de obediencia y sopena de excomunion papal lo mande; y que en ninguna manera jamas se disforme; y asimismo lo suplico al Rey y á la Reina nuestros Señores y al Príncipe D. Juan, su primogénito nuestro Señor, y á los que le sucedieren por los servicios que yo les he fecho: é por ser justo que les pléga y no consientan ni consienta que se disforme este mi compromiso de Mayorazgo é de Testamento, salvo que quede y esté así, y por la guisa y forma que yo le ordené para siempre jamas, porque sea servicio de Dios Todopoderoso y raiz y pie de mi linage y memoria de los servicios que á sus Altezas he hecho, que siendo yo nacido en Génova les vine á servir aquí en Castilla, y los descubrí al Poniente de tierra-firme, las Indias y las dichas islas sobredichas. Así que suplico á sus Altezas que sin pleito, ni demanda, ni dilacion, manden sumariamente que este mi Privilegio y Testamento valga y se cumpla, así como en él fuere y es contenido; y asimismo lo suplico á los Grandes Señores de los Reinos de su Alteza y á los del su Consejo y á todos los otros que tienen ó tuvieren cargo de justicia ó de regimiento, que les plega de no consentir que esta mi ordenacion é testamento sea sin vigor y virtud, y se cumpla como está ordenado por mí, así por ser muy justo que persona de titulo é que haya servido á su Rey é Reina é al Reino, que valga todo lo que ordenare y dejare por Testamento ó compromiso é Mayorazgo é heredad, é no se le quebrante en cosa alguna ni en parte ni en todo.

Primeramente traerá D. Diego, mi hijo, y todos los que de mí sucedieren y descendieren, y así mis hermanos D. Bartolomé y D. Diego, mis armas, que yo dejaré despues de mis dias, sin entreverar mas ninguna cosa que ellas, y sellará con el sello dellas.—D. Diego, mi hijo, ó cualquier otro que heredare este Mayorazgo, despues de haber heredado y estado en posesion de ello, firme de mi firma, la cual agora acostumbro, que es una X con una S encima, y una M con una A romana encima, y encima della una S, y despues una Y griega con una S encima con sus rayas y vírgulas, como yo agora fago, y se parecerá por mis firmas, de las cuales se hallarán muchas, *y por esta parecerá.*

Y no escribirá sino el Almirante puesto que otros títulos el rey le diese ó ganase: este se entiende en la firma y no en su ditado que podrá escribir todos sus títulos como le pluguiere; solamente en la firma escribirá el Almirante.

Habrá el dicho D. Diego, ó cualquier otro que heredare este Mayorazgo, mis oficios de Almirante del mar Océano, que es de la parte del Poniente de una raya que mandó asentar imaginaria su Alteza á cien leguas sobre las islas de los Azores, y otro tanto sobre las de Cabo Verde, la cual parte de polo á polo, allende de la cual mandaron é me hicieron su Almirante en la mar, con todas las preeminencias que tiene el Almirante D. Enrique en el Almirantazgo de Castilla, é me hicieron su Visorey y Gobernador perpetuo para siempre jamas, y en todas las islas y tierra-firme, descubiertas y por descubrir, para mí y

para mis herederos, como mas largo parece por mis previlegios, los cuales tengo. y por mis capítulos, como arriba dije.

Item: que el dicho D. Diego, ó cualquier otro que heredare el dicho Mayorazgo, repartirá la renta que á nuestro señor pluguiere de le dar en esta manera so la dicha pena.

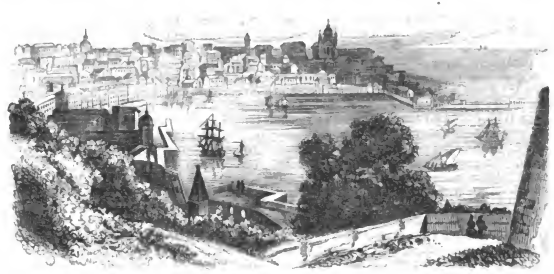
Primeramente, dará todo lo que este Mayorazgo rentare agora y siempre, é del é por él se hobiere é recaudare, la cuarta parte cada año á D. Bartolomé Colon, Adelantado de las Indias, mi hermano, y esto fasta que él haya de su renta un cuento de maravedis para su mantenimiento y trabajo que ha tenido y tiene de servir en este Mayorazgo, el cual dicho cuento llevará, como dicho es, cada año, si la dicha cuarta parte tanto montare, si él no tuviese otra cosa; mas teniendo algo ó todo de renta, que dende en adelante no lleve el dicho cuento ni parte dello, salvo que desde agora habrá en la dicha cuarta parte fasta la dicha cuantía de un cuento, si allí llegare, y tanto que él haya de renta fuera de esta cuarta parte cualquier suma de maravedis de renta conocida de bienes que pudiere arrendar ó oficios perpetuos, se le descontará la dicha cantidad que así habrá de renta, ó podria haber de los dichos sus bienes ó oficios perpétuos, ó del dicho un cuento, será reservado cualquier dote ó casamiento. que con la muger con quien él casare hobiere: ansí que todo lo que él hobiere con la dicha su muger no se entenderá que por ello se le haya de descontar nada del dicho cuento, salvo de lo que el ganare ó hobiere, allende del dicho casamiento de su muger, y despues que plega á Dios que él ó sus herederos, ó quien dél descendiere, haya un cuento de renta de bienes y oficios, si los quisiere arrendar, como dicho es, no habrá él ni sus herederos mas de la cuarta parte del dicho Mayorazgo nada, y lo habrá el dicho D. Diego ó quien heredare.

Item: habrá de la dicha renta del dicho Mayorazgo, ó de otra cuarta parte de ella, D. Fernando, mi hijo, un cuento cada año, si la dicha cuarta parte tanto montare, fasta que él haya dos cuentos de renta por la misma guisa y manera que está dicho de D. Bartolomé, mi hermano, él y sus herederos, así como Don Bartolomé mi hermano y los herederos del cual así habrán el dicho un cuento, ó la parte que faltare para ello.

Item: el dicho D. Diego y D. Bartolomé ordenarán que haya de la renta del dicho Mayorazgo D. Diego mi hermano, tanto dello con que se pueda mantener honestamente, como mi hermano, que es, al cual no dejo cosa limitada porque él quiere ser de la Iglesia, y le darán lo que fuere razon, y esto sea de monton mayor, antes que se dé nada á D. Fernando, mi hijo, ni á D. Bartolomé, mi hermano; ó á sus herederos, y tambien segun la cantidad que rentase el dicho Mayorazgo; y si en esto hobiese discordia, que en tal caso se remita á dos parientes nuestros, ó á otras personas de bien, que ellos tomen la una y él tome la otra, y si no se pudieren concertar, que los dichos dos compromisarios escojan otra persona de bien que no sea sospechosa á ninguna de las partes.

Item: que toda esta renta que yo mando dar á don Bartolomé y á D. Fernando y á D. Diego mi hermano, la hayan y les sea dada, como arriba dije, con tanto que sean leales y fieles á D. Diego, mi hijo ó á quien heredare, ellos y sus herederos; y si se fallase que fueren contra él en cosa que toque y sea contra su honra y contra acrecentamiento de mi linage é del dicho Mayorazgo, en dicho ó en fecho, por lo cual pareciese y fuese escándalo y abatimiento de mi linage y menoscabo del dicho Mayorazgo ó cualquiera dellos, que este no haya dende en adelante cosa alguna: así que siempre sean fieles á D. Diego ó á quien heredare.

Item: porque en el principio que yo ordené este Mayorazgo tenia pensado de distribuir, y que don Diego, mi hijo, ó cualquier otra persona que le heredase, distribuyan dél la décima parte de la renta en diezmo y conmemoracion del Eterno Dios Todopoderoso en personas necesitadas, para esto agora digo que por ir y que vaya adelante mi intencion, y para que su Alta Magestad me ayude á mí y á los que esto



Vista de Génova.

heredaren acá ó en el otro mundo, que todavía se haya de pagar el dicho diezmo en esta manera.

Primeramente, de la cuarta parte de la renta deste Mayorazgo, de la cual yo ordeno y mando que se dé y haya D. Bartolomé hasta tener un cuento de renta, que se entienda que en este cuento va el dicho diezmo de toda la renta del dicho Mayorazgo, y que así como creciere la renta del dicho D. Bartolomé, mi hermano, porque se haya de descontar de la renta de la cuarta parte del Mayorazgo algo ó todo, que se vea y cuente toda la renta sobredicha para saber cuánto monta el diezmo dello, y la parte que no cabiere, ó sobrare, á lo que hobiere de haber el dicho D. Bartolomé para el cuento, que esta parte la hayan las personas de mi linage en descuento del dicho diezmo. los que mas necesitados fueren y mas menester lo hobieren, mirando de la dar á persona que no tenga cincuenta mil maravedis de renta, y si el que menos tuviese llegase hasta cuantia de cincuenta mil maravedis, haya la parte el que pereciese á las dos perso-

nas, que sobre esto aquí eligieren, con D. Diego ó con quien heredare; así que se entienda, que el cuento que mondo dar á D. Bartolomé son, y en ellos entra la dicha parte sobre dicha del diezmo del dicho Mayorazgo, y que toda la renta del Mayorazgo quiero é tengo ordenado que se distribuya en los parientes mios mas llegados al dicho Mayorazgo, y que mas necesitados fueren. y despues que el dicho D. Bartolomé tuviere su renta un cuento, y que no se le deba nada de la dicha cuarta parte, entonces y antes se verá y vea el dicho D. Diego, mi hijo, ó la persona que tuviere el dicho mayorazgo, con las otras dos personas que aquí diré la cuenta en tal manera, que todavía el diezmo de toda esta renta se dé y hayan las personas de mi linage mas necesitadas que estuvieren aquí ó en cualquier otra parte del mundo, adonde las envien á buscar con diligencia, y sea de la dicha cuarta parte, de la cual el dicho D. Bartolomé ha de haber el cuento: los cuales yo cuento y doy en descuento del dicho diezmo, con razon de cuenta, que si el diezmo sobredicho mas montare, que tambien esta demasia salga de la cuarta parte y la hayan los mas necesitados, como ya dije, y si no bastare, que lo haya D. Bartolomé hasta que de suyo vaya saliendo, y dejando el dicho un cuento en parte ó en todo.

Item: que el dicho D. Diego, mi hijo, ó la persona que heredare, tomen dos personas de mi linage, los mas llegados y personas de ánima y autoridad, los cuales verán la dicha renta y la cuenta della, todo con diligencia, y farán pagar el dicho diezmo de la dicha cuarta parte de que se da el dicho cuento á don Bartolomé, á los mas necesitados de mi linage que estuvieren aquí ó en cualquier otra parte: y pesquisarán de los haber con mucha diligencia, y sobre cargo de sus ánimas. Y porque podria ser que el dicho D. Diego, ó la persona que heredase, no querrán por algun respeto que se le varia el bien suyo é honra é sostenimiento del dicho Mayorazgo; que no se supiese enteramente la renta dello: yo le mando á él que todavia le dé la dicha renta sobre cargo de su ánima; y á ellos les mando sobre cargo de sus conciencias y de sus ánimas; que no lo denuncien ni publiquen, salvo cuanto fuere la voluntad del dicho don Diego; ó de la persona que heredare; solamente procure que el dicho diezmo sea pagado en la forma que arriba dije.

Item: porque no haya diferencias en el elegir destos dos parientes mas llegados que han de estar con D. Diego; ó con la persona que heredare; digo que luego yo elijo á D. Bartolomé; mi hermano, por la una; y á D Fernando mi hijo: por la otra; y ellos luego que comenzasen á entrar en esto sean obligados de nombrar otras dos personas; y sean los mas llegados á mi linage y de mayor confianza; y ellos elegirán otros dos al tiempo que hobieren de comenzar á entender en este fecho. Y así irá de unos en otros con mucha diligencia; así en esto como en todo lo otro de gobierno é bien é honra y servicio de Dios y del dicho Mayorazgo para siempre jamás.

Item: mando al dicho D. Diego; mi hijo; ó á la persona que heredare el dicho Mayorazgo; que tenga y sostenga siempre en la ciudad de Génova una persona de nuestro linage que tenga allí casa é muger; é le ordene renta con que pueda vivir honestamente; como persona tan llegada á nuestro linage; y haga pie y raiz en la dicha Ciudad como natural della; porque podrá haber en la dicha Ciudad ayuda é favor en las cosas del menester suyo, pues que della salí y en ella nací.

Item: que el dicho D. Diego, ó quien heredare el dicho Mayorazgo, envie por via de cambios, ó por cualquiera manera que él pudiere, todo el dinero que él ahorrare de la renta del dicho Mayorazgo, y haga comprar de ello en su nombre é de su heredero, unas compras á que dicen *Logos*, que tiene el oficio de San Jorge, los cuales agora rentan seis por ciento, y son dineros muy seguros, y esto sea por lo que yo diré aquí.

Item: porque á persona de estado y de renta conviene por servir á Dios, y por bien de su honra, que se aperciba de hacer por sí y se poder valer con su hacienda, allí en San Jorge está cualquier dinero muy seguro, y Génova es ciudad noble y poderosa por la mar; y porque al tiempo que yo me moví para ir á descubrir las Indias, fuí con intencion de suplicar al rey y á la reina nuestros Señores, que de la renta que de sus Altezas de las Indias, hobiese que se determinase de la gastar en la conquista de Jerusalen, y así se lo supliqué; y si lo hacen sea en buen punto, y si no que todavia esté el dicho D. Diego, ó la persona que heredare deste propósito de ayuntar el mas dinero que pudiere, para ir con el Rey nuestro Señor, si fuere á Jerusalen á le conquistar, ó ir solo con el mas poder que tuviere: que placerá á nuestro Señor que si esta intencion tiene é tuviere, que le dará él tal aderezo que lo podrá hacer, y lo haga; y si no tuviere para conquistar todo, le darán á lo menos para parte dello: y asi que ayunte y haga su caudal de su tesoro en los lugares de San Jorge en Génova; y allí multiplique fasta que él tenga tanta cantidad que le parezca y sepa que podrá hacer alguna buena obra en esto de Jerusalen, que yo creo que despues que el rey y la reina nuestros Señores, y sus sucesores, vieren que en esto se determinan, que se moverán á lo hacer sus Altezas, ó le darán el ayuda y aderezo como á criado é vasallo que lo hará en su nombre.

Item: yo mando á D. Diego, mi hijo, y á todos los que de mi descendieren; en especial á la persona que heredare este Mayorazgo; el cual es como dije, el diezmo de todo lo que en las Indias se hallare y hobiere; é la octava parte de otro cabo de las tierras y renta; lo cual todo con mis derechos de mis oficios de Almirante y Visorey y Gobernador; es mas de veinte y cinco por ciento; digo: que toda la renta desto, y las personas y cuanto poder tuvieren; obliguen y pongan en sostener y servir á sus Altezas ó á sus herederos bien y fielmente; hasta perder y gastar las vidas y haciendas por sus Altezas; porque sus Altezas me dieron comienzo á haber y poder conquistar y alcanzar; despues de Dios nuestro Señor; este Mayorazgo; bien que yo les vine á convidar con esta empresa en sus reinos; y estuvieron mucho tiempo que no me dieron aderezo para la poner en obra, bien que desto no es de maravillar, porque esta empresa era ignota á todo el mundo, y no habia quien lo creyese; por lo cual les soy en muy mayor cargo; y porque despues siempre me han hecho muchas mercedes y ecrecentado.

Item: mando al dicho D. Diego; ó á quien poseyere el dicho Mayorazgo, que si en la Igelsia de Dios, por nuestros pecados, naciere alguna cisma, ó que por tiranía alguna persona, de cualquier grado ó estado que sea ó fuere, le quisiere desposeer de su honra ó bienes que so la pena sobredicha se ponga á los pies del Santo Padre, salvo si fuese herético (lo que Dios no quiera,) la persona ó personas, se determinen é pongan por obra de le servir con toda su fuerza é renta é hacienda; y en querer librar el dicho cisma, é defender que no sea despejada la Iglesia de su honra y bienes.

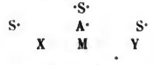
Item: mando al dicho D. Diego, ó á quien poseyere el dicho Mayorazgo, que procure y trabaje siempre por la honra y bien y acrecentamiento de la ciudad de Génova, y ponga todas sus fuerzas é bienes en defender y aumentar el bien é honra de la república della: no yendo contra el servicio de la Iglesia de Dios y alto Estado del Rey ó de la Reina, nuestros Señores, é de sus sucesores.

Item: que el dicho D. Diego, ó la persona que heredare ó estuviere en posesion del dicho Mayorazgo, que de la cuarta parte que yo dije arriba de que se ha de distribuir el diezmo de toda la renta, que al tiempo que D. Bartolomé y sus herederos tuvieren ahorrados los dos cuentos ó parte dellos, y que se hobiere de distribuir algo del diezmo en nuestros parientes, que él y las dos personas que con él fueren nuestros parientes, deban distribuir y gastar este diezmo, en casar mozas de nuestro linaje que lo hobieren menester, y hacer cuanto favor pudieren.

Item: que al tiempo que se hallare en disposicion, que mande hacer una iglesia, que se intitule Santa María de la Concepcion, en la isla Española, en el lugar mas idóneo, y tenga un hospital el mejor ordenado que se pueda, así como hay otros en Castilla y en Italia, y se ordene una capilla en que se digan misas por mi ánima y de nuestros antecesores y sucesores con mucha devocion: que placerá á nuestro Señor de nos dar tanta renta, que todo se podrá cumplir lo que arriba dije.

Item: mando al dicho D. Diego, mi hijo, ó á quien heredare el dicho Mayorazgo, trabaje de mantener y sostener en la isla Española cuatro buenos maestros en la santa teología, con intencion y estudio de trabajar y ordenar que se trabaje de convertir á nuestra santa fe todos estos pueblos de las Indias, cuando pluguiere á nuestro Señor que la renta del dicho Mayorazgo sea crecida, que así crezca de maestros y personas devotas, y trabaje para tomar estas gentes cristianas, y para esto no haya dolor de gastar todo lo que fuere menester; y en conmemoracion de lo que yo digo, y de todo lo sobrescrito, hará un bulto de piedra mármol en la dicha iglesia de la Concepcion, en el lugar mas público, porque traiga de contínuo memoria esto que yo digo al dicho D. Diego, y á todas las otras personas que le vieren, en el cual bulto estará un letrero que dirá esto.

Item: mando á D. Diego, mi hijo, y á quien heredare el dicho Mayorazgo, que cada vez y cuantas veces se hobiere de confesar, que primero muestre este compromiso, ó el traslado dél, á su confesor, y le ruegue que le lea todo, porque tenga razon de lo examinar sobre el cumplimiento dél y sea causa de mucho bien y descanso de su ánima. Jueves en veinte y dos de Febrero de mil cuatrocientos noventa y ocho.

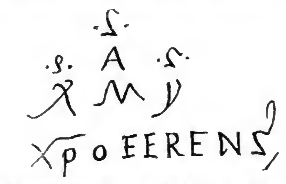


El Almirante.

NUMERO 35.

FIRMA DE COLON.

Como todo lo que se refiere á Colon está lleno de interes, su firma ha dado márgen á varias discusiones. Participaba del carácter pedantesco y preocupado del siglo, y tal vez del carácter peculiar del hombre, que considerándose misteriosamente elegido y puesto aparte de entre los hombres para ciertos grandes designios, adoptó una formalidad y solemnidad correspondiente en todos sus negocios. Su firma era como sigue.



La primera mitad de la firma, X P O (por Cristo), está en letras griegas; la segunda FERENS, en latin. Tal era el uso de aquellos dias; y aun al presente suelen usarse en España en firmas é inscripciones, letras griegas y romanas.

Las cifras ó iniciales que sirven de antefirma, se suponen representan una ejeculacion piadosa. Para leerla se debe empezar por las letras inferiores y coordinarlas con las de arriba. Geov. Batista Spotorno, conjetura que significan, ó, Cristus (Cristo), Sancta María, Josephus, ó, Sálvame, Xristus, María, Josephus. La Revista del Norte de América, de abril de 1827, indica la sustitucion de Jesus por Josephus, que parece mejorar la sugestion de Spotorno.

Era uso antiguo en España, que no ha pasado del todo, acompañar la firma con algunas palabras de significacion religiosa. El objeto de esta practica, manifestar ser el escritor cristiano. Cosa de importancia en un país en que los judíos y mahometanos estaban proscriptos y perseguidos.

Don Fernando, hijo de Colon, dice que su padre, cuando tomaba en la mano la pluma, siempre empezaba escribiendo *Jesus cum Maria, sit nobis in via*; y el libro que el Almirante envió á los soberanos, conteniendo las profecías que consideraba referirse á sus descubrimientos y el rescate del Santo Sepulcro, empieza con las mismas palabras. Esta práctica se parece á la de poner por antefirma las iniciales de palabras piadosas, y da mucha probabilidad al modo con que se han descifrado.

FIN.

INDICE

DE LOS LIBROS Y CAPITULOS QUE CONTIENE ESTA OBRA



